

FUNDAMENTOS
DE LA
FILOSOFÍA
ESOTÉRICA

G. DE PURUCKER

*Comentario y Elucidación de
"La Doctrina Secreta" de H. P. Blavatsky*

La búsqueda de la verdad es el objetivo más noble al que el hombre puede aspirar. Los principios originales del ser fueron descubiertos edades tras edades en el pasado, y fueron coordinados en un sistema completo y maravilloso. Tomando este sistema maravilloso como base, los maestros de la antigüedad pusieron las fundaciones de las superestructuras de los diversos sistemas filosóficos y religiosos que han llegado hasta nosotros en las literaturas del mundo tal como ahora existen. Estos sistemas contienen en mayor o menor grado las verdades fundamentales del ser, el estudio de las cuales, en nuestro tiempo, se llama ocultismo: la ciencia del kosmos y del hombre formando parte del mismo.

— p. 433-4

Vemos por tanto que no somos sólo hijos de la tierra, seres como mariposas, nacidos de un día; sino en verdad chispas del corazón del ser, del fuego central de la vida universal. Si podemos sentir esta maravillosa verdad en nuestros corazones, y si podemos trasladar ese sentir a nuestras vidas diarias, ninguna fuerza será más grande para gobernar nuestra conducta que ésta, y nada podrá moldear mejor nuestros destinos o ponernos sobre un sendero de logros y de servicio más noble.

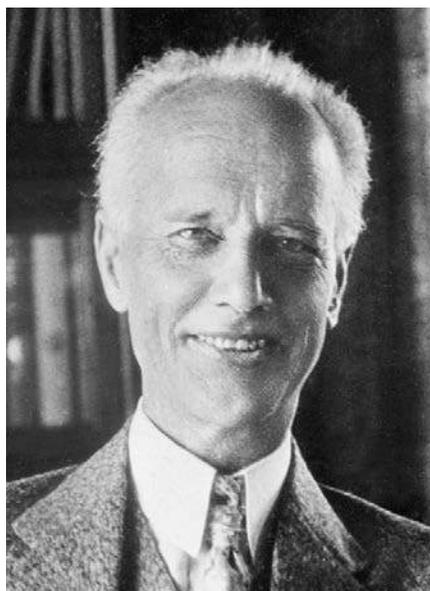
Al darnos cuenta de que somos una unidad con todo lo que es; que la hermandad universal es un hecho del ser, enraizado en el propio corazón de las cosas, ineludible, inevitable; y que nuestros actos y pensamientos accionan y reaccionan con inevitable consecuencia en todo lo que pensamos y hacemos — no sólo sobre nosotros, los pensadores y actores, sino en todos los seres en todos lados — ¡cuán diferente pueden ser las vidas de los hombres! . . . Cuando el hombre se da cuenta de que es responsable y de que inevitablemente se le llamará para que rinda cuentas, y de que en todo momento la abnegación de motivos, o amor divino y compasión, deben dirigir sus actos, entonces tendremos todo el derecho de esperar una humanidad regenerada.

— p. 6

Mientras que *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky es ampliamente reconocido como el principal libro de consulta teosófica, hay muchos a quienes les resulta abrumador sin una lectura previa de preparación. FUNDAMENTOS DE LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA ofrece esta preparación.

Originalmente publicado en 1932, comprende una serie de conferencias dadas en privado a un grupo de estudiantes. La segunda edición revisada incluye material nuevo de las primeras dos conferencias no incluidas en la primera edición. Abriendo con una elucidación a los tres postulados fundamentales sobre los que se basa *La Doctrina Secreta*, G. de Purucker continúa con comentarios sobre pasajes claves seleccionados de esta obra maestra. En el momento en que el lector cierra FUNDAMENTOS, tiene un esquema integral de los principios sobre los que descansa la teosofía, tanto antigua como moderna. Los interesados en la religión comparativa encontrarán una gran cantidad de testimonios que apoyan la opinión de que la sabiduría-tradición de la antigüedad fue una vez “la herencia común de la humanidad”.

El autor deja claro que estas conferencias “no son solamente para el estudio intelectual, o para divertirnos con el conocimiento místico y abstruso”; más bien, se hace hincapié en el altruismo y en que vivamos nuestras más altas aspiraciones como el primer paso hacia el conocimiento y el mejoramiento humano.



G. DE PURUCKER nació en 1874 en Suffern, Nueva York, hijo de un ministro anglicano prominente que por algunos años se desempeñó como capellán de la Iglesia estadounidense en Ginebra, Suiza. Educado allí en el Collège de Genève, así como por profesores particulares, el Dr. de Purucker se especializó en hebreo y griego en la preparación para el ministerio. Más tarde, adquirió el dominio de otros idiomas, como el sánscrito. Sin embargo, la exposición a los escritos de los primeros Padres de la Iglesia le dejó insatisfecho, y se dirigió a la teosofía con su interpretación amplia de todas las corrientes religiosas y filosóficas. Su mayor contribución al pensamiento occidental ha sido su clarificación de los principios filosóficos básicos enunciados por H. P. Blavatsky. A partir de 1929 hasta su muerte en 1942, el Dr. de Purucker fue líder internacional de la Sociedad Teosófica.

THEOSOPHICAL UNIVERSITY PRESS
POST OFFICE BOX C
PASADENA, CALIFORNIA 91109-7107
www.theosociety.org

FUNDAMENTOS DE LA
FILOSOFÍA ESOTÉRICA

DEL MISMO AUTOR:

Las Cuatro Estaciones Sagradas

Preguntas Que Todos Hacemos (Capítulos 1-8)

EN INGLÉS:

The Esoteric Tradition

Occult Glossary

Golden Precepts of Esotericism

Man in Evolution

Wind of the spirit

Studies in Occult Philosophy

Fountain-Source of Occultism

The Dialogues of G. de Purucker

FUNDAMENTOS
DE LA
FILOSOFÍA
ESOTÉRICA

G. DE PURUCKER

THEOSOPHICAL UNIVERSITY PRESS
PASADENA, CALIFORNIA



THEOSOPHICAL UNIVERSITY PRESS

POST OFFICE BOX C

PASADENA, CALIFORNIA 91109-7107

www.theosociety.org

2016

Traducido del inglés por Mauricio Orellana Suárez y Mario Berríos © 2016 Theosophical University Press. Todos los derechos, incluyendo el derecho de reproducción en todo, en parte, o en cualquier otra forma, están reservados a través de tratados Internacionales y Panamericanos.

Primera Edición © 1932; Segunda Edición Revisada © 1979 Theosophical University Press (también se dispone de la versión impresa).

Libro de bolsillo ISBN 978-1-55700-241-9

PDF eBook ISBN 978-1-55700-242-6

Nota de los traductores: Ya que hay tantas referencias a *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky y estas referencias son dadas de acuerdo a la publicación original del libro en 1888. Para que los lectores tengan acceso a tales referencias en español una correlación entre la publicación original y la publicación de editorial Kier en español ha sido incluida utilizando corchetes. [] seguida de la referencia al libro original.

CONTENIDO

Prefacio	xi
--------------------	----

PARTE UNO

CAPÍTULO	PAGINA
1 Las Tres Proposiciones Fundamentales. El Ser: Vínculo más Íntimo del Hombre con el Indecible. La Filosofía Esotérica: Enseñada en todas las Religiones Ancestrales.	3
2 ¿Dónde está la Realidad? La Verdad puede ser Conocida. Naturaleza Constitutiva del Hombre de acuerdo a Diferentes Sistemas: Triple, Cuádruple, Quíntuple o Séptuple.	20
3 La Doctrina de Māyā; Idealismo Objetivo, la Base de la Moral: Enraizada en la Unidad Espiritual —la Divinidad— del Todo. El Ser y los “Seres”.	29
4 Del Punto Primordial al Universo y el Hombre. ¿Cómo Surge la Manifestación? Manvantara y Pralaya.	39
5 Las Enseñanzas Esotéricas y la Teoría Nebular. Los Dioses detrás del Kosmos: ¿Por qué la Naturaleza es Imperfecta?	51
6 El Amanecer de la Manifestación: Centros-Laya. Un Universo Consciente —Espiritualmente intencional—. Doctrina Estoica de la interrelación de Todos los Seres. “Leyes de la Naturaleza”. Politeísmo Filosófico y la Doctrina de las Jerarquías.	63
7 Jerarquías: Una de las Claves Perdidas de la Filosofía Esotérica. La Tetraktys Sagrada Pitagórica. La Escala Jerárquica de la Vida: La Leyenda de Padmapāṇi	76
8 Rastros de la Filosofía Esotérica en el Génesis	90

9	Esbozo de Cosmogonía Esotérica. Globos, Rondas y Razas: Períodos Cósmicos.	103
10	La Doctrina de Svabhāva —Auto-realización— Individualidad Característica. El hombre, auto-desarrollado, su propio Creador. <i>Monadología</i> de Leibniz comparada con las Enseñanzas de la Filosofía Esotérica	116
11	El Peregrinaje Cósmico. De la Chispa Divina No Auto-consciente al Dios plenamente Auto-consciente	130
12	Psicología: De Acuerdo a la Filosofía Esotérica. La Inmortalidad es Condicional: La Pérdida del Alma	143
13	El Proceso de la Evolución. Ser, Ego y Alma: “Yo Soy” y “Yo soy Yo”	151
14	“Cielos” e “Infiernos”: Enseñanzas de la Filosofía Esotérica y de las Religiones Exotéricas.	162
15	La Evolución del “Absoluto”. Plan Generalizado de Evolución en todos los Planos. Las Siete Claves de la Sabiduría e Iniciaciones Futuras	173
16	Ātma-vidyā: Cómo el Uno se Convierte en Muchos. “Almas Perdidas” y “Seres sin Alma”. El Hombre, un Ser Compuesto: Principio no permanente en el Hombre	187
17	El Observador Silencioso	207
18	La Jerarquía Psicológico-espiritual de Adeptos. El Maravilloso Ser, los Buddhas, Nirmāṇakāyas, Dhyāni-chohans	222
19	Las Siete Joyas y las siete etapas de la Iniciación	246
20	El Aspecto Superior de la Psicología Humana. La Iniciación y los Misterios: Avatāras, Buddhas y Bodhisattvas. Su Relación con los Globos, Rondas y Razas	264
21	Las Iniciaciones y los Misterios Antiguos. Razas-raíces y sus subdivisiones. Rondas de Globos. Rondas Planetarias. Kalpas Solares: ¿Cómo están calculados? Cataclismos Raciales	279
22	La Jerarquía de Compasión. La Encarnación de los Mānasaputras	291

23	El Sol y los Planetas. Su Papel en el Drama Evolutivo .	310
----	---	-----

PARTE DOS

24	Los Diez Grados del Ser de acuerdo al Sistema Sirio. El Método de Enseñanza Esotérico: Paradojas, Intuición .	325
25	Los Misterios de la Naturaleza Septenaria. Correspondencias: Globos, Elementos, Principios Humanos. Los Siete Planetas Sagrados de los Antiguos. Períodos Raciales y Catástrofes	336
26	El Microcosmos, un espejo del Macrocosmos. Elementos, Principios, Manifestaciones de la Vida Una. Relatividad: un Concepto Fundamental de la Sabiduría Antigua.	347
27	Las Dos Jerarquías Cósmicas Fundamentales: Materia y Espíritu-Consciencia. Chaos-Theos-Kosmos: Dioses-Mónadas-Átomos	355
28	La Aventura de un Átomo. Centros-Laya: El Sol, los Cometas y los Planetas; Alma y Mónada. La Tónica del Ocultismo	365
29	Espacio: El Todo Ilimitado, henchido con Universos Entrelazados, Interpenetrados. Una Acción. Una Inteligencia Jerárquica. Un Curso de Operación en toda la Naturaleza: Un Organismo, Una Vida Universal	372
30	La interrelación de Dioses, Mónadas, Átomos —una clave para la Doctrina de la Evolución—. Emanaciones sucesivas: Fundas. Seres Superiores Emanando y Revistiéndose en Huestes de Seres Inferiores. Moralidad Basada en la Estructura del Universo	380
31	La Construcción del Kosmos. La Misma Ley Fundamental en toda la Vida y por todo el Ser: una Interminable Escala de Progreso. Procesos Análogos del Desarrollo Cósmico y Psicológico. El Río de la Vida.	388
32	De lo Invisible a lo Visible. De lo Visible a lo Invisible. El Magnum Opus.	401

- 33 La oleada de Vida y los Siete Elementos. La Filosofía Esotérica como fue enseñada por los Estoicos 410
- 34 Los Espacios del Espacio. La Doctrina Secreta, una Unificadora: Claves Universales. Doctrinas comparadas del Vacío y de la Plenitud 420
- 35 El Ocultismo y las Escuelas de Misterio. Los Siete Grados de Iniciación: el Hombre se Convierte en un Dios. Los Siete Planos Cósmicos: nuestra Cadena Planetaria de Siete Globos en los Cuatro Planos Inferiores —el Paso de la Oleada de Vida a través de ellos. 433
- 36 Las esferas Interpenetrantes del Ser. Lokas y Talas: Principios y Elementos Cósmicos Bipolares. La “Herejía de la Separación” 445
- 37 La Estructura del Kosmos. Lokas y Talas: Principios y Elementos, Mundos —No meramente Estados—. El Espacio, la Máxima Realidad 460
- 38 Degeneración y cierre de las Escuelas de Misterios. Sistemas Neopitagóricos y Neoplatónicos: Fuentes Principales de la Teología Cristiana. Enseñanzas Esotéricas y Exotéricas: Simbolismo. 469
- 39 Teosofía y Ocultismo. Ocultismo: la Quintaesencia de la Verdad, la Realidad; Un Todo Completo. Ocultismo y Responsabilidad Moral. Nuestro Sistema Solar: un Átomo Cósmico, el Huevo de Brahmā 481
- 40 Definiciones de la Deidad: Ateísmo; Panteísmo. ¿Existe un Dios Personal Supremo? Arquitectos y Constructores Cósmicos. Para Realmente Conocer, Uno Debe Llegar a Ser 488
- 41 La Doctrina de las Esferas. El Sistema Solar Universal y nuestro Sistema Solar. Los Siete Planetas Sagrados: ¿Por qué “Sagrados”? 501
- 42 La Doctrina de las Esferas en sus Cuatro Aspectos. Los Siete Planetas Sagrados y sus Rectores: su Relación con nuestra cadena Terrestre. Las Circulaciones del Kosmos:

	Rondas Exteriores y Rondas Interiores; Śisṭas. Una Ley Básica Universal: Como es Arriba es Abajo. Las Doctrinas del Ojo y del Corazón	513
43	Analogía: la Vida del Hombre y la Vida de una Cadena Planetaria. Ocultismo y Ética: “Vive la Vida si Quieres Saber la Doctrina”	527
44	Los Principios de Pensamiento y de Estudio: ¿Puede Enseñarse el Ocultismo? La antigua Astrología: una Verdadera Ciencia. Nuestra cadena Terrestre de Globos, los Siete Planetas Sagrados y los Doce Signos del Zodiaco. Átomos de Vida: los Bloques de Construcción del Universo	538
45	Fisiología, Psicología y Neumatología del Universo. Los Diez y Doce Planos del Sistema Solar Universal. Planos Intermedios Críticos. Todos los Seres Manifestados: una Pendiente Continua de Jerarquías Interrelacionadas y Compenetradas: Cada Una con su propio Principio y Fin. Śisṭas y el Excedente de Vida	553
46	La Vida del Chela. Las Siete y Diez Oleadas de Vida: El Curso de las Mónadas en torno de los Siete Globos; Leyes de Aceleración en el Arco Descendente y de Retardación en el Arco Ascendente. Peregrinos de la Quinta y Sexta Rondas. La Palabra Sagrada	572
47	El Maestro y el Alumno. Requisitos para ser un Chela	585
48	El Corazón del Universo. El Camino hacia la Paz, la Dicha y el Entendimiento está Dentro. La Gran Búsqueda—Conócete a ti Mismo—. El Secreto Completo de la Iniciación. Nuestra Responsabilidad: Valores Éticos y las Leyes del Universo; Armonía	594
	INDÍCE	607

PREFACIO

EN 1924 Katherine Tingley inauguró dentro del cuerpo esotérico de la Sociedad Teosófica una serie de estudios sobre *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky, con Gottfried de Purucker como conferenciante. A pesar del hecho de que éste no había estudiado bajo la guía de Mme. Blavatsky, como sí lo habían hecho muchos de entre los entonces presentes, ella no sabía de nadie mejor preparado que él para realizar este trabajo “desde el punto de vista esotérico”. Además, se sentía segura de que luego de que ella no estuviera, él estaría allí para “continuar con estas lecciones”, que finalmente serían publicadas “para las generaciones posteriores”.

En el primer encuentro, en enero 4, Katherine Tingley marcó la pauta de las reuniones al suplicar a todos los presentes poner de lado todo lo de naturaleza personal y limitante y “estar más en armonía con nuestro ser superior: con esa parte que es eterna y que está intentando abrir el camino para nosotros”. Aquellos que llegaban a las reuniones debían entrar “como lo hacían los neófitos de los antiguos días, en el espíritu de auto-olvido”, recordando que estos estudios no estaban siendo, en principio, dados para incrementar el entendimiento intelectual del estudiante, sino más bien como un “honesto esfuerzo espiritual” para abrir el corazón a una conciencia superior y para estimular la intuición para el servicio en la vida cotidiana. Luego de las conferencias, Katherine Tingley hablaba por unos pocos minutos y usualmente exhortaba a todos para que aportaran sus comentarios, haciendo ella misma las observaciones de cierre. Luego los miembros se iban como habían llegado, en silencio, lo que para ella tenía un poder maravilloso para incentivar el crecimiento interior.

Fue en esta atmósfera de reverencia hacia la verdad y hacia los dadores de luz de la humanidad, que G. de Purucker elucidó los principios espirituales sobre los que descansa la “doctrina secreta” de las edades. *Fundamentos de la Filosofía Esotérica* representa el registro taquigráfico de las conferencias dadas desde 1924 hasta 1927, con

interrupciones periódicas durante las ausencias de Katherine Tingley cuando ésta emprendía giras de conferencias en los Estados Unidos o Europa. En 1931 las transcripciones fueron entregadas a A. Trevor Barker para su edición previo a su publicación en Londres, habiendo sido seleccionadas las citas que encabezan los capítulos, por Joseph H. Fussell, amigo y colega del autor.

¿Qué hace a este libro significativo entre las muchas exposiciones de La Doctrina Secreta que han aparecido desde 1888? No es de poca importancia, quizá, el tratamiento inspirado que hace del vasto proceso evolucionario que abarca el rítmico renacer de mundos, de humanos y de todo ser viviente, con el propósito de traer a la realidad la plenitud de la divinidad encerrada dentro de cada chispa divina. Impelidos por hábito ancestral, nosotros también, en nuestro descenso cíclico en la vida terrestre, seguimos las mismas rutas cósmicas andadas por todas las mónadas hasta que, adueñados de las lecciones de las experiencias planetarias, nos graduamos como divinidades auto-desarrolladas. Cómo el Uno se convierte en los muchos, cómo el espíritu irradia cada partícula de materia, es la vieja historia, ahora vuelta a contar con una extraordinaria claridad para que el lector descubra que tiene a mano aquellas enseñanzas-clave que le permitirán comprobar por sí mismo si cualquier concepto religioso o filosófico, viejo o nuevo, está en armonía con “esa primigenia revelación natural y espiritual” de acuerdo a los primeros humanos pensantes sobre la tierra. Por todas partes, como un brillo dorado sobre el lejano horizonte del tiempo, él percibe la unicidad de la herencia espiritual de la humanidad y nuestra comunidad de origen y finalidad divinos. Más aún, existe una amplia erudición acá: no sólo se explican etimológicamente los términos provenientes de las literaturas sánscrita, hebrea y otras, sino que se les da una interpretación enriquecida bajo la luz del conocimiento del Dr. de Purucker sobre nuestra historia racial temprana y sobre la sabiduría tradicional y escrituras sagradas de Oriente y Occidente.

Sin embargo, por mucho, el más grande obsequio de todos es su vigorizante confianza en la dignidad y en la nobleza del hombre. Somos en realidad caballeros errantes de la eternidad, empeñados en la antigua búsqueda de la sabiduría que sabemos que existe, pero que parece siempre eludirnos. Al recordar esa búsqueda, se genera una devoción a la verdad y al compasivo linaje de maestros: una devoción que tiene el poder de mover el alma para conducirnos, vida tras vida, hacia aquellos encuentros que purificarán y fortalecerán el carác-

ter y nos capacitarán mejor para servir a la causa de la humanidad.

La revisión de esta segunda edición ha sido emprendida con mucho cuidado y, mientras los pocos pasajes que concernían estrictamente a la naturaleza esotérica de las sesiones han sido suprimidos al tener ciertas repeticiones que son inevitables cuando se publica una serie de discursos casi en su forma literal, el material de la conferencia ha sido dejado prácticamente intacto.

Las intenciones del autor se habrían visto frustradas de haberse condensado y sistematizado la presentación. Intangiblemente, y sin embargo paso a paso, él construye la atmósfera, mientras trata de ésta o aquella enseñanza, desarrolla el pensamiento hasta cierto punto y luego cambia a otra enseñanza, en apariencia distinta, y sin embargo relevante para el cuadro entero que está exponiendo. En uno o dos capítulos posteriores pudiera ser que él regrese a los temas ya tratados, los desarrolle por un tiempo y luego continúe con otras doctrinas. El Dr. de Purucker observa más de una vez que en esto sigue de forma deliberada el método esotérico ancestral de impartir las verdades sagradas: repetición del pensamiento sobresaliente, pero siempre con suficiente variación y expansión visual como para ocasionar en el estudiante que su mente no caiga en moldes. La mente que permanece fluida es más receptiva a la intuición y al flujo de luz que podría espontáneamente iluminar al alma cuando la naturaleza interior se armoniza.

Es interesante que la edición original de *Fundamentos de la Filosofía Esotérica* publicada en 1932 no incluyera las primeras dos conferencias, sino que empezara con la tercera. Su omisión fue sin duda involuntaria; pero, providencialmente, pocos años después de la muerte del autor, Kirby Van Mater, archivista de la Sociedad, encontró las dos conferencias perdidas, entre papeles que presumiblemente habían sido devueltos a la sede, junto con otro material, desde los centros europeos a los que Katherine Tingley las había enviado en 1924 para compartirlas con “mentes que supieran apreciarlas”. Las porciones pertinentes a estas reuniones están incorporadas ahora como secciones i y ii del 1, presidiendo la sección iii que originalmente aparecía como la primera de la edición de 1932. El presente volumen se realza con su inclusión, pues ellos amplían y profundizan la interpretación del Dr. de Purucker de las tres proposiciones fundamentales con las que H. P. Blavatsky abre su obra maestra, y las cuales “dominan el entero sistema de pensamiento” que ella procede a bosquejar.

Reconocemos con gratitud la eficiente ayuda de todos nuestros departamentos de impresión y edición, con especiales palabras de elogio a Raymond Rugland por su meticuloso cuidado en reajustar el libro entero a una tipografía más legible; a James T. Belderis por redibujar los muchos diagramas; y a William T. S. Thackara por mantener la excelencia en cada fase de la producción física del libro; por las muchas correcciones de texto requeridas, profundos agradecimientos a Elsa-Brita Titchenell, Manuel Oderberg, Ingrid Van Mater, y A. Studley y Eloise Hart; asimismo a John P. Van Mater, bibliotecario, por asistir a la Sra. Titchenell y al Sr. Oderberg en la revisión de las numerosas citas y referencias a partir de las fuentes originales. No quede sin decirse que la íntima cooperación del comité editorial, A. Studley Hart, Ida P. Moffett, y Sarah Belle Dougherty (quien también preparó el índice ampliado), hizo la tarea de editar el texto para su publicación incomparablemente más ligera.

Luego de cerca de medio siglo, *Fundamentos de la Filosofía Esotérica* se mantiene como un excelente estudio introductorio de la teosofía para los lectores actuales que están en la búsqueda de las mismas verdades que los discípulos de tiempos remotos, sosteniendo el combustible de la devoción en sus manos, procuraron aprender de sabios y rishis.

GRACE F. KNOCHE

Abril 27, 1979
Pasadena, California

FUNDAMENTOS DE LA
FILOSOFÍA ESOTÉRICA

PARTE UNO

UNO

LAS TRES PROPOSICIONES FUNDAMENTALES. EL SER: VÍNCULO MÁS ÍNTIMO DEL HOMBRE CON EL INDECIBLE. LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA: ENSEÑADA EN TODAS LAS RELIGIONES ANCESTRALES

I

. . . ni la Hueste colectiva (el Demiurgo), ni individualmente ninguno de los poderes que actúan, son temas a propósito para el culto u honores divinos. Todos tienen derecho, sin embargo, a la reverencia agradecida de la Humanidad; y el hombre debe esforzarse siempre en favorecer la evolución divina de las *Ideas*, convirtiéndose, en todo lo que pueda, en *cooperador de la Naturaleza*, en su trabajo cíclico. Sólo el siempre ignorado e incognoscible *Karana*, la Causa *sin Causa* de todas las causas, es quien debe poseer su templo y su altar en el recinto santo y jamás hollado de nuestro corazón; invisible, intangible, no mencionado, salvo por “la voz tranquila y queda” de nuestra conciencia espiritual. Quienes le rinden culto, deben hacerlo en el silencio y en la soledad santificada de sus Almas; haciendo a su espíritu único mediador entre ellos y el *Espíritu Universal*, siendo sus buenas acciones los únicos sacerdotes, y sus intenciones pecaminosas las únicas víctimas visibles y objetivas sacrificadas a la *Presencia*.

—H. P. BLAVATSKY, *La Doctrina Secreta*, I, 280 [I, 291-2]

DEBEMOS TODOS sentirnos profunda y agradecidamente conscientes de la ocasión que acá se nos da para abordar las corrientes de pensamiento de las doctrinas que desde tiempos inmemoriales han iluminado el intelecto de nuestros compañeros de estudio, han dado coraje para fortalecer los corazones bajo persecución, y han dirigido las fuerzas del mundo a lo largo de las líneas que la humanidad estima más: las de la religión y principios éticos que gobiernan la conducta humana.

De manera personal estoy profundamente consciente de la responsabilidad que Katherine Tingley ha puesto sobre mí para que pueda expresar palabras que deberán ser simples, condensadas, cla-

ras y útiles. Sus instrucciones son: tomar la obra maestra literaria de la vida de Helena Petrovna Blavatsky, su *Doctrina Secreta*, y de principio a fin de ésta tratar, de ser posible, cada doctrina fundamental ahí contenida, y hacer una relación e interpretación tal de sus enseñanzas que todas las mentes puedan entender y que sea útil a los miembros de la Escuela tanto acá como en el resto del mundo.

Es un propósito muy grande: grande en alcance, grande en posibilidades. Emprendo la tarea que se me ha dado con sumo respeto, con mi corazón lleno de reverencia por estas venerables doctrinas, las cuales desde tiempos tan lejanos que “no habiendo sido la mente del hombre contraria” a ellas, han proveído al mundo con sus religiones, sus filosofías, sus ciencias, sus artes, sus éticas y, por tanto, sus gobiernos.

La Doctrina Secreta tiene un nombre muy certero. Es la enseñanza que en todos los tiempos se ha mantenido secreta y esotérica. Puede probarse que las religiones mundiales del pasado y del presente han dimanado de ella; y con más facilidad, las grandes filosofías religiosas de la Península India. Las enseñanzas de la América pre-hispánica, de Europa en los llamados tiempos paganos; las leyendas, los mitos, los cuentos de hadas de todos los países del mundo, que pueden ser ejemplificados por las enseñanzas halladas en los Eddas escandinavos y en las Épicas anglo-sajonas —estas grandes obras que tanta gente piensa que son sólo sagas o historias, emanan, en su origen, de la sabiduría secreta que H. P. Blavatsky ha corporeizado y esbozado en su obra maestra.

Es importante recordar estas cosas. La mente humana nunca ha producido en ninguna parte del mundo meras declaraciones religiosas disparatadas y sin base, infundadas o simplemente míticas. La Religión, como todo lo demás, comienza con ideas y termina con dogmas y mitos. En todos los dogmas puede hallarse el germen de la raíz esotérica del cual emanaron. En la religión cristiana —cuyos dogmas han sido hechos por el hombre y han sido bautizados como hechos por Dios— sus dogmas también están fundados en gran medida sobre las antiguas enseñanzas paganas, y por tanto, finalmente, sobre verdades esotéricas encarnadas en esta vasta colección de enseñanzas que H. P. Blavatsky ha llamado *La Doctrina Secreta*. En ésta, ella ha intentado recuperar sólo en esbozo, raramente en detalle, algunos principios fundamentales de esta doctrina arcaica, la misma en todo el mundo, la misma en todos los tiempos; interpretada de distinta forma por varios hombres en varias naciones.

H. P. Blavatsky abre su trabajo enunciando tres proposiciones fundamentales, tres hechos básicos. Me parece que un correcto entendimiento de estos postulados eliminará los muchos malentendidos que existen ahora entre los hombres respecto a las verdades básicas en lo que a pensamiento religioso se refiere. Ellos unifican, nunca separan.

El primero es la enunciación que ella hace de un Principio inescrutable; el segundo postulado en el proemio de *La Doctrina Secreta* es que el universo es el terreno de juego, por decirlo así, el campo, la arena, la escena, de una incesante, eterna, nunca interrumpida periodicidad: es decir, movimiento cíclico, la manifestación de la vida eterna en la cíclica aparición y desaparición de mundos —estrellas, planetas y otros cuerpos celestiales en el contenedor cósmico que el hombre tan vaga e imprecisamente llama espacio—. Nos dice ella, dando voz a las enseñanzas de la sabiduría antigua, que estos mundos vienen y van como chispas, místicamente llamadas las “chispas de la eternidad”. El ciclo de vida de cada uno de los cuerpos más grandes es, por necesidad, de inmensa duración; y cuando hablamos de tiempo, el entendimiento humano demanda que tengamos alguna medida por la cual podamos entender lo que queremos decir por tiempo, y de común acuerdo, el período de una revolución de la tierra alrededor del sol, al que llamamos un año, se ha tomado como medida arbitraria.

El tercer postulado —de ningún modo el último en importancia, el que es más fácil de entender y el cual para nosotros quizá esté más impregnado con la verdad— es que el universo y todo en él es un inmenso, eterno organismo. Debemos tener cuidado acá de no caer en la doctrina llamada monismo que enseña, en resumen, que todo en el universo se deriva en última instancia de una causa material. De igual forma debemos evitar caer en la doctrina errónea del monoteísmo, o la enseñanza de que el universo y todo en él son la creación, por mandato y capricho, de un Dios personal infinito y eterno. La primera doctrina es simplemente materialismo; la última, casi igualmente materialista.

La tercera proposición fundamental nos dice no sólo que el universo es uno con todo lo que está en él, sino más particularmente que el ser del hombre —su cuerpo, sus cuerpos; su alma, sus almas; y su espíritu— no es sino la progenie, el fruto de fuerzas. Acá nos encontramos con una de las enseñanzas más necesarias de comprender para nosotros en el magnífico recorrido por la filosofía teosófica, la de las jerarquías; es decir, que el kosmos, el universo, siendo un

organismo, está, no obstante, formado por peldaños o gradaciones de seres, consciencias o intelectos, de todo tipo, en los que la vida del universo se manifiesta, y que éstos están interrelacionados, correlacionados y coordinados, y trabajan juntos, en una unidad, hacia un objetivo y un fin común.

Vemos por tanto que no somos sólo hijos de la tierra, seres como mariposas, nacidos de un día; sino en verdad chispas del corazón del ser, del fuego central de la vida universal. Si podemos sentir esta maravillosa verdad en nuestros corazones, y si podemos trasladar ese sentir a nuestras vidas diarias, ninguna fuerza será más grande para gobernar nuestra conducta que ésta, y nada podrá moldear mejor nuestros destinos o ponernos sobre un sendero de logros y de servicio más noble.

Al darnos cuenta de que somos una unidad con todo lo que es; que la hermandad universal es un hecho del ser, enraizado en el propio corazón de las cosas, ineludible, inevitable; y que nuestros actos y pensamientos accionan y reaccionan con inevitable consecuencia en todo lo que pensamos y hacemos —no sólo sobre nosotros, los pensadores y actores, sino en todos los seres en todos lados— ¡cuán diferente pueden ser las vidas de los hombres! Acá, más que en las primeras dos proposiciones fundamentales, sí encontramos las verdaderas bases religiosas, científicas y filosóficas de la moral. Ningún hombre puede trabajar en sí mismo sin, a la vez y de forma inevitable e inviolable, trabajar en los otros. Lo que él hace afecta a otros. Estas enseñanzas son realidades, cosas reales.

Conozcámoslas, démonos cuenta de que cada pensamiento es un asunto que acontecerá como una acción ahora o en un día posterior; que la acumulación de pensamientos a lo largo de una línea producirá su respectivo efecto o efectos; que en la cadena del ser una cosa conduce a otra, y que nuestra responsabilidad moral y física es precisamente algo de lo que no podemos nunca escapar. Cuando el hombre se da cuenta de que es responsable y de que inevitablemente se le llamará para que rinda cuentas, y de que en todo momento la abnegación de motivos, o amor divino y compasión, deben dirigir sus actos, entonces tendremos todo el derecho de esperar una humanidad regenerada.

II

Al resumir nuestra charla de la semana pasada, en la cual consideramos los tres postulados fundamentales de la filosofía esotérica

que H. P. Blavatsky esbozó en las primeras páginas de *La Doctrina Secreta*, debemos recordar que estamos tratando con temas tan abstractos, tan abstrusos, que intentar una simplificación de ellos es una tarea importunada por muchas dificultades, sitiada, como está, por las fuerzas de los prejuicios, y que además demanda el uso de ciertas palabras para que todas las mentes entiendan al menos el pensamiento central encarnado en nuestras charlas.

Respecto a esta cuestión de las palabras, ninguna ciencia o filosofía, ningún pensamiento religioso, puede intentar darse a entender al mundo sin tener su propio y completo vocabulario técnico; de otra manera se enfrenta a la mala interpretación, al malentendido, a la frecuente oposición innecesaria. Por esta razón han sido usadas ciertas palabras, en gran parte sacadas de las religiones orientales, porque sólo allí, respecto a las religiones que todavía viven, encontramos los pensamientos y el tratamiento propios de ellas, que también existen en la sabiduría antigua, ahora llamada teosofía. Sin embargo, apenas uno de estos términos ha sido propiamente interpretado o entendido, precisamente porque son en su mayor parte palabras sánscritas —no sólo palabras de ese lenguaje, sino palabras que también han recibido color, significado y aplicación en religiones que todavía las usan—. Incluso los términos ingleses tienen significados que varían de acuerdo a los lugares en los que los encontramos. Por tanto, como se ha dicho antes, será necesario en el estudio de *La Doctrina Secreta* establecer el significado con el cual estas palabras se usan —un significado filosófico, un significado religioso, y un significado corriente de la vida diaria—. Pero primero sería bueno citar de H. P. Blavatsky el párrafo del final de la página 13 [I, 78-9], que precede al tratamiento que ella hace de estas proposiciones fundamentales:

Antes que el lector pase a considerar las Estancias del Libro de Dzyan, que constituyen la base de la presente obra, es absolutamente necesario que conozca los pocos conceptos fundamentales que sirven de asiento, y que compenetran todo el sistema a que su atención va a ser dirigida. Estas ideas fundamentales son pocas en número, pero de su clara percepción depende la inteligencia de todo lo que sigue; por lo tanto, no precisa disculpas el pedir al lector que primero se familiarice con ellas, antes de comenzar la lectura de la obra.

A estas tres proposiciones puede llamárselas una sinopsis del entero sistema de filosofía esotérica. Son un resumen del razonamiento religioso y filosófico del alma humana, que viene de tiempos que se pierden en una desconocida antigüedad. Necesariamente, por tanto, son muy difíciles de entender, y en algunos de sus alcances no pueden

ser entendidos en su totalidad por la mente humana. Por ejemplo, aunque no podemos decir, con referencia a esta primera proposición, lo que *es* este Principio, no obstante, podemos hablar de él, discutir en torno a él, decir lo que *no* es, como la misma H. P. Blavatsky hace cuando, luego de decir que en las palabras del Upanishad es “inconcebible e inefable”, procede a hablar de él y a ofrecer la enseñanza antigua sobre él, tal como fue entendido por las grandes mentes de los viejos tiempos.

Ella expresa la primera proposición como sigue:

Un PRINCIPIO Omnipotente, Eterno, Sin Límites e Inmutable, sobre el cual toda especulación es imposible, porque trasciende el poder de la concepción humana, y sólo podría ser empuñecido por cualquier expresión o comparación de la humana inteligencia. Está fuera del alcance del pensamiento: según las palabras del Mandukya [Upanishad], es “impensable e indecible”.

¿Qué queremos decir por *principio*, como palabra? Tiene muchos significados: puede significar una regla de conducta; puede ser usado en el sentido de causa; o, en su significado etimológico, como origen. La palabra *prince* procede de la misma raíz latina, y significa la cabeza de los hombres, de su estado, el origen de la justicia, la fundación de la ley y del orden.

Ahora, ¿qué quiere decir H. P. Blavatsky al escoger la palabra *principio*? ¿Debemos entender que la palabra se usa en el sentido de una pura abstracción, como cuando uno dice seis o largo? ¿Seis qué? ¿O qué es lo que es largo? Palabras así usadas son puras abstracciones; no tienen aplicación ni significado a menos que se relacionen con algún objeto. En otras palabras, no significan nada en especial; y por tanto, si elegimos entender el uso que hace H. P. Blavatsky de esta palabra *principio*, en el sentido de una pura abstracción sin aplicación a ningún sujeto, pensamiento o cosa, entonces tenemos que concluir que el Principio del cual ella habla es puro vacío —no *ninguna cosa*, sino *nada* en el sentido ordinario—. Sin embargo, cuando ella habla de un Principio, usa la palabra con un propósito y un significado; en consecuencia, Principio no significa vacío. No obstante no podemos llamar a este Todo, a este Misterio, a este Espacio —que son otras palabras que ella le da— por el nombre de cualquier *cosa*. Por otro lado, no es un ser, no es una entidad, no es nada limitado, no importa cuán grande o cuán aparentemente ilimitado sea.

Para entender adecuadamente por qué y cómo usaban palabras como ésta los pensadores antiguos, introducimos acá una llave para la

sabiduría antigua, y es ésta: el pensamiento de los tiempos ancestrales en el mundo entero era *antropocéntrico*, no como se define en los diccionarios ahora, significando que el hombre es el más alto logro de la creación en el ordinario sentido cristiano, o que el universo gira alrededor del hombre como si fuera éste la cosa más importante de la creación. Este sentido es, por su uso, permisible, pero no es el sentido en el cual la palabra se usa cuando aplicamos esta clave antigua. Acá está el significado, difícil de entender, pero muy importante para la interpretación adecuada de la sabiduría expuesta en *La Doctrina Secreta*. Un hombre piensa. Él piensa con sus propios pensamientos a partir de lo que en él hay. Él no puede pensar dentro de la mente de otro hombre. Por fuerza, por las necesidades de su propio ser, sus pensamientos siguen el molde o las inclinaciones de su propia naturaleza: manan de él, como de una fuente, y esto, aplicado al pensamiento religioso y filosófico de los antiguos, es el significado de la palabra antropocéntrico, tal como la usaremos.

La palabra viene del griego, *anthropos*, “hombre” en el sentido general, como la palabra alemana *Mensch*, no hombre en el sentido individual. Esto significa que los antiguos consideraron su filosofía religiosa y sus sistemas filosóficos como emanando *desde dentro del hombre mismo*, por tanto, eran antropocéntricos. Similar a esto era su tratamiento de los fenómenos de la naturaleza, que estaba basado en el hecho fenomenal de que la tierra era el aparente centro del sistema solar. También lo es cualquier planeta. Tenemos remanentes de este sistema en nuestros propios idiomas ahora, cuando hablamos de la “salida” y de la “puesta” del sol, etc.

Ahora bien, entonces, tratando a la sabiduría antigua a partir de la posición antropocéntrica, los pensadores ancestrales se dieron cuenta de que para compartir los pensamientos que manaban dentro de ellos tenían que usar el lenguaje humano, los símiles humanos, las metáforas humanas. Sólo de esta manera podrían ellos recibir algún grado de la consideración atenta que, como maestros de esta sabiduría antigua, ellos merecían. Por tanto, hallamos la aplicación de la idea antropocéntrica a esta palabra *principio*: una palabra que puede ser usada tanto como una abstracción como en un sentido material concreto.

Obviamente H. P. Blavatsky no uso *principio* en un sentido material. ¿Qué quiso entonces transmitir? Que este Principio que está fuera del alcance del pensamiento humano tiene que ser todo lo que sobrepasa el entendimiento humano y al cual, por esa razón, sólo po-

demos llamar el Todo, una palabra que simplemente expresa nuestra ignorancia, es verdad; pero que también expresa el hecho de que este inefable Principio es Todo. De eso manamos finalmente, hacia eso estamos viajando a través de los eones de tiempo ilimitable. Primordialmente todos los pensamientos vienen de él, pero no por un mandato de una mente pensante, por más grande que ésta sea. La filosofía antigua nos dice que podemos comparar los primeros indicios del ser en este Todo, con el germen de vida en un huevo. ¡Qué maravilloso es que una cosa, cuando es analizada químicamente, consista en sólo unos cuantos elementos de materia, y que, sin embargo, si no es molestada o destruida, bajo condiciones propicias, dé a luz un ser vivo!

Son muchas las religiones que han tratado este Principio de varias maneras. Tomemos primero la hebrea para ilustrar esta afirmación, porque de ella emanan, en gran medida, las doctrinas cristianas. Puesto que muchos de nosotros hemos nacido en países cristianos, estamos más familiarizados con las doctrinas propias de esta iglesia, y esto, quizá, es suficiente excusa para escogerla como nuestro primer ejemplo. “En el comienzo”, es decir, “En el Principio”, y así ha sido traducido en la versión griega Septuaginta de los Setenta, “Dios hizo al mundo y el mundo estaba vacuo y sin forma, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas”. Ahora bien, esto es algo maravilloso. El pensamiento en esas líneas de ninguna manera está filosóficamente expresado de forma correcta, pero sí contiene la enseñanza esotérica tal como está en *La Doctrina Secreta*: “En el comienzo” — “En el Principio” — “En el Todo”. La siguiente declaración es que “Dios” (el hebreo original es *Elohīm*) hizo la tierra y la tierra estaba sin forma y vacua. ¿Qué significa *vacua*? Permítanme recordarles que aquí la palabra significa más que “vacío”; significa más propiamente, en esta aplicación, *intangible, inmaterial*, o como diríamos nosotros, un mundo astral, un mundo espiritual, incluso.

“Y el espíritu de *Elohīm* se movía sobre las aguas”. ¿Cuáles aguas? ¿Dónde estaban las aguas sobre las que “*Elohīm*” o los “Dioses” se movían? ¿Por qué tendrían ellos que moverse sobre las “aguas”? *Agua* es un término usado en las religiones antiguas para significar espacio, las aguas del espacio. Tenemos acá un tratamiento de un mundo inmaterial, procreado a partir del Todo por poderes, por dioses, si lo prefieren — la palabra no importa, y del espíritu, la fuerza de estos seres, moviéndose sobre o dentro de este globo o mundo intangible e inmaterial.

Al volvernos hacia el más lejano oriente y tomar las enseñanzas sánscritas como fueron expresadas en los Vedas —las más antiguas y más altamente veneradas obras religiosas y filosóficas del indostán— encontramos en la traducción de Colebrooke lo siguiente:

Ni Algo ni Nada existía; . . .

Piensen en el pensamiento que hay en esto. Ni alguna cosa ni ninguna cosa existía.

. . . Allá el cielo brillante

No era, ni arriba el vasto techo extendido del firmamento

¿Qué cubría todo? ¿Qué abrigaba? ¿Qué ocultaba?

¿Eran los insondables abismos del agua?

De nuevo la referencia a las aguas del espacio.

No había muerte —sin embargo, no había nada inmortal,

No había confines entre el día y la noche;

El Único respiraba sin aliento por sí mismo,

Además de Eso nada desde entonces ha sido.

Oscuridad había, y todo al principio estaba velado

En profundas tinieblas —un océano sin luz—

El germen que yace aún cubierto en la vaina

Hace brotar, una naturaleza, del calor ferviente.

Nótese el maravilloso intento de traducir al lenguaje humano ordinario, a figuras comunes del habla, no obstante hermosas, los pensamientos cuya sutileza y profundidad la mente humana puede buscar alcanzar, intentar coger, tratar de obtener, y aún así fallar por mucho. Y a pesar de ello, percibimos, sentimos, como por una conciencia interna, la existencia, la realidad, la actualidad, de eso que sabemos que es y que fallamos en decir.

Acá tenemos una declaración de que “ninguna cosa” era y “no ninguna cosa” era. A esto, en razón de nuestro entendimiento antropocéntrico, no podemos darle nombre humano; a pesar de lo cual, como la mente trabaja por analogías, el Veda nos dice que el germen de vida surgió en Eso tal como Eso era entonces. Así es Eso ahora, nada menos, nada se ha perdido, nada se ha añadido; siempre lo mismo hasta donde podemos ver, y sin embargo, siempre cambiante. La inmovilidad completa es la muerte. En Eso la muerte no existe. El Movimiento, tal como lo entendemos, es vida, más sin embargo, en Eso, semejante vida en realidad no existe. Eso ni está, en realidad, en movimiento ni estático. A todo cuanto podemos comparar a este Eso, siguiendo la regla antropocéntrica, es al espacio absoluto, que

contiene al movimiento sin fin *tal como nosotros lo entendemos*, en la infinitud, en la eternidad; y todas éstas no son más que palabras, una confesión abierta de la inhabilidad de la mente humana para alcanzarlo. Y sin embargo, cuán noble, cuán digna, es una declaración, respecto a las grandiosas fuerzas del espíritu humano que puede intentar alcanzar, e incluso obtener, algunas insinuaciones de lo indecible.

En la página dos del primer volumen de su obra [I, 70], H. P. Blavatsky dice: “Es la VIDA UNA, eterna, invisible, aunque omnipresente; sin principio ni fin, aunque periódica en sus manifestaciones regulares, . . . ”

¿Es posible concebir interiormente la inmensidad de este Todo espacial y de nuestro kosmos, de nuestro universo, como pendiendo de Eso por un hilo de espíritu —nuestro universo, no sólo nuestra pequeña mota de polvo, sino el universo comprendido dentro de la zona rodeada por la Vía Láctea— y los incontables otros universos colgando de Eso? Así, cuando leemos “Periódica en sus manifestaciones regulares”, inevitablemente seguimos la antropocéntrica ley de nuestro ser y razón como hombres.

El Todo mismo nunca se manifiesta; Es el *Inmanifestado*; pero a pesar de ello es cierto que de Eso procede la manifestación. ¿A qué podemos comparar el Eso entonces? ¿Cuáles fueron la imágenes, las metáforas, por las que los antiguos explicaron lo manifestado procedente de lo inmanifestado: lo material procedente de lo inmaterial, la vida de la no-vida, la personalidad de la no-personalidad, el ser, la entidad, del no ser y de la no-entidad? Acá está una imagen: el principio del mundo es el sol. El sol envía innumerables rayos de luz; podemos asumir que el envío es eterno y en todas las direcciones; y que los rayos de luz son parte de eso que los envía. De este modo comparaban los antiguos al sol con este Todo. El sol mismo en su filosofía no era más que la manifestación material, en este plano, de una serie jerárquica que tenía sus raíces enredadas en algo todavía más grande que ella misma, etc. ¿Cómo describieron ellos este Principio, este Indecible, en los Vedas? El Silencio y la Oscuridad envolvieron al pensamiento y simplemente le llamaron *Tat*; la traducción al español es “aquello” —ni siquiera “Dios”, ni siquiera “El Resplandeciente”; no fue limitado por adjetivo alguno, simplemente *Aquello*.

Otra imagen era el Árbol del Mundo, incluso más universal que la del sol, hallada en las escrituras hindúes, en los símbolos de los antiguos mayas americanos, incas y toltecas, hallada también en la antigua Europa y preservada hasta nuestros días en los Eddas escandi-

navos. El Árbol del Mundo, ¿cómo es imaginado? Fue representado como creciendo de arriba hacia abajo, con sus raíces enraizadas en Aquello, y su tronco, sus múltiples ramas, y sus ramitas, y sus hojas, y sus flores, estirándose hacia abajo en todas direcciones y representando la vida manifestándose y manifiesta, las cosas incalculables hacia donde este río cósmico, este flujo espiritual de seres, corre.

Supóngase una punta al final de la más baja y postrera rama, la punta de una hoja: esa punta saca su vida de la hoja; la hoja, de una ramita; la ramita, de la rama; la rama, de una rama más larga; la rama más larga, de una todavía más larga; ésta, del tronco; el tronco, de la raíz; la raíz . . . ¿Por qué seguir más? Podemos seguir indefinidamente. Pero los antiguos, con su profunda fe religiosa, simplemente dijeron *Aquello* cuando se referían a lo que trasciende el poder humano de la concepción. De este modo, cuando H.P.B. dice acá, “aunque periódica en sus manifestaciones regulares”, así debemos entenderlo. Es su propia enseñanza que Aquello nunca se manifiesta, pero que de Aquello emana la vida. “Entre cuyos períodos se extiende el oscuro misterio del no-Ser”. ¿Qué es este estado? ¿Es la oscuridad per se? ¿Es un misterio indescifrable? ¿Es la nada? ¿Qué derecho tenemos nosotros de pensar eso, o de concebirlo? Éstas son palabras usadas antropocéntricamente por necesidad, siguiendo la norma antigua, sabiendo que el hombre no puede usar términos entendibles para él mismo y para sus compañeros excepto aquéllos que siguen las leyes psicológicas de su propio ser. Por tanto, y seguimos citando:

. . . entre cuyos períodos reina el oscuro misterio del [para nosotros] No-Ser; inconsciente [para nosotros] y sin embargo, Conciencia absoluta; incomprendible [para nosotros], y sin embargo, la única Realidad existente por sí misma; en verdad “un Caos para los sentidos, un Kosmos para la razón”. Su atributo único y absoluto, que es ELLO mismo, Movimiento eterno e incesante [para nosotros], es llamado en lenguaje esotérico el “Gran Aliento”, que es el movimiento perpetuo del Universo, en el sentido de ESPACIO sin límites y siempre presente.

III

En nuestras últimas dos reuniones estudiamos los tres postulados fundamentales que se encuentran en *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky. En ellos se nos enseña que existe en el hombre un vínculo con lo Indecible, un cordón, una comunicación que se extiende desde Eso hacia la conciencia interna; y ese vínculo —ésa es la enseñanza tal

como ha descendido a nosotros— es el mismo corazón del ser. Surge en ese Principio súper-sensorial. Ese indecible Misterio el cual H. P. Blavatsky define en la primera proposición fundamental como por encima de la mente humana. Volviéndonos uno con ese vínculo, podemos trascender los poderes del intelecto humano ordinario y alcanzar (aun si fuera esforzándonos, hacia arriba, hacia) ese Indecible, que es, lo sabemos —aunque está más allá del poder humano expresarlo en palabras, o más allá del pensamiento humano— el secreto de lo secreto, la vida de la vida, la verdad de la verdad, el Todo.

Acá tenemos la idea, me parece, que las palabras de Katherine Tingley ilustran tan bien a este respecto. Me impresionaron por su belleza y sugestiva profundidad. Dice ella:

Pensar sobre lo impensable es una maravillosa y espiritualizadora fuerza; uno no puede pensar al respecto sin una disposición ya sea a pensar más o a sentir más, sin abrir la conciencia interna del hombre. Y cuando se despierta la conciencia interna, el alma se encuentra más cerca de las leyes infinitas, más cerca de AQUELLO, o el Gran Centro que ninguna palabra puede expresar.

Esforzándonos hacia este interior, hacia el Interno, podemos lograr alguna concepción, si no el entendimiento, del Principio infinito de todo lo que es. A partir de Eso, en el curso de la duración sin fin, al final del gran pralaya universal o cósmico, emanan a la manifestación los orígenes de las cosas. Estos orígenes devienen en las formas de vida y seres descritos en la segunda y tercera proposiciones fundamentales.

El vínculo interno con el Indecible fue llamado en la antigua India con el término Ser, que ha sido a menudo mal traducido como “alma”. La palabra sánscrita es *ātman*, y en psicología se aplica a la entidad humana. El extremo superior del vínculo, por así decirlo, fue llamado *paramātman* o el “Ser Supremo”, el ser permanente; palabras que describen nítida y claramente, a aquéllos que han estudiado esta filosofía maravillosa, algo de la naturaleza y esencia de eso que es el hombre, y la fuente desde la que, en esa duración sin principio y sin fin, él emanó. Hijo de la tierra e hijo del cielo, contiene a ambos en él.

Pasamos ahora de considerar la primera proposición, a la segunda y a la tercera. Y para que podamos entender qué queremos decir cuando usamos ciertas palabras, será útil ilustrar nuestros usos de tales palabras. Tomemos el notablemente bien traducido libro titulado *El Canto Celestial*, obra de Sir Edwin Arnold. Es una traducción al verso inglés del *Bhagavad-Gītā*. Esta obra es un episodio o un

interludio que se encuentra en el sexto libro del *Mahābārata*, la más grande de las dos grandes épicas hindúes; y en el estilo de los escritos hindúes comprende una disertación sobre asuntos religiosos, filosóficos y místicos. El *Canto Celestial* de Sir Edwin, en el libro segundo, contiene lo siguiente:

. . . El alma que no es movida,
 El alma que con una fuerte y constante calma
 Con indiferencia toma la pena y la dicha,
 ¡Vive en la imperecedera vida! Aquello que es
 No puede cesar de ser; eso que no es
 No existirá. La certeza de ambos
 Es vista por aquellos que separan la esencia del
 accidente,
 La Sustancia de la Sombra. Indestructible,
 ¡Aprende tú!, es la Vida, que esparce la vida a través de
 todo;
 No puede en ningún lugar, por medio alguno,
 Ser de alguna forma disminuida, aplacada, o cambiada.
 Pero en cuanto a estos cuerpos pasajeros que anima
 Con espíritu imperecedero, interminable, infinito,
 Ellos perecen . . .
 Nunca nació el espíritu; el espíritu nunca cesará de ser;
 Nunca fue el tiempo; ¡Fin y Principio son sueños!
 Sin nacimiento y sin muerte y sin cambio permanece el
 espíritu por siempre;
 ¡La Muerte para nada lo ha tocado; el muerto, sin embargo,
 la casa de ella parece!

Ahora bien, estas palabras son exquisitamente hermosas. Sin embargo, contienen una traducción equivocada, una errónea interpretación del texto de este maravilloso y pequeño libro. En primer lugar, Sir Edwin traduce la palabra sánscrita *tat*, primero por la palabra “alma” y luego por la palabra “espíritu”. Claro que, por analogía, dicha palabra hace referencia al alma y al espíritu del hombre; pero en sánscrito no apunta particularmente al alma del hombre. Leeré una traducción en prosa de estos mismos versos, hecha sin pretensiones poéticas y sin intención de usar un lenguaje hermoso, sino simplemente para expresar la idea:

El hombre a quien éstos no desvían, ¡Oh Toro entre los hombres! Quien es el mismo en el dolor y en el placer, y de alma estable, ése toma parte en la inmortalidad.

No hay existencia para lo irreal; no hay inexistencia para lo Real. Además, la primordial característica de ambos es vista por aquéllos que perciben los principios verdaderos.

Conoce Aquello como indestructible, con lo cual este universo entero fue tejido.

La palabra sánscrita para “Aquello” es *tat*, como ya se explicó. La imagen es la del tejido de una tela.

La destrucción de este Imperecedero, ninguno es capaz de provocar.

Estos cuerpos mortales se dice que son de la encarnación del Uno Eterno, Indestructible, Inmensurable . . .

Quien conoce Eso como el matador, y quien cree que Eso puede ser matado: ambos no comprenden. Eso no mata, tampoco puede ser matado.

No nace, como tampoco muere nunca; no fue producido, tampoco será nunca producido.

Es no nacido, constante, imperecedero, primigenio. Permanece ileso cuando el cuerpo muere.

El uso que hace el escritor en el *Bhagavad-Gītā* se refiere al vínculo del que hemos hablado, el inmortal, imperecedero principio dentro de nosotros, y lo describe mediante la palabra Aquello, y lo compara con el universo manifestado, el cual, siguiendo las enseñanzas ancestrales de la India, era invariablemente nombrado como Esto —la palabra sánscrita es *idam*.

Los sabios de los tiempos antiguos dejaron registro de la enseñanza interna de las religiones de las gentes entre las que vivieron. Esta enseñanza interna era la filosofía esotérica, la teosofía, del período. En el Indostán encontramos esta teosofía en los Upanishads, una parte del ciclo de la literatura védica. La palabra en sí implica una “doctrina secreta” o unas “enseñanzas secretas”. A partir de los Upanishads y de otras partes de la literatura védica, los antiguos sabios de la India produjeron lo que se llama ahora la *Vedānta* —una palabra sánscrita compuesta que significa “el final (o la terminación) del Veda”, es decir, la instrucción, en la exposición definitiva y más perfecta, del significado de los principios védicos.

En la antigua Grecia había varias escuelas y varios Misterios, y la teosofía de la antigua Grecia se mantenía muy en secreto; fue enseñada en los Misterios y fue enseñada por diferentes maestros a grupos selectos de sus discípulos. Uno de esos grandes maestros fue Pitágoras; otro fue Platón; y esta teosofía fue más o menos esbozada con claridad y encarnada, luego de la caída de las así llamadas religiones paganas, en lo que ahora es conocida como la filosofía neoplatónica. Ésta representa realmente las enseñanzas internas de Pitágoras, Platón, y el sentido interno de aquellas doctrinas místicas las cua-

les eran corrientes en Grecia bajo el nombre de los poemas órficos.

De la teosofía de Egipto no tenemos más que escasos remanentes, tales como los que existen en el que es llamado “El libro de los Muertos”. De la teosofía de la América antigua, de los imperios de los incas y mayas, tenemos casi nada. La teosofía de la antigua Europa ha muerto. Todo lo que queda para nosotros es un cierto número de escrituras místicas tales como los Eddas escandinavos, y los libros germánicos, que son representados, por ejemplo, en las sagas escritas en las lenguas de la antigua Alta Germania y de los anglo-sajones.

Un estudio de las doctrinas contenidas en los Upanishads, en “El libro de los Muertos”, en la filosofía neoplatónica, en los Eddas escandinavos y en otros lados, muestra que tenían una base en común, una fundación, una verdad en común. Diferentes hombres en varias épocas enseñaron la misma verdad usando palabras distintas e imágenes diferentes, distintas metáforas; pero bajo la superficie siempre estuvo la doctrina antigua, la sabiduría secreta.

La teosofía de los judíos se encarnó en lo que posteriormente fue llamado la Qabbālāh, de la palabra hebrea que significa “recibir”, es decir que fue la doctrina tradicional transmitida o recibida (de acuerdo con las declaraciones de la misma Qabbālāh) por intermedio de los profetas y los sabios judíos, y se dijo haber sido enseñada por primera vez por “Dios Todopoderoso a una selecta compañía de ángeles en el Cielo”.

Debemos recordar, cuando nos aproximamos a las enseñanzas de la sabiduría antigua, que los maestros ancestrales hablaron y enseñaron *antropocéntricamente*; esto es, que insistieron en seguir las leyes psicológicas de la mente humana y por consiguiente enseñaron en figuras de lenguaje humanas, a menudo utilizando imágenes amenas, bastante extrañas y sin embargo muy instructivas como figuras de lenguaje. Qué sabio fue eso, porque de este modo fueron capaces de dar continuidad a las enseñanzas, y lo hicieron de tal forma que este sistema antropocéntrico alentó menos que cualquiera las disposiciones dogmáticas que han infamado más sinceramente todo lo mejor en las enseñanzas de la Iglesia cristiana. Estos tropos, estas metáforas, fueron tan pintorescas que la mente entendió casi al instante que no eran más que el vehículo encarnando la verdad. Recordemos esto, y nuestro trabajo se volverá inmensamente más fácil.

Ahora tomemos la Qabbālāh como ejemplo de la manera como la teosofía —la judía— se acerca al misterio de cómo lo Inmanifestado produce lo manifestado, cómo de aquello que es duración intermi-

nable y sin principio emana la materia, el espacio en el sentido de extensión material, y el tiempo.

Pero primero permítanme hacer una cita de otra obra sánscrita, el *Kena-Upanishad*. Hablando de este misterio inefable, dice:

El ojo no lo alcanza, el lenguaje no lo alcanza, ni el pensamiento lo alcanza en absoluto; en verdad, no sabemos ni tampoco podemos decir cómo debe uno enseñarlo; es distinto de lo conocido, está más allá de lo desconocido. De este modo hemos escuchado de los hombres de los viejos tiempos, pues ellos nos lo enseñaron a nosotros.

—1, 3-4

El gran Śankarāchārya, quizá el más famoso de los comentaristas hindúes de los Upanishads y del maravillosamente bello sistema de filosofía derivado de ellos, llamado la Vedānta, dice, comentando sobre el *Aitareya-Upanishad*:

Está el Uno, único, solo, aparte de toda dualidad, en el que no aparecen las multitudinarias representaciones ilusorias de cuerpos irreales y condiciones de este universo de realidad meramente aparente; sin pasión, inamovible, puro, en completa paz; conocible sólo por la falta de todo epíteto; inalcanzable por la palabra o por el pensamiento.

La Qabbālāh, la enseñanza tradicional de los sabios entre los judíos, es una instrucción maravillosa; contiene en esbozo o en epítome todo principio fundamental o enseñanza que *La Doctrina Secreta* contiene. Las enseñanzas de la Qabbālāh son a menudo expresadas en un lenguaje ameno y a veces divertido; algunas veces su lenguaje se eleva a la altura de lo sublime. ¿Qué tiene que decir el *Zohar*, el segundo de los grandes libros que quedan de la Qabbālāh (la palabra *Zohar* significa esplendor), de la manera en que los libros religiosos judíos deben ser estudiados? Dice esto (iii, 152a):

Pobre del hijo del hombre que dice que la Torah [la Biblia hebrea, en especial el Pentateuco, o mejor dicho los primeros cuatro libros de la Biblia excluyendo el Deuteronomio, el quinto] contiene dichos comunes y narrativas ordinarias. Si éste fuera el caso podríamos en el presente componer un código de doctrinas a partir de escrituras profanas que despertarían mayor respeto. Si la Ley contiene un asunto ordinario, entonces hay sentimientos más nobles en los códigos profanos. Vamos y hagamos una selección de ellos y seremos capaces de compilar un código muy superior. ¡No! Cada palabra de la Ley tiene un sentido sublime y un misterio celestial . . . Como los ángeles espirituales tuvieron que ponerse vestiduras terrenales cuando descendieron en esta tierra, y de la misma manera como no pudieron haber permanecido ni ser entendidos en la tierra sin ponerse tales vestiduras, así mismo sucede con la Ley. Cuando descendió sobre la tierra, la Ley tuvo que ponerse una vestidura terrenal para ser entendida por nosotros, y las narrativas son sus vestiduras . . . Aquéllos que tengan entendimiento, no vean las vestiduras sino el cuerpo

[el significado esotérico] debajo; mientras que los más sabios, los sirvientes del Reino celestial, aquellos quienes moran sobre el Monte Sinaí, no miren a nada más que al alma—

Es decir, a la suprema doctrina secreta o sabiduría sagrada oculta debajo del “cuerpo”, debajo de las narrativas exotéricas o historias de la Biblia.

En estos días, cuando los modernistas y los fundamentalistas riñen —riñen innecesariamente sobre superficialidades exotéricas, sobre cosas que surgen del egoísmo de los hombres, sobre las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia cristiana, cada una de ellas basada probablemente en antigua filosofía esotérica pagana, es una pena inmensa que no sepan ni comprendan que esta enseñanza de la Qabbālāh, tal como es expresada en el *Zohar*, es una verdadera enseñanza; ya que bajo cada vestidura está la vida—. Así como Jesús enseñó en parábolas, así la Biblia fue escrita en figuras de lenguaje, en metáforas.

DOS

¿DÓNDE ESTÁ LA REALIDAD? LA VERDAD PUEDE SER CONOCIDA. NATURALEZA CONSTITUTIVA DEL HOMBRE DE ACUERDO A DIFERENTES SISTEMAS: TRIPLE, CUÁDRUPLE, QUÍNTUPLE O SÉPTUPLE.

La Ley fundamental en ese sistema, el punto central del cual todo emerge, alrededor y hacia el cual todo gravita, y sobre el que depende toda su filosofía, es el PRINCIPIO-SUSTANCIA, Uno, homogéneo y divino: la causa radical única.

. . . “Unos pocos, cuyas lámparas resplandecían más, han sido guiados

De causa en causa al manantial secreto de la Naturaleza,

Y han descubierto que debe existir un primer Principio . . .”

Es llamado “Principio-Substancia”, porque se convierte en “Substancia” en el plano del Universo manifestado: una ilusión, mientras continúa siendo un “Principio” en el ESPACIO visible e invisible, sin comienzo ni fin, abstracto. Es la Realidad omnipresente; impersonal, porque lo contiene todo y cada una de las cosas. *Su impersonalidad es el concepto fundamental del sistema.* Está latente en todos los átomos del Universo, y es el Universo mismo.

—*La Doctrina Secreta*, I, 273 [I, 286]

Es la Verdad. Es el Ser, y tú eres eso.

—*Chāndogya-Upanishad*, 6, 14, 3

El Tao que puede expresarse en palabras no es el eterno Tao; el nombre que puede pronunciarse no es el nombre eterno. Sin un nombre, es el Principio del Cielo y de la Tierra; con un nombre, es la Madre de todas las cosas. Solo quien está eternamente libre de las pasiones mundanas puede aprehender su esencia espiritual; aquél que está siempre estancado por las pasiones no puede ver más que su forma externa. Estas dos cosas, la espiritual y la material, aunque las llamamos por diferentes nombres, en su origen son una y la misma. Esta igualdad es un misterio —el misterio de los misterios. Es la puerta de toda espiritualidad.

—*Los dichos de Lao Tzū* (traducción de Lionel Giles).

ABRIMOS EL VOLUMEN I de *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky en la página 13, [I, 78] hacia el segundo párrafo, que dice lo siguiente:

El lector debe tener presente que las Estancias tratan únicamente de la Cosmogonía de nuestro Sistema planetario, y de lo que es visible alrededor suyo después de un Pralaya Solar. Las enseñanzas secretas referentes a la Evolución del Kosmos Universal no se pueden dar, pues no serían comprendidas ni aun por las inteligencias superiores de esta época; y al parecer hay muy pocos Iniciados, aun entre los más

grandes, a quienes sea permitido especular acerca de este punto. Además, dicen los Maestros terminantemente, que ni siquiera los más elevados Dhyani-Chohans han penetrado jamás los misterios más allá de los límites que separan las miríadas de sistemas solares del “Sol Central”, así llamado. Por lo tanto, lo que se publica se refiere solamente a nuestro Kosmos visible, después de una “Noche de Brahmâ”.

Escogemos esto como el texto general de nuestro estudio esta noche, ya que parece no sólo apropiado sino también necesario para abrir nuestro estudio de los temas más secretos que trata *La Doctrina Secreta*, preguntando ¿de qué manera o por qué método obtenemos un entendimiento y una comprensión de estas doctrinas? ¿Nos llegan como enseñanzas dogmáticas, o se derivan, siguiendo la definición que Webster da de la teosofía en su diccionario, de una interna comunión espiritual con “Dios”? Hay algo en la definición de Webster que es verdad. Los teósofos sí creen que el hombre tiene dentro de sí la facultad de aproximarse a las cosas divinas, de levantar al hombre interno para poder obtener así una representación mental más certera de las *cosas como son*, o de la realidad.

Por otro lado, si todos hicieran esto, sin una guía, enseñanza y conducción apropiados y capaces, la extrema vanidad y la presunción humana, así como muchas otras fuerzas en la economía humana, conducirían inevitablemente hacia una inmensa diversidad de opiniones, enseñanzas y doctrinas, cada hombre creyendo tener, él y sólo él, la verdad, y, por tanto, creyendo también que aquellos que lo siguen a él y predicán sus puntos de vista deben formar con él una “iglesia” especial o “secta” propia. Estas palabras en sí serían probablemente evitadas, pero el hecho equivaldría a lo mismo.

Por tanto, encontramos acá el uso, el beneficio, la pertinencia, de las doctrinas teosóficas, en el sentido que estas enseñanzas hallan venido a nosotros desde una antigüedad inmemorial —transmitidas de un Maestro a otro, y de que originalmente fueran comunicadas a la naciente raza humana, una vez que ésta llegó a ser auto-consciente, por seres de una esfera superior, seres que eran, ellos mismos, de origen divino; y más aún, de que esta comunicación o emanación de sus seres espirituales y altamente intelectuales, en nosotros, nos diera nuestros propios principios superiores—. Pues los Maestros nos han dicho que estas doctrinas han sido revisadas o probadas edad tras edad, generación tras generación, por innumerables videntes espirituales, para usar las palabras de H. P. Blavatsky —revisadas en cada aspecto, revisadas en cuanto a los hechos, en cuanto al origen, en cuanto a su operación en la mente humana.

Ahora entonces, las facultades por las que el hombre puede lograr un conocimiento de la verdad, de lo real, pueden ser exhortadas o evocadas en cualquier momento y en cualquier lugar, asumiendo que estén dadas las condiciones adecuadas, para que el alma esforzada pueda así ascender o llegar al *interior*, y *sepa*. Algunas veces, en las enseñanzas más simples se encuentran las verdades más divinas. Y ¿por qué? Porque las enseñanzas simples son las fundamentales.

Considérense por un momento, entonces, los siete principios del hombre en su conexión con los siete principios del universo. Los siete principios del hombre son un símil o copia de los siete principios cósmicos. Ellos son en realidad los vástagos de los siete principios cósmicos, limitados en su acción en nosotros por el trabajo de la ley del karma, pero volviendo en su origen a Aquello que está más allá, hacia dentro de lo que es la esencia del universo o lo universal; en, más allá de, dentro de, hacia, lo Inmanifiesto, hacia lo Inmanifestable, hacia ese primer Principio que H. P. Blavatsky enuncia como el pensamiento guía de la sabiduría-filosofía de *La Doctrina Secreta*.

Estos principios del hombre se estima que son siete en la filosofía por medio de la que la economía humana, espiritual y psíquica nos ha sido explicada en la presente edad. En otras edades estos principios o partes del hombre fueron enumerados de manera distinta: los cristianos los enumeran como cuerpo, alma y espíritu, y no saben la diferencia entre el alma y el espíritu; y muchos dicen que el alma y el espíritu son lo mismo.

Algunos de los pensadores indios dividieron al hombre en una entidad básica cuádruple; otros, en una quíntuple. La filosofía judía, tal como se encuentra en la Qabbālāh, enseña que el hombre se divide en cuatro partes:

1. La más alta y espiritual de todas, aquel principio o parte que para nosotros es sólo un aliento de vida, ellos lo llaman *něshāmāh*.
2. El segundo principio era llamado *rūah* o alma espiritual, escrito algunas veces *rūach* de acuerdo a otro método de transliteración.
3. El alma astral (o alma vital) era llamada *nefesh*, el tercero próximo al más bajo, que el hombre tiene en común con los brutos.
4. Luego viene el *gūf* o vehículo físico, la casa en la que todos estos otros moran.

Sobre todos, y superior a todos, superior al *něshāmāh* —que no es una emanación de este Más Alto, ni una creación, ni una evolución, sino del cual fue su *producción* en un sentido que explicaremos luego— está el Inefable, el Ilimitado, llamado *Ēin* (o *Ain*) *Sōf*.

Los términos sánscritos que se han dado a los siete principios del hombre en la filosofía teosófica son los siguientes, y nos ayudará explicar el significado sánscrito original de ellos, e ilustrar el sentido en el que fueron usadas esas palabras, y por qué fueron escogidas.

1. El primer principio es llamado el *sthūla-śarīra*. *Sthūla* significa “tosco”, “grosero”, no refinado, pesado, corpulento, grueso en el sentido de ser voluminoso. *Śarīra* viene de una raíz que puede ser traducida mejor diciendo que es eso que es “fácilmente soluble”, “fácilmente gastable”; la idea de ser algo transitorio, espumante, lleno de agujeros, por decirlo así. Nótese el significado oculto en esto: es muy importante.

2. Llamemos al segundo principio el *liṅga-śarīra*. *Liṅga* es una palabra sánscrita que significa “marca característica”; en consecuencia: modelo, patrón. Forma el modelo o patrón en el que es construido el cuerpo físico, compuesto en su mayoría de porosidad, si se perdona la expresión; lo más *irreal* que conocemos, lleno de agujeros, espumoso, por decirlo así. Volveremos a este pensamiento más adelante.

3. El tercer principio, comúnmente llamado el principio de vida, es *prāṇa*. Ahora bien, esta palabra se usa acá en un sentido general. A propósito, hay cierta cantidad de corrientes de vida, fluidos vitales. Estos tienen varios nombres. Un sistema da el número como tres; otro, como cinco, que es el número comúnmente aceptado; otro, como siete; otro, doce, como es hallado en algunos Upanishads; y un antiguo escritor incluso los da como trece.

4. Luego está el principio *kāma*; la palabra *kāma* significa “deseo”. Es la fuerza conductora o impelente en la economía humana; sin color, ni buena ni mala, sólo hasta cuando la mente y el alma dirigen su uso.

5. Luego viene *manas*; la raíz sánscrita de esta palabra significa “pensar”, “meditar”. “reflexionar”: actividad mental, en concreto.

6. Luego viene *buddhi* o el alma espiritual, el vehículo o portador del más alto principio de todos, el *ātman*. Ahora bien, *buddhi* viene de la raíz sánscrita *budh*. Esta raíz se traduce es comúnmente como “iluminar”, pero una mejor traducción es “despertar”, y, por tanto, “entender”; *buddha*, el pasado participio de esta raíz, se aplica a aquél que está espiritualmente “despierto”, y ya no vive más una muerte viviente, sino que ha sido despertado a la influencia espiritual del interior o de “arriba”. *Buddhi* es el principio en nosotros que nos da

consciencia espiritual, y es el vehículo de la parte más alta del hombre. La parte más alta es el ātman.

7. Este principio (*ātman*) es universal; pero durante las encarnaciones sus partes inferiores, si lo podemos expresar así, toman atributos, porque está conectado con el buddhi tal como el buddhi está conectado con el manas, y el manas está conectado al kāma, y así hacia abajo en la escala.

Ātman algunas veces es también usado por el ser universal o espíritu al que se le llama en las escrituras sánscritas Brahman (neutro), y el Brahman o espíritu universal es también llamado el *Paramātman*, un término sánscrito compuesto que significa el “más alto” o el ātma más universal. La raíz de ātman es difícilmente conocida. Su origen es incierto, pero el significado general es el del “ser”.

Más allá del Brahman está el *Parabrahman*: *para* es una palabra sánscrita que significa “más allá de”. Nótese el profundo significado filosófico de esto: no hay intento acá de limitar lo Ilimitable, lo Inefable, por medio de adjetivos; simplemente significa “más allá de Brahman”. En los Vedas sánscritos y en los trabajos que se derivan de allí y que pertenecen al ciclo de la literatura Védica, este *más allá de* es llamado Aquello, así como este mundo de manifestación es llamado Esto. Otros términos sánscritos expresivos son *sat*, lo “real”; y *asat*, lo “irreal” o el universo manifestado; en otro sentido *asat* significa “no *sat*”, es decir, aun más allá de (más alto que) *sat*.

Este Parabrahman está íntimamente relacionado con *Mūlaprakṛiti*, “naturaleza-raíz”. Su interacción y entremezcla causa la primera conmoción nebulosa, si se permiten estas palabras, de la vida universal cuando el deseo espiritual surgió por primera vez en Eso, en el principio de las cosas. Tal es la vieja enseñanza, empleando por necesidad los viejos tropos antropocéntricos, claramente entendido que sólo son símiles humanos; porque las concepciones de los profetas de los tiempos ancestrales, sus enseñanzas, sus doctrinas, tuvieron que ser contadas en lenguaje humano a la mente humana.

Ahora bien, un hombre puede alcanzar el interior yendo “en ascenso” paso a paso, escalando más alto en la medida en que su fuerza espiritual, y poder, se vuelve más grande y más sutil, hasta que sobrepasa sus facultades normales y camina más allá del Anillo no se Pasa, como le llama H. P. Blavatsky en su *Doctrina Secreta*. ¿Dónde está y qué es este Anillo no se Pasa? Es, en todo período de la consciencia del hombre, el máximo logro que su espíritu puede alcanzar. Allí se detiene, y ve dentro de lo que está Más Allá —dentro de lo Inmani-

festado que es de donde procedemos—. Lo Inmanifestado está en nosotros; es lo más secreto de lo secreto en nuestras almas, en nuestros espíritus, en nuestros seres esenciales. Podemos *aproximarnos* a él. En realidad no podemos alcanzarlo nunca.

Ahora, ¿dónde está la realidad? ¿Será lo real, será lo verdadero, hallado en estas bajas vestiduras de materialidad? ¿O deberá ser hallado en el estado de ser del que todo procede?

Los antiguos estoicos en su maravillosa filosofía enseñaron, y la misma enseñanza se originaba en la filosofía esotérica de Hellas o Grecia —como fue encontrada luego en las enseñanzas neoplatónicas, que la verdad *puede* ser conocida; que lo más real, lo más grandioso, debía de hallarse en perspectivas siempre más retiradas en la medida en que el espíritu del hombre se esforzaba internamente y más allá, cayendo velo tras velo a la vez que el “hombre sabio” (su término técnico) avanza en la evolución de su alma—. Creyeron que el universo material era ilusorio precisamente como los hindúes hablan de *māyā*; y los estoicos entendieron que este universo material aparentemente denso, grosero, pesado, es fenomenalmente irreal, en su mayoría construido de agujeros, por decirlo así —una enseñanza que es repetida ahora en los escritos y pensamientos de los más intuitivos de nuestros científicos.

Los estoicos pensaron que el aeter era más denso que el más denso objeto material, más lleno que el más lleno objeto material —usando palabras humanas, claro. Para nosotros, con nuestros ojos humanos, entrenados sólo para ver objetos de ilusión, parece ser el más diáfano, el más fino, el más etéreo—. ¿Qué era la realidad, lo real, detrás de este Todo? ¿El objeto *real*? Decían ellos que era Dios, la vida de la vida, la verdad de la verdad, la raíz de la materia, la raíz del alma, la raíz del espíritu. Cuando se le preguntaba al estoico: ¿Qué es Dios?, respondía noblemente: ¿Qué *no* es Dios?

Volviendo ahora a la antigua sabiduría del Indostán, a los Upanishads —yendo mucho más allá del tiempo en que las antiguas enseñanzas brahmánicas y las Brāhmaṇas se convirtieron en lo que son ahora, al tiempo cuando los hombres reales pensaban cosas reales, tomemos del *Chāndogya-Upanishad*, principalmente en la sexta lección, una conversación entre un padre y su hijo—. El hijo pregunta:

“Si un hombre que ha dormido en su propia casa, se levanta y va a otra aldea, él sabe que ha venido de su propia casa. ¿Por qué, entonces, la gente no sabe que ha venido del Sat?” [Una palabra sánscrita que significa lo Real, lo Inefable, de la que ya hemos hablado].

Y el padre ilustra al hijo como sigue:

“Estos ríos, hijo mío, corren, el del este hacia el este, el del oeste hacia el oeste. Van de mar en mar. De hecho, se vuelven mar. Y mientras aquellos ríos, cuando están en el mar, no saben, yo soy este o aquel río, de la misma manera, hijo mío, todas estas criaturas, cuando han venido de la Verdad [esto es, lo Real] no saben que han venido de la Verdad [a causa del māyā]. Lo que estas criaturas sean acá, ya sea un león, o un lobo, o un cerdo, o un gusano, o una mosca, o un jején, o un mosquito, eso llegan a ser ellos una y otra vez”.

Ahora escuchen:

“Aquello que es esa esencia sutil, en todo lo que existe tiene su ser. Es la Verdad. Es el Ser, y tú, O Śvetaketu, eres eso”. “Por favor, Señor, infórmame aún más”, dijo el hijo. “Así sea, mi hijo”, respondió el padre.

Ahora, el hijo se supone que pregunta, “¿Cómo es que los seres vivos, cuando están dormidos o muertos y son sumergidos de nuevo en el Sat, no son destruidos? Olas, espuma y burbujas se elevan del agua, y cuando se sumergen de nuevo en el agua, desaparecen”.

“Si alguien golpeará la raíz de este árbol grande que está acá”, dijo el padre, “él sangraría, pero viviría. Si golpeará su tallo, sangraría, pero viviría. Si golpeará su copa, sangraría, pero viviría. Impregnado por su Ser viviente ese árbol se mantiene firme, bebiendo su alimento y regocijado;

“Pero si la vida (el Ser viviente) abandona una de sus ramas, esa rama se marchita; si abandona una segunda, esa rama se marchita; si abandona una tercera, esa rama se marchita. Si abandona todo el árbol, todo el árbol se marchita. Exactamente de la misma manera, hijo mío, conoce esto”. De este modo habló:

“Este (cuerpo) realmente se marchita y muere cuando el Ser viviente lo ha dejado; el Ser viviente no muere. Aquello que es esa esencia sutil, en eso todo lo que existe tiene su ser. Es la Verdad. Es el Ser, y tú, O Śvetaketu, eres eso”.

“Por favor, Señor, infórmame aún más”, dijo el hijo. “Así sea, mi hijo”, respondió el padre.

“Tráeme de ahí un fruto del árbol Nyagrodha”. “Acá está uno, Señor”. “Rómpele”. “Está roto, Señor”. “¿Qué ves ahí?” “Estas semillas, casi infinitesimales”. “Rompe una de ellas”. “Está rota, Señor”. “¿Qué ves ahí?” “Nada, Señor”.

El padre dijo: “Hijo mío, esa sutil esencia que no percibes ahí, de esa misma esencia este gran árbol Nyagrodha existe. Créelo, hijo mío. Aquello que es la esencia sutil, en eso todo lo que existe tiene su ser. Es la Verdad. Es el Ser, y tú, O Śvetaketu, eres eso”. “Por favor, Señor, infórmame aún más”, dijo el hijo. “Así sea, mi niño”, respondió el padre.

“Coloca esta sal en el agua, y luego espera por mí en la mañana”. El hijo hizo como le fue ordenado. El padre le dijo a él: “Tráeme la sal que colocaste en el agua anoche”. Habiéndola buscado el hijo, no la encontró, pues, claro, se había disuelto. El padre dijo: “Prueba de la superficie del agua. ¿Cómo está?” El hijo respondió: “Está salada”. “Prueba del medio. ¿Cómo está?”. El hijo respondió: “Está salada”. “Prueba del fondo. ¿Cómo está?” El hijo respondió: “Está salada”. El pa-

dre dijo: “Tírala y luego atiéndeme”. Él lo hizo; pero la sal existe para siempre. Entonces el padre dijo: “Acá también, en este cuerpo, ciertamente, tú no percibes la Verdad (Sat), hijo mío; pero, realmente, ahí está.

“Aquello que es la esencia sutil [eso es, la salinidad de la sal], en eso todo lo que existe tiene su ser. Es la Verdad. Es el Ser, y tú, O Śvetaketu, eres eso”. “Por favor, Señor, infórmame aún más”, dijo el hijo. “Así sea, mi hijo”, respondió el padre.

—6, 10-13 (traducción de Max Müller).

Cambiamos a otra parte de este Upanishad, a la octava lectura. Y leemos como sigue: “Harih, Om”. Hari es el nombre de varias deidades —de Śiva y Vishṇu— pero aquí, al parecer, se usa para Śiva, que es principalmente el protector divino del ocultista místico. Om es una palabra considerada muy sagrada en la literatura brahmánica. Es una sílaba de invocación, y su uso general —como se dilucida en la literatura que trata de ella, que es más bien voluminosa pues esta palabra Om ha alcanzado casi la divinidad— es que nunca debe ser pronunciada en voz alta, o en la presencia de un desconocido, un extranjero, o un no iniciado, sino que debe ser pronunciada en el silencio de nuestros corazones. También tenemos razones para creer, no obstante, que fue pronunciada, y pronunciada en voz alta en un monocorde por los discípulos en la presencia de sus maestros. Esta palabra se coloca en el inicio de cualquier escritura sagrada que se considere de inusual santidad.

La enseñanza indica que al prolongar la pronunciación de esta palabra, tanto de la O como de la M, con la boca cerrada, resuena dentro y suscita vibración en el cráneo, y afecta, *si las aspiraciones son puras*, los diferentes centros nerviosos del cuerpo para gran beneficio.

Las Brāhmaṇas dicen que es algo impío pronunciar esta palabra en cualquier lugar que sea impío. Ahora leo:

Existe esta ciudad de Brahman [esto es, el corazón y el cuerpo], y en ella, el palacio, el pequeño loto (del corazón), y en él, aquel pequeño éter.

La palabra sánscrita que Müller, el traductor, no ha proporcionado acá para “pequeño éter”, indudablemente porque no sabía cómo traducirla, es *antarākāśa*, una palabra sánscrita compuesta que significa “dentro del ākāśa”. Leo de nuevo:

Ahora, lo que existe dentro de ese pequeño éter, eso debe ser buscado, eso debe ser entendido. Y si le dicen a él: “Ahora con respecto a esa ciudad de Brahman, y al palacio en ella, es decir, el pequeño loto del corazón, y al pequeño éter dentro del corazón, ¿qué hay allí dentro de él que merezca ser buscado, o que deba ser entendido?”

Entonces él debe decir: “Tan grande como es este éter (todo el espacio), tanto así

de grande es ese éter dentro del corazón. Tanto el cielo como la tierra están contenidos dentro de él, el fuego y el aire, el sol y la luna, el relámpago y las estrellas; y lo que sea que haya de él (el Ser) acá en el mundo, y lo que sea que no (es decir, todo lo que haya sido o lo que será), todo eso está contenido dentro de él”.

Y si le dicen a él: “Si todo lo que existe está contenido en esa ciudad de Brahman, todos los seres y todos los deseos (todos los que puedan ser imaginados o deseados), entonces, ¿qué queda de él, cuando la vejez lo alcanza y lo dispersa, o cuando se deteriora?”

Entonces él debe decir: “Por la vejez del cuerpo, aquello (el éter, o Brahman dentro de él) no envejece; por la muerte del cuerpo, aquello (el éter, o Brahman dentro de él) no es matado. Aquello (el Brahman) es la verdadera ciudad-Brahma (no el cuerpo). En él todos los deseos [verdaderos] están contenidos. Es el Ser, libre de pecado, libre de vejez, de muerte y aflicción, de hambre y sed, que no desea nada sino lo que debe desear, y no imagina nada sino lo que debe imaginar. Ahora, así como acá en la tierra la gente sigue como se les ordena, y depende del objeto del cual están apegados, ya sea un país o un pedazo de tierra,

“Y así como acá en la tierra, todo lo que ha sido adquirido por esfuerzo, parece, así parece todo lo que es adquirido para el próximo mundo por sacrificio y otras buenas acciones realizadas en la tierra. Quienes parten, por tanto, sin haber descubierto el Ser y esos deseos verdaderos, para ellos no hay libertad en todos los mundos. Pero aquellos que parten después de haber descubierto el Ser y esos deseos verdaderos, para ellos hay libertad en todos los mundos”.

—Ibid., 8, 1

TRES

LA DOCTRINA DE MĀYĀ; IDEALISMO OBJETIVO, LA BASE DE LA MORAL:
ENRAIZADA EN LA UNIDAD ESPIRITUAL —LA DIVINIDAD— DEL TODO.
EL SER Y LOS “SERES”.

Maya, o Ilusión, es un elemento que entra en todos los seres finitos, dado que todas las cosas que existen poseen tan sólo una realidad relativa y no absoluta, puesto que la apariencia que el nómeno oculto asume para cualquier observador, depende de su poder de cognición. Para la vista no educada del salvaje, una pintura es, la vez primera que la ve, una confusión incomprensible de líneas y de manchas de color, mientras que la vista habituada descubre en seguida en ella una cara o un paisaje. Nada es permanente más que la Existencia única, absoluta y oculta, que contiene en sí misma los nómenos de todas las realidades. Las existencias pertenecientes a cada plano del ser, hasta los más elevados Dhyān-Chohans, son, relativamente, de la naturaleza de las sombras proyectadas por una linterna mágica sobre un lienzo blanco. Sin embargo, todas las cosas son relativamente reales, puesto que el conocedor es también una reflexión, y por lo tanto las cosas conocidas son tan reales para él como él mismo. Cualquiera que sea la realidad que posean las cosas, debe buscarse esta realidad en ellas, antes o después que hayan pasado a manera de un relámpago al través del mundo material; pues nosotros no podemos conocer directamente una existencia semejante mientras sólo poseamos instrumentos sensitivos que conduzcan sólo la existencia material al campo de nuestra conciencia. En cualquier plano que nuestra conciencia pueda encontrarse actuando, tanto nosotros mismos como las cosas pertenecientes a aquel plano, son, en aquel entonces, nuestras únicas realidades. Pero a medida que nos vamos elevando en la escala del desenvolvimiento, nos damos cuenta de que en las etapas a través de las cuales hemos pasado, hemos confundido las sombras por las realidades, y que el progreso del Ego hacia lo alto consiste en una serie de despertamientos progresivos, llevando consigo a cada avance la idea de que, en aquel momento al menos, hemos alcanzado la “realidad”; pero únicamente cuando hayamos logrado la Conciencia absoluta y compenetrado con ella la nuestra propia, nos encontraremos libres de las ilusiones producidas por Maya.

—*La Doctrina Secreta*, I, 39-40 [I, 98-9]

El universo es llamado, con cada una de las cosas que contiene, MĀYA, porque todo en él es temporal, desde la vida efímera de una luciérnaga, hasta la del sol. Comparado con la eterna inmutabilidad del UNO, y con la inmutabilidad de aquel Principio, el Universo, con sus formas efímeras en cambio perpetuo, no debe ser necesariamente, para la inteligencia de un filósofo, más que un fuego fatuo. Sin embargo, el Universo es lo suficientemente real para los seres conscientes que en él residen, los cuales son tan ilusorios como lo es él mismo.

—*Ibid.*, I, 274 [I, 287]

RETOMANDO DE nuevo nuestro estudio de *La Doctrina Secreta* en el punto que alcanzamos hace una quincena, abro el primer volumen en la página 17 [I, 81-2], y leo el tercer postulado fundamental —al menos una porción de él:

La identidad fundamental de todas las Almas con el Alma Suprema Universal, siendo esta última un aspecto de la Raíz Desconocida; y la peregrinación obligatoria para todas las Almas —destellos suyos— a través del Ciclo de Encarnación (o de “Necesidad”), conforme a la ley Cíclica y Kármica, durante todo el término de aquél. En otras palabras: ningún Buddhi puramente espiritual (Alma divina) puede tener una existencia (consciente) independiente antes que la chispa que brotó de la Esencia pura del Principio Sexto Universal, o sea el ALMA SUPREMA, haya (a) pasado por todas las formas elementales pertenecientes al mundo fenomenal de aquel Manvantara, y (b) adquirido la individualidad, primeramente por impulso natural, y después por los esfuerzos propios conscientemente dirigidos (regulados por su Karma), ascendiendo así por todos los grados de inteligencia desde el Manas inferior hasta el superior; desde el mineral y la planta al Arcángel más santo (Dhyani-Buddha).

Pablo, el Apóstol cristiano “de los gentiles”, como lo llaman, de acuerdo a los evangelios cristianos en Hechos 17, versículos 23-28, habló a una asamblea de los atenienses en la Colina de Ares, comúnmente llamada el Areópago, y dijo lo siguiente (la traducción es nuestra):

Pues mientras pasé y miré vuestros santuarios, encontré un altar con esta inscripción: “Al Dios Incognoscible” . . . Pues en Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser, como algunos de vuestros propios poetas han dicho, “Pues también somos de Su linaje”.

Los poetas de quienes habla Pablo probablemente fueron Cleanthes el estoico, y Aratus. Quizá sea bueno mencionar que el sentido de “Incognoscible”, usado en relación con esta palabra *agnostos*, es la empleada por Homero, por Platón y por Aristóteles. Esta palabra griega *agnostos* también permite la traducción “desconocido”, pero simplemente porque el Desconocido en esta relación es el Incognoscible.

Los atenienses habían levantado un altar al Inefable, y con el verdadero espíritu de la devoción religiosa lo dejaron sin calificación adicional; y Pablo, al pasar y mirarlo, pensó haber visto una excelente ocasión para “aprovechar la oportunidad que se presentaba”, y proclamó al Incognoscible, a quien este altar se había erigido, como el Dios Judío, Jehová.

Hace una quincena expusimos cómo fue que el hombre pudo formarse alguna concepción de ese inefable Principio del cual H. P.

Blavatsky habla como siendo el primero de los tres postulados fundamentales necesarios para entender las verdaderas enseñanzas de la sabiduría esotérica; y vimos que el hombre tiene en él una facultad que trasciende el poder del ordinario intelecto humano —algo en él por medio de lo que puede elevarse o, mejor aún, *interiorizarse*, hacia el centro más interno de su propio ser, el cual en verdad *es* el Inefable: de Él venimos, hacia Él estamos viajando a través de eones de tiempo.

Todos los filósofos antiguos enseñaron la verdad concerniente a este mismo principio fundamental, cada uno a su manera, cada uno con términos diferentes, cada uno en el idioma del país en donde fue promulgado, pero siempre fue enseñada la verdad central: que en el ser más interno del hombre vive una divinidad, y esta divinidad es el vástago del Altísimo, y que el hombre puede llegar a ser un dios en la carne, o puede hundirse más bajo incluso que el promedio común de la humanidad, de modo que puede verse primero obsesionado o acosado, y finalmente poseído por demonios de su propia naturaleza inferior y por los de la baja esfera; y por estos demonios particulares queremos decir: las fuerzas elementales de la vida, de una vida cósmica, o de la esfera material del ser.

De nuevo, ¿cómo es que el hombre no puede ver, íntima e inmediatamente, estas verdades? Todos sabemos que la respuesta, a causa de la ilusión bajo la cual su mente labora, la ilusión que es una parte de su ser, no le es dada desde el exterior: él *ve*, por ejemplo, y su mente reacciona a la visión, y la reacción es conducida a lo largo de las líneas de la ilusión que, tomando la antigua palabra sánscrita, es llamada *māyā*.

Este es un término técnico en la filosofía ancestral brahmánica. Examinemos su raíz. ¿De dónde viene la palabra *māyā*? Viene de la raíz sánscrita *mā*, que significa “medir”, y por una figura de lenguaje viene a significar efectuar, o formar, y en consecuencia, limitar. Hay una palabra inglesa *mete*, que significa “asignar o dar medida”, de la misma raíz indo-europea. Se encuentra en el anglosajón como la raíz *met*, en el griego como *med*, y en el latín también en la misma forma.

Ahora *māyā*, como un término técnico, ha llegado a significar —hace edades en la filosofía brahmánica se entendió de manera muy diferente a como usualmente se entiende ahora que es —la fabricación por la mente del hombre de ideas derivadas de impresiones interiores y exteriores, y por tanto, el aspecto *ilusorio* de los pensamientos del hombre a medida que él considera y trata de interpretar

y de entender sus alrededores y la vida —y de ahí se derivó el sentido que técnicamente asume, ilusión—. *No* significa que el mundo exterior es inexistente; si fuera así, obviamente no podría ser ilusorio; *existe*, pero no *es*. Es “dado según medida” o se evidencia al espíritu humano como un espejismo. En otras palabras, no vemos con claridad y sencillez, y en su realidad auténtica, la visión y las visiones que nuestra mente y sentidos presentan a la vida interna y al ojo.

Las familiares ilustraciones de māyā en la Vedānta, que es la forma más alta que las enseñanzas brahmánicas han tomado y que en muchos aspectos es tan cercana a nuestra propia enseñanza, eran así: un hombre, a la caída de la tarde, ve una cuerda enrollada en el suelo y salta para apartarse, pensando que es una serpiente. La cuerda está ahí, pero no es una serpiente.

Otra ilustración es la llamada los “cuernos de la liebre”. Cuando se ve una liebre a la caída de la tarde, sus largas orejas parecen proyectarse desde su cabeza de tal manera que incluso para el ojo atento parece ser una criatura con cuernos. La liebre no tiene cuernos, pero hay entonces en la mente una creencia ilusoria de que un animal con cuernos existe ahí.

Eso significa māyā: no que una cosa vista no exista, sino que somos cegados, y nuestra mente es pervertida, por nuestros propios pensamientos y nuestras propias imperfecciones, y que no llegamos todavía a la interpretación real, y significado, del mundo, del universo que nos rodea. Ascendiendo hacia el interior, levantándonos, por aspiración interior, por la elevación del alma, podemos estirarnos hacia arriba, o mejor hacia adentro, hacia el plano donde la verdad mora en todo su esplendor.

Bernard de Clairvaux, el místico francés de la edad media, dijo que una forma de hacer esto, y hablaba con sinceridad, era “vaciar la mente”, drenando los objetos inservibles que contiene, las creencias ilusorias, las visiones falsas, los odios, celos, indiferencias, etc., y que vaciando toda esta basura, el templo dentro es limpiado, y la luz del dios interior mana hacia el alma: una maravillosa figura de pensamiento.

Puede preguntarse: ¿qué relación tiene nuestra filosofía con los tantos así llamados sistemas idealistas de Europa, particularmente de Alemania, y representados por el obispo Berkeley en Bretaña? La respuesta es que hay puntos de contacto, naturalmente, porque los hombres que desarrollaron estos sistemas de filosofía eran hombres honestos, y ningún hombre puede pensar honestamente y esforzarse

en lo superior sin arribar a algunas visiones de verdad, algunas percepciones tenues de la vida interna; pero ninguno de estos sistemas de idealismo es con exactitud el idealismo de la teosofía. La teosofía no es un idealismo absoluto; no enseña que el universo externo es *absolutamente* inexistente y que todo fenómeno externo existe sólo en la mente.

La teosofía no es exactamente el idealismo de Kant ni el maravilloso idealismo pesimista de Schopenhauer —maravilloso como fuera este pensador, y maravilloso precisamente porque derivó su conocimiento (y lo confesó abiertamente) del Oriente—. El idealismo de la teosofía es más cercano a la filosofía del filósofo alemán von Schelling, quien enseñó (principalmente) que la verdad debía ser percibida como residiendo en el interior y tomada del espíritu, y que el mundo externo es “mente muerta”, o mejor quizás, mente *inerte* —no la mente del pensador, como resulta obvio, sino la mente de la Deidad—. Ahora bien, a esto se le llama idealismo objetivo porque reconoce el objeto externo como teniendo existencia: no es inexistente, como lo plantea el idealismo absoluto.

H. P. Blavatsky dice en la página 631 del primer volumen de *La Doctrina Secreta* [II, 324]:

La Filosofía Esotérica, al enseñar un Idealismo *objetivo* (aún cuando considera al Universo objetivo y todo lo que hay en él como *Maya*, ilusión temporal), traza una distinción práctica entre la ilusión colectiva, *Mahamaya*, desde el punto de vista puramente metafísico, y las relaciones objetivas en ella entre varios *Egos* conscientes, mientras dura esta Ilusión.

La enseñanza es que *māyā*, por tanto, es convocada desde la acción de *Mūlaprakṛiti*, o “naturaleza raíz”, el principio coordinado de aquella otra línea de conciencia coactiva que nosotros llamamos *Parabrahman*. Recordamos que desde el momento en que comienza la manifestación, actúa dualísticamente, es decir, que desde ese punto en adelante todo en la naturaleza es atravesado por los pares de opuestos, tales como largo y corto, alto y bajo, noche y día, bien y mal, conciencia e inconciencia, etc., y que todas estas cosas son esencialmente *māyicas* o ilusorias —reales mientras duran, pero la duración no es eterna—. Es por, y mediante, estos pares de opuestos, que el alma auto-consciente aprende la verdad.

¿Cuál es la base de la moral? Esta es la pregunta más importante que pueda ser formulada sobre cualquier sistema de pensamiento. ¿Está basada la moralidad en los dictados del hombre? ¿Está

basada la moralidad en la convicción que hay en los corazones de la mayoría de los hombres de que para la seguridad humana es necesario tener ciertas reglas abstractas que es meramente *conveniente seguir*? ¿Somos simples oportunistas? ¿o está la moral, la ética, basada en la verdad, que no es meramente conveniente para el hombre seguir, sino necesaria? Con toda seguridad, está basada en ésta última.

Y en el tercer postulado fundamental que leímos en la apertura de nuestro estudio esta noche, encontramos los elementos justos, los fundamentos justos, de un sistema de moralidad más grande, más profundo, más persuasivo, quizás, que cualquier cosa que pudiera ser posible imaginar.

¿En qué está, entonces, basada la moralidad? Y por moralidad quiero decir no simplemente la opinión que algunos seudo filósofos tienen, esa moralidad es más o menos aquélla que es buena para la comunidad, basada en el mero significado de la palabra latina *mores*, buenas costumbres como opuestas a las malas. No; moralidad es esa hambre instintiva del corazón humano por la rectitud, por hacer bien a todo hombre porque es bueno y satisfactorio y ennoblecedor hacerlo.

Cuando el hombre se da cuenta de que es uno con todo lo que es, en lo interno y en lo externo, arriba y abajo; de que es uno con ellos, no simplemente como los miembros de una comunidad son uno, no simplemente como los individuos de un ejército son uno, sino como las moléculas de nuestra propia carne, como los átomos de la molécula, como los electrones del átomo, componiendo la unidad —no una mera unión sino una *unidad* espiritual—, entonces él ve la verdad.

Cada uno de nosotros pertenece a, y es una parte heredera de, aquel sublime e inefable Misterio —el Todo— que contiene, y es, individual y espiritual unidad.

Todos nosotros tenemos un ser interior universal, y cada uno tiene también su ego individual. El ego emana del ser y el ser es el Inefable, el más Interno de lo Interno, uno en todos nosotros —dando a cada uno de nosotros ese sentido de ser, o seidad—; aunque por extensión de significado también hablamos, y hablamos propiamente, del ser inferior, porque este es un pequeño rayo del Altísimo. Incluso el hombre malvado tiene en él no simplemente la chispa de lo divino, sino el propio y mismo rayo de divinidad: él es tanto el ego egoísta y el ser universal.

¿Por qué, entonces, se nos enseña que cuando alcanzamos la abnegación, alcanzamos lo divino? Precisamente porque la abnegación es

el atributo del Paramātman, el ser universal, en donde toda personalidad se desvanece. *Paramātman* es una palabra sánscrita compuesta que significa “el más alto” o “ser supremo”.

Si examinamos nuestro propio espíritu, si llegamos adentro, si nos estiramos hacia adentro, por decirlo así, hacia el Interno, cada uno de nosotros puede conocer que mientras va más lejos, más lejos, más lejos hacia dentro, el ser se vuelve abnegado, la luz se vuelve gloria pura.

¡Qué pensamiento, que en el corazón de cada uno de nosotros more, viva, el nunca-revelado, el constante, el eterno, el sin cambio, que no conoce muerte, que no conoce pesar, la divinidad de *todo!* ¡Cómo dignifica la vida humana! ¡Qué valor nos da! ¡Cómo despeja todas las gastadas supersticiones! ¡Qué indecibles visiones de realidad, de verdad, obtenemos cuando nos dirigimos hacia lo interno, luego de haber vaciado la mente, como dice Bernard, de toda la basura mental que la estorba!

Cuando el hombre ha alcanzado el estado en el que toma conciencia de esto y ha vaciado tanto su mente que está llena sólo con el propio ser, con la abnegada seidad del Eterno, ¿cómo llamaron los ancestros a este estado? ¿cómo llamaron a tal hombre? Llamaron al estado, *bodhi*; y llamaron al humano, *buddha*; y al órgano en el que, y por el que, se manifestaba, *buddhi*. Todas estas palabras vienen de la raíz sánscrita que significa “despertar”. Cuando el hombre ha despertado de la muerte viviente en la que vivimos, cuando ha terminado con los afanes de la mente y de la carne y, para usar el viejo término cristiano, se ha puesto los “vestidos de la eternidad”, entonces él ha despertado, él es un buddha. Y las antiguas enseñanzas brahmánicas, encontradas ahora incluso en la Vedānta, exponen que ha llegado a ser, no “absorbido” como es constantemente traducido, sino que ha *llegado a ser* uno con el ser de los seres, con el Paramātman, el supremo ser.

Volviendo de nuevo al *Chāndogya-Upanishad*, uno de los más importantes de entre los 108 o más Upanishads —la misma palabra *upanishad* significa tratado esotérico— leemos de la octava lectura, secciones séptima, octava y novena:

Prajāpati dijo —

Interrumpimos para decir que *prajāpati* es una palabra sánscrita que significa “gobernador” o “señor” o “amo de progenie”. La palabra se aplica a muchos de los dioses védicos, pero en particular

a Brahmā —es decir, el tercer paso desde Parabrahman—, el desarrollador-creador, la primera y más recóndita figura de la tríada que consiste en Brahmā, Vishṇu y Śiva. Brahmā es el emanador o desarrollador, Vishṇu el sustentador o preservador, y Śiva, que puede ser traducido eufemísticamente quizá como “benéfico”, el regenerador. Este nombre es muy oscuro. Como sea:

Prajāpati dijo: “El Ser que esté libre de pecado, libre de vejez, de muerte y aflicción, de hambre y sed, que no desee sino lo que debe desear, y no imagine nada sino lo que debe imaginar, que es lo que debemos buscar, que es lo que tenemos que tratar de entender. Aquél que ha buscado este Ser y lo entiende, obtiene todos los mundos y todos los deseos”.

Interrumpimos para preguntar ¿por qué? Porque este ser de seres, el Interno, es todos los mundos: es todo, es todas las cosas. Ahora, de vuelta a la cita:

Tanto los Devas (dioses) como los Asuras (demonios) escucharon estas palabras, y dijeron: “Bien, busquemos ese Ser por el que, si uno lo encuentra, todos los mundos y todos los deseos se obtienen”.

Diciendo esto, Indra fue de los Devas, Virochana de los Asuras, y ambos, sin haberse comunicado entre ellos, se acercaron a Prajāpati, sosteniendo combustible en sus manos, como es la costumbre de pupilos que se acercan a sus maestros.

Moraron ahí como pupilos por treinta y dos años. Entonces Prajāpati les preguntó: “¿Con qué propósito han morado aquí?”

Respondieron ellos: “Se ha repetido un dicho tuyo, a saber: ‘El Ser que esté libre de pecado, libre de vejez, de muerte y aflicción, de hambre y sed, que no desee sino lo que debe desear, y no imagine nada sino lo que debe imaginar, que es lo que debemos buscar, que es lo que tenemos que tratar de entender. Aquél que ha buscado este Ser y lo entiende, obtiene todos los mundos y todos los deseos’. Ahora ambos hemos morado acá porque anhelamos ese Ser”.

Prajāpati les dijo: “La persona que es vista en el ojo, eso es el Ser. Esto es lo que he dicho. Éste es el inmortal, el intrépido, éste es Brahman”.

Interrumpiendo: el ser que es visto en el ojo es una figura de lenguaje hallada con frecuencia en las escrituras sánscritas; significa esa sensación de una presencia moradora que uno ve cuando ve en los ojos de otro.

Preguntaron: “Señor, aquél que es percibido en el agua, y aquél que es percibido en un espejo, ¿quién es?”

Él respondió: “Él mismo en realidad es visto en todos estos”.

[Octava Sección] “Miren su Ser en un cuenco de agua, y lo que sea que no entiendan de su Ser, vengan y díganmelo”.

Miraron en el cuenco de agua. Entonces Prajāpati les dijo: “¿Qué ven?”

Dijeron ellos: “Ambos vemos el ser totalmente, una imagen incluso de los mismos cabellos y uñas”.

Prajāpati les dijo: “Luego de haberse adornado . . . , miren de nuevo en el cuenco de agua”.

Ellos, luego de haberse adornado, habiéndose puesto sus mejores ropas y limpiado, miraron en el cuenco de agua.

Prajāpati dijo: “¿Qué ven?”

Dijeron ellos: “Justo como estamos, bien adornados, con nuestras mejores ropas y limpios, de este modo estamos ambos ahí, Señor, bien adornados, con nuestras mejores ropas y limpios”.

Prajāpati dijo: “Ése es el Ser, éste es el inmortal, el intrépido, éste es Brahman”.

Entonces ambos se fueron satisfechos en sus corazones.

Y Prajāpati, prestándoles atención, dijo: “Ambos se van sin haber percibido y sin haber conocido el Ser, y quienquiera de estos dos, ya sean Devas o Asuras, que siga esta doctrina, perecerá”.

Interrumpiendo: ellos vieron māyā y no el ser.

Ahora bien, Virochana, satisfecho en su corazón, llegó donde los Asuras y les predicó esa doctrina, que el ser solo (el cuerpo) debe ser adorado, que el ser solo (el cuerpo) debe ser servido, y que aquél que adore el ser y sirva al ser, gana ambos mundos, éste y el próximo.

Por tanto, aún ahora llaman a un hombre que no da limosnas, que no tiene fe, y no ofrece sacrificios, un Asura, pues ésta es la doctrina de los Asuras. Adornan el cuerpo del muerto con perfumes, flores y trajes finos por la vía del ornamento, y piensan que conquistarán de este modo ese mundo.

[Novena Sección] Pero Indra, antes de haber regresado donde los Devas, vio esta dificultad.

Interrumpiendo: la dificultad de lo que Indra vio, viene ahora.

Ya que este ser (la sombra en el agua) está bien adornado cuando el cuerpo está bien adornado, bien vestido cuando el cuerpo está bien vestido, bien limpio si el cuerpo está bien limpio; este ser estará también ciego si el cuerpo es ciego, cojo si el cuerpo es cojo, lisiado si el cuerpo está lisiado, y de hecho perecerá tan pronto como el cuerpo perezca. Por tanto, no veo bien en esta (doctrina).

Tomando combustible en su mano, se llegó de nuevo como pupilo adonde Prajāpati. Prajāpati le dijo: “Maghavat (Indra), ya que te retiraste con Virochana, satisfecho en tu corazón, ¿por qué propósito regresaste?”

Él dijo: “Señor, ya que este ser (la sombra) está bien adornado cuando el cuerpo está bien adornado, bien vestido cuando el cuerpo está bien vestido, bien limpio si el cuerpo está bien limpio; este ser estará también ciego si el cuerpo es ciego, cojo si el cuerpo es cojo, lisiado si el cuerpo está lisiado, y de hecho perecerá tan pronto como el cuerpo perezca. Por tanto, no veo bien en esta (doctrina).

“Así es en verdad, Maghavat”, respondió Prajāpati; “pero te lo explicaré más (el Ser verdadero) a ti. Vive conmigo otros treinta y dos años”.

Indra fue capaz de ver más allá del māyā del ser personal, y por tanto buscó lo real, lo verdadero, el ser en sí.

La traducción es de Max Müller. Estaría bien añadir en conclusión que todas las traducciones que se han hecho y que puedan hacerse de acá en adelante son hechas por mí mismo, desde cualquiera de los idiomas antiguos, y si se toma cualquier cita de otro traductor, se dará su nombre.

CUATRO

DEL PUNTO PRIMORDIAL AL UNIVERSO Y EL HOMBRE. ¿CÓMO SURGE
LA MANIFESTACIÓN? MANVANTARA Y PRALAYA.

Las *Chispas* son las “Almas”, y estas Almas aparecen en la forma triple de las Mónadas (unidades), los átomos y los dioses —de acuerdo con nuestra enseñanza—. “Cada átomo se convierte en una visible unidad compleja (una molécula), y una vez atraído a la esfera de la actividad terrestre, la Esencia Monádica, pasando a través de los reinos mineral, vegetal y animal, se convierte en hombre”. (Catecismo esotérico). Además, “Dios, la Mónada y el Átomo son las correspondencias del Espíritu, la Mente y el Cuerpo (*Atma, Manas y Sthula Sarira*) en el hombre”. En su agregación septenaria, son el “Hombre Celestial” (ver la *Kabala* para el último término); de este modo el hombre terrestre es el reflejo provisional del Celestial . . . “Las Mónadas (*Jivas*) son las Almas de los Átomos; ambos son los tejidos con los que los Chohans (*Dhyanis, dioses*) se revisten cuando se necesita una forma”. (*Catecismo esotérico*)

—*La Doctrina Secreta*, I, 619 [II, 313]

Parabrahman (la Realidad Una, lo Absoluto), es el campo de la Conciencia Absoluta; esto es, aquella Esencia que está fuera de toda relación con la existencia condicionada, y de la cual la existencia consciente es un símbolo condicionado. Pero en cuanto salimos en nuestro pensamiento de ésta (para nosotros) Absoluta Negación, surge la dualidad en el contraste de Espíritu (o conciencia) y Materia, Sujeto y Objeto.

El Espíritu (o conciencia) y la Materia, sin embargo, deben ser considerados no como realidades independientes, sino como las dos facetas o aspectos de lo Absoluto (Parabrahman), que constituyen la base del Ser condicionado, ya sea subjetivo u objetivo . . .

Por lo dicho se verá con claridad que el contraste de estos dos aspectos de lo Absoluto es esencial para la existencia del “Universo Manifestado”. Separada de la Sustancia Cósmica, la Ideación Cósmica no podría manifestarse como conciencia individual; pues es sólo por medio de un vehículo de materia, que surge esta conciencia como “Yo soy Yo”; siendo necesaria una base física para enfocar un rayo de la Mente Universal a un cierto grado de complejidad. A su vez, separada de la Ideación Cósmica, la Sustancia Cósmica permanecería como abstracción vacía, y ninguna manifestación de conciencia podría seguirse.

El “Universo Manifestado”, por lo tanto, está impregnado por la dualidad, la cual es, por decirlo así, la esencia misma de su EX-istencia como “manifestación”. Pero así como los polos opuestos de sujeto y objeto, de espíritu y materia, son tan sólo aspectos de la Unidad Una en la cual están sintetizados, así también en el Universo manifestado existe “aquello” que une el espíritu a la materia, el sujeto al objeto.

Este algo, desconocido al presente para la especulación occidental, es llamado Fohat por los ocultistas. Es el “puente” por el cual las “Ideas” que existen en el “Pensamiento Divino”, pasan a imprimirse sobre la sustancia Cósmica como las “leyes de la Naturaleza”.

—Ibid., I, 15-16 [I, 80]

ANTES DE ABRIR nuestro estudio esta noche, con referencia a la naturaleza de estos estudios debe decirse que son una simplificación de *La Doctrina Secreta* en el sentido de una explicación y un desarrollo del significado de las enseñanzas que contiene el libro. Con el propósito de lograr estos fines, será, por supuesto, necesario traer a luz, en relación a estas doctrinas, para comparación y para mostrar las analogías o las identidades, las líneas de pensamiento de las grandes religiones del mundo y de las grandes mentes de los tiempos antiguos; porque éstas, en su esencia, han brotado de la fuente central del pensamiento y religión de los hombres que ahora llamamos teosofía.

Aún antes de podernos embarcar realmente en el estudio de *La Doctrina Secreta*, como un libro, será necesario durante el curso de nuestros estudios despejar de nuestro camino ciertos bloques obstaculizadores que hay en cada uno de nosotros; ciertas ideas y así llamados principios de pensamiento que han sido inculcados en nuestras mentes desde la niñez, y que, en relación al efecto psicológico que tienen en nuestras mentes, de verdad nos impiden entender las verdades del ser que H. P. Blavatsky nos ha magistralmente dado.

Además, será necesario investigar ciertos principios de pensamiento muy antiguos, y penetrar más hondo dentro del real significado de las religiones y filosofías ancestrales que han sido tratadas en cualquier libro moderno, porque esos libros han sido escritos por hombres que no saben nada sobre la filosofía esotérica, hombres que, en su mayoría, se rebelaban contra el árido eclesiasticismo de la iglesia cristiana; quienes, para lograr liberarse de esas cadenas de eclesiasticismo, realmente se fueron al otro extremo, y no vieron nada más que superchería y malignidades en estas viejas religiones y en los hechos y en las instrucciones de los hombres que las enseñaron: sacerdotes, filósofos o científicos.

Otro punto que se debe tener en mente es que estamos, en realidad, emprendiendo el estudio de las mismas doctrinas que formaron el núcleo del corazón de las enseñanzas de los Misterios de días antiguos. Estos misterios se dividieron en dos partes generales, los Misterios Menores y los Mayores.

Los Misterios Menores estaban ampliamente compuestos por ritos dramáticos o ceremonias, con algunas enseñanzas; los Misterios Mayores estaban compuestos de, o dirigidos casi enteramente en base a, estudio, y luego eran probados por experiencia personal en la iniciación. En esta última se explicaba, entre otras cosas, el significado secreto de las mitologías de las viejas religiones, como por ejemplo, la griega.

La mente activa y despierta de los griegos produjo una mitología que por su gracia y belleza quizá no tenga igual, pero, no obstante, es difícil de explicar; los Misterios de Samotracia y de Eleusis —los más grandes— explicaban entre otras cosas lo que significaban estos mitos. Estos mitos formaron las bases de las religiones *exotéricas*; pero nótese bien que el exoterismo no significa que el objeto que es explicado exotéricamente es por sí mismo falso, sino simplemente que es una enseñanza dada sin su clave. Tal enseñanza es simbólica, ilusoria, que toca la verdad: la verdad está ahí, pero sin su clave —que es el significado esotérico—, no produce el verdadero sentido.

Ahora leemos de *La Doctrina Secreta*, volumen I, página 43 [I, 101]:

La Doctrina Secreta enseña el desenvolvimiento progresivo de todo, lo mismo mundos que átomos; y este estupendo desenvolvimiento no tiene ni principio concebible ni fin imaginable. Nuestro “Universo” es tan sólo uno de un número infinito de Universos, todos ellos “Hijos de la Necesidad”, puesto que son eslabones de la gran cadena Cósmica de Universos, siendo cada uno un efecto con relación a su predecesor, y una causa respecto al que le sucede.

La aparición y la desaparición del Universo son representados como la espiración e inspiración “del Gran Aliento”, que es eterno; y que siendo Movimiento, es uno de los tres aspectos de lo Absoluto —siendo los otros dos el Espacio Abstracto y la Duración—. Cuando “el Gran Aliento” se expele, es llamado el Soplo Divino, y se le considera como la respiración de la Deidad Incognoscible —la Existencia Única—, la cual exhala un pensamiento, por decirlo así, que se convierte en el Kosmos. (Ver “Isis sin velo”). De igual modo, cuando el Aliento Divino es inspirado, el Universo desaparece en el seno de “la Gran Madre”, que duerme entonces “envuelta en sus invisibles vestiduras”.

Hace una quincena estábamos estudiando la cuestión de māyā y la relación del ser interno del hombre con la Esencia inefable; nos queda estudiar brevemente cómo el hombre, quien tiene un elemento *personal* en él, emana de la propia esencia de *impersonalidad*, si se puede llamar así. De inmediato podemos decir que lo Infinito y lo Impersonal *nunca llega a ser finito y personal*. ¿Cómo, entonces, el espíritu del hombre (ya la primera capa sobre el rostro del Abso-

luto, por decirlo así) viene a ser? Recordemos que la manifestación de mundos y, por deducción, de los seres que habitan esos mundos, tomó lugar en la extensión de materia popularmente llamada espacio. Primero, un centro es localizado —¡una muy pobre palabra para usar!— y es, de hecho, no infinito, no eterno; si lo fuera, no podría ni manifestarse ni venir a la existencia externa, pues esto es limitación. Lo Eterno, lo Inefable, lo Infinito, nunca se manifiesta, ni parcialmente ni en su totalidad. Las palabras en sí mismas son engañosas al tratar estos temas; pero ¿qué podemos decir? Debemos usar expresiones humanas para transmitir lo que queremos significar.

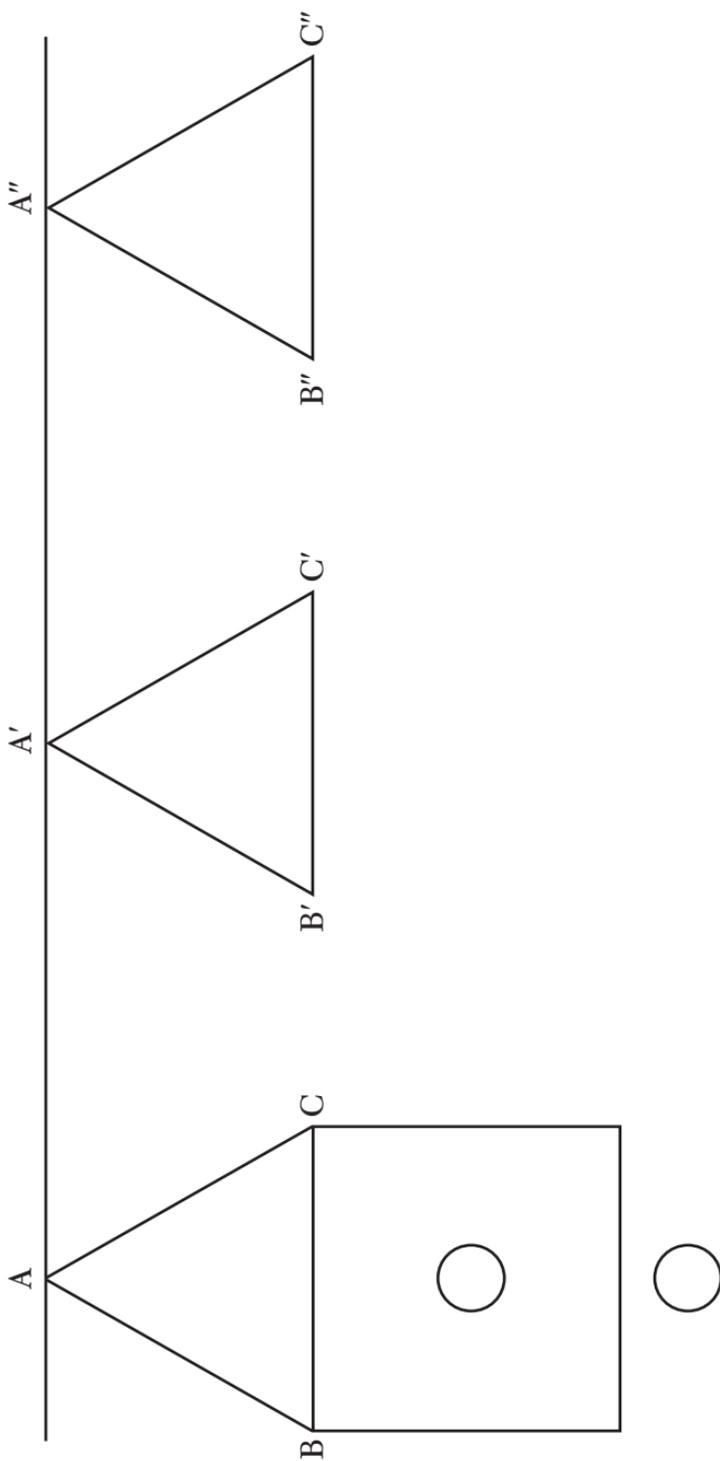
¿Cómo, entonces, surge la manifestación? La sabiduría antigua nos dice lo siguiente: en las simientes de vida que quedaron en el espacio, a partir de un planeta que previamente había llevado a cabo su manvantara y había pasado al estado latente o prakṛiti-pralaya, vino a ser (cuando llegó la hora para que comenzara de nuevo la manifestación), en estas simientes de vida, la actividad llamada en sánscrito *trishnā* (“sed”, si quieren, deseo de manifestación), formando, de este modo, el centro alrededor del cual debía juntarse un nuevo universo. Por necesidad kármica tenía su lugar particular en el espacio y debía producir su tipo particular de progenie —dioses, mónadas, átomos, hombres, y los tres reinos elementarios o elementales, del mundo tal como lo vemos a nuestro derredor— a partir de las simientes kármicas que fueron impresionadas y que, desde el manvantara previo, se hallaban latentes.

El universo vuelve a corporeizarse a sí mismo (no “reencarnar”, que significa tomar *carne*), siguiendo con precisión las líneas analógicas que el alma del hombre sigue al reencarnarse, haciendo las indulgencias necesarias para variar las condiciones. Así como el hombre es producto de su vida pasada, o mejor, de sus vidas, así es un universo, un sistema solar, un planeta, un animal, un átomo —lo muy grande tanto como lo así llamado infinitesimal—, el fruto, la flor, de lo que fue antes. Cada uno de éstos lidia con una carga de karma precisamente como lo hace el alma del hombre.

Las enseñanzas relativas al desarrollo de los planos internos del ser, que preceden y producen los planos externos, son bastante esotéricas y pertenecen a un estudio más alto que aquél al que pretendemos aproximarnos por el momento, pero podemos formarnos alguna idea general de cómo es hecho por analogía y por comparación con la vida del hombre.

Cuando comienza la manifestación, sobreviene lo que se llama la

EL ILIMITADO



dualidad. Parecería ser una serie, algo como esto, que simbolizaríamos con un diagrama.

Consideremos a esta línea recta ubicada en la posición más alta, un plano hipotético: podría ser, hablando humanamente, de inmensurables millas de profundidad o de extensión, pero la simple extensión no tiene nada que ver con el concepto general. Sobre él se extiende la infinitud del Ilimitado, y bajo el diagrama está el Ilimitado, y a través de todo su interior está el Ilimitado, interpenetrando por todos lados; pero para propósitos de nuestra presente ilustración diremos que está por encima.

Coloquemos en cualquier lugar que nos apetezca un punto A, otro A', y un tercero A". Hemos alcanzado ahora, luego de que un largo período de latencia o pralaya ha pasado, un período de manifestación o manvantara. A tales puntos A, o A' o A" los llamaremos el Punto Primordial, la primera penetración dentro del plano inferior; la fuerza-espíritu que está por encima, emergiendo a la actividad en las simientes del ser y forzando su camino descendente hacia la vida inferior de manifestación —*no empujada o movida por nada externo o fuera de sí misma*—, es conducida hacia la manifestación por la vida kármica de su propio ser esencial, por la sed de deseo o de florecer, como un nuevo retoñar de una flor en el precoz verano, en el que la tendencia en la manifestación es hacia el exterior. Esta primera aparición es concebida en filosofía como el primero o Punto Primordial; este es el nombre que se le da en la teosofía judía llamada la Qabbālāh.

Desde el momento en que el punto, la simiente de vida, el germen del ser —todos estos no son sino nombres para la única cosa, el átomo espiritual, la mónada espiritual, llámesela como se quiera— irrumpe en la vida inferior, por decirlo así, la diferenciación o dualidad aparece y continúa, de ahí en adelante, hasta el final del Gran Ciclo, formando las dos líneas de los lados del triángulo diagramático. Podemos llamar a uno AB, el Brahmā (masculino), y al otro AC, el Prakṛiti o naturaleza (femenino). A Brahmā también se le llama frecuentemente *Purusha*, una palabra sánscrita que significa "hombre", el Hombre Ideal, como el Qabbālístico Adām Qadmōn, la entidad primordial del espacio, que contiene en Prakṛiti, o la naturaleza, todas las escalas septenarias del ser manifestado.

En todo momento, desde el primerísimo instante cuando la dualidad aparece, hay una atracción incesante entre estas dos líneas o polos, y se unen. Recuérdese que este símbolo es simplemente un

paradigma o representación. Absolutamente, sería absurdo decir que la vida y los seres proceden en su manifestación sólo como triángulos geométricos; pero podemos representarlo *simbólicamente* en nuestras mentes de esta manera. Cuando estos dos se unen, el Padre y la Madre, el espíritu (o realidad) y la ilusión (o māyā), Brahmā (o Purusha) y Prakṛiti (o naturaleza), su unión produce al Hijo. En el esquema cristiano le dan al Hijo espiritual o primordial el nombre de Cristos; en el esquema egipcio, Osiris e Isis (o su hermana gemela Neftis, que es simplemente el lado más recóndito de Isis) producen su hijo Horus, el sol espiritual, físicamente el sol o el dador de luz; y así de manera similar en los diferentes esquemas que el mundo antiguo nos ha transmitido.

De la interacción de estos tres, por acción interpolar, por las fuerzas espirituales trabajando dentro y fuera, dos nuevas líneas descenden —de acuerdo a la manera mística en la que este esquema de emanación se enseña— y también se unen y forman el cuadrado, o el kosmos manifestado.

Ahora, desde el Punto Primordial o central nace o procede el sol de vida. Por él y a través de él se verifica nuestra unión con el Inefable. El hombre puede ser aquí abajo un ser físico sobre la tierra, o en cualquier otro lugar una entidad luminosa y etérea, pero no interesa dónde está y qué es su cuerpo: pues una vez que los *siete* principios de su ser están en acción, el hombre, la entidad pensante, es producido, conectado por su séptimo principio, y su sexto, con ese sol de vida.

Para cada “hombre” de entre las innumbrables multitudes de seres auto-conscientes pertenecientes a este kosmos o universo, se extienden respectivamente hacia arriba o hacia abajo dos naturalezas: una de las cuales es un rayo de espíritu que lo conecta con lo divino de lo más divino, y desde ahí se extiende hacia arriba en todas direcciones y lo conecta, en el amplio sentido de la palabra, con el Inefable, el Ilimitado, que es, por lo tanto, el núcleo de su ser, el centro de su esencia.

La aparición y evolución del hombre como ser humano sobre este planeta Tierra, sigue la misma línea de maravilloso trabajo de analogía de la naturaleza tal como lo hace un planeta en el espacio, o como lo hace un sol con sus hermanos de un sistema solar, los planetas. El hombre, de este modo, al ser en verdad un hijo de la Infinitud, el vástago del Inefable, tiene latente dentro de él la capacidad del universo.

Y sobre este hecho depende lo que tan seguido se nos ha dicho acerca de la obtención de poderes. El específico método por medio

del cual *no* los obtenemos, el específico modo de extravíarlos y perderlos, es correr tras de ellos, por extraño que pueda sonar, ya que éste es el impulso de la vanidad y del egoísmo. Si entonces los buscamos de manera egoísta, ¿qué obtenemos? Obtenemos la acción de los bajos poderes sobre nosotros; es una creciente sed de sensación lo que obtenemos, y esto nos conduce hacia, y hacia dentro, del inferior abismo de la Materia, el polo opuesto de lo Ilimitado, si se persigue.

Pero en la gran alma que ha pasado de largo y se ha liberado de esta sed de adquisición personal, en quien el avaro espíritu de sí mismo no es por más tiempo dominante, quien siente su unidad con todo lo que es, quien siente que todo ser humano, y aun la misma hormiga que laboriosamente arrastra un trocito de arena solo para caerse de nuevo, es *él mismo* —no metafóricamente sino como una realidad: un cuerpo diferente, pero la misma vida, la misma esencia, las mismas cosas latentes en ello como en él—, en verdad en él reposa el poder de ascender la escala del ser, dibujada por el vínculo con el Altísimo en su más interna naturaleza. Tanto él como ellos están llenos de poderes y fuerzas latentes, y él y ellos pueden llegar a ser con el tiempo dioses mismos, resplandeciendo, por decirlo así, con poder como el sol; y la única manera es la completa abnegación, porque la abnegación, paradójico como pueda sonar, es el único camino hacia el ser, el ser universal. El ser personal nos cierra la puerta.

Por supuesto que no podemos desterrar de nuestro ser el sentido de ser, como tampoco es deseable; pero en el aspecto más bajo toma para sí las formas de todo egoísmo, hasta que el ser del hombre que sigue el sendero de la izquierda, o el camino descendente, termina en lo que los primeros cristianos —robándolo de los griegos— llamaron el Tártaro, el lugar de la desintegración.

Cuando el hombre asciende más allá del alcance de la materia, ha desechado la esclavitud de *māyā*, o ilusión. Recordemos que cuando comienza la manifestación, *Prakṛiti* se vuelve, o es, *māyā*; y *Brahmā*, el Padre, es el espíritu de la conciencia, o la individualidad. Estos dos son en realidad uno, y no obstante son también los dos aspectos del único rayo de vida que actúa y reacciona sobre sí mismo, tanto como un hombre puede decir, “Yo soy *Yo*”. Él tiene la facultad de auto-análisis, o auto-división; todos nosotros lo sabemos, podemos sentirlo en nuestro ser. Una parte de nosotros, en nuestros pensamientos, puede ser llamado el *Prakṛiti* o el elemento material, o el elemento *māyāvi*, o el elemento de la ilusión; y la otra, el espíritu, la individualidad, el dios interno.

Con todo, mientras el hombre ve la vida, mientras recorre con sus ojos hacia abajo, hacia la escala de seres, él la ve a través de māyā; de hecho, él es el hijo de māyā por un lado, así como lo es del espíritu por el otro. Ambos están en él. Su lección es aprender que los dos son uno y que no están separados; entonces ya no es engañado más. Su lección es entender que māyā, el gran engañador, es la famosa culebra o serpiente de la antigüedad, que nos conduce fuera del Jardín del Edén (empleando una metáfora bíblica), aprender a través de la experiencia y del sufrimiento lo que la ilusión *es* —y *no* es.

También la materia, que es la manifestación māyāvi de Prakṛiti en este plano (y acá quiero decir materia física), por sí misma no es sustancial. Las cosas más densas y rígidas que podemos pensar, quizá sean los metales, y en realidad ellos son, quizás, los más porosos, los más espumosos, los más evanescentes, al ser vistos desde el otro o superior lado del ser, desde el otro lado del plano. Tan bien se entiende esto ahora, que nuestros más intuitivos científicos nos dicen que el espacio, que nos parece tan ralo y tenue, es, en realidad, más rígido que el acero más duro. ¿Por qué la electricidad prefiere los metales como camino, a la madera común, o a la lana de algodón, o a tantas otras cosas como éstas?

Antes de proseguir, parece ser necesario estudiar un poco lo que queremos decir con las palabras *manvantara* y *pralaya*. Tomemos primero *manvantara*. Esta palabra es un compuesto sánscrito, y como tal no significa más que: entre dos Manus. Literalmente, “entre-manus”. Manu, o dhyāni-chohan, en el sistema esotérico, son colectivamente las entidades que aparecen primero en el comienzo de la manifestación y de las que, como un árbol cósmico, se derivan o nacen todas las cosas. Manu en realidad es el árbol (espiritual) de la vida de cualquier cadena planetaria, del ser manifestado. Manu es, por lo tanto, en un sentido, el Tercer Logos; como el Segundo es el Padre-Madre, el Brahmā y Prakṛiti; y el Primero es lo que llamamos el Logos Inmanifestado, o Brahman (neutro) y su velo cósmico Pradhāna.

Pradhāna es también un compuesto sánscrito, y significa: aquello que es “colocado delante de”; y a partir de acá, ha llegado a ser un término técnico en filosofía, y significa lo que llamaríamos la primera capa de apariencia de la materia-raíz, “colocada delante de”, o mejor, alrededor de Brahman como un velo. La materia-Raíz es Mūlaprakṛiti, naturaleza-raíz, y correspondiendo con ella como el otro polo o polo activo está Brahman (neutro). Aquello a partir de lo

cual el Primer o Inmanifestado Logos procede es llamado Parabrahman, y Mūlaprakṛiti es su velo cósmico. *Parabrahman* es otro compuesto sánscrito que significa: “más allá de Brahman”. *Mūlaprakṛiti*, de nuevo, como se dijo arriba, es un compuesto sánscrito que significa *mūla*, “raíz”, *prakṛiti*, “naturaleza”.

Primero, entonces, el Ilimitado, simbolizado por el O; luego, Parabrahman, y Mūlaprakṛiti, su otro polo; luego, más abajo, Brahman y su velo Pradhāna; luego Brahmā-Prakṛiti o Purusha-Prakṛiti (siendo Prakṛiti también māyā); apareciendo el universo manifestado por y a través de este último: Brahmā-Prakṛiti, Padre-Madre. En otras palabras, el Segundo Logos, Padre-Madre, es la causa productora de la manifestación a través de su Hijo, que en una cadena planetaria es Manu. Por lo tanto, un manvantara es el período de actividad entre dos Manus, en cualquier plano, puesto que en cualquiera de tales períodos hay un Manu-raíz en el principio de la evolución, y un Manu-simiente a su fin, precediendo un pralaya.

Pralaya: éste es también un compuesto sánscrito, formado de *laya*, de la raíz sánscrita *lī*, y el prefijo *pra*. ¿Qué significa *lī*? Significa “disolver”, “desvanecer”, “diluir”, como cuando uno vierte agua sobre un cubo de sal o de azúcar. El cubo de sal o de azúcar desaparece en el agua; se disuelve, cambia su forma; y esto puede ser tomado como un símbolo de lo que es pralaya: un desmoronamiento, un desaparecer de la materia en algo más, estando aún en eso, y lo rodea y lo interpenetra. Eso es pralaya, usualmente traducido como el estado de latencia, estado de descanso o reposo, entre dos manvantaras o ciclos de vida. Si definitivamente recordamos el significado de la palabra sánscrita, nuestra mente toma un nuevo sesgo, siguiendo un nuevo pensamiento; nos hacemos de nuevas ideas; penetramos dentro del arcano de lo que toma lugar.

Ahora bien, hay varias clases de manvantaras; también muchas clases de pralayas. Existe, por ejemplo, el manvantara universal y el pralaya universal, y estos son llamados *prākṛitika*, porque es el pralaya o desaparición, disolución, de Prakṛiti o naturaleza. Luego está el pralaya solar. Sol en sánscrito es *sūrya*, y el adjetivo de éste es *saurya*; por tanto, el saurya-pralaya, o el pralaya del sistema solar. Luego, en tercer lugar, está el pralaya terrestre o planetario. La palabra sánscrita de tierra es *bhūmi*, y el adjetivo que le corresponde es *bhaumika*: por tanto, el bhaumika-pralaya. Luego podemos decir que está el pralaya o muerte del hombre individual. El hombre es *purusha*; el adjetivo correspondiente es *paurusha*: por tanto, el

paurusha-pralaya, o muerte del hombre. Así, entonces, hemos dado ejemplos de varios pralayas: primero, del prākṛitika, o disolución de la naturaleza; luego, del pralaya solar, el saurya; luego el bhaumika, o el fallecimiento de la tierra; y luego, el paurusha, o la muerte del hombre. Y estos adjetivos se aplican igualmente bien a las varias clases de manvantaras o ciclos de vida.

Hay otra clase de pralaya que es llamado *nitya*. En su sentido general, significa: “constante” o “continuo”, y puede ser ejemplificado por el cambio constante o continuo —vida y muerte— de las células de nuestros cuerpos. Es un estado en el que la entidad residente y dominante permanece, pero sus diferentes principios y *rūpas*, o “cuerpos”, experimentan un cambio continuo. Por esto es llamado *nitya*. Se aplica al cuerpo del hombre, a la esfera exterior de la tierra, a la tierra misma, al sistema solar, y a toda la naturaleza.

Asimismo es representado por un símbolo que H. P. Blavatsky nos ha dado de la sabiduría oriental, la exhalación e inhalación de Brahman. Este símbolo, por cierto, no es únicamente hindú. Es hallado en los textos del antiguo Egipto, donde uno u otro de los dioses, Khnumu, por ejemplo, exhala de su boca el huevo cósmico. También se alude a él en los Himnos Órficos, donde la serpiente cósmica exhala como un huevo las cosas que han de ser, o el futuro universo. En todos lados, especialmente donde la religión o filosofía han conservado su percepción, hallamos ahí el símbolo del huevo cósmico. Las religiones de menos edad y de menos influencia no lo emplean tan seguido. El huevo cósmico se encontró como símbolo en Egipto; se halló en el Indostán; se encontró en Perú, donde el “Hombre Poderoso”, el Purusha sánscrito, el Hombre Ideal, era llamado Manco Capac, y su esposa y hermana eran llamadas Mama Ocllo, que significa “Madre Huevo”: éstas trajeron el universo a la existencia, volviéndose luego el sol y la luna respectivamente.

¿Por qué los antiguos simbolizaban el principio de la manifestación bajo la forma de un huevo? Preguntemos: ¿no es un buen símbolo? Así como el huevo que produce el polluelo contiene el germen de la vida (puesto por su madre, la gallina, y fructificado por el otro polo del ser), así también el huevo cósmico, que es el Punto Primordial, también contiene el germen de la vida. El huevo en sí también puede ser llamado el germen de vida, y el germen de vida dentro del huevo puede ser llamado el germen interior —aquel punto más sutil que recibe aquellos impulsos de los cuales hemos hablado antes, que descienden desde el centro más alto de comunicación entre el

mundo exterior y el interior, las líneas de acción y reacción magnética interna—. Y cuando se forma el polluelo dentro del huevo, rompe su cascarón y sale a la luz del día, precisamente como vimos que era el caso con el Punto Primordial. Cuando había llegado la hora kármica, brota, por así decirlo, en otras esferas de manifestación y actividad. Los antiguos, llevando aún más lejos la imagen, incluso hablaron del cielo como de un asunto abovedado, como la parte superior de un cascarón de huevo.

Pensemos más profundamente en estos símbolos antiguos. Los antiguos no eran tontos. Hay un profundo significado en estas viejas figuras de lenguaje. ¿Por qué Homero habló de su Olimpo, la morada de Zeus y de los dioses, como siendo de latón, como bronce, una de las cosas más duras y más rígidas que conocían los griegos? ¿Por qué Hesíodo habla del mismo como hecho de hierro? Porque ellos se daban cuenta de que la vida acá en la materia y de la materia estaba basada en un sustrato evanescente, y que el mundo inferior de la materia es, como ha sido dicho a menudo, evanescente, espumoso, lleno de agujeros, por decirlo así, e irreal.

CINCO

LAS ENSEÑANZAS ESOTÉRICAS Y LA TEORÍA NEBULAR. LOS DIOS DESTRÁS DEL KOSMOS: POR QUÉ LA NATURALEZA ES IMPERFECTA.

El hacer de la Ciencia un *todo* integral necesita, de verdad, el estudio de la Naturaleza espiritual y psíquica, tanto como de la física. De otro modo, resultará siempre como con la anatomía del hombre, discutida desde antiguo por el profano desde el punto de vista superficial, y en la ignorancia de la obra interna . . .

El deber del ocultista se refiera al *Alma y al Espíritu* del Espacio Cósmico, no tan sólo a su apariencia y modo de ser ilusorios. El de la ciencia física oficial consiste en analizar y estudiar su *cáscara* —la *Última Thule* del Universo y del hombre, en opinión de los materialistas.

Con estos últimos, el Ocultismo no tiene nada que ver. Sólo con las teorías de hombres de saber tales como Kepler, Kant, Oersted y Sir William Herschel, que creían en un Mundo Espiritual, puede la Cosmogonía Oculta entenderse e intentar un acuerdo satisfactorio. Pero las ideas de aquellos físicos difieren enormemente de las últimas especulaciones modernas. Kant y Herschel especulaban sobre el origen y *último destino* del Universo, así como de su aspecto presente, desde un punto de vista mucho más filosófico y psíquico; mientras que la Astronomía y la Cosmología modernas repudian ahora todo lo que sea investigar los misterios del ser. El resultado es el que era de esperar: fracaso completo y contradicciones inextricables en las mil y una variedades de las llamadas teorías científicas, sucediendo con esta teoría lo que con todas las demás.

La hipótesis nebular, que envuelve la teoría de la existencia de una materia primordial, difundida en condición nebulosa, no es de fecha moderna en Astronomía, como todo el mundo sabe. Anaxímenes, de la escuela jónica, había ya enseñado que los cuerpos siderales se formaban por la condensación progresiva de una materia primordial *pregenética*, que tenía un peso casi negativo, y estaba difundida por el Espacio en una condición extremadamente sublimada.

—*La Doctrina Secreta*, I, 558, 589-90 [II, 284-5]

HAY TRES puntos que será necesario tocar brevemente antes de comenzar nuestros estudios de esta noche.

El primero tiene relación con la cuestión de la moral, es decir, la conducta correcta basada en las opiniones correctas, en los pensamientos correctos. Ya hemos tocado este asunto en casi todas las reuniones, porque la línea, el sendero, del deber —de la conducta correcta basada en las correctas opiniones— es el sendero de

todos los que se adentran en la sabiduría antigua y en los Misterios antiguos. Los grandes pensadores, filósofos y hombres religiosos de todas las edades, nos han dicho lo mismo.

Estos estudios no son sólo para propósitos de estudio intelectual, o de entretenernos con conocimiento abstruso y místico; sino, primordial, primera y principalmente, para propósitos de la obtención de una fundación correcta de opiniones correctas que deben gobernar la conducta humana. Cuando tenemos esta fundación tenemos los principios de todas las leyes. Podemos afectar al mundo por medio de nuestras propias opiniones y por medio de nuestros propios actos; y más aún, seremos capaces, con el tiempo, de afectar para bien incluso a los gobiernos del mundo, quizá no directa e inmediatamente, pero al menos indirectamente y en el curso del tiempo. Todas las cosas horribles que desconciertan y confunden y afligen ahora a la humanidad, surgen casi enteramente de la falta de opiniones correctas, y por tanto, de una falta de conducta correcta. Tenemos el testimonio de los iniciados griegos y romanos y de pensadores, de que los Misterios antiguos de Grecia enseñaron a los hombres, por sobre todo, a vivir correctamente y a tener una noble esperanza por la vida después de la muerte.

Luego, el segundo punto: en nuestra última reunión nos referimos a los Misterios antiguos, y tomamos como ejemplos a aquéllos de Grecia de los que los romanos derivaron sus propios Misterios, pero nos referimos sólo a un punto, el aspecto mitológico; y este aspecto mitológico comprende sólo una porción —una relativamente pequeña porción— de lo que fue enseñado en las Escuelas de Misterio, principalmente en Samotracia y en Eleusis. En Samotracia se enseñó la misma enseñanza-Misterio que fue corriente en otros sitios de Grecia, pero allí era más desarrollada y recóndita; y la fundación de estas enseñanzas-Misterio era la moral. Los hombres más nobles y grandiosos de los tiempos antiguos en Grecia fueron iniciados en los Misterios de estos dos asentamientos de conocimiento esotérico.

En otros países más lejanos del este tenían otras Escuelas de Misterio o “colegios”, y esta palabra colegio de ningún modo significa necesariamente un mero templo o edificio; significaba: “asociación”, tal como en nuestra palabra moderna: colega, asociado. Las tribus teutónicas del norte de Europa, las tribus germánicas —que incluían escandinavia— tenían también sus Colegios de Misterios; y los maestros y los neófitos permanecían en el seno de la Madre Tierra, bajo el Padre Aeter, el cielo ilimitado, o en receptáculos subterráneos, y

enseñaban y aprendían. Expresamos acá, a la vez, que el núcleo, el corazón, el centro de los Misterios antiguos eran los abstrusos problemas que trataban de la muerte. Todavía tenemos estas enseñanzas, y las veremos próximamente.

El tercer punto es con respecto a los paradigmas o diagramas que hallamos necesario usar de cuando en cuando para ilustrar ciertas enseñanzas. Recuerden que estos paradigmas son relativos y cambiantes; no son asuntos rígidos ni fijos o absolutos. Este hecho debe mantenerse claro en la mente, y en torno a ellos, a la mente *nunca* debe permitírsele cristalizarse. ¿Por qué? Porque cualquier paradigma, cualquier combinación particular de líneas geométricas, puede ilustrar distintos pensamientos u objetos: por ejemplo, el paradigma del triángulo del cual pende el cuadrado (como fue usado en nuestra última reunión) puede aplicarse igualmente tanto al más alto principio combinado en el hombre, la mónada mental-espiritual, como a los principios inferiores en los que la mónada cae al principio de la encarnación o manifestación, y del que resucitará cuando los primeros repiques de las campanas praláyicas sean escuchadas en los espacios ākāśicos.

Proseguiremos ahora nuestro estudio. Tomaremos como nuestro tema general los mismos dos párrafos de la página 43 del volumen I de *La Doctrina Secreta* [I, 101] que leímos en nuestra última reunión:

La Doctrina Secreta enseña el desenvolvimiento progresivo de todo, lo mismo mundos que átomos; y este estupendo desenvolvimiento no tiene ni principio concebible ni fin imaginable. Nuestro “Universo” es tan sólo uno de un número infinito de Universos, todos ellos “Hijos de la Necesidad”, puesto que son eslabones de la gran cadena Cósmica de Universos, siendo cada uno un efecto con relación a su predecesor, y una causa respecto al que le sucede.

La aparición y la desaparición del Universo son representados como la espiración e inspiración “del Gran Aliento”, que es eterno; y que siendo Movimiento, es uno de los tres aspectos de lo Absoluto —siendo los otros dos el Espacio Abstracto y la Duración—. Cuando “el Gran Aliento” se expele, es llamado el Soplo Divino, y se le considera como la respiración de la Deidad Incognoscible —la Existencia Única—, la cual exhala un pensamiento, por decirlo así, que se convierte en el Kosmos. (Ver “Isis sin velo”). De igual modo, cuando el Aliento Divino es inspirado, el Universo desaparece en el seno de “la Gran Madre”, que duerme entonces “envuelta en sus invisibles vestiduras”.

Era la intención tratar esta noche la aurora de la manifestación como se encuentra en el Libro Hebreo de los Principios llamado Génesis, y estudiarlo y mostrar su similitud y parecido, y la identidad fundamental de verdad sobre la que está basado, al compararlo con

las otras religiones del mundo. Pero en vista del hecho de que en nuestro último estudio nos vimos obligados a tratar sobre el primer venir-a-ser del velo puesto sobre el rostro del Inefable, parecería mejor emprender esta noche, si tenemos tiempo, un corto esbozo de lo que es llamado en ciencia la teoría nebular, cuán lejos las enseñanzas esotéricas van con ella, y dónde y cuándo se apartan de ella.

La teoría nebular, tal como fue originalmente enseñada por la ciencia, por el francés Laplace —pero derivada por él a partir del gran pensador y filósofo alemán, Immanuel Kant—, expresa que el espacio que ahora es ocupado por los planetas del sistema solar estuvo originalmente lleno de una tenue forma de materia, un estado altamente ardiente o incandescente. Digamos acá que esta particular teoría de Laplace nunca ha sido probada con respecto a la incandescencia, que no es sujeta en todo respecto a una demostración matemática, y no puede serlo, y que eso en sí mismo, tomado como un todo, forma una de las grandes pruebas contra la verdad de la teoría nebular *tal como fue expresada entonces*, y tal como desde entonces ha sido modificada en algún grado por los pensadores modernos.

Laplace expuso más adelante que esta nebulosa estaba en una condición de lenta rotación, o movimiento circular, en la misma dirección en la que los planetas se mueven ahora en sus órbitas, y en la misma dirección en la que los planetas y el sol se mueven ahora alrededor de sus ejes. En otras palabras, la presente revolución orbital y rotación de los planetas se derivan de este movimiento mecánico, original, circular, de la nebulosa primordial.

Asimismo, Laplace expuso que este caliente e inmenso objeto se enfrió, y que mientras se enfrió, se encogió, de acuerdo con una cierta ley del calor, y que este encogimiento, de acuerdo con una ley de la dinámica, incrementó la velocidad de rotación y el impulso de cualquier punto en su superficie. Ahora bien, como todos saben, las partes de la rueda más cercanas a la periferia, la circunferencia, se mueve con el más grande momento y la más alta velocidad, aunque no más rápido, en otro sentido, que lo que lo hacen las partículas en el centro. Este incremento en rapidez en el girar alrededor, creció tanto que llegó el momento cuando la fuerza centrífuga se sobrepuso a la fuerza centrípeta o cohesiva, y entonces esta nebulosa giratoria liberó un anillo, y este anillo también continuó girando y condensándose, y finalmente formó una esfera o bola que llegó a ser el planeta más externo, Neptuno. Y así progresivamente los otros planetas vinieron a ser, permaneciendo el núcleo de la nebulosa como nuestro

sol. En pocas palabras, a medida que el cuerpo nebuloso contrajo y condensó su materia, el mismo fenómeno ocurrió de nuevo y de la misma manera, y de este modo el segundo planeta más externo, Urano, fue liberado, y así hasta que todos los planetas llegaron a ser como esferas. Ahora, algunos de estos tenues y todavía nebulosos planetas, contrayéndose y de este modo incrementando sus velocidades de rotación, ellos mismos desarrollaron anillos alrededor de ellos, que por turnos fueron liberados de sus planetas-padres, y siguiendo el mismo curso que sus planetas-padres se volvieron esferas, que de este modo llegaron a ser los satélites, las lunas de los respectivos planetas; mientras el centro de la nebulosa *original* se condensó en la (supuestamente) incandescente o abrasadora bola que es el sol.

Cuando H. P. Blavatsky trajo por primera vez las enseñanzas teosóficas al mundo occidental, destacaron preguntas de cosmogonía, o el principio y desarrollo primordial del universo, y se le preguntó, y también, a través de ella, se le preguntó a sus Maestros, con respecto a qué la teoría nebulosa corría lado a lado y “corroboraba” la exposición de la teoría de los ocultistas, la teoría esotérica; y a la respuesta que dieron entonces se le llamó “una respuesta evasiva”. Levantó críticas y algún lenguaje enfurecido.

¿Por qué, se preguntó, si los Maestros conocen estas verdades maravillosas, no han iluminado al mundo con el esplendor de sus enseñanzas? ¿Por qué mantienen estas y otras cosas escondidas? Fue argüido que ninguna enseñanza puede ser mala para el hombre si es *verdad*: lo que era un argumento muy tonto, en realidad, hasta donde cabe, porque muchas enseñanzas son ciertas, y, sin embargo, son completamente no aptas para que el hombre promedio las tenga. No obstante, vamos a investigar este asunto esta noche.

Los Maestros dijeron que la teoría nebulosa era en su *bosquejo general*, y sólo en ciertos aspectos, bastante representativa de lo que era la enseñanza esotérica, pero aún, por todo ello, tenía defectos vitales; y estos defectos no los especificaron enteramente ni los delinearon por completo. Pero dieron claros indicios de en dónde radicaban los defectos y lo que eran; también dieron una clara, lógica y concisa razón para su reticencia, que era obligatoria e inevitable.

Ahora bien, el principal defecto en la teoría de Laplace es que era una hipótesis puramente mecánica, puramente mecanicista, puramente materialista, que en muchos de sus aspectos no podía corroborarse incluso con las matemáticas, y basada en nada más que el hecho de que en el vasto abismo del espacio los astrónomos, al investigar

los residuos de la luz estelar, encontraron nebulosas y nebulosidades y, adoptando la idea de Kant, arguyeron dogmáticamente sobre ella. Pero, no obstante, había verdad en la teoría nebular —había *alguna* verdad—. Ahora, ¿qué es esa verdad? ¿Y cuál era el defecto más vital? El defecto más vital, primero, fue el hecho —aludido arriba— de que la teoría omitió toda acción de seres espirituales en el universo como los conductores, los agentes, la mecánica o mecánicos del mecanismo que indudablemente existe. Se nos enseña que la filosofía esotérica no niega la acción mecánica en el universo, pero declara que donde hay una acción mecánica hay un gobierno o, específicamente, mecánicos trabajando, produciendo los movimientos del mecanismo, de acuerdo con el karma. Debe haber dadores de “ley” o hacedores de “ley” o impulsores de la “ley”, si puede ser usada la expresión; y detrás de éstos debe estar la vida universal. En otras palabras, el defecto vital era que esta teoría nebular omitió la primera verdad de todo ser —que los dioses estaban detrás del kosmos, seres espirituales, entidades espirituales— el nombre no importa. No Dios, sino dioses.

La “naturaleza” es imperfecta, por tanto, necesariamente comete “errores”, porque su acción deriva de multitud de entidades trabajando: lo que vemos alrededor de nosotros todo el tiempo es la prueba de ello. La “naturaleza” no es perfecta. Si hubiera surgido de las “manos de la inmutable Deidad”, en consecuencia, perfecta e inmutable como su padre, sin conocer cambio, sería una obra perfecta. Es bastante lo contrario, como sabemos, y sus imperfecciones o “errores” nacen del hecho de que los seres existiendo en, y trabajando en, y controlando y *haciendo*, la naturaleza, se extienden en jerarquías sin fin desde la más Interna de lo Interno, desde la más Superior de lo Superior, hacia abajo para siempre, hacia arriba para siempre, en todos los grados de imperfección y de perfección, que es precisamente lo que vemos en las escenas de la manifestación que nos rodea. Nuestra intuición nos dice la verdad con respecto a esto, y debemos confiar en ella.

Esto era bien conocido para los antiguos. Los estoicos lo expresaron y lo enseñaron en su magnífica filosofía. Los estoicos de Roma y de Grecia lo expresaron originalmente por lo que llamaron teocracia. Teocracia tiene un significado compuesto —*Theos*, “un dios”, “ser divino”, y *krasis*, que significa “un entremezclado”— un entremezclado de todas las cosas en el universo, entremezclándose con todo lo demás, sin nada posiblemente separable del resto, el Total. Es la

herejía cardinal de las religiones orientales hoy día, notablemente en la de los budhistas, si un hombre piensa que está separado o es separable del universo. Este es el error más fundamental que el hombre puede cometer. Los primeros cristianos le llamaron el “pecado contra el Santo Espíritu”. Si vemos a nuestro derredor y si miramos hacia adentro, nos damos cuenta de que somos una entidad, por decirlo así, una gran multitud humana, un árbol viviente de vida humana, entretejida inseparablemente en, y a partir de, la naturaleza, el Todo.

El siguiente defecto de la teoría nebular es que declaraba que en sus primeras etapas la nebulosa era incandescente, ardiente. La enseñanza esotérica es que en realidad es ardiente, pero ardiente con una luz fría, igual o similar a aquélla de la luciérnaga, si se quiere. No hay más calor en una nebulosa de la que hay en la luz de la luciérnaga. Esta luz en la nebulosa, esta luminosidad, no es de combustión de ningún tipo; pero, entonces, ¿de dónde *es*? Es de la moradora *daivīprakṛiti*, “Naturaleza o luz divina” en su manifestación *en ese plano*, la misma luz que en seres sensibles se manifiesta en una forma superior como *conciencia* en todos sus grados, desde la pálida conciencia física subiendo hasta el alma y el ego; a través del ser subiendo hacia dentro del ser sin-ser del Paramātman, el “ser supremo” —una mera expresión de conveniencia para significar la culminación o la cima de una jerarquía, porque realmente no hay ser *supremo*, lo cual significaría un límite, y por tanto finitud—. Si lo hubiera, habría un ser inferior. El Ser es ilimitado, eterno, el propio corazón del ser, la fundación y núcleo sin dimensión de todo lo que es.

A continuación, el tercer defecto vital: los planetas y el sol no se desarrollaron o nacieron de la manera expuesta por la teoría nebular. ¿Cómo nacen los planetas y el sol? (diré acá, a manera de paréntesis, que este asunto debería aparecer mucho más adelante en nuestro estudio, pero hay una razón para referirse a él en este instante). Cada cuerpo solar o planetario, el sol y los planetas en nuestro sistema solar y análogamente en cualquier otro lugar, es el *hijo*, o mejor aún, *el resultado*, o *el re-corporeizarse*, de una entidad cósmica anterior que, al tiempo de entrar en su pralaya, su *prākṛitika-pralaya* —la disolución de sus principios inferiores— al final de su largo ciclo de vida, existe en el espacio en la actividad superior de sus principios espirituales y en la dispersión de sus principios inferiores, los cuales existen en forma latente en el espacio como *skandhas*, en lo que es llamado en sánscrito una condición-*laya*, de la raíz *lī*, que significa “disolver” o “desvanecerse”. Por tanto, un centro-*laya* es un punto de

desaparición —el *punto* místico donde un objeto desaparece de un plano, si se quiere—, y sigue adelante para reaparecer en otro plano.

Para repetir una ilustración que usamos en nuestra última reunión: verter agua sobre un cubo de azúcar o sal, y mirarlo disolverse; se ha desvanecido como un *cubo* o entidad separada. Ha entrado a su estado-laya como *cubo* o entidad de azúcar o sal. La forma ha desaparecido, y su ser —la azúcar o sal— ha entrado en algo más. Cuando los *principios superiores* de un cuerpo cósmico entran en algo más, ¿qué es ese algo más en lo que ellos entran? Entran primero al aeter cósmico superior, y a su debido tiempo siguen aún más alto, hacia la intensa actividad de los planos espirituales; Ahí, pasan largos eones en estados y condiciones para nosotros casi inimaginables. A su debido tiempo comienzan su curso descendente hacia la materia otra vez, o vuelven a corporeizarse, y finalmente, por atracción, recolectan sus viejos skandhas que hasta ahora descansaban latentes, y de este modo forman para ellos un nuevo cuerpo, al pasar a la manifestación a través de, y por, el centro-laya donde esos skandhas estaban esperando.

Esos principios inferiores estaban, mientras tanto, en nirvāṇa, lo que nosotros llamaremos devachán luego de la muerte del hombre, pues el devachán como un estado no se aplica a la mónada superior o celestial o divina, sino sólo a los principios medios del hombre, al ego personal, o al alma personal, en el hombre. Aplicada a nosotros esta condición es el estado de devachán —la “tierra de los dioses”, si gustan—; pero aplicada a un cuerpo cósmico es el estado de nirvāṇa. *Nirvāṇa* es un compuesto sánscrito, *nir*, “fuera”, y *vāna*, el pasado participio pasivo de la raíz *vā*, “soplar”, es decir, literalmente “apagado”.

Tan mal se ha entendido el significado del antiguo pensamiento hindú (e incluso su idioma, el sánscrito), que por muchos años, escolares europeos muy eruditos discutían si ser “apagado” significaba o no la aniquilación entitativa. Recuerdo una vez que al hablar con un sabio chino (sucedió que era budhista) me dijo que el estado del hombre luego de la muerte era “como esto”, y alzó una candela iluminada que estaba sobre la mesa y sopló sobre ella, y la luz se apagó. Y dijo él, “Así”. Él estaba en lo correcto, porque se refería a los principios inferiores en el hombre. *Ellos* (no nosotros, nuestra esencia entitativa o monádica) son simplemente el vehículo en el que vivimos; y cuando morimos, nuestro cuerpo físico es “apagado”, se disuelve, entra en su pralaya o disolución, y sus moléculas, sus partículas, entran en el estado-laya y pasan un cierto tiempo allí hasta que

la naturaleza los pone de manifiesto de nuevo; o, para ponerlo más exactamente de otra forma, hasta que el impulso que mora en cada partícula monádica física, por la *sed por ser activo* surge a la manifestación de nuevo, y vuelve a entrar en algún cuerpo del tipo apropiado y de similar grado de evolución.

Ésta es una —y sólo una— faceta del secreto de la muy malentendida doctrina de la trasmigración en animales. Los elementos inferiores, el cuerpo astral y los sedimentos astrales del animal u hombre físico, llegan a ser los principios —*no el latente superior*, sino los principios intermedios— del mundo de las bestias. Son sedimentos o despojos humanos desechados por el hombre.

El polvo cósmico resultante de la disolución de un mundo anterior descansa en un centro-*laya*; mientras los principios superiores de ese mundo o cadena planetaria están en su *paranirvāṇa*, y permanecen ahí hasta que la *divina* sed de vida activa en el plano más alto del descenso, que resurge en la mónada cósmica de un planeta o sol, hala, empuja, o impulsa, o impele, a esa mónada a las fronteras espirituales de la manifestación; y cuando llega a esas fronteras, irrumpe a través de ellas por decirlo así, o penetra, o atraviesa, u orbita en descenso, hacia dentro de los planos debajo de ella, y así una y otra vez a través de muchos planos, hasta que finalmente la mónada cíclica alcanza y toca o ilumina todos esos elementos inferiores que permanecen en el centro-*laya*: los *despierta*, los *re-despierta*, los *revivifica*, los *reclama* hacia el ser, los *re-ilumina* desde adentro; y esto produce la luminosidad o nebulosidad vista en tantas partes del espacio interestelar. Por lo tanto, es, en realidad, *daivīprakṛiti*, la “naturaleza divina”, la divina luz, en una de sus formas inferiores —la séptima, contando de manera descendente—, y esta misma luz, o fuerza, en este *nuestro* plano y en una de sus formas más inferiores, es la electricidad y el magnetismo. Nuestros Maestros nos han dicho que el universo físico, acá en el que vivimos —las piedras, los metales, los árboles, etc.—, es *luz corporeizada*. Todos están formados de átomos, y estos átomos, por decirlo así, son los átomos místicos de esta luz, la parte corpuscular de la luz, porque la luz *es* corpuscular: no es un simple modo de movimiento o una onda de algo más. La luz (nuestra luz) es un cuerpo, tan cuerpo como la electricidad —una de sus formas— es un cuerpo, es decir, material, o materia sutil.

Ahora bien, cuando esta nebulosa de la que hemos estado hablando —démosle su nombre científico— ha alcanzado el punto de desarrollo o evolución descendente hacia la manifestación donde los

principios re-corporeizados del mundo o cosmos o sol o planeta anterior, según sea el caso, han entrado suficientemente en ella, entonces comienza a rotar por medio de una energía característica, similar al electromagnetismo, inherente en ella. Platón nos dice que el movimiento circular es uno de los primeros signos de existencia entitativa, libre —un dicho del que a menudo se mofan nuestros jóvenes sabios de la ciencia y prominentes trasnochados de una era transitoria de pensamiento dogmático—. Platón define el *ser* como un “cuerpo que es capaz de acción y sobre el que se puede actuar”. Es una buena definición para recordar, pues implica tanto la existencia activa como pasiva —o manifestación—. Él decía que con respecto a la esencia superior del cosmos —el Principio primordial del que H. P. Blavatsky habla como el inefable *Aquello*— no es “un” ser (por tanto limitado, que posee límites), porque ni hace acción ni se actúa sobre él. Es *Todo*, eterna, inacabablemente *Todo*.

Así, esta nebulosa cósmica deriva del lugar donde primero fue desarrollada, el impulso conductor de karma dirigiendo aquí y allá, esta nebulosidad luminosa moviéndose circularmente y contrayéndose, pasando a través de otras fases de evolución nebular, tales como la etapa espiral y la anular, hasta que se vuelve esférica, o mejor, una serie nebular de esferas concéntricas. La nebulosa en el espacio, como se acaba de decir, toma a menudo una forma espiral, y desde el núcleo, el centro, emanan secciones, secciones espirales, y parecen como ruedas giratorias *dentro de* ruedas, y giran durante muchas eras. Cuando llega el momento —cuando el giro se ha desarrollado *pari passu* con las vidas e inteligencias residentes dentro de la nebulosa cósmica— entonces aparece la forma anular, una forma como de un anillo o de anillos concéntricos, con un corazón en el centro, y luego de largos eones, el corazón central se vuelve el sol o cuerpo central del nuevo sistema solar, y los anillos los planetas. Estos anillos se condensan en otros cuerpos, y estos otros cuerpos son los planetas que circulan alrededor de su *hermano* mayor, el sol; mayor porque él fue el primero en condensarse en una esfera.

La idea de los científicos modernos de que el sol nebular liberó los planetas, y de que la tierra, luego de una solidificación parcial, liberó la luna, y de que los otros planetas tuvieron lunas hechas de igual forma, no es la enseñanza de la filosofía esotérica. Nunca ha sido probado, y es criticado a diario por hombres tan eminentes como aquéllos que propusieron estas teorías. Los científicos nunca han probado la teoría nebular como ha sido propuesta y modificada de

tiempo en tiempo; los científicos nunca han sido capaces de probar por qué tanto calor puede desarrollarse y ser retenido en un objeto tan tenue, tan diáfano. Si la luminosidad surge de la combustión de materia gaseosa, ¿por qué no se agota? Ha tenido billones de años, eras incontables, en las cuales agotarse, y el cielo está colmado de nebulosas que no se han extinguido aún; e igual con respecto al sol. El sol está formado de la misma materia que la nebulosa, luego convertida en materia cometaria. El sol no arde; no tiene más calor en él que lo que tiene un cuenco de agua que transmite el rayo solar.

El sol no está en combustión: es el generador y el almacén del grandioso océano de fuerza y de fuerzas que alimentan nuestro entero sistema solar. La materia es fuerza corporeizada o cristalizada; la fuerza, inversamente, puede ser llamada materia sutil —o materia en su cuarto, quinto, sexto y séptimo estado, pues *fuerza y materia son una*. El sol es un almacén y un generador de fuerzas, y es en sí mismo fuerza en su primer y segundo estado —es decir, la materia en su sexto y séptimo estado, contando ascendentemente. Estudiaremos este asunto de manera más completa en una conferencia posterior.

Este es un sencillo esbozo de las enseñanzas que hemos recibido sobre los asuntos tratados. La luna comprende otro asunto, que ameritará a su debido tiempo un estudio realmente muy particular.

Primero una nebulosa, luego un cometa, luego un planeta; pero el boceto de arriba esboza el estado de un sistema solar en la primera era del manvantara *solar*. Ahora, tomemos cualquier planeta, y sucinta, brevemente, toquemos la naturaleza de un manvantara *planetario*. El sol, claro, permanece a través de todo el manvantara solar. Comienza con éste, y cuando el sistema solar llegue a su fin, el pralaya del sol también vendrá. Pero los planetas son diferentes en ciertos aspectos. Ellos también tienen su manvantara, cada uno de ellos, que dura usualmente muchos billones de años; y cuando una cadena planetaria o cuerpo ha alcanzado su término, cuando su hora llega para ir al descanso, o al pralaya o disolución, el manvantara termina y el pralaya comienza, pero en este caso no es un *prākritika-pralaya* que, ustedes lo recuerdan, significa la disolución de la naturaleza. El cuerpo planetario permanece muerto, como está ahora la luna, pero envía sus principios (precisamente como lo hizo el anterior sistema solar) a un centro-*laya* en el espacio, y permanecen allí por “eras innumerables”. Mientras tanto, los otros planetas de ese sistema solar atraviesan sus ciclos; pero el planeta que hemos escogido como ilustración, cuando llega de nuevo su tiempo para descender

en el manvantara, sigue su línea de desarrollo precisamente de la misma manera como se ha esbozado antes. Desciende de nuevo en la manifestación por medio de la divina sed planetaria interna por la vida activa y es dirigida al mismo sistema solar, y al mismo puesto, relativamente hablando, que su predecesor (su *anterior ser*) ocupaba, atraído hacia allí por fuerzas magnéticas y de otro tipo en los planos inferiores. Forma, en el principio de su curso o viaje descendente, una nebulosa planetaria; luego de muchos eones se vuelve un cometa, siguiendo finalmente una órbita elíptica alrededor del sol de nuestro sistema solar, siendo de este modo “capturado”, como nuestros científicos dijeron erróneamente, por el sol; y finalmente se condensa en un planeta en su condición física primitiva. Los cometas de tiempo periódico corto están en ruta de volver a ser planetas en nuestro sistema, a condición de que eludan con éxito los muchos peligros que acosan a tales cuerpos etéreos *antes* de que la condensación y el endurecimiento de sus materias los proteja de la destrucción

SEIS

EL AMANECER DE LA MANIFESTACIÓN: CENTROS-LAYA. UN UNIVERSO
CONSCIENTE: ESPIRITUALMENTE INTENCIONAL. DOCTRINA ESTOICA DE LA
INTERRELACIÓN DE TODOS LOS SERES. “LEYES DE LA NATURALEZA”.
POLITEÍSMO FILOSÓFICO Y LA DOCTRINA DE LAS JERARQUÍAS.

La Jerarquía de los Poderes Creadores está dividida esotéricamente en Siete (o 4 y 3), dentro de los Doce grandes Órdenes, registrados en los doce signos del Zodíaco; estando los siete de la escala en manifestación relacionados, además, con los Siete Planetas. Todos éstos se hallan subdivididos en grupos innumerables de Seres divinos Espirituales, semi-Espirituales y etéreos.

Las Principales Jerarquías entre éstas, se hallan aludidas en el gran Cuaternario o los “cuatro cuerpos y las tres facultades”, exotéricamente, de Brahmâ, y el Panchâsyam, los cinco Brahmâs, o los cinco Dhyani-Buddhas en el sistema buddhista.

—*La Doctrina Secreta*, I, 213 [I, 235]

El negarse a admitir que en todo el sistema solar no existan más seres racionales e intelectuales en el plano humano que nosotros, constituye la mayor de las presunciones de nuestra época. Todo cuanto tiene derecho a afirmar la ciencia, es que no existen Inteligencias Invisibles que vivan bajo las mismas condiciones que nosotros. No puede negar categóricamente la posibilidad de que existan mundos dentro de mundos, bajo condiciones por completo diferentes de las que constituyen la naturaleza del nuestro, ni puede negar la posibilidad de que exista cierta limitada comunicación entre algunos de estos mundos y el nuestro. Al más elevado de estos mundos, según se nos enseña, pertenecen los siete órdenes de Espíritus puramente divinos; a los seis inferiores corresponden las jerarquías que pueden en ocasiones ser vistas y oídas por los hombres, y que se comunican con su progenie de la Tierra; progenie que se halla unida a ellas de modo indisoluble, teniendo cada principio en el hombre su origen directo en la naturaleza de estos grandes Seres, que nos proporcionan nuestros respectivos elementos invisibles. —*Ibid.*, I, 133 [I, 171]

ABRIMOS NUESTRO estudio esta noche leyendo de *La Doctrina Secreta*, volumen I, página 258 [I, 273]:

“Lo que sea que abandone el Estado Laya se convierte en vida activa; es arrastrado al torbellino del MOVIMIENTO (el disolvente alquímico de la Vida); Espíritu y Materia son los dos Estados del UNO, que no es ni Espíritu ni Materia, Siendo ambos la vida absoluta, latente” (*Libro de Dzyan*, Comm. iii, par. 18) . . . “El

Espíritu es la primera diferenciación de (y en) el ESPACIO; y la Materia, la primera diferenciación del Espíritu. Lo que no es ni Espíritu ni Materia, es Eso —la CAUSA sin Causa del Espíritu y de la Materia, que son la Causa del Kosmos. Y a AQUELLO lo llamamos la VIDA UNA o el Aliento Intra-Cósmico”.

En nuestro estudio de hace una semana nos embarcamos en una breve discusión, o más bien en una digresión con respecto a ciertos factores astronómicos que caben ampliamente en la enseñanza oculta o esotérica que conduce a una correcta comprensión de la cosmogonía o la construcción del mundo, y también de la teogonía o el génesis de los dioses o de las inteligencias divinas que inician y dirigen la cosmogonía, como son éstas esbozadas en *La Doctrina Secreta*. Dentro del tiempo a nuestra disposición revisaremos con brevedad la fórmula en la que la sabiduría antigua toma cuerpo, y los agentes *efectuales* que actúan en la aurora de la manifestación; y esta noche nos comprometeremos a revisar brevemente los agentes *causales* o aspectos del mismo asunto.

El amanecer de la manifestación, como nos dice *La Doctrina Secreta*, comienza en y con el despertar de un centro-laya. La palabra sánscrita laya, como ya vimos antes, significa en esoterismo ese punto o sitio —cualquier punto o cualquier sitio— en el espacio que, debido a ley kármica se convierte de pronto en un centro de vida activa, primero en un plano superior y luego descendiendo en la manifestación a través, y por, los planos inferiores. En un sentido semejante, un centro-laya puede ser concebido como un canal, un conducto, a través del cual la vitalidad de las esferas superiores se está vertiendo, inspirando, insuflando, en los planos inferiores o estados de materia, o más bien de sustancia. Pero detrás de toda esta vitalidad hay una fuerza conductora. Hay mecánicos en el universo, mecánicos de muchos grados de conciencia y poder. Pero detrás de lo simplemente mecánico se encuentra el maquinista espiritual.

Parece absolutamente necesario primero empapar nuestras mentes una y otra vez con el pensamiento de que todo en nuestro universo cósmico, es decir, el universo estelar, está *vivo*, está dirigido por la voluntad y gobernado por la inteligencia. Detrás de cada cuerpo cósmico que vemos, hay una inteligencia directora y una voluntad conductora.

Si la teosofía tiene un enemigo natural contra el cual ha luchado y luchará siempre, es la opinión materialista de la vida, la opinión de que nada existe excepto la materia muerta e inconsciente, y de que el fenómeno de la vida, del pensamiento y de la conciencia, surge de

ella. Esto no es meramente contranatural y en consecuencia imposible; es absurdo como una hipótesis.

Por el contrario, como podemos leer en *la Doctrina Secreta*, el postulado principal, fundamental y básico del ser, es que el universo es conducido por la voluntad y por la conciencia, guiado por la voluntad y por la conciencia, y está espiritualmente dirigido a un fin. Cuando un centro-laya es impulsado a la acción por el contacto de estos dos en su camino descendente, convirtiéndose en la vida corporeizada de un sistema solar, o de un planeta de un sistema solar, el centro se manifiesta primero en su plano superior. Los skandhas (que ya describimos en nuestro anterior estudio) son despertados a la vida uno tras otro: primero los superiores, luego los intermedios, y finalmente los inferiores, cósmica y cualitativamente hablando.

En tales centros-laya la vida corporeizada se muestra primero a nuestros ojos físicos como una nebulosa luminosa —materia que podemos describir como estando, claro, en el cuarto plano de la naturaleza o prakṛiti—, pero no obstante, en el segundo (contando de forma descendente) de los siete principios o estados del universo material. Es una manifestación, en ese universo, de daivīprakṛiti, es decir, prakṛiti “resplandeciente” o prakṛiti “divina”. Al pasar los eones, este centro-laya, ahora manifestándose como una nebulosa, permanece establemente en el espacio, aunque lentamente desarrollándose y condensándose (siguiendo el impulso de las fuerzas que lo han despertado a la acción en este plano). Al pasar los eones, digo, es atraído hacia esa parte o localidad en el espacio, si estamos hablando de un sistema solar, o hacia ese sol, si estamos describiendo el venir a ser de un planeta, con el que tiene afinidades kármicas —skándhicas— o atracción magnética, y eventualmente se manifiesta, en el último caso, como un cometa. La materia de un cometa, a propósito, es enteramente diferente de la materia de la que tenemos algún conocimiento en la tierra, y es imposible de reproducir bajo cualesquiera condiciones físicas en nuestros laboratorios, porque esta materia, mientras está en el cuarto plano de manifestación (de lo contrario no deberíamos percibirla con nuestros ojos del cuarto plano), es materia en otro estado que cualquier estado conocido por nosotros —probablemente en el sexto estado, contando desde abajo, o el segundo estado, contando desde arriba.

De esa materia es el sol, o mejor dicho el cuerpo solar, en su *forma exterior* compuesta. Es materia física en su sexto estado, contando en forma ascendente, o en el segundo estado, contando en forma

descendente o hacia el exterior; y su núcleo que, como H. P. Blavatsky nos dice en *La Doctrina Secreta*, es una partícula o un átomo solar de sustancia material primordial, o sustancia espiritual, es materia en el séptimo estado, contando hacia arriba, o el primero o superior, contando hacia abajo.

Con el tiempo, este cometa, si tiene éxito en seguir su camino para convertirse en lo que está destinado a ser, finalmente llega a ser un planeta; esto llega a ser a menos que se encuentre con algún desastre, como cuando es tragado por uno u otro de los soles por los que puede pasar en su desviada órbita. Algunos cometas en nuestro sistema solar casi han alcanzado ya el estado planetario en sus primeras etapas, en su camino de llegar a ser un planeta crecido por completo del sistema solar, que sus órbitas se hallan dentro de los confines o límites del sistema. Por ejemplo, tal es el caso del cometa de Encke, que tiene una órbita elíptica, y que se mueve alrededor del sol en una curva cerrada en el espacio de un poco más de tres años. Otro es el de Biela que, según creo, no ha sido visto de nuevo luego de que pareció partirse en dos, creo que en los años cincuenta del siglo pasado. Otro fue el de Faye, que tiene la órbita más larga de estos tres. Otros dos son los de Vico y Brorsen.

Parecería como si todos aquellos cometas que son atraídos a órbitas elípticas alrededor de nuestro sol, fueron así atraídos porque estaban kármicamente destinados al final a convertirse en planetas de nuestro sistema; pero otros, de nuevo, sufren otro destino. Ellos perecen, absorbidos o hechos pedazos por las indecibles influencias activas que rodean no sólo nuestro propio sol sino todos los otros soles, porque cada uno de éstos, a la vez que es el centro de su propio sistema de planetas, y su dador de vida, desde otro aspecto es un vampiro cósmico. Queda mucho más por decir en este tema, pero es muy dudoso, en la presente etapa de nuestro estudio, que sea sabio embarcarse en una exposición más amplia ahora.

Esta noche deseamos retomar de nuevo el mismo hilo de pensamiento, continuando con un estudio del principio de las cosas como se esboza en el Génesis, y como es ilustrado más particularmente por la teosofía judía llamada la Qabbālāh. Si el tiempo que se nos ha asignado es insuficiente para hacer esto esta noche, esperamos comenzar ese estudio en nuestra siguiente reunión.

Nada en el universo está separado de cualquier otra cosa. Todas las cosas permanecen unidas no sólo por simpatía y magnetismo, sino porque todos los seres son fundamentalmente uno. Tenemos un *ser*,

un ser de seres, manifestándose en el más Íntimo del más Íntimo ser de todos. Pero tenemos varios egos, y el estudio del ego en ese ramal de nuestro pensamiento que está abarcado bajo la cabeza de la psicología, es uno de los más inherentemente necesarios y uno de los más interesantes e importantes que puedan emprenderse.

Alrededor del ego, en lo que concierne a nosotros los humanos, se centran algunas de las más importantes enseñanzas de la sabiduría esotérica. Sin adentrarnos hasta alguna extensión en este estudio, es imposible que entendamos ciertas enseñanzas de *La Doctrina Secreta*. Los antiguos estoicos (la misma maravillosa filosofía que se originó con algunos de los filósofos griegos, y que llegó a ser tan merecidamente popular entre los profundos pensadores de Roma) enseñaron que todo en el universo está interrelacionado o entretejido, no por esencias fundamentalmente definidas o entidades interpenetrándose unas a otras, no simplemente en lo que los teósofos llaman ahora “planos del ser”, sino por diferentes aspectos o diferenciaciones de una sustancia común, la raíz de todas, y expresaron el principio por medio de tres palabras griegas, *krasis di' holou*, “una mezcla a través de todas las cosas”, e *interrelación* de todas las esencias en el cosmos, surgiendo de, y diferenciado de, la sustancia-raíz común a todo. Esto es también la enseñanza de la sabiduría esotérica. Es la manifestación, en otras palabras, de todos los seres: de todos los seres pensantes, no pensantes y carentes de sentidos, y de todos los dioses que dan dirección y propósito al complejo universo que vemos alrededor de nosotros ahora; y en esta vida variada fue puesta la causa primordial de toda la belleza, la concordia, lo mismo que la disputa y la discordia que sí existen en la naturaleza y que son la causa de los así llamados errores que la naturaleza comete. El origen de lo que mucha gente llama el “misterio insoluble” del “origen del mal”. ¿Qué es el “origen del mal”? La sabiduría antigua dice que es simplemente el *conflicto de voluntades* de los seres en desarrollo —una inevitable y *necesaria* fase de la evolución.

El entender con propiedad esta interrelación implica otro tema importante de estudio que trataremos en una fecha posterior, y es el tema de las jerarquías. Jerarquía, por supuesto, significa simplemente que un esquema, o sistema, o poder y autoridad directiva delegada, existe en un cuerpo auto-contenido, dirigido, guiado y enseñado por uno que tiene autoridad suprema, llamado el jerarca. El nombre se usa en teosofía, por extensión de significado, como para significar los innumerables grados, rangos y estratos de las entidades

que evolucionan en el kosmos, y como aplicándose en todas las partes del universo; y es correcto así, porque cada distinta parte del universo —y su número es simplemente incontable— está bajo el gobierno vital de un ser divino, de un dios, de una esencia espiritual, y todas las manifestaciones materiales son simplemente las apariencias, en nuestro plano, de los trabajos y acciones de estos seres espirituales detrás de él. La serie de jerarquías se extiende de forma infinita en ambas direcciones. El hombre podría, si lo escoge así para propósitos de pensamiento, considerarse en el punto medio, desde el cual se extiende sobre él una inacabable serie de peldaños sobre peldaños de seres superiores de todos los grados —convirtiéndose constantemente en menos materiales y más espirituales, y más grandes en todos los sentidos— hacia un punto inefable, y allí se detiene la imaginación; no porque la serie en sí misma se detenga, sino porque nuestro pensamiento no puede ir más allá, hacia fuera o hacia dentro. Y similar a esta serie, una infinitamente grande serie de seres y estados de seres descienden (para usar términos humanos) —hacia abajo y hacia abajo, hasta que allí también la imaginación se detiene sólo porque nuestro pensamiento no puede ir más allá.

La eterna acción e interacción, o lo que los estoicos también llamaron la interrelación de todos estos seres, produce eternamente los así llamados distintos planos del ser, y la acción de la voluntad de estos seres en materia o sustancias, es la manifestación de lo que llamamos las leyes de la naturaleza. Esta es una frase muy inexacta y engañosa; pero parece justificable en un sentido metafórico, porque así como un legislador humano enunciará o promulgará ciertas reglas de conducta, ciertos esquemas de acción, que deberán ser obedecidos, así las inteligencias detrás de las acciones de la naturaleza hacen lo mismo, *no* por una vía legislativa, sino por la acción de su propia economía espiritual. Así el hombre mismo, de manera similar, estipula las “leyes” para las vidas inferiores que componen sus esencias —los principios bajo el centro que él gobierna— y que comprende incluso el cuerpo físico, y las vidas que los construyen. Cada una de estas vidas es un universo microcósmico o cosmos, es decir, una entidad ordenada, una entidad regida por un hábito ineludible o ineluctable, que nuestros científicos, aplicando la regla a la acción cósmica universal, llaman las leyes de la naturaleza.

Y por turno, ellas, estas vidas inferiores, tienen universos similares bajo ellas. Es impensable que la serie pueda parar o tener un fin porque, si lo hiciera, tendríamos una infinidad que termina, una proposi-

ción impensable. Es sólo la poquedad de nuestras ideas y la debilidad de nuestra imaginación lo que nos hace suponer que debe haber un paro en ciertos puntos; y es esta debilidad de pensamiento lo que ha dado nacimiento y ha promovido el surgimiento de los diferentes sistemas religiosos; en un caso, el monoteísmo de la Iglesia cristiana, y en el otro caso, el monoteísmo de los mahometanos, y todavía en otro caso, el monoteísmo de los judíos. De estos tres, los judíos han tenido la historia más larga y la historia más sabia, pues los judíos nunca fueron originalmente un pueblo monoteísta. En su historia temprana eran convencidos politeístas —usando el término en el sentido filosófico, no sea que la gente imagine, cuando escuchan sobre el politeísmo, que significa nuestra absurda y moderna concepción equivocada occidental de lo que creemos que los romanos y griegos cultos pensaron sobre sus dioses y diosas, o lo que nosotros creemos que ellos debieron haber creído, que es un presuntuoso sinsentido.

La mitología popular de los griegos y romanos, como también la de los egipcios antiguos o la de Babilonia, y la de las tribus germánicas o célticas de Europa, era entendida de una manera diferente de nuestra grosera concepción errónea de ella; y concebida de manera diferente por los hombres sabios de aquellos días, quienes entendieron perfectamente bien todos los símbolos usuales y las alegorías por las que las enseñanzas esotéricas fueron delineadas y enseñadas en las mitologías populares. Y tenemos que recordar que “exotérico” no significa necesariamente falso. Significa sólo que en las enseñanzas exotéricas las claves para las enseñanzas esotéricas no han sido dadas.

A menudo escuchamos la afirmación hecha por creyentes monoteístas de que los “profetas” de Israel, los así llamados hombres sabios de esa gente, conocían mejor que sus predecesores antiguos lo que su gente debía saber y creer. Estos profetas enseñaron monoteísmo, se nos asegura, y desviaron los pensamientos de la gente lejos de las creencias antiguas —en realidad, la multiplicidad de creencias—, hacia un Dios tribal a quien llamaron Jehová, una palabra, por cierto, que los posteriores judíos ortodoxos, en extremo religiosos, tenían por, y aún tienen por, tan sagrada que ni siquiera la pronunciarían en voz alta, sino que, en la lectura en voz alta, se sustituye, en su lugar, por otra palabra, cuando esta palabra Jehová aparece en una oración en la Biblia judía. Ahora, esta palabra sustituta es *Adonai*, y significa “mis señores” —en sí misma, una auténtica confesión de pensamiento politeísta—. El judaísmo está repleto en su Ley o Biblia, al menos, de politeísmo; y tan propenso es el corazón humano a

seguir los instintos de su espíritu que cuando la Iglesia cristiana en su ceguera destronó al politeísmo filosófico al considerarlo un error en la religión, la reacción, por completo esperada como consecuencia, pronto apareció, y esa Iglesia respondió al clamor de los corazones humanos sustituyendo por “santos” a los injuriados y desterrados dioses y diosas, inaugurando, de este modo, una adoración cultural ¡de hombres y mujeres muertos, en sustitución de poderes e inteligencias en la naturaleza! Les tuvieron que dar santos para suplir los lugares de las olvidadas deidades; e incluso dieron a estos santos más o menos los mismos poderes que los antiguos dioses y diosas se reputaban haber ejercido y haber tenido. Tenían un santo como patrón o protector de una ciudad, estado o país: San Jorge para Inglaterra, San Jaime para España, San Denis para Francia, y así. El mismo pensamiento, la misma función, el mismo deseo satisfecho —los instintos del corazón humano no pueden ignorarse o violarse con impunidad—. ¡Pero cuán grandemente distinta era la visión iniciada de los hombres sabios de los tiempos paganos!

Cuando los antiguos hablaban de la multiplicidad de dioses, lo hacían con sabiduría, entendimiento y reverencia. ¿Es concebible que los grandes hombres de los días antiguos que entonces descubrieron y establecieron los cánones de las creencias que seguimos —usualmente ignorantes de nuestra gran deuda con ellos— incluso ahora en todas nuestras líneas de pensamiento, y los cuales valoramos como pequeños niños y hemos valorado desde el renacimiento de la literatura en nuestro mundo occidental, es concebible, decía, que no tuvieran ellos concepción de unidad cósmica o divina, algo a lo que incluso el hombre de inteligencia promedio de ahora llegaría? ¡Cuán absurdo! ¡No! Ellos podían pensar, y conocían tan bien como nosotros, pero también sabían, sí, incluso los degenerados pensadores en las tempranas edades de la era cristiana, que si “Dios” hizo el mundo, siendo un Ser perfecto e infinito, su trabajo (o el trabajo de eso) sólo podría ser un trabajo perfecto e infinito, digno de su perfecto e infinito Hacedor, libre de vanidad, libre de limitaciones, libre de pecado, libre de decrepitud e incesante y persistente cambio. No obstante, mientras vemos y consideramos las cosas alrededor nuestro, mientras sabemos que el mundo, que es un ejemplar de cambio y en consecuencia de limitaciones y decadencia, y por tanto no puede ser y no es infinito, sabemos —los instintos de nuestro ser nos lo dicen— que es el trabajo de seres inferiores, de poderes menores y limitados, aunque espiritualmente elevados. Y mientras penetramos en nuestros pro-

pios pensamientos y estudiamos la vida de los seres y de la naturaleza que nos rodea, vemos también que hay vida *dentro de* la vida, rueda *dentro de* la rueda, propósito *dentro de* un propósito, y que detrás de las manifestaciones exteriores o acción (las “leyes de la naturaleza”) de los llamados dioses, hay todavía más sutiles poderes, todavía más excelsas inteligencias trabajando —en verdad, ruedas dentro de ruedas, vidas dentro de vidas, y así para siempre—, una inacabable e ilimitada unidad en la multiplicidad, y una multiplicidad sin límites e ilimitada, en unidad. Así, como se dijo antes, cuando hablamos de la unidad de la vida, o de la “divina unidad”, sólo queremos decir que acá nuestro penetrante espíritu ha alcanzado el límite de sus presentes poderes, un punto en el cual el pensamiento humano no puede ir más adelante. Ha alcanzado sus límites máximos, y por la debilidad de él estamos obligados en verdad a decir: hasta acá es lo más lejos que nuestro pensamiento puede ir. Es nuestro presente “Anillo llamado ‘¡No se Pasa!’”. Pero esta honesta confesión de la limitación humana *no* significa que no hay “nada” más allá. Por el contrario, es una prueba de que la vida y el espacio son interminables.

Ahora bien, los neoplatónicos, quienes fueron prominentes en los siglos tempranos de la era cristiana —y quienes, con los estoicos, proveyeron a la cristiandad con mucho de lo que tenía que era filosóficamente bueno, espiritual y correcto— enseñaron que la cima, el pináculo, la flor, el punto más alto (que ellos llamaron la *hyparxis*) de cualquier serie de seres animados e “inanimados”, ya sea que numeremos los estratos o grados de la serie en siete, en diez o en doce, era la “divina unidad” *para esa serie o jerarquía*, y que esta *hyparxis*, o flor, o cima, o principio, o ser superior, era de nuevo, a su vez, el *ser inferior de la jerarquía por encima de él*, y así, extendiéndose hacia delante para siempre.

Cambio dentro del cambio, rueda dentro de la rueda, cada jerarquía manifestando una faceta de la divina vida cósmica, cada jerarquía manifestando un pensamiento, por ponerlo así, de los divinos pensadores. El bien y el mal son relativos, e inflexiblemente se compensan y equilibran uno al otro. No hay bien *absoluto*, no hay mal *absoluto*; estos son sólo simples términos humanos. El “mal” en cualquier esfera de la vida es *imperfección*, para *aquella*. El “bien” en cualquier esfera de la vida es *perfección*, para *aquella*. Pero el bien de uno es el mal de otro, porque el último es la sombra de algo superior sobre él.

Justo como la luz y la oscuridad no son cosas absolutas sino relativas. ¿Qué es la oscuridad? La oscuridad es la ausencia de la luz,

y la luz que conocemos es en sí misma la manifestación de la vida en la materia: por esto, un fenómeno material. Cada una es (física-mente) una forma de vibración, cada una es, por tanto, una forma de la vida.

Se han dado varios nombres a esas jerarquías que se consideran como una serie de seres. Por ejemplo, tomemos la estándar y generalizada jerarquía griega como la presentan los escritores en los períodos que precedieron el surgimiento de la cristiandad, aun cuando los neoplatónicos, como ya hemos visto, tenían sus propias jerarquías, y dieron nombres especiales a los estratos o los grados de ellas. A menudo esa gente que lo sabe todo —quiero decir con esto, las eminencias de los días modernos, quienes incluso creen que saben lo que los antiguos creyeron, mejor que lo que los antiguos mismos lo hicieron— afirman que el neoplatonismo se desarrolló tan sólo para oponerse y destronar, y para tomar el lugar de las maravillosas, doctrinas espirituales, salvadoras de almas, de la cristiandad, olvidando que del neoplatonismo y del neopitagorismo, y del estoicismo, la temprana cristiandad sacó casi todo lo del bien religioso y filosófico que tuvo en ella. Pero la doctrina neoplatónica era, de forma simple, realmente la exposición hasta *cierto grado solamente* de la doctrina esotérica de la escuela platónica y era, en su alcance esotérico, la enseñanza que Platón y los primeros pitagóricos enseñaron secretamente a sus discípulos.

Ahora retomamos nuestro hilo. La *hyparxis*, como mostramos, significa la cima o el principio de una jerarquía. El esquema empezó con el punto divino, el más alto, de una serie, o su divinidad.

(1) Lo Divino; (2) Dioses, o lo espiritual; (3) Semidioses, algunas veces llamados héroes divinos, cubriendo una doctrina muy mística; (4) Héroes propiamente; (5) Hombres; (6) Bestias o animales; (7) Mundo vegetal; (8) Mundo mineral; (9) Mundo elemental, o lo que fue llamado el reino del Hades. Como se dijo, la divinidad misma (o agregado de vidas divinas) era la *hyparxis* de esta serie de jerarquías, porque cada uno de estos nueve estratos era una jerarquía subordinada. Los nombres significan poco, pueden ustedes darles otros nombres; lo importante es captar el pensamiento. Ahora, como se dijo antes, recuérdese que esta sabiduría esotérica enseñó que esta (o cualquier otra) jerarquía de nueve, pende como una joya colgante de la jerarquía más baja sobre ella, lo cual hace la décima, contando hacia arriba, que podemos llamar, si gustan, lo súper-divino, lo hiper-celestial; y que esta décima era el estrato más bajo (o la novena,

contando hacia abajo) de todavía otra jerarquía que se extendía hacia arriba; y así, indefinidamente.

Ahora, cuando los cristianos finalmente destronan a la religión antigua, cuando el ciclo kármico había provocado una era de lo que Platón llamó esterilidad espiritual —y recordamos dividir el trabajo de la evolución en dos partes, épocas de esterilidad y épocas de fertilidad— cuando la religión cristiana se puso de moda como parte de una época de esterilidad, los cristianos asumieron mucho de este pensamiento antiguo, como era de esperarse: la historia simplemente repitiéndose a sí misma. Y lo obtuvieron, como ya se dijo antes, principalmente de los estoicos, de los neopitagóricos y de los neoplatónicos, pero en su mayoría de los neoplatónicos. Esto se hizo en una gran parte de Alejandría, el gran centro de la cultura griega y helenista para esa época; los principales pensadores del neoplatonismo también vivían en Alejandría. Esta corriente neoplatónica de pensamiento bello en la religión cristiana entró en ésta con especial fuerza alrededor del siglo quinto, a través de las escrituras de un hombre que fue llamado Dionisos el Areopagita, de la “Colina de Ares” o Marte en Atenas. La leyenda cristiana cuenta que cuando Pablo predicó en Atenas, lo hizo en la Colina de Marte o el Areópago, y que uno de sus primeros conversos fue un griego llamado Dionisos; y la tradición cristiana prosigue diciendo que éste fue, luego, el primer obispo cristiano de Atenas. Ahora bien, todo esto puede ser una fábula. Sin embargo, los cristianos lo afirman como un hecho.

En el siglo quinto o sexto, quinientos años más o menos luego de que se supone que Pablo predicó en Atenas, apareció en el mundo griego una obra que se llamaba a sí misma las escrituras de Dionisos el Areopagita —que aseguraba ser de la autoría de este mismo hombre—. Evidentemente, es la obra de un neoplatónico-cristiano. Es decir, de un cristiano quien, por razones propias, quizá por política (social o financiera), permaneció dentro de la Iglesia cristiana, pero era más o menos un griego pagano, un neoplatónico de corazón. Esta obra, al presentarse bajo el *nombre* del primer (alegado) obispo de Atenas, Dionisos, casi de inmediato comenzó a ponerse de gran moda en la Iglesia cristiana; y permanece hasta este día no realmente como una de las obras canónicas, sino como una de las obras que los cristianos consideran entre las más grandes, de linaje místico, que tienen ellos, y quizás su obra más espiritual. Afectó muy profundamente el pensamiento teológico cristiano desde el tiempo de su aparición.

Una de las obras comprendidas en este libro, atribuida por los mis-

mos cristianos a Dionisos, el primer converso de Pablo en Atenas, es un tratado sobre las jerarquías divinas, en el que la enseñanza es que Dios es infinito y por tanto hizo el trabajo de la creación a través de seres menos abstractos y espirituales; y acá es expuesto un esquema de jerarquías, una inferior a la otra, una derivada de la otra, que es exactamente la enseñanza en la Qabbālāh; que también es exactamente la enseñanza de los platónicos y, en esencia, la de los estoicos, y la de la vieja mitología griega. Es, desde todos los ángulos, una enseñanza pagana, y sólo llegó a ser cristianizada porque fue adaptada a la nueva religión, y porque son usados nombres cristianos: en lugar de decir y enumerar dioses, héroes divinos, semidioses o héroes, hombres y animales, etc., los nombres son: Dios, Arcángeles, Tronos, Poderes, etc. Pero el pensamiento esquemático o esencial es el mismo. Más aún, de hecho hay pasajes en las obras de este Dionisos que son tomados palabra por palabra, a gran escala, de las escrituras del neoplatónico Plotino, quien vivió, floreció y escribió voluminosamente sobre temas neoplatónicos en el siglo tercero.

Ahora, esta obra, particularmente en el terreno del pensamiento eclesiástico dogmático, formó las bases de mucha de la teología de las iglesias griegas y romanas; podemos incluso decir que su teología medieval fue de hecho basada sobre ella. Formó la fuente principal de los estudios y escrituras del italiano Tomás de Aquino (siglo 13), uno de los grandes doctores medievales de la religión cristiana, y de Johannes Scotus, llamado Erigena, un irlandés (siglo 9), y probablemente de Duns Scotus (siglo 13), un notable escocés; y muchos más. Spenser, Shakespeare, y Milton, para hablar sólo de la literatura inglesa, están llenos del espíritu de estas escrituras. Suministraron mucho del pensamiento místico de las Edades Oscuras, y finalmente en una forma degenerada ayudaron a dar surgimiento a las urdimbres, sofismas y disputas de los casi-religiosos escritores conocidos como los escolásticos. Pero estos hombres habían perdido el sentido interno o corazón del asunto por el crecimiento eclesiástico y el poder político de la Iglesia cristiana, y comenzaron a discutir sobre asuntos sin consecuencia espiritual cualquiera, como: ¿Qué vino primero, la gallina o el huevo? o, ¿cuántos ángeles pueden bailar sobre la punta de una aguja?, o, si una fuerza irresistible encuentra un obstáculo inamovible, ¿qué pasa entonces? Estas más pragmáticas y útiles diversiones y caprichos intelectuales duraron cierto tiempo, y luego, con el renacimiento del pensamiento en Europa, debido en mucho a la labor de los devotos de la ciencia y de la filosofía natural, el mundo

européico empezó gradualmente a salirse de esta ciénaga mental, e introdujo una era que está ahora en plena y fuerte vigencia, y que ha inaugurado y que continúa para bien o para mal (quizás ambos) las corrientes del pensamiento humano tal como lo vemos ahora.

En conclusión, podemos llamar la atención hacia el hecho de que justo para el tiempo cuando los primeros 5,000 años del ciclo hindú llamado el kali yuga (que dura 432,000) llegó a su fin, también llegó a su fin un cierto ciclo “Mesiánico” de dos mil cien años —(en realidad, en cifras exactas, 2,160), que es, nótese bien, sólo una mitad del ciclo-raíz hindú-babilónico de 4,320 años.

SIETE

JERARQUÍAS: UNA DE LAS CLAVES PERDIDAS DE LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA.
LA TETRAKTYS SAGRADA PITAGÓRICA. LA ESCALA JERÁRQUICA DE LA VIDA:
LA LEYENDA DE PADMAPĀṆI.

La Teo-filosofía procede sobre líneas más amplias. Desde el principio mismo de los Æones —en el tiempo y en el espacio en nuestra Ronda y Globo— los Misterios de la Naturaleza (por lo menos los que son legítimos conocer para nuestras razas), fueron registrados por los discípulos de aquellos mismos “hombres celestiales”, ahora invisibles, en figuras geométricas y símbolos. Las claves de los mismos pasaron de una generación de “hombres sabios” a otra. Algunos de los símbolos pasaron así de oriente a occidente, traídos del oriente por Pitágoras, que no fue el inventor de su famoso “Triángulo”. Esta figura, juntamente con el cubo plano y el círculo, son descripciones más elocuentes y científicas del orden de la evolución del Universo, espiritual y psíquico, así como físico, que volúmenes de Cosmogonías descriptivas y de “*Geneses*” revelados. Los diez puntos inscritos en ese “*triángulo* Pitagórico” valen por todas las teologías y angelologías emanadas jamás del cerebro teológico. Porque el que los interprete —en su misma superficie y en el orden dado— encontrará en estos diecisiete puntos (los siete Puntos Matemáticos ocultos) la serie no interrumpida de genealogías desde el primer hombre *Celeste* al *terrestre*. Y, así como ellos dan el orden de los Seres, asimismo revelan el orden en que fueron desarrollados el Kosmos, nuestra Tierra y los elementos primordiales por los que ésta fue originada. Engendrada en los *Abismos* invisibles y en el útero de la misma “Madre”, como sus globos compañeros; el que domine los misterios de nuestra Tierra habrá dominado los de todos los demás. —*La Doctrina Secreta* I, 612-13 [II, 307]

“*Esa Luz es la que se condensa en las formas de los “Señores del Ser”, de los cuales los primeros y más elevados son, colectivamente, JIVĀTMA, o Partyagâtma (que en sentido figurado se dice que sale de Paramâtma. Es el Logos de los filósofos griegos, que aparece al principio de cada nuevo Manvantara). De éstos, en escala descendente —formados de las ondas más y más consolidadas de esta luz, que se convierte en materia densa en nuestro plano objetivo— proceden las numerosas jerarquías de las Fuerzas Creadoras; algunas informes; otras con su forma propia distintiva; otras, en fin, las más inferiores (Elementales), sin forma alguna propia, pero asumiendo toda clase de formas con arreglo a las condiciones que les rodean.*”

—*Ibid.*, II 33-4 [III, 47-8]

NICIAMOS NUESTRO estudio esta noche leyendo de *La Doctrina Secreta*, volumen I, página 274 [I, 287]:

Todo el Kosmos es dirigido, controlado y animado por series casi interminables de Jerarquías de Seres sensibles, teniendo cada uno de ellos una misión que cumplir, y quienes —ya les demos un nombre u otro, y los llamemos Dhyán-Chohans o Ángeles— son “mensajeros” en el sentido tan sólo de ser agentes de las Leyes Kármicas y Cósmicas. Varían hasta el infinito en sus grados respectivos de conciencia y de inteligencia; y el llamarlos a todos Espíritus puros, sin mezcla alguna terrena, “sobre la que el tiempo hará presa algún día”, es tan sólo tomarse una licencia poética. Pues cada uno de estos Seres, o bien *fue* o se prepara para convertirse en un hombre, si no en el presente, en uno de los pasados o venideros ciclos (Manvantaras).

Cuando terminamos nuestro estudio la semana pasada, dejamos sin mencionar una cantidad de asuntos muy importantes, que tendremos que tratar esta noche. Primero, unas pocas palabras más en relación a la teoría o hipótesis nebular y a la teoría planetaria derivada de ella, considerada desde el punto de vista teosófico, y consecuentemente, una más amplia explicación, o más bien un desarrollo, de la doctrina de las jerarquías, que nos conducirá al estudio al que hemos apuntado, es decir, a la consideración de la cosmogonía o el principio de los mundos como es esbozado en el Libro judío del Génesis o los Comienzos.

Hace cerca de cien años, más o menos con pocos años entre cada uno, murieron tres hombres notables, a saber: Kant, quizás el más grande filósofo que Europa ha producido; Sir William Herschel, el astrónomo; y el Marqués de Laplace; el primero, alemán, el segundo, anglo-alemán, y el tercero, francés. Todos estos tres hombres fueron responsables hasta cierto grado de la enunciación y del desarrollo de la teoría del comienzo de los mundos que resultó en la hipótesis nebular de Laplace. También es interesante notar que los tres hombres fueron de nacimiento humilde, y por la fuerza de sus propias inteligencias y caracteres llegaron a ser, los tres, hombres notables. Kant era, según creo, el hijo de un talabartero; Sir William Herschel era también de origen humilde, y en su juventud fue un oboísta en las guardias hanoverianas; y Pierre Simon Laplace era el hijo de un granjero; Laplace fue ennoblecido, y se le confirió el título nobiliario de marqués.

Ahora bien, la teoría nebular se originó realmente con Kant; él formuló los lineamientos básicos, el terreno fundamental, por decirlo así, sobre el que la teoría fue luego matemáticamente desarrollada por Laplace. Coincidente con la obra y los escritos de Kant era la

obra astronómica de Herschel en Inglaterra, y esos dos hombres fueron responsables de los fundamentos de la teoría nebular. Laplace la tomó luego de que ellos habían más o menos formulado los principales lineamientos, y la desarrolló en lo que es llamado la teoría o hipótesis nebular de Laplace, y debido a su explicación en forma matemática del mecanismo del universo, es decir, del sistema solar y de los planetas y sus satélites, ha sido llamada una hipótesis “magníficamente audaz”. Fue Laplace quien llevó la teoría bastante más lejos del trabajo de Kant y Herschel; y, en un sentido, Laplace la materializó. Como nos dice H. P. Blavatsky, si la teoría nebular hubiera permanecido en el punto donde Kant y Herschel la habían dejado, habría poco que hacer para los escritores teosóficos y pensadores, excepto desarrollarla y explicarla de acuerdo con la filosofía esotérica.

Es muy interesante notar que otro gran hombre, Swedenborg, en Suecia, también trabajó sobre la misma teoría, y al parecer tuvo casi las mismas ideas que Kant y Herschel tenían respecto a un génesis nebular de los sistemas cósmicos. Ahora, estos dos últimos hombres tenían una idea espiritual detrás de la teoría que enunciaron, y fue el abandono de esta idea espiritual por Laplace, y la sustitución, por él, de una teoría mecánico-matemática en su lugar, que proveyó esas influencias que apartaron la hipótesis nebular de la línea, pensamiento y enseñanzas como fueron formuladas en la filosofía esotérica, tal como era enseñada por los maestros antiguos.

La hipótesis nebular ha sido modificada en algunos aspectos desde los días de Laplace; los científicos han pensado más acerca de ella, un hecho que también era cierto en 1887 o 1888 cuando H. P. Blavatsky escribió *La Doctrina Secreta*. Ha habido un intento de astrónomos de nuestros días, Sir Norman Lockyer y el astrónomo y matemático estadounidense See, para reemplazar un origen nebular de los cuerpos cósmicos, al menos en parte, con lo que ha sido llamado una hipótesis planetesimal o un origen planetesimal —es decir, que los cuerpos de un sistema solar han sido contruidos de y por polvo cósmico y planetas minúsculos atraídos juntos por la fuerza de la gravitación—. Ahora, esta teoría está, filosóficamente hablando, a una distancia inmensa de las enseñanzas de la filosofía esotérica, a pesar de que esta filosofía sí admite y enseña que en una etapa posterior de la evolución de cuerpos cósmicos, la recaudación y concreción de polvo estelar es, realmente, una de las fases en el crecimiento de los mundos.

La teosofía admite que un planeta o sistema solar, en el curso de

su formación, sí reúne para sí polvo de estrella y cuerpos errabundos dispersos en el espacio; pero este factor en su crecimiento no es su origen. El origen de un sol, de un sistema solar y de los planetas en él, y consecuentemente del universo entero dentro de la zona circundada de la Vía Láctea, tiene un fondo espiritual, tiene esencias espirituales o dioses detrás de él, quienes forman tales sistemas y los dirigen, y son los maquinistas en él y de él. Su trabajo es llevado a cabo (más o menos) a lo largo de los lineamientos principales de la teoría nebular como fue enunciada por Kant y Herschel: es decir, el espacio es eternamente llenado con materia en una cierta etapa o condición del ser, y cuando esta materia, como Kant y Herschel hubieran dicho, recibe el divino impulso, es concretada y se vuelve luminosa, y esta concreción es fortalecida más (y posteriormente) al atraer hacia ella, desde la inmensa expansión espacial en la que está, polvo de estrella material y cuerpos más grandes.

Cuando vemos hacia el cielo vemos cuerpos materiales, cuerpos del cuarto plano vistos con nuestros ojos del cuarto plano, pero detrás de estos cuerpos del cuarto plano hay inteligencias espirituales, que son llamadas en la filosofía esotérica, *dhyāni-chohans*, o “señores de la meditación”. Como lo ponen los antiguos, cada cuerpo celestial es un “animal”. Ahora, la palabra animal viene del latín, y significa ser viviente. En el habla cotidiana, hablamos de los animales cuando debemos decir bestias o brutos; esto es, un bruto es una entidad que no ha sido aún elevada al nivel de una entidad *auto-consciente*; es *bruto* en el sentido latín original, es decir, “pesado”, “grosero”, por tanto, irracional e incompetente; aún no está acabado. Pero un *animal* realmente significa un ser viviente, y en ese sentido la palabra se aplica a los seres humanos.

Asimismo, en opinión de los antiguos, se aplica a los cuerpos estelares, solares y planetarios —ellos son animales en el sentido de ser cosas vivientes, con un cuerpo físico, aunque, no obstante, animado: en las enseñanzas místicas de la filosofía esotérica, son cosas animadas, como en realidad es cada átomo, cada minúsculo universo, o minúsculo cosmos.

Ahora bien, esta animación es hecha por (o es la acción de) lo que comúnmente es llamado las jerarquías. No hay para cada entidad individual en el kosmos, ya sea átomo, bestia, hombre, dios, planeta o sol, un alma concreta, por así decirlo, derivada del alma-mundo universal, con nada —sin vínculos comunicantes— sobre ella y nada bajo ella; en absoluto. No hay verdaderas vacantes en la naturaleza,

física, astral o espiritual; no hay vacíos. Todo está vinculado a todo lo demás, por literalmente incontables vínculos de unión, lo que es otra llave maestra para las enseñanzas de la filosofía esotérica. Como en el hombre, así es en cualquier otra unidad del ser, en cualquier otra entidad, la vida universal se manifiesta a través de una jerarquía; las cualidades multiformes y variadas de los seres no son sino los rayos de vida de una jerarquía, es decir, grados o peldaños de conciencia y materia, ascendiendo desde abajo hacia arriba o, si gustan, descendiendo desde arriba, a través de todo lo que el centro de conciencia —llámesele alma o ego por el momento— tiene que pasar en su evolución hacia la deificación.

Esta enseñanza de las jerarquías es fundamental. Es una de las actuales “claves perdidas” de la filosofía esotérica. Nada puede entenderse adecuadamente sin una clara comprensión de ella. Así como en nuestra psicología ordinaria al hombre se le considera una triada o entidad triforme —cuerpo, alma y espíritu—, de igual manera él puede ser considerado desde otro punto de vista como una entidad cuádruple, o como una quintuple, una séxtuple, una séptuple, o (la más esotérica de todas) como una entidad décuple. ¿Por qué diez? Porque el diez es el número clave que explica la estructura compuesta del universo. El universo está construido sobre una escala decimal, esto es, sobre una escala en la que se cuenta por diez. En breve desarrollaremos en esbozo la importancia filosófica del siete y del diez. Digamos ahora que el hombre es septenario en nuestra opinión sólo porque tomamos en cuenta, como principios, dos elementos de su ser que no son, estrictamente hablando, principios *humanos*: uno, el cuerpo físico, que realmente no es un “principio” en absoluto; es sólo una casa, su “portador” en otro sentido, y no pertenece más al hombre —excepto que él lo ha excretado, lanzado de sí mismo— que lo que le pertenece la casa en la que su cuerpo vive. Es un ser humano completo sin él.

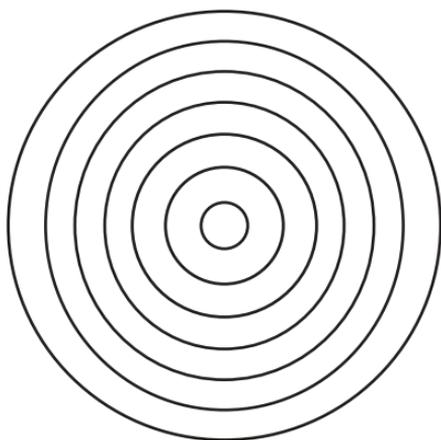
El segundo principio estrictamente no humano es el más alto de todos los siete, el ser superior, el *âtman*, el séptimo —no humano porque es *universal*—. El *ser* no pertenece más a mí que a usted o que a cualquier otro. La seidad es la misma en todos los seres. Pero más allá del *âtman*, está el *Paramâtman*, que ya hemos estudiado en forma breve antes, el ser supremo. El *âtman* es, por decirlo así, la estrella de nuestra propia auto-emisión, la raíz de nuestra seidad, el punto donde nos adherimos, por decirlo así, al Altísimo. Si pudiésemos concebir un océano de aeter súper-espiritual, por decir, y en

ese océano —llámeselo conciencia—, un vórtice, un centro laya, un punto, un Punto Primordial, por el cual los seis principios bajo él fluyeran hacia la manifestación concreta por medio de sus vehículos —las almas o egos—, obtendríamos una muy cruda concepción de la raíz de nuestro ser. Es el ātman el canal o punto espiritual de donde lo súper-espiritual sale, por decirlo así, desde y a través de una barrera hacia abajo, hacia la vida individualizada. Este proceso lo explicaremos de manera más completa luego, y lo ilustraremos entonces con un diagrama.

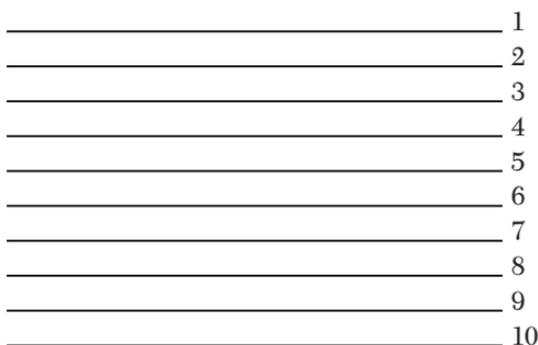
Ahora bien, este asunto de las jerarquías se trata en las diferentes religiones del mundo virtualmente de la misma manera, pero bajo diferentes nombres y en diferentes esquemas paradigmáticos. Por ejemplo, ustedes pueden pensar en las diez partes, grados o peldaños de una jerarquía, como una sobre la otra, como los pisos de una casa o como los apartamentos en un edificio de apartamentos, un símil muy tosco, es verdad, pero que tiene la ventaja de sugerir peldaños o planos, y de sugerir alto y bajo. Podemos pensar respecto a una jerarquía en otra forma más sutil, como consistiendo en triadas o en esferas, o centros vivientes, tres tríadas colgando del punto décimo o más alto; y ese centro más alto es, como ya se explicó, el punto más allá del cual nuestro pensamiento e imaginación no puede remontarse más, y sólo decimos que este centro es el más alto que el intelecto humano puede alcanzar. Pero sabemos que más allá de este décimo, que es nuestro superior, está también el centro o plano más bajo de otra jerarquía aún más alta y de la que nuestra jerarquía cuelga como un pendiente; y así interminablemente. De la infinidad no podemos decir que comienza aquí y termina allá: si esto fuera así, no sería infinito, no sería ilimitado. Nuestra doctrina de vida universal, de conciencia universal, de una “ley” universal trabajando en todas partes, significa que esa “ley” se manifiesta en cada átomo, y en cada parte del ser universal, y en todas direcciones, y por toda la duración, y de la misma manera en todos lados, porque no puede manifestarse de formas radicalmente diversas; si fuese así, habría muchas “leyes” fundamentales y no sólo una “ley”.

Por ejemplo, en nuestro último estudio consideramos la jerarquía de la filosofía neoplatónica, que es realmente la enseñanza esotérica de la antigua Grecia en la forma que Platón le dio. Y había nueve estratos, nueve grados, colgando, por decirlo así, del más alto, el sol espiritual o el sol central. Podemos concebir estas jerarquías como siete círculos concéntricos, alrededor y derivando de un punto cen-

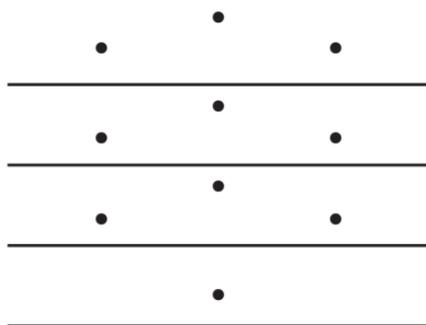
tral, la tríada superior, a la cual podemos llamar el infinito o el Punto Primordial; u, otra vez, podemos llamar a este Punto Primordial el ātman o ser de la entidad pensante, el hombre, y luego las otras esferas o círculos del ser alrededor de él representarán sus seis otros principios, un poco de esta manera:



Esta es una manera de representar una jerarquía individual humana, las diferentes esferas o círculos concéntricos, seis de ellos, todos dimanando desde el centro, o séptimo elemento, el ser. Todas las jerarquías se dividen en siete, nueve o diez. La razón para esto es una cuestión a la que tendremos que ir pronto. No hay necesidad de representar todos estos métodos o esquemas paradigmáticos, pero la idea es la misma en todos. Otra forma de representar una jerarquía por paradigma es por líneas semejantes, diez de ellas, de esta manera:



o representando los nueve estratos o esferas como tres tríadas en tres planos, y la décima en su propio cuarto plano:



Hemos estudiado el sistema neoplatónico de las jerarquías en breve esbozo; y, si tenemos tiempo, esta noche trataremos de otros dos esquemas paradigmáticos por los que son diversamente representadas las jerarquías. Pongamos acá seria atención al importante hecho, antes de proseguir, de que estos esquemas, estas representaciones paradigmáticas en una superficie plana, *no* significan que los grados, peldaños o planos del ser son ni superficies planas ni son como juego de cajones; sólo muestran por analogía, por insinuaciones, las relaciones y las funciones de los grados entre ellos.

Para todo hombre pensante resulta obvio que las jerarquías del ser no se levantan una sobre la otra como los pisos de una casa. Quizás sea correcto que alrededor del mundo sean representadas así por diferentes sistemas; pero esto es sólo para mostrar que hay alto y bajo, una *serie* de condiciones o estados del espíritu y de la materia. Justo como lo enseñaríamos a los niños, así nos enseñaron los antiguos maestros, de maneras simples. Tampoco debemos imaginar que las jerarquías realmente se extienden en algún lugar del espacio, en la forma de triángulos o círculos. Las representamos de esta manera para mostrar sus relaciones entremezcladas y sus funciones interpenetradas entre ellas. ¿Por qué, sin embargo, separamos los grados en tríadas? Porque algunos de estos grados o planos están relacionados más cercanamente, se entremezclan con más facilidad, funcionan más fácilmente juntos, puesto que sus condiciones o estados son más cercanamente parecidos. (1) La primera tríada, la superior; (2) la intermedia; (3) la tríada inferior; y todas superponiéndose al cuerpo físico. O podemos tomar otro esquema, y tener los tres centros inferiores formando la tríada del fondo; luego los tres centros interme-

dios; y luego los tres superiores; todas estas tres tríadas pendiendo de un punto, el Punto Primordial, “Dios”, si ustedes gustan.

Ahora consideremos la cuestión: ¿Tienen los cristianos una jerarquía en su teología? La tienen; y con esto quiero decir que los cristianos tenían una, aparentemente desde los tiempos tempranos, hasta que la natural resistencia de la mente humana comenzó a rebelarse contra el dogmatismo y la materialización de las enseñanzas cristianas que alcanzó su clímax en la época que precedió al pensamiento del renacimiento, cuando los descubrimientos de la ciencia liberaron las mentes humanas de sus grilletes dogmáticos. No obstante, hasta ese tiempo, esta enseñanza de las jerarquías controlando a los seres vivientes floreció en la Iglesia cristiana, y se originó en la forma que entonces tenía, como lo apuntamos en nuestro último estudio, en las escrituras de Dionisos el areopagita. Uno de sus trabajos fue llamado *Sobre la Jerarquía Celestial*, y mostraba cómo todos los seres espirituales se dividían en una jerarquía de diez grados o estratos, siendo el décimo o más alto, Dios. Este escritor místico hizo seguir a este trabajo otro llamado *Sobre la Jerarquía Eclesiástica*, y afirmó como buen cristiano, o para complacer a sus buenos amigos cristianos —existe toda razón para creer que él copió el esquema jerárquico de la filosofía neoplatónica, que era puramente pagana, claro— que en la tierra la jerarquía celestial estaba representada, reflejada o repetida, en la jerarquía eclesiástica, que era la Iglesia cristiana, coronada por Jesús como el más alto representante de ésta, y como el “Logos de Dios”.

¿Cuáles fueron los nombres que Dionisos dio a los grados o estratos de su jerarquía? Primero, Dios, como la cima, el Espíritu Divino; luego venían los Serafines; luego los Querubines; luego los Tronos, formando la primera tríada, Luego las Dominaciones, las Virtudes, los Poderes, formando la segunda tríada. Luego los Principados, luego los Arcángeles, luego los Ángeles, la tercer tríada, contando de forma descendente.

Resulta interesante notar que esta jerarquía es sincrética, esto es, compuesta, tomada de diferentes fuentes y construida en una unidad. Los Serafines y los Querubines vienen del hebreo. Esta palabra plural *Serafines* viene de una raíz hebrea que significa “arder con fuego”, por tanto, estar inflamado con amor. *Querubines* es una palabra curiosa, pero los eruditos en general piensan que significa “formas”. Se cree que místicamente los Serafines son de color rojo, y los Querubines azul oscuro. Los Tronos, las Dominaciones, las Virtudes, los Poderes, los Principados, son todos tomados de las ense-

ñanzas cristianas de Pablo en las Epístolas, Efesios 1:21, y Colosenses 1:16, y son notablemente místicos. Los dos últimos, los Arcángeles y los Ángeles, no son en absoluto cristianos en su origen, sino que se derivan, en una descendencia indirecta y tortuosa, de los antiguos sistemas de pensamiento griegos y asiáticos —especialmente de los viejos persas— que reconocían mensajeros, ministros o transmisores entre el hombre y el mundo espiritual; la palabra griega *angelos* (án-gel) significaba originalmente “mensajero”, y el tipo más alto de éstos eran llamados Arcángeles, o Ángeles en su más alto grado.

El fallo, o más bien insuficiencia, de este sistema cristiano es que su punto más alto no alcanzaba más arriba que este Dios, una modificación en líneas griegas de el judío Jehová; y no iba más abajo en alcance o extensión que el hombre mismo. El Inefable, Impensable, por un lado, y las inmensurables esferas de seres por debajo del hombre, por el otro, son ignorados. Era sólo un capítulo, arrancado de la sabiduría antigua, y asumido en la cristiandad; pero pequeño e imperfecto como era, proveyó a la cristiandad con todo el misticismo y pensamiento espiritualizado que la salvó de un completo materialismo en materia de religión durante la edad media.

Tratemos ahora de otra jerarquía, el esquema judío de la Qabbālāh. Observan ustedes que hay nueve grados aquí, nueve grados todos pendiendo del ser supremo o Dios. Ahora, la jerarquía judía cabalista, o jerarquías, o sistema de jerarquías, es un brote de las enseñanzas y pensamientos de los doctores judíos o rabinos de mucho tiempo atrás, y es realmente un reflejo de las enseñanzas esotéricas babilónicas.

Así como el Libro del Génesis (al menos los primeros capítulos) es en gran extensión tomado de los babilonios, así los judíos derivaron su angelología, o sistema de ángeles o jerarquías angelicales, de la misma fuente. Ahora bien, esta enseñanza encuentra su expresión más sutil en la teosofía judía llamada la Qabbālāh (esta palabra, como se dijo antes, significa “recibir” —es decir, sabiduría tradicional pasada de maestro a maestro—), y la enseñanza de las jerarquías en la Qabbālāh es fundamental, ya que todo el sistema está basado en ella: eso implica la interrelación y el intercambio de toda la vida y de todos los seres, entre lo inferior y lo superior. Por tanto, la Qabbālāh es, hasta donde cabe, un fiel reflejo de la filosofía esotérica. La Qabbālāh, tal como está esbozada en el libro del *Zohar*, una palabra que significa “esplendor” —este libro es a menudo llamado la Biblia de los cabalistas— es en gran parte exotérica desde el punto de vista teosófico, porque todas

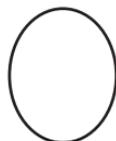
nuestras enseñanzas, *con respecto a ciertos asuntos*, están en el *Zohar*, pero no todas las explicaciones están ahí, y este hecho hace al libro exotérico, mientras hagan falta las claves.

La enseñanza en la Qabbālāh con respecto a las jerarquías y a la escala de la vida es que desde el Ilimitado, o Ēin Sōf, hacia lo que está infinitamente por debajo, la escala de la vida consiste en peldaños, grados o gradas, de conciencia y de consciencias, y de ser y seres, y que hay un intercambio constante, un interflujo de comunicación, entre estos innumerables grados de las varias jerarquías o mundos. Precisamente nuestra enseñanza —naturalmente—. La jerarquía cabalística consiste en, o con más precisión, está clasificada en, nueve grados, planos o esferas que penden de un décimo (o de un primero, si se quiere), haciendo todos juntos, diez. Llevan los siguientes nombres: el primero es llamado la Corona, el Punto Primordial, el primer y más alto de los Sēfirōth (algunas veces deletreado Sēfirōth) o de los grados, peldaños, planos o esferas de que se habló antes. El siguiente Sēfira es llamado Sabiduría. (No tenemos tiempo ahora para dar las palabras hebreas acá; pueden encontrarse en cualquier libro sobre la Qabbālāh)*. El próximo, el tercero, es llamado Entendimiento o, quizás mejor, Inteligencia. Estos forman la cabeza y los dos hombros del Ādām Qadmōn, Hombre Arquetípico u Hombre Ideal. De acuerdo al pensamiento de los cabalistas, así como estas jerarquías están particular y simpáticamente relacionadas con ciertas respectivas partes del cuerpo humano, así también estas tres se dice que tienen su respectiva relación: ciertas partes sobre la coronilla de la cabeza, o en, o desde la cabeza, o perteneciendo a la cabeza, para el primer Sēfira; el hombro derecho a la Sabiduría; el izquierdo al Entendimiento. El brazo derecho es llamado Grandeza, o algunas veces, Amor; el brazo izquierdo es llamado Poder, o algunas veces Justicia, y es considerado una cualidad femenina; el busto o la región del pecho o del corazón es llamado Belleza. La pierna derecha (recuérdese que estoy hablando en forma general del Hombre Arquetípico) es llamado Sutileza; la pierna izquierda es llamada Majestuosidad, y es considerada una cualidad femenina. Los órganos generativos son llamados Fundación.

Ahora, éstos hacen nueve. Cada uno de estos grados se asume que emana del que está sobre él. Primero la Corona; de la Corona, la Sabiduría; de la Corona y de la sabiduría, el Entendimiento; de

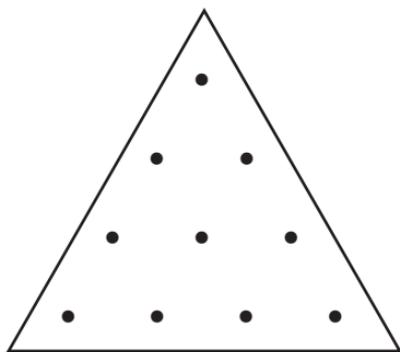
* Véase *Isis sin velo*, II, 213 [III, 280]; y el *Glosario teosófico*.

los tres —Corona, Sabiduría y Entendimiento— viene el cuarto; de los cuatro juntos viene el quinto; de los cinco juntos viene el sexto; y así en descenso hasta el noveno; y el noveno, con todas las fuerzas y cualidades de los otros detrás de él, produce este ser redondo, un contenedor en forma de huevo o “portador”, o vehículo, un huevo áurico; y este huevo áurico, como el décimo, es llamado Reino, o algunas veces el Lugar de Morada, porque es el fruto, resultado, emanación o campo de acción de todos los otros, manifestándose a través de estos distintos planos del ser.



¿Por qué las jerarquías deben algunas veces ser nombradas o consideradas como siete, y otras veces como diez? Porque el diez es el número más sagrado y fundamental en ocultismo. Es aquello sobre lo que el universo está construido. La estructura del ser está construida sobre las líneas de la década o el diez. Los pitagóricos, miembros de una de las escuelas de pensamiento de la antigua Grecia más místicas, tenían lo que ellos llamaban la sagrada *Tetraktys*, una palabra que se refiere al número cuatro; ¿y cómo representaban la *Tetraktys*? De esta manera: Primero un punto arriba y solo, la Mónada;

luego dos puntos debajo de aquélla, o la Díada; luego tres puntos debajo de éstos, o la Tríada; y luego cuatro puntos debajo de estos, o la Tétrada —diez puntos en total—. Ellos tenían un juramento, el cuál consideraban como el más sagrado mandato de la escuela pitagórica, y lo pronunciaban cuando eran juramentados por la “Sagrada *Tetraktys*”. ¿Cuál es este juramento? Vale la pena recordarlo: “Por la *Tetraktys*, que ha suplido a nuestras almas con la fuente que contiene las raíces de la siempre fluyente naturaleza”.



Esto está simplemente lleno de profundo pensamiento. Finalmente, la *Tetraktys* emblematiza (entre otras cosas) la procesión de los seres en la manifestación. Primero el Punto Primordial, luego la línea, luego las superficies, luego el cubo: $1+2+3+4=10$.

Finalmente, ¿cuál es la diferencia entre el sistema de siete y el de diez? El siete es el número fundamental del universo *manifestado*; pero sobre el siete se cierne eternamente la infinita e inmortal tríada,

lo *Inmanifestado*. Esta es la clave. Algunas religiones se especializan en siete; pero todas las religiones tienen el diez, también, en sus diversos esquemas numéricos.

Como dice H. P. Blavatsky, el número diez es el principio secreto o sēfirico, porque sobre y a través de este sistema decimal se forma y construye el universo. El hombre (como un *todo*) es décuplo, el universo (como un *todo*) es décuplo, pero ambos son septenarios *en la manifestación*. Cada átomo, cada ser viviente y cada universo es una completa jerarquía de diez grados: tres superiores considerados como la raíz, y siete inferiores en manifestación activa. Esta raíz, o tríada superior, es una enseñanza-Misterio concerniente a la cual se encuentra muy poca explicación abierta incluso en las literaturas antiguas.

En *La Doctrina Secreta*, volumen I, página 98 [I, 143], H. P. Blavatsky enumera primero ciertos asuntos en la Estancia ahí impresa, a saber: “La Voz de la Palabra, Svabhavat, los Números, pues él es Uno y Nueve”, a lo que adjunta lo siguiente como una nota al pie:

Lo cual hace Diez, o el número perfecto aplicado al “Creador”, el nombre dado a la totalidad de los Creadores fundidos en Uno por los monoteístas, lo mismo que los “Elohim”, Adam Kadmon o Sefhira —la Corona— son la síntesis andrógina de los 10 Sephiroth que constituyen el símbolo del Universo manifestado en la Kabala popularizada. Los Kabalistas esotéricos, sin embargo, siguiendo a los ocultistas orientales, dividen el triángulo superior Sephiroth del resto (o Sefhira, Chochmah y Binah [esto es, la Corona, la Sabiduría y el Entendimiento]), lo cual deja siete Sephiroth . . .

Luego, en la página 360, ella dice en relación a otros asuntos: “El 10, siendo el número sagrado del universo, era secreto y esotérico . . .”; y en la página 362: “. . . la entera porción astronómica y geométrica del lenguaje secreto sacerdotal fue construida sobre el número 10, . . .”

Podría ser interesante y valdría la pena mientras tanto señalar acá que estas citas dan la razón de por qué los cálculos numéricos de la filosofía esotérica aún no han sido satisfactoriamente resueltos por estudiantes con mente matemática: porque ellos persistirán en trabajar con el número siete, solo, a pesar de la abierta insinuación de lo contrario de Madame Blavatsky, pues ella dice abiertamente que el número siete tiene que ser usado en cálculos de una manera hasta ahora desconocida para los matemáticos occidentales. La sola insinuación debería ser suficiente por sí misma, porque el siete, considerado como una base para cómputo, es un número muy dificultoso e incómodo con el cual calcular. Ella alude al asunto de manera velada en sus *Instrucciones* esotéricas, número I, página 9, [VI, 82] al hablar

de Padmapāṇi, o el “Portador del Loto” —uno de los nombres del bodhisattva Avalokiteśvara en el misticismo tibetano. H. P. Blavatsky dice, luego de narrar una leyenda con relación a este personaje:

Él juró realizar la hazaña antes del fin del Kalpa, agregando que, en caso de fallar, deseaba que su cabeza se dividiera en innumerables fragmentos. El Kalpa terminó; pero la Humanidad no lo sintió dentro de su frío, malvado corazón. Entonces, la cabeza de Parmapāṇi se dividió y se destrozó en mil fragmentos. Movidio por la compasión, la Deidad re-moldeó las piezas en diez cabezas, tres blancas y siete de varios colores. Y desde ese día el hombre ha llegado a ser un número perfecto, o DIEZ.

En esta alegoría la potencia del SONIDO, del COLOR y del NÚMERO es introducida muy ingeniosamente para velar el significado esotérico real. Para el profano se lee como uno de los muchos cuentos de hadas sin significado acerca de la creación; pero está cargado con significado espiritual y divino, físico y mágico. De Amitābha —el *no color* o la *gloria blanca*— nacen los siete colores diferenciados del prisma. De éstos, cada uno emite un sonido correspondiente, formando los siete de la *escala musical*. Así como la geometría, entre las ciencias matemáticas, está especialmente relacionada a la arquitectura, y también —procediendo hacia lo universal— a la cosmogonía, así también los diez Jods de la Tétrada pitagórica, o Tetraktys, siendo hecha para simbolizar el Macrocosmos, el Microcosmos, o el hombre, su imagen, tenía también que ser dividida en diez puntos. Pues esto lo ha estipulado la Naturaleza misma, como será visto.

Una cita más, para terminar el tema. En la página 15 [Ibid., VI, 86], H. P. Blavatsky escribe brevemente como sigue:

Puesto que el Universo, el Macrocosmos y el Microcosmos, son diez, ¿por qué debemos dividir al Hombre en siete “principios”? Esta es la razón de por qué el número perfecto diez es dividido en dos, una razón que no debe darse públicamente: En sus totalidades, es decir, súper-espiritual y físicamente, las fuerzas son DIEZ: a saber, tres en lo subjetivo e inconcebible, y siete en el plano objetivo. Tengan en mente que les estoy dando ahora la descripción de los dos polos opuestos: (a) el triángulo primordial, que tan pronto como se ha reflejado en el “Hombre Celestial”, el más alto de los siete inferiores, desaparece, regresando al “Silencio y a la Oscuridad”; y (b) el hombre astral paradigmático, cuya Mónada (Âtmâ) también es representada por un triángulo, puesto que tiene que volverse un ternario, o trino, en los interludios de conciencia Devachánica.

OCHO

RASTROS DE LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA EN EL GÉNESIS

Las religiones más antiguas del mundo —exotéricamente, porque la raíz o fundamento esotérico es uno— son la hindú, la mazdeísta y la egipcia. Viene luego la caldea, producto de aquéllas —enteramente perdida para el mundo hoy día, excepto en su desfigurado sabeísmo tal como al presente lo interpretan los arqueólogos. Después, pasando por cierto número de religiones de que se hablará más adelante, viene la judaica, que esotéricamente sigue la línea del magismo babilónico, como en la Kabala; y exotéricamente es, como en el Génesis y el Pentateuco, una colección de leyendas alegóricas. Leídos a la luz del Zohar, los cuatro primeros capítulos del Génesis son los fragmentos de una página altamente filosófica en la cosmogonía mundial.

—*La Doctrina Secreta*, I, 10-11 [I, 76]

La primera lección que enseña la filosofía Esotérica es que la Causa incognoscible no produce la evolución, ya sea consciente o inconscientemente, sino que sólo exhibe periódicamente *aspectos diferentes de sí misma* para la percepción de las mentes *finitas*. Ahora bien; la Mente colectiva —la Mente Universal— compuesta de diversas e innumerables Huestes de Poderes Creadores, por más infinita que sea en el Tiempo manifestado, es, sin embargo, finita cuando se compara con el Espacio no-nacido e inmarcesible en su aspecto esencial supremo. Lo que es finito no puede ser perfecto . . .

Los Elohim hebreos, llamados “Dios” en las traducciones, que crearon la “luz”, son idénticos a los Asuras arios. También se les llama “Hijos de la Oscuridad” como contraste filosófico y lógico con la luz inmutable y eterna . . . Los Amshaspends zoroastrianos crean también el mundo en seis días o períodos, y descansan en el Séptimo; mientras que ese *Séptimo* es el *primer* período o “día” en la filosofía esotérica (creación *Primaria* en la cosmogonía aria). Este *Æon* intermedio es el *Prólogo* de la Creación que se halla en las fronteras entre la Causación eterna increada y los efectos finitos producidos; un estado de actividad y energía *nacientes*, como primer aspecto del Reposo inmutable y eterno. En *El Génesis*, en el cual no se ha gastado energía metafísica alguna, sino sólo una agudeza e ingenio extraordinarios para velar la Verdad esotérica, la “Creación” principia en la tercera etapa de la manifestación. “Dios”, o los *Elohim*, son los “Siete Regentes” del Pyman-der. Son ellos idénticos a todos los demás Creadores. —*Ibid.*, II 487-8 [IV, 55-6]

ESTA NOCHE comenzamos nuestro estudio con la siguiente cita del primer volumen de *La Doctrina Secreta*, página 224 [I, 245]:

La Humanidad en su primera forma prototípica y de sombra, es la producción de los Elohim de Vida (o Pitris); en su aspecto cualitativo y físico, es la producción directa de los “Antepasados”, los Dhyanis inferiores, o Espíritus de la Tierra; pues su naturaleza moral, psíquica y espiritual, la debe a un grupo de Seres divinos, cuyo nombre y características se darán en el Libro II. Colectivamente, son los hombres el trabajo artesanal de huestes de varios espíritus; distributivamente son el tabernáculo de estas huestes; y en ocasiones, e individualmente, los vehículos de alguno de ellos.

Y en la página 225, segundo párrafo:

El hombre no es, ni podría nunca ser, el producto completo del “Señor Dios”; pero *es* el hijo de los *Elohim*, tan arbitrariamente puestos en el género masculino y en el número singular. Los primeros Dhyanis, comisionados para “crear” el hombre a su imagen, podían únicamente proyectar sus sombras a manera de un modelo delicado, sobre el cual pudiesen trabajar los Espíritus Naturales de la materia (Véase Libro II). Sin duda alguna, el hombre se halla formado físicamente por el polvo de la Tierra, pero sus creadores y formadores fueron muchos.

Parece aconsejable primero hablar de dos cosas, una cuestión menor y una cuestión mayor; tomemos primero la cuestión menor. Como se ha visto desde el principio de nuestros estudios, hemos estado presentando para consideración nuestra en cada una de nuestras reuniones, enseñanzas halladas en las grandes religiones del mundo, principalmente del pasado, que son similares o idénticas a las nuestras. Esto se hace para unir todas estas enseñanzas, tal como se encuentran en las viejas religiones, con las enseñanzas tal como fueron dadas por H. P. Blavatsky, esto es, con la teosofía. Esto muestra la universalidad de pensamiento en las religiones, y por ello provoca un espíritu de bondad y hermandad, y conduce a la acentuación del sentido moral que tanto hace falta en el estudio comparativo religioso de doctrinas de las religiones antiguas predominantes por la mayoría de los eruditos en el occidente de hoy. Suprime de una vez la opinión egoísta de que “nosotros somos más perfectos y moralmente mejores que ustedes”, con la idea de que nosotros los occidentales somos una gente superior, y con la idea de que cierta raza y cierta religión son, por mandato de la Deidad, los receptáculos o vehículos escogidos para la única verdad: que todas las otras religiones son falsas, y que quienes las profesaban en tiempos antiguos eran simplemente ¡teas preparadas para arder!

La segunda y mayor cuestión es ésta. Hemos venido constantemente presentando ciertas analogías religiosas o filosóficas y ciertos puntos de vista sobre ellas que son auténticas piedras de toque doc-

trinales; siendo nuestro objetivo que aquéllos que puedan leer estos estudios puedan tener a mano, y —por medio de los pensamientos allí expresados— tener fijadas con claridad en sus propias mentes, *claves* con las cuales probar la verdad y la realidad de las doctrinas esenciales o fundamentales de estas religiones antiguas, porque todas *estas* doctrinas en su *esencia* y en su *significado interno*, en aquellas viejas religiones, son ciertas. En este sentido, el brahmanismo es correcto, en este sentido el buddhismo es correcto, asimismo el confucianismo, y las doctrinas de Lao-tsé llamadas taoísmo. Todas son verdaderas en ese sentido.

Pero todas ellas han sido, en mayor o menor grado, sujetas a influencias de ciertas creaciones del antojo humano; y para uno que no ha sido entrenado en estos estudios, es a menudo una dificultad separar las extravagancias meramente humanas, de las enseñanzas de verdad naturales de la antigua sabiduría-religión. Todas las religiones antiguas brotan de la misma fuente —la teosofía, como se le llama ahora—. Pero es, como se dijo antes, a veces una dificultad saber cuál es la enseñanza original y cuál sólo el agregado o creación humana. Estas creaciones de la fantasía humana y temor irreligioso son bastante evidentes en las dos religiones monoteístas modernas que han surgido del judaísmo, es decir, en el cristianismo y en el Islam. En estas dos, los agregados o fantasías son muy marcados; pero en ambos existe un sólido sustrato de pensamiento místico basado en las enseñanzas antiguas de la sabiduría-religión.

En el cristianismo está particularmente presente en las formas neopitagóricas y neoplatónicas, tal como de alguna manera se cristianizaron y como se manifestaron en las enseñanzas de Dionisos, llamado el Areopagita; y en la posterior religión mahometana está de alguna manera manifestado más de lejos en los préstamos hechos principalmente al pensamiento griego, aunque también a otras fuentes, como las encontramos delineadas por los doctores y pensadores mahometanos, tales como Ibn Sina, comúnmente llamado Avicenna en Europa, un persa, quien vivió y escribió a finales del siglo décimo; por Averroes, en Córdoba, España, correctamente llamado Roshd, quien floreciera durante el siglo doceavo; y por otro eminente erudito mahometano (mencionando, de muchos, estos tres) Al Farabi, del siglo décimo, turco por descendencia. La sabiduría antigua también afectó las enseñanzas de Mahoma de una forma altamente mística, aun cuando cambió grandemente, como se muestra en las doctrinas súfies, que son particular y manifiestamente de origen persa, debién-

dose su auge a esa sutil gente de mente espiritual, los persas. Estas doctrinas son un muy grato contraste con las duras y mecánicas creencias religiosas que surgieron del egoísmo de las toscas tribus arábricas de ese período.

El tema principal de nuestro estudio esta noche es la consideración de los versos de apertura del Libro de los Comienzos llamado Génesis —el primer libro en la Ley de los judíos—. Primero leeremos la traducción inglesa de estos versos tal como se encuentran en la “versión autorizada”, y del mismo capítulo haremos nosotros mismos una traducción, en la que ustedes serán capaces de ver las diferencias con la anterior; y explicaremos qué es la diferencia y cómo llega a ser, y para este propósito tendremos que hacer una breve exposición de ciertas particularidades de la antigua lengua hebrea.

En la versión autorizada de la Biblia inglesa, llamada la versión del Rey Jaime, el Libro del Génesis abre como sigue:

1. En el principio Dios creó el cielo y la tierra.
2. Y la tierra estaba sin forma, y vacía; y la oscuridad estaba sobre la faz del abismo. Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.
3. Y Dios dijo: Que haya luz: y hubo luz.
4. Y Dios vio la luz, que era buena: y Dios separó la luz de la oscuridad.
5. Y Dios llamó a la luz Día, y a la oscuridad él la llamó Noche. Y la tarde y la mañana fueron el primer día.
6. Y Dios dijo, Que haya un firmamento en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas.
7. Y Dios hizo el firmamento y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de las aguas que estaban sobre el firmamento: y fue así.
8. Y Dios llamó al firmamento Cielo. Y la tarde y la mañana fueron el segundo día.
9. Y Dios dijo, Que las aguas bajo el cielo se junten en un lugar, y que la tierra seca aparezca: y fue así.
10. Y Dios llamó a la tierra seca Tierra; y a la unión de las aguas la llamó él Mares: y Dios vio que eso era bueno.
26. Y Dios dijo, Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza: y que tengan ellos dominio sobre el pez del mar, y sobre el ave del aire, y sobre el ganado, y sobre toda la tierra, y sobre cada cosa reptante que se arrastre sobre la tierra.
27. Así creó Dios al hombre a su propia imagen, a la imagen de Dios él lo creó; macho y hembra él los creó.

En primer lugar, el hebreo es una lengua semítica, una de las compañías de idiomas de las que el árabe, el etíope, el arameo (o aramaico), el fenicio y el asirio son otros miembros. El hebreo en el que la Biblia está escrita es llamado el hebreo Bíblico. Es hebreo

antiguo. El idioma hablado en Palestina para el tiempo en que Jesús se supone que vivió sobre la tierra en Jerusalén y alrededor de esa región, era el arameo, y no el hebreo, que para entonces estaba extinto como lengua hablada, y, claro, cuando habló a sus discípulos les habló en arameo.

El idioma hebreo, tal como se encuentra en los manuscritos antiguos de la Biblia —ninguno anterior, probablemente, al siglo noveno de la era cristiana— está escrito con “puntos”, que toman el lugar de las vocales, porque la escritura hebrea es un sistema de consonantes. Tiene el aleph o *a*, que es no obstante reconocida como consonante; Tiene el waw o *w*, que es también reconocida como consonante; y tiene el yod o *y*, también reconocida como consonante, pero no tiene signos de vocales propias.

Por tanto, el idioma está escrito sin verdaderas vocales. Además, en los manuscritos más antiguos —y desde luego era así en los textos originales o pre-cristianos— las letras corren todas juntas, siguiendo una después de la otra, sin separación de palabras. Posiblemente había algunas marcas, por las que ciertos asuntos en el texto eran señalados como de particular importancia; pero las letras se seguían unas a otras de forma interminable, sin separación entre palabras, y sin vocales. Así, ven ustedes, hay un campo abierto para muchas clases de especulación, incluso para eruditos hebreos muy capaces, en cuanto a lo que podría haber originalmente significado cierta combinación de letras halladas en este interminable torrente. Esta manera de escribir era universal, prácticamente, en los tiempos antiguos; los primeros manuscritos griegos y latinos del Nuevo Testamento están escritos de esta manera, que sólo seguía la costumbre antigua, como puede aún verse en las ruinas de los edificios públicos en Grecia y en Roma. Obviamente, la interpretación, o lectura correcta, era a menudo dudosa: el lector podría estar bastante indeciso acerca del sentido original de un pasaje en un manuscrito así escrito.

Tanto era este el caso, que surgió en Palestina, en una fecha indeterminada —pero sabemos que podría remitirse a cerca del tiempo de la caída de Jerusalén antes de Tito o, digamos, cerca del principio de la era cristiana—, una escuela de intérpretes, quienes interpretaban por medio de lo que se complacían en llamar “tradición”, *māsōrāh*, es decir, conocimiento “tradicional”, cómo la Biblia hebrea debía de ser leída, cómo estos torrentes de consonantes debían de ser divididas para ser leídas en palabras, y qué puntos de vocal debían de ser puestos allí para arreglar la pronunciación de acuerdo con

eso. Este sistema de “puntos” probablemente no fue introducido *en el texto* hasta el siglo séptimo. Esta escuela fue llamada la Escuela del Māsōrāh, y a sus expositores y seguidores se les llamó: masoretas.

Esta Escuela del Māsōrāh alcanzó su mayor desarrollo y finalización probablemente en el siglo noveno de la era cristiana. Pero aunque esta escuela dependía sobre lo que se llamó tradición, no hay una certeza de prueba de que las interpretaciones de sus propias combinaciones de letras en palabras fueran siempre correctas. Parecen éstas haber tenido, sin embargo, y haber pasado a la posteridad, *algún* conocimiento del sentido original general.

Para ilustrar este asunto, tomemos las primeras cinco palabras inglesas del Génesis: descartemos todas las vocales, reteniendo sólo las consonantes, y tenemos esto: nthbgnnnggdcrtd. Acá pueden ustedes insertar vocales casi a voluntad al buscar un significado. “En el principio Dios creó”, ¡y ahora imaginen interminables líneas de tales consonantes!

Agreguen a eso el hecho de que la escritura hebrea comienza a la derecha y corre hacia la izquierda. Además, empieza en lo que nosotros llamaríamos el final del libro, y corre hacia el frente, tal como las escrituras en otras lenguas semíticas lo hacen. Esta manera de escribir no era poco común en otras gentes en los días antiguos. La escritura griega y latina, en tiempos antiguos, a veces seguía este sistema, pero luego, como pueden ver ahora si han estado en Grecia y en Roma, en las viejas inscripciones sobre los templos y en cualquier otro lugar, comenzaba a la izquierda y seguía hacia la derecha, usualmente sin separación de palabras. En las escrituras griegas (y de otros lugares también) muy viejas, también tenían lo que llamaban *boustrophedon*, de dos palabras griegas que significan “vuelta de buey” tomado del camino seguido por el buey del arado: cuando comienza, digamos, de un extremo de un campo, va hacia el otro extremo, y luego da la vuelta y regresa en la dirección opuesta, paralelo con la otra línea, al arar sus ranuras. Este método no es seguido en los manuscritos hebreos de la Biblia que nosotros poseemos.

Ahora bien, al comenzar nuestra traducción de los primeros versículos del Génesis, nos encontramos en las primeras dos palabras con una dificultad. Estas palabras pueden ser traducidas de dos o tres maneras diferentes. La traducción tal como es dada en las Biblias europeas, y tal como se encuentra en la versión inglesa autorizada, es una interpretación bastante correcta en lo que toca a las meras palabras; pero cualquiera que haya emprendido la traducción a partir

de un lenguaje extranjero, y particularmente a partir de uno muerto, y más especialmente a partir de una lengua religiosa, y de una escrita evidentemente más o menos en clave, puede darse cuenta de las dificultades que yacen en el escoger los varios significados que cualquier palabra puede tener, en escoger cuál es la palabra que resulta mejor para la traducción, cuál palabra lleva el significado más cercano a la intención del escritor. Las primeras dos palabras tal como son leídas usualmente son *be* y *rēshūth*; y separadas así, su significado es el siguiente: *be* significa “en”, *rēshūth* significa “principio”, siendo esta segunda palabra una forma femenina que viene originalmente de la palabra masculina *rēsh*, o *rōsh*, que significa (entre muchas otras cosas) “cabeza”, “parte principal”, “parte primera”. Por tanto, podríamos traducir *be rēshūth* como “en primera parte”, o “en la parte superior”, etc.

Pero esta misma combinación de letras —*brashūth*— puede ser traducida también (dividiendo de forma diferente) como *bōrē*, una palabra, un verbo, y *shūth*, otra palabra, un nombre: *bōrē* significa “formando”, y *shūth*, una “institución”, “establecimiento”, “disposición”. “Formando el establecimiento (o la disposición)” —¿de qué? El texto prosigue diciendo lo que es dispuesto o establecido—. Por disposición “formaron los Elohīm los cielos y la tierra”.

Además, la palabra *rēsh*, o *rōsh*, seleccionada arriba, puede significar también “cabeza”, como se dijo antes, significando “sabiduría”, o “conocimiento”; por tanto, “en sabiduría los Elohīm formaron cielos y tierra”. Recuerden, está permitido intercalar vocales casi a elección, porque las vocales no existen en el texto original del libro, en la Biblia misma; de aquí la apertura a más de sólo una interpretación.

Rēsh, o *rōsh*, entonces, también significa “cabeza”; significa asimismo “sabiduría”; significa también “hueste” o “multitud”. Así que acá podemos seleccionar incluso otra —una cuarta— traducción: *berēsh*, “en multitud”, o “por multitud”. *Yithbārē* sería entonces la próxima palabra, “formaron Elohīm”. Acá viene de nuevo otro cambio notable en el significado —y estoy haciendo estas observaciones para señalar cómo puede tener muchas traducciones el texto de la Biblia—. Suponiendo entonces que dividamos las primeras catorce letras hebreas del texto en las siguientes combinaciones de palabras: *be-rēsh yithbārē elohīm*, tenemos (usando *yithbārē*, que es una de las formas del verbo hebreo, llamado la forma reflexiva, significando acción sobre uno mismo) la siguiente traducción: “por multitud”, “por medio de una multitud, los dioses se formaron a ellos mismos”. ¿Qué

sigue en el texto? “en los cielos y la tierra”, esto es, “en una hueste (o multitud) los dioses se formaron (hicieron) a sí mismos en los cielos y la tierra”. Véase la vasta diferencia en significado de la versión autorizada. Esta última traducción creemos que es la mejor; muestra de inmediato la identidad de pensamiento con todos los otros sistemas cosmogónicos.

“Por multitud formados” (o “desarrollados”: esta palabra *bārā* significa “engrosarse”, “dar forma”, “volverse pesado o grueso”, “cortar”, “formar”, “ser nacido”, “desarrollar”) —“por (o en) multitud” o “a través de (o en) multitud se desarrollaron a sí mismos los Elohim en los cielos y la tierra”.

Ahora la cuarta palabra, *elohim*: ésta es una palabra muy curiosa. La primera parte de ella, sola, es *el*, que significa “dios”, divinidad, de la que viene la segunda, una forma femenina, *eloh*, “diosa”; *im* es sólo el plural masculino. Así, si traducimos cada elemento en esta única palabra, significaría, “dios, diosa, plural” —mostrando la esencia andrógina de las divinidades, por decirlo así: los opuestos polares de la jerarquía, la dualidad esencial en la vida.

Versículo 2: “Y la tierra se volvió etérea”. Ahora la segunda palabra, un verbo, en el texto hebreo del segundo versículo responde a dos verbos latinos: *esse*, “ser”, y *feri*, “llegar a ser o volverse”, como el griego *gignomai*, que significa “llegar a ser o volverse”, llegar a ser un nuevo estado de algo. “Y la tierra se volvió” o “llegó a ser etérea”. Las siguientes dos palabras (*tohū* y *bohū*) del texto, que acá traducimos como “etérea”, son palabras muy difíciles para interpretar correctamente. Ambas significan “vacío”, “desecho”, “inmaterialidad”, por tanto “disolución”; la idea fundamental significa: algo *insustancial*, no materialmente grosero. Continuamos nuestra traducción: “Y la oscuridad sobre la faz de los aeteres. Y el rūah (el espíritu-alma) de los dioses (o Elohim) (se agitaba, revoloteaba) empollando”. La palabra que traducimos como “empollando” se deriva de, y significa, la acción de una gallina que se agita, revolotea y empolla sobre los huevos en su nido. ¡Cuán gráfica, cuán significativa es esta figura de lenguaje!

Acá ven ustedes el mismo pensamiento que se ve en prácticamente todas las enseñanzas antiguas: la figura o símbolo del alma cósmica empollando sobre las aguas del espacio, preparando el huevo del mundo, el del huevo cósmico y el pájaro divino poniendo el huevo cósmico. “Y el espíritu-alma de los Elohim empollando sobre la faz de las aguas”, dice el texto hebreo. Ahora bien, “aguas”, como hemos

mostrado antes, era una expresión común, o símbolo, para el espacio, la etérea expansión, por decirlo así. Continuamos con nuestra traducción:

Y dijeron (los) Elohīm (los dioses) —¡Luz, ven a ser! y la luz vino a ser. Y vieron (los) dioses la luz, que (era) buena. Y dividieron los Elohīm entre la luz y entre la oscuridad. Y llamaron los Elohīm la luz, día, y la oscuridad llamaron ellos, noche. Y (ahí) vino a ser la tarde, y (ahí) vino a ser la mañana. Día uno. Y dijeron los Elohīm, (que ahí) venga a ser una expansión en (el) medio de las aguas, y que haya un separador (divisor) entre aguas y aguas. E hicieron los Elohīm (o los dioses) la expansión, y separaron ellos entre las aguas que (estaban) debajo de la expansión, y entre las aguas que (estaban) sobre la expansión, y (eso) vino a ser así. Y llamaron los Elohīm (los dioses) a la expansión: cielos, y (ahí) vino a ser la tarde, y (ahí) vino a ser la mañana. Día segundo. Y dijeron los Elohīm (los dioses), (que ahí) sean reunidas juntas [es decir, solidificadas, condensadas] las aguas sobre los cielos en un lugar, y (que ahí) sea vista la parte seca [la parte solidificada o manifestada —la palabra significa “seca” en oposición a la humedad; humedad significa agua, significa espacio, por tanto, la materia colectada de un planeta por ser, de un sistema solar por ser, o un universo por ser], y (eso) vino a ser así. Y llamaron los dioses la parte seca: tierra, y la solidificación (el acumularse juntas) de las aguas llamaron: los mares. Y vieron los Elohīm (los dioses) que (eso era) bueno.

Ahora, cambiando a los versículos 26, 27, 28 del mismo primer capítulo:

Y dijeron (los dioses) los Elohīm, Hagamos a la humanidad [la palabra es: *Ādām*] en nuestra sombría imagen [en nuestra sombra, en nuestro fantasma; la palabra es *tsalem*], de acuerdo a nuestro patrón (o modelo). Y que descendan ellos en el pez del mar y en las criaturas voladoras de los cielos, y en la bestia, y en toda la tierra, y en todas las criaturas móviles que se mueven sobre la tierra. Y formaron [o dieron forma, o desarrollaron, el mismo verbo que arriba: *bārā*] los Elohīm (los dioses) a la humanidad en su fantasma, en la sombría imagen de los Elohīm, lo formaron (o desarrollaron) ellos a él.

Ahora vienen dos palabras muy interesantes, usualmente traducidas “varón y hembra”, que son dos de los significados que respectivamente se hallan en los diccionarios; pero los significados-raíz de estas palabras son “pensador y receptor” (o receptáculo): “pensador y receptáculo los desarrollaron a ellos. Y los bendijeron los Elohīm”, esto es, Elohīm los bendijo, “y dijeron a ellos los Elohīm, sean fructuosos, increméntense y llenen la tierra” etcétera.

Por lo tanto, ven ustedes que acá, sólo al usar otras palabras que aquéllas que usualmente escogen los traductores cristianos, o los posteriores traductores judíos, y aún palabras reconocidas por los diccionarios, y sin forzar ningún significado, hemos encontrado los

significados idénticos de las enseñanzas esotéricas como fueron esbozados en *La Doctrina Secreta* cuando trataba estos temas. Primero, la jerarquía y sus divinidades manifestadas desarrollando el universo o kosmos *a partir de ellos mismos*, usando la forma reflexiva del verbo hebreo *bārā*, como se muestra arriba. Además, un estudio del primer versículo del Génesis nos mostrará que la evolución tratada en él no tiene relación solo y especialmente con la creación de esta tierra o de alguna otra tierra en particular, sino que es una doctrina general que hace referencia, más bien, a la primera manifestación del ser material en el espacio etéreo, y que las aves del aire y el pez del mar y las bestias, de los que se habla, no necesariamente se refieren (aunque podrían) a animales particulares que nosotros conocemos bajo esos nombres sobre la tierra, sino que también se refieren (de acuerdo con el bien conocido hecho de la mitología antigua) a los “animales de los cielos”, de los que hablamos en nuestro último estudio, esto es, a cada globo de las esferas estrelladas, a cada nebulosa y a cada cometa, cada uno de estos seres siendo considerado, en las enseñanzas antiguas, como un ser viviente, un “animal”, teniendo su cuerpo físico, y teniendo detrás de él su director, o gobernador, o divina esencia, o espíritu.

Además, vemos que los Elohīm desarrollaron al hombre, a la humanidad, *a partir de ellos mismos*, y le dijeron que llegara a ser, luego que tomara parte y animara a estas otras criaturas. En realidad, estos hijos de los Elohīm son, en nuestras enseñanzas, los niños de la luz, los hijos de la luz, *que somos nosotros mismos*, y sin embargo diferentes de nosotros, por superiores, aunque son ellos, interiormente, nuestros propios seres. De hecho, los Elohīm llegaron a ser, o se convirtieron en, su propia prole, permaneciendo todavía, en un sentido, siempre como la luz inspiradora de dentro, o más bien, *de encima*, de acuerdo con la interpretación autorizada por las mismas palabras escogidas del diccionario y sin incumplir ninguna regla de la gramática hebrea. Pues, siguiendo las enseñanzas antiguas de la filosofía esotérica, y reforzada por exactamente similar pensamiento en las enseñanzas religiosas babilonias, de las que originalmente estas enseñanzas hebreas vinieron, vemos que los Elohīm *se proyectaron a ellos mismos* en las formas nacientes de la entonces “humanidad”, que de ahí en adelante fueron “hombres”, por muy imperfecto que fuera aún su desarrollo.

¿Qué eran estos Elohīm, estas divinidades, estos dioses? En el sistema jerárquico de la Qabbālāh son los sextos en derivación contando

desde arriba, a partir del primero o la Corona, y por tanto de ningún modo son los más altos. Eran, cosmogónicamente, los formadores *manifestados* o tejedores del tejido del universo. Jehová, de quien se habla en el segundo capítulo del Génesis, es la tercera potencia angélica, contando hacia abajo a partir de la Corona —la cima de la jerarquía de la Qabbāláh.

En el capítulo cinco del Génesis, versículos 1 y 2, hay una interesante expresión. Traducimos nosotros:

Este (el) libro de las generaciones de la humanidad (Ādām). En el día en que los Elohim (los dioses) desarrollaron a la humanidad, en el patrón (o modelo) de los Elohim, lo hicieron. Pensador-y-receptáculo los hicieron ellos a ellos, y los bendijeron y los llamaron: humanidad (o Ādām) en el día de su formación.

Evidentemente, no es cuestión acá de una sola pareja humana, de un hombre y una mujer tal como lo entendemos, sino de la naciente humanidad andrógina, y *ellos tenían un nombre*, Ādām, y sus atributos eran: pensador y estuche (o receptáculo): seres etéreos —niños de los Elohim, que son éstos mismos— capaces de pensamiento, de recepción, entendimiento y desarrollo, bajo las lecciones que debían seguirse a partir de sus encarnaciones en los seres inferiores de carne en los que ellos mismos se desarrollaron, e indicados bajo los términos expuestos acá: las “aves” del “aire”, y el “pez” del “mar”, y cada cosa viviente que se mueva sobre la faz de la tierra.

Estas escrituras antiguas tienen más de una aplicación mística o esotérica, o, como H. P. Blavatsky dice, tienen más de una clave. Pero, de nuevo, ¿qué o quiénes eran estos Elohim? *Ellos eran nuestras mónadas* —como el término es usado en teosofía—. Es curioso, por cierto, que Leibniz, el gran filósofo eslavo-germánico, desarrollara una teoría de la evolución monádica que es singularmente como la nuestra en algunos aspectos. Para él, el universo estaba repleto de entidades en progreso, que él llamó mónadas, seres espirituales que se desarrollaron por medio de las fuerzas innatas en ellos, aunque actuando y reaccionando unos sobre otros —un eco fiel, hasta donde va, de la antigua sabiduría-religión.

De nuevo, ¿qué queremos decir cuando hablamos respectivamente de emanación, evolución y creación? Emanación y evolución son cercanamente similares en significado. *Emanación* viene de una palabra latina que significa “efluvio”, y en todas las enseñanzas antiguas de importancia, la idea era que los dioses activamente, transitivamente, “efluyeron” a partir de ellos mismos su prole o hi-

jos. *Evolución* es también una palabra latina y significa “desenrollo”, “desenvolvimiento”, algo que está desenvuelto; y obviamente una cosa que está “efluída”, usando las palabras transitivamente, está también desarrollada, desenvuelta.

Ahora bien, *creación*, en su sentido latino, originalmente significaba prácticamente lo mismo que la palabra hebrea *bārā*. Significaba “hechura”, “formación”, “escultura”, “recorte” —por supuesto, a partir de un material o materia pre-existente—, y la teoría cristiana (que más o menos era la de los judíos en sus días tardíos) de que Dios hizo al mundo “de la nada” es ridícula, absurda, tanto histórica como lingüísticamente. No está fundada en ninguna enseñanza antigua de ningún tipo, y surge bastante naturalmente, en un sentido, de la manía monoteísta que se esforzó por hacer a Dios extra-cósmico, aparte del universo, y sobre él, un espíritu puro, sin tener relación de ineluctable unión con sus criaturas, Dios el “Padre y Hacedor” de ellos, y sin embargo una absoluta no-entidad personal —que no tiene “cuerpo, partes o pasiones”, y sin embargo, con todo, ¡una *Persona*—! Por supuesto, los dos conceptos son contradictorios y mutuamente destructivos, y si tuviéramos el tiempo sería fácil extenderse más sobre el ridículo absurdo del que hablamos.

Podemos ver, por consiguiente, al cerrar nuestro estudio esta noche, que es muy difícil decir cuál de estas tres, emanación, evolución, creación, es primero en el orden de sucesión. ¿Era la emanación, seguida por la evolución, seguida por la creación; o era la evolución, seguida por la emanación, seguida por la creación? Ciertamente, la creación —en su sentido original de dar forma, formar— viene al final de las tres, como se muestra fácilmente. La dificultad radica en el hecho de que en cada acto cósmico de emanación, inmediatamente percibimos un acto de evolución o de desenvolvimiento; y en cada acto de evolución, inmediatamente percibimos un acto de emanación. Cada mónada *pari passu* pasa de una a la otra, justo como toda la humanidad se desarrolló *pari passu* de una a la otra. Debemos decir, probablemente, que la emanación, la evolución y la creación, trabajan simultánea y coordinadamente, *durante la manifestación*.

Pero tomando la cuestión desde un punto de vista puramente filosófico, es probablemente exacto y mejor decir que el primer paso desde lo que llamamos lo Inmanifestado hacia lo manifiesto, es la emanación, un efluir de su fuente de una mónada, o mejor aún, de una hueste de mónadas que, mientras por turno siguen el patrón determinado para ellas por su fuente y su pasado kármico, se vuelven

oscuras y más materiales, en proporción al retiro de su fuente central de vida; y, de nuevo, mientras emanan, ellas también se desarrollan, trayendo de dentro eso que ellas son o tienen innato, y hacen esto de acuerdo con las líneas o patrones kármicos que hemos vagamente tocado en estudios previos, cuando hablamos de los skandhas, porque cada acto de emanación y de evolución da comienzo a un nuevo ciclo de vida sucediendo al pralaya o período de descanso de un anterior período de vida o manvantara. Luego, finalmente, cuando el período de auto-conciencia se alcanza en la progresión cíclica de la evolución, viene un período de voluntad, de elección consciente, cuando el hombre comienza a “crear” o a dar forma *voluntariamente*; esto es, a través del ejercicio de su voluntad, de su intuición y de su intelecto, él esculpe su propio destino y asimismo afecta *creacionalmente* al mundo que existe alrededor de él.

NUEVE

ESBOZO DE COSMOGONÍA ESOTÉRICA. GLOBOS, RONDAS Y RAZAS: PERÍODOS CÓSMICOS.

No se puede dejar de reconocer en Creuzer grandes facultades intuitivas, cuando, a pesar de que casi desconocía las filosofías indo-arias, que eran muy poco conocidas en su tiempo, escribió:

“Nosotros, los europeos modernos, nos sorprendemos cuando oímos hablar de los Espíritus del Sol, de la Luna, etc. Pero lo repetimos otra vez: el *buen sentido natural*, y el *recto juicio* de los pueblos antiguos, bastante extraños a nuestras ideas, *por completo materiales*, de la mecánica celeste y de las ciencias físicas . . . no podían ver en las estrellas y planetas sólo eso que nosotros vemos, a saber: simples masas de luz, o cuerpos opacos moviéndose en circuitos en el espacio sideral, meramente de acuerdo con las leyes de atracción y repulsión; veían en ellos cuerpos *vivos animados* por espíritus, así como los veían en todos los reinos de la naturaleza . . . *Esta doctrina de los espíritus, tan consistente y en armonía con la naturaleza*, de la cual se derivaba, constituía una gran y única concepción, en donde los aspectos físico, moral y político formaban un solo conjunto . . . ” (*“Egypte”*, pp. 450 a 455).

Sólo tal concepto puede llevar al hombre a formar una conclusión exacta acerca de su origen y del génesis de todas las cosas en el universo: del Cielo y de la Tierra, entre los cuales es él un eslabón viviente. Sin semejante eslabón psicológico, y el sentimiento de su presencia, ninguna ciencia puede progresar jamás, y el reino del conocimiento tiene que quedar limitado al análisis de la materia física solamente.

—*La Doctrina Secreta*, II, 369-70 [III, 355]

DAMOS INICIO a nuestro estudio esta noche leyendo una vez más de las páginas 224 y 225 de *La Doctrina Secreta*, volumen I [I, 245], lo que sigue:

La Humanidad en su primera forma prototípica y de sombra, es la producción de los Elohim de Vida (o Pitris); en su aspecto cualitativo y físico, es la producción directa de los “Antepasados”, los Dhyanis inferiores, o Espíritus de la Tierra; pues su naturaleza moral, psíquica y espiritual, la debe a un grupo de Seres divinos, cuyo nombre y características se darán en el Libro II. Colectivamente, son los hombres el trabajo artesanal de huestes de espíritus varios; distributivamente son el tabernáculo de estas huestes; y en ocasiones, e individualmente, los vehículos de alguno de ellos.

Y el segundo párrafo en la página 225:

El hombre no es, ni podría nunca ser, el producto completo del “Señor Dios”; pero *es* el hijo de los *Elohim*, tan arbitrariamente puestos en el género masculino y en el número singular. Los primeros Dhyanis, comisionados para “crear” el hombre a su imagen, podían únicamente proyectar sus sombras a manera de un modelo delicado, sobre el cual pudiesen trabajar los Espíritus Naturales de la materia (Véase Libro II). Sin duda alguna, el hombre se halla formado físicamente por el polvo de la Tierra, pero sus creadores y formadores fueron muchos.

Al proseguir nuestro estudio sobre el sentido esotérico que subyace en el primer capítulo del Génesis, tenemos que señalar que este capítulo no trata del hombre tal como lo conocemos hoy. El “hombre” del que se habla allí es el ser espiritual que descendió hacia la materia en la primera ronda de este manvantara, como un ser espiritual, o, mejor aún, etéreo; y consecuentemente, cuando en el versículo 27 traducimos la peculiar frase, “pensador y receptor los formaron (o desarrollaron) ellos a ellos”, tenemos que entender que esta alusión no se refiere al hombre y a la mujer sexual del tiempo presente. Estas palabras, *pensador* y *receptor*, se refieren a la naturaleza espiritual de los entonces etéreos vehículos de la humanidad, no al hombre y a la mujer actuales; y la palabra receptor puede traducirse también como *receptáculo*, el vehículo o casa de la naturaleza superior. Asimismo, en el período de que trata el versículo 27, el hombre en sentido general —la humanidad— era de doble sexo, o andrógino; por lo tanto, obviamente, no había “mujer” entonces. El capítulo primero prácticamente ignora el primer estado puramente asexual del Adán etéreo, y emprende su descripción del “hombre” cuando éste último se estaba ya hundiendo en la existencia material como un semi-auto-consciente andrógino etéreo. En otras palabras, el capítulo primero no detalla la separación de los sexos, que ocurrió mucho después. Esta declaración general se muestra con toda claridad incluso en la interpretación exotérica de la enseñanza; pero leamos de otro capítulo del Génesis, versículo 5 del capítulo 2:

Y toda planta del campo *antes que fuera en la tierra*, y toda hierba del campo *antes que creciera*: pues el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra, y *no había un hombre* que labrara la tierra [itálicas nuestras].

El “hombre” no había aún venido. Permítanme decir a manera de introducción a futuras explicaciones que este segundo capítulo del Génesis trata de la tercera y cuarta rondas de nuestro manvantara, siendo esta última, o cuarta, nuestra presente ronda, y más particular-

mente trata de la tercera raza-raíz de nuestra cuarta ronda; mientras que el capítulo primero es un sucinto y altamente generalizado epítome judío de cosmogonía temprana, y de igual manera termina con una corta alusión a las rondas primera y segunda.

Y en los versículos 19, 20, 21 y 22, encontramos lo siguiente:

19. Y de la tierra el Señor Dios formó cada bestia del campo, y cada ave del aire; y los trajo a Adán para ver cómo los llamaría: y lo que fuera que Adán llamaba a cada criatura viviente, ese era el nombre de ella.

20. Y Adán dio nombres a todo ganado, y a toda ave del cielo, y a toda bestia del campo; pero para Adán no se halló ayuda idónea para él.

21. Y el Señor Dios hizo que un profundo sueño cayera sobre Adán, y él durmió: y tomó él una de sus costillas, y cicatrizó la carne en su lugar.

22. Y la costilla, que el Señor Dios había tomado del hombre, hizo él una mujer, y la trajo al hombre.

Al igual que en el versículo 5 antes citado, empleo acá la traducción ordinaria de la pretendida versión autorizada, aunque, de hecho, una muy distinta y luminosa traducción podría hacerse de esos versículos. Pero nos llevaría muy lejos de nuestro punto principal hacer eso ahora.

En primer lugar, este segundo capítulo registra un método diferente al del capítulo 1, y un cambio respecto al desarrollo del ser etéreo a partir de los Elohīm, y se refiere a la hechura de la humanidad física, o al “hombre”, a partir del “polvo de la tierra” (versículo 7). En segundo lugar, esta palabra castellana: *costilla* del versículo 21 y 22 debería traducirse como “lado”, siendo una alusión a la *separación* del andrógino o de la humanidad dual-sexuada de la raza tercera de nuestra cuarta ronda, en la humanidad sexuada como existe hoy día.

Ahora bien, Platón, en su *Banquete* (§ 190), alude a este mismo hecho histórico fisiológico de la prehistoria, y dice que (una de) las razas tempranas de la humanidad eran de conformación bisexual; que tenían ellos grandes y terribles poderes, y que su perversidad y ambición creció mucho, así que Zeus se enfureció por sus perversidades y decidió cortarlos en dos, tal como uno dividiría un huevo con un cabello. Esto hizo Zeus; y dijo a Apolo que hiciera las dos mitades más torneadas, etc. Así lo hizo Apolo, e hizo cicatrizar la carne de las dos mitades. Desde entonces toda la humanidad fue hombre y mujer. Un cuento típicamente platónico, encarnando hechos exactos de historia olvidada. Esta narración trata sobre la porción más temprana de la cuarta raza-raíz, y más especialmente sobre el período medio de la tercera raza-raíz de la cuarta —o presente— ronda en este planeta.

Ahora dejaremos por el momento el bosquejo de la emanación y de la evolución tal como se encuentra en la Biblia judía; pero antes estaría bien decir unas palabras sobre la cuestión de los Elohim.

Elohim es una palabra que se encuentra con frecuencia en la Biblia judía, y es, como se afirmó en nuestra última conferencia, en sí misma una evidencia de las tendencias, enseñanzas y creencias politeístas de los antiguos judíos. La Biblia misma lo muestra. Usualmente esta palabra —un nombre común plural— debe ser traducida como “dioses”. Pero en la mayoría de los pasajes donde aparece en el texto hebreo, en la versión autorizada inglesa se traduce como “Dios”. No hay una razón real o sólida para semejante traducción; la traducción correcta es: dioses. Pero las tendencias monoteístas y cristianas de los traductores los hace ajustar la traducción a lo que ellos consideran ser los mejores intereses de la Iglesia cristiana y de su Dios Todopoderoso; así, la tradujeron en varios lugares por varios nombres, como, por ejemplo, “jueces”, en Éxodo 21:6, 22: 8-9, y en muchos otros lugares; pero el significado esencial e intrínseco es siempre: dioses, o seres que tienen estatus divino.

Nos acercamos ahora en nuestros estudios a asuntos muy difíciles y altamente esotéricos. En primer lugar, no olvidemos nunca que los Elohim, los dioses, que bajo nombres distintos se mencionan en las distintas religiones del mundo antiguo, como los creadores o mejor dicho desarrolladores o padres de la humanidad, son seres espirituales, *que son nosotros mismos*. Y la clave de este aparente misterio se halla en la doctrina y exposición de las jerarquías de la vida individualizada.

Una jerarquía puede ser considerada como una unidad conglomerada, como una entidad colectiva en el mismo sentido que lo es un ejército; con todo, un ejército está compuesto de unidades; y aún así, de nuevo, este ejército de seres en cualquier jerarquía es realmente, desde otro aspecto, más que una mera entidad colectiva, porque está unida en su cima o ápice, en lo que en realidad es la fuente de esa jerarquía. Esta fuente es la *hyparxis* o sol espiritual del cual todos los otros nueve planos o clases de la jerarquía emanan y se desenvuelven descendentemente hacia lo más bajo, comenzando de ahí una nueva jerarquía; aun la *hyparxis* de cualquier jerarquía, es la clase o plano más bajo de una jerarquía superior, y así prácticamente ad infinitum.

El hombre es un ser espiritual de principio a fin. La materia misma no es sino una manifestación del espíritu. Vivimos en un universo de espíritu y, aunque la materia existe, existe como *mâyâ*, ilusión; no como una nada ilusoria, sino como algo, como una moda-

lidad, por decirlo así, del espíritu. Pero cuando nos desarrollamos en los planos superiores de la escala jerárquica, el mǎyā, para la esfera de la vida abarcada por esa jerarquía, se desvanece delante de nuestros ojos, y vemos la verdad en un grado mayor, y, progresivamente, de manera más amplia entre más alto vayamos.

Con respecto al descenso en la materia, o a la caída en la materia de la humanidad, es decir, el descenso hacia el ser manifestado de las entidades espirituales, la jerarquía espiritual que el hombre propia y realmente es, debemos recordar que no podemos entender muy bien este tema profundo sin emprender un esquema o boceto, más o menos completo, de lo que son las rondas y razas; aún antes de hacer esto, tenemos que despejar de nuestras mentes ciertas concepciones científicas, o mejor dicho ideas equivocadas, que nos han implantado a base de enseñanza intensiva desde la niñez, y que por esa razón se han convertido en una parte de nuestra vida mental.

Dos pilares fundamentales de nuestra ciencia moderna son los siguientes: primero, la doctrina de la conservación de la energía, es decir, de que la cantidad de fuerza o de energía en el universo es constante, y no puede crearse un incremento para añadirsele, y ninguna cantidad puede tomarse de él. El segundo gran pilar es la doctrina de la correlación o convertibilidad de fuerzas, es decir, de que cualquier fuerza puede, al menos teóricamente, ser convertida en alguna otra fuerza, como movimiento mecánico en eléctrico y eléctrico en mecánico, y así por el estilo respecto a las otras fuerzas que actúan en la materia.

Ahora bien, estas dos teorías o doctrinas de la ciencia realizan una aproximación, en ciertos aspectos, a la concepción esotérica del maravilloso elemento detrás de, y causativo de, todos los cambios en la naturaleza; pero, no obstante, la concepción de la filosofía esotérica no puede aceptar ninguno de estos dos pilares doctrinales de la ciencia así concebidos. Primero, la doctrina de la conservación de la energía: es perfectamente cierto que ninguna “nueva” fuerza puede ser “creada”, y es asimismo perfectamente cierto que ninguna energía o fuerza puede ser nunca completamente perdida. *Las fuerzas no son convertidas o transformadas*, como la doctrina gemela de la ciencia lo dice; es posible, sin embargo, para una fuerza pasar desde un plano del ser hacia otro —venir hacia un plano desde uno superior o, de hecho, desde uno inferior—. En otras palabras, es posible para una fuerza o elemento-de-energía que está fuera de algún plano entrar y manifestarse sobre este mismo plano. Por tanto, la doctrina

materialista de un universo de materia muerta, sin vida, no vital —sin nada sobre ella, o más allá de ella, o bajo ella, o por entre ella— no puede ser aceptada por estudiantes de la filosofía esotérica.

Con respecto a la correlación o convertibilidad de la energía: es cierto, en un sentido, que todas las fuerzas en el universo están correlacionadas. Es un axioma fundamental de la teosofía que el universo, nuestro universo, cualquier universo, es un organismo viviente, y por tanto, que sus energías o fuerzas, y todas ellas, están correlacionadas; pero esto *no* significa que una fuerza pueda *volverse otra*. La idea ofende la misma esencia, la misma fundación de la enseñanza esotérica con respecto a la manifestación, sus jerarquías, y las vidas individuales —todas ellas progenie de la VIDA UNA—. Lo que sucede es más bien esto: esa fuerza una *no se vuelve* o *se convierte en* otra, sino que evoca, suscita o mueve hacia la vida activa o manifestación una “fuerza” que estaba, no “latente” —una curiosa contradicción de sentido—, sino *que estaba en equilibrio*. Cuando el científico moderno habla de energía latente o potencial, para el ocultista es un completo absurdo lógico, significando el propio nombre energía o fuerza: actividad, y hablar acerca de una “fuerza latente” es como hablar de “actividad latente” o “vida muerta”, o un triángulo cuadrado, o una esfera plana. Es imposible, en tanto basemos nuestra concepción sobre los postulados científicos. Pero —y noten esto bien, por favor— un ocultista puede usar esta frase: “fuerza latente”, porque en su boca la frase tiene un significado y un sentido.

Por ejemplo, una fuerza espiritual —por tanto, latente o no material— no es “convertida” en materia; una fuerza material no es “convertida” en espíritu. ¿Por qué? Porque el espíritu y la materia, o la fuerza y la materia, no son dos, sino fundamental y esencialmente UNA. A lo largo del inmenso período manvantárico tiene lugar una evolución gradual de una cosa hacia la otra, pero esta procesión de vida no se completa sobre las líneas o por los métodos de las teorías científicas que se aplican en la doctrina llamada la convertibilidad de la energía material. Esta última es un sueño; no existe.

Éste es, de hecho, un asunto que tendremos que desarrollar con más profundidad en un período posterior de nuestro estudio, pero llegamos ahora a la cuestión del descenso del hombre espiritual, y luego etéreo, en la materia, hacia abajo por los diez escalones de la escala jerárquica. Vimos en un estudio anterior que este descenso fue comenzado por la entrada a través de un centro-leya de las entidades espirituales que buscaban manifestación en planos inferiores, habiendo

llegado el tiempo para ellas de abrir su gran mahā-manvantara o el período mundial que había de seguir. Tan pronto como las esencias espirituales tocaron el más alto grado del plano más bajo —nuestro plano cuarto de materia—, éste agitó el particular centro laya en él, hacia el cual eran aquéllas dirigidas por energía kármica, hacia una actividad correspondiente o hacia una vida afín. Esta primera manifestación, vista desde el mismo plano, aparecía como una nebulosa, una nebulosa turbia; la segunda etapa, eones después, aparecía como una nebulosa espiral; y la tercera, todavía eones luego, aparecía como una nebulosa anular con núcleo, como un anillo con un globo en el centro; la última etapa, antes que el cuerpo en desarrollo se asentara en la vida como un planeta, fue un cometa, dirigido o arrastrado hacia ese particular sistema solar o sol al que estaba kármicamente relacionado en el manvantara planetario anterior.

Ahora bien, el ciclo de vida o manvantara de un planeta consiste objetivamente en siete rondas, o manvantaras más pequeños, alrededor de siete globos; pero esto es precedido por tres ciclos elementales —diez en total—. Las tres primeras etapas o ciclos, llamémoslas, si gustan, las tres rondas elementales, se verifican en los tres planos arquetípicos que están sobre los siete. Este período aún no es realmente una manifestación *etérea*: es el primer descenso de los seres arūpa (o sin cuerpo) de naturaleza espiritual en la manifestación sub-espiritual; pero cuando el tercero o más inferior de los tres planos arquetípicos ha sido atravesado, la ola de vida, o la esencia vital, se ha consolidado lo suficiente en la materia etérea como para formar una forma ligera o globo etéreo. A partir de ahí, este globo comienza el ciclo manvantárico de descenso en la materia, un ciclo que procede en varias etapas —siete en realidad—, y sobre, y en, siete globos, como se dijo ya.

Durante la *primera* ronda, sobre el primer globo, la ola de vida tiene que completar un circuito anular que consiste en siete razas-raíces sobre ese globo; luego, o más bien al final de la evolución de cada raza-raíz, respectivamente, el excedente de energía de la raza-raíz es, acto seguido, impelido o empujado hacia la esfera de más abajo y allí forma el primero, segundo, tercero, etc., elementos del segundo globo de la primera ronda. La energía de vida, u ola de vida, tiene que recorrer un circuito anular de siete razas-raíces en y sobre ese segundo globo, y cuando cada una de tales razas-raíces ha alcanzado su fin allí, su energía excedente es, acto seguido, impelida o empujada, exactamente como antes, hacia un centro magnético

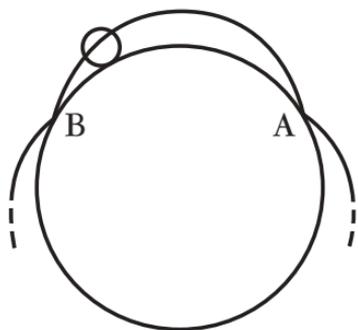
debajo de ella, y las siete, después de que todas han llegado, forman allí el tercer globo, y así hasta que los siete globos se forman. Esta es la primera ronda. Al empezar con la segunda ronda sobre los siete globos, el proceso se altera en detalles importantes, porque todos los siete globos están ya formados, como globos.

Al final de la primera ronda ocurre una obscuración planetaria o período de reposo, cuando las entidades dejan el último globo, el séptimo, y entran en un (inferior) período nirvānico de reposo manvantárico, que se corresponde con los estados devachánicos o entrevidas de la entidad humana entre sus respectivas vidas. Y así también al final de la segunda ronda, y de la tercera, cuando alcanzamos la cuarta, que es nuestra presente ronda.

A medida que la ola de vida realiza sus ciclos descendentes en la materia, se vuelve con cada yuga (o edad) más grosera y más material, hasta la mitad de la cuarta ronda (la nuestra), cuando comienza a ascender. Cada ronda es más grosera que la precedente, hasta que la presente, nuestra cuarta ronda, la más material, es alcanzada. A este descenso se le llama el arco sombrío, o ciclo de la oscuridad. Ya hemos pasado el período más bajo o medio de la cuarta ronda, y en consecuencia ahora ha empezado el arco ascendente, o arco luminoso. Tenemos tres y media rondas más que recorrer antes que alcancemos el final del kalpa, o manvantara planetario, cuando el gran nirvāna o paranirvāna de la entera cadena septenaria planetaria de los siete globos tenga lugar.

Ahora bien, con respecto al esquema geométrico del curso seguido por este descenso en la materia, podríamos considerarlo como en forma de una epicicloide. Permítaseme tratar de explicar dia-

gramáticamente qué quiere decirse acá por una epicicloide. Una epicicloide se forma cuando un punto en un pequeño círculo, que corre alrededor y sobre el lado convexo de una circunferencia de un círculo más grande, traza una curva que toca la circunferencia del círculo más grande en el principio y en el fin de cada revolución del círculo más pequeño sobre él, como en A y B en la figura. La



curva AB es la epicicloide. Por ejemplo, esta figura muestra los dos círculos: diremos que el punto en el círculo más pequeño comienza su curva en A, rodando ascendentemente hacia la izquierda; en B

el punto en el círculo más pequeño ha completado una revolución entera; la curva AB es la epicloide.

Cualquier punto sobre este círculo más pequeño, en la medida en que este último rueda por el lado externo de la circunferencia del círculo más grande, describirá o generará una curva, que es una epicloide. Hay una relación geométrica entre los conmensurables radios de cualesquiera dos círculos: por ejemplo, si el radio de este círculo más pequeño es *uno* y el radio del círculo más grande es *siete*, siendo la proporción de 1 : 7, el punto rodante describirá o generará siete arcos o cúspides alrededor y sobre la circunferencia del círculo más grande.

Cada uno de estos siete arcos representan acá, geoméricamente, un globo de una ronda (Puede representar geoméricamente igual de bien una de las siete razas-raíces sobre cada globo durante cualquier ronda). En la primera ronda, la ola de vida, empezando por el plano séptimo o superior, *después de* su entero tercer ciclo elemental de, y en, el mundo arūpa, comienza a formar el rūpa o mundo de la forma; y en tanto que el círculo menor rueda a lo largo de la circunferencia del ciclo mayor, por decirlo así, la ola de vida (o globo) progresivamente se vuelve más material, y cada uno de estos arcos que el pequeño círculo rodante hace sobre la circunferencia del grande, representa una esfera del ser, y también *geoméricamente* representa la ola de vida del planeta que comienza la evolución de la existencia material, “ascendiendo” o incrementando en densidad material hasta que alcanza su máximo de materialidad, y luego “descendiendo” o decreciendo en materialidad hasta que de nuevo toca el plano de partida, la circunferencia del círculo más grande (o ciclo).

El proceso por el que el espíritu desciende en la materia se llama en sánscrito *pravṛitti* (que podemos parafrasear en español como “nacimiento de la tierra” o “día de la tierra”), prácticamente la misma palabra que evolución o emanación en nuestras lenguas modernas; y el proceso de emprender o ascender por el arco luminoso para finalmente hallarse en casa de nuevo en el mundo espiritual, es llamado *nivṛitti*. Ambas palabras vienen de la raíz sánscrita *vṛit*, que significa “girar” o “rodar”. El prefijo *pra* responde a la preposición “adelante” o “hacia delante”, y el prefijo *ni* a la frase preposicional “fuera de”, “lejos de”, por tanto, hacia atrás, o acción inversa. *Pravṛitti* es, por consiguiente, usada para significar la evolución o emanación de la materia, que es equivalente a la involución del espíritu; *nivṛitti*, la evolución del espíritu —el proceso inverso.

¿Cuáles son las duraciones de los períodos de tiempo durante los que la ola de vida se manifiesta en el manvantara de siete rondas, y en los siete respectivos planetas de *cada* ronda? Como nos ha dicho H. P. Blavatsky, las doctrinas concernientes a los períodos han sido consideradas desde tiempo inmemorial demasiado esotéricas como para darlas al mundo exterior en nada parecido a su plenitud de enseñanza o detalle, pero entre las enseñanzas que han sido dadas abiertamente, hay varias insinuaciones de inmenso valor. Por ejemplo, al tiempo requerido para una ronda —esto es, el ciclo desde el globo A hasta el último globo de los siete (le llamamos Z), empezando del Manú-raíz o “humanidad” colectiva del globo A y terminando con el Manú-simiente o “humanidad” colectiva del globo Z— se le llama una ronda-manvantara, y su período es 306,720,000 años. Se le llama manvantara porque es el “reinado de un Manú” —es decir, una cierta *cualidad* de humanidad—. Ahora bien, esta palabra *manvantara* es sánscrita, y significa “entre Manús”, es decir, entre un Manú-raíz en el globo A y el Manú-simiente en el globo Z, para formar una *ronda*-manvantara. Ahora, para este período de 306,720,000 años tiene que agregarse la duración del *sandhi*, que significa “conexión” o “unión”, o intervalo, de acuerdo a cierto método de cálculo, necesario para completar totalmente la evolución del planeta para la ronda; este *sandhi* es de una duración de un krita yuga, o 1,728,000 años, que da el período completo o término de una *ronda*-manvantara de 308,448,000 años de los mortales. Como ya se ha afirmado, hay, al final de cada ronda, una obscuración que también dura un cierto período que no especificamos acá.

Pero ¿qué tan largo período toman las *siete rondas* para su recorrido? ¿Cuál es el período de un mahā-manvantara, o gran manvantara, algunas veces llamado kalpa, luego del cual los globos no van más hacia una mera obscuración o reposo, sino que mueren completamente? Al período del mahā-manvantara o kalpa se le llama también un Día de Brahmā, y su duración es 4,320,000,000; y la Noche de Brahmā, el período de descanso planetario, al que también se le llama período paranirvāṇico, tiene igual duración. Como se dijo, siete rondas forman un Día de Brahmā.

Estos cálculos son brahmánicos, y también son los cálculos del buddhismo esotérico (pues insistimos en que el buddhismo *tiene* una doctrina esotérica). El número-raíz 432, como lo sabe cualquier estudiante, se encuentra también en las doctrinas cronológicas de la antigua Babilonia; es, asimismo, el verdadero significado de la secuencia

cronológica de la Tetraktys pitagórica, 1-2-3-4, el 432 que brota de la unidad o mónada, un asunto del que hablamos en nuestro último estudio.

Se nos dice también que la duración de la vida de un planeta, es decir, de una cadena planetaria de siete globos, es de uno de un total de 360 Días *divinos* —que corresponden a un Año *divino*—, y que la Vida de Brahmā (o la vida del sistema universal) es de cien de esos Años divinos —expresados en 15 dígitos de los años de los mortales—. Un manvantara planetario también se relaciona con la duración de la vida de un sistema solar; un manvantara planetario (o siete rondas) es un Día de Brahmā, como ya se dijo; cada uno de estos Días dura 4,320,000,000 años de los mortales, que realmente significa el *tiempo de vida de un planeta durante sus siete rondas*, y que se corresponde a lo que sería una encarnación de una vida humana sobre la tierra.

¿Cuánto, entonces, vive Brahmā en cualquiera de sus universos manifestados, que sabemos son llamados las “exhalaciones del Auto-Existente? Podemos calcularlo: 4,320,000,000 por 100, por 360, o en otras palabras, 36,000 vidas tiene cualquier planeta que vivir antes que el *prākṛitika-pralaya* (o el *pralaya elemental*) sobrevenga, el final de esa vida (o *pravṛitti*) del sistema universal.

¿Qué sucede cuando llega el final de un sistema solar? En una reunión anterior hablamos de las “campanas del pralaya”. No fue con intención de pretender ser retóricos, o de emplear fraseología de oratoria, que usamos esa frase. No tenemos semejante ambición. Escogemos las palabras porque las enseñanzas son que cuando el gran (o *mahā-*) *pralaya* sobreviene a los planetas de cualquier sistema y a su sol, entonces se escuchan ruidos extraños de varias clases en el aire de un planeta que pertenece a ese sistema solar; y estos ruidos se repiten en miniatura, por decirlo así, no sólo al final del manvantara planetario (o el tiempo de vida de un planeta), sino también en una todavía menor escala al final de cada ronda. Se alude también a estos fenómenos en otras religiones aparte de la hindú, como por ejemplo en la cristiana y en la judía: en Apocalipsis, 6:14; y en Isaías, 34:4. Los escritores cristianos hablan del tiempo, 2 Pedro, 3:10, 12-13, cuando los “elementos se fundan con calor ferviente”, y “los cielos pasarán con un gran estruendo”, pero ellos “esperan nuevos cielos y una nueva tierra” —o un nuevo manvantara planetario— y aluden al *pralaya* como al tiempo cuando “el cielo se desvaneció como un pergamino cuando se enrolla”, etc. Estas alusiones a la desintegración *praláyica* son hasta cierto punto figurativas, pero corren suficiente-

mente sobre los lineamientos del pensamiento del antiguo oriente como para mostrarnos de dónde vino: de la sabiduría-religión arcaica (teosofía) de oriente. Se nos dice que algunos de los ruidos extraños que ocurrirán hacia el fin del *prākṛitika-manvantara*, antes que el pralaya cósmico o *prākṛitika* sobrevenga, son extraños estruendos sordos, extraños estampidos como los del fuego de mosquetería, extraños tañidos semejantes a campanas como los de los chasquidos de inmensas correas metálicas.

Ahora bien, el sol es tanto el corazón como el cerebro de nuestro sistema solar, y envía vida en siete facetas hacia cada átomo de su universo, el universo solar del que nuestro planeta Tierra es parte. El mismo sol es en algunos aspectos un vampiro, pero es también preeminente y esencialmente un dador de vida. Es, cosmogónicamente, nuestro hermano mayor, y de ningún modo nuestro progenitor físico, como los modernos sabelotodo científicos lo creen. Es también, en un sentido vital, nuestro padre-madre, porque a través de él, desde planos superiores hasta el nuestro, descienden las corrientes de vida desde mundos (sistemas) que están sobre el nuestro; mas así como nuestro planeta, como todo otro planeta, también en un grado relativo, recibe estas corrientes de vida, así todo átomo individual y todo ser humano en la más pequeña escala de ello, recibe lo mismo individualmente, desde lo más Interno que existe dentro de sí mismo. Ésta es, como ustedes recuerdan que se expuso en estudios anteriores, la misma vida espiritual; pero *en un sentido cósmico* —es decir, con respecto al universo—, el sol es el cerebro y el corazón de nuestro sistema, que vitaliza y moldea la interminable hueste de seres bajo su influencia sistémica.

No vemos nosotros el (verdadero) sol. El sol no es ardiente, o incandescente. El calor existe alrededor del sol, pero no viene de gases ardientes o de la incandescencia. Vemos los trajes del sol, o su reflejo, pero no vemos al sol mismo. Es, a decir verdad, un objeto espiritual, y nosotros nos figuramos que recibimos todo nuestro suplemento de calor y luz de él porque las *fuerzas* que fluyen desde el sol actúan en conjunción y de forma reactiva con las fuerzas en nuestra propia tierra —fuerzas que trabajan en la naturaleza universal que nos rodea—. Si la mayor parte de nuestra *luz* se debe al sol, este *no* es el caso del 75 por ciento del *calor* que recibimos, que viene —la mayoría de él— de nuestro propio globo y sus fuerzas, y especialmente de las inmensamente espesas nubes de polvo cósmico que llenan todo el espacio. Las fuerzas electromagnéticas que operan entre este polvo

cósmico y nuestra tierra suministran la mayoría del calor terrestre.

Antes de cerrar la reunión de esta noche, deseo llamar su atención al hecho de que los antiguos astrónomos iniciados, cuando hablaban de las siete esferas sagradas de nuestro universo —las siete o nueve en las que los cuerpos del sistema solar y las estrellas fueron fijados, más allá de las cuales estaba la esfera empírea o ígnea— deseaban transmitir un significado que se ha perdido hoy día para las masas. Había un significado de profunda y amplia importancia también en sus enseñanzas *geocéntricas*. Ellos sabían tanto como nosotros (y tenemos prueba de ello) que la tierra y los otros planetas giran alrededor del sol en órbitas elípticas, pero tenían una razón para enseñar las doctrinas geocéntricas en público, y algún día tendremos necesidad de emprender un análisis y una prueba de esta aserción.

Cerremos nuestro estudio esta noche llamando la atención al hecho de que la teosofía es una doctrina de esperanza; es una doctrina de espiritualidad; es una doctrina que perfecciona y eleva al hombre; es una doctrina en la que hay espacio para el más humilde, para que entienda algo, y para el más brillante, superior y más espiritual de nosotros, para que ponga nuestros pies en el peldaño más bajo de la escalera espiritual por la que debemos escalar en ascensos jerárquicos hacia lo más alto, no sólo en nuestro propio planeta, mano a mano con los grandes Buddhas de los tiempos anteriores y de los tiempos por venir, sino más allá de nuestro planeta y más allá de nuestro propio sistema solar, hacia aquellas esferas espirituales ilimitables en las que el sistema solar existe ahora, y a través de las que derivamos nuestra vida —espiritual, mental, psíquica, pránica y física.

DIEZ

LA DOCTRINA DE SVABHĀVA —AUTO-REALIZACIÓN— INDIVIDUALIDAD
CARACTERÍSTICA. EL HOMBRE, AUTO-DESARROLLADO, SU PROPIO CREADOR.
“MONADOLOGÍA” DE LEIBNIZ COMPARADA CON LAS ENSEÑANZAS DE LA
FILOSOFÍA ESOTÉRICA.

La MÓNADA emerge de su estado de inconsciencia espiritual e intelectual, y saltando los dos primeros planos —demasiado próximos a lo ABSOLUTO para que sea posible correlación alguna con nada perteneciente a un plano inferior— se lanza directamente al plano de la Mentalidad. Pero no existe en el universo entero ningún plano con margen más amplio o con un campo de acción más vasto en sus gradaciones casi interminables de cualidades perceptivas y de apercebimiento, que este plano, el cual posee a su vez un plano apropiado más pequeño para cada “forma”, desde la mónada “mineral”, hasta que llega el tiempo en que esa mónada florece, por evolución, en la MÓNADA DIVINA. Pero durante todo el tiempo es aún una y la misma Mónada, diferenciándose solamente en sus encarnaciones a través de sus ciclos, que continuamente se suceden, de obscuración parcial o total del espíritu, o de obscuración parcial o total de materia —dos antítesis polares— según asciende a los reinos de la espiritualidad mental, o desciende a los abismos de la materialidad.

—*La Doctrina Secreta*, I, 175 [I, 205]

En otras palabras: ningún Buddhi puramente espiritual (Alma divina) puede tener una existencia (consciente) independiente antes que la chispa que brotó de la Esencia pura del Principio Sexto Universal —o el ALMA SUPREMA—, haya (a) pasado por todas las formas elementales pertenecientes al mundo fenomenal de aquel Manvantara, y (b) adquirido la individualidad, primeramente por impulso natural, y después por los esfuerzos propios conscientemente dirigidos (regulados por su Karma), ascendiendo así por todos los grados de inteligencia desde el Manas inferior hasta el superior; desde el mineral y la planta al arcángel más santo (Dhyani-Buddha). La doctrina fundamental de la filosofía Esotérica no admite en el hombre ni privilegios ni dones especiales, salvo aquellos ganados por su propio Ego, por esfuerzo personal y mérito a través de una larga serie de metempsicosis y reencarnaciones. —*Ibid.*, I, 17 [I, 81-2]

EL TEXTO general de nuestro estudio de esta noche se encuentra en *La Doctrina Secreta*, volumen I, página 83 [I, 131-2], estancia 3, versículo 10:

10. EL PADRE-MADRE HILA UNA TELA CUYO EXTREMO SUPERIOR ESTÁ UNIDO AL ESPÍRITU (*Purusha*), LA LUZ DE LA OSCURIDAD ÚNICA, Y EL INFERIOR A LA MATERIA (*Prakṛiti*), SU (*del Espíritu*) EXTREMO DE SOMBRAS; Y ESTA TELA ES EL UNIVERSO, HILADO CON LAS DOS SUBSTANCIAS HECHAS EN UNO, QUE ES SVĀBHĀVAT (*a*).

(a) En el Mandukya (Mundaka) Upanishad está escrito: “Así como una araña extiende y recoge su tela; así como brotan las hierbas en el terreno . . . del mismo modo es el Universo derivado de aquél que no decae” (I. 1. 7). Brahmâ, como el “germen de Tinieblas desconocidas”, es el material del cual todo se desenvuelve y desarrolla “como la tela de la araña, como la espuma del agua”, etc. Esto es gráfico y real, sólo si Brahmâ el “creador” es, como término, derivado de la raíz *brih*, aumentar o expandirse. Brahmâ “se expande” y se convierte en el Universo tejido de su propia sustancia.

La misma idea ha sido hermosamente expresada por Goethe, quien dice:

“Así al crujiente telar del Tiempo me someto
Y tejo para Dios la vestidura con que has de verle”.

En el transcurso de nuestros estudios hemos avanzado etapa por etapa, paso a paso, desde los principios generales, y nuestro curso se ha dirigido siempre hacia ese punto de emanación y evolución que se encuentra en el amanecer de la manifestación o en la apertura del manvantara. Hemos tocado someramente muchos asuntos, porque en ese momento la complejidad del tema no nos permitía adentrarnos y seguir avenidas laterales de pensamiento, por muy atractivas e importantes que éstas fueran; pero tendremos que explorar estas avenidas cuando en el curso de nuestros estudios el tiempo y la oportunidad traigan una vez más ante nosotros los portales que hemos pasado y a los que quizá sólo hemos echado un vistazo.

Hemos traído a consideración de aquéllos que leerán estos estudios, ciertos principios naturales fundamentales, tan fundamentales e importantes en sus respectivos sentidos como las dos piedras fundacionales de la teosofía popular de estos días, llamadas reencarnación y karma. Uno de estos principios es la doctrina de las jerarquías, sobre la que podría decirse mucho más, y será dicho a su debido tiempo.

Otro de tales principios fundamentales o doctrinas —una verdadera llave que abre el propio corazón del ser y, aparte de otras cosas, llega al significado-raíz del así llamado origen del mal y del impulso interno hacia lo correcto y hacia la rectitud, que el hombre llama su sentido moral— es aquél que emana de las concepciones filosóficas que hay detrás de la palabra *svabhāva*, que generalmente significa: la característica esencial de cualquier cosa. Los escolásticos medievales hablaron de esta esencialidad de las cosas como su *quid* o *quiddidad* lo “que” es de cualquier cosa—: eso que es su corazón, su naturaleza

esencial, su esencialidad característica—. La palabra *svabhāva* (un nombre) en sí misma se deriva de la raíz sánscrita *bhū*, que significa “volverse, hacerse, convertirse en, llegar a ser”, o “ser”, y el prefijo *sva* (o *swa*) es también sánscrito y significa “sí mismo”. La palabra traducida de este modo significa “el llegar a ser por sí mismo”, un término técnico, una palabra clave en la que son inherentes concepciones filosóficas de un sentido de inmenso y amplio alcance. Desarrollaremos algunas de éstas más ampliamente en la medida en que procedamos con nuestros estudios.

En la cita de las estancias que hemos leído esta noche habrán notado la palabra *svabhavat*, de los mismos elementos que *svabhāva*, de la misma raíz sánscrita. *Svabhavat* es el presente participio del verbo *bhū*, que significa “aquello que llega a ser sí mismo”, o *desarrolla de dentro hacia afuera su ser esencial* por emanación o evolución; en otras palabras, aquello que por *auto-impulso desarrolla las potencias latentes en su naturaleza*, en su *sí mismo*, en su *ser del ser*. Hemos hablado a menudo del Más Interno del Interno para implicar aquella conexión o raíz más íntima por la que nosotros (y todas las otras cosas) emanamos desde la propia esencia del corazón de las cosas, que es nuestro COMPLETO SER, y hemos hablado de ello algunas veces con la mano sobre el pecho; pero tenemos que ser excesivamente cuidadosos de no pensar que este Más Interno del Interno está *en* el cuerpo físico. Permítanme explicar qué quiero decir. Los cabalistas dividen los planos de la naturaleza en los que los diez Sēfirōth llegaron a ser —extraño español éste, pero expresa el pensamiento con mucha precisión y bastante correctamente— cuatro durante la manifestación, y fueron llamados los cuatro ‘*ōlām*, una palabra que tenía originalmente el significado de “encubierto”, “escondido” o “secreto”, pero también usada para “tiempo”, y asimismo usada, casi exactamente, en el sentido de las enseñanzas gnósticas de “aions” (eones) como esferas, lokas en sánscrito. El más alto de los ‘*ōlāms* cabalísticos, o esferas, era ‘*ōlām atsīlōth*, que significa: el “eón”, “edad” o “loka” de la “condensación”. El segundo era llamado ‘*ōlām hab-berī’āh*, que significa: el eón, edad o loka de la “creación”. El tercero en descendente y creciente materialidad era llamado ‘*ōlām ha-yetsīrāh*, o loka de la “forma”. El cuarto y último, más material y más grosero, era llamado ‘*ōlām ha-’asīāh*, que significa: el eón o mundo de la “acción” o “causas”. Ese último plano, esfera o mundo es el más bajo de los cuatro, y se le llamaba a veces el mundo de la materia o, también, de las “cáscaras”, siendo el hombre (y otras entidades físicas) algunas

veces considerado una cáscara en el sentido de ser la vestimenta, el vehículo o el corpus del espíritu morador.

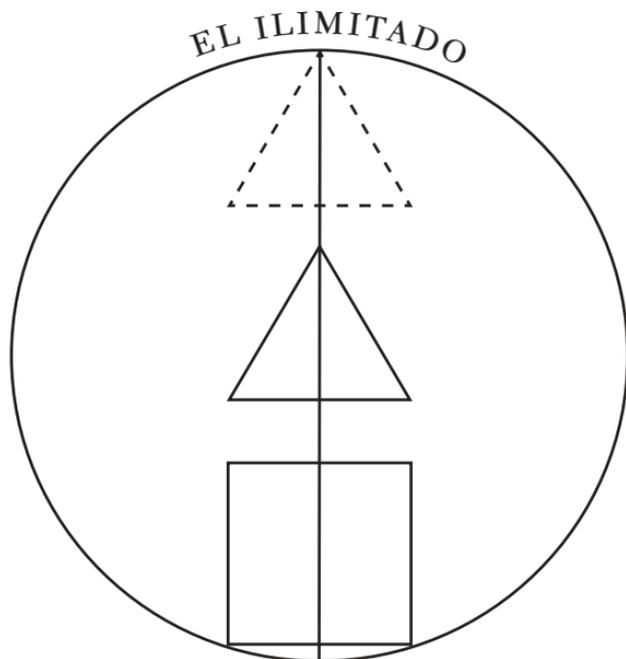
Ahora bien, *psicológicamente* se consideraba que estas cuatro esferas eran copiadas, reflejadas, o tenían un sitio (lugar) en el cuerpo humano; y para corresponder con los cuatro principios básicos en los que los filósofos cabalistas judíos dividieron al hombre, el nēshāmāh (o espíritu) se suponía que tenía su sitio en la cabeza, o más bien revoloteando por sobre ella; el segundo, rūaḥ (o alma), se suponía que tenía su sitio o centro en el seno o pecho; el tercero, el más bajo de los principios activos, llamado nefesh (o el alma animal-astral), se suponía que tenía su sitio o centro en el abdomen. El cuarto vehículo era el gūf, o el cascarón envolvente del cuerpo físico. El nēshāmāh, el superior de todos, desde el que los otros emanaron etapa por etapa —el rūaḥ del nēshāmāh, el nefesh del rūaḥ, y el gūf del nefesh (el gūf es en realidad el liṅga-śarīra, esotéricamente, y *secreta* el cuerpo físico humano)— no debe ser considerado tanto *en* la cabeza como *circundando*, por decirlo así, la cabeza y el cuerpo. Podría relacionárselo con un rayo solar, con un rayo eléctrico o aun con la así llamada Cadena Dorada del gran poeta griego Homero y de los muy posteriores filósofos neoplatónicos, que conecta a Zeus con todas las entidades inferiores; o con la cadena de seres en una jerarquía relacionada por su hyparxis con los planos inferiores de la siguiente jerarquía *superior*.

Este Más Interno de lo Interno está en esa parte de nosotros que nos envuelve, que está *sobre* nosotros físicamente, más bien que *en* nosotros. Y en realidad es nuestra mónada espiritual. Por tanto, antes de que podamos saber qué queremos significar con svabhāva, y la maravillosa doctrina que emana fundamentalmente de ahí, tenemos que entender qué queremos significar por mónada y el sentido en el que usamos la palabra mónada. Aquéllos que fueron estudiantes de H. P. Blavatsky cuando estaba viva y con nosotros, y que han estudiado bajo el cuidado de W. Q. Judge y Katherine Tingley, se darán cuenta de la necesidad de aclarar el sentido escogiendo palabras que transmitirán clara y sensiblemente, y sin posibilidad de mala interpretación, los pensamientos que yacen detrás de las palabras. En la filosofía europea, mónada, como una palabra filosófica, parece haber sido empleada primeramente por el gran filósofo italiano, el célebre Giordano Bruno, un neoplatónico de pensamiento, quien derivó su inspiración de la filosofía de Grecia ahora llamada neoplatonismo. Un uso más moderno de la palabra mónada, en un sentido filosófico-espiritual, fue el que le diera el filósofo eslavo-alemán, Leibniz. El

monadismo formó el corazón de todas sus enseñanzas, y dijo que el universo estaba compuesto, edificado, de mónadas: es decir, él las concibió como centros espirituales que no tienen extensión, pero que tienen una energía de desarrollo interna e inherente, siendo de varios grados las respectivas huestes de mónadas, logrando cada una su propio desarrollo por medio de una *naturaleza característica innata* (o svabhāva). El significado esencial de esto, como se ve de inmediato, es la *individualidad característica*, que es el *ser*, persiguiendo su propio desarrollo y creciendo por etapas más y más alto por medio del *auto-desarrollo* o del *auto-llegar a ser* (o svabhāva). Leibniz enseñó que estas mónadas estaban conectadas espiritual, física y psíquicamente por una “ley de armonía”, como él lo expresaba, que es nuestro svabhavat —el “Auto-Existente”, desarrollándose, durante la manifestación, en las huestes de mónadas, o centros monádicos.

Leibniz parece haber tomado (al menos en parte) la concepción filosófica principal con respecto a sus mónadas, tal como fue desarrollada en su filosofía —en su *Monadología*—, del místico belga Van Helmont. Este hombre, Van Helmont, sin embargo, la tomó de Bruno o, quizás, directamente, como lo hizo Bruno, de los filósofos neoplatónicos. Hasta cierto punto las ideas básicas de Bruno, Van Helmont y Leibniz se parecen entre ellas; también, en este tema, se parecen a las enseñanzas de la sabiduría esotérica, de la teosofía esotérica, pero sólo en cuanto a lo que consideramos la *manifestación*, porque al final las mónadas mismas entran en el “silencio y en la oscuridad”, como lo habría dicho Pitágoras, cuando el gran mahā-pralaya o disolución cósmica comienza. Una mónada, en las enseñanzas antiguas ahora llamadas teosofía —recuerden que “teosofía” en realidad significa: la sabiduría que los dioses o seres divinos estudian, verdaderamente un asunto divino—, significa un átomo espiritual (estamos obligados acá a usar un lenguaje popular), y un átomo espiritual es equivalente a decir: individualidad pura, la seidad del ser, la naturaleza esencial, característica o núcleo svābhāvico de cada ser espiritual, el *ser* de sí mismo. Esta sabiduría esotérica deriva este ser —no su ego, que es una cosa enteramente diferente, más baja e inferior—, deriva esta mónada *divina*, esta divina sustancia-conciencia, del Paramātman, el así llamado ser supremo, no que este ser supremo sea Dios en el curiosamente contradictorio sentido cristiano, sino supremo en el sentido de absoluta, incondicionada y todo-penetrante universalidad para, y en, una sola agregación cósmica de jerarquías, pues es la cima, la culminación, el pináculo y la *fuentes* de ella.

Si recordamos lo que hemos estudiado en relación a esto, y las concepciones que ilustramos sobre la pizarra por medio de diagramas, recordaremos que representamos lo más alto que podemos concebir intelectualmente, como un triángulo, así lo figuramos en nuestras mentes. No que esto más elevado realmente *sea* un triángulo, lo cual sería risible, sino que nos lo representamos diagramáticamente de esta manera; y a la esfera superior —en el sentido matemático de ser sin extensión física tal como *nosotros* la concebimos —de la cual todos los subsiguientes peldaños, planos o gradaciones de cualquier jerarquía irradian, la llamamos el Ilimitado, el Sin Límites, el *Ēin Sōf* como los cabalistas dijeron; y los dos aspectos del Ilimitado formaron, por decirlo así, los dos lados del triángulo divino, siendo uno de estos dos aspectos Parabrahman (más allá de Brahman), y siendo el otro Mūlaprakṛiti (o naturaleza-raíz).



Tiene que recordarse en relación a esto que cualquier representación diagramática puede mostrar, y a menudo así sucede, diferentes concepciones cuando las premisas difieren. Y después, que de este triángulo divino hubo una reflexión, por decirlo así, una emanación, en la sombra inferior, en la sustancia o materia debajo, los rayos del sol superior brillando en la atmósfera inferior, por así decirlo, e iluminándola, y que a esta atmósfera o sustancia inferior iluminada se la llamó

la mónada inferior, y a la superior se la llamó la mónada superior; y que, mientras la energía u olas de vida irrumpía en su descenso a través de la segunda mónada o la mónada inferior, el cuadrado o naturaleza manifestada venía al ser, como la tercera etapa de la evolución. Con las premisas antes expuestas, por tanto, este triángulo superior, que puede ser considerado como uno, o una trinidad en unidad, es la mónada superior, o el Más Interno del Interno, el ser del ser; y el triángulo inferior es su emanación, representando sus tres líneas el Padre, la Madre y el Hijo. El Padre, asimismo, puede ser considerado como el punto primordial del segundo o inferior triángulo, que es un centro-laya a través del cual se derraman en nuestra esfera las fuerzas que *por sí y de sí se vuelven* el universo.

En esto podemos ver un ejemplo del valor filosófico del sistema jerárquico considerado como una representación de la arquitectura simétrica de la naturaleza, porque cada etapa del progreso descendente, cada peldaño o plano descendente, es modelado y animado por las partes superiores que *permanecen* encima; mientras los planos o partes inferiores son espiritual, etérea y físicamente secretados y segregados paso a paso, plano tras plano, y exhalados como espuma sobre las capas inferiores de las ondas de vida. La naturaleza física tal como la vemos aun en este nuestro plano es, por decirlo así, divinidad concretada, y en realidad es luz concretada, porque la luz es materia etérea o sustancia.

Algún día deberemos estudiar esta cuestión de espíritu y sustancia, fuerza y materia, y sus relaciones e interacciones, más a fondo de lo que hemos sido capaces de hacerlo hasta acá en nuestras conferencias.

Ahora bien, desde lo más alto de la alto, desde lo que para nosotros es lo desconocido de lo desconocido, el Más Interno de lo Interno, a través de todos estos planos, mana hacia abajo, por así decirlo, el rayo divino, pasando de una jerarquía a otra jerarquía debajo de esta, y luego a otra todavía más baja, y luego a una tercera aún más material, y así hasta que se alcanza el límite del agregado cósmico, cuando comienza a ascender a lo largo de la estupenda ronda, regresando hacia su fuente primordial. Noten cuidadosamente que mientras desciende, *desarrolla estas varias jerarquías de sí mismo*; y en su ronda de ascenso las absorbe en sí mismo de nuevo. Rodeando este inmenso agregado espiritual, se nos enseña a concebir un aura, por decirlo así, que toma la forma de un huevo, al cual podemos llamar, siguiendo el ejemplo de los cabalistas, el *Shechīnāh*, una palabra hebrea que significa “morada” o “vehículo”, o lo que la filosofía eso-

térica llama el huevo áurico en el caso del hombre, y que en este esquema paradigmático representa el universo que vemos alrededor nuestro en sus aspectos superiores, pues esta aura es el propio brote de Mūlaprakṛiti; mientras que esta línea mística que dibujamos en la figura como atravesando hacia abajo todos los varios grados de la jerarquía es el flujo del ser, la Conciencia Incondicionada, manando en lo más interno de cada cosa.

Para volver a la palabra *svabhavat*, el “auto-llegado a ser”, el “auto-existente”: es, en lo supra-espiritual, siguiendo el paradigma de arriba, la segunda mónada *divina* o el segundo Logos *divino*; o, viéndola de otra y más baja manera, es la primera mónada *cósmica*, el reflejo de la mónada divina primigenia o primordial que está sobre ella, y es la primera manifestación o palpitación de vida cósmica cuando, habiendo sobrevenido el final del pralaya universal, se emite el grito, por decirlo así, en la atalaya de la eternidad, “¡Que haya manifestación y luz!”.

Los Elohim en una etapa anterior fueron mónadas; y ustedes recuerdan que hicimos nuestra propia traducción de los versículos 26, 27 y 28 del primer capítulo del Génesis, y vimos que estos Elohim dijeron, “Hagamos al hombre en nuestra propia sombra o fantasma (en nuestros propios seres de sombra o seres de materia), y en nuestro propio patrón”, esto es, hicieron al hombre *volviéndose él*; expresado en otras palabras, la humanidad *es* los principios inferiores de los propios Elohim como mónadas.

Así, la mónada es lo más interno de nuestros seres, no como un alma, como un “don de Dios”, sino como la parte superior de nuestros seres; y nuestros mismos cuerpos son espíritu concretado, que sobre *este plano* es lo más bajo, el extremo sombrío, el extremo de materia, de la auto-jerarquía que cada uno de nosotros es.

Recordemos una vez más que cada jerarquía tiene su svabhāva o características específicas. Para ejemplificarlo por colores, una jerarquía es predominantemente azul; otra es predominantemente roja; otra, verde; otra, amarilla o dorada, y así; pero cada una tiene sus propias cuarenta y nueve raíces o divisiones, cuarenta y nueve aspectos de una subyacente sustancia-raíz *común a todas*, a fin de que por necesidad cada una de estas cuarenta y nueve en su turno desarrolle uno de los otros colores. De modo que, si lo podemos percibir espiritualmente, debemos ver a toda la naturaleza que nos rodea brillando y fulgurando por doquier en la más espléndida interacción de colores; ¡una maravillosa imagen! Éste es un hecho puro,

no una metáfora. Y, además, hay para cada kosmos una jerarquía cósmica que incluye todas las jerarquías menores que le corresponden, y cada jerarquía, grande o pequeña, está conectada, arriba y abajo (o afuera y adentro), a otras jerarquías, superiores e inferiores, y cada jerarquía separada, individual, consiste en nueve (o diez) planos o grados. Siete de éstos se encuentran, por todas partes, en los planos manifestados. Por tanto, una jerarquía, hablando estrictamente, consiste en diez planos albergando diez estados de materia y diez fuerzas, pero siete de ellas son fuerzas *manifestadas*; las siete en manifestación van desde los mundos arūpa (o sin forma) a los rūpa (o con forma), y todas ellas están conectadas, coordinadas juntas, combinadas juntas, más allá de la concepción o entendimiento humano actual.

Es sobre estas líneas de pensamiento espiritual que el sistema dogmático religioso o científico riñe, si se nos permite usar esta expresión, con la filosofía esotérica, porque ese sistema está basado —al menos en lo que respecta al punto de vista científico— sobre hipótesis puramente mecánicas y materialistas inventadas por los científicos del siglo pasado concernientes a la naturaleza y acción de lo que es llamado materia y fuerza, como si con justicia pudiera haber una correcta definición o explicación de estas dos sobre una base de un mecanicismo fortuito que surge de la completamente inanimada “materia”.

Digamos ahora, aunque es desviarse un poco de nuestro tema principal, que la fuerza es simplemente materia sobre un plano superior —materia etérea, si se quiere—; y que la materia física es simplemente una fuerza sobre nuestro plano. En realidad, la materia no es nada más que fuerza concretada; o, para invertir la idea, la fuerza no es más que materia sublimada o eterealizada, porque los dos, materia y espíritu, son uno. Es mejor y más exacto decir que la materia es fuerza concretada o compactada, de igual manera que la naturaleza (la materia tal como la conocemos) es espíritu equilibrado.

Ahora podemos una vez más regresar a esta maravillosa enseñanza de svabhāva, luego de esta más bien larga pero necesaria explicación o introducción. La mónada es nuestro ser más interno; cada hombre tiene su mónada propia, o más bien *es* su propia mónada. Cada ser, de cualquier grado o tipo, tiene su particular naturaleza característica; no sólo las características externas o vehiculares que cambian de encarnación en encarnación y de manvantara en manvantara, sino que cada entidad, alta o baja, tiene, por decirlo así, una nota clave, o tónica, de su ser. Ésta es su svabhāva: la seidad del ser, la caracte-

rística esencial del ser, por el impulso de la cual el ser se vuelve los muchos seres, produciendo y manifestando las huestes de variadas cualidades, tipos y grados. Ahora noten con atención: el *impulso detrás* de la evolución o del desarrollo no es externo a la entidad que se desarrolla sino que está *dentro de ella*; y los futuros resultados a ser logrados en la evolución —*aquello en lo que la entidad que se desarrolla se convierte*— yacen en germen o simiente *en ella misma*; tanto este impulso como este germen o simiente surgen de una cosa, Y ÉSTA ES SU SVABHĀVA.

Recuerden lo que dijimos en nuestro anterior estudio sobre la naturaleza y evolución del universo. ¿Qué es un —o cualquier— universo? Es una *auto-contenida, auto-sostenida y auto-suficiente entidad en manifestación*, pero es sólo una de incontables huestes de otros universos, todos hijos del Ilimitado. Hay, por ejemplo, un universo atómico, y un universo terrestre o planetario, y un universo humano, y un universo solar, y así indefinidamente; y sin embargo todos se cohesionan, se interpenetran unos a otros, y forman algún agregado cósmico. Y ¿cómo y por qué? Porque cada universo, grande o pequeño, es una jerarquía, y cada jerarquía representa y es el desarrollo, es parte, del impulso espiritual y germen evolucionante que surge de ese ser, del ser de cada uno, cada cual desarrollando y evolucionando sus propias y particulares características esenciales; y todas estas fuerzas tomadas juntas son el svabhāva de cualquier entidad. Svabhāva, en pocas palabras, puede ser llamada la individualidad esencial de cualquier mónada, expresando sus propias características, cualidades y su propio tipo, por *evolución auto-impulsada*.

También debemos notar de paso que quizá la escuela más mística del buddhismo, y de la cual H. P. Blavatsky dice que se ha mantenido prácticamente más fiel en específico a ésta enseñanza esotérica de Gautama Buddha, es una escuela aún existente en Nepal, a la que se le llama la escuela Svābhāvika, un adjetivo sánscrito derivado del sustantivo svabhāva; esta escuela comprende a aquellos que siguen la doctrina de svabhāva, o la doctrina que enseña el llegar a ser o el desenvolvimiento del ser por impulso interno —la *auto-realización*—. De acuerdo a ésta, no llegamos a ser “a través de la gracia de Dios”. *Llegamos a ser* lo que sea que somos o debemos ser por medio de nuestros propios seres; nos hacemos a nosotros mismos, derivamos nuestros seres de nosotros mismos, nos volvemos nuestros propios hijos; siempre lo hemos hecho así, y lo haremos por siempre así. Esto se aplica no sólo al hombre, sino que a todos los seres en

todos lados. En esto vemos la raíz, la fuerza, el significado, de la moral. Somos responsables por cada acto que hacemos, por cada pensamiento que pensamos, responsables hasta por el último cuarto de penique, sin ser nunca nada “perdonado”, nunca nada “limpiado”, excepto cuando nosotros mismos convertimos el mal que hemos hecho en bien. Tendremos que discutir de forma más completa, alguna vez, la cuestión del origen del mal que está implicado en esto. Podemos notar de pasada que a esta escuela se la llama “ateísta” y “materialista” simplemente por dos razones: primero, el profundo pensamiento de esta doctrina es malinterpretado por los académicos occidentales; segundo, de hecho, muchos de sus seguidores se han degenerado.

De forma inmediata ven ustedes la fuerza ética de una doctrina tal como ésta de svabhāva, cuando se entiende de forma adecuada. Nos convertimos en lo que somos en germen en nuestra esencia más interna; asimismo, también seguimos y nos volvemos una parte del tipo y del curso de evolución de la particular cadena planetaria a la que pertenecemos por afinidad. Primero seguimos a lo largo del sombrío arco que desciende en la materia, y cuando hemos alcanzado el punto más bajo de ese arco, entonces, *por medio del impulso interno de nuestra naturaleza*, por medio de la evolución auto-dirigida —que es el propio corazón de esta doctrina de svabhāva, una de las doctrinas más fundamentales en la filosofía esotérica— cuando hemos alcanzado el fondo, repito, entonces el mismo impulso interno nos lleva (con tal que hayamos pasado el *peligroso punto* de ser atraídos hacia la más baja esfera de la materia) hacia arriba por el arco luminoso, hacia arriba y de nuevo hacia las esferas espirituales más altas, pero más allá del punto de partida desde donde al principio empezamos nuestro descenso en nuestro viaje cíclico hacia la experiencia material para ese manvantara.

Hacemos nuestros propios cuerpos, hacemos nuestras propias vidas, hacemos nuestros propios destinos, y somos responsables por todo ello, espiritual, moral, intelectual, psíquica e incluso físicamente. Es una doctrina de lo más importante; no hay espacio en ella para cobardía moral, no hay espacio en ella para repartir nuestra responsabilidad sobre los hombros de otro —Dios, ángel, hombre o demonio—. Podemos volvernos dioses, porque somos dioses en germen incluso ahora, internamente. Empezamos nuestro viaje evolutivo como una chispa divina no auto-consciente, y regresamos a nuestra fuente primordial del ser, siguiendo el gran ciclo del mahā-manvantara, como un dios auto-consciente.

Digamos acá que hemos llegado en este punto a lo que es un gran enigma para la mayoría de nuestros orientalistas occidentales. No pueden ellos entender las distinciones que los maravillosos viejos filósofos del oriente hacen respecto a las varias clases de los devas. Dicen aquéllos, en esencia: “Qué graciosas contradicciones hay en estas enseñanzas, que en muchos aspectos son profundas y parecen tan maravillosas. Algunos de estos devas (o seres divinos) se dice que son *menos* que el hombre; algunos de estos escritos incluso dicen que un buen hombre es más noble que cualquier dios. Y no obstante, otras partes de estas enseñanzas declaran que hay dioses superiores incluso que los devas, y sin embargo son llamados devas. ¿Qué significa esto?”.

Los devas o seres divinos, una clase de ellos, son las chispas de divinidad no auto-conscientes, realizando su ciclo descendente hacia la materia para hacer surgir desde dentro de sus seres, y para desdoblar o desarrollar, la *auto*-conciencia, el *svabhāva* de la divinidad que está dentro. Comienzan ellos su re-ascensión siempre en el arco luminoso, que en un sentido nunca acaba; y son ellos dioses, dioses *auto*-conscientes, en adelante, tomando una definitiva y divina parte en el “gran trabajo”, como han dicho los místicos, de ser constructores, desarrolladores, líderes, de jerarquías; en otras palabras, son mónadas *que han llegado a ser sus propios seres más internos*; que han pasado el Anillo no se Pasa que separa lo espiritual de lo divino. Recuerden y reflexionen sobre estos viejos dichos en nuestros libros: cada uno de ellos está preñado de significado, lleno de pensamiento.

Esta es, por tanto, la doctrina de *svabhāva*: la doctrina de desarrollo interno, de sacar a luz esa particular característica esencial o individualidad que está dentro, de la evolución auto-dirigida; y deben por fuerza ver el inmenso alcance que tiene ésta en el mundo moral, en el mundo teológico, en el mundo filosófico, ciertamente, incluso en el mundo científico respecto a los enredados problemas de la evolución, tales como la evolución de las especies, la herencia, el desarrollo de los tipos raíz, y muchos más.

Tendremos un día que estudiar con más detalle que sólo con el bosquejo que hemos dado acá, estas doctrinas divinas, muy divinas, especialmente en relación con cuestiones de la psicología humana; pues sobre estas doctrinas recae la ulterior (y mejor) comprensión de los propios principios que hemos esbozado esta noche y en anteriores reuniones. No podemos entender el universo o el funcionamiento y la interrelación de las fuerzas implicadas, hasta cuando dominemos al

menos en cierto grado, y podemos llevar hasta el fin, el mandato del Oráculo Delfico, “¡Hombre, Conócete a ti mismo!”. Un hombre que de verdad se conoce a sí mismo, lo conoce todo, porque él es, fundamentalmente, todo. Él es cada jerarquía; él es dioses, demonios, mundos, esferas y fuerzas; y materia, conciencia y espíritu —todo está en él—. En un sentido, él es construido de las raíces de todo, y él es el fruto de todo; él tiene tiempo sin fin detrás de él y tiempo sin fin delante de él. ¡Qué evangelio de esperanza, qué evangelio de maravilla, es éste; cómo eleva el alma humana; cómo aspira la parte más interna de nosotros cuando reflexionamos sobre esta enseñanza! No por gusto es llamada la “enseñanza (o sabiduría) de los dioses”, *teosofía* —es decir, la enseñanza que los propios dioses estudian—. ¿Cómo llega un hombre a ser un *mahātman* o “gran ser”? Por medio de la evolución auto-dirigida, por medio de *volverse eso que él es en sí mismo*, en su más interno. Ésta es la doctrina de svabhāva.

Y acá debemos al menos aludir al misterio de la individualidad. Recuerden que la personalidad es la “máscara” (*persona*, como dijeron los latinos) o el reflejo en la materia de la individualidad; pero ser una cosa material puede conducirnos hacia abajo, a pesar de que es en esencia un reflejo de lo superior. Un viejo dicho dice que aquellas cosas que tienen realidad o verdad en ellas, son las más peligrosas; no aquellas cosas que son realmente irreales o falsas, porque éstas por sí mismas se caen en pedazos y se desvanecen con el tiempo.

Las mónadas, psicológicamente (tenemos las cuatro mónadas, la divina, la intelectual, la psicológica y la astral, correspondiendo a los cuatro planos básicos de la materia, pero todas las cuatro mónadas se derivan de la superior), desde el punto de vista de la generalización, son átomos espirituales, átomos búddhicos, siendo principios universales en lo que concierne a los planos debajo, y siendo el buddhi quizá el más misterioso de los siete principios del hombre y, desde nuestro presente punto de vista, el más importante. Pero la mónada humana, al ser contrastada con la mónada divina sobre ella, el potencialmente hombre inmortal, comprende los tres principios, *ātman*, buddhi y *manas* superior. Se requieren estos tres principios para hacer un dios auto-consciente. *Ātman* y buddhi solos no pueden hacer un dios *auto-consciente*; ellos son una chispa divina, una no desarrollada o no evolucionada chispa divina. En relación a esto tenemos que usar términos humanos; no tenemos los términos propios en español o en cualquier otro idioma europeo para expresar estos pensamientos sublimes.

En conclusión, recordemos que mientras que cada hombre tiene

el Cristo dentro de sí mismo, y puede ser “salvado” sólo por este Cristo, puede ser salvado por ese Cristo interior sólo cuando *escoge salvarse a sí mismo*; la iniciativa tiene que venir desde abajo, desde sí mismo. Y mientras algunas personas, a través de una malinterpretación de esta doctrina de svabhāva, pueden hablar de fatalismo, esta noche no podemos hacer más que decir enfáticamente que esta doctrina no es fatalismo. Es por completo lo contrario de la hipótesis fatalista, que asegura que hay una fuerza ciega, desconocida, consciente o inconsciente, fuera del hombre, dirigiéndolo, conduciéndolo, en sus elecciones, actos y evolución, hacia la aniquilación, hacia el cielo o hacia el infierno. Esa no es la doctrina de svabhāva y eso *no* es enseñado en la filosofía esotérica.

ONCE

EL PEREGRINAJE CÓSMICO. DE LA CHISPA DIVINA NO AUTO-CONSCIENTE AL DIOS PLENAMENTE AUTO-CONSCIENTE

Devélate, oh, tú, ese sustento dado al Universo, de quien todo procede, a quien todo tiene que regresar, el rostro del Sol Verdadero, ahora oculto por un jarrón de Luz Dorada, para que podamos ver la Verdad y realizar nuestro entero deber en nuestro viaje hacia tu Sagrado Asiento. —Paráfrasis del *Gāyatrī*

EN LA PÁGINA 605 del primer volumen de *La Doctrina Secreta* [II, 299-300], encontramos lo siguiente:

Pero uno tiene que entender la fraseología del Ocultismo antes de criticar lo que éste asegura. Por ejemplo, la Doctrina se niega —como lo hace la Ciencia, en cierto sentido— a emplear las palabras “arriba” y “abajo”, “superior” e “inferior”, con referencia a las esferas *invisibles*, puesto que en este punto carecen de significado. Aun los términos “Este” y “Oeste” son sólo convencionales y únicamente necesarios para auxiliar a nuestras percepciones humanas. Pues aunque la Tierra posee sus dos puntos fijos en los polos Norte y Sur, no obstante tanto el Este como el Oeste son variables relativamente a nuestra propia posición en la superficie de la Tierra, y como consecuencia de su rotación de Oeste a Este. De aquí que cuando se mencionan “*otros mundos*” —ya sean mejores o peores, más espirituales, o todavía más materiales, aunque invisibles ambos—, el ocultista no coloca *estas esferas* ni fuera ni dentro de nuestra Tierra, como lo hacen los teólogos y los poetas; pues su posición no está en lugar alguno del espacio *conocido* o concebido por el profano. Se hallan, por decirlo así, mezclados con nuestro mundo —al que compenetran y por el que son compenetrados—. Hay millones y más millones de mundos y de firmamentos visibles para nosotros; hay aún mucho mayor número fuera del alcance del telescopio, y gran parte de estos últimos no pertenecen a nuestro plano *objetivo* de existencia. Aunque tan invisibles como si se hallasen a millones de millas más allá de nuestro sistema solar, sin embargo, están con nosotros, cerca de nosotros, *dentro* de nuestro propio mundo, tan objetivos y materiales para sus respectivos habitantes como lo es el nuestro para nosotros. Pero además la relación de estos mundos con el nuestro no es como la de una serie de cajas ovales, encerradas una dentro de otra, al modo de los juguetes llamados nidos chinos; pues cada uno se halla sujeto a sus propias leyes y condiciones especiales, sin tener relación directa con nuestra esfera. Sus habitantes, como ya se ha dicho, pueden estar pasando, sin que de ello nos demos cuenta, *al través* o *al lado* de nosotros, como si se tratase de un espacio vacío, estando sus moradas y regiones en compenetración de las nuestras, sin per-

turbar por ello nuestra visión, porque no poseemos todavía las facultades necesarias para percibirlos.

Este parece ser un muy apropiado texto general para que lo escojamos al cierre de nuestro bosquejo de las jerarquías, y de manera más particular de nuestro desarrollo de la doctrina de svabhāva, sobre la que tratamos en nuestra última reunión: la doctrina de la naturaleza característica, de la individualidad, o tipo de esencialidad, de cada mónada individual, creciendo, manifestándose y volviéndose ella misma en el mundo manifestado en el que es en sí misma la semilla de su propia individualidad. La relación de este concepto con la doctrina de la evolución —“desenrollándose o desenvolviéndose a partir de lo que es adentro”— y en especial con el discutido y enredado problema del así llamado origen de las especies, es simplemente inmenso, pues es la clave de ello.

Podemos usar la palabra *individualidad* para el significado de svabhāva, teniendo en cuenta que no la usamos en contraste con *personalidad*. Es la individualidad en el sentido de significar el ser y el desenvolvimiento de esa cualidad particular o característica esencial que distingue una mónada, una entidad humana, un cosmos, un átomo, de otro de la misma clase. Fundamental como es la doctrina de las jerarquías, e iluminadora como es la luz que arroja sobre otros problemas, ella, por sí misma, no puede ser entendida con propiedad sin su doctrina complementaria de svabhāva; y, viceversa, no podemos entender con propiedad la doctrina de svabhāva sin entender la doctrina de las jerarquías.

Esta noche esperamos desarrollar el significado verdadero de svabhāva, y de este modo finalizar esta parte de nuestro estudio, habiendo ya alcanzado las fronteras, por así decirlo, de la manifestación cósmica; y al iniciar nuestro estudio de aquélla en detalle, estamos obligados a tratar un aspecto muy esencial de la doctrina, otro aspecto de ella, el cual es fundamental para entender con propiedad esta porción de la enseñanza de la sabiduría antigua; es una porción que concierne a la psicología. En realidad, esta doctrina de las jerarquías y esta su doctrina complementaria de svabhāva, son ambas, en gran medida, fundamentalmente psicológicas.

Svabhāva es un término sánscrito, un sustantivo derivado de la raíz *bhū*, que significa “llegar a ser, volverse, convertirse en”, y por tanto “ser”, una concordancia psicológica que es también hallada en varios otros idiomas, como en griego y en inglés, por ejemplo. En griego, la

palabra es *gignomai*; y en inglés es *be*. En el antiguo anglo-sajón tenemos esta palabra con su sentido futuro esencial por completo contenido y psicológicamente sentido de manera definida, a saber: *ic beo, thu bist o byst, he bith o biath*, etc., que significa “Yo, tú, él será”, en el sentido futuro de “llegar a ser”. Es obvio que la fuerza psicológica de esto significa que *siendo* es esencialmente un *llegando a ser* —un crecimiento, evolución o desenvolvimiento de una facultad interna.

El inglés, a propósito, tenía originalmente, y todavía tiene, sólo los dos tiempos gramaticales naturales: el tiempo imperfecto, o el tiempo de acción imperfecta o incompleta, comúnmente llamado el presente; y el tiempo perfecto de acción perfecta o completada, o el pasado.

Ahora bien, ¿Qué constituye a una jerarquía como diferente en esencia —o *svabhāva*— de otra jerarquía? Es su *svabhāva*, o la semilla de la individualidad que *es* ella y está en ella. Es esa semilla que, desarrollándose, hace *una* jerarquía, y esa semilla, al desarrollarse, sigue las leyes (o más bien naturaleza) de su propio ser esencial, y este es su *svabhāva*. En *La Doctrina Secreta*, H. P. Blavatsky habla a menudo de una cualidad o plano particular de ser universal, que ella llama *svabhavat*, el presente participio neutro de la misma raíz *bhū*, y usada como un sustantivo. Como *svabhāva*, se deriva de la misma raíz, con el mismo prefijo, y significa esa cosa particular que *existe y llega a ser de, y en, su propia esencia esencial*; llámenla el “Auto-Existente”, si así gustan. Es, sin embargo, una palabra sánscrita, un término budhístico, y su equivalente brahmánico en la Vedānta probablemente sería el lado cósmico de *Paramātman*, el ser supremo, el aspecto individualizado de *Parabrahman-Mūlaprakṛiti*: súper espíritu-raíz de la materia.

Svabhavat es la esencia espiritual, la raíz fundamental o espíritu-sustancia, el Padre-Madre del comienzo de la manifestación, y de él crecen o *llegan a ser* todas las cosas. Puede ser concebido como lo hizo Spinoza, el filósofo judío holandés, como Dios, como el subyacente y único ser o sustancia; aunque en nuestros estudios hemos evadido el uso del término “Dios” por una razón que será expuesta más adelante. O puede ser concebido como lo hizo Leibniz, como una unidad colectiva de una infinitud de mónadas emanadas o “entelequias”, para usar el término de Aristóteles. Spinoza era un idealista absoluto, mientras que Leibniz era un idealista objetivo, lo que, por cierto, también somos nosotros. *Svabhāva* es la naturaleza característica, la esencia-tipo, la individualidad, de *svabhavat* —de cualquier *svabhavat*, teniendo cada uno de los cuales su propio *svabhāva*.

El significado principal y esencial de la doctrina de svabhāva es el siguiente —y es tan fundamental, tan importante para entender con propiedad lo que sigue, que vamos a pedir vehemente y enfáticamente la atención de todos respecto a él—. Cuando comienza o inicia la manifestación cósmica no lo hace sin orden ni concierto, en confusión desordenada, o por casualidad; comienza de conformidad con las *semillas características* de la vida, llamadas, comúnmente, leyes, que han estado en existencia latente por todo el período del mahā-pralaya que precede el inicio del nuevo manvantara, y estas leyes —usamos el término bajo fuerte protesta— son en realidad los *hábitos kármicos* intrínsecos e ineluctables de la naturaleza para ser *esto o aquello*, sus svabhāvas, para decirlo en pocas palabras, sus huestes de innumerables entidades o naturalezas esenciales; y estas leyes son de hecho impresas, estampadas, sobre la materia etérea y física por las esencias monádicas o mónadas. ¡Los svabhāvas de las mónadas dan sus naturalezas svābhāvicas a la naturaleza! Las mónadas son individuos, y al concebirlas como reunidas juntas en una unidad y formando un cuerpo de una mónada aún mayor, Leibniz dio a esta mónada mayor el término latino *Monas monadum* —la “Mónada de las mónadas”—. Esta mónada es, en resumen, la cima jerárquica, de la que hemos hablado ya varias veces antes. Pero ¿dónde hay ahí alguna necesidad de llamar Dios a esta “Mónada de mónadas”, a este ápice jerárquico o cima? Podemos concebir algo aún más alto, y así en más, casi a voluntad. Parar en cualquier punto y llamarlo Dios sería simplemente *crear* una deidad: ¡un Dios hecho por el hombre, verdaderamente!

Sin embargo, el hombre debe hacer una pausa en algún lugar del pensamiento. Así, empezamos con svabhāva que, siendo un término abstracto, no es un límite o borde en sí mismo. Es pura individualidad trabajando en el espíritu-materia de la que es la parte más alta o cima. Ahora bien, esta naturaleza esencial (o svabhāva) de una mónada se desarrolla y *se vuelve* en la materia una jerarquía, ya sea que esta jerarquía sea un átomo, un hombre, un planeta, un sol, un sistema solar o un universo cósmico (o un cosmos universal) tal como lo encontramos dentro de la zona circundante de la Vía Láctea. Tan así sigue la mónada el impulso esencial conductor de su propia esencia interna, su svabhāva. De aquí es que así como las mónadas son individuos, así también son las resultantes jerarquías individualizadas. Y generalizando, a medida que la mónada llega a ser o se convierte en la jerarquía, descendiendo el arco sombrío —esto es, descendiendo

en la materia—, a medida que se *vuelve materia en sus partes inferiores* (la porción superior de la mónada permanece siempre en su propio y puro estado inalterado) alcanza cierto punto que es el fin de su desarrollo cíclico para ese período de evolución o manvantara, y entonces comienza su ciclo ascendente y de retorno, y a esta parte de su viaje se le llama el arco luminoso, porque su tendencia es hacia la luz, o espíritu, continuando con la fraseología de los sabios antiguos.

Estudiamos hace algún tiempo, en la Biblia hebrea, capítulo 1, versículos 26 y 27, cómo dijeron los Elohim: “Hagamos al ‘hombre’ en nuestra propia imagen de sombras (en nuestra propia sombra), y en nuestro patrón arquetípico”. Estos Elohim que “hablaron” así eran mónadas, juntos formando una jerarquía, cada uno de ellos, además, una jerarquía por sí mismo. Así como cada hombre individual es una jerarquía subordinada de la jerarquía mayor de la humanidad, así la humanidad es una jerarquía subordinada de la todavía más grande jerarquía del planeta, y el planeta Tierra, una jerarquía subordinada de la aun más grande jerarquía del sistema solar; y así en más, siempre que tengan el cuidado de seguir este pensamiento. El hombre está, en sí, compuesto por seres inferiores; en sí mismo es un microcosmos o universo en pequeño; para estos seres inferiores él es como un dios —para ellos, él es la *Monas monadum*, la Mónada de las mónadas—. Luego veremos razones de mayor peso de por qué hemos diligentemente evadido usar esta palabra Dios. Es una palabra coloreada, estropeada por los pensamientos que se le han pegado o adherido; coloreada por todos ellos, y por esta razón es una palabra peligrosa de usar, tanto por engañosa como por inadecuada.

Mientras en el principio de la manifestación en el cosmos esta mónada atraviesa el centro laya, es decir, pasa a través del punto neutral, el punto de desvanecimiento donde el espíritu se vuelve materia, o viceversa (pueden llamarlo el átman de los seis grados o principios inferiores que deberán seguirse en la evolución secuencial), en la medida en que la mónada descendente atraviesa la materia circundante del cosmos que la rodea, sigue, en su curso, su propio impulso interno o, más bien, es conducida por él; es *auto-expresiva*, pero todavía auto-inconsciente. Pero cuando cualquier específica parte “atómica” de esta mónada cósmica alcanza la auto-conciencia y se convierte en un hombre, el sendero que sigue su evolución de ahí en adelante es *conscientemente auto-dirigido*. Hasta el tiempo de la entrada de la mente *auto-consciente* en el hombre, la entidad que evoluciona está bajo el impulso, bajo la propulsión, de la terrible

e implacable necesidad que, sin embargo, de la manera más enfática, *no es destino*; y esto es así porque, hasta este punto crítico en la evolución, la entidad que se desarrolla es aún un ser imperfecto: no es una cosa *auto-consciente*, sino una chispa divina no auto-consciente. No puede aún dirigir su propio destino en los planos de la manifestación, pero de forma automática sigue el curso de la jerarquía a la que pertenece. Esta impotencia mental-espiritual cesa cuando el estado auto-consciente se alcanza, que es en el hombre. A partir de este momento, en creciente grado, el hombre se vuelve él mismo un creador —un creador, auto-conscientemente, de él mismo—; se extiende hacia arriba, hacia el interior o hacia el exterior (el adverbio no importa) *y se vuelve aquello que él esencialmente es adentro*, continuamente aspirando hacia el Más Interno de lo Interno; y finalmente alcanza el punto, al final de este Día de Brahmā —luego de siete rondas planetarias— donde aflora en un dios auto-consciente, todavía no “Dios”, o la cima de la jerarquía a la que pertenece por ascendencia kármica, sino que *un dios*. Ya no más es él una mónada no auto-consciente, sino una mónada auto-consciente, un espíritu planetario, un dhyāni-chohan, para usar un bello término budhista, un “señor de la meditación”, una de esas asombrosas huestes de seres espirituales que son las flores por entero abiertas de anteriores períodos de mundos o manvantaras. Estas huestes maravillosas son los hombres perfectos de esos períodos mundiales anteriores; y ellos guían la evolución de este planeta en su presente manvantara. Ellos son nuestros propios señores espirituales, líderes y salvadores. Nos supervisan ahora en nuestra evolución aquí, y seguimos el sendero de la evolución general delineada por ellos en nuestro presente peregrinaje cíclico.

Cuando comenzamos por primera vez en este peregrinaje como chispas divinas no auto-conscientes, destinadas a volverse hombres auto-conscientes en este nuestro manvantara, fueron estos dhyāni-chohans —flores del anterior manvantara— quienes abrieron el camino para nosotros, quienes guiaron nuestros inciertos pasos mientras nos volvíamos hombres, encarnaciones de nuestros superiores seres. Pero cuando nos volvimos entidades auto-conscientes u hombres, empezamos a guiarnos a nosotros mismos. Trabajar de manera consciente con ellos de acuerdo a nuestra evolución, “trabajar con la naturaleza”, como noblemente lo expresó H. P. Blavatsky, es nuestro más alto deber y nuestra más brillante esperanza. Es nuestro destino futuro volvernos nosotros mismos tales seres parecidos a dioses, y de ahí en adelante, en nuestro turno, informar, inspirar y guiar a las enti-

dades menos evolucionadas en futuros manvantaras, tal como hemos sido informados, inspirados y guiados por ellos; y finalmente, luego de muchos kalpas, luego de muchos Días de Brahmā —cada uno de tales Días un período de siete rondas planetarias— llegaremos a ser una parte consciente del Logos cósmico, el Logos Brāhmico, usando la frase Logos Brāhmico para significar la más alta inteligencia entitativa conciente del sistema solar; y de ahí, hacia arriba y hacia arriba para siempre.

Regresamos ahora a nuestro tema principal. Cuando la mónada ha alcanzado el primer punto de la manifestación cósmica, ya ha descendido a través de los primeros tres de diez planos, grados o peldaños, es decir, a través de los tres planos, grados o peldaños que forman el triángulo superior o tríada de los diez planos en, y sobre, los que está construido el universo. Ahora comienza definitivamente a verificarse su círculo descendente, y su entrada en la manifestación cósmica, como ya se dijo, es el centro laya que es el ātman o espíritu universal, que no pertenece más a cualquier entidad particular u hombre de lo que lo hace el ātman de cualquier entidad u hombre en cualquier otro planeta de cualquier otro sistema solar. El ātman es nosotros mismos sólo porque es el enlace que nos conecta con lo superior. De hecho, el ser humano u hombre consiste en cinco principios, porque el ātman no es suyo excepto como una “tabla de salvación”; y su cuerpo físico grosero no es realmente un principio en absoluto. Tendremos que adentraremos más de lleno en este asunto de los principios componentes en el hombre cuando iniciemos nuestro estudio de la composición psicológica humana.

Ahora bien, el triángulo superior de los diez planos arriba aludidos, realmente se *extiende o desarrolla hacia fuera a partir de la propia mónada*, como los pétalos y las hojas de una flor se extienden o desenvuelven a partir de su semilla: saca su vida y su ser desde dentro de sí misma. Es el mundo elemental, *espiritualmente* hablando; como los tres mundos por debajo de nuestro reino mineral son los mundos elementales de nosotros mismos, *materialmente* hablando, formando un mundo elemental, “espiritualmente” hablando, de la jerarquía que está por debajo de la nuestra.

Este impulso interno que conduce a la mónada a expresarse en la manifestación y la forma, es la voluntad de seres superiores, que trabajan a través de ella misma, de los cuales seres superiores ella forma una parte integral —justo como nuestro cerebro o nuestro cuerpo siguen la implacable ley de la necesidad que nosotros im-

ponemos sobre el cerebro o el cuerpo por nuestros pensamientos y nuestra voluntad, y no obstante, tanto el cerebro como el cuerpo son partes de nuestro ser en la materia—. La mónada tiene que alcanzar la auto-conciencia para “liberarse” y de este modo volverse un dios auto-consciente, auto-dirigido.

Estos asuntos son tan importantes para entender de manera apropiada nuestro futuro estudio que sentimos la necesidad de volver a ellos una y otra vez. Son básicamente fundamentales, y yacen en la propia raíz de toda nuestra enseñanza. Hay que entender claramente y bien que esto *no es fatalismo*. Esta última doctrina es directamente contraria a la doctrina de svabhāva, la doctrina de la *auto-expresión*.

Así como el huevo desenvuelve de dentro de él el germen que llegará a ser el futuro polluelo; o el huevo humano, el óvulo, desenvuelve el germen dentro de él que llegará a ser el futuro niño u hombre, de manera similar el universo se desarrolla, de manera similar un átomo se desarrolla, de este modo también una mónada se desarrolla. Es desenvuelta dentro del huevo áurico. El óvulo humano, la semilla de una planta, cada cual no es más que un huevo. La forma puede diferir, la forma de vida puede diferir, pero no tiene nada que ver con el principio de desenvolvimiento del que estamos hablando. La envoltura dentro del huevo áurico envuelve el germen de la individualidad —o svabhāva— que está destinado a seguir su curso a lo largo de su propia línea característica de desenvolvimiento: lo que está en el huevo o semilla, sale, cada especie de acuerdo a su propio tipo, y esto es su svabhāva. La escuela estoica griega enseñó la existencia, tanto cósmica como infinitesimalmente, del *logoi espermático*, “logoi-semilla”, cada uno de tales logoi espermáticos produciendo criaturas de su tipo y de acuerdo a su propia esencia —como el hebreo bíblico los Elohim— y esto es, asimismo, svabhāva.

En nuestro estudio de la Qabbālāh vimos cómo el mundo superior se desenvolvía a sí mismo, y *de sí mismo* emanaba o desarrollaba el segundo mundo, de este modo realmente *volviéndose* el segundo mundo: siendo así tanto padre como hijo. El segundo mundo era, así, el hijo del primero; el tercero era el hijo del primero *y* del segundo; y el cuarto, el “mundo de las cáscaras” —o de los seres que viven en cuerpos groseros, o “cáscaras”—, era el hijo del primero, del segundo y del tercero, todos trabajando juntos para producir este cuarto. Noten bien, sin embargo, que cada esfera o mundo superior *permanece intacto en su propio plano*, aunque desarrollando de sí mismo el próximo y subsiguiente mundo inferior.

Los estoicos tenían una doctrina del desarrollo que en su esencia es la inalterada enseñanza de nuestra propia filosofía, aunque expresada de diferente forma y bajo diferentes nombres. Ellos la expresaron de esta manera, siguiendo el modo mecánico tan aceptable y querido de la mente griega. Es curioso, por cierto, que la mente oriental haya preferido siempre seguir las líneas de pensamiento psicológicas y espirituales en lugar de las mecánicas o, como diríamos ahora, las científicas. Pero los estoicos enseñaron en Grecia, y luego en Roma, que el mecanismo de la naturaleza esencial de la Deidad —y esta naturaleza esencial es nuestro svabhāva, lo que nosotros llamaríamos Padre-Madre— era *tensión*, y *distensión* o *aflojamiento* de esta tensión, siendo este aflojamiento de tensión el primer acto de la construcción del mundo. Ellos tomaron como una analogía para ilustrar la idea el bien conocido hecho de que cuando un metal se calienta entonces se expande, y finalmente se evapora; y usando esta simple analogía a propósito dijeron que el estado “natural” de *pneuma* (“espíritu” = la Deidad) es el fuego: no el fuego físico, sino la semilla de ese elemento cósmico del que el fuego físico dimana. El aflojamiento de esta tensión producía la primera diferenciación de la sustancia primordial (o *pneuma* = “Dios”), y esta diferenciación, entonces, despertaba a la vida activa a las semillas de vida, dormitadas o latentes, que venían del período previo de vida manifestada; las semillas de vida, o vidas en semilla —sus logoi espermáticos de ellos— despertando de este modo, procedieron a construir y a guiar el período mundial venidero y a todas las entidades en él, cada una de tales semillas de vida emanando de sí mismas sus especies esenciales, o esencia característica, es decir, svabhāva. Esta es la enseñanza en miniatura, pero como la dieron los estoicos, de la filosofía esotérica.

Ahora bien, cuando el universo estaba por surgir *de su propio ser*, enseñaron los estoicos, la tensión de la sustancia primordial o fuego divino se distendió, o se contrajo, por decirlo así, y esta contracción, por condensación, dio nacimiento al aeter; luego, al distenderse la tensión en el aeter, esto dio nacimiento al aire; y éste, luego, al agua; y ésta, finalmente, a la tierra. No estamos hablando del fuego, aire, agua, tierra materiales que vemos alrededor nuestro, sino que nos referimos a los *elementos* o *semillas* de éstos, la tierra, el agua, el aire y el fuego que vemos a nuestro derredor son sólo ejemplos materiales o la última progenie, por decirlo así, de las semillas elementales de las que éstos respectivamente emanan. El “fuego” dio nacimiento al “aeter”, siendo éste último su sombra, la sombra de sí mismo. El “aeter” dio

nacimiento a *su* sombra, o “aire”, su envoltura o cuerpo; y el “aire” al “agua”; y el “agua” a la “tierra”. Los estoicos enseñaron además que todas estas cosas pueden ser respectivamente transformadas una en la otra —el sueño de los alquimistas, y también el sueño, psicológicamente, de los iniciados quienes tienen como objetivo, y se afanan en, transformar lo vil en lo puro, lo material en lo espiritual.

Regresando una vez más a nuestro tema principal, debe notarse que de manera natural, mientras la mónada —la raíz de la individualidad de una jerarquía de cualquier tipo— efectúa su ciclo descendente en la materia, produce de sí misma, expande externamente de sí misma, sus propias sombras (o vehículos inferiores) que se vuelven constantemente más densos en proporción directa al mayor descenso de la mónada. En relación a esto surge la pregunta, que mientras hay ciertos mundos de felicidad, mundos de paz, en las esferas superiores, ¿qué hay de aquellos mundos inferiores; qué hay de aquellos estados inferiores del ser de los que H. P. Blavatsky habla como el *avīchi*? No hay un infierno en el sentido cristiano. Semejante infierno es un impreciso espectro de la imaginación; pero hay, de verdad, bajas esferas: así como las hay superiores, tienen que haberlas inferiores. No puede haber bien sin mal, porque el uno es la sombra del otro y lo equilibra en la naturaleza. Estas esferas inferiores tienen una parte bien definida que jugar en el gran drama cósmico. Son los albergues purificadores, por decirlo así, de las almas de aquéllos que persisten en hacer el mal. Lo semejante atrae lo semejante. Estas esferas inferiores están *necesariamente* constituidas por aquellos que de manera voluntaria, por una prolongada serie de encarnaciones, rehúsan seguir la luz espiritual dentro de ellos. Lo semejante atrae lo semejante, repetimos. De hecho, tales almas, así manchadas y apesadumbradas por el mal, en realidad están siguiendo su propio peregrinaje cíclico, llevadas por *atracción* a semejantes esferas y moradas. Durante el peregrinaje cíclico descendente de las almas-átomo en la materia, varios millones y millones han fallado en pasar el punto de peligro y, en vez de comenzar, a partir de allí, su viaje hacia el hogar, ascendiendo por el arco luminoso, ¡son arrastradas a la terrible vorágine de la corriente que desciende aún más en la materia! Y por lo tanto, a un sufrimiento relativamente más grande. Éstas tienen que esperar hasta que venga de nuevo su tiempo en el próximo manvantara, y otra oportunidad en el futuro kalpa de la tierra. En *este* Día de Brahmā, en *este* manvantara de siete rondas, todo ha terminado para ellas en lo que respecta a su viaje *consciente* de regreso a su fuente divina.

Éstas son doctrinas (tales como la del avīchi-nirvāṇa, recién insinuada en las pocas oraciones precedentes) que fueron enseñadas en las escuelas esotéricas antiguas. De ellas, por mal interpretación y corrupción, se han derivado los espantajos de doctrinas de un fiero y material infierno ¡en el que se quemarán por toda la eternidad las almas etéreas de los pecadores obstinados! Estas almas se dice que son de una naturaleza semejante al asbesto, ¡que se quema intensamente y sin embargo nunca se consume, como brea ardiendo por una completa eternidad en fuego por completo sin fin! ¡Qué terroríficas pesadillas de una grosera y materialista enseñanza “religiosa”! Es asombroso cómo la mente del hombre inventará cosas con las cuales torturarse a sí mismo. Pero también muestra que detrás de todas estas terribles doctrinas y dogmas de pesadilla, hay algún hecho fundamental que las mentes no adiestradas ven a través de oscurecidas y falsas nubes densas, y lo distorsionan; algún elemento de verdad que sólo necesita una explicación apropiada para su entendimiento.

¡Y cómo el corazón humano tiene que consumirse en compasión! ¿Nos damos cuenta de cuán real eran estas doctrinas para nuestros ancestros de sólo unas pocas veintenas de años? ¿Y de que en algunas iglesias de aspecto retrógrado de nuestros días estas mismas horribles doctrinas todavía se enseñan como realidades, aunque más o menos en secreto como si fuese en la más absoluta vergüenza, y que hay hombres extraviados e infelices que las creen, y en sus lechos de muerte sufren por anticipado las torturas de los condenados, torturas peores, ciertamente, que cualesquiera que la naturaleza les haya preparado como galardón por sus errores y pecados? ¡Piensen en el horror de esto! ¡Piensen en la obligación que les debemos a nuestros semejantes, de enseñarles la explicación y el significado apropiado de estas doctrinas tortuosas distorsionadas en todo su sano juicio, en toda su hermosa esperanza! Para nosotros hay un elemento moral involucrado en esto. La gente a veces pregunta ¿cuál es la utilidad de estudiar *La Doctrina Secreta*? ¿Cuál es la utilidad de invertir tanto tiempo en estudiar las rondas y las razas? Ésta es una de sus utilidades. Esencialmente ustedes no pueden cambiar a los hombres hasta que ustedes hayan cambiado sus mentes. *Enséñenles a los hombres a pensar propia y noblemente, y les enseñarán a vivir propia y noblemente, y a morir propia y noblemente.* No hay nada como un pensamiento noble para levantar a un hombre. Es la completa locura, y el egoísmo habla para decir: “¿Cuál es la utilidad de estos así llamados nobles pensamientos? Mis pensamientos son suficientemente buenos para mí”.

Después de todo lo que se ha dicho previamente, apenas hemos empezado nuestra exposición de svabhāva. Esta noche no tendremos el tiempo y la oportunidad para tratar los muy importantes aspectos psicológicos de ella que teníamos la esperanza de tratar. Tenemos aún algunos momentos, sin embargo. Tratemos entonces de ilustrar con más claridad esta doctrina de svabhāva sobre la línea antes escogida. Imaginen una mónada individual enviando su rayo, o descendiendo, a través de esa esfera que se convierte en el plano atómico-espiritual * de los seis planos por debajo de él. Este rayo forma eso él mismo en sus respectivos principios y planos a medida que pasa el tiempo, y reúne y junta las experiencias de cada plano separado. Dejando ese plano atómico*-espiritual, o átomico, desarrolla de sí mismo su sombra, que es como una cáscara, un aura, formando de este modo, ahí, su huevo áurico, y a este segundo plano o principio lo llamamos nuestro buddhi, y en la medida en que la vida monádica o rayo desciende aún más hacia la vida de sombras, este plano y principio buddhico se vuelve, para él, lo real y lo verdadero. Mientras pasan los ciclos de tiempo, el rayo monádico (o semilla) descendente desarrolla otra sombra, otra cáscara, otro cuerpo sutil, otra aura, otro huevo áurico, *de sí mismo*, y éste es nuestro manas. Cada uno de estos tres principios —como de hecho lo tienen los siete— tiene siete grados, siete estrados, desde el “atómico”* de cualquiera de los tres, hasta el más bajo, que es su corpus o cuerpo. Y así con los restantes cuatro planos y principios inferiores del hombre. Cada uno de estos principios está “completamente” desarrollado en nuestro globo en la ronda respectiva y similar de las siete que constituyen el Día de Brahmā. Más aún, en cada uno de los siete globos de la cadena planetaria, se desarrolla uno de los siete principios en especial. Asimismo, como se mostró recién, al final de cada ronda, se desarrolla un plano y un principio de los siete, preliminar al desarrollo del subsiguiente en otra ronda. Toma dos rondas completas, por ejemplo, revelar dos planos y dos principios por completo; pero durante la primera y la segunda rondas, por ejemplo, los otros planos y principios han estado apareciendo por grados, desarrollándose poco a poco, revelándose paso a paso. El polluelo no crece en un día; el niño no se vuelve hombre en una semana; su alma no se desarrolla dentro de él en una quincena. Si un hombre vivió la vida que debía, estará en sus mejores y más nobles condiciones para el momento cuando piense

* [¿átmico?]

que es tiempo de ir a la cama y morir. El cuerpo físico puede entonces estar listo para morir, pero el hombre que está dentro de él, eso que es el ser real, deberá seguir creciendo para volverse más y más grande y noble. Es para esto que en realidad vivimos.

Y así sigue el curso de la evolución hasta el final de las siete rondas, cada ronda develando un principio y un plano, como ya se dijo; en cada ronda se devela o desarrolla en menor grado cada uno de los principios remanentes, habiendo en ello, de este modo, usando una imagen de Ezequiel, “ruedas dentro de ruedas”. En el punto medio de la cuarta ronda, que es la ronda del medio, llega un tiempo cuando el rayo monádico alcanza la propia cima de la materialidad —cuando la ola de vida alcanza un punto donde se ramifica tanto hacia abajo como hacia arriba—, y entonces, en palabras de Ezequiel, capítulo 18, “el alma que pecare, esa morirá”, queriendo decir que el rayo monádico se dirige hacia abajo y pierde toda oportunidad de ascender de nuevo en dirección del hogar por el arco luminoso, para *ese manvantara*. Sigue el sendero descendente. Pero todos los otros que pueden y *sí* siguen, ellos realmente pasan el punto de peligro.

Un Día de Brahmā se compone de siete rondas, un período de 4,320 millones de años solares o más bien terrestres. Siete de estos Días, además, se requieren para hacer un manvantara solar, que es un término usado en filosofía esotérica en un sentido peculiar, porque siete veces siete rondas se necesitan para develar a su máximo cada uno de los siete principios y de los siete planos de los que se compone la jerarquía que se manifiesta. De la Vida de Brahmā, se nos dijo que ha pasado ya la mitad, ¡una mitad de 311,040,000,000,000 más unos cuantos más billones de nuestros años! Me refiero al *Sūrya-Siddhānta*, una obra cosmogónica y astronómica sánscrita antigua, que, de las afirmaciones y hechos contenidos en ella, reclama para sí una edad de algo más de dos millones de años, de acuerdo con la interpretación popular. Creo que nuestros orientalistas modernos ubican su origen más o menos alrededor del principio de la era cristiana o posterior, sólo sobre las bases de que los griegos llevaron al noroeste de la India ciertas formas de cómputo que son halladas en el *Sūrya-Siddhānta*, una teoría que es por completo arbitraria, y sin basamento sobre ningún hecho comprobado con certeza, ¡excepto las teorías “svābhāvicas” o auto-desarrolladas de los orientalistas mismos!

DOCE

PSICOLOGÍA: DE ACUERDO A LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA. LA INMORTALIDAD
ES CONDICIONAL: LA PÉRDIDA DEL ALMA

No te inclines hacia abajo, pues yace un precipicio debajo de la tierra,
Atrayendo bajo un declive de siete peldaños, debajo del cual
Está el trono de la horrenda necesidad

—PSELLUS, 6 (Cory, *Fragments antiguos*, p. 278)

Los diabólicos (*asurya*) son llamados esos mundos,
¡Con oscuridades ciegas (*tamas*) sobrecubriéndolos!
Hacia ellos, al morir, van

Cualesquiera gentes que sean asesinos del Ser.

—*Īśā-Upanishad*, 3 (Traducción de Hume)

AL INICIAR nuestro estudio de la sagrada ciencia que tenemos
el privilegio de investigar de nuevo esta noche, comencemos
por leer de *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky, volumen
I, el último párrafo de la página 272 [I, 285-7]:

(1) La Doctrina Secreta es la Sabiduría acumulada de las Edades, . . .

Siguiente página, segundo párrafo:

(2) La Ley fundamental en ese sistema, el punto central del que todo surgió, alrededor y hacia el cual todo gravita, y del que depende la filosofía de todo lo demás, es el PRINCIPIO-SUBSTANCIA UNO, homogéneo y divino: la causa radical única.

Último párrafo:

(3) El Universo es la manifestación periódica de esta Esencia Absoluta desconocida.

Siguiente página, segundo párrafo:

(4) El Universo es llamado, con todas las cosas en él, MAYA, porque todo en él es temporal, desde la vida efímera de una luciérnaga, hasta la del sol.

Último párrafo:

(6) El Universo es elaborado y *dirigido* de *dentro afuera*. Tal como es arriba es abajo, así en los cielos como en la tierra; y el hombre —el microcosmos y la copia en miniatura del macrocosmos— es el testimonio viviente de esta Ley Universal y de su manera de obrar. Vemos que cada movimiento *externo*, acción, gesto, sea voluntario o mecánico, orgánico o mental, es precedido y producido por un sentimiento o emoción, voluntad o volición, *internos*, y por el pensamiento o mente. Pues ningún movimiento o cambio exterior, cuando es normal, en el cuerpo externo del hombre, puede tener lugar a menos que sea provocado por un impulso interno, comunicado por una de las tres funciones citadas; y lo mismo sucede con el Universo externo o manifestado. Todo el Kosmos es dirigido, vigilado y animado por series casi interminables de Jerarquías de Seres sensibles, teniendo cada uno de ellos una misión que cumplir, y quienes —ya se les llame por un nombre o por otro, Dhyan-Chohans o Ángeles— son “mensajeros” en el sentido tan sólo de ser agentes de las Leyes Kármicas y Cósmicas. Varían hasta el infinito en sus grados respectivos de conciencia y de inteligencia; y el llamarlos a todos Espíritus puros, sin mezcla alguna terrena, “sobre la que el tiempo hará presa algún día”, es tan sólo tomarse una licencia poética. Pues cada uno de estos Seres, o bien *fue* o se prepara para convertirse en un hombre, si no en el presente ciclo (Manvantara), en uno de los pasados o en uno de los futuros. Cuando no son hombres *incipientes*, son hombres *perfeccionados*; y en sus esferas superiores (menos materiales), difieren moralmente de los seres humanos terrestres tan sólo en que se hallan desprovistos del sentimiento de la personalidad y de la naturaleza emocional *humana*: dos características puramente terrenas.

Y en las páginas 21 y 22 [I, 85], comenzando en el medio de la oración:

. . . la diferenciación del “Germen” del Universo en la jerarquía septenaria de Poderes Divinos conscientes, que son las manifestaciones activas de la Suprema Energía Una. Ellos son los constructores, modeladores, y en último término, los creadores de todo el Universo manifestado, en el único sentido en que el nombre de “Creador” es inteligible; dan forma al Universo y lo dirigen; son los Seres inteligentes que ajustan y controlan la evolución, encarnando en sí mismos aquellas manifestaciones de la ÚNICA LEY, que conocemos como “Las Leyes de la Naturaleza”.

Resumiendo la idea de nuestro último estudio de hace dos semanas, proseguiremos esta noche con un esbozo de la naturaleza psicológica del hombre, porque si el hombre se entiende *a sí mismo*, él entiende aquello *de donde él vino, y lo que él es* —él entiende al universo proporcionalmente a su propio desarrollo del espíritu, de la mente y de las facultades perceptivas que van con el desarrollo del espíritu y de la mente del hombre—. para que podamos entender con más facilidad y exponer más claramente las características esenciales de la economía psicológica del hombre, nos esforzaremos por mostrar cuán cercanamente están relacionados los dos teoremas, principios o doctrinas fundamentales de la sabiduría-religión; y estos dos son (1) la ley, o mejor dicho, el *hecho* de las jerarquías; y (2) la

ley (otra vez usamos el término con grandes reservas) de la naturaleza esencial de las cosas, llamada svabhāva, que significa, como ya se dijo, *auto-evolución, auto-formación, auto-desarrollo, auto* llegar a ser. En esto está inherente la fundación de la ley moral. Como es obvio, el hombre es responsable de sí mismo y, debido a que el hombre es parte de otras cosas, es, por tanto, responsable también de las otras cosas. Asimismo, como un corolario de lo anterior, luego de morir el hombre no “se encuentra con su Creador”, sino que en verdad tiene que reunirse y reconocerse con su *criatura*, esa que él ha formado en sí mismo durante su vida: su ser astral.

¿Qué hace que una rosa procee siempre una rosa? ¿Por qué la semilla de una manzana invariablemente produce manzanas? ¿Por qué no produce cardos, margaritas o flores de pensamiento? La respuesta es muy simple, y, no obstante, bastante profunda. Es debido al svabhāva, la naturaleza esencial en, y de, la semilla. Su svabhāva puede producir sólo aquello que ella misma es, su característica esencial, su propia naturaleza interna. Los estoicos de Grecia y Roma expresaron este hecho de la evolución diciendo que en el inicio de un período de manifestación, está el *pneuma* —“espíritu”— que relaja su tensión, y, acto seguido, la condensación o concreción sobreviene del dicho *pneuma* o espíritu, y comienza la evolución, tanto la emanación como la evolución empiezan, siguiendo las causas establecidas y activas en el período de manifestación precedente. Ahí surgen a la vida, coordinadamente con la apertura del nuevo período, los *logoi* espermáticos, el *logoi*-semilla, una expresión traducida del griego *spermatikoi logoi*, “las razones espermáticas”, “las razones-semilla”, significando *logos*, “razón”, y por tanto, “causa”, entre otras cosas. Estas *logoi*-semilla fueron los frutos o resultados, los karmas, de anteriores períodos de actividad. Habiendo alcanzado un cierto grado de evolución o desarrollo, cualidad, característica o individualidad, en el manvantara precedente, cuando viene el siguiente período de evolución, no pueden ellas producir más que *aquello que ellas mismas eran*, sus *propias naturalezas internas*, como hacen las semillas. La semilla no produce nada más que lo que ella misma es, lo que es en ella; y éste es el corazón y la esencia de la doctrina de svabhāva. El alcance filosófico, científico y religioso de esta doctrina es simplemente inmenso; es de primordial importancia.

El hábito, o si les gusta la palabra, la “ley” de svabhāva puede trabajar sólo en eso que es ella misma, porque sólo su propio vehículo, su propio ser, es apropiado para la manifestación de ella misma —¡ob-

viamente!— Por tanto, el modo de la evolución y de la emanación, y el progreso de las jerarquías, son como se expuso antes; esto es, que de lo superior, la evolución y la emanación proceden descendiendo en lo más material, y así siguen hacia abajo por la línea del arco de sombras hacia la materia, hasta que se alcanza el punto crítico de cambio del descenso, después del cual comienza el ascenso a lo largo del arco luminoso.

Tenemos que resaltar, sin embargo, que lo superior no deja su propia esfera en el proceso; lo superior no se convierte por completo en lo inferior, ni lo inferior se convierte por completo en lo todavía más inferior, dejando un vacío o una vacuidad arriba. Las esferas superiores permanecen siempre. Es como la llama de una candela puesta sobre la mecha de otra candela; y de esa sola candela ustedes pueden encender todas las candelas del universo, sin disminución de su energía, de su fuerza o de su esencia característica. Lo superior permanece siempre siendo lo superior; es esa parte de sí mismo, por decirlo así, que es la energía de desarrollo que actúa desde dentro; son sus skandhas los que producen, como lo dirían los estoicos, esta “relajación de la tensión”, esta condensación o concreción de partes de sí mismo. Se puede hallar una analogía perfecta en el desarrollo intrauterino del hombre y su descenso hacia la encarnación. Su naturaleza espiritual no desciende para convertirse en su cuerpo; permanece siempre siendo su naturaleza espiritual. Pero de ella, lanza partes de sí misma, sus aspectos o principios inferiores —si podemos poner así la idea—, y cada uno de éstos, a medida que continúa el ciclo manvantárico, a su debido turno secreta, saca fuera y expele, algo más bajo. De tal manera que el hombre físico, el cuerpo, es en verdad el “templo del Dios viviente”, que es, él mismo, la gloria de dicho templo, y por tanto, una parte del templo; el templo, en verdad, es la más baja manifestación del Dios viviente que está dentro.

Ahora bien, svabhāva trabaja a través de las jerarquías. Hemos regresado a estos dos importantes asuntos una y otra vez, porque es de total importancia desde los aspectos filosófico, espiritual y ético, el que estas cosas deban estar lo más claras posibles en nuestras mentes. Tomen, por ejemplo, la relación cosmogónica. No somos creados por un Dios extra-cósmico; el karma, por otro lado, no es una entidad extra-cósmica que dice, “Yo creo”, y el mundo brotó hacia el ser. La esencia superior, lo más interno de la esencia de cada jerarquía, de las prácticamente infinidades de jerarquías, entrelazadas, correlacionadas, trabajando junto y formando el cosmos universal en

el que vivimos: la parte superior de cada una de estas jerarquías es una mónada supra-divina, a la que podemos llamar Parabrahman-Mūlaprakṛiti. Y su primera manifestación, o energía que tiene su mirada puesta en el descenso, su primer brote en el plano debajo, es Brahman que actúa, a su vez, a través de su velo cósmico, Pradhāna, como recordarán que estudiamos antes. Enseguida viene Brahmā-Prakṛiti, llamado también Purusha-Prakṛiti, que es el alma o individuo cósmico, y la naturaleza o el vehículo en el que se manifiesta; el Logos y su universo; la mónada y sus envolturas, etc.

Teniendo estas cosas claras en la mente podemos ahora proseguir de forma más directa y fácil, y con más comprensión, el estudio de lo que queremos decir por la psicología del hombre. La palabra es de ordinario usada para significar en nuestros días y en los centros de enseñanza en el occidente, un estudio más o menos nebuloso, en su mayoría oscurecido con dudas e hipótesis, verdaderas conjeturas, que dan a entender poco más que un tipo de fisiología mental, prácticamente nada más que el trabajo de la mente cerebral en el más bajo aparato astral-psíquico de la mente humana. Pero en nuestra filosofía la palabra psicología se usa para significar algo muy diferente, y de un carácter más noble: podríamos llamarla pneumatología, o la ciencia o el estudio del espíritu, porque todas las facultades y poderes internos del hombre en último término brotan de su espíritu. Pero puesto que esta palabra pneumatología es inusual y podría causar confusión, quedémonos con la palabra psicología. Con ella queremos decir el estudio de la economía interna del hombre, la interconexión de sus principios, por decirlo así, o centros de energía o fuerza: lo que el hombre es, en realidad, internamente.

El hombre, como todo lo demás en el universo, está fundado sobre la estructura decádica o sistema numérico del ser: el número diez. Tres de estos diez elementos, planos o principios pertenecen al mundo arūpa o sin forma, y siete pertenecen al mundo de la manifestación y forma. Estos últimos siete principios se producen unos a otros en una escala descendente en el proceso de la manifestación, exactamente como lo hacen las jerarquías, cada una emanando o desarrollando una inferior, y esta inferior desarrollando o emanando una todavía más inferior, y así en forma descendente hasta la séptima o más baja.

El hombre puede ser considerado como un ser compuesto por tres bases esenciales; el término sánscrito es *upādhi*. El significado de la palabra es: aquello que “avanza” siguiendo un modelo o patrón,

como una lona, por decir, sobre la que juega la luz procedente de una linterna que la proyecta. Es un juego de sombra y forma, comparado con la realidad última. Estas tres bases o upādhis son, primero, la monádica o espiritual; segundo, aquélla que es suplida por los señores de la luz, los así llamados mānasa-dhyānis, significando la parte intelectual e intuitiva del hombre, el principio-elemento que hace al hombre un hombre; y a la tercera base o upādhi la podemos llamar, si les parece, la vital-astral-física.

Estas tres bases manan de tres diferentes líneas de evolución, de tres diferentes y separadas jerarquías del ser. Recuerden que cada jerarquía posee en sí misma, en embrión, todo lo que es y tiene el universo entero, tanto la menor como la más grande, si podemos decir “menor” y “más grande” de aquello que no tiene fin —en todo caso, la menor y la más grande de cualquier período de manifestación—. Por esta razón el hombre está formado de partes. Él no es una entidad sin mezcla; es una entidad compuesta, es una cosa construida de varios elementos, y de ahí que sus principios sean, hasta cierto punto, separables. Cualquiera de estas tres bases puede ser separada temporalmente de las otras dos sin provocar la muerte del hombre físicamente. Pero los elementos, por decir, que acuden a formar cualquiera de estas bases no pueden ser separados sin provocar la disolución física o disolución interna.

Ahora bien, estas tres líneas de evolución, estos tres aspectos o cualidades del hombre, como se dijo, proceden de tres diferentes jerarquías o estados, de los que a menudo se habla como tres diferentes planos del ser. El más bajo procede de la tierra, fundamentalmente de la luna, nuestra madre cosmogónica; el medio, el mānásico o intelectual-intuicional, del sol; el monádico, de la Mónada de las mónadas, la flor suprema, o cima, o más bien la semilla suprema de la jerarquía universal que forma nuestro universo cósmico o cosmos universal.

Depende de un correcto entendimiento de la interconexión o interfuncionamiento general de estas tres partes separadas de la economía del hombre interno, el que obtengamos una comprensión apropiada de nuestros futuros estudios. Encontramos, como hemos visto, nuevas ideas a cada paso, nuevos pensamientos, nuevos vínculos con el universo de la luz y del ser que nos rodea, y del que nosotros también somos hijos. ¡Qué terrible sería si estuviéramos por alcanzar el límite de todo lo que era posible saber! Por el contrario, perspectivas sin fin de creciente conocimiento están siempre delante de

nosotros, y no podemos alcanzarlas de otra forma que escalando los peldaños del conocimiento uno por uno.

Hemos escuchado decir que la inmortalidad es condicional. Esta es una certera verdad. La inmortalidad no es incondicional, y ¿por qué? Por la razón recién apuntada. El hombre es un ser compuesto y, como dijo el Buddha en las palabras de conclusión de su vida, “Hermanos, todo lo que es, es compuesto y transitorio. Por tanto, trabajen su propia salvación”. Esto contiene el núcleo de la entera filosofía de la evolución, e indica ocultamente la inmortalidad última o aniquilación para cualquier manvantara, para el hombre como una entidad pensante.

La inmortalidad es asegurada si los principios centrales que componen al hombre intelectual-intuicional han tenido éxito en elevarse al plano monádico en donde llegan a ser uno con la mónada, que brilla sobre ellos como un sol espiritual. Y la pérdida de un alma para el manvantara es asegurada si su svabhāva, sus energías esenciales, características, son dirigidas hacia abajo, hacia la materia bruta.

Sin embargo, la pérdida del alma no puede seguirse mientras al menos una sola y única aspiración espiritual permanezca funcionalmente activa. Sólo cuando la infeliz entidad ha llegado al punto donde puede decir, “¡Maldad, sé tú mi Dios!”, cuando ni una sola, trémula aspiración hacia el espíritu subsiste, está “perdida” para el manvantara, cuando su esencia, por decirlo así, se invierte, y su tendencia es hacia abajo, hacia abajo hacia el avīchi, donde las circunstancias podrían ocasionar una casi inmediata aniquilación de ella o, quizá, un manvantara de avīchi-nirvāṇa, un terrible estado que realmente contrasta con el maravilloso nirvāṇa de los dhyāni-chohans o señores de la meditación.

Por un lado, podemos elevarnos para llegar a ser, sí, un dios, incluso mientras moramos en la carne. Por el otro lado, podemos permitirnos a nosotros mismos hundirnos en la Octava Esfera, donde pasamos por los abiertos portales del Planeta de la Muerte. ¿Se nos ha ocurrido a cualquiera de nosotros alguna vez preguntar: por qué estamos aquí? ¿Por qué, habiendo tenido un infinito en el cual evolucionar, no estamos más alto de lo que estamos ahora? ¿Se nos ha ocurrido a cualquiera de nosotros alguna vez preguntar si no podríamos ser nosotros los “ángeles caídos”, aquellos “atletas” muy espirituales quienes en un pasado gran manvantara fallaron en alcanzar la meta, que fallaron en elevarse, que fallaron en hacer de la meta algo destinado para ellos, y que fueron “derribados”

para trabajar nuestro agotador camino hacia arriba una vez más?

Por otra parte, ¿qué queremos decir por alma en contraste con el espíritu? Hablamos del alma *humana* y del alma *espiritual*, y hablamos del alma *astral*, y hablamos del alma *animal*. Pero no usamos esos términos en relación con la palabra espíritu. ¿No nos enseña eso que el significado de *alma* es el de un *vehículo*, un upādhi, en general; ese vehículo, o cualquier vehículo, en el que la mónada, en cualquier esfera de manifestación, está desarrollando su destino? Pero estos vehículos son vehículos *conscientes*, son vehículos vivientes y sensibles que tienen cada uno su propia conciencia y su propia facultad de pensamiento; incluso estos cuerpos físicos groseros nuestros no son sólo troncos insensibles. El cuerpo físico tiene sus avenidas de embotada conciencia y vida; él puede sentir y, a su propia pobre y monótona manera, puede pensar.

Así, entonces, la pérdida del alma es la pérdida de aquello que, a través de interminables edades, muy, muy laboriosamente hemos construido como nuestro templo interno, nuestro hogar, en el que debemos elevarnos para encontrarnos con los dioses, para volvernos uno con ellos; y aún más, el vehículo con el que debemos llevar arriba con nosotros a entidades que al presente están por debajo de nosotros, pero que a través de nosotros se acercan a nuestra propia dignidad de humanidad: entidades de las que el alma está en realidad compuesta, incluso de la manera en que los átomos en nuestros cuerpos físicos son almas-infantes, entidades físicas, cosas embriónicas que estamos modelando y provocando, si es que en realidad no las estamos sentenciando a un ciclo de desgracia.

Con el conocimiento viene la responsabilidad. La ley moral no será desbaratada. No se puede jugar con ella. A cada paso, con cada mañana, a cada cambio, a cada elección, encaramos el sendero de la mano derecha o el de la izquierda, y somos forzados a escoger. Tenemos que ver, cada vez, si nuestros pies están por posarse sobre el arco luminoso, o sobre el sendero de sombras que nos conduce hacia abajo.

TRECE

EL PROCESO DE LA EVOLUCIÓN. SER, EGO Y ALMA: “YO SOY” Y “YO SOY YO”

Nada en la naturaleza llega a la existencia de una manera repentina; todo está sujeto a la misma ley de evolución gradual. Comprenda de una vez el proceso del *maha* ciclo de una esfera y los habrá comprendido todos. Un hombre nace como otro hombre, una raza evoluciona, se desarrolla y declina como otra y como todas las demás razas. La naturaleza sigue el mismo procedimiento, desde la “creación” de un universo hasta la de un mosquito. Al estudiar la cosmogonía esotérica mantenga un ojo espiritual sobre el proceso fisiológico del nacimiento humano; proceda desde la causa al efecto estableciendo . . . analogías entre el . . . hombre y un mundo . . . La Cosmología es la fisiología del universo espiritualizado, pues no existe más que una ley. —*Cartas de los Mahatmas*, pp 70-71 [Carta 13]

COMENZAMOS nuestro estudio esta noche, leyendo de la página 178, y una pequeña porción de la página 179, del primer volumen de *La Doctrina Secreta* [I, 207-8], como sigue:

Ahora bien, la Esencia Monádica, o más bien Cósmica (si se permite tal término) en el mineral, vegetal y animal, aunque la misma a través de la serie de los ciclos, desde el elemental más inferior hasta el reino Deva, difiere, sin embargo, en la escala de progresión. Sería muy erróneo imaginar una Mónada como una Entidad separada, discurriendo lentamente por un sendero definido a través de los reinos inferiores, y floreciendo en un ser humano después de una serie incalculable de transformaciones; en resumen, que la Mónada de un Humboldt se remonta a la Mónada de un átomo de hornablenda. En lugar de decir una “Mónada Mineral”, la fraseología más correcta en la ciencia física, que diferencia cada átomo, habría sido, por supuesto, llamarla “la Mónada manifestándose en aquella forma de Prakṛiti llamada el Reino Mineral” . . . Como las Mónadas son cosas no compuestas, como correctamente las define Leibnitz, la esencia espiritual que las vivifica en sus diversos grados de diferenciación, es lo que propiamente constituye la Mónada —no la agregación atómica que no es más que el vehículo y la sustancia a través de la cual penetran los distintos grados de inteligencia, así inferiores como superiores.

Quizás sería bueno hacer una introducción a nuestras observaciones, recordando los dos deseos generales que Katherine Tingley tenía en mente al inaugurar nuestros estudios; primero, la elucidación de

las enseñanzas contenidas en la maravillosa obra de H. P. Blavatsky; y segundo, proveer pruebas, pruebas doctrinales, por decirlo así, no pruebas en el sentido dogmático, sino pruebas doctrinales o mentales que cada uno de nosotros pueda tener en mente para recordar y aplicar cuando comience algún libro que trate de las antiguas religiones del mundo, o de las teorías modernas relacionadas a esas religiones tal como las expresa algún pensador moderno.

El mundo, al día de hoy, está simplemente inundado con libros de varios tipos que tratan de asuntos casi-espirituales, y de los así llamados psíquicos o casi-psíquicos, y para uno que no sabe las doctrinas claves de la teosofía, que no tiene, como lo tenía H. P. Blavatsky, al alcance de la mano mental, por decirlo así, las enseñanzas de la antigua sabiduría-religión por la que todos estos varios asuntos pueden ser comprobados y probados, hay lugar para mucha confusión mental, indecisión y dudas respecto a lo que puede ser el sentido real o significado de todo ello, porque muchos de estos libros son escritos muy hábilmente. Pero la habilidad en el escribir bien no es signo o prueba de que un autor entiende con propiedad el pensamiento antiguo; tal habilidad es sólo la capacidad de presentar ciertos pensamientos —las propias opiniones del escritor— con claridad y a menudo de modo loable; pero la sola escritura digna de alabanza no es, ciertamente, prueba de que un escritor posea un criterio adecuado y suficiente de la verdad antigua misma.

Teniendo, por tanto, estas doctrinas de la antigua sabiduría-religión (teosofía) en mente, y entendiéndolas con propiedad, tendremos pruebas por las cuales poder comprobar si tal o cual doctrina de cualquier religión, antigua o moderna, o tal o cual enseñanza de cualquier pensador, antiguo o moderno, está de acuerdo con esa revelación primordial, espiritual y natural, transmitida a los primeros miembros de la primera raza verdaderamente humana y pensante por los seres espirituales de quienes nosotros, asimismo, derivamos nuestra esencia y vida interna, y quienes son, en realidad, nuestros presentes y propios seres espirituales. No siendo en absoluto pruebas en un sentido dogmático religioso, no son éstas “necesarias para la salvación”. Los cielos y los infiernos no dependen, para su realidad, de la aceptación o rechazo por parte del hombre, por ejemplo; pero queremos decir con esto que la teosofía nos provee con pruebas, que lo son en el mismo sentido en que también lo son los hechos que un experto en matemática, o en química, o en cualquier otra rama de la ciencia o de la filosofía natural, está capacitado para emplear con el

fin de comprobar, cuando algo nuevo aparece ante sus ojos o se posa sobre su mano, si este nuevo asunto coincide con las verdades ya establecidas por sí mismo y por sus colaboradores.

En nuestra última reunión tratamos, por fuerza sólo de manera vaga y en un mero esbozo, de la diferencia que existe entre el *espíritu* y el *alma*. El espíritu es el elemento inmortal en nosotros, la llama inmortal, dentro de nosotros, que nunca muere, que nunca nació, y que conserva a lo largo del mahā-manvantara completo su propia cualidad, esencia y vida, enviando hacia abajo, hacia nuestro propio ser y hacia nuestros varios planos, algunos de sus rayos, vestimentas o almas *que somos nosotros*; y además, que estos rayos, al descender, constituyen las esencias de vida de una jerarquía, ya sea que estemos tratando de nosotros mismos como seres humanos individuales, o que pensemos en el átomo, o en el sistema solar, o en el cosmos universal.

Esta noche tenemos que considerar de manera más particular la naturaleza y diferencias del *ser* y el *ego*; y si tenemos tiempo tendremos necesidad de hacer observaciones, con alguna extensión, sobre una doctrina que es muy extraña para los oídos occidentales, y que, sin embargo, contiene en sí misma el núcleo, el propio corazón de lo que es la evolución emanacional, y que también nos muestra lo que es nuestro destino. Es ese destino el que nos conduce tanto hacia abajo como hacia arriba, de vuelta a nuestra fuente espiritual, pero poseyendo —más bien siendo— algo más que lo que poseíamos —más bien éramos— cuando comenzamos nuestro gran peregrinaje evolutivo.

Ahora bien, antes que comencemos a tratar sobre un esquema de la naturaleza de, y de la diferencia entre, el ser y el ego, emprendamos brevemente un análisis de lo que queremos decir cuando hablamos de karma, pues se hace necesario en este punto. Como todos sabemos, *karma* es una palabra sánscrita, y se deriva de la raíz sánscrita *kṛi*, un verbo que significa “hacer”; al añadir el sufijo *ma* a la raíz *kṛi* o a la raíz *kar*, que viene, por medio de una de las reglas de la gramática sánscrita, de la raíz *kṛi*, obtenemos el nombre abstracto *karma*. Literalmente significa “haciendo”, y por tanto: “acción”. Es un término técnico, es decir, es un término del que cuelga toda una serie de doctrinas filosóficas.

Podemos considerarlo con más propiedad si lo traducimos por la palabra: resultados, porque esta palabra “resultados”, o “frutos” parece ser su aplicación más general en el sentido técnico de la filosofía esotérica. Ahora bien, karma no es una ley; ningún Dios la hizo. Una

ley humana, recordemos, es una máxima de conducta u orden de lo correcto estipulada por un legislador, prohibiendo lo que está mal e inculcando y ordenando lo que está bien. Karma no es eso. Karma es el *hábito* de la naturaleza universal y eterna, un hábito inveterado, primordial, que trabaja tan bien que un acto es necesariamente, por destino, seguido por un resultado ineluctable, una *reacción de la naturaleza en la cual vivimos*. Fue llamado por el señor A. P. Sinnett, uno de los tempranos colaboradores de H. P. Blavatsky, la “ley de causalidad ética”, un término inadecuado y engañoso, porque en primer lugar, karma es más que ético, es tanto espiritual como material y todo lo de en medio. Tiene su aplicación en los planos espiritual, mental, psíquico y físico. Llamarlo la “ley de causa y efecto” es mucho mejor, porque es más general, pero incluso éste término en absoluto lo describe adecuadamente. La esencia misma del significado de esta doctrina es que cuando cualquier cosa actúa en cualquier estado de conciencia corporeizada, emerge una inmediata cadena de causalidad que actúa en cada plano al que esa cadena de causalidad alcanza, a los que se extiende la fuerza.

El karma humano nace dentro del hombre mismo. Somos sus creadores y generadores, y también sufrimos por él o somos purgados a través de él por nuestras propias previas acciones. ¿Pero qué es este hábito en sí mismo, *das Ding an sich*, como hubiera dicho Kant, este hábito inveterado, primordial de la naturaleza, que la hace reaccionar a una causa provocante? Ésta es una pregunta en la que, en algún tiempo futuro, tendremos que entrar más de lleno de lo que podemos hacerlo esta noche, pero podemos decir esto: que es la *voluntad de los seres espirituales que nos han precedido en pasados kalpas o grandes manvantaras, y que ahora se yerguen como dioses, y cuya voluntad y pensamiento dirige y protege el mecanismo, el tipo y la cualidad del universo en el que vivimos*. Estos grandes seres fueron hombres en algún anterior gran manvantara. Es nuestro destino finalmente llegar a ser semejantes a ellos, y contarnos entre ellos, si corremos la carrera de la evolución kálpica con éxito.

El hombre, como ha expuesto H. P. Blavatsky, teje alrededor de él, desde su nacimiento hasta su muerte, una tela de acción y de pensamiento: cada uno de los cuales produce resultados, algunos de manera inmediata, algunos posteriormente. Cada acto es una semilla. Y esa semilla, inevitablemente, por la doctrina de svabhāva, producirá los resultados que pertenecen a ella, y ningún otro.

Svabhāva, como recordamos, es la doctrina de la característica

esencial de cualquier cosa, ésa que la hace lo que es, y no algo más: eso que hace del lirio un lirio, y no una rosa o una violeta; eso que hace a un ser un caballo, y a otro una mosca, y a otro una hoja de hierba, etc.: su naturaleza esencial.

En anteriores reuniones, en nuestro estudio sobre las jerarquías anotamos que cada una de éstas procedía de su propia semilla, su propio logos-semilla o la parte superior de ella, su corona o pináculo; y que todo se desenvolvía hacia abajo a partir de ella, se desenvolvía hacia fuera desde la semilla hacia el ser. Así, el cuerpo humano crece a partir de una semilla microscópica, por decirlo así, hacia el hombre que conocemos, tomando parte de la naturaleza que lo rodea, porque es un ser compuesto. Todas las cosas compuestas son temporales y transitorias. Si no fueran compuestas, no podrían manifestarse de ninguna manera sin importar cuál fuera esta manera. Es la cualidad de ser compuestas, la naturaleza compuesta de ellas, la que les permite aprender y mezclarse, y ser una en el sentido manifestado, con todo el universo manifestado que nos rodea.

Mencionamos en estudios anteriores la maravillosa doctrina de los antiguos estoicos de Grecia y Roma, llamada la *krasis di' holou*, la “mezcla a través de todas las cosas”. el “entremezclamiento de todo”; cuando se aplicaba esta doctrina a los dioses, los antiguos estoicos la llamaban teocrasia —no teocracia, que significa algo completamente distinto—. Teocrasia significa el “entremezclamiento de los dioses”, así como los pensamientos humanos se mezclan en la tierra.

Ahora bien, el ser permanece eternamente él mismo en su propio plano, pero en la manifestación, se entremezcla, si podemos usar ese término, con las esferas de la materia mediante la radiación de sí mismo, como lo hace el sol; mediante comunicar su ser como el divino rayo. Se lanza hacia abajo hacia el mundo espiritual, y de ahí hacia el mundo intelectual, y de ahí hacia el mundo psíquico, y de ahí hacia el mundo astral, y de ahí hacia el físico. Crea en cada una de estas etapas, en cada plano de la jerarquía, un vehículo, una funda, un vestido, una vestimenta, y éstas, recién expresadas por varios nombres, en el *plano superior* son llamadas *almas*, y en el *plano inferior*, *cuerpos*, y el destino de estas almas —vestimentas, vehículos o fundas del espíritu— es, finalmente, ser elevadas hacia la divinidad.

Existe una inmensa diferencia entre el puro espíritu-vida *inconsciente*, y la por completo auto-desarrollada, *auto-consciente* espiritualidad. La mónada parte en su viaje cíclico como una chispa divina no auto-consciente, y lo termina como un dios auto-consciente, pero

hace esto a través de la asimilación de la vida manifestada y llevando con ella las varias almas que ha creado en su peregrinaje cíclico, desarrollando en ellas su esencia interna, y por medio de ellas entendiéndolo y relacionándose con otras mónadas y otros seres-*alma*. Es la ascensión del alma (o más bien, las almas) a través del ser, hacia la divinidad, lo que constituye el proceso de evolución, el desenvolvimiento de las potencialidades y capacidades de la semilla divina.

Podemos preguntar ahora: ¿Cuál es la diferencia entre el *ser* y el *ego*? El ser *individual*, sabemos, es un “átomo” espiritual, o más bien monádico. Es eso que en todas las cosas dice: “yo soy”, y, por tanto, es conciencia pura, conciencia directa, no conciencia reflejada. El ego es eso que dice: “yo soy yo”: conciencia indirecta o reflejada, conciencia reflejada de nuevo sobre sí misma, por decirlo así, que reconoce su propia existencia *māyāvi* como una entidad “separada”. ¡Vean cuán maravillosas son estas enseñanzas, pues si entendemos esta doctrina de forma correcta, significa salvación espiritual para nosotros; y si la entendemos mal, significa nuestro ir en declive! Por ejemplo, la intensidad de egoísmo es el entenderla mal, y, paradoja de paradojas, la impersonalidad es el correcto entendimiento de ella. Como lo dijo Jesús en los tres primeros Evangelios, Mateo, Marcos y Lucas, al expresar una de las enseñanzas de la sabiduría antigua: “Quien salve su vida la perderá, pero quien dé su vida por mí, la encontrará”.

Tenemos acá el significado real, corporeizado en un “oscuro dicho”, de un asunto que estudiamos un poco en nuestra última reunión: la doctrina de la pérdida del alma. Ahí, en palabras atribuidas a Jesús y repetidas tres veces, tenemos el significado interno de este misterio: el *por qué*, y el *cómo* de ello.

Regresamos a la extraña doctrina mencionada antes, extraña para los oídos occidentales, extraña para el pensamiento occidental. Recordarán que H. P. Blavatsky describe con frecuencia el proceso de la evolución y del desarrollo como el partir de la esencia espiritual hacia abajo por el arco sombrío, hacia la materia, y su volverse más y más densa, compacta y pesada entre más hondo va en el océano del mundo material, hasta que pasa un cierto punto: el punto de cambio de las fuerzas que *surgiendo en ella* la impulsan hacia delante en ese *mahā-manvantara*; y que entonces empieza a elevarse de nuevo sobre el ciclo ascendente, el arco luminoso, de vuelta hacia la divinidad de la cual emanó como un rayo o como rayos. Esta esencia monádica, esta corriente monádica, que pasa hacia la evolución está, como un ejército o hueste, compuesta de una casi-infinidad de mónadas indi-

viduales. Podemos llamarlas átomos espirituales, chispas divinas no auto-conscientes. Se juntan entre ellas mientras descienden en la materia —que está eternamente ahí, a consecuencia de la infinitud de seres evolucionantes en todas las etapas de desarrollo que las habían precedido— o, más bien, *derivan* conciencia reflejada o indirecta (*auto-conciencia*) a partir de ese contacto y entremezcla. Comienzan a tener más que el mero sentimiento o mejor dicho simple cognición de “yo soy”, o conciencia pura; comienzan a sentirse a sí mismas, auto-conscientemente, al unísono con todo lo que es. La chispa divina no auto-consciente está comenzando, auto-conscientemente, a reconocer su propia divinidad esencial e inherente. Está desarrollando *auto-conciencia*, y esta *auto-conciencia* es lo que nosotros llamamos el ego, el reconocimiento de que “yo soy yo”, una parte o rayo del Todo, *reconociendo* esa maravillosa verdad.

Ahora consideren la jerarquía del ser humano creciendo a partir del ser como su semilla; diez etapas: tres en el plano arūpa o inmaterial, y siete (o quizás mejor, seis) en el plano de la materia o manifestación. En cada uno de estos siete (o seis) planos, el ser o Paramātman desarrolla una funda o vestimenta, las superiores hiladas de espíritu, o de luz, si lo prefieren; y las inferiores hiladas de sombra o materia; y *cada una de tales fundas o vestimentas es un alma*; y entre el ser y un alma —cualquier alma— está el ego. El primero en orden es el ser, la entidad o cosa divina, o mónada, detrás de todo; y creciendo de dentro de él, como un sol que se desarrolla desde dentro de su propia esencia, a lo largo de las líneas kármicas o senderos de las memorias o de los “resultados” o “frutos” traídos del precedente gran manvantara, de este modo desarrollándose estrictamente de acuerdo a los skandhas en su propia naturaleza, está el ego, contactando y entremezclándose con la materia y con las otras huestes de inteligencias de *este*, mahā-manvantara. El ego lanza de sí mismo —como la semilla echa su verde tallo, que luego se desarrollará en un árbol con sus ramales y sus ramitas y sus innumerables hojas—, lanza de sí su vestimenta, funda o vehículo hilado con luz o hilado de sombras, de acuerdo al plano o punto sobre el que está; y esta vestimenta etérea, espiritual o astral del ego es el alma: esto es, cualquier alma.

Hay varias almas en el hombre. Hay, asimismo, muchos egos en el hombre; pero detrás de todos ellos, tanto de los egos como de las almas, está la llama inmortal, el ser. Recuerden que los antiguos egipcios también enseñaron sobre las varias almas del hombre, sobre los múltiples seres del hombre, sobre los varios egos del hombre. No

hemos hablado mucho todavía de las enseñanzas de los antiguos egipcios, porque son excesivamente difíciles por el hecho de estar envueltas en símbolos y alegorías complejas; son las más ocultas, quizá, las más envueltas en tropos y figuras de lenguaje de entre cualquier sistema antiguo. Pero las viejas verdades están allí; son las mismas enseñanzas de la antigüedad.

Ahora bien, la evolución es el desenvolvimiento, el desarrollo, el ponerse de manifiesto desde la divina semilla que está dentro, todas sus capacidades latentes, su svabhāva, en resumen; sus características individuales o la esencia de su ser. El completo esfuerzo de la evolución, sin embargo, no es sólo sacar a luz eso que está dentro de cada semilla individual, sino también que cada mónada individual, y cada ego, y cada alma, recoja de la materia en la que trabaja a otras entidades menos avanzadas que se vuelven partes de sí misma o de sí mismo, y las lleve con él o ella en el arco del viaje evolutivo hacia arriba.

Cada uno de nosotros es, por tanto, un Cristo en potencia, un Cristos potencial, porque mientras seamos dentro, cada uno de nosotros, un Cristos, intrínsecamente, cada uno de nosotros es asimismo, o debería de ser, un “salvador” de sus prójimos y de todos los seres inferiores debajo de él, bajo su guía e influjo. Si un hombre o una mujer maltrata o trata noblemente los átomos de su cuerpo, él o ella es tenido por responsable ante las manos del karma, por decirlo así, ante el divino tribunal de su propio ser; en efecto, hasta por el último cuarto de penique será sometido a una cuenta estricta. ¡Obsérvese la dignidad con la que esta noble enseñanza dota y premia a nuestra especie humana! ¡Qué sublime significado tienen las doctrinas de nuestros Maestros bajo este punto de vista! El hombre es responsable; porque cuando ha obtenido la auto-conciencia incluso en menor grado, se convierte por ello en un creador, y se vuelve por tanto responsable hasta una medida proporcional al desarrollo de dicha auto-conciencia. Él se vuelve un colaborador y ayudante de los dioses con quienes está destinado a unirse como uno de ellos.

Si la corriente de vida, si la corriente de mónadas, si cualquier mónada individual ha pasado a salvo el punto más bajo de sus ciclos manvantáricos, ha pasado sin riesgo el sendero que conduce hacia abajo en el punto medio de la cuarta ronda, y de manera exitosa empieza en el camino hacia arriba, a lo largo del arco luminoso, está a salvo hasta cierto punto, pero no aún por completo, porque la misma prueba regresa en el punto medio de cada ronda. Pero el punto

medio de la cuarta ronda es el más crítico. Todos sabemos lo que es una ronda, y las siete a través de las cuales tenemos que pasar antes de completar nuestro peregrinaje evolutivo sobre este planeta. Pero si la chispa monádica pasa a salvo a través de cada una de las tres rondas que están por venir, entonces, en la última ronda, sobre el último o séptimo globo, en la última raza de ese globo, florecerá como un dhyāni-chohan, un “señor de la meditación”: ya casi un dios. Y aquellos de nosotros que hayamos hecho la carrera de manera exitosa, luego del largo nirvāna que espera por nosotros luego de que las siete rondas se han completado, siendo dicho nirvāna un período de indecible bendición que corresponde al devachán entre dos vidas de la tierra; aquellos de nosotros, decía, que nos hayamos convertido en estos señores de la meditación, nos volveremos los precursores, los hacedores, los desarrolladores, los dioses del futuro planeta que será el hijo de éste, así como este globo, la Tierra, fue el hijo de nuestra madre, la luna; y así para siempre, pero siempre avanzando más y más alto por los peldaños de la maravillosa escalera de vida cósmica.

Ésta es la extraña y maravillosa doctrina, extraña y maravillosa para los oídos occidentales. Interminables son las ramificaciones del pensamiento que brotan de ella. ¡Piensen en el destino que se abre ante nosotros! Sí, y también es sabio mirar al otro lado. Volvamos ocasionalmente nuestros rostros desde la luz del sol de la mañana, y veamos en la otra dirección. Recuerden que tenemos innatas e ineluctables responsabilidades morales en donde están implicados los problemas éticos. Tenemos, hasta cierto punto, conocimiento; por tanto, poder; por tanto, responsabilidad. Detrás de nosotros, siguiendo la pista hacia arriba, están una infinitud de seres inferiores a nosotros. Cada uno de ellos está sobre el mismo sendero que nosotros mismos hemos pisado; cada uno de ellos tiene que ir sobre ese mismo sendero, manchado con la sangre de nuestros propios pies. ¿Y fallarán por falta de nuestra ayuda? Ellos deberán pasar el punto de peligro, igual que como lo hicimos nosotros; porque la enseñanza es que en el punto medio de cada evolución hay un sendero que desciende, que conduce a esferas del ser más groseras y más materiales que las nuestras.

Cuando por primera vez comenzó nuestro planeta, o más bien cuando fue comenzado por primera vez, en su curso de evolución emanacional, los agentes propulsores en ella fueron los dhyāni-chohans de la cadena lunar, es decir, aquéllos que ahí habían corrido la carrera evolutiva con éxito; y detrás de ellos, siguiendo tras ellos, vinimos nosotros, siete clases de nosotros, los más desarrollados, los menos,

los menos, los menos, los animales, los vegetales y los minerales.

Por esta noche nuestro tiempo está llegando a su fin; pero hay un punto que parece que nos incumbe tocar al menos someramente. Cuando Leibniz habló del impulso inherente en cada mónada, propulsándola hacia la manifestación, habló desde los libros antiguos, desde las enseñanzas pitagóricas y neoplatónicas, de las que él fue estudiante, y quiso decir lo mismo que nosotros cuando hablamos de svabhāva, la naturaleza esencial de una cosa. Hay, sin embargo, un punto de sus enseñanzas al que debemos aludir, cuando dice en sustancia que nuestro mundo es el mejor posible en el universo. Aquéllos de ustedes que estén familiarizados con el gran filósofo francés, Voltaire, pueden recordar su libro, *Candide*, u “Optimismo”, en el que Voltaire está, de manera evidente, inclinándose hacia las teorías optimistas de Leibniz, y en el que dos de sus personajes son el inveteradamente irracional optimista, Dr. Pangloss, y el joven, Candide, el alumno del Dr. Pangloss, un joven filósofo, un por completo egoísta optimista, que aceptaba todas las contrariedades de la vida con gran indiferencia y calma, y con una sonrisa hacia la miseria humana. Y Voltaire tiene un pasaje en el que comenta sobre estos dos personajes (*Candide*, c. vi), donde él dice, con toda esa punzante y aforística agudeza que es tan grande ornamento del genio francés, *Si c'est ici le meilleur des mondes possibles, que sont donc les autres?* — “Si éste es el mejor de todos los mundos posibles, qué hay de los otros?” —. Una observación muy perspicaz, en realidad, y muy cierta. No es el mejor posible de todos los mundos. Lejos de eso. ¡Sería en realidad una aburrida y desesperanzada perspectiva para nuestra especie humana, si así fuera! No obstante, el gran filósofo alemán estaba en lo cierto en este sentido: de que es el mejor mundo posible que el karma del mundo le ha permitido ser, o que ha podido producir; y si no es mejor, nosotros somos ampliamente responsables por ello.

Vemos en estas entretenidas referencias a las teorías de Leibniz y Voltaire el verdadero significado de la palabra optimismo. Nuestra propia filosofía majestuosa nos da una visión más amplia, una perspicacia más penetrante de las cosas, un entendimiento más profundo del así llamado misterio de la vida. *Todo es relativo*, una de las más grandes enseñanzas de la filosofía esotérica. No hay absolutos (en el usual sentido europeo que se da a esa palabra) por ningún lado. Todo es relativo, porque todo está interconectado y se entremezcla con todo lo demás. Si hubiera un absoluto, en el sentido europeo, no podría haber más que el árido silencio e inmutabilidad de completa y

absoluta perfección, lo cual es imposible, pues no habría en tal caso, no podría haber, crecimiento, futuro crecimiento, desarrollo del pasado, espiritualidad, mentalidad, en modo alguno.

Terminamos por ahora. En nuestra próxima reunión proseguiremos con el estudio de los llamados infiernos y cielos, pues esta rama de nuestra investigación es una parte muy necesaria del lado psicológico de nuestro estudio que comenzamos en nuestra última reunión. Sólo decimos esto esta noche: que todas las doctrinas, dogmas, enseñanzas y principios de las grandes religiones mundiales están basados fundamentalmente sobre alguna más o menos oscura verdad, usualmente mucho más oscurecida por la ignorancia y por el fanatismo, o por ambos. Y, en conclusión, notemos bien que no hay infiernos y no hay cielos, como comúnmente se supone que son éstos, sino esferas de vida y experiencia que corresponden a cada clase de las miríadas de grados de entidades en el ser. Como se dice que expresó Jesús en los Evangelios cristianos: “En casa de mi Padre hay muchas mansiones”. En el kosmos sin fin hay innumerables y apropiados lugares de retributiva dicha o retributiva desgracia para todos los grados de almas, y en estas esferas kármicamente apropiadas, las incontables jerarquías de entidades evolutivas de todas las clases encuentran sus propios y exactos lugares ajustados a ellas.

CATORCE

“CIELOS” E “INFIERNOS”: ENSEÑANZAS DE LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA Y DE LAS RELIGIONES EXOTÉRICAS.

El Devachán [“cielo”] se va fundiendo desde su grado más elevado al menos elevado, mediante escalonamientos imperceptibles; si bien desde el último peldaño del *devachán* [hacia abajo], el Ego se encontrará a menudo en el estado más tenue de *Avitcha* [del “infierno”], el cual hacia el final de la “selección espiritual” de los acontecimientos puede convertirse en un “Avitcha” *bona fide*.

—*Las Cartas de los Mahatmas*, p. 188 [Carta 24]

Así, pues, desde el Kama Loka . . . las “Almas” recién trasladadas van todas (*menos los cascarones*), y de acuerdo con sus atracciones, al Devachán o al Avitchi.

— *Ibid.*, p. 199 [Carta 25]

Vosotros sufrís por vosotros mismos. Ningún otro compele, . . .

—SIR EDWIN ARNOLD, *La luz de Asia*, libro 8

NICIAMOS nuestros estudios esta noche leyendo de *La Doctrina Secreta*, volumen II, página 273 [III, 266], lo siguiente:

Pues la evolución del Espíritu en la materia no hubiera podido tener nunca lugar, ni hubiese recibido su primer impulso, si los brillantes espíritus no hubiesen sacrificado sus esencias supra-etéreas respectivas para animar al hombre de barro, dotando a cada uno de sus “principios” internos con una parte, o más bien con un reflejo, de esta esencia. Los Dhyanis de los Siete Cielos (los siete planos del Ser) son los NÓUMENOS de los Elementos actuales y futuros, lo mismo que los Ángeles de los Siete Poderes de la naturaleza —cuyos efectos groseros percibimos en lo que la Ciencia se complace en llamar “modos de movimiento”, las fuerzas imponderables, y qué sé yo qué más —son los noúmenos aún más superiores de Jerarquías aún más elevadas.

Es éste un párrafo por completo interesante. Contiene, en pequeña escala, el entero bosquejo de los estudios que hemos estado siguiendo en las pasadas semanas.

Al proseguir esta noche el estudio de los así llamados cielos e infiernos, sería bueno primero que nada repetir que no hay cielos y

no hay infiernos *tal como son éstos delineados en las religiones exotéricas*. Esas concepciones están basadas, sin embargo, en enseñanzas que en realidad vinieron de las doctrinas de los Misterios y contienen en ellas los esbozos de una verdad, realmente, de una gran verdad, cuando se entienden con propiedad. Pero si bien no aceptamos el cielo cristiano y el infierno cristiano, ni los cielos mahometanos ni los infiernos mahometanos, ni las enseñanzas exotéricas literales, que tienen que ver con tales cielos e infiernos, tal como se encuentran entre los budhistas y entre los antiguos griegos y romanos, sin embargo, realmente hay en la naturaleza ciertas esferas del ser en las que aquellas porciones de la constitución del hombre que sobreviven a la muerte del cuerpo físico, encuentran lugares de morada *apropiados*; son éstos, de hecho, reinos o esferas retributivas del ser, a las que son magnéticamente atraídas aquellas partes de su constitución que en él son de similar o idéntica cualidad.

Jesús, en el Evangelio “de acuerdo a Juan”, capítulo 14, segundo versículo, dice lo siguiente: “En la casa de mi Padre hay muchas mansiones: si no fuera así, yo les habría dicho. Voy a preparar un lugar para ustedes”. Él dice esto en el largo discurso final que dio a sus discípulos antes de su arresto y de su aparición ante las autoridades, de acuerdo a las leyendas cristianas.

No hay ninguna gran religión de los tiempos antiguos que no enseñe en más o menos una clara y definitiva forma la existencia de ciertas fuerzas de recompensa o de retribución que actúan, luego de la muerte del hombre, en esferas apropiadas en las que la llamada alma del hombre se encuentra con la retribución o, como algunos dicen, el “castigo” o la “recompensa” después de la muerte física. Esas esferas en las que el alma recibirá apropiada y retributiva purga o castigo son llamadas infiernos en la lengua española; y aquéllas en las que el alma recibirá apropiado y retributivo reposo y recompensa son comúnmente llamadas cielos; y puesto que estas palabras son familiares para los europeos, y representan con suficiente precisión la idea general de la retribución post-mortem prevalente en todas las grandes religiones, puede ser mejor para nosotros usarlas. Pero tenemos que vaciar positivamente nuestras mentes, lavar nuestras mentes, de todas las ideas que han sido puestas en ellas por la des-educación de las teologías dogmáticas, si vamos a tener una idea correcta de lo que la filosofía esotérica enseña respecto a esto.

Tenemos que recordar que estamos estudiando el ocultismo de las edades arcaicas. Ahora bien, esta palabra ocultismo significaba ori-

ginalmente sólo la ciencia de las cosas escondidas; incluso en la edad media de Europa, aquellos filósofos que fueron los precursores de los científicos modernos, aquéllos quienes estudiaron entonces la naturaleza física, llamaron a su ciencia *ocultismo*, y a sus estudios *ocultos*, significando las cosas que estaban “escondidas u ocultas”, o que no eran conocidas por el común de la humanidad. Uno de tales filósofos medievales fue Albertus Magnus, un alemán; y también lo fue Roger Bacon, un inglés; ambos del siglo treceavo de la era cristiana.

Por tanto, el ocultismo, tal como usamos el término y como debe ser usado, significa el estudio de las cosas ocultas o escondidas del ser, la ciencia de la vida o de la naturaleza universal. En un sentido esta palabra puede utilizarse para significar el estudio de “fenómenos” inusuales, que es el concepto que se tiene usualmente entre la gente que no piensa, o que no pensaría, en la vastedad de más grandes campos de *causas* que el ocultismo, hablando con propiedad, investiga. Sin duda alguna, los meros fenómenos tienen su lugar en el estudio, pero éstos están en la frontera, por decirlo así, en las afueras —y son las superficialidades— del ocultismo. Al estudiar el verdadero ocultismo tenemos que penetrar hondo en los misterios *causales* del ser; y, a decir verdad, hemos estado haciendo esto en estos estudios: paso a paso hemos estado yendo más hondo hacia el reino de las causas.

Ahora bien, para comprender por completo el destino del alma, post-mortem, y antes de su nuevo renacimiento en un cuerpo físico en este plano, nos incumbe primero decir que hay un vasto campo de enseñanzas con respecto a la muerte sobre el que no nos sentimos, al presente, privilegiados como para recorrerlo. La razón de nuestra necesaria reticencia y silencio es ésta: que las enseñanzas con respecto a los más profundos misterios de la muerte proporciona claves a misterios de aún mayor magnitud y alcance, y en días antiguos eran comunicadas sólo a unos pocos escogidos, en cualquier tiempo. Cualquiera de ustedes que escoja echar un vistazo a las literaturas místicas religiosas del mundo puede probar este hecho por sí mismo.

En estudios anteriores hemos rastreado el peregrinaje de la mónada desde el estado de latencia hacia la manifestación, *como visto desde abajo*. Ahora bien, la mónada es un “átomo” espiritual, por decirlo así; llamémosla esta noche un *radical* espiritual, usando la palabra radical precisamente en el doble sentido en el que H. P. Blavatsky lo usó cuando habló de los cometas como “aquellos radicales siderales de largos cabellos”: con un toque de humor palpable en

un sentido, pero también aludiendo, por el uso de la palabra, a una gran verdad de la filosofía esotérica con respecto a los cometas, al llamarlos radicales. Ustedes saben lo que originalmente significaba *radical*. Significaba una (pequeña) “raíz”, del latín *radix*, de ahí su aplicación a un cometa como la raíz o el *germen* de un mundo futuro. Así también, una mónada es un radical, un radical en ambos sentidos en que ella usó la palabra: una entidad “agresiva” (en el sentido de auto-actuante, auto-desarrolladora), y también una raíz, un germen de un dios futuro.

Ahora bien, este radical, para lograr la auto-conciencia, y la auto-conciencia consciente, tiene que pasar el arco de sombras hasta que alcanza el *punto de cambio* del gran ciclo en ese manvantara, y tiene que hacerlo como una parte integral de, y perteneciendo a, la jerarquía que se desarrolla en ese manvantara. Para ese entonces, si su karma es tal, habrá alcanzado la auto-conciencia consciente, que se manifiesta en nuestro plano como un hombre. Luego comienza a ascender a lo largo del arco luminoso o el arco de la ascensión, y si tiene éxito en el peregrinaje cíclico, finalmente aflora en un dios. Tenemos que recordar este bosquejo general si queremos comprender con claridad lo que queremos decir por cielos e infiernos.

Toda la meta de la evolución, el entero destino del radical espiritual, es la elevación del estado consciente personal al estado consciente impersonal; un pensamiento tan importante que estamos obligados a decir que se establece como la primera concepción y como la raíz de la completa filosofía esotérica. Un dios auto-consciente puede serlo sólo porque tiene un *vehículo de ser* a través del cual trabajar; y de esto carece el radical espiritual cuando comienza su peregrinaje cíclico. La naturaleza humana tiene que elevarse hacia la naturaleza divina.

Podemos comenzar a ver acá el significado de lo que H. P. Blavatsky dijo sobre la pérdida del alma. A cada peldaño del descenso, en la medida en que su auto-conciencia es lenta y gradualmente desarrollada en cualquier manvantara, la mónada elabora en sí misma, o secreta desde sí misma, y excreta desde sí misma, vehículos propios para su conocimiento de las fuerzas y de la materia en los varios planos a través de los cuales pasa y en los que se manifiesta. Aquéllos, en los planos superiores, son egos, y cada ego secreta su propio y apropiado vehículo llamado un alma. Consecuentemente, hay un ego y un alma para cada peldaño del descenso: un vehículo dual para manifestar la esencia monádica sobre cada plano. A través del todo,

como un cordón dorado, corre el ser, la conciencia más interna, el “yo soy” espiritual. El ego-alma le da a la mónada la conciencia de “yo soy yo”. El ser, sin embargo, es el mismo en todos nosotros. “Yo soy yo” es la cualidad sólo del ego. Por tanto, lo importante es “salvar” el ego. Los egos superiores son salvados debido a salvaciones previas ganadas en anteriores manvantaras. Pero los egos inferiores y sus almas están contruidos de la materia y de la conciencia de *este* manvantara, y tienen que ser “salvados”. El estado de la conciencia humana en el que nosotros —la humanidad— vivimos en esta época y en este manvantara es llamado en lo individual el alma humana, el ego humano; y esta alma humana y este ego humano tienen que ser “salvados”, porque nuestra auto-conciencia está concentrada en ellos. Usamos la palabra salvados porque no se nos ocurre otra mejor; al menos la palabra es familiar. Esta salvación significa que el ego-alma tiene que ser rescatado de las atracciones magnéticas de la materia.

¿Pero qué sucede si su instrucción es incompleta cuando en el fondo del arco, antes de comenzar el ascenso a lo largo del arco luminoso, se vuelve incapaz de correr la carrera y falla? Supongan que el jalar de la materia es demasiado fuerte y que su atracción es hacia abajo. Lentamente, en ese caso, se rompen los vínculos con el ser superior, se rompe la cadena dorada, y todo el esfuerzo de la mónada en ese manvantara se pierde. A la entidad que cae en el ciclo descendente se le llama un alma perdida.

Ahora bien, un alma perdida no tiene nada que ver con los cielos y los infiernos. El estado de nirvāṇa, asimismo, no tiene nada que ver con los cielos y los infiernos. Los cielos y los infiernos conciernen sólo a la verdadera entidad *humana*: esto es, el ego humano y el alma humana; sólo este grado de conciencia, pues a éste pertenecen aquéllos que pueden tomar parte de la concepción de, y pueden experimentar, la felicidad o la miseria. El nirvāṇa está más allá de la felicidad; está, claro, más allá de la miseria. Su polo opuesto es el nirvāṇa-avīchi, que es el completo contraste del nirvāṇa; es el punto más bajo, el polo más bajo del ser consciente.

Cuando el cuerpo, a la muerte física, se disuelve, los elementos astrales permanecen en el “mundo de sombras” con el mismo centro de conciencia, tal como en vida, adherido dentro de ellos, aún vitalizándolos; y cierto proceso acontece, pero no hay necesidad de que tomemos tiempo esta noche para discutir particularmente lo que es kāma-loka o el devachán. Cuando ocurre la “segunda muerte”, des-

pués de la del cuerpo físico —y hay muchas muertes, es decir, muchos cambios de los vehículos del ego—; cuando la *segunda* muerte ocurre, ¿qué es del centro humano, la verdadera entidad humana? Se nos ha dicho que la parte superior de él retira hacia dentro de sí misma todo lo que aspira hacia ella, y se lleva ese “todo” con ella hacia el devachán; y que el *ātman*, con el *buddhi*, y con la parte superior de *manas* —que es la así llamada alma humana, o la mente— se convierte en adelante en la *mónada* espiritual del hombre. Hablando estrictamente, ésta es la *mónada* divina dentro de su vehículo —*ātman* y *buddhi*— combinada con el ego humano en su elemento *mānasico* superior; pero son unidos después de la muerte, y en consecuencia se habla de ellos como de la *mónada* espiritual.

La *mónada* humana “va” hacia el devachán. Devachán es una palabra tibetana y puede ser traducida como “tierra de dios”, “país de dios”, “región de dios”. Hay varios grados en el devachán: el superior, el intermedio y el inferior. Por otra parte, ¿qué es de la entidad, del alma humana inferior, que está tan ensuciada con pensamiento terrenal y con los instintos inferiores, que no puede elevarse? Podría haber suficiente en ella del espíritu-naturaleza para mantenerla unida como una entidad y permitirle volverse una entidad reencarnante, pero es tonta, es pesada; su tendencia es consecuentemente hacia abajo. ¿Puede por tanto elevarse hacia la felicidad celestial? ¿Puede siquiera ir hacia los reinos inferiores del devachán y disfrutar ahí de una pizca de beatitud, dicha, de todo lo que es noble y bello? No. Hay una esfera apropiada, una esfera apropiada para cada grado de desarrollo del ego-alma, y éste gravita hacia esa esfera y permanece allí hasta que es purgada a fondo, hasta que el pecado ha sido lavado, por así decirlo.

Estos son los llamados infiernos, situados incluso por debajo de las partes más bajas del devachán; y los cielos *arūpa* son las partes más altas del devachán. *Nirvāṇa* es una cosa muy distinta de los cielos. *Nirvāṇa* es el estado de bienaventuranza última y completa, conciencia sin trabas, un estado de absorción en el puro ser, y es el maravilloso destino de aquéllos quienes han alcanzado el conocimiento supra-humano, la pureza y la iluminación espiritual. Realmente es absorción *personal* en el ser, o identificación con el ser —el SER superior—. Es también el estado de las entidades monádicas en el período que sobreviene entre manvantaras menores o rondas de una cadena planetaria; y más completamente entre cada período de siete rondas o Día de *Brahmā* y el subsiguiente Día o nuevo *kalpa*

de una cadena planetaria. En estos últimos tiempos, que empiezan desde la séptima esfera en la séptima ronda, las entidades monádicas han pasado mucho más allá incluso del más alto estado del devachán. Demasiado puras y demasiado avanzadas incluso para una condición tal como la de la felicidad devachánica, van a sus esferas y condiciones apropiadas, que luego es el nirvāṇa que sigue el final de la séptima ronda.

Ahora bien, ¿qué decían los antiguos en sus religiones exotéricas acerca de estos llamados cielos e infiernos? Cada una de tales religiones enseñó que los llamados cielos están divididos en peldaños o grados de ascendente bienaventuranza y pureza; y los llamados infiernos en peldaños o grados de creciente purgación o sufrimiento. La doctrina esotérica, u ocultismo, enseña que el uno no es un castigo, ni el otro es, estrictamente hablando, una recompensa. La enseñanza es, simplemente, que cada entidad luego de la muerte física es atraída a la esfera apropiada a la que el destino kármico de la entidad la atrae magnéticamente. Lo que el hombre trabaja, lo que el hombre siembra en su vida, eso y sólo eso cosechará luego de su muerte. Buenas semillas producen buenos frutos; malas semillas, taras —y quizá aun nada de valor o de utilidad espiritual sigue a una vida negativa y sin color—. No hay una “ley” del karma; repetimos, no hay una “ley” del karma. No hay “leyes” de la naturaleza; repetimos, no hay “leyes” de la naturaleza. ¿Qué es una “ley” natural? ¿Es una “ley” natural un dios? ¿Es un ser? ¿Es una entidad? ¿Es una fuerza? ¿Es una energía? De ser así, ¿qué dios la produce? La palabra *ley*, sin embargo, es bastante conveniente *con tal que entendamos lo que queremos decir con ella*. Quizá en la actualidad no se podría encontrar ninguna otra palabra para un uso ordinario en la escritura popular o en la conversación. Pero no cometamos el error de tomar las abstracciones por realidades.

En estos estudios de las maravillosas doctrinas del ocultismo no daremos nunca un paso adelante hacia un entendimiento apropiado de la naturaleza, si cometemos este error. Tenemos que lavar nuestras mentes de la incorrecta educación científica y teológica occidental. Las así llamadas leyes de la naturaleza y la ley del karma son simplemente las varias operaciones de la conciencia en la naturaleza: en verdad y en realidad, son *hábitos, hábitos de los seres*. Reemplazamos las abstracciones de la ciencia y de la teología occidental, por la acción y los ineluctables resultados de las conciencias y las voluntades en las esferas del ser de las jerarquías de vida. Simplemente

estamos abusando de nuestra inteligencia, embruteciendo nuestros intelectos, cuando damos una y más vueltas a los círculos viciosos de la teoría materialista y pensamos que hemos satisfecho nuestras mentes inquisidoras, reemplazando la labor de innumerables jerarquías de seres en y de la naturaleza, con una abstracción llamada ley o leyes. ¡Piénsenlo! ¿Nos damos cuenta de que ni un solo gran pensador antiguo hasta la era cristiana, habló jamás acerca de leyes de la naturaleza como si estas leyes fueran seres vivientes, como si estas abstracciones fueran entidades reales que hacían cosas? ¿Las leyes de la navegación alguna vez navegan un barco? ¿La ley de la gravedad organiza los planetas? ¿Une u organiza los átomos? Es un disparate. Esta palabra ley es sólo una abstracción, una expresión para la *acción de entidades en la naturaleza*. Los antiguos colocan realidades, *seres vivientes*, en el lugar de las leyes que, tal como usamos el término, son sólo abstracciones; ellos no se engañaron tan fácilmente con las palabras. Las llamaron dioses. Muy bien entonces; llámenlas así. Llámenlas dhyānis o cualquier otro nombre que gusten. Pero fijen su fe, dirijan sus intelectos, a seres vivientes reales, a realidades, no a la nada, no a abstracciones, que no tienen realidad excepto como modos de lenguaje.

Tomemos de ejemplo las antiguas enseñanzas brahmánicas. Allí encontramos varias divisiones de cielos e infiernos; pero la más común es la división en siete esferas o lokas inferiores, o infiernos, o vestíbulos infernales, y los siete lokas superiores, a los que podemos llamar cielos. Las enseñanzas budhistas usualmente enumeran 21 infiernos, para los que la palabra usual es *nārakas*; y los budhistas usan también la palabra lokas para las esferas superiores; pero noten bien que en todos los sistemas antiguos estas esferas o grados superiores e inferiores estaban en peldaños ascendentes y descendentes. Estaba el más alto, y todos los demás que seguían, decreciendo en felicidad y en pureza por grados, cada uno siendo más material y menos feliz con cada peldaño descendente, hasta que pasaban insensiblemente hacia los infiernos superiores, y acá otra vez incrementándose aún más en materialidad hacia abajo hasta que se alcanzaba el final de la jerarquía de estos estrados.

Entre los más bajos de estos infiernos los budhistas colocaban el *avīchi*. Ésta es una palabra sánscrita, y su significado general es “sin olas”, que no tiene olas o movimiento, sugiriendo el estancamiento de la vida y del ser en la inmovilidad; también significa “sin felicidad”, o “sin reposo”; y bajo ésa, otra jerarquía comienza, un nuevo

mundo. ¡Qué interminables campos para nuestra especulación se nos abren acá!

No podemos, en este punto, más que hacer un boceto —el tiempo que nos queda esta noche es corto—, un bosquejo de las doctrinas que conciernen a los cielos e infiernos. Al comenzar con un boceto general estamos siguiendo el plan general de nuestros estudios. Primero, tratamos de dar el diagrama general, la vista panorámica, llenando luego los detalles necesarios a medida que seguimos con nuestro tema, aunque con frecuencia aludiendo a otra enseñanza relacionada con él, haciendo eso a propósito; y de esta manera seguimos el sistema o método antiguo de enseñar estos distintos temas. En nuestras modernas instituciones de aprendizaje occidental es habitual, y quizás un requerimiento riguroso, que el expositor prosiga hasta el final con todos los detalles de un tema del que trata: abriendo una línea de investigación y no desviándose de ella hasta que todo lo de la teoría y de la práctica, o se supone que así es, se conoce, o se piensa que se ha conocido; y cuando esa única línea de estudio está por completo acabada, y cuando el intelecto está completamente cristalizado en esa forma, y extenuado, entonces se abre una nueva línea de investigación. Este método es totalmente contrario a la naturaleza. Un adulto o un niño no aprenden las lecciones de la vida de semejante manera artificial. Los antiguos conocían mejor la psicología de la enseñanza y del aprendizaje. Construían primero el panorama general, tal como lo tiene un hombre en la cima de una montaña con la visión topográfica general ante su vista, de donde elabora una medición topográfica que retiene en su mente; y cuando baja al valle es capaz de rellenar con facilidad todos los detalles necesarios. Éste es el método de la naturaleza, si podemos hablar así de ella; y es lo que se llama el método platónico: primero lo general, luego lo particular. En lógica, a esto se le llama el sistema deductivo, como opuesto al método aristotélico o inductivo, sobre el que la moderna enseñanza occidental está basada.

Ahora bien, los egipcios, como sabemos a partir de sus papiros, enseñaron la existencia de muchas esferas luego de la muerte, los muchos planos de la felicidad y de la beatitud y los muchos planos del sufrimiento o purgación, esferas que la entidad difunta tenía que atravesar antes de alcanzar una u otra de las metas de la vida post-mortem: el cielo o el infierno. Los maestros de los tiempos antiguos tenían una manera, un método alegórico, de expresar el curso de la vida después de la muerte, y de esta forma mantenían viva y activa

la intuición sin tratar asuntos prohibidos, secretos o misterios de los santuarios. Tomemos, en relación a esto, como ilustración, las enseñanzas de la religión mitráica, que en un tiempo estuvo muy cerca de desbancar por completo a la doctrina cristiana. Los mitraístas enseñaron la existencia de siete (y nueve) cielos, cada uno precedido y seguido de otro, inferior o superior, respectivamente. Y cada uno debía ser alcanzado por una “escalera”, que era sólo una manera gráfica, bonita, de hablar. Claro que sólo querían decir que la escalera era una representación de los peldaños, gradas o grados que el alma debía escalar para alcanzar la meta; y la escalera era, asimismo, una figura de los grados de la jerarquía —los peldaños, los planos, las esferas, de las que está compuesta—. También tenían sus siete grados de iniciación, basados sobre la escala ascendente que existe en la naturaleza; y otros dos grados que eran tenidos como muy secretos para hablar de ellos abiertamente; y esto hace nueve grados en total.

¿Y qué hay de los antiguos escandinavos? Tomen el caso de su *Niflheim*, una palabra que significa “una morada nublada o brumosa”, “hogar”, o “mansión”. Esta región nebulosa era la novena, la más baja, en su sistema, y ella misma estaba compuesta de nueve mundos o esferas menores. Eran en verdad muy cuidadosos los escritores de los Eddas en la manera de enseñar; pero nos dan suficiente para mostrarnos las mismas idénticas enseñanzas tal como se encuentran en cualquier otro sitio sobre el mundo. Estoy hablando acá más particularmente del Edda en Prosa, que es más abierto en sus alusiones esotéricas que el Edda Poético, el Edda en verso. Ahora bien, el Edda en Prosa nos dice que un lado, el norte, del espacio cósmico, era frío y lóbrego, y le da a esta esfera el nombre de *Nifl.*, “región nebulosa”, que es una generalización del significado del nombre. El *Nifl* tenía nueve divisiones o grados, pero más particularmente *Nifl* era el nombre del más bajo de los nueve; aún más, el Edda daba ese nombre a la serie entera de nueve esferas en el norte. Una región media era el *Ginnungagap*, una palabra del escandinavo antiguo que puede ser traducida quizás como “abismo bostezante” o abismo (o abertura) de abismos; ésta era la esfera media o intermedia. Y luego venía el *Muspellheim* al sur, un lugar de fuego, llama y calor, no necesariamente algo como el infierno cristiano, pues, a propósito, era más como un cielo que como un infierno; los seres divinos o elementales vivían allí, un pensamiento natural de los escandinavos que debían soportar el frío. Su infierno era frío, y los infiernos de los habitantes del sur eran calientes —siendo estas palabras sólo maneras apropia-

das de expresar cosas para ser aprendidas fácilmente por la gente.

¿Qué creían los primeros cristianos o los cristianos medievales con respecto al cielo y al infierno? Escojamos la descripción de Dante, el gran poeta italiano, por ejemplo, pues él hace eco de la enseñanza pagana antigua de forma notable en algunos sentidos; siempre de una manera distorsionada, es verdad, pero ustedes pueden ver la verdad antigua debajo de todo lo que él escribió. Cuán significativo resulta que él hiciera a Virgilio, el gran poeta latino, su conductor a través de los Infiernos, o Infiernos, y a través de su Purgatorio; pero en conveniente deferencia a los maestros cristianos y a la era cristiana en la cual vivió, cuando llega a los Cielos, que él describe, tiene un guía cristiano, su Beatriz, y, claro, tuvo que seguir sus doctrinas cristianas. Dante divide sus Infiernos en nueve círculos. Divide su Purgatorio en siete círculos, precedido por el Ante-Purgatorio, y seguido por el Paraíso Terrestre, que hacen asimismo nueve. En cada uno de estos Infiernos, y en cada uno de estas divisiones del Purgatorio —lugares de purificación— muestra al más bajo como el más terrible; el segundo sobre éste no es tan temible, y el tercero menos que el segundo; y así subiendo a través de los dieciocho círculos o grados de los Infiernos y de los Purgatorios hasta el más alto del Purgatorio, que es apenas desagradable, si acaso lo es algo. Finalmente, Dante divide sus Cielos en nueve, y éstos están coronados por el Empíreo, ¡el lugar de morada de Dios y de sus Ángeles!! Por tanto, hay nueve Infiernos; siete divisiones del Purgatorio, con el Ante-Purgatorio y el Paraíso Terrenal —de nuevo nueve; nueve Cielos; el Empíreo: $9+9+9+1=28$ divisiones de vida no física, cada una apropiada para castigar ciertos vicios o recompensar ciertas virtudes luego de la muerte. Una curiosamente fiel, curiosamente distorsionada, y a menudo grotesca, parodia de la doctrina arcaica.

QUINCE

LA EVOLUCIÓN DEL “ABSOLUTO”. PLAN GENERALIZADO DE LA EVOLUCIÓN
EN TODOS LOS PLANOS. LAS SIETE CLAVES DE LA SABIDURÍA E
INICIACIONES FUTURAS.

Conteniendo todas las cosas en la cima una de su propia hyparxis, él mismo subsiste enteramente más allá. —PROCLUS, *La Teología de Platón*, p. 212

Ustedes no lo entenderán como cuando se entiende alguna cosa cualquiera.
—DAMASCIUS (Cory, *Fragmentos antiguos*, p. 281)

Las cosas divinas no son alcanzables por los mortales que entienden el cuerpo, sino que sólo los que están ataviados ligeramente arriban a la cima.
—PROCLUS, *Comentario sobre el “Cratylus” de Platón*

AL INICIAR nuestro estudio esta noche leemos primero de *La Doctrina Secreta*, volumen I, página 570 [II, 266], el primer párrafo:

Mientras a los cristianos se les enseña que el Alma humana es un soplo de Dios —creado por Él para la existencia sempiterna, esto es, teniendo un principio, *pero no fin* (y por lo tanto, no pudiendo llamársela nunca eterna)—, la enseñanza Oculta dice: “*Nada es creado, sino sólo transformado*. No puede manifestarse nada en este Universo —desde un globo hasta un vago y fugaz pensamiento— que no estuviera ya en el Universo; todo en el plano subjetivo es un eterno ES, así como todas las cosas en el plano objetivo son un *siempre viniendo a ser*, porque todas son transitorias”.

Recordarán que en nuestra última reunión fuimos obligados a confinarnos a un corto repaso del tema de los cielos y los infiernos tal como lo sostienen doctrinalmente varias religiones exotéricas; y al considerar varias enseñanzas teológicas, filosóficas o mitológicas acerca de ellos, habíamos alcanzado el punto de vista de la teología cristiana medieval, tal como fue representada en la *Divina commedia* del gran poeta italiano, Dante; y encontramos en ese noble poema, una vez más, tal como lo encontramos en otros sistemas que hemos mencio-

nado, el maravilloso número nueve como el número-raíz de la división.

También tocamos brevemente las antiguas creencias escandinavas respecto a este tema tal como se halla en el Edda más Joven o en Prosa, y sólo vagamente aludimos a las enseñanzas contenidas allí. También hablamos de las creencias de los estoicos griegos y latinos; y también pudimos haber indicado que en una importante obra llamada hermética, que se supone tuvo su origen en Egipto, pero que ha sido bastante alterada por manos cristianas posteriores —la obra a la que me refiero se llama *El divino Poemandres*— hay siete esferas o estratos del ser de los que se habla, así como también alusiones vagas a una octava esfera, mientras que una novena es sólo insinuada.

Ahora, volviendo de nuevo a la antigua Grecia, encontramos que el gran poeta Homero, en el octavo libro de la *Ilíada*, hace que Zeus, al dirigirse a los dioses y diosas, hable de la Cadena Dorada. En un lenguaje bastante autoritario Zeus les dice a las otras divinidades acerca de su poder supremo, y que si todos ellos, los dioses y diosas del alto Olimpo, tuvieran que tirar hacia abajo en un extremo de esa Cadena, y él tuviera que sostener el otro extremo, Zeus mismo, solo, podría tirarla hacia arriba con todos los dioses y las diosas, todos los mares y tierras, y colgar esa Cadena de Oro, con todos ellos en el extremo inferior, en uno de los pináculos del cielo. ¿Cuál es el significado de este curioso cuento? Es el siguiente:

Esta Cadena de Oro representa la concatenación de las jerarquías vivientes que hemos estudiado antes: la Cadena de oro de todo ser, interior y exterior. En el mismo discurso dirigido a la asamblea de las divinidades del Olimpo, Zeus habla como sigue: “A cualquiera de ustedes que desprecie mis palabras y mi voluntad, lo derribaré hacia el sombrío Tártaro . . . que está tan por debajo del Hades como la Tierra lo está del Olimpo”. Esto nos muestra algo de la representación de Homero del entramado del Cosmos, que era algo como sigue: La Tierra, o más bien el universo, estaba representado como una esfera; el Olimpo estaba colocado en el lado superior, el norte o polo; Lo que se llamaba la Tierra era la siguiente parte por debajo; debajo de la Tierra estaba el Hades; y en el polo inferior del Olimpo se ubicaba el Tártaro. Homero, por medio de su Zeus, nos dice que tan por debajo del Olimpo como lo está la Tierra, así lo está el Tártaro por debajo del Hades.

El poeta griego Hesíodo, en su *Teogonía*, comenzando con el verso 721, también nos dice que si a un yunque de latón se le dejara caer del Olimpo a la Tierra, tomaría nueve días en caer, y alcanzaría la

tierra en el décimo; y que si el mismo yunque de latón, al continuar su curso, tuviera que caer de la Tierra al Tártaro, tomaría asimismo nueve días en caer, y alcanzaría el Tártaro en el décimo. Así también el poeta latino Virgilio (*Eneida*, 6, 577-9) tiene la misma idea general.

Vemos, entonces, en el pensamiento místico griego y latino, el mismo principio de las jerarquías y escalas de nueves y diez con las que nos hemos encontrado antes. La teoría demanda una continua sucesión de planos o esferas del ser, posicionándose de la superior a la inferior; repetida ininterrumpidamente a lo largo de la extensión de cualquier sistema jerárquico general de mundos. Por ejemplo, comenzando en el Tártaro, de ahí sigue una nueva sub-jerarquía, una nueva esfera, un nuevo huevo del ser; así como el Olimpo de cualquiera de tales sistemas es el polo inferior de una jerarquía todavía más alta que ella. Y así a lo largo de todo el universo.

Ahora bien, esta “caída de nueve días” del “yunque de latón” de Hesíodo, y cualquier otra figura similar, es sólo la bien conocida manera mitológica de hablar, que representa de una forma fácilmente entendible para el público en general, con sus mentes dormidas, las doctrinas esotéricas, las doctrinas del ocultismo, es decir, los hechos del ser interior, tal como se hallan en todas las enseñanzas místicas de todas las naciones antiguas.

Este asunto de los infiernos y de los cielos descansa sobre varios factores fundamentales esotéricos que hemos estado estudiando continuamente desde que se inauguraron estas reuniones el pasado enero. Como se dijo en nuestra última reunión, la verdad es que no hay, en absoluto, infiernos y cielos en el sentido ordinario cristiano. Pero hay esferas de retribución, esferas de probación, que son esferas particulares del ser; y algunos de estos infiernos, como se los describe por ejemplo en las religiones brahmánica y budhista, son en realidad esferas cercanas al placer, más bien agradables que otra cosa; ¡se las describe como lugares realmente muy agradables e interesantes! Pero son todavía inferiores a los así llamados cielos.

Podemos considerar la descripción de algunos de los llamados cielos, por otro lado, como no tan excesivamente placenteros; y la idea es que así como son las condiciones entre los hombre sobre la tierra, así lo son entre las apropiadas esferas de retribución, probación o purificación purgatorial: cuando la extensión de la vida del hombre sobre la tierra ha llegado a su fin, entonces todo se mueve de acuerdo a una estricta analogía y de acuerdo a una estricta atracción gravitacional. *Nada puede ir a cualquier esfera o ir hacia cualquier estado*

para el que no es apto. Todo encuentra exactamente su meta, hogar o esfera apropiada y similar.

Estos cielos e infiernos son *estados*, por supuesto; así también la vida en la tierra es un estado. Pero si una cosa es un estado, también es el estado de una cosa; y si es una cosa, tiene que tener un lugar, posición o localidad. Eso es obvio. Así, por tanto, mientras estos cielos e infiernos son estados, son asimismo localidades, lugares. La sabiduría antigua habla de ellos en general por la palabra sánscrita que significa “los tres mundos”: *tri-bhuvana*, es decir, tres resumidamente generalizadas estancias, mansiones o lugares de morada; como dijo Jesús en las escrituras cristianas: “En casa de mi Padre hay varias mansiones”. Éstas son estados de la mente para las entidades que allí moran, y es a través de estos estados de la mente que se realiza la purificación purgatorial de la naturaleza del alma.

¿Por qué un hombre va al infierno? Porque él *quiere* ir al infierno. ¿Por qué un hombre va al cielo? Porque él *desea* ir al cielo. Un hombre va *donde sea que disponga ir*. Si durante su vida ha vivido una existencia maligna, es porque los impulsos y atracciones de su ser eran así; ¿y puede un alma tal, envuelta con atracciones mundanas, ascender a las esferas espirituales? ¿Pueden las operaciones de los seres espirituales, de las así llamadas leyes superiores de la naturaleza, atraer a un hombre cuya alma está absorta en aspiraciones celestiales, hacia una de las esferas inferiores y hacia el potro de los tormentos del purgatorio? Nunca. Piensen en el significado que este pensamiento implica. Debemos, por tanto, tomar la advertencia implícita en él, y vivir de conformidad con ello. Escuchemos con atención estas doctrinas, sublimes en su grandeza. Cada palabra de ellas está preñada de profundos significados.

Vayamos un poco más lejos. Ustedes pueden recordar que hace algunos meses señalamos que en la sabiduría antigua, en el antiguo ocultismo, había una enseñanza que de hecho había originado una doctrina científica moderna, nacida, sin embargo, en una forma distorsionada de materialismo, con respecto a las operaciones de la naturaleza: la así llamada conservación de la energía, que es uno de los grandes pilares de la ciencia materialista moderna; y también su dogma gemelo, la llamada correlación de fuerzas. Esas dos doctrinas científicas nacieron de la suposición de que no hay nada en existencia sino materia inerte, sin vida, sin alma, impelida por impulsos extraños, desconocidos y quizás que no pueden descubrirse, que fueron llamados fuerzas, brotando de alguna manera desconocida y quizás

imposible de descubrir. La ciencia está cambiando sus puntos de vistas en muchas direcciones, es muy cierto; pero todavía se mantienen algunas ideas materialistas. Ahora bien, en nuestro tiempo todo se supone que es fundamentalmente fuerza; la materia misma se supone que es fuerza. Las ideas, como ven ustedes con facilidad, son todavía las mismas; sólo las palabras están cambiando. Es, sin embargo, un paso adelante, pero no debemos dejarnos llevar por meras palabras, ya que el pensamiento detrás de las palabras es el mismo y tan por completo materialista como siempre.

Pero hay señales de que están tomando lugar otros cambios rápidamente en los campos científicos. En el lapso de tres semanas [1924], quien les habla leyó el reporte de un discurso dado por un eminente físico inglés, honor y gloria de su país, intuitivo en algunas maneras, quien nos dice lo que los últimos descubrimientos están demostrando a los científicos del momento. ¿Cuáles son las nuevas luces? Sólo lo que señalamos hace algunos meses como una enseñanza fundamental del antiguo ocultismo: que la fuerza es simplemente materia en un estado etéreo; o, poniéndolo en distinta y más correcta forma, la materia es simplemente fuerza cristalizada, por decirlo así, siendo la fuerza y la materia, una en esencia. Este científico nos dice luego que los pensadores modernos están ahora comenzando a creer que la materia no es eterna. Por supuesto, nosotros también creemos eso, *con tal que por "materia" queramos decir sólo materia física*, la māyā básica —o ilusión— del ser físico. Pero si queremos decir por "materia" el substrato, la *sustancia esencial del ser*, diferimos al instante, porque de hecho *eso es eterno*. Es Mūlaprakṛiti, la sustancia-raíz, la vestidura de Parabrahman.

Además, ¿qué queremos decir cuando hablamos de Parabrahman y de Mūlaprakṛiti, conciencia esencial y naturaleza esencial —o sustancia esencial o "materia"? Queremos decir esto: que Parabrahman-Mūlaprakṛiti puede ser para cualquier intelecto humano sólo el estado absoluto de la jerarquía, la porción superior, su flor, su principio, su raíz, su semilla: eso a partir de lo cual el resto se desarrolla o sale y se vuelve el universo manifestado en el que vivimos, que conocemos y del que somos parte. Como dice Pablo en los Evangelios cristianos, "En él [esto es, en Ello: el griego permite esta traducción] vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser", es decir, nosotros *somos Eso*, en el sentido de ser esencialmente una parte de la flor de nuestra jerarquía, la más alta *para nosotros*, pues Eso es la raíz de la conciencia de y en *nuestro* universo cósmico o kosmos universal, que al final es

todo lo que está comprendido dentro de la zona de la Vía Láctea, esto es, el kosmos universal que conocemos. La cima de él es la raíz de la que todos estos innumerables mundos inferiores o universos dentro de él han salido, han evolucionado; sus hijos los sistemas solares, los soles, las estrellas, los planetas —todos los seres vivientes, todos los átomos, todos los mundos o universos, en resumen, el kosmos— todos salieron de Eso. Es la cima, la flor, la cúspide, así como la semilla; es el absoluto Paramātman, el ser supremo.

¿Qué queremos decir con la palabra Absoluto? ¿Queremos decir Dios: si les gusta esa palabra, si realmente desean llamarlo Dios? ¿Pero saben ustedes algo acerca de Dios? ¿No vemos que en el instante en que atrofiarnos nuestros intelectos, cuando paralizamos nuestra intuición y limitamos el vuelo de nuestras facultades inferiores al hablar de límites, ya sea que se infiera en pensamiento o en palabra, entonces alcanzamos límites y paramos? Siempre recuerden en relación a esto que más allá y más allá y más allá del universo cósmico, más allá de nuestro saber, más allá de nuestra imaginación, siempre hay vida sin fin, ser sin fin, pues no hay final por ningún lado; y este pensamiento es lo que se quería decir en el antiguo ocultismo cuando sus maestros hablaron de ese “círculo cuya circunferencia está en ningún lado y cuyo centro está en todos lados”, el “ilimitado”, el “sin límites”. Esta palabra Absoluto, mal utilizada como lo es en la filosofía moderna e incluso entre nosotros mismos, es la traducción exacta del sánscrito *mukti*, o *moksha*, al que aludiré en breve. Absoluto es la forma moderna inglesa del pasado participio pasivo de la palabra latina *absolvere*, que significa “desatar”, “liberar”, “soltar”, y, por tanto, “perfeccionado”. No una completa e ilimitada perfección como se suponía que tenían los dioses inmortales en algunas religiones, lo cual es siempre imposible. Sino que la relativa perfección, la cima, el pináculo, la flor, la raíz, la semilla, de cualquier jerarquía; y particularmente para *nosotros* de esa jerarquía que para *nosotros* es la más alta: nuestro universo cósmico.

Ahora vamos a las palabras sánscritas *mukti* o *moksha*: la primera viene de la raíz sánscrita *much*, que significa “soltar”, “liberar”, como se dijo; y *moksha* viene del sánscrito *moksh*, con un significado casi idéntico, y probablemente un desiderativo de la misma raíz *much*. Ése es el significado cuando un espíritu, una mónada o un radical espiritual ha crecido tanto en manifestación que primero se ha vuelto un hombre, y es liberado interiormente, internamente, y de un hombre se ha transformado en un espíritu planetario, *dhyāni-chohan* o señor

de meditación, y ha proseguido adelante hasta volverse *interiormente* un brahman, y de un brahman, el Parabrahman para su jerarquía, entonces ha sido absolutamente perfeccionado, libre, liberado: perfeccionado para ese gran período de tiempo que para nosotros parece casi una eternidad; así de largo es, virtualmente incalculable para el intelecto humano. Éste es el Absoluto: limitado en comparación con cosas todavía más inmensas, aún más sublimes; pero, tanto como podemos pensar de él, “puesto en libertad” o “liberado” de las cadenas o límites de la existencia material.

Cuando tiene lugar el gran período del pralaya cósmico universal, y el universo es absorbido (según la metáfora oriental) en el seno de Parabrahman, ¿qué ocurre entonces? Las entidades espirituales entran, entonces, en su paranirvāṇa, lo que para ellas es exactamente lo mismo que es para nosotros cuando hablamos de la muerte del ser humano. Son impelidas por sus atracciones gravitacionales espirituales hacia jerarquías del ser aún más elevadas, hacia reinos espirituales todavía más elevados, ahí creciendo, elevándose, aprendiendo y viviendo aún más; mientras que los elementos inferiores del kosmos, el cuerpo del universo (como sucede con nuestro cuerpo físico cuando llega el cambio llamado muerte: la muerte, hermana gemela de la vida) sigue sus propias y particulares atracciones gravitacionales: el cuerpo físico al polvo; el hálito vital al aliento vital del kosmos; polvo al polvo, hálito al hálito; y así, con los demás principios cósmicos sucede como con los principios del hombre a la muerte de éste: el kâma de nuestra naturaleza va a la reserva universal del organismo kâmico; nuestro manas va hacia su reposo dhyāni-chohanico; nuestra mónada va hacia su propia vida más elevada. Y luego, cuando el reloj de la eternidad indica una vez más la hora de “salir a la luz” del kosmos —que es “muerte” para el ser espiritual, así como la *vida del hombre interior* es muerte para *nosotros*— cuando el manvantara de la vida material retorna (el período de muerte espiritual del kosmos es la vida de manifestación material), entonces, en los distantes abismos del espacio y del tiempo, los centros vitales cósmicos se despiertan a la actividad una vez más: en primer lugar, la etapa de la nebulosa ígnea; luego la nebulosa giratoria; después la nebulosa espiral; luego la nebulosa anular; después el sol y los planetas, y finalmente los humanos y otros seres que crecen en dichos planetas; cada uno de estos planetas tiene sus siete rondas que cumplir en los períodos planetarios venideros, una y otra vez durante la eternidad. Esperanza y experiencia sin fin yacen en este maravilloso esquema, pero siempre,

a cada paso en el sendero, hay una división de los caminos para aquellas entidades que han logrado responsabilidad moral, un arriba y un abajo, pues el “momento de elegir” es realmente continuo.

Al período presente hemos vivido algo más que la mitad del ciclo mahā-manvantárico; estamos, para el mahā-manvantara de nuestro sistema solar cósmico, en el punto donde la materia ha alcanzado ya su máximo grado de desarrollo *en nuestra jerarquía*. Y hemos vivido, de acuerdo a las enseñanzas numéricas antiguas, 155 billones, y unos 520 mil millones de años solares. Una mitad de nuestro mahā-manvantara ha transcurrido; y quedan aún cerca de 155 billones y 520 mil millones de años solares. Para decirlo con mayor precisión, lentamente hemos pasado el exacto punto más bajo del gran ciclo cósmico universal. Ese punto más bajo, en el que la materia alcanzó su mayor grado de manifestación física para nosotros, para nuestra gran ola de vida, fue cuando la luna alcanzó el punto medio de su cuarta ronda, que fue edades y eones antes de que se convirtiera en nuestro satélite físico. Las enseñanzas antiguas dicen que como el gran Parabrahman de nuestro sistema jerárquico tiene 100 Años Divinos de vida que vivir, y que cada Año tiene 360 Días, siendo dividido cada Año en 12 Meses, y como han pasado 50 Años Divinos, por consiguiente, en este planeta Tierra hemos alcanzado el primer Día Divino del primer Mes Divino del ciclo ascendente del segundo período de 50 Años Divinos. Por los últimos 155 billones, y unos 520 mil millones de años, hemos venido descendiendo en y a través de nuestra jerarquía hasta el punto más bajo de ella sobre la luna; y desde que ese punto fuera alcanzado hace edades, hemos comenzado lenta y dolorosamente nuestro ascenso de nuevo hacia lo Inefable, la cima de nuestro sistema jerárquico, nuestro “Absoluto”. Por favor recuerden con gran cuidado que usamos esta palabra Absoluto sólo en el sentido y significado ya explicado.

¿Cómo el Absoluto llegó a ser el Absoluto? ¿Por casualidad? De ninguna manera. No hay nada más que vida sin fin y conciencia y duración infinitas funcionando de acuerdo a los principios y elementos de *naturaleza inherente*, que en las obras sánscritas se denomina svabhāva. El significado raíz de esta palabra svabhāva es “auto-generación”, “auto-desenvolvimiento”. *Nos generamos a nosotros mismos a través de todos los tiempos*: nos damos nuestros propios cuerpos; escalamos nuestros propios escalones, paso a paso; buscamos nuestros propios infiernos y hallamos nuestros propios cielos. Y todo el propósito, todo el esfuerzo, de la evolución universal, de acuerdo con

la enseñanza de esta antigua sabiduría, es éste: elevar la personalidad hacia la individualidad, la sustancia hacia la divinidad, la materia hacia el espíritu, lo grosero hacia la pureza.

¿Por medio de qué, entonces, procede el Absoluto, el ser o espíritu supremo, o Paramātman, del que somos sus chispas? Por medio del crecimiento de dentro hacia afuera; y de afuera hacia adentro. Una vez fue, hace incalculables eones, un hombre. Piensen en la sublimidad que implica esta enseñanza; consideren los casi interminables eones del pasado, y cómo aquello que en su lejano origen era un chispa de divinidad, un destello de un distinto y anterior Absoluto, es ahora nuestro “Dios”, nuestro Paramātman, nuestro ser supremo, del que somos en verdad sus hijos, y en el que nos movemos, vivimos y tenemos nuestro ser. ¿Cuál es la principal lección que debemos sacar de esto? ¿Cuál es el misterio psicológico al que aludíamos en nuestra última reunión? Es éste, y no lo tocaremos sino ligeramente: nuestras almas humanas son dioses en embrión; anteriormente nuestras almas humanas fueron almas animales; las actuales almas animales llegaron, en un futuro manvantara, a ser almas humanas. Nuestras almas humanas llegarán a ser mónadas en un futuro manvantara. El hombre, si lleva a cabo con éxito la carrera manvantárica, está destinado a ser el Logos compuesto de una jerarquía venidera, tal como de hecho ya lo es en la jerarquía inferior de sí mismo: el logos de la casi infinitud de seres inferiores que componen su naturaleza personal. ¡Reflexionen bien sobre este misterio maravilloso y sublime!

¿No lo hacen pensar a uno estas enseñanzas? No por gusto han sido sagradas y se han mantenido en secreto en la sabiduría antigua. ¿Por qué? Por varias razones. Primero, porque *no podían ser entendidas* sin el necesario entrenamiento espiritual e intelectual; y sin embargo es notable, es realmente asombroso, con cuánta frecuencia y cómo, de tantas maneras, vemos alusiones a ellas en las enseñanzas exotéricas antiguas de las distintas religiones. Recuerden que “exotérico”, en las religiones antiguas, no significa “falso”. La palabra sólo quiere decir aquellas enseñanzas para las que no se ha dado públicamente la clave.

En algunas de las traducciones del galés hechas para nosotros por nuestro erudito galés, Profesor Kenneth Morris, he advertido y leído enseñanzas que creo han sido tomadas de los libros antiguos galeses, y me ha dejado atónito de admiración el hecho que estas enseñanzas de la sabiduría antigua, tan sagradas y ocultas, hayan sido tan audazmente presentadas por los bardos antiguos, en un lenguaje

tan abierto. Pero revisé otra vez y vi cómo una mano Maestra había trabajado, disfrazando y ocultando a la vez que enseñando abiertamente. El arreglo y la misma belleza de la imaginería usada engañaban a las mentes muy inquisitivas y astutas. Pero para quien tenga la clave es fácil de seguir. También he encontrado el mismo método no sólo en las maravillosas enseñanzas célticas, sino además en las enseñanzas del antiguo Egipto y en la de otros países.

Quizás en una reunión anterior toqué demasiado someramente la tan debatida cuestión, como alguna gente la llama, del bien y el mal. Ése es un tema que viene bien al cierre de los estudios relacionados con el purgatorio, los infiernos y los cielos. Los pensadores cristianos han hallado imposible de resolver este problema de manera satisfactoria para cualquier mente pensante y reflexiva. Pero aun cuando sea para ellos y para otros una cuestión muy polémica, para un estudiante de la sabiduría antigua es en realidad muy simple. ¿Cómo puede un cristiano, quien cree que su Dios, que su Creador de *todo lo que es*, Uno que, por consiguiente, tiene que ser asimismo el creador del *mal*, cómo puede él reconciliar esta necesaria conclusión con las otras enseñanzas relacionadas con su Deidad, por ejemplo, de que Dios es todo bien, y de que de Él procede necesariamente y en consecuencia nada más que el bien? ¿Es el mal, entonces, labor del Diablo? ¿Qué niño no preguntaría luego, de dónde viene entonces el Diablo y el mal que de él procede? ¿De Dios? ¿Pero no es Dios todo bien? De ahí la inevitable deducción de que Dios es, o bien no todo bien, o bien no todopoderoso. Según su teoría, el mal no sería, no podría ser, excepto un fruto de la sabiduría de Dios, porque si fuera otro el caso, existiría sin el permiso divino, es decir, contrario a la voluntad de Dios, lo que *ex hypothesi* es imposible, ya que Dios es todopoderoso. La dificultad lógica bajo el punto de vista de su teoría es completa e insoluble por ella.

¿Cuál es realmente, entonces, el origen de lo que se llama el bien y el mal? El bien y el mal surgen de la acción en conflicto de la multiplicidad de voluntades en manifestación. *El bien es relativo; no hay bien absoluto. El mal es relativo; no hay mal absoluto.* Si el bien fuese absoluto, su opuesto, su sombra o polo inferior, el mal, tendría que ser también absoluto. Sin embargo, ambos son cosas relativas. Se compensan y equilibran uno al otro en la naturaleza, como cualquier otro par de opuestos tales como el calor y el frío, lo alto y lo bajo, el día y la noche, el norte y el sur, etc. Surgen, como acabo de decir, a partir del conflicto de voluntades, conscientes e

inconscientes. Todos los seres innumerables y multitudinarios de la manifestación son, cada uno de ellos, más o menos “egoístas”, y más o menos buscan lo propio, hambrientos y sedientos por sensaciones de varios tipos. Existe incluso el mal espiritual; y hay agentes superiores de “maldad espiritual”, de los que el apóstol cristiano Pablo ha hablado, y constituyen los agentes opuestos de los altos agentes del bien. A los agentes de maldad espiritual les llamamos los Hermanos de la Sombra, y a los otros les llamamos los Hermanos de la Luz. Los Hermanos de la Sombra trabajan con y en la materia, con propósitos egoístas y materiales. Los Hermanos de la Luz trabajan con y en la naturaleza para el espíritu y con propósitos impersonales. El uno es el contraste u opuesto del otro.

Estos dos grupos representan dos senderos fundamentales en la naturaleza, el uno el sendero de la mano derecha, y el otro el de la izquierda, y así se les llama en el antiguo ocultismo. El nombre sánscrito que se le da al sendero de la mano izquierda es *pratyekayāna*. *Yāna* significa “sendero” o “camino”, y también “vehículo”; y podemos traducir *pratyeka*, relacionado a esto, por la paráfrasis “cada uno para sí”. Como bien lo recordarán, H. P. Blavatsky ha hablado de los Pratyeka Buddhas, como seres elevados y, en un sentido, realmente sagrados, pero que ansían la sabiduría espiritual, la iluminación espiritual, sólo para ellos mismos, de forma egoísta, indiferentes a la pena y al sufrimiento del mundo, y no obstante son tan puros que en realidad constituyen una clase de buddhas.

El otro grupo sigue el sendero que se denomina en sánscrito *amṛita-yāna*, el “vehículo inmortal” o el “sendero de la inmortalidad”.

El uno, el primero, es el sendero de la personalidad; el otro, el anterior, es el sendero de la individualidad. El uno es el sendero de la materia; el otro es el sendero del espíritu; el uno conduce hacia abajo, el otro sendero se pierde en las inefables glorias de la inmortalidad consciente en la “eternidad”.

Ahora bien, éstos son los dos grupos de entidades que representan los dos lados de la naturaleza, y los conflictos y oposiciones de estos dos lados de la naturaleza, junto con las batallas de voluntad contra voluntad, de la hueste de seres en existencia manifestada, produce lo que llamamos mal en el mundo, que surge de las actividades egoístas de las entidades inferiores o menos desarrolladas o evolucionadas. Por tanto, el egoísmo es la raíz de todo mal. La antigua enseñanza es correcta, y no hay que darle más vueltas. En los planos superiores del ser no existe el bien ni el mal; no hay vida en el sentido

que le damos, ni muerte; no hay principio ni fin de acción personal alguna. Pero existe lo que se llama en las maravillosas enseñanzas brahmánicas, *sat*, *chit*, *ānanda*; *sat* significa “ser puro”; *chit*, “pensamiento puro”; *ānanda*, “bienaventuranza”; y éste es el estado de lo que pudiéramos llamar el Absoluto.

Para cerrar nuestro estudio de esta noche, recordemos que el trabajo cósmico de la mónada, el *radical espiritual*, es tan importante que nos referiremos de nuevo a él. Ella misma, la mónada, puede evolucionar sólo elevando las almas inferiores y los vehículos psicológicos para convertirlos en *entidades auto-conscientes*, las que de este modo, a su vez, se convierten ellas mismas en mónadas. EN ESTO CONSISTE EL PLAN DE EVOLUCIÓN GENERALIZADO Y COMPLETO EN TODOS LOS PLANOS. Ésta es nuestra gran labor. Éste es nuestro elevado destino. Nuestro ser supremo, nuestro Paramātman, nuestra mónada suprema o ser más elevado, la cima de nuestra jerarquía, está haciendo esa labor de manera consciente; nosotros, como humanos auto-conscientes, la estamos haciendo a nuestra menor escala; y éste es todo el plan del ser manifestado, el bosquejo generalizado de la evolución cósmica, como se dijo recién. Ningún hombre puede vivir sólo para sí mismo. Ningún hombre puede elevarse solo hacia el espíritu. Es la misma esencia de la naturaleza el que deba, quiéralo o no, llevar con él, hacia arriba o hacia abajo, a innumerables y distintas entidades y seres inferiores a lo largo del sendero ascendente o descendente.

Y ahora unas palabras más sobre un tema importante. La sabiduría antigua nos dice que hay siete claves doctrinales para la sabiduría y para las futuras iniciaciones. Durante nuestro estudio, de esas siete claves hemos aludido brevemente a cinco. ¿Cuáles son ellas? Podemos llamar a estas siete claves *sapta-ratnāni*, las “siete joyas”, “gemas” o “tesoros”, y son las siguientes: Primero, aquella operación de la naturaleza —empleando este término en el sentido de la absoluta y total agregación de todo lo que es, adentro y afuera, atrás y adelante, arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda, todo, en todo lugar— que en el hombre se manifiesta como *re-corporeización* o *reencarnación*, puede expresarse brevemente como el cambio de su vehículo o cuerpo cuando su estado o condición interna cambia; pues por esta operación de la naturaleza él es llamado a gravitar hacia, o tiene que ir hacia, otro estado o condición y lugar. A esto se le llama muerte, pero en realidad es otra forma de vida. Ésta es la primera clave. Aplíquese a nuestras enseñanzas en sus muchos y variados alcances.

La segunda clave es la doctrina de la acción y reacción, llamada *karma*. Estas primeras dos claves apenas si las hemos tocado en estos estudios preparatorios. En futuros estudios será necesario que las estudiemos con más detalle.

La tercera clave es la doctrina de la interpenetración de los seres o existencias, también llamada la doctrina de las jerarquías, que también son planos o esferas inseparables y universalmente interpenetrados. *Todo existe en todo lo demás*. En rigor, no hay divisiones absolutas en ningún lado, ni alto ni bajo, ni dentro ni fuera, ni correcto ni incorrecto, ni arriba ni abajo. Fundamentalmente no hay nada más que un eterno Es y un eterno AHORA. Como los antiguos estoicos dijeron tan bien: “Todo interpenetra a todo lo demás”. La misma atmósfera que respiramos, por ejemplo, está vibrante y viva con multitudinarias vidas; las esencias monádicas o vidas están en el aire que respiramos, en nuestros huesos, en nuestra sangre, en nuestra carne, en todo. Piensen en ello entonces; dejen en libertad su pensamiento, libérense interiormente. Que su imaginación los lleve hacia las maravillas que estas claves revelan a nuestras mentes. El estudio concienzudo de la sabiduría antigua y una vida pura y abnegada serán sus infalibles guías.

La cuarta clave es la doctrina de *svabhāva*, la doctrina de la característica esencial de cualquier entidad, de cualquier radical espiritual; también la doctrina de la auto-generación o auto-desenvolvimiento en la manifestación, de este modo afirmando la propia responsabilidad en y por uno mismo. Ésta es la más abstrusa y más mística de las cuatro claves hasta ahora mencionadas, pues en realidad es la llave de las otras tres claves.

La quinta es la clave del ser y de la existencia auto-consciente, un tema al que hemos aludido esta noche y en nuestro último estudio; pues el completo propósito, método y operación del ser universal es la elevación de lo inferior hacia lo superior; y esta gran labor no puede nunca lograrse siguiendo el “sendero de uno mismo”, el *pratyeka-yāna*, sino siguiendo el *amṛita-yāna*, el “vehículo inmortal” o el sendero de la auto-conciencia en la inmortalidad. ¡Liberen su pensamiento, repito; dejen que salga libre!

Respecto a las otras dos claves, debo decir, quizás, que pertenecen a superiores grados de iniciación. Sé muy poco de la séptima; mis estudios me han enseñado muy poco sobre ella, tan escondida como está. No obstante, esto lo sé: sé que la comprensión y el uso de esta séptima clave la pueden alcanzar muy pocos hombres sobre esta tie-

rra. Respecto a la sexta clave, se nos enseña que se puede alcanzar con gran esfuerzo en los grados superiores de iniciación.

Esta noche concluimos el último de nuestros estudios preparatorios. Continuaremos con temas más elevados en el futuro.

DIECISÉIS

ĀTMA-VIDYĀ: CÓMO EL UNO SE VUELVE LOS MUCHOS. “ALMAS PERDIDAS”
Y “SERES SIN ALMA”. EL HOMBRE, UN SER COMPUESTO: PRINCIPIO NO
PERMANENTE EN EL HOMBRE.

De este modo, por tanto, la doctrina de los egipcios que trata de los principios que proceden desde tan alto como la cosa última, comienza a partir de un principio y desciende a una multitud, la que es gobernada por este único principio; y una indefinida naturaleza está por todos lados bajo el dominio de una cierta medida definida y de la causa única suprema de todas las cosas.

—JÁMBLICO, *Sobre los Misterios*, sección 8,3 (Traducción de Thomas Taylor)

Pero al término del ciclo menor, después de completar las siete Rondas, *no nos espera otra gracia* más que el cáliz de las buenas acciones, de los *méritos*, superando al de las *malas* acciones y *deméritos* en la balanza de la Justicia Retributiva. Malo, irreparablemente malo debe ser aquel *Ego* que no cede ni una pizca de su quinto Principio, y que *tiene* que ser aniquilado para desaparecer en la *Octava Esfera*. Una pizca, como digo, recogida del Ego Personal, es suficiente para salvarlo del funesto Destino. No así después de completado el gran ciclo: ya sea que se trate de un largo Nirvana de Bienaventuranza (por más inconsciente que pueda éste ser, de acuerdo con sus imperfectos conceptos); después del cual: la vida como un Dhyán Chohan durante todo un Manvantara, o bien el “*Avitchi Nirvana*” y un Manvantara de sufrimiento y Horror como un — — (usted *no tiene* que oír la palabra ni yo pronunciarla ni escribirla). Pero “*esos*” no tienen nada que ver con los mortales que pasan a través de las siete esferas. El Karma *colectivo* de un futuro Planetario es tan magnífico como terrible es el Karma colectivo de un —. Suficiente. Ya he dicho demasiado.

—*Cartas de los Mahatmas*, p. 171 [Carta 23b]

RETOMAMOS NUESTROS estudios esta noche en el punto donde los dejamos el verano último, y leemos extractos de *La Doctrina Secreta*, volumen I, páginas 206-8 [I, 230-1]:

Existen cuatro grados de iniciación que se mencionan en las obras exotéricas . . . Tres grados superiores más le quedan por conquistar al Arhat que quiera alcanzar la cúspide de la escala del Arhatado . . . Los *Arhats* de la “niebla de fuego”, los del séptimo peldaño, se hallan tan sólo a un paso de la Raíz Fundamental de su Jerarquía, la más elevada que existe sobre la Tierra y en nuestra Cadena Terrestre. Esta “Raíz Fundamental” tiene un nombre que puede traducirse tan sólo por

medio de varias palabras compuestas: el “Baniano-Humano siempre Viviente”. Este “Ser Maravilloso” descendió de una “elevada región”, dicen, durante la primera porción de la Tercera Época, antes de la separación de sexos en la Tercera Raza.

. . . Esta progenie no era una Raza. Era al principio un Ser Maravilloso, llamado el “Iniciador”, y después de él un grupo de Seres semihumanos, semidivinos. “Elegidos” en la *génesis* arcaica con ciertos propósitos, se dice que en ellos encarnaron los más elevados Dhyanis . . . *para formar el semillero de futuros Adeptos humanos*, en esta tierra y durante el ciclo presente. Estos “Hijos de la Voluntad y del Yoga”, nacidos, por decirlo así, de un modo inmaculado, permanecieron, según se explica, aparte por completo del resto de la humanidad.

El “SER” al cual se acaba de hacer referencia, y que tiene que permanecer innominado, es el *Árbol* del cual, en épocas subsiguientes, se han ramificado todos los grandes Sabios y Hierofantes *históricamente* conocidos . . . Como *hombre* objetivo, él es el misterioso (para el profano, el siempre invisible, y sin embargo siempre presente) Personaje acerca del cual abundan las leyendas en Oriente, en especial entre los ocultistas y los estudiantes de la Ciencia Sagrada. Él es quien cambia de forma, y sin embargo, permanece siempre el mismo. Y él es, además, el que posee la autoridad espiritual sobre todos los Adeptos *iniciados* que en el mundo entero existen. Él es, como se ha dicho, el “Sin Nombre” que tantos nombres posee, y cuyo nombre y naturaleza son sin embargo desconocidos. Él es el “Iniciador”, llamado el “GRAN SACRIFICIO”. Porque, sentado en los umbrales de la Luz, la contempla desde el círculo de Tinieblas que no quiere cruzar; ni abandonará su puesto hasta el Día postrero de este Ciclo de Vida. ¿Por qué permanece sentado junto a la Fuente de la Sabiduría Primordial, en la cual no bebe ya, puesto que nada tiene ya que aprender que no sepa, ni en esta tierra ni en sus Cielos? Porque los solitarios Peregrinos de pies hinchados, en su camino de vuelta a su *hogar*, jamás se hallan seguros, hasta el último momento, de no perder su camino en este desierto sin límites de la ilusión y de la materia, llamado la Vida Terrena. Porque quiere gustoso mostrar el camino hacia aquella región de libertad y de luz, de la cual es desterrado voluntario, a todos los prisioneros que han logrado libertarse de los lazos de la carne y de la ilusión. Porque, en una palabra, él se ha sacrificado por la humanidad aunque tan sólo unos pocos Elegidos podrán aprovecharse del GRAN SACRIFICIO.

Hemos leído acá uno de los pasajes más sublimes de este maravilloso libro; y esperamos poder comentar y si es posible ilustrar las materias de que se habla en lo que acabamos de leer. No podemos hacer todo esto de una sola vez; el tema es muy profundo y no se ha hecho suficiente estudio preparatorio; pero podemos hacerlo de forma indirecta hasta cierto punto. Es necesario hacer esto hasta cierto grado porque este tema sublime es el séptimo de las siete joyas (contando hacia arriba). Recordarán ustedes que estas siete joyas, gemas o tesoros las dimos como sigue: la primera o inferior es el renacimiento, o mejor dicho el re-corporeizarse, y quizá aún mejor, la regeneración. En sánscrito se le llama *punarjanman*, y en griego *palingenesis*; ambas palabras representan prácticamente el mismo

pensamiento: el primer elemento en cada palabra significa “otra vez” o “de nuevo”, y el segundo elemento en cada una significa “generación” o “nacimiento”, “viniendo al ser”.

La segunda joya, contando hacia arriba, es la doctrina o hecho en la naturaleza llamado karma, la doctrina de los resultados. La tercera joya es la doctrina de las jerarquías, cuyo término en sánscrito es *lokas*. La cuarta es la doctrina de *svabhāva*, que algo hemos estudiado en encuentros anteriores, teniendo esta palabra sánscrita dos significados filosóficos generales: el primero de ellos, auto-engendrarse, auto-generación, auto-desenvolvimiento, y la idea general es que no hay una actividad sólo mecánica o inanimada de la naturaleza en el proceso de traernos al ser, pues *nosotros nos procreamos a nosotros mismos* en, a través de, y por, la naturaleza, de la que somos una parte de sus fuerzas conscientes, y *somos nuestros propios hijos*. El segundo significado es que todas y cada una de las entidades que existen es el resultado de lo que en realidad es en su propia naturaleza superior; procrea o da a luz aquello que es interiormente, nada más. Por ejemplo, una raza en particular permanece y es esa raza en la medida en que el *svabhāva*-raza particular permanezca en la semilla racial y se manifieste de ese modo, y así en más. Igual sucede en el caso de un hombre, un árbol, una estrella, un dios, y demás.

La quinta joya, todavía contando hacia arriba, es la doctrina de la evolución, la cual ya hemos estudiado brevemente y en su sentido teosófico. Esta enseñanza esotérica no es la doctrina del transformismo, que es, propiamente hablando, el nombre correcto para la doctrina materialista de Darwin y del francés Lamarck, de quien, sin duda alguna, sacó la idea. Más bien, la idea teosófica del desenvolvimiento o desplegamiento es una doctrina —junto con su corolario, la involución— que se expresa con dos palabras sánscritas, siendo éstas, primero, *pravṛitti*, que significa el “desenvolvimiento” de la entidad-espíritu en la materia, o de las vidas-materia en las entidades-espíritu, según el caso; y segundo, *nivṛitti* que significa “envolvimiento” de las entidades-espíritu en la materia, o de las vidas-materia en entidades-espíritu, según el caso.

En uno de nuestros recientes encuentros tocamos brevemente el sexto y el séptimo tesoros o joyas. Ahora nos aventuramos a agregar unas cuantas ideas más a lo dicho con anterioridad. La sexta joya es la doctrina expresada acá también por dos palabras compuestas de sentido contrastante: la primera, *amṛita-yāna*, una palabra sánscrita que significa “inmortalidad-vehículo”, “acarreador, portador, o más

bien sendero, de inmortalidad”, y que está referida al hombre individual; y la otra palabra es *pratyeka-yāna*, una palabra sánscrita que significa (en paráfrasis) el “sendero de cada uno por sí mismo”. Es imposible traducir esta última palabra compuesta usando una sola palabra. Tanto la idea como el vocablo no existen en inglés. Nos podemos quizá acercar a ella por la idea teosófica latente en la palabra *personalidad*; y la relación misteriosa de la individualidad a la personalidad se incluye en estos dos lemas o términos técnicos; y de ahí pende una completa doctrina o apartado de pensamiento de la maravillosa filosofía del ocultismo, la doctrina esotérica. Con ello —así como también con las siete joyas— se conectan muy cercanamente las doctrinas de la sabiduría antigua relacionadas a las varias clases de mónadas: de dónde vinieron, cómo vinieron, y por qué vinieron.

Al presente estamos tocando someramente estos temas profundos, porque saldrán a relucir una y otra vez en futuros estudios, y, a su debido tiempo, serán ilustrados de manera más completa y explicados con más claridad.

Ahora bien, a la última de las siete joyas, contando hacia arriba, se le llama *ātma-vidyā*, que literalmente significa el “conocimiento del ser”; como las otras, esta palabra compuesta es sólo un lema, pero envuelve y oculta una doctrina en verdad sublime. Recordarán ustedes que quien les habla, en relación con esta séptima joya, declaró que sabía muy poco o casi nada de ella. Tal frase fue muy mal escogida, y produjo quizá una impresión equivocada. Es bien sabido que cualquier estudiante honesto y devoto de la Escuela Esotérica puede entender al menos partes apropiadas de esta misteriosa doctrina —algo, al menos— y que, de ahí, su grado de aprehensión depende de su estado interno de iluminación, de su fidelidad a los Maestros, de su lealtad a los principios de la Escuela, y de su habilidad en cuanto a lograr algún entendimiento y penetración en el abismo de sus enseñanzas.

Pero mientras este es el caso con los estudiantes, cada uno de acuerdo a su capacidad, otros superiores a nosotros pueden entender más de ello; naturalmente los Maestros entienden más que nosotros. Probablemente, sin embargo, ahora no llegan a diez los hombres sobre la tierra que puedan entender esta doctrina en toda su plenitud. Es una enseñanza maravillosa que incluso los Maestros probablemente no la hayan resuelto por completo. Los Maestros de los Maestros saben más de ella de lo que saben éstos, es decir, los Chohans, como se les llama: *chohan*, una palabra tibetana que signi-

fica “señor”, y que se usa en el sentido de preceptor o maestro. Pero el significado principal y esencial de esta maravillosa doctrina, recorriéndola toda sin detenernos en los detalles, es éste, su piedra angular: CÓMO EL UNO SE VUELVE LOS MUCHOS; y es éste el problema más difícil que el espíritu humano ha intentado alguna vez resolver.

Por ejemplo, tomemos como una analogía a la mónada. Hablar de la mónada como si esta “descendiese” en la materia es expresarse de manera incorrecta, aunque se utilice esa frase constantemente como un método conveniente de expresión; y si este hecho se entiende, probablemente sea permisible como frase. Pero en realidad, cuando estudiamos los hechos, pronto vemos y conocemos que la mónada no “desciende” en la materia. De manera similar, el Uno, si bien es apropiado y conveniente hablar de él como “volviéndose los muchos”, nunca se vuelve muchos, permanece eternamente siendo él mismo, la cima de la jerarquía, su raíz fundamental, la cual es este Ser Maravilloso, el supremo Iniciador, en cualquier plano que pueda ser colocado. Y no obstante, los muchos brotan de Él; y Él es su ser supremo, su Paramātman.

Éste es entonces el tema general de nuestro discurso de esta noche; pero como no tenemos tiempo ahora de hacer un resumen completo de nuestros estudios de la última primavera e invierno, esta noche examinaremos brevemente unas pocas doctrinas que tratamos en estudios anteriores a fin de repasar lo que de ellos recordamos. Regresaremos primero a la doctrina de svabhāva, y la contrastaremos con el significado de las ideas implicadas en su emparentada expresión: svabhavat. Generalmente no se entiende la diferencia de significado, que es bastante grande, y a menudo los estudiantes confunden tristemente las dos palabras. Son muy diferentes en significado, aun cuando ambas palabras vienen de la misma raíz sánscrita *bhū*: svabhāva; svabhavat. (Permítanme decirles en este punto que el sonido sánscrito representado en inglés como *a* se pronuncia como la *u* en *but* o *tub*; pero cuando la *a* se escribe como *â* o *ã*, se pronuncia *ah*, como en *father*).

Como recién se ha dicho, ambas palabras son nombres derivados de la misma palabra sánscrita *bhū*, que significa “convertirse en”: no tanto “ser” en el sentido pasivo, sino que “convertirse en”, “llegar a ser” algo. El prefijo casi pronominal *sva* significa “sí mismo”; por tanto el nombre significa “auto-desenvolvimiento”, “auto-generación”, “auto-llegar a ser” algo. No obstante, el *ser* esencial o fundamental, como ya se dijo, no es quien hace esto. Como las mónadas,

como el Uno, el ser fundamental hace descender un rayo a partir de sí mismo, tal como el sol envía un rayo de sí mismo hacia la oscuridad de la materia, *auto-generando o llegando a ser una entidad auto-consciente en su turno* —permaneciendo la luz solar y el mismo sol, siempre en su propia integridad o *ens*, sin descender nunca, sin mezclarse integralmente nunca como una entidad con las multitudinarias huestes de vidas materiales, sus propios hijos.

Ahora bien, H. P. Blavatsky llama Padre-Madre a svabhavat. Es un estado o condición de consciencia-sustancia cósmica en el que el espíritu y la materia, que ustedes saben son *fundamentalmente* una, ya no son más duales como en la manifestación, sino que son uno: aquello que no es ni sólo materia manifestada ni sólo espíritu manifestado, sino que son ambos la unidad primigenia; el ākāṣa espiritual; donde la materia se funde con el espíritu, y siendo ambos ahora realmente uno se les llama Padre-Madre, la espiritualización, por decirlo así, del espíritu-sustancia. ¡Noten ustedes cómo debemos buscar palabras expresivas adecuadas a nuestros miserablemente imperfectos idiomas europeos! La palabra sánscrita expresa la idea de forma instantánea si ustedes la entienden.

Entonces, estos dos nombres, como ven, vienen de la misma raíz, y las dos palabras están cercanamente conectadas en su origen, pero no son para nada lo mismo en cuanto a su significado. Svabhāva es la auto-generación de cualquier cosa, de cualquier entidad, de cualquier mónada. Svabhavat es el Padre-Madre, el kálpico espíritu-sustancia ākāśico, que nunca desciende de su propio estado o condición, o de su propio plano, y no obstante el casi infinito reservorio del ser, de la conciencia, de la luz, de la vida, y la fuente de lo que la ciencia de nuestros días llama tan ridículamente las “fuerzas” de la naturaleza universal.

En el futuro abordaremos de forma más completa estos temas tan hondamente místicos y tan profundos; pero al presente bastará recordar que svabhavat es el espíritu-sustancia cósmico, el reservorio del ser y de los seres. Los budhistas del norte lo llaman svabhavat, más místicamente *ādi-buddhi*: “buddhi primigenio”; las escrituras brahmánicas lo llaman ākāṣa; y el Antiguo Testamento hebreo se refiere a él como las “aguas” cósmicas.

Ahora, el siguiente tema que necesitaba un poco de ilustración era la muy solemne cuestión de las “almas perdidas” en contraste con los “seres sin alma”. Sería bueno decir que tocamos esta noche estos tres o cuatro temas porque ha sido notorio que algunos de nuestros escu-

chas los han confundido. Hay una inmensa diferencia entre “almas perdidas” y “seres sin alma”. Un alma perdida es aquélla en la que el “hilo dorado” que une la entidad pensante inferior con el ser superior ha sido roto por completo, y se ha desprendido de su esencia o raíz superior, su verdadero ser. Virtualmente éste es un caso sin esperanzas; no puede haber más unión, pues al momento de la ruptura final, ese ser inferior se comienza a hundir de inmediato en la Octava Esfera, el llamado Planeta de la Muerte. Un ser sin alma, un hombre sin alma, es aquél en quien el hilo ha sido desgastado hasta volverse, por decirlo así, muy delgado; o, más bien, en el que las aspiraciones espirituales e impersonales en ésta y en otras vidas han sido tan escasas, y los intentos de unirse con la parte superior del ser han sido tan débiles, que lentamente el rayo espiritual se ha retirado de la parte inferior; pero aún no ha sido roto por completo. Todavía se mantiene; e incluso *una sola aspiración pura e impersonal* puede causar el reencuentro. No es un alma *perdida*; pero en lo que toca prácticamente a la entidad humana, con propiedad se le llama un ser sin alma, pues la entidad vive casi por completo en sus principios inferiores. Los seres sin alma suministran aquellos casos de los que popularmente se habla como los “hombres y mujeres *sin conciencia*”. Parecen no tener un sentido moral, a pesar de que sus facultades mentales y físicas son todavía agudas y fuertes.

Éstos son los peores casos de seres humanos sin alma. Otros casos son aquéllos de hombres y mujeres que simplemente no parecen interesarse por nada que sea bueno, hermoso y correcto, noble, superior y excelso; sus deseos son de la tierra, mundanos; sus pasiones son fuertes y sus intuiciones son débiles. En realidad estos casos son bastante comunes; tanto así que H. P. Blavatsky dice en su *Isis sin Velo* que nos “codeamos con hombres sin alma” todos los días de nuestras vidas. Vean los rostros de los hombres y mujeres que encuentran en las calles. Vayan a la ciudad; vayan a cualquier lugar; la situación es realmente terrible. Existe por completo la posibilidad de que un ser humano de alma débil, quizás comenzando sólo con ceder a los deseos de la voluntad, a las pasiones de la mente y a los instintos de la naturaleza inferior, pueda, poco a poco, pero inevitable y seguramente, debilitar o consumir por desgaste todas las ataduras del rayo superior que sujetan a éste a la naturaleza inferior, y que si fueran por completo fuertes y activas harían al hombre (o mujer) un dios viviente entre nosotros; en verdad un dios encarnado. En lugar de esto, en los peores casos de seres sin alma, tendrán ante ustedes poco más que un

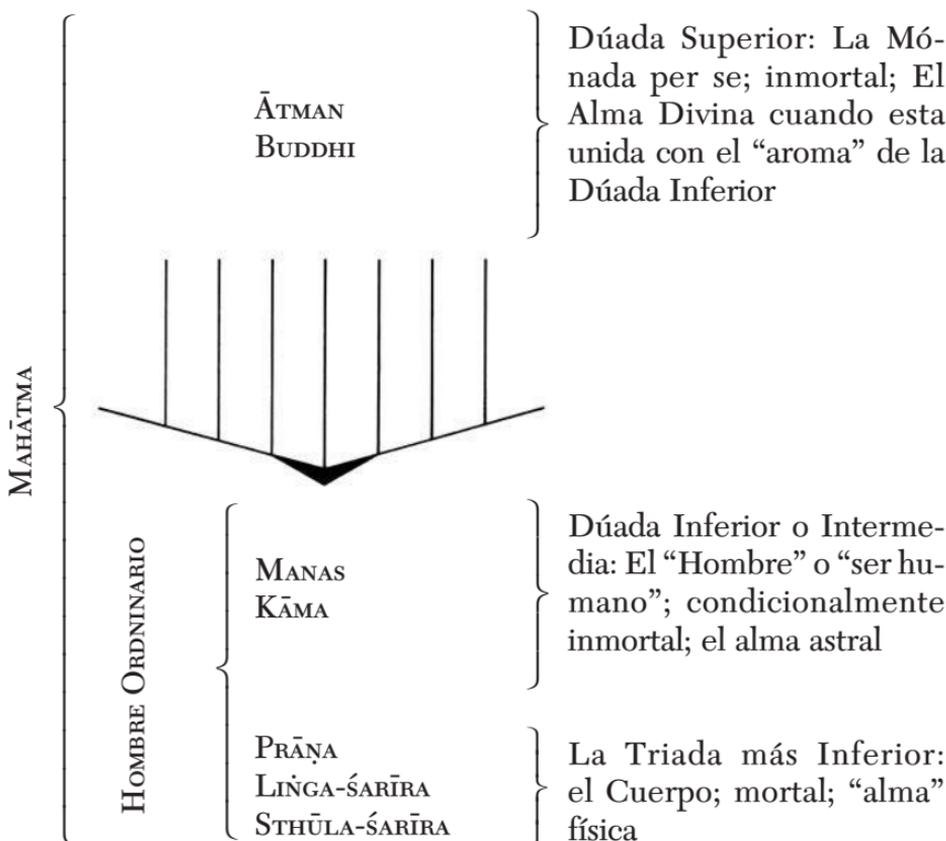
casarón humano (con vida, pero *espiritualmente casi muerto*) en el hombre o la mujer, según sea el caso. Un ser sin alma una vez fue un hombre o una mujer con alma quien, antes del estado primeramente mencionado, tenía la misma oportunidad que tenemos todos de correr exitosamente la carrera. En verdad ésta es una solemne verdad, una que H. P. Blavatsky nos dijo que debía enseñarse y reiterarse en nuestras enseñanzas ya que es verdaderamente útil como advertencia. Ninguno de nosotros está absolutamente a salvo en esta etapa intermedia de nuestro viaje evolutivo, pues ninguno de nosotros sabe de lo que es capaz, tanto para lo bueno como para lo malo.

Ésa es la verdad; y no es un asunto insignificante. ¿Hay alguna razón para que nos sorprenda el hecho de que todos nuestros maestros nos hayan dicho repetidamente que cada enseñanza que se nos da en la Escuela está fundada sobre lo que los hombres llaman comúnmente los principios éticos de conducta, y tiene que ser estudiada bajo esa luz? Es lo único que, puesto en sincera práctica, con toda seguridad nos salvará; pues estos principios vienen de primero, y a la mitad, y al final de nuestros estudios.

En futuros estudios tendremos que trazar hasta el final el destino de estas dos clases de seres; pero sería bueno decir ahora unas pocas palabras sobre la ventura de las almas perdidas. De éstas existen dos clases generales: las inferiores, pero no la peores; y las superiores, y peores. Para hacer más claro el significado de este difícil tema, tendré que examinar un pensamiento nuevo pero colateral, que constituye la clave: *el hombre es un ser compuesto*. Sobre este hecho de la naturaleza humana descansa la más maravillosa verdad que está en la base de las magníficas doctrinas filosóficas del Señor Gautama Buddha. Y es la siguiente: no hay un principio perdurable, sea cual sea, en el “hombre”. Graben esto como acero en el núcleo de sus mentes. Los salvará de miríadas de peligros si lo comprenden correctamente. El “hombre” no es su naturaleza superior: el “hombre” es lo que se suele llamar la “naturaleza humana”. ¿Se dan cuenta de cuán magnánimamente viven los hombre y las mujeres en lo que los hebreos llaman el *nephesh*, es decir, viven en sus almas astrales? Hasta cierto punto tal unísono con nuestros principios inferiores es necesario; pero siguiendo la bella vieja sonrisa de los antiguos filósofos, el alma astral debe ser nuestro vehículo, nuestro portador; por decirlo así, debe ser convertida en un caballo para llevarnos en nuestro viaje; o, cambiando la imagen, un carruaje en el que debemos ir; un caballo que debemos manejar. Nosotros, el ser interno, debemos gobernar y conducir

nuestro corcel astral, pero no debemos dejar nunca que nos controle.

Para volver más claro esto, examinen el diagrama siguiente:



Notarán que los siete principios y elementos del hombre se dividen en tres partes separadas: una tríada inferior, puramente mortal y perecedera; una dúada intermedia, psíquica, compuesta y en su mayoría mortal, kāma-manas, el propio “hombre”, o “naturaleza humana”; y una dúada superior, ātma-buddhi, inmortal, imperecedera, la mónada. A la muerte del ser humano, esta dúada superior se lleva con ella toda la esencia espiritual, el aroma, de la dúada inferior o intermedia; y entonces la dúada superior es el ser superior, la individualidad reencarnante, o mónada egóica. En esta etapa de la evolución, la conciencia ordinaria del hombre en la vida radica casi por completo en la dúada inferior o intermedia; cuando eleva su conciencia para llegar a ser uno con la dúada superior, se convierte en un Mahātma, en un Maestro.

Ahora bien, esta parte inferior de la naturaleza es compuesta. No

hay nada permanente per se en ella, sea lo que sea; como entidad, nada perdura. Es el hombre ordinario tal como es ahora, y en él no hay un *principio del ser* que sea perdurable. Si ustedes atan sus pensamientos y sus afectos a cosas de la naturaleza inferior, de facto, por necesidad, los seguirán, y *se volverán* éstas, como se esbozó y mostró en y por la doctrina de svabhāva. ¡*Como el hombre piensa, así es él!* Las palabras hebreas de este viejo dicho, tomado de Proverbios, capítulo 23, versículo 7, están castellanizadas: “Como piensa en su corazón (*nephesh*), tal es él”, pero la palabra hebrea *nephesh* usada acá significa en realidad “Como él piensa en su *naturaleza inferior*, *eso es (se vuelve) él*”. Un comentador sánscrito, Yāska (*Nirukta*, 10, 17) en su glosa sobre un cierto texto védico, hace la siguiente observación a propósito del mismo tema: *Yad yad rūpam kāmāyate devatā, tat tad devatā bhavati*: “Cualquier cuerpo (o forma) que un ser divino (divinidad) anhele (quiera, desee, es decir, al que se entregue), esa misma cosa se vuelve el ser divino”. En esto se encuentra el secreto de todo. Nosotros *somos lo que nos hacemos nosotros mismos*, nuestros propios hijos. Nada sino eso. Y si nuestros pensamientos están dirigidos hacia arriba, al final alcanzamos la compañía de las divinidades; y antes de alcanzarlas, alcanzamos la compañía de los santos Maestros, porque *nos hacemos así a nosotros mismos, nos volvemos como ellos*; y ellos, a cambio, responden el llamado.

Pero si, por el contrario, nuestros pensamientos se precipitan hacia abajo, y desgastamos el hilo plateado o el hilo dorado que nos ata a nuestra naturaleza superior, entonces de manera natural gravitamos o nos dirigimos hacia abajo: abajo, abajo, abajo, hasta que por último acontece la ruptura final de la cadena o hilo de oro, y el alma se vuelve un alma perdida, un alma astral perdida; y su destino es el siguiente. Hay dos clases de este tipo de alma, como se observó con anterioridad. La primera clase es la más baja pero no la peor; consiste en aquellos seres humanos sobre este planeta (o sobre cualquier otro planeta que posea una humanidad similar a la nuestra) quienes, por una debilidad de alma de nacimiento y por falta de atracción espiritual hacia arriba, pierde el control luego de cierto intervalo de tiempo, *largo o corto según el caso*: la parte inferior de la naturaleza, siendo compuesta, impermanente y no duradera, y siguiendo las leyes naturales, al final simplemente se disuelve y se desvanece de manera muy parecida a como el cuerpo humano muere y se descompone. Tal es su fin; es finalmente aniquilada.

La mónada de semejante alma, mientras tanto, no habiendo nada

allí, ni aroma de aspiración ni anhelo de lo superior que llevarse de esa vida o de esas vidas —porque les recuerdo que es por completo cierto que las almas perdidas puedan reencarnar lo mismo que los seres con almas; en realidad pueden; existen niños que nacen como almas perdidas; quizás el hecho sea muy raro, pero puede suceder, y de hecho sucede—; la mónada de semejante alma perdida, les decía, a su debido tiempo “reencarna” de nuevo; y el episodio del alma perdida es como una página en blanco en su “libro de vidas”.

La segunda clase, y por mucho la peor, son aquéllos en los que el alma es vitalmente fuerte. Son éstos, paradójico como pueda sonar, *espiritualmente* malignos; éstos de quienes los maestros cristianos hablaron en el Nuevo Testamento como de seres con debilidad e iniquidad espiritual. Uno podría preguntarse cómo es que llega a pasar que un ser que ha roto el hilo dorado puede aún tener cualidades o partes espirituales. Ése es uno de los oscuros y solemnes misterios en los que entraremos en más detalles luego. Esta noche no tenemos tiempo para hacerlo, más allá de señalar que la explicación yace en la comprensión de la psicología esotérica y de la naturaleza de la materia astral superior. Pero déjenme señalar esto: si un alma puede recibir una impresión, un impulso, y eso tiene ciertamente que ser así, esa impresión o ese impulso continuará hasta que su fuerza inicial se agote, hasta que el impulso no exista más, hasta que el impulso se haya acabado. Por muchísimas vidas de malignidades espirituales, estos seres que eventualmente se han vuelto almas perdidas, han construido por medio de la intensidad de sus voluntades una cuenta bancaria, por decirlo así, de ciertas fuerzas de la naturaleza, impulsos de maldad, de materia pura, que se vuelven calientes y fuertes. Y cuando digo caliente no lo digo en el ordinario sentido emocional, como cuando uno habla del “calor de la pasión”. Toda esa pasión es muerte. No, sino que más bien se vuelven calientes como las llamas del infierno: venganza, odio y antagonismo a todo lo que es superiormente bueno o noblemente hermoso, y todo lo que se refiere a tales cosas. Existen acá estos impulsos, y tienen una fuente espiritual, pues *ellos son energías espirituales degradadas*, el espíritu caído y cristalizado en la materia, por decirlo así. En realidad este abstruso tema es muy difícil de explicar; pero esto es lo esencial de él. Por último debo agregar que estos seres pueden ir más bajo (y lo hacen) bajo ciertas condiciones: entran al sendero inferior, y siguen aún más lejos en su descenso; y si el mal es suficientemente fuerte en ciertos raros casos, su terrible destino es lo que los Maestros han llamado

un avīchi-nirvāṇa (siendo avīchi un término generalizado para lo que popularmente se llama infierno), eones de inenarrable miseria auto impuesta, hasta que resulta la disolución final: y la naturaleza los desconoce para siempre.

Recuerdan por supuesto que estudiamos el tema de los infiernos y de los cielos, pero aún no habíamos tenido tiempo de profundizar en este asunto. Avīchi es un término generalizado para lugares donde se realiza maldad (pero no de castigo en el sentido cristiano), donde la voluntad para el mal y los insatisfechos y malignos anhelos de egoísmo puro, encuentran su oportunidad de expansión —y final extinción de la entidad misma—. El Avīchi tiene muchos grados o graduaciones. La naturaleza tiene todo en ella; si tiene cielos donde los hombres buenos y correctos encuentran descanso, paz y dicha, también tiene otras esferas y estados hacia donde van o gravitan aquéllos quienes tienen que encontrar una válvula de escape para las pasiones malignas que los quema por dentro. Al final del avīchi-nirvāṇa, ellos se desintegran y son pulverizados una y otra vez, y finalmente se desvanecen en el aire como una sombra ante la luz del sol: pulverizados en el laboratorio de la naturaleza.

Ahora recordarán que señalamos en otro estudio que no hay “leyes” de la naturaleza en nuestras enseñanzas esotéricas, y esto por dos razones: primera, porque no hay tal cosa como “naturaleza”. La naturaleza no es una entidad; es una abstracción. La naturaleza no es una diosa o un dios; no es un ser o un planeta; no es una esfera o un universo. La naturaleza es el agregado abstracto, por decirlo así, el inmenso agregado de todos los seres y cosas, inter-mezclándose y actuando e interactuando unos sobre los otros: espirituales, intermedios e inferiores; y su inter-unión e interconexión produce lo que llamamos naturaleza. Los seres a los que acá nos referimos son, por supuesto, de todos los grados, desde los más materiales, los más degradados, hasta los más altos de cualquier jerarquía. Y la segunda razón es que estos seres agregados que llamamos muy convenientemente con el término de naturaleza, no están “regidos” por una “ley”. ¿Quién o qué hace cualesquiera leyes que la naturaleza deba o tenga que seguir, o sigue? Nadie; ni el diablo ni dios. Pero la interrogante puede y debe surgir: ¿Acaso no sigue la naturaleza determinados cursos, y cuando las circunstancias y condiciones son idénticos, no son esos cursos siempre los mismos, que es lo que llamamos *leyes*? Claro que sí; nadie está negando un hecho. Negamos la explicación. Las explicaciones son importantes. Si viene un hombre y les dice algo, y

encuentran que el hombre habla sólo por hablar, que les da palabras cuando lo que ustedes quieren es el pan de vida, ¿tomarán por verdad lo que este hombre les dice? ¿Van a quedarse sólo con las palabras y se sentirán satisfechos con los desperdicios? O van a pensar y a decir: “Mi estimado señor, he estudiado lo que usted me dice; y lo que usted dice son sólo palabras; nadie está negando el hecho de que lo sean, pero lo que quiero es una explicación de esas palabras y de esos hechos. Quiero algo que alimente mi alma”. ¿Consiguen algún alimento para sus almas cuando escuchan solamente hablar acerca de las mecánicas e incomprensibles leyes de la naturaleza? ¿Se dan cuenta que ningún gran pensador de la antigüedad en ningún momento usó un semejante lenguaje vacío como el de leyes de la naturaleza con las ideas —o falta de ideas— concomitantes? Nunca. La expresión que contiene a la noción “leyes de la naturaleza” es un producto moderno que se deriva de dos fuentes: primero, de la religión cristiana; y segundo, del materialismo científico moderno. Durante todas las edades los hombres han sido por completo concientes de que la naturaleza sigue ciertos cursos bastante regulares, modernamente llamados leyes, y que siempre siguieron los mismos cursos; pero nuestros antepasados tenían distintas y más sabias explicaciones acerca de estos cursos regulares que siguen los fenómenos naturales, pues sabían más de los misterios internos del ser, porque tenían una religión verdadera detrás y dentro de ellos; tenían una filosofía universal; y por último pero no menos importante, tenían lo que se conocía como iniciados, quienes personalmente podían ir detrás y dentro de la naturaleza, entrar en ella y conocerla de primera mano.

Ahora bien, ¿qué causa que la naturaleza actúe como lo hace? El científico moderno dirá que por leyes de la naturaleza quiere decir aquellas secuencias de eventos que suceden siempre de la misma manera cuando las circunstancias y condiciones son las mismas; el orden regular de los fenómenos y de las fuerzas. Es muy probable que los teólogos cristianos le expresen a usted lo que quieren decir por leyes de la naturaleza de la siguiente manera: “Bien, hermano, probablemente es la Voluntad de Dios Todopoderoso, quien, es cierto, no se digna a darnos una completa explicación de esos difíciles problemas; pero fundamentalmente es la Voluntad Divina la que por una vez y para siempre ha creado la máquina de la naturaleza y la ha puesto a funcionar”. Hace cerca de doscientos, quinientos o seiscientos años estos caballeros tenían otra explicación algo diferente de la anterior, porque la ciencia moderna no había comenzado aún a ser

agresivamente vehemente con sus propios puntos de vista; y esta otra explicación teológica era que el Mismísimo Dios Todopoderoso era quien personal y activamente guiaba y ordenaba estas cosas que la naturaleza produce. “Él envió su lluvia sobre el justo y el injusto; Él ocasionó que el sol brillara y que la lluvia cayera”, y mucho más de la misma tonada. Pero luego vinieron ciertos pensadores escépticos y dijeron, “¡Ja, ja, Dios el creador! Entonces él creo las enfermedades; Él creó los males en los corazones de los hombres. Tuvo que ser así y no de otra forma, porque Él creó al hombre y todas las demás cosas y, siendo omnisciente, tuvo que haber sabido lo que hacía. Por tanto, ¿por qué castigar a un hombre por hacer lo que no puede evitar hacer, porque Dios creó al hombre, a su mente, a su corazón y a su voluntad?”.

Así que, aparentemente, la anterior idea de los teólogos era que Dios fabricó el mundo con Su propia Mano Todopoderosa, y lo puso a funcionar, e hizo que los distintos elementos funcionaran desde entonces según una manera en particular, y los soltó con una impresión de la Inteligencia Divina sobre ellos.

Creo que estoy citando correctamente la idea teológica moderna temprana.

Ahora bien, los iniciados, al conocer los arcanos de la naturaleza, tenían palabras apropiadas para expresar con exactitud lo que deseaban decir; palabras que causan impresión y que no son sólo abstracciones; aunque cuando era conveniente también usaran abstracciones; usaban palabras tales como principios y elementos de la naturaleza. Es cierto que dichas palabras son lemas, palabras técnicas; pero sabían con precisión lo que querían decir con ellas. También hablaron mística y teológicamente de los “dioses”. Es de las cosas más lamentables para los académicos de hoy, que debido a la deliberada y obstinada supresión de tantas de las verdades de la antigüedad por parte de la Iglesia cristiana, el académico o estudiante promedio no tenga más idea de lo que los antiguos entendían como los dioses y sus acciones de lo que tiene acerca de cuanto sucede en este momento en la estrella Sirio. No obstante, cuando se entiende y explica con propiedad, el politeísmo parece ser una maravillosa y sublime enseñanza. No significa, por ejemplo, que *cada dios* es tan grande y único, u omnipotente y omnisciente, como la noción teológica cristiana de su Dios. En absoluto. Los dioses, es decir, entidades espirituales, son los habitantes superiores de la naturaleza. Son una parte intrínseca de la naturaleza misma, pues son ellos

su principio formativo; están tan sujetos a las *voluntades* de seres aún más altos —llámese a estas voluntades las leyes de seres superiores, si quieren— como lo estamos nosotros, y como lo están los animales por debajo de nosotros. Somos dioses para los seres que componen nuestro cuerpo. Los átomos en nuestro cuerpo son, a su manera, conscientes, y nosotros somos como dioses para ellos. Y lo que ellos podrían llamar las leyes de la naturaleza son *lo que nosotros pensamos y lo que queremos*. La naturaleza es consciente, de principio a fin, en grados variables; aunque en realidad no hay principio ni fin, los cuales son sueños vanos.

Además, la naturaleza tiene dos aspectos, uno positivo y otro negativo. Por favor entiendan que estoy usando la palabra naturaleza con el significado antes señalado, porque la expresión ordinaria es conveniente y el término se entiende. Si un orador tuviera que ocupar tres minutos o más para explicar de nuevo lo ya explicado en relación al uso de una palabra, nunca llegaría al final de lo que desea decir; así que, una vez hecha la explicación de lo que queremos decir por naturaleza y sus leyes, podemos usar éstas u otras palabras comunes porque son convenientes. H. P. Blavatsky también hablaba constantemente de leyes de la naturaleza y de la ley fundamental del karma; también Katherine Tingley habla constantemente de la ley superior. ¿Quiénes no han escuchado a personas con una educación superior decir que el sol “sale en el este”? Por supuesto que tanto ellos como nosotros sabemos que el sol no sale en el este. Con frecuencia los hombres encuentran útil y conveniente usar lenguaje ordinario para expresar un pensamiento de manera inteligente. Pero esto no significa que deba ceñírseles a una consideración literal rígida por aquello que todo hombre cuerdo debería saber perfectamente bien que es sólo un modo conveniente de expresión.

Lo que llamamos las leyes de la naturaleza son la *acción, interacción y relación recíproca de las conciencias y de las voluntades* —en el kosmos—, no tanto consideradas como conciencias y voluntades personalizadas, sino que para nosotros esas palabras se usan más como abstracciones, y significan las combinadas y agregadas acciones-resultados de todas las conciencias y voluntades en el kosmos. Con todo, cuando *se le sigue el rastro hasta llegar a sus causas*, a sus fuentes, estas leyes son las conciencias y voluntades en acción de las múltiples miríadas de huestes de seres que *componen y son la “naturaleza” en sí*, trabajando a través, en, y por medio de, la “materia”, sus vehículos —de manera abstracta llamados naturaleza—. La

naturaleza tiene estos dos polos o lados: el polo o lado positivo y el polo o lado negativo. Examínese usted mismo con detenimiento, y hallará que incluso su mente es dual, como todo lo demás, pues refleja a la naturaleza. Tiene su lado pasivo, sus reflejos inconscientes, justo como los tiene el cuerpo, justo como la naturaleza los tiene. También tiene su lado positivo o activo. Existe una gran diferencia entre la voluntad consciente y la voluntad inconsciente. Tome el cuerpo de un hombre como ejemplo de lo que trato de decir; por ejemplo, el latir del corazón, el parpadeo automático de los ojos, los procesos de la digestión. Éstos son actos efectuados inconscientemente, bajo el control de entidades elementales inconscientes o semiconscientes; cuando funciona de manera normal, la voluntad del hombre no tiene, auto-conscientemente, nada que ver con ellos. Representan el lado pasivo de su voluntad tal como se expresa por intermedio de estas mentes elementales. Pero el hombre también tiene un lado activo o positivo en el cuál posee voluntad y piensa, y actúa de acuerdo a ello, y él es responsable por estas últimas cosas, e incurre en responsabilidad kármica.

En la naturaleza sucede exactamente igual a como se ilustró en este ejemplo de las voluntades pasiva y activa en la mente y en el cuerpo del hombre. Las leyes de la naturaleza física son las acciones-resultados del lado pasivo de los seres y de las conciencias que componen lo que llamamos naturaleza; *y entre más superiores son esos seres, menos se manifiesta su lado activo o positivo* en los planos inferiores.

Trabajen, por tanto, con la naturaleza y no contra ella; no violen ninguna de sus leyes, si desean salud y felicidad. Recuerden lo que H. P. Blavatsky dice en *La voz del silencio*; parafraseándolo: trabajen con la naturaleza y síganla; vuélvanse uno con ella y ella los reverenciará como colaboradores activos y *auto-conscientes*: como a un maestro. Sólo puede hallarse la felicidad obedeciendo a esta verdad fundamental de la unidad inseparable. No existe la felicidad en la no hermandad, en el actuar solo, en tratar de imponer el deseo personal de uno sobre los otros. *Es dando* como podemos hallar la vida en toda su belleza, dando el ser al Todo. No hay felicidad como ésa; para el desarrollo interior no hay ninguna manera que sea más rápida, más certera y más segura para el estudiante como la que yace en rendir el ser personal a metas noblemente impersonales. Es el camino a la paz y al poder.

Ocuparemos los pocos minutos más que nos quedan para referirnos a un interesante fenómeno de la naturaleza que sucedió durante

el último verano. Me refiero a la cercana aproximación del planeta Marte a la Tierra; y hablo de esto con intención, porque ilustrará un punto sustancial de nuestro tema.

Sin duda habrán escuchado cómo nuestros científicos han concluido —ellos dicen que su teoría es correcta, pero es totalmente falsa de acuerdo a la teosofía— que el planeta Marte es más antiguo que la Tierra; y la única razón que sostienen para decir esto es que cuando examinan lo que pueden ver de la superficie de Marte a través de sus telescopios, no ven ningún signo cierto y convincente, ni siquiera de vida vegetal. En apariencia, no ven ninguna actividad orgánica particular de ningún tipo en esa rojiza esfera, y de inmediato saltan a la conclusión que Marte está muerto, en un estado parecido al de la luna, y que, por tanto, es mucho más antiguo que nuestro planeta Tierra. En primer lugar, para los estudiantes de la sabiduría antigua, la “edad” de un planeta puede ser de dos tipos. ¿Significa *más antiguo en experiencia espiritual* —porque, recuerden, un planeta es un “animal” en el sentido greco-latino, un “animal” significa un “ser viviente”, pues es una jerarquía de vidas—, o sólo significa que la esfera física es más antigua que la nuestra?

Ahora bien, la enseñanza de la sabiduría antigua dice que Marte es *más joven* que la Tierra. Su cuerpo, su esfera física, es más joven; pero, al momento, está en un estado de “obscuración”. Lo que podríamos llamar dormido; es más que sólo dormido en realidad, pues la vasta parte de sus huestes de vidas, de sus entidades vivientes, lo ha dejado para ir a esferas o globos superiores de la cadena planetaria marciana. Pero esto *no significa* —uno tiene que ser muy cuidadoso en el uso de expresiones en nuestros estudios— que *no haya vida* en Marte. Cuando nuestro propio cuerpo físico está dormido, ¿significa que está en descomposición, que está muerto? ¿No hay procesos vitales llevándose a cabo en el cuerpo humano durmiente? Claro que los hay, y muchos: recuperación, reforzamiento de los vínculos de la naturaleza interna; no de la naturaleza interna en sí, sino que se da el fortalecimiento de los vínculos que conectan la entidad vital astral con él.

Existen —y esto ilustrará otro punto— sobre el planeta Marte, en su presente estado de obscuración, ciertos seres dejados ahí por la ola de vida que se retiró de él cuando el planeta entró en obscuración; y a estos seres se les llama en el idioma sánscrito *śiṣṭas*, que significa “residuos” o “remanentes”, es decir, aquéllos cuyo deber es mantener las semillas de vida sobre ese planeta hasta que el flujo

entrante de la ola de vida que regresa en el nuevo manvantara futuro pueda encontrar estos cuerpos listos y en todo sentido propicios para ellos. Ahora bien, estos *śiṣṭas* son de siete clases: tres elementales; el tipo-mineral; el tipo-“planta”; el tipo-“bestia”, que representó al humano sobre Marte; y uno más. Hay algunos de estos *śiṣṭas* que no son para nada de los tipos inferiores; ellos *tienen que haber sido* superiores en relación al promedio de su humanidad cuando ese planeta entró en obscuración para proveer a la más desarrollada humanidad que vuelve hacia abajo en su siguiente ronda, de vehículos aptos y apropiados para su nuevo ciclo de vida o manvantara allí. Generalmente, entonces, los *śiṣṭas* son aquellas clases superiores —cada cual de su propia clase y de su propio reino— dejados en un planeta cuando entra en obscuración, para servir como *simientes de vida* para la afluencia de la próxima oleada de vida entrante cuando ocurre el amanecer del nuevo manvantara sobre el planeta.

Venus, por el contrario, está ahora activamente afanado en su última ronda. El planeta Mercurio, por otro lado, está apenas comenzando su última ronda. Ambos planetas son mucho más viejos que la Tierra. Marte es más joven: no hablo acá de la *edad espiritual*; estoy hablando sólo de la edad del cuerpo físico, la esfera. En general verán que es una ley (y estoy usando el término ley, recuerden, porque es conveniente), verán, generalmente hablando, que es un hecho físico de la naturaleza en nuestro sistema solar que mientras más lejos se encuentra una esfera (o planeta) del sol, es *físicamente* más joven. A propósito, Marte ha terminado su tercera ronda. Nosotros los de la Tierra estamos en nuestra cuarta ronda; Venus está en su séptima y última ronda; y Mercurio está apenas comenzando su séptima ronda.

He sacado a relucir esta cuestión porque algunos han malentendido la enseñanza de H. P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta* que tiene que ver con los seis globos compañeros de la cadena planetaria terrestre, diciendo que vinimos a la Tierra del planeta Marte, al cual, por tanto, se le ha hecho uno de los globos de la cadena planetaria terrestre; y que estamos ahora sobre la Tierra; y que en el futuro (próximo) manvantara iremos a Mercurio, al que también se le ha hecho uno de los planetas de la cadena planetaria terrestre.

Esto está por completo equivocado. Como hemos recién dicho, Mercurio está en su *séptima* ronda; nosotros estamos en nuestra *cuarta* ronda, y nuestra próxima ronda será la quinta. Es correcto que Marte ha terminado su tercera ronda; pero mientras que los planetas más alejados del sol generalmente son, físicamente, más jóvenes que los

que están más cerca de él, esto *no significa que necesariamente sean los más jóvenes espiritualmente*. Por ejemplo, tomemos el planeta Saturno. Espiritualmente el planeta Saturno está mucho más avanzado que el planeta Marte o que nuestro planeta Tierra.

Si ustedes toman un libro de astronomía y comparan la variable densidad de los planetas como se dan en sus tablas, tendrán una burda pero eficaz, y generalmente bastante precisa regla que seguir para hallar cuál de los planetas físicos son *físicamente* más viejos que otros. Pero esto no se refiere a la edad o evolución espiritual; y este hecho muestra la complejidad que enfrenta el estudiante en su estudio de estas doctrinas, que en realidad son bastante simples, pero que nos parecen complejas porque nuestras mentes son mentes materiales y no mentes espirituales. Es difícil pensar sobre estas cosas con las mentes que tenemos, porque son hechas de materia. Se hace añicos cuando morimos; y estos temas están basados sobre hechos espirituales. De ahí la confusión en la que persistieron el señor Sinnett y otros que lo siguieron —¡incluso hasta el punto de renegar de sus propios maestros!

El planeta Saturno está rodeado de cinturones y —Estoy acá en aguas muy profundas y deseo hablar despacio para no dar una impresión errónea— el planeta Saturno es el último, contando desde el sol hacia fuera, de los siete planetas sagrados de los antiguos. En lo que a nuestro sistema solar respecta, Urano y Neptuno, y ciertamente el último, realmente no pertenecen a él. En realidad, físicamente, sí pertenecen al sistema solar, porque están bajo la influencia de ese sistema, algo así como visitantes que son entretenidos en un hogar; pero no pertenecen o forman parte del septenario de los siete planetas sagrados de la antigüedad del cual sin duda ustedes habrán leído. *Provisionalmente*, a esos siete planetas sagrados podemos nombrarlos como sigue: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio y Luna. Digo provisionalmente, porque hay mucho más detrás de este asunto de los siete planetas sagrados de lo que abiertamente puede aparentarse. Por ejemplo, al sol y a la luna se los reconoce en la lista anterior como *dos substitutos* de los dos planetas reales; y Marte —hasta cierto punto— entra dentro de esta categoría. No podemos decir más de esto acá.

¿Diremos que el sol y la luna *representan* a otros dos planetas? Tomemos de forma provisional esta lista tal como se da usualmente, incluyendo al sol y a la luna: cada uno de estos siete globos es un cuerpo como nuestra propia tierra, en el que cada uno es una

cadena planetaria, septenaria en su composición —seis otros globos superiores de materia más fina sobre la esfera o globo físico, así como nosotros los humanos tenemos nuestros seis principios sobre este mal llamado principio portador o conductor, al que llamamos nuestro cuerpo. Esto no aplica in toto a la luna, porque la luna está muerta; sin embargo, incluso la luna tiene sus seis globos compañeros. Debo hacer notar de paso que los misterios relacionados a la luna son más que interesantes, y alguna vez nos adentraremos en ellos tanto como se pueda hacer con propiedad; pero exceptuando a las lunas, todos los otros globos y planetas del sistema solar tiene, cada uno, seis globos compañeros de materia más sutil, todos vivos por completo, a menos que estén en obscuración; y en la vida planetaria esto constituye una analogía peculiar con los siete principios del hombre, pues si pudiésemos ver nuestros propios principios, si pudiésemos ver cuál es el plan de cada principio, encontraríamos que es un rûpa o forma real. No obstante, les advierto algo: los seis globos compañeros de cualquier planeta u otro cuerpo sideral *no* son, en realidad, los seis principios de dicho cuerpo, *pues cada uno de estos siete globos que forman parte de la cadena tiene sus propios e individuales siete principios y elementos*. Así que cada planeta o cuerpo sideral tiene sus seis globos compañeros, formando juntos una cadena planetaria, y *sólo aquellos globos que están en el mismo plano cósmico* de la naturaleza o del ser son físicamente visibles el uno del otro. Por ejemplo, nosotros sólo podemos ver los globos del cuarto plano (planetario) de cada una de las otras cadenas planetarias o siderales, porque estamos en el cuarto plano planetario, como ellos. Si estuviésemos en el plano cósmico por encima del nuestro, podríamos ver dos Júpiter, dos Saturnos, etc.

El sol también es septenario, como ya se dijo. En relación a eso yace una maravillosa enseñanza. La luna, muerta como está, también tiene seis globos compañeros; y cuando dejemos a esta tierra en obscuración al final de esta ronda terrestre, y vayamos al globo que está encima de ella, veremos entonces los dos cuerpos lunares que pertenecen a ese plano, y también dos soles.

Terminamos por ahora nuestro estudio de esta noche, y expresamos la esperanza de que en la próxima reunión tengamos más oportunidad y un campo más despejado para adentrarnos con más detalles en el verdaderamente sublime asunto que H. P. Blavatsky puso por escrito para nosotros en *La Doctrina Secreta*, en los extractos que leímos al principio esta noche.

DIECISIETE

EL OBSERVADOR SILENCIOSO.

Durante incontables generaciones, el adepto edificó un templo de rocas impecederas, una Torre gigantesca de PENSAMIENTO INFINITO, donde moró el Titán y donde, si fuera necesario, todavía viviría solo, sin salir más que al final de cada ciclo, para invitar a los elegidos de la humanidad a cooperar con él, y para ayudar, a su vez, a iluminar al hombre supersticioso. Y nosotros proseguiremos con ese nuestro trabajo periódico; no permitiremos que se frustren nuestros intentos filantrópicos hasta el día en que los cimientos de un nuevo continente de pensamiento estén tan firmemente asentados que ninguna acumulación de malicia ignorante y de oposición, guiada por los Hermanos de la Sombra, puedan prevalecer.

Pero hasta ese día del triunfo final alguien tiene que sacrificarse —si bien sólo aceptamos víctimas voluntarias. La ingrata tarea la dejó postrada [H.P.B.] y desolada entre los vestigios de la miseria, de la incomprensión y del aislamiento; pero ella tendrá su recompensa en el futuro, porque nosotros nunca fuimos desagradecidos. Con relación al Adepto —no *uno de mi categoría*, mi buen amigo, sino uno mucho más elevado— podría usted haber terminado su libro con aquellas líneas de “El Soñador Despierto” de Tennyson —usted no lo reconoció:

“¿Cómo podríais reconocerle? Estabais todavía dentro
Del círculo más estrecho; y él casi había alcanzado
El último, el cual, con una zona de llama blanca,
Pura y sin calor, ardiendo en un espacio más grande
Y en un éter de un azul oscuro
Envuelve y ciñe todas las demás vidas...”

—*Cartas de los Mahatmas*, p. 51 [Carta 9]

NICIAMOS NUESTRO estudio leyendo una parte de los pasajes de *La Doctrina Secreta* que leímos en nuestra última reunión, es decir, del volumen I, páginas 207 y 208 [I, 230]:

Los *Arhats* de la “niebla de fuego”, los del séptimo peldaño, se hallan tan sólo a un paso de la Raíz Fundamental de su Jerarquía, la más elevada que existe sobre la Tierra y en nuestra Cadena Terrestre. Esta “Raíz Fundamental” tiene un nombre que puede traducirse tan sólo por medio de varias palabras compuestas: el “Baniano-Humano siempre Viviente”. Este “Ser Maravilloso” descendió de una “elevada región”, dicen, durante la primera porción de la Tercera Época, antes de la separación de sexos en la Tercera Raza.

Y luego leemos el último párrafo de la página 208:

Es bajo la dirección directa y silenciosa de este MAHA —(gran)— GURÚ que todos los demás Maestros e Instructores menos divinos de la humanidad, se convirtieron, desde el despertar primero de la conciencia humana, en los guías de la Humanidad primitiva. Es a través de estos “Hijos de Dios” que aquella humanidad infantil obtuvo sus primeras nociones de todas las artes y ciencias, lo mismo que las del conocimiento espiritual; Ellos fueron quienes colocaron la primera piedra fundacional de aquellas civilizaciones antiguas que tan perplejos dejan a nuestras generaciones modernas de escritores y de eruditos.

Como hicimos notar en nuestra última reunión, nos estamos aproximando a una parte de nuestros estudios en donde, para usar las palabras de los antiguos pensadores, casi sentimos que debemos quitarnos nuestro calzado, porque pisamos tierra santa. Estos sublimes pasajes contienen, de hecho, el esbozo del significado de la séptima de las siete joyas o tesoros de la sabiduría, que tiene el nombre técnico de *ātma-vidyā*. Esta frase significa literalmente “auto-conocimiento”.

Ahora bien, esta palabra sánscrita *ātman* es en extremo difícil de traducir, pero la palabra castellana “ser” parece acercarse a una traducción adecuada. *Ātma-vidyā* significa mucho más de lo que de ordinario podríamos entender por las palabras “conocimiento del ser”; no obstante, si pudiésemos conocer el ser en su totalidad, podríamos conocer todo el conocimiento que para un hombre es posible conocer. De ahí que se le dé ese nombre técnico como descriptivo del entero ramal de la filosofía esotérica que contiene esta séptima joya. Como están las cosas, sólo podemos conocer partes de este ramal de la filosofía esotérica. Se nos dice que está insinuado en las escrituras antiguas, de manera particular en la sánscrita, y que incluso los seres más espirituales sobre la tierra, en esta nuestra edad, no conocen por completo todo lo que está contenido en este tesoro. Es posible que no exista en la actualidad ni una docena de seres pensantes sobre la tierra, quienes, por supuesto, comprenden los más superiores y sagrados hombres que la tierra ha dado hasta el presente período de evolución, que puedan entenderlo por completo y en cualquier sentido. Pero podemos tomar y entender partes apropiadas de este sublime misterio de sabiduría; y esto último es lo que intentaremos hacer, con el fin de elucidarlo al máximo de nuestra capacidad esta noche.

En nuestra última reunión declaramos que este séptimo tesoro o séptima joya puede ser considerado como un estudio del problema de cómo el Uno se vuelve los muchos; pero por cierto que también

dijimos que el Uno esencialmente nunca se vuelve los muchos. Bien podría uno también decir que el sol que nos da nuestra luz desciende a la tierra para hacerlo; pero no lo hace. Envía sus rayos, las emanaciones de sí mismo, que iluminan, vitalizan y estimulan nuestro mundo de materia; y con respecto al Uno el caso es similar.

Además, ¿qué queremos decir por el Uno? Es obvio que no queremos decir el Dios personal de cualquier teología exotérica. No importa cuán grande, cuán vasto en el ámbito de la espiritualidad, podamos considerar que sea este Uno, es todavía una unidad, un ser, y por lo tanto es finito. En consecuencia, para elucidar nuestro problema, acudimos a otro de estos siete tesoros, y encontramos una ilustración de este ramal particular de nuestro problema en los lokas —una palabra técnica para jerarquías, como también lo es *brahmāṇḍa*, o “huevo de Brahmā”— de los que el Uno es la raíz fundamental si lo consideramos como el *origen* de todos los seres y cosas en esa jerarquía; o la flor, cima o pináculo si lo consideramos como la meta y fin de nuestra evolución. Por lo tanto, esto es el Uno. Pero hay otros Unos, innumerables Unos, en el universo cósmico; algunos superiores a nuestro más alto grado, o inferiores a nuestro más bajo grado.

Sin duda recordarán que al estudiar la doctrina de las jerarquías mostramos que éstas eran interminables en número. A cada una de ellas mismas puede considerársele como una unidad; y hay muchas sobre nosotros y muchas debajo de nosotros: innumerables de ellas sobre nosotros e innumerables de ellas debajo de nosotros; innumerables de ellas dentro e innumerables de ellas fuera de nuestra jerarquía cósmica. Son interminables en número, en todas direcciones. Sin embargo, de este Uno de *nuestra* jerarquía, y en este caso queremos decir el kosmos universal o el universo cósmico, viene toda nuestra vida, todo nuestro ser, todo lo que somos por fuera y por dentro. Es la fuente y origen de todo lo que podemos ser y conocer, que trabaja en y sobre ese telón de fondo del Ilimitado que comprende el agregado sin límites de todas las otras jerarquías, cualesquiera que éstas sean.

La más extensa, vasta e inmensa jerarquía de nuestra desbocada imaginación no es más que una mota de polvo, un solo átomo, en comparación con el Ilimitado. Al Ilimitado no puede nunca ni en ningún sentido considerárselo como *uno*, como una mera unidad. *Uno* implica lo finito, el principio del cómputo o de la enumeración; y nosotros tenemos que pensar acerca del Ilimitado como un cero, que

significa infinitud sin fin e ilimitada, sin calificaciones de ningún tipo, las cuales pertenecen a todo lo que es manifestado o limitado; y, del otro lado de la ilustración, significa la todo-circundante, sin fin, ilimitada Plenitud del Todo. Éste es el Espacio, que es ya sea la ilimitada Plenitud del Todo, o la ilimitada Vacuidad del Todo, de acuerdo a como lo veamos. El último modo de verlo es el profundamente espiritual *sūnyatā* de los filósofos budhistas.

Cambiamos por un momento a otro tema afín. ¿Hemos considerado y ponderado alguna vez el significado de la palabra *inmutable* cuando la gente la usa como sucede algunas veces cuando se habla de temas tales como el Espacio, el Ilimitado, etc.? Se nos ha ocurrido alguna vez intentar percibir que si el Ilimitado fuese inmutable, incluso durante la más diminuta fracción de un segundo, la entera estructura del ser cósmico universal se desvanecería en un pestañeo, ¡como una sombra sobre una pared! Todo cuanto podemos saber, o figurarnos mentalmente, de tan ilimitable y vasto asunto como el del Ilimitado, resulta en pensamientos que con vaguedad expresamos en palabras o frases como “vida ilimitada”, que es *movimiento*: actividad sin fin y sin comienzo. La inmutabilidad es un fantasma de la imaginación, un mero reflejo en nuestras mentes de corte finito. Hay movimiento incesante; vida incesante, sin principio y sin fin en los campos sin horizontes del Ilimitado.

Cuando consideramos al Uno, la cima o la raíz fundamental de nuestra propia jerarquía —o de cualquier otra jerarquía—, por intuición espiritual podemos entender la verdad concerniente a él; pero si vamos más allá de esa jerarquía, moviéndonos paso a paso desde las esferas inferiores hasta alcanzar las superiores, siempre tenemos que alcanzar y alcanzaremos un punto donde nuestro entendimiento e imaginación cae impotente ante la inmensidad del (*para nosotros*) incomprendible, porque de ningún modo podemos abarcarlo o comprenderlo; sólo podemos percibir que en Eso y de Eso está la vida infinita, que *en su incesante e inacabable movimiento* es inmutablemente el mismo siempre. *Sólo en este sentido paradójico es permisible el uso de la palabra inmutable.* Esto respecto al Ilimitado. Pero con respecto al Uno, es analógicamente inmutable *sólo para su propio período de actividad como fuente de una jerarquía, y sólo para aquellas debajo de él*; y de ahí que ocasionalmente encontrarán que en nuestros libros se habla de “ley inmutable”, ésa que para las “siete eternidades”, que es lo que dura nuestro período de manifestación, “no varía ni conoce sombra de cambio”. Y, ¿por qué? Porque esa

más alta cima, ese Uno, es el supremo Observador Silencioso, el supremo Dador de Vida, el grande y supremo Sacrificio —para usar los términos que empleara H. P. Blavatsky— de nuestra gran jerarquía cósmica, que es la más alta que nuestra imaginación puede alcanzar. Pero no confundan *este* supremo Observador Silencioso con el Observador Silencioso de la jerarquía menor de los Maestros.

Cuando nuestra jerarquía entra en pralaya —que significa la liberación de la totalidad de vidas y vida para cosas superiores y espirituales de más grande valor y de más noble alcance que aquéllas que tenemos ahora o que podemos siquiera concebir—, cuando eso sucede, digo, no es sino como el pasar, por decirlo así, de una nube por encima de la “faz del Ilimitado”, y huestes de otros universos vienen entonces, de igual manera, a la vida manifestada así como el nuestro estará a su vez saliendo de ella para ir a su descanso praláico. Traten y formen un concepto simple acerca del significado de la eternidad sin fin ni principio y acerca del Ilimitado, y pasen a otra cosa: vida incesante, actividad eterna, vida y conciencia sin fin en incesante movimiento por todos lados. Son sólo “partes” —las que, comparadas con la totalidad que es el Ilimitado, son como nada—, y sólo tales partes, por ponerlo así: esto, eso u otra parte, la que, en su mājā o vida manifestada y reposo no manifestado, es activa o pasiva alternadamente, y la que desaparece y luego regresa de nuevo. Los sabios antiguos nunca agobiaron demasiado sus cabezas con tontos intentos para escudriñar al Ilimitado o al Eterno sin límites. Reconocieron la realidad del ser, y soltaron ahí, sabiendo bien que todo lo que la inteligencia humana puede lograr, es un conocimiento que siempre está creciendo por medio de una conciencia siempre en expansión.

Esta alternancia de aparecimientos y desaparecimientos de mundos o jerarquías es la enseñanza que toma cuerpo en la primera de las siete joyas o de los siete tesoros de la sabiduría. Así como el espíritu humano hace descender su rayo y reencarna por medio de ese rayo en un ser humano de materia astral, de materia mental y de carne, de manera similar, cuando para una jerarquía llega el tiempo de re-corporeizarse a sí misma, para reemprender una vez más su tarea de palingenesia o auto-generación repetida, se recorre el mismo trayecto relativo. Nunca olvidemos el antiguo axioma de la sabiduría esotérica que los herméticos expresaron de forma tan hermosa: *Como arriba, así también abajo*. Lo que sucede en el cielo es reflejado en la tierra, *mutatis mutandis*. La palingenesia del hombre, como un microcosmos, no es más que una copia fiel de la palingenesia de los

mundos y de su propia jerarquía cósmica, como el macrocosmos.

Regresemos ahora a nuestro tema principal de esta noche. Así como la cima de nuestra jerarquía es Uno, la raíz de nuestro *ens*, en el cual nos movemos, vivimos y tenemos nuestro ser, como el apóstol cristiano Pablo lo dice, *así, de manera similar, en la jerarquía espiritual-psicológica existe un Uno en quien todos estamos enraizados, en quien psicológica, mística y religiosamente, así como aspiracionalmente, vivimos*. Este Uno es el Gran Iniciador, el Gran Sacrificio, el Maravilloso Ser a que se refiere H. P. Blavatsky; la suprema Cabeza de la jerarquía de los Maestros. De él nos vienen nuestros más nobles impulsos por medio de nuestros propios seres superiores; de él viene la vida y la aspiración que sentimos, que a menudo se agita en nuestras mentes y corazones; de él, por medio de nuestras naturalezas superiores, viene el impulso de mejoramiento, el sentido de lealtad y de fidelidad, todas las cosas que hacen a la vida sagrada, luminosa y superior, y que valga la pena vivirla.

Fue durante la tercera raza de la humanidad, en su cuarta ronda sobre este globo, cuando el rayo encarnado en cada unidad de la humanidad de entonces había desarrollado su vehículo (*generándolo desde dentro de sí mismo*, apropiado para la expresión de sí mismo, del espíritu divino dentro); y entonces ese vehículo, o alma, se volvió auto-consciente. Luego, al pasar el tiempo, vino un período cuando se necesitó un intérprete, un guía, un maestro de la raza de la humanidad, porque la raza, con cada subciclo de la Gran Edad, se estaba hundiendo rápidamente y más de lleno en la materia y en la consecuente ilusión y contaminación espiritual, pues éstas son producidas por el desarrollo de la materia. Los dhyāni-chohans, los señores de la meditación, quienes eran hombres de un anterior gran período de actividad de nuestro planeta Tierra, seres de un anterior manvantara, estaban para entonces dejando o retirándose de esta tierra. Habían concluido su labor cíclica, habían hecho todo cuanto podían, en cuanto a informar, inspirar e iluminar a la humanidad de entonces. Pero necesitaban ahora sucesores más similares a los hombres que se hundían de ese período. Por razones de un misterio que no podemos elucidar acá, los representantes más nobles de la humanidad de entonces se volvieron los directos y dispuestos vehículos de los rayos auto-conscientes de estos dhyāni-chohans, señores de la meditación. *No fue exactamente* lo que en el brahmanismo se llama un *avatāra*: un “descenso”, que significa la *envolvente* encarnación de una *porción* de un alto espíritu, en un ser humano superior; sino

que era la verdadera *residencia* (por completo consciente de ambas partes, y relativamente completa) de una porción de la esencia de un dhyāni-chohan en un hombre de grado superior por completo consciente, dispuesto y totalmente auto-sacrificado. Ahora bien, por favor noten bien que el más destacado de esas encarnaciones, el más noble hombre-fruto de la evolución humana producida hasta ese tiempo, *se volvió literalmente la cabeza de esta jerarquía espiritual-psicológica*, y de verdad, en su caso, fue un hombre henchido de un dhyāni-chohan: lo que realmente podría llamarse un dios encarnado. Éste era —y todavía *es*— el Observador Silencioso, el Iniciador, el Maravilloso Ser, el Gran Sacrificio —“sacrificio” por una razón que explico en otra parte.

Detengámonos un momento y pensemos por un instante sobre lo que trata nuestro tema. Consideremos la inmensa esperanza, el profundo esplendor intelectual y la belleza espiritual que hallamos en estas enseñanzas. De verdad vale la pena reflexionar sobre ellas. Si algo es la teosofía, la sabiduría esotérica, es una vasta doctrina de esperanza, no de mero optimismo tal como de ordinario se entiende la palabra, sino que una doctrina de esperanza vitalizadora y de iluminación interior. Ahí en estas maravillosas enseñanzas está el sendero por el que podemos ascender. Más particularmente, depende de nosotros si logramos o no nuestro ascenso por la escalera del rayo que está viviendo y trabajando en cada uno de nosotros; y —les suplico escuchen con cuidado— si ascendemos o no mediante nuestro estar *conscientemente* conectados a través de ese Ser, con el Altísimo. Ese Ser, ese Maravilloso Ser, no “baja” ni “desciende” hacia nosotros, porque para él tal cosa sería una contaminación de una clase que no puede tolerarse; no obstante estamos conectados con él por, y a través, del rayo que está dentro de nosotros. Así como el sol envía innumerables rayos y sin embargo permanece siempre siendo el sol, de la misma forma, a través de este Ser, se vierte, como la raíz fundamental de nuestro jerarquía espiritual-psicológica, un rayo que es instintivo y está vivo en cada niño normal que viene al mundo.

Ahora bien, depende de nosotros si seguimos por ese rayo hacia arriba o, como se señaló en nuestra última reunión, si abandonamos nuestro divino don de nacimiento, y seguimos el encanto del caos y del Foso: si respondemos a las exhalaciones del “infierno”. Quizá haya gente que pueda no haber entendido el significado de la palabra aniquilación tal como la usamos. Entendamos que la aniquilación, hablando estrictamente, ejemplifica lo que Katherine Tingley llama la

“infinita piedad de la ley superior”. No existe una pesadilla como el “sufrimiento eterno”. Aquellos seres humanos que han renunciado a su divino don de nacimiento se vuelven pedazos; pierden su *entidad personal*; pero cuando eso ha sucedido, no permanece más que un cascarón psíquico vacío. Cuándo al llegar la muerte nuestro cuerpo que hemos puesto a reposar se hace pedazos y sus átomos regresan a la tierra que les dio nacimiento, ¿hay algo terrible en eso? Tomen la misma regla y aplíquenla al caso de las almas perdidas, de las que hablamos en nuestra anterior reunión.

Si alguien desea obtener un esbozo magistral de este tema, puede dirigirse a *La clave de la Teosofía*, páginas 92-3 y 113-14, y encontrará ahí lo que H. P. Blavatsky dice a sus lectores acerca de la aniquilación, y más particularmente en relación con las enseñanzas budhistas tal como fueron enseñadas por el Señor Gautama el Buddha. Porque digo el “Señor” Buddha será algo que explicaré en un momento.

Este Maravilloso Ser es el Jefe, el Maestro-Iniciado, la Cabeza y el Líder de la jerarquía espiritual-psicológica de la que forman parte los Maestros. Él es el “Baniano Humano Siempre Viviente”. Árbol de donde cuelgan como hojas y frutos, espiritualmente hablando. Así también nosotros, espiritualmente hablando. En cada globo, en cada planeta que conlleva humanos de cada sol en las infinitudes del espacio, se nos enseña que, hasta donde conocen los grandes sabios espirituales, lo mismo existe allí. Hay sobre cada uno un Señor-Maestro, y en cada caso se hace merecedor el término que H. P. Blavatsky les da, tomándolo de sus propios Maestros, de: el “GRAN SACRIFICIO”. ¿Por qué se le llama así? Porque por una compasión ilimitada por aquéllos en la escala de evolución inferiores a él, ha renunciado a toda esperanza y oportunidad, en este manvantara, de ir él mismo más alto, hacia fuera de este mundo cargado de pena, y permanece entre nosotros como nuestro gran Inspirador y Maestro. No puede aprender nada más de esta jerarquía, pues todo el conocimiento que pertenece a ésta, o que es posible en ésta, es ya suya. Él se ha *sacrificado* a sí mismo por todos los que están debajo de él.

¡Hay alguna gente que habla del sacrificio de este tipo como si fuese algo horrible o malo! ¿Por qué? ¿Hay algo más sublimemente hermoso que el dar el ser para el servicio noble de los otros, de *todos*? ¿Hay algo que realmente pueda conducir al hombre más alto? ¿Hay algo que abra más el corazón? ¿Hay algo que abra más las puertas de la inspiración? Y, por otro lado, ¿hay algo que cierre más rápido estas puertas, o más por completo menosprecie al hom-

bre, o más rápidamente marchite al ser, que lo que hace su opuesto: la personalidad, el egocentrismo y el egoísmo? ¡Ah! Existe una dicha, una inefable dicha, en el auto-sacrificio de esta clase superior. Al Maravilloso Ser se le llama técnicamente el Gran Sacrificio porque, habiendo alcanzado el pináculo de la evolución en esta nuestra jerarquía, no puede aprender nada más en o de esa jerarquía. Él ha renunciado deliberadamente a un posterior progreso para sí mismo en nuestro manvantara, y esto en verdad es el más grande de los sacrificios; y él ha renunciado a eso para vivir por aquellos seres inferiores que se desaniman y que tropiezan en el camino ascendente; siguiendo los dictados inherentes en este noble clamor: “¿Cómo puedo vivir en el cielo cuando un solo ser sobre la tierra sufre?”. Esto nos recuerda la vieja historia del escocés que cuando su mentor le dijo que su perro no podía ir al cielo con él, respondió al instante: “Oh, mentor, si mi perro no puede ir al cielo conmigo, entonces me quedaré aquí en la tierra con mi perro fiel; pues él nunca me abandonaría a mí!”. Eso es una pizca del mismo espíritu de devoción.

En la gran épica hindú, el *Mahābhārata*, encontramos un relato bastante similar acerca de uno de los grandes héroes de esa obra, quien, habiendo tenido que vérselas con duras pruebas de varios tipos en su camino hacia el *svarga* o cielo, las pasó todas con éxito; pero cuando finalmente alcanzó los confines del cielo fue recibido por los devas, quienes le dijeron: “Hermano, tu perro fiel no puede entrar acá”. Y dijo él: “Oh, entonces me regresaré con mi perro, mi compañero fiel que me amó y que me siguió a todos lados. ¿Deberé abandonarlo y dejarlo fuera? Y los devas, de acuerdo con la hermosa leyenda, abrieron entonces de par en par las puertas del cielo, y los coros celestiales empezaron a cantar un peán de bienvenida y a alabar el fiel corazón del héroe, quien hubiera renunciado a su indecible dicha por el bien de su amada y fiel criatura menos desarrollada que él.

Éste es el espíritu de la renunciación de uno mismo por los otros, tal como fue ejemplarizado en leyenda e historia. ¿Hay algo más bello que eso?

Ahora vayamos un paso más adelante. Dejemos nuestro tema por unos momentos y retomemos de nuevo un asunto que sentimos que no fue entendido por completo, quizás debido a una insuficiente exposición del mismo de parte nuestra en nuestra última reunión. Hablamos entonces de la existencia de dos clases de almas perdidas. Eso es bastante exacto. Pero también tenemos que señalar que hay, asimismo, dos subdivisiones en la segunda de estas clases,

y estas dos subdivisiones de la segunda clase son aquéllas que merecen por completo el viejo término cristiano: “obreros de la iniquidad espiritual”. La primera subdivisión comprende a aquéllos a quienes se les llama comúnmente hechiceros conscientes; y la segunda comprende el mismo tipo de seres, pero incluye a aquéllos quienes han alcanzado tal grado de poder interno, de *maligna* fuerza espiritual, que son capaces incluso de vencer el llamado de la naturaleza para la disolución durante el entero término del manvantara. Éstos merecen en verdad el viejo dicho místico: “obreros del mal espiritual”.

Con el fin de aclarar un poco este difícil asunto, consulten y reflexionen sobre el diagrama adjunto, que da un breve bosquejo de las variadas conciencias en una jerarquía:

Dhyān-chohans	}	Los “Despiertos” de diferentes grados
Buddhas			
Mahātma			
Chelas			
Hombres Buenos			
Hombres sin Alma	Muy numerosos; los “Muertos Vivientes”.	
Clase 1	Hombres muy malos; existen muy pocos	}	Almas Perdidas: en realidad, o que van a ser. Destinadas todas a la aniquilación Clase 2 son muy pocos
Clase 2	Hechiceros Espirituales		
	Subdivisión 1		
	Chohans Conscientes del Mal		
	Subdivisión 2		

El entero sistema cuelga como una cadena de la semilla primordial, la raíz fundamental de la jerarquía.

La primera subdivisión comprende a aquéllos quienes son aniquilados cuando este globo entra en su obscuración. Pero a la segunda subdivisión pertenecen quienes son casi encarnaciones humanas de lo que los tibetanos llaman los *lhamayin*; o algunas veces pueden ellos incluso ser envueltos por los *māmo-chohans* que presiden en los pralayas. Éstos últimos, sin embargo, no son exactamente “diablos” o entidades malignas, sino más bien seres cuyo destino está por el momento destinado a continuar con el trabajo de destrucción y de desolación. Con respecto a los hechiceros espirituales superiores y obreros del mal, la segunda subdivisión, su destino final es en verdad

terrible, pues los espera al final del manvantara el avīchi-nirvāṇa, el absoluto opuesto e inferior polo del nirvāṇa del espíritu; y luego un manvantara de miseria sin paralelo. Son ellos los polos opuestos de los dhyāni-chohans. Una final y completa aniquilación es su fin. La naturaleza es bipolar; y como es la acción, así es la reacción.

Ahora bien, la aniquilación, tal como es usado el término en la filosofía esotérica, no significa lo que la gente comúnmente la imagina ser. Significa la terminación, la disolución, de una entidad personal, pero nunca de la individualidad inmortal, lo cual es imposible. Hablamos, y lo hacemos con propiedad, de la disolución o la aniquilación de un ejército, o de la aniquilación de un rebaño de ovejas. Cuando han desaparecido, han sido muertas o lo que fuere, las entidades separadas, el *rebaño* de ovejas no existe más, el *rebaño* ha sido disuelto. Es aniquilado como rebaño, como entidad. Y de manera similar, la aniquilación en su sentido psicológico no significa que es el espíritu inmortal el que es aniquilado. Tal idea es perfectamente absurda. Un espíritu inmortal no puede ser aniquilado. Su residencia, su lugar de morada, es el espacio infinito; y su tiempo es la eternidad. Pero así como nuestro cuerpo se disuelve, es aniquilado como cuerpo, se descompone y disuelve en sus elementos componentes, así también sucede con el alma perdida que es primero un mero cascarón psíquico, cuando los impulsos, que llegaban a ella en el tiempo cuando estaba conectada con un espíritu encarnado, han gastado sus fuerzas; luego viene su fin, es disuelta, es aniquilada, cesa, se desvanece como ser. Nada queda de ella, pues se descompone en sus elementos constitutivos como lo hace un cuerpo físico. Pero en las primeras etapas se vuelve un muerto espiritual, aunque mentalmente vivo. Es un cadáver físico, del que el elemento inmortal ha escapado. Esto es un alma perdida.

Los estudiantes de filosofía esotérica saben lo que sucede al kāmārūpa de un hombre luego de la muerte de su cuerpo físico. Es, finalmente, disuelto y aniquilado. Es el curso normal de la naturaleza el que esto sea así. Les digo que cuando hablamos en nuestra última reunión acerca de las antiguas enseñanzas de sabiduría del Señor Buddha, con respecto a que no hay “principios duraderos en el hombre” —utilizando las palabras de Rhys Davids, el eminente erudito galés, quien es una brillante gloria literaria de su país a pesar de los errores que comete al mal entender mucho del sentido interno de la enseñanza de los budhistas—, queremos significar simplemente esto: que *la única cosa duradera en la naturaleza del hombre viene*

de, y está en, su ser superior, su naturaleza superior. Su cuerpo; su fuerza vital; su doble astral, el *liṅga-śarīra*; el principio *kāmico*; el *manas*; todos estos fallecen con la muerte. No hay nada de un principio duradero en la combinación de estos cinco; sin embargo, mientras estas cinco partes componentes de la psicología del hombre permanecen unidas en la vida física, ellas forman al “hombre”. ¿Hay alguno de ustedes tan egoísta como para pensar que este pobre ser de barro del que acabamos de hablar, es el espíritu inmortal? ¿O la vida que lo conforma? ¿O esta pobre mente de materia, que estoy usando como un instrumento con el cual poder hablarles? ¡No!

El pensamiento que recién se ha expresado es uno que por lo común —y oportunamente— se supone como una enseñanza budhista; también es la enseñanza de la sabiduría antigua; es asimismo la enseñanza de los estoicos, y también la de Platón. Es, igualmente, la enseñanza de las escrituras del judaísmo y del cristianismo. ¿Lo dudan? Vayan el Libro de Eclesiastés, una de las llamadas obras canónicas sagradas de estas dos últimas religiones. Hemos hecho nuestra propia traducción de los siguientes pasajes, pues no confiamos en la traducción de los escribas teológicos. Por un lado son muy ásperas, y por el otro, insuficientemente claras. Hallamos, entonces, en Eclesiastés, capítulo 3, versículos 18-21, lo siguiente —y por favor recuerden que este libro se supone que fue escrito por el llamado “hombre más sabio del mundo”, Salomón. Lo que sea que pensemos acerca de esta noción, quienes aceptan este libro lo creen. Es teología pasada de moda y popular.

Dije yo en mi corazón, en relación a la naturaleza de los hijos del hombre (*Ādām*) (es) que los Elohīm pudieron formarlos, y para mostrarles que ellos mismos son bestias. Pues el destino de los hijos del hombre (*Ādām*) y el destino de la bestia es para ellos un mismo destino: como muere el uno, muere el otro; y la facultad del pensamiento [la palabra hebrea es *rūah*, ¡bastante extraordinario, realmente!] es la misma para todos; y la superioridad del hombre sobre la bestia no es nada, porque todo es ilusión. Todos van a un lugar. Todos son del polvo, y todo regresa al polvo.

Pero escuchen ahora lo siguiente, que muestra que el autor de esto, aunque ciertamente no fue la mítica figura de Salomón, era, no obstante, un hombre que *sabía*. ¡Escuchen!

¿Quién conoce la facultad del pensamiento de los hijos del hombre, esa misma facultad que asciende arriba; y la facultad del pensamiento de la bestia, esa misma facultad que desciende bajo la tierra?

Allí tenemos la enseñanza de la edad antigua con respecto a la

psicología, y cuando se entiende con propiedad fácilmente se verá que cada palabra de ella es cierta. Y cuando se entiende la clave de la sabiduría que hay detrás de esta breve exposición, se verá que es indeciblemente hermosa. De cuántas vanas ilusiones esos extraviados hombres de las primeras sectas de la cristiandad hicieron que el temprano mundo europeo occidental se hiciera cargo. Qué irreligioso desatino, enseñar que el cuerpo físico del hombre es una cosa tan permanente y necesaria que será resucitado, y que, si la vida del alma que en él moraba era buena, se sentaría con multitudes a la “derecha del Dios Todopoderoso”. ¡Qué increíble materialismo craso! Se hizo más daño espiritual a las razas europeas al enseñar algo como esto, que quizás cualquier otra cosa que la historia registra. Como muchas otras enseñanzas de la cristiandad primitiva, ésta fue un horriblemente erróneo y distorsionado principio de la sabiduría antigua que concierne a la regeneración de la personalidad en una individualidad inmortal: una de las antiguas doctrinas de Misterio que explicamos brevemente en otro sitio. Por otro lado, es necesario enseñarle a un hombre acerca de su *naturaleza dual*; enseñarle que en su naturaleza superior él es realmente un espíritu esencial, en verdad, un dios encarnado, y que él puede volverse conscientemente ese dios en la carne si tiene la voluntad para ello. Y enseñarle que si escoge seguir la naturaleza bestial, se vuelve como una bestia, pues el ser interno no tolera este último rumbo. En ese caso el hilo de plata (que arriba es dorado) se rompe; y en lugar del hombre tenemos al hombre-bestia, pues el alma se va del hombre-bestia: una piadosa liberación que hace la naturaleza de la moradora individualidad auto-consciente.

Por ningún lugar hay “tortura sin fin” o castigo.

Ahora mi tiempo para esta noche está llegando a su fin. No he dicho ni la décima parte respecto a este tema del séptimo tesoro en su conexión con el Maravilloso Ser; no obstante, esta noche deseo agregar unas cuantas palabras más antes de terminar. Primero, en cuanto a mi razón para usar el término el “Señor Buddha”. Este Maravilloso Ser envolvió hace unos dos mil quinientos años a un joven puro y de mente noble, que nació en el norte de la India. El vehículo, este joven, era receptivo en todo aspecto, y la enseñanza de sabiduría que venía de él se dio al mundo. Al vehículo escogido se le llamó Siddhārtha como su nombre personal; su nombre de clan era Gautama; y se le dio después el título de Śākyamuni —que significa el Śākyasabio—; también se lo llamó el Buddha. Esta palabra *buddha* es un título que significa el “despierto”, tal como la palabra

christos o *cristo* significa el “ungido”. El Maravilloso Ser envolvió a, y parcialmente entró en, este joven que había venido de acuerdo al estricto cumplimiento de la ley de los ciclos, en el tiempo cíclicamente señalado en el curso mundial; pues un Despierto, un completo Cristo, por decirlo así, un Buddha, estaba cíclicamente destinado a venir en ese tiempo. Era parte de la línea de las sucesivas venidas de Buddhas, y era el más noble, el más alto, de la jerarquía mística de ese período, así como también era entonces el más cercano a su Maravilloso Iniciador que cualquiera de nuestra raza. Sabemos que los mismos Maestros hablan del Señor Buddha como de su Maestro. Se nos enseñó que ese joven, vino directamente de la Logia: no su cuerpo, sino la santa entidad que lo ocupaba. Fue uno de los más grandes de entre ellos. Con respecto a todas estas profundas y maravillosas doctrinas, hay mucho más que simplemente no puede ser expresado acá, por razones obvias; hay una completa rama de la filosofía esotérica involucrada, la cual trata de algunos de los más cuidadosamente guardados secretos de la naturaleza y del ser. Nosotros sólo insinuamos, y seguimos nuestro camino.

Como recordarán, H. P. Blavatsky misma, tomó los *pansil*, una palabra pali que significa los “cinco votos o virtudes” (en sánscrito, *Pañcha-śīla*), y por eso se volvió una budhista *formal*. ¿Por qué? Porque, como mensajera de la Logia, ella sabía perfectamente bien que tras las enseñanzas externas, detrás de las doctrinas exotéricas de Gautama Buddha, está la verdad interna, el *buddhismo* esotérico, lo mismo que el *budhismo* esotérico: escribiéndose la primera con dos *ds*, y significando las enseñanzas de Gautama el Buddha; y escribiéndose la otra palabra con una *d*, que significa “sabiduría”. Y en verdad son una cuando el buddhismo se explica y se entiende de forma apropiada. Ella sabía exactamente en lo que estaba. Obsérvese, por ejemplo, la manera en la que escribe del Buddha.

Pero, mientras todo lo anterior es estricta y exacta verdad, tengo que hacer acá una advertencia. ¿Somos nosotros budhistas? No. No más de lo que somos cristianos, excepto quizás en este sentido, de que la filosofía religiosa del Buddha-Śākyamuni está incomparablemente más próxima a la sabiduría antigua, a la filosofía esotérica. Su mayor debilidad en la actualidad es que sus más recientes maestros llevan sus doctrinas muy lejos sobre líneas meramente formales o exotéricas; y no obstante, con todo esto, y hasta ahora, sigue siendo la más pura y santa de las religiones exotéricas sobre la tierra, e incluso exotéricamente sus enseñanzas son ciertas. Sólo necesitan la clave esotérica

en la interpretación de ellas. A propósito, lo mismo puede decirse de todas las grandes religiones mundiales antiguas. El cristianismo, el brahmanismo y otras, todas tienen la misma sabiduría esotérica tras el velo externo de la fe exotérica formal.

Recordarán que H. P. Blavatsky dice en algún lugar que de las dos ramas del buddhismo, es decir, el del sur y el del norte, el del sur aún conserva las enseñanzas del “cerebro de Buddha”, la “doctrina del ojo”, es decir, su filosofía externa para el mundo en general; y el del norte aún conserva su “doctrina del corazón”.

Ahora entiéndanse estas dos expresiones. Son términos buddhistas: la doctrina del ojo y la doctrina del corazón son términos buddhistas reales. También son términos de la sabiduría esotérica. La doctrina del ojo es aquélla que puede verse; puede ser falsa o cierta; pero en un sentido técnico es un exoterismo verdadero al que sólo le falta la clave. A la doctrina del ojo se le llama algunas veces la doctrina de las formas y de las ceremonias, esto es, la presentación formal externa. Mientras que la doctrina del corazón es aquélla que está oculta, pero que es la vida interna, la sangre del corazón de la religión. Así como el ojo es visto y también ve, así, a la inversa, el corazón es no visto, pero es el dador de la vida, y aplicado a la religión la expresión significa la doctrina del corazón interno de la enseñanza. Como un pensamiento secundario, también da la idea de que contiene la parte más noble de la conducta humana, lo que la gente llama benevolencia, humanidad, compasión, piedad.

DIECIOCHO

LA JERARQUÍA PSICOLÓGICO-ESPIRITUAL DE LOS ADEPTOS. EL MARAVILLOSO SER, LOS BUDDHAS, NIRMĀṆAKĀYAS, DHYĀNI-CHOHANS.

Entonces el Uno Bendito habló, y dijo:

‘Sabe, Vāsettha, que (de tiempo en tiempo) un Tathāgata nace en el mundo, un completo Uno Iluminado, bendito e ilustre, abundante en sabiduría y bondad, dichoso, con conocimiento del mundo, excelente como un guía para los pecadores mortales, un maestro de dioses y de los hombres, un Bendito Buddha. ÉL, por sí mismo, entendiendo a fondo, y viendo, por decirlo así, cara a cara este universo —el mundo debajo con todos sus espíritus, y los mundos arriba, de Māra y de Brahmā— y todas las criaturas, Samanas y Brāhmanes, dioses y hombres, y él, entonces, hace que su conocimiento sea conocido por todos. La verdad que él proclama tanto en sus palabras como en su espíritu, encantadora en su origen, preciosa en su progreso, cautivadora en su consumación: la vida superior que él da a conocer, en toda su pureza y en toda su perfección’. —*Tevijja Sutta*, pp. 186-7 (Los Libros Sagrados del Este, vol. xi)

NUESTRO ESTUDIO de esta noche comienza con la lectura, una vez más, de una parte de un tema del primer volumen de *La Doctrina Secreta* que leímos en nuestra última reunión, a saber: en la página 207 [I, 230]:

Los *Arhats* de la “niebla de fuego”, los del séptimo peldaño, se hallan tan sólo a un paso de la Raíz Fundamental de su Jerarquía, la más elevada que existe sobre la Tierra y en nuestra Cadena Terrestre. Esta “Raíz Fundamental” tiene un nombre que puede traducirse tan sólo por medio de varias palabras compuestas: el “Baniano-Humano siempre Viviente”. Este “Ser Maravilloso” descendió de una “elevada región”, dicen, durante la primera porción de la Tercera Época, antes de la separación de sexos en la Tercera Raza.

Esta noche daremos un paso adelante, en algunos aspectos, más lejos y más allá de cualquier distancia que hayamos viajado en una ocasión similar. Los dos estudios precedentes tenían el propósito principal de ilustrar algunas de las ideas preliminares relacionadas con esta magnífica doctrina del Maravilloso Ser.

En primer lugar, notemos que la palabra clave de esta enseñanza es *baniano*. Sin duda todos ustedes saben lo que es un árbol baniano, un conocido árbol de la India llamado el *Ficus bengalensis*, el “Higo de Bengala”, ya que es un pariente del árbol de higo. Crece con rapidez, y pronto alcanza unas dimensiones respetables. De sus ramas cuelgan zarcillos que, al alcanzar el suelo, penetran en la tierra y se vuelven ahí raíces. Y el zarcillo que creció y se enraizó en la tierra se convierte en otro tronco de árbol que a su vez echa ramas, estas ramas de nuevo echan zarcillos que se vuelven a su vez nuevas raíces que otra vez se convierten en nuevos troncos que echan ramas y desarrollan a su vez nuevos zarcillos, y así sucesivamente. Es una maravillosa figura de lenguaje apropiada para este tema.

Ahora bien, este Maravilloso Ser es un baniano espiritual. Decir que es nuestro ser superior sería usar una frase engañosa; sería hacer violencia a los hechos. A pesar de esto, sin embargo, en un sentido es nuestro ser superior, nuestro Paramātman. De él manamos espiritualmente; y cuando, en el transcurso de los ciclos, la ola de vida haya recorrido sus rondas en esta cadena planetaria, en el baniano *jerárquico* otra vez nos retraeremos. Es, en verdad, en lo que concierne a este planeta y en lo que más particularmente se refiere a sus entidades pensantes, nuestro Padre en el Cielo. El Maravilloso Ser referido acá no tiene que confundirse con su inferior copia, el supremo Iniciador, el Gran Sacrificio, la Cabeza de la jerarquía psicológico-espiritual de Adeptos, el tema más inmediato de nuestro presente estudio.

Recordarán que en nuestros anteriores estudios señalamos que el curso de la evolución del hombre, y más particularmente de su naturaleza psicológica, era una copia en miniatura del desarrollo no sólo de mundos de la escala macrocósmica, sino que también de una variedad de seres altamente espirituales quienes forman las inteligencias directoras del kosmos, y de sus vehículos en el universo. Primero, cuando llega el tiempo para la manifestación, para la emisión de la ola de vida, comienza, sigue y luego completa su recorrido evolutivo sobre el primer “plano” de su viaje hacia abajo y hacia delante. Luego, pasando de ese plano, para usar un término ordinario, y yendo a uno más bajo, deja, en el plano o esfera a la que había, y en la que había, penetrado primero, vehículos de varios tipos, que permanecen más o menos activos, aunque el vigor principal de la ola de vida ha seguido su camino. Y así a través de, y en, todos los siete planos o esferas de la manifestación: primero en el mundo espiritual; luego en el psíquico; luego en el astral; y por último en el físico; alcanzando de este modo

el límite que el impulso o fuerza activa de la ola evolutiva alcanza en ese manvantara en específico, que es lo que llamamos la materia absoluta para esa ola de vida en particular: cuatro planos desde su comienzo, contando hacia abajo. Tres planos más en dirección hacia arriba completan el ciclo manvantárico.

Recuerden acá que nuestra enseñanza no admite cosas tales como “absolutos” en el sentido ordinario, pues en realidad todos los absolutos son relativos. El ser absoluto, nuestro Padre en el Cielo, no es sino el Absoluto de nuestra jerarquía, su corona, su cima, su gloria, la raíz de la semilla. Y, como toda la naturaleza trabaja en fases bipolares, la “materia absoluta”, por tanto, es *la máxima profundidad que un impulso espiritual puede alcanzar en ese ciclo manvantárico en particular*. Debajo de eso existen otras jerarquías completas; mientras que sobre nuestro jerárquico (no individual) Padre en el Cielo está el plano más bajo de otra superior jerarquía, una de innumerables multitudes de jerarquías, las que en sus agregados comprenden el kosmos universal.

En nuestro último estudio hablamos del cuidado que debemos tener cuando hablamos del Uno; la razón es que hay infinitas multitudes de esos Unos, lo cual es una implicación necesaria de lo que hemos dicho esta noche y en otro lado.

Ahora bien, a medida que la mónada desciende en la materia, o mejor dicho, a medida que su rayo —uno de otros innumerables rayos que proceden de él— propulsa en la materia, secreta de sí y luego excreta en cada uno de los siete planos a través de los cuales pasa, sus varios vehículos, todos envueltos por el ser, el mismo ser en ustedes y en mí, en plantas y en animales, de hecho, en todo lo que es, y pertenece a, esa jerarquía. Es el ser uno, el ser supremo o Paramâtman de la jerarquía. Ilumina y sigue a cada mónada individual y a todas las huestes de rayos de la última. Cada una de tales mónadas es una semilla espiritual del manvantara previo, que se manifiesta como una mónada en este manvantara; y esta mónada por medio de sus rayos expulsa de sí por secreción y luego por excreción todos sus vehículos; y estos vehículos son, primero, el ego espiritual, el reflejo o copia en miniatura de la mónada en sí, pero *individualizado* por medio de la evolución manvantárica, portando o llevando como vehículo el rayo monádico. Éste último no puede hacer contacto directamente con los planos inferiores, porque es la propia esencia monádica, siendo esta última *un rayo todavía superior* del infinito Ilimitado compuesto de infinita multiplicidad en unidad.

El siguiente vehículo es el alma espiritual, la portadora del ego espiritual. En su propio y superior plano este vehículo es, por decirlo así, un manojo o pilón de luz. De manera similar a los varios egos y sus relacionados vehículos-almas en los planos inferiores, todos constantemente volviéndose más densos, como los planos de materia, en los que el rayo monádico penetra, espesándose gradualmente en el descenso y volviéndose más denso hasta llegar al “alma” final. El alma final es el cuerpo físico, el vehículo general, portador o contenedor de todos ellos. Alma, tal como se utiliza el término acá, parece ser una expresión general de cualquier portador o contenedor de un centro egoico, o ego.

Cuando llamamos a este Maravilloso Ser jerárquico nuestro ser superior, queremos decir que es él la semilla primordial u originadora de la que crecimos y nos desarrollamos hasta ser entidades compuestas, la inmortal parte divina de nuestra naturaleza y de nuestro ser. Podemos considerarlo, *en un aspecto*, como un manojo de luz divina separándose en innumerables individuos o entidades (mónadas y rayos monádicos) en un manvantara; y cuando llega el pralaya, retirándose y retrayéndose en sí mismo, sin embargo, enriquecido y ennoblecido *por medio de sus incontables huestes de mónadas manifestadas y rayos monádicos*, con la individualizadora experiencia que estas últimas han adquirido, porque aunque al principio eran chispas divinas no auto-conscientes, son ahora divinidades *auto-conscientes*. La innumerablemente variada conciencia individual se incrementa en poder y gloria y en auto-cognición, por medio de la vida y de las vidas a través de la cual él (y ellas) han pasado. De ahí la maravillosa enseñanza que mana de esto.

Escuchen con cuidado: en la primavera pasada señalamos que el único fin y meta de toda la evolución manvantárica es la *elevación de lo mortal hacia la inmortalidad*; y mencionamos como una ilustración de la idea la hermosa Invocación de Katherine Tingley, “que de lo corruptible me vuelva incorruptible; que desde la oscuridad puede ir hacia la luz”. Ese, realmente, es el propósito y el fin de la evolución cósmica. ¿Hemos alcanzado ya semejante estado ustedes y yo? No; y nuestra inmortalidad como hombres es inexistente o mejor dicho condicional, y seguirá siendo así hasta que nos hayamos “elevado de lo corruptible hacia lo incorruptible”.

Para aclarar más las cosas atiendan por favor a lo siguiente: ningún estudiante de estos estudios deberá sentirse desanimado por lo que podría parecerle a él que es la confusión causada por el uso de palabras

como espiritual, divino, Maravilloso Ser, el Uno, jerarquía y muchas más, en varios lugares que parecen diferentes de otros lugares o condiciones. El hecho es que ese uso es realmente inevitable. Ningún lenguaje europeo ha desarrollado términos o expresiones adecuadas a estas majestuosas y a menudo (para nosotros) complejas doctrinas; y de ahí que un orador se ve obligado a hacer lo mejor que puede en este respecto. Pero por favor recuerden bien esto: no necesita haber confusión de ningún tipo, y a su debido tiempo no habrá ninguna, si el estudiante o el lector tiene presente los siguientes hechos. La entera armazón del kosmos, o de la naturaleza, por todas partes está construida con escalas, y sobre correspondencias y repetitivos, a fin de que, realmente, las mismas palabras descriptivas puedan aplicarse con propiedad a cualquier tema de un carácter repetitivo, por la razón de que no hay absolutos por ningún lado, y todo es estrictamente relativo a todo lo demás. Las únicas diferencias son aquéllas del desarrollo evolutivo, y el relativo y variado mayor o menor grado en que el espíritu o la materia se desarrollan o manifiestan. Lo divino de una jerarquía es realmente la materia más grosera para otra jerarquía muy superior; pero dentro de uno y de la otra las reglas de lo repetitivo se aplican de forma bastante estricta, porque el kosmos o la naturaleza sigue *un curso general y una ley*, y tiene un curso de acción general y *que se repite por todas partes*, y que aplica estricta y completamente tanto a un kosmos como a un kosmos inferior, el átomo.

De ahí que el Maravilloso Ser de nuestra jerarquía planetaria psicológico-espiritual de Adeptos, etc., sea una correspondencia en pequeño del Uno cósmico de la jerarquía cósmica universal del sistema solar, etc.

Teniendo siempre en mente esta regla la confusión se desvanecerá gradualmente y se volverá una deslumbrante luz de iluminación. ¡Vale la pena tratar!

Quizá algunos piensen que es algo extraordinario que en nuestros dos últimos estudios hayamos contrastado el caso de las almas perdidas con el caso de los hijos de este Maravilloso Ser: los buddhas. Naturalmente el primero es el polo opuesto e inferior de los buddhas, ya que estas almas perdidas son, como los buddhas, casos que con rareza extrema ocurren. En nuestro presente estado de evolución, en el que ocurren estas almas perdidas, igualmente rara es la otra ocurrencia: la elevación de lo mortal hacia la inmortalidad, o de lo corruptible hacia lo incorruptible.

Vayamos más lejos en esto. ¿Qué es lo que se pierde? Es el

alma. ¿Qué es el alma? Como lo he explicado antes, según lo usamos nosotros, es un vehículo que en los planos superiores se manifiesta como un manojo o columna de luz; y en los planos inferiores, dependiendo de la espiritualidad del plano o de su materialidad, un cuerpo más o menos físicamente tangible. Estas almas en todos los casos son entidades vivientes, más (o menos) conscientes, sensibles; seres vivientes, compuestos: cada uno de ellos compuesto de innumerable multitud de entidades menores (inferiores), tal como nuestro cuerpo por sí mismo está compuesto de un casi infinito número de cosmoi atómico, cosmos miniaturas, universos diminutos.

Ahora bien, tal alma se pierde, se *aniquila*, realmente, cuando ha perdido su contacto o más bien su unión con lo que le da inmortalidad —o la promesa de ésta—. Pues, si, y cuando, el impulso, todos los impulsos o aspiraciones, hacia la divinidad moradora, hacia su cercana unión con ella, se ha desvanecido o ha cesado por completo, entonces no queda nada en ella para mantenerla unida, pues es totalmente una cosa compuesta como ya se dijo, y, por tanto, se desintegra, se descompone, tal como el cuerpo físico se desintegrará en el fuego o en la tierra. ¿Qué le sucede entonces a la mónada inmortal que la había animado? Se detiene de forma violenta su recorrido en ese vehículo. El curso de la naturaleza, del destino, en ese caso en particular, ha sido perturbado e interrumpido. No obstante, toda la recolección espiritual previa que procedía de las vidas anteriores de esa mónada en otros y anteriores vehículos aún se mantienen; y, luego de cierto período, la mónada lanza otro rayo, otro ego, aunque la página del alma perdida permanece en blanco, por decirlo así: es, como quien dice, inexistente, ha sido completamente borrada. La inmortalidad no tiene registro de ella. En verdad es algo terrible, no sólo espiritualmente, sino para el alma superior, el ego espiritual mismo (véase el próximo diagrama, página 235).

En contraste, por el otro lado, cuando una vez en muchas, muchas generaciones la flor de la espiritualidad se abre por entero en un alma, y la mortalidad se eleva hacia la inmortalidad, tenemos el caso opuesto: nace un Maestro, conscientemente inmortal, unido para siempre a su ser superior individual. Así como un caso es un polo del curso de la naturaleza, así el otro caso es el otro polo.

Pero cuando la primera alma se pierde, entonces no hay para ella más dolor, más pena; es borrada, y se desvanece, incluso como sombra que pasa por una pared y desaparece.

Ahora escuchen: la ciencia moderna nos dice en sus hipótesis

construidas sobre sus recientes descubrimientos, que cada átomo físico es compuesto, primero, por un núcleo central al que se le llama un protón; y, segundo, que alrededor de él giran, dan vuelta —precisamente como lo hacen alrededor del sol los planetas y muchos cometas en el sistema solar— otros cuerpos corpusculares llamados electrones. Usaremos estos hechos como ilustrativos de nuestro tema porque la concepción es muy cercanamente similar, en su idea general, a la de la sabiduría antigua. Lo siguiente que hay que comprender es que el mero bulto, la mera magnitud, no es prueba o criterio de grandeza, ya sea en magnificencia espiritual o en poder físico. El hecho es que cada átomo en el universo manifestado es un portador y un contenedor de *vidas*. Nuestros cuerpos están realmente compuestos y contruidos de innumerables huestes de tales átomos, siendo cada uno un cosmos o sistema solar en miniatura, cada uno de ellos conteniendo sus huestes de infinitesimales seres astral-psíquicos e incluso espirituales. Sobre todo, a través de todo, permitiendo todo, controlando todo, dando vida relacionada e inherente a todo, está la predominante vida, el poder y las características de nuestra propia personalidad, de nuestro propio ego personal como hombres; el Paramātma, el ser espiritual, el padre en los Cielos, de esos seres infinitesimales. No somos, necesariamente, más grandes *en esencia* que cualquier unidad de esas innumerables huestes de infinitesimales que viven, se mueven y tienen sus seres en uno u otro u otro u otro átomo de nuestro cuerpo. Podría haber entidades, entre ellos, mucho más avanzadas que nosotros, por más paradójico que pueda sonar esta afirmación; y por tanto repito: “¡Rompan el molde de sus mentes; dejen que entre la luz!”. ¿Porque un asunto pueda ser extraño a la mente y porque pueda sonar nuevo, significa, por ello, que sea necesariamente falso? ¿Cómo se atreven ustedes, o cómo me atrevo yo o cualquiera, a decir: “Esto o eso es la *única* verdad, lo *único* que puede serlo”? ¿Cuál es el criterio de verdad en esto? ¿Qué *es* realmente verdad, juzgado con tales estándares?

Vayamos un paso adelante. En relación a esto tomemos nuestro cuerpo, o, por ejemplo, sus órganos —el corazón, el hígado, el cerebro y otros, recibiendo cada uno del predominante ego personal del hombre ciertos particulares rayos de fuerza, y siendo cada uno un universo cósmico o un kosmos universal para las huestes de infinitesimales átomos que lo componen—. Les digo, ¿han considerado, se les ha ocurrido alguna vez que nuestro sistema solar sea uno de semejantes infinitesimales atómicos en comparación con el kosmos universal; for-

mado por su protón el sol, y de sus electrones los planetas, cada planeta sustentando sus huestes de vidas, y formando una parte del vehículo o cuerpo, si desean, de una inmensa entidad titánica por completo más allá de nuestra esfera de comprensión? ¿"Dios"? ¿Pero por qué Dios? ¿Qué seguridad tenemos de que esa entidad titánica sea mejor que ustedes o que yo, como se supone que es Dios? La mera magnitud y el bulto, la mera magnitud material, no es, en absoluto, criterio de nada. Nuestra imagen puede ser verdad o no serlo; pero el punto acá es que así como nuestro cuerpo se mantiene unido por las fuerzas que se conducen a través de él, y que vienen de nosotros, secretadas y segregadas por ustedes y por mí; así también el Uno del kosmos universal —o de cualquier jerarquía inferior a él— emite y controla a los muchos. De este modo, entonces, el Maravilloso Ser universal cósmico es nuestro ser superior; que de ninguna manera contradice o interfiere con el otro hecho: *que cada uno de nosotros tiene su propio y monádico ser superior, una chispa de aquél, destinado a su vez a convertirse, en futuros manvantaras, en el ser superior de un kosmos.* ¡Un pensamiento sublime y profundo! Y el Maravilloso Ser de inferior alcance y esplendor, que es la raíz fundamental de nuestra propia jerarquía psicológico-espiritual de Adeptos, una miniatura, por decirlo así, de la cósmica, es del que se habla en el pasaje de *La Doctrina Secreta*, y que constituye nuestro tema presente.

Ahora bien, se ha hablado deliberadamente del Maravilloso Ser jerárquico en nuestros dos últimos estudios, como también en este nuestro presente estudio, como de una *entidad* porque, generalizando la concepción, *es* una entidad. Pero hay tres formas en las que, o planos sobre los que, esta entidad se manifiesta; y por el bien de la claridad y de la conveniencia, sólo acá, vamos a usar la fraseología budhista, la fraseología del budhismo y del Tibet, como se expresa en el idioma sánscrito. Al aspecto superior, o a la superior sub-entidad del Maravilloso Ser, se le llama *ādi-buddha*, significando *ādi* "primordial" (o el superior). Este *ādi-buddha* es, en el estado *dharma-kāya*: un compuesto sánscrito de dos palabras que significa el "cuerpo-continuación", algunas veces traducido igualmente bien —o mal— el "cuerpo de la ley", ambas expresiones inadecuadas, pues la dificultad de traducir esos términos en extremo místicos es muy grande. A una mera traducción correcta de diccionario se le escapa por completo el significado esotérico; y ahí es justamente donde los eruditos occidentales cometen tan absurdos errores a veces. La primera palabra viene de la raíz *dhṛi*, que significa "soportar", "sostener",

“llevar”, “aguantar”, y de ahí “continuar”; también las leyes humanas son los agentes supuestos a llevar, soportar, sostener, la civilización; el segundo elemento, *kāya*, significa “cuerpo”; el nombre de este modo formado puede ser traducido como el “cuerpo de la ley”, pero esta frase no da en absoluto la idea. Es ese cuerpo o estado espiritual de un ser espiritual superior en el que el sentido de condición de alma [“soulship” en inglés. N. del T.] y egotidad [“egoity” en inglés. N. del T.] se ha desvanecido para volverse un sentido universal (jerárquico), y permanece sólo en semilla, es decir, latente —si acaso—. Es pura consciencia, pura dicha, pura inteligencia, libre de todo pensamiento personalizante.

Al segundo aspecto o sub-entidad se le llama el *dhyāni-buddha*, “buddha de la contemplación”, un gran descendiente del anterior, en cuanto a mera espiritualidad impersonal. Éste es llevado por el *sambhoga-kāya*, dos palabras sánscritas que significan “goce-cuerpo”, o más bien “participación-cuerpo”, porque el buddha en el estado de *sambhoga-kāya* participa aún de, y todavía retiene, su conciencia como individuo, su egotidad y su alma, aún cuando todavía está muy por encima de los asuntos materiales o personales como para preocuparse por ellos o como para entremeterse en ellos; y por tanto sería impotente acá en nuestra tierra material. Como dijo una vez H. P. Blavatsky: un dios de las esferas celestiales, viviendo únicamente en su propia naturaleza, y sin un cuerpo material para manifestarse en las esferas materiales, sería completamente impotente allí.

El tercero e inferior, y sin embargo, en un sentido el aspecto o sub-entidad superior (superior en relación del inmenso, voluntario, *auto-sacrificio* implicado en su encarnación en carne humana) es el *mānusha-buddha*, que significa “buddha humano”, porque nació en un cuerpo humano para una labor compasiva entre los hombres. A voluntad o por necesidad, el *mānusha-buddha* vive y trabaja en el *nirmāṇakāya* “forma-cuerpo”, sobre el que existe una muy maravillosa doctrina que será explicada luego.

Los *dhyāni-buddhas* son una de diez clases de seres que vienen a nuestro globo del manvantara planetario precedente; y los enumeraremos como sigue: tres reinos elementales, los inferiores; el reino mineral; el reino vegetal; el reino de las bestias. Haré una pausa para resaltar algo. Por favor no digan “animal” en lo que se relaciona con esto. Tenemos que ser precisos en esto. Animal significa cualquier ser que tiene un *anima*, o “alma vital”. El hombre es un animal en este sentido, pero no es una bestia. Su cuerpo vital-astral-físico es

una bestia, y trabaja en y con el alma humana por medio de un alma vital o bestial, iluminado por un alma espiritual. Esperamos tener tiempo más tarde esta noche para ilustrar este punto de forma más completa.

Luego, otro reino después del reino de las bestias: el reino mānusha o reino humano. Hasta este momento, entonces, tenemos tres reinos elementales, 3; luego el mineral, 4; el vegetal, 5; el de las bestias, 6; el humano, 7. Después empiezan los dhyāni-chohans de tres clases. En su naturaleza superior el hombre es un embrión de dhyāni-chohan, un embrionario señor de la meditación. Su destino es, si corre la carrera con éxito, florecer al final de la séptima ronda como un señor de la meditación; o si lo prefieren, como un planetario espiritual, o espíritu planetario, cuando este kalpa manvantárico planetario finalice, este Día de Brahmā, que es las siete rondas en siete etapas en siete estados cada una. Pero hay tres clases de dhyāni-chohans, como se ya se ha dicho; estas clases, a su vez, se dividen en siete, como ustedes ya saben. Ahora bien, de estas tres, estando la clase inferior dividida en siete, de estas últimas siete la cuarta es el dhyāni-chohan que es *nuestro* “Dios en el Cielo”, *para esta cuarta ronda*. Su primario espiritual es el ādi-buddha de la cuarta ronda. Él mismo es un dhyāni-buddha.

Tratemos de aclarar esto. En cada planeta o globo de los siete globos que forman la cadena planetaria, cuando la ola de vida lo toca en una ronda —y de forma similar a través de todas las siete rondas— se desarrolla, o mejor dicho, aparece, un buddha, y quizás sea mejor decir un mahā-buddha: uno al comienzo del despertar a la vida del globo, y otro mahā-buddha cuando la oleada de vida deja el planeta luego de completar su ronda allí. Asimismo, para cada raza durante una ronda de globo aparece otro buddha quien, por así decirlo, es un rayo del mahā-buddha del planeta, y se le llama el buddha de raza; y él a su vez, a la mitad de la raza, o cuando el punto central de la raza se está acercando, impregna un recipiente humano, escogido por su pureza y nobleza, o grandeza espiritual, volviéndose este último el buddha que prepara el camino espiritual para el gran buddha de raza de la subsiguiente raza raíz, quien aparece un poco antes del cierre de la raza raíz precedente. Tal (como este último) fue el Señor Śākyamuni, Gautama Buddha, quien, como nos dicen los maestros, actualmente está viviendo en la tierra como un nirmāṇakāya. Un nirmāṇakāya es el más bajo de los tres vehículos místicos, como lo explicamos hace un rato. Existe en siete grados o tipos, siendo el más

bajo el caso en el que la entidad, la entidad espiritual, retiene todos sus principios humanos, todos excepto el cuerpo físico. Es un hombre en todo respecto, excepto por el cuerpo físico, que ha descartado.

Ahora bien, todos estos buddhas —y no tenemos tiempo esta noche para ilustrar los maravillosos misterios relacionados con esta doctrina—, todos estos buddhas *de una ronda* se derivan del dhyāni-buddha *de esa ronda*. Forman parte de la jerarquía psicológico-espiritual de esa ronda. Nuestro Padre en el Cielo es este dhyāni-buddha de nuestra cuarta ronda, el Maravilloso Ser, el Gran Iniciador, el Sacrificio del que se habló antes. El nombre y los títulos se aplican a veces, asimismo, a esa entidad espiritual, el buddha de raza, quien viene un poco antes o al principio de una raza raíz, y quien en ciertas épocas durante el curso de esa raza escoge un vehículo humano apropiado, usualmente uno de la Gran Logia, impregna este recipiente escogido, o encarna en él, según el caso— dependiendo de la materialidad de la raza y ronda y de muchos otros factores—, y así impregnado, el recipiente escogido se vuelve el mānusha buddha o buddha humano. Hablando estrictamente, el propio buddha de raza es también un mānusha o buddha humano. Como se observó antes, probablemente ninguno de estos títulos o nombres se limite de manera inflexible a una sola entidad, a menudo se aplican, *mutatis mutandis*, a más de una sola entidad o clase. Esto es en extremo sugestivo.

De esta manera se explica este tema del Maravilloso Ser, que parece tan intrincado, pero que en realidad es muy simple. Parece intrincado debido a su sutileza, pero de hecho es bastante simple. Son nuestras mentes cerebrales de materia las que nos impiden verlo fácil y claramente. El rayo que corre a través de todo nuestro ser individual, del que obtenemos nuestra vida *espiritual* y nuestro sustento *espiritual*, viene directamente a nosotros de este Maravilloso Ser jerárquico *en quien todos estamos enraizados*. Para nosotros, psicológica y espiritualmente, Él ocupa exactamente el mismo lugar que el ego humano, el ego del hombre, ocupa para las innumerables multitudes de entidades elementales que componen su cuerpo —no se quiere decir acá los átomos infinitesimales a los que antes nos referimos.

Pero escuchen: la analogía es correcta también con respecto a esto: que si la hiciéramos universal y cósmica, diríamos que ese Uno inefable —que es lo Sumo de lo Sumo, y lo más Interno de lo más Interno, *de nuestro universo cósmico*, que comprende los más lejanos

límites de la Vía Láctea— se corresponde con todo lo que está dentro de la Vía Láctea de la misma manera como el ego humano se corresponde con los universos atómicos infinitesimales que componen su propio cuerpo físico. La simbología está allí; la correspondencia está allí; y es por la correspondencia que nos estamos esforzando por explicar algo del misterio, cómo el Uno se vuelve los muchos; no porque el Uno “descienda en la materia” o se vuelva “muchos” material y literalmente. En absoluto. Sino que de la misma forma que el sol es un inmenso e inagotable reservorio de rayos vitales, psíquicos y espirituales, que los envía por billones de años, inagotablemente; de la misma manera este Maravilloso Ser jerárquico de magnitud cósmica nos ilumina, nos eleva, nos inspira y nos conduce hacia delante y hacia arriba hacia la inmortalidad *por medio de sus inferiores pero aún elevados Maravillosos Seres de varios grados*, pues sí está haciendo lo mejor que puede, por medio de su mismo rayo espiritual que está dentro de nosotros, para iluminar y aclarar nuestra corruptibilidad material, para hacerla incorruptible; para que de la personalidad podamos entrar a la individualidad; “¡para que de la oscuridad, podamos ir hacia la luz!”. Y vendrá el tiempo cuando nosotros llevemos a cabo esta labor y nos volvamos incorruptibles *conscientemente*, trabajando con la naturaleza y volviéndonos uno con ella; pues así como este Maravilloso Ser es la fuerza de fundación que está detrás de todo lo que llamamos naturaleza, así este mismo Maravilloso Ser, en anteriores manvantaras sucedidos hace mucho, fue entonces un hombre, igual a como ustedes y yo somos ahora. *En eso nos convertiremos también nosotros, si corremos con éxito la carrera cósmica.* ¡Un pensamiento maravilloso e inspirador!

Ahora me gustaría leer una cita de Katherine Tingley, tomada de una de sus recientes conferencias, porque es muy apropiada para nuestros estudios en este punto, que si venimos acá con corazones puros y motivos sinceros, y aprendemos de cada uno con un espíritu de auténtica camaradería y amor fraternal, todos obtendremos algo elevado y bueno, algo para impulsarnos hacia arriba y hacia delante. Será un asunto sagrado, una bendición. Escuchen:

Un hombre obtiene aquello por lo que trabaja, y si no trabaja por ello, no lo obtiene. Pero cuando uno quiere tanto la verdad que está realmente hambriento por ella, uno la obtiene. Es el vino de la vida, por decirlo así, la revelación del libro de la vida. Ningún idioma puede describirla.

Aquéllos que deseen la verdad, aquéllos que tengan el coraje para entrar a la

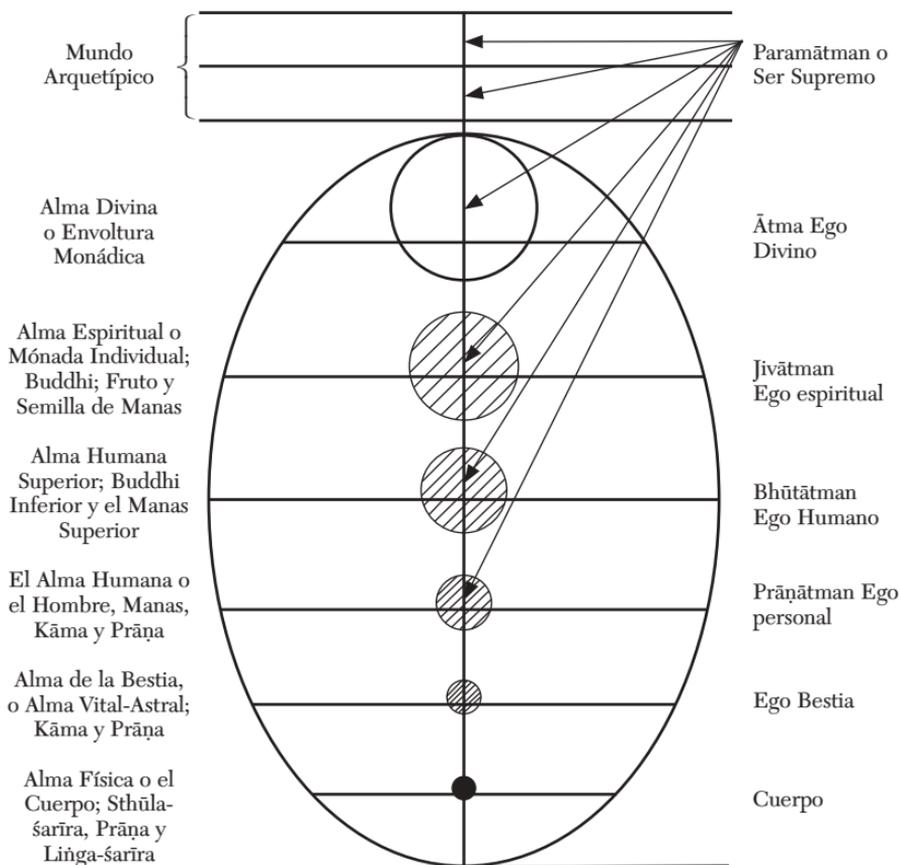
nueva vida, aquéllos que tengan el deseo de, en cierto modo, renacer, tienen que echar al agua todo lo que los ha sujetado a sus limitaciones, a sus dudas, a sus temores, a sus aversiones y a sus pasiones. El hombre es un ser majestuoso si conoce su propia naturaleza espiritual y trabaja asiduamente para convertirse en aquello que está destinado a ser.

Estamos acortando nuestra conferencia de esta noche, que ya es bastante larga; tenemos aún más que decir, y el momento de finalizar se acerca.

Otro pensamiento al que tenemos que hacer alusión esta noche es que la *Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky es tanto un libro exotérico como esotérico. Contiene doctrinas que eran esotéricas antes de que este libro se imprimiera. Ahora son “exotéricas”. Pero si alguien piensa —yo nunca lo hice, gracias a los dioses inmortales— que conoce *La Doctrina Secreta* por leerla una e incluso una docena de veces, o muchas más veces, confunde gravemente la situación. Tiene que leerse no sólo entrelíneas, sino también en el trasfondo de las palabras. Le he hallado valor a la siguiente regla: nunca acepten una cierta declaración por lo que parece, y permitan a su mente moldearse alrededor de ella, nunca permitan que una cierta idea se cristalice; rompan los moldes, dejen que entre la luz. Es una regla excelente. Tan pronto como un hombre dice: “Yo poseo la verdad”, cuídense de él, pues probablemente esté ciego. Los moldes de su mente están cristalizados, y no puede ver la luz.

Estos asuntos, estos pensamientos que estudiamos, son serios, no son cosa de juego; significa *subir* o *descender*. No digo esto como un sermón. Hablo con todo mi corazón, pues he hallado la verdad de cuanto digo, y su gran valor.

Ahora, para ilustrar mediante un diagrama esta cuestión de almas y egos a la que aludimos esta noche:



Por favor noten ustedes acá lo que pretende ser un diseño en forma oval. No es una representación gráfica, es decir, una *ilustración*; es un paradigma. Un paradigma es un símbolo gráfico, pero no una ilustración de una cosa.

Las tres líneas paralelas que están sobre el huevo representan, si ustedes gustan, el mundo arūpa, el mundo de la no forma; y los siete planos comprendidos dentro del huevo, el mundo rūpa, siendo siete el número de los principios siempre en manifestación, que se mantienen unidos como un individuo por la tríada superior, la tríada arūpa, con su raíz arriba.

Los tres superiores de los siete dentro del huevo son llamados también arūpa, sin forma, pero sólo relativamente. Recuerden por favor una de las primeras lecciones de la sabiduría esotérica: *no hay absolutos*. De hecho hablamos de absolutos, pero sólo como absolutos relativos. El sentido popular y ordinario de esta palabra como “*consumaciones sin límites o sin fin*” es completamente inadmisibles,

pues *no hay absolutos* de esa clase, pues *cada cosa* es relativa en cualidad, espacio y tiempo a *alguna otra cosa*, y tiene que ser así a menos que lancemos al viento a la lógica y al sentido común.

Sólo piénsenlo: si cualquier cosa fuese absoluta en el antiguo sentido popular, sería todas las cosas, y no podría haber nada más que eso en manifestación, y por tanto, ninguna oportunidad para el mejoramiento, ni progreso, ni evolución. La relatividad —que significa universalmente las relaciones existentes en el espacio y en el tiempo— es el corazón mismo de la concepción del kosmos como un agregado de entidades en evolución, la emanación del movimiento infinito, de la vida infinita, el infinito progreso siempre.

Continuemos con nuestra discusión del paradigma: por medio de este paradigma en forma oval descende el rayo desde el mundo arūpa, representado por la línea vertical y significando el ser universalmente manifestándose en cada átomo que toca en el kosmos —y los impregna a todos—, tal como al ser individual, al ser egóico, al ser humano, al ser astral, etc. A estas tres divisiones superiores, la tríada arūpa, se les llama asimismo, colectivamente, el Paramātman, el ser supremo, la cima o flor de la jerarquía, la raíz fundamental o fuente de ese ser.

Recuerden por favor que hay otra jerarquía sobre nuestra división superior, comenzando esta división con la inferior, la “materia absoluta” de la jerarquía superior. *Todo es relativo*. Incluso la materia absoluta de nuestra propia jerarquía sería intangible, invisible, para nosotros. ¿Por qué? Porque nuestros sentidos físicos actuales no pertenecen a su plano, y por tanto no han sido preparados por la evolución para tener conocimiento de ella; nuestros sentidos, la vista, el olfato, el gusto, el oído, el tacto, pueden conocer sólo aquellas cosas, y todas aquellas cosas, para conocer las cuales fueron hechos por medio de la experiencia en, y a través de, nosotros. No hemos descendido en este manvantara a la materia absoluta de cualquier otra jerarquía que no sea la nuestra; hemos bajado sólo tan lejos como los grados de nuestra jerarquía nos permiten ir. No me estoy refiriendo acá a nuestra jerarquía cósmica. Más bien, me refiero a nuestra jerarquía planetaria. No seamos absolutos en la aplicación de la terminología, por la razón ya expuesta. Cuando escuchamos que se habla de una “jerarquía”, tenemos que preguntarnos inmediatamente, *cuál de todas*. Cuando escuchamos que se habla del “ser”, tenemos que preguntarnos inmediatamente *cuál de todos*. Cuando escuchamos que se habla del “alma”, preguntémonos de inmediato *cuál alma*. Ésta es

una regla segura de seguir en la interpretación de cualquier pasaje y de todos los pasajes.

Ahora bien, como se ha dicho, estos tres planos superiores representados por las tres líneas horizontales paradigmáticamente representan el Paramātman o ser supremo de la jerarquía, en el mundo arquetípico. Este círculo más alto dentro del huevo representa la envoltura monádica o el alma divina, a la que se le llama, desde otro punto de vista, el ātman o ego divino. Llamemos al círculo que está sobre el plano horizontal por debajo de la envoltura monádica, alma espiritual o mónada individual. El ser que corresponde a ella es el jīvātman. Luego viene el tercer círculo en este huevo, y corresponde a él el alma humana superior, compuesta del buddhi inferior y el manas superior; y el ser que corresponde a ella es el bhūtātman, que significa el “ser de aquello que ha sido”, o el *ego* reencarnante. La cuarta es el alma humana inferior u hombre, manas y kāma; y el ser que corresponde a ella es prāṇātman, o ego personal. El siguiente círculo, todavía más bajo —volviéndose progresivamente más oscuro como todos los otros, lo que he intentado ilustrar incrementando el sombreado—, es el alma bestial, kāma-prāṇa. Y el ser que corresponde con ella puede ser llamado simplemente el ego bestial. Finalmente, el “alma” mas inferior de todas es el cuerpo físico. Recuerden que la palabra *alma*, en nuestra sabiduría antigua significa vehículo; y por supuesto, este vehículo inferior, el cuerpo físico, y también comprende el prāṇa, y el liṅga-śarīra o cuerpo modelo el cual es su fondo, semilla y raíz. Estos tres son inseparables.

Nótese en este diagrama el rol que interpreta el ser, burdamente representado por la línea que baja desde lo más alto y corre a través de todos los planos por debajo de su origen arquetípico, impregnándolos. Ahora deseo llamar su atención al hecho de que no sólo Platón, sino que la entera escuela griega de filosofías místicas, hablaron del ser como inmanente en el kosmos, y como un sacrificio, lo que los místicos cristianos llaman algunas veces el “Cristo crucificado en la materia”; y, si tenemos el cuidado de aplicar a la religión exotérica cristiana la doctrina del Maravilloso Ser que hemos estado estudiando, descubriremos que la totalidad del mito o de la historia cristiana en realidad se ha sacado de ella, el entero asunto, y que tergiversadamente se le ha llamado la “encarnación del Logos”. En la antigua filosofía griega, la palabra *logos* era usada de muchas maneras, las que los cristianos tristemente malinterpretaron. El dhyāni-chohan, del que hemos hablado esta noche, es nuestro logos espiritual, el logos

planetario, *sólo en lo que concierne a esta cuarta ronda*. La entidad espiritual que está detrás del sol es el logos solar de nuestro sistema solar. Pequeño o grande como sea cualquier sistema solar, cada uno tiene su propio logos, la fuente u origen de casi innumerables logoi de grados inferiores en ese sistema. Cada hombre tiene su propio logos espiritual; cada átomo tiene su propio logos; cada átomo tiene su propio Paramātman y Mūlaprakṛiti, pues cada entidad, en cualquier lado, tiene su propio máximo o supremo. Estos asuntos y las palabras que los expresan son relativos. El bulto y la magnitud no tienen nada que ver con esto; el criterio correcto es calidad, *calidad espiritual*. Éste es un asunto grandioso y útil de recordar. Personalmente he hallado una ayuda inestimable en esa sola regla.

Tenemos sólo unos pocos minutos más esta noche. Se me ha solicitado hablar brevemente de otra cuestión, y es en relación a los ciclos recurrentes del año, y de manera especial respecto al Año Nuevo. En algún lugar, creo que en un viejo número de su revista *Lucifer* en el comienzo del año 1890, H. P. Blavatsky dijo, entre otras cosas en un muy interesante artículo, que los teósofos y particularmente los esotéricos deberían de considerar el 4 de enero como el comienzo del año nuevo. Ahora bien, ésta es una declaración en extremo interesante; y en conexión general con ello, deseo llamar su atención hacia un hecho muy importante, el cuál es que la sabiduría esotérica está basada por completo en la naturaleza y en sus operaciones fundamentales. La naturaleza, tal como entendemos esta palabra, no significa sólo el universo físico, visible. Éste es sólo el cascarón o cuerpo de la naturaleza real. La naturaleza, con nosotros incluidos, significa *el entero agregado de todo lo que es*, interna y externamente, de todos los planos en todas las esferas por todo lo Ilimitado.

El significado de esto en la presente relación es que el método esotérico del cálculo del tiempo es un método natural, basado por completo en las operaciones recónditas de la naturaleza. No es un método artificial. Hallarán ustedes que ningunos de los aniversarios reales están basados en ideas fabricadas por el hombre o en la casualidad, como el esquema artificial usado por los franceses durante la revolución francesa; o el fechado a partir de la fundación de una ciudad, como Roma; o a partir de la muerte de algún gran hombre, como Jesús. Tales métodos, a propósito, son desconocidos en la cronología esotérica, aunque existen paralelos, pero éstos están basados en ciclos naturales. La sabiduría antigua basa todos sus cálculos cronológicos sobre el reloj cósmico que la naturaleza nos da, y que es majestuoso,

infalible, y un perfecto cronómetro. Ese reloj es la bóveda celestial; y el sol, la luna, los siete planetas (como los antiguos lo calcularon), y las estrellas, son las “manecillas” que marcan ciclos de tiempo. El año que se usa más en el cálculo del tiempo que hacían los antiguos, es lo que los astrónomos llaman el año tropical, llamado así por el cambio de estaciones. Invierno, primavera, verano, otoño; invierno, primavera, verano, otoño; recurrentes de manera regular; y recurrentes de manera regular porque se basa en un movimiento de la tierra alrededor del sol, como una manecilla sobre el cuadrante del reloj cósmico. La astronomía antigua conocía tanto lo que llamamos el año anomalístico como lo que llamamos el año sideral, pero no los usaban excepto para cálculos puramente astronómicos (no astrológicos), o sólo en raras ocasiones para cálculo astrológico.

Marquen bien la diferencia entre *astrología* y *astronomía*. La astronomía es la ciencia de los movimientos, y de las relaciones entre ellos, de las estrellas y planetas. Eso es todo. Solamente nos dice de qué están hechos, dónde se mueven, y cuándo se mueven, y cuánto tardan en moverse sobre ciertas órbitas o sendas, y es puramente exotérico. Pero la *astrología*, les recuerdo, significa la “ciencia de los astros” (mientras que la *astronomía* con orgullo se llama a sí misma la “ley de los astros”), justo como la *geología* significa la “ciencia de la tierra”. La astrología antigua —no la ciencia de cartón que pasa bajo su nombre en la actualidad, sino que la antigua astrología espiritual-astrol, una profunda y auténtica sabiduría acerca de la evolución de la divinidad en y a través de la materia, y acerca del alma humana y del espíritu humano— enseñaba la ciencia de las relaciones que las partes de la naturaleza cósmica tienen entre ellas, y de manera más particular, cómo esa ciencia aplicada al hombre y a su destino, era regulada por las orbes celestiales. De esa grandiosa y noble ciencia brotó, como dije, una pseudo-ciencia exotérica, derivada de la práctica mediterránea y asiática, sucediéndose en los modernos esquemas de la así llamada astrología: un pobre, degradado y desgastado remanente de la sabiduría antigua.

Todas las naciones tenían sus maneras de calcular el año y de fijar el comienzo del mismo. No todas las naciones colocaban el inicio del año en la misma fecha; algunas naciones lo calculaban a partir del solsticio de invierno, esto es, cuando el sol alcanza su máxima posición meridional, antes de comenzar su lento curso hacia el norte de nuevo. Estoy hablando como un habitante del hemisferio del norte. Por supuesto que en Sur América y en otras tierras por debajo

del ecuador, las condiciones son al contrario. Pero ahora estamos hablando del hemisferio norte. Otras naciones colocan el comienzo del año en el solsticio de verano, entre junio 21 y 22; mientras que el solsticio de invierno toma lugar cerca del 21 de diciembre. Otras naciones, asimismo, colocan el comienzo del año en el equinoccio de primavera, marzo 21 o 22. Otras naciones comienzan el cálculo del año en el equinoccio de otoño, seis meses después, en septiembre 22 o 23. Los judíos, por ejemplo, tienen dos años: uno civil, que comienza en septiembre con el equinoccio de otoño, y un año religioso, que comienza con el equinoccio de primavera. Las antiguas naciones germánicas de Europa del norte antes de la época de César comenzaban el año en el solsticio de invierno, en diciembre 21; los antiguos griegos comenzaban su año en diferentes momentos del ciclo anual, pero con más frecuencia, probablemente, en el otoño; y los antiguos romanos lo comenzaban en la primavera. Los antiguos egipcios lo empezaban en el verano; y los antiguos persas, los sirios y otras naciones, tenían cada una su propio período para comenzar el año.

Las civilizaciones mediterráneas estaban ya en decadencia durante muchos siglos antes de lo que se conoce popularmente en Europa como el año 1 D.C. Estaban perdiendo lentamente una gran cantidad de la sabiduría antigua, y un entendimiento de sus grandes secretos, y eso se dejó ver no sólo en la manera como fueron modificados y cambiados los Misterios Eleusinos, sino también en el constante arreglo y remodelación de sus calendarios, y en sus métodos de computar el tiempo, de calcular los períodos cronológicos, los comienzos y los términos de los varios ciclos, etc. Los romanos fueron particularmente culpables de esto. Quizás fueron en ese respecto peores que cualquier otra nación conocida por nosotros. Si algún dictador o caudillo político deseaba tener unos cuantos días más de poder, o impedir o posponer una elección, comenzaba a meterse con el calendario, un curso de conducta que se llevaba a cabo con el disimulo o mediante la ignorancia o negligencia de los pontífices. Y así, finalmente, sucedió que debido al desorden del calendario para la época de Julio César —para ser exactos, en el año 46-47 A.C.—, las calendas de enero, esto es, el primer día de enero, caía en el día de la estación que ahora corresponde al 13 de octubre; y si la confusión hubiese seguido indefinidamente, a su debido tiempo el primero de enero habría caído en todos los meses del año, vagando por ellos, y, finalmente, habría completando su recorrido alrededor del año, en algún lugar de marzo, habiendo completado así el ciclo. Debería agregarse a esto que el an-

tigo año estándar romano era lunar, y consistía en cerca de 354 días.

Julio César merece créditos por haber detenido esta confusión mediante su reforma del calendario romano. No quiero decir que César lo hizo todo él solo. No fue así; pues pese a que era un hombre listo y un astrónomo aficionado, contaba con los servicios de un astrónomo egipcio —o griego alejandrino—, un hombre de grandes habilidades, llamado Sosígenes. En el año 47 A.C., cuando el primer día de enero cayó en lo que ahora sería el 13 de octubre —exactamente como si nuestro propio primer día de enero este año hubiera ocurrido dos o tres meses antes en el reciente otoño, en el *día de estación* que propiamente pertenece al 13 de octubre—, estos dos eminentes caballeros, o quizás tres, si incluimos a M. Flavius, unieron sus mentes y reestructuraron el calendario de conformidad con las estaciones otra vez. César era Sumo Pontífice para esa época, y era su deber hacerse cargo o velar por el correcto cómputo de los períodos cronológicos, etc. Esto hizo él, insertando dos meses extra (uno que tenía 33 días y el segundo 34 días) entre noviembre y diciembre de ese año, 47, y añadiendo un período que se intercalaba o “mes” de 23 días al precedente febrero, totalizando una adición de 90 días a ese año para armonizar el calendario con las estaciones. Ese año, entonces, era de 445 días; y debido a que era tan largo, la gente ordinaria estaba muy confundida respecto a la manera en que los negocios, etc., iban a hacerse, se le llamó el Año de la Confusión, pero Macrobius de manera elegante lo llamó ¡el “último año de la confusión!” . Luego César fijó el nuevo calendario para que tuviera un año medio de 365 días, con un año bisiesto de 366 días cada cuarto año; un arreglo que ha durado hasta nuestros días en occidente, aunque levemente modificado. Este arreglo del calendario, claro, abolió el viejo año lunar romano. Pero si hubiese tan solo comenzado el año como lo debió haber hecho, de acuerdo a los cálculos antiguos (el viejo cálculo de la sabiduría antigua), al comienzo de una de las cuatro *estaciones* del año y cuando la luna estaba nueva —en el solsticio de invierno, o, si gustan, en el equinoccio de primavera, o de otoño, o en el solsticio de verano—, si hubiese tomado el antiguo comienzo del año de su misma gente, los romanos, tal como había sido antes en los días tempranos, es decir, en diciembre 21 o 22 en el solsticio de invierno, o en el equinoccio de primavera en marzo, de Numa, todo habría estado “bien”.

Pero ahora fíjense lo que pasó. Él tenía a Sosígenes murmurando en su oído, y Sosígenes sabía más que César, pero olvidó un pequeño

detalle. Él dijo —ésta es una conversación imaginaria, pero algo así, creo, tiene que haber sucedido—: “¡Hermano César, Emperador! De acuerdo con las antiguas costumbres, las costumbres de nuestros nobles ancestros, el año debería de comenzar no sólo en el solsticio de invierno sino también en luna nueva. Ahora, la luna nueva, este año, no cae en el día en que el solsticio de invierno toma lugar, sino que cae siete días después, pues el solsticio este año cae en diciembre 24”. “Eso está bien”, dijo César. “Comenzaremos el año siete días después que el solsticio. Llamaremos a ese día las calendas de enero” —o, como habríamos dicho nosotros, el primero de enero—. César hizo que diciembre tuviera 30 días; luego cambió a 31 días. Y así es cómo surgió el hábito de poner el comienzo del año en el primero de enero en lugar de hacerlo en un día del solsticio, diciembre 21. De haber César (él tenía el poder para hacerlo como Máximo Pontífice) proclamado en su edicto que el calendario tal como fue reformado por él comenzaría a correr en la primera ocasión cuando el solsticio de invierno y la luna nueva coincidieran; o en uno de los otros tres comienzos de una estación que coincidieran con una luna nueva, habría estado exactamente en lo correcto, de acuerdo a la sabiduría antigua; porque, les hago notar, todos estos métodos antiguos de cálculo cronológico no estaban basados sólo en el hecho de que alguien fundara una ciudad, o en el hecho de que alguien muriera en un cierto día, sino que en eventos astronómicos y terrestres coordinados. Los métodos antiguos estaban basados en el cuadrante del tiempo del kosmos. César debió haber esperado hasta que una luna nueva coincidiera con uno de los dos solsticios, o con uno de los dos equinoccios, comenzando el año nuevo en el momento en que fuera luna nueva en esa noche. Evidentemente, César sintió que no podía esperar; o, quizás, no deseaba esperar; o no *sabía*.

Ahora bien, a medida que el tiempo siguió su rumbo y la cristiandad estuvo en boga en años posteriores, la gente mantuvo naturalmente el comienzo del año el primero de enero, el día del mes establecido en el calendario juliano. Pero finalmente los cristianos comenzaron a pensar que deberían tener su propio día de comienzo de año nuevo en un sentido religioso, relacionado con el supuesto nacimiento de Jesús; y así, temprano en la historia del cristianismo, los cristianos orientales tomaron el 12.º día luego de diciembre 25, el 6 de enero, en celebración de la epifanía mística y del nacimiento (y bautizo) de Jesús. Fue, en un sentido religioso, el comienzo de su año. Los ingleses llaman a este festival el Duodécimo Día, por ser

el duodécimo día luego de diciembre 25. ¡Qué curioso y confuso desorden de ideas antiguas y nuevos dogmas! Su “día de nacimiento” fue luego transferido a diciembre 25.

¿Por qué fue escogido el 6 de enero en lugar del 4? Por la siguiente razón: Al solsticio de invierno, cuando César y Sosígenes hicieron sus correcciones del calendario, se le hizo caer en diciembre 24. La *próxima luna nueva* cayó, entonces, en el primero de enero, que fue la razón de que César dijera que el año nuevo comenzaría en ese día, las calendas de enero. Entonces, muchos años después, 14 días después del día que los cristianos pensaban que era el solsticio en su tiempo, diciembre 23-24 (teniendo diciembre, para entonces, 31 días y no 30, como fue estipulado por César), era el seis de enero, que los cristianos llamaron la Epifanía, copiando una palabra y una idea pagana antigua. *Epifanía* es una palabra cristiana que originalmente pertenecía a los Misterios de la antigua religión pagana griega y a la sabiduría antigua; significa “aparición” de un dios, y fue adoptada por, y adaptada para, el Christos-mythos.

Volvamos a H. P. Blavatsky y su artículo en *Lucifer*. Vemos que los calendarios pueden cambiarse; que los calendarios pueden ser hechos por el hombre; que el calendario romano fue también cambiado y fue hecho por el hombre; y que el calendario juliano, con modificaciones, ha descendido a nosotros, y es el que se usa en Europa y en América en la actualidad. No es un calendario apropiado para ser usado por esoteristas para computar los ciclos esotéricos o el comienzo del verdadero año esotérico.

¿Por qué H. P. Blavatsky escogió el 4 de enero del presente calendario para el comienzo del año esotérico? El verdadero año esotérico debe comenzar en el 14.º día luego del solsticio de invierno, a condición de que el solsticio de invierno coincida con una luna nueva. El 14.º día a partir de esa fecha sería, claro, día de luna llena. El día del solsticio de invierno puede ser usado como comienzo del año civil, si así se desea; y el 14.º día a partir de esa fecha como el comienzo del año esotérico. César, de haberlo querido, o, más bien, de haber sabido más, habría podido arreglar su calendario para ajustarlo ya sea a la luna nueva en un solsticio de invierno o de verano, o en uno de los equinoccios. Pero H. P. Blavatsky escogió enero 4 porque era el 14.º día posterior al solsticio de invierno —no por ser el 4º, o cualquier otro día del mes.

Ahora bien, enero 4 se ubica 14 días posteriores al solsticio de invierno en diciembre 21, y cuando coincide con una luna llena es

una *fecha astrológica*. No es una fecha hecha por el hombre. No depende de un calendario hecho por el hombre. Cae catorce días luego del festival del verdadero solsticio de invierno; y cuando el solsticio de invierno también coincide con luna nueva, *inicia un ciclo secreto*. Coloca al solsticio de invierno donde pertenece, y diez días los llevará al primero de enero en nuestro presente calendario. Noten el número diez. H. P. Blavatsky también dice en su artículo que la celebración del año nuevo por parte de los esoteristas debe estar en conexión con el Budha-sabiduría, una palabra que viene de la misma raíz de la cual Buddha, el título del Señor Gautama, se tomó, significando esa raíz “despertar”. Ahora, qué es Budha, que viene de la misma raíz? Budha es el nombre sánscrito para el planeta Mercurio, que los griegos llamaron Hermes, y los latinos Mercurius, y que nosotros, adoptando el nombre latino, llamamos Mercurio. Hermes siempre ha sido el particular regente de los místicos en muchas y quizás todas las naciones. En la antigua Grecia se le dio los títulos de *psychagog* y *psychopomp*, que significa “conductor de almas” en el inframundo, como los Misterios. No importa qué forma pudo haber tomado la interpretación de la sabiduría antigua en tiempos pasados, invariablemente uno encuentra al planeta Hermes, o Mercurio, asociado cercanamente a las enseñanzas de los Misterios que tienen que ver con el otro mundo. En la India, a Hermes se le llamó Budha, como ya se dijo; y se le llamó el hijo de Soma, o de la Luna.

Por ejemplo, en la *Odisea* de Homero, ustedes pueden leer cómo Hermes condujo las almas de los pretendientes, “que chillaban como murciélagos”, hacia la “pradera de asfódeles” (libro 24). Esta alusión al trabajo de Hermes el *psychopomp*, el “ayudante”, es un “misterio” que fue tomado directamente de los Misterios Eleusinos o, quizás, de Misterios todavía más tempranos.

Noten, entonces, que nuestro año nuevo debería comenzar 14 días luego del solsticio de invierno, *siempre y cuando ese día sea un día de Mercurio*. Ahora bien, ¿cómo haremos para saber si es un día de Mercurio o no? Ahí está el quid del asunto. ¿Tienen ustedes idea de cómo se nombró a los días de la semana para que tengan ahora, y lo hayan tenido por edades, en muchas partes del mundo separados ampliamente una de la otra? Por qué a un día se le llama el día del Sol, y a otro el día de la Luna, y a otro Martes: día de Marte? ¿Conocen, por cierto, los antiguos nombres anglo-sajones para éstos? *Wodnesdaeg*, miércoles, para el día de Mercurio; y *Frigedaeg*, viernes, o día de Venus; *Thunresdaeg*, jueves, o día de Júpiter; *Saeternesdaeg*,

sábado, para el día de Saturno, y así. El sistema era como se explica a continuación: la primera hora de un día comenzando cuando el punto central del sol está sobre el horizonte del este de ese día, de acuerdo al sistema antiguo, se decía que estaba bajo el gobierno directo de uno de los siete planetas sagrados. Ahora bien, si el planeta Mercurio, por ejemplo, estaba en control de esa primera hora, a todo el día que sigue a esa primera hora se le llamaba día de Mercurio. Cada hora subsiguiente de ese mismo día se decía que estaba bajo el control de uno u otro de los siete planetas, siguiéndose cada uno en un cierto orden, como sigue: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio, Luna —el Sol y la Luna, sin embargo, siendo substitutos de dos planetas secretos—. El día tiene 24 horas: comenzando con Mercurio, por ejemplo, y contando los siete planetas en el orden recién dado y a lo largo de las 24 horas, introduciría la hora 25, que es la primera hora del siguiente día, con el control de Júpiter, y entonces ese día sería Jueves; ya así hasta llegar a Mercurio de nuevo: una semana de siete días. Fácilmente pueden probar esto por ustedes mismos. Con respecto al verdadero día-Budha esotérico, o miércoles, o día de Mercurio, diré acá sólo esto: si el solsticio de invierno coincide con una luna nueva, *más algo más, ese día es un verdadero día de Budha astronómico*; y, claro, 14 días después, o dos semanas después, es asimismo un día de Budha, *pero en luna llena*. ¡Una palabra al sabio es suficiente!

Ahora vayamos un paso más lejos. El 4 de enero, 1890, cayó en un sábado, aunque H. P. Blavatsky haya estado hablando en ese artículo de Hermes. Pero eso fue sólo porque por necesidad usaba los nombres de la semana y los días del mes del calendario actual, estropeado y desengranado como está. Así que es perfectamente obvio que el año al que está aludiendo era un año astrológico esotérico, y no el popular del calendario actual. Esta manera, dada arriba, de computar los ciclos del tiempo, siguiendo la hora del reloj cósmico, fue la que siempre se siguió en la sabiduría antigua. Rechazaban cualquier otra manera, porque es el método o la manera en que la naturaleza misma trabaja en las rondas, en las razas, en los kalpas, etc.

DIECINUEVE

LAS SIETE JOYAS Y LAS SIETE ETAPAS DE LA INICIACIÓN.

Estos Portales conducen al aspirante, a través de las aguas, “a la otra orilla”. Cada Portal tiene una llave de oro que abre su puerta; estas llaves son:

1. DĀNA, la llave de caridad y de amor inmortal.
2. ŚĪLA, la llave de la armonía en la palabra y acción, la llave que contrabalancea la causa y el efecto, y que no deja ya lugar a la acción kármica.
3. KSHĀNTI, la dulce paciencia que nada puede alterar.
4. VIRĀC', la indiferencia al placer y al dolor; vencida la ilusión, se percibe la Verdad pura.
5. VĪRYA, la energía impertérrita, que desde el cenagal de las terrenas mentiras, lucha abriéndose pasa hacia la VERDAD suprema.
6. DHYĀNA, cuya puerta de oro una vez abierta, conduce al Naljor hacia el reino del eterno Sat y su contemplación incesante.
7. PRAJÑĀ, cuya llave hace del hombre un dios, constituyéndolo en Bodhisattva, hijo de los Dhyānis.

Tales son las llaves de oro de los Portales.

—H. P. Blavatsky, *La voz del silencio*, pp. 47-8

EL PRINCIPAL texto que consideraremos esta noche es el de la página 207 del volumen I de *La Doctrina Secreta*, que ya hemos leído dos veces, la parte que tiene que ver con el “siempre viviente Baniano humano”. Como nuestros estudios también incluyen un párrafo de la página 424 [II, 128] del mismo volumen, leeré éste. Inicia en la sección xii, “La Teogonía de los Dioses Creadores”:

Para comprender perfectamente la idea que forma la base de toda Cosmología antigua es necesario el estudio y análisis comparativo de todas las grandes religiones de la antigüedad; pues sólo con este método puede ponerse en claro la idea fundamental. La ciencia exacta, si pudiera remontarse a tal altura, al indagar las operaciones de la Naturaleza en sus fuentes últimas originales, llamaría a esta idea la Jerarquía de las Fuerzas. El concepto original, trascendental y filosófico era uno. Pero como los sistemas principiaron a reflejar más y más las idiosincrasias de las naciones, en el transcurso de los siglos, y como estas últimas, después de separarse, se establecieron en distintos grupos, evolucionando cada uno de ellos con arreglo a su tendencia nacional o de tribu, se veló gradualmente la idea fundamental con la exuberancia de la fantasía humana. Mientras que las FUERZAS, o mejor dicho, los Poderes inteligentes de la Naturaleza, eran objeto, en algunos países, de honores divinos que difícilmente

les correspondían, en otros —como ahora en Europa y en las demás naciones *civilizadas*— la sola idea de que tales Fuerzas estén dotadas de inteligencia parece absurda y es declarada *anticientífica*.

Ahora entonces, primero, ¿se nos ha ocurrido considerar, preguntar, por qué las doctrinas que hemos estado estudiando en los pasados meses se han mantenido siempre tan secretas? Hay tres razones generales para esto, o más bien dos, siendo la tercera un corolario de la segunda. La primera es que desde tiempos inmemoriales a estas enseñanzas se las ha considerado la noble recompensa, el premio sublime, para aquéllos que se dan en corazón y alma, e irreversiblemente, a sus Maestros y al cuerpo terrestre-celestial que ellos representan. Esa es la razón menor de su silencio. La mayor es la siguiente: que siendo estas doctrinas desde su misma naturaleza tan abstrusas, tan sutiles que nuestras pobres mentes de materia hallan difícil comprenderlas, serían casi por necesidad malentendidas sin un entrenamiento y sin una educación preliminar. Requiere literalmente años de estudio y entrenamiento llevar la mente a tal estado que pueda recibir estas gloriosas enseñanzas, estas sublimes doctrinas que hemos estado estudiando, con al menos una pizca de comprensión inteligente. Si fueran dadas indiscriminadamente al mundo, ¿cuál sería la consecuencia? Las mentes intuitivas pero por otro lado no entrenadas adorarían a los Instructores, a los Maestros, como dioses; o los estúpidos cabecillas de las multitudes las perseguirían y tratarían de desgastarlas diciendo que son cosas “malignas”, si aparecieran públicamente y vivieran abiertamente entre los hombres. Y un tercer grupo del público, los escépticos, se burlaría y se mofaría no sólo de los Maestros mismos sino de su sagrado mensaje.

Estas normas de sigilo están basadas en una ley natural, y en un agudo entendimiento de la manera en que trabaja la mente humana. Estas doctrinas fueron formuladas en el amanecer de los tiempos por intelectos gigantes y por mentes divinas. Aquél que pueda considerarlas como especulaciones o como meras teorías luego de estudiarlas y de examinarlas de cerca, realmente tiene que ser ciego y perverso por voluntad propia. ¡Qué elogio el que dieron a H. P. Blavatsky los que en su ciega ignorancia dijeron que ella había inventado todo! Piensen lo que eso significa, ¡qué maravillosa mujer, de acuerdo a ellos, tuvo que haber sido! Y obviamente, la verdad es todo lo contrario. ¿Alguna vez proclamó que las había originado y formulado ella? No; desde el principio dijo: “Soy sólo una voz que habla en nombre de Aquéllos que me enviaron”.

Estas reservas de sigilo, cautela y prudencia, no son la norma particular y por otro lado la norma desconocida de la escuela trahimaláyica a la que pertenecemos. Fueron la norma invariable de todas las grandes Escuelas de Misterio de los tiempos pasados. Incluso en la más reciente fe exotérica, en la religión cristiana, encuentran lo mismo, y concebidas en palabras, por cierto, que son tan desagradables como es posible usar: casi crueles en la altiva reserva que ellas significan. No obstante, no son así cuando se les entiende con propiedad. Me refiero a ciertas advertencias proferidas por el mítico Jesús en el Sermón de la Montaña; y recuerden, ese Sermón es introducido por las palabras de explicación de que él subió a la montaña para escapar de las multitudes que iban en tropel tras él y lo apremiaban, cuando entonces llamó a sus discípulos y pronunció ante ellos el llamado Sermón de la Montaña, *evidentemente una enseñanza de Misterio*. Más de este significado oculto señalaremos esta noche. Pero acá están las palabras:

No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen.

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquél que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

—Mateo, 7: 6-8

Es en extremo cuestionable si el Jesús real, el centro alrededor de quien fueron reunidas estas leyendas de la figura Misteriosa de Jesús, habría usado alguna vez un lenguaje de ese tipo; pero tal lenguaje representa el espíritu del esoterismo y es un eco auténtico de los métodos esotéricos del cercano oriente, dejando de lado la armazón de las palabras. Muestra la inmensa prudencia y cautela que rodea siempre la entrega de cualquier parte de las antiguas enseñanzas de los Misterios. Y por tiempo inmemorial fue siempre así.

Y otra cosa: el castigo por traicionar los Misterios, en tiempos más recientes, era la muerte. Nunca y en ninguna circunstancia, el poder o la fuerza de la Logia o la mano de un Maestro se ha levantado con violencia o con odio contra un traidor, contra el infiel, no importa cuán grave pudiera haber sido el crimen. Su castigo consistía en esto: eran *dejados estrictamente a su suerte*; y el castigo interno *era la retirada del Vigilante Inmortal, el ser superior interno*, el cual había sido consciente y exitosamente invocado a su entrada en los Misterios, y en los grados de iniciación superiores había sido confrontado, literalmente cara a cara. El castigo temprano y automático era la muerte interna por la pérdida del alma. *El traidor perdía su*

alma. Les continuaré diciendo, de paso, que prácticamente todas las instituciones civiles de los tiempos antiguos, los castigos entre otras, estaban basadas en lo que sucedía en las Escuelas de Misterios. Así lo estaba, por ejemplo, la crucifixión de los romanos, tomada directamente de una de las ceremonias de iniciación, la “muerte mística”; tomada de ella, robada de ella, y hecha un instrumento de asesinato legal de parte del Estado en tiempos posteriores y degenerados. Otro ejemplo, también tomado de la ceremonia de la muerte mística era la “copa”, en la India, la bebida del Soma. En Grecia encontramos a Sócrates castigado con beber de la copa de cicuta; y nos recuerda a Jesús, rogando que la “copa” pasara de él. Muy diferentes y numerosos otros ejemplos podrían citarse.

De manera similar, en Egipto y en otros países, cuando los períodos de aridez espiritual, de los que habla Platón, habían sucedido a los períodos de fertilidad espiritual; cuando se dieron esos períodos, entonces el Estado emprendió por su cuenta el castigo por la traición de los Misterios, que para esos tiempos se habían vuelto solo una institución del Estado y nada más, sólo una parte del sistema religioso establecido. Dos o tres ejemplos han llegado hasta nosotros tan solo en lo que concierne a Atenas en Grecia. Uno fue Sócrates, siglo 5-4 A.C., quien sin intención traicionó algunos de los secretos de los Misterios; y a pesar de su inocencia en cuanto a estar haciendo mal conscientemente, de mala gana asesinaron a ese gran hombre. Otro fue el filósofo-poeta Diágoras, siglo 5 A.C., quien fue acusado de impiedad, de supuesto ateísmo, y quien huyó de Atenas. Un tercero fue el dramaturgo-poeta Aeschylus, siglo 5 A.C., quien tuvo que huir a Italia para escapar de la muerte. Fue acusado, sobre las mismas bases, de lo que se llamó profanación o impiedad.

Otro ejemplo que podríamos mencionar, de una clase bastante diferente, es el del uso de una corona o una diadema por gobernantes civiles, formalmente representado en la coronación de un rey —una ceremonia adoptada de los misterios—. Algunas de las primeras coronas que usaron tenían puntas sobresalientes, que lo hacen recordar a uno a la corona de espinas de Jesús; o pudo haber sido en la forma de una diadema griega, que representaba, en Grecia, la corona de las partes central, occidental y norte de Europa. Como recién se insinuó, también esto fue un símbolo de una de las ceremonia de uno de los peldaños de iniciaciones, una ceremonia que significaba lo ocurrido cuando el que era sometido al proceso estaba en un estado de *samādhi*, como dicen los hindúes, y su cabeza estaba rodeada con

una gloria o aura que radiaba desde el cerebro como las puntas de la corona temprana, en cuyo estado, también, un nimbo o aura rodeaba el cuerpo igual que sucedía con la cabeza, pero con mucha menor fuerza.

Ahora nos embarcamos de manera más particular en nuestro tema principal. Les recuerdo que desde cuando estas reuniones se inauguraron hace cerca de un año hemos estado estudiando los llamados siete tesoros o joyas, y ahora estamos estudiando ciertos aspectos de la séptima o superior joya, más especialmente en su relación con el Maravilloso Ser, llamado el Gran Iniciador, el Observador Solitario, el Testigo Silencioso, y otros nombres como éstos. Y la semana pasada llamamos la atención hacia ciertas de las analogías que nuestra propia vida humana tiene con el Maravilloso Ser cósmico: por ejemplo, de forma particular, la analogía de los infinitesimales, las vidas infinitesimales, que viven en y sobre los kosmoi o universos comprendidos en nuestro propio cuerpo físico, los infinitesimales atómicos, y cómo nuestro propio ser personal era el ser supremo de esa hueste de esos casi innumerables átomos; que era el ser que mantenía unido a ese infinitesimalmente inmenso kosmos, e impregnaba todo en él, y se extendía a través de todo en él, como un fuego místico. Y también señalamos cómo, no obstante, cada uno de esos átomos, siendo un universo en sí mismo, tenía su propia y completa jerarquía, su propia serie de diez grados o peldaños, contando, a partir de su propio supremo, su propio Parabrahman y Mūlaprakṛiti, y descendiendo hasta su propia “materia absoluta”.

De manera similar, a nuestro propio kosmos universal se le puede considerar como un alma o mejor dicho un ser corporeizado, hecho de casi innumerables átomos cósmicos o cuerpos solares y planetarios, viviendo con innumerables compañeros sobre la faz del Ilimitado. Comenzamos a tener alguna comprensión inteligente partiendo de este estudio del ser, cómo, en un sentido, el Uno puede haberse vuelto los muchos, permaneciendo, no obstante, por siempre el Uno, sólo llamándosele el Uno porque es la cima o SER de esa más grande jerarquía que nuestra imaginación pueda alcanzar. Pero más allá de sus límites hay innumerables otros de tales Unos, y más allá de todos esos tales Unos, hay innumerables huestes de infinitamente más grandes Unos; ¡y así hasta el infinito! La mejor manera por medio de la cual representar el Ilimitado, en el que todos ellos se mueven, viven y tienen su ser, es por el muy antiguo símbolo del cero: el ilimitado sin límites.

Ese símbolo es singular también en otro respecto, que es el ejemplificar tan clara y bellamente la enseñanza del Vacío, la vacuidad, llamada en buddhismo *śūnyatā*, que significa el “vacío”, la “vacuidad”. Es realmente extraordinario cómo nuestros eruditos occidentales entenderán mal, y, por tanto, tergiversarán estas cosas. Son tan literales que tomarán una palabra y la conducirán a la muerte literal. Toman la forma de un pensamiento, el cuerpo, y ven poco o nada del alma tras de él. Parecen no tener comprensión del significado místico que hay detrás de este maravilloso pensamiento, el Vacío, la Vacuidad.

¿Recuerdan ustedes que en un estudio anterior hablamos del místico medieval, Bernard de Clairvaux, de Francia, quien dijo que el estado al que debía aspirar un estudiante de misticismo era el de *vaciarse* a sí mismo, arrojando por completo todo lo que era personal o limitante, todo lo que era limitado y finito? ¿Semejante estado de la mente permite que los libres vientos de lo infinito soplen a través de uno, por decirlo así!

Detengámonos por un momento en esto. El Vacío es un símbolo del Ilimitado; de ahí que lo es todo *porque es ninguna cosa*. “Nocosa”, si lo prefieren. No “nada” en el sentido teológico cristiano, sino que *no cosa*, no manifestación. No es una conciencia, porque es *todo conciencia*, lo cual es inconciencia en cualquier sentido personal y limitado; la conciencia es un término humano. Y sin embargo no es inconciencia, porque es todo inconciencia de cualquier sentido personal o limitado, y la inconciencia es un término humano. Es tanto el tiempo limitado e ilimitado, y la eternidad; todo y por tanto ninguna cosa. Llámelo por cualquier cosa y lo limitarán. Es eso que ES y FUE, y en la completa eternidad siempre SERÁ. Y debido a que no es nada finito, debido a que no es una cosa, debido a que está más allá de todo pensamiento humano y de toda similitud, comparación y expresión, es llamado eso que la mente humana alcanza cuando se abre a su inteligencia suprema en busca de una abstracción, el Vacío, que es, asimismo, completa Plenitud.

Esta noche nuestro estudio nos invita a avanzar. Últimamente cada uno de nuestros estudios ha tratado temas bastante difíciles; y cada uno, si se entiende con propiedad, significa un gran paso hacia delante, para nosotros, a lo largo del sendero esotérico. Esta noche seremos más particulares en nuestras observaciones.

Estos siete tesoros, entonces, representan, en forma doctrinal, los siete peldaños de iniciación. Se nos ha dicho que existen diez pel-

daños o grados de iniciación, lo que significa que hay tres más aparte de los siete tesoros que hemos nombrado antes. Pero no hay necesidad de considerar estos otros tres. Están por completo más allá de nuestra capacidad. Se nos ha dicho que pertenecen a seres que han avanzado tanto más allá de nosotros que en verdad no puede llamárseles más entidades humanas, a pesar de que sí pertenecen a nuestra cadena planetaria por razones de karma evolutivo pasado.

Se nos ha enseñado que cada peldaño o grado de iniciación luego del tercero de los siete, está marcado por algo más que la enseñanza. Las primeras tres iniciaciones, o peldaños o grados de iniciación, están compuestos por enseñanzas. Con el cuarto grado comienza otro método. ¿Cuál es este método?

Es una de las enseñanzas fundamentales del ocultismo el que nada puede ser *verdaderamente conocido* que no sea *experimentado, vivido*. A propósito, todos sabemos esto, ya que es experiencia común. Una de las llamadas leyes de nuestro ser, una de las condiciones fundamentales de nuestra naturaleza humana es que para conocer a fondo una cosa, para entrar por completo en ella, para entenderla a fondo, ustedes tienen que *ser esa cosa*, tienen que *volverse ella*. No pueden pisar el Sendero hasta que se vuelvan y sean el Sendero. De este modo, por consiguiente, los diferentes peldaños o grados de iniciación son en realidad una clase de proceso impelente para ciertos espíritus escogidos, para ciertas almas escogidas, que han probado ser dignas: un proceso “impelente” o desarrollador que los capacita a través de la experiencia verdadera y de la experiencia individual a pasar y a realizar los secretos ocultos del ser que el proceso lento del desarrollo evolutivo los habría traído a ellos al paso de las edades. Es, de hecho, un aligeramiento o despertamiento del hombre al conocimiento y al poder interno. Estos diversos peldaños o grados de iniciación se distinguen en primer lugar por purificaciones preparatorias. Luego viene la “muerte”, una muerte mística. El cuerpo y los principios inferiores son paralizados, por decirlo así, y el alma es temporalmente liberada. Y, hasta cierto punto, el hombre interno liberado es guiado, dirigido y ayudado por los iniciadores mientras pasa a otras esferas y a otros planos y aprende la naturaleza de éstos *volviéndose ellos*, que es la única manera por la que el conocimiento nacido de esa experiencia enraíza en el alma, en el ego: por medio de *volverse la cosa*.

El iniciante es uno que se somete a la iniciación; y recuerden que iniciación significa “principio”; un iniciante es un “principiante”,

mientras que una persona iniciada, un iniciado, es uno que ha comenzado y se ha comprometido. Por favor noten también que adepto significa uno que es “experto”; de ahí que incluso en nuestra vida ordinaria, un químico, un médico, un teólogo, un mecánico, un ingeniero, un profesor de idiomas, un astrónomo, son todos “adeptos”, personas que son expertas, cada una en su propia profesión. Esas dos palabras tienen, hablando de manera general, también el mismo significado en la Escuela Esotérica: un Adepto es uno que es experto en la sabiduría esotérica, en las enseñanzas de la vida; y un iniciante es uno que está comenzando a aprender de ellos. Decir que ustedes y yo somos principiantes, es decir, iniciantes, es sólo expresar la verdad obvia. Es asimismo una palabra conveniente, pues no les dice nada definitivo en cuanto a grado o peldaño; es una generalización. De ahí que pueda uno preguntar con propiedad: “¿principiantes de qué y en dónde?”. Yo podría estar en el peldaño del fondo de la escala de iniciación, y ustedes podrían estar en lo más alto; y no obstante cada uno de nosotros está *comenzando*, pues el progreso no tiene fin.

Examinemos de cerca todas estas o cualesquiera otras declaraciones, por nosotros mismos. Nos enseñan estrictamente a examinar y a investigar todo lo que se nos dice para despertarnos a la *comprensión de las cosas*, para *vivir la vida*, para *ser ella*, para *volverse ella*; pues tal es la antigua enseñanza de incontables edades pasadas.

Ahora, el pasaje de *La Doctrina Secreta* al que hemos aludido esta noche y que constituye nuestro tema principal en este momento, en el que H. P. Blavatsky habla del “siempre viviente Baniano humano”, se refiere también a los *arhats* (una palabra sánscrita que significa “dignos”) que pertenecen al séptimo peldaño de la jerarquía psicológico-espiritual, siendo sólo uno removido de la raíz fundamental de su jerarquía, que es el Maravilloso Ser de nuestro estudio presente, por tanto en el octavo plano de los diez que componen esa jerarquía. Hay uno todavía más grande y más Maravilloso Ser en el noveno plano; el más alto de todos, la cima de todo, está en el décimo.

Vayamos un paso más hacia delante. Nos enseñan que en la quinta iniciación, parte de la maravillosa experiencia que el iniciante de ese grado tiene que pasar, luego de la debida y suficiente preparación y purificación del ser inferior y del alma dentro de él, el que está bajo prueba en el sendero místico conoce a su ser superior, su propio dios interno, cara a cara por “un fugaz momento”. ¡La desgracia cae sobre él si hay algo en él que no pueda soportar la prueba! Las advertencias que se nos dan con respecto a esto son verdaderamente solemnes. El

Observador Inmortal lo sabe todo, y no acepta excusas. Aquéllos que fallan tienen otra oportunidad en otra vida, o en otras vidas; pero ningún vil metal ya sea ahora o entonces puede ser aceptado en esta aterradora prueba. La naturaleza interna tiene que ser oro puro probado en el fuego, nada falsificado, nada que sea débil y se rompa o falle cuando la prueba lo encuentra. Tienen entonces que estar completamente preparados para tomar su lugar en la Muralla Protectora; ninguna debilidad puede mantenerse allí.

Se nos dice además que en el sexto grado, en lugar de encontrarnos con nuestro propio ser superior, el iniciante conoce otro Uno, un asunto que esta noche pasaremos por alto y en silencio. Y en el séptimo grado, el mismo procedimiento toma lugar como parte de la muerte mística, y el aspirante, ¿podemos decir “se encuentra cara a cara”? no, *se vuelve, por un fugaz momento, el Maravilloso Observador mismo*; y o regresa entre los hombres como un —, o se desvanece y no se le vuelve a ver más. En el primer caso, él *sabe*, ¡porque ha *llegado a ser!*

Hemos hablado esta noche del mito cristiano. Deliberadamente hemos escogido este término, pues en verdad es un mito. La completa historia de Jesús tal como es dada en los llamados Evangelios es una historia-Misterio. Ningún hombre o ser como el Jesús de los Evangelios vivió alguna vez. Recuerden lo que es un mito. Es un cuento o alegoría que encarna alguna verdad secreta. En este caso, es la historia de los Misterios en parte contada en símbolo y alegoría, y en parte contada con algún grado de posterior floritura ignorante; pero en conjunto, representando casi como si fuese pintado, lo que ocurría en los Misterios del Asia Menor. La manera y el estilo de narrativa, en todos los tales casos, dependen de la costumbre nacional de celebrarlos, y de los moldes mentales de las personas entre quienes semejante u otro esquema o sistema de iniciación prevaleció. Pero el Jesús de los Evangelios es sólo una figura de Misterio: una figura compuesta basada en enseñanza mística. Sin duda alguna sí existió un joven iniciado sirio de esa época, alrededor del cual fueron agrupados estos varios cuentos e historias tomadas más o menos en conjunto de las Escuelas de Misterio de Asia menor y especialmente de Alejandría; porque el misticismo de Alejandría es el principal origen de la cristiandad teológica, pues en esa ciudad tuvo teológicamente su surgimiento. Este iniciado sirio, probablemente un joven rabino judío, posiblemente se llamó de hecho Yēshūa, Iesus en griego, Jesus en Latín. La palabra hebrea *yēshūa* por sí misma significa “salva-

dor”, y los cristianos posteriores, claro, se apoderaron de este nombre —o luego se lo confirieron a su supuesto fundador— y tejieron un cuento místico sobre su nombre, simbolizando de este modo su misión sobre la tierra como “salvador”. Todos conocemos el cuento cristiano. Pero desde el comienzo mismo de él, tal como aparece en los Evangelios: desde la historia de los Reyes Magos siguiendo la estrella, hasta la *muerte mística por crucifixión*, y el *levantarse de nuevo de la tumba en el tercer día*, no es más que una copia, más o menos desnaturalizada, desteñida y pobremente tejida, de grandes Misterios verdaderos, los Misterios de *algunas* de las ceremonias de iniciación, de las que los tempranos cristianos ciertamente tenían algún conocimiento (vean a Orígenes y a Clemente de Alejandría, por ejemplo). Pero la historia, en sus varias imperfecciones, muestra con claridad que es sólo una alegoría débilmente construida, o mito, de ocurrencias iniciáticas verdaderas.

Apolonio de Tiana, el griego, fue probablemente un personaje tan noble como el sirio Yēshūa, o Jesús. Jesús es sólo la forma romana del nombre. Leemos de las maravillas de Apolonio de Tiana, de sus obras y de su vida, en la mística “Vida” escrita por Filóstrato. Pero Apolonio es un personaje *histórico*, y Jesús no lo es. La historia de Apolonio es interesante. Leemos de su “desvanecerse” ante Domiciano, cuando estaba en juicio ante ese excéntrico y severo monarca; y mucho más. ¿Por qué se dijo que Jesús había sido “crucificado”? Pero en realidad él no fue crucificado. Es una historia-Misterio, como lo he dicho; y no necesariamente una historia-Misterio judía, ni una historia-Misterio griega. Cada nación tenía sus propios Misterios, que se semejaban mucho uno a otro, pero que variaban en los detalles; pero en todos estaba siempre la “muerte mística”; siempre estaba el “descenso al hades” o “infierno”; siempre estaba la “resurrección”, la ascensión, usualmente luego de “tres días”; y la “glorificación” al final de la prueba.

Muchas de las cosas que ocurrían en los Misterios fueron asumidas en las funciones civiles del Estado, y de esta manera formaron los tipos de muchas instituciones de la vida civil en los tiempos antiguos. El rey y sus ministros o sirvientes, como oficiales y funcionarios del Estado, fueron tomados de los antiguos Misterios, como copias del maestro y de sus discípulos u oficiales. Ésta es una (de dos) razones por las que los antiguos escribieron acerca de sus dinastías divinas de los tiempos primordiales; y sobre esto también se fundó originalmente la idea del “derecho divino de los reyes” —en edades

posteriores tan ampliamente mal entendido y abusado—. Porque los mismos calendarios de las naciones antiguas estaban basados sobre lo mismo: se les derivó, se los asumió, de los Misterios. Originalmente estuvieron basados en verdades astrológicas reales, conocimiento real de los períodos de tiempo; y luego fueron mal entendidos y mal aplicados.

Por ejemplo, ¿se han dado cuenta de que los días santos de la conmemoración cristiana Viernes Santo, y la Resurrección tres días después, son prácticamente lo mismo que el solsticio de invierno de diciembre 21-22, y la Navidad, diciembre 25, tres días después? Ambos están basados en la idea de la muerte mística, y el nacimiento o resurrección tres días después del “triumfante Sol”, ejemplificado, en los Misterios, ¡con la “muerte” y “resurrección” del exitoso neófito, tres días después! ¿Por qué, les pregunto, los cristianos adoptaron tanto el festival pagano del solsticio de invierno como el antiguo mito de la resurrección pagana, y de ésta última hicieron una Semana Santa o Pascua, siendo una el *alegado* aniversario del nacimiento de su Jesús (Navidad), y la otra el aniversario de su “resurrección”? Porque querían mucho conectar y vincular su novel religión con la personalidad del gran profeta o iniciado judío llamado después Jesús; y, a la vez, relacionarlo con las enseñanzas de Misterio arcaicas de la Escuela de Sabiduría. Ahora bien, como el festival judío, o mejor dicho sirio, tomaba lugar en el mes del equinoccio de primavera, o más bien *en el día de la luna llena* que seguía al equinoccio de primavera, copiaron asimismo el antiguo Misterio en esto, como sigue: separaron, por decirlo así, el símbolo en dos partes, y a una la llamaron Navidad, que conmemoraba el nacimiento del cuerpo físico de su supuesto Jesús; y a la otra parte la llamaron resurrección, o Pascua, que conmemoraba el “nacimiento” del Cristo trascendente. Fue un curioso *tour de force*, como dicen los franceses, una curiosa proeza de “gimnástica mística”, como tan bien lo expresara Katherine Tingley. Pero, y por favor noten esto, estas dos fechas estaban realmente, a decir verdad, ¡íntimamente relacionadas en los antiguos Misterios, y bastante sobre las líneas que los cristianos siguieron!

Ahora bien, si toman ustedes el calendario místico del que cautelosamente hablamos la semana pasada, es notable cómo encaja con las enseñanzas de Misterio relacionadas con este Maravilloso Ser, el Gran Iniciador. En cuanto al artículo de *Lucifer* (enero de 1890) al que nos referimos, en el que H. P. Blavatsky habla de la fecha que los esoteristas deberían de llamar el Año Nuevo, es decir, enero 4, ¿cree

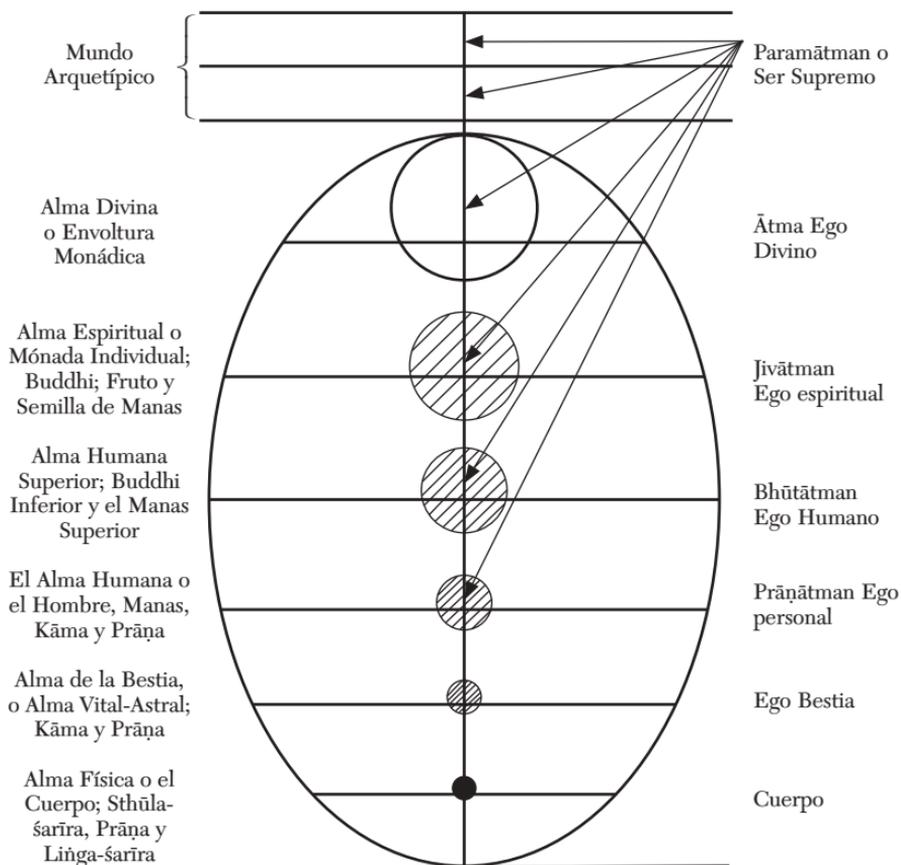
realmente alguien que quería decir que ese enero 4 per se tenía algunas propiedades o influencias especialmente mágicas o místicas? No; no quiso decir eso. Nuestro día del calendario para enero 4 es una fecha de un calendario puramente mecánico, con nada en absoluto místico o escondido en él. Si fuésemos a caer en un período de ignorancia universal tal como las naciones mediterráneas cayeron luego de que la cristiandad se volvió poderosa, tendríamos que olvidar incluso cómo cuidar nuestro calendario meramente mecánico, y hallarnos incapaces de hacerlo que se ajuste a los cambios de estación. Entonces estaríamos en los mismos problemas que los europeos estaban, en el siglo dieciséis, cuando el Papa Gregorio XIII hizo que ciertos matemáticos contemporáneos reformaran el viejo calendario Juliano debido al desorden en que había caído a causa de la pura ignorancia de los predecesores de Gregorio. No sabían cómo intercalar los necesarios días en el momento oportuno, y en febrero de 1582, cuando el calendario Juliano fue reformado por Bula o Edicto Papal, estaban once o doce días retrasados con respecto al año real. Similar fue el caso cuando Julio César reformó el calendario en el año 47 A.C., sólo que más grave, pues debido a maquinaciones políticas, sin duda, de los diferentes Pontífices Maximi, el calendario de los romanos, tal como lo hice notar la semana pasada, estaba tan retrasado del año natural de las estaciones que el enero primero de calendario caía en lo que en realidad era octubre 13, de acuerdo a la naturaleza; y el solsticio de invierno de calendario, diciembre 21 o 22, caía en octubre 3, aproximadamente; y si César no hubiese corregido el creciente desorden y la creciente confusión, la pérdida constante de los días por medio de intercalaciones erróneas u omitidas quizás habría dejado al año del calendario caer continuamente hacia atrás a través de todo el año natural. Así, pueden ver ustedes que cuando hablamos de H. P. Blavatsky y del calendario astrológico, con toda certeza no queremos significar meramente el calendario mecánico de uso común; tampoco quería H. P. Blavatsky significar eso, sino una fecha que dependía de hechos astrológicos reales.

Recuerden que la astronomía es sólo el aspecto mecánico de la auténtica, antigua astrología, y que, por esa razón, a la astronomía le competen sólo las posiciones, los movimientos y las concepciones físicas de los cuerpos planetarios, solares y estelares. Es de hecho sólo una rama de la antigua astrología, una ciencia sublime, esta última, de los cuerpos celestiales, y *no queremos decir* con esto lo que los modernos escritores nombran impropriamente astrología: una ciencia

de panfleto, cuando mucho. Ya en otras reuniones nos hemos manifestado con suficiente fuerza contra tales conceptos erróneos.

Ahora bien, nuestro verdadero año, nuestro año místico, es muy distinto del año cronológico civil u ordinario. El año cronológico civil puede empezar en la fecha exacta del solsticio de invierno, es decir, en el momento y día cuando el sol está más al sur, y justo cuando comienza su viaje hacia el norte de nuevo. Éste es uno de los períodos naturales del tiempo y de las divisiones de las estaciones; y también es un período de tiempo astrológico, si queremos formar un ciclo de tiempo, pero con un cambio importante. Y ahora, ¿qué sería ese ciclo astrológico? Podemos comenzar nuestro año civil en el solsticio de invierno *cuando la luna está nueva*. Pero *catorce días después del verdadero solsticio*, o en lo que es ahora enero 4, de acuerdo a nuestro calendario actual, *la luna está llena*; y ese día inicia bajo el control del planeta Mercurio o Hermes, el líder, guía y director particular de las iniciaciones y de los Maestros. Noten bien que éste es el caso cuando ese planeta está en conjunción inferior en el amanecer; o más particularmente cuando el Sol, Mercurio, la Tierra y la luna están todos en sизigia —todos a lo largo de una línea recta—, estando Mercurio entre el Sol y la Tierra, y la luna *llena*. El planeta Mercurio controla entonces la primera hora del día 14.º luego del solsticio de invierno; pero ese solsticio debe coincidir con la luna nueva, y en ese 14.º día posterior, Mercurio tiene que estar en conjunción inferior en el amanecer. El día 14.º (enero 4) es entonces un verdadero “miércoles” o día de Mercurio. De este modo se abre el ciclo. No he tenido oportunidad de investigar cuánto dura ese ciclo. Acá nuestros astrónomos pueden dilucidarlo. Pero, por tanto, deberíamos tener dos años: uno para lo que podemos llamar el año civil (fundamentalmente un año astrológico) para propósitos de la cronología civil, por el que el tiempo ordinario sería reconocido; y el año del ciclo Búdhuco. El año civil comenzaría entonces con el día del solsticio de invierno, digamos diciembre 21-22, en la noche entre diciembre 21 y 22. Por tanto, el siguiente día sería el primer día del primer mes del año nuevo civil; pero nuestro año místico, nuestro año búdhuco, comenzaría catorce días después de ése, *en luna llena*, en un auténtico miércoles o día de Budha.

Trataremos ahora de otro asunto que es de verdadera importancia. Me refiero al diagrama que discutimos hasta cierto punto en nuestra última reunión, y el cual no tuvimos tiempo para explicarlo en detalle.



Este paradigma, este símbolo, se puede referir tanto al hombre, o, *mutatis mutandis*, al universo de cualquier entera jerarquía, sin importar cuál. Nótese entonces, primero, que tenemos en la parte superior del diagrama el mundo arquetípico, que es la raíz o semilla si la vemos como el origen o comienzo de las cosas, como el lugar del inicio de la evolución y del progreso cósmico; o que es la flor, el fin, la consumación de las cosas, si la vemos como la flor completamente abierta del ciclo evolutivo cósmico. Puede ser dividido en tres planos, por así decirlo, formando la tríada superior o divina; al segundo de estos planos se le llama el Paramātman o ser supremo. El primer plano representa el Parabrahman, con su campo de Mūlaprakṛiti; esta tríada superior, tal como está representada, aplica a cualquier jerarquía: esta jerarquía, esa jerarquía y cualquier jerarquía, ya que este paradigma es representativo de todas. Asimismo, el Paramātman representa al Primer o Inmanifestado Logos. El tercer plano, o el plano inferior de la tríada, representa al Tercer o Logos Manifestado,

o Brahmā-Purusha-Prakṛiti. De esta forma, siguiendo el diagrama hacia abajo, nos encontramos con los siete principios y elementos de la manifestación, formados de los tres planos casi arūpa o sin forma, y de los cuatro planos rūpa, o planos de forma. La envoltura de forma oval de la jerarquía se divide en estos siete planos, si gustan, seis centros de conciencia con sus inseparables seis vehículos o “almas”. La línea vertical que corre hacia arriba y hacia abajo por el huevo representa el ser morador: ese ser que en ustedes, en mí y en todos es Uno; ése que en todos nosotros dice “Yo soy”. No difiere en ustedes o en mí, pues es Uno, el ser universal de la jerarquía. ¿Pero qué es lo que en ustedes, en mí o en cualquiera dice “Yo soy *yo*, no *tú*”, eso que es *auto*-conciencia? Eso es el ego, el “Yo”, pero no el ser, pues el ser está más allá y fuera de todas esas limitaciones de conciencia. No reconoce ninguna distinción entre ti y mí.

Recuerden la hermosa leyenda sufí, de cómo el Alma, deambulando en busca de la verdad, llegó finalmente a la Casa de Dios y llamó al portal. Entonces, en respuesta al llamado, un trueno reverberó a través de los espacios del Cielo, y Dios exclamó: “¿Quién eres tú?” Y el Alma respondió: “Yo”. Y Dios respondió: “No conozco ningún *yo*”. Entonces el Alma deambuló otra vez por muchas edades en tribulación y pena, y finalmente llegó de nuevo, y una vez más llamó a los portales de la Casa de Dios. Y la voz de Dios exclamó y dijo: “¿Quién eres tú?” Y el Alma respondió: “*Tú*”. Y la voz de Dios respondió entonces y dijo: “Entra en ti mismo, pues somos Uno”. No hay ahí ninguna distinción entre Yo y Tú: una hermosa leyenda que encarna uno de los conceptos más profundos de la sabiduría antigua.

A lo más, hemos intentado representar paradigmáticamente la decreciente conciencia, entendimiento, poder, potencia, fuerza, expansión, comprensión, por medio de los seis círculos que decrecen de tamaño de forma gradual a medida que se desciende, a lo largo de la línea central que representa el ser. Es imposible representar de manera adecuada y sobre una superficie plana un asunto puramente metafísico; pero nuestro deseo al así hacerlo es mostrar que entre más alto está el círculo o la esfera, entre más espiritual es la esfera o el centro, es más grande y abarca más tanto en cualidad como en potencia, aunque no necesariamente en magnitud. A lo más, hemos intentado mostrar la creciente materialidad en estos centros o esferas a medida que van más hacia abajo, haciendo más y más denso el sombreado de estos centros en el diagrama. El centro superior es el alma divina o envoltura monádica. Es el primer o superior vehículo del ātman; y

como un centro egoico es el ego divino. El siguiente hacia abajo es el alma espiritual o la mónada individual. Ésta y la que está sobre ella, combinadas, son el Cristo interno; y correspondiente al alma espiritual o mónada individual es el jīvātman o ego espiritual. Es esa porción de nuestra economía espiritual la que es inmortal como un ego individualizado; inmortal hasta el final del mahā-manvantara el sistema solar. Cuando llega el pralaya solar en la gran plenitud del tiempo, viene un momento, un instante final el cual es la completa finalización o consumación de todas las cosas en ese sistema; y en un pestañeo, literal e instantáneamente, todos los planetas y el sol mismo son “apagados”, por decirlo así. En ese instante, el último de todos los seres manifestados se ha ido a planos superiores; y no habiendo quedado nada más que mantenga unida a la materia física en ningún lado dentro del sistema solar, el sistema de inmediato se descompone y se desvanece (como ya lo he dicho antes) como una sombra instantánea que pasa sobre una pared.

El segundo centro lo comprende buddhi, tanto la fruta como la semilla de manas. Este es el centro, semilla, raíz, base o ego reen-carnante. Luego, más abajo aparece en nuestro diagrama el alma humana superior, compuesta del buddhi inferior y del manas superior, con el ser impregnándola, tal como se dijo antes. Correspondiente a ella como centro egoico es el bhūtātman, que se explicó en nuestra última reunión, o ego humano. Luego viene el alma humana u hombre: éste es formado por manas, kāma, prāṇa y el centro egoico correspondiente a él es el prāṇātman, o el ego personal, que es mortal.

No hay un principio duradero a partir de (e incluyendo) éste hacia abajo; ningún principio duradero en el “hombre”, sea cual sea. El próximo en orden descendente es el alma bestial, o el alma vital-astral, el kāma-prāṇa; siendo su centro casi egoico el ego bestial, si quieren llamarlo así: ese principio elemental de ego en la bestia que lo mantiene unido durante su existencia. Nuestras enseñanzas sí dan a cada cosa animada un alma; no un alma humana, o un alma divina, o un alma espiritual, sino un *alma que se corresponde a su tipo*. Lo que es, lo que su tipo es, *viene de su alma*; de este modo, podemos hablar con propiedad de diferentes bestias, que tienen, una u otra, un alma de pato, un alma de avestruz, un alma de toro o de vaca, un alma de pollo, o un alma de ruiseñor, etcétera. Las entidades inferiores, consideradas como un reino, están diferenciadas dentro de estas distintas familias de seres animados por las diversas almas dentro de cada una de ellas; y, claro, detrás del alma de la que emanan, en cada entidad

individual están todos los otros principios que por igual conforman al hombre. *Pero todos los principios superiores están latentes en la bestia.* Por eso el hombre pertenece a otro reino, el humano, pues en él se encuentra el principio buddhi más o menos activo. Manas brota del buddhi como el fruto de la flor; pero manas mismo es mortal, se desintegra cuando llega la muerte. Todo lo de éste que vive luego de la muerte es sólo lo que es espiritual en él, y eso puede ser exprimido de él, por decirlo así. H.P.B. le llama el aroma del manas, muy parecido a como los químicos toman de la rosa el aceite esencial o la esencia de las rosas.

La última es el “alma” física, o cuerpo: el sthūla-śarīra, el cuerpo grosero, prāṇa, y el līṅga-śarīra.

Ya hemos hablado antes del alma perdida como estando en un polo, y de los Maestros en el otro polo, de la conciencia. Es entre el alma humana superior y el alma humana (o propiamente el hombre) que yace la frontera psicológica sobre la que uno tiene que pasar hacia delante o hacia arriba, hacia atrás o hacia abajo; hacia la regeneración o degeneración. Si van ustedes hacia arriba y continúan yendo hacia arriba, o más bien hacia adentro —recuerden por favor que nos vemos obligados a usar lenguaje humano en todas estas descripciones; en realidad no vamos hacia arriba en el espacio; es de *calidad* de lo que hablamos, el refinamiento de la calidad del ego humano, es el penetrar, el irrumpir, por decirlo así, en las finales fundas de nuestro ser interno lo que hace la distinción—, si continuamos yendo hacia arriba o hacia dentro, alcanzamos finalmente la Maestría. Pero, por el contrario, si descendemos, si nuestra calidad de alma egoica se deteriora por completo, entonces al final perdemos el ego-centro, el centro de alma que, divorciado de su hilo de vida superior, es disipado y, como ya hemos dicho, es finalmente aniquilado. Está el caso de un alma perdida en uno de los polos de la conciencia, y el del Maestro en el otro polo. Cuando la mortalidad se vuelve inmortalidad, cuando lo corruptible se vuelve lo incorruptible, entonces logramos la total y completa Maestría consciente, nos volvemos un señor de vida.

Como se dijo antes, cuando el centro de conciencia que somos ahora es rendido a la total atracción o gravitación hacia la materia, el impulso se incrementa con el tiempo y el uso y, como si fuese por desgaste, esa parte de nosotros donde nuestra conciencia egoica entonces reside, llamada alma, se consume por desgaste y finalmente se desvanece. Es exterminada, aniquilada; nada queda de ella. Se hunde en la Octava Esfera, el Planeta de la Muerte, donde se encuen-

tra finalmente con su terrible destino. En cuanto a la esencia monádica (espiritual) de nuestro ser, tiene entonces ella que desarrollar un nuevo centro de conciencia o vehículo egoico para futuras reencarnaciones. Ahí es donde entra la seriedad de este asunto. Tiene que desarrollar o evolucionar el nuevo centro de alma, el nuevo centro egoico, para retomar de nuevo el correspondiente eslabón en la serie de vidas; y puede ser que en ciertas circunstancias edades y edades deban pasar antes que el nuevo desarrollado vehículo de conciencia monádica sea capaz de recuperar el tiempo y las oportunidades perdidas. Mientras tanto, la ola de vida racial se ha adelantado por mucho en el sendero del destino, dejando a los “fracasados” lejos en la retaguardia.

VEINTE

EL ASPECTO SUPERIOR DE LA PSICOLOGÍA HUMANA. LA INICIACIÓN Y LOS MISTERIOS: AVATĀRAS, BUDDHAS Y BODHISATTVAS. SU RELACIÓN CON LOS GLOBOS, RONDAS Y RAZAS.

En verdad que “para la salvación del bien y la destrucción de la iniquidad”, las personalidades conocidas como Gautama, Śankara, Jesús y unos pocos más, nacieron cada cual en su época, tal como se declaró: “Yo nazco en cada yuga”, y todos nacieron por el mismo Poder.

Hay un gran misterio en tales encarnaciones, que caen fuera y más allá del círculo general de renacimientos. En tres grupos pueden dividirse los renacimientos: Las encarnaciones divinas llamados Avatāras; las de los Nirmānakāyas o adeptos que renuncian al Nirvāna con el propósito de auxiliar a la humanidad; y la sucesión natural de renacimientos para todos: la ley común. El Avatāra es una apariencia, que podríamos llamar una ilusión especial, dentro de la natural ilusión producida en los planos en que reina Mâyâ; el Adepto renace conscientemente, a su voluntad y albedrío*; pero las unidades de las masas siguen inconscientemente la gran ley de la evolución dual.

¿Qué *es* una Avatāra?, pues el término antes usado debe ser bien comprendido. Es un descenso de la Divinidad manifestada, llámese Shiva, Vishnu o Ādi-Buddha, en la forma ilusoria de una individualidad, una apariencia que para el hombre, en su plano ilusorio, es objetiva, pero que realmente no lo es. Esa ilusoria forma no tiene pasado ni futuro; porque no ha tenido encarnaciones anteriores ni tendrá subsecuentes renacimientos, y por lo tanto, para nada interviene en ella el karma.

*El verdadero Adepto iniciado no pierde jamás esta condición, por muchas veces que reencarne en nuestro ilusorio mundo. La fuerza determinante de esta serie de encarnaciones voluntarias *no es* Karma, tal como éste se entiende ordinariamente, sino otro poder todavía más inescrutable. Durante el período de sus vidas no pierde el Adepto su calidad de tal, aunque tampoco pueda elevarse, entretanto, a un grado superior.

—H. P. BLAVATSKY, “La doctrina de los Avatāras”, “*La Doctrina Secreta III*”, p. 364 [VI, 17-8]

AL SUMERGIRNOS directamente en nuestro tema de esta noche, se recordará que hemos estado estudiando la naturaleza del Maravilloso Ser del cual H. P. Blavatsky escribe en su primer volumen de *La Doctrina Secreta*; y que las palabras clave por

las que podemos tener alguna apreciación de la manera como este Maravilloso Ser trabaja en la humanidad, y de manera más particular en la jerarquía psicológica, a través de los ciclos de los Misterios y de la iniciación, eran el “Baniano humano”.

También leemos en la página 424 del mismo volumen, bajo la sección 12, “La teogonía de los Dioses Creadores”, las palabras de H. P. Blavatsky referentes a la jerarquía de fuerzas, en donde señala ella cómo estas fuerzas se entendían originalmente en su sentido auténtico como inteligencias y conciencias que trabajan en la naturaleza; pero que cada nación, a medida que pasaron los ciclos del tiempo, si bien entendió estas fuerzas e inteligencias de la misma manera, les dieron diferentes nombres, y desarrollaron un entendimiento filosófico del mecanismo, por decirlo así, del kosmos de maneras o formas un poco diferentes, y que estas distintas formas filosóficas eran las varias escuelas de Misterios; por ejemplo, en Samotracia y Eleusis en Grecia, y escuelas similares en otros países.

Ahora bien, hasta el presente hemos estado hablando en términos más o menos generalizados respecto a este Maravilloso Ser; pero esta noche vamos a tratar de particularizar, preguntándonos definitivamente quién y qué es este Maravilloso Ser.

Para hacerlo, estamos emprendiendo una tarea en extremo difícil a causa de la sutil naturaleza de los temas que en su totalidad descubren la verdad acerca de este Maravilloso Ser. No podemos entender quién y qué es este Maravilloso Ser sin entender algo de las iniciaciones de las Escuelas de Misterio; y para entenderlas tenemos que comprender algo del aspecto superior de la psicología humana; y, asimismo, para entender eso, tenemos que entender las otras doctrinas que hemos venido estudiando, tal como la de las jerarquías, y la doctrina de svabhāva, y otras.

Comprendan por favor que estas siete joyas, estos siete tesoros de la sabiduría, comprenden en pequeña escala todo el conocimiento humano posible durante este kalpa; o sea, las enseñanzas clave que forman esos siete tesoros. Comprenden todo lo que el hombre ha conocido, lo que la humanidad conoce ahora, y lo que la humanidad puede conocer, en este kalpa. Son, realmente, una corta sinopsis bajo la forma de principios filosóficos —estas siete joyas— de todo el posible conocimiento humano; y depende de cada uno de nosotros cuánto de ese conocimiento podamos entender.

Probablemente ya habrán notado ustedes que ninguna de estas joyas puede ser entendida completamente si se considera en forma

aislada. Se complementan entre ellas y se explican unas a otras. A cada una de ellas la explican las otras seis; cada una de ellas explica las otras seis y las complementa. Por favor, no imaginen ni por un instante que son separados y distintos compartimientos del conocimiento en un sentido materialista. No hay más que un conocimiento, una verdad, así como sólo hay una vida, y un ser primordial; pero estas distintas joyas, estas siete joyas, son diferentes facetas, por decirlo así, diferentes pilares, por cambiar la figura, en el templo de la sabiduría divina.

Se recordará que en nuestro último estudio hablamos de dos razones principales por las que los Maestros han mantenido tan secretas éstas y otras doctrinas, y por qué eran tan grandes las penas por traicionar estos conocimientos. En primer lugar, porque estas enseñanzas que hemos estado estudiando, y muchas otras, derivadas de ellas, son la sublime recompensa de aquéllos quienes a sí mismos se han probado ser merecedores de ellas como para poder ir más lejos detrás del velo de la vida. Pero la razón principal es que no pueden ser comprendidas por la mente no entrenada, incluso si esas enseñanzas fuesen difundidas; simplemente no podrían entenderse. Por supuesto, las grandes mentes entenderían más de lo que podrían entender las pequeñas mentes; pero a causa del imperfecto desarrollo espiritual de las mentes de los hombres en lo que va de esta cuarta ronda, los hombres simplemente no pueden entenderlas sin al menos algún entrenamiento, y el resultado de la exposición ilícita de ellas serían degradaciones de las enseñanzas que originalmente fueron dadas a los hombres por los dioses en las tempranas eras de la raza humana.

Esta declaración no es una observación vana. A estas enseñanzas se las ha traicionado en algún grado en distintos momentos, y siempre han resultado en lo que llamamos magia negra, la consecuencia natural de un mal entendimiento y de una mala aplicación de ellas y de los principios de verdad que están en ellas. Incluso ahora hallamos hombres y mujeres que, aunque no sepan nada de estas doctrinas secretas, van de un lado a otro, atribuyendo a sus enseñanzas lo que ellos llaman realidades espirituales, y profesando saber todo lo del cielo y lo de la tierra. Tengan en cuenta que ningún auténtico maestro espiritual cobra nunca dinero, o cualquier otra cuota u honorario, por verdades espirituales.

Todos sabemos lo que H. P. Blavatsky dijo acerca de tal acción. “De buena gana moriría de hambre en la cuneta de la calle antes que tomar un centavo por enseñar verdades espirituales”. Ésa

es la prueba por la que uno puede distinguir, o al menos una de las pruebas, entre el maestro auténtico y el falso. Ésa es una manera en la que una enseñanza puede ser degradada. Nuestros Maestros no desean que se malentiendan y se degraden estas gloriosas doctrinas, y, quizás, las almas humanas, en relativamente altos números, se engañan y se corrompen y sus pies pisan sobre el sendero que conduce hacia abajo.

Ahora bien, en Grecia —tomaremos este caso primero como un ejemplo— existían dos cuerpos de los Misterios, los Menores y los Mayores. Los Menores, en Ática, eran celebrados en la primavera; y los Mayores eran celebrados por el período del equinoccio de otoño, en septiembre, en Eleusis. Los Menores consistían, en primer lugar, en purificaciones, externas e internas, del alma y de la mente, y más que todo internas, pues esa es la auténtica purificación; y, en segundo lugar, en las dramatizaciones de lo que tomaría lugar en realidad después, en los Grandes Misterios. Representaban de forma dramática, ilustrada, aquello que los Grandes Misterios traerían a los candidatos.

Los Misterios de Samotracia, también una institución griega, eran probablemente los más antiguos de Grecia. Pero estas dos escuelas de los Misterios, si bien enseñaban las mismas realidades fundamentales y las mismas verdades primordiales, no enseñaban las mismas cosas. Por ejemplo, los Misterios de Samotracia eran lo que en la actualidad nosotros llamaríamos más bien científicos. Lidiaban con la naturaleza y con las operaciones de los Kabeiroi, que pertenecían a la clase de entidades espirituales llamadas “constructores”, el septenario inferior; mientras en Eleusis —y este nombre *Eleusis* significa el “Advenimiento” o la “Llegada”, y *Eleusinia*, “cosas que están por venir”—, en Eleusis se enseñaban las doctrinas más teológicas y místicas, de manera más particular lo que ocurriría al hombre después de la muerte. De ahí el nombre del lugar, Eleusis, en donde se celebraban, y el nombre de los Misterios en sí, los “Eleusianos”, es decir, las cosas que serán o que vendrán.

Cada país tenía su propia jerga mística, o dialecto o manera de hablar de, y en, los varios Misterios; y con respecto a los Misterios en Grecia, en Siria y en Palestina, estas jergas o palabras técnicas se parecían mucho unas a otras. Por ejemplo, en Siria, a los profanos se los llamaba cerdos y perros; a los traidores se les llamaba lobos. Aquéllos de ustedes que recuerden su Nuevo Testamento probablemente recordarán los casos en los que se habla de los cerdos y perros y, creo, también de los lobos. Zorros era el término empleado para aquéllos

que trataban de entrar a los Misterios ilícitamente. Todos estos términos son tomados de los atributos de ciertos animales, que en acción ilegítima el hombre copiaba: el zorro debido a su astucia; el lobo debido a su descarada crueldad y falta de conciencia —al menos, ésa es la reputación que tiene—; el cerdo y el perro debido a la reputación que han tenido siempre estas bestias en el oriente.

Pero mientras estos términos eran parte de la jerga de los Misterios de esos países para esos días, tal como lo señalamos en nuestra última reunión, no es el lenguaje usado en nuestra Escuela. Yo no creo, como dije, que Jesús alguna vez llamara a aquéllos que no eran iniciados en los Misterios de su tiempo “cerdos y perros”. Si él lo hizo, la presunción se vuelve certeza de que no perteneció a nuestra Escuela; pero como sí perteneció, tenemos que concluir que semejante lenguaje vino de sus discípulos que vivían probablemente en Alejandría, donde los Evangelios fueron casi con certeza compuestos y escritos en la forma en la que actualmente los conocemos.

A continuación, volvemos al asunto que se relaciona directamente con nuestro estudio, al tema principal, a nuestro pensamiento central. Abran bien sus corazones; expulsen de sus mentes por unos instantes todos los pensamientos que sean personales y que no sean dignos de la atmósfera en la que estamos entrando ahora. En nuestro último estudio tomamos cuatro palabras técnicas para de alguna manera explicar con ellas nuestro presente gran tema, hablando alrededor de él en vez de hablar de él, cuatro palabras usadas en el budhismo trashimaláyico porque, en primer lugar, fueron las palabras que usó H. P. Blavatsky, y, en segundo lugar, porque son las palabras que se encuentran en los libros esotéricos del oriente y que pertenecen a nuestra Escuela. Tres de éstas son: *ādi-buddha*, la “sabiduría primordial”, o Logos, como lo habrían dicho los griegos; luego el *dhyāni-buddha*, el “buddha de la meditación o de la contemplación”, de los que hay siete; luego el *mānushya*, el “buddha humano”. Pero estos tres están relacionados: el *ādi-buddha* como el Logos, el *dhyāni-buddha* como el buddha causal, el *mānushya-buddha* como el agente en nuestro plano de la jerarquía celestial. Estos buddhas pertenecen a una jerarquía celestial que se contrasta con la jerarquía cósmica o constructores. La cuarta palabra es *bodhisattva*.

En reuniones anteriores hemos hablado de los espíritus planetarios, utilizando este término en su sentido general como equivalente a *dhyāni-chohans* o señores de la meditación. Esta noche daremos un paso más. Los planetarios son los constructores del mundo astral-

material, y trazan sus planes, y obtienen su vida superior, y sacan su sabiduría (fuera de lo que ellos mismos han ganado) de la jerarquía celestial, el septenario superior; y esta jerarquía celestial se origina en ādi-buddha, el buddha primordial, o el Logos.

Ahora bien, para cada ronda de nuestro ciclo planetario septenario (esto es, de este kalpa o Día de Brahmā que comprende todas las siete rondas) hay un dhyāni-buddha que preside, un buddha de la contemplación, un buddha causal; y todos los eventos de los siete globos de nuestra cadena planetaria están bajo la vigilancia o supervisión del particular dhyāni-chohan de esa ronda. Nuestra presente ronda, siendo la cuarta, está bajo la supervisión del dhyāni-buddha que pertenece al cuarto grado de la jerarquía celestial. Para cada globo de la cadena planetaria existe lo que los budhistas llaman un *bodhisattva*, una palabra sánscrita que significa “aquél cuya esencia es la sabiduría”.

Este bodhisattva es un hijo nacido de la mente, por decirlo así, del dhyāni-buddha de esa ronda. Existe un dhyāni-bodhisattva para este globo, como también uno para cada uno de los tres globos que preceden a este globo en el arco descendente; y, asimismo, un bodhisattva para cada uno de los tres globos que siguen a éste en el arco ascendente: un bodhisattva para cada uno. Este dhyāni-bodhisattva es la cabeza espiritual de la jerarquía psicológico-espiritual de cada globo. Tomemos nuestro globo como ejemplo. Nuestro dhyāni-bodhisattva es el Maravilloso Ser, el Gran Iniciador, el Observador Silencioso de nuestro globo; en un sentido, una emanación del dhyāni-buddha que vigila toda la ronda, pero no sólo una exudación o prolongación, por decirlo así, del dhyāni-buddha. Cada bodhisattva es una entidad en sí mismo. Es como un rayo de ese dhyāni-buddha.

Y proseguimos. Durante la evolución sobre nuestra tierra (y correspondientemente sobre los otros seis globos) la ola de vida corre a través de siete etapas llamadas razas raíces. Cada una de estas razas raíces es acomodada por un mānushya-buddha, un buddha humano, quien es el “hijo” del bodhisattva del globo de la misma manera que el bodhisattva del globo es el “hijo” del dhyāni-buddha de la ronda. A cada una de estas razas raíces se le divide luego en su punto medio, por decirlo así. Cuando corre la mitad de su ciclo, entonces surge el cataclismo racial, pues ésa es la forma en que opera la naturaleza; y presidiendo a ese cataclismo está otro buddha humano, o mānushya-buddha, de menor grado.

¿Es un hombre este Maravilloso Ser? Lo es. ¿Es más que un

hombre? Lo es. ¿Es una entidad septenaria? Lo es. ¿Cómo es comunicada la influencia de este Maravilloso Ser a sus agentes, los buddhas humanos y los bodhisattvas humanos?

Vamos a estudiar por un momento un tema relacionado, de tipo psicológico, antes de proseguir. No podemos entender lo que de aquí en adelante tiene que ver con nuestro tema hasta que hayamos al menos esbozado este asunto psicológico. Como ustedes saben, el hombre es septenario. El hombre puede dividirse en una forma triple: un hombre espiritual, un hombre intermedio o altamente etéreo, y un hombre físico-astral. En otras palabras y en términos “psicológicos”: (1) hombre divino, (2) hombre espiritual, (3) hombre personal. Ahora, entonces, ¿qué es un avatāra? Un avatāra, como comúnmente se supone, es el descenso de un dios en una forma humana. Esa idea es exotérica. No es falsa, pero solo puesta en esos términos y sin añadirle más explicación es bastante engañosa.

Ustedes recuerdan lo que dice Kṛiṣṇa en el *Bhagavad-Gītā*: “Yo encarno período tras período para destruir la maldad y restablecer la rectitud”. Kṛiṣṇa representa ahí al Logos, o mejor, quizás, al rayo logoico; y el Logos —o su rayo o influencia— en nuestro plano sería completamente impotente e inactivo, y no tendría posibles medios de comunicación con nosotros y con nuestra esfera, porque ese rayo logoico carece de un vehículo o portador intermedio que sea *completamente consciente*, es decir, carece del mecanismo intermedio o altamente etéreo, el humano-espiritual en nosotros, el cual, en el hombre ordinario, *está solo ligeramente activo*. Un avatāra tiene lugar cuando un rayo directo proveniente del Logos entra en, inspira completamente e ilumina, un ser humano, a través de la intermediación de un bodhisattva que ha encarnado en ese ser humano, suministrando así el más propicio, bien dispuesto y completamente consciente vehículo o portador. Este “ser humano” no posee ego kármico propio. Lo egoico, el ego, la parte intermedia, el altamente etéreo y completamente consciente intermediario, el elemento humano-espiritual, lo suministra el bodhisattva que encarna; es decir, los principios personales altamente evolucionados de un buddha, que es por lo demás un nirmāṇakāya —no el elemento superior de ese buddha, que está en nirvāṇa, sino el elemento personal-espiritual del buddha, glorioso, puro y grandioso, el ego espiritual-personal— entra en el cuerpo de ese ser humano por completo puro antes o poco después de su nacimiento, y de este modo suministra el vehículo intermedio apropiado para la encarnación del rayo logoico. Eso es un avatāra.

Por ejemplo, nace un niño. Ese niño tiene una naturaleza psicoastral de transparente pureza y belleza, y atrae magnéticamente, si se quiere, pero espiritualmente en realidad, un rayo proveniente del Logos. Su propio ser superior está, por supuesto, completamente activo, y el rayo logoico —que es ELLO MISMO— se manifiesta en él. Además, un bodhisattva, bajo las condiciones que prevalecen cuando se requiere de un avatāra en la tierra, entra también en ese cuerpo, suministrando de este modo el elemento egoico. Así, pues, tenemos esta maravilla: un cuerpo humano puro con su prāṇa y cuerpo-modelo astral, pero sin un verdadero ego kármico encarnante, un bodhisattva que suministra ese elemento egoico de una aún más grande pureza de lo que es posible para los hombres ordinarios, evolucionado hasta el grado que se requiere para una encarnación del rayo logoico o ātmico, siendo ese rayo logoico y el ser superior del niño nacido realmente uno. Pero este misterio de la vida es una circunstancia bastante excepcional.

Pasemos a otro aspecto de este mismo tema psicológico. Tomemos el caso del Señor Buddha. Noten por favor que hablamos acá del Señor Buddha, aunque hablamos de un gran hombre como Siddhārtha, su nombre personal, y del sabio Gautama, o Gautama-Śākyamuni. Gautama era su nombre de familia; Śākya, su nombre de clan; Śākyamuni, el sabio Śākya, era el título que se le dio en sus últimos años y posteriormente. Cuando Śākyamuni entró al nirvāṇa en vida, exotéricamente se dice entonces que el “murió” a la edad de ochenta años; pero nuestras enseñanzas lo muestran viviendo hasta los cien años antes de haber abandonado su cuerpo físico para permanecer en la tierra como un nirmāṇakāya. Todos sabemos lo que es un nirmāṇakāya; es un hombre entero solo sin su cuerpo físico. ¿Pero eso es todo lo que hay acerca de este maravilloso misterio? En absoluto. Las porciones superiores del Buddha estaban en nirvāṇa; sin embargo, el ego espiritual-personal permaneció en la tierra, activo, como una entidad activa, una fuerza para el bien espiritual, como un nirmāṇakāya, sombreado por el elemento nirvāṇico, y este nirmāṇakāya fue, por favor tengan el cuidado de notarlo, un bodhisattva humano. Es la enseñanza que este bodhisattva, el elemento egoico del Buddha Gautama, como fue el caso de los buddhas previos, fue un rayo humano-espiritual de la esfera dhyāni-bodhisattva.

Perciben ustedes la dificultad, la extrema dificultad, de aclarar estos sutiles y muy espirituales temas a las mentes no entrenadas en nuestra metafísica. En realidad éstos requieren años de pensa-

miento profundo. Veámoslo de nuevo desde otro aspecto. ¿Quién fue Jesús? ¿Qué fue Jesús? ¿Quién fue Apolonio de Tiana? ¿Qué fue él? La enseñanza es que ambos fueron encarnaciones de un nirmāṇakāya, y que ambos tuvieron la misma misteriosa conexión con el bodhisattva del Buddha Gautama. Apolonio no fue un avatāra, aun cuando Jesús sí lo fue. Existen estrechas similitudes psicológicas entre estos dos casos maravillosos de la historia; no obstante, no son idénticamente el mismo misterio. Solo señalo de paso acá que místicamente un buddha está por encima de un avatāra, por razones que serán explicadas en el debido curso de nuestro estudio.

Vayamos un paso adelante. Todos ustedes han leído acerca de las encarnaciones de los buddhas en el Tíbet. Hablamos ahora en lenguaje exotérico, como el que leerán en Sven Hedin o en muchos otros de los exploradores europeos. Algunos de ellos han visto estas llamadas encarnaciones del Buddha. Por favor entendamos de una vez por todas que nuestra Escuela no es Lamaísmo; nuestra Escuela es representativa de la sabiduría arcaica, esotérica, del mundo, aunque por el otro lado sea verdad que la parte esotérica del Lamaísmo tibetano, correctamente entendido, es en gran medida el enfoque doctrinal más cercano a las doctrinas de nuestra Escuela. Con todo y los defectos que puedan tener los tibetanos, con todo y los varios inconvenientes que nosotros los occidentales pudiéramos considerar que tienen ellos en uno u otro sentido, no obstante la enseñanza esotérica en el Tíbet está más próxima a la de nuestra Escuela que cualquier otra enseñanza.

Pero, ¿cómo se originó esta tan interesante y curiosa doctrina de las consecutivas reencarnaciones del Buddha en el Tashi-Lama y el Dalai-Lama tibetanos, y en muchos otros pertenecientes a la jerarquía budhista de varios monasterios del Tíbet? Se originó en la doctrina-madre que estamos estudiando en este momento. Recordarán ustedes que H. P. Blavatsky habla en el pasaje de *La Doctrina Secreta* que estamos estudiando ahora, de un evento que sucedió antes de la separación de los sexos en la tercera raza-raíz, cuando un cierto “ser espiritual” encarnó en los hombres; y dice ella que no era ésta una raza, sino que, luego de este Maravilloso Ser, llegó a ser una sucesión de grandes entidades espirituales. Es en realidad la *transmisión* del ser interior, del ego si se quiere, del hombre etéreo, de ese Maravilloso Ser originario que vino a los humanos desde esferas superiores a fin de iluminar y salvar a la humanidad, comenzado con la tercera raza-raíz, y que a partir de entonces y por eras, se vierte en vehículos

de carne y de mentalidad humanas, incluso hasta nuestros días. Recordarán ustedes que ella habló de este Maravilloso Ser como de un hombre, y no obstante como de uno que no era un hombre, uno en relación al cual las leyendas abundan en el Oriente. En todas las épocas ha habido misteriosas alusiones al Maestro-Iniciado, al Grande, al Jefe de todos los Maestros, al Observador Silencioso, al Gran Iniciador, y así sucesivamente. El lamaísmo tibetano extrajo de ese hecho la enseñanza de las consecutivas reencarnaciones del Buddha. Ésta es una cuestión interesante, y quizás algún día la investiguemos más detalladamente; pero no podemos tocar el lamaísmo tibetano con más detenimiento esta noche.

Es necesario, sin embargo, entender que la diferencia entre la transmisión de un elemento egoico como sucede en la línea buddhaica del Tíbet, y aquellas excepcionales encarnaciones llamadas los avatāras, es, en un sentido, grande, mientras que en otro sentido son bastante parecidas. Son bastante parecidas en lo siguiente: en ambos casos el upādhi (o vehículo) escogido para la manifestación de la entidad superior es un ser humano. Asimismo, en ambos casos el upādhi psico-etéreo es un bodhisattva; es decir, en el caso de un avatāra, el bodhisattva es el glorificado hombre personal de un buddha, de un mānushya-buddha; la sucesión lamaica es también bodhisátvica, pero de una intensidad inferior, por decirlo así: una *influencia* bodhisátvica más que una completa encarnación de un bodhisattva, como sucede en el caso de un avatāra.

Las doctrinas que los estudiantes del buddhismo exponen en los libros que ellos publican en Occidente acerca del buddhismo, son, por supuesto, aquéllos que ellos mismos obtienen de los libros buddhistas, por lo general con una muy inadecuada comprensión de los sutiles puntos de aquello que es lo más espiritual de todas las religiones; e incuestionablemente estos estudiantes se esfuerzan por comprender y sincera y honestamente exponer eso que ellos creen que es el auténtico significado de las enseñanzas buddhistas. Pero es asombroso que no tengan mayor éxito; y la razón es que se acercan a su estudio con mentes materialistas occidentales, ideas preconcebidas y prejuicios materialistas occidentales. Llegan a sus estudios con una actitud mental que ellos mismos no reconocen como existente, y en consecuencia se ponen a hablar sabiamente —cuando no alcanzan a comprender los significados— acerca de las “supersticiosas extravagancias de la imaginiería oriental”, etc., etc. Ahora, ¿cómo es posible entender la verdadera naturaleza de la esencia real de cualquier cosa

si usted comienza su estudio con la prepotente idea de que sabe mejor y más del asunto que lo que sabían las personas que escribieron las cosas que usted está estudiando? Semejante egoísmo destruye la simpatía y oscurece la visión verdadera, y si su estudio va a ser sobre temas religiosos, inevitablemente verá todas las declaraciones hechas o las doctrinas formuladas como “caprichos de monjes”. Pero como se señaló en otros estudios, no existe una doctrina exotérica que pertenezca a las grandes religiones del mundo *antiguo* que sea intrínsecamente falsa. El hecho es que la enseñanza exotérica *es* la verdad, pero se necesita de una clave para explicarla; y sin la clave puede de hecho ser, y usualmente lo es, malentendida y malinterpretada, y degradada de una manera muy similar a ésta de la cual hablamos en la apertura de nuestro estudio de esta noche.

Pasemos ahora a otro tema relacionado con éste, colateral, que muestra otra faceta de la joya. Nos dicen que el buddha humano, el mānushya-buddha Gautama- Śākyamuni, nació 643 años antes del primer año del inicio aceptado de la era cristiana. Nuestra doctrina nos dice además que un buddha racial humano aparece al principio de una raza-raíz, y que uno menor precede el punto medio de la misma. Llamo su atención sobre el hecho de que nos estamos acercando ahora al punto medio de nuestra quinta raza-raíz. Estamos en la cuarta sub-raza de esa quinta raza-raíz, no en la quinta sub-raza de la misma. Por favor tenga claro esto en sus mentes. Todavía pasarán entre dieciséis mil y veinte mil años antes de que el cataclismo racial se produzca, el cual cortará a nuestra quinta raza-raíz en dos, exactamente igual a como le sucedió a los atlantes de la cuarta raza y a los lemurianos de la tercera raza que los precedieron; y como les sucederá a las dos razas- raíces que seguirán a la nuestra, la sexta y la séptima.

Ahora bien, la razón por la cual algunos estudiantes han supuesto que racialmente nos encontramos ahora en la *quinta* sub-raza es debida a un error de interpretación, muy perdonable, es cierto, ya que todos sabemos que el tema de los ciclos y números está siempre casi velado. Esta interpretación errónea o idea equivocada parece haber surgido de lo que H. P. Blavatsky escribió en el volumen II de *La Doctrina Secreta*, en las páginas 435 y 445; Y deseo llamar su atención al hecho de que uno de los “velos” más comunes que un maestro está obligado a poner cuando escribe sobre asuntos esotéricos en un trabajo público es *utilizar la misma palabra en diferentes sentidos*. Existe una obligación esotérica de hacerlo así cuando es

necesario, para decir la verdad a aquéllos que pueden y que les es permitido leer, y a la vez ocultarla de los “perros”, “cerdos” y “zorros”, si me perdonan mi uso acá del Nuevo Testamento o de la jerga siria. Llamo su atención en la conexión de lo antes mencionado con *La Doctrina Secreta*, Volumen I, página xliii: “. . . estando cada Ronda constituida por los Yugas [Eras] de los siete períodos [razas-raíces] de la Humanidad, cuatro de los cuales han pasado ya en *nuestro* ciclo de vida, y debiendo alcanzarse muy pronto el punto medio del quinto”. También llamo su atención a la página 610 de este mismo volumen, donde H. P. Blavastky dice: “Pero como nosotros estamos en el punto medio de nuestra *sub-raza* de la Quinta Raza Raíz —el apogeo de la materialidad en todas—, las propensiones animales, aunque más refinadas”, etc. El “apogeo de la materialidad en todas” significa solo una cosa: *el punto medio de la cuarta de cualquier serie cíclica*: por ejemplo, *la cuarta sub-raza primaria*; *la cuarta sub-raza de la cuarta sub-raza primaria* de la quinta raza-raíz, y así.

Supongamos que por conveniencia dividimos las razas de la siguiente manera: *raza-raíz*, significando, realmente, la primera o raíz, o la sub-raza primaria originaria, pero se aplica comúnmente a todas las siete sucesivas sub-razas primarias de una raza-raíz y a todas las muchas otras sub-razas más pequeñas incluidas en esas siete. La primera *raza-raíz*, luego la primera sub-raza primaria; hay siete de estas sub-razas primarias en el gran ciclo racial; luego la sub-raza secundaria, existiendo siete de estas sub-razas secundarias en cada sub-raza primaria; luego siete razas-familia en cada sub-raza secundaria; luego siete razas nacionales en cada raza-familia. No necesitamos continuar. Unos pocos pasos más en la serie y llegarán ustedes a la unidad-entidad, u hombre individual. Pero por favor examinen también la página 147 y la página 710 del volumen II, pues éstas retribuirán bien el detallado estudio que hagan de ellas.

Recordarán ustedes que en otra parte de *La Doctrina Secreta* H. P. Blavatsky, al hablar del ciclo de precesión de 25.920 años, dando aquí las antiguas cifras, le llama el ciclo de una raza-familia, es decir, la raza que incluye siete razas nacionales. La raza europea es una raza-familia; y por tanto cuando habla ella del tiempo de vida de esta raza-familia dice que le quedan aproximadamente 16,000 años más. Así que ya ven ustedes que desde nuestro ordinario punto de vista humano no estamos aún muy cerca del gran cataclismo racial; pero desde el punto de vista de los ciclos de la edad de una raza-raíz, un período tan breve como 16,000 años es como decir mañana, o in-

cluso dentro de una hora. Un corto período de 16,000 o 20,000 años es insignificante en duración en el drama del alma.

Y H. P. Blavatsky, en algún lugar —creo que fue en su revista *Lucifer* en 1887 o 1888— alude bastante gráficamente a los terremotos que ocurrían entonces y que eran reportados en los periódicos, y los llama los *precursores* de lo que nos va a pasar a nosotros *como raza*. ¿Pero es América el *futuro* hogar de la sexta sub-raza? Sí. ¿Cuál sub-raza? ¡Sub-raza es demasiado vago! ¿Será una sexta raza-familia? Pero si América será entonces en cerca de 16,000 años, o la última parte de un ciclo de precesión de 25,920 años contados a partir de ahora, el hogar de la sexta raza-familia, H. P. Blavatsky continúa inmediatamente, de manera magistral, como lo haría cualquier iniciado para llevar a la mente más allá, y dice que América será también el *semillero*, el *vivero*, de la sexta raza-raíz, una afirmación igualmente cierta, ¡pero que incluye un vasto período de años entre ambos puntos! Cuando ese postrero y muy distante día amanezca, América ya no será más. Mucha de la tierra de América que está ahora sobre las aguas estará bajo ellas, y nuevas tierras, que ahora conforman el lecho marino, habrán surgido sobre su superficie. Hasta donde sabemos, Norte y Sur América podrían estar más estrechamente unidas. Nuevas tierras emergerán del actual Pacífico, alzando así los antiguos lechos de Lemuria de nuevo, para que se unan a nosotros acá en nuestras costas occidentales.

Así que cuando leamos de sub-razas tengamos cuidado, seamos cuidadosos, no sea que los moldes de nuestras mentes, engañándonos, nos lleven por un mal camino a causa de simples palabras que son velos. ¡Rompan los moldes de sus mentes a toda costa! ¡Liberen sus mentes, manténganlas maleables! Niéguese a tomar como la única verdad cualquier afirmación aislada, sea cual sea, dondequiera que la encuentren. *Tómenla*, pero no aislada; contrástenla, compárenla, estúdienla y analícenla si es que quieren la verdad. Esto es especialmente necesario cuando se trata de una cuestión de ciclos, y con las palabras que tienen que ver con ciclos. Observen con cuidado cuando vean la palabra sub-raza, observen con cuidado cuando lean del Buddha. ¿Cuál buddha? O del bodhisattva: ¿Cuál?

Así que posponemos para un estudio posterior y más extenso los temas que hemos tratado de bosquejar esta noche. Mucho más deberá y será dicho acerca de este Maravilloso Ser. Pero, en resumen, no malinterpreten mis palabras acerca de este Maravilloso Ser. Recuerden la sucesión: primero, el Logos, el ādi-buddha; luego los siete

dhyānis, cada uno de los siete que inspiran y supervisan una de las siete rondas, que es el buddha causal, el sol, si gustan, que emanan de él innumerables seres inferiores. Luego los dhyāni-bodhisattvas, siete de ellos, uno para cada globo de la cadena planetaria; y siete mānushya-buddhas, uno de ellos para cada una de las siete razas-raíces en cada globo durante cada ronda. Probablemente haya casi innumerables casos en los que un bodhisattva, un rayo búddhico, a medida que pasan los ciclos del tiempo, alcanza en la Logia de los Maestros, donde el Gran Iniciador, el Altísimo, está, la Emanación-Humana del Maravilloso Ser, e inspira e infunde la sabiduría antigua en un alma de algún ser humano grande y puro, como lo fue Jesús de Nazaret, Apolonio de Tiana y muchos, muchos otros cuyos nombres no nos son familiares a nosotros los occidentales.

Y en las iniciaciones existen tres cosas que suceden. Están directamente relacionadas con el tema del Maravilloso Ser y de los bodhisattvas. Recuerden que la iniciación es el apresuramiento o avivamiento del alma de aquél que está preparado. Es un proceso de aceleración de la evolución para producir una más rápida evolución del hombre interior, la cual, de otra forma, el hombre ordinario alcanzaría solo luego de muchos siglos. En estas iniciaciones, y en la quinta, para particularizar, ocurre lo que se llama la *teofanía*. Los cristianos utilizan esa palabra, como también *epifanía*, que es una forma menor de lo mismo, y dicen que debe celebrarse entre el 4 y el 6 de enero, teniendo el asunto una relación directa con el calendario del año solar del cual hablamos en nuestro último estudio. *Teofanía* significaba originalmente la “aparición de un dios”. En realidad es el siguiente misterio: en la quinta iniciación, el ser humano a prueba, el chela a prueba, *se encuentra con su propio ser divino cara a cara*, y por un tiempo más largo o más corto *se vuelve uno con él*. Entonces conoce la verdad. Recordarán ustedes que la única forma de entender realmente una cosa es *convertirse en esa cosa*. Y ése es el verdadero significado de lo que ocurre en las auténticas y verdaderas iniciaciones, y la *epifanía* es una manifestación menor de la *teofanía*. Es una palabra griega que significa “brillando sobre”, o iluminando; mientras que *teofanía* significa el “resplandor visible de un dios”: *el propio ser interno superior de un hombre*.

Si la teofanía se ha más o menos completado para el final de la iniciación o prueba, el chela posee entonces *teopneustia*, que significa “inspiración divina”. Está él conscientemente unido con su dios interior, con su ser superior. Literalmente, el dios interior del can-

didato le insufla, por un período más largo o más corto, dependiendo de su progreso, la sabiduría y el conocimiento de todo el universo, por decirlo así, en mayor o menor grado, dependiendo del progreso y receptividad del candidato.

Al mayor de todos los logros de iniciación antigua en Grecia se le llamó *teopatía*, que significa “sufriendo un dios”: no un dios que sufre, sino aquél que sufre o soporta la entrada consciente en él de un dios. Por supuesto que esto no es un avatāra, que es algo por completo diferente, como lo hemos mostrado arriba; sino que significa que en una iniciación y después por un tiempo mayor o menor, de acuerdo al poder espiritual y receptividad del iniciado, se vuelve, por medio de esa sagrada presencia en él, un dios andante y viviente, *su propio* ser interior. Para finalizar, en algunos casos extraños la teofanía, la teopneustia y teopatía dura tanto como la vida sobre la tierra del iniciado.

VEINTIUNO

LAS INICIACIONES Y LOS MISTERIOS ANTIGUOS. RAZAS-RAÍCES Y SUS SUBDIVISIONES. RONDAS DE GLOBOS. RONDAS PLANETARIAS. KALPAS SOLARES: ¿CÓMO SON CALCULADOS? CATACLISMOS RACIALES

“En cuanto a la Filosofía, por cuya asistencia se desarrollaron los Misterios (y que, podemos decir, fueron diseñados para enseñar), es contemporánea con el Universo mismo; y a pesar de que su continuidad puede ser rota por sistemas opuestos, hará su aparición en diferentes períodos, mientras el sol mismo continúe iluminando al mundo. En efecto, eso ha sucedido, y en el futuro puede ser violentamente asediada por falsas opiniones; pero la oposición será solo tan torpe como la de las olas del mar contra un templo construido sobre una roca, que majestuosamente las echa de regreso, rotas y derrotadas, espumeando hacia el océano. A pesar de que puede ser difuminada en el olvido en eras bárbaras y ridiculizada en épocas impías, florecerá de nuevo: durante todas las infinitas revoluciones del tiempo”.

—THOMAS TAYLOR, *Misterios eleusinos y báquicos*

De aquí que en la *Tabla Esmeraldina*, desfigurada por manos cristianas:

“Lo Superior se pone de acuerdo con lo Inferior; y lo Inferior con lo Superior; para verificar aquella obra verdaderamente maravillosa”: que es el HOMBRE. Porque la Obra Secreta de Chiram, o Rey Hiram de la Kabala, ‘uno en esencia, pero tres en aspectos’, es el Agente Universal o *Lapis Philosophorum*. El punto culminante de la Obra Secreta es el Hombre Espiritual Perfecto, a un extremo de la línea; la unión de los tres Elementos es el Solvente Oculto en el ‘Alma del Mundo’, el Alma *Cósmica* o la Luz Astral, al otro extremo; . . . —*La Doctrina Secreta*, II, 113 [III,120]

La intención de todas las ceremonias místicas es conectarnos con el mundo de los Dioses.

—SALUSTIO

El propósito de los Misterios es conducirnos de vuelta a la perfección de la cual, como Principio, primero descendimos.

—PLATÓN

Bienaventurados los puros de corazón: pues ellos verán a Dios [a su propio dios interior].

—JESÚS

He escuchado de ti por el oír de mi oído, pero ahora mi ojo te ve. —JOB

ESTA NOCHE hablaremos de otra cuestión colateral a nuestro tema principal, pero muy importante; y en nuestro siguiente encuentro procuraremos tomar los hilos que han quedado sueltos, tanto en general como en particular, y de reunirlos y tejer con ellos un todo coherente, haciendo tanto como sea posible, para nues-

tros cerebros y mentes, una imagen más clara de lo que al presente podemos entender acerca de las siete joyas de la sabiduría. También, si tenemos tiempo esta noche, intentaremos tratar brevemente un asunto que quedó incompleto en nuestra pasada reunión, es decir, la cuestión de las siete razas-raíces de la humanidad a través de las cuales pasa la oleada de vida humana durante la presente cuarta ronda sobre nuestro globo.

Abrimos nuestro estudio leyendo el extracto del volumen I de *La Doctrina Secreta*, pagina 424 [II,128] que ya habíamos leído antes:

Para comprender perfectamente la idea que forma la base de toda Cosmología antigua es necesario el estudio y análisis comparativo de todas las grandes religiones de la antigüedad; pues solo con este método puede ponerse en claro la idea fundamental. La ciencia exacta, si pudiera remontarse a tal altura, al indagar las operaciones de la Naturaleza en sus fuentes últimas originales, llamaría a esta idea la Jerarquía de las Fuerzas. El concepto original, trascendental y filosófico era uno. Pero como los sistemas principiaron a reflejar más y más las idiosincrasias de las naciones, en el transcurso de los siglos, y como estas últimas, después de separarse, se establecieron en distintos grupos, evolucionando cada uno de ellos con arreglo a su tendencia nacional o de tribu, se veló gradualmente la idea fundamental con la exuberancia de la fantasía humana. Mientras que las FUERZAS, o mejor dicho, los Poderes inteligentes de la naturaleza, eran objeto, en algunos países, de honores divinos que difícilmente les correspondían en otros —como ahora en Europa y en las demás naciones *civilizadas*—, la sola idea de que tales Fuerzas estén dotadas de inteligencia parece absurda y es declarada *anticientífica*.

Noten la tranquilizadora pero mordaz ironía en este extracto. Me limito a llamar la atención sobre ella antes de continuar. Ahora bien, este extracto, aunque se ocupa de los distintos aspectos que tomaron las religiones antiguas a medida que pasaban las eras, llevándolas a sus diferenciaciones en las llamadas grandes religiones del mundo, no obstante, se ajustan muy bien por analogía y por comparación con el tema que en particular trataremos, aunque brevemente, esta noche, es decir, la cuestión de las iniciaciones y de los Misterios antiguos, así como también un muy malentendido hecho de la naturaleza estrechamente relacionado con los Misterios antiguos, que se convirtió en una doctrina por los antiguos y que fue llamada por ellos la “sucesión de maestros”: *guruparamparā* en sánscrito, distorsionada y vagamente reflejada en la Sucesión Apostólica en el esquema cristiano.

La iglesia cristiana muy pronto se apoderó de esa doctrina de la sucesión de maestros, junto con mucho más material teológico, de las viejas religiones de los países que bordean el Mar Mediterráneo; y la doctrina de la cual se apoderó se convirtió para esa iglesia en la lla-

mada Sucesión Apostólica de la Iglesia de Roma, los papas sucediéndose unos a otros y clamando ser los sucesores del apóstol pescador de Galilea, Simón Pedro. No nos interesa meternos en este aspecto de esta cuestión pues es inservible para nuestro propósito actual, y ningún beneficio se puede obtener con ello; pero dondequiera que miremos y sea cual sea la línea de actividad social o religiosa que decidamos tomar para nuestro estudio, siempre encontraremos que existe una transmisión de autoridad o una transmisión de enseñanzas, o ambas. Los diversos líderes de nuestros partidos políticos se suceden unos a otros, y por lo general continúan una tradición política. Las grandes empresas se suceden unos a otros, y en general pasan, de hombre a hombre, una tradición de política comercial y de expansión, y así sucesivamente. Es simplemente una ejemplificación en la vida práctica ordinaria de una regla de la naturaleza; es decir, que el hombre, siendo un ser mortal, teniendo que morir, pero siendo una entidad que piensa y siente, no quiere ver lo que él siente que es bueno, o lo que él cree que es bueno, perdido; y así transfiere ya sea la autoridad o la enseñanza, o ambos, a otro a quien considera apto y capaz de continuar su enseñanza o autoridad, o ambos.

Es en el ámbito religioso de la actividad humana donde este sistema es más notorio y donde el sentimiento es más fuerte. Una línea de “profetas” sucediéndose unos a otros en los antiguos Misterios, una sucesión de hierofantes heredándose en los mismos, es un hecho bien sabido para nosotros, incluso conocimiento ordinario como el que pueden ustedes encontrar en una enciclopedia o en los libros de escuela.

En Grecia, para el caso, adoptando los Misterios Eleusinos como ejemplo, sabemos que los hierofantes eran sacados de una familia, los Eumólpidas, que vivían en Atenas, y los porta-antorchas provenían de otra familia, los Lycomidas, que vivían en Atenas; y tenemos razones para creer que los Misterios de Samotracia, la sede de un antiguo rito, que eran, como los Misterios de Eleusis, una función del Estado, también se realizaban de la misma forma, mediante la transmisión de la tradición que se mantenía sagrada e incommunicable a profanos; y el lazo de unión entre los iniciados de estos llamados Misterios se consideraba indisoluble, imposible de disolución, pues la muerte solo fortalecía el lazo.

Ahora, fuera del hecho de que a los hombres les gusta transmitir lo que consideran y creen que es bueno, ¿de dónde surgen a lo largo y ancho de los diferentes países del mundo de los que tenemos algún

conocimiento las notables similitudes místicas que conocemos?, ¿de dónde llegó a ellos todo el conocimiento y la autoridad tan similares que se transmitió de una cabeza a otra? Debió haber llegado de alguna parte. Los hombres ya no creen más en la vacía teoría o falacia filosófico-científica de hace cincuenta años, en el sentido de que, por ejemplo, seis hombres, viviendo en seis diferentes islas, inevitable e infaliblemente recorrerán seis más o menos idénticos senderos mentales y físicos de pensamiento y ceremonia. Una vez fue una herejía científica dudar de esa teoría. Se la llamó un hecho, a pesar de que no hubiera ningunos hechos que la probaran; era solamente una teoría, que no tenía ningún otro fundamento que una sobre trabajada imaginación a fin de hallar una explicación a las similitudes e identidades como las arriba mencionadas.

Digamos acá que vemos con respeto y reverencia los descubrimientos de muchos grandes hombres de mentes nobles que nos han dado luces sobre la cáscara de la naturaleza, la capa externa física, y cuyas vidas son con frecuencia modelos de auto-sacrificio; pero a la vez que reconocemos que cada nueva luz arrojada en nuestras mentes para mostrarnos nuevos puntos de vista sobre el corazón de la naturaleza, es algo bueno para nosotros, no obstante trazamos una línea clara de distinción entre *ciencia*, el noble conocimiento de la verdad clasificada, y las *teorías de los científicos*. Aceptamos una teoría si es buena, pero nada más como una teoría; y tiene que ser corroborada por la naturaleza misma antes de que la aceptemos como un hecho, como parte de la ciencia per se.

Así, pues, recibimos el siguiente segmento de conocimiento de nuestros Maestros en relación a que esta doctrina particular, la cual es llamada en la iglesia de Roma la Sucesión Apostólica, y era llamada en los Misterios antiguos la Transmisión de la Palabra, la Transmisión del Conocimiento, la Transmisión de la Autoridad, u otra expresión similar, se originó en nuestra Orden, pero obviamente no en nuestra vida. Somos solamente una generación, una de muchas, que continúa con la tradición del conocimiento que se originó en los tiempos finales de aquel desvanecido continente Lemuria y que fue más particularmente desarrollado en la Atlántida, en donde por primera vez se establecieron los antiguos Misterios.

Se nos enseña que así como en la mayor de las Logias, la verdad se transmite del gran Maestro-Iniciador a su sucesor en la verdad y autoridad, así sucede en las Logias inferiores, siguiendo el mismo sistema; y que nosotros en nuestro trabajo simplemente continua-

mos la misma tradición. Es triste ver cómo eruditos ignorantes de nombres rimbombantes, o posiblemente con una sarta alfabética de títulos académicos después de sus nombres, hablan algunas veces de los Misterios de los que en realidad no pueden saber nada fuera de los datos dispersos que se encuentran incorporados en la literatura antigua. Ellos son solo hombres de libros, lectores, mas no entendedores. También es verdaderamente patético escuchar a alguna gente hablar de la no necesidad de tener un líder, porque creen que un hombre es tan bueno como otro, y que ningún hombre puede ser mucho mejor que otro, y ver su opinión de que todo este hablar sobre la luz interna espiritual que pasa de un iniciado a otro, es solo un juego de figuraciones mentales!

¿Son sabios ellos? Pero pregúnteseles por pruebas de sus teorías, y no les darán ninguna. No hay prueba alguna; es pura especulación. Por el contrario, nosotros les podemos ofrecer a ellos incluso los hechos tal como los conocemos, o las cosas de las que la historia ha dejado algunos registros en sus anales, donde invariablemente encontrarán ustedes la misma antigua tradición que viene de los tiempos en los que se transmitía el conocimiento, la autoridad y la doctrina.

Ahora bien, cuando hablamos de los Misterios y las iniciaciones usamos estas palabras en un sentido que para nosotros es sagrado, y sin ninguna pretensión o deseo, mucho menos con cualquier intento, de crear una falsa y maliciosa atmósfera de emocionalidad. Nosotros hablamos de hechos. Saben ustedes que cada miembro de la Escuela es más o menos un científico, es decir, un “conocedor” e investigador. Se nos enseña a utilizar nuestros cerebros, nuestras mentes y nuestras voluntades antes que nada para la auto-conquista, y luego para analizarnos adecuadamente a nosotros mismos y al mundo en el que vivimos. ¿No se nos ha dicho una y otra vez que tenemos que consultar con nuestras conciencias antes de aceptar alguna cosa? Para hacerlo, tenemos que pensar; también sabemos que incluso si al hacerlo debemos, *por nuestra propia ceguera o incapacidad*, rechazar una verdad que ha sido ofrecida a nosotros, habremos, no obstante, hecho bien, porque hemos sido fieles a nosotros mismos y a nuestras conciencias, y que el karma de ese rechazo será solo temporal, porque el hombre interno comprende, y con el tiempo la verdad amanecerá en los corazones fieles.

Se nos enseña que los Misterios —tomamos como ejemplo los de Grecia— se dividieron en dos partes. Particularicemos y tomemos los de Eleusis: recordarán ustedes que, como palabra, Eleusis significa

“advenimiento”, “la llegada”, eso que está viniendo, la promesa. Así como los Misterios de Samotracia eran más bien lo que llamaríamos científicos, que trataban más con las operaciones de la naturaleza, el origen de estas operaciones y el método de controlarlas, enseñando aquello a lo que ellas conducían: en otras palabras, lo que ahora llamaríamos ciencia; así las enseñanzas en Eleusis eran más bien aquellas doctrinas religiosas y filosóficas del esoterismo, dando a los hombres lo que el gran orador romano, Cicerón, llamó un punto de vista más luminoso de la vida y una esperanza más viva en lo que respecta a la muerte, porque enseñaban acerca de las cosas que van a ser, más particularmente acerca de los llamados, irreflexivamente, “oscuros misterios de la muerte”. Estos eleusinos se dividieron en dos partes, como ya se dijo: los Misterios Menores y los Misterios Mayores. Los Misterios Menores se celebraban a principios de la primavera, más o menos por la época de las Antesterias, la Fiesta de las Flores, y las celebraciones se hacían en un pequeño pueblo llamado Agrae. Esos Misterios eran principalmente dramáticos en cuanto a su forma, con este único objetivo a la vista: preparar a la persona que estaba siendo iniciada en estos Misterios Menores para entender mejor, aprender más rápidamente y con más facilidad captar con la mente aquello por lo que iba a pasar en los Misterios Mayores de Eleusis, siempre que en el ínterin y durante el tiempo de prueba se demostrara a sí mismo ser fiel, digno y limpio.

Incluso en los días cuando el cristianismo primitivo había reemplazado a las degeneradas y corruptas religiones de los países mediterráneos, incluso entonces, caídos como estaban los eleusinos de su antiguo estado superior, aún se los tenía como tan elevados que las iniciaciones todavía tenían lugar en ellos. En realidad fueron finalmente abolidos bajo la iniciativa de los mismos paganos, la escuela cerró por una orden del emperador cristiano Justiniano en Constantinopla, pero cerró por petición misma de lo mejor de los así llamados paganos. La verdad es que los Misterios no fueron superados por el cristianismo, pero decayeron debió a la degeneración intrínseca. ¿Podemos imaginar lo que aquellos hombres debieron haber sentido el día cuando vieron que lo que para ellos era más querido que la vida misma terminaba y concluía por su propia voluntad, invadido y degradado por ritos y creencias degeneradas y, sin duda, también por los cristianos fanáticos?

Ahora, las dramatizaciones en los Misterios Menores no eran lo que podríamos llamar exactamente una actuación; eran actuacio-

nes en un sentido porque eran dramas. Pero eran representados en forma de espectáculos en los que el aspirante a discípulo, el iniciante o quien iba a ser iniciado, tenía que tomar el rol principal. Vamos a dar un ejemplo concreto, que al menos será interesante y quizás revelador, no olvidando que existían varios tipos de estilos de iniciaciones y de Misterios en los diferentes países, aunque fundamentalmente eran todos uno y todavía lo son ahora en las grandes hermandades secretas; pero en cada país las iniciaciones y Misterios tomaban diferentes aspectos, por decirlo así, como por ejemplo en Indostán, en comparación con Grecia. El iniciador y el neófito podían usar un lenguaje diferente, y usar ropa diferente, etc., y tal vez pasar por un rito diferente y así sucesivamente. Pero en su fundamento la idea era la misma por todo el mundo. Debemos recordar que los Misterios Menores eran preparaciones para los Mayores. En el primer caso, al candidato se le *enseñaba*, y representaba como un drama lo que tendría que experimentar psíquica y espiritualmente en las Iniciaciones Mayores.

Uno de estos ritos era el drama, o la prueba más bien, que el neófito tendría que pasar en la práctica más adelante, en la Iniciación Mayor, y que era su encuentro con su ser interior, su propio ser interno, no de una manera vaga y abstracta en la que hablamos en estos tiempos de un hombre que ha “encontrado su verdadero ser”; sino que, en la Iniciación Menor, el neófito era efectivamente puesto en entrenamiento y purificación para que estuviera en forma para poder someterse a la prueba real, en la que se encontraba cara a cara con su propio ser interior, en apariencia y al principio como si éste fuera otro individuo, pero en una iniciación aún mayor, para mezclarse con ese otro ser, su propio ser, su ser superior.

Este rito es uno de los Misterios Pequeños, los que tienen que ver con la purificación y el entrenamiento, y era representado en el pueblo de Agrae, no lejos de Atenas, en donde se celebraban los Misterios Menores, y era representado en forma dramática. Al neófito se le enseñaba entonces y ahí a anticipar y comprender lo que le sucedería si después tenía éxito en el Rito Mayor. En aquél se le decía franca y abiertamente lo que hallaría allí si deseaba continuar hasta el final del sendero. Y lo mismo sucedía con las otras etapas y grados de iniciación.

Ahora bien, no se sabe a ciencia cierta cuántos grados o etapas secretas existían en los eleusinos, pero sabemos que había varios; y sabemos que hasta el mismo final, antes de que fueran finalmente

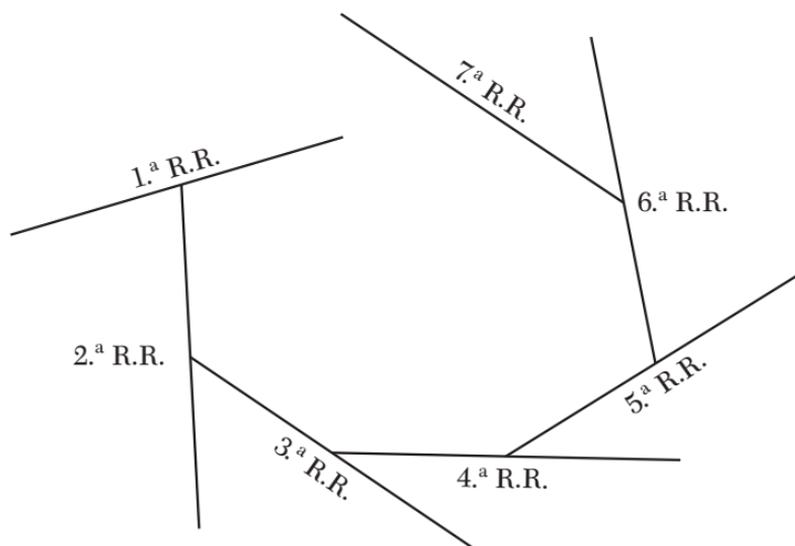
clausurados debido a su degeneración, eran guardados tan en secreto, tan celosamente escondidos, que hasta estos días los eruditos están dando vueltas en círculos, desconcertados, en un esfuerzo por descubrir lo que realmente se enseñaba en los eleusinos, en estos Misterios que despertaron la admiración de los grandes hombres de la antigüedad. Por igual, en los de Samotracia las circunstancias de secretismo y grado eran muy similares.

Tomemos de ejemplo a Egipto: las pirámides, se nos enseña —en especial la Gran Pirámide—, eran simplemente majestuosos templos de iniciación. Ahí también los Misterios y las iniciaciones eran sagradamente guardados y mantenidos en secreto. Se los mantenía solo para aquéllos que se habían probado ser dignos, no por hablar sino por actuar, y que habían sido puestos a prueba y examinados de diversas maneras. ¿Por qué? Porque era un asunto peligroso para las mentes no preparadas. Nuestros Maestros nos dicen con franqueza que tres cosas podían resultar de una iniciación: una era el éxito; otra, el fracaso, que muchas veces significaba la muerte; y la tercera (un fracaso parcial) con frecuencia significaba la locura. Pero el éxito significaba una gloria indecible. ¿Por qué la locura y la muerte se producían a veces? ¿Era debido a un castigo externo? No. Los resultados se producían por entero desde dentro de los candidatos mismos. Con toda franqueza se les decía a estos neófitos: “Venid con un corazón puro, y la gloria indecible y el conocimiento de los dioses será vuestro; pero si venís con un corazón perverso y malvado, con vuestra mente sin preparación y con vuestra voluntad descolocada, nunca seréis capaces de enfrentar eso con lo que os encontraréis en el otro mundo”. Porque eso eran los Misterios Mayores, un descorrer del velo de la capa física. ¡No es de extrañar que el entrenamiento fuese severo y arduo! Esos hombres antiguos tenían corazones excelsos en sus cuerpos, y viejas y sabias mentes.

Ahora, los Misterios no están muertos hoy. Claramente se nos enseña que las mismas antiguas verdades, la misma entrada hacia la gloria, la misma hermosa realización de las más elevadas esperanzas que el hombre alberga en lo más recóndito de su corazón, el mismo conocimiento supremo de la vida y del ser: todo lo puede tener aquél que *desea y se atreve y sabe cómo guardar silencio*. Eso nos han enseñado los Maestros. También nos han enseñado otra gran verdad, que no es un *sine qua non* para el éxito tener una mente cerebral poderosa, pues nos han dicho con franqueza que incluso algunos de sus propios Hermanos, algunos de los mismos Maestros, lo son en virtud

de su grandeza espiritual, y no en virtud de alguna formidable mente cerebral sola, ni por algún poder mental en particular; y más allá de ello, tales Maestros, hijos espirituales de la gloria, pueden sobresalir incluso entre los de su clase. Se nos enseña además que esta nuestra mente cerebral es a menudo un obstáculo para nosotros. Ciertamente es un sirviente de lo más útil si la mantenemos como tal, pero también puede ser un patrón que inevitablemente pondrá nuestros pies sobre el sendero de la mano izquierda a menos que sea iluminada y guiada por la naturaleza espiritual, porque todos sus pensamientos son pensamientos de egoísmo, todos sus pensamientos son para la gratificación de sus propios deseos; sus horizontes están limitados, y su visión es corta; sus inspiraciones auto generadas son pocas y distantes entre ellas; es mortal y muere con el cuerpo. Depende de nosotros a cuál parte de nuestra naturaleza, la superior o la inferior, como William Quan Judge solía decir, clavaremos nuestra fe, la sujetaremos y la mantendremos ahí.

La otra cuestión que mencionamos en el inicio de nuestro estudio de esta noche es la de las razas por medio de las que la humanidad, como una oleada de vida, pasa en su viaje desde el comienzo de la evolución en este globo hasta su final. Recordarán ustedes que existen siete de tales razas raíces que componen el ciclo evolutivo en esta cuarta ronda, que es lo que llamamos una ronda de globo; y que estamos al presente, como ya se dijo, en la cuarta sub-raza de nuestra



actual quinta raza-raíz. Existe confusión respecto a estas razas en las mentes de algunos estudiantes, porque H. P. Blavatsky, como ya se

señaló en nuestra más reciente reunión, cuando escribió se hallaba bajo la necesidad de mantener silencio, o más bien ocultar ciertas enseñanzas que para entonces ella no estaba facultada para expresar públicamente. Si hubiera habido la adecuada solicitud de parte de sus estudiantes, quizás ella lo habría hecho entonces. De cualquier manera, vamos a dar un breve resumen, en un intento por ilustrar este algo dificultoso asunto.

Cada línea del siguiente diagrama representa una raza-raíz. Hay siete líneas (o razas-raíces), y notarán ustedes que el cruce de líneas que hace comenzar una raza-raíz a partir de la precedente raza-raíz, está en el punto medio de la anterior, esto es, en la cuarta sub-raza de la precedente raza-madre. Sucede así en todas las líneas (o razas raíces). Ahora, al presente estamos en la quinta raza raíz, a dos razas de completar nuestro ciclo de globo o ronda de globo, y nuestra actual quinta raza-raíz está casi en el punto, la mitad de nuestra quinta raza-raíz, de donde la que será la sexta raza-raíz se ramificará. Cada raza-raíz, cada una de las siete, está dividida según nuestra enseñanza en siete razas menores, tal como se muestra a continuación. Nótese la recurrencia del número siete:

Una Raza- Raíz	}	1. Subraza Primaria	(7 divisiones menores de ella)
		2. Subraza Secundaria	(7 " ")
		3. Raza Familiar	(7 " ")
		4. Raza Nacional	(7 " ")
		5. Raza Tribal*	(7 " ")
		6. Generación Tribal	(7 " ")
		7. Hombre Individual	(Digamos 72 años)

Decimos 72 años porque el hombre medio, salvo casos de accidente y enfermedades malignas que pueden llevárselo antes de tiempo, usualmente vive cerca de 72 años. Algunos seres humanos viven mucho más, claro. Si tomamos la cuenta de todas las muertes humanas: de los bebés que mueren en la infancia, y de todos los que mueren en naufragios, y de todos los hombres muertos en guerras, y todos los asesinatos y todas las enfermedades, y todos los siniestros de trenes y automóviles, y de todos los accidentes de este tipo, probablemente la duración *promedio* de la vida humana actualmente no sería superior a los 15 o 20 años; pero esos casos, después de todo,

*Otro nombre puede ser sugerido que puede ser mejor para este y el siguiente término.

son excepcionales. El hombre vive ahora, en un promedio natural, cerca de 72 años, salvo todos los accidentes, etc., como se dijo antes.

El siguiente es un interesante cálculo, que se ofrece solo como algo sugestivo. Supongamos que usted desea calcular la duración de una raza-raíz, y por favor comprenda que lo que estamos diciendo es solo una mera aproximación. Tomemos entonces 72 años, las famosas tres veintenas y diez de la Biblia —una cifra-misterio, un número redondo para 72— y multipliquémoslo por siete: obtenemos una generación tribal; multipliquemos eso por siete de nuevo y obtenemos una raza tribal; multipliquemos eso por siete y obtenemos una raza nacional, y nuestra cifra llegará a cerca de 25, 920 años, la duración del ciclo de procesión; multipliquemos eso por siete otra vez, y obtenemos una raza-familia; multipliquemos eso de nuevo por siete y obtenemos una sub-raza secundaria; y multipliquemos eso por siete una vez más y obtenemos una cifra que es realmente el período entero de una raza raíz. Este cálculo es bastante somero numéricamente, y así es como se ha pretendido que sea; pero es sugestivo.

Ven ustedes que acá no contamos la raza-raíz como una de las siete, sino que la hacemos una que incluye a todas, ¿por qué? Porque si la contásemos estaríamos contando la sub-raza primaria dos veces. Una raza-raíz en realidad debería significar la raza que origina algo, o que es su “raíz”. Es, por tanto, estrictamente hablando, desde la primera sub-raza que todas las otras de la serie provienen, al igual que lo que ocurre con la raíz de un árbol que hace crecer su tronco, y el tronco sus ramas, las ramas sus ramajes más pequeños, los ramajes más pequeños sus ramificaciones aún más pequeñas, éstas las ramillas, que soportan las hojas. Por tanto, de acuerdo a la serie de arriba, es la sub-raza primaria la que en realidad es la raza-raíz.

Ahora bien, existen siete (por favor anoten de nuevo, siete) razas-raíces en una ronda de globo, es decir, una ronda planetaria mientras pasa por nuestro globo. Siete rondas de globo equivalen a una ronda planetaria; siete rondas planetarias equivalen a un kalpa, manvantara o Día de Brahmā, y siete kalpas más siete pralayas planetarios (o siete períodos de descanso planetario) equivalen a un kalpa solar.

7 Razas-Raíces = 1 Ronda de Globo

7 Rondas de Globo = 1 Ronda Planetaria

7 Rondas Planetarias = 1 Kalpa = 4,320,000 de
nuestros años (más varias otras cifras)

7 Kalpas + 7 Pralayas Planetarios = 1 Kalpa Solar

Estas cifras se dan porque son fundamentales. Son precisas hasta donde cabe. Tendremos que tratar con ellas en futuros estudios.

Tengan en cuenta para concluir que el dibujo de la página 287, que ilustra el nacimiento de las razas-raíces a partir de cada una de ellas en su punto medio, puede igualmente representar bien una sub-raza primaria o una sub-raza secundaria, o una raza nacional, o una raza tribal, etc., y la razón es obvia, porque no existen cosas perfectamente únicas y singulares en ninguna parte de la naturaleza. La naturaleza no hace otra cosa que repetirse a sí misma, y el hombre que diga que la naturaleza nunca se repite a sí misma está diciendo una falacia titánica. La naturaleza no hace nada más que repetirse a sí misma. ¿Alguna vez ha visto usted una cosa perfectamente única: completamente diferente en todo respecto de todo lo demás? Por el contrario, por todos lados vemos todo repitiéndose a sí mismo: las estaciones año tras año; el día y la noche, año tras año; los planetas orbitando alrededor del sol continuamente; sus satélites orbitando alrededor de sus planetas en más o menos la misma manera, y así. Hay repetición constante por todos lados. Un árbol al desplegar su follaje, al desplegar sus hojas; no despliega algo único y sin precedentes: pasteles de calabaza o sillas o templos o casas; despliega aquello que pertenece a él, como todo árbol hace.

Los ciclos pueden hallarse en todas las ramas de la vida; por ejemplo, los niños nacen en promedio al final de diez meses lunares o nueve meses solares. Un niño puede vivir y ser perfectamente sano y exitoso si nace a los siete meses luego de su concepción, pero a menudo es un niño de gran sensibilidad, muy excitable, de temperamento nervioso, y necesita el más dedicado y amoroso cuidado, porque debe concluir su crecimiento en el frío exterior, y a la naturaleza le lleva otros dos meses hacerlo normalmente.

Ahora bien, como se dijo antes, nos esforzaremos en nuestro siguiente estudio para enlazar los diferentes hilos de pensamiento que hemos recogido para tejer con ellos un todo tan consistente, tan coherente, que incluso nuestras mentes cerebrales puedan obtener al menos alguna noción del sublime tema que hemos estado estudiando en las últimas semanas.

VEINTIDÓS

LA JERARQUÍA DE COMPASIÓN. LA ENCARNACIÓN DE LOS MĀNASAPUTRAS.

Sabe que la corriente del conocimiento sobrehumano y de la sabiduría Dévica que has adquirido, debe, desde ti mismo, canal de Alaya, ser vertida en otro cauce.

Sábelo, oh, Narjol [Naljor], tú del Sendero secreto: sus frescas y puras aguas tienen que servir para endulzar las olas amargas del océano, aquel inmenso mar de dolores formado de lágrimas humanas.

Ahora inclina la cabeza, y escucha atentamente, oh Bodhisattva; habla la Compasión y dice: “¿Puede haber bienaventuranza cuando todo lo que vive ha de sufrir? ¿Te salvarás tú y oirás gemir al mundo entero?”

—*La Voz del Silencio*, págs.. 67, 71

AL INICIAR nuestro estudio de esta noche, leamos de *La Doctrina Secreta*, Volumen II, páginas 281-2 [III, 273-4]:

Cuando los “vestidos de piel” de los hombres se hicieron más densos, y éstos cayeron más y más en el pecado físico, la relación entre el hombre físico y el *divino* hombre etéreo se interrumpió. El velo de materia entre los dos planos se hizo demasiado denso para que pudiera ser penetrado hasta por el mismo hombre interno. Los Misterios del Cielo y de la Tierra, revelados a la Tercera Raza por sus maestros celestes en los días de su pureza, se convirtieron en un foco de luz cuyos rayos se debilitaban necesariamente al difundirse y derramarse en un suelo refractario, por lo demasiado material. Entre las masas esos misterios degeneraron en Hechicería y tomaron más tarde la forma de religiones exotéricas, de idolatría llena de supersticiones y del culto al hombre o al héroe. Solamente un puñado de hombres primitivos —en quienes ardía brillantemente la chispa de la Sabiduría divina, la cual alimentaba su intensidad a medida que se tornaba más y más tenue a cada edad en los que la empleaban con fines maléficós— permanecieron como custodios electos de los Misterios revelados a la humanidad por los Maestros divinos. Entre ellos los había que permanecieron en su estado *Kumárico* desde el principio; y la tradición murmurará lo que la Doctrina Secreta afirma, a saber: que estos electos fueron el germen de una jerarquía *que desde entonces no ha muerto nunca*:

“*El hombre interno del primer * * * sólo cambia su cuerpo de vez en cuando; él es siempre el mismo, sin conocer el reposo ni el Nirvana, desdénando el Devachán y permaneciendo constantemente sobre la Tierra para la salvación de la humanidad . . .*” “*De los siete Hombres—vírgenes (Kumâras) cuatro se sacrificaron por*

los pecados del mundo e instrucción de los ignorantes, para Permanecer hasta el fin del Manvantara presente. Aun cuando invisibles, siempre están presentes. Cuando la gente dice de uno de ellos 'Ha muerto'; vedle, está vivo y bajo otra forma. Ellos son la Cabeza, el Corazón, el Alma y la Semilla del Conocimiento Inmortal . . . "

. . . Más elevado que los "Cuatro" sólo hay UNO sobre la Tierra como en los Cielos: ese Ser solitario, aún más misterioso descrito en el volumen I.

—El Maravilloso Ser de quien ya hemos hablado antes—.

Sumergiéndonos entonces directamente en nuestro estudio, hagámonos primero una pregunta. ¿A dónde vamos viajando como raza, como hombres, como entidades pensantes, en qué dirección? La sabiduría antigua nos dice que estamos viajando *hacia adentro*, no hacia arriba, no hacia abajo, no hacia la izquierda o hacia la derecha, no hacia adelante ni hacia atrás, sino que *hacia adentro*, dejando los dominios de la materia, de hecho, llevándolos con nosotros mediante la espiritualización de las capas inferiores: viajando hacia el interior en ese sendero que comenzó con nuestro descenso (si les gusta el término) en la materia, en la manifestación, y de hoy en adelante elevando a la materia hacia el espíritu, su verdadera fuente o raíz, siguiendo el sendero *que internamente nosotros mismos somos*, y marchando hacia adentro, cada vez más adentro, hasta que con la consumación de todas las cosas alcancemos un objetivo, un fin, incluso más excelso que el que dejamos cuando comenzamos nuestra peregrinación sumiéndonos en la experiencia.

El siguiente pensamiento que aparece es: ¿Están nuestras naturalezas superiores separadas de nosotros, por muy paradójico que esto suene? ¿Son ellas nosotros? ¿Qué son? Como estudiantes todos conocemos las enseñanzas que tienen que ver con los siete principios del hombre; pero cuando nos detenemos a preguntarnos qué son estos siete principios realmente —¿forman ellos una unidad, o es cada uno de ellos una entidad por sí misma?— entonces entramos en temas de hecho bastante difíciles. Digamos en primer lugar que los cuatro principios inferiores son prestados, o mejor quizás, que *evolucionaron a partir de nosotros mismos* en combinación con elementos extraídos del almacén común de la naturaleza, como el hombre toma en su cuerpo para su nutrición su comida formada por átomos, y sin embargo cada uno de esos átomos en sí mismo es el vehículo de una mónada, manifestándose en esa esfera o plano de vida. Pero nuestros tres principios superiores son cada uno una entidad separada aunque fundida en una unidad inseparable durante el ciclo manvantárico. Y vemos la razón por la que esto es así en el estudio del séptimo de los

siete tesoros de la sabiduría, el cual es la suprema clave de todos los otros seis.

Empezamos a formar una concepción de lo que yace ante nosotros en este estudio: cómo la unidad se vuelve multiplicidad y cómo la multiplicidad se resuelve de nuevo en la unidad. Notemos primero la diferencia entre *uno*, *unidad* y *unión*. *Unión* es un conjunto de cosas estrechamente unidas juntas; *unidad* es un conjunto de cosas pero con un principio o fuente en común, la cúspide de una jerarquía, por ejemplo; mientras que *uno* es una mónada, un individuo, y por tanto indivisible. Ahora bien, nosotros somos una *unión* en nuestros cuatro principios inferiores; somos una *unidad* en nuestros tres principios superiores, nuestra tríada superior; y somos *uno* en las tres más altas, la tríada más alta, así llamada para más fácil comprensión.

Los tres principios que forman la tríada superior existen cada uno en su propio plano, y sentimos su influencia porque estamos en relación espiritual con ellos. No obstante, cada uno existe en su propio plano en conciencia y poder. Sabemos de cada uno solo lo que hasta el momento hemos evolucionado; todo lo que sabemos, por ejemplo, del tercer principio (contando desde arriba), el *manas*, es lo que hasta ahora hemos asimilado de él en esta cuarta ronda. No estará completamente desarrollado hasta el final de la siguiente ronda. Lo que nosotros llamamos nuestro *manas* es un término generalizado para el ego que reencarna: estoy hablando ahora del *manas* superior.

Pasando un momento a un tema colateral, tenemos que darnos cuenta de que toda nuestra consciencia, es decir, la consciencia del hombre ordinario, se refiere a este nuestro presente plano, pero que hay innumerables otros planos del kosmos que nos rodean, interpenetrándonos, y que de estos otros planos, cada uno tiene sus propias entidades, sus propios seres, pensantes y no pensantes, como tiene el nuestro, cada clase apropiada a su propia esfera o plano, y que nuestra propia tierra los interpenetra mientras ellos nos interpenetran, y que la razón por la que no vemos sus moradas y a ellos, y sus aposentos, y las criaturas inferiores que viven allí, es porque nuestros sentidos aún no están preparados para percibirlos, no se han desarrollado o no han sido entrenados para conocerlos o verlos, pues nuestros sentidos físicos no tienen sino una muy limitada percepción de las cosas. Pero en realidad ahí están. Algunos de estos planos pertenecen a nuestra propia jerarquía, y otros no. Los que no, pertenecen a otras jerarquías, y cada una de estas tiene su propia serie de planos o mundos. Así como en un acorde musical se puede escuchar dife-

renciadamente cada nota que lo compone, cada una independiente de la otra, pero conjuntamente formando un acorde, una armonía musical, así mismo sucede con estos planos. Todo es cuestión de diferentes vibraciones, si gustan, utilizando acá esta palabra en su sentido científico. Si las vibraciones son tales que nuestros sentidos pueden percibir las, entonces las vemos, las escuchamos, las tocamos, las saboreamos o las olemos, como percepciones sensoriales; y si nuestros sentidos no se percatan de ellas, entonces no sabemos nada de ellas. ¡Y sin embargo están allí!

Lo mismo ocurre con nuestros tres principios superiores, la tríada superior. El ego existe con su propia conciencia, sus propias fuerzas y su propia morada, que es un “alma”, y sentimos sus efectos, sentimos su flujo, que para nosotros es un influjo; y de la misma manera sucede con el principio búddhico y con el rayo átmico. Decimos que el *ātman* es universal, y así es; pero pertenece (*hasta donde podemos saber en nuestro presente estado de evolución*) al cuarto plano kós-mico, aunque sea nuestro séptimo principio.

Lo que estoy tratando de decir es que el destino del hombre es elevar su foco de conciencia de lo más bajo a lo más alto; y con cada paso que da hacia arriba, o más propiamente hacia adentro, *encuentra un nuevo mundo*, con sus propios habitantes, como se dijo antes, con sus propias condiciones y “leyes”, con las “moradas” de sus habitantes. Y siguiendo el antiguo axioma de los herméticos, “Como arriba es abajo”, podemos ver la verdad perfecta, la perfecta fidelidad a la realidad, al afirmar que estos distintos planos o mundos —algunos de los cuales son inmensamente superiores que el nuestro, algunos solo un poco superiores, algunos inmensamente inferiores al nuestro, algunos solo un poco inferiores—, que cada uno de estos distintos planos o mundos, repito, tiene su propia vida y sus propios seres pensantes, sus propios árboles, sus propias piedras, sus propias tormentas, su propio fuego, sus propios habitantes, sus propios animales y todo el resto de las múltiples y variadas cosas y entidades, similares, pero no idénticas, con los seres que vemos alrededor nuestro en nuestro plano. ¡Piensen en la vastedad de los espacios de conciencia y ser que este pensamiento nos trae, lo ilimitado de la vida, su infinitud absoluta y perfecta, la prometedora evolución sin fin que tenemos delante de nosotros, así como ha habido experiencias y evolución sin fin tras de nosotros! Es una ennoblecedora reflexión.

Ahora, la cumbre de toda jerarquía, como tanto se ha dicho, es *el uno*: y puede ser considerado como uno en tres o tres en uno, una

concepción filosófica de los antiguos de donde los cristianos sacaron su dogma de la Trinidad. Ésta es la tríada más alta. Luego viene una unidad de lo que llamamos nuestra tríada superior, tres principios separados per se, pero unidos en una compacta unidad en el séptimo o superior principio, el *ātman*, que es el ser, la “seidad universal”, no nuestro ego, sino ese sentimiento o consciencia de seidad que es lo mismo en usted, en mí y en cada ser humano, incluso en todos los seres inferiores de la jerarquía, sí, incluso en aquéllos del reino de la bestia que está bajo nosotros, y apenas perceptible, incluso en el mundo vegetal, y que está latente aun en los minerales. Esta es la cognición pura, la idea abstracta del *ser*. No difiere en absoluto en toda la jerarquía, excepto en grado o auto-reconocimiento. Cuando usted dice *ser*, quiere decir lo mismo que yo digo; pero cuando usted dice *yo mismo, yo soy yo y ningún otro*, esa es la consciencia de su *ego*, y no es lo mismo que cuando digo *yo soy yo*. Cuando este ego es elevado de los planos inferiores hacia los superiores, entra naturalmente en contacto con las cosas superiores. De la conciencia inferior nos volvemos por evolución conscientes de nosotros mismos como un hombre, o *auto-conscientes*; y a partir de un hombre nos volvemos un Buddha o un Cristo, al alcanzar una *auto-consciencia* completamente expandida. Y a partir de allí existen otros planos todavía superiores a éste, de los cuales no diremos más ahora. Por último, los cuatro principios inferiores forman una *unión*, no permanente, transitoria y disoluble con la muerte.

Recuerden que estos planos o mundos se extienden como tales en ambas direcciones, hacia adentro y hacia afuera: una dirección alcanzando cada vez mayor superioridad para nosotros, desde nuestro punto de vista, y la otra dirección yendo hacia abajo o, como se dice algunas veces, a lo largo del sendero de la mano izquierda.

Ahora leamos otro extracto, como nuestro próximo tema, de *La Doctrina Secreta*, volumen I, página 572 [II, 268]:

Esotéricamente la enseñanza difiere. La *mónada* divina, puramente Âdi-Buddhica, se manifiesta como el Buddhi universal, el *Mâhâ-Buddhi* o Mahat, de las filosofías indas, la raíz espiritual, omnisciente y omnipotente de la inteligencia divina, el *anima mundi* más elevada o el Logos. Éste desciende “como una llama, difundiéndose desde el eterno Fuego, inmóvil, sin aumento ni disminución, siempre el mismo hasta el fin” del ciclo de existencia, y se convierte en vida universal en el Plano del mundo. De este Plano de Vida *consciente* brotan, como siete lenguas de fuego, los Hijos de la Luz, los *Logoi* de Vida; luego los Dhyani-Buddhas de contemplación, las formas concretas de sus Padres sin forma, los Siete Hijos de la Luz, *aun ellos mismos*, a quienes puede aplicarse la frase mística brahmánica: “Tú eres ‘AQUELLO’ – *Brahm.*”

De estos Dhyani-Buddhas emanan sus *chhâyâs* o Sombras, los Bodhisattvas de los reinos celestiales, los prototipos de los Bodhisattvas superterrestres, y de los Buddhas terrestres; y finalmente de los hombres. Los Siete Hijos de la Luz son llamados también “Estrellas”.

¡Sublimes más allá de la ordinaria comprensión humana son las verdades de la vida y los misterios del ser! Se nos enseña que existe una Jerarquía de la Compasión, a la cual H. P. Blavatsky llamaba algunas veces la Jerarquía de la Misericordia o de la Piedad. Ésta es el lado luminoso de la naturaleza en contraste con su lado material o su lado de sombra, su lado nocturno. Es de esta Jerarquía de la Compasión de donde vinieron esas entidades semi-divinas aproximadamente a la mitad del período de la tercera raza-raíz de esta ronda, y que encarnaron en los hombres semi-conscientes, casi inconscientes, de ese período, esas avanzadas entidades también conocidas como los Lhas solares, como los llaman los tibetanos, los espíritus solares, que eran los hombres de un kalpa anterior, quienes durante la tercera raza-raíz se sacrificaron de este modo a ellos mismos para darnos luz intelectual, encarnando en esos psicofísicos cascarones inconscientes para despertar a los egos durmientes que entonces eran, a la divina llama del egotismo y de la autoconsciencia. Ellos son nosotros en cuanto a que pertenecen al mismo rayo espiritual que nosotros; sin embargo nosotros, hablando más estrictamente, éramos esos egos medio inconscientes, medio despiertos, que ellos tocaron con el fuego divino de su propio ser. Este nuestro “despertar” fue llamado por H. P. Blavatsky la encarnación de los *mānasaputras*, o “hijos de la mente” o de la luz. De no haberse dado esa encarnación, nosotros hubiéramos continuado nuestra evolución mediante causas solo “naturales”, pero ésta hubiera sido lenta casi más allá de toda comprensión, casi interminable; pero el acto de auto-sacrificio, por medio de su inmensa piedad, su inmenso amor, aunque, de hecho, actuando bajo el impulso kármico, despertó el divino fuego en nuestros propios seres, nos dio luz, comprensión y entendimiento. Así que desde ese momento nos volvimos los “Hijos de los Dioses”; la facultad de la auto-consciencia en nosotros fue despertada, nuestros ojos fueron abiertos, la responsabilidad fue nuestra y nuestros pies fueron puestos entonces y definitivamente sobre el sendero, ese sendero interno, silencioso, que nos conduce de nuevo hacia adentro, hacia nuestro hogar espiritual.

Al hablar de iniciaciones en nuestra más reciente reunión, recordarán ustedes que se señaló que la iniciación es, de hecho, un proceso de aceleración; pero es también algo más; es una copia, un intento

de copiar lo que fue hecho por la encarnación de aquellos señores del entendimiento, hijos de la luz. Es un intento de estimular, de despertar a la actividad al ser interno espiritual, para animarnos más rápidamente, para capacitarnos para ver y entender, ahorrándonos a aquéllos que pasan exitosamente las pruebas, eones y eones de sufrimiento y luchas, y, lo más noble de todo, capacitando a aquéllos cuyas mentes han sido iluminadas, a hacer ellos lo mismo por sus hermanos que están menos avanzados.

¿Por qué es que desde el principio todos los Maestros que han aparecido entre los hombres nos enseñan continuamente el deber, así como la necesidad, del auto-control, de la piedad, de la compasión y de la comprensión espiritual? ¿Por qué? Porque estas cosas en verdad son las claves, éstas son los ábrete sésamo, éstas son las cosas que quitan llave a los portales, no solo para dejar entrar la luz, sino que, cuando la luz sea percibida, para dársela a su vez a otros, pues ¿quién es el hombre que no la seguiría?

Vamos a escribir los siguientes nombres, citados arriba en el extracto de *La Doctrina Secreta*, reducidos a su forma jerárquica para que así permanezcan más fácilmente en la memoria:

1. Ādi-buddhi.
2. El segundo es mahā-buddhi, el cual en realidad es mahat. Es asimismo el Primer Logos, adoptando el método griego de nomenclatura.
3. El tercero es la luz universal la cual es también vida, también llamada en el sánscrito, agua divina, naturaleza divina, daivīpakṛiti; el Segundo Logos.
4. Los hijos de la luz, llamados los logoi de la vida, el Tercer Logos.
5. Los dhyāni-buddhas, los buddhas de la contemplación o de la meditación.
6. Los bodhisattvas celestiales, una palabra sánscrita que significa “aquél cuya naturaleza es esencialmente sabiduría celestial o bodhi”.
7. Los bodhisattvas supra-terrenales o súper-humanos.
8. Lo mānushya-buddhas, o los buddhas humanos.
9. Los hombres.

Ésta es la Jerarquía de la Compasión, que emana o se desenvuelve de las regiones celestiales, y son las flores del curso evolutivo. Estas mismas regiones forman la primera (o la décima) o la raíz, si gustan, de la Jerarquía de la Compasión, contando hacia arriba o hacia abajo.

Ahora, el objetivo esencial de esta jerarquía, todo el propósito y la

lucha, si les gusta la palabra, de la evolución, es elevar lo corruptible hacia lo incorruptible, elevar la imperfección hacia la perfección, elevar lo mortal para que se vista de inmortalidad, o, en otras palabras, elevar al hombre personal para que sea el hombre individual, hacer del humano un ser divino. Claro que el hombre medio no ha alcanzado esa sublime etapa, y por tanto, como se señaló antes, no hay ningún principio que sea perdurable en el hombre *personal*, porque éste está compuesto solo de los cinco principios inferiores; y cuando decimos hombre personal queremos decir el hombre de este período, de esta época, la entidad en evolución de la época presente, la *persona*. Pero superponiéndose a esta persona, encarnando en esta persona (si podemos utilizar el término encarnando) está la llama divina, la semilla divina, el constante impulso del dios interno, diciéndonos siempre: “*Ven más arriba, ven a mí; sé el sendero y camínalo: Yo soy el camino, la verdad y la vida*”, en el corazón de cada uno de nosotros. Está allí, y en cuanto el hombre personal *conscientemente* se alía con la chispa divina, a partir de entonces se vuelve impersonal e inmortal en su consciencia interna, y por tanto incorruptible, al menos hasta el final de este mahā-kalpa; y entonces su destino sublime es entrar en ese inefable nirvāṇa donde permanecerá en indescriptible dicha y comprensión universal hasta que el siguiente kalpa dé inicio, de donde comenzará de nuevo, pero en un plano mucho más elevado. Comienza como un líder de esa nueva humanidad. Entonces encuentra su turno para ser uno de ese grupo, compañía o cuerpo de hijos de la mente o de la luz, él mismo en su turno de dotar de autoconsciencia y futura inmortalidad espiritual a los semi-conscientes seres de ese ciclo por venir.

Bodhisattva: ésta es una palabra clave. Recordarán que en un estudio anterior se señaló que los dhyāni-buddhas, que son los quintos en la enumeración de esta Jerarquía de la Compasión, estos señores de la contemplación, son siete, y cada uno de ellos gobierna, o mejor dicho, supervisa una de nuestras rondas. (Recuerden que hay siete rondas en un kalpa). Él es su cabeza, el constante estimulador detrás de esa fuerza de la naturaleza que siempre sentimos en nosotros. Esa “fuerza” es el impulso divino, como la llamarían los filósofos. Sin embargo, aún no es verdaderamente divina; porque nobles y grandes como en verdad son estos seres espirituales, todavía no alcanzan la cima de su propia jerarquía; pero su gran obra es lo que pudiéramos llamar el impulso divino, el empuje detrás del proceso evolutivo. Además, cada uno de estos dhyāni-buddhas en sí mismo

es una jerarquía, justo como cuando dijimos que cada átomo es una jerarquía, cada hombre es una jerarquía y, de hecho, cada entidad es una jerarquía de superior o inferior grado, porque todo lo que es compuesto es necesariamente divisible en grados de excelencia espiritual e intelectual.

¿De qué otra manera pueden aprender los seres en evolución? Si el hombre existiera en nada más que la prístina pureza de su divina esencia, ¿qué podría haber para que aprendiera él, cómo podría él aprender? Cada uno de estos dhyānis tiene, o por decirlo así, da nacimiento a, desenvuelve o emana de sí, siete “hijos”, llamados bodhisattvas celestiales, y cada bodhisattva celestial tiene a su cargo uno de los globos de nuestra cadena planetaria, por lo que no solo cada ronda planetaria, sino cada globo tiene también su líder espiritual. Se trata también, de nuevo, en ese sentido, de una jerarquía.

Por otra parte, tomemos nuestra tierra, el cuarto globo, como un ejemplo más. El bodhisattva celestial de nuestro globo a su vez da nacimiento a los siete bodhisattvas súper-humanos, y estos bodhisattvas súper-humanos o bodhisattvas supra-terrenales tienen, cada uno, bajo su cargo, una raza de las siete razas-raíces en cada ronda, y dan a luz, mediante un proceso maravilloso que describiremos en breve, a siete buddhas humanos: cada uno, cada bodhisattva súper-humano, a un buddha racial. Un bodhisattva, como se explica exotéricamente, significa uno que en otra encarnación o en pocas encarnaciones más será un buddha. Esto es correcto, pero es una enseñanza exotérica, es decir, está incompleta, y por tanto, engañosa. Desde el punto de vista de nuestras enseñanzas ocultas, de nuestras enseñanzas esotéricas, un bodhisattva es más que eso. Cuando un hombre, un ser humano, alcanza el punto en el que su ego se vuelve completamente consciente de su divinidad interior, se ve revestido con el rayo búddhico; dondequiera que, por decirlo así, el hombre personal se haya puesto en la práctica las vestimentas de su inmortalidad interior, sobre esta tierra, aquí y ahora, ese hombre es un bodhisattva. Sus principios superiores casi han alcanzado el nirvāṇa. Cuando finalmente lo alcanza, ese hombre es un buddha, un buddha humano, un mānushya-buddha. Obviamente, si tal bodhisattva hubiera de reenarnar, en la siguiente encarnación o en muy pocas encarnaciones a partir de entonces, él sería un mānushya-buddha. Un buddha, en las enseñanzas esotéricas, es uno cuyos principios superiores no pueden aprender nada más; han alcanzado el nirvāṇa y permanecen allí; pero el hombre personal espiritualmente despertado, el bodhisattva, la

persona hecha semidivina, para usar un lenguaje popular, en lugar de escoger su recompensa en el nirvāṇa de un menor grado, permanece sobre la tierra a causa de su piedad y compasión por los seres inferiores, y se vuelve lo que se llama un *nirmāṇakāya*. Un *nirmāṇakāya* es un *bodhisattva*, un hombre personal que fue hecho semidivino. Él se reviste de una vestidura *nirmāṇakāyica*. El *nirmāṇakāya*, recordarán ustedes, es uno que es una completa entidad espiritual, pensante, solo que sin el cuerpo físico.

Tomemos un ejemplo de cómo funciona esto. Recuerden por favor, a propósito de nuestro tema, que al momento estamos estudiando la naturaleza del Maravilloso Ser, solo incidentalmente, como un ejemplo verdaderamente sublime del séptimo tesoro de sabiduría, el *ātma-vidyā*, el conocimiento del ser. Tomemos ahora nuestra ilustración. Algún tiempo después de que Gautama Buddha murió, nació en el sur de la India un hombre que dejó una gran marca en el mundo indio a partir de entonces. Su nombre fue Śāṅkarāchārya. *Āchārya* es una palabra sánscrita que significa “maestro”; y el nombre del hombre era Śāṅkara; las dos palabras unidas forman Śāṅkarāchārya, “Śāṅkara el maestro”, como le pusieron los vedāntistas hindúes del Advaita, o escuela no dualística. Ahora, de nuevo tenemos acá un asunto interesante al que brevemente aludimos antes. Śāṅkarāchārya era un *avatāra*, que significa una encarnación de un “dios”, y no obstante, era menos elevado que el Buddha (Gautama) que lo había precedido, aunque este último era un hombre. ¿Cómo explicar ese prodigio? Fácilmente. El Buddha Gautama se volvió un *buddha a través de sus propios esfuerzos*, a través de innumerables eras; mientras que Śāṅkarāchārya era, en un sentido místico, lo que en verdad podría llamarse una ilusión desde el punto de vista de lo que es el hombre esotéricamente. Śāṅkara era un hombre, había un cuerpo físico, estaba dentro la grandiosa esencia espiritual; *pero no había habido un Śāṅkarāchārya previo*. Śāṅkarāchārya *per se*, espiritualmente, era un rayo divino. El *ātman* y el *buddhi*, nacidos en el cuerpo de este Brāhmaṇa, estaban ahí, también el *kāma*, el *prāṇa*, el cuerpo-modelo astral y el cuerpo físico: pero no un ego personal iluminado; y para que ese *avatāra* en ese tiempo en la historia pudiera hacer su trabajo, el *bodhisattva* del Buddha entró en ese cuerpo y le dio luz, proveyendo el ego iluminador, repitiendo de este modo el misterio de eones de antigüedad del auto-sacrificio, tomando los “pecados” (o herencia kármica de sus padres) que pudieran haber, si es que había alguno, de ese cuerpo, dando de esta manera la oportunidad a ese

rayo divino, a ese avatāra, para trabajar en el mundo: proveyendo el vehículo por medio del cual el rayo divino pudiera manifestarse al (y en el) mundo del hombre.

Éste es el secreto de un avatāra; pero no *cada* bodhisattva es necesariamente el vehículo de un avatāra, pues los avatāras llegan en particulares y específicos períodos. Los Buddhas también llegan en períodos específicos y particulares, pero dejan tras ellos un bodhisattva, su ego, su parte pensante iluminada, el nirmāṇakāya, dedicado a la obra de salvar a la raza, pues de tales es la parte consciente de la Jerarquía de Compasión en nuestro globo.

Ésta era una de las enseñanzas-Misterio antiguas en las viejas Escuelas de Misterio.

Pero esto no es todo lo que hay en cuanto a este verdadero y maravilloso misterio. Este mismo bodhisattva, se nos enseña, también proveyó algunos siglos después el vehículo consciente, el poder egoico, en la persona llamada Jesús, en Palestina. Sin embargo, estos son temas en los que no podemos profundizar más esta noche. Son solo un ejemplo de cómo esta Jerarquía de la Compasión trabaja sobre la tierra en su sublime supervisión y labor protectora de la raza humana.

Pasamos ahora a algunas preguntas que se nos han hecho, cinco en número, las cuales, antes de cerrar esta noche, leeremos y trataremos de responder de la mejor manera. Menciono esto ahora, antes de continuar con nuestro tema, porque las cuestiones sobre las que hemos estado hablando, relacionadas con el Buddha Gautama y Jesús, se mencionan en estas preguntas, preguntas que probablemente todos nosotros nos hemos hecho, y a las que hemos tratado de encontrar respuesta.

Ahora tenemos alguna idea de lo que queremos decir con autoconocimiento, de nuestra unidad con todo, de cómo nació nuestra individualidad, por decirlo así, del cielo y de la tierra: el divino rayo interno y el hombre personal inferior, éste último, alzado en dirección hacia arriba hasta que se vuelve uno con ese rayo divino, para que de este modo se convierta en un adecuado y purificado vehículo para él. También hemos visto que el estudio del Maravilloso Ser es un ejemplo más que sublime del elevado estado espiritual que debemos conseguir y que conseguiremos, al correr con éxito la carrera.

Ahora iremos un poco más lejos en nuestra reflexión relacionada con este Maravilloso Ser. Hemos visto que él o eso es —como lo dijo H. P. Blavatsky, utilizando un lenguaje popular— tanto del cielo como

de la tierra. Sus raíces son el dhyāni-buddha de esta ronda, y el rayo lo alcanza como un hombre a través del bodhisattva celestial emanado por el dhyāni-buddha, y también a través del bodhisattva supraterrrenal o súper-humano a cargo supremo de nuestra raza-raíz. El Maravilloso Ser es considerado acá en su aspecto racial. Noten bien, sin embargo, que también existe un Maravilloso Ser para nuestro globo; asimismo, uno para la entera cadena planetaria, etc.

Existe una tradición, y nuestros Maestros nos dicen que es una fundada en la verdad, que incluso hasta estos días existe en Asia Central una cierta mística y misteriosa tierra, o región, si se quiere. Se llama Śambhala. Éste es un nombre conocido en la literatura sánscrita, pero debido a que los dichos y las leyendas que se refieren a ella están relacionados con lo que nuestros auto-suficientes sanscritistas y orientalistas europeos llaman “superstición pagana” y el “amor de los orientales por la imaginiería”, etcétera, nuestros académicos europeos dicen que es un mito. ¡Hombres ciegos! Es una región real de la tierra, en cierta parte del territorio tibetano, y por edades ha sido el tema de demasiada especulación mística, y lo sigue siendo hoy en día. Es el “hogar” de nuestros eminentes Maestros. Es, asimismo, el “hogar” del Maravilloso Ser considerado como hombre, o en su aspecto racial. Este Maravilloso Ser se encarna a sí mismo de época en época a voluntad y placer, pero nunca deja la labor que ha asumido para sí, ni la dejará nunca hasta que su obra esté concluida. Él es el enlace y vínculo espiritual de los diferentes bodhisattvas y buddhas de la Jerarquía de la Compasión con los mundos superiores y con nosotros y los seres inferiores de nuestra ronda. Esta tierra de Śambhala se describe como un lugar de gran belleza, rodeada por una elevada cadena de montañas. Se dice que ningún ojo humano la verá jamás a menos que se le permita verla. Se dice que a esta tierra de Śambhala van aquéllos que son “llamados” a estar allí, algunas veces para regresar y algunas veces para permanecer; y que allí, supremo sobre todos los Maestros, reina el aspecto humano de este Maravilloso Ser, el Gran Iniciador, el Gran Sacrificio.

Éstas son las enseñanzas; y se dice además que de esta tierra, de continuo espiritualmente, y también en forma física en cíclicos períodos críticos, salen Maestros hacia el mundo. ¿Puede cualquier mente reflexiva y espiritual leer el testimonio y la historia de H. P. Blavatsky, lo que dijo y lo que hizo, sin leer entre líneas y detrás de las palabras? ¿Alguna vez hemos interiorizado en nuestros corazones cuánto significaba para ella cuando hablaba de su “ir a casa”? ¿He-

mos considerado alguna vez lo que debió haber sido encarnarse en ese cuerpo de mujer? Algunas veces los salvadores toman cuerpos de esta manera toda vez que les place y de época en época, y el sexo en sí mismo importa poco, aunque usualmente seleccionan cuerpos de hombres. Tales cuerpos-instrumentos físicos, los más apropiados para la labor que debe hacerse, son los escogidos.

Se nos dice además que estos cuatro kumāras de quienes hemos leído esta noche —“más elevado que los ‘Cuatro’ solo hay UNO”— son espiritual y originalmente los cuatro bodhisattvas celestiales de los cuatro globos de nuestra ronda, y, por correspondencia, de las cuatro razas-raíces completadas de nuestra tierra, y más elevado de ellos no hay nadie sobre la tierra, excepto este UNO. ¡Llevemos estas maravillosas enseñanzas al interior de nuestros corazones y hagámoslas parte de nosotros! Hay belleza infinita en ellas, inefable esperanza; hay vida espiritual, hay salud intelectual.

¿Qué pasa con las mentes de los hombres? ¿No sabe cada uno de nosotros que el ser humano medio no tomará la verdad cuando la vea, a menos que coincida ésta con sus pre-concepciones? ¿Y por qué es esto? Porque su mente está muy llena de (y tan confundida con) las propias ideas de su mente cerebral, de sus propias opiniones, de las que piensa que son mucho muy superiores a cualquier otra cosa que llegue a él desde cualquier otra fuente, en especial si le llega desde una fuente impersonal. Todos estamos en la misma condición mental; todos estamos maldecidos con estos moldes mentales que nos ciegan. Cada uno de nosotros en diferente grado, sin duda, algunos menos otros más; pero todos estamos maldecidos con ellos por voluntad propia, y todo lo que necesitamos hacer es ejercer nuestra voluntad y romper estos moldes mentales para dejar entrar la luz, la vida espiritual, el entendimiento, sí, y la santa compasión. ¿Qué mantiene a todos estos fuera de nuestras mentes y de nuestros corazones para que sean una fuerza activa, excepto estos moldes mentales? “Abandona tu vida si quieres encontrarla”.

Algunas veces los hombres podrían acusarlos a ustedes y decir que son ateos debido a que no creen en un Dios personal. Leeré acá lo que un gran pensador griego dijo sobre este tema cuando se le acusó de “ateísmo”. Y déjenme decir antes de leer: *ateísmo* significaba entre los griegos uno que no aceptaba a los dioses de la multitud, los dioses mitológicos del Estado. No existía un término tal de oprobio y odio como el que llegó a ser bajo la dispensación teológica cristiana. Significaba, más bien, “¡Usted es un radical!”, no más, si es

que acaso algo más. Pero los cristianos le han dado vuelta a esa palabra perfectamente legítima —que significaba uno que no acepta los dioses del Estado— volviéndola una expresión de odio que significa una degradación moral. Recuerden que a los mismos cristianos los paganos los llamaron ateos, simplemente porque ellos no aceptaban los dioses mitológicos del Estado; y los cristianos, cuando se volvieron poderosos tomaron venganza y llamaron a los paganos ateos porque se rehusaban a aceptar al Dios judeocristiano, Jehová.

Pero, ¿qué dice Epicuro, a quien los siglos posteriores al suyo llamaron ateo, sensacionalista, y posiblemente cualquier otro epíteto malsonante que los hombres llenos de odio pueden apilar sobre alguien de quien ellos no gustan? “Los dioses son, sin embargo, no son lo que la multitud los imagina ser. El hombre que niega la existencia de los dioses adorados por la multitud no es un infiel ni un ateo; pero aquél que piensa que los dioses son lo que la multitud sostiene que son, es un ateo y un impío”.

Ahora, el tiempo que tenemos esta tarde está llegando a su fin. Retomamos las preguntas de las que se habló antes. Estas preguntas se le pudieron haber ocurrido, y sin duda se le ha ocurrido, a cada uno de nosotros; y quizás ya les hemos buscado respuestas. Se las leeré como si hubiesen sido formuladas acá mismo:

Entendí que dijo usted en la reunión del jueves, hace una semana, que Jesús y Apolonio eran *nirmāṇakāyas*. En *Isis sin Velo*, volumen II, página 159, H.P.B. dice que mientras Jesús y otros se unieron a sus espíritus de forma permanente, Apolonio y otros de su clase se unieron así solo a intervalos. ¿Debo pensar que un *nirmāṇakāya* estaría permanentemente unido a su espíritu cuando trabaja en esta tierra?

Esta pregunta ha sido ampliamente respondida por lo que ya hemos explicado que es el significado de un *bodhisattva*. Un *nirmāṇakāya* es un *estado* asumido por un *bodhisattva* o en el que ha entrado un *bodhisattva*. Cuando ese estado finaliza, el *nirmāṇakāya* termina. *Kāya* significa “cuerpo”, “vehículo”. Por tanto, Śaṅkarāchārya, Kṛishṇa, Lao-tsé, Jesús, fueron *avatāras* en diferentes grados. Hubo un rayo divino que descendió en el momento cíclico de cada una de tales encarnaciones, y el nexo de unión, la llama de la mente, se proveyó en cada uno de esos casos por un miembro de la Jerarquía de la Compasión. Pero los *avatāras* no eran todos igualmente grandes. Apolonio, aunque no era un *avatāra*, era un *nirmāṇakāya*: un *bodhisattva*. Como se dijo antes, en la jerarquía de la Compasión el *bodhisattva* es superior a un *avatāra* de la misma manera como un hombre que ha ganado

la divinidad a través de sus propios esfuerzos, y que permanece en el mundo de los hombres por compasión a él y para ayudarlo espiritualmente, en realidad es superior a los devas o dioses en su cristalizada y fría pureza.

Jesús y otros como Kṛishṇa y Lao-tsé estaban unidos a sus espíritus de forma permanente. Claro que esto no se refiere a los cuerpos físicos de estos grandes hombres, sino que lo que significa es que el particular rayo ātma-búddhico al que se le llamó en la tierra Jesús, o Kṛishṇa, o Lao-tsé, se infundía en hombres que de manera natural estaban *siempre* unidos a sus espíritus aún cuando cada uno se manifestara a través de un bodhisattva-nirmāṇakāya. No podían ser nada más. No podían ser un avatāra por medio de un ser inferior a un bodhisattva. Apolonio, el Bodhisattva Gautama y otros de su noble tipo no estaban permanentemente ligados a sus espíritus, o mejor dicho, no eran meramente, solamente, rayos ātma-búddhicos, porque eran hombres hechos perfectos por medio de la experiencia: los hombres personales se vuelven semi-divinos, y de hecho, como ya se dijo, tales seres son mucho muy superiores a los rayos espirituales o mónadas per se, porque los bodhisattvas son como las finas flores de la evolución.

Siguiente pregunta:

En la reunión del jueves en la noche, se dijo que las palabras del Sermón de la Montaña no eran las palabras de Jesús, sino una recopilación de la sabiduría antigua compilada por un escritor posterior. No entiendo cómo en los discursos de Katherine Tingley, etc., a este Sermón y a Jesús se les coloca juntos como siendo uno el autor del otro. En esta reunión me dio la impresión de que Jesús era solo un judío Iniciado, pero ni por cerca de la gran estatura como para inspirar la adoración de todos los cristianos. Sin embargo, quizás no escuché bien.

Nuestra pregunta se encuentra formulada acá de la manera más cuidadosa posible. En primer lugar, entonces, no se debe decir y no se dijo que el Sermón de la Montaña no fue la *logia* o las “palabras” de Jesús. Lo que se dijo, inadecuadamente, sin duda, a causa de la falta de tiempo, es que el Sermón de la Montaña, tal como lo tenemos ahora en el Nuevo Testamento, fue con toda probabilidad compuesto en forma muy similar a como fueron compuestos los cuatro Evangelios canónicos. Sin duda está basado en la *logia* y dichos del Maestro Jesús. De manera incuestionable, un hombre, Jesús, vivió. De manera incuestionable él tuvo una escuela. De manera incuestionable él tuvo sus discípulos. De manera incuestionable él les enseñó, y sus dichos fueron atesorados por sus discípulos; pero al pasar el tiempo,

mucho fue olvidado, y estos dichos fueron revisados y editados, y ahora los tenemos en la forma en que aparecen en el Nuevo Testamento. Esto fue relativamente fácil debido al hecho de que buena parte de esos escritos trataban asuntos de más o menos común conocimiento filosófico, o incluso esotérico, más o menos corrientes en el pensamiento de la época, y solo requirió un poco de habilidad tejer estas ideas en un todo más o menos lógico. El mismo hecho de las bien conocidas contradicciones e incongruencias de los cuatro Evangelios, al compararlos, prueban la existencia de varias redacciones por diferentes escritores, muestran que fueron compilados a partir de diferentes bases teóricas. Para el teósofo, ciertas expresiones utilizadas en ellos le muestran que el esoterismo de Siria jugó un papel muy importante en la compilación, como era natural. Jesús enseñó verdades universales; sus medio-instruidos seguidores malinterpretaron mucho. Esas expresiones y términos se usaron en las Escuelas de Misterio del mundo oriental mediterráneo de ese período, pero no pertenecen a nuestra Escuela; y como Jesús ciertamente perteneció a nuestra Escuela, la presunción es, como se ha dicho, que sus dichos han sido “retocados”, con material extraño infundido en los cuatro Evangelios. Alguien, o mejor dicho, algunos sin duda pensaron que los dispersos dichos del Maestro podían ser mejorados: podían ser hechos “más claros y fáciles”.

Tal parece ser el destino de casi todas las grandes enseñanzas. No hay en absoluto ningún preventivo para eso excepto los corazones fieles de hombres y mujeres que defienden hasta la muerte las enseñanzas puras de aquél que les dio la luz y un despertar de la vida interior. ¡Nunca olvidemos eso!

Nuestro interlocutor estaba en lo correcto en cuanto a la impresión que recibió de que Jesús era un Iniciado sirio: judío, si lo prefieren. Hablamos ahora de Jesús el hombre; pero no creo que hayamos dicho alguna vez que él debería inspirar, en cualquier circunstancia, la “adoración” de los cristianos o de alguien más, porque tal adoración es algo precisamente prohibido para todos los seguidores de la verdad: impersonal e inefable. Esa idea es una mala interpretación de lo que quisimos decir por parte del interlocutor.

Aquí hay otra pregunta:

Otra cosa que me sorprende mucho son las maneras tan distintas en las que los principios 7, 9 y 10 del hombre y el universo se enumeran. En las *Instrucciones*, N^{os}. I y II, por H. P. Blvatsky, se dice que el *âtman* no es en realidad y en absoluto un principio del hombre, pero que la envoltura áurica constituye el séptimo. Sin

embargo, en nuestras reuniones esotéricas se suele hablar del ātman como perteneciente al hombre. La enumeración esotérica y exotérica de estos principios difieren, y con frecuencia a manas no se le llama sino único principio, y luego otra vez dividido en dos, y el manas inferior unido con el principio kāma, etc.

Estos bien escogidos puntos, por supuesto, son algo que cada quien debe resolver por sí mismo mediante el estudio de la literatura que ya tenemos, tan hábilmente escrita por nuestros estudiantes más antiguos. Por necesidad los siete principios están sujetos a diferentes métodos de enumeración, porque cada método de enumeración o de presentación en forma diagramática o paradigmática solo muestra otro punto de vista de la verdad, muestra otra faceta o manera de ver a la única joya. Así, un hombre que deseara estudiar ese maravilloso monumento de belleza, el Taj Mahal, si estuviera en la India no solo lo vería desde el frente y luego desde fuera, sino que entraría y lo estudiaría en detalle; y fuera a la parte trasera del mismo, y a su derecha y a su izquierda, viendo así todas las partes que lo conforman, mientras reuniera toda la información posible de quienes son una autoridad en el mismo. De manera similar, los siete principios, o los diez, están sujetos a diferentes métodos de presentación. Por cierto, ātma se pone como el séptimo principio debido a que es la raíz permanente de nuestro ser; pero si supiéramos que el principio kāma fuera esa raíz, entonces debería ser llamado éste el séptimo, o mejor aún, el primero o superior, siendo la raíz de nuestro ser; o el manas, bajo condiciones similares, debería ser llamado el séptimo. Al ātma se lo coloca como el primero o superior debido a que los siete principios del hombre son considerados de una manera general, siendo el ātman o ser, la raíz o el elemento superior del ser, y por tanto es considerado como uno de los siete principios, aunque en realidad es un principio *universal*.

Nuestra cuarta pregunta muestra cuán profundamente se ha puesto a pensar nuestro interlocutor:

La doctrina de los ciclos, y el número exacto de años que la raza humana tomará en un manvantara o un Día y una Noche de Brahmā para alcanzar la 7ª raza y la 7ª ronda, tomado en conjunto con la doctrina del libre albedrío, siempre ha sido algo que me intriga. ¿Por qué el libre albedrío y los fracasos del hombre no mantienen alterando continuamente el número exacto de años que le tomará alcanzar determinadas rondas y razas futuras? En *Teosofía: El Sendero del Místico* [*Theosophy: The Path of the Mystic*], Katherine Tingley dice que la humanidad ha pasado el punto más álgido, el punto crucial, en su evolución, y que ningún poder del cielo o del infierno puede parar su progreso, y no obstante insiste en hablarle a la humanidad como si ésta estuviera al borde de la destrucción.

En primer lugar, visto todo en su amplio conjunto, tomando las siete rondas como un kalpa o como un todo, y aún más ampliamente para lo que se refiere al kalpa solar, esto es, el ciclo del sistema solar, el número exacto de años de incluso las muchas reencarnaciones de un humano, está definido y establecido, de manera similar a como el número de vueltas (o días y noches) que nuestro globo, la tierra, efectúa en un año, o una revolución alrededor del sol. En otras palabras, el número de días está establecido y determinado en un año, o el número de días en un ciclo o mes lunar. Pero mientras eso es así visto todo en su amplio conjunto de las cosas, la doctrina del libre albedrío del hombre es una verdad bastante real, y los fracasos o éxitos del hombre sí inciden para retardar o para acelerar el número de encarnaciones de un ser humano, por ejemplo: lo que en resumen cubre la pregunta formulada por nuestro interlocutor.

El número total está establecido; pero así como los cuerpos del sistema solar, los planetas, como lo saben los astrónomos, algunas veces debido a sus perturbaciones están ocasionalmente un poco por detrás o un poco por delante en el tiempo, no obstante, al final del largo recorrido “llegan a tiempo”, como si estuviesen provistos de consciencia y tuvieran que arribar a la meta en el tiempo establecido para los mismos. Así el libre albedrío del hombre puede alterar el curso o los períodos de sus encarnaciones, pero no su número. En cualquier ronda, en cualquier raza-raíz, él puede cambiarlas en ese respecto, pero tendrá que pagar por ello por retribución kármica, por una reacción establecida; y habrá una corriente adversa corriendo en sentido opuesto. ¿Deberemos decir, finalmente, que el hombre no tiene libre albedrío porque está unido a un mundo que no puede dejar en forma voluntaria? Claro que no, aunque él sea, quiéralo o no, llevado alrededor del sol por el curso anual de nuestro globo. Hay mucho más que puede decirse para clarificar este punto, pero es demasiado estrictamente esotérico como para hablarlo acá.

En cuanto a las palabras de Katherine Tingley, permítaseme señalar que nuestro interlocutor la ha citado con exactitud, hasta donde cabe. Es un hecho que hemos pasado el peor momento, el punto crucial en nuestra evolución. Eso se dio en la mitad de la cuarta raza de esta cuarta ronda. Las cosas no pudieron haber sido peores desde el punto de vista espiritual en la totalidad de nuestro manvantara. Fue el centro exacto o punto más bajo de varios ciclos. Nosotros, como cuerpo racial, pasamos con éxito por él, pero muchas, muchas entidades fallaron y tomaron el camino descendente. “y no

obstante insiste en hablarle a la humanidad como si ésta estuviera al borde de la destrucción”. ¿Acaso no saben ustedes que incluso estando en esta quinta raza-raíz no hemos alcanzado el punto medio de la cuarta sub-raza primaria de la misma: su punto medio, y por tanto el más peligroso? ¿Y que la gran catástrofe racial que corresponde a nuestra quinta raza-raíz no ha llegado todavía a nosotros? Como lo señaló H. P. Blavatsky en 1887 o 1888, las grandes olas de las mareas y los terremotos que están ocurriendo en los últimos pocos cientos de años parecen ser premoniciones de lo que nos sucederá en unos cuantos miles de años, con aumentada fuerza.

La última pregunta es:

Para mí son confusos los nombres dados al Absoluto en sus diversas manifestaciones (o quizás solo me es difícil recordarlos). En los *Aforismos del Yoga de Patañjali* al ser superior del hombre se le llama Īśwara, en el *Bhagavad-Gītā*, *Purusha*; también se le llama con frecuencia ātman. En el capítulo iii del *Bhagavad-Gītā* los nombres adhyātman, adhibhūta, adhidaivata, adhiyajña, brahmán, etcétera, son usados con diferencias muy sutiles de significado.

Lo son; pero los significados también se explican en la primera parte del *Bhagavad-Gītā*, capítulo 8. Debemos señalar acá que incluso como en las clasificaciones de los siete principios en diversos libros, estos nombres son intentos de mostrar otros y diferentes puntos de vistas de una única y misma cosa.

Para concluir, traduciremos estos cinco nombres sánscritos: *adhyātman* significa “ātman o ser primordial”, equivalente a Param-ātman, o ātman supremo, el más alto de la jerarquía. *Adhibhūta* significa ese objeto supremo, o el principio egóico superior, o “elemento primordial”, en nosotros, proveniente de otros manvantaras; Es, por decirlo así, la esencia encarnante del elemento. *Adhidaivata* significa “más divino”, la parte superior de todo, desde el punto de vista serial, el punto de vista jerárquico, teniendo en cuenta las distintas etapas. *Adhiyajña* significa el más grande, el “sacrificio superior”.

Kṛishṇa, en el sentido superior espiritual, era el más grande sacrificio, el sacrificio primigenio, el primer iniciador por parte de la Jerarquía de la Compasión, un sacrificio por medio del puro amor y de la compasión, fuera del cual no hay nada más sublime en los hombres, porque nos hace como uno de los dioses. *Brahman*, la última palabra, es, como sabemos todos, una palabra sánscrita cuya raíz esencial significa “expansión”; es esa parte de la economía celestial que primero inicia la manifestación, la expansión del Uno en los muchos.

VEINTITRÉS

EL SOL Y LOS PLANETAS. SU PAPEL EN EL DRAMA EVOLUTIVO.

El más místico de los discursos nos dice que la totalidad de él (el sol) está en el orden supra-mundano: pues subsisten allí un mundo solar y una luz total, como los oráculos de los caldeos afirman . . .

La infatigable naturaleza reina sobre los mundos y las obras,
Que el cielo, atrayendo hacia abajo, pueda hacer un eterno recorrido,
Y que los otros períodos del sol, la luna, las estaciones, la noche y el día, puedan ser consumados.

—PROCLUS, Comentario sobre el “Timeo” de Platón (CORY,
Fragmentos antiguos, pp. 274-5)

LA DOCTRINA SECRETA, volumen I, páginas 279 y 280 [I, 291-2]:

Cualquiera que sea el destino que el porvenir remoto reserve a estos escritos, esperamos haber probado los hechos siguientes:

(1) La Doctrina Secreta no enseña *Ateísmo* alguno, excepto en el sentido que encierra la palabra sánscrita *nastika*, no admisión de los *ídolos*, incluyendo a todo Dios antropomórfico. En este sentido, todos los ocultistas son *Nastikas*.

(2) Admite un Logos o un “Creador” colectivo del Universo; un *Demiurgo* en el sentido que se implica al hablar de un “Arquitecto” como “Creador” de un edificio, aunque el Arquitecto no ha tocado jamás una piedra del mismo, sino que habiendo proporcionado el plano, deja todo el trabajo manual a los obreros; en nuestro caso, el plano fue proporcionado por la Ideación del Universo, y el trabajo de construcción quedó a cargo de las Huestes de Fuerzas y de Poderes inteligentes. Pero aquel *Demiurgo* no es una deidad *personal*, esto es, un *dios extracósmico* imperfecto, sino sólo la colectividad de los Dhyán Chohans y de las demás otras Fuerzas.

En cuanto a estos últimos—

(3) Ellos son dobles en sus caracteres estando compuestos de (a) la *energía bruta* irracional, inherente en la materia, y (b) el alma inteligente, o conciencia cósmica, que guía y dirige a aquella energía, y es el Pensamiento *Dhyân Chohánico*, *reflejando la Ideación de la Mente Universal*. El resultado es una serie perpetua de manifestaciones físicas y de *efectos morales* en la Tierra, durante los períodos manvantáricos, estando todo subordinado a Karma. Como este proceso no es siempre perfecto; y

puesto que por muchas que sean las pruebas que exhiba de una inteligencia directora tras del velo, no por eso dejan de presentarse brechas y grietas, y aun con mucha frecuencia fracasos evidentes, por tanto, ni la Hueste colectiva (el Demiurgo), ni individualmente ninguno de los poderes que actúan, son temas a propósito para el culto u honores divinos. Todos tienen derecho, sin embargo, a la reverencia agradecida de la Humanidad; y el hombre debe esforzarse siempre en favorecer la evolución divina de las Ideas, convirtiéndose, en todo lo que pueda, en *cooperador de la Naturaleza*, en su trabajo cíclico. Sólo el siempre ignorado e incognoscible *Karana*, la Causa *sin Causa* de todas las causas, es quien debe poseer su templo y su altar en el recinto santo y jamás hollado de nuestro corazón; invisible, intangible, no mencionado, salvo por “la voz tranquila y queda” de nuestra conciencia espiritual. Quienes le rinden culto, deben hacerlo en el silencio y en la soledad santificada de sus Almas; haciendo a su espíritu único mediador entre ellos y el *Espíritu Universal*, siendo sus buenas acciones los únicos sacerdotes, y sus intenciones pecaminosas las únicas víctimas visibles y objetivas sacrificadas a la *Presencia*.

Vamos a proceder esta noche a recoger más hilos que dejamos sueltos en nuestros anteriores estudios. Primero observemos más de cerca lo que significa un bodhisattva. Se recordará que se habló de un bodhisattva como el hombre personal relativamente perfeccionado; el caso en que la entidad personal se había vuelto una entidad impersonal, donde la mortalidad se había puesto las vestiduras de la inmortalidad; en otras palabras, un caso donde el hombre personal se había vuelto un Despierto o un Buddha al que solo le quedaba una etapa para la completa iluminación como tal; o, para utilizar la expresión mística cristiana (de los primeros greco-cristianos), un Cristo sobre la tierra.

Ahora, siendo así un bodhisattva, prácticamente significa lo que pudiéramos llamar el *manas superior*, el ser superior (no el ser más alto, sino el ser superior) completamente desarrollado y en pleno esplendor de la mónada dual *ātma-buddhi*, y por tanto constituye un vehículo apropiado, un medio apropiado, entre el ser divino y el yo inferior del hombre; y de este modo provee un canal apropiado de comunicación en los casos cuando un *avatāra* se debe manifestar en la tierra. No podría haber tal cosa como un *avatāra* entre los hombres de no ser por este medio que supla el necesario vínculo psico-espiritual. El espíritu puro, al tratar de actuar sobre la tierra, no puede tener efecto sobre los hombres o posibilidad de comunicación con ellos, porque es la esencia divina, por decirlo así, del kosmos y necesita de las dos características espirituales o vehículos, *buddhi* y *manas-taijasa*, para poderse manifestar, y el bodhisattva, al suplir la característica egoica, la característica intermedia, proporciona ese

medio o vehículo necesario. Además, el bodhisattva, si en lugar de perseguir su propio y superior curso kármico natural en el estado de nirvāṇa, escoge, en virtud de la compasión inherente en él, permanecer en la tierra como ayudante de la humanidad, en ese caso se vuelve un nirmāṇakāya, una entidad pensante completamente consciente sobre este nuestro plano humano, solo sin el cuerpo físico. Se dice en la filosofía esotérica que Gautama el Buddha optó por esa sublime decisión, y proporcionó el principio intermedio para el avatāra hindú Śaṅkarāchārya, de quien hablamos en nuestra pasada reunión. Existe asimismo una tradición y un registro entre nosotros, en el sentido de que el mismo bodhisattva proporcionó el principio intermedio de la manifestación avatārica llamada Jesús, así como en otros dos casos que dejaremos acá sin nombrar, siendo la razón que cada raza y cada sub-raza, así como cada ciclo racial menor de alguna importancia, como sabemos, está bajo la particular guía de un buddha, o de encarnaciones menores o sombras de él.

Gautama el Buddha fue él mismo un avatāra *plus*, esto es, en el sentido más amplio; es decir que en lugar de suministrar un vehículo intermedio de sí mismo, en un ciclo menor, él mismo fue ese vehículo intermedio en su totalidad psico-espiritual, inspirado por su propia naturaleza divina, con su propio cuerpo físico como el “templo” de la misma, diferenciándose en este respecto de un avatāra per se, en el que el vehículo intermedio lo suministra el bodhisattva-nirmāṇakāya del buddha bajo cuya gestión, o mejor dicho, bajo cuya supervisión, la raza particular en la que el avatāra aparece, sigue su curso como un ciclo menor del más grande ciclo racial de ese mismo buddha. Un avatāra, por tanto, requiere del bodhisattva del buddha racial como vehículo para manifestarse sobre la tierra en el momento que sea preciso que aparezca. Un buddha no lo requiere, porque aunque sea un avatāra en el sentido de estar bajo la directa y completamente real iluminación de su propio ser divino (que es un bodhisattva súper-terrenal, estudiado en nuestra última reunión), *tiene karma tras de él*. Es la directa y real reencarnación de un hombre divino, y un avatāra no lo es. Un avatāra es, en un sentido, una ilusión o māyā, porque la característica egoica o intermedia —metafísicamente la prole del karma— falta, y debe ser suministrada por la característica o vehículo bodhisattva.

Solo formalmente un avatāra es superior que un bodhisattva; es solo una etapa superior de forma de una jerarquía y en una jerarquía, pero no desde el punto de vista evolucionario. Un buddha se vuelve

tal por *evolución auto-dirigida*, la gran verdad que Katherine Tingley nos dice tan frecuentemente. Un avatāra aparece por necesidad kármica *racial* en determinadas épocas en la historia del mundo; asimismo un buddha, pero también por *elección personal* debido a la inmensa compasión por sus congéneres inferiores aún envueltos en los afanes de la existencia material. Ésa es la diferencia, una diferencia muy importante para ser recordada en nuestros futuros estudios.

Podemos decir de pasada que más o menos por nuestro período presente está terminando lo que se llama un ciclo mesiánico, y naturalmente se está abriendo otro: un ciclo mesiánico que dura 2,160 años, en cifras definitivas y exactas. Estos ciclos se suceden unos a otros de continuo. Así, si contamos hacia atrás, podemos decir, si queremos, que el ciclo mesiánico europeo que está finalizando, o del que nosotros estamos emergiendo, es el que Jesús, el Avatāra, inauguró para Europa. Surgen ideas interesantes en relación a esto, las que podemos dejar para su consideración en otro momento.

Suficiente de esos hilos.

Recuerden por favor que la evolución comprende dos líneas de acción, por decirlo así, dos fuerzas corriendo colateralmente, esto es, por un lado, el espíritu o lado desarrollado de la existencia, y por el otro, el lado no desarrollado: dicho de otro modo, oscuridad y luz, o el egoísmo y la compasión, lo cual, como ustedes recordarán, es un tema al que hasta cierto punto aludimos al estudiar la quinta de las siete joyas de la sabiduría de la Jerarquía de la Compasión, el cual es el lado abnegado o inmortal de la existencia.

Ahora, la acción e interacción de estas dos líneas de energía suministran las fuerzas motrices tras la evolución, tras el progreso; y el curso que toma la evolución en realidad surge en, brota desde, y es inaugurada por, los impulsos que en el inicio de un ciclo manvantárico son dados al lado oscuro o material de la existencia por los dhyāni-chohans, es decir, por las partes o entidades superiores de esta Jerarquía de la Compasión. Son las *notas tónicas* suministradas por ellos, *los impulsos primordiales y originales* que dependen, claro, del destino (o karma) lo que ocasiona el plan original y el poder conductor detrás de todo lo que sucede en el manvantara a lo largo de su ciclo de evolución hasta su clausura; y mientras el libre albedrío existe en el hombre tan pronto como él ha aprendido a obedecer los estatutos espirituales de la auto-consciencia, este mismo libre albedrío, siendo que es una energía divina y puesto que en un sentido brota del impulso general dhyān-chohánico, bajo ninguna circunstancia

puede militar en contra de, ser contrario a, o afectar adversamente, la corriente evolutiva general que lleva la múltiple hueste de entidades en manifestación siempre hacia el objetivo final, señalado por H. P. Blavatsky en el antigua frase “El Día Sé Con Nosotros”: el final de un manvantara o el inicio del pralaya.

Por tanto, entonces, estas dos líneas de energía están eternamente coactivas —usando la palabra eternamente en el sentido de durar a lo largo del kalpa solar—, por un lado, las “oscuras” fuerzas de la materia no desarrollada; y por el otro, la Jerarquía de la Compasión con sus innumerables unidades instando a las huestes de seres en evolución hacia adelante en una dirección, siendo todo el esfuerzo de la Jerarquía de la Compasión elevar a otros seres o elementos menos desarrollados desde el lado material hacia arriba, al “lado de la luz”. Las entidades de la Jerarquía de la Compasión fueron ellos mismos, en pasados manvantaras, elevados así por otras Jerarquías de Compasión, ahora, por estos tiempos, muy, muy adelante de nosotros en la evolución; y es nuestro destino sublime en el futuro kalpa guiar nosotros de este modo a las entidades que están detrás de nosotros ahora, un proceso llamado el “Traspaso de la Luz”, como lo llamaban los poetas griegos y latinos.

Además, como se aludió brevemente en nuestro más reciente estudio, por favor recuerden que las iniciaciones antiguas, y las Escuelas de Misterio en las que se realizaban esas iniciaciones, fueron establecidas solo para el propósito de “forzar” o acelerar la evolución de candidatos apropiados y adecuados. Fueron establecidos por los mismos motivos de compasión que presidieron sobre los actos de los grandes actores del drama primordial, los actos del inicio de nuestro manvantara. Ellos copiaron, como en miniatura, lo que ocurrió en esos tiempos primordiales y lo que ocurrió en la vida real en la Jerarquía de la Compasión sobre nuestra tierra, o en esa sección, más bien, de la Jerarquía de la Compasión que nosotros llamamos la Gran Logia Blanca.

Volvamos un momento sobre otro asunto colateral muy importante que ya hemos tratado solo ligeramente, porque las cuestiones que involucra son tan profundas que era imposible tratarlo adecuadamente para aclarar su significado sin dejar temporalmente nuestro tema principal. Pero es asimismo necesario no adelantarnos mucho, dejando estos hilos sueltos detrás; tenemos también que recogerlos y tejerlos en la tela, en el cuadro que estamos intentando hacer.

Nos referimos particularmente al papel que el sol y los planetas de

nuestro sistema solar juegan en el drama evolutivo. Existen grandes misterios relacionados con esto, y se nos dice claramente que en ninguna circunstancia se da una última palabra, o siquiera explicaciones específicas, excepto a aquéllos que se han comprometido de manera irreversible e irrevocable con la Logia. E incluso entonces se les transmite solo de “boca a oído”, y “a murmullos”; y además, solo a aquéllos, dice H. P. Blavatsky, que han pasado con éxito por su cuarta iniciación, que consiste, de manera general, en *la experimentación personal e individual de las enseñanzas dadas en las tres etapas precedentes*: tres etapas de enseñanza y entrenamiento preliminares, que conducen hacia una real experiencia personal de ello en la cuarta iniciación, en la que, se nos dice, el candidato debe dejar el cuerpo de carne, sí, incluso la mente cerebral, detrás, y *volverse* eso que se le enseñó, porque solo *siendo* puede él *saber*. No obstante, con respecto a estos temas se ha dicho abiertamente bastante, lo cual es, para el estudiante, muy iluminador.

En primer lugar, en varias ocasiones hemos hablado del sol, de nuestro orbe solar, como el lugar central de nuestro sistema solar. Y así es, no solo físicamente, sino también en otras maneras. Paradójica pero verdaderamente, el sol suministra la mayor parte de nuestros poderes materiales y vitales; y es interesante notar que entre más cercanos están los planetas al sol, como regla general, más densos son. Recuerden bien que Mercurio, el planeta de budha o de la sabiduría, el particular guardián e iniciador en los Misterios, es el más cercano (o solo uno de los más cercanos) al sol de *nuestros* siete planetas, esto es, los siete planetas de Misterio. Tengan en cuenta las palabras “o solo uno”. Recordarán ustedes que los antiguos hablaban de siete planetas de Misterio: Saturno, Júpiter, Marte —los nombro en el viejo orden—, el Sol, Venus, Mercurio y la Luna. Este asunto lo desarrollaremos en forma diagramática más adelante esta noche, si nos queda tiempo.

El planeta intra-mercurial, como se le llama, de acuerdo a nuestra enseñanza se volvió prácticamente invisible al ojo físico durante la tercera raza-raíz, luego de la caída del hombre en la generación física. En marzo 26 de 1859 se vio un cuerpo cruzando el disco solar, haciendo lo que los astrónomos llaman un tránsito. Ese cuerpo no se ha vuelto a ver de nuevo; pero existen otras razones que han inducido a algunos astrónomos a creer que existe de hecho un planeta intra-mercurial (aunque no puedan hallarlo de nuevo a pesar de que lo busquen), tales como las perturbaciones de Mercurio. Se ha hecho

recientemente un intento de explicación de estas perturbaciones, basados en las doctrinas de la relatividad de Einstein, y esa explicación está de moda ahora. Sin embargo, nuestros Maestros dicen que existe un planeta intra-mercurial; lo podemos llamar Vulcano, como lo llamaron los astrónomos.

Aun cuando Vulcano se haya vuelto invisible durante la tercera raza-raíz, todavía puede volverse visible en tránsito, es decir, al cruzar el disco solar, tal como este cuerpo de hecho fue visto hacerlo en 1859, porque aunque invisible a nuestra vista sin ayuda, no obstante, a través de la lente de un telescopio cuando se vuelve hacia la sin igual iluminación del disco solar, su cuerpo probablemente podría verse contra la grande brillantez del orbe solar. La inmensamente grande iluminación proporcionada por el sol, con facilidad podría destacar la sombra, o hacer aparecer como una sombra, cualquier cuerpo de menor brillo o cualquier cuerpo normalmente demasiado etéreo como para ser visto de otra manera.

Según nuestra enseñanza, el séptimo planeta es uno que bajo las condiciones adecuadas algunas veces es visto aparentemente cerca de la luna. Se dice que tiene un movimiento retrógrado, y que está muriendo lentamente. Ha alcanzado el final de su ciclo. Creo que es erróneo decir que la luna lo “esconde”. Quizás sea una buena manera de expresar un cierto aspecto, pero creo que es una manera engañosa de hacerlo. Mantengamos los hechos tal cual se nos dieron, que algunas veces es “visto aparentemente cerca de la luna”, que tiene un movimiento retrógrado, y que está muriendo lentamente.

Vulcano, en un sentido místico, es el más alto de los siete planetas sagrados, quizá no el menos denso, pero en un sentido es el más elevado psicológicamente; y tenemos razones para creer que el otro planeta algunas veces visto aparentemente cerca de la luna sea quizás el inferior de los siete planetas sagrados. Esto no quiere decir que nuestra enseñanza limite el número de los planetas del sistema solar a siete. Por el contrario, se nos enseña que hay muchos más planetas en el sistema solar de los que conocen los astrónomos, algunos perfectamente invisibles, porque están en planos tanto más altos como más bajos que nuestro plano. Existen planetas en nuestro sistema superiores al nuestro, superiores a cualquier planeta que sea visible para nosotros; también hay planetas en nuestro sistema mucho muy inferiores al nuestro, mucho muy inferiores que cualquier planeta que sea visible para nosotros.

A estos siete planetas especiales se los llamó sagrados por una

razón muy difícil de explicar abiertamente; pero podemos decir que los siete planetas que nosotros *en la tierra* (por favor noten la reserva) llamamos sagrados, son esos (y la tierra no es uno de ellos) que son los *upādhis* —una palabra sánscrita que significa “portadores” o “conductores”— (para nosotros) de las siete fuerzas solares. Todos ellos son “superiores” en ese sentido, o desde ese punto de vista, a la tierra; y todos ellos están íntimamente relacionados con esta tierra, y suministran a esta tierra no sus principios, sino sus poderes intelectuales, psíquicos, astrales y vitales, por así decirlo. Estos siete planetas sagrados, además, son nuestros “creadores”, y supervisan nuestro destino.

Esto es un poco de la genuina astrología antigua. No aludimos solo al cuerpo físico de los siete planetas; sin duda cada planeta, o globo, más bien, físico, tiene sus propias fuerzas *astronómicas*, como lo son la gravitación y el magnetismo, etcétera; pero acá estamos hablando de la acción interna u oculta de ellos. Cada uno de los globos de esta nuestra cadena planetaria, además, cada uno de los siete globos de ésta, está bajo la vigilancia o cuidado particular de uno de estos siete planetas de Misterio. Además, cada ronda está bajo la supervisión particular de uno de estos siete planetas sagrados. Además, cada raza en cualquiera de los globos está bajo la supervisión o cuidado particular de uno de estos siete planetas sagrados. Por estas razones, y por otras aún más importantes e íntimas debido a su estrecha conexión con nuestra cadena planetaria, fueron éstos llamados los siete planetas sagrados.

El sol y la luna no son dos de estos siete, aunque para propósitos de astrología esotérica fueron substituidos por los dos verdaderos, porque uno está aparentemente cerca de la luna, y otro está muy cerca del sol. Aunque, por todo eso, el sol y la luna están ambos en cercana interacción respectivamente con esos dos.

En lo que respecta al sol: ¿Qué es el sol? ¿Es el sol un cuerpo físico? No lo es. No es realmente un cuerpo físico, pues no es gas, no es gaseoso. No es sólido, tampoco es líquido o gaseoso. *El sol es un reflejo*. ¿Qué queremos decir cuando decimos un reflejo? No queremos decir esa palabra en el total, completo y exclusivo sentido en el que se emplea comúnmente, como cuando hablamos del reflejo de una imagen en el espejo. Lo decimos en este sentido: que el *verdadero* sol es un cuerpo —extraño como pueda parecer a los científicos del presente— de energía o fuerza. La ciencia moderna está comenzando a entender ahora que la fuerza y la materia son fundamentalmente una sola cosa. Hace algunos años todo en la ima-

ginación científica era *materia*. Ahora todo se ha vuelto *fuerza* para ella. ¡Es sorprendente que estos caballeros científicos no vean cuán fácilmente cambian las bases de sus pensamientos, y cuán dogmáticos son a menudo con respecto a cada nueva serie de bases que ellos asumen! Pero ahí está el hecho. Los científicos nos dicen ahora que la materia es solo fuerza, lo cual es cierto. Pero es la materia toda igual. No hay necesidad de correr a un extremo para tratar de sacarnos de otro. No hay necesidad de incurrir en los peligros de Escila al tratar de evadir los de Caribdis. La materia existe, es; es el upādhi o portador de la fuerza, y la fuerza es asimismo la vida intrínseca de la materia. No obstante, la materia existe; es un māyā, en verdad una ilusión, pero *existe*. Māyā no significa ilusión en el exclusivo y completo sentido de nulidad. Para nada. En realidad māyā implica que algo existe para producirla, pero que el observador de ella no sabe qué realidad está detrás; en otras palabras, *nuestros sentidos no nos dicen la verdad acerca del objeto detrás de la manifestación*. Eso significa māyā, no que la cosa misma sea una nada. Este punto de vista es un absurdo.

Si se examinan las fotografías de las manchas solares, si se mira al sol a través de un buen telescopio y se centra la mirada en una mancha solar cuando ésta está cerca al halo del sol, cerca de uno de sus bordes, se verá que cuando la mancha cruza el disco solar, parece ser negra. Ahora, ¿por qué aparece negra? Sabemos que su color no es negro. Nuestros científicos han probado ese hecho, pero el disco visible del sol es tan intensamente brillante que la menor brillantez de la parte dentro de la mancha, aunque es en sí misma bastante brillante, parece oscura a nuestros ojos.

Supongamos que dijéramos que el sol que vemos es simplemente como el brillo alrededor de algunas máquinas eléctricas, solo un “reflejo” de la corriente eléctrica, por decirlo así, una manifestación māyāvi en nuestro plano de una fuerza tan inmensa que no podemos formarnos una concepción apropiada para ella. Supongamos que pensáramos que el sol no ocupa espacio (o dimensión) en absoluto, y que lo que vemos, ese inmenso cuerpo aparente de luz, fuera como una chispa eléctrica, un cuerpo en apariencia, que aparenta ocupar un espacio. Supongamos que vamos un paso más adelante y decimos que el sol visible que vemos es materia en su sexto estado de eterealidad, y que lo que está detrás de ese tremendamente brillante velo de reflexión, es un átomo, por decirlo así, una parte infinitesimal de materia-substancia, materia en su séptimo estado. Es fácil seguir este

pensamiento. El sol es una masa de fuerza; como incluso los filósofos medievales podrían haber dicho: “Hermano, cuando un hombre te dice que él ha visto el sol, ríete de él. No lo ha hecho. El sol es invisible. El verdadero sol, el origen y centro de estas elevadas fuerzas, está en planos superiores, y nosotros solo vemos, en el sexto sub-plano de nuestro plano cósmico, esta intensa brillantez cubriendo el vasto espacio que el sol aparente cubre”.

Además, cuando el sol nos da nuestra luz sobre la tierra, probablemente no nos suministra ni el 30 por ciento del calor que tenemos y no por radiación física directa, sino de manera un tanto parecida a como la corriente eléctrica nos suministra calor, o de similar manera: decir que de la *misma manera* quizás sería una forma demasiado enérgica de poner el hecho. Las fuerzas emanan desde el corazón o centro solar y alcanzan los velos meteóricos que rodean la tierra, despierta corrientes electromagnéticas y produce así una parte de los fenómenos meteorológicos que experimentamos en tormentas, buen clima, lluvia, nieve y hielo. La tierra misma produce probablemente el 70 por ciento o más del calor que conocemos; y fenómenos como las tormentas son causados principalmente por la acción y reacción electromagnética, si me permiten usar la expresión, entre el prāṇa innato, o fuerzas vitales de la tierra, y la región meteórica que rodea nuestro globo como un velo. Pues estamos rodeados durante nuestro manvantara, y todos los otros planetas del sistema solar lo están de manera similar durante *sus* manvantaras, con un espeso velo de polvo meteórico, en su mayoría muy fino, y parte de él constituido por más o menos grandes masas.

Tomemos, por ejemplo, a Venus o Mercurio. Cada uno de ellos está rodeado con su propio velo de polvo meteórico o cósmico: cada cual velando su cara. Este velo meteórico actúa, en un sentido, como lo hace un cojín, formando así una protección para su planeta. No vemos por esa razón la cara verdadera de ese planeta. Pero Marte no tiene dicho velo. ¿Por qué? Porque la esencia vital de esa cadena planetaria ha dejado el globo físico de Marte para irse a sus otros globos.

Tendremos que reservar hasta la próxima semana el diagrama que se les iba a mostrar esta noche, a cuyo punto de estudio hemos llegado ya. Vamos a señalar que el diagrama en cuestión se ha tomado del pensamiento místico sirio en boga antes de la era cristiana, y representa las ideas astrológicas exotéricas que los sirios tenían entonces acerca de la relación de los planos del ser, y necesariamente, por tanto,

de los planetas y de las posiciones místicas ocupadas por cada uno de ellos en el drama evolutivo. Lo pusieron de esta forma. Primero y por encima de todo estaba la Vía Láctea, que para ellos era el límite máximo de esta jerarquía o universo. Luego venían las Nebulosas y los Cometas, que fueron representados en la jerarquía espiritual por los serafines. El tercer grado aún más bajo fue las Estrellas Fijas, y fueron representados por los Querubines. Después, dando un salto en las inmensidades del espacio de nuestro universo, estos antiguos pensadores de Babilonia, Asiria, Media, y sin duda Persia, y claro, Fenicia y todos los otros países de Asia Menor, comenzaban la serie inferior con los planetas de nuestro sistema solar. Primero, Saturno, la sede de los Tronos; luego Júpiter, la sede de las Dominaciones; luego Marte, la sede de las Virtudes; luego el Sol, la sede de los Poderes; luego Venus, la sede de los Principados; luego Mercurio, de los Arcángeles; luego la Luna, de los Ángeles; luego nuestra Tierra. También enumeraron cinco elementos: una enumeración que es exotérica, pero hasta cierto grado es la misma que la esotérica. Nuestra Tierra, así como el espacio interplanetario, comprende estos cinco elementos, y cuando decimos nuestra Tierra queremos decir no solo nuestro cuerpo planetario físico de este elemento sobre el que nos movemos, sino la entera esfera comprendida entre la Luna y la Tierra. A estos cinco elementos se les dio el nombre de Aeter, Fuego, Aire, Agua, materia grosera o Tierra. Fuera de esta jerarquía o universo o kosmos colocaron las Aguas Celestiales, incluso el primer capítulo del libro hebreo del Génesis habla del “espíritu de Elohim moviéndose sobre las aguas”. “Aguas Celestiales” era el nombre que frecuentemente le daban los antiguos a lo que los griegos llamaban Caos, materia no desarrollada o, como diríamos ahora, abismos espaciales.

Nuestro tiempo de estudio de esta noche está llegando a su fin. Sin embargo, vamos a señalar el interesante hecho de que esta misma serie de los planetas nos muestra con claridad que los antiguos tuvieron que haber comprendido perfectamente bien el mecanismo de la estructura del sistema solar visible, y que, si su pensamiento era geocéntrico, haciendo a la tierra el centro del kosmos, era un pensamiento natural; y que siendo el hombre instintivamente antropocéntrico, no puede pensar de manera natural desde otro punto de vista. Así, naturalmente, los antiguos astrólogos y astrónomos, con sus pies en la tierra, calcularon desde la tierra, y vieron desde la tierra, y colocaron al hombre, mirando arriba hacia las esferas del sistema solar, sobre la tierra como el centro de observación incluso como

hoy en día hacemos, sin que esto signifique en absoluto que ellos no supieran nada del sistema heliocéntrico, del cual nosotros sabemos que ellos sí sabían.

¿Qué puede significar esto? Esto no puede significar nada más que una cosa, y esa es, que estos planetas fueron colocados así a cuenta de, y debido a, el tiempo relativo ocupado por cada uno en completar el circuito de su órbita, a saber: Saturno, aproximadamente treinta años; Júpiter, el siguiente “más bajo”, prácticamente doce; Marte, el siguiente más bajo, prácticamente dos; el Sol (o el planeta misterioso, el Sol supliendo su lugar), un año; Venus, el siguiente, siete meses; Mercurio, tres meses; la Luna, un mes. Queremos señalar también que los días de nuestra semana común están basados en esta serie, y luego terminaremos por esta noche.

¿Por qué, al poner los planetas en el orden Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio, Luna, no hicieron seguir a su semana de siete días este orden? Porque, dividiendo el día y la noche en 24 horas, cada día, comenzando con el amanecer, se abre con su primer hora bajo el gobierno de un planeta en particular. Si se calcula a través de las 24 horas, a partir de Saturno (habiendo siete planetas sagrados), durante las 24 horas ellos se repiten en 24 horas tres veces, con tres más. Tres veces siete son 21 horas, con tres más: 22, 23, 24, la hora 25^a es la primer hora del siguiente día. Tres veces siete recorren las 24 horas, encontramos que si la primer hora comienza con Saturno, la 8^a estaría también bajo Saturno, la 15^a estaría bajo Saturno, la 23^a hora entonces estaría bajo Júpiter, la 24^a bajo Marte, y la hora 25^a, la primera del día siguiente, sería el Sol o Domingo. Al tomar esta lista y contar cada cuarta posición, comenzando con la que acaba de finalizar como la primera (o añadiendo tres más a la hora recién terminada), les da el día de la semana. Así: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, DOMINGO; Sol, Venus, Mercurio, Luna, LUNES; Luna, Saturno, Júpiter, Marte, MARTES (día de Marte); Martes, Sol, Venus, Mercurio, MIÉRCOLES, siendo el anglosajón *Woden*, correspondiendo a los términos latín y griego; Mercurio, Luna, Saturno, Júpiter, JUEVES (día de Thor) Júpiter, Marte, Sol VENUS, VIERNES; VENUS, Mercurio, Luna, Saturno, SÁBADO, comenzando de nuevo la segunda o siguiente semana.

Así, el orden y los nombres de los días de la semana tienen en última instancia su base en una razón oculta muy interesante: la astrología antigua, explicada y dada al mundo solo en los Misterios, como los conocemos. El orden y nombre de los días de la semana eran los mismos en la India y en el Norte de Europa, y en algunas partes

de Asia, un asunto que nunca ha sido satisfactoriamente explicado por nuestros calendaristas y astrónomos. La razón se encuentra en el fundamentalmente idéntico sistema astrológico común a todo el mundo antiguo.

PARTE DOS

VEINTICUATRO

LOS DIEZ GRADOS DEL SER DE ACUERDO AL SISTEMA SIRIO. EL MÉTODO DE ENSEÑANZA ESOTÉRICO: PARADOJAS, INTUICIÓN

También sus escritos [es decir, de los pitagóricos], y todos los libros que publicaron ellos, *la mayor parte de los cuales han sido preservados incluso hasta nuestro tiempo* [es decir, hasta la época de Jámblico], no fueron compuestos por ellos en una dicción popular y vulgar, y de la manera habitual a la de los otros escritores, para que fuera entendido de inmediato, sino que de tal manera que no fuera fácilmente comprendido por aquéllos que los leyeran. Pues ellos adoptaron esa reserva que fue instituida por Pitágoras como una ley, al ocultar, de un modo arcano, misterios divinos al no iniciado, y oscurecer sus escritos y las disertaciones que mantenían entre ellos.

—JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, p. 56

Siendo la filosofía, de acuerdo con su acepción [de Platón], no solo un conjunto de doctrinas, sino el perfeccionamiento de toda la vida espiritual; . . .

—EDUARD ZELLER, *Platón y la Antigua Academia*, p. 160

Se mueve. No se mueve.

Está lejos, y está cerca.

Está dentro de todo esto,

Y está fuera de todo esto.

—*Īśā-Upanishad*, 5 (Traducción de Hume).

VAMOS A ABRIR nuestro estudio esta noche leyendo de *La Doctrina Secreta*, volumen I, páginas 435-6 [II, 138], lo siguiente:

Mor Isaac . . . indica que los antiguos sirios definían su Mundo de los “Regentes” y ”Dioses Activos”, del mismo modo que los caldeos. El mundo inferior era el SUBLUNAR —el nuestro—, vigilado por los Ángeles del orden primero o inferior; el inmediato en rango era Mercurio, regido por los “ARCÁNGELES”, luego seguía Venus, cuyos Dioses eran los PRINCIPADOS; el cuarto era el del SOL, el dominio y región de los Dioses más elevados y poderosos de nuestro sistema, los Dioses solares de todas las naciones; el quinto era Marte, gobernado por las VIRTUDES; el sexto, el de *Bel* o Júpiter, regido por las DOMINACIONES; el séptimo, el Mundo de Saturno, por los TRO-NOS. Éstos son los Mundos de la Forma. Sobre éstos vienen los Cuatro superiores, formando de nuevo siete, puesto que los Tres *más elevados* “no son mencionables ni pronunciables”. El octavo, compuesto de 1.122 estrellas, es el dominio de los

Querubines; el noveno, perteneciente a las estrellas *errantes* e innumerables, a causa de su distancia, tiene a los Serafines; en cuanto al décimo, dice Kircher, citando a Mor Isaac, que está compuesto de “estrellas invisibles que, según dijeron, podrían tomarse por nubes, efecto de la masa tan compacta que forman en la zona que llamamos *Vía Straminis*, la *Vía Láctea*”; y se apresura a explicar que “éstas son las estrellas de Lucifer sumidas con él en su terrible naufragio”. Lo que viene después y más allá de los diez Mundos (nuestro Cuaternario), o el mundo *Arûpa*, no podían decirlo los sirios. “Sólo sabían que allí es donde principia el vasto e incomprensible Océano del Infinito, la mansión de la Verdadera Divinidad, sin límite ni fin”.

Champollion muestra la misma creencia entre los egipcios.

El pensamiento principal esta noche, que primero parece requerir una mejor ilustración, es el tema de la naturaleza bipolar del ser, es decir, que hay dos líneas interactivas de energía-sustancia en el kosmos, que juntas comprenden la totalidad de los procesos evolutivos: primero, la inferior, los kosmocratores, o constructores del mundo; y segundo, la superior, las inteligencias que impelen a las primera a la acción y supervisa sus vías evolutivas. La segunda clase es, por supuesto, la superior, y comprende lo que nosotros, siguiendo a H. P. Blavatsky, hemos llamado la Jerarquía de la Compasión.

Ahora, a estas dos líneas de acción, o clases, se les puede llamar (a) el lado material o de la mano izquierda, y (b) el lado espiritual o de la mano derecha, es decir, (a) los constructores, los kosmokratores, que son, de hecho (en un sentido), los principios inferiores de (b) los dhyāni-buddhas, que son el lado espiritual o de la mano derecha, del ser, siendo estos últimos del kosmos interior, así como los kosmokratores o constructores, también llamados espíritus planetarios o dhyāni-chohans de un grado inferior, son del kosmos externo o material, esto es, como se dijo antes, el lado de la mano izquierda, el lado material, el lado nocturno, el lado oscuro.

De la interacción de estas dos fuerzas (o elementos) cuasi-opuestas de la naturaleza vienen a la auto-consciencia las innumerables mónadas del espacio interno y externo, porque este lado nocturno o lado material está hecho de los principios inferiores del lado luminoso, por decirlo así; y estos principios inferiores están compuestos o formados de cifras simplemente innumerables de mónadas en casi infinita variedad de grados de desarrollo. Las mónadas superiores forman los vehículos de los dhyāni-buddhas, la Jerarquía de la Compasión; pero hay mónadas, huestes de ellas, de grados intermedios o inferiores, y de aún más inferiores grados, hasta el más inferior; y las más inferiores forman el mundo material que vemos a nuestro alre-

dedor. Como se dijo arriba, de la interacción de las fuerza interna y del vehículo en el cual funciona o, en otras palabras, de los poderes espirituales conformantes que impelen e instan a estas mónadas en variados estados evolutivos hacia un mayor progreso, brotan los varios grados de consciencia en la naturaleza. Nosotros somos algunas de estas mónadas, tanto nuestros egos superiores como nuestros egos personales. Nosotros mismos somos mónadas en el particular estado de evolución en el que nos hallamos, y estamos en camino de volvernos colaboradores conscientes de la naturaleza, o, en otras palabras, lentamente desarrollando hacia afuera (o hacia adentro) los dhyāni-chohans o señores de la contemplación, los mānasaputras, de futuros manvantaras. Fuimos, en anteriores kalpas o manvantaras, mónadas en un todavía más bajo estado de evolución que ése en el que nos hallamos ahora, formando entonces los vehículos de aquéllos que están todavía adelante de nosotros, y que todavía ahora trabajan a través de nosotros, a través de nuestros egos superior y personal, y que nos inspiran, así, a progresar hacia arriba, y que son, en realidad, nuestros dioses internos: ¡nosotros mismos, pero diferentes!

El trabajo de la evolución es, en realidad, la elevación de lo personal en lo impersonal; la elevación de lo mortal para ponerse las vestimentas de la inmortalidad; la elevación de lo bestial para volverse un hombre, la elevación de un hombre para volverse un dios; y la elevación de un dios para volverse aún más extensamente divino. Cuando decimos “elevar a una bestia para volverse un hombre”, no nos referimos, sin embargo y por ello, a la hipótesis científica mal llamada evolución y con propiedad llamada transformismo. La doctrina teosófica de evolución es inmensamente más grande, infinitamente (si se nos permite usar esta expresión) más profunda que esas teorías científicas. Una bestia nunca se vuelve un hombre consciente y pensante de acuerdo a la meramente mecánica doctrina científica del transformismo materialista, no más que lo que un montón de argamasa y ladrillos se auto-desarrolla en una mansión, o un bloque en bruto de mármol en una noble estatua. Es la mónada interna, el fuego que habita en el interior, lo que continuamente insta o hace sacar a la acción las vidas y fuerzas latentes en los átomos. Cada átomo en sí mismo es un alma durmiente, y esto, despertado, es lo que evoluciona o se desarrolla, no el mero cuerpo físico. Recuerden la categoría triple que H. P. Blavatsky nos da: *los dioses*, primero; *las mónadas*, segundo, *los átomos*, tercero: los dioses, la tríada divina o superior; las mónadas, la tríada superior del septenario; y los átomos, el cuaterna-

rio inferior del septenario. Cada uno de esos átomos, cuyo número es simplemente incalculable, que forman el cuaternario inferior, como ya se dijo, es un dios durmiente, o más bien un dios en embrión. Su naturaleza interna tiene que sacarse, y este sacar es la evolución, el sacar las capacidades internas, cada átomo-entidad fabricando, como lo hace, sus propios vehículos. Ésta es la doctrina de la evolución auto-dirigida, que sigue el impulso, la impronta primordial, de los dhyāni-chohans. Todo esto ya lo hemos expuesto antes.

En pasados estudios hemos hablado de las iniciaciones (y de la doctrina de la evolución enseñada antiguamente) como una escuela de forzamiento. Esta palabra forzamiento es ambigua. La palabra se presta a ser malinterpretada. Vamos entonces a poner en lugar de ella la palabra avivamiento o despertamiento, significando la palabra avivamiento “vida” en contraste con lo que es inerte o muerto; por tanto, es la aceleración, el avivamiento, el dar nacimiento a eso que está dentro. Esta idea es el pensamiento clave de la doctrina teosófica de la evolución.

Una bestia no se desarrolla mecánicamente en un hombre más de lo que unas piezas de marfil, betún, piezas de madera y rollos de alambre se unen naturalmente para tomar una forma propia y “transformarse” en un piano. ¡Imposible! Lo que hace un piano es su arquitecto, el hombre, el pensador; así, la evolución es el trabajo, sobre y en la materia, de la entidad espiritual que toma, forma e impulsa hacia adelante los vehículos materiales en el cual está.

Cuando hablamos de encarnación de los mānasaputras, las entidades pensantes, los hijos de la mente, se entiende por supuesto que ellos son parte o entidades de la Jerarquía de la Compasión, del lado luminoso de la naturaleza; y mientras la evolución, el natural desarrollo (con el primordial impulso espiritual o dhyāni-chohánico detrás de él) de la naturaleza hacia seres superiores, tomaría lugar y *en realidad toma lugar continuamente*, ese proceso sería casi interminable en extensión de tiempo de no ser por los seres superiores que nos dan de su luz y de su vida, y así nos llevan mucho más rápido. Eso es lo que se entiende por el “descenso en la encarnación” de los mānasaputras. Ellos son nuestra naturaleza superior y, por paradójico que sea, son seres en gran medida mucho más evolucionados que nosotros; ellos fueron las entidades espirituales que avivaron nuestros egos personales, que de este modo se desarrollaron en la auto-consciencia, por relativamente pequeña que todavía fuera ésta. ¡Uno, y sin embargo muchos! De la misma manera como se

puede encender un número infinito de candelas de una candela iluminada, así se puede, a partir de una chispa de conciencia, acelerar y avivar innumerables otras conciencias, que duermen, por así decirlo, o que están latentes en los átomos.

Esto nos lleva directamente a otro asunto. Posiblemente todos hallamos escuchado acerca de las “contradicciones” en *La Doctrina Secreta*, o en nuestras enseñanzas esotéricas. No existen contradicciones allí; existen contradicciones *aparentes*, si gustan, pero una contradicción aparente es realmente la figura de lenguaje llamada paradoja. Es la famosa manera ancestral de las antiguas escuelas de ocultismo, enseñar por paradojas o por parábolas, como se dice que hizo Jesús. Se pone de manifiesto un profundo conocimiento de la psicología humana cuando se basan las enseñanzas en este principio. El objetivo es despertar deliberadamente la mente, asombrar, hacer que quien escucha *piense por sí mismo*. No se puede enseñar a un niño a comer o a caminar caminando por él o alimentándose uno por él. Debe aprender a alimentarse a sí mismo. Tiene que aprender por sí mismo a caminar.

Del mismo modo, los estudiantes neófitos tienen que aprender a pensar por ellos mismos, a pararse sobre sus propios pies. Repito que es un conocimiento muy profundo de la psicología, el pensamiento humano, lo que hace que los antiguos Maestros, y los Maestros de la sabiduría de hoy, sigan los mismos viejos principios, un método que nosotros hemos seguido desde que comenzamos los estudios. Habrán notado que en ningún caso algún tema ha sido expuesto abierta y completamente en el principio, o llevado hasta su final: primero, porque es imposible; segundo, porque era obviamente necesario decir ciertas cosas primero, tratar de despertar la atención, tratar de despertar las objeciones *honestas*, no solo críticas, sino honestas objeciones en su *propia* mente, las cuales por ustedes mismos tienen que resolver; y luego, después, se trajo a colación otros aspectos del tema y se dieron otras perspectivas de las enseñanzas. Algunos de ustedes conocen este hecho, claro; pero estoy hablando de manera particular de nuestros miembros jóvenes y nuevos. Este método es un sistema de enseñanza diametralmente opuesto por aquél que se sigue en el mundo occidental desde la caída de las civilizaciones mediterráneas. Hoy el método popular es el de la pura mente cerebral, el de esa mente que es mortal y se hace pedazos con la muerte del cuerpo. Su fuerte es la mera memorización de épocas, lugares, nombres, datos, etc., en resumen, todo lo que pueda ser memori-

zado de los libros, o sucesos cotidianos, metidos en el cerebro; y esta mente muere. Ésa es una de las razones por las que no recordamos nuestras pasadas reencarnaciones, porque nuestras mentes fueron insignificantes y trataron con cosas pequeñas y evanescentes. Pero el recuerdo de nuestras pasadas encarnaciones se perpetúa y se mantiene en nuestra naturaleza superior, pues esta naturaleza trata solo con principios y con lo universal; y algún día, cuando hayamos pasado más allá de nuestro planeta, recordaremos esas vidas pasadas, salvo en aquellos casos de encarnaciones de un alma perdida, en cuya circunstancia permanecen solo páginas en blanco, por decirlo así, en el libro espiritual de la vida.

Vamos a ilustrar algunas de las llamadas contradicciones con unos cuantos ejemplos: *la luna es más vieja que el sol, el sol es más viejo que la luna*. No hay contradicción aquí, pero hay una paradoja. Asimismo, *el sol es más viejo que cualquiera de sus planetas; los planetas son más viejos que su sol*. No existe otra vez contradicción, sino una paradoja. Vamos a explicar estas paradojas de inmediato. Al seguir la evolución del sistema solar de acuerdo a la filosofía esotérica, señalamos primero que la Vía Láctea es el almacén de los que serán cuerpos celestiales; por así decirlo, el vivero del que brotarán las semillas de futuros soles para comenzar sus cursos manvantáricos. Cuando llega el tiempo para que tal evento suceda, un cometa, en sus túnicas etéreas primordiales, se pone en camino para entrar en sus peregrinaciones, y luego de dar vueltas en círculos y pasar a través de lo que para nosotros es espacio ilimitado por largos eones, él, conducido o llevado por karma, o bajo la guía de karma, alcanza esa región particular en el espacio que era en realidad el lugar o región ocupado por sí mismo en una encarnación como un sol, y se establece allí, y despierta, aviva y acelera el polvo solar alrededor de él (pues el espacio está lleno de él), y tenemos entonces una nebulosa. Además, también se reúnen a su alrededor grandes remanentes etéreos de su anterior ser cuando fue un sol; y entonces éstos fusionan a ellos otras partículas que vagan por el espacio, por decirlo así, y a su debido tiempo estos otros cuerpos, con sus fusiones, se vuelven los planetas de un nuevo sistema solar.

¿Qué es un planeta? ¿Cuál es su origen? Un sol recorre su curso kálpico, su período manvantárico, que es un manvantara solar; y cuando llega su tiempo de entrar en pralaya, en su descanso, su fuerza interna se debilita y muere. Éste no es un evento de un día, sino uno que requiere bastante tiempo; y lo que era su principio más bajo (correspondiente a *nuestro* cuerpo físico) se desintegra literalmente en

innumerables partículas. Llámeseles átomos, si se quiere. Recuerden, por favor, que el sol no es sólido —ni lo será entonces, cuando muera— ni es líquido, tampoco es gaseoso. Luego de su muerte se disuelve en innumerables átomos o partículas, y estas partículas comienzan su larga peregrinación por los campos del espacio, vagando en la inmensa soledad por largos, largos eones, hasta que esa interna entidad del anterior sol, que tiene su propia presencia interna inspiradora, regresa bajo la forma de un cometa y reaviva lo que ahora es el polvo solar de su anterior ser-vehículo en el espacio donde fue con anterioridad: siendo ese polvo los vestigios de su propio ex-cuerpo. Y estas partículas del que fuera un sol son atraídas hacia él de nuevo, y forman su conjunto de planetas. Así, en cierto sentido, los planetas de un sol son sus “lunas”.

Así que, ya ven, como entidad, el sol es más viejo que cualquiera de su sistema planetario, vestigios de su anterior cuerpo; pero los planetas son más viejos que el sol que es ahora, porque son realmente partículas del que fuera el anterior sol de este plano. ¿Dónde está la contradicción? En verdad una paradoja que tuvimos que resolver; pues el resolver aviva nuestra intuición, y ése es uno de los principales objetivos y propósitos de este sistema de enseñanza, el avivamiento de la intuición. Nuestra mente cerebral es una muy admirable servidora cuando está bajo nuestra dirección, pero nunca debe ser nuestra maestra. Ni siquiera es una buena servidora; no tiene auto-respeto. No tiene capacidad de discriminación, de juicio, intuición o entendimiento.

Similar a la anterior es la paradoja que concierne a la luna. Quizá en un estudio posterior tendremos tiempo de explicarla. También es similar el caso de los planetoides, llamados asteroides, de los que hay tantos entre los planetas Júpiter y Marte. Son remanentes de un manvantara solar anterior.

Además, todos los planetas que no están en obscuración o dormidos (como lo está Marte) están rodeados de densas y con frecuencia muy condensadas nubes de polvo cósmico que han aglutinado en ellos; en realidad es el anterior polvo solar de los ahora desintegrados planetas y lunas. Por sobre nuestras propias cabezas, y sobre y alrededor de todos los planetas que no duermen de nuestro sistema solar, hay una masa, literalmente una masa, de este polvo solar: así de denso es este polvo solar y así de numerosos los cuerpos o partículas de tamaño variado que lo componen. Actúa como un velo que nos protege de la terrible energía del sol, actuando no solo como un velo

de protección contra sus rayos, sino también contra otros accidentes que podrían sucedernos de no existir ese velo protector que rodea nuestro globo en capas densas.

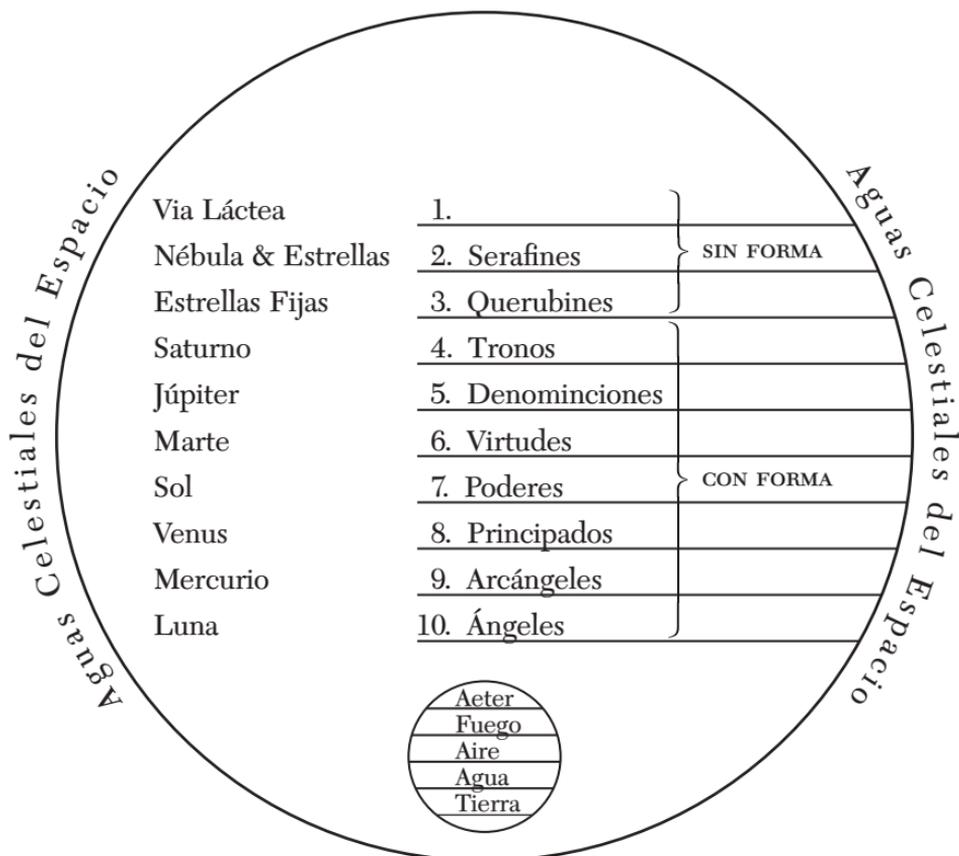
Marte no posee al presente ningún velo protector, o posee muy poco de éste, simplemente porque sus energías de vida se han marchado a otro globo del sistema planetario marciano —la cadena planetaria marciana— y la fuerza magnética de atracción que mantiene unido ese velo está, por consiguiente, ausente en su mayor parte. Pero Venus y Mercurio, por ejemplo, tienen, como nosotros, ese velo protector, aunque mucho más delgado en el caso de Mercurio que en el caso de Venus, porque Mercurio está justo emergiendo de la obscuración, y ese es lo que los astrónomos ven cuando miran hacia esos planetas a través de sus telescopios, cuando ven las “nubes”, y se dan cuenta que no pueden ver la superficie del planeta mismo. Lo que realmente ven es el velo. No somos conscientes del velo que nos protege. De alguna manera como un hombre en una habitación con una de esas cortinas de red blanca en su ventana: él puede ver hacia afuera, y discernir qué pasa en la calle; pero el hombre en la calle no puede verlo fácilmente a él.

Como un ejemplo final en esta tarde del uso de una paradoja en nuestro estudio, tomaré el siguiente. En un estudio anterior dijimos que la naturaleza nunca se repite a sí misma. En un estudio posterior dijimos que la naturaleza no hace más que repetirse a sí misma. Lo repetimos esta noche: la naturaleza no hace más que repetirse a sí misma. ¿Contradicción? No. ¿Paradoja? Sí. Vamos a ver si podemos aclarar un poco esta aparente contradicción. ¿Qué son los ciclos? Repeticiones. ¿Qué son las jerarquías? Repeticiones. ¿Cuáles son las principales repeticiones de tipo general? Los principios, las fuerzas, los planetas, los soles, las órbitas, los átomos, las mónadas, los dioses: todos son múltiples repeticiones de un impulso espiritual primordial. La naturaleza no trabaja de otra forma que repitiéndose: repeticiones en planos inferiores de principios o tipos-raíces primordiales.

Ahora ¿qué queremos decir al afirmar que la naturaleza nunca se repite a sí misma? Vamos a usar acá el sentido común. No estamos acá para entretenernos con disparates. De igual forma la naturaleza nunca se repite sí misma, porque no hallarán ustedes dos principios idénticos, dos ciclos nunca son idénticos, dos hombres nunca son idénticos, ni dos mónadas, ni dos soles, ni dos planetas, ni dos almas, ni dos egos son idénticos. Nuestra paradoja se resuelve entonces al

recordar que el método de la naturaleza es *la unidad en la diversidad sin fin*.

Regresamos ahora a nuestro tema principal. Los sirios tenían el siguiente método o sistema para describir los grados del ser, lo que representamos en el diagrama siguiente:



(1) la Vía Láctea, o el primer principio; (2) Las nebulosas y los Cometas, o los Serafines, segunda esfera, contando hacia abajo. (3) Las Estrellas Fijas, o Querubines. Estas tres constituían el Mundo sin Forma. Luego los planetas: (4) Saturno, los Tronos; (5) Júpiter, las Dominaciones; (6) Marte, las Virtudes; (7) el Sol, los Poderes; (8) Venus, los Principados; (9) Mercurio, los Arcángeles; (10) la Luna, los Ángeles. Estos ocho, incluyendo la Tierra, los Hombres, constituían el Mundo de la Forma.

Luego dibujaremos, por favor, un círculo que representará una esfera, y que sea ésta nuestra Tierra; y dividiremos esta Tierra en cinco zonas, siendo la de más arriba la del aeter; la que está debajo de ésta

sería fuego; la que está debajo de ésta sería aire; la que está debajo de ésta sería agua; y la de más abajo sería tierra.

También entiendan por favor que los sirios concibieron este sistema de mundos como una esfera, como un kosmos; por tanto, nuestro diseño tiene que tener un círculo que lo rodea: una figura convencional, es cierto, sin que implique ninguna limitación particular, sino que significando el círculo delimitador de ese kosmos o jerarquía particular. Los sirios dijeron además que fuera de esta jerarquía, de este kosmos, estaban las Aguas Celestiales, queriendo decir con ello lo que los griegos llamaban Caos, o, para nosotros, materia cósmica no desarrollada, las aguas del espacio, en otras palabras. Con respecto a esta metáfora, Aguas Celestiales, recordarán ustedes lo que la Biblia hebrea también dice acerca del “espíritu de los Elohim” o dioses moviéndose sobre la faz de las “aguas”.

Los tres planos superiores son lo que llamamos arūpa, o sin forma; y los otros siete (u ocho) planos son rūpa, o con forma. Enseñaron ellos que en el principio de las cosas, es decir, cuando la evolución cósmica empezó, la esencia primordial hizo desarrollar el elemento más sutil y espiritual, y naturalmente éste fue el superior, la Vía Láctea, donde todas las cosas comienzan en este sistema; y que el siguiente paso en la evolución descendente fueron los cometas y las nebulosas; y luego las “1,122 estrellas fijas”; y luego los variados sistemas solares: nuestro sistema solar, como ejemplo, que nos trajo así a la primera de las siete regiones planetarias. Cualquier otro sistema solar habría funcionado, pero naturalmente el nuestro fue escogido, siendo nuestro. Cada uno de estos pasos descendentes representa el grado que la ola evolutiva de vida tuvo que pasar antes de finalmente culminar en la existencia material como en la de nuestra tierra, por ejemplo; para finalizar, pasando por los últimos siete grados, los planos que rodean el globo. El primero de estos últimos siete es lo que pudiéramos llamar el Elemento Sin Nombre; luego el súper aeter; luego el aeter; luego el fuego, luego el aire, luego el agua y luego la tierra: estos elementos no son las cosas materiales que nos son familiares, sino que los espíritus de los elementos, la materia primordial de la que nuestros elementos son solo la representación material.

Notarán ustedes que el Apóstol cristiano, Pablo, habla de varios de estos poderes o elementos que pertenecen a los distintos planetas tal como se describió arriba en el sistema sirio, tales como las Dominaciones, las Virtudes, los Tronos, los Principados, los Arcángeles y los Ángeles. También recordarán ustedes que en un estudio anterior

señalamos que en realidad todo el misticismo cristiano fue fundado por Dionisos, el llamado Areopagita, quien también usó estos mismos nombres; así, en adición a los pensamientos que los cristianos tomaron del neoplatonismo y del neopitagorismo, también tomó (a través de Pablo mismo que era un sirio) de estas antiguas enseñanzas de Misterio, exotéricamente expresadas en la jerarquía como se muestra en el diagrama. Pero detrás de estas expresiones externas estaba la misma exposición, estaba el mismo sistema esotérico y la misma verdad esotérica que hemos venido estudiando desde hace algunos meses.

VEINTICINCO

LOS MISTERIOS DE LA NATURALEZA SEPTENARIA. CORRESPONDENCIAS:
GLOBOS, ELEMENTOS, PRINCIPIOS HUMANOS. LOS SIETE PLANETAS SAGRA-
DOS DE LOS ANTIGUOS. PERÍDOS RACIALES Y CATÁSTROFES.

Pero en ese instante, uno de esos sacerdotes más ancianos [de Egipto] exclamó: ¡Ay!, Solón, Solón, ¡ustedes los griegos son siempre niños!, ¡no existe algo como el griego viejo entre ustedes! Al escuchar esto, Solón le preguntó: ¿Cuál es el motivo de tu exclamación? A lo que el sacerdote respondió: porque todos tenéis almas de jóvenes, que no contiene ninguna opinión antigua derivada de remota tradición, ni cualquier vetusta disciplina procedente de su existencia en anteriores períodos. Pero la razón de esto es la multitud y variedad de destrucciones de la raza humana que anteriormente ha habido y que otra vez habrá, las más grandes por fuego y agua, pero también otras menores provocadas por otras innumerables contingencias . . . Pero lo que sea que haya sido hecho tanto por nosotros como por ustedes, o en cualquier otro lugar, bello o grandioso, o que contenga cualquier cosa fuera de lo común de lo que hayamos escuchado reporte, toda esta clase de cosas es hallada descrita en nuestros templos, y preservada al presente.

—PLATÓN, *Timeo*, pp. 466-7 (Traducción de Thomas Taylor).

VAMOS A iniciar nuestro estudio esta noche leyendo del primer volumen de *La Doctrina Secreta*, páginas 611-12 [II, 306-7], sección 15, titulada “Dioses, mónadas y Átomos”:

La extensión exacta —profundidad, anchura y longitud— de los misterios de la Naturaleza solo se encuentra en la Ciencia Esotérica Oriental. Tan vastos y profundos son, que escasamente unos pocos, muy pocos de los Iniciados más elevados —aquellos *cuya existencia misma solo es conocida de un pequeño número de Adeptos*— son capaces de asimilarse el conocimiento. Sin embargo, todo está allí, y uno por uno los hechos y procedimientos de los talleres de la Naturaleza pueden abrirse paso en la ciencia exacta, cuando presta ayuda misteriosa a unos pocos individuos para el descubrimiento de sus arcanos. A la terminación de los grandes Ciclos, relacionados con el desarrollo de las razas, tienen lugar generalmente tales acontecimientos. Nos hallamos precisamente al final mismo del ciclo de 5.000 años del presente Kali Yuga Ario; y de aquí a 1897 se hará un gran rasgón en el Velo de la Naturaleza, y la ciencia materialista recibirá un golpe mortal . . .

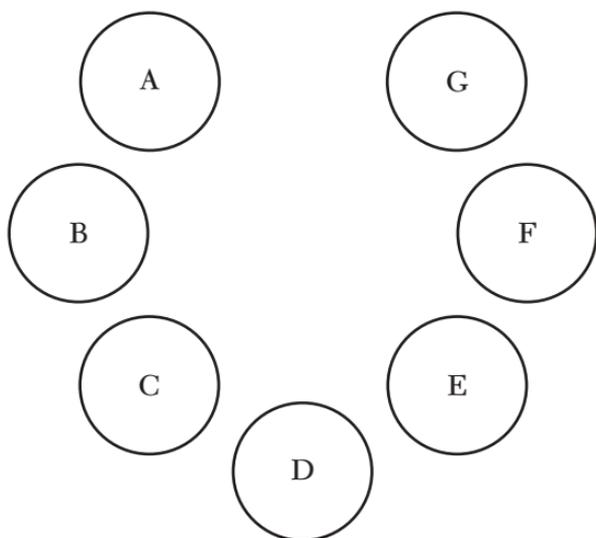
. . . Desde el principio mismo de los *Æones* —en el tiempo y en el espacio en nuestra Ronda y Globo— los misterios de la Naturaleza (por lo menos los que nuestras Razas pueden legalmente conocer), fueron registrados por los discípulos

de aquellos mismos “Hombres Celestes”, ahora invisibles, en figuras geométricas y símbolos. Las claves de los mismos pasaron de una generación de “Hombres Sabios” a otra.

En nuestra última reunión discutimos un diagrama que muestra la manera siria de ver, desde un punto de vista exotérico, la estructura externa e interna del kosmos; y algunos de ustedes, quienes quizás observaron con cuidado, habrán notado que esta jerarquía diagramática parece estar representada como toda sobre un plano. Ahora, esto es verdad en cierto sentido; pero hay más cosas en relación con el hecho de las que no podíamos hablar entonces y de las que no podemos hablar ahora, por la sencilla razón de que no se han sentado las bases para entenderlo correctamente. Que sea suficiente para esta noche decir que, como cuestión de hecho real, las jerarquías interactúan y se entremezclan: se cruzan unas a otras en todas direcciones, por decirlo así.

Como se observaba en un estudio anterior, la dirección de nuestra evolución es “hacia afuera” al principio, y “hacia adentro” después. Al descender por el arco o el arco de la materia al principio del manvantara de esta nuestra cadena planetaria, la dirección que seguimos, como integrantes de nuestra oleada de vida planetaria, era de dentro hacia afuera, es decir, de los planos interiores, de los mundos interiores, constantemente procediendo “hacia abajo”: esto es, hacia la siempre creciente materialidad; y cuando alcanzamos la mitad de la cuarta ronda en este nuestro globo, que es el central o el punto de inflexión del manvantara de esta cadena planetaria, el impulso se debilitó y finalmente alcanzó su cierre en lo que llamamos la cuarta raza-raíz, la raza atlante. A partir de allí el proceso inverso comienza su accionar, y el progreso, el avance, el desarrollo, vuelve sobre sus pasos, por así decirlo, en una espiral, la dirección de allí en adelante comienza desde fuera hacia adentro, o un ascenso cada vez mayor en la espiritualidad. Este proceso de un primordial descenso en lo material, seguido por un re-ascenso hacia la espiritualidad, es el curso que se sigue no solo en la construcción, desarrollo y consumación del destino de una cadena planetaria, y de todas las cadenas planetarias, sino que también es el curso que se sigue en los cada vez más grandes ciclos de evolución, como los de los kalpas solares, por ejemplo, que comprenden, dada uno, siete de los manvantaras planetarios. Siete manvantaras planetarios hacen un kalpa solar; en otras palabras, siete Días de Brahmā o siete ciclos planetarios, consistiendo cada ciclo en siete rondas, forman un kalpa (o manvantara) solar.

Con el fin de ayudar a nuestras mentes a comprender nuestro estudio de esta noche, para ayudarnos a concebir la idea, vamos a dibujar siete círculos que representan siete globos: tres en el ciclo descendente o arco de sombra, uno en el fondo o en el punto de inflexión, y tres en el arco o ciclo ascendente o luminoso. Podemos nombrarlos con las letras del alfabeto.



Ahora, estos círculos representan, si quieren, los globos de la cadena planetaria, y la evolución de la ola de vida comienza en el globo A y recorre los ciclos señalados, completándolos, y luego entra a B; luego de completar su curso sobre B, entra a C; y luego, al finalizar su recorrido para la ronda en C, entra a D, en donde ahora estamos, como también en la cuarta ronda. Estamos así a la mitad del camino alrededor del trayecto de nuestra ronda, la cuarta, y un poco más, porque somos la quinta raza-raíz de nuestro globo D, en el que las siete razas-raíces tienen que seguir su curso.

Cada uno de estos globos, además, está construido de, y se corresponde con, lo que los antiguos llamaban los elementos, es decir, las bases de los siete principios de la naturaleza. Son además llamados “rudimentos”, no en el sentido de algo incompleto, sino en su sentido original de la raíz de las cosas, los originadores. La palabra sánscrita para los principios es *tattva*, que significa “una realidad”, no la máxima realidad, el Absoluto de cualquier jerarquía, sino sus diferenciaciones raíces en la manifestación; y la palabra para los elementos es *bhūta*, brotando cada elemento de su predecesor o superior, y dando vida y nacimiento a otro, su inferior. Los antiguos siempre consideraron

cuatro elementos, y algunas veces cinco; nuestra Escuela reconoce siete en total. La usual numeración de los antiguos es como sigue: aeter, fuego, aire, agua y, por último, tierra. A los últimos dos principios a ser enumerados, y los últimos dos elementos, las bases de los dos anteriores, no se les ha dado nombre exotéricamente, porque aún no son conocidos para nuestros presentes sentidos. La conciencia humana no los reconoce aún, más sin embargo son reconocidos, enseñados y nombrados en la filosofía esotérica; y se les llama, al segundo, *aupapāduka-tattva*, una palabra sánscrita muy difícil de explicar en español. El significado general es que no procede de nada más, es decir, “sin padres”. Procede de sí mismo. Finalmente, al primero de los siete, al más alto en el arco descendente de la naturaleza, se le llama *ādi-tattva* o “tattva original”, al principio; y *ādi-bhūta* al correspondiente elemento, porque pertenece al mismo plano de ser del kosmos que el principio *ādi-tattva*, pero en un grado algo menor, siendo la base o vehículo del primero, el principio.

Estos elementos, por supuesto, no son los familiares objetos que conocemos con esos nombres —fuego, agua, aire o tierra— sino que estos objetos familiares son sus correspondencias en la tierra, en un sentido místico. Ahora, aunque los siete globos de la cadena planetaria *no* son los siete elementos respectivamente, uno del otro, sin embargo, cada globo está construido de todos ellos y, además, uno de los siete elementos predomina en cada uno de los globos respectivamente. Todo esto lo aclararemos en nuestros futuros estudios, cuando lleguemos a estudiar los lokas y talas. Por ejemplo, en el globo A: la cualidad fuego no sería nuestro fuego terrenal; sería el *espíritu del fuego*, por así decirlo, la raíz del fuego, porque en la filosofía esotérica “fuego” no es solo el resultado de la combustión, de acuerdo a las ideas científicas modernas, sino que es un elemento real, un rudimento, una base. De manera similar con el aire, que procede del fuego, nace del fuego; y similarmente con el elemento agua, que procede el aire, nace de él; y también la tierra, que nace del agua, es decir, del elemento agua.

Asimismo sucede con la antigua doctrina estoica de que los elementos se dan nacimiento unos a otros. La manifestación comienza en el plano espiritual, y a medida que los impulsos de vida alcanzas las formas más groseras, materiales (para usar la expresión popular), los elementos (bases, rudimentos) subsiguientes nacen cada uno del precedente, y de *todos los precedentes*. Por ejemplo, la tierra nace no solo del elemento agua, sino también del fuego y del aire. Además,

las siete rondas de una cadena planetaria, los siete globos de una cadena planetaria, y las siete razas-raíces de cualquier globo, tienen cada uno su correspondencia predominante con uno de los siete elementos. Entiéndase por favor que no nos referimos en absoluto a los objetos familiares que conocemos en nuestra tierra por esos nombres, sino a las bases, los originadores, los “espíritus” de ellos: las causas, los tattvas, los objetos reales que producen lo que vemos acá en la tierra.

Además, los siete planetas sagrados son, cada uno de ellos, una manifestación, una incorporealización de los poderes de uno de los siete logos solares, o fuerzas espirituales de nuestro kosmos solar, elementos-fuerza de los que podemos ver una tenue manifestación, o si quieren, un esbozo, en los siete colores del espectro solar. Nos reservamos futuras explicaciones aclaratorias de esto para estudios posteriores.

Tengan en cuenta también, por favor, que nuestros propios siete principios humanos se corresponden cada uno, respectiva y relativamente, con uno de los siete elementos. Los siete principios y elementos del hombre son una duplicación en él de los siete principios y elementos del kosmos. Los siete elementos, bases o rudimentos, son los siete vehículos de los siete principios del kosmos. Estos elementos son a su vez substancia y energía o fuerza, porque la energía y la substancia son fundamentalmente la misma cosa. La materia y la fuerza son fundamentalmente lo mismo. Es, por decirlo así, el aspecto superior e inferior, el interno y el externo, el impulso y su resultado o fruto.

Y además, con respecto a los siete planetas sagrados que mencionamos arriba: cuando la ciencia esotérica de los antiguos hablaba de siete planetas *sagrados*, especialmente ciertos de ellos fueron designados porque, de hecho, cada uno de los planetas conocidos por nosotros está en sí mismo relacionado con siete otros planetas que son para él *sus* siete planetas sagrados. Nuestra tierra no es uno de los siete planetas sagrados de los antiguos. Esos siete planetas sagrados eran Saturno; Júpiter; Venus; Mercurio; el planeta bastante cercano al sol, al presente, invisible pero conjeturado, llamado por algunos modernos astrónomos Vulcano; un sexto, que al presente solo mencionamos; y el séptimo, algunas veces visto cerca de la luna: ¡por aquellos que “tienen ojos para ver!”.

Se recordará que en un estudio anterior se observó que el planeta Vulcano fue primero descubierto, o se supuso que se había descubierto, el 26 de marzo de 1859, cuando se lo vio en tránsito por el

disco solar, y que desde entonces los astrónomos lo han buscado y no han sido capaces de encontrarlo. Las enseñanzas en relación a ese planeta, el más alto (en un sentido) de nuestros siete planetas sagrados, es esta: que se volvió invisible a nuestros sentidos físicos aproximadamente en el punto medio de la tercera raza-raíz; pero como hemos llegado de nuevo, en el arco ascendente, al plano correspondiente al grado de desarrollo de plano de la tercera raza raíz, en un relativamente corto período cíclico comenzará de nuevo a mostrarse; pero incluso ahora, mientras que pudiera ser generalmente invisible debido a lo que podríamos llamar su eterealidad, si se le busca con telescopio podría, no obstante, ser visto, bajo condiciones favorables, cruzando el disco solar. ¿Por qué? Porque el brillo realmente indescriptible del sol hace visible cualquier cosa que aparece ante él, por así decirlo, como un objeto más oscuro, y puede, así, ser visto como un cuerpo sombrío que cruza el disco solar. Al menos ésa es una razón por la que, probablemente, los astrónomos han buscado este planeta y no lo han —o todavía no lo han— encontrado.

Con respecto al séptimo que mencionamos arriba, que es el “inferior” de nuestros siete planetas sagrados, del que esotéricamente se habla como que está cerca de la luna, ese planeta están en su última o séptima ronda, y está, por tanto, muriendo. Es probable que también, para nuestros sentidos físicos presentes, sea más o menos etéreo, y que, por tanto, sea prácticamente invisible, excepto bajo ciertas muy favorables condiciones. Antes de que nuestro planeta haya alcanzado su última o séptima ronda, nuestra luna se habrá desintegrado en polvo estelar, pero por se tiempo este planeta secreto o misterioso cercano a la luna y ahora muriendo, estará muerto, y será para nosotros como una luna; no una luna verdadera en el sentido de nuestra luna madre, sino, más bien, un satélite. *Aparecerá* a nosotros como una luna; y, de hecho, será una “luna”, porque será un cuerpo muerto.

Hay mucho que sencillamente no puede decirse —al menos, aún no— acerca de estos siete planetas sagrados o misteriosos. Pero hemos señalado antes que los siete principales dhyāni-chohans, o señores de la meditación, están muy íntimamente relacionados, unos a otros, respectivamente, con los siete planetas misteriosos o sagrados, esto es, los siete que son los planetas sagrados de la tierra. Hay muchos otros planetas en nuestro sistema solar, pero solo siete deseos son nuestros siete planetas sagrados.

Cada uno de los otros planetas, Júpiter, digamos, por ejemplo,

tiene sus propios siete planetas sagrados, y todos pertenecen a nuestro sistema solar, pero no todos ellos serían necesariamente *nuestros* siete planetas sagrados. Sin embargo, cada uno, por la interconexión o entremezcla de los elementos de construcción cósmica, cada uno de ellos, digo, es un locus solar. De nuevo aquí hay algo que debemos tocar antes de seguir adelante.

El hombre es superior al globo en el que vive. El hombre es superior al sol. Usted y yo, sentados acá, ocupamos un estatus espiritualmente superior al sol, aunque sea éste el locus espiritual y vital del sistema solar. El sol que vemos no es el verdadero sol. El sol que vemos es solo el foco de las titánicas fuerzas que están en juego al otro lado, a través de él. Y el hombre es superior a él, y, sin embargo, viene de él, del aspecto interno de él, por así decirlo. Además, como lo señalamos en otro estudio, no hay que dejarse llevar por las teorías científicas, pues la ciencia no es en absoluto un criterio de conocimiento espiritual, el cual está, hasta ahora, mucho más allá de su ámbito o alcance. Nuestros cuerpos físicos, es decir, el cuerpo de cada uno de nosotros, es un kosmos, incluso, relativamente hablando, un kosmos universal. La ciencia moderna está empezando a sospechar esta verdad, y los científicos hablan ahora del átomo, formado de sus electrones y protones, como componiendo un sistema solar en miniatura. No hay partícula de substancia o materia que esté libre de la vida, desprovista de vida, y vidas, inteligente; y hay seres dentro y en los electrones de los átomos de nuestro cuerpo que son superiores a lo que es el ser *personal* nuestro. ¡Un sublime pensamiento para reflexionar! Tenemos, en realidad, grandes responsabilidades inherentes en nosotros de las que soñamos. Nuestro cuerpo en verdad es un templo de vida.

He recibido una carta de un amigo que vale la pena leer en este punto. Cito una porción de la misma que incluye una mención relacionada al planeta Vulcano:

“Seeliger ha mostrado de manera concluyente que hay suficiente cantidad de polvo cósmico que forma la Luz Zodiacal como para que equivalga a todas las discrepancias en los movimientos de Mercurio”, y así hacen innecesario a un Vulcano.

Esto se escribió hace cerca de doce años, y estaba supuesto a resolver toda la dificultad del cambio en la posición de perihelio de 42 segundos por siglo de Mercurio.

Nótese en primer lugar: las perturbaciones en los movimientos de Mercurio se explicaron primero por un planeta desconocido llamado

Vulcano. Bien, Vulcano no pudo ser encontrado otra vez, así que los teóricos dijeron que tenía que haber polvo cósmico que produjera esas perturbaciones. Segunda teoría: Cito otra vez de la carta:

Luego viene el amigo Einstein y comienza a explicarlo de una manera por entero diferente, y el “polvo cósmico” es a su vez científicamente hecho desaparecer. Luego viene el Profesor Poor de la Universidad de Columbia y muestra que la teoría de Einstein acerca de Mercurio trastorna las posiciones de los otros planetas más de los que resuelve la de Mercurio: ¡así que allí tienes!

Admiro su maravillosa ingenuidad en hacer teorías para las maravillas que han descubierto bajo las limitadas condiciones a su disposición, pero sin duda debemos mantener una mente abierta en las cosas que están sujetas a tan variadas interpretaciones.

Muy bien dicho. Cubre el asunto muy pulcramente.

Nos acercamos a la conclusión de nuestro estudio de esta noche; pero mientras tanto hay un asunto que requiere ser tratado antes de finalizar, y que tiene relación con las razas-raíces de cualquier globo de nuestra cadena planetaria. Tomemos, por ejemplo, las razas de nuestro globo D de nuestra cadena planetaria, siendo el globo D el más bajo en la cadena, como saben ustedes. Ahora, estas razas-raíces ocupan vastamente más tiempo en su evolución de lo que por lo común se supone. El tiempo corre por millones de años para cualquier y cada raza-raíz. Algunos que no han leído con atención *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky, suponen que nuestra raza-raíz, la quinta, tiene solo cerca de un millón de años de antigüedad ahora. Esa idea no es cierta, y H. P. Blavatsky no dice nada semejante. En el volumen II, página 435, ella dice que nuestra quinta raza-raíz tiene cerca de un millón de años de antigüedad, como raza *sui generis*, y *completamente libre de su tallo padre*. ¿Cuántos millones de años más requirió para alcanzar hasta ese punto, si nació como raza-raíz cerca del punto central de su raza-madre? Nuestra raza requirió millones de años para alcanzar el punto central de su carrera, *donde estamos ahora*. Nuestra gran catástrofe racial, que vendrá sobre nosotros como las propias llegaron a su debido tiempo sobre todas las razas-raíces anteriores, y como llegarán sobre las dos razas que sucederán a nuestra quinta raza, es decir, la sexta y la séptima razas-raíces, no nos ha alcanzado a nosotros, pero está en camino.

Otra cosa: mientras cada raza-raíz es destruido alternativamente por el fuego y por el agua, no olvidemos que los otros elementos están asimismo en su trabajo al mismo tiempo; pero es el fuego y el agua los que de manera más particular afectan y causan los desplazamien-

tos de continentes o más bien su sumergimiento, y la emergencia o alzamiento de nuevas tierras. Hay un punto interesante de nuestras doctrinas en relación a esto, y pasaré ahora a aludirlo brevemente.

La enseñanza es que la primera, la tercera, la quinta y la séptima razas-raíces son lo que podría ser llamadas del agua; y la segunda, la cuarta, y la sexta —las de números pares— son lo que podríamos llamar razas de tierra. En otras palabras, las de números impares, 1, 3, 5 y 7, florecen sobre nuestro globo en momentos cuando los océanos cubren más de su superficie que la tierra, y las condiciones se invierten en la segunda, cuarta y sexta razas-raíz, cuando hay más tierra que agua sobre la superficie del globo. El fuego destruyó la primera raza, así como destruyó también la tercera raza; el agua destruyó la segunda y también la cuarta raza; y el fuego destruiría la quinta, el agua la sexta, y de nuevo el fuego la séptima. Ahora, geológicamente hablando, es esta alternancia en extensión de tierra o agua lo que genera esta condición cíclica.

Vamos a tratar de aclarar un poco más este asunto. La tercera raza pereció por el fuego, lo que quiere decir la acción de subterráneos terremotos y volcanes, principalmente, seguidos de sumergimiento. Ahora, la tercera raza era una raza de agua, es decir, había entonces más agua en la faz de la tierra que tierra. Así es ahora, en nuestra quinta raza, en aproximadamente el período medio de nuestro ciclo de vida de raza, hay tanto como un tercio de las aguas que hay en la superficie de nuestro globo, es decir tres veces más agua que tierra. Cuando nuestra raza-raíz se dirija a su fin, la venidera catástrofe aparecerá como inmensos, sistémicos y menores disturbios sísmicos y volcánicos, que anuncien el sumergimiento de nuestro sistema continental y la emergencia de nuevas tierras para la siguiente sexta raza-raíz, el trabajo del fuego. Cuando colapsó el sistema atlante, cuando el sistema continental atlante sufrió su catástrofe, que lentamente lo inundó, fue el agua lo que lo causó. Había entonces más tierra que agua; la naturaleza buscó un reajuste, un mejor balance, y ese gran sistema pereció por inundaciones. Vino el agua y sumergió la tierra, claro, también acompañado de terremotos y de la acción de los volcanes. No debemos imaginar que cuando una raza-raíz perece por el fuego o por el agua como agente causante principal, no hay disturbios de agua o tierra-fuego. Por el contrario, el fuego y el agua trabajan juntos, pero uno o el otro predomina entonces. El cuarto período, el atlante, fue uno de tierra, y la naturaleza siguió su curso normal en casos de una perturbación del equilibrio: “Y las aguas llegaron e

inundaron la tierra". De dónde "vinieron las aguas" es un tema de estudio de lo más fascinante, pero no tenemos tiempo de abordarlo esta noche. El nuestro es un período de agua; y a su debido tiempo las aguas tenderán despacio a desaparecer, dando lugar a nuevas tierras en el futuro, los que serán los lugares de morada de la próxima sexta raza-raíz.

Katherine Tingley: Me gustaría preguntar al Profesor de Purucker si daría una explicación —la cual creo yo que sería satisfactoria para ustedes, y que él podría hacer mucho mejor que yo— y muestra cuál será el estado de civilización, de la humanidad, al final de esas distintas razas, cuando llegue el fin. ¿Cómo será la evolución? Las personas que parecerán ser las "víctimas" de la terrible catástrofe que llega al final de toda raza, ¿no tendrán el conocimiento de los secretos de la muerte, y mirarán el renacer como una gloriosa liberación?

G. de Purucker: Yo pienso ciertamente eso. El final de cada raza trae consigo un perfeccionamiento de lo que esa raza estaba luchando por conseguir. Y me atrevo a decir que si pudiésemos mirar atrás y conocer lo que ocurrió cuando el continente de la Atlántida se hundió, podríamos darnos cuenta que incluso esos comparativamente pocos quienes por la muerte dejaron los cuerpos físicos durante esa catástrofe, tuvieron la comprensión de que lo que tuvieron que pasar fue nada más ni nada menos que solo una forma de muerte, inevitable para todos los hombres tarde o temprano. Sabían mejor de lo que lo sabemos ahora, aunque mucho más hundidos en la materia, que la vida es eterna, pues, en realidad, ¿no existe nada más que vida en todos lados! Y sus médicos pudieron haberles dicho, y les dijeron, pues lo sabían, que cada enfermedad de nuestros cuerpos sucede por un exceso de vida, particularmente las que podríamos llamar enfermedades malignas o de consunción. En estos casos es la vida que causa disturbios en el cuerpo, y eso es lo que causa la muerte. Ellos los sabían mejor que nosotros.

Además, nadie debe pensar que en estas catástrofes raciales todo mundo es barrido en un momento en una confusión y caos terrible, y que no hay esperanza, y que todo no es más que salvaje desesperación. En absoluto. Estas catástrofes llegan lentamente. Los continentes se hunden a través de eras. El hombre migra y deja las tierras que se hunden, y se mueve a tierras más altas y mejores, nuevas, frescas, en donde nuevas razas nacen de lo que podemos llamar con toda justicia la muerte de lo viejo.

Nada, supongo, que yo pudiera haber mencionado, podría igualar el horror de la catástrofe de Lisboa hace años, donde decenas de miles de personas perecieron en un terremoto; o la terrible catástrofe de Mesina, en Sicilia, hace tan solo unos pocos años; y otros terremotos y tsunamis que todos ustedes pueden recordar. Estamos en nuestra propia gran catástrofe cíclica ahora, aunque solo está comenzando. ¡Cuánto peor es la agonía del corazón, vamos a decir, de uno que está al lado de la cama de alguien a quien ama! ¡Ah, ahí está la angustia! Pero las catástrofes repentinas, cuando ocurren, ocurren casi siempre en una escala relativamente pequeña. Cuando las razas se aproximan a su fin, los continentes se hunden despacio. Existen mucho peores cosas que solo perder el cuerpo físico, para aquéllos cuyo destino es estar en una catástrofe racial. Ellos conocerán los hermosos secretos de la muerte. Al final de nuestra raza lo sabremos mucho mejor de lo que lo supieron los atlantes. Pero nadie muere así individualmente, a menos que sea su karma personal. ¿Qué hay de las decenas de miles que mueren anualmente en barcos, trenes, automóviles, minas y varios otros accidentes? Medítenlo.

VEINTISÉIS

EL MICROCOSMOS, UN ESPEJO DEL MACROCOSMOS. ELEMENTOS, PRINCIPIOS, MANIFESTACIONES DE LA VIDA UNA. RELATIVIDAD: UN CONCEPTO FUNDAMENTAL DE LA SABIDURÍA ANTIGUA.

“El hombre”, dice Van Helmont, “es el espejo del universo, y su triple naturaleza está en relación con todas las cosas”.

—H. P. BLAVASTKY, *Isis sin velo*, I, 213 [I, 362-3]

. . . no existe más que un solo elemento . . . Este elemento es, pues —metafísicamente hablando— el único substrato o causa permanente de todas las manifestaciones en el universo fenomenal. Los antiguos hablan de los cinco elementos cognoscibles: éter, aire, agua, fuego y tierra, y del único elemento incognoscible (para los no iniciados), el 6º principio del universo (llámelo Purush Sakti), mientras que mencionar el séptimo fuera del santuario estaba castigado con la muerte. Pero estos cinco no son más que los aspectos diferenciados del único. El hombre es un ser septenario, de la misma manera que lo es el universo, y este microcosmos septenario es al macrocosmos septenario como una gota de lluvia es a la nube, de la cual se desprende y a la cual volverá con el tiempo. En ese elemento único están comprendidas o incluidas las distintas tendencias que harán aparecer el aire, el agua, el fuego, etc. (desde la condición puramente abstracta hasta la concreta) y cuando llamamos elementos a estos últimos es para indicar sus fructíferas potencialidades para los innumerables cambios de forma o de evolución del ser.

—*Cartas de los Mahatmas*, pp. 90-1 [Carta # 15]

VAMOS A iniciar nuestro estudio esta noche leyendo de *La Doctrina Secreta*, volumen I, sección 16, páginas 638-9 [II, 331]:

En el simbolismo antiguo siempre era el Sol (aunque el Espiritual, no el visible) que se suponía que enviaba los principales Salvadores y Avatares. De aquí el lazo de unión entre los Buddhas, los Avatares y tantas otras encarnaciones de los SIETE superiores. Cuanto más se aproxime a su *Prototipo* “en el Cielo”, tanto mejor para el mortal cuya personalidad fue escogida, por su propia Deidad *personal* (el Séptimo Principio), para su mansión terrestre. Porque con cada esfuerzo de voluntad hacia la purificación y la unidad con ese “Dios Propio” se interrumpe uno de los rayos inferiores, y la entidad espiritual del hombre se atraída cada vez más a lo alto, hacia el Rayo que reemplaza al primero, hasta que, de Rayo a Rayo, el Hombre Interno es atraído al Rayo uno y más elevado del SOL-Padre.

Es éste un magnífico pasaje. Contiene en embrión la substancia de nuestros estudios de semanas pasadas. Se recordará que hemos hablado de la Jerarquía de la Compasión, la jerarquía espiritual de la que obtuvimos nuestra vida interior, espiritual y mental, y cuyo jefe supremo es ese Maravilloso Ser que, en su calidad espiritual, es el dhyāni-buddha de esta cuarta ronda. Su representante humano es el jefe de lo que llamamos la Gran Logia Blanca, aquél a quien los Maestros buscan para el avivamiento y la iluminación, aquél que enciende sus fuegos de la misma manera como ellos encienden y avivan los nuestros.

¿Cómo se lleva a cabo este avivamiento e iluminación? ¿Cómo es que trabajaron los mānasaputras, en sus encarnaciones en la hasta entonces insensible humanidad, para elevar al hombre —si le podemos dar ese nombre a la humanidad de ese tiempo— desde seres espiritual y mentalmente insensibles hasta la humanidad auto-consciente?

Escuchen: cada uno de los siete principios del hombre, así como cada uno de los siete elementos (que corresponden en el kosmos a los siete principios en el hombre), es en sí mismo un espejo del universo, esto es, contiene en sí mismo todo lo que el Todo sin límites contiene. Todo está en el microcosmos que existe en el macrocosmos; lo uno, lo menor, refleja lo otro, lo mayor. En otras palabras, cada uno de los elementos, cada uno de los principios, cada uno de los rudimentos que van a florecer luego en la divinidad, es en sí mismo una entidad septenaria o séptuple, que existe en su propio plano septenario, que para él es tan palpablemente cierto, real y substancial como lo es este nuestro plano físico para nosotros, tal como lo vemos a través de nuestros ojos físicos y lo escuchamos a través de nuestros oídos físicos, o lo sentimos por medio de otros sentidos, dos más de los cuales, a propósito, están por desarrollarse todavía.

Ahora, siendo cada uno un septenario, cada uno de estos principios o elementos es una copia en miniatura, si podemos usar esa expresión, del Todo. Por ejemplo, el principio de manas es septenario. Tiene su propio ātman, su buddhi y su manas: el manas-manas, que es su propia y particular esencia o svabhāva; además, su kāma o principio de deseo; luego su esencia vital; luego su vestido, su liṅga-śarīra, o cuerpo-modelo, por así decirlo, el que le da su propia forma y su conformación de acuerdo con las características de ese plano; y finalmente su sthūla-śarīra, o la inferior porción, el inferior vehículo o portador.

Estos mānasaputras o hijos de la mente, los hijos de mahat, se dice

que han avivado e iluminado el manas-manas del manas-septenario, porque ellos mismos son típicamente mánásicos en su característica esencial o svabhāva. Sus propias vibraciones, por así decirlo, pudieron causar que la esencia de manas en nosotros vibrara en simpatía, de la misma manera como el sonar de una nota musical causará una respuesta simpática en algo como ella, una nota similar en otras cosas.

¿Quiénes son estos mānasaputras? En un sentido, son nosotros; pero nosotros somos más bien, y más particularmente, aquéllos que fueron avivados e iluminados. Ellos son un misterio; y son a la vez nuestros seres superiores —no nuestro ser más superior, sino nuestros seres *superiores*— y, no obstante, diferentes. Hemos mostrado en pasados estudios que a partir del Uno brota toda la multiforme diferenciación de una jerarquía cósmica (o de cualquier otra jerarquía), y que existe un parentesco perfecto o una unidad perfecta del ser en todas partes. Estos sublimes pensamientos pueden ser comprendidos con bastante claridad si despertamos en nosotros esa porción de nuestra naturaleza para la que son innatos y familiares. Podemos hacerlo, y depende de nosotros hacerlo. ¿Por qué los Maestros escogen, de cuando en cuando, a cierta o ciertas personas, y lo levan o los llevan con ellos? Porque ven en aquéllos que eligen de esa forma, al Maestro interno ya avivado, animado, al menos hasta cierto punto. ¿Tomarían ellos una bestia? No. ¿Por qué? Porque la bestia no está avivada. ¿Tomarían un hombre ordinario? No. ¿Por qué? Porque ese hombre no está avivado, no está despierto, aún no está consciente en él del Buddha esencial interior, del Despierto. No existe un asunto tal como una opción arbitraria en este hecho. Es una selección y una elección de los adecuados y apropiados; por tanto, es justa y correcta.

Vamos a seguir este pensamiento un poco más. Tomemos la naturaleza y consideremos sus elementos. Ahora, esta palabra *elemento* viene del latín y significa uno de los rudimentos de las cosas, la palabra “rudimento” en su sentido original. En especial la Sāṅkhya, una de las seis escuelas aceptadas de la filosofía india, e incluso también la Vedānta —quizás la más noble de tales escuelas— hablan ambas de los seis originales “productores” o elementos de la naturaleza como prakṛitis, los seis prakṛitis derivados del Prakṛiti primordial, o Prakṛiti-raíz, el primero y más elevado. La Sāṅkhya también habla de ellos, así como lo hacen los muchos estudiantes de la Vedānta, como los seis tattvas o elementos reales. Ahora bien, ¿cuál es la diferencia entre los seis elementos o prakṛitis, y los seis tattvas? El prakṛiti es el

aspecto vehicular o portador, por decirlo así, el aspecto substancial, y el tattva es el aspecto analógico o de fuerza. Y esos dos son fundamentalmente uno, porque, recuerden por favor, la materia y la fuerza, el espíritu y la substancia, son ambos fundamentalmente uno. A la materia puede llamársele espíritu cristalizado. Tenemos que ir en la búsqueda de palabras en cualquier intento por describir estas cosas; por ahí que ésta sea una expresión inadecuada, pero tal vez transmite el significado. *Parabrahman* y *Mūlaprakṛiti* —“Más allá de Brahman” y “naturaleza-raíz”— de la Vedānta y la Sāṅkhya, representan el mismo pensamiento, y estos dos son fundamentalmente uno. La naturaleza-raíz es el velo, por así decirlo, de la energía primordial, de la consciencia primordial; y estos prakṛitis de la Sāṅkhya, estos seis o siete prakṛitis, representan los seis o siete elementos de la naturaleza, que corresponden a nuestros seis o siete principios humanos. Y éstos nacen, o mejor dicho se derivan, uno del otro. El prakṛiti que es el plano superior es el padre del prakṛiti que es el plano inferior. Primero, el primordial da nacimiento al segundo: ātman, digamos, da nacimiento a buddhi. Y ātman y buddhi combinados dan nacimiento a manas, que se deriva de los dos anteriores y que contiene las características de los dos precedentes así como las cualidades propias. Y ātman, buddhi y manas dan entonces nacimiento a kāma, el cuarto en orden; y así hacia abajo hasta el séptimo o inferior.

De manera similar, el globo A, el primero del arco descendente, da nacimiento al globo B, y el globo B da nacimiento al globo C; pero lo hace con el tattva svābhāvico del globo A que también actúa en él. Y el globo C da nacimiento al globo D, nuestra tierra, pero con los tattvas, individualidades intrínsecas o svabhāvas de A y B también en él. El globo D, pues, lleva los tattvas de los globos A, B y C inherentes en él en adición a su propia característica individual o svabhāva.

Cuando el impulso evolutivo ha alcanzado su límite en cualquier manvantara —y los límites varían en cada manvantara, porque no hay un punto o posición absoluta en el espacio o cualquier plano en particular donde cada impulso manvantárico evolutivo en lo ilimitado, debe parar, pues tantas mónadas, tantas jerarquías tienen tantos impulsos evolutivos respectivos y sus respectivos límites, esto es, cuando ese impulso precipitante que viene de arriba, llevando hacia abajo estos prakṛitis y principios hacia una mayor manifestación de la materia, ha alcanzado el límite posible para ese particular manvantara, entonces da la vuelta, por decirlo así, en la meta y comienza su re-ascenso.

En nuestra cadena planetaria nosotros hemos pasado esa meta o punto de inflexión *de las rondas*. Además, en cada una de las razas o en cualquier globo de la cadena; en cada uno de los globos durante cualquier ronda; y para cada una de las rondas que pasan por todos los siete globos; existe ese punto medio en su respectivo curso evolutivo, y ese punto medio es su respectiva meta o punto de inflexión, donde el respectivo ciclo comienza un re-ascenso. Por tanto, habrá entonces un repentino alzamiento de las mónadas o entidades evolutivas; y de manera correspondiente, los sentidos, hasta esos momentos latentes y no desarrollados, serán desarrollados, y los principios de la naturaleza que nosotros *ahora* no conocemos serán entonces conocidos y sabidos. El aeter, por ejemplo, del cual solo tenemos un presentimiento ahora en el punto medio de nuestra quinta raza en la cuarta ronda, reconocido incluso por la ciencia, durante la quinta *ronda* se volverá una realidad en lo que será entonces la atmósfera, tan palpable y claro para los sentidos como lo es el aire ahora para nosotros.

Así, pues, cuando hablamos de los elementos o prakṛitis, no nos referimos a que la tierra, el agua, el aire y el fuego de los que hablaban los antiguos como los elementos, sean los verdaderos prakṛitis elementales de la naturaleza. Eso sería un absurdo. Los antiguos usaron esas palabras de manera simbólica. Estos cuatro (o cinco cosas, incluyendo el aeter) son solo manifestaciones —cuatro de ellas desarrolladas hasta ahora— de cuatro o cinco de entre los siete sub-prakṛitis o sub-principios que pertenecen al elemento prakṛítico más bajo tal y como se manifiesta en esta etapa sobre nuestro cuarto globo, correspondiente al séptimo o más bajo plano cósmico o prakṛiti.

Así como cada principio es en sí mismo un sub-septenario y refleja lo Ilimitado, así cada elemento refleja todos los otros elementos; y de cada elemento puede extraer la vida, la naturaleza y las características, en menor grado, por supuesto, de todos los otros seis. Las características, nombradas arriba, de la materia del séptimo o más bajo prakṛiti de nuestro globo, es decir, *solidez, fluidez, aire* (parece no haber un adjetivo un adjetivo correspondiente en español para aire, o para el que le sigue: *fuego*), son solo las correspondencias de los similares sub-prakṛitis de los cuatro elementos cósmicos o prakṛitis en los que nuestra cadena planetaria existe ahora. Como elemento, el aeter vendrá después; y en la sexta ronda se desarrollara el sexto elemento; además, durante la séptima ronda se desarrollará el séptimo. Ninguno de los filósofos antiguos de los países mediterráneos, cuando hablaban de la tierra, el agua, el aire, el fuego, el aeter, como

tampoco los hindúes cuando hablaban por ejemplo de ākāṣa o de ādi-tattva, querían significar los objetos materiales que podemos sentir, como la tierra y el agua. Ellos querían significar los elementos-raíz de la naturaleza, de los que estos cuatro o cinco objetos que podemos sentir son, por decirlo así, presentimientos o símbolos.

Los griegos llamaron a los elementos *stoicheia*, un diminutivo plural de la palabra *stoichos*, que significa una “serie”, en otras palabras, una jerarquía. El singular, *stoicheion*, sería una entidad de una jerarquía, una parte de ella, una de las partes componentes de la jerarquía, a pesar de que los eruditos modernos no pueden rastrear una razón ostensible para dar este nombre a lo que ellos reconocen como la antigua concepción de los elementos de la naturaleza. Pero nuestra filosofía muestra por qué, y explica que los *stoicheia* son los siete prakṛitis del kosmos. Cada uno de los globos de nuestra cadena planetaria es una corporeización de todos estos elementos o siete prakṛitis, pero de la manera indicada anteriormente, de cada elemento que contiene *in parvo* a todos los otros. Nuestra tierra, por ejemplo, es una corporeización o representación del prakṛiti más bajo; pero hay agua, hay aire y hay fuego, y sabemos que hay aeter en desarrollo. Conocemos cuatro y reconocemos cinco, una ejemplificación de lo que se acaba de decir. Sin embargo, los siete globos de nuestra cadena planetaria no son las correspondencias respectivas de los siete elementos cósmicos. Esto sería una analogía falsa.

Cada uno de los grados de iniciación, de los cuales hemos hablando antes, se corresponde con uno de estos siete elementos cósmicos; y las pruebas por las que el iniciado o candidato tiene que pasar con el fin de probar su capacidad, están reguladas y gobernadas respectivamente por la naturaleza de cada uno de los siete prakṛitis. Hay, de hecho, diez niveles o grados de iniciación y diez prakṛitis cósmicos: siete en manifestación, y tres prakṛitis-raíz o superiores; pero los tres más altos están tan lejos de nuestra máxima capacidad de entendimiento actual, que no podemos hacer más que mencionar el hecho. Siempre diez: tres arūpa o sin forma (para *nosotros*, se entiende) y siete en manifestación; y de estos siete, la tríada superior es, relativamente hablando, también arūpa.

Vamos a señalar acá algo muy importante: esto es, que toda la enseñanza de la sabiduría antigua es dada desde nuestro plano, de modo que cuando decimos *arūpa* o “sin forma”, no significa que en sí mismos, *an sich*, per se, estos planos o entidades superiores sean sin forma, lo que sería absurdo. Pero para nosotros, ellos son sin forma

exactamente como el aeter es sin forma, porque (para nosotros) no está aún desarrollado. No tenemos hasta ahora más que un mero presentimiento de él en esta cuarta ronda, y solo porque estamos en la quinta raza-raíz, que se corresponde en elemento a ese quinto elemento: el aeter. Y como corolario de eso, y es una deducción importante, con respecto a los seres que habitan cada elemento y cada principio del kosmos universal: sus habitantes, sus países, todo lo que en él existe, para ellos son tan reales y palpables como para nosotros son palpables y materiales las cosas en nuestro plano. Para nosotros, la fuerza es substancia en movimiento. ¿Se dan cuenta que nuestra más densa y rígida materia es fuerza para seres en la jerarquía que está por debajo de nosotros? ¿Nos damos cuenta que lo que llamamos la densidad y la rigidez de la materia son solo así para *nuestros* sentidos, y que esta misma densidad y esta rigidez muestran y prueban que nuestra materia densa y rígida no es sino un balance de fuerzas opuestas? Por qué actualmente muchos científicos modernos, haciendo todo lo contrario de lo que era la verdad absoluta para la ciencia hace unos cincuenta años, ahora dicen que no hay tal cosa como la materia per se, que no hay nada más que fuerza. Para ella, la materia es, por tanto un māyā, una ilusión, y así es. Pero también la fuerza es un māyā, porque para algo más elevado que ella es solo materia. *Todas las cosas son relativas*, una afirmación que es una de las concepciones fundamentales de la sabiduría antigua.

Así que cuando hablamos de estos diversos prakṛitis y principios, vamos a reconocer primero que estos elementos, estos tattvas o principios, desde cualquier punto de vista que los veamos, son todas manifestaciones de la vida una universal, que es asimismo substancia universal en su aspecto más bajo. Espíritu y substancia, fuerza y materia, son fundamentalmente una, dos aspectos de la misma cosa.

Sobre esto, que es tan importante, trataremos con gusto mas adelante, y daremos ilustraciones de su aplicación a nuestros estudios. Vamos a hacer una aplicación final esta noche. ¿Cuál es la diferencia entre un Maestro, y ustedes y yo? El primero tiene despiertos sus principios superiores y vive en ellos. Y nosotros no. Desde el punto de vista científico, eso es todo lo que hay; desde el punto de vista filosófico, podríamos decir que un Maestro ha llegado a estar, tanto como puede estar, más en armonía con la vida universal; y desde el punto de vista religioso o el punto de vista espiritual, podríamos decir que un Maestro ha desarrollado una *consciencia individual*, o *reconocimiento*, de su unidad con el Ilimitado. Éste es el funda-

mento mismo de la ética sin la cual no hay nada que valga la pena de la sabiduría antigua. Ningún hombre puede comportarse mal sin infundir desarmonía en la jerarquía humana de la que él es parte, y por esto deberá pagar hasta el último centavo. Pero esto no es venganza ni castigo de la naturaleza, que solo reajusta el perturbado equilibrio o desarmonía. Surge del ejercicio del libre albedrío. Y los Maestros han aprendido a gobernar sus voluntades y a cooperar con la naturaleza como un todo; de ahí crecen en fortaleza de alma, y viven en unidad con lo divino. Ésa es la diferencia entre ellos y nosotros: ellos viven en armonía con la cima espiritual de nuestra jerarquía. Nosotros podemos hacer lo mismo. Es solo una cuestión de abrir nuestros ojos internos, de limpiar nuestras almas, de despejar de nuestros cerebros la basura que comemos mentalmente, las cáscaras con que los “cerdos se alimentan”, y dejar entrar la vida pura, clara, el “vino de la vida”.

Son solo los moldes mentales los que nos dificultan, nada más que los moldes mentales; y cuando decimos los moldes mentales no queremos decir exactamente los moldes de materia sub-mental en la que la mente trabaja. Esta, creo, es una manera equivocada de ponerlo. Queremos decir la cristalización de la mente misma, cuando la fuerza mental se vuelve materia mental. Por tanto, rompan estos moldes; nadie puede hacerlo por ustedes, excepto ustedes mismos. Los moldes de la mente del hombre son su gran enemigo, su peor adversario, su oponente más fuerte, porque estos moldes son substancia viviente. Su mente es materia, pero es materia viva; y cada pensamiento que usted piensa se aferra a la mente, se vuelve inherente a ella, y se convierte en lo que la sabiduría antigua llama un elemental, que finalmente se vuelve y lo tortura a usted, a menos que rompa sus moldes mentales. ¡Lo que haría el hombre de otra manera, cuando existe libertad, luz, sabiduría, paz, gloria e indescriptible conocimiento para tener, para tomar, a condición de que, en verdad, tomemos el reino de los cielos mediante la violencia!

VEINTISIETE

LAS DOS JERARQUÍAS KÓSMICAS FUNDAMENTALES: MATERIA Y ESPÍRITU-
CONSCIENCIA, CHAOS-THEOS-KOSMOS: DIOSES-MÓNADAS-ÁTOMOS.

Hay, por cierto, dos formas de Brahma: la con forma y la sin forma. Ahora, la que es con forma no es real; la que es sin forma es real, es Brahma, es la luz.

Esa luz es la misma que el sol [el sol espiritual, no nuestro sol visible, que es solo un reflejo, un velo, una forma].

Ciertamente que llegó a tener *Om* como su alta (*ātman*). Se dividió a sí mismo (*ātmānam*) tres veces. *Om* es tres unidades prosódicas ($a+u+m$). Por medio de estas “el mundo entero es tejido, envuelto, tramado a través de Él”.

—*Maitri-Upanishad*, 6, 3 (Traducción de Hume).

Una exuberancia de poder está siempre presente en las causas más altas, y a la vez que este poder trasciende todas las cosas, está igualmente presente en todo, con energía sin estorbo. Por tanto, conforme a esto, la primera cosa ilumina la última de las cosas, y las naturalezas inmateriales están presentes en las naturalezas materiales inmaterialmente. No debe ser considerado por nadie como maravilloso, si decimos que hay una cierta materia pura y divina. Pues la materia, siendo generado por el padre y demiurgo de la totalidad, recibe una perfección adaptada a ella, para que ella se vuelva el receptáculo de los Dioses. A la vez, nada impide a los seres más excelentes el poder difundir su luz a las naturalezas subordinadas. Tampoco, por tanto, está la materia separada de la participación de mejores causas; de modo que dicha materia siendo perfecta, pura y boniforme, no está desadaptada a la recepción de los Dioses. Pues, puesto que es requisito que las naturalezas terrestres no deban ser de ningún modo privadas de la comunión divina, la tierra también recibe una cierta porción divina de aquélla, suficiente para la participación de los Dioses.

—JÁMBLICO, *Sobre los Misterios*, pp. 265-6 (Traducción de Thomas Taylor).

YA HACE cerca de cincuenta años desde cuando H. P. Blavatsky nos trajo la teosofía: cerca de medio siglo ha pasado, y aquéllos de nosotros que hemos tenido la oportunidad de estudiarla durante ese período, o al menos durante parte de él, nos damos cuenta de los grandes cambios que han tenido lugar en el pensamiento del mundo, cambios a los que solo podemos atribuir a los impulsos espirituales dados al mundo por H. P. Blavatsky, y quienes estaban detrás de ella.

Al final de nuestro estudio de esta noche señalaremos varios hechos para mostrar cómo esta gran teósofa, penetrando los secretos de la sabiduría antigua, prefiguró, profetizó, si quieren, algunos de los llamados descubrimientos científicos más grandes que se han hecho durante estos últimos cincuenta años.

Se trata de verdaderas revoluciones del pensamiento, y es justo que pongamos el mérito donde se debe, pues no hay otra causa para tales revoluciones —las que no solo continúan teniendo lugar, si no que difícilmente han alcanzado aún su máximo— que la labor hecha por H. P. Blavatsky, y el impulso espiritual que ella trajo al mundo en esa época.

Iniciamos nuestro estudio esta noche, leyendo una vez más la parte final de lo que leímos en nuestro último estudio de *La Doctrina Secreta*, volumen I, páginas 638-9 [II, 331], como sigue:

Cuanto más se aproxime a su *Prototipo* en el “Cielo”, tanto mejor para el mortal cuya personalidad fue escogida, por su propia Deidad *personal* (el Séptimo Principio), para su mansión terrestre. Porque con cada esfuerzo de voluntad hacia la purificación y la unidad con ese “Dios Propio” se interrumpe uno de los Rayos inferiores, y la entidad espiritual del hombre se atraída cada vez más a lo alto, hacia el Rayo que reemplaza al primero, hasta que, de Rayo a Rayo, el Hombre Interno es atraído al Rayo uno y más elevado del SOL—Padre.

Confiamos en que las dos líneas fundamentales de pensamiento hayan sido enfatizadas en nuestro estudio con al menos la suficiente claridad para los propósitos presentes. Esas líneas son, respectivamente, la exposición del aspecto nocturno, del lado material, del lado vehicular, de la naturaleza; y en segundo lugar, del aspecto luminoso, el lado espiritual, el lado divino, de la naturaleza, este último siendo llamado en nuestro sistema la Jerarquía de la Compasión; estando la primera jerarquía, la que impregna y la que *es* realmente el espacio, la materia-espacio, o el espacio-materia, en el que la segunda jerarquía trabaja, compuesta de la jerarquía de los constructores, los albañiles del mundo, los kosmokratores o los hacedores del mundo de la filosofía mística griega. Ellos son, espiritualmente, la jerarquía inferior, pero tienen un dominio relativo sobre sus sub-jerarquías desde el inicio de su descenso hasta su plano más bajo, la que conforma las meras fuerzas elementales o de la naturaleza en el plano más bajo de su jerarquía cósmica. Palabras tales como *elemental* o *más bajo* son solo adjetivos que describen misterios psicológicos. Como se insinuó, los siete grados de ellos se van elevando hacia el más bajo de la Jerarquía de la Compasión, que conforma el lado divino. No hay rompimiento

entre ellos; en realidad, se entremezclan y se interpenetran unos a otros. Así como el espíritu hace su labor en el alma del hombre, y el alma del hombre hace su labor en su vehículo inferior, así la Jerarquía de la Compasión hace su labor en y a través de la jerarquía de los constructores.

Este pensamiento es tan importante para entender la sabiduría antigua que llamamos la atención sobre él una y otra vez, porque proporciona el marco filosófico y científico, la carpintería estructural, no solo del universo, sino de la propia consciencia del hombre, y es la base sobre la cual tenemos que colocar la idea de lo que sucede en los procesos de la evolución cósmica y en la del hombre, tal cual se indicaba en las antiguas iniciaciones y en las Escuelas de Misterio.

Se dijo en una reunión anterior que el hombre es espiritualmente superior al sol. Y lo es; pero no se dijo *cuál hombre*: no se dijo a propósito. El sol es el centro vital de su sistema, y tan terribles son las fuerzas de esa misma entidad divina interior, incluso en nuestro plano, que si se adentrara uno de nosotros, un hombre, dentro del rango de esas fuerzas, sería simplemente aniquilado, no solo descompuesto y dispersado como lo es el cuerpo físico con la muerte, sino que reducido a nada, exterminado. ¿Por qué? Porque los primeros cinco (contando hacia arriba), esto es, los cinco principios inferiores de la economía psicológica, serían disipados en sus átomos componentes, cada uno en su propio plano, y arrastrado, succionado, hacia el cuerpo estelar, y solo su parte superior, la parte divina, espiritual, que pertenece a la Jerarquía de la Compasión, la parte Cristo, la parte Buddha, permanecería intacta. ¿Por qué? Porque esta última parte en sí misma es de la misma substancia de la del sol oculto, del que nuestro sol físico es solo el reflejo o la manifestación en este plano del ser divino detrás de él. Consecuentemente, cuando decimos que el hombre es superior al sol, queremos decir que su progreso a lo largo del sendero de la evolución ha proseguido más allá de esa entidad (considerada un reflejo) que es el sol. Sin ninguna duda, él está más allá sobre el sendero de evolución de lo que está su locus solar: paradoja, en efecto, ¡pero verdad! Fue la entrada del principio manas, inferior a los dos más altos, en las insensibles “sombras” de su ser, esto es, en los cuatro más bajos de sus siete principios, durante la mitad de la tercera raza-raíz en esta cuarta ronda, lo que hizo de él el ser que ahora es, auto-consciente; y con ello se volvió literalmente una encarnación de lo divino.

Ahora permanece con él para poner en actividad esas fuerzas

internas, sus principios superiores, que conforman su naturaleza interna espiritual y que no están, en realidad, inertes, sino solo dormidos, por decirlo así. Hablamos de los principios superiores que “duermen” en un hombre, como una forma de hablar que quizás sea correcta como una manera de expresarse, pero en realidad son los inferiores los que están espiritualmente dormidos y necesitan despertarse. La raíz misma *budh*, de la que obtenemos *buddhi*, *buddha* y *budha* con una *d*, significa “despertar”, por lo tanto, por derivación, “iluminar”. Nuestros principios superiores son entidades reales que viven en sus propios planos, seres individuales, entidades pensantes totalmente conscientes. Fijen firmemente en sus mentes esa idea, por favor. Nuestras partes superiores no son cosas incipientes, descoordinadas, no desarrolladas, durmientes. Son una unidad de entidades, un kosmos espiritual en miniatura.

El gran despertamiento de los elementos inferiores en la tercera raza del hombre que fue llevada a cabo por la encarnación de estos *mānasaputras*, se repitió, en parte de forma dramática y en parte de forma real, en los Misterios antiguos y en las iniciaciones, siendo estas, así, una copia de lo que aún ocurre y ocurría en la naturaleza preeminentemente durante la tercera raza-raíz. Mediante esas iniciaciones se pretendió estimular aún más, despertar aún más, avivar mucho más, y poner en actividad, esa naturaleza interna y superior del hombre. Ese gran propósito formó el núcleo, el corazón y la razón de ser de las antiguas iniciaciones.

Sin embargo, adviertan por favor que *iniciación* y *Misterio* no significan exactamente la misma cosa. Aunque muy similares en propósito y aunque corren en líneas paralelas, de las dos, *iniciación* significa enseñar, despertar, abrir la mente; los *Misterios* eran las formas dramatizadas de lo que acontecía en los grados superiores. Había tres dramatizaciones que entrenaban y educaban al neófito para lo que tenía que ser y para lo que pasaría en los cuatro grados superiores. Él era dirigido y asistido en esos grados superiores tanto como su karma lo permitía; pero el corazón mismo y la esencia del examen era una *prueba*, y tenía que enfrentarla solo, y a sí mismo probarse el poder de su espíritu, probarse la naturaleza de su alma. Si salía triunfal de la primera prueba, se le concedía el privilegio y era poseedor de la fuerza interna para emprender los grados superiores. Ahí no podía haber, bajo tales condiciones, una completa protección o mimos. Lo contrario a eso sucedía. Su maestro vigilaba su insensible cuerpo mientras su naturaleza interna estaba fuera explorando los dominios

del espacio, en efecto, entrando en el sol, entrando en los planetas, en la luna y en otras cosas y seres, *volviéndose, perdiéndose a sí mismo y volviéndose* eso que tenía que enfrentar y conquistar, o fallar. Gloriosos eran los privilegiados por la victoria; y al final, en la séptima prueba, cuando el triunfo final llegaba, si es que llegaba, él se elevaba como un Buddha glorificado, un Cristo glorificado, en verdad un maestro de los hombres. Entonces el *sabía*, porque había *sido*. Ésta no era un experiencia meramente sensual, sensual en el sentido de ser una experiencia de los sentidos —escuchar, ver, tocar, sentir, oler, gustar, sino que era *ser* las cosas y seres que se le habían enseñado, esto es, un completo conocimiento de la vida en esta jerarquía.

Tal era el significado de la iniciación superior, de esos grados superiores que iban más allá del alcance y significado de los Misterios, los cuales eran las dramatizaciones de los procesos de la vida cósmica, la preparación para lo que fuera que el candidato tenía que enfrentar en los cuatro grados iniciáticos superiores.

Con el fin de aclarar más el asunto, vamos a poner por escrito un esquema simbólico de las dos líneas de crecimiento o desarrollo de las dos jerarquías cósmicas fundamentales. Correspondiéndose uno a otro; y psicológicamente, en lo que concierne al hombre, (1) lo divino; (2) lo espiritual o humano; y (3) cósmico-astral.

Del lado izquierdo
o material:

CAOS

THEOS

KOSMOS

Del lado derecho, divino
o luminoso:

DIOSES

MÓNADAS

ÁTOMOS

Caos es una palabra griega, y por lo general se cree que significa una especie de tesoro sin orden ni concierto de principios originarios y semillas de seres. Bien, verdaderamente es así, en un sentido profundo; solo que decidida y enfáticamente no es sin orden ni concierto. Es el almacén cósmico de todas las semillas de seres y cosas latentes o en descanso de anteriores manvantaras. Por supuesto que es esto, simplemente porque lo contiene todo. Significa espacio, no el superior espacio, no el Parabrahman-Mūlaprakṛiti, el Sin Límites: no eso; sino el espacio de cualquier jerarquía en particular que desciende en la manifestación, esto es, lo que es el espacio para ella en ese particular período del inicio de su desarrollo. Recuerden el principio de la relatividad. No hay absolutos totales en ninguna parte,

nunca lo ha habido y nunca lo habrá. Los principios directivos en el Caos son los Dioses de la correspondiente columna.

Theos es una palabra griega que significa “dios”. A él se corresponden las Mónadas.

Kosmos es una palabra griega que significa “arreglo”. *Kosmos* fue usado también para la parafernalia, decoración y toda esa clase de cosas de las mujeres: cosméticos, vestidos y joyas. Significa eso que fue arreglado y mantenido sobre las líneas y reglas de la armonía: el arreglo del universo, y correspondiéndose a ello en la otra columna están los Átomos. Observen las tres correspondencias: Caos, Dioses o seres divinos, los arquitectos cósmicos; luego *Theos*, para los constructores, los kosmokradores, correspondiéndose con las Mónadas, los seres-espíritu; luego *Kosmos*, el universo, arreglado tal como lo vemos; y los Átomos, o semillas astrales-vitales, en el lado divino.

Entiendan por favor que no estamos hablando acá de los átomos químicos. Éstos pertenecen al *Kosmos*. De la forma como se han usado en el esquema, Dioses, Mónadas y Átomos, queremos decir (1) lo divino; (2) lo humano-espiritual; y (3) aquellas primordiales partículas de substancia que encienden, inspiran, vitalizan, el *kosmos* material. Uno al otro: los Dioses trabajan en el Caos; las Mónadas trabajan en y a través de *Theos*, los *theoi*, los constructores; y los Átomos, como las entidades semiconscientes, primordiales de la materia, trabajan a través del *Kosmos* o del universo manifestado, dispuesto de acuerdo a lo que popularmente se llama ley natural, esto es, las esenciales e inherentes operaciones de la naturaleza que se derivan de los Dioses y de las Mónadas.

Este tipo de átomo, de acuerdo a estas columnas paralelas (que son de H. P. Blavatsky, por supuesto), significa: la partícula primordial de la materia, que es el séptimo principio de la materia, su principio superior; y por esa razón se le llama al sol un átomo, porque es el séptimo o superior grado de materia o *prakṛiti en este plano*. *Prakṛiti* significa naturaleza o el poder desarrollador, ése que ha puesto en actividad la manifestación. Existen siete *prakṛitis* cósmicos, y nosotros estamos en el primero o inferior; el séptimo, si se cuenta hacia abajo, el primero si se cuenta hacia arriba. Cada uno de estos tiene también siete sub-planos. El sol, como entidad, es la entidad más elevada del sistema cósmico, el sistema solar. Pero lo que vemos es solo su vehículo, su séptimo, inferior o material elemento o principio, contando hacia abajo. Las llamadas llamas solares no son llamas. El sol no está ardiendo; no está en combustión; no es caliente; lo que

vemos es el aura del sol, el sexto sub-elemento o sub-principio del primer o más bajo prakṛiti. Esa aura, por tanto, es el aura búddhica material del sol, y vista desde el punto de vista científico es un globo de fuerzas cósmicas. Recuerden por favor, como con frecuencia se ha dicho antes, que fuerza y materia son fundamentalmente lo mismo; son solo diferentes grados de manifestación de espíritu-substancia. La materia es fuerza cristalizada; o, si lo prefieren, aunque no es tan buen método de describirlo, el espíritu, fuerza o energía es materia eterealizada. Es mucho mejor ponerlo de la otra manera.

En nuestro plano, la materia es luz cristalizada. La luz es substancia-energía o energía-substancia, cualquiera de las dos está bien. Llámemosle fuerza. Y la luz, esta fuerza, también es la materia de algo todavía superior a ella, el prakṛiti que está arriba de ella.

Ahora el tiempo casi se ha acabado, y queremos llamar la atención hacia lo que se habló al inicio de nuestro estudio esta noche, ciertos muy importantes y fundamentales principios de pensamiento que los científicos llaman descubrimientos de nuestra era hechos por ellos (o, al menos, que están siendo hechos por ellos), pero que fueron anticipados en su tiempo por miembros de esta Escuela a partir del estudio de las doctrinas teosóficas. Por favor entiendan que vemos en la ciencia, el conocimiento ordenado y coordinado, a más grande amigo y aliado que tenemos. Pero cuando se trata de teorías, especulaciones o dogmas de los hombres de ciencia, los aceptamos o rechazamos exactamente en proporción a cuánto pensamos que contienen o no la verdad: no *mi* verdad o *tu* verdad, sino a cuánto contienen (o no) esos principios fundamentales que, por su coherencia, consistencia y apelación a lo mejor de nosotros, se anuncian como hechos del ser.

La teosofía, en verdad, ha cambiado el pensamiento mundial. La práctica sin la teoría es un vacío de la mente; la teoría sin la práctica es un disparate. Un hombre que tiene una hermosa teoría, y no actúa para llevarla a cabo o a hecho, es un zángano, pues no nació para ser un perezoso; pero por el contrario, un hombre que no tiene una teoría, cuyas ideas no están coordinadas y dirigidas por principios, es un loco, y actúa como un tonto. La cosa más noble que podemos hacer es cambiar de tal forma el pensamiento del mundo, que los hombres se den cuenta de su unidad con los seres internos en los diversos planos de la vida universal, y se gobiernen a sí mismos de acuerdo a ello, no solo en las legislaturas, sino en sus enseñanzas, en su conducta de vida personal, en su aprecio por sus hermanos, y en su sentido de lealtad y fidelidad a sus maestros, esos

a quienes ellos conocen e identifican como poseedores de esa verdad.

Hemos elaborado una lista de algunas cuantas de dichas anticipaciones, y sin duda cualquiera de ustedes podría haber ampliado la lista a tres o cuatro veces su tamaño. Acá están:

1. Que el simple materialismo, que comprende lo fortuito, el azar y la materia muerta, produciendo vida y consciencia, como una explicación de la vida y del ser, es anti científico, anti filosófico e imposible, por ser contrario a la naturaleza y a la razón; por tanto, absurdo.

2. Que otros planetas están habitados por seres inteligentes, o no lo están, según el caso; y que esto es negado no a partir del conocimiento, sino solo a partir de la ignorancia de tales planetas; siendo nuestra tierra el único planeta del cual *sí* sabemos que tiene seres inteligentes. La negación es, por tanto, irracional, puramente especulativa, teórica y basada solo en supuestos hechos reales relacionados con la atmósfera, el frío o el calor, etc., tal como son éstos conocidos *solo* en nuestro planeta.

3. La naturaleza no real de la esfera o universo físico, esto es, que todo lo que vemos y conocemos con percepciones de sensación, es su apariencia puramente fenomenal.

4. Que la fuerza es materia eterealizada; o, preferiblemente, que la materia es fuerzas equilibradas o cristalizadas.

(Estas últimas dos han sido totalmente admitidas ahora por los científicos exotéricos).

5. Que la electricidad y el magnetismo son particulares, esto es, corpúsculos: formados de partículas o corpúsculos, y, por tanto, materia. Son los efectos fenoménicos de causas noumenales: materias, o, mejor, materias.

6. Que los llamados modos de movimiento, cuando H. P. Blavatsky dio por primera vez su mensaje al mundo, esto es, las fuerzas, de los científicos de antes, como una definición de fuerzas, es un intento pueril de explicar las fuerzas, etiquetándolas de una nueva manera que no explica nada en absoluto, siendo todas las fuerzas simplemente materia en movimiento.

7. Que toda la materia es radiante, es decir, radioactiva, esto es, que *radia*; algunas formas o estados de la materia más que otros. Compare los trabajos y descubrimientos de Becquerel, Röntgen, los Curies, Rutherford y Soddy, etc., y el trabajo sobre líneas similares de grandes pensadores de nuestros países.

8. Que la luz es corpuscular, debido a una materia o substancia; esto es, la luz es, de hecho, un resplandor material.
9. Que la transmutación de la materia, por tanto de metales, es un hecho en la naturaleza, que ocurre a cada hora, a cada momento, de instante en instante y continuamente a través del tiempo.
10. Que el átomo es un cuerpo divisible: esto es, el átomo *químico* o *físico*; es, por decirlo así, solo una molécula más pequeña
(Los numerales 6, 7, 8, 9 y 10 han sido todos admitidos por la ciencia, o prácticamente admitidos; en algunos casos por completo, en otros casos a punto de una admisión completa)
11. Que el átomo físico es un sistema solar en miniatura, y cada miembro del mismo un sistema que es a su vez compuesto de infinitesimales físicos, sub-átomos, o infra-átomos.
12. Que la hipótesis nebular tal como es comúnmente aceptada, estaba incompleta, y era insuficiente como una hipótesis sobre la cual trabajar, aunque contenía ciertos elementos de verdad natural, esto es, oculta.
13. Que el sol no está ni ardiendo, ni está siquiera caliente, aunque en cierto sentido es *incandescente*, superficialmente, esto es, sobre su “superficie”; tampoco recupera su calor y otras fuerzas, como se alegaba, por contracción de su volumen; tampoco el radio justifica su gasto de energía; esto está prácticamente admitido.
14. Que las tormentas —lluvia, granizo, nieve, viento— y las sequías, y asimismo la mayor parte del calor de la tierra, no son causados por, o derivados de, la energía solar, sino que resultan de la interacción electromagnética de fuerzas entre la masa de la tierra y la masa meteórica, o “velo”, que está sobre nuestra atmósfera; siendo estos fenómenos o efectos acompañados, en parte causalmente, en parte efectualmente, por la periódica expansión o dilatación del cuerpo atmosférico y por la periódica contracción del mismo, y que los llamados períodos glaciales se deben en gran parte a las mismas causas.
(Permítaseme interpolar que hace unos meses algunos eminentes científicos de la parte norte de California estaban investigando las regiones más altas de la atmósfera, y hasta cierto punto han llegado a esta conclusión, al menos en parte y hasta cierto grado).
15. Que el darwinismo y el haeckelismo son inadecuados para explicar y justificar la mayoría de los fenómenos biológicos; y ni la selección natural de Darwin ni la supervivencia el más apto de Spencer son más que una menor y secundaria operación de la naturaleza; que el transformismo tal como es enseñado por los modernos científicos

especulativos no es evolución —que es lo que la sabiduría antigua *sí* enseña— y es tanto incierta como una teoría por ser puramente especulativa, y no científica debido a que como teoría está basada sobre datos muy escasos; por tanto es incompleta e insuficiente. (Todos sabemos los cambios notables que han tenido lugar en las teorías de los transformistas, incluso después de la muerte de H.P. Blavatsky.)

Y finalmente, que todas las cosas y operaciones del kosmos son relativas, no son absolutas, en la naturaleza, no habiendo en ella absolutos excepto en el sentido de relatividad de las relaciones; nuestras enseñanzas anticipan así el concepto *fundamental* del Dr. Albert Einstein en este punto.

En nuestra próxima reunión emprenderemos el estudio del átomo.

VEINTIOCHO

LA AVENTURA DE UN ÁTOMO. CENTROS-LAYA: EL SOL, LOS COMETAS Y
LOS PLANETAS; ALMA Y MÓNADA. LA TÓNICA DEL OCULTISMO

La Ciencia Oculta *no* es una ciencia cuyos secretos se puedan transmitir de repente a través de una comunicación verbal e incluso escrita. Si así fuese, todo lo que los “Hermanos” tendrían que hacer sería publicar un *Manual* de este arte que podría ser enseñado en las escuelas como lo es la gramática. Es un error común entre las personas creer que nos envolvemos voluntariamente a nosotros y a nuestros poderes en el misterio; que deseamos guardar nuestros conocimientos para nosotros mismos y que, por nuestra propia voluntad, nos negamos a comunicarlos —“caprichosa y deliberadamente”—. La verdad es que hasta que el neófito no alcanza la condición necesaria para ese grado de Iluminación al que tiene derecho, y para el cual ya está preparado, la mayor parte de los secretos, *si no todos*, son *incomunicables*. La receptividad debe ser equivalente al deseo de instruirse. La iluminación *debe llegar de dentro*. Hasta entonces, ninguna fórmula mágica de encantamiento, o la aplicación de ridículas ceremonias, ni conferencias o discusiones metafísicas, ni ninguna penitencia voluntaria, pueden darla. Todos estos no son más que medios para un fin, y todo lo que podemos hacer es encaminar el uso de estos medios, que han sido empíricamente descubiertos por la experiencia de las edades, para que conduzcan hacia el objetivo deseado. Y esto no ha sido ni fue *ningún secreto* durante miles de años.

—*Cartas de los Mahatmas*, pp. 282-3 [Carta # 49]

VAMOS A iniciar nuestro estudio esta noche leyendo un extracto del volumen I de *La Doctrina Secreta*, página 567 [II,263]:

En cuanto a los llamados “átomos elementales”, los ocultistas los mencionan por ese nombre, con un significado análogo al que le dan los indos a Brahmâ cuando le llaman ANU, el “Átomo”. Cada átomo elemental, tras el cual más de un químico ha seguido la senda trazada por los alquimistas, es, según su firme creencia, un ALMA (ya que no *conocimiento*); no necesariamente un alma desencarnada, sino un *jiva*, como lo llaman los indos, un centro de VITALIDAD POTENCIAL, con inteligencia latente en sí; y en el caso de Almas compuestas, una EXISTENCIA inteligente activa, desde el orden más elevado al más inferior; una forma compuesta de más o menos diferenciaciones.

Majestuosos, sublimes, son los pensamientos involucrados en el estudio que comenzamos esta noche. Debe decirse, quizá, a manera de prefacio, que las frecuentes interrupciones de nuestras reuniones

debido a las circunstancias nos han impedido antes entrar en este nuevo punto de nuestros estudios; y no deberemos, excepto por inferencia, embarcarnos en nuestra presente línea de pensamiento más a fondo de lo que lo haremos esta noche hasta que nuestros estudios pueden continuar más definitivamente. ¿Por qué? Porque desde tiempo inmemorial nuestra Escuela ha separado cierta porción del año, en ciertas momentos determinados, de nunca menos de tres meses, en los que los estudios se llevaban a cabo a diario y por horas, con intervalos de descanso; y a estos se les llamaba períodos de iniciación. La razón de este método es que las frecuentes interrupciones, la irrupción o intrusión en el pensamiento de las ocupaciones diarias, distraían tanto la mente, apartaban tanto de la naturaleza superior, que no se podía conocer y entender con éxito las cosas que estaban entonces supuestas a emprenderse y a tratar de comprender.

Pero, haciendo lo mejor que podemos, comenzaremos esta noche, brevemente, a emprender el estudio del átomo, y lo que H. P. Blavatsky llama sus aventuras, refiriéndonos a asuntos colaterales y casi idénticos: los centros-*laya*, el sol, los planetas y los cometas, y el alma y la *mónada*, en contraste con lo anterior.

Tal como leemos en *La Doctrina Secreta*, un átomo es un alma. Un alma es una entidad que es desarrollada por experiencias; no es un espíritu, es un vehículo del espíritu. Se manifiesta en la materia a través de ser, y siendo, una porción substancial de la esencia inferior del espíritu. Tocando otro plano por debajo de ella, o podría ser sobre ella, el punto de unión que permite el ingreso y egreso a la consciencia es un centro-*laya*. Un centro-*laya* es, por consiguiente, un centro en substancia “homogénea”. Se recordará que en un estudio anterior derivamos esta palabra *laya* de la palabra sánscrita *lī*, que significa “disolver”. La palabra *pralaya* viene de la misma raíz: *laya* es la forma sustantiva de la raíz *lī*, con un prefijo preposicional *para*, que significa “hacia”, “hacia adelante”, por tanto, “continuo”. En otras palabras, *pralaya* significa “disolución continua”. Un centro-*laya* es esa parte de una entidad, de un átomo, que, siendo una substancia relativamente homogénea, la materia “disuelta” en homogeneidad, permite el ingreso y el egreso de consciencia y de consciencias en tránsito.

Vamos a tomar el centro-*laya* tal como se manifiesta en el sol. El sol, en su núcleo, es un centro-*laya*. Asimismo, cada planeta tiene en su punto central, y se encuentra en su punto central, un centro-*laya*; cada cometa está en construcción alrededor de un centro-*laya*, su corazón o núcleo. Las dimensiones o las posiciones en el espacio

no tienen nada que ver con él, porque un centro-laya no tiene una naturaleza física o material. Es el punto de desaparición para todas las cosas por debajo de él, y el punto de entrada para todas las cosas por encima de él, para cualquier entidad particular, ya sea un átomo, un sol, un planeta o un ser humano.

El sol, tal como lo vemos, es un reflejo, como a menudo lo hemos dicho antes. Supongamos que lo llamamos un *velo*, que quizás sea una mejor palabra, aunque reflejo es igual de buena, porque en realidad *es* un reflejo: el sol que vemos, se entiende. ¿Qué es lo que vemos cuando miramos al sol? Vemos un esplendor titánico. Ése es un reflejo. El sol mismo, su núcleo, podría caber en la palma de su mano, y con esto quiero decir la parte del sol que está detrás de ese reflejo esplendoroso. Esa parte que podría caber en la palma de su mano es, en sí misma, del séptimo o superior grado del grado más bajo de prakṛiti, una partícula de materia-substancia del grado cósmico más bajo, el prakṛiti. El esplendor que vemos es el aura de ese centro-laya, su aura o emanaciones, y estas emanaciones son fuerzas. El sol es un cuerpo de inimaginables fuerzas que brotan y se vierten a través de este centro-laya desde el verdadero sol que está detrás del velo externo. Y el disco dorado que nosotros vemos no es más que la manifestación áurica, para nuestros ojos físicos sobre este plano, del verdadero sol, vertiéndose a través del sol que está en el centro del orbe visible.

Así es el ser humano. Hay un centro en su naturaleza a través del cual manan las fueras que vienen de arriba, y a través del cual él mismo asciende hacia lo alto; y ese centro es el centro-laya de su naturaleza interna.

Al hablar de la mónada, no debemos confundirla con el centro-laya. Un centro-laya es el canal, el punto, el punto de desaparición, el centro neutral, en materia o substancia, a través del cual pasa la consciencia: y el centro de esa consciencia es la mónada. Por el momento no necesitamos hacer pausa para considerar en qué plano está actuando la mónada; en cualquier plano en el que pueda estar actuando, cuando pasa de un plano de consciencia a otro lo hace a través de un centro-laya. Se recordará que en nuestro más reciente estudio, o en el anterior, señalamos los paralelismos que se dan en la naturaleza, tales como materia y espíritu-consciencia. Recuerden por favor que estas palabras se usan de manera generalizada, y que no definen cualquier materia particular o cualquier espíritu particular, sino que se usan para mostrar la masa de substancia cósmica influenciada por

las grandes fuerzas por encima de ella, que son los seres de vida, las jerarquías de naturaleza universal; y en este cuerpo cósmico, en esta substancia cósmica, hay innumerables centros-leya, porque éstos son realmente los “puntos críticos”, los “tramos de traslación”, mediante los cuales obtenemos, como individuos, acceso a nuestro ser superior, y por medio de los cuales pasan las fuerzas divinas y espirituales que entran en nosotros procedentes de arriba.

El sol es el foco vital de su sistema, fuera de otras actividades aún mucho más grandiosas, pero el sol físico es ese algo que podemos ver con nuestros ojos físicos, y además es un objeto de materia, aunque esté en el sexto grado de nuestro estado de prakṛiti, contando hacia arriba, el estado búddhico del prakṛiti inferior. Pero el *verdadero* sol, el sol espiritual, es ese ser divino detrás del sol, una entidad, un dios. El sol físico es su cuerpo o vestimenta, tal como en nosotros nuestra naturaleza superior es un dios, una chispa divina, y esa chispa divina es una *mónada*. El alma, en contraste con la mónada, es su vehículo para la manifestación en cualquier plano único. Realmente significa vehículo. El espíritu se manifiesta en siete vehículos, y cada uno de estos vehículos es un alma; y ese punto particular a través del cual la influencia divina pasa al alma, es el centro-leya, y es, por decirlo así, el corazón del alma, o más bien su cumbre: alma-substancia homogénea, si gustan.

Es muy necesario tener claros y definidamente esbozados en nuestras mentes estos conceptos preliminares. Los misterios que están detrás de estas palabras son sublimes, inimaginablemente hermosos; pero no los podemos entender con propiedad sin conocer las palabras y las implicaciones de pensamiento involucradas en ellas cuando las usamos.

Todas las desviaciones sectarias de las grandes religiones fundacionales de la antigüedad han surgido por no seguir esta sola regla. Entender sus términos y usarlos correctamente. Han surgido disputas acerca del significado de los términos, debido tal vez al hecho de que en el origen de cualquier religión particular esos términos no fueron definidos de una manera inteligente y apropiada tal que el dogmatismo posterior no pudiera imputarlos con el fin de emplearlos inapropiadamente.

Es, en realidad, un problema muy difícil. Siempre estamos entre “la espada y la pared”. Por un lado, tenemos a la gente que insistirá en literalismos tales como “Pitágoras, el Maestro, lo dijo”. Un hermoso sentido de lealtad al maestro en algunos casos, quizás; pero

vean cómo puede ser tergiversado por los aspirantes a dogmáticos, quienes insisten en tomar la letra y perder el espíritu! Y, por el otro lado, están quienes piensan que la letra no tiene importancia, lo que es igualmente erróneo; esta clase piensa que ellos poseen el espíritu y tratan de forzar la letra para conformarla a sus concepciones de lo que el Maestro o los Maestros enseñaron, Pitágoras o cualquier otro.

Así que es necesario que tengamos éstas y otras palabras similares claramente delineadas en nuestras mentes. Cuando emprendemos el estudio del átomo nos embarcamos en nuevos y vastos campos de consciencia, y cruzamos en nuestras mentes hacia otros planos; y nuestra única salvación es, tal como nos lo ha dicho H. P. Blavatsky, aferrarnos con todas nuestras fuerzas a los principios fundamentales de sus enseñanzas que son las enseñanzas de los Maestros. No podemos aferrarnos así amenos que sepamos con exactitud a qué debemos aferrarnos. Si dijésemos que un átomo es un dios, lo estaríamos diciendo mal. Si dijésemos que el átomo contiene un dios, estaríamos hablando solo parcialmente bien. Si dijésemos que el átomo manifiesta un dios, nos aproximaríamos un paso a la verdad.

Ahora surge otra idea. ¿Qué queremos decir por átomo? ¿Queremos decir un átomo cósmico, un átomo astral, un átomo físico, un átomo búddhico, un átomo átmico? Nuestros estudios de teosofía nos muestran que todos estos átomos son variadas “almas”, existentes en diversos planos, en varios grados de consciencia; y nos damos cuenta entonces de que el átomo *en su esencia*, en lo más recóndito de su intimidad, es una mónada, una chispa divina, un ser que viene de anteriores manvantaras, cuya mónada ha aprendido sus lecciones tan bien que no necesita aprender nada más en este manvantara. Pero es arrastrado por una serie de skandhas que reside en los átomos-vida, y que son impresiones kármicas. Estos átomos-vida son seres inferiores, que lo rastrean, componiendo sus cuerpos, por decirlo así, de la misma manera que algunos elementos componen nuestros cuerpos; son seres por los cuales es responsable porque los afectó en pasados kalpas, pasados manvantaras, pasados ciclos de vida: responsable por ellos porque los ensució en algunos casos, y en otros casos los limpió de la suciedad.

¿Qué son estas cosas inferiores que siguen tras la pista de una mónada? Son partes de su ser, pensamientos de su pensamiento, hijos de su alma, crías de su corazón. Una idea sublime en la que tenemos el secreto de la manifestación en el universo, así como el secreto de la Jerarquía de la Compasión; el secreto de por qué una mitad de la na-

turalidad es lo que llamamos materia, cristalizada y denominada inerte; y de por qué la otra mitad de la naturaleza es voluntad y consciencia, inteligencia y amor, entendimiento y vida. Y estos dos opuestos trabajan eternamente juntos durante el manvantara. A cada momento, en el espacio y el tiempo, las unidades mismas de esta serie de cosas inferiores, alcanzan la comprensión y el entendimiento, y pasan a través de su particular centro-leya hacia las esferas superiores (habiendo ellas mismas, mientras tanto, desarrollado o evolucionado otros seres inferiores que a su vez siguen sus rastros).

Los procesos de vida y evolución cósmica están delineados en lo que recién se ha dicho. De modo que cuando usemos la expresión de H. P. Blavatsky y hablemos de las “aventuras de un átomo”, obtengamos alguna vislumbre del estudio que nos ocupa. ¿Se dan ustedes cuenta de que en los estudios que hemos seguido tan fielmente como hemos podido, se ha establecido el perfil, o al menos el marco-esqueleto, de un sistema de filosofía entero y completo, tan grandioso en sus alcances, tan amplio en su temática, con tanta grandeza en sus posibilidades, tal profundidad en su naturaleza más íntima, que nada como él se conoce actualmente en la literatura exotérica del mundo? Incluso los magníficos sistemas de filosofía exotérica del oriente y los mejores esfuerzos de la filosofía europea —que, por cierto, son en su mayor parte mera palabrería— no se pueden comparar con él. Su luz es un candil ante las llamas del sol del mediodía, cuando los comparamos con el sistema esotérico.

¿Y por qué es esto así? Porque hemos bosquejado las enseñanzas de los dioses, las enseñanzas anteriormente enseñadas en las Escuelas de Misterio antiguas. No han sido más que insinuadas. No hemos dicho ni la milésima parte de lo que queda por decir.

Siete son las llaves que abren a todo lo ancho los portales de la sabiduría antigua. Estas siete llaves las hemos tratado solo ligeramente, ligeramente por necesidad, en nuestras alusiones a los siete tesoros de la sabiduría. En uno u otro de estos siete tesoros, o en una u otra de estas siete joyas, se halla cada sección del pensamiento humano, todo pensamiento que la mente humana puede dar a luz. Miembros de la Jerarquía de la Compasión y sus alumnos les dieron y explicaron estos siete tesoros a las razas antiguas, y éstos han sido transmitidos a nosotros. Pero recuerden que estos siete tesoros, como ya lo hemos dicho claramente, bajo los nombres que se les asignan son solo palabra clave, lemas, términos para recordar.

Estas sublimes ideas hacen que un hombre se sienta en su hogar

en cualquier parte del universo. Ésta es la verdadera tónica del ocultismo, el ser uno con la vida universal, en casa donde sea. El ocultismo es la exposición de la esencia de la vida, de la esencia del ser, y de la esencia del vivir. Nunca lo confundamos con las llamadas artes ocultas, artes que están estrictamente prohibidas para nosotros como estudiantes de esta Escuela. Los Hermanos de la Sombra lideran sobre sus indefensas víctimas con las artes ocultas, induciéndolos con ellas, y su fin es la nada. Pero los Maestros nos han dicho claramente: primero aprendan disciplina, primero aprendan la Ley. Luego los poderes que pudieran antojar, se les antojarán solo como poderes espirituales, y solo para darse, y dárselos, a otros. En el sendero, las llamadas artes ocultas se descartan incluso de la imaginación, porque sus ilusorias tentaciones y sus encantos se ven con claridad. No me imagino ni por un momento que cualquiera de nosotros acá necesite que se le recuerde esto.

Katherine Tingley ha insistido en la necesidad de primero aprender la Ley: y aprender la Ley significa el desarrollo de la naturaleza espiritual; y es el camino real, la unión real. Teniéndola, se tiene todo en el universo; conocimiento sin límite, por ejemplo, y los poderes que conlleva entonces vendrán de forma natural. Pero cualquier intento de cultivarlos prematuramente, cualquier simple anhelo por ellos, los tirará hacia abajo tan seguramente como que el sol saldrá sobre el horizonte oriental mañana por la mañana, porque es el tono personal de la mente, es el querer personal, es el deseo y apetito de poder y novedad, lo que quiere estas cosas. La entidad humana divina, el buddha, el miembro de la Jerarquía de la Compasión por derecho divino, sabe estas cosas y no las quiere, pues él ha pasado mucho más allá de ellas. La necesidad constante de él es ir por encima de la materia, limpiar el corazón de la suciedad, despojarse de las vestiduras del hombre mortal y ponerse las túnicas de la inmortalidad que, de hecho, interiormente ya son de ustedes, solo en espera de que cada individuo las reconozca, y volverse, como lo expresaron los antiguos egipcios, un “Hijo del Sol”, un santo iniciado.

VEINTINUEVE

ESPACIO: EL TODO ILIMITADO, HENCHIDO CON UNIVERSOS ENTRELAZADOS, INTERPENETRADOS. UNA ACCIÓN. UNA INTELIGENCIA JERÁRQUICA. UN CURSO DE OPERACIÓN EN TODA LA NATURALEZA: UN ORGANISMO, UNA VIDA UNIVERSAL.

Bien puede ser este un universo ordenado, o un fárrago de confusión. Siendo así, entonces seguramente es un mundo ordenado. ¿O piensas que el orden que subsiste dentro de ti mismo es compatible con el desorden en el Todo? Y seguramente también es un universo ordenado, ya que todas las cosas, no obstante repartidas y difusas, se ven afectadas con la compasión.

—*Marco Aurelio Antonino a Sí Mismo*, 4, 27 (Rendall, trad.)

Constantemente refiérete al universo como un ser vivo, que tiene una sustancia y un alma; y observa cómo todas las cosas tienen referencia a una percepción, la percepción de este único ser viviente; y cómo todas las cosas actúan con un solo movimiento; y cómo todas las cosas son las causas cooperativas de todas las cosas que existen; observad también el giro continuo del hilo y la textura del tejido.

—*Ibid.*, 4, 40 (Long, trad.)

CONTINUANDO NUESTRO estudio esta noche, déjenme una vez más introducir nuestro tema, llamando la atención sobre el hecho de que las enseñanzas de ocultismo se basan en un fundamento ético y moral; y, como tantas veces se ha dicho, es la distinción que marca la línea divisoria, por así decirlo, entre las jerarquías que están en un lado, el arco ascendente o luminoso, y aquellas jerarquías que se encuentran en el otro lado, el arco de sombra, o esos seres e inteligencias que están descendiendo en la materia para la experiencia necesaria con el fin de que puedan tomar su marcha ascendente.

La ética no es un tema que sea discutible, ya que entre los hombres, sólo las formas de la ética lo son; pero los principios fundamentales de lo bueno, en contraste con lo malo, del deber, en contraste con el egoísmo, del júbilo de la renuncia y la auto-abnegación, en contraste con la influencia decadente de las teorías opuestas del ser —y hay muchas en el mundo; en estos se encuentra la distinción entre los hijos de la luz y los hijos de la sombra.

Cabe recordar que nuestro tema en el cierre de nuestro último estudio fueron las enseñanzas contenidas en la palabra átomo. Recuerden, por favor, que este no es el átomo de la ciencia. El átomo de la ciencia es una concepción más o menos clara de las partículas materiales fundamentales que surgió en las mentes de los científicos en un intento de explicar los fenómenos de la naturaleza física, esos fenómenos se han estudiado durante los últimos cien años más o menos; y las doctrinas científicas sobre el átomo se basan, además, en gran medida, en las enseñanzas mal entendidas de algunos filósofos griegos.

Pero si entendemos el átomo como la doctrina contenida en las enseñanzas de la sabiduría antigua, veremos que se trata de una inteligencia y un ser vivo de algún tipo. Abramos, entonces, nuestros estudios esta tarde con la lectura de *La Doctrina Secreta*, Tomo I, páginas 107 y 106 [I, 149-50]; leemos primero de la página 107:

. . . cada átomo en el Universo posee en sí la potencialidad de auto-conciencia, y es, como las Mónadas de Leibnitz, un Universo en sí mismo y *por sí mismo*. *Es un átomo y un ángel*.

No es un ángel cristiano; no es un ser con alas, etc., sino una inteligencia espiritual. Luego, de la página 106:

La doctrina enseña que, para convertirse en un dios divino y plenamente consciente —sí, aun las más elevadas, las INTELIGENCIAS espirituales primigenias deben pasar por la fase humana—. Y cuando decimos humana, esto no se aplica sólo a nuestra humanidad terrestre, sino a los mortales que habitan cualquier mundo, o sea aquellas Inteligencias que han alcanzado el equilibrio adecuado entre materia y espíritu, como *nosotros* ahora, desde que se paso el punto medio de la Cuarta Raza Raíz de la Cuarta Ronda. Cada entidad debe haber conquistado por sí misma el derecho de convertirse en divina, por medio de la auto-experiencia.

Estas palabras “auto-experiencia” comprenden el pensamiento que Katherine Tingley con tanta frecuencia enfatiza en sus instrucciones —*evolución auto-dirigida*, una doctrina que incorpora la necesidad de utilizar nuestra voluntad espiritual y nuestra inteligencia espiritual para fines nobles y altruistas e impersonales—. Digamos aquí de nuevo que para el hombre siempre hay una elección de caminos: el de la mano derecha, el arco luminoso, hacia arriba y hacia arriba para siempre; y el de la mano izquierda, el arco de la sombra, que descende hacia esas esferas sobre las que tenemos conocimiento, por supuesto, y de las que ya hemos hablado varias veces.

Además, debemos observar que este término o palabra átomo es

en realidad una muletilla. Decimos átomo, pero en realidad significa una multitud de pensamientos relacionados con la cosmogonía y la evolución. Por ejemplo, *dioses, mónadas, almas, átomos*, son palabras que de forma conjunta y por separado involucran doctrinas profundas que explican los procesos evolutivos y cosmogónicos. Y con ella relacionada muy de cerca esta lo que se llama en ocultismo el centro-*laya*, al que hemos aludido brevemente en estudios anteriores. En la tercera parte de este primer volumen de *La Doctrina Secreta*, H.P. Blavatsky, en la sección 15 [Volumen II., Parte III., sección XIV], dedica una de las partes más bellas de su gran obra, al desarrollo de las doctrinas comprendidas en lo que llamó “Dioses, Mónadas y Átomos”.

Por favor, primero comprendan que en estos estudios, las cuestiones de espiritualidad, ética, religión, están profundamente involucradas. Se dirigen a las bases mismas de nuestro ser. No son meras cuestiones de una disputa entre el cerebro y la mente, o simples ejercicios mentales en discursos inteligentes. Estas enseñanzas conducen directamente a plantar nuestros pies en el camino del arco luminoso; y nosotros, que hemos tenido el beneficio de estas enseñanzas, deberíamos tener al menos cierta comprensión de que si hay un propósito primordial y objetivo hacia el cual mirar, es llegar a ser más plenamente, más sinceramente, uno con ese glorioso ejército del cual los Maestros son la vanguardia exterior, por así decirlo.

Ahora, ¿qué entendemos por espacio? La gente generalmente piensa en el espacio como un “receptáculo de cosas” —una definición que nosotros rechazamos—. Hablan del espacio infinito, y sin embargo, al mismo tiempo llaman al espacio un receptáculo, un recipiente —un curioso comentario sobre el pensamiento vago de nuestra época—. Obviamente, si se trata de un *receptáculo* es una *cosa finita*; y además de eso, la concepción pierde por completo el verdadero significado de la palabra espacio. Entiendan lo que *nosotros* entendemos por el espacio, y tenemos una clave para abrir la mayor parte de las enseñanzas más nobles escondidas profundamente en los estudios elementales. El Espacio, tal como se entiende en el ocultismo verdadero, significa que todo lo que es, es una plenitud, absolutamente perfecta y continua, sin fin y sin principio, no un mero receptáculo, no un mero contenedor, nada finito, sino el Todo ilimitado. Además, el espacio *ES*; no *esta* simplemente sobre o en un plano, sino que en siete planos, los siete planos cósmicos de nuestro universo, además de penetrar hacia el interior hasta el infinito, sin

fin, y también hacia el exterior sin fin. Es el pleroma infinito de los griegos, siendo que la palabra griega *pleroma* significa “plenitud”.

Obviamente, todo lo que es, *es una parte* del espacio. El espacio al no ser un mero contenedor, una abstracción de la mente, o un mero receptáculo, muestra por qué H.P. Blavatsky en sus enseñanzas habla del único “Dios” que reconocemos como Aquello —utilizando la palabra de los antiguos Vedas— es decir, el espacio, el Todo ilimitado. Este Todo obviamente contiene todas las cosas, todo lo que es, como se mostró en nuestro estudio anterior de esa maravillosa doctrina de las jerarquías, que es la tercera de las siete joyas o tesoros de sabiduría. El espacio esta henchido con una multitud infinita de universos auto-contenidos, entrelazados e inter-penetrados entre sí. Estos universos, una vez más, están henchidos de seres infinitamente multitudinarios de todos los diversos tipos, altos y bajos, interiores y exteriores. No podemos decir el *más alto* y el *más bajo*, porque esa forma de expresión implicaría límites o fronteras, y el espacio es ilimitado. Sólo dentro de los límites o fronteras de cualquier universo o de una jerarquía podemos utilizar la forma superlativa de los adjetivos, y decir *más alto* o *más bajo*.

Tomen cualquier universo o jerarquía como un ejemplo de la regla general. Cualquier universo esta henchido con seres que encuentran su origen y toman su lugar en la cumbre, el pináculo, la semilla en otro sentido, que es, por así decirlo, el dios de esa jerarquía; y este dios, al comienzo de cualquier período de manifestación, este ser espiritual, elemental, se despoja de sí mismo, o lanza fuera de sí, evoluciona de sí mismo, saca de sí mismo, una serie multitudinaria de jerarquías que consisten en seres menores o inferiores, seres menores en espiritualidad y en dignidad que él mismo. Son, por así decirlo, los pensamientos que el dios o pensador original cósmico piensa. Tomen el ejemplo de un ser humano pensante como una analogía. Él piensa pensamientos. Cada pensamiento tiene su propia vida, cada pensamiento tiene su propia esencia, cada uno tiene su propio curso de ejecución. Cada pensamiento se basa en una vibración particular, por así decirlo, usando palabras comunes a nuestra comprensión actual. Cada uno tiene su propio svabhāva o su naturaleza esencial intrínseca, que es su individualidad.

Así que esta cumbre de la jerarquía “piensa pensamientos”. Ahora bien, no quiero decir con ello que esta cumbre es un ser humano o un dios, que piensa pensamientos como nosotros. La figura usada aquí es sólo una analogía. Como un hombre piensa pensamientos, y

llena así la atmósfera a su alrededor con estos seres vivos, estos mensajeros alados llamados pensamientos, así también el ser elemental primordial, la cumbre, la semilla, el primero en emerger desde el seno de la infinita Madre, lanza fuera de sí estas partes de sí mismo, estos agregados monádicos, estos “pensamientos” cósmicos.

¿Y cuáles son estas primeras emanaciones? Son lo que la sabiduría antigua llama *dioses*. Y esos dioses a su vez envían de sí mismos otras series multitudinarias de seres menores que ellos —menores en dignidad, en grandeza, en comprensión—. Y estas emanaciones secundarias o evoluciones son las *mónadas*. Y estas mónadas, al proseguir su camino hacia abajo por el arco de la sombra en el comienzo de un manvantara, a su vez lanzan fuera de sí mismas, de idéntica manera y en la misma línea de acción, otras entidades menores que ellas, formando todavía más jerarquías externas, más inteligencias materiales; y estas emanaciones terciarias son las *almas*. Y las almas, al proseguir su camino hacia abajo, exactamente como sus progenitores lo hicieron, lanzan fuera de ellas, conciben y proyectan fuera de sí mismas, envía de sí mismas, desarrollan de sí mismas, seres todavía aún menores en sabiduría, espiritualidad, dignidad y poder que ellas. Y estos son los *átomos* —pero no el átomo físico—. Saquemos esa idea de nuestra mente al instante. Los átomos de la ciencia física son realmente las agregaciones moleculares de los elementos atómicos sólo existentes en la zona fronteriza del plano astral.

Tiempo habrá para exponer con mayor claridad, que el tiempo con el que contamos esta noche para hacerlo, la relación del átomo con el mundo físico fenomenal. Lo que tenemos que hacer esta tarde en el estudio introductorio que nos atañe, es evidenciar una acción, una inteligencia jerárquica, un curso de operación, en la naturaleza toda. Por favor recuerden que estas *operaciones de la naturaleza* son lo que los científicos y teólogos cristianos, en su ignorancia, llaman las leyes de la naturaleza. Ahora bien, no hay leyes de la naturaleza, como hemos expuesto y explicado antes. No existen las supuestas leyes que actúan mecánicamente, porque no hay legisladores: por consiguiente, no hay tales leyes naturales. Sin embargo, hay *operaciones de la naturaleza*, y estas operaciones de la naturaleza son lo que nuestros pensadores ven, y por la falta de comprensión de la sabiduría antigua, y quizás por falta de palabras que las describan correctamente, al seguir la analogía de las operaciones humanas, dicen que son las “leyes de la naturaleza.”

Pero son las operaciones espirituales automáticas de seres en

el vasto agregado de entidades e inteligencias, que se llama el universo, que no es sino uno de una multitud infinita de otros en el espacio. Todo lo que es, es un vasto organismo. No hay vacío ni vacuidad en ninguna parte —todo está henchido y es una plenitud sin límites—. Si podemos fijar ese pensamiento en nuestras mentes, y pensar en nosotros como vinculados en una cadena de seres, una cadena sin fin —lo que Homero llama la Cadena de Oro— nos daremos cuenta de la fuerza, la profundidad filosófica y el significado profundo de lo que nuestras enseñanzas establecen cuando hablan de fraternidad universal, de la unidad fundamental de todo lo que es. Cada uno de nosotros tiene en sí la potencialidad de convertirse en un dios, y de avanzar desde una divinidad aún mayor hacia lo que ahora son para nosotros inexpresables esferas de divinidad. Pero depende de nosotros mismos. En cada instante la elección se encuentra ante nosotros: el sendero de la “mano derecha”, y el sendero de la “mano izquierda”, adoptando la antigua nomenclatura budhista.

Estos dos arcos, el arco de sombra o el arco de la materia, y el arco luminoso o el arco de luz, o del espíritu, ejemplifican en esas dos frases la dualidad de la naturaleza en manifestación, y los seres en el arco luminoso es lo que nuestros Maestros llaman los dhyāni-buddhas, los buddhas de contemplación, esos que en kalpas pasados eran hombres como nosotros ahora, seres humanos. El otro arco contiene las jerarquías que están descendiendo en la materia con el fin de aprender las lecciones que nosotros en este kalpa hemos aprendido en el pasado; como los dhyāni-buddhas, los hijos de la luz, lo hicieron, hace muchos, muchos eones atrás, pero que ahora son la cumbre de la jerarquía búddhica de la que nosotros formamos parte, si nuestros corazones son sinceros y nuestras almas son fuertes.

La belleza y el esplendor de estas enseñanzas llenan el alma de asombro. Necesita sólo la comprensión adecuada de ellas, firmemente para fijar la mente y el alma a la eterna verdad de que nada las volverá a sacudir en el futuro. Ay, si pudiéramos sólo ver que allí se encuentra desplegado el gran misterio de la evolución. Aquellos que han avanzado en el sendero han dejado sus registros detrás de ellos, y allí se encuentran, esas gloriosas entidades, ejércitos de ellos: los más bajos son los que están justo por encima de nosotros, los chelas, y luego, más arriba aún, los maestros, y los maestros de los maestros; y después los chohans; y los mahā-chohans; y después los dhyāni-chohans; y después los dhyāni-buddhas; y así interminablemente, hacia arriba, porque la infinidad es ilimitada y sin fin. Y este proceso

de desarrollo jerárquico ha estado ocurriendo desde la eternidad en el pasado, y seguirá en la eternidad en el futuro.

La razón por la cual a los hombres les resulta difícil aceptar esta sublime enseñanza es el hecho de que sus mentes están tan llenas de otros pensamientos, que se vuelve difícil que estas verdades sublimes puedan entrar, encontrar su lugar y fijarse en su memoria. Los hombres no están dispuestos a renunciar a sus prejuicios; no rompen voluntariamente sus moldes mentales. Cuántos de nosotros llegamos a una reunión como ésta con la mente formada de lo que “sabemos que es la verdad”, porque, en verdad, lo hemos leído en alguna parte, y nuestra mente se cristalizó en esa posición. Sé lo difícil que es para cada uno de nosotros mantener la mente siempre libre y plástica, siempre dispuesta a aceptar la verdad, no importa lo que nuestros propios prejuicios, religiosos, filosóficos o científicos, puedan ser. El crítico no es el hombre sabio. El crítico, inconscientemente para sí mismo, lo que ve es su propia pequeñez; el hombre sabio, el hombre que sabe, dirá más bien, “voy a pensar, examinaré esto que el maestro me ha dado. Esta es una oportunidad; no lo voy a rechazar porque parezca difícil para mí creerlo, o porque haya leído que H.P. Blavatsky en un pasaje dijo tal y tal cosa”. Les ruego que no tomen ningún pasaje de H.P. Blavatsky o de Katherine Tingley o de William Q. Judge, y construyan un muro de hierro de prejuicios alrededor de él, porque piensan que lo han entendido. Mantengan la mente abierta, fluida y plástica; retengan eso que su alma, su conciencia, les dice que es *bueno*, y si es necesario, ¡esperen! Tebas no fue construida en un día.

Antes de concluir, hay una pregunta que debe haber surgido en toda mente reflexiva tosófica, y ha sido redactada de esta manera por un estudiante:

Si cada uno está bajo la dirección de los dhyāni-chohans, ¿cómo sucede que, como dice H.P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta*, Tomo I, página 412 [II, 117], al final del segundo párrafo, “la crueldad, los errores, y la injusticia demasiado evidentes” se encuentran en la naturaleza? Y a continuación cita el dicho que la naturaleza es una “madre hermosa pero fría como la piedra.”

Los principios sobre los que se ha considerado esta cuidadosa pregunta son en verdad muy simples. En primer lugar, los dhyāni-chohans *no* “guían la naturaleza”; así como el dhyāni-chohan interno del hombre no guía la circulación de su sangre, o los procesos de su propia digestión. Esas cosas pertenecen a las esferas inferiores de la

naturaleza. Hay un dhyāni-chohan a la cabeza de cada departamento en la naturaleza; pero una intervención directa, la vieja idea teológica de un Dios Todopoderoso interfiriendo con el desorden que él mismo ha creado, no se acepta en nuestras enseñanzas. Los dhyāni-chohans no “guían” los procesos materiales de la naturaleza. Ellos son la cumbre de la jerarquía y forman las “leyes” de acuerdo a las cuales la naturaleza trabaja; pero cada entidad, cada mónada, cada átomo, cada alma, tiene el poder del libre albedrío y de elección, en un grado más o menos limitado, dependiendo de su inteligencia, y debe ejercerlo o descender. Y ahí está la clave, la respuesta a la pregunta. El hombre no controla con su pensamiento los latidos de su corazón o el proceso de la digestión, o el tiempo que le lleva crecer desde la infancia a la juventud, de la juventud a la madurez y de la madurez hundirse en la decrepitud. Esas cosas se rigen por lo que son propiamente llamadas fuerzas de la naturaleza; y las leyes sobre las cuales las fuerzas de la naturaleza trabajan son esas operaciones superiores que representan las actividades espirituales automáticas de los dhyāni-chohans, pero decir que ellos guían la naturaleza no es cierto; la idea es una reliquia de los antiguos dogmas teológicos cristianos que permanece en nuestras mentes; y tenemos que lavar nuestra inteligencia, limpiar nuestros pensamientos, si queremos entender el corazón, la esencia de las antiguas enseñanzas, que muestran un organismo, una vida universal, en una acción diversificada por doquier. Y en este único organismo, en este único corazón que late, en esta única vida universal, se encuentra esta serie multitudinaria e innumerable e interminable de inteligencias, cada una trabajando en su propio destino a partir de impulsos internos, controlados por varias entidades superiores en las que se mueven y viven, y tienen su ser.

TREINTA

LA INTERRELACIÓN DE DIOSSES, MÓNADAS, ÁTOMOS —UNA CLAVE PARA LA DOCTRINA DE LA EVOLUCIÓN—. EMANACIONES SUCESIVAS: FUNDAS. SERES SUPERIORES EMANANDO Y REVISTIÉNDOSE EN HUESTES DE SERES INFERIORES. MORALIDAD BASADA EN LA ESTRUCTURA DEL UNIVERSO.

Y el otro medio, el de los daimons, dependiente de los dioses, aunque muy inferior a ellos, pues su naturaleza no tiene actividad operativa primaria, sino compañía servicial de la buena voluntad de los dioses, de igual manera desarrolla en energía el bien invisible de los dioses, se conforma a ella, lleva a cabo las obras demiúrgicas que la imitan, ilumina como efable lo inefable de los dioses y en las formas la ausencia de formas, lo que en el bien divino está por encima de toda razón lo traduce en razones visibles (o formas productivas), recibe la participación en lo bello de forma connatural, y la proporciona y transmite generosamente a los géneros que vienen después de él. Estos géneros intermedios completan el vínculo común, de los dioses y de las almas, hacen indisoluble su unión, mantienen vinculada la continuidad, una, desde lo superior hasta lo ínfimo, hacen indivisible la comunión total, causa que todas las cosas posean una mezcla perfecta y una unión proporcionada, transmite igualmente la progresión de las naturalezas mejores a las inferiores y el ascenso de los últimos a los primeros, introducen orden y medida en el don participativo que desciende de naturalezas superiores y en la recepción que se produce en los menos perfectos y hacen todo armónico con todo, en tanto reciben de arriba, de los dioses, las causas de todos los seres.

—JÁMBLICO, *Sobre los Misterios*, pp. 32-3

LA FRASE: “mantener viva en el hombre sus intuiciones espirituales”, describe muy bien el trabajo de la Sociedad Teosófica en el mundo. Pero debemos ir más allá de este fino pensamiento si queremos entender e introducir plenamente las enseñanzas que se nos han confiado, en nuestras vidas, y así desarrollar un sentido moral y ético, sentido que estas enseñanzas primero y ante todo pretende desarrollar y hacerlo vivir en nosotros, si es que queremos llevar a cabo el propósito y objetivo que nos hemos propuesto.

Las simples disquisiciones sobre temas filosóficos, religiosos y científicos no imparten nada de valor permanente, son estériles, no dan fruto, a menos que el espíritu de la Logia esté detrás de ellos; y esta Logia-espíritu no puede existir sin las intuiciones espirituales que existen en el núcleo, en la parte central, de cada ser humano. Ustedes

se darán cuenta que la tendencia entera de nuestros estudios ha sido el desarrollo de la naturaleza superior de nosotros. Estas enseñanzas de la filosofía esotérica han resistido y resistirán la prueba del tiempo y del corazón humano. Este es un hecho, sin duda, por el cual podamos dar gracias de corazón.

Esta tarde nos acercamos al final de los estudios elementales que han sido brevemente considerados en los últimos dos o tres años; y pronto será nuestro deber tomar aspectos más concretos de la sabiduría antigua, o de la religión-sabiduría; y, de hecho, ya nos hemos acercado a estas más detalladas doctrinas en nuestro presente tema —*dioses, mónadas, almas, átomos, y cuerpos*—. La necesidad de una comprensión clara de los estudios anteriores, que para algunos pueden parecer algo abstractos, es la siguiente: su alcance en los ámbitos del pensamiento humano, representado por la religión, la filosofía y la ciencia, es inmenso; forman, por así decirlo, los cimientos sobre los que descansa la sabiduría antigua.

Como se recordarán, en nuestro último estudio en *La Doctrina Secreta*, Tomo I, página 107, leemos lo siguiente: “cada átomo en el Universo tiene en él la potencialidad de auto-conciencia, y es, como las Mónadas de Leibniz, un Universo en sí mismo y por sí mismo. *Es un átomo y un ángel.*” —es decir, un ser espiritual—. Vamos a hablar más claramente sobre este tema de lo que hemos hablado antes, y la razón para ello es que la correcta comprensión de la doctrina de la evolución —de desarrollo y crecimiento— descansa en una correcta visión del significado real e interrelación de estos tres: dioses, mónadas, y átomos.

En primer lugar, se recordará que al hablar del espacio, hemos rechazado la idea de que el espacio no es más que un contenedor. Ahora bien, esto no es una mera abstracción de pensamiento; es algo absolutamente importante comprender que todo ser es un inmenso organismo, a través del cual late un corazón universal, por así decirlo. Verán allí inmediatamente la base de la moral; no hay un vacío absoluto, ningún vacío absoluto, en ningún lugar; todos los seres están estrechamente relacionados y entrelazados en los lazos más fuertes de la unión: espiritual, divina, intelectual, mental, astral, física. Nada puede existir sin todas las otras cosas; porque el kosmos, privado de un solo átomo, se derrumbaría en polvo impalpable. No hay metáfora en esto, es una realidad.

Ahora bien, a una mónada se le suele mencionar como descendiendo en la materia. Esta es una manera de hablar, un método de

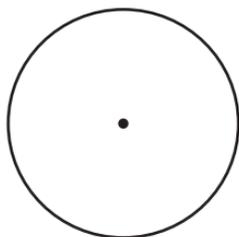
expresión. La mónada en sí no “desciende”, como tampoco lo hace dios, guiando nuestros tranvías o limpiando nuestras botas. ¿Cómo, entonces, la influencia monádica se extiende a lo largo de los diferentes planos de la naturaleza, de modo que en el lenguaje ordinario de hecho es correcto hablar de la mónada mineral, de la mónada animal, de la mónada astral, de la mónada humana, de la mónada espiritual, de la mónada divina? De la siguiente manera: pero en primer lugar —como una interpolación, en relación con la mónada, permítanme leer algo que H. P. Blavatsky dice (*La Doctrina Secreta*, II, 185-6) [III, 187-8]:

Los términos de *mónada* “mineral”, “vegetal” y “animal” sólo implican una distinción superficial: no existe una Mónada (Jiva) que no sea divina, y por consiguiente ha sido, o tiene que ser humana en el futuro. Este término, humano, no tendrá significación a menos que la diferencia se comprenda bien. La Mónada es una gota del Océano sin orillas, más allá, o para ser exactos, *dentro*, del plano de la diferenciación primordial. Es *divina* en su condición superior y *humana* en la inferior —usando los adjetivos “superior” e “inferior” a falta de palabras más apropiadas; pero permanece mónada en toda circunstancia, salvo en el estado Nirvánico, bajo todas condiciones y toda forma externa.

Allí tienen ustedes el tema dicho de manera inequívoca.

Se señaló en nuestra última reunión que cuando, en su duración cíclica, la agitación de la vida ocurre por primera vez en el Todo ilimitado, los seres primordiales que emanan son llamados dioses, y que estos dioses, con el pasar de las edades, durante los períodos manvantáricos progresivos, expelen, o despiden fuera de ellos, o lanzan fuera de sí mismos, o le dan nacimiento, a seres menores —menores significando: inferiores, menores en divinidad, menores en sublimidad, menores en grandeza, y estos seres son las mónadas—. Exactamente de la misma manera las mónadas despiden fuera de sí mismas (o le dan nacimiento) a las almas; y, por favor, comprendan, que así como la mónada estaba en el dios, así estaba el alma en la mónada. Estas entidades permanecieron latentes en las mónadas como fruto kármico del mahā-manvantara anterior. Así como la vida permanece en la semilla cuando es echada fuera de la planta, y brota su brizna verde en la primavera; así, cuando la agitación manvantárica pasa por encima de estos espacios, después de un largo descanso praláyico, los dioses hacen brotar de sí las mónadas, y las mónadas hacen brotar de sí las almas y las almas hacen brotar de sí los átomos. Y de manera similar los átomos hacen brotar de sí mismos, nuestros vehículos, nuestros portadores, nuestros cuerpos.

Veamos si podemos ilustrar esto con un diagrama. Tomemos un inmenso círculo para representar el Todo lo ilimitado, que por supuesto no es más que una representación del espacio; a continuación, coloquemos un punto en su centro. Este punto representa el primer germen de la vida cósmica. Este punto también tiene su significado en el sentido de una semilla cósmica. Ahora bien, no es sólo un punto en el kosmos el que comienza con su actividad, sino innumerables puntos, como semillas. El número es prácticamente ilimitado, y cada uno de estos puntos representa una individualidad del mahā-manvantara anterior. Pero estos puntos como se representan en el diagrama son símbolos; y uno representa diagramáticamente a todos. Si se quiere, este punto en la casi-infinidad de una jerarquía, de un universo, es el inicio de esa jerarquía, y representa al dios de esa jerarquía. Este dios en sí mismo es una agregación sintética de una multitud de otros dioses, así como el cuerpo del hombre es una suma, una síntesis, de vidas multitudinarias menores o inferiores.



Ahora bien, este dios se viste en sus emanaciones, en su aura prānica, si les parece; envía de sí mismo efluvios prānicos o vitales, y así se viste con ropas, en fundas de vitalidad, que brotan de sí mismo, y estas fundas o prendas de vestir son su “ropa”. Cualquier dios naturalmente proyecta su propia individualidad en su funda, en su ropa: siete grados o estados de ella; su individualidad es su svabhāva, una idea importante a la que hemos llamado su atención y en la que hemos puesto énfasis. El svabhāva de una entidad es su individualidad, la característica de ella, la esencialidad de lo que es, en contraste con algún otro svabhāva. En el lenguaje ordinario podemos llamarlo individualidad. Lo que hace que una rosa origine siempre una rosa, y no un lirio; lo que hace que de un ser humano se origine siempre un ser humano y no otro tipo de entidad; eso que hace que un dios sea un dios y no una mónada, es su svabhāva. Este es un compuesto sánscrito que significa *auto-generar*, *auto-verter*, el verter afuera lo que está adentro y, por tanto, su característica individual y propia. Por favor, recuerden en este respecto que cada vez más en el interior, infinita, ilimitadamente más en el interior, están los vastos estados de conciencia viviendo en los campos igualmente vastos de los espacios del espacio; las posibilidades para ser desarrolladas en la evolución de un ser humano, y las eternidades a través de la cuales haya pasado, y las vidas que ha vivido en el pasado, son infinitas.

Siguiendo adelante. Este dios hace surgir sus envolturas, y estas envolturas consistirán en seres menores (o inferiores). Si el dios es una entidad primordial, llamemos a estos últimos, primarios. Así como el hombre se viste a sí mismo en carne física, así el dios se viste en una prenda o cuerpo, y esta prenda o cuerpo está compuesto, si se quiere, de átomos divinos. Ahora bien, estos átomos divinos son las *mónadas*. En comparación con el dios, éstas son simplemente la ropa de él, así como la síntesis, la agregación, de las vidas físicas que componen el cuerpo de un hombre y que forman su “capa de piel” física o la ropa son, por así decirlo, las *mónadas* físicas o los átomos del hombre mismo. Del mismo modo, vamos, entonces, a avanzar un punto más lejos. Al germen, a la semilla, al punto antes mencionado, lo vamos ahora a llamar *mónada* —una del casi infinito número de *mónadas* en cada dios, formando la ropa de cada dios, las fundas, las prendas de luz, en las que aquel dios vive, que ha enviado fuera de sí mismo, su efusión de vida individual.

Del mismo modo actúa la *mónada* como lo hizo su padre-dios; y *su* funda y *su* ropa son las *almas*, aún latentes, la mayoría de ellas, pero algunas formando la parte más activa en la que se manifiesta en cualquier momento en particular. El mismo curso de acción se produce con el alma. El alma se viste de átomos, las emanaciones de sí misma y la efusión de su propia vitalidad, su propio *prāṇa*. Y luego, los átomos derraman de sí mismos el efluvio de vida física-astral, y estos efluvios vitales forman el cuerpo físico del hombre, su cuerpo astral y su cuerpo físico.

Así, pueden ver lo que H. P. Blavatsky expresa al decir que un átomo es un “átomo y un ángel” o un alma. A través de todas estas huestes de seres fluye la corriente del ser, que entra en cada uno, formando, de hecho, la raíz misma de su ser, no la entidad personalizada del ego, sino el ser impersonal, ese que es el mismo en ustedes y en mí; también el mismo en los habitantes de los espacios estelares distantes, así como está en nosotros: el ser uno, ilimitado, sin límites, la ideación de la individualidad. Recuerden que el ego es la percepción de “yo soy yo”, no “tú”; y aquí entra de inmediato la concepción de la personalidad. Pero es en levantar la personalidad a la impersonalidad, el ego a la divinidad, lo corruptible a lo incorruptible, en lo que consiste todo el esfuerzo, propósito y objetivo de la parte divina de la evolución; y esa parte divina, esa actividad en particular, es de la gama más alta del arco luminoso, de la jerarquía búddhica, del cual la cumbre es los *Dhyāni-Buddhas*, los *buddhas* de contemplación; y el

material en el que trabajan es estas otras mónadas, almas, y átomos, que forman el lado material de la naturaleza, llamado el arco sombrío.

Se recordaran que ya hemos hecho alusión a estas cosas antes; pero esta noche recuerden este punto importante, que la mónada no “cae en la materia”. Proyecta fuera de sí su vida, como el sol vierte su vitalidad en los rayos; y su vida se manifiesta primero como una entidad monádica de grado inferior, como un alma; y el alma a su vez, derrama *su* vitalidad, manifestándose en casi innumerables átomos. La mónada en sí no es más que una de otras innumerables, emanada, echada fuera, exhalada, si se quiere utilizar una metáfora oriental, de Brahmā, el dios, la cumbre de nuestra jerarquía.

Como se ha dicho, estas prendas de vestir o fundas de la luz son las entidades monádicas que deben, durante el curso del progreso evolutivo, volverse más densas, más oscuras, espesas, con el paso del tiempo, hasta que el resultado final es la última energía, el último desembolso de la fuerza divina o monádica manifiesta en el cuerpo físico. Cuando el equilibrio entre la materia y el espíritu se alcanza finalmente, cuando el punto más bajo en ese kalpa, es decir, en ese Día de Brahmā, en ese período de siete rondas, se ha alcanzado, entonces llegan a la escena los mānasaputras, los hijos de la mente, entidades de la jerarquía búddhica, del arco luminoso de la evolución de la naturaleza, esos que han sido los hombres en kalpas anteriores, y que nos han cuidado, bajo la dirección del Observador Silencioso, su Jefe supremo, desde el comienzo de nuestro presente kalpa o manvantara, hace eones.

La mónada, en cierto sentido, puede ser llamada el dios activo de la jerarquía; o bien, en el caso especial del ser humano, el ego divino del hombre, enfundada en sus trajes de luz compuesta por entidades inferiores monádicas llamadas almas; y el alma puede ser llamada una mónada inferior, una parte de las fundas o prendas de la mónada en sí. Estas correspondientes prendas, son echadas fuera, como del árbol brotan las hojas, sus ramas, sus tallos, sus frutos. Del mismo modo los átomos nacen de la esencia pránica o esencia vital de las almas, y ellos forman nuestros cuerpos. Así vemos que cada hombre, en su más íntima esencia —es decir, lo más íntimo de la jerarquía a la que pertenece, es un ser divino, un dios; y su naturaleza espiritual es la mónada, y su alma-naturaleza es el ego, esa entidad particular, flotando entre el cielo y el sol, que debe ser levantado de la personalidad a la impersonalidad, ya que en el alma reside esa parte en particular del proceso psicológico del pensamiento que hace al hombre

consciente de sí mismo, un ser *auto*-consciente, capaz de la ideación del ser individualizado.

¡Qué pensamientos más maravillosos son estos! ¡Cómo levanta el alma! El hombre siente su divinidad nativa, su fuerza espiritual interior, se siente el poder de la divinidad dentro de su propio corazón, el poder de la bondad y la verdad. ¡Y qué pequeñas, qué insignificantes, qué indignas, parecen esas cosas que están fuera de la senda del deber, de lo correcto!

¿Cuántos han tenido hambre de la verdad, y la han buscado, y sin embargo han encontrado sólo la cáscara de un pseudo-esoterismo? Pero *ellos también la deberían tener*. Los seres humanos, ellos tienen derecho a ella; pero no la van a conseguir a menos que “trabajen por ella”, tal es pues la arcaica ley. Estas enseñanzas han sido la *recompensa*, la recompensa de los que han sido fieles.

Hay un tema que por ciertas razones ahora debe ser tratado brevemente. Es un tema que ha sido eludido deliberadamente por mí hasta este momento por razones obvias; me refiero a la cuestión de sexo. En nuestra actual etapa de estudio, es necesario entonces señalar que el hombre en un determinado período anterior de su evolución carecía de sexo, fue asexual, y también que en la próxima raza-raíz, la sexta raza raíz, carecerá de sexo como ahora lo entendemos. El sexo no es más que una fase pasajera en el desarrollo evolutivo, y no tiene más valor en un sentido, para el hombre, que el de un mal sueño tiene para un hombre bajo ciertas condiciones. La naturaleza ha seguido esa línea, por así decirlo, bajo protesta, a través de la maldad en que participó nuestro pasado karma, como el único camino por el cual las almas puedan encontrar encarnación en la actualidad; pero a medida que la raza crece en fuerza espiritual y en el conocimiento espiritual, y observa con un mayor auto-análisis en su ser interno, niños vendrán al mundo sin padres; y de ser en un principio un fenómeno insólito, y es de suponer que se le llame un presagio o un prodigio, cuando aparezca por primera vez, este procedimiento de generación se convertirá en el curso natural de la sexta raza raíz. Nuestros hombres y mujeres sexualmente separados, el presente método de generación de humanos, animales y algunas plantas, en tiempos lejanos del futuro, no existirá más.

En conclusión: ustedes han oído hablar de los Misterios antiguos, y la doctrina del “nacimiento virginal”. Empezando con el cuarto grado o etapa de iniciación, el futuro se explicó en los antiguos Misterios al candidato mediante enseñanzas y más específicamente haciendo al

candidato *pasar a través* de lo que iba a suceder en las futuras edades del desarrollo racial; es decir, que el “iniciante” *tenía que pasar, tenía que vivir*, lo que la raza estaba por experimentar en el transcurso de las siguientes dos razas-raíces. Previo al cuarto grado, se le había enseñado lo que la raza ya había experimentado, *con alusiones al futuro*. Cuando leemos, por lo tanto, del “nacimiento virginal” de Cristo, por ejemplo, es cierto que eso tiene su explicación religiosa, su explicación filosófica, su explicación mística, etc., pero tiene también su explicación fisiológica. Ustedes recordarán lo que H. P. Blavatsky dice acerca de las siete llaves que pertenecen a, y abren, cada uno de estos séptuples misterios más profundos, de los cuales dos se mantuvieron particularmente en secreto: el fisiológico, y el espiritual. La clave fisiológica de este aspecto de la enseñanza-Misterio era, como se ha dicho, que el “iniciante” tenía que simbolizar en su persona y tenía que *atravesar o experimentar lo que se avecinaba*; y por tanto se decía que, en vista de la futura acción racial a lo largo de las líneas de generación, tenía que haber “nacido de una virgen”.

Es algo reconfortante, especialmente en la etapa actual del mundo en que la humanidad está haciendo todo lo posible para deshacerse de las ataduras del pecado (si podemos usar esta palabra) de los atlantes y lemurianos, es decir, quitarse de encima el karma horrible que mantiene al mundo en su dominio del mal, saber las causas que lo llevaron a ser lo que es. Esto nos da el conocimiento y el poder para frenar esta corriente de pecado humano y miseria. Y, por último, aquellos que no acepten la verdad y trabajen con la Ley, sin duda, como Jesús lo habría dicho, no van a “sentarse a mi mesa conmigo cuando yo comparta el vino del espíritu en la Casa de mi Padre”. “Los que tienen oídos para oír y entender, que oigan”, ¡y sean *sabios!*

TREINTA Y UNO

LA CONSTRUCCIÓN DEL KOSMOS. LA MISMA LEY FUNDAMENTAL EN
TODA LA VIDA Y POR TODO EL SER: UNA INTERMINABLE ESCALA DE PRO-
GRESO. PROCESOS ANÁLOGOS DEL DESARROLLO KÓSMICO Y PSICOLÓGICO.
EL RÍO DE LA VIDA.

Y por las circulaciones del alma que se fusionan en un río profundo e impetuosamente es arrastrada, debemos entender por el río, no solo el cuerpo humano, sino la totalidad de la generación (lo que nos rodea externamente) a través de su fluir rápido e inestable. Por lo tanto, dice Proclo, Platón en la República llama a toda la naturaleza generada el río de Lete, que contiene tanto a Lete y el prado de Ate, de acuerdo con Empédocles; las fauces devoradoras de la materia y el mundo que odia la luz, como es llamado por los dioses; y los serpenteantes ríos en los que muchas son atraídas hacia abajo, como afirman los oráculos. Pero por las circulaciones del alma queremos decir los poderes de reflexionar y opinar, el primero de los cuales, pierde su energía a través de la conjunción del alma con el cuerpo, y el segundo es Titánicamente despedazado a través de la vida irracional. —THOMAS TAYLOR, “Introducción a Timeo”

Como consecuencia de un proceso de razonamiento, encontró que entre las cosas naturalmente visibles, no había nada que el todo sin inteligencia nunca podría llegar a ser, más hermoso que el todo que está dotado de intelecto: y al mismo tiempo descubrió, que era imposible para el intelecto acceder a cualquier ser, sin la intervención del alma. Consecuentemente, como resultado de este razonamiento, poniendo la inteligencia en el alma y el alma en el cuerpo, así fabricó el universo, que por lo tanto podría ser una obra, naturalmente, la más bella y mejor. De esta manera, de acuerdo a una razón asimilativa, es necesario llamar al mundo [o el universo] un animal, dotado de intelecto, y generado a través de la providencia de la divinidad.

—PLATÓN, *Timeo* (Thomas Taylor, trad.)

COMO EXPLICACIÓN de lo que se dijo en la parte final de nuestra reunión la semana pasada: la idea de traer el tema, que hasta entonces había sido ligeramente tocado, era de conectarlo con el esquema general de desarrollo evolutivo que pronto tendremos que estudiar más plenamente, y demostrar que a través de todo el universo de seres se ejecuta un plan general.

Todos ustedes saben, por supuesto, que hay siete razas en total en este planeta, en esta ronda en el globo D, y que cada una de estas razas tiene su propio continente, sigue su propio curso de evolución, dispone de cuerpos —es decir, las unidades individuales de la raza

tienen cuerpos— coordinados y en armonía con el entorno físico en el que viven. Pero en cuanto al asunto de la división de la corriente racial humana, es decir, la parte final de la tercera raza-raíz, en la humanidad sexual que ha evolucionado en los hombres y mujeres de hoy, el punto que se debe enfatizar en la actualidad es que a lo que llamamos sexo no es más que una fase pasajera en la evolución racial y, en un sentido estricto, no es normal a la humanidad en el globo D de nuestra cadena planetaria. Este método de procreación en realidad fue copiado de las bestias, que se “separaron” antes que el “hombre”. Por favor, entiendan claramente esto: el sexo es una fase transitoria en la evolución racial, y no tiene más importancia que eso; y además, como estamos ahora evolucionando en el arco ascendente, como ya hemos pasado, de hecho, más allá de los primeros pasos del arco luminoso, del arco de ascenso, veremos con el paso de las edades que nuestra condición fisiológica como hombres y mujeres debe ser superada. En realidad, el karma atlante y atlante-lemuriano ha pesado tanto sobre nosotros, los de la quinta raza, que en realidad estamos retrasados, y no hemos llegado en el momento actual, el punto medio de la quinta raza, a esa etapa que concierne a la evolución del cuerpo físico que, de otra forma, ya deberíamos haber alcanzado.

Tal como está, sin embargo, la enseñanza nos dice que al final de nuestra quinta raza, los hombres y las mujeres irán desapareciendo como sexos opuestos; y que a mediados de la sexta raza raíz (la raza que está por venir) los hombres y mujeres como sexos separados, no existirán más. La Raza estará compuesta de seres que fisiológicamente no serán ni hombres ni mujeres; y como se dio a entender hace un momento, los primeros ejemplos de la reproducción partenogénica ya están por llegar, y se hubieran mostrado ya, si no fuera porque nos hemos demorado por el peso de nuestro karma atlante, que hemos venido cargando, o más bien trabajándolo.

Hacia la mitad de la sexta raza la humanidad —entonces ya no “hombres” y “mujeres”, sino humanidad— procreará su especie, si se puede aquí utilizar correctamente esta palabra; en todo caso va a evolucionar o dar a luz a su propio género, por un proceso similar al que tuvo lugar en el principio de la tercera raza, un proceso llamado en la sabiduría esotérica “la creación de hijos por el yoga pasivo”, es decir, por la meditación y la voluntad *inconsciente*, al principio, seguido después por una voluntad *consciente* en la séptima o siguiente raza-raíz. Los humanos de ese período (la sexta raza-raíz) producirán niños a través de la meditación y la voluntad; durante la séptima raza-

raíz, la última en venir a este mundo, en esta cuarta ronda —una raza que ahora nos parecería gloriosa— los humanos de esa raza producirán su tipo de la misma manera en general, pero *conscientemente* ejerciendo su voluntad y meditación, todavía aún de manera más impersonal y aún más etérea que la sexta raza. La sexta lo hará, así como crecen las flores de las plantas, casi inconscientemente, por así decirlo, en consecuencia, por un “yoga pasivo”; no tanto inconscientemente desde el punto de vista mental, sino fisiológicamente casi inconsciente de cualquier acto de “procreación”, o de cualquier acto creativo. La séptima “creará” sus hijos conscientemente y con la imaginación activa en su totalidad, una fuerza llamada *kriyāsakti* en sánscrito. La dificultad está en encontrar palabras para explicar algo que para nosotros los de la quinta raza-raíz prácticamente no existe, y que por lo tanto suena especulativo o irreal.

El punto principal entonces, es darse cuenta de que este estado actual fisiológico del sexo es un paso de la fase evolutiva racial; y que cada abuso, cada mal uso, no importa de qué tipo o lo que el mundo piense de él, es una reacción contraria a la ley de evolución, para usar la fraseología popular; y si bien es cierto que el presente método es el que la naturaleza ha hecho evolucionar en la actualidad, como se dijo antes, no es realmente el método que la humanidad primordial tendría que haber seguido. Incluso la Biblia Hebrea alude a esta cuestión en un pasaje que quizás todos recuerden. Nosotros los de la quinta raza ahora nos encontramos en el arco ascendente, y al menos deberíamos intentar guiar la raza hacia una vida más noble como pioneros de las próximas etapas de la naturaleza.

Nuestro tema principal de esta noche es la construcción del kosmos, la construcción de mundos, y la construcción del hombre. A lo largo de la vasta extensión del ser manifestado, allí prevalecen las operaciones fundamentales de la naturaleza, las que los hombres de hoy llaman las leyes de la naturaleza, porque no entienden su origen. Los hombres personifican la naturaleza, que es un término meramente generalizado; y utilizan la palabra ley —que no es más que una palabra adaptada de la acción humana— con el fin de dar un nombre a los movimientos fundamentales del ser. Sin embargo, *hay* operaciones de la naturaleza, y estas operaciones fundamentales de la naturaleza son en realidad las corrientes de vida en la esencia espiritual que rige nuestra jerarquía, como las corrientes de vida en el hombre son las que gobiernan los átomos, astrales y físicos, que componen su cuerpo.

Recuerden que el *espacio* no es un vacío, el espacio no es un mero

contenedor; si así fuera, tendría que haber un contenedor de ese contenedor, y así ad infinitum. Pero el espacio es la *plenitud infinita de todo*; es el Todo ilimitado, sin principio ni fin, es un vasto organismo; es una unidad; todo está interconectado e interrelacionado con todo lo demás, y a través de todo corre una única vida universal; hay solo un latido del corazón uno universal. Este pensamiento es tan importante para una correcta comprensión de nuestra filosofía que su repetición sin duda será perdonada. No hay separaciones hechas de vacío, no hay una división absoluta en ningún lugar. No hay un vacío real; todo está lleno, todo está lleno de y con seres; y estos seres con los que el Todo ilimitado está lleno *son el espacio mismo*. Por lo tanto, cuando hablamos de espacio, no significa simplemente la extensión inmensa, sin límites de cualquier plano, sino más concretamente las esferas invisibles, los planos en el interior, que ascienden, por así decirlo, hacia el interior, hacia el interior, y para siempre hacia el interior, y hacia el exterior del mismo modo.

El siguiente pensamiento es que a través de la acción e interacción de dioses, mónadas, almas, y átomos, podemos concebir un mundo como brotando en el comienzo de su manvantara, desde y a través de las profundidades invisibles del espacio, y auto-extendiéndose, digamos, auto-lanzándose, auto-proyectándose hacia adelante, en su descenso por el arco oscuro de la manifestación material. ¿Y cómo? No por un algo o un alguien que existía antes de que él existiera, sino que haciéndose a sí mismo su propio mundo, evolucionando su propio kosmos, que se convierte así en su ropa o cuerpo.

Los dioses —y por favor no piensen en formas humanas, cuando hablamos de los dioses; nos referimos a las entidades arūpa, sin forma, seres de inteligencia y comprensión pura, esencias puras, espíritus puros, sin forma de la manera como nosotros concebimos la forma, a través de esa impersonal (¿y podríamos decir inevitable?) energía, en todo caso, en razón de los impulsos kármicos detrás de ellos, proyectan de sí mismos cuerpos inferiores, que son las mónadas; y las mónadas hacen precisamente lo mismo y proyectan almas; y las almas hacen precisamente lo mismo y proyectan átomos. Cada uno nace de cada uno—. A través de todo, además, corre el ser ilimitado, el alma sin límites de los reinos superiores; pero cada uno de estos átomos, cada una de estas almas, cada una de estas mónadas, cada uno de estos dioses, es su propia jerarquía, la parte suprema, la cabeza, la semilla, de donde su siguiente y propia jerarquía brotará. Ruedas dentro de ruedas, vidas dentro de vidas, conciencias dentro de

conciencias, seres dentro de seres —una diversidad inmensa y sin fin de cosas entrelazadas, entremezcladas e interconectadas—. ¡Les suplico entiendan este pensamiento! Es la base misma de la sabiduría antigua. Todas las preguntas de teología que han avergonzado y confundido la mente de los hombres se resuelven sólo con estos pocos principios simples de la antigua religión-sabiduría. Piensen en ellos y hagan sus propias deducciones.

Ahora seguiremos brevemente el curso evolutivo de una jerarquía, de un sistema solar. La misma ley, si les gusta la palabra, la misma *operación fundamental de la naturaleza*, corre a través de todo lo que encontramos hecho en el caso de un sistema solar, y es también lo que ocurre en el caso de un universo, es lo que se lleva a cabo en un sol, en un planeta, y en los seres que pueblan el planeta. Supongamos entonces que nos figuramos un dios, un ser divino de siete principios, empezando la actividad después de su sueño praláyico, trayendo consigo las semillas kármicas, los impulsos del mahā-manvantara anterior, cada una de esas semillas teniendo su svabhāva kármico, su karma característico o su naturaleza esencial; y empezando la actividad inmediata cuando la primera oleada de vida despierta las esferas durmientes, todas comprendidas en la inmensa entidad única que hemos convenido llamar un dios. No significa exactamente lo que los hindúes llaman un deva, que es otra cosa, sino un dios. Pero no Dios, no el Dios cristiano. Nos referimos a *un* dios, una de las inteligencias supremas, cada una de las cuales es la cabeza de una jerarquía, siendo las jerarquías mismas innumerables, “llenando el espacio”, siendo, en realidad, el espacio mismo.

Simplemente tenemos que mantener a la vez varias ideas en nuestras cabezas al intentar hacer una exposición de estos temas complejos. Uno de los secretos en la comprensión de la sabiduría antigua es: retener en la mente más de una concepción al mismo tiempo; es nuestra protección contra los prejuicios mentales, y es fácil. Permítanme ilustrarlo: un hombre conduce un automóvil; él puede estar al mismo tiempo mirando el camino, mirando otros automóviles, mientras que en el fondo de su mente puede estar formando un plan de acción; y al mismo tiempo puede también estar hablando con un amigo. Mantengamos estos pensamientos diversos, todo lo que se ha hablado en lo que va de la noche, en nuestra mente, mientras consideramos el presente tema.

Ahora bien, este dios tiene siete principios, como se ha dicho, y cada principio tiene su propio trabajo que hacer en la construcción

de su kosmos; cada uno actúa de acuerdo a los impulsos kármicos originados particularmente en el manvantara anterior, y en todos los manvantaras anteriores, en general; y cada uno de estos dioses se mueve a la manifestación de acuerdo a las líneas trazadas para ello por su propia conciencia y acciones pasadas, en épocas anteriores de actividad manvantárica. Por tanto, cuando estas semillas de seres inician la existencia activa, las innumerables mónadas o almas divinas —semillas divinas que forman la ropa de cada uno de estos siete principios, cuando todos estos principios brotan a la actividad, cada uno lleva a cabo su trabajo particular, una división de mano de obra, por así decirlo, en los reinos divinos—. En primer lugar, el más alto envía de sí mismo una gran cantidad de seres menores, seres inferiores, que encuentran su hábitat, su habitación y su ámbito de actividad, en el plano próximo “inferior”, el cual es su segundo principio. Ese segundo principio entonces comienza su propia actividad especial y hace lo mismo; y por lo tanto, dos de los siete principios y los reinos de la existencia están trabajando, y así sucesivamente en la escala hasta llegar al más bajo, el prithivī-tattva, de la serie o escala divina.

Cuando el astrónomo mira en los espacios etéreos y ve esas nubes de estrellas, esas masas nebulosas, en algunos casos —aunque no en todos los casos, porque estas nebulosas no son en todos los casos iguales, en esas que están destinadas para el comienzo de los mundos, él ve lo que hasta entonces ha tenido lugar en la manifestación material de una jerarquía a través de la actividad de los sub-siete grados del más bajo o séptimo principio de una entidad divina o dios animando lo que de otra manera fuera un centro de vida invisible, animado por la esencia vital de ese dios, que es la vida fundamental de esa jerarquía, el impulso fundamental, o lo que los hombres llaman la ley fundamental, la operación fundamental de su naturaleza, la característica fundamental, el svabhāva—. De tal manera, entonces, la esencia vital crea su propia morada —un sol, un planeta, que se mueve en ciclos hacia abajo, por así decirlo, hacia dentro de la evolución visible—. Pero recuerden que: cada cabeza de una jerarquía conserva su propio lugar, poderes, y naturaleza; pero su progenie se espesa o condensa, formando así esta progenie sus vestimentas en los diversos planos del ser. Cada una de estas vestimentas es un conjunto de seres vivos, átomos, almas —el nombre poco importa con tal de que se entienda la idea—. Debemos usar analogías derivadas de nuestro vocabulario humano, porque no hemos desarrollado hasta el momento palabras que puedan explicar adecuadamente estas cosas

espirituales; por tanto, recuerden que por la ley de la analogía tales palabras son aplicables, *mutatis mutandis*, como dice la frase latina, “haciendo las concesiones necesarias de acuerdo a las circunstancias” a las diversas esferas del ser.

Cuando este espesamiento o densificación de los tejidos —que ocurre cuando cada entidad hace brotar de sí misma, o emana de sí misma, otras entidades menores, significando aquí menores, inferiores— alcanza su grado más bajo, entonces tenemos un sol y planetas. Tomemos nuestro planeta como un ejemplo. Cuando tal planeta ha alcanzado su punto más bajo de evolución inducida por el impulso kármico inherente en él, algo que ocurre en el punto medio de su cuarta ronda (que ya hemos pasado en nuestro planeta), entonces comienza la reacción, la inversión de la operación cósmica, y las corrientes de vida, comienzan a retirarse hacia el interior, a partir de entonces siguiendo el arco luminoso “hacia arriba”: no dejando todas sus vestimentas detrás a la vez, sino en el orden como fueron enviadas hacia fuera, así se retiran ellas ahora hacia el interior. Este es, pues, un esbozo del proceso de la *evolución del espíritu*, y de la *involución de la materia*; así como los procesos de proyección o de expeler hacia afuera eran la *involución del espíritu* y la *evolución de la materia* en el arco hacia abajo o hacia la sombra. Así es el kosmos construido.

Ahora otro pensamiento. Cada uno de estos dioses, cada una de estas mónadas, cada una de estas almas, cada uno de estos átomos, es una reserva inagotable de conciencia, de fuerza y de materia. Tomemos el plano átomico (o el séptimo, el más alto) del dios a quien hemos elegido como ejemplo. Tal plano átomico o esfera es un centro-leya. Un centro-leya es un centro nirvānico, esa parte, o lugar, o mejor dicho condición, o estado del ser, donde ocurre la homogeneidad de la sustancia, en donde la heterogeneidad ha cesado, o no ha empezado todavía. Cuando dicho centro-leya comienza su actividad hacia la evolución, expele de sí mismo sin cesar, huestes y multitudes de estos seres inferiores; pero su propia fuerza interior de ninguna manera disminuye. Es, como se ha dicho, un depósito inagotable, un centro creativo; precisamente como el sol —una de las mejores analogías que tenemos— arroja fuera de sí sin cesar, durante un manvantara, prácticamente huestes ilimitadas de rayos solares, sí, y también de seres. Cada uno de estos seres tiene su futuro curso cíclico para ejecutar; y de ser originalmente una chispa divina inconsciente, tiene que convertirse en un *dios auto-consciente*, y hacer el mismo trabajo cósmico que su gran progenitor hizo o está haciendo.

Nosotros mismos, cuando todavía no éramos seres humanos, sólo rayos no evolucionados, pertenecíamos a los reinos inferiores del ser espiritual, luego proseguimos nuestro curso evolutivo hasta llegar a ser hombres auto-conscientes; y nosotros que ahora somos seres humanos estamos destinados en el futuro planeta que seguirá este nuestro presente globo —el retoño de la tierra— a alcanzar un mayor desarrollo del que actualmente tienen los hombres; y esas vidas inferiores que ahora nos siguen el rastro en el viaje evolutivo, los animales, las plantas y los minerales, tendrán entonces, *su* turno para pasar por la etapa humana. La vida y el ser forman una cadena sin fin, una escalera sin fin de progreso; sin embargo, cuando se ha alcanzado el estado humano viene la responsabilidad moral: en cualquier momento yace el sendero ante nosotros —el sendero a la derecha, hacia arriba del arco luminoso; o el sendero a la izquierda, hacia abajo a lo largo del arco de sombras.

Nuestro tiempo esta tarde está llegando a su fin, pero es necesario llamar la atención sobre el siguiente diagrama:

Línea Esotérica	Tattvas Brahmánicos	Elementos	Místicos Griegos	
1. Svabhavat	Ādi-tattva	El Uno	Primer Logos	} Dhyāni- chohans
2. Ādi-buddhi (a)	Aupapāduka- tattva	Espíritu	Segundo Logos	
3. Dioses	Ākāśa-tattva	Aeter	Tercer Logos (Mahat)	
4. Mónadas	Tajjasa-tattva	Fuego	Daimones	} Pitris
5. Almas	Vāyu-tattva	Aire	Héroes	
6. Átomos	Apas-tattva	Agua	Hombres	
7. Cuerpos	Prithivī-tattva	Tierra	Bestias	
MUNDO ELEMENTAL				
8.	_____			
9.	_____			
10.	_____			

Aquí tenemos seis columnas que representan casos analógicos del desarrollo cósmico y psicológico. En primer lugar, tenemos lo que podríamos llamar la Línea Esotérica: a la izquierda de esta hemos colocado los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, que representan la jerarquía completa de diez etapas o grados. La siguiente columna contiene los Tattvas Brahmánicos. *Tattva* es una palabra sánscrita que puede traducirse como “elemento”, es decir, la “realidad” sustancial detrás de la apariencia fenoménica, en la cual obra la

semilla-conciencia; la ropa o el portador de la conciencia que trabaja internamente. Luego vienen en la siguiente columna los Elementos, como comúnmente se entiende en todas partes en los tiempos antiguos. Luego viene el sistema Místico Griego, que se encuentra sobre todo en la filosofía Neoplatónica y Neopitagórica. Y por último viene la división de los seres que componen la ola de vida-evolutiva, o río de vida, en dos formas genéricas (generales), Dhyāni-Chohans, y Pitṛis.

1. En la línea esotérica tenemos en primer lugar *svabhavat*, una palabra sánscrita que significa, como ustedes saben, la “auto-evolución”, el “auto-desarrollo”, aunque a veces es traducido como el “auto-existente”. En correspondencia con este está *ādi-tattva* en la siguiente columna. *Ādi* es una palabra sánscrita que significa “original”, “primordial”. En correspondencia con esto entre los elementos está el Uno. No tenemos palabras para este elemento. Los antiguos se refieren a él de diversas maneras. Nosotros simplemente lo llamaremos el Uno, ya que es la semilla de la cual los otros brotan en descenso, es decir, densificándose y espesándose durante el curso evolutivo. Entre los místicos griegos corresponde al Primer Logos.

2. A continuación siguen los planos de abajo, leyendo de izquierda a derecha. *Ādi-buddhi*, “buddhi original o primordial”; y cuando el pensamiento cambia un poco, y debe seguirse una jerarquía un poco diferente, se le llama *ādi-buddha*, individualizando la jerarquía trazando el desarrollo de la Jerarquía de Compasión, aunque cuando hablamos de *ādi-buddhi*, nos referimos más bien a la acción de los principios en lugar de las entidades que contienen los principios. En correspondencia con ellos en la columna de los Tattvas esta *aupapāduka-tattva*, otra palabra sánscrita que significa “sin padres”, lo que no sigue un progenitor individualizado, por lo tanto sin padres; no significa que no tiene una fuente u origen, sino que es en sí mismo la semilla primigenia de la *individualidad*, que en esta jerarquía particular, primero viene a la manifestación en él. El caso es como la entrada del *manas* en el hombre, lo que le da auto-conciencia e individualidad, que no recibe de sus padres. Entre los Elementos lo podemos llamar espíritu. El Místico griego lo tiene como el Segundo Logos.

3. El tercer plano es el de los dioses, que corresponde, por supuesto, a los *mānasaputras* en el hombre, los hijos de la mente. Su Tattva es *ākaśa-tattva*, la palabra *ākaśa* significa “brillante”, “resplandeciente”, “luminoso”. Permítanme señalar aquí entre paréntesis, que, estrictamente hablando, *svabhavat* es la correspondencia ade-

cuada de ākaśa; pero la forma en que se organizó este diagrama es un intento de mostrar las inteligencias y actividades correspondientes en varias jerarquías individuales aquí establecidas; por lo tanto ākaśa-tattva corresponde a los dioses en la Línea Esotérica. Entre los Elementos es el aeter, pero no el éter de la ciencia. El éter de la ciencia no es más que uno de sus principios inferiores. El Místico Griego también tiene los dioses, que componen el Tercer Logos. En la filosofía brahmánica este plano se llama *mahat*, una palabra que significa “grande”. Mahat es un término técnico en el sistema brahmánico, y es el Padre-Madre de manas, es la “madre” de los mānasaputras o hijos de la mente, si lo prefieren, o ese elemento en que se originan, ese elemento que respiran y del que son los hijos.

4. Las mónadas, que corresponde a *taijasa-tattva*, que significa “el resplandeciente”, “el brillante”, “el ardiente”, “el centelleante”. Entre los Elementos es el fuego. En el Místico Griego se corresponde a los daimones, seres que los cristianos han convertido en demonios o diablos. Significa, simplemente, seres espirituales de cierta clase; pero esta idea es demasiado complicada como para entrar en detalles esta noche. Tan sólo puede señalarse que los daimones pertenecen a la jerarquía de la conciencia, como se muestra en el diagrama, y no a la jerarquía del arco de la sombra. Sócrates, como ustedes saben, con frecuencia aludía a su *daimonion*, queriendo decir, su “ángel de la guarda”. Como él decía: “Mi daimonion nunca me dijo lo que tenía que hacer, pero siempre me dijo lo que tenía que abstenerme de hacer.” Es, por así decirlo, la “conciencia” del pensamiento posterior.

Ahora bien, estas cuatro clases se agrupan bajo el título general de los Dhyāni-chohans, los chohans de la meditación, los señores de la meditación. Las siguientes tres clases pertenecen a los Pitris —seres de menor grado, quienes recordaran se mencionan en *La Doctrina Secreta* donde son llamados “Padres”, porque son más en particular los progenitores reales de nuestros principios más bajos; mientras que los dhyāni-chohans son en realidad, en un sentido más importante, nuestros propios *seres*—. Hemos nacido de ellos; éramos las mónadas, los átomos, las almas, proyectadas, enviadas, emanadas, por los dhyānis, como se ha señalado antes.

5. Ahora bien, el quinto grado descendente comprende en *este diagrama en particular* lo que se llaman almas en la Línea Esotérica. En los Tattvas brahmánicos vemos vāyu-tattva. Vāyu significa “aireado”, “aéreo”. En los Elementos, el aire; y, entre los Místicos Griegos, los héroes. Estos son la clase más alta de los Pitris.

6. El sexto son los átomos. Por favor, recuerde, como se dijo antes, que el átomo como aquí se utiliza no significa el átomo de la ciencia, sino lo que podemos llamar la mónada astral, de la cual los átomos del mundo físico son las emanaciones, las proyecciones. Los átomos, los átomos astrales, se visten en el mundo físico, que es su ropa-progenie. El Tattva brahmánico es apas-tattva; Agua es el elemento, y en el Místico Griego, el hombre.

7. El séptimo es los cuerpos, vehículos simplemente, que corresponden a prithivī-tattva. *Prithivī* es una palabra sánscrita que significa “extensión”, es decir, ancho y espacioso. Es común hablar de prakṛiti como “materia”, pero en realidad prithivī es la palabra que mejor corresponde a lo que llamamos materia. Prakṛiti es más bien la “naturaleza” y el velo viviente del espíritu. El elemento es la tierra, y el Místico Griego en esta jerarquía de las entidades muestra a las bestias.

Estas tres últimas clases son los Pitris, y por debajo de estos siete viene el Mundo Elemental, en tres planos. A uno de estos planos o mundos elementales podemos mencionarlo de pasada, ya que es el “reino interior”, que tiene su lugar o habitación en el centro de cualquier globo.

Ahora bien, la evolución de la humanidad depende y sigue la de los elementos respectivos en cada caso, es decir, que la oleada de vida humana se desarrolla en cada uno de los siete elementos, uno tras otro, desde el más alto hasta el más bajo; y luego, en la vuelta del gran ciclo, asciende a través de todos ellos de nuevo hasta el más alto. Cada globo de los siete de la cadena planetaria, cada una de las siete razas raíces en cada globo, participa de la naturaleza y las cualidades del elemento cósmico en que se encuentra pasando y evolucionando, ya sea que técnicamente se llame tierra, o agua, o aire, o fuego, o aeter, o espíritu, o el Uno Sin Nombre. Los siete principios del hombre también corresponden y se derivan de los siete elementos cósmicos, cada uno en correspondencia con cada cual. Y el simple bulto o cuerpo, o el tamaño, no tiene nada que ver con la naturaleza del hombre y sus poderes, con la construcción del hombre, o su destino.

Por ejemplo, la primera y segunda razas raíces eran seres gigantes en cuanto al tamaño se refiere, pero aparte de eso eran simples cascarones, simples criaturas fantasmales, por así decirlo, la descendencia de los Pitris solamente, aún no colmados con el divino fuego de la auto-conciencia y el intelecto. Eran etéreos en lo que en ese

entonces era una tierra etérea, nuestro actual y denso Planeta Tierra. No tenían órganos fisiológicos, propiamente hablando, y sus formas eran diferentes de las nuestras, aunque la general armazón esquelética humana tal como la conocemos, estaba dentro de ellos, desarrollada desde la ronda anterior en esta tierra.

En las razas quinta y sexta por venir, la humanidad va a evolucionar cuerpos correspondientes a los entornos en que entonces estará; y, en verdad, esos mismos entornos serán hechos o desarrollados por la humanidad que evoluciona allí, en realidad desarrollando su propio entorno, que será sus propias emanaciones. Podemos concebirlos, si se quiere, como seres muy pequeños, liliputiense en tamaño, tal vez, pero no obstante, de intelectos gigantescos, y de poderes espirituales inmensos. Si nos diéramos cuenta, como incluso nuestros científicos están empezando a hacerlo, de las fuerzas casi ilimitadas encerradas en un átomo —una cosa tan pequeña que hasta ahora no es más que el producto de la imaginación científica, que nadie nunca ha visto, y del cual no se sabe nada excepto algunas deducciones, que han sido más o menos gradualmente hechas mediante el estudio del funcionamiento de los átomos a través de los fenómenos físicos de los seres— nos damos cuenta de que incluso si la materia física contiene fuerzas o poderes tan grandes como un solo átomo lo tiene, en qué no podría el hombre convertirse o qué no podría ser, después de hacer evolucionar lo que está en sí mismo, desarrollando la grandeza inefable de su naturaleza interna, tal como lo va a hacer —al menos los que pasarán los “períodos críticos”—. Debemos entender, repito, que el mero tamaño de cuerpo no significa posesión de poder o de conocimiento, o de inteligencia o de compasión. En realidad, quizás sea lo contrario: el simple volumen o masa más bien hace pesado el espíritu interior llevándolo pesadamente hacia abajo.

Y es permisible concebir dioses tan pequeños que un átomo, uno de nuestros átomos físicos, sería un universo cósmico para ellos. Y para usar el antiguo término brahmánico, se encuentra en el corazón del Ser un dios, pensando pensamientos divinos, y gobernando su universo.

Así que cuando hablamos de los hombres al final de la quinta raza en futuras eras evolucionando vehículos físicos de sí mismos, que sin embargo conservarán el mismo esquema de esqueleto general, como el del presente; cuando decimos que su forma no será ni de hombre ni de mujer, simplemente significa que el hombre mismo, a través del sufrimiento y la experiencia, y a través de la evolución de lo que yace

latente dentro de él, incluso ahora ya listo a aparecer, producirá desde dentro de sí mismo, la exteriorización de su propia naturaleza interna: un ser sin sexo. De ahí en adelante, no habrá hombres ni mujeres, serán sustituidos por humanos mucho más nobles.

Ustedes recordarán que en nuestra última reunión se dijo que el momento había llegado, cuando los niños pudieran ser producidos sin padres; pero que la raza está atrasada en su curso evolutivo, y que probablemente edades pasarán antes de que este proceso partenogenético comience. Sin embargo, incluso este proceso no es más que el primer paso para un proceso aún más diferente que vendrá después, pero se llevará a cabo antes de que termine nuestra quinta raza raíz; se cumplirá en parte porque los hombres y las mujeres *son cada vez más parecidos, en lugar de lo contrario*. Mientras dure el matrimonio, sin embargo, debe de ser una unión de mutuo respeto y amabilidad, en el que cada uno ayude al otro a crecer moral e intelectualmente.

Al final de esta quinta raza raíz, el hombre y la mujer como sexos habrán casi desaparecido; y en la sexta raza, naturalmente, en ciertos momentos determinados, sin pasión, por la meditación y por voluntad y pensamiento pasivos, los seres humanos desarrollarán sucesivamente su progenie, muy parecido a la manera “inconsciente” (aunque el término inconsciente es incorrecto) en que las flores producen sus retoños; y en la séptima raza de esta ronda sobre este planeta, los humanos de esa espléndida época darán a luz desde dentro de sí mismos a gloriosas creaciones de la voluntad activa y de la imaginación, sus “hijos”; y entonces habrá una raza de Adeptos, de devas encarnados en la tierra. Esto será en la séptima raza, en este planeta, durante esta cuarta ronda actual. Es sólo porque nos hemos hundido moralmente y atrasado que el fenómeno del nacimiento virginal no ha aparecido todavía en la tierra como un hecho físico; aunque, como se ha señalado en nuestra última reunión, se ha “profetizado” en los misterios religiosos, y la ceremonias de iniciación contenían una donde el iniciante, después de que ciertas condiciones se han cumplido, se decía que “nacía de una virgen”, anticipando así, o más bien previendo, lo que vendría a toda la raza en el futuro; siendo esto, como se ha dicho antes, una recompensa por el servicio noble hecho en nombre de la humanidad. ¡Aquí hay una verdad maravillosa, oculta y escondida por temor a la profanación que con certeza hubiera ocurrido si estos misterios divinos, si estas enseñanzas divinas, cayeran en manos indignas dirigidas por cerebros intriganes!

TREINTA Y DOS

DE LO INVISIBLE A LO VISIBLE. DE LO VISIBLE A LO INVISIBLE.
EL OPUS MÁGNUM.

5. Este (universo) existía en la forma de Oscuridad, sin ser percibido, desprovisto de marcas características, inalcanzable por el razonamiento, incognoscible, totalmente sumergido, por así decirlo, en un sueño profundo.

6. Entonces el divino Auto-existente (Svayambhû, él mismo) indiscernible, (pero) habiendo hecho (todo) esto, los grandes elementos y lo demás, discernible, apareció con un irresistible poder (creativo), disipando la obscuridad.

19. Pero de un ínfimo cuerpo (formando) de partículas de estos siete muy poderosos Purushas surge este (mundo), lo perecedero desde lo imperecedero.

20. Entre ellos cada sucesivo (elemento) adquiere la calidad del anterior, y cualquiera que sea su lugar (en la secuencia) que cada uno de ellos ocupa, hasta tantas cualidades se declara poseer.

21. Pero al principio él asignó sus varios nombres, acciones y condiciones a todos (los seres creados), de acuerdo a las palabras del Veda.

22. Él, el Señor, también creó la clase de los dioses, que están dotados con vida, y cuya naturaleza es acción, y la sutil clase de los Sâdhya, y el sacrificio eterno.

51. Cuando aquel cuyo poder es incomprendible, había producido el universo y a mí, él desapareció en sí mismo, repetidamente suprimiendo un periodo por medio de otro.

52. Cuando el divino uno despierta, entonces este mundo se mueve; y cuando duerme tranquilo, entonces el universo se hunde en el sueño.

53. Pero cuando él reposa en la calma del sueño, los seres corporales, cuya naturaleza es la acción, desisten de sus acciones y la mente se vuelve inerte.

54. Cuando se absorben todos a la vez en esa gran alma, entonces, aquel que es el alma de todos los seres dulcemente duerme, libre de todo cuidado y ocupación.

57. Así él, el imperecedero, (alternativamente) despierto y dormido, sin cesar revivifica y destruye toda esta movible e inmóvil (creación).

—*Las leyes de Manu* (Los Libros Sagrados de Oriente. vol. xxv).

UNA ESPERANZA prudente y una paz brillante permanece en los corazones de todos los estudiantes fieles; al menos en los que han aprendido a percibir que detrás de la máscara de las cosas visibles hay un esplendor de vida y conciencia que es de ellos para que lo tomen; y también que depende de ellos por entero hasta qué punto pueden avanzar por el camino que asciende hacia arriba y hacia adelante a lo largo del arco luminoso, sobre el cual, nosotros

como raza, hemos estado y estamos ahora marchando desde la parte media de la cuarta raza-raíz.

Las Escuelas de Misterios de la antigüedad tuvieron como propósito y objetivo en sus estudios y ceremonias de iniciación, traer a la realidad en cada candidato o iniciante su naturaleza inmortal, o esa parte de él que pertenece a, o más bien es el fruto, de la mónada interior; eso que lo hace una parte consciente de la jerarquía buddhica, de la Jerarquía de la Compasión. Es la unión del hombre personal con estos principios superiores de su propia naturaleza lo que produce el Cristo viviente, o el Uno completamente Despierto llamado el Buddha. Era el objeto de la iniciación, como se ha dicho, no solamente hacer al hombre consciente de esta vida superior dentro de él, de estos esplendores en el interior, sino también capacitarlo para que estuviera listo y en condiciones para enseñar a los demás sobre esa vida que él mismo sentía dentro de sí mismo. Ese era el principal objeto y fin de todas las Escuelas de Misterio en el mundo entero, por más que hayan diferido en las formas y en las palabras con las que vestían sus pensamientos. Era, en otras palabras, hacer de cada iniciante o candidato un viviente seguidor y ejemplo del Observador Silencioso.

Ahora bien, hay muchos Vigilantes Silenciosos, como se ha señalado. El Observador Silencioso, en realidad, es el jerarca o la Cabeza suprema jerárquica de cualquier jerarquía en particular de las innumerables jerarquías en el kosmos; ese del que habla tan inspiradamente H. P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta* es el jefe de los dhyāni-buddhas que rigen esta cuarta ronda en este planeta.

Parece una cosa curiosa referirse a esto en este respecto; y sin embargo parece ser algo necesario, hablar de los diferentes caprichos de pensamiento, casi-filosóficos, casi-científicos, casi-religioso, que se difunden en el mundo de hoy.

Muchas son las enseñanzas de la teosofía, que son ahora tan familiares y hermosas, que al principio no fueron recibidas con facilidad por muchos en el mundo debido a que eran extrañas y a que estaban en conflicto con los prejuicios —religiosos, científicos, y otros— que los hombres tenían en ese momento.

¡Cuántas personas se opusieron a la enseñanza de la reencarnación, cuando fue promulgada por primera vez! ¿Qué fue lo que alguien dijo una vez a este orador?: “No quiero renacer como un caballo que remolca un coche, no quiero renacer como pulga, ¡yo soy un hombre!”. Obviamente, no había aquí nada que objetar a la doctrina

de la reencarnación, que no enseña una metempsicosis como esta, la objeción era a sus propios prejuicios, y él no lo sabía.

Similar es el caso con algunas de las doctrinas que tendrán que ser desarrolladas y desplegadas en nuestros estudios. No voy a decir que entre nosotros estas enseñanzas se encontrarán con la incompreensión; pero entre otros se pueden encontrar con objetores; la raíz de los pensamientos o las bases de ellos pueden ser mal entendidos al principio, y los objetores no esperarían por el tiempo y la reflexión que les confiera una comprensión de ellos. Mientras tanto, recordemos que el más vigoroso ejercicio de los poderes de la intuición y capacidad intelectual de cada estudiante es absolutamente necesario, y en realidad demandado. No tomamos nada por fe ciega; pero mientras esto es realidad, por otra parte igual sigue siendo para nosotros un deber cultivar lo espiritual y la facultad meditativa dentro de nuestro ser, la parte inmortal de nuestra naturaleza.

Retomemos ahora el estudio que cerramos temporalmente en nuestra última reunión —dioses, mónadas, y átomos, en cuanto a sus respectivos trabajos en la construcción de un mundo, en la construcción de un cosmos, y en la construcción del hombre—. No sólo nos referimos a su cuerpo de carne, sino que esta noble doctrina incluye también el *por qué* y *cómo*, *sí*, y *cuándo* de su descenso a través de esferas espirituales a la encarnación y su existencia en esas esferas. Leamos primero de *La Doctrina Secreta*, tomo II, página 267 [III, 261]:

La doctrina enseña que la única diferencia entre los objetos animados e inanimados en la tierra, entre la estructura animal y la humana, es que en unos los distintos “fuegos” están latentes, y en otros son activos. Los *fuegos vitales* están en todas las cosas, y ni un átomo carece de ellos. Pero ningún animal tiene los tres principios superiores despiertos en él; sólo se hallan simplemente en potencia, latentes, y por lo tanto *inexistentes*. Y así estarían hoy día las formas animales de los hombres si hubiesen sido dejadas tales como salieron de los cuerpos de sus Progenitores, cuyas *sombras* eran para desenvolverse, desarrolladas únicamente por los poderes y fuerzas immanentes en la materia.

De lo invisible a lo visible, desde las profundidades del espacio más profundo, cuando llega el momento, la oleada de vida envía sus afluentes hacia el exterior y hacia las esferas externas, haciendo para sí mismo, a medida que avanza, creando por sí mismo, a través de los seres que representan esa oleada, su propia ropa, que cósmicamente son sus planos, sus mundos. Estas varias etapas de evolución o progresión, como antes se dijo, son: (1) los dioses, cuyas prendas son (2)

las mónadas, cuyas prendas son (3) las almas, cuyas prendas son (4) los átomos, cuyas prendas son (5) los cuerpos. Refieran el orden a los mundos, y la doctrina es verdadera. Refieran el orden al hombre, y la doctrina es verdadera. Refieran el orden al elemental, mineral, vegetal, animal, y los reinos humanos de esta tierra, y la doctrina es analógicamente verdadera. Etapa por etapa, grado por grado, a medida que la oleada de vida avanza, proyecta de sí misma en cada etapa, emite fuera de sí en cada etapa, entidades innumerables inferiores a sí misma, las cuales forman sus vehículos, que también podemos llamar sus prendas, sus cuerpos, o sus planos y sus mundos. Cada dios de la gran hueste, por ejemplo, desde dentro de sí mismo produce multitudes de mónadas; cada mónada produce desde dentro de sí una multitud de almas; cada alma produce desde dentro de sí una multitud de átomos; y estos se visten en los vehículos de la materia, o cuerpos, y todos corren a través de su largo curso evolucionario. Luego, cuando el punto más bajo de la gran ronda de vida se alcanza, el ciclo hacia arriba comienza: hay un reingreso de las fuerzas vitales, una reunión, un recogimiento hacia dentro, de las huestes de seres; lo visible pasa de nuevo por grados a lo invisible, llevándose el crecimiento y experiencia adquirida durante el viaje por cada entidad individual. Cada uno ha avanzado un plano hacia arriba en su evolución; cada uno ha adquirido tantos logros en el camino; y, finalmente, la oleada de vida entra en la divinidad de la que salió, pero más noble, más alta, en todos los aspectos. Comenzó su largo curso evolutivo mucho tiempo después de su igualmente largo sueño pralayico, obedeciendo los impulsos kármicos, despertando a un nuevo período de vida; y ahora, habiéndolo completado, está una vez más dispuesta a seguir adelante de nuevo para formar un nuevo manvantara, y para hacerlo, una vez más desarrolla desde dentro de sí misma nuevos planos, nuevos elementos, nuevos principios, huestes nuevas de seres como lo hizo antes, pero ahora más nobles, siempre nuevos, yendo hacia adelante, creciendo cada vez más y más alto en grandeza y poder. Tal es el esquema general del curso evolutivo.

Ustedes conocen el viejo dicho: “Como es arriba, es abajo”. Ese dicho se encuentra en un antiguo escrito que se dice ha sido grabado en una tabla de esmeralda; de acuerdo a la leyenda, se llamaba la “Tabla Esmeralda de Hermes”, y está, sin duda, basada en una de las antiguas enseñanzas Herméticas. Voy a citar las primeras líneas de ella:

Verdad, sin error, seguro muy cierto; lo que está arriba es como lo que está abajo, y lo que está abajo es como lo que está arriba, para la realización de las maravillas del

Kosmos. Como todas las cosas provienen del Uno [Primordial], por la mediación del Uno [el Logos, es decir, la hueste de los Dhyan-chohans], de esta manera todas las cosas surgieron de esa Una Cosa evolucionando. . .

Y esta “Una Cosa” es la cumbre de una jerarquía, la divinidad de la que se ha hablado cuando dimos las líneas generales de la sucesión evolucionaria.

En cuanto a la fe zoroastriana, encontramos los siguientes versos en una obra antigua (que los estudiosos modernos, por razones más conocidas para ellos, tratan de llevarla a tiempos recientes, pero que, sin duda, contiene un pensamiento muy arcaico) llamado *El Desātīr*, en el capítulo llamado “El Libro de Shet el Profeta Zirtūsht”, Zirtūsht es una de las formas de un nombre que en español se llama Zoroastro, siguiendo la forma greco-latina:

29. Sepa, ¡O mi amigo! que la esencia del Auto-existente es una, y sin límites ni condiciones.

30. El ser es como la luz; y la luz se hace visible. [¡Marquen eso!]

35. Todo cuanto existe en la tierra es el reflejo y la sombra de algo que está en El Mundo-Esfera [espiritual].

36. Mientras que ese algo resplandeciente permanece en su estado nativo, es así también con su sombra.

37. Cuando esa cosa resplandeciente se remueve lejos de su sombra, la vida se remueve a una distancia.

38. Una vez más, esa luz [esa cosa resplandeciente] es la sombra de algo aún más resplandeciente que sí misma [noten aquí la enseñanza jerárquica];

39. Y así sucesivamente hasta Mí, que soy la Luz de las Luces [la cabeza jerárquica].

Probablemente se le ha ocurrido a toda mente reflexiva que si el hombre tiene dentro de sí una mónada casi divina, y arraigada dentro de esa mónada divina, una divinidad, un dios, es extraño que nuestra conciencia de esta unidad con lo divino a través de este enlace monádico no sea más fuerte en nosotros en la actualidad. Los cristianos hablan de su ángel de la guarda, y también lo hacen los musulmanes; y otros pueblos, como los griegos, al igual que Sócrates, hablaron del demonio, el yo guardián; pero ¿por qué nuestra conciencia no es más fuerte y más vociferante de lo que es? ¿Por qué tenemos que trabajar y luchar interiormente para conseguir esta iluminación interior consciente, que, incluso de acuerdo con las enseñanzas cristianas, debe ser “tomada por la violencia”? ¿Acaso no es esta la razón?: El hombre es un ser múltiple; es un ser complejo, un ser compuesto, y vive en diferentes planos, y estos planos son los siete elementos de la natura-

leza, y los siete elementos de la naturaleza son sus siete principios, y a los siete principios del hombre puede llamárseles también los siete elementos del hombre.

La mónada vive en su propio mundo, en su propia actividad logóica, con sus poderes casi o semi-divinos en plena acción, mucho más auto-consciente en su propio plano de lo que usted o yo estamos en este nuestro plano de conciencia. Y del mismo modo con el dios dentro de nosotros, arraigado dentro de la mónada.

Pero además, ustedes recordarán que en la discusión de la enseñanza referente a el Observador Silencioso, señalamos que se basaba en el hecho de los muchos y el Uno —cómo el hombre y el universo son a la vez, respectivamente, muchos y uno: muchos en la naturaleza inferior, y uno en la superior—. Ahora bien, tengan muy en cuenta lo siguiente: nuestra conciencia no es más elevada de lo que es porque somos (cada uno de nosotros) una persona; y es en el elevarse de esta persona, de este ser personal, de esta alma personal, hacia la impersonalidad y la individualidad de la mónada, en donde está la gran obra, la obra magna, de la vida. De forma resumida aquí está la respuesta a la pregunta propuesta anteriormente. El propósito de todas las ceremonias de iniciación —para poner la respuesta en otra forma, el objetivo de todas las enseñanzas de iniciación de las antiguas Escuelas de Misterio— era *la evocación del ser superior, de este ser interior*; y es posible hacerlo. Una voluntad fuerte e indomable es el primer requisito. La pureza de vida es el segundo: la pureza mental por encima de todo. Y la absoluta lealtad y devoción a las enseñanzas de la sabiduría esotérica y al maestro, es el tercero; y estos tres principios de vida y conducta son el verdadero *raja-yoga*; y esta “unión real” es la unión con el dios interior, nuestro ser divino. Cuando esta unión se lleva a cabo, entonces tenemos lo que los griegos llamaban en sus Misterios antiguos, *teopneustia*, la respiración en lo personal de la esencia impersonal.

Sin embargo, anterior a esta etapa o grado de iniciación, la segunda o intermedia, venía la primera de estas iniciaciones, el concreto y real encuentro *cara a cara* con el dios interno, con tu propio ser-ego superior; y a este grado se le llamaba *teofanía*, una palabra griega compuesta que significa “la aparición de un dios”, es decir, de ese dios que está dentro de ti, tu propio ser interior. Además, cuando las dos uniones precedentes se lograban, cuando los altos grados de *teopneustia* y *teofanía* se habían ganado, entonces venía una tercera y última etapa, que los griegos llamaban *teopatía*, una palabra griega

compuesta que significa “sufriendo un dios”, “padeciendo un dios” —significado que más tarde se explicará con mayor detalle—. Tal iniciado llegaba a ser, incluso durante su vida, un Christos desarrollado, o como los budhistas lo llaman, Uno Despierto, un Buddha, el despertar a la entidad viviente búddhica en el hombre, la última etapa del conocimiento humano posible en esta tierra, en esta ronda, la cuarta. ¡Muy pocos en realidad son aquellos que alcanzan esta etapa suprema de sabiduría encarnada! Uno de tales fue el Señor Buddha, Gautama Sākyaṃuni, príncipe de Kapilavastu. Él es, se nos dice, quien hoy en día, como un *nirmāṇakāya*, forma la cumbre (u Observador Silencioso) de la jerarquía de los sabios que forman la Gran Hermandad, viviendo entre ellos, invisibles a los de menor grado y visible para los de grado superior, en lo que los budhistas del norte llaman la tierra sagrada de Śambhala, esa localidad misteriosa que se encuentra al norte de los Himalayas, y no tan lejos de lo que se llama el desierto de Gobi o Shamo. Y esa cosa maravillosa, esa entidad maravillosa, ese ser maravilloso, que estaba en H. P. Blavatsky y que trabajaba a través de ella, vino de Śambhala —vino de esta jerarquía—. No sólo me refiero aquí a la mujer, al cuerpo físico, no, ni siquiera a la personalidad nacida en Rusia; sino a esa cosa maravillosa que encarnó en ese cuerpo, y que dejó parte de “ella misma” allí, y que se fue por el mundo lisiada psíquicamente, obedeciendo en este respecto una ley arcaica, que fue la causa de tantos malentendidos acerca de ella. Esta entidad hizo su trabajo en el mundo a su debido tiempo cíclico para su aparición entre los hombres: la apertura de un nuevo ciclo mesiánico.

Ustedes conocen la advertencia acerca de los “falsos Cristos” que se da en los Evangelios Cristianos: en Mateo, capítulo 24, versículos 23, 24 y 25, y en Marcos, capítulo 13, versículos 21, 22 y 23. Son prácticamente los mismos en sentido y palabras, y ambos —Marcos y Mateo— han sido evidentemente tomados de un Evangelio Cristiano anterior, más temprano, posiblemente del llamado Evangelio “de acuerdo a los Hebreos”, del que los eruditos saben, pero que nunca han encontrado. En cualquier caso, el autor de la advertencia anterior decía la verdad cuando, utilizando las supuestas palabras de Jesús, dijo en esencia: “Muchos vendrán después de mí, enseñando falsos Cristos, que tratarán de desviarlos del camino, diciendo: ‘¡Mirad, aquí está!’ y ‘¡Mirad allí está!’ No lo creáis”. Estas palabras no son necesariamente de aplicación sólo cristiana: lo que citamos es la advertencia contra la impostura contenidas en ellas. Se podría aplicar

igualmente a los judíos, hindúes, budistas, los antiguos americanos, los escandinavos, a todas las personas que viven en cualquier parte del mundo, porque la advertencia podría aplicarse a todos. ¿Por qué? Debido a que de hecho hay crisis cíclicas o períodos cuando aparecen verdaderos “salvadores” de hombres, como también “falsos profetas” y “falsos Cristos”. Ellos vienen siempre cada vez que ha llegado el momento. Después de cada periodo de 2,160 años, la duración del ciclo Mesianico, llega un recrudescimiento de fe espiritual en el mundo en tiempos de crecimiento material y decadencia espiritual; en esos tiempos que Platón llama los períodos estériles, “viene” un mensajero de Śambhala, y le da su doctrina a los hombres y la establece, y luego muere. Y al instante imitadores, o tal vez falsos discípulos, aquellos que quizás están buscando protagonismo para sí mismos, o que están engañados, o que tal vez son engañados por sus propios prejuicios, por la debilidad de sus mentes humanas —vamos a ponerlo en la forma más benéfica posible— empiezan a hacer sectas, empiezan a predicar “falsos Christos”, comienzan a hacer un llamado al apetito de la gente amante de maravillas. Y una nueva secta nace, y, o bien muere o vive por un tiempo, y el mundo es guiado por sacerdotes y por la jerarquía del hombre, por otra serie de siglos, hasta que por su vigor espiritual y su fortaleza mental, el hombre se libera de nuevo; y después de la turbulencia y dolores del corazón llega una nueva luz real, un nuevo Christos real, una nueva luz de la Jerarquía de la Compasión. Es el trabajo del mismo y viejo llamado a los fuegos interiores espirituales del hombre, que hacen los dhyānis espirituales que encarnaron sobre todo en la tercera raza-raíz en este planeta en esta ronda como los mānasaputras, y que de este modo nos salvaron de eones de animalidad y degradación indecible, y de edades incontables de vagar sin luz.

He aquí la situación. Debemos seguir ya sea la “mano derecha” o la “izquierda”, como decían los antiguos budistas. “Manteniendo ininterrumpido el vínculo” significa siguiendo el camino de la derecha. Cada uno de nosotros como individuos tiene la opción. Ningún otro puede elegir por nosotros. Todo lo que el maestro pueden hacer es apelar y enseñar. Cada uno de nosotros tiene su conciencia, que debe seguir, y con la cual no se tolera ninguna interferencia. Pero grávenselo en la mente, asegúrense de que el camino que eligen es el camino de conciencia y sabiduría. Asegúrense de no ser guiados al camino de la izquierda por muchos tipos de astucias y engaño.

Estas son palabras viejas y trilladas, pero siempre son aplica-

bles. Su verdad no se ve reducida por el hecho de que todos estamos familiarizados con ellas.

En nuestra próxima reunión tendremos que realizar un estudio más definitivo de cómo la ola de vida pasa a tomar cuerpos, haciendo sus propios vehículos, proyectando de sí misma —haciendo brotar desde dentro su propio foco de vitalidad— innumerables entidades inferiores, emanándolas como el hombre emana sus pensamientos; y luego, en estudios futuros, mostraremos cómo la oleada de vida descende por el arco de sombra hacia manifestaciones cada vez más groseras, hasta que se alcanza el período crítico, cuando el ciclo ascendente del arco luminoso comienza. Tendremos que referirnos en mayor medida a la vieja escuela filosófica griega y romana, la Estoica, y mostrar cuán verdaderas eran sus enseñanzas sobre la evolución de los elementos, siendo que estos elementos se seguían descendentemente unos a otros hacia la manifestación, cada uno dándole forma al otro. En esta enseñanza podemos encontrar una comprensión adecuada de la forma en que el kosmos es construido, y cómo el hombre es construido, y el *porqué* y el *cómo* de su evolución, y por qué está aquí en la tierra ahora y no en otro lugar, ya sea lejos en el sendero o no tan lejos.

Todas estas cuestiones están directamente relacionadas con las investigaciones científicas de nuestro tiempo, porque el descubrimiento científico moderno está dando grandes pasos hacia adelante, y tarde o temprano necesitará orientación, o también tomará el camino de la izquierda. H. P. Blavatsky nos ha dicho claramente que es a través del Movimiento Teosófico que vendrá la luz que ha de iluminar el mundo y guiar los pasos del hombre en el sendero a lo largo del arco luminoso; y es nuestro deber ayudar a esta noble labor con todas nuestras fuerzas. Y si no entendemos nuestra propia filosofía correcta y adecuadamente, de tal manera que podamos encontrarnos con otros y hablar con ellos de manera convincente, no estamos cumpliendo con nuestro deber. Pero aquellos de nosotros que tenemos una voluntad indomable y que hemos despertado el Cristo interno, incluso a tan pequeño grado que nos permita ver algo de esa luz maravillosa interna que nos da una visionaria esperanza y una paz duradera; aquellos de nosotros que la hemos sentido incluso en un grado leve, nos daremos cuenta que en ella y en ningún otro lugar en esta tierra, ni en cualquier otra esfera, visible o invisible, se encuentra el camino, el ancestral camino, el pequeño y viejo sendero del que hablan los Upanishads, que conduce al corazón del universo.

TREINTA Y TRES

LA OLEADA DE VIDA Y LOS SIETE ELEMENTOS. LA FILOSOFÍA
ESOTÉRICA COMO FUE ENSEÑADA POR LOS ESTOICOS.

Si de la parte material del éter, en virtud del incesante movimiento de sus moléculas, las formas de los mundos y sus especies de plantas y animales pueden evolucionar, ¿por qué no pueden desarrollarse de la parte espiritual del aeter, sucesivas razas de seres, desde el estado de la mónada al hombre; cada forma inferior desarrollando una más alta hasta que el trabajo de la evolución se completa en nuestra tierra, en la producción del hombre inmortal?

—H. P. BLAVATSKY, *Isis sin Velo*, I, 340 [II, 66].

El más positivo de los filósofos materialista conviene en que todo cuanto existe ha evolucionado del éter. Por lo tanto, el aire, el agua, la tierra y el fuego, los cuatro elementos primordiales deben proceder del éter y el caos la primera *Dúada*; todos los imponderables, ya sean ahora conocidos o no, proceden de la misma fuente. Ahora bien; si en la materia hay una esencia espiritual que la obliga a plasmarse en millones de formas individuales, no es ilógico afirmar que los reinos espirituales de la naturaleza están poblados por seres que evolucionaron de su propio material. La química nos enseña que en el cuerpo humano se encuentra el aire, el agua la tierra y el calor o el fuego —el *aire* en sus componentes, el *agua* en sus secreciones, la *tierra* en sus constituyentes inorgánicos y del *fuego* en su calor animal—. El cabalista sabe por experiencia que un espíritu elemental contiene solo uno de los cuatro elementos y que cada uno de los cuatro reinos tiene sus propios espíritus elementales peculiares, por lo que estando el hombre constituido por los cuatro elementos es superior a los elementales y se confirma en él la ley de evolución.

—Ibíd., I, 343 [II 70 nota]

POR MILES de años no ha habido ningún intento, como en la actualidad, por parte de los Maestros, nuestros Hermanos Mayores, de traer a la atención de la humanidad, las doctrinas que hemos estado estudiando en estas reuniones los últimos años, como cualquier estudiante de la antigüedad lo puede asegurar. La razón es que aproximadamente en el tiempo del descubrimiento de América llegó a su final uno de los ciclos raciales, y la inauguración de otro, que ha culminado en la actualidad en los diversos trastornos espirituales, psíquicos y físicos tanto en el hombre como en la tierra,

como los que hemos estado experimentando en los últimos diez o doce años.

Ustedes recordarán lo que el orador romano Cicerón nos dice de aquellos que nunca habían tenido las inmensas ventajas que confiere la iniciación. Él nos dice, en el lenguaje metafórico de su tiempo, que aquellos que se iniciaron vivieron y murieron con una esperanza más brillante y un conocimiento más profundo del hombre y las cosas; y que aquellos que no tuvieron la ventaja suprema de las enseñanzas secretas de la antigua sabiduría dada por medio de la iniciación, vivieron, más particularmente después de la muerte, en lo que describió como las sombras, el barro, la degradación, la tristeza y la suciedad —palabras que bien merecen nuestra atención, ya que Cicerón, como la mayoría de los hombres de su tiempo, había pasado a través de los ritos Eleusinos, un hecho que sabemos porque él mismo lo dice.

Ahora el tema principal que tenemos que estudiar más a fondo esta noche es el procedimiento seguido por la naturaleza en la construcción de mundos, del kosmos y del hombre; y directamente relacionado con nuestro tema están los puntos de vista diferentes de los dioses, las mónadas, las almas, los átomos, y los cuerpos, que hemos estado estudiando este invierno.

¿Recuerdan que los antiguos griegos y romanos tenían una escuela llamada Estoica, palabra que viene del *Stoa Pecile* o el pórtico pintado, en Atenas, donde los maestros estoicos enseñaron. Esta escuela fue fundada por Zenón de Citio, en la isla de Chipre, aproximadamente a finales del siglo cuarto antes de nuestra era, y formó en el tiempo de la caída del Imperio Romano la ciencia religiosa o religión científica de la mayoría de los pensadores avanzados de la época. No hay duda de que Zenón se había iniciado, probablemente en los Misterios de Samotracia, así como en los Eleusinos; porque sabemos que las doctrinas que él enseñó no sólo son prácticamente idénticas *hasta donde se dan* —por favor tengan en cuenta ese requisito— con las nuestras, sino que hay alusiones y sugerencias aquí y allá, dispersas a lo largo de estas enseñanzas, que nos muestran muy claramente que estas doctrinas del estoicismo no se originaron con él, de acuerdo con las opiniones de los estudiosos modernos, sino que deben haber tenido su origen en un pasado lejano, en una antigüedad originada más allá de lo que se preserva en los anales de la historia.

Entre las doctrinas del estoicismo existía la de la génesis o nacimiento de los elementos del kosmos. De cinco se hablaron, y dos más se insinuaron vagamente. Los cinco fueron: aeter, comenzando

con el más alto; después lo que se llamó fuego; luego aire; luego agua; y después tierra. Ahora bien, estos elementos cósmicos no son las sustancias familiares que conocemos por estos nombres, porque se tomaron sólo para simbolizar, a través de ciertas cualidades adecuadas que ellos poseen, los elementos reales del ser cósmico.

Estos elementos de la naturaleza, que la filosofía brahmánica ha llamado *tattvas*, también podrían ser llamados *principios* del kosmos, de la misma manera como los siete principios del hombre pueden ser llamados los *elementos* de su ser. Podemos decir los elementos del kosmos, o los principios del kosmos, que significan para nuestro propósito, la misma cosa; y podemos decir los elementos del hombre o los principios del hombre, y significa para los propósitos presentes, precisamente la misma cosa. Siete diferentes cualidades o estados o condiciones de *prakṛiti* o la naturaleza, por el momento llámenla también sustancia o materia, si lo desean. No es momento para entrar en una distinción demasiado detallada de la diferencia — que existe— etre la materia y *prakṛiti*. En cualquier caso, los elementos son siete diferentes estados o condiciones o cualidades de *prakṛiti*, el lado manifestado del ser cósmico.

Estos siete elementos o principios —cinco, como se enseñaron abiertamente— según la filosofía estoica se derivaron el uno del otro, en el orden que sigue: en primer lugar, el Uno Sin Nombre; en segundo lugar, su progenie, o descendencia, o hijo, el cual es el segundo elemento inferior en la escala; en tercer lugar fue el aeter, la progenie o descendencia del segundo, que combina en sí mismo, al mismo tiempo, las cualidades o poderes del segundo, su padre, y del primero, su abuelo, por así decirlo. Luego viene el fuego, que contiene en sí mismo los elementos de los tres anteriores, así como su propio *svabhāva* o esencia característica. Ustedes recordarán lo que *svabhāva* significa: la particularidad, la naturaleza esencial, la característica real, de una cosa, que le hace diferente de otra cosa. El *svabhāva* de una rosa hace que la planta de la rosa haga brotar siempre una rosa, y no un lirio o una violeta; y el *svabhāva* de un hombre da a luz hijos de un hombre siempre, y no una grosella o una bellota. Este es *svabhāva*, o naturaleza propia. Llámenla la individualidad esencial, si se quiere; es la individualidad especial o germinal.

Luego del fuego, como padre, brotó el aire. Estamos utilizando estos términos familiares, con una advertencia, como se dijo antes, que ellos no significan las cosas materiales que conocemos por estos nombres. Sin embargo, este elemento llamado aire contiene en sí

las cualidades de su propia naturaleza, como también las de fuego, su padre, y las del aeter, su abuelo, y las cualidades de los elementos segundo y primero también. Luego viene el agua, que contiene en sí misma sus propias cualidades y también las cualidades de los cinco que la preceden. Por último viene el séptimo o el último, la materia bruta, o la sustancia concreta, que contiene en sí las cualidades de los seis que le preceden; cada elemento dando a luz al que le sigue mientras la oleada de vida sigue su curso hacia abajo en el arco sombrío de la manifestación, o la construcción de la estructura del kosmos.

Así, dijeron los estoicos, es construido el kosmos, enunciando una doctrina exactamente similar a la nuestra, de hecho, idéntica, hasta como ahora la hemos descrito. Simplemente cambien los nombres: usen dioses, mónadas, almas, átomos, cuerpos, o portadores, y añadan la fuerza de vida, y el ser cósmico como el primero, y nuestros siete principios cósmicos están ahí. Luego, dijeron los estoicos (expresando aquí su doctrina en nuestros propios términos), cuando el impulso de la oleada de vida evolutiva había llegado a su ciclo final descendente, es decir, había llegado a su punto más bajo en la cuarta ronda, entonces comenzaba el período de ascenso; y el agua atraía hacia sí misma la tierra a medida que la oleada de vida avanza hacia arriba, y se mezclaba con ella; y el aire, siguiendo su turno, atraía en su interior el agua que contenía la tierra, y se mezclaba con ella. Luego el fuego atraía hacia sí mismo el aire que contenía los dos elementos más inferiores en sí mismo; y el aeter a continuación, a su vez atraía a sí mismo el fuego, con sus contenciones elementales; y el segundo elemento, contando hacia abajo, atraía a sí mismo el aeter; y por último el primero, o el Uno Sin Nombre, a continuación, atraía a sí mismo el segundo, que contenía las cualidades elementales de todos los demás: y luego, utilizando el lenguaje estoico, la “tensión” de la esencia divina, era restaurada a su propia calidad y tipo, a medida que la Esencia había emanado una oleada de vida de innumerables partículas vivas o mónadas, y había reposo, dicha, paz absoluta y un descanso inefable, hasta que el tiempo cíclico venía por la próxima emanación evolucionaria de innumerables vidas.

Esto es, como se ve, una doctrina precisamente similar a la nuestra, tal como se muestra en la enseñanza que da inicio a la evolución de la vida durante las rondas de una cadena planetaria. Descendiendo a lo largo del arco de sombra a la manifestación a través de la materia, la oleada de vida sigue su curso hacia abajo hasta que alcanza su punto cíclico más bajo, entonces se levanta a lo largo del arco luminoso hasta

que se retira de nuevo en la Esencia que la envió, o mejor dicho, de la que salió; experiencia individual adquirida, y muchas etapas de evolución pasadas por cada unidad o mónada de la oleada de vida que había bajado a la materia con el fin de obtener experiencia del alma, incidentalmente dándole a la materia circundante un impulso hacia arriba. Porque la materia no es más que espíritu cristalizado; o, si se quiere, el espíritu es materia etérea; aunque la afirmación anterior no sea la mejor manera, obviamente, de expresar el hecho.

Todo esto, por supuesto, sucede en lo que se llama espacio. El espacio no es un mero contenedor o recipiente de cosas, como los diccionarios modernos lo definen, pues en ese caso sería una cosa finita en sí mismo; y, como se dijo antes, tendríamos que encontrar o imaginar un contenedor para contener el contenedor, y así ad infinitum. El espacio es el *pleroma* sin fin y sin principio, "Plenitud", como lo decían los filósofos griegos: El Todo sin límites, el campo de acción de la vida universal, la Plenitud sin fin y sin principio. El espacio es la suma inmensa, realmente incalculable, de innumerables jerarquías formando el ser manifestado. Vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser en el espacio, como los seres que viven en y sobre los átomos que componen nuestro cuerpo, viven en nuestros cuerpos, que para ellos es prácticamente un espacio sin fin, el *pleroma* sin límites.

Rompamos los moldes de nuestra mente; permitamos que nuestro pensamiento nos guíe en la expansión vasta de la conciencia universal que estas ideas sublimes nos abren. Imagínense, si quieren, que la vida no tiene fin; que a través de todo corre el latido del corazón universal; y, además, que no hay nada grande, nada pequeño, excepto por comparación, salvo relativamente. Traemos de nuevo aquí el pensamiento que a menudo hemos expresado antes, un axioma que es una de las verdades fundamentales de la sabiduría esotérica, la sabiduría antigua de los viejos tiempos, y esta verdad fundamental o principio es la relatividad. Todo es relativo, no hay absolutos en ningún lugar, excepto relativamente; no hay puntos de partida; no hay nada definitivo; no hay límites más allá de los cuales el espíritu en evolución no podría ir. Todo está relacionado con todo lo demás. ¿Cómo puede un hombre pensante hablar de infinitos, y al mismo tiempo hablar de absolutos? Porque la palabra absoluto, como se ha señalado en un estudio anterior, significa lo que la palabra hindú *mukta* significa: "liberado", "libre". *Absoluto* significa liberado, desencadenado, suelto: libertad.

¿Se acuerdan cuando Pablo, el apóstol de los cristianos, durante uno de sus viajes misioneros, habló a los hombres de Atenas desde la colina de Ares, es decir, desde el Areópago, utilizando palabras que son, sin duda, creo, las mejores en el Nuevo Testamento cristiano, porque son pura filosofía pagana? Al dirigirse a los hombres de Atenas, les dijo que cuando desembarcó, al llegar a Atenas encontró un altar dedicado “al Dios desconocido” —*theō agnōstō*—. Ahora bien, debe haber desembarcado en el viejo puerto, de Palero, el puerto de Atenas que fue utilizado antes (y después) de la construcción del puerto Pireo. Sabemos también, por el historiador y viajero griego, Pausanias, en el capítulo 1, tomo 1, de su obra, que habían altares en ese puerto dedicados a los “Dioses Desconocidos”. Esta palabra, ha sido traducida al español como “desconocido” (*agnōstos*), que significa en griego no tanto “desconocido” sino “incognoscible” —desconocido en el sentido de lo incognoscible; desconocido, porque era imposible de conocer.

Ahora bien, Pablo, al hablar a los atenienses en su sermón, utiliza las siguientes palabras, tal como se dan en la escritura cristiana, Hechos, capítulo 17, versículo 28: “Porque en él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser, como algunos de vuestros poetas han dicho: Porque también nosotros somos sus descendientes”. Puedo señalar de paso que el griego de este pasaje nos permite traducir la palabra griega *autō* ya sea como “ello” o como “él”: “Porque en Ello nos movemos, vivimos, y tenemos nuestro ser”. Los cristianos de los tiempos modernos, teniendo en cuenta su deidad personal, activa, monoteísta, tradujeron este pasaje, naturalmente, tomando la palabra de género masculino; pero el género neutro es gramaticalmente correcto también y filosóficamente mejor, obviamente.

Sí, Pablo, el “cristiano” —¿deberíamos llamarlo así? en todo caso era un iniciado— Pablo, el “sabio maestro-constructor”, como él mismo se llamaba, dándonos una insinuación de sus afiliaciones esotéricas, no sólo nos dice que en Ello vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser, sino que hace referencia constantemente a asuntos de iniciación. Las muchas alusiones místicas en diversos temas que se producen a lo largo de los escritos atribuidos a él, muestran muy claramente hasta qué punto el cristianismo de hoy se ha desviado de sus primeros fundadores.

Estos poetas, de los cuales Pablo habla aquí, son, sin duda, los dos famosos filósofos estoicos, Aratus (un compatriota de Pablo, siendo tanto Aratus como él probablemente originarios de Tarso, en Cilicia)

y Cleantes de la Tróade, que escribió, por cierto, uno de los mejores poemas religiosos griegos existentes, admirado incluso por los escritores cristianos porque creían ver en él lo que probablemente se llame un naciente monoteísmo, en el sentido cristiano. Pero se trataba simplemente de un himno de reverencia a la divina Esencia estoica, el jerarca de la gran jerarquía de nuestro universo, su líder supremo, que en el poema de Cleantes lo llamo Zeus. Por favor, recuerden siempre que si bien Zeus puede ser llamado el jerarca supremo de un universo, o kosmos, o jerarquía, no es más que la cabeza de *una* de innumerables jerarquías similares, jerarquías de una suma inmensa, sin fin y sin principio, que componen el ser manifestado.

En él —en ello— vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. Y este *ello* es lo que con toda razón llamamos espacio, que es la enorme, sin fin y sin principio, diversidad de los seres vivos. No hay algo vacío, no hay vacuidad, no hay vacío, no hay una “nada” por todos lados. *Todo está lleno, no sólo de vida, sino de cosas vivas y conscientes*, y de seres de grados infinitos de conciencia, como ustedes y yo lo somos, por ejemplo. ¡Piensen en ello! Abran sus mentes y dejen que los pensamientos fluyan de esta idea divina. ¡Déjenlos encontrar habitación en vuestras almas! Ellos aportan un bienestar sin límites y paz, y conducen a una iluminación posterior.

En verdad, así es el espacio, el espacio séptuple, más concretamente, los vastos espacios del espacio hacia el interior, hacia dentro, hacia el interior, sin fin.

En la apertura de nuestro estudio más particular de esta noche, vamos a leer de *La Doctrina Secreta*, Tomo II, página 492 [IV, 60], segundo párrafo:

La Doctrina Secreta señala, como un hecho evidente, que la Humanidad, colectiva e individualmente es, con toda la Naturaleza manifestada, el vehículo *a)* del aliento del Principio Uno Universal, en su diferenciación primaria; y *b)* de los “alientos” innumerables procedentes de aquel ALIENTO Uno en sus diferenciaciones secundarias y sucesivas, a medida que la Naturaleza con sus muchas *humanidades* procede descendiendo hacia los planos que van aumentando siempre en materialidad. El Aliento Primario anima a las Jerarquías superiores; el secundario, a las inferiores, en los planos siempre descendentes.

¡Un pasaje maravilloso! Tengan en cuenta sobre todo la referencia a las “muchas humanidades”. Con respecto a este tema se hablará con mayor detalle en un estudio futuro.

Durante nuestro último estudio trazamos muy resumidamente, la evolución a partir de un dios (uno de una multitud infinita de divini-

dades o dioses), de otras multitudes de seres inferiores; de las *mónadas* que surge de ese dios y que forman su traje luminoso, su vehículo, su transporte, su portador, su cuerpo. Cada una de esta multitud innumerable de mónadas, a su vez, envía de sí misma, o proyecta de sí misma, otra multitud innumerable de *almas*, que forman su traje, su transporte, su portador, su vehículo, su cuerpo. Una vez más, cada una de esas almas, a su vez envía de sí misma otra multitud innumerable de átomos, entidades pránicas-astroales —no el átomo físico de la ciencia, por favor— y estos átomos forman el traje, el transporte, el vehículo, el portador, el cuerpo de dicha alma.

Cada uno de estos átomos, a su vez, concreta alrededor de sí mismo, reúne para sí mismo, los átomos-vida que esperan para ello desde ciclos anteriores de actividad, que son los skandhas que pertenecen a ese plano de la manifestación, formando entonces su vehículo físico en el que todos los otros principios (en su mayoría latentes) residen.

Ahora bien, esta vasta colección de entidades —dioses, mónadas, almas, átomos— pasaron a lo largo de los elementos cósmicos que hemos descrito utilizando las fórmulas estoicas en lugar de las brahmánicas, que no son tan bien conocidas para los lectores europeos, pero que de igual manera podrían haber sido utilizadas; y mientras estos recorridos de vida, mientras esta oleada de vida, viaja hacia abajo en la materia, a través de cada elemento, a través de cada uno de los siete elementos, da a luz a una clase de estas entidades que hemos estado describiendo. El Dios vive en el plano del Uno Sin Nombre, las mónadas viven en el plano del segundo elemento, también sin nombre en la literatura de los antiguos; el alma vive en el plano del aeter, ākaśa; y los átomos viven en el plano de aire, el cuarto plano, el mundo pránico-astroal.

Así, los elementos de los estoicos, siete en número, pero sólo cinco abiertamente nombrados, forman los principios de la naturaleza; y la oleada de vida, al pasar a través de estos elementos, crea sus habitaciones adecuadas en cada uno de ellos. En ciertos planos específicos, estas habitaciones toman la forma de globos, y estos globos son los siete que forman nuestra cadena planetaria; son globos construidos de estos innumerables ejércitos multitudinarios de átomos, de almas, de mónadas; algunos “despiertos”, algunos parcialmente “despiertos”, algunos todavía dormidos en las esferas inferiores.

Luego, cuando la hueste de seres que componen la oleada de vida —la oleada de vida se compone de las entidades procedentes de un

planeta anterior, ahora muerto, en nuestro caso: la luna— encuentran que el tiempo ha llegado para que puedan entrar en su propio y particular camino evolutivo, bajan en ciclos a lo largo de la cadena planetaria que ha sido preparada para ellos por las tres huestes de seres elementales de los tres mundos elementales primordiales, los precursores de la oleada de vida y, sin embargo, parte integrante de ella. Recuerden que una jerarquía se compone de diez grados o estados; tres, como los pitagóricos habrían dicho, permanecen en el silencio y la oscuridad —para nosotros— de la divinidad, y siete entran a la manifestación. Esta oleada de vida pasa siete veces alrededor de las siete esferas de nuestra cadena planetaria, bajan en ciclos primero en el arco de sombra a través de todos los siete elementos del cosmos, ganando experiencia en cada uno de ellos; cada entidad en particular de la oleada de vida, sin importar su grado o tipo, espiritual, psíquico, astral, mental, divino, en ella, avanzando, avanzando, avanzando hacia abajo, avanzando hasta que en la parte inferior del arco, cuando la mitad de la cuarta ronda se alcanza, sienten el final del descenso. Entonces comienza el impulso ascendente. De acuerdo con la doctrina estoica, todo regresa por grados de vuelta hacia lo divino, a través de los elementos otra vez; el inferior se retira en el superior, hasta que por fin la gran ronda cíclica ha acabado, y los seres que completan su ciclo vuelven a entrar en la divinidad, estando el hombre en las primeras filas. Como tantas veces se ha dicho, “el hombre” comienza su viaje evolutivo como una no auto-consciente chispa-divina, y termina como un dios auto-consciente.

Y cuando decimos “el hombre” de las últimas etapas de ese viaje, nos referimos a la *entidad pensante*. Lo personal, en ese momento, se habrá convertido en impersonal; los mortales se habrán elevado hacia la inmortalidad. Estas dos ideas constituyen dos de las enseñanzas más sublimes de la sabiduría antigua. Lo más importante es darse cuenta en la actualidad que el espacio es una gran Plenitud, sin principio ni fin; es el Todo sin límites; y, además, que está compuesto de jerarquías innumerables, que en realidad *son el mismo espacio*, los espacios del espacio; y, aún más, que estas jerarquías, a su vez se componen de un número incalculable de seres en evolución en todas las siete etapas de desarrollo; y que cada uno de esos seres tiene su propio gran ciclo que cumplir: primero por el arco de sombra y, a continuación, cuando el final de esa oleada en particular o curso ha sido alcanzado, el re-ascenso a lo largo del arco luminoso hacia arriba, hacia la fuente de donde se originó. Entonces, finalmente, el largo

sueño praláyico, al final del cual llega el re-despertar cósmico, obedeciendo a los impulsos kármicos del manvantara y de manvantaras anteriores: la apertura de un nuevo curso evolutivo a través de las esferas de la vida, pero ahora en niveles más altos y sublimes que antes.

TREINTA Y CUATRO

LOS ESPACIOS DEL ESPACIO. LA DOCTRINA SECRETA, UNA UNIFICADORA:
CLAVES UNIVERSALES. DOCTRINAS COMPARADAS DEL VACÍO Y DE LA
PLENITUD.

Mme. Blavatsky, hablando sobre este tema en su *Doctrina Secreta*, cita del antiguo *Libro de Dzyan* así:

“Un ejército de los Hijos de la Luz se sitúa en cada ángulo, los Lipika en la rueda central”.

Los cuatro ángulos son los cuatro puntos cardinales, y la “rueda central” es el centro del espacio; y el centro está en todos lados, porque siendo el espacio ilimitable, ese centro es cualquier punto donde se focalice la conciencia reconocedora. Y la misma autora, utilizando el *Catecismo del Discípulo*, escribe:

“¿Qué es lo que siempre es? El espacio, el Anupadaka. ¿Qué es aquello que siempre fue? El Germen de la raíz. ¿Qué es aquello que siempre va y viene? El Gran Aliento. Entonces ¿existen tres eternos? No, los tres son uno. Eso que siempre es, es uno; lo que siempre fue, es uno; lo que siempre ha sido y va a ser es también uno; y este es el espacio”.

En este espacio sin padres y eterno esta la rueda central donde están los Lipika, de los cuales no puedo hablar; en los cuatro ángulos están los Dhyán Chohans, y haciendo su voluntad entre los hombres en esta tierra están los Adeptos —los Mahâtmas. La armonía de las esferas es la voz de la Ley, y esa voz se obedece igualmente por el Dhyán Chohan y el Mahâtma— por parte de ellos, con voluntad, porque ellos son la ley; por parte de los hombres y las demás criaturas, porque están atados por cadenas inquebrantables de la ley que ellos no entienden.

—WILLIAM Q. JUDGE, *Ecos del Oriente*, p. 15

Has de considerar la vacuidad de lo aparentemente lleno, la plenitud de lo aparentemente vacío.

—*La Voz del Silencio*, 55-6

EN APERTURA a nuestro estudio esta noche, vamos a leer otra vez el párrafo en la página 492 [IV, 60] del segundo volumen de *La Doctrina Secreta*, que leímos en nuestra última reunión:

La Doctrina Secreta señala, como un hecho evidente, que la Humanidad, colectiva e individualmente es, con toda la Naturaleza manifestada, el vehículo a) del aliento del Principio Uno Universal, en su diferenciación primaria; y b) de los “alientos” innumerables procedentes de aquel ALIENTO Uno en sus diferenciaciones secundarias y sucesivas, a medida que la Naturaleza con sus muchas *humanidades* procede descendiendo hacia los planos que van aumentando siempre en materialidad. El

Aliento Primario anima a las Jerarquías superiores; el secundario a las inferiores, en los planos siempre descendentes.

Tenemos resumido acá no sólo el esquema de la enseñanza de las jerarquías, sino también de la construcción entera del cosmos, que repetida en lo pequeño, significa también la construcción del microcosmos o del hombre.

Ustedes recordarán que en nuestra última reunión discutimos, más o menos en breve a causa de la limitación del tiempo, la cuestión de la naturaleza del espacio, y lo que el espacio era, y lo que el espacio no era. Hemos tratado de señalar que el espacio, en la concepción común de las cosas, significa un recipiente o un contenedor, es decir, por lo general significa un *lugar*. El espacio es utilizado casi como sinónimo de lugar; pero este no es el uso que se autoriza o se enseña en las enseñanzas esotéricas, en donde se demuestra que el espacio es la serie ilimitada de jerarquías, que no se limitan a llenar, sino que *son* el Todo ilimitado, sin principio ni fin; y que el espacio, como los antiguos griegos decían, era una Plenitud infinita, sin fin y sin principio, y lo llamaban el pleroma o la Plenitud, una vida universal, un corazón, por decirlo así, pulsando o latiendo a través de todo.

También se habló —y por favor póngale atención a esto— de los espacios del espacio, los interiores del espacio, las partes internas, teniendo el espacio la misma relación que los principios internos del hombre tienen con su vehículo exterior.

Ahora bien, esta noche vamos a dar un giro aparente de 180 grados. Después de haber señalado en trabajos anteriores lo que se consideraba que era el espacio en determinadas ramas de la sabiduría antigua, como entre los estoicos y entre los brahmanes, mientras solo se alude a él en otras escuelas de pensamiento, ahora tomaremos también muy brevemente la forma en que el espacio es considerado más particularmente por nuestra Escuela Esotérica, y especialmente por los titulares de las doctrinas esotéricas de Gautama Buddha.

Ahora vamos a decir, y a demostrar, que la doctrina secreta de las edades, por encima de todo es unificadora; que estamos aprendiendo, estamos empezando a entender, una serie de doctrinas que nos dan las claves de las grandes religiones de las épocas pasadas; y que estas claves son universales cuando se aplican adecuadamente, cada una dependiendo únicamente de las capacidades internas del individuo determinará hasta cuánto puede ganar con darle una vuelta a la llave, o dos, o tres veces, o quizás hasta siete veces.

Hay una doctrina del buddhismo del Norte —y la elegimos para ilustrar las enseñanzas esotéricas sobre el espacio— llamada la doctrina del Vacío, que asimismo se encuentra en otras escuelas del pasado, tal como fue ilustrada por los atomistas griegos, Demócrito, Leucipo y Epicuro, y por el gran poeta romano Lucrecio; e incluso mencionada por algunos de los filósofos estoicos, que por lo demás enseñaron la doctrina de la Plenitud. Tenemos aquí un ejemplo que puede ser una lección para nosotros, como se verá más adelante esta tarde, que las cosas que pueden parecer o formar una contradicción en *La Doctrina Secreta*, o en otras partes de nuestras enseñanzas, en realidad no son contradicciones, aunque puedan ser paradojas. Una paradoja, por favor entiendan, es una afirmación que parece ser o contener una contradicción, pero que en realidad no lo es.

La palabra usada en las escrituras budistas sánscritas para describir este Vacío es *śūnyatā*. *Śūnya* significa “vacío” o “vacuo”. *Tā* es el mismo sufijo gramatical en sánscrito como *tas* en el latín, *unitas*, *trinitas*, *vacuitas*, y se encuentra en español como *dad* en eternidad, o unidad, o vacuidad, y así sucesivamente: por lo tanto *śūnyatā* se traduce como “vacuidad”.

Estos filósofos budhistas enseñan que la única realidad, lo único fundamental, por así decirlo, del ser, es el Vacío ilimitado. De él en el principio, o con el tiempo, brota un kosmos, o salen a la luz los universos; y a él regresan cuando su ciclo de manifestación ha terminado. Esta doctrina del Vacío es de una naturaleza mucho más espiritual que la doctrina de la Plenitud. Es mucho más difícil de entender que esta última, porque nuestras mentes europeas no están capacitadas con el pensamiento requerido para entender de una manera fácil pensamientos de este tipo. Podemos mucho más fácil, mucho más rápidamente, entender y comprender la Plenitud de las cosas, que entender el pensamiento que desde el Vacío ilimitado y perfecto brotan a la vida todas las infinitas manifestaciones del ser cósmico; y que regresan al Vacío de nuevo cuando su ciclo de vida se termina. En otras palabras, es más fácil entender en nuestra mente lo místico y lo religioso en lugar de la verdad filosófica y la verdad científica. Sin embargo, esta doctrina del vacío fue impartida por el más grande intelecto, el más titánico poder espiritual conocido por la humanidad en los anales de la historia registrada y no registrada; quiero decir, por el que llamamos el Señor Buddha, Gautama Śākyamuni.

Esto no quiere decir que seamos budhistas, como se ha señalado en estudios anteriores; sino que las doctrinas que el Buddha enseñó

son también nuestras, cuando aplicamos a ellas la llave que tenemos. Ustedes recordarán que dos clases de doctrinas fueron enseñadas por el Buddha, es decir, la doctrina del ojo, conservada fielmente por la escuela del sur de Ceilán, Birmania, Siam, y así sucesivamente; y la que se llama la doctrina del corazón, es decir, la doctrina escondida, la doctrina-Misterio, respectivamente llamada así porque el ojo puede ver las cosas externas o visibles; pero el corazón no se ve, y en ella, según el pensamiento antiguo, fluyen las fuentes de la vida. Esta doctrina del corazón es la sabiduría esotérica, la parte invisible de la enseñanza, su núcleo o corazón, lo que no es dado a todos.

Prácticamente todas las religiones y filosofías del Occidente, incluso en los tiempos griegos y romanos, han preferido demostrar sus principios con base, o sobre el fundamento, a la doctrina de la Plenitud; es decir, que el universo esta infinitamente lleno, y que esta plenitud se compone de una multitud infinita de seres. Ahora bien, *esa doctrina es verdadera*, lo repetimos enfáticamente, pero de la misma manera es más cierta todavía la doctrina del Vacío. No existe contradicción aquí, como se verá.

¿Qué queremos decir cuando hablamos del Vacío, entonces? La doctrina del Vacío significa, o más bien se puede ilustrar con dos cosas. Cuando nos fijamos en lo que popularmente llamamos las infinidades del espacio, ¿qué vemos? Vemos lo que para nosotros es el vacío. Pero este llamado aeter (estos espacios etéreos), incluso de acuerdo con las teorías recientemente enseñadas por los científicos modernos, es más rígido que el acero, más denso que nuestra materia más densa; y las cosas materiales duras y densas que conocemos en esta tierra, las rocas duras, los metales más duros, etc., son como espuma flotante, como burbujas de espuma, agujeros, por decirlo así, flotando sobre y en la grandeza infinita del Vacío cósmico.

La otra forma en que se puede abordar nuestro tema es la siguiente: ¿Qué es eso que no es materia? Espíritu. ¿Pueden poner el espíritu en un contenedor? ¿Puede ser abarcado o medido? No. ¿Por qué no? Debido a que no se puede contener, en el sentido que le damos a la palabra. Es, para nosotros, el vacío, lo vacío. Es lo que rellena los inmensos espacios etéreos, y no es más que la fragilidad de nuestros sentidos y la debilidad de nuestro entendimiento lo que nos hace vivir en lo externo, que nos hace irreflexivos al creer que esto que vemos es lo *real*, y que los llamados espacios etéreos son irreales o vacíos en el sentido popular.

El Vacío, entonces, es los *planos superiores* del Todo ilimitado; eso

que para nosotros es vacío, y que por tanto fue expresado así por los antiguos filósofos: ya que enseñaban al hombre común, utilizaron un lenguaje sencillo para que los hombres pudieran entender más fácilmente, como en el caso del sistema geocéntrico tan mal entendido y ridiculizado por nuestros modernos filósofos naturalistas. Y, sin embargo, ¿no es cierto que cada punto del espacio es su centro? Porque, la idea es un pensamiento común entre los hombres pensantes. Incluso el filósofo francés más ortodoxo, Pascal, al copiar una figura griega de expresión, dice que el espacio o infinito es el que tiene su centro en todas partes y su circunferencia en ningún lugar.

Naturalmente, entonces, los antiguos consideraban nuestra tierra como el centro del espacio, y así los habitantes de Venus o de Marte o de Júpiter, o de la Luna o del Sol, o de cualquier otro cuerpo o punto del espacio. Hablaron y enseñaron antropocéntricamente, como se señaló en uno de nuestros estudios anteriores, es decir, desde el punto de vista de la comprensión humana.

Y también —y esto es un pensamiento pasajero— cuando nuestros filósofos esotéricos antiguos hablaban de los planetas, hablaron de Venus o de Marte, por ejemplo, como una “constelación”, sabían perfectamente lo que estaban diciendo, y no hablaron en ignorancia. ¿Por qué hablaron de un planeta como una constelación, ya que en la ordinaria terminología astronómica significa una colección o una reunión de estrellas? Debido a que cada uno de los planetas visibles no es más que uno de siete, seis de ellos invisibles a nuestros ojos físicos, y los siete forman una cadena planetaria. Y, además, estas cadenas planetarias se componen de siete cuerpos globulares distintos y separados, formando, a la vista del vidente, una verdadera constelación, teniendo además, cada uno de estos siete globos catorce diferentes lokas (o más bien siete lokas y siete talas) o “mundos” adjuntos, por lo tanto, contando los siete globos, 49 mundos, o planos, o lokas y 49 talas. Como se insinúa en nuestros dos o tres estudios anteriores, cuando hablamos de la oleada de vida que baja y que pasa por los siete elementos de la naturaleza, implicamos que la oleada de vida configura y construye en cada uno de los siete elementos su hábitat o habitación apropiados. Cada uno de estos siete globos o esferas se construye para el desarrollo de uno de los siete principios del hombre; y cada uno de estos siete globos tienen sus propios siete sub-principios o sub-elementos que echar a andar; precisamente como la naturaleza interior del hombre ha construido correspondientes upādhis o vehículos como sus propios siete sub-principios en cada

uno de sus siete principios mayores, por lo tanto 49, y como cada principio es bipolar, hay $49 \times 2 = 98$ condiciones o estados en total. Cada principio del kosmos o del hombre debe tener su oportunidad para manifestarse en su propia “casa” o elemento, en su propio entorno vibratorio, en su propia esfera magnética especial; y una comprensión adecuada de todo esto solo se puede obtener siguiendo el curso jerárquico evolucionario de las grandes inteligencias titánicas y espíritus que gobiernan nuestro kosmos.

La doctrina del Vacío, entonces, es en realidad idéntica a la doctrina de la Plenitud. Hay una diferencia, sin embargo, y esta distinción, como se ha señalado, es que la doctrina del Vacío es la más espiritual de las dos, y trata de la naturaleza de arriba o superior del kosmos, de lo interior y aún de lo más interior y todavía más interior, infinitamente, de los espacios del espacio, mientras que la doctrina de la Plenitud trata de los kosmoi, los kosmos, que están *en manifestación*. Pero el mismo pensamiento, precisamente la misma idea, se encuentra detrás de ambas doctrinas.

Esto abre la vía para una explicación más, aunque breve, de lo que se ha señalado en nuestro último o penúltimo estudio. Algunos tal vez pudieron haber pensado que había una diferencia radical entre los *principios* del hombre y los *elementos* del hombre, o los *principios* del espacio y los *elementos* del espacio. La diferencia no es radical; no va a la raíz del asunto. Pero hay una distinción. Fundamentalmente los elementos y los principios son uno. Como se explicó antes, la fuerza y la materia son esencialmente uno. El espíritu y la sustancia son esencialmente uno. El espíritu puede ser llamado materia etérea, o la materia, espíritu cristalizado, pero la última es la mejor forma de expresión. Se permite hacer una distinción entre una fuerza y su vehículo material, su ser material, por así decirlo.

Los siete grandes elementos del kosmos son los vehículos de las siete grandes fuerzas del kosmos, y esas siete grandes fuerzas son los principios del kosmos; por lo que los siete grandes elementos en los que trabajan son los vehículos de los principios cósmicos. Los principios son la parte de energía-conciencia, y los elementos son el lado materia-prakṛiti del ser. Esta es la única distinción. Pero, como se ha dicho, no hay una diferencia radical entre ellos. Es más bien una distinción de estados o condiciones. Una fuerza, por muy espiritual que sea, es materia para una fuerza aún mayor. La materia concreta, como nosotros pensamos que es, es fuerza para una materia inferior a ella. La explicación de la paradoja radica en señalar la relación de los

planos del ser, cada uno en relación al otro, tal como estos trabajan, o tal como se trabaja sobre ellos, en el gran Vacío-Plenitud cósmico.

Nos gustaría señalar, además, que al hablar de principios y elementos como aquí se hace —pueden tomarse como ejemplo los siete principios y elementos del hombre— la enseñanza tal como se dio anteriormente es exacta en cada detalle. El punto a recordar es que los llamados siete principios del hombre o del kosmos, considerados como palabras descriptivas, son términos *generalizados*. No podrían, por ejemplo, separar al hombre en siete piezas naturalmente distintas y guardar cada pieza en un receptáculo separado. ¿Y por qué? Debido a que debe pensarse en estos siete principios tal como si habláramos de *conciencia*, y *fuerza*, y *materia*, y *energía*, y *elementos*, etc. Son términos generalizados. Ellos son la conciencia-sustancia, la materia-fuerza, del Todo ilimitado en el que el hombre se mueve, vive y tiene su ser. Grandes intelectos del pasado han analizado esta materia-fuerza o sustancia-espíritu y han mostrado que consiste *en la manifestación* de siete partes distintas, separadas, que *sin embargo son esencialmente una* —la Vida Una, universal y sin límites—. Estos son, en primer lugar, el ser; y luego el vehículo del ser, el vehículo o fuente de la individualidad impersonal pura. Luego, el tercero, la capacidad de pensamiento personal o limitado, la egoidad; después el principio de “odio y amor” o “atracción y repulsión” en el kosmos o en el hombre, llamado *kāma*. Luego, el quinto, la vitalidad o principio de vida, derivado directamente del primero, y luego, el sexto y el séptimo, los cuerpos o vehículos astrales y físicos.

Ahora ustedes ven que estos son principios *generales* del ser. Pero cuando nos comprometemos a analizar el hombre en particular, con el propósito de un estudio esotérico exacto, vamos a encontrar, cuando lleguemos a esa parte de nuestras investigaciones, que tendremos que ser mucho más específicos en los términos que usamos, si queremos conseguir una comprensión adecuada de lo que el hombre es, cómo está construido, su relación con otros seres en el kosmos, por qué se desarrolla como lo hace, y su destino final. Las grandes preguntas del lado-espiritual de la naturaleza, las grandes preguntas de la psicología, el gran problema de la evolución psicofísica, están unidos en tan sólo este pensamiento que tenemos aquí enunciado.

Nuestro tiempo es tan corto en nuestras reuniones que no podemos hacer más que tocar brevemente ciertas cosas, y retomarlas en reuniones posteriores para mayor consideración. Pero fíjense bien, es mejor así. Tal fue siempre el método de las antiguas escue-

las. Nunca enseñaron de acuerdo a nuestro cacareado sistema moderno de dar vueltas, retorcer y martillar sobre un tema hasta dejarlo sin vida, y los cerebros de sus alumnos se cansan y se fijan en moldes mentales. Este método cerebro-mente no tiene en absoluto ningún elemento de inspiración en él. Este método paraliza la entidad pensante. Por el contrario, la antigua enseñanza era impartida a través de un adecuado indicio, haciendo que el discípulo pensara por sí mismo, en base a una insinuación o a una alusión, haciendo que su mente atrapara el fuego sagrado de la inspiración, de tal manera que debía encender su propio templo interior con los pensamientos que su propia mónada divina infundía o inspiraba en él. Parábolas, indicios, insinuaciones, fueron el método del maestro; y luego siempre, más adelante, retomando el pensamiento de nuevo, abriendo la puerta un poco más, levantando el velo de Isis un poco más, ayudándolo de esta manera.

Así, pues, hemos visto que los elementos y los principios son esencialmente uno, duales sólo en manifestación. Hemos visto que los principios de la naturaleza y del hombre son la parte de energía-conciencia de la naturaleza y del hombre; y que los elementos en el kosmos o en el hombre son el lado de la materia-prakṛiti de la naturaleza y del hombre. Pero recuerden siempre que fuerza y materia, espíritu y esencia, conciencia y su vehículo o upādhi, son esencialmente uno. Como se dijo antes, una fuerza o una energía espiritual es materia concreta para otra más divina que ella; y la materia concreta de nuestro plano es un ciclón de fuerza para la materia inferior a ella. Esto es un hecho que nuestros científicos están empezando a comprender, como se muestra en la enseñanza de los electrones girando, cuerpos minúsculos, dando vueltas en el agregado molecular llamado átomo físico: un sistema solar en miniatura, dicen ellos. Un pensamiento verdadero e inspirador.

Recuerden que śūnyatā, llamada la doctrina del Vacío, se refiere a la parte espiritual del ser, y que la doctrina del pleroma, la doctrina de la Plenitud, se refiere al lado de la materia-prakṛiti del ser, el lado de la manifestación, que desaparece cuando el gran manvantara ha terminado.

Pero recuerden también, como se ha dicho ya varias veces esta tarde, que cuando hablamos de sustancia o de espíritu, de fuerza o de materia, de puruṣha o de prakṛiti —para usar términos brahmánicos de la filosofía Sāṅkhya— es sólo a modo de expresar las cosas que hemos aprendido a través de nuestras diversas facultades internas y

sentidos exteriores sobre el kosmos, y que fundamentalmente estos pares respectivos son uno. Espíritu y substancia o materia son uno, y ambos se hundirán de nuevo en el gran Vacío ilimitado de la divinidad sin límites cuando llegue el momento del pralaya universal. Recuerden al antiguo místico diciendo que el discípulo debe aprender para conocer el significado de la afirmación: la plenitud del aparente vacío, y la vacuidad de lo aparentemente lleno.

Ahora bien, lo “aparentemente lleno” de la materia es realmente śūnya, el vacío, en su mayoría agujeros, por así decirlo. Śūnya es la antigua doctrina brahmánica de māyā, una doctrina del Vedānta, llamada el “fin del Veda”, porque se afirma que es la perfección o el final de la enseñanza sobre el lado esotérico de los poemas védicos. *Māyā* significa “ilusión”. No significa que el kosmos manifestado no exista; existe o no pudiera ser, o proveer una ilusión. La ilusión consiste en no entenderlo correctamente. Si la materia o sustancia (o la naturaleza, prakṛiti) no existe, podríamos decir que el espíritu no existe, porque son fundamentalmente uno. La verdad es que la materia no es el elemento sustancial, infinito, la *esencia de la realidad*, que nuestras mentes occidentales —indoctas e indisciplinadas en estas ideas— piensan que es, simplemente porque nos parece sólida y por lo tanto “real”. Es una ilusión porque es engañosa; y en realidad, como los budhistas enseñan, enseñando así la misma idea que el Advaita-Vedānta brahmánico, śūnyatā es la doctrina de la vacuidad, la vacuidad elemental del universo manifestado, y por lo tanto es la doctrina de māyā, la ilusión: ilusión porque es *irreal*.

Incluso los modernos filósofos naturalistas, los físicos y los químicos, ahora están empezando a entender que este llamado universo aparente es en su mayoría vacuidad. Nunca han sido capaces de descubrir lo que la materia realmente es; es un producto de la imaginación científica, como comúnmente se explicó, y todo lo que saben de ella es simplemente lo que han deducido de sus intuiciones y deducciones científicas: que detrás de lo aparente, detrás de las apariencias, hay *algo* referente a lo que dicen: “Estamos aprendiendo más acerca de ella. Lo que realmente es, *no lo sabemos*”.

Como reflexión final de esta noche, quiero señalar que, aunque hemos estado hablando durante las últimas reuniones de los dioses, las mónadas, las almas, los átomos, los cuerpos, que todavía forman nuestro tema de estudio, de ninguna manera lo hemos terminado; apenas hemos entrado en él. Cuando usamos el término dioses, utilizamos una expresión que es familiar. Es un buen término, un tér-

mino veraz; no hay razón para rechazarlo; sin embargo, no es el que se usa en nuestro sistema esotérico. Nuestras enseñanzas esotéricas tibetanas usan para él la expresión *dhyāni-buddhas*, y la parte inferior del plano de los dioses al que pertenecen es ocupada por los *dhyāni-chohans*. *Dhyāni*, es una palabra sánscrita adoptada en la terminología tibetana que significa “meditación” o “contemplación”; por lo que la primera expresión significa “buddhas de la meditación” o de la contemplación; y la última significa “señores de la contemplación” o de la meditación. Este último término, sin embargo, no pocas veces se usa para incluir las dos clases. En el sistema místico griego, estos dioses, estos *dhyāni-buddhas*, se llaman *logoi*, *logos*. La palabra *logos* es un vocablo griego que significa “palabra”. También tiene un significado derivado que significa “razón”. ¿Por qué? Debido a que los filósofos griegos vieron que cuando un hombre piensa y desea expresar su pensamiento, para transmitir el pensamiento a otro, tiene que usar *palabras*. La palabra es el portador de la idea dirigida a otra mente: y de esta simple ilustración la palabra *logos*, que significa “palabra”, fue adoptada en el lenguaje filosófico y en el lenguaje religioso (y más tarde en el cristianismo), para representar ese poder o energía o entidad que lleva el pensamiento divino hacia los planos inferiores —trayéndolo del plano que está por encima o por detrás de él, desde el intelecto o la mente que está detrás de él, desde la conciencia que está detrás de él, hacia los planos inferiores—. En nuestro caso, las mónadas ocupan este segundo o menor plano.

Para concluir, deseo traducir del original griego los primeros cinco versículos del evangelio cristiano atribuidos al discípulo a quien se dice que Jesús especialmente amaba, Juan, llamado Juan el Divino, divino significa aquí teólogo. Fue, por lo tanto, llamado teólogo, debemos suponer, porque era el único de los cuatro escritores de los cuatro Evangelios aceptados que escribió algo parecido en estilo o en materia a las refinadas, nobles, enseñanzas teológicas que pertenecen a la escuela neoplatónica o neopitagórica —un halago no intencional a las últimas—. Estas enseñanzas casi-paganas se encuentran en la primera parte solamente del Evangelio según Juan. Son las siguientes —y yo quisiera tener más tiempo para explicarlas con más extensión que el necesariamente breve comentario que puedo hacer esta tarde:

1. En el principio era el *logos*, y el *logos* estaba vuelto hacia dios, y el *logos* era dios.
2. Esto [el *Logos*] estaba en el principio vuelto hacia Dios.

Estoy haciendo mi propia traducción, la llamada versión autorizada es una farsa literaria, traducida para adaptarse a los prejuicios monoteísta de los exegetas cristianos; y la versión revisada no es mejor.

3. Todas las cosas fueron generadas a través de él. . .

La palabra griega *egeneto* traducida aquí “generadas”, también podría traducirse “llegaron a ser.” La palabra española generado se deriva de la misma raíz aria. Vuelvo a leer:

3. Todas las cosas fueron generadas a través de él, y sin él ninguna cosa se generó [llegó a ser].

4. Lo que generó en él fue vida y la vida era la luz de los hombres.

5. Y la luz brilla en la sombra y la sombra no la tomó.

¿No ven nuestras enseñanzas aludidas aquí; las mismas palabras utilizadas en la antigua doctrina, sí, incluso en el Libro de Dzyan, el “espíritu y su ala”, el “ala y su sombra”? *Sombra* es un antiguo término de los Misterios que significa “vehículo” o “cuerpo”, como se señaló en un estudio reciente, en una cita leída de un capítulo de *El Desātīr* llamado “El Libro de Shet, el Profeta Zirtūsht”, o Zoroastro. Allí, la palabra sombra se utilizó exactamente en el mismo sentido.

Observen la idea aquí: en el comienzo de nuestro universo manifestado existía el logos, siendo la primera entidad o cosa traída a la manifestación en el principio, y este logos estaba vuelto *hacia* dios. La palabra griega traducida aquí “vuelto hacia” es *pros*, es decir, movimiento hacia una cosa. Por supuesto, el logos surgió del espíritu divino, dios, pero el intento aquí en este Evangelio es hacer hincapié en la idea de que sus aspiraciones naturales estaban dirigidas hacia su padre-fuente. Un gran secreto del ocultismo se encuentra en este pensamiento. “Así como un hombre piensa, *así es él*”, dice en esencia una escritura hebrea, Proverbios, con lo que dice una verdad profunda. El hombre sigue infaliblemente la inclinación de su naturaleza, de su deseo. Él está magnéticamente atraído por lo que su corazón anhela, *y lo que él quiere eso recibe*, si quiere el cielo eso conseguirá, y si quiere el infierno, será magnéticamente atraído por las esferas infernales. Esto, expresado brevemente, es un resumen de todo el misterio de los llamados frutos kármicos del cielo y del infierno —y mucho más que aquí debemos callar.

“Y el logos estaba vuelto hacia Dios”, aspirando hacia su fuente divina; y este dios era svabhavat, Padre-Madre; no svabhāva, que es una cosa totalmente diferente. Como se señaló antes, svabhavat es

lo que algunas escuelas asiáticas y otras llaman Padre-Madre, la gran vacuidad, śūnya, el gran Vacío, ākāśa en los escritos hindúes, que es el gran Vacío *para nosotros*, pero la gran Plenitud en otro sentido. Lo que llamamos la gran Plenitud es el universo manifestado que brota en procesión maravillosa del Vacío, o svabhavat, o Padre-Madre, o mahāśūnya o ākāśa, varios nombres para la misma cosa.

El versículo 2. “Este estaba en el principio vuelto hacia Dios.” Tan ansioso estaba el autor de este Evangelio a señalar que el logos se originaba en el principio, y que la aspiración del logos era dirigida hacia su padre de origen, que le era necesario repetirlo una vez más.

El versículo 3. “Todas las cosas fueron generadas a través de él”, es decir, *llegaron a ser* a través de él. Esto demuestra que es el demiurgo o modelador del mundo el que estaba en la mente del escritor, y este logos está en el tercer plano inferior de manifestación, en el tercer plano cósmico; como decimos nosotros, el tercer logos a partir de arriba, que es el logos manifestado o el fabricante del mundo, el artífice del mundo. El escritor continúa: “Y sin él ni una sola cosa se ha generado”. Tan ansioso, tan deseoso, estaba él de mostrar que no había creación de almas o mundos o cualquier otra cosa realizada por un dios extra-cósmico, que tiene que señalar una vez más aquí que era el logos, la palabra cósmica, llevando su fuerza de su padre hacia abajo, el que *de sí mismo* generó las cosas, las hizo surgir, las proyectó, las evolucionó, tal y como hemos venido señalando en las reuniones recientes que ese es el curso o el método de la manifestación. Y estas cosas son las mónadas, los átomos, las almas, y todo lo demás.

El escritor continúa, cambiando el tipo de pensamiento un poco, por el temor a que se pensara que esta generación de seres en un plano tan alto es la mera materia y las cosas físicas brutas que vemos a nuestro alrededor: “Lo que se generó en él [en los logos] fue la vida”, no piedras, árboles, estrellas, planetas, etc., los hombres, y otras cosas, sino *la vida*. Y la vida —marquen esto— “era la luz de los hombres”, la luz espiritual iluminando a la humanidad, es decir, la naturaleza superior del hombre, o en verdad nuestro propio logos interno, nuestro propio “dios interno”, nuestro Christos interno.

Y este logos, el tercero o logos manifestado, no es sino el vehículo de un logos todavía más alto que él. Durante los procesos de generar o dar a luz todas estas cosas que son inferiores a él, cada paso que da trae *luz*, porque la luz es una de las primeras manifestaciones de la actividad creativa —recuerden, la *creación* en su sentido original, es la *formación*—. La luz del tercer plano cósmico es

daivīprakṛiti. Hemos prestado la palabra de la Vedānta de Indostán; que significa “brillante o divino prakṛiti”, del cual ākāśa o svabhavat es la “corona”. Svabhavat o ākāśa es el primer elemento cósmico manifestado o manifestación de Prakṛiti, o la naturaleza esencial en sí misma. Recuerden que hay siete naturalezas, una dentro de la otra; siete elementos; siete fuerzas cósmicas. “Y la vida era la luz de la humanidad”: nuestra naturaleza superior.

Y el último versículo: “Y la luz brilla en la sombra”, que, en cuanto al hombre se refiere, es su vehículo o nuestra mente superior. “Y la sombra no la tomo”, es decir, el hombre primordial no había evolucionado hasta el momento un vehículo o la mente para “tomarla”.

Este pensamiento permite que el escritor de este evangelio gnóstico —gnóstico, al menos en la primera parte del mismo— introduzca sus enseñanzas sectarias: “Había un hombre que fue enviado por Dios, cuyo nombre era Juan”, para predicar el evangelio de Jesucristo, el logos humano, el salvador de la humanidad. Él, Jesucristo, fue esta luz, que “se hizo carne” (!) y entró en el mundo como la “luz de los hombres”. ¡Trágico! Una hermosa enseñanza de la religión-Misterio desde el principio del tiempo es aquí tomada y adaptada, y aplicada —como se señala en un estudio anterior— a una mera figura de Misterio, a un mero personaje-tipo de los Misterios ancestrales. No significa que Jesús no haya nunca vivido; un hombre, un rabino hebreo si les parece, llamado Jesús, vivió; pero el Cristos del que hablan los escritos de los evangelios cristianos es un personaje-tipo de los Misterios, pero desgraciadamente muy distorsionado.

TREINTA Y CINCO

EL OCULTISMO Y LAS ESCUELAS DE MISTERIOS. SIETE GRADOS DE INICIACIÓN: EL HOMBRE SE CONVIERTE EN UN DIOS. LOS SIETE PLANOS CÓSMICOS: NUESTRA CADENA PLANETARIA DE SIETE GLOBOS EN LOS CUATRO PLANOS INFERIORES — EL PASO DE LAS OLEADAS DE VIDA A TRAVÉS DE ELLOS.

El mundo —y me refiero al mundo de las existencias individuales— está lleno de esos significados latentes y de esos profundos designios que son subyacentes a todos los fenómenos del Universo y de las Ciencias Ocultas —es decir, la *razón* elevada a Sabiduría súper sensorial— que es la única que puede facilitar la clave con la cual descubrir al intelecto esos significados y esos propósitos. Créame, en la vida de un adepto llega un momento en que todas las dificultades por las que ha pasado son mil veces recompensadas. Para adquirir un mayor conocimiento, ya no tiene que recurrir a un minucioso y lento proceso de investigación y comparación de diferentes materias, sino que se le concede una instantánea e implícita percepción de toda verdad primordial. Habiendo pasado la etapa de la filosofía que sostiene que todas las verdades fundamentales han surgido de un impulso ciego —. . . el adepto ve, siente y vive en la misma fuente de todas las verdades fundamentales— la Esencia Espiritual Universal de la Naturaleza, SHIVA el Creador, el Destructor y el Regenerador.

—*Cartas de los Mahatmas*, p 241 [carta # 31]

Lo digo otra vez. Sólo el que alberga en su corazón el amor a la humanidad, el que es capaz de captar por completo la idea de una Fraternidad práctica y regeneradora es el cualificado para la posesión de nuestros secretos. Sólo él, sólo ese hombre no abusará nunca de sus poderes, y no habrá que temer que los emplee con fines egoístas. Un hombre que no coloque el bien de la humanidad por encima de su propio bien, no es digno de convertirse en nuestro *chela*, no es digno de alcanzar un conocimiento más elevado que el de su vecino. —*Ibíd.*, p. 252 [Carta #38]

Sólo existe una ley general de vida, pero innumerables leyes califican y determinan miríadas de formas que se perciben y de sonidos que se oyen.

—*Ibíd.*, p. 255 [Carta #40]

LA BÚSQUEDA de la verdad es el objetivo más noble al que el hombre puede aspirar. Los principios originales del ser fueron descubiertos edades tras edades en el pasado, y fueron coordinados en un sistema completo y maravilloso. Tomando este sistema maravilloso como base, los maestros de la antigüedad pusieron las

fundaciones de las superestructuras de los diversos sistemas filosóficos y religiosos que han llegado hasta nosotros en las literaturas del mundo tal como ahora existen. Estos sistemas contienen en mayor o menor grado las verdades fundamentales del ser, el estudio de las cuales, en nuestro tiempo, se llama ocultismo: la ciencia del cosmos y del hombre formando parte del mismo; contándonos sobre el origen, la naturaleza y el destino del universo y del hombre, como una parte del mismo. Las Escuelas de Misterios de la antigüedad constituyeron el núcleo interior del pensamiento antiguo y a las doctrinas allí estudiadas se las llamó las doctrinas del corazón, porque representaban las doctrinas que estaban ocultas; y a las diversas filosofías que se expusieron en público se las llamó las doctrinas del ojo, porque eran las doctrinas en la fraseología exotérica de las cosas que se veían y no de las cosas ocultas. La doctrina del corazón comprende las soluciones de los enigmas del ser, y estas soluciones se plantearon en forma exotérica bajo la forma de alegoría y en tratados mitológicos, y formaron la doctrina del ojo, en las religiones o filosofías exotéricas.

Pero todas estas filosofías antiguas fueron fundadas sobre verdades maravillosas y sublimes, comparadas con las de la Europa moderna, que son mera verborrea, un poco más que buenas palabras. Las doctrinas contenían tratados ocultos, como se ha dicho, de la verdadera naturaleza, origen y destino del kosmos y del hombre. Estas Escuelas de Misterio enseñaban *cosas causales* y sus efectos en la vida; enseñaban las relaciones más íntimas y profundas de los seres elementales, independientemente de su grado en el kosmos, con respecto a los otros. Enseñaban al hombre que el camino hacia una completa comprensión de los misterios del ser era a través de una búsqueda interna; que ningún hombre podía entender bien una verdad que sólo entraba en sus oídos, sin haber desarrollado primero en él la capacidad, la facultad interior, de la comprensión; y fue el desarrollo de esta facultad interna de comprensión o entendimiento el objetivo principal de las escuelas de iniciación.

Todo el esfuerzo, entonces, de estas escuelas de iniciación era hacer que el hombre se *conociera* a sí mismo. ¿Por qué? Porque la esencia más profunda del hombre tiene sus raíces en la esencia más profunda del universo, y siguiendo el pequeño, viejo camino, como los Upanishads dicen, que se encuentra dentro del hombre mismo, y al que alude Jesús cuando dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”; siguiendo el pequeño viejo camino interiormente, el hombre podría subir paso a paso hacia el interior o “hacia arriba”, hacia el interior

y hacia el interior siempre, constantemente expandiéndose en un mayor campo de conciencia. Y esta evolución del hombre interior se consigue mediante la evocación de los poderes espirituales latentes en la naturaleza superior del hombre. Es, en efecto, el alma del hombre que se une a su mónada divina, su dios interior.

Como se ha señalado en estudios anteriores, tres fueron los estados, después del cuarto grado de iniciación, que el iniciante o candidato debía ganar: primero venía el misterio teofánico, el cual es la aparición en el momento solemne de iniciación del Dios interno del hombre; y esta presencia santa fue llamada por los Griegos *teofanía*, “la aparición de un dios”, es decir, el ser superior del hombre. Y mientras que en el candidato promedio este momento sublime de éxtasis intelectual y visión superior, dura poco tiempo, con un progreso espiritual adicional la comunión teofánica se hace más duradera y constante, hasta que finalmente, en última instancia, el hombre se conoce a sí mismo, no sólo como el hijo espiritual de su dios interior, sino como el dios interior mismo, en su ser esencial.

Ese era el primer paso, la primera realización. La segunda llegaba en lo que los Griegos llamaban *teopneustia*, que es una palabra griega compuesta que significa “inspirando a un dios”, y en el cual el hombre no sólo era consciente por medio de sus sentidos interiores, y por medio de sus sentidos exteriores incluso, de su divinidad interior, sino que sentía la inspiración fluyendo por sus venas intelectuales y espirituales, por así decirlo, sentía el soplo de su dios interior, y se volvía, así, inspirado. El significado de la palabra inspiración significa “inhalación”. Con el paso del tiempo y la mayor purificación del alma-vehículo, que es el hombre mismo, el soplo o la inspiración se hacía permanente.

Finalmente venía la séptima iniciación, el misterio más sublime de todos, llamado *teopatía* por los griegos, que significa “el sufrimiento de un dios”: un término técnico; es decir, no es que dios sufra, sino que el iniciado, el candidato, sufría él mismo para llegar a ser, abandonándose a sí mismo por completo para llegar a ser, una verdadero y abnegado canal de comunicación de su propio dios interior, de su propio ser superior. Este ser personal llegaba a ser absorbido, transmutado, y sus características inferiores se desvanecían como una nube ante el sol; y con el paso del tiempo y con la mayor limpieza del vehículo, del alma, el hombre personal se mezclaba totalmente con su dios interior. Y eso era la teopatía.

Ahora bien, los distintos grados de iniciación en las antiguas escue-

las de Misterio incluían, en primer lugar, tres grados, que eran los de enseñanza. Con el cuarto comenzaba la experiencia personal; es decir, la enseñanza continuaba, pero además al iniciante, al candidato, se le hacía *ser, llegar a ser*, lo que antes se le enseñaba, lo que antes se le decía; porque la única manera de conocer completamente una cosa, la única manera de entender completamente una cosa, es llegar a serla.

Hay mucho más en este pensamiento de lo que aparece en la superficie, y todavía más para el poco tiempo del que disponemos para abordarlo esta noche. Pero manténganlo en sus mentes. La enseñanza continuaba con cada paso más arriba que se daba, hasta el séptimo e incluso hasta el décimo grado. Nos detenemos en el séptimo, porque los tres grados más altos, están mucho más allá de nuestra comprensión, y conciernen únicamente, se nos dice, a los más elevados de entre los Maestros.

La enseñanza continuaba incluso hasta la séptima iniciación, coordinadamente con la auto-experiencia, la auto-realización, y de esta forma el hombre no sólo lo sabía, sino que sentía, se daba cuenta de que era uno con el kosmos, no sólo su progenie e hijo, de una manera desapegada, sino en verdad, en todo el sentido de la palabra, el mismísimo kosmos. Luego venía la realización de ese ser cósmico, el *âtman*, eso que es lo mismo en ustedes y en mí, en cada habitante de este planeta, y en cada habitante de cada uno de los cuerpos planetarios y estelares en el espacio, el sentimiento, el sentido, el conocimiento, “Yo soy”. Lo que nos separa es el sentimiento de “yo soy *yo*” y “tú eres *tú*”, y esta es la acción del ego, del egoísmo.

Sin embargo, misterio de los misterios, sepan esto: es solamente pasando a través de la egoidad hacia la universalidad que el hombre se convierte en un dios. Si no fuera por el principio egoico ampliado y purificado para contenerlo y comprenderlo, no podría haber tal cosa como la Jerarquía de la Compasión, no podría haber tal cosa como el arco luminoso. Queda en manos de cada uno de nosotros vivir la vida, purificar sus fundas internas del ser, transmutar su alma-esencia, para que estas puedan llegar a ser canales adecuados de comunicación entre su dios interno, y su ser. Cuando el hombre ha logrado eso, se vuelve omnisciente para nuestra jerarquía cósmica; omnisciente, porque todo el conocimiento de ella y en ella es de él. ¿Y por qué? Porque la esencia de consciencia, la esencia egoica, se ha unido a través de su propio dios interior con el plano universal, el plano *âtmico*, y el conocimiento y la sabiduría fluyen a través de él, como los rayos del sol fluyen a través de la atmósfera.

Hemos leído de *La Doctrina Secreta* en tres o cuatro reuniones previas un párrafo que vamos a repetir esta noche, en el volumen II, en la página 492 [IV, 60], como sigue:

La Doctrina Secreta señala, como un hecho evidente, que la Humanidad, colectiva e individualmente es, con toda la Naturaleza manifestada, el vehículo *a)* del Aliento Uno del Principio Universal, en su diferenciación primaria; y *b)* de los “alientos” innumerables procedentes de aquel ALIENTO UNO en sus diferenciaciones secundarias y sucesivas, a medida que la Naturaleza con sus muchas *humanidades* [por favor noten esto] procede descendiendo hacia los planos que van aumentando siempre en materialidad. El Aliento Primario anima a las Jerarquías superiores; el secundario a las inferiores, en los planos siempre descendentes.

Tenemos allí, comprendido en un breve espacio según lo dicho antes, el resumen entero del estudio que hemos estado persiguiendo este invierno; y más tarde en esta reunión, o quizás en nuestra siguiente reunión, entraremos en esta cuestión de las varias humanidades de las que se habla. Se implica en esto un misterio grande y maravilloso. Déjenme simplemente decir en este momento que la humanidad de la cual formamos una parte en la tierra hoy día, es decir, la particular ola-de-vida que llamamos hombres, o humanidad, o seres humanos, no es la única y sola corriente-de-vida de egos inteligentes que atraviesan las varias rondas de evolución en nuestra cadena planetaria. Hay otras seis, todas desarrollándose al mismo tiempo con nosotros, algunas delante de nosotros, y algunas detrás de nosotros; y evolucionando en varios lokas o talas que intentaremos aclarar más esta tarde. Un tema muy difícil este, pero por el que haremos lo mejor para explicarlo, porque es absolutamente necesario, incluso a pequeña escala, para entender correctamente las cuestiones fundamentales de la evolución del ego en desarrollo. La evolución es un tema que le está interesando mucho al mundo actualmente, y que nuestros científicos limitan, por supuesto, simplemente al mundo físico, más especialmente tratando al hombre y las bestias, que son solamente dos estirpes (utilizando la palabra latina) de las numerosas familias de seres evolucionando, algunos delante de nosotros y algunos detrás.

Ahora bien: ustedes recordarán que en nuestras dos o tres reuniones pasadas hablamos de los principios y los elementos del kosmos. Los elementos forman así el lado de los vehículos, o portadores, o transportadores; y los principios forman el lado energía-conciencia;

y esta tarde deberíamos limitar nuestro estudio (con meras alusiones a los elementos y principios humanos) a los planos cósmicos, porque nuestro actual esfuerzo es conseguir un cuadro claro, tan claro como sea posible, de lo queremos decir cuando hablamos de los planos cósmicos, de los siete globos de la cadena planetaria, y de las rondas.

Es muy interesante observar que estos temas, que tantas personas han malentendido creyendo que son sólo interesantes cuestiones para el entretenimiento intelectual, están íntimamente vinculados con la moral, y con la naturaleza espiritual del hombre; y ningún hombre puede tener una comprensión adecuada de ética y moral sin la comprensión de su propio lugar en el universo: su origen, su naturaleza, y su destino. Lo que la moral necesita en el pensamiento occidental es un fundamento basado en la ciencia y la filosofía. La moral no es algo que anda por ahí en el aire; no es algo a lo que el hombre tenga meramente que ceñir su vida —es eso, en efecto, pero es aun mucho más—. El sentido moral nace de la conciencia espiritual del hombre, y ningún hombre —y lo establecemos positivamente— puede realmente entender una doctrina teosófica sólo a partir del punto de vista intelectual, sin alumbrarla con la luz espiritual. Y esa luz, esa luz espiritual, se manifiesta en el ámbito intelectual del pensamiento en el hombre como su sentido moral instintivo, eso sobre lo que el gran filósofo alemán Kant hablaba como la única cosa que lo mantenía firme en la creencia de que nuestro universo era algo más que la mera fuerza y la materia.

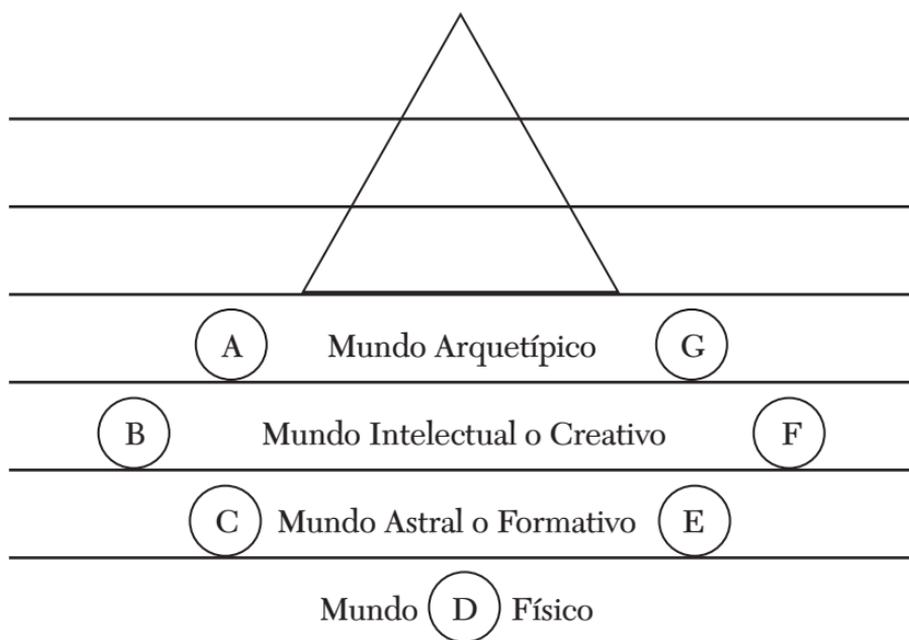
Recuerden en primer lugar, que, como se señala en los Upanishads y en las diversas filosofías brahmánicas maravillosas, en el pensamiento griego antiguo, en el cristianismo, y preeminentemente en nuestras propias enseñanzas —en todo el mundo, de hecho, en las varias filosofías y religiones antiguas—, cuando hablamos de las cosas divinas debemos entender que *nosotros también somos parte de ellas*, y que incluso el mundo físico en sí, el mundo material en sí, no es más que el vestido de lo divino; imperfecto, ya que es construido por jerarquías imperfectas debido a que son jerarquías *evolucionando*, por entidades imperfectas, de las cuales nosotros también somos ejemplos. Recuerden lo que dice Goethe, en su *Fausto*:

Así, en el rugiente telar del tiempo yo tejo,
Para hacerle a Dios su manto viviente.

Y, como Pablo, el cristiano, dijo: “En él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”.

Busquen en ustedes mismos. Las enseñanzas impartidas en estos estudios son las claves. Pruébenlas; examinen las literaturas del mundo; busquen en todas las cosas, y, como Pablo dijo (en calidad de iniciado), retengan lo que es bueno, retengan eso que *saben que es verdad*.

Siete, entonces, son los elementos del kosmos, siete son, entonces, sus principios, trabajando a través de esos siete elementos. Desde el lado de la conciencia son conciencia por un lado, y vehículos por el otro. Desde el lado sustancial ellos son fuerza por una parte, y materia por otra parte. Vamos a ilustrar esto en primer lugar utilizando siete líneas paralelas horizontales, para representar los elementos y principios del kosmos.



Por favor recuerden que esta figura es un diagrama. Los elementos, los principios, del kosmos no están realmente uno sobre otro, como una serie de escalones, o como los peldaños de una escalera. Esta figura es sólo un diagrama, es decir, es un *símbolo*. Los elementos del kosmos, los principios del kosmos, las esferas del kosmos, están *dentro* de cada uno, el más espiritual siendo el más profundo. Pero ya que esto es imposible de representar en una superficie plana, tenemos que figurar la idea esquemática, diagramática, paradigmáticamente. Por lo tanto, esta figura sólo muestra en primer lugar, que hay siete planos en el kosmos. Pasemos a representar las fuerzas

originarias y evolucionarias de la vida, los dioses y las inteligencias de los tres planos superiores, por medio de un triángulo, utilizando el viejo símbolo Platónico y Pitagórico —un hermoso símbolo— ya que muestra y sugiere el punto originador, el punto cósmico, la semilla, de la cual todas las cosas divinas brotaron; y también porque muestra el ápice del triángulo también desapareciendo, por así decirlo, en el plano más elevado, a través de un centro-laya, un centro neutral, un nirvāṇa de todas las cosas inferiores o más bajas que él, desvaneciéndose hacia el interior en algo más alto. Exactamente como una semilla, una bellota, por ejemplo, dará a luz un roble, y a su tiempo derramará su cosecha de bellotas, así la semilla cósmica envía fuera de sí misma estas huestes de jerarquías de seres, que producen ellos mismos otras huestes en la escala descendiente. Vamos entonces a representar este proceso por un triángulo.

Los cuatro planos inferiores de la figura, que son los planos *kósmicos* inferiores, representan todos los estados que el hombre puede alcanzar en su actual período de desarrollo. Nuestra propia esencia ātmica brota desde el cuarto plano cósmico, contando hacia abajo. Además, representemos ahora nuestra cadena planetaria de la siguiente manera, es decir, inscribiendo círculos, siete de ellos, en estos planos, dos en cada plano, con la excepción del plano más bajo, en el que inscribiremos sólo un círculo, que representa nuestro propio planeta Tierra. Luego, numeramos estos círculos, respectivamente, empezando por la izquierda y yendo hacia abajo, A, B, C, D, y luego yendo hacia arriba, E, F y G. Tengan en cuenta que hay dos círculos y esferas en cada plano, con la excepción del globo D, el nuestro. Estos siete “planos” son realmente los siete elementos cósmicos, respectivamente.

Es muy tentador suponer, o pensar, que cada uno de estos siete globos tiene un respectivo hábitat, o lugar, o sitio sobre, o en, cada uno de los elementos cósmicos, pero no es así. Esa idea es lo que llamamos una falsa analogía, una sugerencia tentadora que lleva a la mente por mal camino.

Ahora bien, cuando hablamos de los siete elementos del kosmos, queremos decir exactamente lo que los antiguos querían decir, los cuales ellos describían utilizando símbolos verbales. Normalmente ellos hablaban de cuatro, en ocasiones de cinco, y eran los mismo en todo el mundo: tierra, agua, aire, fuego, a veces un quinto, el aeter, era mencionado; pero estos no eran lo material de la tierra, del agua, del aire, o del fuego que nosotros conocemos. Estas cosas de la tie-

rra fueron elegidas porque simbolizaban, debido a ciertas cualidades inherentes a ellos, los cuatro planos o más bien elementos de la naturaleza en los que los siete globos de nuestra cadena planetaria viven, se mueven y tienen su ser. Podemos decir que la *tierra* representaba la materia cósmica, sustancia concreta, el elemento más inferior de todos; y que el *agua* representaba el Caos en el sentido antiguo, como la Biblia hebrea dice, las “aguas” del espacio sobre las cuales se incubaban los Elohim, los dioses, mal traducido por “Dios”. Y podemos decir que el *aire* es espíritu. La palabra *espíritus* en latín significa “aliento”, “viento”, “aire”. Y el *fuego* es el símbolo de la luz divina, la primera emanación del Logos cósmico, al que llamamos, adoptando el término sánscrito-budista, *daivīprakṛiti*, “naturaleza divina”, “luz divina”, la luz, siendo una de las primeras emanaciones al comienzo del período evolutivo procesional.

Por lo tanto, cuando hablamos de elementos, nos referimos más bien a lo que la mente europea promedia entiende por “esferas de acción”, mundos: el mundo de la materia cósmica, el mundo del Caos, las esferas del espíritu, y el mundo de la luz divina o *daivīprakṛiti*.

El mundo logoico, que es para nosotros casi-divino, el cuarto plano cósmico, contando hacia abajo, que comprende los globos planetarios A y G, lo vamos a llamar el mundo arquetípico, y así lo escribiremos en nuestro diagrama. El mundo de abajo, que comprende los globos B y F, que llamaremos el mundo intelectual o creativo. Al mundo que está por debajo de ese, que comprende los globos C y E, lo vamos a llamar, si se quiere, el mundo astral o de formación. Y al elemento o mundo más bajo de todos, en el cual esta nuestro único globo, nuestro planeta Tierra, lo vamos a llamar el mundo físico.

Reconocerán de inmediato lo que hemos dicho antes en relación con las doctrinas de la Qabbālāh: los cuatro mundos que enseña. Los que han estudiado la Qabbālāh pueden recordar que su mundo de emanaciones o mundo arquetípico se llama *atsilōth*; luego viene el segundo, el mundo llamado *berī’āh*, o creativo, siguiendo para abajo, el tercer mundo, llamado el mundo de la formación, *yetsirāh* y, finalmente, el cuarto mundo o material, que los cabalistas llaman el mundo de los cascarones, *qelippōth*, nuestro mundo, porque es el de la materia concreta, el cascarón que soporta a todos los demás; como la cáscara de un huevo, o la corteza de un fruto, y así sucesivamente, y también significando otra cosa en relación con el kāma-loka, pero no estamos tratando este tema esta noche y sólo lo menciono de pasada. Estos

mundos son, por supuesto, nuestros cuatro elementos cósmicos.

Además, recuerden este siguiente pensamiento importante. Cada uno de estos siete elementos cósmicos, contando desde el principio, es decir, contando hacia abajo, consta en sí de todos los otros que lo precedieron, de los cuales es una emanación. Por ejemplo, del primero, el más alto, emana el segundo, debajo de él, en el que se refleja para echarlo a andar; sin embargo, este segundo tiene no obstante su propio svabhāva, su propia naturaleza esencial o característica peculiar, pero también es el cargador o el vehículo del anterior, como acabo de decir. A continuación, estos dos emanan y se reflejan en el tercero, que no obstante, tiene su propia esencia natural, pero, sin embargo, es el cargador o portador de esos arriba de él; y de manera similar sucede con el cuarto, el mundo o elemento o más bajo.

Cada átomo, incluso del mundo físico, lo tiene todo en él del ilimitado kosmos, latente o desarrollado, según sea el caso. Tengan en cuenta la tendencia optimista de pensamiento que hay en esto.

Ahora bien, estos cuatro elementos o planos cósmicos inferiores nos incluyen a todos nosotros, es decir, a todo lo que hemos desarrollado hasta ahora. La cumbre del cuarto plano cósmico o arquetípico es el elemento donde el centro-laya de nuestra ātman se encuentra —nuestro ser cósmico universal—. A través de él fluyen desde arriba las fuerzas divinas, que originan, o, más bien, que son nuestros siete principios, nuestros siete elementos del ser, que se manifiestan en los cuatro elementos cósmicos inferiores que también forman los siete rangos de prakriti o naturaleza tal como la percibimos. Ustedes recordarán que cada elemento cósmico en sí mismo se subdivide en siete sub-elementos, es decir, siete grados de prakriti. Por lo que respecta a nosotros, los siete sub-grados de prakriti o la naturaleza en cada uno de estos cuatro planos cósmicos inferiores constituyen los únicos grados de prakriti de los que en la actualidad podemos tener conocimiento, porque aún no hemos evolucionado dentro de nosotros las facultades necesarias para conocer los grados superiores.

Para concluir con un pensamiento esta noche, ustedes recordarán la lectura de las enseñanzas que H. P. Blavatsky nos dio en su asombroso trabajo de *La Doctrina Secreta*: que las olas de vida siguen un curso evolutivo a través de estos siete globos, pasando del globo A, después de terminar su ciclo evolutivo en él, al globo B, y que acabado su ciclo en B pasan al globo C, y que acabado su ciclo en él a continuación pasan al globo D, y así alrededor de la cadena, haciendo lo que llamamos una ronda.

Pero debemos ser cautelosos en estos asuntos y evitar saltar a conclusiones. Lo anterior no significa que sólo cuando todo está terminado o perfeccionado en el globo A, saltamos al globo B. No, en absoluto. Siete olas de sub-vidas evolucionan en el globo A. Cuando la más baja (o la mineral) en el globo A —recuerden que aunque es un planeta espiritual, sin embargo, el “mineral” de ese planeta espiritual es tan denso y tosco a sus habitantes como nuestros minerales son para nosotros— ha terminado su el desarrollo *de esa ronda*, siente el impacto o el impulso del reino vegetal que ya llega, y su excedente de vida se desborda en el globo B; y cuando el reino animal, a su tiempo, impacta sobre el reino vegetal, y cuando este último ha corrido su curso siete veces, el reino vegetal a su tiempo se desborda en el globo B, hacia abajo, y el mineral en globo B pasa al globo C; y cuando el mundo de los humanos se impulsa en el globo A, entonces el mundo animal empieza a bajar hacia el globo B, el vegetal pasa al globo C, el mineral al globo D, y así sucesivamente. Este es el proceso durante la primera ronda; pero a partir de la segunda ronda el proceso cambia un poco su orden. Pero reservamos esto para estudios futuros.

Existe un desbordamiento de las fuerzas excedentes de vida, por así decirlo, en todos los reinos hacia el próximo globo; y este complicado proceso se sigue (pero con cambios, a partir de la segunda ronda) en todas las rondas, en todos los siete globos. Cuando se alcanza el globo G, o séptimo, ahí sobreviene para la ola de vida un nirvãña, que corresponde al devachán o período del cielo entre dos encarnaciones humanas en la tierra; y también entre dos globos hay un tiempo menor de descanso para la ola de vida evolutiva.

Este proceso es suficiente para desconcertar la mente de muchas personas. Parece tan complicado; pero en realidad es muy simple. Necesita sólo un poco de pensamiento sincero para comprenderlo, la mitad del pensamiento que la mayoría de las personas le dan a las cosas materiales de la vida: qué comeré hoy, qué ropa me pondré, a qué teatro voy a ir, cómo hacer dinero, y así sucesivamente.

Hemos hablado de lokas y talas. Vamos a abordar esta cuestión con más detalle en nuestra próxima reunión. Pero recuerden este hecho: cada uno de estos globos se divide en catorce “mundos” diferentes. No me refiero a los globos, me refiero a las *condiciones* o *estados de la materia*. Por ejemplo, el agua puede ser hielo o vapor, y sin embargo puede ser agua. Supongamos que ustedes tengan que explicarle a un hombre que nunca había visto el hielo, sólo ha visto agua, qué es hielo, y después de tratar de hacerlo, él dice: “El hombre

delira, él está tratando de decirme que el agua, la más fluida de las cosas, en determinadas condiciones, puede convertirse en una piedra fría”.

En segundo lugar, cuando decimos mundos (tenemos que usar palabras para dar alguna idea del significado) no nos referimos a los globos. Un globo es globo A, o B, o C, o D, o E, o F, o G; pero cada uno de estos globos comprende o tiene siete lokas, o “lugares”, o mundos, o condiciones, o estados, o clases, de la materia —submundos, si prefieren—; y también siete talas, lo que hacen catorce en total. Por favor, recuerde también que estos catorce (o dos veces siete) mundos no están por encima de los demás como los peldaños de una escalera. Están *dentro de cada uno*, cada uno más hacia el interior que el otro, no exactamente como las capas de una cebolla, si no que cada cual que está más en el interior es más fino, más espiritual, más etéreo, que su próximo exterior, y el más etéreo, el más espiritual de todos, es el más interno.

Ahora, estos siete lokas en cada globo son los campos de acción de las sub-olas ascendentes en los ciclos raciales; del mismo modo, los distintos tipos de cuerpos, etéreo, o físico, o espiritual, o cualquier otro, que la raza usa a medida que pasa a lo largo de los ciclos evolutivos, se corresponden en textura y sentidos con los diferentes lokas por los que pasa, y el loka que la entidad evolucionante percibe es ese loka o mundo en particular que corresponde a sus cuerpos. Y los talas son la misma cosa en las sub-olas descendentes de los ciclos raciales. Los lokas y talas siempre trabajan juntos, de dos en dos, uno de cada uno, porque la materia es bipolar en la manifestación de los globos; de los dos (un loka y un tala), uno es espiritualmente positivo, atrayendo de un lado, y el otro es espiritualmente negativo, atrayendo del otro lado.

Y, por último, señalaremos que estamos en la actualidad en uno de estos lokas y en uno de estos talas, y que hay otras seis humanidades u oleadas de vida evolucionando de manera similar a nuestro propio camino: seres pensantes, inteligentes, en nuestro planeta, —No necesariamente digo en nuestro globo D— evolucionando a través de estos lokas y talas. ¡Cómo agita la imaginación este pensamiento! Si este proceso de evolución no se hubiera llevado a cabo así, decimos en conclusión, no podría haber una explicación totalmente lógica y satisfactoria del fenómeno que los primeros escritores en temas teosóficos llamaron seres de la “quinta ronda” y de la “sexta ronda”.

TREINTA Y SEIS

LAS ESFERAS INTERPENETRANTES DEL SER. LOKAS Y TALAS: PRINCIPIOS Y ELEMENTOS CÓSMICOS BIPOLARES. LA “HEREJÍA DE LA SEPARACIÓN”

Todas las cosas están implicadas unas con otras, y el vínculo es santo; y no hay casi nada que no esté conectado a cualquier otra cosa. Puesto que las cosas han sido coordinadas y se combinan para formar el universo mismo (orden). Porque hay un universo compuesto por todas las cosas, y un Dios que impregna todas las cosas, y una sustancia, y una ley, (una) razón común en todos los animales inteligentes, y una verdad; si es que realmente existe también una perfección para todos los animales que son de la misma cepa y participan de la misma razón.

—MARCO AURELIO, *Meditaciones*, 7, 9 (George Long, trad.)

La naturaleza ha unido todas las partes de su Imperio mediante sutiles hebras de simpatía magnética, y, existe una relación recíproca, incluso entre una estrella y un hombre; . . .

—*The Mahatma Letters*, p. 267 [Carta # 45]

Si desde el Vestíbulo de la Sabiduría pretendes pasar al Valle de Bienaventuranza, cierra por completo tus sentidos, discípulo, a la grande y nefasta herejía de la separatividad que te aparta de los demás. —*La Voz del Silencio*, pp. 8-9

EN EL Talmud judío hay una historia vieja y pintoresca, llena de la profunda sabiduría de los antiguos maestros, acerca de cuatro candidatos a la sabiduría. Narra la forma en que ellos entraron en el Jardín de las Delicias, un nombre que los Judíos utilizaron, especialmente los cabalistas, para designar el ámbito del ocultismo, de las ciencias ocultas, y los nombres de estos cuatro candidatos a la sabiduría, eran los siguientes: Ben Asai, Ben Zoma, Ahher, y Rabbi Aqiba. Según la historia, “Ben Asai miró, y perdió la vista; Ben Zoma miró, y perdió la razón. Ahher entró en el Jardín de las Delicias e hizo depredaciones allí dentro; pero Rabbi Aqiba entró en paz y salió en paz. Y el Santo, cuyos sirvientes somos nosotros, dijo —bendito sea su nombre—: ‘Este anciano es digno de servirnos con gloria’”.

Éstos son los cuatro tipos generales de estudiantes de la sabiduría antigua. Ben Asai, que perdió su vista, era una persona que se sentía atraído por las doctrinas y enseñanzas, y como otro caso mencionado

en las leyendas griegas, miró la cara de la verdad desnuda y quedo “ciego”. Esto es, se convirtió en un peor exoterista de lo que era antes. No estaba preparado, no estaba listo. Había forzado su entrada a un lugar donde no pertenecía. E incurrió una de las sanciones que le espera a los que entran en los lugares santos con un corazón impuro y una mente no preparada.

Y Ben Zoma miró y perdió la razón; él era uno cuya naturaleza era tan egoísta que buscó sólo aquello que él mismo podría obtener de ahí. Y su naturaleza, siendo inestable, débil, egocéntrica y egoísta, perdió su “razón”, es decir, se convirtió en el esclavo en vez del maestro. Ya conocen el viejo refrán medieval que dice que el mago que evoca los llamados “espíritus de las profundidades vastas”, y no está en completo control de ellos, es aniquilado por ellos, lo cual enseña la misma doctrina que enseñamos nosotros sobre la absoluta necesidad de la preparación espiritual, la preparación moral. “Porque los puros de corazón ven a Dios”, y no tienen nada que temer, lo cual es el método cristiano de expresar la misma idea.

Ahher, que hizo depredaciones en el jardín, era uno que tenía la fuerza de voluntad y audacia, pero igualmente, se consideraba a sí mismo antes que todo, y abusó de las ciencias sagradas para obtener su propio avance y beneficio personal, posición, y todo lo demás. Él es el típico mago negro, como se le llama. Este se *destruye a sí mismo* entrando en un lugar para el cual no está preparado, es decir, Ahher que hizo “depredaciones”; y lo mismo hizo Ben Zoma.

Pero el Rabbi Aqiba, que entró en paz, y salió en paz, era el tipo de hombre que internamente estaba totalmente preparado y listo, cuya naturaleza estaba tan purificada por la disciplina, por *auto-disciplina*, tan purificada por el olvido de sí mismo y el reconocimiento de la belleza por la auto-abnegación en el verdadero sentido, que a través de él podían transmitirse los rayos provenientes de la divinidad del corazón del Ser, del sol espiritual.

Ahora bien, ¿qué nos enseña esta alegoría? Esta parábola nos muestra primero, a ser discípulos fieles, y, segundo, que a fin de ganar lo que se supone que tenemos que ganar, la primera lección para nosotros es la disciplina, la *auto-disciplina*, la ética. Continuamente recurrimos en nuestros estudios a este punto, porque es de primera importancia. Cada hombre piensa que él es ético y moral. ¿Lo es? Pregúntese usted qué haría ante una verdadera tentación. Los franceses tienen un dicho bastante cínico al decir que “todo hombre tiene su precio”. ¿Es esto cierto? Si es así, entonces, ni usted, ni yo,

ni ninguno de nosotros, está en condiciones de estar aquí esta noche. Sólo cuando han pasado más allá del punto en el que cualquier cosa sobre la tierra puede movernos o puede hacer bambolear nuestra voluntad, o comprarnos, sólo entonces estamos en condiciones de entrar en el Jardín de las Delicias, como el viejo Rabbi Aqiba, que entró en paz, y lo dejó en paz: un Maestro.

Abrimos hoy nuestro estudio refiriéndonos una vez más al extracto del segundo volumen de *La Doctrina Secreta*, página 492 [IV, 60], que hemos leído en varias reuniones, ya que alrededor de él circula el tema de nuestro presente estudio. Tengan en cuenta cada palabra.

La Doctrina Secreta señala, como un hecho evidente, que la Humanidad, colectiva e individualmente es, con toda la Naturaleza manifestada, el vehículo (*a*) del ALIENTO Uno del Principio Universal, en su diferenciación primaria; y (*b*) de los “alientos” innumerables procedentes de aquel Aliento Uno en sus diferenciaciones secundarias y sucesivas, a medida que la Naturaleza con sus muchas *humanidades* procede descendiendo hacia los planos que van aumentando siempre en materialidad. El Aliento Primario anima a las Jerarquías superiores; el secundario a las inferiores, en los planos siempre descendentes.

Vamos a dar esta noche un gran paso adelante, daremos un salto, por así decirlo, sobre muchas cosas que podrían haber sido consideradas, tales como el enormemente importante problema de la muerte, y el sendero de la mano izquierda, para mencionar sólo dos temas. Pero vamos a hacer todo lo posible (aunque no se han sentado las bases totalmente todavía) para señalar lo que la sabiduría antigua quería decir cuando hablaba de las *esferas del ser*. El término común para dicha esfera es “plano”, que tiene su valor, porque estamos acostumbrados a él; y sin embargo, debemos recordar que esta palabra *plano* es una palabra suelta, ya que puede significar casi cualquier cosa, como vulgarmente se usa, y no lleva la idea fundamental de que estos mundos interiores son en realidad campos de acción, esferas del ser, *mundos* de entidades reales, de hecho.

Ustedes recordarán que en nuestro último estudio dibujamos siete líneas paralelas, esquemáticamente, que ilustran los siete elementos cósmicos, en los que trabajan las siete fuerzas o principios cósmicos —el lado energía-conciencia del ser—. Tengan en cuenta cuidadosamente esta noche que estos elementos, los elementos cósmicos, son mundos. Llámenlos planos si se quiere, pero en realidad son mundos. No me refiero a los globos, necesariamente, es decir, cuerpos sólidos esféricos. Están alrededor y en los globos, y sin embargo, son realmente mundos, esferas de acción, esferas de conciencia; y cada

uno de estos elementos cósmicos, además de ser un mundo, está henchido con sus propias “humanidades”, innumerables, incontables, incalculables, más allá de todo cálculo humano. La estirpe humana, el linaje humano, raza, clase, no es sino uno entre muchos de ellos.

La antigua sabiduría nos dice que hay siete clases principales de tales humanidades o estirpes en cada cadena planetaria, y que en esta tierra, globo D de nuestra cadena, el hombre se encuentra a la cabeza de las clases debajo de él. Estas clases son reconocidas en el lenguaje ordinario, en el lenguaje de nuestra ciencia, como reinos: el reino humano (que se confunde erróneamente con el reino animal) en primer lugar; en segundo lugar, el reino de las bestias; el reino vegetal en tercero; el reino mineral en cuarto, y por debajo de este, los tres reinos de los elementales —llámense a estos últimos espíritus de la naturaleza, o sub-estirpes, o sub-linajes, o sub-razas, las sub-oleadas-de-vida de seres—. Y ustedes habrán notado en nuestra última reunión que en el diagrama dibujamos un triángulo, representando los tres mundos superiores o arūpa, sin forma, que, por tanto, con los siete abajo, hacen los diez de una jerarquía completa.

Ahora bien, estos elementos cósmicos o mundos o ámbitos se dividen más particularmente en *lokas* —una palabra en sánscrito que significa “lugares” en el sentido de mundos— y en *talas*. Y son los que se dan a continuación, utilizando los nombres que encontramos en la literatura brahmánica del Indostán, nombres que hemos adoptado por conveniencia ya que se encuentran en esa literatura y son más o menos conocidos; pero esto no significa necesariamente que aceptemos todas las ideas relacionadas con las obras Brahmánicas. Usamos estos nombres porque muestran que en realidad hay siete mundos o lokas, y siete mundos inferiores o talas, que vamos a comenzar a definir y a describir brevemente esta noche.

Tengan en cuenta que estos siete principios y elementos cósmicos son, de hecho, estos catorce lokas, o más bien lokas y talas, siete de cada uno. Comencemos por enumerarlos, y a nombrarlos en orden:

Satya-loka	1	Atala
Tapar-loka	2	Vitala
Janar-loka	3	Sutala
Mahar-loka	4	Rasātala
Svar-loka	5	Talātala
Bhuvar-loka	6	Mahātala
Bhūr-loka	7	Pātala

Primero, los lokas. Empezando con el más alto, es decir, el más interno, nos encontramos con *satya-loka*, una palabra que significa “mundo de la realidad”; *tapar-loka*, el siguiente, es una palabra compuesta en sánscrito que significa “mundo de la devoción”, en el sentido de “meditación”, “contemplación”, “introspección”; después, *janar-loka*, de la raíz sánscrita que significa “nacimiento”; *mahar-loka*, que significa “grande”; *svar-loka*, que significa “cielo”; *bhuvar-loka*, una antigua palabra que viene de la raíz sánscrita *bhū* que significa “crecer” o “desarrollar” y, por último, *bhūr-loka*, el más bajo. Los talas correspondientes, contando hacia abajo desde el más alto hasta el más material, *atala*, *vitala*, *sutala*, *rasātala*, *talātala*, *mahātala*, *Pātāla*.

Ahora bien, el primer pensamiento en que debemos concentrar nuestra atención es este, que estos lokas y talas no están uno encima del otro como los peldaños de una escalera; ellos se compenetran, se entremezclan; no solo se limitan a mezclarse, sino que se entremezclan. El pensamiento de un hombre, por ejemplo, no es necesariamente sólo divino o sólo malo. Es compuesto, mezclado, con ambas cualidades, pero no solamente mixto. No hay nada tan mecánico como este hecho. Nosotros estamos estudiando cosas etéreas y espirituales. Estos lokas y talas se mezclan. Por ejemplo, la electricidad, ya sea que la llamemos materia o fuerza, es bipolar. Hay un polo positivo y un polo negativo. Podemos llamar un loka a uno de los polos, y su correspondiente tala, al otro polo, porque estos se corresponden unos a otros en pares, un loka y un tala, cada uno a cada cual. *Satya-loka* a *atala*, *tapar-loka* a *vitala*, y así sucesivamente, bajando la escala, hasta llegar al par más bajo, *bhūr-loka* y *pātāla*.

Se dice comúnmente en la literatura brahmánica que los lokas son los “cielos” y los talas son los “infiernos”. Ahora bien, esta es una forma de expresar una profunda verdad, pero debemos tener cuidado con estas palabras, cielos e infiernos, a causa de las equivocadas ideas religiosas europeas, asociadas con ellas. El real sentido esotérico es que los lokas son el arco luminoso, o más bien la procesión de la naturaleza y de los seres en la cual el espíritu o el arco luminoso predomina. Y los talas son el arco de las sombras, o más bien la procesión de la naturaleza y de los seres en los que predomina la materia. Cada uno de los lokas obra con su correspondiente de los talas. Aquí está una profunda reflexión. No se pueden separar.

Cada uno de los siete elementos cósmicos corresponde, uno a uno, con los lokas y, uno a uno, con los talas. En otras palabras, los siete lokas y los siete talas trabajan correspondientemente en cada

uno de los elementos cósmicos o mundos. Además, cada uno de los siete globos de nuestra cadena planetaria tiene sus siete lokas y sus siete talas propios por “reflexión”. Ustedes conocen el viejo principio esotérico que yace en la base de todo nuestro pensamiento, expresado en el llamado axioma hermético: “Como arriba es abajo; como abajo es arriba”. El significado es que nuestro universo, y cada parte en él, no es un universo anárquico. Todo está encadenado con todo lo demás, y lo superior es reflejado, o más bien se refleja, en lo inferior, lo inferior en realidad es una expresión de lo superior; o, como lo expresamos en nuestras tres o cuatro reuniones anteriores, los mundos inferiores son las prendas de vestir (o las expresiones, o las reflexiones) de los mayores. Nada es independiente de todo lo demás. Ustedes saben que la mayor herejía en el buddhismo (y esta es también nuestra propia enseñanza) es la llamada separación, la idea o creencia de que todo es o puede ser considerado separado del todo. Eso es también lo que los cristianos quisieron decir cuando hablaron del “crimen contra el Espíritu Santo”. Los pocos primeros Cristianos que fueron iniciados consideraron este crimen como el más atroz de las iniquidades, y tenían razón.

Ahora bien, habiendo llegado hasta aquí, podemos ver que estos talas o mundos inferiores son, cada uno para cada cual, cada uno en cada cual, en *realidad los elementos cósmicos*. ¿Está claro este pensamiento? Además, las fuerzas que trabajan a través de estos talas o mundos, a través de estos campos de acción —las fuerzas materiales, etéreas, psíquicas, espirituales, divinas, y así sucesivamente— son los *principios del kosmos*, las conciencias que rellenan el espacio y son, de hecho, el espacio mismo, y estos últimos son los lokas.

Hemos señalado que estos elementos pueden ser considerados en serie un poco así como las capas de una cebolla. Este es un ejemplo mucho mejor, por ser más sugerente, que el sistema de “planos”, aunque este sistema se utilizó también en los tiempos antiguos, y también señaló que estas pieles de la tierra, estas pieles del kosmos, crecen más etéreas, crecen más espirituales, a medida que avanzan hacia el interior. Pero no queremos decir —por favor marquen esto muy cuidadosamente— que estos mundos interiores o esferas más espirituales son más pequeños, es decir, inferiores en volumen a la corteza exterior. Tamaño no tiene nada que ver con lo etéreo o espiritual. El mero volumen o masa no tiene nada que ver con la conciencia. ¿Cómo podemos entonces conciliar estas dos declaraciones aparentemente contradictorias, esta paradoja: que mientras más nos

cercamos al centro material de una cosa, más densa es; cuanto más nos acercamos al centro espiritual de una cosa, más divina es? Ustedes saben que los antiguos filósofos griegos, llamados filósofos Atomistas, como Demócrito, Leucipo, Epicuro, etc., seguidos por el gran poeta romano, Lucrecio, dijeron, por ejemplo, en sus teorías atomistas, que el cielo estaba integrado por los más finos, los más sutiles átomos, y que la tierra y los cuerpos planetarios y estelares estaban compuestos de aquellos que eran más gruesos y pesados, que caían juntos, lo que significaba que eran más fuertemente atraídos unos a los otros. Eso es verdad, porque se trata de una declaración hecha desde el punto de vista de tala, es decir, desde el lado de la materia. Pero ahora escuchen.

Hemos hablado a menudo de un centro-*laya*, un centro-*laya* siendo el séptimo o el más alto grado de materia (o el primer grado de espíritu), el punto de fuga de la materia en los reinos superiores, el nirvāṇa de la materia, el nirvāṇa de cualquier entidad de la que sea el corazón, el centro. Nuestro centro-*laya*, como seres humanos, es nuestro ātman, nuestro ser universal. Cada globo es también un átomo o una mónada, o un dios, de acuerdo con el plano o mundo en que consideramos que esté. Ahora bien, este centro-*laya* está en el centro o corazón de nuestro ser, es, de hecho, el núcleo de nuestro ser, y de él irradia, como los rayos del sol irradian hacia fuera, estas fuerzas, estos elementos, estas pieles del ser; estas fuerzas y elementos, o pieles, se vuelven más groseras, en cierto sentido, cuando se alejan del centro. Pero entre más etéreo es el plano original, o el mundo o esfera original, o el campo original de acción, más espiritual es el centro originario, y más amplio es su flujo de radiación. ¿Entienden ese pensamiento? La entidad espiritual que fluye continuamente a través del centro-*laya* tiene rayos que llegan mucho más allá de las capas más materiales, las cuales, en lo más bajo, irradian apenas un poco más que sus propios límites circunscritos. Para cambiar un poco la ilustración, los reinos interiores espirituales del hombre o del globo son los diversos “planos” o grados, o esferas, del huevo áurico —una de las más sagradas de nuestras enseñanzas, y de la que menos se ha dicho.

Vamos a ilustrar esto de nuevo usando una afirmación exotérica con respecto a los tres lokas más bajos, respectivamente: bhūr-loka, bhūvar-loka, y svar-loka. Bhūr-loka se dice que es, en los libros exotéricos brahmánicos, nuestra tierra. Su ámbito de influencia se extiende poco más allá de la atmósfera. Bhūvar-loka, dicen, tiene

rayos (o una atmósfera) que llegan hasta el sol, aunque en realidad es el próximo mundo o loka dentro de la tierra —no es otro mundo físico dentro de la tierra física, a manera de la piel de cebolla, sino un mundo etéreo dentro de la tierra física—. Y svar-loka es un mundo aún más etéreo o espiritual, dentro de bhuvan-loka, que tiene rayos (o una atmósfera) que llegan incluso a Dhruva, o la estrella polar. Esto puede ilustrar este punto.

Y entiendan como un hecho natural que se deduce de esto, que no podríamos tener ninguna relación con seres fuera de nosotros, o más allá de nosotros, o con otros planetas, o de nuestro sol o de otros soles, a menos que estén allí esos portadores o transportadores atmosféricos, estos rayos áuricos, estas atmósferas por las que entramos en contacto con otros seres, globos y mundos —tanto en nuestro plano como en otros plano—. ¿Está claro esto? Un imán tiene su magnetismo o su atmósfera magnética que alcanza más allá de él, esto ilustrará el punto. Tiene sus límites de alcance, por supuesto, y en el mismo sentido todos estos lokas y talas tienen sus atmósferas. Los más internos tienen atmósferas que llegan más lejos que los lokas y talas externos, y así cada vez más a medida que avanzamos hacia el interior.

Ahora bien, pātāla, el más bajo de los talas, también se dice que es nuestra tierra. Esta afirmación también es correcta desde el punto de vista de los planos cósmicos. Tengan en cuenta también que estos lokas y estos talas son los elementos bipolares de la naturaleza, el mundo bipolar del ser, el ascendente y el descendente: el involucionario o de los talas, y el evolucionario o de los lokas. Si la acción de los talas es dominante sobre la acción de los lokas, nosotros “descendemos”, para usar la expresión popular, a lo largo del arco de sombra, hacia la manifestación en el inicio de una manvantara, y habiendo llegado a nuestra tierra, que es el punto de inflexión, luego ascendemos a lo largo del arco luminoso, los lokas entonces convirtiéndose en los dominantes, y los talas en los recesivos, para utilizar la fraseología biológica moderna.

Satya-loka no podría existir sin atala como su vehículo o polo inferior. Tapar-loka no podría existir sin vitala como su polo inferior, y así sucesivamente hacia abajo en la escala. Esta es una de las cosas más difíciles de explicar en palabras europeas, y en realidad es una de las concepciones más sencillas. Tenemos que limpiar primero nuestras mentes de sugestiones mecánicas. Debemos entender que aquí estamos tratando con cosas espirituales, psicológicas y etéreas. No

podría haber un arco luminoso sin lokas, y un arco de sombras sin talas, como bases, respectivamente: y cuando decimos arco luminoso o arco sombrío no nos referimos a un arco real, ya que es una figura retórica. Nos referimos a esos mundos, a esos procesos, a las procesiones de seres en la naturaleza mediante los cuales, o en los cuales, o a través de las cuales descendemos a la manifestación o, por el otro lado, mediante los cuales nos levantamos y crecemos hacia la grandeza espiritual.

Tales son los dos arcos, respectivamente. La virtud, la pureza, la bondad, la compasión, la piedad, la misericordia, etc.: Todas estas cosas son señales de que la entidad dotada de ellos está evolucionando el espíritu interior, y va subiendo, ascendiendo, a lo largo del arco luminoso. Y donde vemos egoísmo, impureza, falta de bondad, crueldad, engaño, hipocresía, etc., son los signos que las entidades dotadas de ellos están bajo la influencia o dominio del arco descendente o de sombras, los talas. Sin embargo, desde el mismo principio y en cualquiera de las dos direcciones, los lokas y talas están interpenetrados y trabajan juntos, porque son espíritu y materia.

Estos dos, lokas y talas, por lo tanto trabajan cada cual dentro del otro. Por ejemplo, nuestra tierra, nuestro planeta Terra, nuestro globo, sobre y en el cual vivimos, tiene sus siete lokas y talas en particular. Tal como se ve desde el punto de vista cósmico, el loka y tala físicos para nuestros presentes ojos físicos son bhūr-loka y pātāla, o nuestra tierra. Es pātāla si lo miramos desde el punto de vista material, y es bhūr-loka si lo miramos desde el lado de la conciencia-energía, desde el lado mejor o más noble, vuelto hacia el lado ascendente. Recuerden siempre que lokas y talas trabajan y existe invariablemente siempre en pares —en pares, uno de cada cual, y en cada plano.

Además de los siete principios cósmicos que son respectivamente los lokas, como se dijo antes, y los elementos cósmicos que son los siete talas, todos estos catorce, siete de cada uno, se reflejan en cada uno de los siete globos de nuestra cadena. “Como es arriba es abajo, como es abajo es arriba”. Lo pequeño es como lo grande; el microcosmos no es sino una representación o una copia en pequeño del macrocosmos.

Supongamos que tuviéramos que preguntarnos con respecto a estos lokas y talas: ¿Dónde nos encontramos en la escala? ¿Dónde estamos en términos de loka y tala? Estamos en el cuarto *globo* de nuestra cadena, por lo que sabemos. Tomemos, entonces, el cuarto

loka y el cuarto tala, es decir, mahar-loka corresponde en la escala con rasātala. Pero, también, estamos en la *cuarta* ronda de nuestra cadena planetaria. Por tanto tenemos este principio bipolar enfatizado por la calidad de la cuarta ronda, es decir, mahar-loka y el rasātala de nuevo. Estamos, además, en la quinta *raza-raíz* del cuarto globo en la cuarta ronda. Por consiguiente, nuestra raza-raíz, aunque evolucionando en el globo cuarto y en la cuarta redonda, está representada por el quinto de cada columna: svar-loka y talātala. “Ruedas dentro de ruedas”, como Ezequiel, el profeta hebreo, noblemente dijo.

Además, ¿dónde estamos en lo que respecta a los elementos cósmicos? Hemos dicho esto hace unos momentos. H. P. Blavatsky, en su diagrama de *La Doctrina Secreta*, que reproducimos en nuestra última reunión, demuestra que nuestro globo Tierra se encuentra en el más bajo de los elementos cósmicos, el séptimo, contando hacia bajo. Por lo tanto, el elemento cósmico en el que nosotros y este globo se encuentra, es bhūr-loka y pātāla, cósmicamente hablando.

Son estas acciones e interacciones, estas interconexiones de lokas y talas, de estos diversos elementos, y fuerzas, y principios, los que hacen que cualquier exposición de ellos sea tan complicada. Sin embargo, eso es lo que hace tan preciado el conocimiento de ellos, porque el conocimiento de estas cosas no se grita desde los tejados, sino, como dije antes, se da como recompensa de mérito a los hallados dignos y bien cualificados.

Vamos a abordar estas cuestiones desde otro punto de vista. ¿Dónde estamos en los mundos o planos cósmicos? Se nos dice que Brahmā vive cien de sus años. *Brahmā*, recuerden, es un palabra en sánscrito que representa el lado de la energía-conciencia espiritual de nuestro universo solar, es decir, nuestro sistema solar, y el Huevo de Brahmā es ese sistema solar. Además se nos dice que su vida está a la mitad, cincuenta años han pasado, una cifra que expresamos con quince cifras de nuestros años, es decir, 155 billones, 520 mil millones de años (155.520.000.000.000) han pasado desde que nuestro sistema solar, con su sol, comenzó su curso manvantárico. Todavía quedan, por lo tanto, cincuenta más de tales años antes de que el sistema se hunda en reposo, o en pralaya. Sólo la mitad del viaje evolutivo se ha llevado a cabo, estamos, por tanto, en la parte inferior del ciclo cósmico, es decir, en el plano inferior, como el diagrama mencionado anteriormente lo muestra.

Y ¿dónde estamos en este planeta? Estamos en el plano más bajo también aquí, porque estamos en el cuarta ronda, hemos ejecutado

nuestro curso sólo a la mitad. El plano cósmico más inferior, como se dijo anteriormente, es bhūr-loka y pātāla. De hecho, sin embargo, como se dijo en otro estudio, hemos avanzado un poco en el arco ascendente, ya que nuestra cadena planetaria es la hija de la cadena lunar, y la cadena lunar estaba en el grado exacto más bajo.

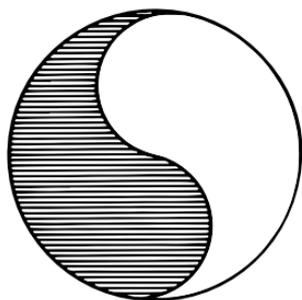
Ahora bien, estos pensamientos se presentan ante ustedes esta noche como propuestas sugestivas para futuras consideraciones. Entiendan primero que el universo, de acuerdo con el sistema antiguo, está dividido en siete categorías o grados de ser, que son mundos, lokas y talas, es decir, estos mundos están polarizados en lokas y talas, de dos en dos en todas partes. Nuestra tierra los muestra como bipolares, porque es el único planeta en este plano, en este elemento cósmico, o mundo, en este grado en particular o esfera. Es el punto de inflexión de nuestra cadena planetaria en donde la materia-espíritu se equilibra, haciéndola bipolar. Luego, comprendan que cada uno de estos siete globos de nuestra cadena tiene sus propios siete lokas y siete talas. Como se dijo antes, son popularmente llamados cielos e infiernos. No es que sean cielos e infiernos en el sentido europeo de la palabra, sino que representan los dos lados del ser, la dualidad de la manifestación, la naturaleza superior y la inferior, si se quiere, tanto en el planeta como en el ser humano.

Vayamos un poco más lejos. En los siete lokas y siete talas de nuestro mundo, trabajando juntos como lo hacen, en pares, uno de cada uno, un loka y un tala: en cada uno de estos hay innumerables huestes de seres. En los más altos de estos lokas y talas hay entidades conscientes y pensantes, como nuestras propias estirpes humanas son (es decir, raza, linaje, ola de vida). Estos lokas y talas se compenetran entre sí. Como H. P. Blavatsky dice en un pasaje muy noble de *La Doctrina Secreta*, ellos tienen cada uno sus propias esferas “geográficas”; los respectivos habitantes de los diferentes lokas y talas viven en su propio mundo, tienen sus propias vocaciones, trabajan su propio destino kármico, similar a como lo hacemos en nuestro mundo. No es más que el egoísmo humano lo que reclama de manera imprudente que la nuestra es la única raza de seres inteligentes en el kosmos sin límites, y lo que llega incluso a negar la inteligencia y la conciencia a seres aun en otros planetas físicos. Es una posición intolerable para la mente de hombres verdaderamente pensantes, porque no se basa más que en la ignorancia y la necesidad. Nada se puede decir de tal afirmación, y todo: la lógica, la inteligencia, la analogía, la comparación del pensamiento, la intuición, todo habla en voz alta a favor de

lo contrario, proclamando que no hay un átomo de los reinos infinitos del espacio que no esté totalmente henchido con sus adecuados, y propios, linajes o razas de seres.

Les ruego que tengan estos lokas y talas en mente. Por favor, piensen en ellos siempre como pares, uno de cada uno, un loka y un tala, su correspondiente en la escala, siempre trabajando juntos, inseparables como lo positivo y lo negativo, tan inseparables como el bien y el mal, inseparables como el espíritu y la materia. Representan y, de hecho, son las dos caras del ser, no necesariamente del lado del cuerpo y el lado del espíritu, sino las dos fuerzas opuestas, los dos contrastes de la naturaleza, el lado nocturno y el lado diurno, el lado oscuro y el lado claro.

Los tres diagramas para los que ahora pido su atención son tres símbolos muy antiguos que llegaron a nosotros de los tiempos de los antiguos atlantes, y están llenos de significado sugestivo a lo largo de las líneas de nuestro estudio esta noche. Veamos primero éste: un círculo dividido por una línea de doble curvatura. Levantándose de la circunferencia y reingresando en la circunferencia, la línea procede alrededor, formando una figura, en la cual un lado está sombreado



y el otro blanco. Este es un símbolo favorito de los budistas. Se encuentra en todo el Oriente, pero en particular en los países budistas, y proporciona uno de los motivos favoritos del arte budista. Por supuesto, todo el arte budista es arte religioso. Por favor noten que tomando un lado, el lado sombreado, nos encontramos con la línea que deja la circunferencia en la parte superior, curvándose alrededor, luego curvándose de nuevo, para volver a entrar en la parte inferior de la circunferencia. Y donde vuelve a entrar a la circunferencia encontramos el lado blanco o vacío, moviéndose adelante en dirección opuesta, formando parte de la circunferencia del círculo, subiendo hasta llegar a la cumbre, y luego uniéndose a la otra línea que primero bajó desde ese punto en una línea de doble curvatura para reunirse con el punto después de formar el otro lado de la circunferencia. Estos representan los lokas y talas, o la involución de espíritu y la evolución de la materia, y, de nuevo, la ascendente, la evolución del espíritu, y de la involución de la materia, unidas e inseparables, formando una figura; el círculo también sugiere el Todo ilimitado; y el lado sombreado sugiere los talas, el lado oscuro o el lado-materia, y el lado que ha

sido dejado vacío sugiere el lado del espíritu, el gran vacío ilimitado del Todo sin límites, del Ser infinito.

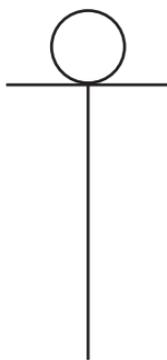
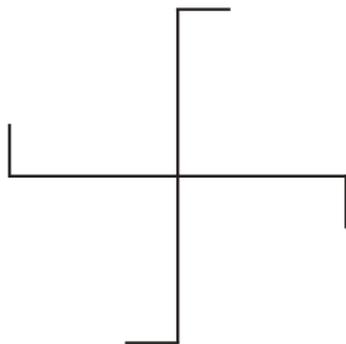
Creo que este diseño, este símbolo, es uno de los más hermosos, uno de los más sugestivos, que he conocido jamás. Cuanto más se estudia, más pensamientos sugiere. Muestra, como se dijo antes, nuestros lokas y nuestros talas inseparables e interfundionando. Muestra el descenso del espíritu, por así decirlo, y el ascenso de la materia, de forma coordinada y simultánea; y muestra la evolución del espíritu, y la involución de la materia regresando de nuevo hacia el espíritu, del que procede y lo que fundamentalmente es.

Volvamos a otro símbolo antiguo. El de la esvástica, otro símbolo favorito de los budista encontrado en todo el oriente, e incluso en todo el mundo. En primer lugar, sugiere movimiento, evolución; los brazos rotos doblados en ángulos rectos sugieren vida, movimiento, y progreso hacia delante, y muchas otras cosas.

A continuación, observen la figura de la cruz. Tenemos aquí —y ahora llegamos al significado del símbolo de la cruz, que debemos tocar ligeramente esta noche—, en primer lugar, la línea vertical, denominada el espíritu, y la línea horizontal, la materia que entra y lo atraviesa. Las dos trabajan juntas. Quéntele cualquier brazo, o bien cualquier parte de las dos líneas que hacen la esvástica, y ya no tiene una esvástica. Esto también sugiere, aunque menos intensamente, si se me permite usar esa expresión, los lokas y talas inseparablemente unidos.

Y el tercero de nuestros símbolos es el que conocen los estudiosos de hoy como la tau egipcia o cruz ansada o de asa, es también un símbolo muy antiguo que data de tiempos de los atlantes, y se encuentra en la espalda de algunas de las estatuas de la Isla de Pascua.

Noten el círculo en la parte superior de la cruz, y la línea vertical que desciende de él, simbólico del descenso del espíritu en la materia —la línea horizontal— de la esfera de lo divino. Su significado es similar al de la esvástica. Esta última, sin embargo, hace hincapié en los movimientos y las circulaciones de las conciencias en el espacio, o la evolución, mientras que la cruz ansada representa un plano más alto —los movimientos primordiales y los estados del ser cósmico.



Estos símbolos son realmente muy hermosos. No hay necesidad de manchar nuestro pensamiento advirtiendo las cuestiones de la significación fálica en la que han degradado. Ellos pueden tener esa interpretación, ya que todo se puede degradar. Toda la vida es una, y un diseño general se ejecuta a través de todo. Pero no vamos a hablar de esto. Lo principal que queremos señalar ahora es que en estos símbolos antiguos, y particularmente en esta figura budhista bipolar, bi-vital, loka-tala, la primera que hemos discutido, nos encontramos con el sugestivo esquema, la forma simbólica o paradigmática, de toda la doctrina de las esferas superiores e inferiores del ser, cósmicas o humanas, es decir, de los lokas y talas.

Hay una cosa más a la que quiero llamar su atención, por favor, y es señalar, al menos por sugestión, la perfecta coherencia de todas las ramas de la vida. ¿Cómo se puede expresar de otro modo, la perfecta unidad de los mecanismos del ser? Las circulaciones del kosmos son ejercidas no en forma casual, sino de esfera a esfera, de un mundo a otro, de plano a plano, por y a través de la conciencia, ya sean dioses, mónadas, almas, o átomos, trabajando en los diversos elementos; y más particularmente en nuestro sistema solar esto se lleva a cabo a través del sol y los planetas, sobre todo por y a través de sus respectivas atmósferas interiores, sus lokas y talas.

En el ocultismo hay siete planetas sagrados. Reconocemos muchos más que siete en nuestro sistema solar, muchos más de los que nuestros científicos reconocen, pero sólo siete planetas se consideraban sagrados. ¿Y por qué? Podemos por lo menos decir esto, que estos siete planetas son sagrados para nosotros, habitantes de este mundo, porque nos transmiten a nosotros, desde el sol, las siete fuerzas primarias del kosmos. Nuestros siete principios y siete elementos surgen originalmente de esta corriente de vida séptuple.

Pongamos esta cuestión bajo otra luz. En este plano, nuestro mundo físico, la Tierra, está sola, pero en los otros tres planos del ser, los globos de nuestra cadena planetaria, de dos en dos, no son los siete principios de nuestra tierra. Eso sería una falsa analogía, falso razonamiento analógico. Debemos tener cuidado de no dejarnos engañar por tales falsas analogías. Los siete principios de nuestro planeta son los siete lokas y siete talas pertenecientes sobre todo a la tierra; y los siete principios de cada uno de los otros seis globos de nuestra cadena planetaria son los respectivos lokas y talas pertenecientes a cada uno de ellos. Ahora bien, estos otros dos globos en cada plano de los tres planos por encima del nuestro, los que hacen los otros seis globos

de nuestra cadena planetaria, reciben su respectiva fuerza de vida, reciben su respectiva entrada de energías intelectuales, espirituales y de seres, de los respectivos lokas y talas del sol. Hay siete soles, pero sólo un sol en este plano, ya que nuestro planeta es sólo uno en este plano, el más bajo de los siete planos de cósmicos.

TREINTA Y SIETE

LA ESTRUCTURA DEL KOSMOS. LOKAS Y TALAS: PRINCIPIOS Y ELEMENTOS, MUNDOS —NO MERAMENTE ESTADOS—. EL ESPACIO, LA MÁXIMA REALIDAD.

MAITREYA: Me has descrito la esfera de toda la tierra, excelente Brahmán; y ahora estoy deseoso de escuchar un relato de las otras esferas (por encima del mundo), —la Bhuvan-loka y las demás—, y la situación y dimensiones de las luminarias celestes.
—*Vishnu Purāna*, 2, 7 (Wilson, trad.)

Ella dijo: “Yājñavalkya, de aquello que dicen que está por encima del cielo, por debajo de la tierra, que abraza cielo y tierra, lo que ha sido, lo que está siendo y lo que ha de ser, muéstrame en qué está entretejido, como la trama en la urdimbre”.

Él dijo: “Gārgī, aquello de lo que dicen que está por encima del cielo, por debajo de la tierra, que abraza cielo y tierra, lo que ha sido, lo que está siendo y lo que ha de ser, eso está entretejido en el espacio, como la trama en la urdimbre”.

“¿Y entonces en qué está entretejido el espacio como la trama en la urdimbre?”. Él dijo: “O Gārgī, los brahmanes llaman a eso el Imperecedero. . . .

“No consume nada.
Nada lo consume . . .

“Verdaderamente, oh Gārgī, eso Imperecedero es el Observador no observado, el Oyente no oído, el Pensador no pensado, el Entendedor no entendido. Con excepción de Él no hay otro Observador que él. No hay otro Oyente que él. No hay otro Pensador que él. No hay otro Entendedor que él. A través de este Imperecedero, O Gārgī, está el espacio tejido como la trama en la urdimbre [es el ESPACIO mismo]”.

—*Bṛihad-Āraṇyaka Upanishad*, 3, 8, 6-8, 11 (Hume, trad.)

SI LA Hermandad es el “acorde perdido”, éticamente hablando, en el pensamiento occidental ¿no podríamos decir que la pérdida de la idea de que el universo que percibimos o conocemos, no es más que la cáscara de las cosas, es la causa de la debilidad intelectual y espiritual de ese mismo pensamiento Occidental? Hemos perdido, como occidentales, tal vez el concepto más noble de todo el mundo antiguo, el concepto que, sin embargo, todavía existe en gran parte del mundo de hoy, y ese concepto, o conocimiento para muchos, es el hecho de que el mundo exterior, del que nuestros sentidos físicos nos hablan, no es sino la cáscara de las cosas, de la realidad,

y que la mayor parte está en el interior, detrás del velo de la existencia física. Piensen lo que eso significa. No vemos más que la cáscara, la envoltura, la concha, la piel de las cosas; pero todas las grandes fuerzas en movimiento vienen de adentro, todas las grandes circulaciones del kosmos están detrás de la apariencia, y esta verdad es el núcleo de las concepciones religiosas y filosóficas del mundo antiguo, y en gran medida forma, aún hoy en día en el Oriente y entre los llamados pueblos salvajes —herederos degenerados de una gran sabiduría del tiempo pasado— el pensamiento religioso y filosófico que los lleva a vivir y morir en paz, calma y esperanza. Y en esferas más amplias de nuestro pensamiento, debemos darnos cuenta de que si queremos comprender los grandes problemas de la vida, los grandes problemas de los diversos departamentos del pensamiento humano —la religión, la filosofía y la ciencia— hay que ir detrás de este velo externo, debemos penetrar más profundamente en el corazón de las cosas.

La idea es sublime, porque contiene los fundamentos de la exposición real de la vida, y porque es una verdadera clave para la comprensión de las ideas que motivaron las civilizaciones de épocas pasadas; y nuestra civilización nunca llegará a ser lo que debería de ser y realmente lo que está destinada a ser, hasta que este pensamiento del viejo mundo sea traído a la conciencia de los hombres. Entonces va a orientar su conducta, ya que le dará una explicación racional de los problemas del ser; y los hombres y las mujeres vivirán correctamente, porque entonces entenderán lo que el intelecto humano llama justicia, es decir, el orden, las reglas del universo entero.

Leemos de nuevo *La Doctrina Secreta*, del volumen II, página 492 [IV, 60], el mismo extracto que hemos leído en nuestros estudios anteriores, cuatro o cinco de ellos, porque todavía constituye el tema principal de lo que estamos considerando y tratando de entender:

La Doctrina Secreta señala, como un hecho evidente, que la Humanidad, colectiva e individualmente es, con toda la Naturaleza manifestada, el vehículo *a)* del Aliento del Principio Universal Uno, en su diferenciación primaria; y *b)* de los “alientos” innumerables procedentes de aquel ALIENTO Uno en sus diferenciaciones secundarias y sucesivas, a medida que la Naturaleza con sus muchas *humanidades* procede descendiendo hacia los planos que van aumentando siempre en materialidad. El Aliento Primario anima a las Jerarquías superiores; el secundario a las inferiores, en los planos siempre descendentes.

Esta noche seguimos nuestro estudio de la estructura del kosmos; y esta estructura está construida en la forma que señalamos en nuestro último estudio, es decir, por los lokas y talas. Y grande, sin

duda, fue la paciencia de todos aquí, en nuestra última reunión, que escucharon nuestro estudio, nuestro pensamiento, y se dieron cuenta de la inmensa complejidad de la primera presentación de estas cosas, que sin duda vieron que estábamos siguiendo lo más cerca posible los métodos de estudio utilizados en las antiguas Escuelas de Misterio; y uno de estos métodos era el de nunca aproximarse a un nuevo tema abierta y plenamente expresando la enseñanza acerca de él, sino empezando primero con una pista y también hablando alrededor de él, sobre él, pero nunca de una manera directa. Hay varias razones para esto, fundadas en un conocimiento profundo de la psicología humana. Todo el esfuerzo es permitir que el oyente o lector rompa sus moldes de la mente; nada tal vez, conociendo la naturaleza humana como la conocemos, antagoniza la mente humana o la hace más combativa que lanzarle una idea, por así decirlo. Pero dejen que el oyente o lector primero sienta que está tomando un pensamiento en forma indirecta, y apelando a su propio espíritu interno, porque en realidad, él quiere romper sus moldes mentales en primera instancia, y entender por su propia iniciativa, y es lo correcto. Nuestro primer deber es abrir el camino al oyente para *pensar por sí mismo*.

Esta tarde, sin embargo, habiendo seguido el método anterior, en nuestra última reunión, vamos a abordar el asunto directamente, y a aclarar la aparente confusión.

Uno de los otros métodos que hemos seguido —y que sin duda lo han notado— es el uso de la figura retórica llamada paradoja, precisamente por las mismas razones expuestas anteriormente. Debemos, ante todo, evitar la cristalización de la mente en torno a un solo pensamiento; y la experiencia ha demostrado que la mejor manera de hacerlo es primero hablar acerca de y sobre una cosa; luego, presentar un aspecto, y después, si es posible, un aspecto contrastante, la antítesis o el polo opuesto del primer aspecto; y muy pronto la mente que se somete a este proceso, se da cuenta y se dice a sí misma: “Yo no voy a dejar que mi mente cristalice este pensamiento; algo más viene, otro punto de vista. Voy a esperar, antes de juzgar”. Este proceso tiende, por encima de todo, a evitar el dogmatismo, ya sea en la religión, o en la filosofía, o en la ciencia. Y noten que es exactamente lo contrario de los métodos de instrucción tan queridos para el corazón occidental, que están fascinados dándoles entidad a las abstracciones. Esta manera de darle entidad a los conceptos abstractos es, como ustedes saben, la inclinación o el intento mental de pensar en abstracciones como entidades reales. Es exactamente lo contrario del método se-

guido en todas las civilizaciones antiguas, e incluso en el oriente de hoy, en el trato de profundos asuntos psicológicos o espirituales. Sus sabios maestros antiguos enseñaron que el darle entidad a las abstracciones distrae a la mente y la lleva lejos de las verdades originarias del ser, por que la mente se siente temporalmente satisfecha con los fantasmas en lugar de realidades, y se pierde un tiempo precioso, mientras que la misma mente se pierde en laberintos de irrealidades. Este es otro ejemplo del conocimiento profundo de la psicología humana que los antiguos maestros tenían.

Incluso en el esquema cristiano de pensamiento, encontramos a Pablo en la misma línea de la instrucción entitativa real por parábolas y tropos, a la manera antigua, en sus cartas, en sus epístolas, a las diversas llamadas iglesias. Si los exégetas cristianos, los teólogos, eran estudiantes de la sabiduría antigua, ellos sabrían por lo menos lo suficiente para no tomar las palabras de Pablo, literalmente, porque Pablo era un iniciado, como se muestra muy claro por sus escritos, no necesariamente un alto iniciado, ya que esta palabra *iniciado*, simplemente significa alguien que ha “entrado en” un sistema, y que por lo tanto tiene algún conocimiento, ha recibido uno de los aspectos por lo menos, ha pasado a través de un rito o más de la sabiduría antigua.

Ustedes saben que Pablo en su segunda epístola a los Corintios, capítulo 12, versículos 2, 3, 4, escribe lo siguiente: “Conozco a un hombre en Cristo” —noten las palabras que usó, no dice “Conozco a un amigo de Cristo”, sino que “Conozco a un hombre en Cristo”— “hace catorce años (si en cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe). Tal ser ha alcanzado el tercer cielo. Y conozco tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que ha alcanzado el paraíso, donde oyó cosas que no pueden ser divulgadas, que no le es dado al hombre expresar”.

Ahora bien, hemos hecho nuestra propia traducción de estas líneas del original en griego, y mientras que no hay necesidad de repetir las palabras griegas, deseo señalar que las palabras que Pablo utiliza aquí, “oyó cosas que no pueden ser divulgadas”, etc., etc., son las palabras sacramentales, por así decirlo, las palabras sagradas, utilizadas en las ceremonias místicas de las antiguas enseñanzas. Además, esto muestra muy claramente que este hombre era Pablo, de lo contrario no hubiera sabido nada de él.

En tercer lugar, cuando demuestra que este hombre, él mismo, había “alcanzado el tercer el cielo”, debo señalar que si nuestros teólogos sabían algo del leguaje de los Misterios, por lo menos deberían

entender que esta expresión “tercer cielo” es una antigua forma o símbolo de expresión de las iniciaciones.

Recuerden que hemos hablado en otro de nuestros estudios sobre el hecho de que a partir del cuarto grado de la iniciación, en los tiempos antiguos, al candidato se le hacía *ser* o *llegar a ser* —de momento— lo que se le había hasta entonces enseñado; se le hacía entrar en los diferentes lokas y talas y temporalmente llegar a *ser* las cosas allí *para conocerlas*. Uno de los métodos de describir este hecho era hablar de estar en el primer cielo, el segundo cielo, el tercer cielo, el cuarto, y así sucesivamente. Fue otra manera de decir, por parte de Pablo, “En mi tercera iniciación oí cosas que no se divulgan, que no les es dado al hombre expresar”.

Ahora, un ejemplo de darle entidad a las abstracciones, de darle substancia y forma a nociones fantasmales, se muestra claramente en los escritos científicos y filosóficos de nuestros pensadores europeos, cuando utilizan la palabra *espacio* en el sentido de un simple concepto. Espacio para ellos es una abstracción; para nosotros, el ser esencial, la realidad, la vida-toda. Basta pensar lo que eso significa. Espacio, *ex hypothesi*, no tiene límites, es lo que llamamos infinito; y sin embargo, escriben y hablan de él como un mero contenedor, algo finito, y hablan de las “dimensiones del espacio”. El espacio, como la vida toda ilimitada, no puede tener dimensiones. Ustedes no pueden limitarlo, o medir o calcular el infinito. Lo que quieren decir es las dimensiones de la materia, la medida. Predican una abstracción conceptual, y después proceden a dotarla de atributos finitos —dándole entidad, como se dijo antes, porque para ellos, el espacio es una simple representación mental.

Algunos de nuestros pensadores occidentales incluso hablan de la “cuarta dimensión del espacio”, implicando que hay otras más, una quinta, quizás una sexta. Ahora, nosotros no admitimos esta idea. El espacio no puede tener dimensiones. La materia puede tener sólo tres dimensiones, porque, ustedes verán fácilmente, cuando se expresan las medidas y linderos de la sustancia se manifiesta por longitud, ancho y profundidad, ustedes han cubierto todo el campo que presenta. Pero ¿qué hay en estas mentes que les induce a seguir y buscar lo que llaman erróneamente las dimensiones del espacio? Es la intuición, el reconocimiento, de mundos dentro de la corteza exterior o cáscara, de la que se habló antes. No hay tal cosa en la naturaleza como una “tierra plana”, o un mundo de dos dimensiones, o un mundo unidimen-

sional, porque cada mundo comprende todas las “dimensiones”.

Consideren lo que queremos decir cuando hablamos de principios y elementos del kosmos, como se señaló en nuestro último estudio. Los elementos son mundos, y los principios son las fuerzas espirituales, entidades, inteligencias espirituales en la raíz de ellos, que trabajan a través de estos mundos o elementos. Y ¿qué queremos decir por la palabra mundo? Queremos decir exactamente lo que en español la palabra “mundo” quiere decir. Salimos a nuestros tejados, o en las carreteras, o en un campo, y vemos lo que llamamos el universo que nos rodea, las estrellas, y el sol, y los seres de la tierra; y todo esto es un mundo. No, no es un globo. Un globo no es más que una de las entidades u organismos en un mundo. Así, en nuestra última reunión, cuando dijimos que estos lokas y talas no son globos sino mundos, quisimos decir precisamente eso. Tal vez los podemos llamar esferas, si quieren, pero no mediante el uso de la palabra “esfera”, en el sentido físico, geométrico. La usamos en un sentido más abstracto, como cuando hablamos de la esfera de actividad de uno, el ámbito musical, o el mundo musical, las esferas o mundos intelectuales o materiales. Pero la palabra “mundo” para nuestros propósitos actuales, a fin de describir estos lokas y talas, es mucho mejor. Etimológicamente, nunca trabajaría, porque esta palabra anglosajona (world) *weorold*, que significa “edad-hombre”, es decir, lo que significa la edad de un hombre, definitivamente, en aquellos tiempos, considerado como cien años y comúnmente referido, para usos literarios, como una época. Es interesante que esta palabra: “mundo”, corresponda cercanamente con el significado, o más bien con los dos significados, de la palabra griega *aion*, o eón, que originalmente significaba entre los gnósticos griegos tanto una época de tiempo, como un período de tiempo, y un ser espiritual o mundo.

Ahora bien, estos lokas y talas, si nos referimos al kosmos, *son respectivamente los principios y los elementos del kosmos*. Los lokas son los principios y los talas son los elementos. Loka significa “mundo”. Los principios, sin embargo, son tan mundos como lo son los elementos. Los principios del kosmos son mundos superiores cósmicos como los elementos son mundos inferiores cósmicos. Detengámonos un momento, y veamos que simple es realmente esta concepción. Vemos el mundo físico que nos rodea, el universo físico. Se nos ha enseñado en nuestra ciencia sagrada (es decir, en el ocultismo) que el mundo tiene siete planos. Como se señaló antes, esta palabra “plano” es un término desafortunado, en algunos aspec-

tos, porque la gente lo asocia con el significado geométrico de una superficie plana. Es un término vago, pero es conocido y por lo tanto es conveniente. Los elementos, los talas, son mundos; también los lokas lo son; ellos representan en conjunto, en otras palabras, lo que se conoce popularmente como los siete principios del kosmos. Los siete principios del kosmos corresponden en su lado-elemento a los talas; y los siete principios, per se, del kosmos, es decir, el lado espiritual, corresponden a los siete lokas.

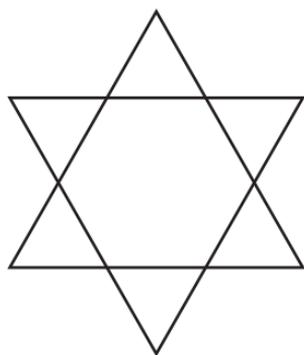
La dificultad se plantea para nosotros, quizá, porque hemos estado tan acostumbrados a hablar de los siete principios del hombre, y siendo occidentales como somos, pensamos en ellos sólo como abstracciones; acostumbrados a nuestro habito de darle entidad a las abstracciones, no los concebimos como reales, como cosas esenciales, de modo que tal vez en nuestras mentes, hemos reducido estos principios del hombre, casi a meras palabras. Pero, como se señaló en un estudio anterior, el hombre tiene siete principios y también siete elementos o vehículos en los que esos principios trabajan, cada principio en su vehículo apropiado, cada principio en su elemento correspondiente. Sin embargo, debemos considerar el kosmos exactamente de la misma manera, porque el hombre no es sino un reflejo del kosmos, él es el microcosmos del macrocosmos: “Como es arriba, es abajo, como es abajo, es arriba”.

Así pues, sabiendo que nuestro universo tiene siete planos, es decir, siete elementos desde un punto de vista, y siete principios del lado conciencia-energía, desde el otro punto de vista, ahora podemos decir con claridad que el lado del elemento, el lado del vehículo, el lado de la materia, el lado oscuro, es el lado de tala. Los siete talas son los siete elementos o mundos de materia del kosmos, y los siete lokas —que son también mundos— son los siete principios del kosmos.

Ahora bien, si fuésemos capaces de ascender a cualquiera de los elementos y principios más altos del kosmos, encontraríamos nuestro mundo actual reduplicado —con modificaciones, naturalmente—; pero cada uno de estos elementos y principios es un mundo cósmico, un tala o un loka, respectivamente.

Uno de los símbolos más interesantes que usaron los hombres del mundo antiguo, y por el cual describieron estos inseparables lokas y talas, fue llamado en Indostán el Signo de Vishṇu, el cual, por alguna razón desconocida, entre los místicos Europeos es llamado el Sello de Salomón. Este símbolo es uno de los más conocidos, familiares y favoritos del mundo asiático-europeo.

Tenemos aquí dos triángulos entrelazados, uno apuntando hacia arriba y el otro apuntando hacia abajo, inseparablemente unidos para formar este símbolo. Al separarlos, este símbolo ya no existe. El triángulo con la punta hacia arriba representa los lokas, y el otro con su punta hacia abajo, los talas. Este también es un símbolo de la evolución humana y cósmica, de la dualidad en la naturaleza, y de la interacción de las fuerzas espirituales y materiales en la vida. Si pusiéramos un punto en el centro de estos triángulos entrelazados, inmediatamente transferíamos su significado simbólico a una incipiente evolución cósmica, se convertiría, en algo así como la figura del círculo, con el punto central. Además, en los asuntos humanos, entonces sería el símbolo de lo que llamamos un Maestro. A veces, en este último sentido, está escrito de una forma más simple, como tres puntos en forma triangular. A veces también, los tres puntos tienen un cuarto punto en el centro, que no es sino una forma abreviada de esta misma figura; pero en este caso, el triángulo siempre apunta hacia arriba, ya que muestra, simbolizada, que la aspiración del hombre es hacia arriba, significando el ascenso a través de los lokas.



Esto nos lleva a nuestro siguiente punto, y es que mientras que es cierto que estos lokas y talas son “estados” en un sentido general, sólo es así en el sentido en que cielos e infiernos puedan ser considerados también estados. Son estados, por supuesto, pero también son localidades, ya que cualquier entidad en, o poseyendo, un estado, debe *estar* en alguna parte. El devachán y el nirvāṇa no son localidades, son estados, estados de los seres en esas condiciones espirituales respectivas. Devachán es el estado intermedio; nirvāṇa es el estado súper-espiritual; y avīchi, conocido popularmente como el más bajo de los infiernos, es el polo inferior de la condición espiritual. Estos tres son estados de los seres que tienen hábitat en los lokas o talas, es decir, en los mundos del huevo cósmico. Y en segundo lugar, mientras que los cielos e infiernos se consideran como estados, tenemos que recordar que el infierno o el cielo no es una condición que existe per se, como lo es un mundo. Cada uno es el estado de alguna cosa o de alguna entidad que se encuentra en ese estado, y que, por lo tanto, siendo una entidad, debe tener posición o lugar y, de acuerdo a las normas invariables que rigen el kosmos, esos estados deben asimismo

corresponder a similares entornos: en otras palabras, un ser en el cielo o en el infierno está en un loka o tala correspondiente.

Así pues, antes de cerrar esta noche, esperamos haber clarificado una cosa, y esa es, brevemente, que estos los lokas y talas son, respectivamente, los principios y elementos del kosmos, y también que cada globo en ese kosmos, cada uno posee siete lokas y siete talas. Estos lokas y talas son inseparables, y cada uno corresponde a uno similar del lado opuesto. Esto está claro, ¿verdad? Los dos más altos juntos, los dos más bajos juntos, y los intermedios igual. Por favor, recuerden el pensamiento principal, que estos lokas y talas son *mundos*. No son solamente estados, lo que no significa nada. Una entidad posee o está en un estado, pero un estado no existe per se o “por sí mismo”. Esta idea surge de la debilidad de nuestras mentes en darle entidad a las abstracciones. Un estado es una abstracción. Debe ser poseída, o desarrollada por una entidad con el fin de ser cualquier cosa.

Y, por último, por favor recuerden esto, que cada uno de estos lokas y cada uno de estos talas produce el próximo inferior de la escala a partir de sí mismo, como se ha mostrado con anterioridad cuando estudiamos los elementos brevemente. El más alto de cualquiera de la línea, proyecta, emite, el próximo inferior. Además de su característica particular propia o svabhāva, también contiene dentro de sí la naturaleza del que está por encima de él, su padre, y también emite un inferior a él, el tercero en la línea descendente. Y así hacia abajo en la escala. Así que cada uno de los principios o elementos es así mismo séptuple, conteniendo en sí mismo, los sub-elementos de aquel o aquellos de los cuales es él el reflejo que viene de arriba.

TREINTA Y OCHO

DEGENERACIÓN Y CIERRE DE LAS ESCUELAS DE MISTERIOS. SISTEMAS NEO-PITAGÓRICOS Y NEOPLATÓNICOS: FUENTES PRINCIPALES DE LA TEOLOGÍA CRISTIANA. ENSEÑANZAS ESOTÉRICAS Y EXOTÉRICAS: SIMBOLISMO.

Nunca hubo ni puede haber más que una religión universal, porque sólo una puede ser la verdad referente a Dios. Esta religión universal es a manera de una inmensa cadena cuyo eslabón superior (alfa) emana de la inmanifestada Divinidad —*in statu abscondito*, como dicen las primitivas teologías— y dilatándose por la superficie de la tierra, toca en todos sus puntos antes de que el último eslabón (omega) se enlace con el inicial en el punto de emanación. Esta divina cadena engarza todos los simbolismos exotéricos cuya variedad de formas en nada afecta a la substancia y sobre cuyos diversos conceptos del universo material y de sus vivificantes principios permanece inalterable la inmaterial imagen del esencial Espíritu. . . .

Así es que todos los monumentos religiosos de la antigüedad, sin distinción de país ni clima, expresan idéntico pensamiento cuya clave da la doctrina esotérica.

—*Isis sin Velo* I 560-61 [II. 352-4]

Se infiere de todo esto que el cristianismo oficial de la época de Constantino derivó de las numerosas y antagónicas sectas del primitivo, que a su vez nacieron de padres paganos.

—*Ibíd.*, II, 334 [Volumen III. 456]

Pero afirmar que el cristianismo comunicó al hombre las verdades morales previamente desconocidas, argumenta, por parte del afirmador, ya sea una ignorancia total, o bien un fraude intencional.

—H. T. BUCKLE, *Historia de la Civilización en Inglaterra*, I, 129

PROBABLEMENTE HAY pocas cosas que irriten tanto a los seres humanos como los diversos temas involucrados en cuestionar una religión aceptada. Fuera del hecho de que todo el mundo sabe que las guerras religiosas siempre han sido las más sangrientas y más amargas de la historia, incluso en la vida ordinaria, si las creencias religiosas de un hombre, o incluso si sus puntos de vista religiosos más vagos, se ven afectados negativamente, se despierta en él un sentimiento de antagonismo. En hombres y mujeres bien educados este antagonismo no va muy lejos, porque están dispuestos a conceder al otro una visión diferente de la suya, pero, tristemente, parece que hay muy poca educación en cuestiones de sentimiento religioso. A nadie le gusta sentir que su religión es objeto de des-

precio o burla, porque, naturalmente, para él su religión es la “verdadera religión”. Siempre ha sido así entre los fieles de cualquier religión. Sólo los más sabios están dispuestos a ver el punto de vista que su semejante ve, y considerar ese punto de vista honestamente, deseoso de llegar a algún conocimiento de lo que el crítico o el propio vocero cree o ve.

Esto es especialmente así en todas las distintas ramas del pensamiento occidental religioso, derivado, como sabemos, del cristianismo y del judaísmo. Las antiguas religiones, las religiones del mundo antiguo, tenían sus mitologías populares en las que la gente creía; y algunas de estas viejas religiones todavía existen hoy en el Oriente y otros lugares. Pero incluso entre quienes no fueron iniciados en los Misterios, los cuales le daban a los hombres una visión más amplia de la verdad y un conocimiento más profundo de la naturaleza humana, incluso entre aquellos que no tenían nada por lo cual vivir, salvo las diversas mitologías, y que hoy no tienen nada por lo cual vivir excepto las diversas mitologías, en todas estas religiones, a excepción de los cristianos, hay una sensación entre sus seguidores de que el otro hombre puede saber algo de valor también. A menudo me he preguntado en qué medida este espíritu de antagonismo cristiano y casi-judío contra la creencia de otro hombre realmente existe entre nosotros en el Movimiento Teosófico.

Este espíritu de intolerancia religiosa, por supuesto, ha dado lugar, como todos sabemos, a diversas persecuciones religiosas, a diversas torturas —físicas o de otro tipo— y acciones inquisitoriales de los fanáticos en el poder temporal. No encontraremos nada de eso en ninguna de las religiones antiguas del mundo, ni en el presente ni en el pasado. ¿Por qué debería haber sido así y todavía es así en la religión de Occidente? Como se dijo antes, debe sin duda estar en el hecho de que los partidarios de la misma han perdido la clave para el conocimiento interno de sus propias creencias religiosas, y esto data desde muy atrás. Encontramos a Gregorio Nacianceno, canonizado como uno de los santos de la Iglesia cristiana, escribiéndole a Jerónimo, otro santo de la Iglesia, su amigo y confidente, sobre la forma en que las doctrinas deben ser enseñadas, y esto es lo que dice:

Nada se impone más en las personas que la verborrea, porque entre menos entienden más admiran. Nuestros padres y maestros a menudo nos han enseñado, no lo que pensaban, sino lo que la necesidad y circunstancia los ha obligado a decir.

Si comparamos esto con el espíritu que motivó las grandes reli-

giones del pasado, nos damos cuenta de que entre los iniciados de las últimas, la mera expresión de un pensamiento que en su sentir era contrario a la verdad, era pronunciado en perjuicio de la propia alma de un hombre, que vivir como “sepulcros blanqueados”, para usar el símbolo cristiano, es decir, viviendo como hipócritas, viviendo una mentira, era considerado como una de las cosas que más eficazmente consumía el alma de un hombre, que se comía el centro de su ser, y lo hacía totalmente inadecuado, no sólo para una apreciación de los misterios más profundos que se encuentran en la naturaleza y dentro del hombre mismo, sino también incapaz de someterse a la menor de las pruebas anteriores, los experimentos reales de las ceremonias de iniciación.

Incluso en el momento en que la religión cristiana se supone que primero comenzó su carrera, a pesar de que los Misterios, los sistemas de iniciación, se habían degenerado mucho, todavía mantenían más o menos el fuego espiritual ancestral y las verdades antiguas. De tal manera que a un emperador romano, Nerón, el amo del mundo occidental, se le dijo en su cara que no era apto para pasar los ritos en Eleusis, y no se atrevió a ir allí para ese propósito. Y Nerón no era un hombre tan malo como sus críticos cristianos han tratado hacer de él. No tenemos ningún deseo de encubrir un personaje negro, pero no lo era en absoluto, y lo repetimos, no era tan negra su vida o las cosas que hizo, como la de algunos hombres que pasan el examen como santos casi canonizados en las listas hagiológicas de la cristiandad.

Durante mil años, a partir de la época de Pitágoras y terminando en la época de Justiniano, la noche de un ciclo oscuro estaba empezando a establecerse en el mundo; y este período se corta por mitad más o menos al momento en que se supone que el nacimiento de Jesús tuvo lugar. Pitágoras vivió en el siglo VI antes de comenzar la reputada era nuestra, es decir, la época actual que es aceptada por los pueblos occidentales; y Justiniano vivió en el siglo VI después del comienzo de esta era; y fue en su época, y por su orden, que la última de las Escuelas de Misterios se cerró en Atenas, y siete hombres huieron, al verse en peligro sus vidas, a la corte de Cosroes el Grande, rey de Persia, para vivir en paz y con dignidad y honor en su corte hasta que, debido al giro de la rueda de circunstancias, Cosroes, vencedor en su guerra contra Justiniano, como una condición de paz que Justiniano había comprado con dinero, dejó establecido que a estos siete filósofos se les permitiera regresar a su país en paz, y vivir en paz, y morir en paz, y así fue.

Comparen ese noble espíritu con el espíritu manifestado en el otro lado, y ustedes tendrán una visión ligera de la inspiración que habitaba en lo que se llama la vida de iniciación antigua, y del espíritu que se cernía sobre el mundo occidental desde el año uno de nuestra época, llamada, la era cristiana.

Esto no significa que se arroje la menor difamación sobre el carácter del llamado Jesús. Ni una sola palabra debería un teósofo verdadero nunca decir en contra del carácter de ese hombre grande y noble, o en contra de las enseñanzas que se supone emanaron de él personalmente. Pero es probable que el esfuerzo teosófico que Jesús intentó iniciar no duró ni cincuenta años después de su muerte. Casi inmediatamente después de su muerte, sus discípulos, todos hombres medio instruidos, y en algunos casos casi iletrados —cuando digo “medio instruidos” me refiero a tener muy poco conocimiento de las enseñanzas que su gran maestro intentó darles—, le impusieron al mundo de su tiempo las formas y las creencias del cristianismo temprano; y si no hubiera habido nada más que esto, ese sistema religioso no hubiera vivido cincuenta años más. Pero, ¿qué pasó? Durante la llegada del ciclo de oscuridad después de Jesús (que comenzó, como antes se dijo, durante el tiempo de Pitágoras), los últimos pocos rayos del sol poniente de la luz antigua brillaron débilmente en las mentes de algunos de estos padres de la Iglesia, Clemente de Alejandría, por un lado, y Orígenes de Alejandría, por el otro, y en uno o dos más como estos, que se habían iniciado por lo menos en los más bajos de algunos de los misterios paganos para entonces degenerados; y estos hombres entraron en la iglesia cristiana e introdujeron una pequeña cantidad de esa luz, algunos rayos pobres de ella, por así decirlo, que ellos todavía apreciaban, y estos rayos los derivaron ellos principalmente de los sistemas neopitagóricos y neoplatónicos.

La gente habla del cristianismo como si fuera completamente derivado del judaísmo. Muy poco lo es. Es, en su teología, casi en su totalidad, derivado del pensamiento griego incomprendido, sobre todo, como se ha dicho, de los sistemas neopitagóricos y neoplatónicos, y esto es evidente para cualquiera que lea los escritos de aquellos que son llamados los grandes doctores de la teología cristiana, como Dionisio, el llamado Areopagita, cuyo sistema es, en esencia, todo tomado de la filosofía neoplatónica. Principalmente derivados de él, también, son la presente norma de obras teológicas de la Iglesia de Roma: me refiero a las obras de Tomás de Aquino. Estos son hoy la norma por la cual la teología de Roma se rige y se establece

cuando puntos en disputa se resuelven judicialmente. Y, sin embargo, mientras esto es así, y aunque mucho de lo que fue tomado por los primeros padres cristianos siguen siendo factores y palabras en la teología cristiana, se han olvidado por completo del espíritu de estos pensamientos de los primeros paganos; y de que la religión hoy se encuentra reducida a un sistema de formas y ceremonias, en su mayoría.

Ahora bien, esta es la situación a la que nos enfrentamos en Occidente, y por encima de todo, es nuestro deber traer de nuevo la antigua vida espiritual, el fuego espiritual antiguo, el fuego sagrado de los antiguos días, a nuestros semejantes: no haciendo el mundo pagano de nuevo —si podemos usar el término pagano, en el sentido de restablecer la mitología griega o romana, no del todo, ni para que sea budhista en el sentido de introducir la religión budhista actual, ni brahmánica, ni zoroástrica; porque todas estas, a su vez, están más o menos degeneradas—, sino para traer la esencia de la verdadera religión, las verdades vivientes, que todos los grandes maestros del mundo desde tiempo inmemorial han enseñado.

Los cristianos dicen que la sangre de los santos, la sangre de los mártires, es la “semilla de la Iglesia”. Vivamos de tal manera que nuestra vida sea la semilla de la gran iglesia o hermandad del futuro. La ética se encuentra en la raíz de todo; la ética, en el corazón y la mente del hombre, es la luz espiritual que brilla a través de su intelecto. Es una guía, una luz para nuestros pies cuando se practica con honestidad, constante, dándole paz infinita al corazón humano. Cuando decimos ética y moral no nos referimos a los sistemas convencionales sólo de conducta correcta, aunque estos pueden ser buenos también. Nos referimos al cultivo de la comprensión, del instinto que vive en el alma del hombre, de su percepción intuitiva, de que lo correcto es correcto, y lo errado es errado, fuera de cualquier sistema convencional de ningún tipo, y de que si un hombre se equivoca, trabaja, no sólo para enmendar su error, sino para también enmendar el de los demás con los que está indisolublemente unido.

Hemos estado estudiando en nuestras últimas reuniones el tema de los *Dioses*, las *Mónadas* y los *Átomos*, y hemos visto que estos están relacionados a, y son causantes de, la evolución del kosmos por su interfuncionamiento con los lokas y talas; y hemos visto que estos lokas y talas comprenden la estructura, el marco, la carpintería, del universo, que ellos llenan el espacio, y que de hecho son el espacio mismo. No hay, en el sentido absoluto, un punto vacío en ningún lugar. Todo ser está henchido con una multitud de entidades en los

diversos y múltiples grados de desarrollo en que se encuentran. Pero todos siguen ciertas reglas generales de orden, ciertas operaciones fundamentales del kosmos, que se denominan en el lenguaje popular, las leyes naturales. Hemos visto que el lado conciencia-energía es el lado de los principios, y que el lado materia-prakṛiti, o el lado-elemento, es el lado de los talas, ya que los primeros —los principios— son el de los lokas. Y sin embargo estos son inseparables, estos lokas y talas, cada uno implicado con cada uno, los dos más altos juntos, y los dos más bajos juntos, y aquellos de en medio de manera similar, de dos en dos, tan inseparables como los dos polos de un imán (no se puede tener un imán con un solo polo); inseparables también como el bien y el mal, como lo son la luz y la oscuridad. De hecho, estos lokas y talas son una expresión cósmica de lo que llamamos el sistema de opuestos, de contrarios, que es otra manera de expresar la dualidad en la naturaleza. Están vinculados entre sí desde los de más arriba o parte más alta, descendiendo hasta los más bajos, y es pasando por estos principios y elementos, a través de estos lokas y talas, que las olas de vida, las corrientes de seres, experimentan su evolución, adquieren su experiencia. No hay separaciones o vacíos entre las huestes de las diversas jerarquías en el kosmos, que es otra manera de expresar la misma cosa. Se mezclan unos con otros, digamos, si les parece, al menos como una primera sugestión para su entendimiento. Se mezclan por y a través de sus atmósferas, la atmósfera más exterior de una interpenetrando e intermezclándose más concretamente con la atmósfera exterior de su loka o tala superior, o inferior, según sea el caso, y la idea aquí es de “atmósferas” o auras *una dentro de la otra*, internamente, no sólo las uniones mecánicas de las atmósferas en cualquier plano.

Estas huestes innumerables, este enjambre de seres, que llenan el espacio y *son el espacio mismo*, trabajan hacia abajo a lo largo del arco de las sombras en su llamado descenso en la materia; y luego, cuando han alcanzado la parte inferior del gran ciclo en cualquier Manvantara, ellas regresan, porque, tras haber alcanzado el punto más bajo posible en cuanto a la jerarquía, ya no pueden ir más abajo. Esta es una cuestión que debemos abordar con más detalle en el futuro. Por favor acéptenla por el momento como una proposición. Así, después de haber llegado a ese punto final, el punto máximo de materialidad, en este ciclo particular de evolución material e involución espiritual, regresan y empiezan el curso hacia el hogar, “ascendiendo” a través de los lokas y talas tal como “bajaron” a través de ellas, y este ascenso

es la involución de la materia y la evolución del espíritu o, para decirlo en otras palabras, la cuestión se resuelve de nuevo en el espíritu que fundamental es.

No hay ninguna diferencia en el ocultismo entre fuerza y materia, excepto en el grado de materialidad o magnitud; no hay diferencia alguna en cuanto a tipo. No hay ninguna diferencia entre espíritu y sustancia, excepto en grado, no hay diferencia de naturaleza en absoluto. Ambos son fundamentalmente uno; y las dos, cuando los largos años del ciclo manvantárico se han terminado, se hunden de nuevo en el seno infinito del gran Vacío, el mahā-śūnyatā, es decir, regresan de nuevo al kosmos sin límites de los reinos espirituales, que esta “vacío” para nuestra naturaleza inferior, pero que en realidad es un inefable Pleroma o Plenitud para el ojo divino dentro de nosotros.

Es a través del trabajo y de la interacción respectivamente de los dioses, las mónadas, las almas y los átomos, que los globos de nuestra cadena planetaria y de cualquier otra cadena planetaria, y los varios lokas y talas pertenecientes a ellos, llegan a ser. Estos últimos son los vehículos de los primeros: los vestidos de luz, si se quiere, en los planos superiores, y sus cuerpos, así llamados, en los planos inferiores. Se proyectan, se lanzan fuera, se arrojan afuera, emanado, de estos dioses, mónadas, almas, y átomos. Por favor, recuerden que cuando decimos átomo, no queremos decir el átomo químico del pensamiento científico moderno. Ese átomo es, como se dijo antes, más bien un agregado de elementos atómicos. Se entiende por el término una entidad vital-astral. En el corazón de él está su mónada. En el corazón de la mónada está dios, y ese dios no es más que un rayo de la cumbre suprema de la jerarquía a la que pertenece.

Ahora, cualquiera de tales jerarquías no es sino una de una multitud interminable de otras similares a ella; sí, hay otras mucho más grandes que ella, sin importar qué tan grande pueda hacerla su imaginación, que ella misma, por comparación, no parezca más que un grano de arena en las orillas de un mar infinito. Es así, incluso en los espacios exteriores de la astronomía que los instrumentos de los astrónomos pueden, o por lo menos intentan, penetrar. Hay kosmoi, kosmos en plural, tan muchísimo más grandes que nuestro propio kosmos universal (que comprende todo lo que está dentro de la zona de la Vía Láctea), más allá de nuestro universo, que nuestro kosmos universal entero podría ser colocado en uno de ellos y perderse; y, por otro lado, hay un universo real en el núcleo de cada uno de los átomos más pequeños de nuestra estructura física, un universo real lleno con

sus propias jerarquías, lleno de sus infinitas huestes de seres.

Recuerden, por favor, que masa, volumen, tamaño, no tienen nada que ver con la conciencia, o con la fuerza. Y aún más grande que ese pensamiento es el siguiente: que los mundos que vemos, el universo que vemos, no son sino la piel, la cáscara, la concha de la mayor parte que se encuentra adentro. Vemos las cosas que nos rodean; estas son repetidas por el reflejo de lo que está adentro: “Como es arriba es abajo, como es abajo es arriba”.

Estábamos hablando de las iniciaciones y Misterios hace unos momentos, y tal vez algunos se han preguntado: ¿No han quedado registros de estos? Hay muchos, pero, por desgracia, la gente no sabe cómo encontrarlos. El académico ordinario toma estas declaraciones que se encuentran en sus libros como simples ejemplos, muestras, más bien, de lo que él llama la “superstición sin precedentes de los siglos pasados”. ¡Él lo sabe todo! Nuestro pequeño mundo mental de 100 o 150 o 200 años es el *summum bonum*, el *non plus ultra*, para esas mentes; todo lo que precedió a ese corto período fue ignorancia y superstición; pero hay algunos hombres y mujeres que tienen intelectos superiores a esos, intuiciones más vivas que ellos, y han sentido y visto por lo menos algo de la verdad en la lectura de estos registros de los tiempos pasados.

Yo personalmente he visto declaraciones en tales registros antiguos que son increíblemente audaces y abiertas. Por ejemplo, hago mención de cosas que se encuentran en artículos o poemas escritos por el profesor Kenneth Morris, en estos casos, tomados de los antiguos escritos de Gales, y me he maravillado de que tales cosas se dejaran abiertas, simplemente me he maravillado; pero cuando se lee un poco más encontramos que la alusión está magistralmente entretejida con temas afines, ciertos pero que no tienen relación directa con esa estrella resplandeciente de luz que brota a la vista aquí y allá, que estos otros temas afines en realidad esconden la estrella esotérica de la luz, y nuestro lector moderno simplemente lee en tal caso como si fuera un magnífico poema moderno, y no ve nada más.

Voy a dar otro ejemplo. El profesor Osvald Sirén, en una muy interesante conferencia que dio del arte budhista chino hace unos días, dos o tres veces, quizás, se refirió a dos cosas que son muy interesantes, y se colocaron en relación directa. ¿Recuerdan que nos dijo en su descripción de las diversas posturas de las estatuas de buddhas y bodhisattvas, que los bodhisattvas llevaban lo que él llamó “corona”, y que llamó la atención sobre los adornos de la cabeza, representados en

las estatuas de los buddhas, y los llamó el *ushñisha*. Esta es una palabra en sánscrito, y proviene de la raíz sánscrita *ush*, que significa “estar tibio”, “estar caliente”, “estar flameando” o “ardiente”. Ushñisha también se utiliza en el sentido de “turbante”, porque estos tocados en particular se parecen un poco, a un turbante. Es de forma cónica espiral, algo así como la concha espiral de algunos caracoles.

Uno de los aspectos más interesantes e instructivos del pensamiento antiguo —y lo debería de ser de nuestros estudios también— es el de la simbología. Se ha dicho con mucha veracidad que una vez que un pensamiento esotérico ha sido expresado verbalmente o por escrito, es exotérico. Por supuesto que es cierto. Eso es un hecho. Pero no perdamos de vista otro hecho, que si bien una cosa, una verdad esotérica, puede ser proclamada desde las azoteas, *a menos que sea entendida* sigue siendo esotérica; aunque en su forma, formalmente, sea exotérica.

Creo que fue Aristóteles quien utilizó por primera vez estas palabras, “esotérico” y “exotérico”, es decir, aquello que es interior, y lo que es exterior y formal. Por supuesto, esta distinción es verdadera; sin embargo, si se examinan las literaturas, la simbología de las literaturas antiguas, la filosofía y las ciencias, con el entendimiento que nos da las enseñanzas esotéricas, se encontrará que mientras el simbolismo es exotérico, porque ha sido publicado, todavía permanece esotérico, porque no ha sido explicado, su significado todavía está escondido.

Ahora hagan el favor de recordarles en sus mentes que hace dos años, creo que fue, se habló del hecho de que prácticamente toda la vida del mundo antiguo en todas sus ramas, religiosa, científica, filosófica, social, política, y todo eso, estaba en última instancia, basado en los conocimientos derivados de los Misterios. Este hecho es tan verdadero y llega tan lejos su alcance que, por ejemplo, incluso el temido castigo de la crucifixión de los persas, cartagineses y romanos, un castigo al que sólo extranjeros y delincuentes estaban sujetos, en los primeros tiempos, como forma, surgió en las ceremonias de iniciación.

Regresando al tema de la “corona” y el *ushñisha* sobre las cabezas de los buddhas: la corona, ustedes recordarán, era el signo simbólico de alguien que había pasado un cierto grado de iniciación. El que era “coronado” era un iniciado de un cierto grado; y esto se expresa diciendo que llevaba una corona. Este uso de coronas ha pasado en nuestra propia vida en Europa. Los reyes son coronados, y en sus

coronaciones ellos ignorantemente repiten, una muy, muy antigua ceremonia, que significaba entonces mucho, y que hoy no significa nada. Y el ponerse o usar coronas, al menos como una decoración en los anillos o en papel de carta, todavía lo mantiene la nobleza europea en forma de pequeñas coronas, tiaras o diademas. Originalmente significaba que quien estaba autorizado para utilizar una u otra de estas diversas coronas había pasado un cierto grado de iniciación, y en algunos casos, era un iniciado muy alto. Los bodhisattvas eran los que se coronaban *con el fuego búddhico*, que fue simbolizado por el uso de una diadema o una corona, o algo similar. La corona, en realidad, si se examinan sus formas más antiguas en iconografía, podrán ver, evidentemente, se originó en dos ideas, una de las cuales era el sol, utilizado como un símbolo, con sus rayos esparciéndose, hasta tal punto que algunos de los estudios u obras de arte de fines de la última época de los tiempos antiguos, la de los romanos, muestran uno o más de los emperadores, por ejemplo, con un halo o una aureola en la parte posterior de la cabeza de los que salen picos hacia fuera, haciendo una corona o representando los rayos solares. El rito solar, si se quiere llamar así, era lo que con ello se simbolizaba, y el halo o aureola en la parte posterior de las cabezas de las estatuas de buddha, un símbolo de hecho copiado también por los cristianos, se originó en un hecho bien conocido por los antiguos, del que incluso se hablaba en la literatura exotérica tal como ha llegado hasta nosotros. Este hecho —y esta es la segunda idea o verdad mencionada— es que un santo, como los cristianos dirían, o un hombre santo, como nosotros lo decimos, es decir, uno que está en el estado de samādhi profundo, tiene su cabeza rodeada de estos flujos áuricos, estos rayos del fuego interior vital, que forman un esplendor alrededor de su cabeza, y a veces incluso en todo el cuerpo. Salen hacia arriba a raudales de la parte posterior de la cabeza, a menudo representado simbólicamente en la iconografía de buddha como una sola llama brillante elevándose hacia arriba en la parte superior del cráneo. En este caso, quizás se pueda encontrar que la ushṇīsha está ausente, y su lugar es tomado por esta llama que brota de la parte superior de la cabeza, una representación simbólica del fuego del espíritu y del despertar y la actividad de la facultad búddhica en la cual está el hombre en ese momento.

Ya ven lo hermoso que son estos pensamientos, lo mucho que hay tan sólo en el estudio de la simbología externa de estas antiguas creencias. ¡Cuántas veces he escuchado a los occidentales burlarse de este

ushñisha, ridiculizarlo con un sarcasmo, más o menos suave. Esta burla viene de una falta de comprensión. Vale la pena; incluso al ponerlo en el plano personal, egoísta, ¡vale la pena entender y estudiar la simbología! Hay otra explicación de ushñisha, la más secreta de todas, que hemos mencionado, pero que pasamos por alto en la actualidad. Se refiere a la creencia popular de que ushñisha es una excrescencia o protuberancia del cráneo.

Ahora, hay unas cuantas cosas más que debemos inaugurar esta noche como preludeo e introducción al principio de nuestro estudio, cuando nos volvamos a encontrar. Permítanme leer primero de *La Doctrina Secreta*, volumen I, página 569 [II, 265], el siguiente extracto:

. . . los antiguos Iniciados, a quienes seguía más o menos de cerca toda la antigüedad profana, significaban por la palabra “*ÁTOMO*”, un Alma, un Genio o Ángel, el primer-nacido de la CAUSA por siempre oculta de todas las causas; y en este sentido sus enseñanzas son comprensibles. Ellos aseguraban, al igual que sus sucesores, la existencia de Dioses y Genios, ángeles o “demonios”, no fuera, ni independientes del *Plenum* Universal, sino dentro del mismo. Sólo este *Plenum*, durante los ciclos de vida, es infinito.

Estamos próximos a cerrar nuestro estudio esta noche, pero vamos de nuevo a señalar que cuando usamos el termino *átomo*, como H. P. Blavatsky siempre lo utiliza, lo empleamos como, y le damos el mismo significado general que, los antiguos filósofos griegos le dieron, de los cuales se deriva la palabra. Si ustedes recuerdan, significa “eso que no puede ser dividido”; de modo que, entonces, fue la partícula fundamental de la sustancia, y este átomo indivisible no significa en absoluto el átomo en nuestro sentido moderno, científico y químico. Significaba más bien lo que hemos llamado la mónada, que era el nombre dado al Uno espiritual por Pitágoras, y significaba exactamente lo mismo que el átomo originalmente significaba, la palabra utilizada por los antiguos atomistas griegos, como Demócrito, Leucipo, Epicuro y Lucrecio, de Italia, y como ellos, aunque el sentido atomístico era más materialista que el nuestro. Además, con frecuencia, esta palabra átomo es utilizada por nosotros en un sentido general. Hemos hablado del sol como un átomo, y hemos hablado de la tierra como un átomo, y hemos llamado la atención sobre el hecho de que los antiguos hindúes en sus escritos llamaban a Brahmā (la tercera hipóstasis, por decirlo así, del divino Brahman) el átomo cósmico. La idea es que este átomo cósmico es “el huevo de Brahmā”, del cual el universo brota como un ser manifestado, así

como del huevo sale la gallina, que a su vez pone otro huevo. Cada uno de estos huevos cósmicos o universos da a luz, después de que su período de reposo ha terminado, a sus propios hijos, cada uno de los anteriores derivados en forma similar de su propio huevo manvantárico anterior.

Y una doctrina común entre los antiguos de todo el mundo, en Indostán, o en Grecia o Roma, donde quiera que haya sido, era, como lo es tan bellamente expresado en un poema de Cleantes, el estoico: “Zeus es todo lo que es. Cualquier cosa que vemos, o sabemos, o percibimos, o sentimos, es Zeus. Zeus es todo adentro y todo afuera”. Por lo tanto, no es un átomo, sino Zeus, como también todas las potencialidades del kosmos infinito, todos los kosmoi; porque cada universo o kosmos no es más que uno de los grandes enjambres incalculable de seres vivos que llenan los espacios del ESPACIO sin fin y sin principio.

TREINTA Y NUEVE

TEOSOFÍA Y OCULTISMO. OCULTISMO: LA QUINTAESENCIA DE LA VERDAD, LA REALIDAD; UN TODO COMPLETO. OCULTISMO Y RESPONSABILIDAD MORAL. NUESTRO SISTEMA SOLAR: UN ÁTOMO CÓSMICO, HUEVO DE BRAHMĀ.

Es fácil llegar a ser teósofo. Cualquier persona de una capacidad intelectual promedio, y una inclinación hacia la metafísica, de una vida pura, generosa, quien encuentra más gozo en ayudar a su vecino que en recibir ayuda; uno que está siempre dispuesto a sacrificar sus propios placeres en aras de otras personas, y que ama la Verdad, Bondad y Sabiduría, por su propio bien, no por el beneficio que le puede conferir, es un teósofo.

Pero muy distinto es entrar en el sendero que conduce al conocimiento de lo que debe hacerse, discerniendo acertadamente entre el bien y el mal; un sendero que también conduce al hombre al punto en que le es posible hacer el bien que desea, sin ni siquiera a veces levantar en apariencia un dedo de la mano.

—H. P. BLAVATSKY, “Ocultismo Practico”, *Lucifer*, II, 150

El ocultismo no es la adquisición de poderes, ya sean psíquicos o intelectuales, aunque ambos son sus servidores. Tampoco es el Ocultismo la búsqueda de la felicidad, tal como los hombres comprenden la palabra; porque el primer paso es el sacrificio, la renuncia es el segundo.

—*Lucifer*, I, 7

Nuestra filosofía de la vida es un gran todo, cada parte necesaria y acoplándose en cualquier otra parte. Cada una de sus doctrinas puede y debe ser llevada a sus últimas conclusiones. Su aplicación ética debe proceder de manera similar. Si entran en conflicto con viejas opiniones deben ser desechadas. Nunca puede entrar en conflicto con la moral verdadera. . . . El espíritu de la Teosofía debe buscarse; una sincera aplicación de sus principios a la vida y a la manera de actuar deberían buscarse. Así, la Teosofía mecánica, que inevitablemente nos lleva —como en muchos casos ya lo ha hecho— a la negación de la fraternidad, sería imposible, y en su lugar habría una Teosofía viviente, real.

—WILLIAM Q. JUDGE, *El Sendero*, X, 235

. . . Tcharaka, un médico hindú, de quien se dice que vivió 5.000 años A.C., en su tratado sobre el origen de las cosas, . . . así se expresa bellamente: “Nuestra Tierra es, como todos los cuerpos luminosos que nos rodean, uno de los átomos del inmenso Todo del cual mostramos una ligera concepción al llamarlo: el infinito”.

—*Isis Sin Velo*, I, 560 [II 353]

OCULTISMO, COMO los Maestros y H. P. Blavatsky nos lo han dicho, es la sublime sabiduría entregada a las primeras razas de la humanidad, por seres elevados de otros lokas; y mientras que en nuestros tiempos modernos a esta sabiduría se le ha dado el nombre de ocultismo, que es *la ciencia de las cosas que están secretas o escondidas*, y mientras que el nombre tiene su correspondencia en otros idiomas, como en el sánscrito *gupta-vidyā*, en la forma que se ha presentado al público en nuestra época, se llama teosofía. Uno puede preguntarse: ¿Hay alguna diferencia intrínseca entre la teosofía y el ocultismo? Creo que podemos decir muy equitativa y justamente que no la hay, que, fundamentalmente, las dos son una, dos nombres para una cosa. Pero H. P. Blavatsky, muy sabiamente hace una distinción, superficial si se quiere, pero conveniente, entre ocultismo y teosofía, y esta distinción se pensó en relación con los tres tipos de miembros del Movimiento Teosófico: en primer lugar, los miembros de la Sociedad Teosófica, que no son ni teósofos ni ocultistas necesariamente, son esos que admiran nuestra plataforma amplia y universal, que están en simpatía con los ideales que establece la Teosofía, que se han unido al grupo con nosotros, y trabajan con nosotros. La segunda clase comprende los que son más que miembros de la Sociedad Teosófica, son los que estudian ciertas y particulares doctrinas, que en nuestro tiempo han sido llamadas teosóficas, y que representan la doctrina del ojo, como Gautama Buddha la llamó. Dicho de otro modo, la publicación por el bien público de ciertas doctrinas escogidas y elegidas de ocultismo, aptas para la difusión pública en nuestra época. Por último, los que se han entregado a sí mismos, en un grado más grande, más profundo y más sincero de lo que lo han hecho las otras dos clases, a esa sublime sabiduría que ha llegado hasta nosotros desde tiempos inmemoriales como la revelación, si podemos usar esa palabra, de las verdades del kosmos, y por supuesto del hombre como una parte del mismo.

Esto, entonces, es la distinción, tal como es, entre la teosofía y el ocultismo. Las doctrinas teosóficas son más generales para el público, pero sin embargo han sido escogidas de las doctrinas del ocultismo; son las doctrinas más aptas para la difusión pública en nuestra época, como ya se dijo.

Ahora, la parte lamentable de este asunto es la siguiente: todo lo que es de naturaleza humana, o que brota del corazón o del cerebro de la humanidad, está sujeto de hecho a la imitación, o incluso a la degeneración; y consecuentemente el nombre ocultismo, un nombre

verdaderamente noble en su verdadero significado, suele ser mal empleado, mal entendido, incluso de una manera infame, repetido en los periódicos, y pasa de boca en boca significando un poco más que las llamadas doctrinas psíquicas o las doctrinas de las maravillas de las que el público se alimenta con avidez. Ese uso es una degradación del sentido original. Todas las cosas que realmente satisfacen el corazón y la mente del hombre deben por necesidad ser verdaderas en cierto grado, de lo contrario no podrían satisfacer como lo hacen; pero, como todos sabemos, las mentes y los corazones de los hombres a veces se alimentan de cáscaras, tal como se expresa en el Nuevo Testamento cristiano: se alimentan de hojas que comen los cerdos. Ustedes saben lo que significa la expresión simbólica del cerdo. Hemos hablado de esto antes, así que no necesitamos ahora referirnos a ella de nuevo. Pero el punto que quiero recalcar en nuestras mentes, en este contexto, es que el ocultismo es la exposición de la esencia, la quintaesencia de la verdad, de la realidad. No puede ser estudiado solamente por la mente superior, ni tampoco puede ser estudiado sólo por aquellas otras facultades en el hombre que se clasifican bajo el título genérico de “sentimientos”. Debe ser estudiado como un todo completo, y responde plenamente a todas las demandas espirituales y psicológicas de la composición del hombre, por lo que es total y absolutamente satisfactoria. Proporciona al hombre no sólo una base para el más noble sistema de ética que el mundo conoce, sino que describe lo que esta ética es, y en qué está fundamentada, y a lo que la práctica perfecta de ella conduce. Y que conduce, se nos dice, por ese camino viejo, pequeño, del que hablan los Upanishads —pues aquellos que lo siguen finalmente entran en conexión directa y en confabulación con los dioses de los ojos calmados que son todo sabiduría, porque ese camino nos lleva directamente al corazón del universo— el “corazón” en el sentido místico y esotérico: a esos lugares, a esas regiones espirituales, súper-espirituales y divinas, regiones donde está el núcleo del ser de cada uno de nosotros.

Las grandes religiones del presente y de los tiempos pasados han brotado de las doctrinas del ocultismo; cada una de esas religiones en su etapa germinal, en sus comienzos, fue el brote espiritual de un noble y gran hombre, uno de los Maestros, de hecho, que enseñó al público durante un período en particular, cuando apareció entre los hombres abiertamente para su salvación, dando de nuevo, una vez más, las antiguas verdades, o, tal vez, una versión más reciente de la luz antigua en ellas, esclareciendo los grandes problemas sobre el

kosmos y el hombre, a aquellos que no han recibido dicha luz, por lo que les acosa el corazón humano y también, el intelecto humano, con urgencia demandando una solución. Tal movimiento se inició en nuestro tiempo por nuestra hermana de gran alma, H. P. Blavatsky. Depende de nosotros casi en su totalidad en el presente, y en gran medida dependerá en el futuro, si este esfuerzo fracasa, tal como todas las religiones en el pasado, salvo una, han fracasado, más o menos; o si continuará con éxito hacia adelante, haciendo el trabajo que estaba previsto que hiciera, plantando las semillas del correcto pensar y de la correcta acción, de la fraternidad humana y de la bondad universal, en el corazón de todos los que la siguen, o si, siguiendo el sendero de la mano izquierda, el camino de la materia, descenderá y, posiblemente, llegue a ser incluso un instrumento de los Hermanos de las Sombras.

Nuestros maestros nos han dicho claramente que el estudio del ocultismo implica una gran responsabilidad moral: que pone dicha responsabilidad sobre los hombros de quien lo estudia, porque *despierta el hombre interior*, despierta sus poderes escondidos. Y, además, es exactamente proporcional a la seriedad de un hombre en su estudio productivo del bien o, puede ser también, lo contrario. Con el OCULTISMO NO SE PUEDE JUGAR. Trata las cosas directa y originalmente, si entienden estos términos, no con verdades reflejadas. Por lo tanto, a menos que el corazón de un hombre este absolutamente puro —quiero decir, limpio de todo egoísmo personal— nunca está él seguro. No se puede jugar con él. Requiere toda la parte interior de un hombre, y la lealtad a medias no se tolera.

Los dos caminos se encuentran siempre a nuestros pies; a cada paso divergen, uno a la derecha y otro a la izquierda; y un solo acto puede inducir un hábito, que con el tiempo hará un carácter, por la repetición; y ese carácter es usted o yo, porque es el ejercicio del conocimiento (o del conocimiento a medias) y la voluntad.

Por estas razones nos referimos una y otra vez a la necesidad de entender claramente lo que entendemos por moral, y que es una necesidad primordial su práctica por cada uno de nosotros, por ustedes y por mí, en cada momento de nuestras vidas. Dicha práctica no significa solamente el consentimiento hipócrita de la mentalidad, con una reserva mental de que “finalmente voy a hacer lo que me plazca”. En ese campo de reservas mentales es precisamente en donde los Hermanos de las Sombras hacen sus conquistas de los corazones de los hombres, en posturas tales como esas. Les digo, con toda solemnidad

dad, que la advertencia debe ser, tiene que ser, tomada en cuenta.

Ahora, abramos nuestro estudio de esta noche recordándonos del hecho que los lokas y los talas de los que hemos hablado en varias de nuestras reuniones anteriores, concerniente a la tierra, son sus siete principios y sus siete elementos, respectivamente, y en lo que se refiere al kosmos lo mismo exactamente se puede decir; además, que los siete lokas cósmicos y los siete talas cósmicos comprenden todo, la totalidad, de lo que está en nuestro sistema solar, que es el átomo cósmico. En otras palabras, comprenden la totalidad del Huevo de Brahmā. Ustedes saben el significado de ese viejo símbolo brahmánico, el huevo, un símbolo que se encuentra también en otras religiones, como el sistema órfico en Grecia, y el sistema egipcio; y sabemos por las representaciones que tenemos de los montículos de tierra, que antiguamente también era bien reconocido en América del Norte.

Cuando hablamos del átomo cósmico —cuando hablamos del Huevo de Brahmā, que es otra manera de decir lo mismo—, cuando hablamos de él como siendo el sistema solar, por favor noten que no nos referimos a los planetas juntos, o solo al sol, o el sol y los planetas juntos, que es sólo la forma exterior, la corteza o cáscara, por así decirlo (o, si se puede usar un término fisiológico, los centros nerviosos, los ganglios, de las operaciones fisiológicas), de este Huevo de Brahmā. Cuando hablamos del átomo cósmico, y por inferencia del átomo de la materia tal como lo conocemos en la tierra, nos referimos a la entidad vital-astral detrás de él, esa entidad en particular considerada como una unidad, lo que le da su vida, su svabhāva, es decir, su característica particular o individual, lo que lo diferencia de otros huevos cósmicos o átomos cósmicos similares. También podemos hablar de nuestra tierra como el Huevo de Brahmā, pero esto es por analogía; el verdadero Huevo de Brahmā es el sistema solar.

Hemos dicho antes que los lokas y talas son los siete principios y los siete elementos de nuestro planeta, nuestro planeta Terra, pero hay otros siete lokas y otros siete talas que son respectivamente los siete principios y los siete elementos de cada uno de los otros seis globos de nuestra cadena planetaria, *siete de cada uno, en cada uno*. Uno puede preguntarse, si no ha estudiado ocultismo, por qué uno se encuentra tanto con el proceso septenario en nuestros estudios; por qué nuestras doctrinas continuamente corren en agregados séptuplos. La respuesta del ocultismo es, porque la naturaleza así ha construido sus estructuras. Fuera de cosas tan evidentes como los siete colores principales del espectro de luz y los siete rayos del sol (que es casi lo

mismo), y las siete notas de la escala diatónica de la música, y el hecho conocido a los estudiantes de fisiología que muchas enfermedades se ejecutan en ciclos de siete días o múltiplos de dicha cantidad —dejando estas cosas a un lado—, nos encontramos en el estudio de las literaturas antiguas tal como lo enseñan las religiones, las filosofías y las ciencias de los tiempos pasados, que mientras todas, sin lugar a dudas, indican el hecho bajo diferentes formas, todas coinciden más o menos por unanimidad en atribuir al marco estructural del universo y del hombre, el mismo sistema de los siete componentes.

Esta cuestión de la numeración es una a la que no le hemos dado ningún fundamento en la actualidad, y por lo tanto lo posponemos para una consideración más amplia en el futuro. Baste, entonces, por el momento aceptarlo como una proposición para su estudio. Ustedes mismos pueden probar lo que se ha dicho. Las literaturas del mundo permanecen abiertas ante ustedes. Léanlas y estúdienlas, y se convencerán, tal como todos los demás estudiantes sinceros que lo han hecho se han convencido. Estudien, por lo tanto, las evidencias y prueben los hechos.

Ahora bien, los dioses, las mónadas, y los átomos trabajan a través del huevo cósmico interior y exteriormente, es decir, que trabajan a través de los lokas y talas. Como H. P. Blavatsky dice en el primer volumen de *La Doctrina Secreta*, en la página 619 [II 313]:

“Dios, la Mónada y el Átomo son correspondencias de Espíritu, la Mente y el Cuerpo (*Atma, Manas, y Sthula Sarira*) en el hombre”. En su agregación septenaria son el “Hombre Celestial” (véase la *Kabala* para este último término); por lo que el hombre terrestre es el reflejo provisional del Celestial. . . . “Las mónadas (*Jivas*) son las Almas de los Átomos, los dos son la tela con la que se revisten los Chohans (*Dhyanis, dioses*) cuando se necesita una forma”.

Ellos se visten, como se señaló en nuestros estudios anteriores de dioses, mónadas, almas y átomos, para hacer evolucionar el universo; como nos dicen los Upanishad, como una araña teje su tela. Ese es un hermoso símbolo. Desde ellos, desde su propia sustancia, tejen la estructura geométrica del cosmos y en ella trabajan.

El estudio de la estructura o el marco de nuestro átomo cósmico es un tema vasto, profundo y complicado, y antes de que podamos hacer justicia, sería mejor primero realizar por lo menos un examen superficial —porque a este punto hemos llegado en nuestros estudios— de la construcción de nuestro propio globo, como parte de la cadena planetaria en el que es uno de los siete enlaces. De hecho, vamos

a ir un poco más lejos que eso, y estudiar el funcionamiento de las oleadas de vida fuera y dentro de nuestra cadena planetaria. Nuestra cadena planetaria, como se dijo antes, puede ser considerada como el Huevo de Brahmā, el huevo cósmico, el fruto de su padre, es decir, de la cadena planetaria de manvantaras anteriores; y va a ser ella misma el origen de su futura descendencia, la cadena planetaria que vendrá cuando nosotros en nuestra propia cadena hayamos ejecutado nuestro curso de evolución cíclica y nos hundamos en nuestro largo y bien merecido Pralaya, o descanso —en otras palabras, después de que nos hayamos reunido con aquellas esferas súper-espirituales desde dentro de las cuales surgimos al principio de todas las cosas— para permanecer allí en paz y en un gozo inefable, hasta que las semillas latentes en nosotros, el fruto de nuestros actos y pensamientos presentes y futuros, vuelvan a la actividad a su debido tiempo. Porque todas las cosas se mueven en los cursos regulares y de acuerdo con el orden, que nos hará descender, dentro de muy distantes eones, hacia la fabricación de la cadena planetaria futura.

CUARENTA

DEFINICIONES DE LA DEIDAD: ATEÍSMO, PANTEÍSMO. ¿EXISTE UN DIOS PERSONAL SUPREMO? ARQUITECTOS Y CONSTRUCTORES KÓSMICOS. PARA REALMENTE CONOCER, UNO DEBE LLEGAR A SER.

“Así, pues, no hay más que un solo Upadhi (base) Absoluto en el sentido espiritual, del cual, en el cual, y sobre el cual se construyen con fines Manvantáricos los centros básicos innumerables en que tienen lugar las evoluciones individuales, cíclicas y universales durante el período activo”.

“Las inteligencias iluminadoras, que animan a estos diversos centros del Ser, son referidas de manera indistinta por los hombres que habitan más allá de la Gran Hilerera, como los Manus, los Rishis, los Pitris, los Prajâpati, y así sucesivamente; y como Dhyani Buddhas, los Chohans, Melhas (dioses de fuego), Bodhisattvas, y otros, al lado de acá. Los verdaderamente ignorantes los llaman dioses; los profanos instruidos, el Dios Uno, y los sabios, los Iniciados, veneran en ellos sólo las manifestaciones Manvantáricas de AQUELLO, sobre lo que ni nuestros Creadores (los Dhyan Chohans) ni sus criaturas nunca puede discutir ni saber nada. Lo ABSOLUTO no tiene que definirse, y ningún mortal o inmortal lo ha visto ni comprendido durante los períodos de Existencia. Lo mutable no puede conocer lo inmutable, ni tampoco aquello que vive puede percibir la Vida Absoluta”.

“Por lo tanto, el hombre no puede conocer seres más superiores que sus “progenitores”. “Ni los debe adorar”, pero él debe aprender cómo llegó al mundo. . . .

Hay una confusión frecuente en los atributos y genealogías de los dioses en sus teogonías, tal como se dan al mundo el Alfa y el Omega de los anales de la ciencia simbólica, por escritores, brahmánicos y bíblicos medio iniciados. Sin embargo, no pudo haber confusión alguna de parte de las primeras naciones, los descendientes y los alumnos de los instructores divinos: porque los dos, los atributos y las genealogías, estaban inseparablemente ligados con símbolos cosmogónicos, los “dioses” siendo la vida y el principio-alma animador de las diversas regiones del Universo. En ninguna parte y a nadie se les permitía especular *más allá* de esos dioses *manifestados*. La unidad ilimitada e infinita permaneció en todas las naciones como un terreno virgen prohibido, que ningún pensamiento ni especulación inútil holló jamás. La única referencia que se hacía era la concepción breve de su propiedad diastólica y sistólica, de su expansión periódica o dilatación y contracción. En el universo, con todas sus miríadas incalculables de sistemas y mundos desapareciendo y reapareciendo en la eternidad, los poderes antropomórficos, o dioses, sus almas, tenían que desaparecer de la vista con sus cuerpos: “El aliento volviendo al seno eterno que lo exhala e inhala”, nos dice nuestro Catecismo. . . . En todas las cosmogonías encuéntrase tras la deidad *creadora* y más alta que ella, una deidad superior, un planificador, un Arquitecto, de *quien* el Creador no es más que el agente ejecutivo. Y todavía más

arriba, por *encima* y *alrededor*, *dentro* y *fuera*, está lo INCOGNOSCIBLE y lo *desconocido*, la Fuente y Causa de todas estas Emanaciones. . . .

—*La Doctrina Secreta*, II, 34, 42-3 [III 48-55-6]

NOS ACERCAMOS esta noche a un aspecto del ocultismo que siempre se ha mantenido muy sagrado y cuidadosamente guardado, y es el estudio de otros mundos además del nuestro, no como esos mundos han sido expuestos en las religiones exotéricas, sino de acuerdo con la sabiduría secreta que ha llegado hasta nosotros desde tiempos inmemoriales. Nos referimos a la enseñanza de los globos superiores de nuestra cadena planetaria; los puntos de vista exotéricos de los cielos y los infiernos de las distintas religiones exotéricas se han basado en una interpretación errónea de las doctrinas relativas a la enseñanza de la cadena planetaria.

Uno podría preguntarse cuál es la respuesta correcta a dar a aquellos que nos preguntan a nosotros: “¿Es un teósofo ateo? ¿Cree en Dios? Si no, ¿por qué no?”. Ahora bien, estas preguntas están directamente relacionadas con la correcta comprensión de las doctrinas acerca de la cadena planetaria. Vamos entonces primero a dedicar unos instantes a respondernos estas preguntas a nosotros mismos. ¿Somos nosotros ateos? ¿Cómo podemos responder a esa pregunta sin antes saber lo que entendemos por el término? Si tomamos un diccionario moderno, por ejemplo, el *Century Dictionary*, y buscamos la definición del término “ateísmo”, encontramos tres definiciones generales. La primera es: “La doctrina de que no hay Dios”. Y luego sigue una cita de Sir J. R. Seeley, de su libro, *Natural Religion*, página 26: “El *ateísmo* es la incredulidad en la existencia de Dios: es decir, no creer en alguna regularidad en el universo a la que el hombre debe conformarse bajo penas”. Noten la limitación peculiar del pensamiento involucrado en esto. Si no hay una regularidad en el universo, entonces no hay un Dios personal supremo, y por lo tanto si no creen en tal Dios, el universo es irregular y anárquico, y ¡tú eres un ateo!

La segunda definición es la siguiente: “La negación del teísmo, es decir, de la doctrina que la primera gran causa es una inteligencia suprema, una persona justa”. La tercera definición es “la ausencia de dios”, con el significado implícito de que si no se acepta el Dios que da la definición, eres un ateo, y vives una vida “sin Dios”, es decir, una vida mala. Tales son, pues, las definiciones contenidas en un trabajo normal.

Ahora bien, cualquier estudiante principiante de historia sabe que esta cuestión o la idea de la creencia en un dios o en ningún dios ha variado, o más bien ha recibido un trato distinto en diferentes épocas. Ustedes recordarán sin duda que cuando la religión cristiana empezó a seguir más o menos con éxito en Grecia y en el Imperio Romano, griegos y romanos educados llamaron a la nueva secta cristiana una secta atea. Ellos fueron llamados “ateos”, significando *atheoi* simplemente uno, o más bien aquellos, que no aceptan a los dioses establecidos del Estado, es decir, los dioses de la religión del Estado, y el término no tenía consigo ninguna implicación particular o necesaria de maldad. Era casi como si un europeo o americano fuera a decir hoy: tal hombre es un librepensador, o un confuciano, o un budhista, o un científico, etc.

Cuando los cristianos se hicieron más poderosos y tuvieron en épocas posteriores la ventaja sobre los llamados paganos, a su vez respondieron llamando a los paganos ateos, porque estos últimos no aceptaron el novedoso Dios cristiano, judeo-griego. En otras palabras, el término significa realmente: “Si aceptas a *mi* Dios no eres ateo, y si no lo aceptas, entonces eres ateo”.

Eso es precisamente lo que el ateísmo ha significado siempre, si consultamos las páginas de la historia. Pero si pensamos en el ateísmo como conteniendo en sí una implicación necesaria de maldad, nos bajamos al punto de vista mental muy estrecho de algunos cristianos, en donde, todos los que no aceptan su religión en particular, su particular comprensión o incomprensión de la Deidad, son ateos. Esto nos recuerda, por supuesto, la dama escocesa de la leyenda, de la cual todos hemos oído hablar, que con su marido construyó una iglesia; ella y su Jaime construyeron sin ayuda la Iglesia. Pero ella “no estaba segura acerca de Jaime”. Por lo tanto, sólo ella construyó la Iglesia, y su esposo Jaime, pobre hombre, estuvo muy cerca de ser (a sus ojos), un ateo.

Ahora este es el espíritu que ha gobernado el pensamiento cristiano, prácticamente desde la muerte de su fundador. Así que, por lo tanto, cuando nos preguntamos si un hombre es un ateo, debemos ser cuidadosos en determinar primero lo que entendemos por el término. Me han llamado ateo, porque no acepto la vieja definición ortodoxa del Dios personal cristiano. Yo rechazo el término, si es que significa vivir una vida inmoral. Lo rechazo con toda la indignación de lo que soy capaz, si la palabra es así utilizada; es una imputación que es groseramente injusta. Y, sin duda, algunos de ustedes se siente

exactamente como yo. ¿Acaso no fue el autor de *The Plough and the Cross*, un escritor irlandés muy inteligente, que dijo en alguna parte que nuestros “padres le tenían miedo a los fantasmas, pero nosotros le tenemos miedo a los nombres”, es decir, a etiquetas y rótulos?

Noten la segunda definición dada arriba, que un hombre es un ateo, si no cree en la existencia de un ser supremo, personal, primera causa, que es una “*persona* inteligente, y justa”. Rechazo tal deidad; por lo tanto, según el diccionario, yo soy ateo. Pero si alguien me preguntara, ¿Es usted ateo? Yo le diría que no. Y si me preguntara, ¿Por qué? Diría, porque para mí el Todo ilimitado está totalmente lleno de conciencia y vida, una infinitamente inmensa multitud y enjambres de seres, sin fin y sin principio, que forman no sólo el corazón de vida palpitante de todo lo que es, sino que proporcionan la misma conciencia que gobierna y controla los innumerables universos de y en el Todo ilimitado.

Si regresamos incluso a la escritura canónica de la religión cristiana y nos preguntamos lo que Pablo quería decir cuando hablaba de la Deidad, encontramos allí, de él, dos definiciones dignas del iniciante que él era, cuando dijo, en primer lugar: “En Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”. Esto es puro panteísmo, no como se malentiende en el sentido grotesco que los cristianos le han dado, es decir, que cada acción y cada piedra es Dios, demostrando su profunda ignorancia del alto y noble significado filosófico detrás del término panteísmo; sino en el sentido de que todo es vida, y que es imposible concebir, más aún, ni siquiera tocar el punto más pequeño del espacio o del ser, que carezca de esa vida sin límites. Porque atrás de una A se encuentra B, que sigue siendo mayor que la A; atrás de la B se encuentra la C, más grande que B; atrás de la C se encuentra la D, aún más grandiosa, y así hasta el infinito, que nunca termina. ¡Qué ideas tan blasfemas han llegado a través de los siglos, en relación a la Deidad! Aquí, en nuestro cristianismo occidental tenemos un Dios, un conjunto de contradicciones, una interpretación mal entendida del neopitagorismo y neoplatonismo, y de algunos pensamientos judaicos, el compuesto curioso y contradictorio llamado la Deidad cristiana —me refiero a la definición teológica de la misma.

Luego, otra frase de Pablo de su Epístola a los Romanos, en el capítulo 11, versículo 36: “Porque de Él, y por Él, y para Él son todas las cosas”. Esto es panteísmo, puro y simple, tal como lo entendemos.

O si leemos en la traducción inglesa del Evangelio de Juan, capítulo 4, versículo 24, nos encontramos con una afirmación de la idea

contraria, esta traducción en particular surgió de la representación *ortodoxa* del texto por los cristianos posteriores, donde este verso griego es mal traducido, diciendo “Dios es *un* Espíritu”. El griego original podría igualmente y aún mejor traducirse por: “Dios es Espíritu”. Que así sea, pues. Pueden rendirle culto a “*un* espíritu” si quieren, *un* espíritu que es una “*persona* justa”; pero aquellos cuyos corazones se han ampliado bajo la influencia benéfica de la religión-sabiduría, y cuyas mentes se han abierto algo a la comprensión que todo estudiante fiel de esa sabiduría debe poseer, sólo puede rechazar la definición de la Deidad que él no puede aceptar, con la indignación que la definición se merece.

Ningún teósofo, ha dicho H. P. Blavatsky en alguna parte, ha negado nunca la Deidad, es decir, la vida sin límites en el Todo ilimitado; pero esta Deidad, en ningún sentido puede ser comparada, con un creador finito, como tal “*persona*” se supone que es, ya sea “suprema,” ya sea “justa”, por muy grande que esa supuesta “*persona*” o ese “*espíritu*” la imaginemos ser.

Ahora bien, si alguien preguntara, ¿Hay un Dios personal supremo gobernando la cadena planetaria, y ese es su Dios? la respuesta es no. Hay una hueste, una multitud, una jerarquía, de seres inteligentes y pensadores altamente espirituales, de la que brotó la cadena planetaria, pero no es nuestro dios, no adoramos algo así. Esos seres son nuestros progenitores, nuestros hermanos mayores en un sentido muy elevado, porque ellos eran hombres en previos manvantaras hace mucho tiempo; pero nunca nuestro “dios”, ni siquiera cuando se le considera como una unidad y es llamado el Logos. Nuestra “deidad”, si es algo, es esa indescriptible vida sin límites, en sus aspectos más elevados, atrás de todo, formando el fondo de todo ser manifestado en cualquier plano, y en donde todo es, y de donde todo es, y al cual todo es; indescriptible, inimaginable, por lo tanto inefable.

¿Se acuerdan que cuando a Gautama el Buddha se le preguntó, ¿Qué es Dios? y ¿Existe Dios?: el más grande y más noble de los Maestros guardó silencio. Y cuando se le preguntó una segunda y una tercera vez, ¿Qué es Dios?, de nuevo se quedó callado. Tres veces se le hizo la pregunta, y tres veces preservó el silencio.

En nuestros recientes estudios hemos tratado de demostrar que todo el sistema de seres, la estructura o el marco del universo en el fondo del Ilimitado, brotaron de la acción y de la mezcla de los dioses, las mónadas, las almas, y los átomos; y que estos produjeron las diversas cadenas planetarias de nuestro sistema solar, es decir, del átomo

kósmico o, como los pensadores brahmánicos lo nombran, el Huevo de Brahmā. A partir de estos dioses, mónadas, almas, y átomos, el ser manifestado del sistema solar surgió.

Volvamos ahora a nuestra cadena planetaria. Ustedes recordarán que se dice que se compone de siete globos, de los cuales nuestra tierra es el cuarto en el plano más bajo de los siete; y que esta cadena planetaria está trabajando en cuatro de los planos o mundos del sistema solar, en los cuatro mundos más bajos; por lo tanto, nuestra tierra ocupa el elemento o mundo más bajo de los siete que componen el sistema solar. Estos siete elementos son en otras palabras, los lokas y talas kósmicos, o mundos kósmicos, principios y elementos trabajando en conjunto. Son los mundos dentro de la apariencia externa, más etéreos que nuestro mundo, de los cuales el nuestro es una copia, no necesariamente una copia en cada detalle, sino una copia en líneas generales, así como el cuerpo físico del hombre es una copia en líneas generales de su alma, y como su alma es una copia en líneas generales de su espíritu, y como el espíritu es una copia en líneas generales de su raíz divina, su ser divino, o divinidad de la que surgió.

Ustedes recordarán también que hay dos líneas generales o jerarquías de seres espirituales que hicieron surgir nuestro kosmos, de la que nuestra cadena planetaria es una parte; y estas dos son, respectivamente, los arquitectos y los constructores. Los arquitectos forman el lado espiritual o más elevado, y de hecho forman la línea del arco luminoso; y los fundadores o constructores de la forma, por otro lado, el arco de las sombras.

En el sistema budhista del Tíbet, el nombre general de dhyāni-chohans, o señores de la meditación, es dado a estas dos líneas de seres; pero más particularmente los arquitectos son llamados dhyāni-buddhas, los buddhas de contemplación. Los griegos llamaban a los constructores del mundo, a los masones del mundo, por el término general de *kosmokratores*, una palabra griega compuesta que significa “constructores de mundos”. Ellos son los que reciben la impresión creadora o constructiva de los seres del arco luminoso, o los dhyāni-buddhas, y la llevan a cabo.

En cada una de estas dos líneas, hay siete grados o más bien clases: hay siete clases de dhyāni-buddhas, y siete clases de dhyāni-chohans; y en lo que se refiere a nuestro sistema planetario, estas siete clases son reflejadas, repetidas, en él.

Además, cada uno de los siete globos que componen nuestra cadena planetaria está bajo la supervisión especial (creo que sería un

error utilizar la palabra dirección o guía, sino más bien *supervisión*), sobre la particular supervisión o cuidado —cuidado es tal vez la mejor palabra para describir este concepto muy metafísico—, bajo el cuidado de una clase de estos dhyāni-buddhas y una clase de constructores. Es decir, el globo A, por ejemplo, el primero, en el arco descendente de nuestra cadena planetaria, está bajo el cuidado o la inspirada observación o la supervisión de una clase de estas siete de ambas líneas. El globo B está bajo el cuidado de la segunda clase de cada línea. El globo C, bajo el mismo cuidado o la inspiración de la tercera clase de cada una; y el nuestro, el globo D o cuarto, también tiene sus propios dhyāni-buddhas y constructores de la cuarta clase, y de manera similar, los tres globos del arco ascendente.

No hay que confundir estas dos líneas, ya que la distinción es muy importante si vamos a obtener al menos alguna comprensión adecuada de esta rama de la sabiduría antigua. Los *arquitectos*, entonces, del arco luminoso, proporcionan el modelo, establecen los planos. Ellos son los arquitectos, los supervisores, y su trabajo se lleva a cabo por estos grados inferiores o clases de seres espirituales llamados los *constructores*.

Ahora bien, con respecto a esta cuestión de Dios, considerada brevemente más arriba, ustedes recordarán que los gnósticos, durante el tiempo del comienzo de la era cristiana, afirmaron, y afirmamos con ellos, que el Dios cristiano, Jehová, a quien los cristianos llamaban el Creador, no podría por esa misma razón ser un dios muy elevado. Los mismos atributos y funciones de creación o formación que le fueron dados muestran, dijeron estos gnósticos, que no era más que una deidad inferior, un constructor, que recibía sus “órdenes”, por así decirlo, de los arquitectos divinos y planificadores y pensadores celestiales del kosmos, siendo así él mismo, por lo tanto, un constructor. Como ellos tan bien lo pusieron, las imperfecciones múltiples y el estado incompleto plenamente evidente, incluso para nosotros los seres humanos, en el sistema cósmico, proclama que no podía ser la obra de un todo-perfecto y una Deidad cósmica omnipotente; de la perfección absoluta sólo podría brotar una obra perfecta y completa. Los primeros cristianos fueron incapaces de comprender la profunda filosofía detrás de este axioma incontestable, y se pusieron muy enojados e indignados de hecho, en contra de lo que llamaron las “opiniones blasfemas” de los gnósticos. En común con todas las mentes reflexivas, pueden ver las profundas implicaciones filosóficas y religiosas que están detrás de este argumento o axioma, pero en ellos

no podemos hacer una pausa en este momento. Recuerden esto, sin embargo, que en todas las religiones antiguas se encuentran dos clases de seres espirituales en el trabajo del kosmos, y siempre están divididas, como ya hemos dicho esta tarde, en pensadores, planificadores, o arquitectos: los inspiradores; y en los constructores. Hay, por último, mucho más en este pensamiento que el tiempo que tenemos para abordarlo esta noche.

Ahora bien, el Observador Silencioso de quien hemos hablado en otras reuniones, es el más alto de los dhyāni-chohans de nuestro globo; pero también hay un Observador Silencioso para cada uno de los otros seis globos, y para la cadena planetaria en conjunto. Hay, asimismo, un Observador Silencioso para todo el sistema cósmico —para todo el sistema solar—. Así que, cuando decimos Observador Silencioso, sin definirlo, es como referirnos a un ser espiritual o una cabeza jerárquica. Es un término genérico. Como se señaló en las reuniones anteriores, uno de esos Observadores Silenciosos está en nuestra tierra hoy día, el jefe supremo de la Jerarquía de la Compasión, el mayor vínculo con los seres espirituales de la jerarquía superior a la nuestra a lo largo del arco luminoso. Él es, por decirlo así, nuestro Maestro supremo, nuestro jefe supremo.

Todos ustedes han estudiado, por supuesto, en la doctrina que trata de nuestra propia cadena planetaria, lo que comúnmente se llaman las siete rondas, lo que significa que el ciclo de vida o la oleada de vida comienza su curso evolutivo en el globo A, el primero de los globos, después de completar sus ciclos ahí, desciende hasta el globo B, y luego al globo, C, y luego al globo D, nuestra tierra; y luego al globo E, en el arco ascendente, y luego al globo F, y luego al globo G. Esta es una ronda planetaria. Luego sobreviene un nirvāna planetario, hasta que la segunda ronda se inicia de la misma forma, pero en un grado más “avanzado” de evolución que la primera ronda. Tengan en cuenta que una de esas rondas es una ronda *planetaria*. Una *ronda-globo* es uno de los pasajes, uno de los siete pasajes, de esa oleada de vida durante su ronda planetaria, en cualquiera y, por consiguiente, en y a través de cada uno de los globos: cuando la oleada de vida ha pasado por el globo D, por ejemplo, y termina su ciclo en el Globo D, ésta es la *ronda-globo* del globo D para esa ronda planetaria en particular; y así con todos los globos respectivamente. Por lo tanto, hay siete rondas *globo* (una *ronda-globo* para cada uno de los siete globos) en cada ronda *planetaria*. Además, cuando siete rondas *planetarias* se han cumplido, que es como decir 49 rondas-*globo* (o

manvantaras-globo), entonces se produce un nirvāṇa todavía más elevado que aquel que ocurre entre los globos G y A después de cada ronda planetaria, el cual es llamado un Pralaya de esa cadena planetaria, tal pralaya dura hasta que el ciclo de nuevo regrese para que la nueva cadena planetaria se forme, conteniendo la misma serie de seres vivos como en la cadena anterior y que ahora están destinados a entrar en la nueva cadena planetaria, pero a una serie de planos de nivel superior que en la anterior.

Después, cuando estas siete cadenas planetaria con sus diferentes kalpas o manvantaras han pasado, este gran ciclo septenario es un manvantara *solar*, entonces todo el sistema solar se hunde en un Pralaya solar o cósmico. Nuestro propio sol, entonces se extingue, de

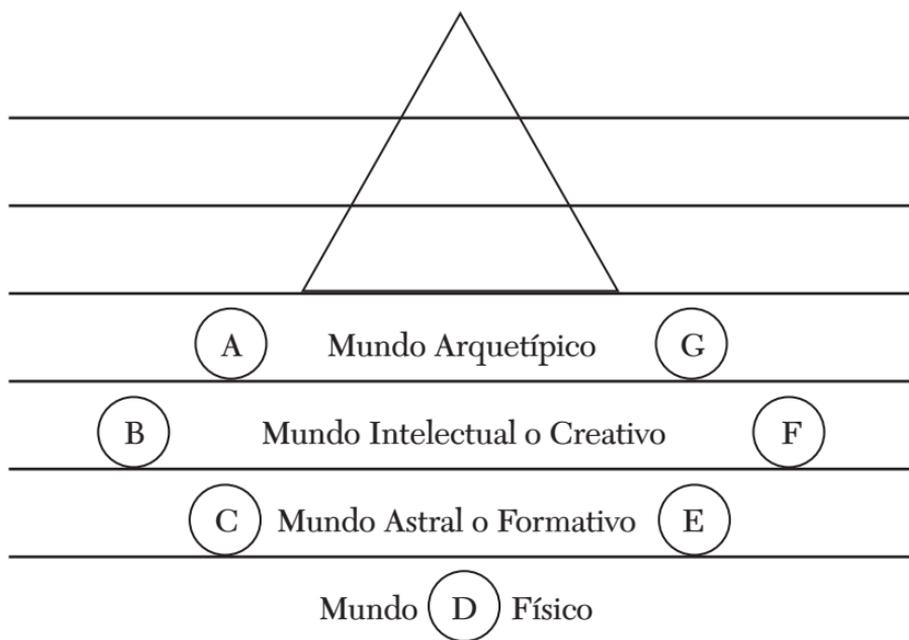


DIAGRAMA 1

repente, como un rayo de luz, o como una sombra que pasa sobre una pared. Después de un “parpadeo” por fin la luz se apaga, y la gran masa de entidades pasan a reinos espirituales mucho más altos que cualquiera de los obtenidos durante el punto más alto de realización en el período mientras duró el manvantara solar, porque están ingresando en su nirvāṇa *solar*.

Hagamos de nuevo el mismo diagrama que hemos copiado de H. P. Blavatsky, en una reunión anterior, en la página 200 del volumen

I de *La Doctrina Secreta* [I, 225]. Las siete líneas paralelas representan los siete planos o mundos del sistema solar. Por encima o sobre la línea más baja de estos siete pongamos un círculo para representar el globo D, nuestra tierra. En el siguiente plano también ponemos encima dos círculos para representar los dos globos inmediatamente por encima del nuestro, llamados respectivamente C, a la izquierda y E de la derecha. Y en el plano encima de este ponemos dos globos, y llamamos a estos, respectivamente, a la izquierda, B y F de la derecha. Y en el plano encima de este, el cuarto plano cósmico contando hacia arriba, dibujamos dos círculos más para representar los dos más altos globos de nuestra cadena, respectivamente, A en la izquierda y G en la derecha.

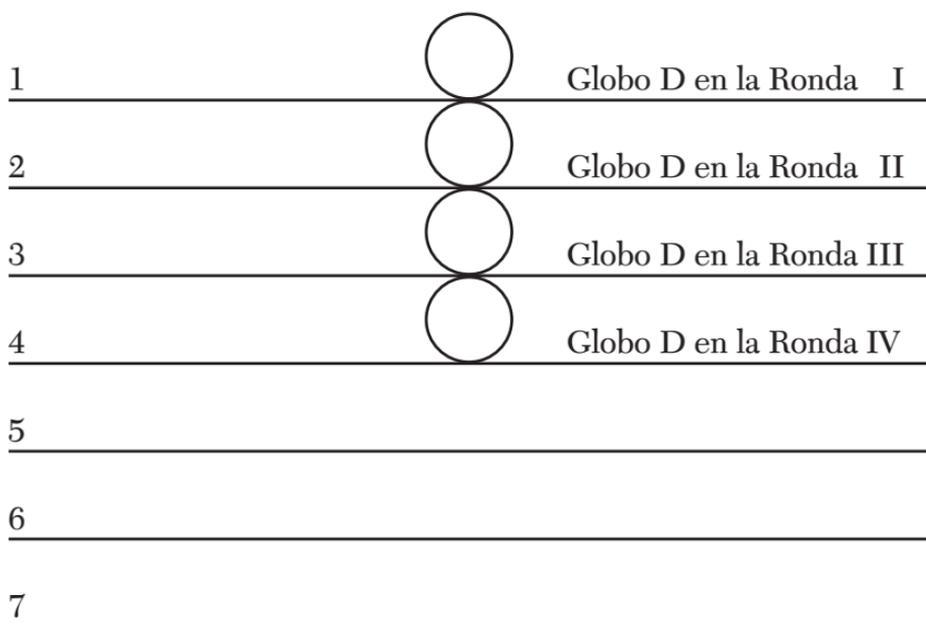


DIAGRAMA 2

Por favor, recuerden que a estos “planos” cósmicos se les llama así por razones de conveniencia. En realidad, son los siete lokas y talas cósmicos del sistema cósmico, es decir, del sistema solar. Pero cada uno de ellos es un mundo real; son mundos tan reales como el nuestro, que percibimos cuando miramos para arriba y vemos las estrellas por encima de nosotros, y miramos a la tierra y vemos la tierra bajo nuestros pies, y los árboles que crecen, los seres humanos y otros seres animados caminando con nosotros, etc. Cada uno de estos “planos” cósmicos es un mundo, pero cada uno a su vez se

subdivide en divisiones septenarias, en siete divisiones, todas juntas hacen 49 subdivisiones de las siete divisiones principales (o mundos) del sistema solar.

Vamos a ilustrar esto con otro diagrama. Dibujemos una vez más siete líneas paralelas. Y dejemos que estas representen el mundo solar, o plano, más inferior de los siete, el mundo cósmico más inferior, nuestro mundo, el mundo en que estamos ahora. Este, como todos los demás, es septenario o dividido en siete partes o divisiones, representando la materia o el espíritu desde los grados más groseros hasta los más altos de cada uno en *nuestro* mundo, desde el etéreo (el más alto) hasta el más material (el más inferior); y en uno de estos planos nuestro planeta Tierra se encuentra en la actualidad.

Ahora, ¿cuál es la manera en que trabaja la oleada de vida en cualquier ronda? Por el momento, si quieren, vamos a omitir considerar los tres primeros globos, A, B y C, en el arco descendente, y considerar sólo a nuestro propio globo D, o la tierra. Estas siete líneas en el gráfico intentan representar, respectivamente, los siete grados o materializaciones de la materia en el más bajo de los siete planos cósmicos, siendo cada vez más material de arriba hacia abajo. Ahora, nuestro globo D *en la primera ronda* es el más alto o el que está más arriba de los siete subplanos de nuestro propio plano inferior cósmico, y nuestro propio plano cósmico, por favor recuerden, es el más bajo de los siete de todos los planos cósmicos. Es el séptimo y el más bajo. La oleada de vida durante la 1ª ronda pasa a través de nuestra tierra, después de que evoluciona sucesivamente, un proceso que vamos a estudiar en detalle más adelante; es un proceso de desarrollo evolutivo, que ocupa muchos millones de años; y después de terminar su primera ronda-globo, sale de nuestro globo D y pasa a el siguiente globo E. Muy bien. Mientras esta oleada de vida desciende en la materia en las tres primeras rondas, *nuestro globo* durante la primera ronda estará en el más alto subplano del plano o mundo cósmico más bajo. La segunda ronda o próxima ronda encontrará a nuestro globo materializado y en el segundo subplano, contando hacia abajo; en la tercera ronda, aún más materializado y en el subplano tercero hacia abajo; en la cuarta ronda, es decir, donde estamos ahora, nuestro mundo ha llegado a su estado de materia más grosera, el ciclo hacia abajo cesa, y se inicia el ascenso.

¿Qué pasa en los subplanos 5, 6 y 7? Estos planos están relacionados con el destino de los seres que han seguido el sendero de la mano izquierda, y que en última instancia, alcanzan el punto máximo de la

materialización física en el subplano séptimo, o el más burdo posible en nuestro sistema solar, y el último.

Vemos, por tanto, que la oleada de vida al hacer su primera ronda, la ronda 1.^a, como se ilustra en el diagrama 1, pasa a través (en su arco descendente a través de cuatro mundos cósmicos o planos) del más alto subplano o submundo de cada uno de estos cuatro mundos cósmicos inferiores, formando en cada mundo cósmico, un globo, uno de los que serán siete globos en la fabricación de la cadena. ¿Está esto claro? En la 1.^a ronda la oleada de vida forma el globo A en el subplano más alto del cuarto mundo cósmico o plano. Ver el diagrama. En la primera ronda la oleada de vida forma el globo B en el subplano más alto del quinto mundo cósmico o plano. En la primera ronda la oleada de vida forma el globo C en el mundo subplano más alto del sexto mundo cósmico o plano, y así con el globo D, el más bajo, nuestra tierra; y en la escala *ascendente* de la misma manera vemos los globos los E, F y G, formados de manera similar, cada uno en el subplano más alto de los respectivos mundos cósmicos o planos. La segunda ronda comienza (después del largo, largo nirvāṇa planetario) en el globo A en el *segundo* subplano del cuarto mundo cósmico o plano, entonces la oleada de vida pasa al globo B en el *segundo* subplano del quinto mundo cósmico o plano, y luego al globo C en el *segundo* subplano del sexto mundo cósmico o plano, y luego al Globo D (nuestra tierra) en el *segundo* subplano del séptimo o el más bajo mundo o plano cósmico. Del mismo modo, durante esta segunda ronda planetaria, la oleada de vida pasa a todos los globos en todos los *segundos* subplanos del *arco ascendente*. Cada paso de la oleada de vida en y a través de cada globo de los siete globos forma una ronda-globo, como se dijo anteriormente.

Así será en la tercera ronda, y también en la cuarta ronda, donde nos encontramos ahora en el Globo D, en el cuarto subplano del séptimo o más bajo mundo o plano cósmico, es decir, que la oleada de vida durante cada ronda planetaria pasa a través de los siete globos de la cadena, y de plano cósmico a plano cósmico, pero durante cada ronda pasa a través de un solo subplano de cada mundo o plano cósmico. El resultado de esto es que durante las siete rondas, pasa a través de 49 subplanos, y los seres que componen la oleada de vida tienen la oportunidad de trabajar el destino por el cual entraron en la manifestación activa y en la evolución; pues el propósito de los procesos evolutivos del kosmos es la obtención de la auto-conciencia a través de la experiencia de la individualización, es decir, experien-

cias que *individualizan* (evolucionan, llevan a cabo) las mónadas. Y para alcanzar ese fin, cada mónada no sólo se somete y experimenta mentalmente las diversas fases y naturalezas de la vida universal, sino que tiene que *ser ellas*. Como se ha señalado antes, en nuestros estudios, las iniciaciones de los viejos tiempos, las iniciaciones *reales*, las iniciaciones que traen a la conciencia del hombre el conocimiento de las verdades espirituales del ser, se basan en este hecho: que ningún hombre puede realmente saber nada simplemente porque se le enseñara algo, sino que tiene que *ser* ese algo, tiene que convertirse en él. En las antiguas Escuelas de Misterio, el sistema de enseñanza después de las tres primeras iniciaciones se transformaba en enseñanza y experiencia personal a partir de la cuarta iniciación, y estas experiencias personales se hacían cada vez más y más grandes con cada escalón superior que el candidato o iniciante tomaba; hasta que finalmente, si él tenía éxito en todos los siete grados, alcanzaba la condición divina de la que había brotado al comienzo del manvantara cósmico o solar, *además de la divina auto-conciencia*, el *auto-despertar*, y se convertía así en un Buddha, Uno Despierto; o un Christos, para adoptar el misterioso termino griego antiguo.

Durante nuestros estudios próximos vamos a seguir investigando el tema de la cadena planetaria.

CUARENTA Y UNO

LA DOCTRINA DE LAS ESFERAS. EL SISTEMA SOLAR UNIVERSAL Y NUESTRO SISTEMA SOLAR. LOS SIETE PLANETAS SAGRADOS: ¿POR QUÉ “SAGRADOS”?

Pero el Tiempo se generó junto con el universo, para que, generados simultáneamente, también desaparecieran a la vez, si en alguna ocasión tuviera lugar una eventual disolución. Y el tiempo fue generado de acuerdo con el ejemplo de la naturaleza eterna, para que este mundo tuviera la mayor similitud posible a tal naturaleza. Pues el modelo es ser permanente, a través de toda la eternidad; pero solo el universo *fue* generado, *es*, y *será*, a través de todo el tiempo. De esta manera, por lo tanto, y de tal cavilación de la divinidad acerca de la generación del tiempo, es que puede darle nacimiento a su fluida subsistencia, generó el sol y la luna, y las otras cinco estrellas, que son denominados planetas, con el propósito de distinguir y guardar los números del tiempo. Sin embargo, la divinidad, tan pronto como había producido los cuerpos de estas estrellas, los situó, siendo siete en número, en siete circuitos formados por la revolución de la naturaleza distinguida por la *diferencia*. . . . Pero con respecto a las otras estrellas, si alguien creyese conveniente investigar sus circuitos, y mediante qué causas se establecen, presentaría una dificultad mayor que la que merece su objeto. —PLATÓN, *Timeo*, pp. 467-8 (Thomas Taylor, trad.)

El mundo inferior está sujeto a la influencia del mundo superior.

En el inicio de su revolución la soberanía sobre este mundo inferior se ha relegado a una de las estrellas de movimiento lento.

Que lo gobierna solitaria por un espacio de mil años;

Y por otros miles de años cada una de las estrellas de movimiento pesado, y estrellas de movimiento veloz se convierte en su compañera, cada una por mil años.

La última de todas, la luna se convierte en su asociada.

Después de eso, el primer asociado recibirá la soberanía.

El segundo rey irá a través de la misma ronda como el primer rey; y los otros son de igual manera sus asociados.

Por último el primer rey es por mil años la pareja del segundo rey.

Entonces el período del reinado del segundo rey ha también pasado.

Y entiende que es el mismo curso para todos los demás.

Cuando la Luna ha sido el rey, y todos estuvieron asociados junto con él, y su reino también ha terminado, un Gran Período se lleva a cabo.

Después del cual la Soberanía de nuevo vuelve al primer rey, y de esta manera hay una sucesión eterna.

Y al principio del Gran Período, un nuevo orden de cosas comienza en el mundo inferior.

Y, no en sí las mismas formas, y conocimiento, y eventos del Gran Período que ha transcurrido, sino que precisamente similares a ellos volverán a ser producidos.

Y cada Gran Período que viene se asemeja de principio a fin al Gran Período que ha pasado.

—*El Desatir*, “El Libro del Profeta, el Gran Abad,”
vv. 102-16 (Mulla Firuz Bin Kaus, trad.)

VASTOS SON los alcances tanto del espacio como del tiempo, y profundos son los misterios igualmente, conectados e involucrados con los temas que se abren en nuestro actual ciclo de estudios; porque estos temas tratan en general, sobre lo que podemos llamar colectivamente la *doctrina de las esferas*: es decir, la rama especial y fundamental de la filosofía y la religión arcaica de la antigua sabiduría que fue especialmente desarrollada en la mayoría de los países ribereños del Mediterráneo o del Mar Interior, favoritas a estudiarse allí, así como en el Lejano Oriente, entre los sabios arcaicos del Indostán, las doctrinas sobre el funcionamiento de los diversos estados de conciencia monádica donde fueron más ampliamente desarrolladas y apreciadas.

En nuestro último estudio esbozamos, aunque brevemente, el esquema de la doctrina teosófica que se ocupan de la cadena planetaria de nuestra Tierra. Ahora este tema de las cadenas planetarias es un caso especial, como dicen los matemáticos, de la doctrina general de las esferas; este tema siempre ha sido uno de los más celosamente guardados, considerado como uno de los más sagrados y ocultos, porque nos lleva, en su tramo final, directamente al corazón del ser. Para llegar a ese corazón del ser tenemos que pasar por muchas cámaras secretas de la Madre Naturaleza, cámaras que se han mantenido en secreto desde tiempo inmemorial, y los arcanos de las cuales han sido guardados como uno de los bienes más sagrados de los Guardianes de la humanidad.

Ustedes recordarán que nuestros estudios se abrieron originalmente teniendo en cuenta las líneas generales de la cosmogonía y la teogonía que se encuentran en la cosmogonía arcaica y la teogonía de la sabiduría antigua. Esto fue bosquejado en todos sus aspectos generales, sólo como un esbozo; los detalles se dejaron para rellenar en fechas futuras. Pasamos a revisar —sólo en esquema, por favor ténganlo en cuenta— cómo nacen los mundos, cómo, igual que los niños, brotan de la matriz de la naturaleza; cómo, a partir de un germen, se convierten en jóvenes, llegan a la madurez, luego declinan y, finalmente, decaen, seguidos de la muerte final, de nuevo para resucitar en el renacimiento cíclico de ese mismo vientre de la Madre Naturaleza.

Se demostró también que estas doctrinas de la sabiduría antigua, místicas, maravillosas, asombrosas, no dejan ninguna pregunta sin responder, no dejan que nada se base en la mera fe —esto es, en la fe ciega—; sino que cada teorema de la filosofía debe ser, y es, probado, a medida que el estudio progresa. Recuerden lo que la prueba es. La prueba consiste en llevar la mente a la convicción; la convicción de su realidad, basada en evidencia, es la prueba de un hecho o teorema. Recuerden que las diversas cosas circunstanciales que nos pueden traer a la producción de la prueba son solo la parte evidencial, las *evidencias* de la realidad.

Entonces, mientras hacemos una revisión, en esquema solamente, de estos teoremas generales, por fin llegamos a la doctrina relativa a las cadenas planetarias, que, como se dijo, es un caso especial del teorema general de la maravillosa doctrina de las esferas. De ahora en adelante nuestros estudios entran más en detalle. Hemos tratado de unificar nuestros estudios de tal manera que el reporte escrito de estos pueda ayudar a aquellos que buscan un conocimiento más profundo de los antiguos Misterios y de la antigua sabiduría que el que pueden obtener de los libros del mundo. Una de las razones de esto es que algunos estudiantes han aceptado ciertas declaraciones del Sr. Sinnett sobre esta misma cuestión de la cadena planetaria, en el sentido que dos de los planetas físicos de nuestro sistema solar, Marte y Mercurio, pertenecen a la cadena planetaria de nuestra Tierra, a pesar de que H. P. Blavatsky en el volumen I de la *Doctrina Secreta*, publicado varios años antes de su muerte, declaró positivamente que este concepto es erróneo; porque en realidad, no es cierto.

En la medida que nuestros estudios procedan, podrán ver por ustedes mismos que no puede ser verdad. Permítanme preguntarles entre paréntesis: ¿Quién fue el creador de esta idea? Ustedes recordarán que las primeras enseñanzas fueron dadas a dos ingleses en la India, el Sr. A. O. Hume y el Sr. A. P. Sinnett, a través de H. P. Blavatsky, a través de Damodar (que más tarde fue al Tíbet para unirse a los Maestros), y a través de uno o dos más. Las enseñanzas filosóficas, religiosas y científicas que el Sr. Sinnett recibió en respuesta a las preguntas enviadas por él a los Maestros a través de H. P. Blavatsky y Damodar se incorporaron más tarde en dos de sus obras, *El Mundo Oculto* y el *Buddhismo Esotérico*, como él los llamaba. Ambos libros fueron buenos para su tiempo, pero también criticados por H. P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta* por su presentación con inclinación materialista, y por su excesivo énfasis en determinados aspectos de las

enseñanzas y descuidar los superiores, las porciones más espirituales, más intelectuales, en un intento del Sr. Sinnett de “conciliar” las enseñanzas de la sabiduría antigua con lo que obviamente creía que era la última palabra del conocimiento humano, las teorías científicas y las novedades de su época. Esas teorías científicas y enseñanzas ya están fuera de fecha, perdidas en la mente y en su mayoría olvidadas. La ciencia se ha “movido”, pero ¡las enseñanzas de la sabiduría antigua se han mantenido!

Abrimos nuestro estudio esta noche, después de estas observaciones preliminares, mediante la lectura de *La Doctrina Secreta*, volumen II, primero en la página 699 [IV, 258], “Sobre las cadenas de Planetas y su Pluralidad”:

¿Conocían los antiguos otros mundos además del nuestro? ¿Cuáles son los datos de los Ocultistas para afirmar que todo globo es una cadena septenaria de mundos —de los cuales sólo uno de los miembros es visible— y que éstos son, fueron o serán, “portadores de hombres”, así como todos los planetas o estrellas visibles? ¿Qué quieren decir cuando se refieren a una “influencia moral y física” ejercida sobre nuestros globos por los mundos siderales?

Tales son las preguntas que se nos dirigen, y que tenemos que considerar desde todos los aspectos. A la primera de las dos preguntas la respuesta es: Lo creemos porque la primera ley en la naturaleza es la uniformidad en la diversidad, y la segunda, la analogía: “Como es arriba, así es abajo”.

Y luego en la página 703 [IV, 261] :

Por tanto, cuando nos encontramos que en las Biblias de la Humanidad mencionan “otros mundos”, podemos deducir sin temor que no sólo se refieren a otros estados de nuestra Cadena Planetaria y la Tierra, sino también a otros Globos habitados: Estrellas y Planetas, aunque no se hayan hecho nunca especulaciones sobre ellos. Toda la antigüedad creía en la Universalidad de la Vida.

Al entrar en la fase actual de nuestro estudio, nos vemos obligados a entrar en detalles. Pero el entrar en un estudio más detallado va acompañado naturalmente de mayores dificultades, no sólo por los muchos temas que más o menos nos vemos obligados a presentar siguiendo el tema principal de nuestro discurso, sino también por el hecho de que ni un ápice de la enseñanza puede ser omitido en ningún punto; sino que debe ser al menos aludido si la enseñanza va a permanecer completa en su totalidad y no una cosa dividida. Por eso vamos a ir despacio. Sería realmente fácil ir de prisa sobre este tema, es fácil obtener una descripción general, pero en tal caso no se podría ir sino solo un poco más lejos que el significado superficial en la *Doctrina Secreta*, y nuestras instrucciones son: simplifi-

car con ilustraciones, apoyándose en la confirmación y la prueba.

Así que, consideremos primero lo que entendemos por la doctrina de las esferas, una de las más arcaicas de los Misterios antiguos. Queremos decir cuatro cosas, hablando en general. Estas cuatro cosas son las siguientes: en primer lugar, el sistema solar *universal*. Se entiende por esto nuestro sol y todos los cuerpos planetarios en el sistema solar, visibles o invisibles, vistos o no vistos, conocidos o desconocidos, reconociendo al sol como su fuente principal. La ciencia moderna reconoce hoy en día siete, ocho, o tal vez nueve planetas, y una serie de planetoides, y no más, como pertenecientes al sistema solar. La astronomía moderna no sabe nada de la gran masa del sistema solar universal, excepto su corteza física, la ropa física externa de la misma, los siete, ocho o nueve planetas que podemos ver con el ojo físico en los cielos, y que se cuentan como sigue: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno. Sin embargo, la antigua sabiduría, la enseñanza esotérica, nos dice que en realidad hay decenas de planetas en este sistema solar universal nuestro, y que estas decenas, a excepción de aquellos contados por la astronomía, son todos invisibles para nosotros, a nuestros ojos del cuarto plano material —o séptimo plano de la materia, de acuerdo a la forma en que podemos contar.

Neptuno no es un miembro de nuestro sistema solar universal, según la sabiduría antigua. Vamos a tratar este asunto más adelante. Urano no es un miembro de *nuestro* sistema solar, pero es un miembro del sistema solar *universal*. Deberíamos de explicar lo que entendemos por *nuestro* sistema solar. ¿Podemos culpar al Sr. Sinnett por no entender, y por lo tanto pensar que él sabía más que el Maestro y que H. P. Blavatsky, y que las enseñanzas arcaicas contenían contradicciones, cuando el hombre no podía entender que las mismas palabras pueden ser utilizadas con diferentes significados; y que un método favorito, santificado, de ocultar la verdad a los que no están capacitados para entenderla, consiste en decir, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete cosas diferentes con las mismas palabras?

En primer lugar, entonces, tenemos el sistema solar universal, que comprende el sol septenario y todos los planetas del sistema solar, visibles o invisibles, en siete planos. Después, tenemos *nuestro* sistema solar, que es el segundo de estos cuatro aspectos de la doctrina de las esferas, y es el grupo generalmente llamado los siete planetas sagrados de los antiguos, ya que estos siete están relacionados con nuestra cadena planetaria. El tercero es algo que nos limitaremos

a aludir cuando la ocasión se presente, y no ir mucho más lejos. Es mencionado por H. P. Blavatsky en el primer volumen (pp. 163-4) de *La Doctrina Secreta* en su respuesta a la parte que el Sr. Sinnett malentendió respecto a la cadena planetaria de la Tierra. Ustedes recordarán donde ella habla de la relación de Marte y Mercurio y los cuatro planetas secretos de nuestra tierra; y explica que todos ellos tienen una relación de la cual ningún iniciado hablará, y mucho menos explicará. El cuarto aspecto es la cadena planetaria de nuestra tierra.

Ahora bien, el Sr. Sinnett hizo su pregunta al Maestro de la siguiente manera: “¿Qué otros planetas de los conocidos por la ciencia ordinaria, además de Mercurio, pertenecen a nuestro sistema de mundos?”. Por favor, noten las cuatro últimas palabras. Y continúa: “¿Son los planetas más espirituales —(A, B y Y, Z)— cuerpos visibles en el espacio o bien todos los que conoce la astronomía son de la clase más material?”. Y la respuesta fue la siguiente: “Marte y otros cuatro planetas de los cuales la astronomía no conoce nada todavía. Ni A, B, ni Y, Z, son conocidos, ni pueden ser vistos a través de medios físicos por perfectos que estos sean”. Y sin embargo, a pesar de eso, el Sr. Sinnett enseñó y afirmó durante años que dos de nuestros planetas visibles, Marte y Mercurio, forman parte de la cadena planetaria septenaria de nuestra tierra.

Ustedes recordará cómo H. P. Blavatsky alude a la falta de comprensión del Sr. Sinnett de las enseñanzas del Maestro en el volumen I de *La Doctrina Secreta*, especialmente en las páginas 162-8 inclusive. Cualquiera persona que lea estas páginas, a menos que sea una mente anquilosada o totalmente ignorante de las doctrinas ocultas, de inmediato debe sentir que ella se está refiriendo a más de una cosa. Lean esas páginas y reflexionen bien sobre ellas. En nuestra próxima reunión vamos a analizar este asunto más profundamente.

Ahora bien, para un breve análisis, en primer lugar, de nuestro sistema solar universal: queremos decir con esa expresión todos los cuerpos y cada cuerpo perteneciente al sol, y girando a su alrededor. El sol es su punto primario; circulan alrededor del sol como satélites o planetas, visible o invisible, es decir, la expresión *sistema solar universal* significa no sólo la simple concha de la naturaleza —compuesta de los siete, ocho o nueve planetas, que el ojo ve—, sino también el gran núcleo interno del sistema solar, *sus siete planos de existencia*. En realidad, hay decenas de planetas en nuestro sistema solar universal, del cual vemos sólo siete físicos, en el mismo plano

que la tierra; y si contamos con nuestro globo como uno, entonces hay ocho. Neptuno, sin embargo, como ya se dijo, no pertenecen a él; Urano no pertenecen a *nuestro* sistema de mundos (o a *nuestro* sistema solar), pero pertenece al sistema solar *universal*, porque es un planeta verdadero íntimamente relacionado con nuestro sol en lo que respecta a su origen y destino.

Con el fin de hacer más claro este punto, permítaseme ilustrar lo que Neptuno es, usando un ejemplo muy afortunado que podemos extraer de la ciencia moderna. Ustedes saben que la química física, o física química, enseña que el átomo está compuesto de un núcleo central, que ha sido llamado el protón, correspondiendo en el átomo a lo que nuestro sol es en el sistema solar universal; y que alrededor de este núcleo central, rotando con una rapidez vertiginosa, hay otros cuerpos llamados electrones. Los químicos teorizan —y el ocultismo dice que esta teoría es correcta, pueden encontrar la prueba de ello en *La Doctrina Secreta*— en el sentido de que si uno de estos planetas atómicos o electrones es arrancado de este átomo, el átomo en sí es alterado o cambiado; no sólo la carga eléctrica del átomo varía, sino también el átomo es alterado, de hecho; y también si, por decirlo así, el átomo está hambriento de un electrón, si un electrón pasara cerca —estoy usando un lenguaje muy sencillo para transmitir la idea— de ese sistema solar atómico, puede ser capturado, en cuyo caso se satisface el hambre eléctrica atómica, mientras que se altera la valencia atómica.

Neptuno, aunque es un “planeta” en el sentido de que gira alrededor del sol, no es un verdadero miembro de nuestro sistema solar en ningún sentido. Se trata de una “captura”, y su captura ha cambiado en cierto sentido, toda la naturaleza de nuestro sistema solar universal; y seguirá siendo capturado hasta que venga el momento kármico para que nos deje. Es capturado exactamente como algunos de los planetas han capturado “lunas”. ¿Por qué, podemos preguntarnos, es que Venus y Mercurio no tienen satélites, y que Marte se dice que tiene dos, y Saturno nueve, y Júpiter nueve, mientras que nosotros sabemos por nuestra enseñanza que cada planeta no puede tener nada más que una verdadera Luna, siendo las otras simples capturas, satélites? Ahora, supongamos que en los eones de tiempo pasado, un cometa, acercándose a la fase planetaria, pasó lo suficientemente cerca de la atracción gravitatoria de nuestro sistema solar universal en su propio plano de existencia para ser capturado, y que debido a la interacción de las diversas fuerzas se instaló en una órbita alrede-

dor de nuestro sol; y que eones mucho más tarde nuestros astrónomos descubrieron y lo llamaron Neptuno. Por favor, consideren esto como una teoría. Vamos a dejarla allí, si se quiere, por el momento, y a llamarla una teoría.

Hemos dicho que Urano no es un miembro de *nuestro* sistema solar. Repetimos la afirmación. Es un miembro, sin embargo, de nuestro sistema solar *universal*.

Ya ven ustedes cómo era posible que el Sr. Sinnett, por falta de entrenamiento esotérico, por falta de conocimiento de la sabiduría antigua, por estar maravillado psicológicamente con los espléndidos logros en el descubrimiento puramente físico de los avances científicos de su época —la “última palabra en conocimiento”, proclamado en las revistas científicas de ese día— prefiere las teorías científicas y las modas de la época a los principios de la sabiduría antigua, estos principios que han sido probados por generaciones y generaciones de intelectos titánicos, de hombres, grandes videntes, que desde tiempos inmemoriales han puesto a prueba la naturaleza, enviando sus almas al seno mismo de la materia, en todos sus siete planos o esferas, y encontrando la verdad, la realidad de las cosas.

Ahora, por favor noten: la pregunta del Sr. Sinnett se refiere a “nuestro sistema de mundos”. ¿Ven lo vaga que fue la pregunta? Por lo menos cuatro aspectos diferentes de la doctrina de las esferas podrían haberse entendido de esas palabras. Los maestros habían estado exhortando a los señores Sinnett y Hume a adoptar una terminología y nomenclatura definitiva en Inglés, que, de hecho, el Sr. Sinnett adoptó, en cierta medida. Le debemos muchos de nuestros términos y expresiones comunes a él, y estamos debidamente agradecidos por la buena labor que hizo en este sentido, pero muchos de estos términos son demasiado vagos. Por ejemplo, el término “raza-raíz” es uno de los más desafortunados. En una fecha posterior tendremos que mostrar por qué es lamentable. Nos proponemos adoptar el propio término del Maestro “raza-estirpe”, usando la palabra “estirpe” en el sentido de *cuerpo* o *tronco*. Le debemos al Sr. Sinnett también la expresión “ronda”, es decir el paso de la oleada de vida del globo A, el primero de la cadena de nuestra tierra, al Globo G, o el séptimo al final; y muchas más de las palabras, frases, y mucho del vocabulario técnico que se emplea comúnmente hoy por nosotros, se debe al Sr. Sinnett y el Sr. Hume.

La pregunta acerca de “nuestro sistema de mundos” formulada por el Sr. Sinnett proporcionó una apertura perfecta al Maestro para

decirle la verdad total en términos generales, y también, para esconder de él lo que no debería saber. Si el Sr. Sinnett hubiera sido lo suficientemente claro en su pregunta —en realidad, para decirlo de otro modo, si hubiera sido lo suficientemente sabio para hacer una pregunta perfectamente definida— habría sido mucho más difícil y embarazoso para el Maestro, en vista del secreto necesario, para dar una respuesta definitiva. En tal caso, el Sr. Sinnett hubiera obtenido una respuesta definitiva; o se le habría dicho que la pregunta era una que no se debería responder, como efectivamente sucedió en varios casos. Pero ¿cuál fue la respuesta que se le dio? Ya la hemos leído, y contiene varios puntos de la enseñanza en virtud de las palabras. Estos cuatro aspectos de la doctrina general de las esferas, a la que hemos aludido, figuran en la respuesta del Maestro en forma de indicio y alusión, con especial referencia al más esotérico. “Nuestro sistema de mundos” fue tomado por su valor nominal, al igual que la vaga e indefinida pregunta —desde el punto de vista del ocultismo— debería haber sido tomada. La ley arcaica es que sólo aquellos que llaman a la puerta *de la forma correcta* pueden entrar en ella. Todo depende a cual puerta se llama, y esta es una vieja regla, antigua, antigua, desde los tiempos inmemoriales, hacia los mismos días de los últimos atlantes, cuando los Misterios se establecieron con el fin de separar la parte más noble del pueblo Atlante de los que se degeneraron y precipitaron su fatalidad.

Así, pues, por favor entiendan con toda claridad que nuestro sistema solar *universal* de mundos significa nuestro sol y todos los cuerpos planetarios en su totalidad en el sistema solar, de cualquier grado o clase, en cualquier plano, interior o exterior, y en cualesquiera órbitas que puedan girar en torno a su centro, el sol. Recuerden asimismo que nuestro sistema solar es septenario, que se compone de siete planos, o mundos, y por lo tanto, que hay siete soles en él, de los que vemos, solo un sol, el más inferior.

Podríamos decir también aquí y ahora, porque es una parte de nuestro estudio, que los habitantes de los tres globos que nos preceden y de los tres globos después del nuestro, en la cadena planetaria de nuestra tierra, en cada caso, ven dos soles. Un ejemplo de esto lo tenemos, afortunadamente, en la astronomía moderna, en lo que se llama las estrellas-dobles. Hay muchos tipos de dobles. No me refiero a los dobles meramente ópticos, sino a ciertos pares solares o parejas verdaderas, que están estrechamente relacionados con la muy interesante y misteriosa doctrina de las obscuraciones, en la que

tendremos que penetrar en el desarrollo de este nuestro estudio actual de la cadena planetaria de la tierra. Pero estas parejas estelares o dobles muestran que esos soles, que son vistos como dobles, forman un sistema septenario que, como nuestro propio sol, tienen un sol único inferior, o un sol en el cuarto plano inferior, así como nuestro sol físico. Observamos cómo una clave de la sabiduría antigua abrirá la puerta a las cámaras secretas de la naturaleza. Nunca olviden el viejo axioma hermético: la analogía es la ley fundamental de la naturaleza, “Como es arriba, es abajo”.

El siguiente punto a tratar es: los siete planetas sagrados de los antiguos, ¿cuáles son? Son los siguientes. No los voy a nombrar en su orden correcto esotérico, sino de la manera griega exotérica antigua: Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter, Saturno. Tengan en cuenta, en primer lugar, que nuestra Tierra no es uno de los siete planetas sagrados o secretos. En segundo lugar, que la Luna (la primera en el orden de enumeración, antes de Mercurio) y el Sol, son considerados aquí, en la enumeración exotérica, como planetas. En realidad, sin embargo, representan dos planetas ocultos, que son invisibles para nosotros: el sol representa a un planeta intra-mercurial que lo llamaremos, si se quiere, por razones de conveniencia, Vulcano, un planeta visible para los hombres de la tercera raza-raíz —o raza-estirpe— en esta ronda, pero que ahora ha desaparecido de nuestra vista. Reaparecerá, sin embargo, a medida que nuestra raza progrese a niveles más altos de percepción. La Luna, de nuevo, como se ha dicho, representa otro planeta secreto que ahora se está muriendo, después de haber alcanzado casi el final de su ciclo de vida septenaria. Antes de que la Tierra haya alcanzado *su* séptima ronda, nuestra Luna se habrá desintegrado en polvo estelar atómico; y este planeta secreto de la actualidad, siendo un planeta moribundo, este planeta misterioso del cual la Luna es el sustituto exotérico, será entonces el satélite de la Tierra en lugar de la Luna que era y ahora es; pero ese planeta-satélite no será una *luna* verdadera, sino un mero satélite. Por favor noten la diferencia. Por ejemplo, el planeta Marte tiene dos satélites, Fobos y Deimos. Fobos no es una luna; pero Deimos es una luna verdadera, pero no de Marte. Fobos es una captura, como podemos decir, de Marte.

Este tema de los siete planetas sagrados de los antiguos, está íntimamente ligado a la doctrina de la cadena planetaria de nuestra propia tierra, esta última es un caso especial de la doctrina general de las esferas; y tendremos que entrar en este tema como un estudio

formal. Pero vamos a señalar, antes de cerrar esta noche, que el sol y la luna, formando dos de los siete planetas secretos en la enumeración exotérica, son sustitutos de dos planetas secretos e invisibles, algo de lo que ya hemos hablado brevemente. Además, con respecto a Marte, hay un misterio —es decir, un secreto esotérico— relacionado con este tema que no tenemos tiempo para discutir esta noche, pero en él reside la razón por la que H. P. Blavatsky, aludiendo a estos siete planetas secretos en cierta página de *La Doctrina Secreta*, habla sólo de cuatro —Saturno, Júpiter, Mercurio y Venus— e insinúa a tres más que ella no menciona allí como pertenecientes al grupo de los siete planetas sagrados de los antiguos.

Tengan en cuenta también que cada uno de los siete globos de nuestra cadena planetaria de la Tierra está bajo la orientación, y en realidad es formado por uno de los siete planetas sagrados que, por esta razón, y por otras, fue llamado sagrado. Así, de nuevo, cada raza-raíz —o raza-estirpe— de cada uno de los siete globos, durante cada ronda-globo está bajo la protección y la orientación de uno de los siete planetas sagrados. Pero la principal razón para llamarlos sagrados es la siguiente: como nuestro sistema solar universal está compuesto por siete planos de existencia, en otras palabras, se compone de siete mundos, siete planos, siete esferas de vida y actividad —no globos sino esferas en el sentido más amplio, como cuando un hombre dice esferas de actividad—, buscamos una respuesta a la pregunta, ¿Por qué es así? Aquí está la respuesta, y muestra por qué estos planetas son llamados sagrados. Estos siete planetas son las casas, cada uno para cada cual, de los siete logoi de *nuestro* sistema solar, formando así un grupo menor a la cabeza del cual está uno de los siete primordiales logoi del sistema solar universal. Cuando nuestro sistema solar universal salió de la latencia como una nebulosa, más tarde se convirtió en un cometa, separándose aún más tarde en el sol y los planetas, cada uno persiguiendo su propio camino de vida particular; la separación de la vida interior de la nebulosa en siete fuerzas cósmicas para futuras actividades de la vida fue realizado por los siete logoi primordiales.

Pónganlo de esta manera: el Logos principal del sistema solar universal es séptuplo, septenario, es decir, el Logos Solar —Brahmā, como los hindúes dirían— es septenario. Luego, cada uno de estos siete logoi menores, a su vez subdivididos en siete fuerzas o poderes, forman siete grupos septenarios o sistemas solares menores, y *nuestro* sistema solar es uno de esos grupos: siete logoi menores,

cada uno, cada uno para cada cual, es el rector, el guía, de uno de los siete planetas sagrados; si se quiere, su alma formadora. Sin embargo, recuerden esto: la anterior subdivisión compone las fuerzas de vida de *nuestro* sistema solar. Por lo tanto, *nuestro* sistema solar forma un grupo dentro del sistema solar universal. Hemos explicado antes a qué nos referimos. En otras palabras, hay cuarenta y nueve de estos logoi menores en nuestro sistema solar universal, pero nuestros sagrados siete, los cuales con nuestra cadena planetaria terrestre forman *nuestro* sistema solar, pertenecen a *nuestro* Logos solar. Todavía en otras palabras, pónganlo de esta manera: tal como el sol tiene su espectro de siete rayos, así cada uno de estos rayos de nuevo se subdivide en siete rayos de menor importancia. Tengan en cuenta esto como una ilustración. Nuestra cadena planetaria, ustedes recordarán, lo que será el tema de nuestro próximo estudio, consta de siete globos, colectivamente la entidad septenaria desarrollada de una cadena septenaria anterior en otro ciclo de vida o manvantara, cadena que está ahora muerta, pero que funciona ahora como nuestra cadena lunar. Y recuerden que cuando decimos nuestra luna en este caso particular nos referimos a la luna septenaria, toda la entidad septenaria definida. Nuestra presente luna, en realidad, no es la luna *física* que en un tiempo fue, la cual ha desaparecido, sino que es su *kāma-rūpa*, su cascarón vampirizante, pura y verdaderamente, en más de un sentido, vampirizante. Es un fantasma de la luna que fue, su auténtico cascarón. Nuestra Tierra, que surgió de ella, saca todavía de ella los átomos de vida que el destino kármico de nuestra tierra la obliga a reunir en sí misma, para su bien o para su pesar, según sea el caso.

CUARENTA Y DOS

LA DOCTRINA DE LAS ESFERAS EN SUS CUATRO ASPECTOS. LOS SIETE PLANETAS SAGRADOS Y SUS RECTORES: SU RELACIÓN CON NUESTRA CADENA TERRESTRE. LAS CIRCULACIONES DEL KOSMOS: RONDAS EXTERIORES Y RONDAS INTERIORES; ΣΙΣΗΤΑΣ. UNA LEY BÁSICA UNIVERSAL: COMO ES ARRIBA, ES ABAJO. LAS DOCTRINAS DEL OJO Y DEL CORAZÓN.

Los más famosos de los babilonios, junto con Ostanes y Zoroastro, propiamente llamaron a las esferas estrelladas rebaños; ya sea porque éstas solo entre las magnitudes corporales son perfectamente llevadas alrededor de un centro, o de conformidad a los oráculos, porque son consideradas por ellos, en cierto sentido, los vínculos y los colectores de la razón física, que también llaman en sus discursos sagrados rebaños [*agelas ἀγέλας*], y por la inserción de una gamma [*angelous ἀγγέλουμς*], ángeles. Razón por la cual las estrellas que presiden cada uno de estos rebaños se consideran demonios (genios) similares a los ángeles, y se llaman arcángeles: y son siete en número.

—ANON., *Theologumenis Arithmeticiis*
(Cory, *Ancient Fragments*, p. 276)

La “Doctrina del Ojo” es para la multitud, la “Doctrina del Corazón” es para los elegidos. La primera repite con orgullo: “Ved, yo sé”, los segundos, aquellos que humildemente han recogido la cosecha, en baja voz dicen, “Así he oído yo”. . . .

El Dharma del “Ojo” es la encarnación de lo externo, y de lo inexistente.

El Dharma del “Corazón” es la encarnación de Bodhi, lo Permanente y lo Semipiterno.

—*La Voz del Silencio*, págs. 27, 29

LAS TRADICIONES de la humanidad nos dicen, y los registros de la antigua sabiduría corroboran las tradiciones, que las doctrinas que hemos estado estudiando durante los últimos cuatro años, han llegado hasta nosotros intactas y en su pureza prístina, bajo el cargo de grandes mentes, grandes hombres, grandes almas. Estas tradiciones, con el pasar de las edades, datan del punto medio de la cuarta raza-estirpe o Atlante, tomando diversas formas cuando fueron dadas más o menos completas en diferentes momentos; decimos, tomó formas, en las diferentes grandes religiones mundiales; y es al fondo, detrás, bajo la superficie de estas grandes religiones del mundo que encontramos muchas, si no todas, las doctrinas de la

antigua sabiduría. No debemos incluir en estas religiones de las que hablamos, las diversas pequeñas religiones o cultos casi-religiosos, por muy grande que su extensión entre los seres humanos pueda haber sido, porque estas religiones más pequeñas a menudo eran brotes de los hombres que no comprendieron perfectamente la sabiduría antigua, y que, en algunos casos, eran en realidad infieles a sus propios maestros. Y aquí podemos encontrar una de las razones dominantes de por qué estas enseñanzas arcaicas se han mantenido sagradas y en secreto; porque, como se le dijo al Sr. Sinnett y al Sr. Hume, los Maestros no tenían ni tienen el menor deseo de imponer otra religión exotérica en un mundo ya dominado por el clero y la carga del credo.

Una corriente que ha sido contaminada en su fuente apenas puede hacer brotar las corrientes puras que curan. El mejor antídoto para la locura es la sabiduría; para la ignorancia, el conocimiento real; para una teosofía falsa y no autorizada, por lo tanto, las enseñanzas de la arcaica religión-sabiduría.

Tomamos de nuevo esta noche el estudio que se inició en nuestra reunión de la semana pasada; y el tema principal era entonces lo que se llamó la doctrina de las esferas, de las cuales la doctrina de nuestra cadena planetaria, la cadena planetaria de nuestro sistema solar, es un caso particular. Hagamos una breve reseña, al mismo tiempo, tal vez mejorando un poco, la explicación que hicimos entonces. La doctrina de las esferas comprende la totalidad de las enseñanzas sobre el origen, la vida, y el destino de las esferas o planetas y del sol, que pertenecen a la composición de nuestro sistema solar universal. Por sistema solar “universal” nos referimos a todos los cuerpos ya sean conocidos o desconocidos, visibles e invisibles, que giran alrededor del sol, que es su punto principal. Hay muchos de estos planetas, decenas de ellos, la mayoría de ellos invisibles a nuestros ojos físicos.

El segundo aspecto de la doctrina de las esferas es la doctrina subsidiaria de la cadena planetaria. Cada uno de estos planetas es un cuerpo septenario, que incluye una unidad de siete globos; y uno de los siete es visible a nuestros ojos en el caso de los siete u ocho o nueve planetas conocidos por la astronomía, ya que nuestros ojos han sido capacitados a través de la evolución en este planeta para verlos, ya que estos pocos casos pertenecen a nuestro propio “plano”. Cuando estemos en los globos de nuestra cadena a los que vamos a pasar al salir de esta tierra, nuestros sentidos entonces, serán capacitados por la naturaleza, por la evolución, para percibir, sentir y ver. Para conocer, en otras palabras, otros cuerpos celestes, otros planetas de

nuestro sistema solar universal. Del mismo modo fue en el caso de los globos que dejamos en la cadena planetaria descendente. Cada cadena planetaria, por lo tanto, tiene siete globos, según las enseñanzas, existiendo en cuatro planos: dos globos en cada uno de los tres planos superiores, y de estos siete globos sólo uno ubicado en el plano inferior; nuestra tierra está en este que es el más bajo o cuarto plano de nuestra cadena. Esta doctrina de la cadena planetaria es nuestro tema principal de estudio por el momento.

El tercer aspecto de la doctrina de las esferas es lo que se ha llamado los siete planetas sagrados de los antiguos —una enseñanza que incluye también un misterio septenario—. Estos planetas son, respectivamente, Saturno, Júpiter, Marte, Sol (que es un sustituto por razones enumerativas de un planeta intra-mercurial), Venus, Mercurio y la Luna, que también es un sustituto para un planeta cerca de nuestra Tierra, y que ahora se está muriendo. Estos siete planetas sagrados de los antiguos fueron llamados sagrados por los motivos establecidos en nuestro último estudio. Ellos son las casas de las siete fuerzas de *uno* de los siete rayos principales del Logos solar: siendo este rayo principal nuestro logos particular. Esta doctrina es muy simple, pero por ser un caso de siete implicados en siete, suena muy complicado; en realidad no lo es. Hay siete rayos principales, o esenciales, o fuerzas que hacen y que forman al sol; y estas siete fuerzas son los siete logoi solares. Cada uno de estos siete logoi principales se subdivide a su vez en siete; y estas siete subdivisiones de un rayo principal o logos forman los rectores, los genios, los arcángeles si se quiere, de los cuales los siete planetas sagrados son las casas.

Cada uno de estos siete planetas sagrados participó íntimamente en la construcción de cada uno de los globos de nuestra cadena planetaria. Cada una de las razas-estirpes o razas-raíces en cualesquiera de nuestros siete globos durante el paso por él de la oleada de vida evolutiva, está también bajo la dirección y control directo de uno de estos siete planetas sagrados, y cuando decimos “planeta”, debe tenerse cuidado de que no me refiero al mero cuerpo físico de él, el planeta que vemos; esta es la casa de un dhyāni-chohan séptuple, el rector, el genio, esa fuerza solar particular que ha construido y que utiliza ese planeta como su casa: su “centro nervioso”, por así decirlo.

El cuarto aspecto del sistema solar universal trata del grupo que es tan sagrado que, como H. P. Blavatsky dice en las páginas 163-4 del volumen I [I 196] de *La Doctrina Secreta*: “En cuanto a Marte, Mercurio, y ‘los cuatro otros planetas’, tienen una relación con la Tierra

de la cual ningún maestro o alto ocultista jamás va hablar [en público, hay que añadir], y mucho menos explicar su naturaleza”.

Esta doctrina de las esferas está llena de maravillas. Hemos esbozado solamente un esquema de ella; y estrechamente relacionada con ella está la doctrina gemela, aún más sagrada y más misteriosa, que podemos llamar *la doctrina de las circulaciones del kosmos*, de la cual las circulaciones de las fuerzas del sistema solar universal son un caso especial. Tengan en cuenta aquí, que el funcionamiento del karma y la reencarnación del alma humana en la tierra son casos especiales, de nuevo, de estas dos doctrinas: la doctrina de las circulaciones que hace que las acciones del karma se lleven a cabo; y la doctrina de las sucesivas reencarnaciones del hombre en las casas de carne, tal como la doctrina de las esferas muestra la construcción de otros globos en casas de forma física, aptas para las almas en evolución, y proveyendo cuerpos para ellos correspondientes a cada uno de esos globos. Esta doctrina de las circulaciones del kosmos es una a la cual nos acercamos con una gran cautela. Debemos recordar que todo lo que puede decirse sobre el tema en la actualidad, no incluye de ninguna manera todo lo que se puede decir sobre este tema recóndito; no, ni siquiera una décima parte. Esta doctrina de las circulaciones del kosmos, o de las circulaciones de las fuerzas de vida en el sistema solar universal, entre muchas otras cosas, trata con el paso de la oleada de vida de globo a globo en nuestra cadena planetaria; nos explica y aclara cómo se hace esto; mientras que la doctrina de las esferas establece a qué globos irán estas circulaciones, en cuáles globos entrarán estas circulaciones, y en qué estados quedarán estos globos cuando sus respectivos ciclos de vida se hayan completado. Esto se aplica también, por supuesto, a nosotros aquí en la tierra, y a los átomos de vida aquí en nuestro globo; y, por ejemplo, nos dice de los hombres, cómo van a ser en el globo siguiente de esta nuestra tierra y, también, como éramos en el globo anterior a esta tierra. Y así, en todos los globos de nuestra cadena, la oleada de vida funciona similarmente; es decir, estas circulaciones se relacionan con cada globo y con todos.

Además, en cuanto a estos rectores planetarios, o genios, o dhyāni-chohans —cada logos solar subsidiario de los siete logoi menores de un Logos principal, formando el genio regente de cada globo—, ellos en realidad son los constructores de nuestra cadena planetaria, además de la vida interna o svabhāva pertenecientes a nuestra propia cadena planetaria. La semilla humana se siembra, por ejemplo; crece, se convierte en un embrión, por fin nace, crece en un hombre. Tiene

su vida interior, el carácter, un urgir hacia el interior, el impulso hacia adelante, el desarrollo de las facultades internas; pero esto se hace en un mundo de fuerzas que lo rodean y lo afectan profundamente por la acción y reacción, o karma. Así sucede con los globos, y con nuestra cadena planetaria en conjunto.

También debemos observar brevemente, que estos siete planetas sagrados son profundamente instrumentales en la construcción de nuestra cadena planetaria; pero también la tierra en sí es uno de otro grupo o serie de siete planetas, que construyen, o colaboran en la construcción de la cadena planetaria de algunos otros de nuestros planetas —tan estrechamente relacionados entre sí y entrelazados son los funcionamientos de las fuerzas de la vida y de las oleadas de la vida en nuestro kosmos solar, en nuestro sistema solar universal.

Ahora, brevemente pasamos a examinar algunas cuestiones que estudiaremos en detalle más adelante; por favor, tengan en cuenta que la oleada de vida en cualquier cadena planetaria —tomaremos la nuestra como ejemplo de la regla— pasa una vez desde el primer globo hasta el séptimo, a través de siete globos, y cuando ha pasado una vez a través de siete globos de la cadena, completa lo que llamamos una ronda de cadena, siendo *ronda* una palabra que acuñó el Sr. Sinnett para este fin, y que todavía usamos. Siete de tales rondas de cadena completan un ciclo de vida de nuestra cadena planetaria. Y entonces, ¿qué sucede?

Nos acercamos ahora a otro misterio. Hay rondas exteriores y rondas interiores. La ronda interior comprende el paso de la oleada de vida en cualquier cadena planetaria, desde un globo A hacia un globo G (o Z), una vez alrededor de toda ella, y esto tiene lugar siete veces en un manvantara planetario. La ronda exterior —por favor, escuchen con atención— consiste en el paso de la totalidad de la oleada de vida de una cadena planetaria, por obra de la doctrina de la circulación del sistema solar, desde uno de estos planetas sagrados a otro, y esto por siete veces.

Volviendo por un momento de nuevo a una ronda en una cadena planetaria: en nuestro planeta, la fuerza egoica que vive en cualquier hombre, o en cualquier entidad viviente, evoluciona por sí misma cuerpos que se corresponden con su entorno —cuerpos externos, cuerpos internos—. Los superiores de estos cuerpos internos los podemos llamar los huevos monádicos; y cuando la oleada de vida deja uno de los globos de los siete de esa cadena planetaria con el fin de pasar al siguiente globo, los vehículos que se corresponden y

que pertenezcan a dicho globo en particular, sus propias evoluciones, se quedan como *śiṣṭas*, una palabra sánscrita que significa “remanentes”, con el fin de servir como los primeros vehículos o cuerpos a las mónadas, cuando la misma oleada de vida regresa en el ciclo siguiente, y después de eones y eones de tiempo las mónadas de la oleada de vida que regresa encuentran estas “esferas dormidas”, o latentes “átomos de vida”, o vehículos, en espera de ellas. Estas esferas dormidas, o latentes átomos de vida, se corresponden, todas y cada una de ellas, al globo particular de la cadena planetaria que las ha evolucionado. Así, los *śiṣṭas* son los ya evolucionados o *individualizados* vehículos o “átomos de vida” en condiciones de recibir la hueste monádica que regresa.

Vamos a ilustrar esta doctrina de nuestra cadena planetaria dibujando siete círculos; cada círculo es uno de los globos manifestados de nuestra cadena planetaria.

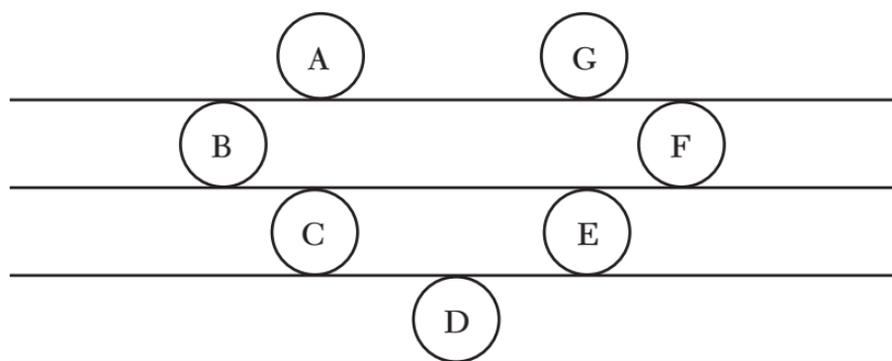


DIAGRAMA I

La oleada de vida entra en el Globo A, Atraviesa su ciclo de vida allí, y luego pasa al globo B. Acabado su ciclo en el Globo B, pasa al globo C, y luego al globo D, el más bajo de los siete. En nuestra propia cadena, el globo D es nuestra tierra. Dibujamos líneas rectas abajo de los tres pares más altos, y una línea recta abajo del globo D. Estas líneas representan los cuatro planos o mundos más bajos de nuestro sistema solar, nuestro sistema solar universal. Hay todavía tres planos o mundos superiores, lo que hacen siete en total; y más allá de estos tres planos más altos, todavía hay tres más, con lo que hacen el número diez perfecto. De estos tres últimos y los planos o mundos más altos, no diremos nada más aquí.

Ahora vamos a dibujar los tres planos más elevados de los siete,

cinco círculos más que representan más globos, de la siguiente manera: dos globos en el plano más bajo de los tres más altos, dos globos más en el plano de encima, y un globo en el séptimo plano contando

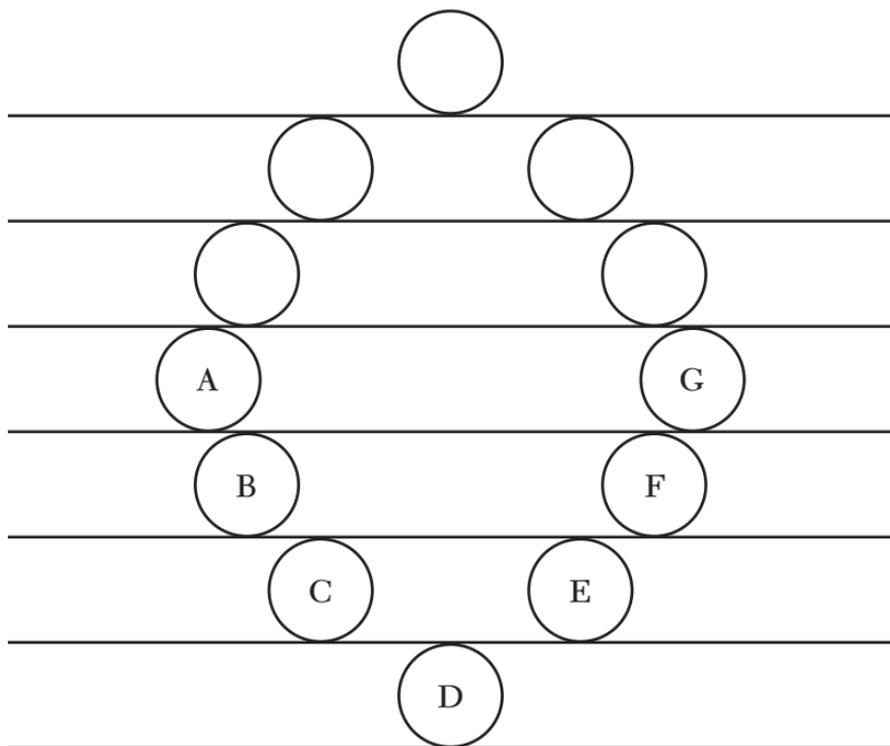


DIAGRAMA II

desde la parte inferior, formando así la cima o cumbre. Entonces tendríamos doce globos en nuestra cadena planetaria: siete manifestados, y cinco escondidos; y este es el sistema de construcción (de la fuerza logoiica solar) que vamos a estudiar —cada uno de estos doce globos, por cierto, corresponde en la sabiduría antigua a uno de los doce signos del zodiaco—. Ustedes ven, entonces, que hay siete globos manifestados; uno visible para nosotros, el más bajo y el cuarto; seis más altos *in abscondito* o escondidos; y por último, cinco globos en los tres planos más elevados de los siete planos, formando, así, siete más cinco: doce globos en total. Esto es sólo un esbozo, en el momento actual, limitado a delinear las enseñanzas.

La pregunta surge naturalmente: ¿Qué es lo que circula de globo a globo de una cadena planetaria en las rondas interiores, y pasa de uno a otro, y a cada uno, a su turno, de los siete planetas sagrados

en las rondas exteriores? Ya hemos dicho que cada globo de una cadena, cuando la oleada de vida sale, conserva sus huestes de huevos monádicos como *śiṣṭas*. Se utilizó la palabra “monádicos” en un sentido general; es decir, se aplica en todos los casos a esa parte especial de toda la economía humana espiritual, psicológica y física que corresponde a ese globo en particular —que le pertenece a él, en una palabra, y que se deja atrás así como un viajero sale y deja detrás de sí una casa o la ropa que usa para ciertos climas y condiciones atmosféricas cuando se va a otra parte; porque él regresa de nuevo a su vieja casa—. ¿Pero qué es, cual es ese final supremo, esa mónada, esa mónada superior, que provee y en realidad es la semilla inmortal de la cual todas estas otras brotan? Eso es lo que H. P. Blavatsky llamó el ser espiritual, el alma divina; la semilla inmortal, el Padre-Madre, la fuente, el manantial —denle el nombre que deseen—, el cuerpo oviforme, el huevo áurico, que en su esencia, no en su forma, contiene la individualidad divino-espiritual del hombre o de cualquier otra entidad viviente. Que es inmortal, sin nacimiento; que dura a través de todo el manvantara solar, y entra en el supremo *paranirvāṇa* sólo cuando el sistema universal solar en el debido curso de su evolución cíclica pasa finalmente a pralaya o latencia.

Pensemos un momento, ¿qué significa todo esto? Esto significa que en cualquier globo en particular —tomemos el nuestro, nuestro globo tierra, como ejemplo, y nosotros, los hombres, como los ejemplos de la ilustración— evolucionamos aquí en parte de adentro hacia afuera por nuestro propio impulso *svābhāvico* interior, y en parte de afuera hacia adentro por la reacción de la naturaleza que nos rodea, ciertas personalidades, y ciertos caracteres, y ciertos vehículos que se corresponden exactamente al globo sobre el que nos encontramos. Estos caracteres, y personalidades, y vehículos, son totalmente inaptos para otro globo, totalmente inaptos para otro plano. No pueden pasar a otro plano o vivir en otro globo así como una rosa no podría vivir en el fondo del océano. Ellas no deberían estar allí; sino que pertenecen a esta tierra; pertenecen a la atmósfera material y psicológica de esta tierra, ellas pertenecen a ese mundo en particular, a esa circulación de las fuerzas que hacen esta tierra y que en realidad *son* esta tierra. No encontramos el cultivo de rosas en el Polo Norte, ni encontramos glaciares a nivel del mar en los trópicos. Todo en la naturaleza encaja y tiene su propio lugar.

Del mismo modo, en cada uno de los otros globos de nuestra cadena, hay cuerpos o vehículos, etc., evolucionados, cuerpos internos

y cuerpos externos, que se corresponden en cada caso a esos globos, que pertenece allí, que hemos hecho mediante nuestra estadía allí, y que dejamos atrás cuando salimos de esos globos. Del mismo modo, no hay más que una norma fundamental, una ley básica, para usar la palabra popular, a través de todos los kosmos: cuando el hombre se reencarna vuelve con la misma individualidad espiritual, de hecho, vuelve con la misma individualidad humana superior. Pero él evoluciona por sí mismo cada vez, y en cada globo —porque la raza es diferente, el karma es diferente, las circunstancias son diferentes, ya que la evolución precedente ha hecho evolucionar aún más tanto a él como al globo circundante— él evoluciona personalidades, vehículos, etc., desde sí mismo nuevamente, a partir de las semillas que en cada muerte anterior habían pasado a la latencia en el carácter, y así pasa y da forma nuevamente a las varias clases de huevos monádicos del globo dejados antes atrás en los diferentes globos, cuando la oleada de vida los dejó para proseguir.

Aquellos de ustedes que son estudiantes del oriente clásico, podrán fácilmente ver cómo lo que se ha dicho, aunque sea poco en el presente, arroja una luz que es realmente deslumbrante sobre las enseñanzas de las mayores religiones antiguas, como las de Egipto y las de Grecia; preeminentemente en lo que se refiere la doctrina del brahmanismo y el buddhismo en la India y el lejano Oriente. No es de extrañarse que a la teosofía se le haya llamado la filosofía unificadora del mundo. Muestra el por qué y el cómo de todas estas grandes religiones antiguas. Nos dice lo que eran y lo que significan.

Ahora bien, uno puede preguntarse —y esto es una pequeña digresión sólo aparentemente necesaria— ¿por qué se habla tanto del siete: siete aquí y siete allí, y siete en todas partes? ¿Vivimos en un universo anárquico, un universo sin orden y confuso, uno sin forma bien definida? ¿O vivimos en un universo en el cual cada átomo está al alcance de las fuerzas controladas por fuerzas aún más altas y más recónditas y poderosas? Obviamente esto último. Y estas fuerzas más altas están dominadas y controladas por unas todavía más altas. Esto simplemente significa que hay una oleada de vida consistente corriendo a través de todo ser; y siendo una coherente y consistente voluntad, con una dirección básica, debe actuar *en todos los planos del universo*, más o menos *de la misma manera*. De aquí que puedan ver la necesidad, el valor, para nosotros, y además la belleza, de las antiguas enseñanzas, proclamando la operación fundamental de la naturaleza, comúnmente llamada la ley de analogía, expresada por el axioma

hermético: “Como es arriba, es a abajo, como es abajo, es arriba”.

El Logos cósmico primigenio, digamos, tiene una dirección en la que su voluntad se derrama en torrentes de luz y vida. Esos torrentes pasan por sus diversos ciclos y formaciones al descender en la materia, y resurgen de nuevo hacia su fuente. Al hacerlo, no hacen más que seguir —y no se puede hacer otra cosa— los impulsos poderosos que brotan del corazón central, de esa voluntad una. Estamos tentados a usar palabras como finalidad, o diseño, si no fuera porque estas palabras son tan mal usadas en los esquemas teológicos cristianos, que casi le daría a los oyentes una idea de un Dios cósmico personal, y esa blasfemia no la reconocemos. Precisamente aquí es donde entran las operaciones del karma. El karma no es una ley hecha por algo o alguien. Es la naturaleza o calidad inherente del ser cósmico al reaccionar contra la acción ejercida sobre él. Es la doctrina de las consecuencias. Cósmicamente hablando, tiene su flujo de acción o fuerza en una dirección determinada, que es la voluntad, el flujo de vida, del Logos cósmico, y este flujo de vida del Logos, como se dijo antes, surge de un corazón, el corazón central de nuestro sistema solar, y formando de esta manera la constitución o el funcionamiento fundamental de la naturaleza universal, todo en esa naturaleza obedece su dirección; y por lo tanto, tenemos la doctrina en relación con el siete, ya que no es sino la fotografía, por así decirlo, en nuestra mente, de los hechos del kosmos, estando el Logos solar dividido en diez partes, de las cuales siete son evidentes, y tres ocultas o escondidas. Todo lo que le debe su vida al Logos, que forma parte del Logos, que está sujeto al alcance de su energía, y a su “ley”, es, por lo tanto, por necesidad primordial, igualmente construido en un plan septenario.

De modo que podemos ahora, con estas palabras de introducción, pasar a considerar el primer aspecto de la doctrina de las esferas, llamado la cadena planetaria de nuestra tierra. Esta, como se ilustra en el diagrama 2, se compone de siete globos en manifestación, y cinco escondidos: los dos más altos de los siete más bajos forman los modelos de los cinco y de los últimos de abajo. Los dos globos siguientes son más espesos y más materiales; los dos siguientes son de demarcación material aún más espesa y más material, la serie de planos que termina con nuestra tierra, que es la copia aquí abajo del globo super-espiritual que forma el último o duodécimo —o primero— en nuestra entera cadena planetaria.

Aquellos de ustedes que conocen los clásicos recordarán cómo Platón habla del hecho de que la Divinidad geometriza de acuerdo

con un plan basado en doce. ¿Por qué el zodiaco tiene doce casas o signos? ¿Por qué había doce grandes dioses —siete manifestados y cinco ocultos— en todas las grandes religiones del mundo de la antigüedad? En estas religiones antiguas, las formas de expresión y las palabras difieren, pero la doctrina del corazón estaba allí y era la misma en todas ellas; no la doctrina del ojo, es decir, las cosas exteriores, que se veían, el ritual ceremonial y de culto variaba, a menudo en gran medida, de unos a otros. Esa fue la parte exotérica, no “falsa”, sino sin explicación; pero la doctrina del corazón, usando nuestra antigua lengua, nuestra fraseología antigua, es decir, la doctrina de lo que *está escondido y no visto*, y que es la expresión más alta de la verdad, está escondida, y no es visible al ojo físico. Por lo tanto las efusiones de la naturaleza más noble del hombre, de su alma superior, espiritual, bella, santa, y divina, fueron llamadas colectivamente la doctrina del corazón también.

Ahora bien, dijimos en nuestra última reunión que el Sr. Sinnett, el Sr. Hume, y otros más tarde, habían mal entendido y mal interpretado las enseñanzas de los Maestros en relación con los globos que componen nuestra propia cadena planetaria; y nos referimos entonces al primer volumen de *La Doctrina Secreta*, en la cual H. P. Blavatsky amable y compasivamente, critica la idea cáustica del Sr. Sinnett, de que su mente, sólo con una formación científica, conocía los secretos de la naturaleza realmente mejor que su maestro, o que H. P. Blavatsky, su segunda maestra; y en las páginas 163-4 de este volumen, encontrarán lo que dice sobre el tema. En primer lugar, dice que en respuesta a la pregunta del Sr. Sinnett el Maestro le dio una respuesta que era más o menos vaga. Esto fue porque la pregunta era muy vaga. El Sr. Sinnett nunca pareció darse cuenta de que estaba haciendo preguntas, que en algunos casos, simplemente no podían ser contestadas por cualquier persona obligada a guardar secreto. Entonces, ¿qué se puede hacer? El Maestro se había ofrecido a enseñar. Había llegado el momento de enseñar al mundo algo de la sabiduría antigua, unas pocas semillas iban a ser sembradas en el mundo del pensamiento-vida. Sin embargo, la respuesta tenía que ser dada de una manera vaga. Si la pregunta del Sr. Sinnett hubiera sido perfectamente clara, sobre temas concretos de los cuales él mismo tenía un conocimiento definitivo; sin duda habría recibido una respuesta definitiva, o le hubieran dicho que su pregunta no podía ser contestada por las razones ya expuestas. Esta negativa a responder, en efecto, sucedió varias veces. Su pregunta, en este contexto, fue la

que se leyó en nuestra última reunión: “¿Qué otros planetas de los conocidos por la ciencia ordinaria, además de Mercurio, pertenecen a nuestro sistema de mundos?”. Hemos visto que en ocultismo “nuestro sistema de mundos” puede referirse por lo menos a cuatro cosas diferentes: nuestro sistema solar universal; nuestra cadena planetaria; nuestro grupo de siete planetas sagrados, y este grupo misterioso: la Tierra, Mercurio, Marte, y otros cuatro planetas secretos.

Bueno, la respuesta fue generalizada: “Marte y otros cuatro planetas de los cuales la astronomía todavía no sabe nada”, refiriéndose muy especialmente al grupo misterioso. ¿Y por qué? Debido a que el Sr. Sinnett acababa de cuestionar previamente a su informante en un determinado aspecto de las enseñanzas que no podían explicarse sin dar la doctrina sobre este misterioso grupo. Eso es todo referente a ese tema. Y H. P. Blavatsky dice: “En cuanto a Marte, Mercurio, y ‘los cuatro otros planetas’, tienen una relación con la Tierra de la cual ningún maestro o alto ocultista jamás hablará, y mucho menos explicará su naturaleza”.

Obviamente, esta frase no se refiere a nuestra cadena planetaria, ya que H. P. Blavatsky ya había dicho que Marte y Mercurio no pertenecen a ella. Evidentemente, se está refiriendo a algún otro grupo. Ella también escribió lo siguiente: “Porque la respuesta fue: ‘Marte, etc. [la respuesta del Maestro no contenía la palabra, *etc.*], y otros cuatro planetas de los cuales la astronomía no sabe nada”. En la respuesta del Maestro figura la palabra, *todavía*, “todavía nada”. “Ni A, B, ni Y, Z, se conocen ni pueden ser vistos a través de medios físicos aunque perfeccionados”.

Entonces H. P. Blavatsky continúa: “Esto es claro: (a) La astronomía aún no sabe nada en realidad de los planetas, ni de los antiguos, ni de los descubiertos en los tiempos modernos”. Obviamente, ella solo habla de los planetas visibles; porque la astronomía moderna no admitía entonces la existencia de otros planetas en otros planos del sistema solar, y no los admiten en la actualidad. “(b) ningún planeta *compañero* de A a Z, es decir, ninguno de los globos superiores de cualquier cadena del Sistema Solar, puede ser visto”. Desmintiendo una vez más lo que el señor Sinnett pensó. Pero también marca una cosa: el Maestro en su respuesta al Sr. Sinnett no dijo “planetas *compañero* de A a Z”, como H. P. Blavatsky lo escribe. Él dijo: “Ni A, B, ni Y, Z”, especificando *cuatro* planetas, dos al principio, y dos al final del grupo misterioso. Ustedes pueden ver, entonces, que hay mucho más detrás de todo esto, mucho de lo que no aparece en la superfi-

cie. H. P. Blavatsky a su vez tuvo que hacerle frente, precisamente, a la misma situación que el Maestro. No podía decir toda la verdad, porque estaba obligada a guardar secreto; y sin embargo tuvo que dar una respuesta; y ella hizo lo que los maestros desde tiempo inmemorial han hecho en casos similares. Le dieron una respuesta, que era absolutamente verdadera, en la medida en que podían dársela, pero deliberadamente, en vista de la interdependencia de la naturaleza del kosmos y por lo tanto también de nuestras enseñanzas, permitieron una pista de que algo más iba a venir al mismo tiempo, que sirve un propósito doble: porque fue “ciega” y sin embargo absolutamente responsable y veraz, *hasta donde fue*.

Luego, en la página 167 (*La Doctrina Secreta*, Tomo I) [I, 199] H. P. Blavatsky cita las palabras del Maestro de nuevo: “*Imaginémonos que nuestra tierra es una de un grupo de siete planetas o mundos habitados por hombres. . . .* Luego, en paréntesis, y este paréntesis es de H. P. Blavatsky: “(Los siete *planetas son los planetas sagrados de la antigüedad, y son todos septenarios*)”. Aquí se alude a un tercer aspecto de la doctrina de las esferas. Este es un ejemplo perfecto de cómo esta situación se tiene que enfrentar.

Todavía como otro ejemplo de la política de secretismo que mencionamos, en otro lugar de *La Doctrina Secreta* encontrarán la declaración de H. P. Blavatsky de que nuestra Tierra no pertenece a los siete planetas sagrados de los antiguos, y aquí dice que lo hace, y las dos afirmaciones son aparentemente contradictorias. Es una paradoja, pero no una contradicción. Y, afortunadamente, esta paradoja es fácil de explicar. Los siete planetas sagrados de los antiguos, como los planetas del sistema solar, son los mencionados en el comienzo de nuestro estudio esta noche, es decir, Saturno, Júpiter, Marte, Sol (un sustituto), Venus, Mercurio y la Luna como un sustituto. Nuestra Tierra no está incluida, como podemos ver. Sin embargo, como también se señaló esta noche, cada uno de los globos de nuestra cadena planetaria es el hijo de, en un sentido es construido por, está bajo el control, y es guiado por uno de estos siete planetas sagrados, es decir, por el genio respectivo o rector de cada uno de los siete planetas sagrados. Por lo tanto, los siete globos de nuestra cadena planetaria también eran con frecuencia llamados los siete planetas sagrados por los antiguos, porque los siete globos fueron construidos por su cooperativa funcionalidad, y se encuentran bajo su guía. Los globos fueron construidos por los siete planetas sagrados, *además*, como antes se ha dicho, de la acción

de la vida svābhāvica interior de nuestra propia cadena planetaria.

Nuestro tiempo está llegando a su fin en esta noche, pero queremos llamar la atención sobre dos hechos antes de cerrar. En primer lugar, los siete globos de nuestra cadena planetaria *no* son los siete principios de la tierra. La analogía es buena y muy llamativa; sin embargo estos siete globos de nuestra cadena planetaria son, cada uno, una entidad distinta y separada, cada uno de los siete, nuestra tierra incluida, tiene sus propios siete principios. Sin embargo, los otros seis globos de nuestra cadena no son los otros seis principios de nuestra tierra. La idea es grotesca. Es tanto como decir que siete hombres, siete chelas de los Maestros, un grupo de siete chelas, son los siete principios cada uno de cada cual. No, en absoluto. Los siete globos forman un solo grupo, pero cada uno es una entidad separada y tiene sus siete principios propios.

En segundo lugar, estos llamados planos, estos siete planos, deberían realmente ser llamados *mundos*. Es muy difícil encontrar una palabra adecuada para describir este hecho. Estos planos, o más bien mundos, colectivamente son los lokas y talas: siete lokas y siete talas, que se corresponden uno con el otro, cada uno a cada uno.

Esta bipolaridad de loka y tala, repetida siete veces en siete grados decrecientes de materialidad contando hacia arriba, o crecientes grados de la materialidad contando hacia abajo, son, macrocósmicamente, los siete planos o mundos del sistema solar; los siete planos o mundos de nuestra cadena planetaria son los lokas y talas microcósmicos. Estos lokas y talas, entonces, son mundos. Miren el mundo que nos rodea: las estrellas por encima de nosotros, la tierra bajo nuestros pies, los vientos que soplan —en fin, todo el mundo que vemos, sentimos y conocemos—. Es uno de los lokas y uno de los talas en conjunto. Y estos lokas y talas corresponden uno al otro, cada uno a cada uno, exactamente como en el caso de la bipolaridad del magnetismo o la electricidad en nuestro plano. Fundamentalmente son uno, pero se manifiestan en carácter bipolar. Esa fuerza vital o corriente particular, cuya tendencia es descendente, forma este aspecto de la unión que se llama el tala de cualquier mundo. Y el otro, cuyo aspecto es ascendente o, técnicamente hablando, el norte, forma el loka.

En nuestro siguiente estudio vamos a iniciar una investigación bastante detallada de nuestra cadena planetaria, estando ya cubiertos los diversos campos que eran necesarios analizar brevemente antes de que pudiéramos entender adecuadamente las enseñanzas sobre la cadena planetaria de la Tierra.

CUARENTA Y TRES

ANALOGÍA: LA VIDA DEL HOMBRE Y LA VIDA DE UNA CADENA PLANETARIA. OCULTISMO Y ÉTICA: “VIVE LA VIDA SI QUIERES SABER LA DOCTRINA”.

La analogía es, pues, la guía más segura para la comprensión de las enseñanzas ocultas. . . .

Todo en el Universo sigue la analogía. “Como es arriba, así es abajo”; El Hombre es el microcosmos del Universo. Lo que se lleva a cabo en el plano espiritual se repite en el plano cósmico. La concreción sigue las líneas de la abstracción; lo más inferior debe corresponder a lo superior; lo material a lo espiritual.

—*La Doctrina Secreta I*, 173, 177 [I, 204, 207]

Como puede usted deducir por analogía, antes de que cada globo llegue a su período de madurez, tiene que pasar por un período de formación —también septenario—. La ley en la naturaleza es uniforme y la concepción, la formación, el nacimiento, el progreso y desarrollo del niño sólo difiere de la de un globo en magnitud. El globo tiene dos períodos de dentición y de crecimiento capilar —sus primeras rocas de las que luego también se desprende para dar cabida a nuevas, y sus helechos y musgos antes de que tenga los bosques—. De igual modo que los átomos del cuerpo cambian [cada] siete años, también, asimismo, el globo renueva sus estratos cada siete ciclos. . . .

. . . De este modo puede establecerse la relación entre un globo madre y su criatura el hombre. Ambos tienen sus siete principios. En el Globo, los elementales (de los cuales existen en total siete especies) forman (a) un cuerpo denso, (b) su doble fluídico (linga sariram), (c) su principio de vida (jiva); (d) su cuarto principio, el principio kama rupa está formado por su impulso creativo que trabaja desde el centro a la circunferencia; (e) su quinto principio (alma animal o Manas, la inteligencia física) está incorporado en germen en los reinos vegetal y animal; (f) su sexto principio (o alma espiritual, Buddhi) es el hombre (g) y su séptimo principio (atma) que está en una película de akasa espiritualizado que lo rodea.

—*Las Cartas de los Mahatmas a A. P. Sinnett*, pp. 93, 94 [Carta # 15]

Únicamente los llamados adeptos, que saben cómo dirigir su visión mental y cómo transferir su conciencia —tanto física como psíquica— a otros planos de existencia, son capaces de hablar con autoridad sobre esos temas. Ellos nos dicen claramente:

“Llevad la vida necesaria para la adquisición de dicho conocimiento y poderes, y la sabiduría vendrá a vosotros naturalmente. Cuando sedís capaces de sintonizar vuestra conciencia con cualquiera de las siete cuerdas de la ‘Conciencia Universal’,

con aquellas cuerdas que se hallan en tensión sobre la caja sonora del Kosmos, vibrando de una Eternidad a otra; cuando hayáis estudiado a fondo 'la música de las esferas', entonces únicamente tendréis libertad completa para compartir vuestro conocimiento con aquellos con quienes esto pueda hacerse. . . ."

—*La Doctrina Secreta*, I, 166-7 [I, 198]

ESTAS ENSEÑANZAS pueden parecer recónditas cuando se escuchan por primera vez, y de hecho lo son. Pero, como todas nuestras enseñanzas teosóficas, hay un aspecto de ellas que es muy simple y contiene la idea principal de cada pensamiento, es decir, de cada doctrina; y es, en cada caso, esta idea primordial o principal la que ilustramos, resta a ustedes por sí mismos completar los detalles, y demostrar por sus propios estudios los teoremas avanzados.

¿Pero no podría ser algo bueno señalar que uno de los más nobles resultados de estos estudios es el efecto que tiene sobre la naturaleza moral del hombre, del estudiante? Ustedes le pueden decir a un hombre que “sea bueno porque es bueno ser bueno”, como se comentó una vez antes; y esta afirmación es totalmente correcta y probablemente, nadie se opondrá a ella, sin embargo, no profundiza en la conciencia y mente del oyente. Pero si se le dice a un hombre que él es, en esencia, un dios encarnado, una divinidad encarnada, en su esencia, y que ha descendido a estas esferas de materia con el propósito de un trabajo universal, y que él no está cumpliendo con su deber, él está fallando en su relación con su propio ser superior si este deber no se logra, entonces se pone un pensamiento en la mente del hombre que le permite y le hace pensar, y le da una base para la moral, una base religiosa y filosófica, la cual, si tiene algo de bueno en él, él mismo la seguirá hasta el final.

Es absurdo pensar que cualquiera de nuestras doctrinas teosóficas se pueden separar de su aspecto ético. No se pueden separar; y ésta, tal vez, es la diferencia más fácil de entender entre las enseñanzas arcaicas y las de los diversos cultos casi-religiones que surgen como hongos de edad en edad y de tiempo en tiempo, y que tienen una vida larga o corta, dependiendo de las circunstancias, causando lesiones espirituales más o menos deplorables a la gente desafortunada que los oyen y los siguen con esperanza y depositan inapropiadamente su confianza.

En lo que concierne a la ética en relación con nuestras enseñanzas, recuerden que no se pueden entender adecuadamente a menos de que se “viva la vida” que ellas inculcan. Nuestros Maestros nos han dicho claramente: “Vive la vida como debe ser vivida, y el conoci-

miento vendrá naturalmente”. Sólo hay una verdad en la naturaleza, y la comprensión de ella es natural para quien “obedece la ley”. El conocimiento real trae modestia, compasión, magnanimidad, y valor como resultado, y todas las magníficas, antiguas y nobles virtudes; y esas virtudes son las insignias que marcan al verdadero discípulo —no tontas declaraciones que, en relación directa a dichas declaraciones, son falsas, son las más ciegas pretensiones. Entre más exaltadas son las declaraciones, menos verdad hay ahí detrás de ellas.

Con respecto a la dificultad de estas doctrinas: *son* muy difíciles, no sólo en su elucidación, que es lo que estamos intentando, sino también porque están muy íntimamente entrelazadas. Sin embargo, este hecho contiene la clave, el hilo de Ariadna, que conduce a su solución. El hecho mismo de que, justo así como las fuerzas y los principios y los planos de la naturaleza están tan entrelazados e íntimamente tan unidos que *si realmente se conoce una entonces se conocen más o menos todas*, así es con estas doctrinas. Si realmente se conoce una de ellas hasta un grado suficiente de conocimiento completo —hasta un grado suficiente, digo— entonces ya tienen ustedes una llave más o menos perfecta que se ajusta a las cerraduras de todas ellas.

De hecho, la analogía es la ley fundamental o, si se quiere, la operación fundamental, de nuestros procesos de pensamiento, derivados de la naturaleza, porque somos los hijos de la naturaleza; pues tal y como lo más alto se refleja en lo más bajo, así es el trabajo de la mente humana. Si siguen el funcionamiento de la naturaleza tal como se enseña en el ocultismo, ustedes encontrarán que lo más bajo no es más que el ejemplo o copia de lo que está por encima.

Estas enseñanzas, que hemos estado estudiando juntos aquí, las encontrarán en las páginas de *La Doctrina Secreta*. Búsquenlas, y las encontrarán. Sin embargo, les puede tomar años encontrarlas. Pero eso no es verdadero motivo de desaliento. Porque, en los tiempos antiguos, en la India por ejemplo, el alumno tenía que pasar diez o doce años solo en el estudio de la sagrada lengua sánscrita antes de que se le permitiera leer las escrituras sagradas en esa noble lengua; doce años más pasaba luego en el estudio de las escrituras antes de que se le permitiera hablar de ellas, o dar una opinión sobre ellas. Veinticuatro años de estudio diario, de ocho a doce horas al día, ¡tan sagradas se consideraban estas enseñanzas antiguas! Nadie puede esperar o necesita pensar que él o ella puede tener cualquier comprensión de nuestras enseñanzas sin algún esfuerzo honesto de su parte, para es-

tudiarlas, para comprenderlas y, sobre todo, para pensar en ellas, para reflexionar sobre ellas. Esa es la mayor ayuda de todas, *reflexionar*, para considerarlas en la mente, para cavilar sobre ellas.

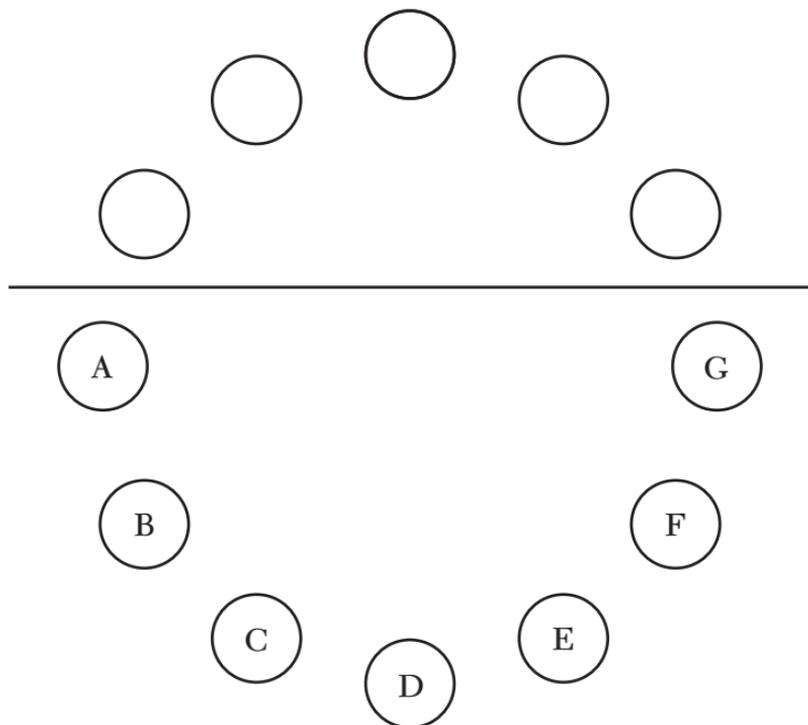
Ahora, en nuestro último estudio hicimos una breve revisión general de las doctrinas sobre el nacimiento, la creación, el crecimiento, la madurez, la decadencia y la muerte final, de nuestra cadena planetaria. Este breve resumen general se hizo con el fin de que las diferentes y muchas declaraciones hechas en *La Doctrina Secreta*, aquí y allá, y que tenían que ver con todos estos cuatro aspectos de la doctrina general de las esferas, se pudieran separar en nuestras mentes. Nadie puede dar una doctrina tan recóndita en su plenitud, en un lenguaje sencillo. Estas doctrinas se entrelazan cercanamente, y la parte más esotérica es siempre deliberadamente escondida debajo de las mismas palabras que establecen la presentación exotérica. Las primeras deben ser recogidas y estudiadas; la intuición debe ser desarrollada; el intelecto debe pulirse; y, sobre todo lo demás, la naturaleza espiritual debe ser objeto de apelación y de aspiración. Este proceso de estudio no es tan difícil como parece, porque estas facultades superiores son innatas en nosotros. La naturaleza espiritual es el hombre *real*. Las constantes apelaciones por parte de nuestros Maestros a mirar internamente y mirar hacia arriba no carecen de sentido, tienen un profundo valor práctico para el estudiante serio.

Abrimos, pues, nuestro estudio esta noche con la lectura del primer volumen de *La Doctrina Secreta* según se indica, en las páginas 158-9 [I , 192]:

Todas las cosas, tanto en el Universo metafísico como en el físico, son septenarias. De aquí que a cada cuerpo sideral, a cada planeta, ya visible o invisible, se le atribuyan seis Globos compañeros. . . . La evolución de la vida transcurre en estos siete globos u organismos, del primero al séptimo, en Siete RONDAS o Siete Ciclos.

Es decir, la oleada de vida circula en torno a los siete globos en siete cursos diferentes, cada trayectoria desde el primer globo hasta el último se denomina una ronda. Pero no debemos confundir a una ronda de cadena o general, desde el Globo A hasta el globo G o último, con una ronda de globo, que simplemente significa el paso o travesía de una oleada de vida en uno de estos siete globos. Esta última es una ronda de globo. Además, a cada una de estas rondas, que circulan, que rotan, del globo A al globo G, en cualquier cadena planetaria —la nuestra, por ejemplo— se le llama una ronda interior. Las rondas exteriores, como se ha señalado en nuestra última

reunión, se refieren a los siete planetas sagrados; y estas rondas exteriores no vamos a tocarlas, salvo incidentalmente. Sin embargo, debe señalarse que estos siete planetas sagrados son realmente los que construyen, gobiernan y supervisan, *uno a uno*, los siete globos de la cadena de nuestra tierra. ¿Cuáles son las correspondencias aquí? Vamos a mostrarlas. Dibujemos un diagrama de los doce globos de la cadena planetaria de nuestra tierra una vez más:



Comenzando con los siete globos de nuestra cadena planetaria *manifiesta*, que se ubican por debajo de la línea que hemos trazado con el fin de separarlos de los cinco que están escondidos, llamaremos al primero globo A, al próximo globo B, al siguiente C, al próximo D, que es nuestra tierra. El que está por encima de nosotros en el arco ascendente es E, el siguiente por encima de él es F, y el último de los siete lo marcamos como G. Hay, además, como se muestra en este diagrama, cinco globos escondidos en los tres planos superiores del kosmos solar, el sistema solar universal, cuyos globos sólo los mencionamos de pasada.

Ahora bien, el planeta sagrado que construye y forma al globo A, sujeto por supuesto al svabhāva del globo A —es decir, su propio ge-

nio interno, o voluntad, o espíritu, su propia individualidad, igual que cuando un niño crece es formado más o menos por su entorno, pero, sin embargo, tiene su propio crecimiento individual y personal—, el planeta sagrado, les decía, que construye al globo A, es el Sol, o mejor dicho, ese planeta para el cual el sol es un sustituto enumerativo, y que vamos a llamar Vulcano. El planeta sagrado que construye el segundo globo, B, es Júpiter. El planeta sagrado que construye globo C, el anterior al nuestro en el arco descendente, y del cual nosotros venimos durante esta ronda antes de entrar en el globo tierra, es Venus. El planeta sagrado que construye a nuestra propia Tierra es Saturno. El que construye el globo E, y al que iremos cuando nos vayamos del globo D, nuestra Tierra, es Mercurio. El que construye el globo F es Marte; y el que construye el globo G, o último, es la Luna, o más bien el planeta para el que la Luna es un sustituto enumerativo exotérico.

Tengan en cuenta también, sin embargo, que en todos los casos nos referimos al genio o rector espiritual (no al planeta físico), el cual es el constructor, el formador, el supervisor, de cualquier respectivo globo de la cadena de nuestra tierra.

Por favor entiendan, que estos genios o rectores, estos planetas sagrados, son en realidad los kosmokratores de nuestra cadena planetaria, los constructores del mundo, y *además*, los impulsos svābhāvicos que emanan de la propia cadena planetaria: como, por ejemplo, al nacer un niño en la tierra: éste tiene su propia vitalidad interna, su propia personalidad, su propia individualidad, su propio impulso interno y necesidad de vida y de experiencia; pero nace en un medio ambiente, en condiciones que lo moldean de una manera considerable, y que de manera similar y en muchos aspectos dirigen la forma y la manera en la que su cuerpo y sus principios superiores se construyen, trabajan y funcionan.

Nos limitamos a aludir una vez más a lo que se dijo, creo, en nuestra última reunión, que cuando la última de las siete rondas de nuestra cadena planetaria terrestre se completa, la oleada de vida pasa a una de las rondas exteriores. Ahora, ustedes saben que la Luna que vemos en nuestros cielos por la noche no es sino la reliquia, el kama-rūpa, de un planeta anterior que vivió y terminó su ciclo de vida antes de que nuestra tierra existiera, y que estaba tan llena de vida y de una hueste de vidas como nuestra tierra lo está ahora. También corrió el curso de sus siete rondas, a lo largo de los siete globos lunares, y cuando su ciclo de vida septenario se terminó, cuando su séptima

vuelta se terminó, ¿entonces qué pasó? Cada globo, a medida que la oleada de vida lo dejaba después de completar su última ronda de globo de la séptima ronda de cadena, pasó a la invisibilidad después de haber proyectado sus energías, una gran parte de sus átomos de vida, a un centro laya en el espacio.

Tomemos estos siete globos, como se muestra en el diagrama, que representa la cadena de nuestra tierra, e imaginémonos por favor que son los siete globos de nuestra luna durante su última ronda, nos referimos a la séptima o última ronda lunar. Cuando la ronda de globo en A se ha completado, o mejor dicho, casi terminado, las diez clases de entidades de vida, se preparan para salir de él. La clase que se encuentra más avanzada proyecta su energía al espacio, en otro punto del sistema solar, en lo que se llama un centro laya, una palabra sánscrita que significa un centro homogéneo, un centro de sustancia homogénea, en un plano espiritual por supuesto, usando la palabra “espiritual” en un sentido general. Y este proceso continúa para todas las diez clases de ese globo A; cada una de estas diez familias o linajes dejan el globo uno por uno, hasta que llega el momento en que el último animáculo del último linaje abandona el globo, entonces ese globo de repente desaparece, y está en *abscondito*, invisible. ¿Y por qué? La razón es la siguiente: toda la materia, como nuestros científicos de hoy ya están empezando a darse cuenta, no es sino otra forma de fuerza cósmica, porque la fuerza y la materia son una. Toda la materia está construida por átomos; estos átomos, a su vez están compuestos de electrones y protones, y estos a su vez no son más que pequeñas entidades, *construidos de materia energética o fuerza*, siendo la fuerza y la materia *fundamentalmente* una, como espíritu y sustancia son fundamentalmente una.

Por lo tanto, cuando los átomos de vida, cuando la vida, por así decirlo, deja el mundo, éste se desvanece, porque esos átomos de vida son sus últimas partículas. El globo no es aniquilado, sino que pasa al estado que se llama *in abscondito*, o invisibilidad. Este es quizás el punto más difícil de explicar de todos los demás en nuestro estudio, porque no hay nada que conocemos en la actualidad en la tierra que podemos señalar como análogo a éste. En cualquier caso, así es el hecho; y, como he tratado de señalar, cuando la vida deja atrás un átomo, sus sub-átomos, por así decirlo, no son aniquilados, sino que se separan y se vuelven invisibles, y las porciones de la sustancia sin desarrollar, que se quedan, pasan a la latencia, al letargo, parecido a los cristales de hielo colgando en el espacio; pasan a la latencia como

diminutos glóbulos de fuerza-materia, y permanecen en ese estado hasta que llega después la atracción hacia la actividad —que es otro tema en el que tendremos que entrar algún día— para unirse al nuevo globo-tierra A, al regresar los átomos de vida después de eones de transmigración vagabunda, a su propia vida-fuente.

Lo mismo ocurre con el globo B de la cadena lunar, el mismo proceso se lleva a cabo, y se desvanece. Y así con todos los siete globos. ¿Cómo es entonces, cabe preguntarse, si el globo D de la cadena lunar desapareció, cómo es que vemos nuestra Luna actual? Ya hemos señalado antes que nuestra Luna es un fantasma, un *kāma-rūpa*, del que fue el globo D de la luna, pero nosotros, en la tierra, resulta que estamos en el plano de lo que fue el astral para los selenitas. Hemos subido un escalón, y vemos con nuestros ojos físicos lo que hubiera sido invisible para nosotros cuando vivíamos en la luna. Como un hombre cuando sale de esta vida deja su *kāma-rūpa* en los reinos astrales detrás de él, la sombra, como los antiguos lo expresaron, su fantasma, hasta que se desintegra —si por ventura ese es el afortunado destino del hombre—, también lo mismo sucede con los globos; porque estos globos son cosas vivientes. ¿Puede la vida venir de otra cosa que no sea vida? Despejen su mente de la idea de que existe una materia muerta. Se debe limpiar toda esa basura científica vieja de hace cincuenta o cien años. No hay nada en ella. Ya es antigua y olvidada. Los científicos tienen ahora nuevas teorías. Hace cincuenta años no había nada más que materia. Las fuerzas eran sólo “modos de movimiento”. Las fuerzas por sí no existían; ni tampoco nadie sabía cómo esos “modos de movimiento” surgían de la materia muerta. Ahora, sin embargo, están empezando a decirnos que no hay materia, que no hay nada sino solo fuerza; y que lo que llamamos los modos de la materia no son más que fuerza o energía cuántica, ciertas formas o funciones de lo que estos científicos muy metafísicos llaman energía, o fuerza, o lo que sea.

Por lo tanto, estos globos diferentes de la cadena lunar proyectaron su sustancia-vida cada uno en un centro laya; formando estos siete centros layas, si se quiere, los planos de descanso de estas “esferas durmientes”. Hay más detrás de esto de lo que ahora podemos comentar; pero sería deshonesto pasar por alto este punto sin llamar su atención sobre un hecho: que la naturaleza superior de un globo, como la del hombre, su hijo, es inmortal, y nunca prueba la muerte —durante el manvantara solar, por lo menos—, no duerme durante estos tiempos intermedios de descanso planetario, sino que está en el

nirvāṇa, hasta un cierto período de tiempo, por lo menos. Por favor, subrayen estas palabras.

Después de eones de tiempo, estas esferas durmientes despiertan para un nuevo período de manifestación, en principio, exactamente como un hombre vuelve a la encarnación en la tierra. La emoción de la vida activa o por manifestarse ahora corre a través de estos siete centros laya, y comienzan a diferenciarse. ¿Saben ustedes que los secretos sobre la muerte y la encarnación humana están atados a este tema de las esferas planetarias, la cadena planetaria, y también en la doctrina maravillosa de las circulaciones del kosmos?

¿Qué quieren decir los cristianos —hacemos una pequeña digresión que parece necesaria e interesante también— cuando hablan de la resurrección de los cuerpos de los muertos? Una doctrina absurda esta, si se toma literalmente, como se enseñó en la teología antigua. Una crítica bien merecida por parte de pensadores independientes se ha dirigido en contra de este dogma cristiano —una crítica bien merecida, decimos; pero sin embargo en su origen pagano era una de las antiguas enseñanza-Misterio—. Aquí está una parte, al menos, del secreto de la misma. Los átomos de vida que forman el cuerpo de un hombre, que forman el cuerpo astral, que constituyen la naturaleza psíquica, que constituyen la naturaleza mental y espiritual de un hombre, son sus hijos, las proyecciones de un hombre vivo quien ahora físicamente está lo que llamamos “muerto”. Ellos son mucho más que “hueso de su hueso y carne de su carne”, incomparablemente más, de lo que es el hijo de sus padres, porque *ellos son él mismo, sus propios átomos de vida disipados*, y volverán a él tan inevitable e infaliblemente como los golpes del karma para el bien o para mal caen a un hombre que los ha originado, que ha actuado sobre la naturaleza, el cual reacciona automáticamente, rebota, en contra de la acción. Estos átomos de vida vuelven a él en la vida siguiente, cuando la atracción los empuja, cuando la fuerza gravitacional proviene de la entidad que desciende de nuevo a través de los diversos planos de la sustancia en la reencarnación. Cada plano que pasa a través de la muerte después de salir, al subir, vuelve a atravesarlos al descender en la reencarnación; y estos átomos de vida fluyen a él por la atracción gravitacional, por la atracción magnética, y forman de nuevo sus diversos vehículos en los distintos planos de su ser. Ellos son los átomos de vida cuyos “rostros una vez ensució”, tal vez, y los que ahora él debe de nuevo lavar; o, bien, esos que él había ayudado en su camino hacia arriba. Porque, en verdad, estos átomos de vida

son gérmenes de almas en su esencia, así como nosotros los hombres en nuestra naturaleza superior somos hijos del Altísimo, del Logos, cuya esencia está en nosotros, ¡somos nosotros mismos! Estos átomos de vida también, como nosotros, están construyendo un destino inmortal; y éste es un ejemplo realmente bueno del entrelace de las huestes de vidas del ser universal.

Piensen en el misterio, la maravilla, detrás de este hecho hermoso. De esa manera, también, se construyen los mundos. Este es, pues, el significado secreto de la doctrina cristiana de la resurrección del cuerpo, un viejo misterio-enseñanza ignorantemente adoptado: no el cuerpo viejo que el Sr. Brown, o el Sr. Jones, o el Sr. Smith tenía, porque ese se ha ido para siempre; sino los átomos de vida que edificaron el cuerpo anterior, y que en realidad *eran* dicho cuerpo, se acumulan de nuevo para formar el nuevo cuerpo del hombre que reencarna. Como fueron suyos antes, así ahora vuelven a construirle un cuerpo más o menos parecido al que había dejado al morir en su vida anterior. ¿Se puede escapar de la acción de la ley? Piensen en los puntos de vista morales que esta acción del karma trae a nuestros ojos. Piense en nuestra responsabilidad, moral, física, mental y espiritual. Sufrimos y gozamos por nuestros propios actos; y estos seres pequeños, estas almas embrionarias, estos átomos de vida, construyen los cuerpos de los vehículos en que una vez más vivimos. El hombre, cada uno de nosotros, en eones de tiempo futuros, después de siglos y siglos en el futuro, estamos destinados a ser un Logos; y los seres entonces a su cuidado y cargo, sus propios átomos de vida, entonces más o menos “crecidos”, serán los arcángeles, los ángeles, los prajāpatis, los manus, las almas humanas, y todas las diversas entidades más pequeñas, entidades menores como las que ahora conocemos que están debajo de nosotros. El Logos que es ahora nuestro más Alto, nuestro “Padre en el Cielo”, fue, eones sobre eones sobre eones en el pasado, un hombre también, de los cuales nuestras huestes actuales de seres eran entonces los átomos de vida, marchando hacia arriba y hacia adelante. ¿Pueden ustedes imaginarse y ver, ahora, por qué estas doctrinas han sido siempre tan secretas y sagradas? Supongamos que estuvieran sujetas a malas interpretaciones, y malas representaciones de divulgación barata, tiradas en el fango, “echadas a los cerdos”, ¡como dijo el Maestro de Siria!

Pero hay un peligro en todo esto. Siempre hay un peligro en decir más de lo que se debería decir acerca de estas doctrinas esotéricas y santas. No hemos dicho más de lo que debería decirse; estamos

nada más elucidando y explicando lo que ha sido dicho por sugestión y alusión en *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky. En los próximos años podremos profundizar más en estas cosas; pero seguramente se ha dicho lo suficiente esta noche como para mostrar la analogía que hay en esto y lo mucho que puede ser dicho sobre la vida del hombre y la de una cadena planetaria.

CUARENTA Y CUATRO

PRINCIPIOS DE PENSAMIENTO Y DE ESTUDIO: ¿PUEDE ENSEÑARSE EL OCULTISMO? LA ANTIGUA ASTROLOGÍA: UNA VERDADERA CIENCIA.

NUESTRA CADENA TERRESTRE DE GLOBOS, LOS SIETE PLANETAS SAGRADOS, Y LOS DOCE SIGNOS DEL ZODÍACO. LOS ÁTOMOS DE VIDA: LOS BLOQUES DE CONSTRUCCIÓN DEL UNIVERSO.

La astrología es una ciencia *exacta* como la astronomía, con la condición, que sus intérpretes deben ser igualmente infalibles; y sin esta condición, *sine qua non*, una y otra ciencia incurrirán en error. La astrología es a la astronomía como la psicología a la fisiología. En la astrología y la psicología se tiene que ir más allá del mundo visible de la materia, y entrar en el dominio del trascendente espíritu.

—*Isis sin velo*, I, 259 [I, 421]

Los signos del zodiaco tienen más de un significado. Desde un punto de vista representan las diferentes etapas de la evolución hasta el momento en que el presente universo material con los cinco elementos entró en existencia fenoménica. Como la autora de *Isis sin Velo* ha declarado en el segundo volumen de su admirable obra, “la llave debe girarse *siete veces*” para entender toda la filosofía subyacente en estos signos. —T. SUBBA ROW, “Los Doce Signos del Zodíaco”

ES UNA locura atroz suponer que el ocultismo se puede enseñar en clases como uno enseña una lengua o una ciencia, y entonces surge la pregunta: ¿Cómo, entonces, ya que estas reuniones llevan el propósito de estudiar juntos algunas de las nobles doctrinas de ocultismo, cómo es que pareciera que pueden ser enseñadas de esa manera: por lecciones y en cursos? La diferencia es ésta: mientras que el ocultismo no se puede enseñar de la manera como se enseña una lengua, sin embargo, obviamente, y por necesidad, debe haber algún medio y método por el cual los grandes sabios de antaño comunicaban de vez en cuando partes apropiadas del conocimiento esotérico al mundo; y esto se hace enseñando y esclareciendo ciertos principios doctrinales, siendo estos principios, en realidad, algunos de los hechos básicos del kosmos. No se puede enseñar ocultismo como se enseña una lengua, por la razón de que los hechos del ser del kosmos, de naturaleza interior y exterior, están tan entrelazados que

a menos que uno tuviera mil lenguas, hablando mil idiomas al mismo tiempo, y los oyentes fueran capaces de apreciar estos mil idiomas en el mismo instante, no se podrían transmitir las ideas, los pensamientos, al mismo tiempo en las mentes de los oyentes. Esto puede ilustrar, tal vez no muy claro, por qué no se puede enseñar ocultismo como se puede enseñar una lengua, o una ciencia meramente física, o algún otro sistema ordinario de estudio esotérico, como en nuestras universidades se enseña; porque estos últimos estudios, o ciencias, o artes, son muy simples, tratan solo una línea principal de pensamiento.

Pero los grandes sabios de la antigüedad establecieron ciertos principios de pensamiento y de estudio que, nos dicen que son, o más bien que representan, las operaciones fundamentales y características naturales del universo. Y ninguna de esas mentes poderosas nunca intentó, porque es de hecho imposible, enseñar estas operaciones y naturalezas como uno enseñaría una lengua o una ciencia meramente física; sino que es por sugestión, por alusión, por una apelación a la intuición y al conocimiento innato de sus oyentes, y por la ilustración física adecuada, como un maestro los va conduciendo, paso a paso, hasta que finalmente el hombre o la mujer ve como en un relámpago, el significado transmitido como una llave, y capta y aplica esa llave, con mayor o menor éxito, dependiendo del conocimiento espiritual del oyente. De esa manera, por lo tanto, son las doctrinas del ocultismo comunicadas en las primeras cuatro etapas de iniciación.

Ustedes pueden tomar, por ejemplo, la enseñanza sobre los inicios de la evolución cósmica. Nos damos cuenta de que en este estudio hay siete principios diferentes del kosmos, y en los cuales éste está construido; que trabajan, cada uno de los siete, en su propio plano —o más bien en su propio mundo—; e intentar definir en el mismo instante de tiempo las operaciones simultáneas de estos siete principios-elementos es físicamente imposible. Pero una pista se da, se hace alusión a algún o algunos hechos de la naturaleza universal; y la mente del oyente se abre con un pensamiento intuitivo que se despierta en él por la comunicación. A ningún niño se le enseña a caminar sólo viendo a sus padres caminar, sino que aprende por sí mismo a poner un pie delante del otro; y sus primeros pasos, débiles y vacilantes, con el tiempo se convierten en el andar firme y seguro del hombre.

Así es con estas doctrinas. Poco a poco, paso a paso, nuestros maestros nos llevan a entender, para que nosotros, en nuestro turno, podamos llegar a ser maestros, y para que seamos capaces de aplicar

con valentía y con éxito las doctrinas que hemos oído como llaves de las grandes puertas de la enseñanza y el conocimiento, que conducen a cámaras aún más secretas de nuestra gran Madre Naturaleza. Y estas cámaras están llenas de maravillas y misterios, místicos y asombrosos más allá de toda comparación con las cosas terrenas. Pienso, mientras estoy hablando, en uno de los significados reales de esa inscripción maravillosa de la que Plutarco nos cuenta en su tratado sobre *Osiris e Isis*, en el capítulo 9: Plutarco de Queronea, el escritor genial, el biógrafo inimitable, el gran hombre de buen corazón, iniciado, el otrora sacerdote de Delfos, del famoso oráculo que estaba allí. Uno de sus tratados más místicos, y uno de los más difíciles de comprender, que con tanto cuidado vela su significado. Dice que esta inscripción, presumiblemente grabada sobre el pórtico del gran templo de Neïth, en Saïs, en el delta de Egipto, decía lo siguiente:

Isis soy yo, yo soy todo lo que era, lo que es, y lo que será,
y nadie de los mortales jamás ha levantado mi velo.

Y Proclus, el filósofo neoplatónico, en el curso de su comentario sobre el *Timeo* de Platón, comenta lo siguiente incidentalmente con respecto a esta inscripción, cuyo su final era:

y el fruto que yo di a la luz se convirtió en el Sol.

Neïth es el lado místico u oculto de Isis; Isis representa el lado abierto, el lado obvio o sencillo, de la escondida diosa Neïth. Este velo es la naturaleza universal que nos rodea, que oculta los misterios y operaciones de la gran vida cósmica. Y hasta hoy, nadie de los mortales, por muy grande que haya sido, jamás ha tenido éxito en levantar ese velo por completo. Pero poco a poco, con el correr de los eones de tiempo, nuestros grandes videntes, los Maestros y los Maestros de los Maestros, que también en sus respectivas esferas de pensamiento y acción avanzan como nosotros avanzamos, verificaron, probaron y comprobaron el conocimiento comunicado por los dioses de nuestros antepasados a las primeras razas de la humanidad; demostraron las verdades del ser de nuevo; modificándolas en su forma para su presentación en una edad más tardía; y en ese sentido, enviando de nuevo al mundo, de vez en cuando, algunas de las doctrinas reales. Su trabajo es muy difícil. No hay nada que los hombres resientan más, nada que tan grandemente despierte su ira y su odio, como que sus queridas creencias sean perturbadas. Tengan en cuenta cómo todos los maestros del mundo han sido recibidos, en cualquier edad. Miren

a Sócrates, el del gran corazón, quien, aunque no iniciado, traicionó parte de los Misterios en el oído del público, desde su propia visión intuitiva —un delito grave en aquellos días—. Miren las leyendas acerca de Jesús, sólo leyendas, y sin embargo, representando ciertas verdades místicas; miren a Pitágoras; miren a cada una de esas grandes almas que han tratado de iluminar a la humanidad a lo largo de las diferentes edades: cada uno de ellos fue perseguido e incomprendido, aunque cada uno de ellos estaba dando el trabajo de su vida, su propia alma, con el fin de ayudar a sus semejantes; cada uno de ellos fue odiado; y, en épocas posteriores, cada uno de ellos, aunque más o menos entendido o malentendido y malinterpretado, fue casi —y en uno o dos casos por poco fue— ¡deificado! Así ha sido hoy, en nuestra época.

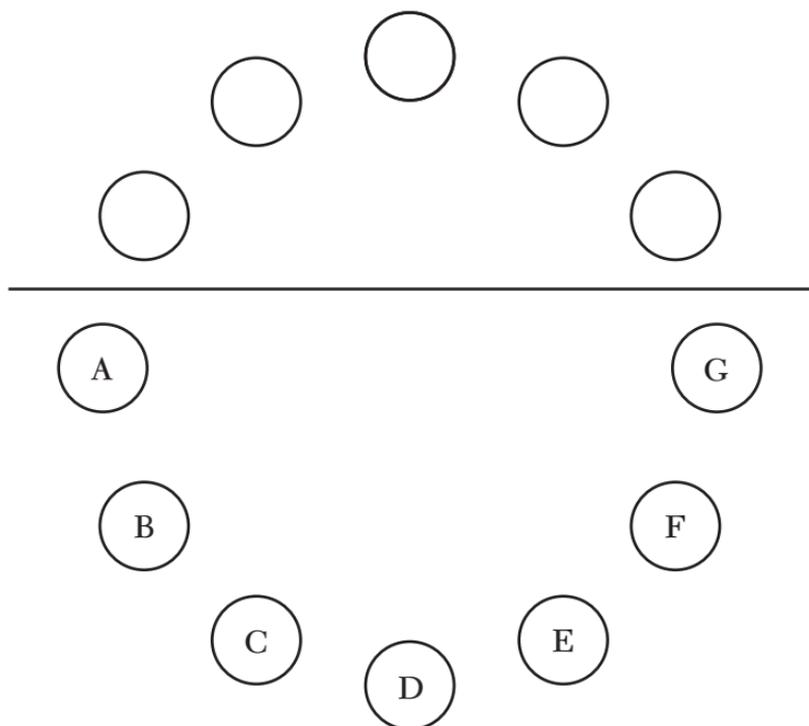
Entramos en nuestro estudio esta noche leyendo de nuevo el mismo extracto del volumen I de *La Doctrina Secreta* que leímos en nuestra reunión de la semana pasada, en las páginas 158-9[I, 192]:

Todas las cosas, tanto en el Universo metafísico como en el físico, son septenarias. De aquí que a cada cuerpo sideral, a cada planeta, ya visible o invisible, se le atribuyan seis Globos compañeros. . . . La evolución de la vida transcurre en estos siete globos u organismos, del primero al séptimo, en Siete Rondas o Siete Ciclos.

Ustedes recordarán que hicimos una revisión breve de los cuatro aspectos de la maravillosa doctrina de las esferas; y nos limitamos a tocar otra doctrina aún más maravillosa, la doctrina de las circulaciones del kosmos; y cerramos nuestro estudio esa noche en el punto donde vimos que cada globo de la cadena lunar de la luna septenaria —cada uno de esos globos— había perfeccionado sus respectivas series de diez linajes o familias y las proyectó en un centro laya, uno para cada globo, con el fin de que cada una de estas diez familias respectivas o linajes pudieran tener su largo descanso praláyico; y que cuando, después del curso de eones cíclicos, la emoción del despertar de vida regresaba de nuevo a estas huestes durmientes, la diferenciación se asentaba en estos centros laya mientras que las oleadas de vida descendían hacia ellas a través de los diversos planos de la materia superior, impulsando y animando cada plano, uno tras otro, cuando las oleadas de vida iban más y más abajo. Recuerden que “abajo” aquí no se refiere solo al movimiento en el espacio, sino que a la calidad; las oleadas de vida estaban descendiendo a planos cada vez más y más groseros de materia.

El primero de la hueste durmiente que sentía llegar el influjo de

las fuerzas de vida mientras éstas se le aproximaban procedentes de las altas esferas, era el conglomerado que iba a formar el globo A de la cadena-tierra.



Aquí están los doce globos, en representación de la cadena planetaria de nuestra tierra o, por inferencia, la cadena planetaria de muchas de las cadenas planetarias en nuestro sistema solar universal. De los cinco superiores, como se muestra en el diagrama, vamos a decir muy poco. Son mundos súper-espirituales. Los siete más bajos son los mundos en manifestación, y estos son los que forman el tema principal del esquema de H. P. Blavatsky de las cadenas planetarias, dado por ella en *La Doctrina Secreta*, y es a estos siete que vamos a restringir en gran medida nuestras observaciones.

Estos globos de la cadena-tierra, todavía no están, hasta este punto de nuestro estudio, en existencia; pero esas series en particular de diez linajes o familias que hasta ahora han estado durmiendo —una esfera durmiente que proviene de lo que fue en la luna el globo A— cuando siente la emoción de la vida que entra, empieza a desarrollarse en el globo A de la cadena-tierra. Esta vida que entra en cada globo durmiente que está ahora despertando, en el curso del progreso

de este último a su plena formación, desciende de su plano espiritual a su plano material, a través de siete etapas, o pasos, o espacios de desarrollo evolutivo. Así como lo hace el globo A de la cadena-tierra, así también lo hacen los globos B, C, D, E, F y G, y cada uno a su vez, por un procedimiento especial, que ahora vamos a estudiar.

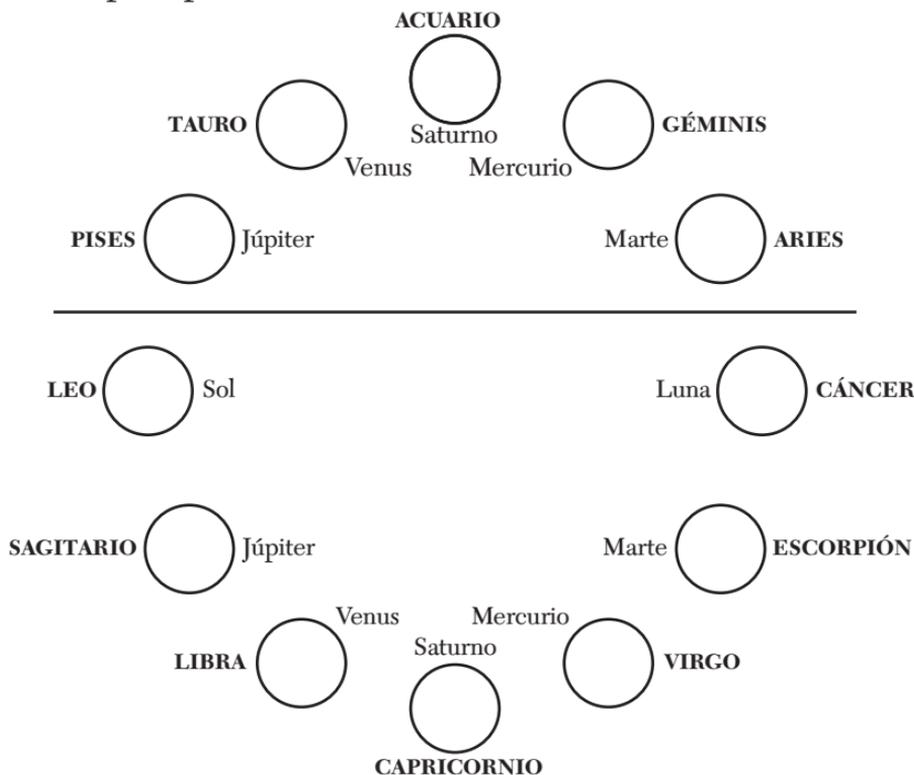
Ahora, de estas diez familias, no vamos a ir mucho más lejos con respecto a las tres superiores que hacer una mera alusión a ellas, y restringir nuestras observaciones a los siete linajes o familias manifestadas que forman los volúmenes de las oleadas de vida que completan su circuito en los siete globos, en lo que llamamos rondas de cadena. Como vimos en nuestro último estudio, una *ronda de cadena* es el paso de las siete oleadas de vida a través de los siete globos, una vez, desde el globo A al globo G, y una *ronda de globo* es el paso de estas siete oleadas de vidas a través de un globo —el atravesar cualquier globo por estas siete oleadas de vida— en el transcurso de una ronda de cadena. Estas rondas son las *rondas interiores*. En cuanto a las *rondas exteriores*, no vamos a hacer más que una pequeña alusión a ellas en el presente, por una razón muy obvia. Si para algunos de nosotros, pues todos estamos en el mismo estado en este sentido, es bastante difícil entender incluso las rondas interiores —los pasos de oleadas de vida alrededor de los siete globos de nuestra propia cadena-tierra—, sería irrealizable, poco prudente en realidad, en la actualidad, sobrecargar nuestras mentes con las enseñanzas en relación con las rondas exteriores, que afirmamos eran los pasos de las oleadas de vida desde, a través de, y hacia, en otras rondas más grandes, los siete planetas sagrados de los antiguos.

Antes de continuar, quisiera hacer una pequeña digresión con el fin de evitar un posible malentendido más adelante. Ustedes saben que hay bastante escrito y enseñado en el mundo acerca de la astrología, y varios de los llamados profesores de astrología que imprimen folletos y libros, y pronostican y leen horóscopos lo mejor que pueden. De vez en cuando, por un golpe de suerte, una conjetura acertada, guiados más o menos por los fragmentos de la antigua sabiduría que han llegado a nosotros en los libros de los antiguos pueblos, les pueden decir algo que es cierto, pero cuán a menudo, con la mejor buena voluntad, se equivocan. La astrología de los antiguos era de hecho una grande y noble ciencia. La astrología moderna no es más que el andrajoso y rechazado traje exterior de la astrología antigua verdadera, pues esa ciencia realmente sublime era la doctrina del origen, de la naturaleza y del ser, y del destino, de los cuerpos sola-

res, de los cuerpos planetarios, y de los seres que los habitan. Esta ciencia maravillosa fue fundada sobre dos doctrinas principalmente, es decir, las dos que hemos estado estudiando juntos durante las últimas dos o tres reuniones: la doctrina de las esferas, y la doctrina de las circulaciones del kosmos, siendo esta última, microcósmicamente, la doctrina de las circulaciones del sistema solar universal. Y la así llamada astrología que ha llegado hasta nosotros y está con nosotros hoy, no es más que una serie de fragmentos tristemente incompletos y mutilados de las enseñanzas mal entendidas por los últimos griegos y romanos. Por favor, entiendan con claridad, porque en realidad hay una ciencia vasta y noble que fue en la antigüedad llama astrología, un término que significa la “ciencia de los cuerpos celestes”. Tan grande y tan noble fue, que era mantenida estrictamente como una enseñanza-Misterio. Siempre fue contrario a la ley de los Misterios narrar al mundo exterior cualquiera de estas enseñanzas-Misterio: cualquier divulgación de tales doctrinas secretas se consideraba como un delito grave y, en los últimos tiempos, era castigado con la pena de muerte por el Estado.

Las antiguas naciones, los últimos griegos y los romanos, por ejemplo, prohibieron la práctica pública y la enseñanza de la astrología, para mantener una política pública sensata, porque sabían que no podía ser enseñada o practicada honestamente en público como un medio para obtener ganancias privadas. Incluso fue tan lejos el Imperio Romano como para prohibir su práctica bajo pena de destierro o de muerte. Una y otra vez, los pueblos del Mediterráneo emitieron las leyes más drásticas contra ella y contra lo que comúnmente llaman los romanos los “Caldeos” o “astrólogos”, debido a los muchos daños que surgieron de ella. Lo engañoso y lo infundado en la mente de los ignorantes, y la irreflexión, despertó las legislaturas de aquellos tiempos, y tomaron medidas legislativas en un intento por frenar el creciente mal. Sin embargo la astrología real es una verdad muy profunda, pues en realidad es un vínculo de unión estrecha, una correspondencia estricta y perfecta entre todas las partes del ser: todas las partes del ser forman un gran organismo a través del cual circula y fluye una vida universal. Esta vida sigue ciertos canales, y se acumula en determinados centros, y estos canales y centros son henchidos con energías espirituales e intelectuales y con lo que hoy llamaríamos fuerzas eléctricas y magnéticas; ellas funcionan más concretamente en estos centros, ciertos ganglios sistémicos solares, que llamamos los planetas, y en esto reside el secreto de las circulaciones del que he-

mos estado hablando, el secreto de la atracción gravitatoria que atrae los átomos de vida, del kosmos, aquí y no allá, o viceversa. De estos átomos de vida hablaremos brevemente antes de cerrar esta noche, si el tiempo lo permite.



Vamos a señalar algunas correspondencias entre los doce globos de nuestra cadena planetaria y los planetas, y también entre estos y las doce constelaciones del zodiaco. Existe una correspondencia estricta y estrecha entre cada uno de los siete planetas sagrados y uno de los globos de nuestra cadena-tierra, respectivamente, y entre cada uno de los globos y una de las constelaciones del zodiaco —una de las casas del círculo de la vida, como decían los griegos—. Pero si bien es cierto que los siete planetas sagrados de los antiguos, Saturno, Júpiter, Marte, el Sol (como sustituto de un planeta secreto), Venus, Mercurio y la Luna (como sustituto de otro planeta secreto), realmente construyen y supervisan nuestra cadena planetaria en su conjunto, es decir, uno de los planetas sagrados, respectivamente, a uno de los globos —el poder predominante sobre cada globo procede de su planeta sagrado especial— sin embargo, las influencias de los otros seis de los siete planetas sagrados obran también en él. Del

mismo modo, mientras que cada uno de estos doce globos de la cadena planetaria está bajo la supervisión en particular, o la vigilancia, de una de las constelaciones del zodiaco, es decir, del genio o rector que predomina de esa constelación del zodiaco, sin embargo, cada una de las otras once constelaciones también trabaja en cada una de las doce esferas de la cadena. No puede haber separación de fuerzas, porque todo en la naturaleza trabaja en conjunto hacia un objetivo común —lo cual es una de las más nobles pruebas que tenemos de la fraternidad universal.

Comencemos con el globo A de los siete manifestados. El globo A está bajo la supervisión del Sol (como sustituto), y su casa zodiacal es Leo. El globo B, bajo Júpiter, y su casa zodiacal es Sagitario. El globo C, bajo Venus, y su casa zodiacal es Libra. El globo D, nuestra Tierra, bajo Saturno, y su casa zodiacal es Capricornio. El globo E, bajo Mercurio, y su casa zodiacal es Virgo. El globo F, bajo Marte, y su casa zodiacal es Escorpión. El globo G, bajo la Luna (como sustituto de un planeta secreto), y su casa zodiacal es Cáncer.

Ahora, yendo a los cinco globos súper-arquetipos, tomemos el de la parte superior, el primero (o último) del cual, por cierto, nuestra pobre tierra es una copia material: está bajo Saturno, y su casa zodiacal es Acuario. Tengan en cuenta que se trata de la constelación llamada Hombre de Agua. Continuando hacia la izquierda, el globo de abajo: el planeta es Venus, su casa zodiacal, Tauro. El siguiente en el arco descendente está bajo Júpiter, y su casa zodiacal es Piscis. Cruzando y tomando el globo que está en el mismo plano que el último citado, pero en el arco ascendente, su planeta es Marte, y su casa del zodiaco es Aries. El otro, arriba de este y próximo al último (o primero), su planeta es Mercurio, y su casa zodiacal es Géminis.

Si fuera posible hacerlo en el poco tiempo que tenemos, podríamos visitar maravillosas tierras de estudio siguiendo las diversas relaciones entre los globos de nuestra cadena, los planetas y las casas del zodiaco, y en relación a los seres que moran en estas esferas y planetas, y en relación con las circulaciones de las oleadas de vida. Permítaseme recordarles, antes que dejemos este pequeño detalle de nuestro estudio, una declaración hecha por H. P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta*, donde dice que “si pudiéramos seguir las aventuras de un átomo” —cito en substancia— “ninguna novela que jamás se haya escrito o imaginado, pudiera igualar este tema por su maravilla mística y por la profundidad de su apelación a la naturaleza espiritual de nuestra alma”.

Vamos a pasar ahora, si gustan, a un escenario mucho más grande de la evolución planetaria, posiblemente regresando después al punto donde estamos ahora. Hemos llegado al punto donde tenemos que averiguar cómo es construido el globo A de la cadena de la tierra, *en la primera ronda*. Estas diez familias —tres de ellas las vamos a dejar sin mencionar en el presente—, o más bien *siete* familias o linajes *manifestados* del influjo de oleadas de vida, estas siete oleadas de vida, son las siete que dejaron el correspondiente globo A de la Luna a su muerte, y fueron sus diez o siete principios. Ahora están volviendo a entrar a la manifestación después de su descanso praláyico largo, vistiéndose con fundas, o velos, de materia suprasensible a medida que descienden a través de las tres esferas súper-arquetípicas por encima de los cuatro planos cósmicos manifestados, en el arco descendente, hasta que eones sobre eones más tarde, cuando han llegado a este plano —el cuarto plano cósmico contando hacia abajo, de los siete planos cósmicos, en el cuarto plano del kosmos en donde el futuro globo A de la cadena planetaria de la tierra ha de llegar a ser— ellas están listas para comenzar su formación. Y ¿cómo proceden? Primero llegan los tres reinos del mundo elemental. El primer reino construye toda la gama de sus siete grados o etapas, y cuando su trabajo ha terminado, entra en obscuración; siete etapas menores de construcción edifica, siete grados de trabajo tiene que hacer, antes de que su excedente de vida pueda pasar a un plano inferior en el arco descendente, y empezar a construir y edificar los cimientos del *subsiguiente* globo B que vendrá.

Cuando *sus* siete etapas de trabajo han terminado, el segundo mundo elemental entra instantáneamente, y sigue el mismo curso de siete etapas. Cuando *sus* siete etapas han terminado, también hace pasar a su vez, el excedente de la vida, hacia adelante, hasta la fundación preparada para ello por el primer reino elemental (o anterior), al globo B que está abajo. Luego sigue en el globo A el tercer reino elemental. Después, cuando estos tres han terminado, empieza a trabajar en el globo A el reino mineral, es decir, el mundo mineral correspondiente al globo A; y cuando *su* trabajo septenario ha terminado sobre la base proporcionada por los tres reinos elementales, entonces sigue la oleada de vida septenaria del reino vegetal, y *se* ejecuta a través de sus siete ciclos o linajes-razas. Y cuando *su* curso haya terminado, su excedente de vida siguen el flujo de las entidades que ya han descendido en el plano más abajo, en globo B, en el trabajo preparado para ellos por sus predecesores.

Luego viene el reino animal al globo A. Recuerden, yo estoy hablando sólo de la primera ronda, hasta ahora. Cuando la primera ronda termina, y la segunda ronda se inicia después del nirvāṇa Inter-global entre el globo G y el globo A, el modo de proceder cambia. Estamos ahora discutiendo la primera ronda solamente. Cuando el reino animal se ha ejecutado a través de sus siete razas-linajes en el globo A, luego viene el séptimo y último linaje-familia o reino, o el humano, en el Globo A de nuestra cadena.

Ahora, retrocedamos un poco. Tomemos el primer reino elemental en el globo A. Se encuentra terminando su séptima raza-raíz, su séptimo linaje-raíz, su séptimo ciclo, su séptimo anillo como el Sr. Sinnett lo llamó; y cuando termina, su oleada de vida pasa luego por completo al globo B, donde sus seis anteriores linajes de raza ya se han ido cuando terminaron sus respectivos ciclos. ¿Y qué es lo dejan? ¿Se van todas las huestes de vidas del primer reino elemental? ¿Todas descienden al globo B? Tengan en cuenta este detalle, ya que es muy, muy importante para nuestros futuros estudios. Ellas no lo hacen; el primer reino elemental deja en el globo A a los śiṣṭas —una palabra sánscrita que significa “remanentes”—. Esta palabra en sí contiene una doctrina completa y maravillosa; y aquí se ilustra una de nuestras dificultades en dar conferencias. Cada paso que tomamos hacia delante abre a la vista una nueva avenida, se abre una nueva puerta, hasta que nos desconcertamos con la maravilla de todo esto; tenemos que mantener una fuerza de voluntad pura en nuestro tema principal de pensamiento para que no nos lleve a otros caminos. Y esta es una de las maneras por las cuales los Maestros están habilitados para disfrazar las enseñanzas y esconderlas de quienes no tienen derecho a ellas, como ha sido observado antes. Ellos no pueden decirlo todo, ni siquiera una sola doctrina, por la simple razón que no la entenderían. Nos dicen todo lo que deberían y pueden, y nos dan pistas y alusiones a otras cosas; y este método muy convenientemente, por consiguiente, actúa como un “velo”. Por lo tanto, a veces la gente dice: “¡Por qué esta doctrina es contradictoria!”. No lo es. Paradójica; sí, contradictoria, no.

Ahora, ¿cuáles son los śiṣṭas del primer reino elemental que permanecen en el globo A después de que la oleada de vida ha pasado a formar las bases del globo B? Y ¿cuáles son los śiṣṭas del segundo mundo elemental cuando su oleada de vida ha pasado al globo B y sus śiṣṭas se quedan en el globo A; y de manera similar con el tercer mundo elemental, y todos los otros cuatro reinos? Vamos a

describir lo que es por medio de una ilustración extraída de nuestro propio reino mineral en la tierra. Los minerales que tenemos ahora en nuestra tierra, hoy, son el reino mineral de nuestro globo D en obscuración, es decir, son los restos o los *śiṣṭas* de nuestro reino mineral que ha pasado adelante hacia los globos en el arco ascendente, preparando esos globos para nuestro futuro que viene, cuando llegue nuestro turno, de salir de este globo D o tierra. No es que sólo ellos trabajen para nosotros, porque nosotros trabajamos para ellos también; cada reino trabaja para cada otro reino, y todos trabajan para todos. Pero el volumen real o la mayor parte del reino mineral ha pasado; y ha dejado sus *śiṣṭas* detrás en este globo tierra, sus “esferas durmientes”, sus “átomos durmientes”. Y así, cuando todos los reinos del globo A han pasado, cada uno deja sus *śiṣṭas*, sus restos, su vida que representa el punto más alto de la evolución a la que haya llegado ese reino en esa ronda, durmiendo: los átomos de vida durmientes, latentes, relativamente inmóviles. Sin embargo, no están sin vida; porque todo está vivo, no hay materia muerta en ningún lugar. ¿Está un hombre muerto cuando duerme? No, sino que dormido, latente, descansando. Estos *śiṣṭas* de todos los siete reinos, por lo tanto, esperan el ingreso de las oleadas de vida en la siguiente ronda, y luego vuelven a despertar a un nuevo ciclo de actividad.

Usted conocen, sin duda, una bella historia de hadas, que nos la dieron los franceses, quienes la tomaron de los persas, y los persas la recibieron de los hindúes, creo que en la versión inglesa se llama “El príncipe azul”, o “La bella durmiente”. “El título en francés de ella es *La Belle au Bois Dormant*, “La Bella Durmiente en el Bosque Encantado”. Recuerden el viejo cuento hermoso: el castillo maravilloso, el bosque encantado, en ambos de los cuales todo y todos están dormidos; incluso la princesa dueña del castillo, está durmiendo, esperando, envuelta en un sueño sin sueños; y luego llega el Príncipe Azul, quien ve este bosque encantado y entra en él. Él es un caballero andante, que logra hazañas nobles. Él entra en el castillo encantado y ve a la Bella Durmiente, se inclina y le besa la frente, y al instante todo se despierta y se restablece la conciencia, y todo se pone en marcha y en movimiento. Así pues, en verdad, sucede con el ingreso de las oleadas de vida. Cuando la ola de vida entra, o más bien vuelve a entrar en la vida latente de los átomos, se despiertan, las cosas se restauran a la actividad individual. Así, cada una de estas siete esfera-globos de nuestra cadena, cuando está en lo que llamamos obscuración, es una esfera durmiente, una esfera inactiva, llena

de vida en general, de hecho, es como un hombre dormido, pero su actividad individual está latente.

Permítanme decir de paso, para que no haya un malentendido en el futuro, que ninguno de los globos, cuando está en obscuración, permanece latente durante todo el período de una ronda de cadena. Es decir, cuando sus siete linajes o familias han dejado el globo A y pasan hacia delante a los globos subsiguientes, el globo A no permanece en estado latente durante la duración completa de los restantes seis séptimos del manvantara de esa ronda hasta que, después de un nirvāṇa interplanetario, las olas de vida reentran de nuevo. Sino que cuando un determinado período de tiempo ha pasado, se despierta y recibe a la subsiguiente ola de vida. Difícil de hecho, es entender la interconexión, incluso de las rondas interiores, por no hablar de las rondas exteriores. Y estas diferentes olas de vida son las siete olas de vida que pasan a través de la cadena, no todas juntas, y no todas durante el período de una ronda de globo; pero algunas de estas oleadas de vida preceden a otras, porque son más evolucionadas, y corren la carrera con mayor rapidez. Por eso es que tenemos entre nosotros lo que H. P. Blavatsky y los Maestros llaman los de la *quinta ronda* e incluso, muy, muy rara vez, los de la *sexta ronda*. También este es otro de los muchos temas a los que debemos referirnos para estudiarlo en las futuras reuniones.

Así, pues, cada uno de estos siete reinos, durante una ronda de globo, después de la expiración de sus siete razas-raíz o razas-linaje, hace pasar su excedente de vida al globo inmediato que le sigue en orden alrededor de la cadena, y ella misma —sus restos— entran en latencia u obscuración con el globo que deja la oleada de vida.

Dejamos nuestro estudio esta noche en este punto, el que deberá tomarse de nuevo en nuestra próxima reunión. Pero me gustaría añadir unas palabras sobre los átomos de vida antes de cerrar. ¿Qué es lo queremos decir cuando hablamos de átomos de vida? No queremos decir que son sólo y simplemente los átomos de prāṇa, pues estos son sólo una pequeña parte de la vasta hueste de átomos de vida. Los átomos de vida en general significan los átomos de la vida universal que forman nuestra cadena planetaria. Por lo tanto, la expresión “átomos-vida” es una manera corta y conveniente de decir *los componentes básicos del universo*, los ladrillos, por decirlo así, del kosmos vital. A tantos *hombres* en la tierra, tantos *dioses* en el cielo. Así que a muchas *mónadas* en el cielo, muchos átomos de vida en la tierra, o en otro lugar. Así que tantos átomos en la tierra, tantos equivalen-

tes *dios-chispas* en el cielo. Dioses, mónadas, átomos: recuerden el capítulo que H. P. Blavatsky ha introducido en *La Doctrina Secreta*, mostrando las tres clases generales o grados de vida manifestada: el más alto, el dios interior; la mónada; su vehículo, que es el hombre en su esencia; y tercero, él mismo como un ser compuesto formado por átomos de vida que él mismo ha producido. Los átomos de vida, entonces, son los ladrillos vitales de construcción del kosmos. Queremos decir también en un sentido que son los átomos de vida del globo. El globo, todos los globos, son los átomos de vida de un cuerpo aún más grande. De nuevo, hay átomos de vida, si se quiere, en el plano físico; átomos de vida en el plano astral; átomos de la vida en el plano mental; átomos de vida en el plano espiritual; átomos de la vida en cada plano, o más bien mundo; y, hasta donde sabemos, así para siempre. Además, cada uno de estos átomos de vida, no importa el plano en que esté, es un alma en embrión, creciendo, evolucionando, con un destino sublime ante él. Incluso nosotros somos los átomos de vida de nuestro propio Logos solar, sus descendientes o hijos en verdad, los niños de nuestro Más Alto, de él, el Logos. Y en eones por venir, si corremos la carrera con éxito como hombres, y luego como dhyāni-chohans, nosotros, cada uno de nosotros, en las infinidades de la materia-espacio, llegaremos a ser un Logos; y los átomos de vida que *ahora* componen nuestros cuerpos y nuestros vehículos, interiores y exteriores, y que son nuestra prole, nuestros hijos, serán en los eones distantes los dhyāni-chohans, los arcángeles y los ángeles, y los prajāpatis, y los manús, y los seres humanos; y toda las huestes de vidas evolucionantes que están ahora debajo y detrás de nosotros en el gran drama evolutivo del ser, deberán a su vez también haber avanzado correspondientemente mucho por los senderos del destino.

Antes de cerrar esta tarde se nos ha pedido que respondamos a estas preguntas: “¿Qué pruebas podemos darle al hombre o a la mujer promedio de la verdad de estas enseñanzas sublimes?”. “¿Cuáles son los fundamentos de las enseñanzas de la filosofía esotérica?”. La respuesta a la primera pregunta es la siguiente: podemos darle *pruebas*, pruebas acumulativas, y se acordarán ustedes lo que hemos señalado antes, acerca de lo que constituye una prueba. La prueba es traer convicción a la mente, y esta convicción es dada por la preponderancia de la evidencia. Y si se pregunta, “¿Sobre qué bases se da esa prueba?”, decimos, sobre dos bases, que se apoyan mutuamente. En primer lugar, sobre las facultades innatas en el alma humana que le dice a un hombre que tal o cual cosa es verdad, entonces él se satis-

face espiritualmente, intelectualmente, emocionalmente. Para él, está probado. Esa es una prueba. La otra tal vez no sea tan fuerte per se, pero para el hombre promedio es tal vez más fuerte. Podemos demostrar que las más grandes mentes de todas las edades han creído lo que nosotros creemos. No usaban las mismas palabras o frases técnicas tal vez, no enseñaron las doctrinas de la misma forma tal vez, pero el corazón de todo esto, no obstante, estaba allí, lo real estaba allí, el núcleo de la misma. Encontrarán todo esto en las literaturas del mundo, y la única dificultad que me parece podría ser encontrada —y me limito a formular esta observación por prudencia— es la siguiente: que con demasiada frecuencia las literaturas antiguas no se entienden, incluso por aquellos que las traducen y las leen. Tal vez para el investigador promedio la prueba más convincente sea que las mejores mentes de todos los tiempos han creído en las doctrinas teosóficas; y es a estos grandes intelectos que nos referimos, como el último tribunal de apelación, así como los seres humanos por lo general refieren preguntas en disputa a los más nobles espíritus que tienen entre ellos, seguros de que las preguntas se resolverá de la mejor manera en la que los hombres buenos y capaces las pueden resolver. Repito, traemos la prueba. Pero, por supuesto, el investigador, si es honesto, debe crear su propio pensamiento; algo que no podemos hacer por él.

Los fundamentos de las enseñanzas esotéricas, para la persona promedio, descansan exactamente en la misma base de demostración en la que la primera pregunta lo hace. Si ustedes encuentran que detrás de las enseñanzas que han llegado hasta nosotros desde tiempos inmemoriales, hay ciertos hechos, ciertas doctrinas, que son las mismas en todo el mundo, y en todas las edades, que no fueron externa ni abiertamente expresadas, sino que se mantuvieron escondidas, es lógico suponer que eran consideradas esotéricas, de lo contrario ¿por qué ocultarlas? Siendo estas, en esencia, las mismas en todas partes, nos preguntamos: por qué razón, ¿Por qué son iguales? La inferencia natural —y correcta— es que fueron extraídas de la misma fuente común, y las mismas, ahora una inferencia, crecen hasta volverse una plena convicción en la medida en que las estudiamos. En realidad, su mejor prueba está ¡en ellas mismas!

CUARENTA Y CINCO

FISIOLOGÍA, PSICOLOGÍA Y NEUMATOLOGÍA DEL UNIVERSO. LOS DIEZ Y DOCE PLANOS DEL SISTEMA SOLAR UNIVERSAL. PLANOS INTERMEDIOS CRÍTICOS. TODOS LOS SERES MANIFESTADOS: UNA PENDIENTE CONTINUA DE JERARQUÍAS INTERRELACIONADAS Y COMPENETRADAS: CADA UNA CON SU PROPIO PRINCIPIO Y FIN. ŚISHTAS Y EL EXCEDENTE DE VIDA.

“El Sol es el corazón del Mundo Solar (Sistema) y su cerebro está oculto detrás del Sol (visible). Desde allí, la sensación es irradiada hacia cada centro nervioso del gran cuerpo, y las olas de la esencia de vida fluyen hacia dentro de cada arteria y vena.... Los planetas son sus miembros y pulsaciones” (Comentario.)

De esta manera, durante la vida o período solar manvantárico, hay una circulación regular del fluido vital de un extremo al otro de nuestro Sistema, del cual el Sol es el corazón —como la circulación de la sangre en el cuerpo humano—; contrayéndose el Sol tan rítmicamente como lo hace el corazón humano después de cada vuelta de ella. Sólo que en vez de realizar la ronda en un segundo, aproximadamente, le toma a la sangre solar diez de sus años, y un año entero para pasar a través de su *aurículas* y *ventrículos* antes de que ella bañe los *pulmones* y vuelva a las grandes venas y arterias del sistema.

. . . El universo (en este caso nuestro mundo) respira, como lo hace sobre la Tierra el hombre y todo ser viviente, la planta e incluso el mineral; y como nuestro globo mismo respira cada veinticuatro horas. . . .

. . . El espacio es el mundo real, al paso que el nuestro es un mundo artificial. Es la Unidad Única en toda su infinitud: en sus profundidades sin fondo, así como en su superficie ilusoria; superficie repleta de innumerables universos fenomenales, de sistemas y de mundos, a modo de espejismos. No obstante, para el ocultista oriental, que en el fondo es un Idealista objetivo, en el mundo *real*, que es una Unidad de Fuerzas, existe “una conexión de toda la materia en el *plenum*”, como diría Leibnitz. Esto está simbolizado en el Triángulo Pitagórico.

—*La Doctrina Secreta*, I, 541, 615 [II, 239-40, 310]

Las inteligencias no tienen principio.

La Esfera tiene un Alma activa

Los cielos no tienen ni escisión ni rasgo.

—*The Desātīr*, “The Book of Shet Sasan the First”,

vv. 16, 17, 20 (Mulla Firuz Bin Kaus, trad.)

Las estrellas de movimiento-pesado son muchas, y cada una tiene una Inteligencia, un Alma y un Cuerpo.

Y de igual manera cada división clara de los cielos y los planetas, tiene sus Inteligencias y Almas. —*Ibid.*, “El Libro del Profeta, el Gran Abad”, vv. 23, 24

LA FISIOLOGÍA del universo que hemos estado estudiando durante las últimas reuniones debe entenderse en su relación a la psicología del universo; y, al mismo tiempo, debemos recordar que más allá del aspecto psicológico de la vida cósmica existe la neumatología del universo; estas dan lugar en sus respectivos ámbitos a los tres vehículos esenciales a través de y en los cuales, desde los cuales, y de regreso a los cuales, la vida universal obra, fluye y es —las tres son, de esta forma, las fuentes de, y por tanto correspondiendo en el hombre a, las tres divisiones generales de cuerpo, alma y espíritu—. La fisiología del universo comprende la totalidad de las entidades en cuerpos o en vehículos que hay en éste; la psicología del universo está compuesta por las diversas jerarquías de seres espirituales que trabajan en esas huestes de cuerpos; y la neumatología del universo comprende a todos los seres divinos que están detrás, dirigiendo e inspirando, las clases intermedias. Ahora bien, las doctrinas con respecto a esta tercera y última división son extremadamente difíciles como todos sabemos, y hasta ahora solo hemos tenido ocasión de aludir a ellas. Nuestros estudios, hasta ahora, representan sólo un intento de comprender algo de la psicología y la fisiología de los espacios del kosmos.

Ahora una —y tal vez una de las más grandes— de las funciones o actividades de la naturaleza universal es la que se expresa con nuestra palabra evolución; y la usamos estrictamente en el sentido etimológico, es decir, significando, el *despliegue* o el *desenrollar*, o el *desarrollo hacia afuera*, de lo que es o ha sido impactado en la semilla o raíz original. No utilizamos la palabra evolución ya que esta palabra es mal empleada en la ciencia biológica moderna. De hecho, los biólogos no enseñan evolución; lo que enseñan es lo que los franceses muy correctamente llaman *transformisme*; y la diferencia entre los dos sentidos es inmensa. En una fecha posterior, vamos a entrar en este estudio con más detalle,* deseamos en este momento llamar la atención sobre esta gran diferencia de significado sólo con el fin de evitar un malentendido, que al usar las palabras evolución o desarrollo como se utilizan en ocultismo, las usamos en el sentido utilizado por los biólogos modernos. No, en absoluto. Empleamos la palabra evolución estrictamente en el sentido etimológico: el despliegue, el desenrollado, lo saliente, de las fuerzas que permanecen latentes, desde

*[Conferencias dadas en 1927-9 y posteriormente publicadas en el libro *El Hombre en Evolución*]

su karma pasado, en la semilla del ser o entidad, sea lo que sea, que entra en un ciclo de existencia activa.

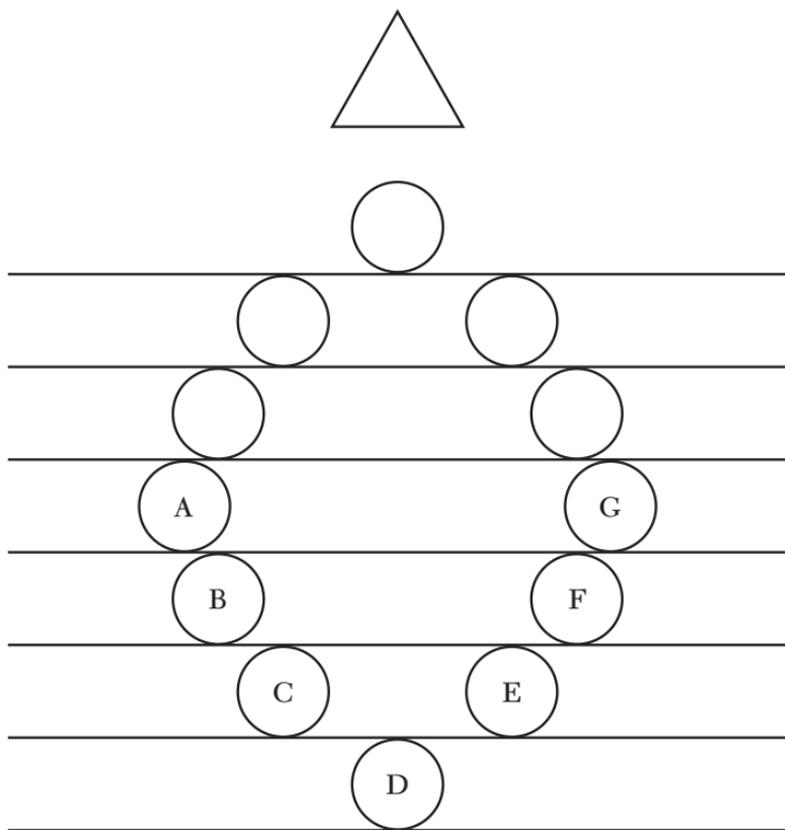
Este gran principio fue bien ilustrado en el caso de la evolución cósmica por medio de lo que los antiguos estoicos enseñaron con respecto a la evolución, o el desarrollo, o el progreso, el despliegue, de los cuatro (o cinco) elementos de los antiguos, tal como los elementos se entendieron en sus días. Ellos enseñaron, como se señaló en un estudio anterior, que el quinto elemento, o la quintaesencia, llamado aeter —que es nuestro ākāśa— tenía en su seno antes de su manifestación o evolución las semillas de los cuatro inferiores; y que cuando llegó el momento de estos cuatro para evolucionar, cuando la Deidad, cuando Zeus, quiso enviar los mundos de nuevo a la manifestación después de un período de reposo, el primero que apareció fue el elemento fuego, desplegándose del aeter (o ākāśa), evolucionando, desenvolviéndose de él mismo. No el fuego como nosotros lo entendemos, sino como si fuera, la semilla del fuego, el espíritu del fuego, esa fuerza cósmica primaria y elemental de la cual el fuego en nuestro plano, este bajo plano, es una manifestación débil. Luego, después de que el fuego había corrido su curso a través de la evolución cíclica, de la misma manera que había salido del seno de aeter o ākāśa, también lo hizo el aire del fuego, desarrollándose del seno del fuego que contenía en sí mismo el elemento aire; conteniendo no sólo su propio *svabhāva*, o característica o calidad ígnea, como decimos en el pensamiento oriental, sino que conteniendo en sí mismo *también* la característica de su propio padre el aeter, ākāśa. Después, siguiendo la secuencia, desde el aire desdoblándose hacia adelante, se desenvolvió, brotó en desarrollo, el elemento agua. No es el agua que conocemos, eso es absurdo, sino lo que podríamos llamar la semilla de agua, el espíritu del agua, lo que representa el agua o la liquidez en nuestro plano; y contenía en su seno un tanto de la calidad o característica del aire, su padre; y del fuego, su abuelo, y también del aeter o ākāśa. Contiene también las fuerzas, potencias, y los poderes, de sus predecesores, pero más débiles naturalmente en el agua que en sus reinos respectivos; las cualidades y potencias se vuelven más débiles a medida que avanza la evolución, es decir, más ampliamente hacia la “materia”. Luego, del agua, de su seno, evoluciona o se desdobra la semilla del elemento tierra. Cuando la vuelta de ciclo se acentúa, cuando la evolución de estos elementos, cuando la construcción de globos, había llegado a su fin, entonces, Zeus quiso llamarlos a todos a su seno y el procedimiento inverso comenzó, y el agua se llevó otra

vez a su hijo, el elemento tierra. La tierra comenzó a volverse líquida y a pasar de nuevo al elemento agua. A continuación, a su turno, a su debido tiempo, el elemento agua comenzó a aerificar sus partículas y pasar, o reunirse de nuevo en el seno de su casa matriz, al elemento aire. Entonces el aire, a su vez comenzó a encender su naturaleza y pasar al seno de su padre el fuego. Entonces, finalmente, el fuego eterizó su naturaleza y paso de nuevo al seno de la quinta esencia o aeter, su padre; y el ciclo de la evolución cósmica terminó para otro período de reposo.

Ahora llevamos a estos cinco elementos más lejos, hasta por lo menos a siete en número. Pero existe el principio de desarrollo inherente en el kosmos, que hemos ilustrado mediante el uso de la palabra evolución como se indica arriba: la exhalación, la respiración de Brahma, como lo dijeron los arcaicos pensadores hindúes. Hecho el trabajo, siguió entonces la inhalación, la recolección, la involución, de Brahma. Precisamente la misma ilustración que acabamos de dar de la filosofía estoica se encuentra en la antigua literatura hindú, en los Upanishads, y más concretamente en los Purāṇas.

Así, de la misma manera, haciendo los cambios debidos para las circunstancias y entidades, evolucionan los globos de nuestra cadena planetaria. El globo A corre a través de su ciclo de vida, y luego evoluciona el globo B, que a su vez lleva a cabo su ciclo de vida, y luego evoluciona el globo C, que corre a través de su ciclo de vida y evoluciona el globo D, o nuestra tierra mundo. El globo D corre a través de su ciclo de vida y evoluciona en el globo E; y luego evoluciona el globo F y después el globo G, el último de los siete manifestados, de la misma manera. Estas evoluciones de globos son el tema que estamos estudiando.

Las preguntas que se han formulado han sido sumamente útiles para este orador. Ellas le han demostrado, por ejemplo, que no ha dicho lo suficiente acerca de los planos y principios del kosmos, y sobre las diversas formas y fuerzas por las que estos doce globos de nuestra cadena planetaria están interrelacionados. Ilustremos entonces esto en el siguiente diagrama:



Aquí tenemos los siete planos cósmicos representados por líneas rectas, y sobre ellas se muestra un triángulo, el que representa los tres planos neumatológicos, divinos o súper-espirituales sobre los que es inútil hablar ahora, porque aunque algo se dijera de ellos, es muy dudoso que pudiera servirnos de ayuda a nosotros en la actualidad. Las enseñanzas con respecto a ellos son demasiado abstractas. Debajo del triángulo siguen los tres planos superiores de los siete planos cósmicos manifestados, conteniendo los cinco globos ocultos de nuestra cadena planetaria, a continuación, por debajo de éstos se encuentran los cuatro planos inferiores de los siete planos cósmicos manifestados, que contienen nuestros siete globos manifestados, o lo que H. P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta* generalmente llama la cadena planetaria de la tierra. Los hemos nombrado como en estudios anteriores, A, B, C, D, E, F y G. Además, cada uno de estos siete planos o mundos cósmicos manifestados es así mismo septenario, es decir, se divide en siete subplanos o mundos. Este hecho va a entrar como un tema muy importante en nuestros estudios posteriores.

Ustedes notarán que estos doce globos están en siete planos. También notaran en el diagrama sólo siete planos cósmicos manifestados, y un triángulo que representa los tres planos divinos, que hacen diez. Ahora ¿por qué no enseñamos aquí doce planos cósmicos o mundos? Hemos dibujado el diagrama de esta manera con el fin de llamar la atención hacia una aparente falta de algo, a un hecho que queremos enfatizar. Ustedes pueden recordar al poeta latino, Marciano Capella, hablando del sol, “cuya cabeza sagrada está rodeada de seis rayos dobles”. Ahora bien, estos seis rayos dobles rodeando la cabeza del dios solar representan el doble de seis potencias o el doble de seis globos en el sol espiritual. Nuestro sol físico visible es solo el cuerpo del sol. Hay siete soles manifestados; en realidad hay diez y dos “enlaces” polares. Vemos solo un sol, el más bajo; ese sol, no obstante, está en *nuestro* más alto plano físico, pero como el narrador dice, “¡esa es otra historia!”.

Estas doce fuerzas del sol representan y son las doce fuerzas del Logos, que es el dios solar manifestado; y, naturalmente, siendo doce fuerzas deben tener sus propias casas para vivir, sus propias esferas de acción apropiadas. Deben tener los materiales o sustancias apropiadas para trabajar. En realidad, ¡ellos mismos son su propia casa! Ellos construyen sus propias casas con una parte de ellos mismos, así como un caracol construye su propia concha, quedando no obstante aparte; en ella, controlándola, cada cual a la suya propia, pero no obstante sin ser de ella, así como el espíritu y el alma de un hombre se mantienen aparte de su cuerpo, en él y sin embargo arriba de él, y en un sentido verdadero sin ser de él.

Estas doce fuerzas representan y son, por tanto, los doce planos del sistema solar universal; sin embargo, solo hay diez planos en una jerarquía. ¿Qué sucede con los dos sobrantes, el undécimo y el duodécimo? Pues aquí está la solución del enigma. Todo ser manifestado es un continuo. Esto significa que el ser universal se extiende infinitamente en todas direcciones, y muy especialmente decimos hacia dentro y hacia fuera, sin romper la continuidad, sin embargo, graduado en innumerables partes, pasos, planos o mundos; y esta continuidad es, por así decir, dividida en jerarquías manifestadas en siete, diez o doce divisiones o partes. Las siete partes más bajas son la porción *manifiesta* de cualquier jerarquía, la parte que está construida por debajo de cierto plano de materialidad, y estos siete son los mundos rûpa o mundos de forma; y de estos siete, en realidad, los tres más altos son *relativamente* arûpa o “sin forma” —para *nosotros*,

para *nuestra* cognición, por favor comprendan esto—. Los verdaderamente arūpa o así llamados “sin forma” o mundos divinos, son los tres más altos por encima de estos siete manifestados, con lo que hacen diez mundos, planos o grados.

Cualquier jerarquía tiene, por supuesto, su principio y su fin, su cenit y su nadir, su pináculo y su punto bajo, su nivel más alto y más bajo, el primero y el décimo contando hacia bajo. Pero ¿qué es lo que conecta el primero y el décimo con las otras jerarquías, con la serie continua? ¿Qué es una jerarquía? Es una entidad individualizada. Esta entidad está compuesta, a su vez, de huestes y multitudes de entidades más pequeñas o inferiores, así como el cuerpo del hombre es una entidad, y sin embargo, se compone de huestes de células; y estas células a su vez son entidades, que a su vez están compuestas de moléculas y de átomos; y los átomos, a su vez son cosas compuestas; y sin embargo viven todos juntos, y funcionan en conjunto, cada uno de ellos comunes a una jerarquía, dentro de otras jerarquías, y todas interrelacionadas y entrelazadas. Pero cada una de estas jerarquías, no obstante, tiene su propia cúspide o cumbre y su polo inferior, su cabeza y sus pies, su principio y su fin.

Lo que conecta una jerarquía en la cumbre o al comienzo, con el resto de lo continuo, es un plano “crítico” o intermedio que participa de la naturaleza de las dos: tanto de la jerarquía que está debajo como de la jerarquía de arriba en lo continuo, de la cual, por supuesto, es una parte. En su base está conectada con un plano extra o duodécimo, otro plano “crítico” o intermedio, con el más alto plano de la jerarquía que está por debajo de ella o que le sigue. Así, pues, tenemos una jerarquía que consta de diez, siempre diez, grados, etapas, planos o fuerzas: siete manifestados, y tres escondidos o ocultos, o místicos—no importa qué palabra se utiliza aquí—; y estos diez principios o planos, forman una jerarquía, conectada con los mundos superiores y conectada con los mundos inferiores por dos planos adicionales o intermedios, uno abajo y otro arriba, cada uno a cada cual.

Vamos ahora a abordar nuestro principal estudio desde el punto donde lo dejamos la semana pasada. Una pregunta muy interesante se hizo la semana pasada, acerca de que si nuestra cadena planetaria forma los siete principios de la tierra. Y la respuesta fue: “No, porque cada uno de los siete globos en sí es un planeta distinto y separado y en sí mismo septenario”. Pero la cadena planetaria forma una jerarquía de globos. Por favor, recuerden que jerarquía no significa una sola cosa en particular. Significa cualquier colección posible de

entidades hasta el número diez, quienes forman una *unidad*. Ustedes recordarán el énfasis que pusimos en un estudio anterior sobre las diferencias entre un *uno*, una *mónada*, una *unidad*, y una *unión*. Se hizo hincapié en anticipación a preguntas sobre estos estudios. Si no tenemos estas ideas elementales claras en nuestras mentes, hay lugar a confusión. Una *unión* es más o menos un agregado o conjunto suelto o firme de entidades diversas. Una *unidad*, como vamos a usarlo, es una unión en la que los vínculos están tan apretados que no funciona como un conjunto, sino como un solo ser, como un individuo. Una jerarquía es una *unidad*. Una *mónada* es la raíz de una jerarquía, una individualidad pura y permanente, como el centro-vida característico en una semilla de la que brota un árbol. El árbol funciona como una *unidad*, pero si tomamos individualmente las hojas, las ramas y las raíces, y las consideramos como un mero ensamblaje, entonces, es sólo una *unión*. Considerado como una entidad, como una jerarquía de vidas inferiores, de vidas más pequeñas, es una *unidad*, y el centro espiritual o la semilla de la que brota, la característica que reside en el interior su svabhāva, su semilla-vida peculiar, es la *mónada*. Y el *uno* es la última, la más pura, la más simple, forma de un ser cósmico que llamamos divina, y al cual le cantaron los viejos teólogos: En el que no hay sombra de inflexión, no hay manifestación o diferencias. Es el ser puro, en contraste con la sustancia diferenciada. Es el *uno*, en donde no hay opuestos ni contrastes; el ser puro, la conciencia pura, la felicidad pura —lo que llaman los Upanishads *sat-chit-ānanda*; seidad-conciencia-felicidad.

Ahora bien, la cadena planetaria, siendo una unidad o una jerarquía, funciona como una entidad única, y es una entidad única; está coadunada, porque es una unidad; está formada en una sola cosa. ¿Por qué? Porque está dotada de un alma y un espíritu que brotan de la *mónada* su generadora. En otras palabras, su conciencia es monádica.

Leamos de *La Doctrina Secreta*, Tomo I, página 166, [I, 198] el siguiente extracto:

De aquí que sea racional que los globos que dominan nuestra Tierra deben estar en planos diferentes y superiores. En resumen, como Globos, están en COADUNACIÓN PERO NO EN CONSUBSTANCIALIDAD CON NUESTRA TIERRA y por lo tanto, pertenecen a otro estado de conciencia muy diferente.

Coadunación o mejor coadunar, la formación en una unidad, no significa que la entidad unida es singular (no compuesta) en el sentido

popular ordinario; de lo contrario sus partes componentes no estarían unidas en una unión. Esto significa que la entidad coadunada es una unidad o una jerarquía de la misma manera que el cuerpo del hombre es una unidad y una jerarquía, si consideramos ese cuerpo como el vehículo a través del cual trabaja el alma monádica que habita en el hombre, gobernando y controlando las huestes de pequeñas vidas de las cuales el cuerpo está hecho.

Ahora abordaremos el método o proceso mediante el cual nuestros siete globos manifestados de la cadena planetaria evolucionan o “nacen”. Cuando la excitación de la próxima oleada de vida —que consta de diez clases—, después de su largo descanso praláyico, viniendo desde el globo A de la luna que fue y que ahora no es, inaugura el nuevo manvantara de la tierra, esa oleada de vida comienza a diferenciarse en el plano del globo A de la que va a ser la cadena planetaria de la tierra, y a reunir para ella misma, magnética o gravitacionalmente, las huestes de átomos-vida que pertenecen a ese plano y que cuelgan en el espacio, y que han estado transmigrando durante el largo descanso praláyico de los principios superiores, transmigrando en otros seres en ese plano en particular y fuera de ellos. Y aquí está el verdadero significado de la antigua doctrina de la transmigración: los átomos-vida que un hombre arroja durante la vida, y de los que su cuerpo consiste en cualquier momento, y que se quedan detrás de él después de su muerte, y mientras él está descansando en devachán, transmigran de acuerdo con sus naturalezas respectivas; pasan a conformar las bestias, el mundo vegetal y mineral, y el elemental: los tres mundos o reinos elementales; y de manera similar, los de sus principios intermedios. Pero cuando ese hombre vuelve a la encarnación, pasando por los diferentes planos hacia la encarnación física, él hace para sí mismo, al principio, las prendas de luz formada por sus átomos de vida previos pertenecientes a planos superiores, es decir, que reúne en sí mismo otra vez los mismos átomos de vida que derramó, y echó fuera a su paso por los respectivos planos en su camino “hacia arriba”; y así en cada plano, en su camino hacia abajo hacia la encarnación. Del mismo modo, cuando llega a esta tierra, reúne los átomos-vida de este plano en sí mismo otra vez, no sólo por la atracción magnética que inconscientemente se activa durante su vida prenatal, sino que aún más después de su nacimiento. Y así lo hacen los planetas, los varios globos de las diferentes cadenas planetarias. La oleada de vida reúne de nuevo para sí misma, para cada globo en su correspondiente turno, a medida que desciende a través de los cuatro

planos inferiores del kosmos, los átomos de vida que pertenecieron respectivamente a los anteriores globos de la luna en los cuatro planos inferiores, donde tales átomos de vida ayudan a construir los nuevos globos “físicos” o cuerpos de la nueva cadena planetaria que va a ser, en la que la próxima oleada de vida o los siete principios de cada uno de los globos de la luna que era, dan forma y moldean, y en la cual ahora van a trabajar en el nuevo manvantara.

¿Pero de qué se componen cada uno de estos globos de nuestra cadena planetaria, o cualquier otra cadena? Se componen de estos átomos de vida, *además* de las fuerzas vitales permanentes, las oleadas de vida, y juntos construyen realmente el globo, y *son* el globo. El hombre, de la misma manera construye su propio cuerpo desde adentro. Hay secretos, incluso en la alimentación, que nuestros científicos no han resuelto todavía. El hombre construye su propio cuerpo de sí mismo, como se ha dicho anteriormente. Él primero segrega, y luego excreta sus varios vehículos en los diferentes planos de su ser. Él excreta su propio cuerpo y los cuerpos o los vehículos de las secreciones que vienen de adentro de sí mismo. Y los globos de nuestra cadena se construyen precisamente de la misma manera.

Ya hemos considerado, en otros estudios, los tres reinos elementales en lo que se refiere a su trabajo en la formación del globo A de nuestra cadena. Volvamos ahora a eso. El reino elemental no. 1 ha terminado su labor, digamos, en lo que hoy es la primera fundación del globo A. Ese globo, por lo tanto, ha comenzado a tomar forma. En una séptima parte (o una décima) se ha formado, formado en la medida del alcance del primer reino elemental. Este primer reino elemental ha pasado a través de sus siete períodos de trabajo, de evolución, y luego entra en obscuración: una de las palabras del señor Sinnett. Una palabra mucho mejor hubiera sido *letargo* o *sueño*, ya que esta palabra, obscuración, en realidad oscurece bastante el sentido. Un hombre no se oscurece cuando duerme. El cuerpo puede ser así, en un sentido; pero en realidad es mejor decir en palabras más apropiadas lo que es la condición real. Es la del sueño, o latencia —o más bien, inactividad.

Pero, ¿qué pasa ahora? Al instante en que el reino elemental no. 1 entra en letargo, el reino elemental no. 2 comienza su labor en la fundación acabada de colocar por el reino elemental no. 1. Mientras tanto, el excedente de vida del reino elemental no. 1 pasa al Globo B, y establece allí la primera fundación del globo B como lo hizo con el globo A. Ahora, ¿qué entendemos por “excedente de vida”, y que es,

además, lo que se deja atrás como *śiṣṭa* o remanente, del reino elemental no. 1 ahora inactivo en el globo A? (No obstante, la vida activa de las oleadas de vida, una parte de ella, pasa y forma el comienzo del globo B.) ¿Cuál es el excedente de vida, entonces? Excedente de vida, como aquí se utiliza, es a lo que aludimos hace un momento, cuando hablamos del *despliegue* o *desenrollo* de los elementos que, antes de la manifestación, están involucrados en cada uno. Este *excedente de vida* contenido o envuelto en el reino elemental no. 1, en el globo A, es *los 42 principios de todos los otros seis globos* de los siete manifestados, en lo que se refiere al primer reino elemental, envuelto, cubierto, enrollado y latente en él, por así decirlo, y no están preparados para manifestarse, debido a no ser adecuados y aptos para el globo A, y por lo tanto se habla de ellos como dormidos, *descansando* en el seno del reino elemental no. 1, pero verdaderamente *dominándolo* y llenándolo de vida, con los 42 “fuegos”. A medida que este excedente de vida se desdobra, o evoluciona, esferas durmientes, fuerzas durmientes o potencias —que son en realidad los dominantes 42 fuegos— descienden al plano inferior como excedente de vida, debiéndose el paso “hacia abajo” a la atracción gravitacional o halar del plano inferior, tal como es sentido por su *svabhāva* o *característica inherente* inferior. Por lo tanto, tan pronto como tocan sus propios reinos, por decirlo así, los durmientes fuegos de la oleada de vida que pertenece por naturaleza a los reinos comienzan a despertar, la oleada de vida apropiada y que pertenece a ese plano comienza a trabajar, y el reino elemental número 1 en el globo B comienza su ciclo de vida.

Volvamos al globo A. Cuando el reino elemental no. 2 ha finalizado su trabajo en el Globo A, es decir, cuando se ha ejecutado a través de sus siete linajes de raza en el Globo A, entonces el reino elemental no. 3 aparece como lo hizo el no. 2, después del no. 1. Inmediatamente después la fuerza gravitatoria en el no. 2, después de que el reino elemental no. 2 en el globo A ha entrado en reposo letárgico, atrae el excedente de vida del reino elemental número 2 hacia al globo B, donde de inmediato el no. 2 en el globo B empieza a despertar y trabajar, y a reunir los átomos-vida *que le pertenecen a ese plano*. Así, en el globo A tenemos los reinos elementales 1 y 2 en latencia, y el no. 3 trabajando su ciclo de vida en el globo A. El reino elemental número 1, cuando haya terminado su curso de trabajo séptuple sobre el globo B, pasa de manera similar al globo C y empieza a formarlo; mientras que el no. 2 coincidentemente está entrando ahora en su trabajo en el globo B; y el no. 3 está en el globo A, como se ha dicho.

Así, pues, en la etapa actual tenemos al reino elemental no. 1 comenzando su labor en el globo C; el reino elemental no. 1 en obscuración en el globo B, en donde el no. 2 está activo; los reinos elementales 1 y 2 dormidos, y el reino elemental no. 3 activo en el globo A. Después de que *su* ciclo de vida —el del no. 3— se completa en el globo A, entonces viene el cuarto, o reino mineral, en el Globo A, y hace precisamente lo mismo que hicieron sus antecesores, los reinos elementales 1, 2 y 3, es decir, se ejecuta a través de sus siete razas-linajes en el globo A. Y al instante en que esto ha terminado, el reino mineral entra en reposo, sueño u obscuración en el Globo A, y el reino vegetal comienza a aparecer allí. Mientras tanto, cuando esto sucede, el reino mineral pasa al globo B, siguiendo la misma regla, operación o función de la naturaleza al igual que los reinos anteriores o las oleadas de vida. A medida que el reino vegetal aparece en el Globo A, el reino elemental no. 3 pasa a globo C. El no. 2 pasa a globo D, nuestra tierra, y entonces el no. 1 pasa al globo E. Entonces, en el globo A, aparece el reino animal; y cuando se ha ejecutado a través de su curso séptuple, pasa hacia al Globo B, y coincidentemente cada uno de los cinco precedentes reinos u oleadas de vida dan un paso hacia delante al próximo globo. Entonces, finalmente, llega el séptimo, el reino humano, al globo A. De modo que cuando el ser humano aparece en el Globo A, el primer reino elemental está comenzando su labor en el globo G —el último de los siete manifestados—. Así, paso a paso, un reino o una oleada de vida sigue a la otra *al llegar su turno*, las siete oleadas de vida pasan del globo A al globo G a través de todos los globos intermedios; pero cuando el reino humano, o séptimo, alcanza el globo G, los otros reinos están respectivamente completando su evolución allí; la razón es la ley de retraso que opera para lentificar el progreso de los reinos inferiores en el arco ascendente, debido a que estos reinos inferiores ascienden a través de los globos, en el arco ascendente, con más dificultad que los reinos más altos y más evolucionados. El arrastre de la materia los detiene.

Esta es la primera ronda de la cadena. A partir de la segunda ronda de la cadena el proceso es diferente, y vamos a tener que estudiar esa diferencia en detalles la próxima semana, o tal vez, en una reunión posterior. Mientras tanto, por favor tengan esto claro. La marcha de las oleadas de vida a través de las esferas representa un detalle de las circulaciones del kosmos: el paso de las entidades de vida de esfera a esfera. Además, hemos estado hablando sobre todo del globo A; y por lo tanto, cuando decimos mineral, vegetal, animal

y humano, no nos referimos a las cosas *tal como hoy las conocemos en la tierra*, en este globo D, en esta cuarta ronda, en su ya más o menos evolucionada condición. Estamos hablando de la *primera* ronda del planeta y a través del *primer* planeta, o globo A; y esos reinos, como entonces ellos eran, nos parecerían a nuestras percepciones presentes, incluso en su máximo desarrollo en el globo A durante la primera ronda, una diáfana, invisible y totalmente imperfecta representación de lo que han de ser en el futuro, es decir, que nos parecerían a nosotros como entidades espirituales. Y sin embargo, en su propio globo, y para ellos mismos, incluso en la primera ronda y en el primer globo A, son tan físicos como nuestro globo es hoy para nosotros, y como somos uno para el otro.

En nuestra última reunión, ustedes recordarán que discutimos la pregunta: ¿Cuáles son las bases de la prueba sobre las cuales descansan nuestras enseñanzas esotéricas? ¿De dónde vinieron, y qué edad tienen? Tomemos la primera parte de esta pregunta: “¿Cuáles son las bases de la prueba?”. La respuesta es simple. Las bases de la prueba son las operaciones y funciones de la naturaleza universal, como hemos dicho en repetidas ocasiones. Por naturaleza no nos referimos a la naturaleza física, sino a todo lo que es, interior y exterior, superior o inferior: todo; porque es la verdad, es decir, la realidad del ser. Estas son las bases. Ahora bien, ¿cómo obtenemos una comprensión y un conocimiento de estas cosas y hechos de la naturaleza universal? Por lo que al entendimiento se refiere, el argumento de la prueba se presenta en el mismo campo en que se presenta cualquier hecho o verdad de la naturaleza y por un llamado a la inteligencia y al sentido común.

“Ciencia” en nuestros días es una palabra por la que se jura. Llamen a una cosa científica y la gente la aceptará sin pretensión de un análisis detenido. No le importa mucho al hombre común si la alegación científica sea verdad o no. Rara vez lo examina. Puede que sea un “hecho científico” hoy en día; y que mañana sea reemplazado por algún otro “hecho científico”. No hay hombres en el mundo, me atrevo a decir, que tengan más reverencia real a la verdadera ciencia, es decir, para clasificar y coordinar *conocimiento*, que nosotros mismos, pero para las teorías e hipótesis de los investigadores científicos no tenemos más respeto que lo que esas hipótesis intrínsecamente valen. El día en que la ciencia comienza a dogmatizar a través de sus representantes, se convierte en nada más que un tipo peculiar de iglesia. No conozco nada que mate el dogmatismo más rápida, fácil

y naturalmente, que estos estudios de nuestra sabiduría antigua; por la sencilla razón de que tan pronto entendemos una cosa, y creemos que tenemos la verdad definitiva, aprendemos por la expansión de nuestras facultades y nuestros conocimientos, la lección muy saludable que no es sino la introducción para niños a una verdad aún más sublime. Aprendemos esa lección muy, muy pronto, y si tenemos alguna tendencia a dogmatizar o a adorar ídolos mentales de cualquier tipo, esa tendencia muere rápidamente en nosotros al estudiar más a fondo.

Este es nuestro punto: pregúntenle a cualquier científico por la prueba de uno de los teoremas establecidos en su ciencia; y seamos todavía más contundentes, por la prueba de uno de los hechos más recónditos de la naturaleza, y probablemente les dirá: “Cuando usted venga a mí, después de haber ejercido un curso adecuado de estudio, y su mente se ha disciplinado para entender lo que usted está planteando, entonces puedo ser capaz de ayudarle mejor, porque entonces usted será capaz de entender lo que yo tengo que decir”. Y el hombre tendrá toda la razón en dar tal respuesta, que es exactamente lo mismo que nuestros Maestros nos dicen. La respuesta incluye la base del argumento en prueba. Cuando el interrogador o aspirante esté dispuesto a disciplinarse y a estudiar, no sólo a leer, sino a reflexionar y a estudiar adecuadamente la asignatura —estudio mental y disciplina mental y moral, incluyendo el cuidado físico para el cuerpo, y por encima de todo mostrando una profunda aspiración espiritual—, cuando se haya realmente disciplinado, porque “la disciplina precede a los Misterios”, cuando su naturaleza sea así abierta y entrenada, por completo y exactamente, en principio, tal y como los científicos le dicen al investigador que haga, hasta entonces *sabrás*, porque, como los Maestros nos dicen: “Vive la vida, y conoceréis la doctrina, porque el conocimiento vendrá a ti naturalmente”. Y este vivir la vida, digamos de paso, no sólo significa una cosa, no significa simplemente la moral del sexo, por muy importante que sea; sino que significa, en todo caso, mucho más que eso. Significa el entrenamiento completo del hombre interno para que sea auténtico, correcto, limpio, esperanzado; en otras palabras, la buena y anticuada palabra rectitud, actuando correctamente, porque está pensando correctamente; porque dicho entrenamiento abre por completo las puertas interiores hacia la luz. El hombre —y la mujer, también, por supuesto— que tiene envidia, celos, odio o ambición egoísta corroyéndole el alma, o que alimenta a la venganza en su corazón, o a cualquier otro y a

todos los otros moradores de las regiones infernales interiores, esos demonios del hombre interior, es totalmente incapaz de comprender la doctrina, y por una razón muy simple. Su intelecto está aturdido y confundido. Su naturaleza psíquica es espesa y se hace tosca. Su naturaleza interior está separada de su sol espiritual y de su inspiración; y su misma mente cerebral vuelve muy opacos a los millones de rayos de la naturaleza superior.

Estas son reflexiones viejas; todos las conocemos; las hemos leído una y otra vez. Pero llevémonos a casa en nuestros corazones esta ilustración: así como el científico le dice a su interrogador: Cuando usted haya estudiado y esté preparado, entonces venga a mí, y vamos a iniciar la investigación, porque entonces usted será capaz de entender, así mismo nos dicen nuestros Maestros. Cuando tengan disciplina y estén dispuestos, cuando estén preparados y capacitados, entonces vengan a nosotros e investigaremos los secretos de la naturaleza, y entonces tendrán pruebas concretas; porque ustedes mismos, su naturaleza interna, no sólo acelerará el conocimiento que vendrá de forma natural y intuitiva, y conocerán, sino que sus almas, o mejor dicho sus espíritus-alma, a través de los métodos de entrenamiento de la antigua sabiduría, y de las antiguas escuelas, serán enviadas hacia el corazón mismo del ser, de la naturaleza universal, y ustedes descubrirán el conocimiento directo *por sí mismos* —¡un conocimiento que va a perdurar por siempre!

Esta respuesta simplemente representa hechos que todos conocemos. Nuestras enseñanzas están basadas en, o más bien son, la expresión codificada, la expresión formulada de las *operaciones o funciones fundamentales de la naturaleza, de la naturaleza universal*. El argumento en prueba, o la demostración, toma exactamente la misma forma, y descansa exactamente sobre las mismas bases sobre las que lo hace el argumento o prueba de un hecho en las ciencias físicas naturales. Cumplan con las condiciones, y tendrán el conocimiento, dice uno, y así lo dice el otro.

Ahora, en cuanto a la *procedencia*. Estas enseñanzas llegaron a la primera raza humana consciente en nuestro planeta en esta ronda, de seres semidivinos que las trajeron de un manvantara anterior; y estos seres semidivinos alguna vez fueron hombres, como ahora lo somos nosotros. Estos seres, o reveladores, son lo que nosotros en nuestro turno seremos, cuando el séptuple manvantara de nuestra cadena planetaria haya terminado su curso; y nos convertiremos entonces en los profesores e instructores en la cadena planetaria futura, la hija

y descendiente de esta cadena, de esas vastas huestes de entidades menos avanzadas que ahora van detrás de nosotros en esta cadena.

Esta forma de instrucciones se comunicó por primera vez a la raza humana original de una manera directa; y luego, cuando pasó el tiempo, y las razas de los hombres se hundieron más profundamente en la materia, se establecieron líderes de los pueblos, sacerdotes-reyes de las llamadas dinastías divinas, lo cual fue la fuente original de lo que se ha convertido en una leyenda, el llamado derecho divino de los reyes, el cual entonces era un hecho real. Había entonces verdaderos reyes-sacerdotes, líderes de hombres, almas espirituales, es decir, conscientemente trabajando entre los hombres. Luego, más tarde aún, cuando las razas se hundieron aún más profundamente en la materia, estos reyes-sacerdotes, seres grandes y nobles, genios de la primer agua, luminarias espirituales en todo sentido, fueron reemplazados por los sacerdotes de colegios, depositarios de la revelación primitiva; y entonces se inauguraron los Misterios, en los que los elegidos se tomaban de las masas del pueblo para la iniciación y para el entrenamiento espiritual e intelectual, en una época aún más sumida en la materia.

Esto último ocurrió alrededor del período medio de la cuarta raza raíz, la raza que precedió a la nuestra, y este sistema de los Misterios ha descendido incluso hasta nuestros días.

Pero todavía hay un hecho más difícil de explicar, que debemos abordar al menos brevemente con el fin de completar nuestro estudio; y es que desde el comienzo de nuestra ronda en esta tierra, desde el comienzo de la primera raza, una raza de “cascarones” vacíos y mentalmente inconscientes —en el sentido de que las bestias son “cascarones”, no iluminados por la luz intelectual interior, los rayos internos, los mānasaputras—, desde el comienzo mismo de la vida racial humana en esta tierra en esta ronda, algunas entidades, de un grado mucho más avanzado de lo que el hombre será aún en eones sobre eones por venir, han venido a la tierra y han cuidado y guiado la evolución de las razas primera, segunda y la primera parte de la tercera. Durante la tercera raza-linaje, ellos crearon, por el poder de la voluntad y el yoga, por kriyāśakti, un cuerpo místico de altos adeptos y videntes, un cuerpo que es el más secreto y escondido; y este cuerpo ha funcionado y trabajado aún hasta en nuestros tiempos, y es lo que hoy llamamos la Logia de los Maestros, sus representantes entre los hombres en la tierra. Esos seres “creados” por la voluntad y el yoga, por kriyāśakti, fueron los que continuaron el conocimiento místico, la

sabiduría de los dioses, de edad en edad durante eones que cayeron, uno tras otro, en el fondo del pasado, pasando ese conocimiento a sus sucesores por turnos, hasta que alcanzó, al presente, nuestros propios días.

Dejemos esto, y tomemos el tercer punto de consulta. ¿Qué edad tiene la sabiduría esotérica? Ya hemos respondido a esa pregunta en las observaciones anteriores; pero podríamos añadir esto, que su edad es incalculable per se —es, más bien, *eterna*—. ¿Pueden ustedes decirme, por favor, qué edad tienen las funciones y operaciones de la naturaleza universal? ¡Díganmelo, y luego les diré que tan antigua es la sabiduría ancestral! No tiene edad. Esta sabiduría de la naturaleza universal, la realidad del ser, es la misma para un habitante de un planeta que orbita alrededor de Sirio o de cualquier otra estrella grande o pequeña, que para nosotros. Es esa sabiduría que en nuestros días se llama teosofía, la sabiduría de dios, la sabiduría de los dioses —la que ellos mismos estudian, podemos decir.

Había otra pregunta que llegó en una carta, y alude a lo que es una aparente confusión en relación con el planeta Marte. Esta interrogadora parece haber entendido mal, o al menos estar preocupada por el hecho de que el planeta Marte era considerado como uno de los planetas que supervisaban uno de los globos de la cadena ascendente de nuestro sistema; en otras palabras, el globo sexto de los siete manifestados de nuestra cadena, y que también estaba supervisando uno de los globos de los cinco escondidos, y ella pregunta: “¿Por qué es esto, si Marte representa el principio de deseo o *kāma*?”. Señalemos en primer lugar que no estamos aludiendo al planeta Marte en su forma física. Estamos aludiendo a la jerarquía de Marte, cuando se habla de él como el supervisor o controlador de dos de nuestros doce globos.

Además, aunque representa el principio *kāma* o deseo, por favor, tengan en cuenta que Marte también es septenario; que tiene sus propios siete, diez o doce globos, y que estos globos son divinos, espirituales, y psíquicos, y uno de ellos físico, como es nuestro globo tierra. El deseo es dual. Hay un deseo divino, así como un deseo maléfico. ¿Qué es la aspiración, por ejemplo? Obviamente, los globos corresponden en la cadena Marciana a esos que afecta en nuestra cadena, y ejerce en los globos de esos dos planos una influencia correspondiente, una noble influencia.

¿De dónde viene ese impulso en la naturaleza del hombre que lo hace desear ansiosamente hacer el bien? Sí, recuerden el viejo mito

cosmogónico griego, que la primera divinidad que agitó el seno del Caos, fue Eros, el deseo divino. Todo tiene su opuesto, incluyendo el deseo.

Y este interrogador también pregunta sobre Marte, Mercurio, y los “cuatro otros planetas”, citando a H. P. Blavatsky, que “tienen una relación con la Tierra, de la que ningún maestro o alto Ocultista jamás hablará, y mucho menos explicará su naturaleza”. Pero yo podría decir esto, quizás: que este septenario especial representa un grupo en particular, cuya función es tomar decisiones en la construcción de otra cadena planetaria.

Hay otra pregunta que se ha formulado sobre el tema de la completa constitución interna del hombre: si ésta está dividida en doce partes también, como lo está la constitución completa de la cadena planetaria. Hemos dicho que el hombre tiene siete principios manifestados, que hacen de él un hombre completo. También tiene tres principios superiores que, cuando se manifiestan en él, hacen de él un ser divino, un dhyāni-chohan. Además de todo esto, él tiene dos “enlaces” más. He evitado hablar de ellos como “principios”, con el fin de no crear confusión. Pero él tiene dos enlaces más —uno en su naturaleza superior, y uno por debajo de él— a lo largo de uno u otro de los cuales es su destino viajar. Ahora ustedes pueden llamar a estos dos enlaces adicionales sus principios, si quieren. No creo que se les debería llamar así porque el hombre es una jerarquía consciente de sí mismo. Toda su naturaleza es un denario, o compuesto de diez principios fundamentales, y realmente este enlace superior es la raíz por la cual está enraizado en la divinidad. Está tan alto por encima de él, que decir que es uno de los principios del hombre me suena como una profanación de pensamiento, o una blasfemia.

Por otra parte, en el nadir de su ser, por debajo de él, él tiene el otro enlace, o el duodécimo, si se quiere, contando hacia bajo. Este otro enlace, este otro cuerpo, campo de materia o fuerza, o ambos, o fuerza-materia, o energía-substancia, a lo largo del cual podría ser su terrible destino viajar, es su vínculo con la materia absoluta, y es lo contrario de su raíz divina.

Acá surge una pregunta más profunda: ¿Se les puede llamar a estos dos enlaces principios, o no? Sólo puedo decir que si se les llaman principios, entonces los doce principios del hombre corresponden de manera general, uno a uno, a cada uno de los doce globos de nuestra cadena. Pero de lo contrario podemos decir esto: que el primero (o el último) de estos doce globos simboliza el vínculo del hombre con

lo divino; y nuestro planeta tierra, el más bajo en el diagrama de la página 461, que constituye una copia en materia bruta del globo más alto, es su vínculo hacia abajo, hacia la materia absoluta.

¿Se acuerdan de lo que H. P. Blavatsky dice en una de sus bellas obras, *La Voz del Silencio*, donde se habla de los “hombres de Myalba”. Ahora bien, Myalba es nuestra tierra, y también se le llama un infierno. Es considerado como tal por la sabiduría esotérica; y hemos señalado antes y ahora decimos una vez más en conclusión a esta respuesta, que algunos de estos infiernos se describen como muy placenteros y agradables para los seres que habitan en ellos; pero para los seres que viven en los globos superiores por encima de ellos, estos son horribles. La descripción de un globo como un infierno debe ser bien entendida, con el fin de captar el significado de este hecho verdaderamente profundo. Por “Infierno” se entiende las limitaciones y dolores inevitables de entidades espirituales que pasan por un mundo de materia grosera, como es nuestro planeta tierra.

CUARENTA Y SEIS

LA VIDA DEL CHELA. LAS SIETE Y DIEZ OLEADAS DE VIDA: EL CURSO DE LAS MÓNADAS EN TORNO A LOS SIETE GLOBOS; LEYES DE ACELERACIÓN EN EL ARCO DESCENDENTE Y DE RETARDACIÓN EN EL ARCO ASCENDENTE. PEREGRINOS DE LA QUINTA Y SEXTA RONDAS. LA PALABRA SAGRADA.

Hay muchas clases de chelas. Hay chelas laicos y chelas en periodo de prueba; chelas aceptados y esos que aún están tratando de ser chelas laicos. Cualquiera persona puede constituir un chela laico, sintiéndose seguro de que nunca conscientemente oírás de su guía en esta vida. Luego, referente a los chelas en periodo de prueba hay una regla *invariable* que pasan un período de prueba de siete años. Estas “pruebas” no se refieren a pruebas fijas y declaradas, sino a todos los acontecimientos de la vida y a la importancia de ellos en la persona en prueba. No hay ningún *lugar* al cual los candidatos puedan ser referidos, donde su solicitud se pueda hacer, porque estos asuntos no se refieren a dependencias y funcionarios: se trata de un asunto de la naturaleza interna. Nos *convertimos* en chelas; obtenemos esta posición en realidad porque nuestra naturaleza interna se abre en la misma medida que puede y va a tener conocimiento: recibimos el galardón de manos de la Ley.

—WILLIAM Q. JUDGE, *Cartas Que Me Han Ayudado*, pp. 54-5

“¡Verdaderamente! Es este noble camino óctuple; es decir: el punto de vista correcto; las aspiraciones correctas; la palabra correcta, la conducta correcta, el sustento correcto; el esfuerzo correcto, la atención correcta y la contemplación correcta.

“Este, Oh Bhikkhus, es el camino del justo medio, que evita los dos extremos, descubierto por el Tathâgata: ese camino que abre los ojos, y confiere el entendimiento que conduce a la paz de la mente, a la sabiduría superior, a la iluminación total, a ¡Nirvana!”

—*Dhamma-Chakka-Ppavattana-Sutta* (Max Müller, trad.),
(Los Libros Sagrados de Oriente, vol. xi, 147-8)

Buscad esta sabiduría haciendo servicio, mediante la búsqueda intensa, haciendo preguntas, y por la humildad, el sabio que ve la verdad te la comunicará, y sabiéndola, tú nunca caerás de nuevo en error. . .

—*Bhagavad-Gita*, cap. 4 (W. Q. Judge Recensión)

Que la lealtad y la verdad sean de suma importancia contigo. —CONFUCIO

Sé lo que amas. Esfuérzate por lo que encuentras hermoso y alto, y deja que lo demás se vaya. La armonía, el sacrificio, la devoción: toma estas ideas fundamentales; exprésalas en todas partes en la más alta forma posible. —WILLIAM Q. JUDGE

HAY ALGO muy hermoso y alentador en la idea de que las doctrinas que estamos estudiando se han estudiado con la misma devoción en otras épocas, no sólo por estudiantes como nosotros, sino por las mentes más grandes de todos los tiempos, y, además, que siendo éstas las doctrinas de la naturaleza, de la Madre Naturaleza, son esencialmente las mismas en todas partes de los espacios sin límites del kosmos, por lo que pensadores afines en otros planetas de otros sistemas solares estudian los mismos pensamientos esenciales que nosotros. A medida que la mente del hombre crece en su comprensión de estas doctrinas maravillosas, mientras su mente se expande y su alma crece más bajo los rayos inspiradores de su sol espiritual interior, se da cuenta que cuanto más aprende, más sabe él que hay por delante más conocimientos que aprender; hasta que, finalmente, el estudiante llega al punto en que toda su alma se llena con una reverencia, un amor y una devoción por la verdad y por sus maestros que no conoce límites; y verdaderamente, esta comprensión es la fuente principal y la inspiración de lo que llamamos la vida del chela.

Antes de que el ciclo actual de nuestros estudios concluya, he estado esperando abordar el tema de la vida interior del estudiante, la vida del chela, porque no sé de nada que sea más hermoso, de nada que sea tan alentador, y al mismo tiempo que requiera del mayor ejercicio de la verdadera voluntad espiritual y de la comprensión superior, que las exigencias del alma necesarias para seguir la vida del chela; porque esa vida demanda todo lo que un hombre tiene en él, o una mujer en ella: todo. Ustedes pueden recordar que H. P. Blavatsky en alguna parte, en realidad en varios lugares, habla de la vida del chela como muy, muy hermosa, y otras veces como algo “terrible”. Y así es, por una sencilla razón, que vamos a mencionar a continuación, después nos ocuparemos del estudio de esta noche.

La razón es la siguiente: hermosa sabemos que es. Pero ¿por qué debe ser “terrible”? Porque tan pronto como el estudiante pone los pies firme y finalmente en ese pequeño sendero, que se nos dice conduce al corazón mismo del universo, todo lo que está en su karma y que encontraría expresión a través de muchas vidas futuras tal vez, viene sobre él todo al mismo tiempo, y, como H. P. Blavatsky dice, para tener éxito, necesitan una voluntad inflexible de hierro y toda la concentración de sus facultades para la gran obra. Él debe enfrentar, y *vencer*, en un corto tiempo de vida quizá, los frutos kármicos de los errores y fracasos pasados caídos sobre su alma devota; todos al

mismo tiempo, como fantasmas horribles del pasado. ¡Usted puede imaginarse lo que eso significa! Él debe hacerles frente, y conquistarlos. Tal es el trabajo de la naturaleza y de la ley kármica, y *todos* los aspirantes deben pasar la prueba. Nuestros Maestros, así como todos los demás, han tenido que enfrentar circunstancias kármicas, y vencerlas; y estas cosas han sido un enigma para el mundo ignorante exterior, que inevitablemente ha culpado injustamente al aspirante. En la vida de H. P. Blavatsky, por poner un ejemplo, hay pasajes que, como cualquier persona que conoce y que pueda entender correctamente, se dará cuenta, que aumenta infinitamente su prestigio; pero el ignorante, tendencioso y cruel mundo no ve la causa kármica originaria de las vidas pasadas en esos pasajes, y la culpan de haberlos originado en esta vida como “puntos débiles” en su ciega opinión, porque no saben lo que estas grandes almas tienen que enfrentar cuando sus devotos pies siguen el camino a la gloria y al éxito —“trabajando viejo karma”, como se suele decir.

Creo que esta es una verdad muy valiosa sobre la que debemos reflexionar cuidadosamente; y para mí siempre ha sido muy práctica y útil moralmente, porque trae la caridad hacia otros a nuestros corazones, una mayor bondad, y una mayor comprensión de la nobleza, del auto-sacrificio, de los que andan en este camino —*no para sí mismos sino para nosotros*—, un camino que, sin embargo, es pura alegría; es absolutamente así; pero, por otra parte, hasta que las victorias finales se han ganado, y hay que ganarlas, está a menudo sembrado de obstáculos y rodeado de circunstancias que hacen que el andante sea grave y cruelmente malinterpretado por el mundo, que ve pero que no entiende.

Hemos estado estudiando durante las últimas reuniones la doctrina de las cadenas planetarias, y hemos llegado al punto en que somos capaces de ver cómo los distintos planetas de nuestra cadena, como un ejemplo de todas las cadenas planetarias, surgieron como emanaciones de las oleadas de vida que bajan del reposo al que se habían ido cuando dejaron la cadena planetaria precedente en su pralaya, o muerte.

¿Ahora, qué queremos decir cuando hablamos de oleadas de vida, de las siete —o las diez—? Nos referimos a las huestes colectivas de mónadas; y con el fin de contar con una definición corta y fácil, será mejor quizás que recordemos lo que es una mónada, llamémosla, si me lo permiten, un *ego espiritual*. Es, en realidad, un centro de conciencia, siendo en los reinos espirituales de la vida universal lo

que son los átomos de vida en los planos inferiores de forma. Ahora bien, estas mónadas y átomos de vida colectivamente son las siete (o diez) oleadas de vida —estas mónadas con los átomos de vida en y a través de los cuales trabajan—; habiendo permanecido estos átomos de vida —cuando la cadena planetaria anterior entró en pralaya— en el espacio en forma de polvo cósmico en el plano físico, y como sus correspondientes átomos de vida o partículas de vida de materia diferenciada en los planos intermedios por encima del físico.

A partir del trabajo de las mónadas a medida que ellas descienden hacia la materia —o más bien a través de, y por medio de, los rayos monádicos que impregnan los planos inferiores de la materia— son contruidos los globos: parcialmente a partir de la sustancia de las mónadas mismas, arrojadas de sí mismas; y parcialmente a partir de la recolección de los átomos de vida magnéticamente atraídos por la oleada de vida monádica entrante, ya que estos son los mismos átomos de vida que formaron los diversos vehículos de esas mismas mónadas en la cadena planetaria anterior, y por lo tanto son ahora atraídos hacia ellas de nuevo. Estos átomos de vida se habían quedado atrás, cuando la cadena anterior murió, en cada uno de los diversos planos: el físico, el astral, el psíquico, el intelectual, el casi-espiritual, el espiritual y el divino; puesto que todos estos planos o mundos tienen sus diversos átomos de vida (o ladrillos de construcción) a través de los cuales y en los cuales estos egos espirituales o mónadas trabajan.

Ya hemos explicado la construcción del globo A, el primero en el arco descendente de nuestra propia cadena planetaria. Recapitulemos brevemente. Las siete (o diez) huestes de mónadas, o las siete oleadas de vida, consisten de mónadas en siete grados de avance para cada hueste, o en diez grados, si contamos diez. Digamos siete para que la ilustración sea fácil. Por lo tanto, estas siete principales huestes con sus siete subdivisiones cada una, comprenden los 49 “fuegos”, o 49 oleadas de sub-vidas, las cuales trabajan y funcionan a través de los globos de la cadena planetaria durante las rondas después de haber construido los globos. Estos siete grupos, huestes o jerarquías principales corresponden cada uno, a uno de los siete globos manifestados de la cadena planetaria anterior —de la luna, en nuestro caso—; y construyen cada una el nuevo globo respectivo de la cadena planetaria que es o que será —de la tierra, en nuestro caso—. Sin embargo, todas entran en el trabajo de la construcción de cada globo, por ejemplo, del globo A; y cuando el globo A ha sido construido, todas entran en el trabajo de construir el globo B; y lo

mismo con los globos C, D, E, F y G, que son los siete manifestados.

Al hacer esta obra de construcción, primero entran en la arena de actividad, como se dijo antes, los tres reinos elementales, un reino de los cuales podría denominarse reino espiritual. Al segundo reino elemental, quizá podemos llamarlo reino casi-espiritual o *ākāśico*; y el tercer reino elemental es mucho más material, inmediatamente antes del reino mineral que es el cuarto. Las otras oleadas de vida, huestes o jerarquías, afuera de estas cuatro, son el vegetal, el de las bestias o el que se le llama animal, y el humano; y, finalmente, por encima de estos siete hay otros tres reinos, formando así diez; y estos tres más altos son los reinos de los *dhyāni-chohans*, las entidades completas o totalmente evolucionadas del manvantara lunar anterior. Sobre ellos hay un estudio detallado muy fascinante, en el cual no podemos entrar esta noche. Se hace referencia a la razón de por qué estos *dhyāni-chohans* en particular no alcanzaron una condición plena de *dhyāni-chohans* durante el manvantara lunar, y por lo tanto se vieron obligados a participar en la construcción de la subsecuente cadena planetaria, de nuestra tierra, en la que realmente funcionan, sin embargo, como espíritus inspiradores, como dioses inspiradores, por así decirlo.

Ahora bien: primero entra el reino elemental n° .1, y forma la base o sienta la fundación del globo A. Cuando ha ejecutado su ciclo séptuple, cuando su séptimo sub-ciclo comienza, su primera subclase se siente atraída al plano de abajo para formar la base del globo B como lo había hecho con el globo A. Sin embargo, es el excedente de vida lo que desciende. El reino elemental n° .1 original perteneciente al globo A se queda atrás en el globo A y entra en letargo; mientras que el excedente de vida que el reino elemental n° . 1 tenía en su seno (latente, por así decirlo, en el globo A) se proyecta hacia fuera o es atraído a ese lugar del kosmos que va a desarrollar el globo B, porque las mónadas de este excedente de vida pertenecían al globo B de la cadena lunar, como las mónadas en el Globo A pertenecían a la cadena lunar del globo A. Luego sigue en el Globo A el reino elemental n° . 2, seguido a su turno por todos los otros reinos. A medida que cada nuevo reino entra en el globo A, dan un paso adelante todos los reinos anteriores, cada uno a su subsiguiente globo.

Después de que el reino elemental n° . 2 termina su curso, entonces en el Globo A continúa el reino elemental n° . 3, y cuando su séptimo subreino sigue su curso, su primer subreino se proyecta al globo B, que también atrae a los mismos. Mientras tanto, el primer

subreino en el globo B del reino elemental n°. 2 se mueve al globo C; y el reino elemental n°. 1 pasa al globo D; y así es que estos reinos se suceden uno al otro, paso a paso, globo a globo, hasta el globo G.

Entonces al Globo A viene el reino mineral, o lo que podríamos llamar el reino mineral en un globo tan espiritual tal como es el globo A. Lo más probable es que nosotros no podríamos concebir su condición en la primera ronda del Globo A, en nuestra condición *presente* de existencia aquí en el globo D, de la cuarta ronda, a pesar de que nosotros —nuestra mónadas— pasaron a través de esta condición en el globo A. Nosotros, como mónadas, tomamos parte en la construcción del mineral en el Globo A, en la primera ronda.

Cada uno de los reinos en los varios globos por debajo del globo A, cuando el reino mineral entra en el globo A, ahora cada uno en su turno se mueve un paso adelante hacia el próximo globo. Entonces aparece el reino vegetal en el Globo A, y luego el animal, y luego el humano. A medida que cada uno aparece, cada uno de los reinos anteriores, cada uno en su globo, se mueve un paso hacia adelante a su próximo globo; de modo que se resuelve que cuando el primer subreino del elemental n°. 1 llega al último globo manifestado, o globo G, el primer subreino de los humanos (o lo que es “humano” en el globo A) llega al globo A y sigue su curso allí. A continuación, sigue en el Globo A los tres reinos más altos, los dhyāni-chohans, pero de una manera muy peculiar; pero podría sobrecargar nuestras mentes, creo, en el presente momento, el entrar en los detalles de ese estudio. Tengamos primero claros los principios fundamentales del curso de las mónadas en torno de los siete globos.

Cuando estos siete reinos —desde el elemental n°. 1 hasta el humano— han terminado su evolución en el Globo A, durante esta primera ronda, el globo A entra en lo que el Sr. Sinnett llamada obscuración, es decir, en un letargo; se duerme. Todo en él está inactivo, está durmiendo, esperando la entrada de las oleadas de vida cuando comience la segunda redonda. Por favor, recuerden que estamos estudiando la primera ronda solamente. Empezando con la segunda ronda, todo el proceso seguido por las oleadas de vida a través de los siete globos cambia. Una vez más, cuando las oleadas de vida han seguido su curso completo siete veces, o sus siete razas raíces o linajes raciales en el globo B, entonces, a su debido turno entra en latencia u obscuración, que no es *pralaya*, por favor. Técnicamente no. Es posible llamar al estado de latencia por el nombre de *pralaya* en un sentido general; sin embargo, *pralaya* en realidad significa desinte-

gración y desaparición, como en la muerte. Pero la obscuración es el sueño; es, en realidad, la latencia. Y así es con cada uno de estos siete globos, uno tras otro. Cuando los últimos representantes del último linaje racial, es decir, de la última oleada de vida, salen, cada uno en su respectivo turno se va entonces a dormir o entra en inactividad.

Pero hay un hecho interesante, debido a lo que los Maestros han llamado la ley de aceleración que opera en el arco descendente, y la ley de retardación que opera en el arco ascendente. Sucede que los reinos más evolucionados, como el humano, el de las bestias y el vegetal, pasan a través de sus diferentes ciclos más rápidamente que los reinos o huestes más jóvenes de estas siete oleadas de vida o jerarquías, como los minerales y los tres reinos elementales. Estos últimos son más jóvenes, y no han estado en el suelo antes; mientras que los reinos más evolucionados tienen que ir sobre lo que es, en cierto sentido, un camino más familiar —desconocido sólo en este sentido: que ahora se encuentran recorriendo la ronda en una *nueva* cadena planetaria, sobre, en y a través de un *nuevo* plano o mundo del kosmos universal.

Recuerden que hay siete planos cósmicos, diez en realidad; pero ahora estamos limitando nuestro estudio a los siete planos manifestados. Con cada nueva cadena planetaria, se entra a una nueva subdivisión de uno de los siete mundos o planos, con el siguiente propósito: el de adquirir experiencia en cada mundo o plano que el sistema solar universal ofrece a las entidades de las oleadas de vida en evolución. De modo que cuando se completa la cadena de siete manvantaras —en otras palabras, cuando se ha vivido a través de las siete cadenas planetarias— un plano completo del kosmos ha sido atravesado por la experiencia o las oleadas de vida, y sobreviene entonces, lo que se llama un pralaya solar. Este es otro tema muy profundo que nos reservamos para futuros estudios.

Ahora bien, todas las entidades en nuestra primera ronda de nuestra cadena planetaria actual han alcanzado el globo G, el último de los siete manifestados; habiendo tenido las entidades más pequeñas e inferiores y menos evolucionadas más problemas y dificultades en la toma de la ruta, en atravesar la ronda, por el motivo de haber tenido menos experiencia en los grandes ciclos pasados. Pero a medida que estos reinos menores, estos reinos inferiores, bajan el arco de descenso, estando más llenos de materia que los más evolucionados, es decir, los más antiguos y, por lo tanto, los más espiritualizados, corren más rápido de lo que lo hacen estos últimos, y esta es la aceleración

de velocidad en el desarrollo de los reinos inferiores en el arco descendente. Por el contrario, en el arco ascendente, a partir de nuestro globo D o la tierra, el ritmo de desarrollo se invierte; los reinos superiores corren más rápido, mientras que para los reinos inferiores hay una ley de retraso: la aceleración para los reinos superiores, como los humanos, pero una desaceleración o retraso para los reinos inferiores.

Esta es la razón por la cual el proceso de evolución funciona como he tratado de explicarlo: cuando estas siete jerarquías finalmente llegan al globo G durante esta primera ronda, llegan todas juntas, es decir, se reúnen todas en este último globo G, siendo el globo G el último globo de los siete manifestados; y aquí todas terminan la primera ronda al mismo tiempo antes de que el nirvāṇa interplanetario comience.

Después de este largo nirvāṇa interplanetario, cuando se termina, entonces se abre la segunda ronda en el Globo A, y la segunda ronda es el ejemplo, o establece el ejemplo, del proceso evolutivo para todas las siguientes cinco rondas, siete rondas en total; y mientras el mismo procedimiento general o plan de evolución en cada globo a través de globo a globo, que se siguió en la primera ronda, se mantiene, hay una diferencia inmensa: que todas las “casas”, las “viviendas”, utilizadas por las entidades en evolución en la segunda ronda fueron edificadas durante la primera ronda para ellas. Están listas y en espera de la entrada de las mónadas, como los śiṣṭas, los residuos, de la primera ronda. Así que las entidades, la hueste de mónadas, cuando regresan al globo A y a los otros globos de la cadena para la segunda ronda, solo tienen, por lo tanto, que despertar a esos cuerpos dormidos, o casas, cada hueste pasa a la de su propia clase, en lugar de tener que construir de nuevo y pasar por los cuerpos o casas desde los más bajos hasta el más alto, como fue el caso en la primera ronda; porque cada reino ahora entra en sus cuerpos apropiados desarrollados durante la primera ronda y ahora en espera de las mónadas entrantes. Y así es en cada uno de los siete globos de la cadena planetaria. Cuando comienza la tercera ronda, un procedimiento idéntico se sigue, y lo mismo para todas las rondas siguientes.

Otra diferencia inmensa, ya aludida, es esta: que a partir de la segunda ronda, todas las líneas de evolución o actividad habiendo sido establecidas, y nada teniendo que ser instituido *de novo*, desde sus bases, por así decirlo, el progreso de las oleadas de vida o jerarquías es relativamente más rápido para los más evolucionados: teniendo el efecto, que algunas pequeñas huestes de mónadas, e individuos tam-

bién, sobrepasan a otros, corren a través de su curso evolutivo mucho más rápido, y por lo tanto dejan atrás o preceden al cuerpo general de las siete jerarquías en evolución, de modo que, por ejemplo, al salir de nuestro planeta D, pasan adelante de, o antes que, la mayoría del ejército que avanza, al globo E, y luego al globo F y, finalmente, al G, el último, y luego tienen su nirvāṇa interplanetario antes que sus hermanos de evolución más lenta, y vuelven al globo A como seres de una ronda avanzada. En nuestro caso, el caso que acabamos de citar, ellos lo harían como seres de la quinta ronda, ya que nuestra actual ronda es la cuarta. Por eso es que tenemos seres de la quinta ronda ahora entre nosotros, aunque nosotros, como hueste humana, nos encontramos en la cuarta ronda. En cuanto a seres de la sexta ronda —aquellos cuya espiritualidad es tan alta, y cuya capacidad innata adquirida a través de eones de experiencia es tan grande que dejan atrás incluso a los de la quinta ronda— son muy, muy pocos en número. Nuestros Maestros nos dicen que Gautama, el Señor Buddha, es el único ser de la *sexta ronda plenamente desarrollado*, en la historia registrada, que ha logrado alcanzar ese estado de exaltación —el más noble iniciado en la historia registrada—, que sólo lo logró en virtud de un misterio —un proceso profundamente esotérico.

. . .

Todavía quedan unos cuantos pensamientos dispersos para discutir antes de cerrar nuestro estudio esta noche. En primer lugar: los llamados siete planetas sagrados no son necesariamente superiores en grado o estado de evolución que nuestra cadena terrestre, aunque en realidad ellos construyeron nuestra cadena terrestre con su supervisión y su influencia rectora de arquitectos, y por medio de, y a través de, las fuerzas que le prestaron a las jerarquías en evolución de las oleadas de vida que pertenecen a nuestra cadena. Algunos de ellos, de nuestros siete planetas sagrados, son inferiores a la tierra, espiritualmente. Otros están más avanzados. Otros son superiores en grado, pero menos evolucionados en el tiempo que nosotros; es decir, son espiritualmente superiores, sin embargo, son más jóvenes en años. Como, por ejemplo, un hijo es más joven en años que su padre, pero es muy posible que el niño en etapa de creciendo sea, espiritualmente hablando, superior a su padre; esto no es necesariamente así, pero podría serlo, y a menudo lo es. Gautama el Buddha es un ejemplo de ello. Él superó enormemente no solo a su propia familia, sino que a todos los seres

humanos de su tiempo, y también a seres anteriores a su tiempo.

Como se ha dicho, la segunda ronda abrió el nuevo proceso de evolución para el resto del manvantara de nuestra cadena planetaria; y en nuestra próxima reunión vamos a tratar esto brevemente; y luego nos ocuparemos de nuestro globo D y la historia de su evolución, porque me parece mejor seguir las líneas de estudio establecidas por H. P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta*, y después de haber señalado la evolución general de la cadena planetaria, tomar nuestro propio globo y especializarnos en él. Su historia tiene todo lo que podríamos quizás conseguir estudiar y comprender para los próximos meses; y este estudio, por supuesto, implica el estudio de las siete grandes razas linajes o razas raíces de nuestro mundo durante esta cuarta ronda.

Tengo ante mi tres preguntas. La primera es la siguiente:

¿Cuál es la verdadera explicación esotérica de los efectos fisiológicos y psíquicos o la influencia ejercida por el movimiento vibratorio puesto en marcha por el sonido de la Palabra, sobre los centros cerebrales o nerviosos del cuerpo humano, y hay alguna nota musical en especial, que debería mantenerse durante la resonancia?

A esta pregunta no podemos responder en su totalidad por dos razones: en primer lugar, interesante como es, no viene al tema de nuestro estudio; y la segunda razón es que una respuesta completa a esta pregunta muy interesante implicaría prácticamente un esquema completo de la teúrgia práctica, y eso, por supuesto, es imposible aquí y ahora. Pero podríamos decir lo siguiente: lo más importante no es tanto qué nota musical se hace sonar, sino lo que está detrás del sonido. Si el sonido se limita a un zumbido, o hacer un ruido musical, o un ejercicio vocal, aunque sea calmado; pero si no hay detrás del sonido la aspiración del corazón, el alzamiento de la mente, y la proyección de la voluntad como una energía ejercida conscientemente sobre todo lo que es espiritualmente noble, importa muy poco, en lo que a nosotros concierne, en que nota la voz suena. Es lo que despierta la voluntad y la meditación en el hombre interno, o lo que el hombre interno es capaz de dar, lo que más cuenta; pero esto no significa que el sonido correcto de esta palabra mística no se pueda hacer para producir efectos más maravilloso. Ciertamente, se puede hacer.

La siguiente pregunta es:

¿No está nuestro número 10 compuesto por 6 y 4 en vez de 7 y 3? Los globos superiores e inferiores son globos de conexión o transición, según tengo entendido. A menudo se nos ha dicho que esta tierra es el verdadero infierno, por así decirlo, lo cual es ahora más comprensible. Algunos seres, como lo entiendo, podrían tener que viajar más bajo, lo que significaría hacia atrás, y esto parece estar conectado con el misterio de la luna. También me imagino que el globo inferior al menos, debe haber sido formado o evolucionado o compuesto de manera diferente a los demás.

La respuesta a la última parte de esta pregunta es, no. No ha evolucionado de manera diferente. En cuanto a “los globos superiores e inferiores, siendo globos de conexión o transición”, supongo que la persona que envió esta pregunta quería decir en la parte *más alta* y la *más baja*; en otras palabras, el globo número 1 y nuestra tierra. Ellos son así. El resto de la pregunta ya ha sido contestada. Las entidades que están evolucionando están siempre viajando, ya sea más bajo o más alto, y esto está verdaderamente conectado, en un sentido, muy estrechamente con el “misterio de la luna”; pero este es un tema que, para nosotros al menos, es y debe seguir siendo absolutamente tabú por el momento.

Dibujaré en unos momentos un diagrama que ilustra la pregunta del 6 y 4, o 7 y 3. Mientras tanto, vamos a pasar a la siguiente pregunta.

¿La luna también debe haber tenido doce globos?

Y así fue.

¿Fueron nuestros presentes globos los que mantuvieron su posición en la luna?

Sí, así es en cierto sentido; no nuestros *presentes* globos actuales de nuestra cadena, sino sus “privaciones”, como lo habría dicho Aristóteles. Es decir, los restos espirituales-astros o tipos o imágenes en la que los globos lunares se convirtieron cuando entraron en Pralaya, vuelven a aparecer de nuevo cuando la cadena planetaria vuelve a ser, y alrededor de ellas se forman, como en torno a un modelo, los 12 globos de la cadena de la tierra. La respuesta, entonces, es a la vez sí y no; los 12 globos de la luna, que eran, salen de “privación”, como tipos o modelos para los 12 globos de la nueva cadena que va a ser —la cadena de la tierra.

¿Y los que ahora están por encima de nosotros, los que próximamente usaremos, subiendo al igual que el nautilo, quien “abandonó la morada del año pasado por la del nuevo?”.

S

Yo, quizás, no entiendo esta pregunta, porque, obviamente, utilizaremos todos los siguientes globos en el arco ascendente, y por

supuesto vamos a subir. A menos que, de hecho, el que pregunta quiere decir, quizás, los tres de los cinco globos escondidos, los tres en el arco ascendente; en cuyo caso la respuesta es la misma, sí.

Ahora, con respecto a los 6 y 4, o 7 y 3. Me gustaría señalar que es muy posible teóricamente dividir estos diez principios del hombre o de la naturaleza de diversas maneras. Nunca he oído hablar, sin embargo, de una división en 6 y 4. No veo por qué no podría estar así dividida; pero nunca he oído hablar de esa división; y, para seguir el viejo refrán, “No la hemos recibido así, y no la podemos impartir así” —en substancia, un viejo proverbio budista—. Pero la división en 7 y 3 es una división natural. Hay una separación tajante entre los mundos divinos y los mundos manifestados, y esta división en 7 y 3 lo enseña. Pero las dos mejores divisiones de las que jamás haya oído hablar o que haya visto de los 7 y 10 principios son esta y otra más, como se ve en el primer diagrama. Aquí tenemos un triángulo superior (este diagrama es un símbolo, por favor, comprendan, un diagrama simbólico), un triángulo con su “cuerno” apuntando hacia arriba; después un cuadrado intermedio debajo de él, y un triángulo con su cuerno hacia abajo. Estas tres figuras muestran los diez principios innatos o naturales del hombre: la tríada divina; el cuaternario intermedio, mostrando la entidad personal o individual como un “hombre” compuesto y completo, y el triángulo inferior, con su cuerno, si se quiere, apuntando hacia abajo.

Ahora bien, este es un diagrama muy general, pero muestra cómo los diez principios-elementos funcionan: lo divino, lo material, y el cuaternario intermedio. Pero para fines prácticos, creo que la mejor manera es dividir los diez principios del hombre como lo muestra el diagrama 2. En primer lugar, por supuesto, está el triángulo superior o divino, una figura que es evidente. Luego dividimos el cuaternario intermedios en *dos dúadas*. Por favor recuerden que este dibujo compuesto es un diagrama simbólico utilizado sólo para fines ilustrativos. Aquí, pues, tenemos, como antes, la tríada divina por encima, y luego la dúada de la mónada, por así decirlo, ātma-buddhi. Luego tenemos la segunda dúada personal o astral que es manas y kāma. Después, abajo, el triángulo invertido representativo

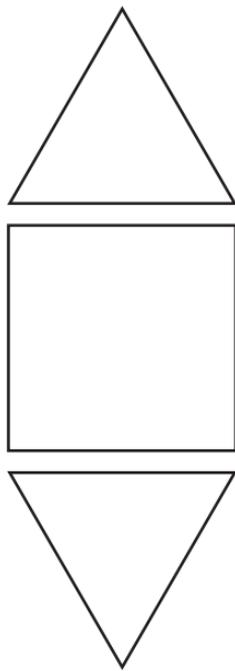


DIAGRAMA 1

CUARENTA Y SEITE

EL MAESTRO Y EL ALUMNO. REQUISITOS PARA SER UN CHELA.

“1. Para un discípulo serio su Maestro toma el lugar del Padre y la Madre. Porque, mientras que ellos le dan su cuerpo y sus facultades, su vida y forma casual, el Maestro le enseña cómo desarrollar las facultades internas para la adquisición de la Sabiduría Eterna.

“2. Para el Discípulo cada Compañero-Discípulo se convierte en un hermano y una hermana, una parte de sí mismo, porque sus intereses y aspiraciones son las suyas, su bienestar está entrelazado con los suyos, su progreso es ayudado o impedido por la inteligencia, moral y conducta de ellos a través de la intimidad provocada por sus compañeros de discípulado”.

—Del Libro de la Disciplina de las Escuelas de Dzyan,
citado por H. P. BLAVATSKY

LOS SABIOS NO se detienen jamás en los jardines de recreo de los sentidos.

LOS SABIOS NO prestan atención a las dulces voces de la ilusión.

Aquel que ha de darte nacimiento búscalo en el Vestíbulo de la Sabiduría, el Vestíbulo que está situado más allá, en donde son desconocidas todas las sombras y donde la luz de la verdad brilla con gloria inmarcesible.

Aquello que es increado reside en ti, discípulo, como reside en aquel Vestíbulo. Si pretendes llegar a él y fundir los dos en uno, debes renunciar a tus prendas oscuras de la ilusión. . . .

Tú no puedes recorrer el sendero antes de que tú te hayas convertido en el Sendero.

“UPADYA, la elección está hecha; tengo sed de sabiduría... He aquí tu siervo, dispuesto para que lo guíes”.

“Bien está, Srâvaka. Prepárate, porque tendrás que viajar solo. El Maestro no puede hacer más que señalar el camino. El Sendero es uno para todos; los medios para llegar a la meta han de variar según los peregrinos.

—*La Voz del Silencio*, págs. 7, 12, 45

VAMOS A interrumpir el curso normal de nuestros estudios esta noche a fin de tomar un tema que, sin duda, es muy querido por todos nosotros, y el que ya hemos tocado más o menos brevemente en diferentes ocasiones: es decir, el tema de la relación entre el maestro y el alumno, entre lo que los antiguos hindúes llamaban el gurú y el chela. Vamos a tratarlo, por supuesto, desde nuestro punto de vista, no como esa relación ha sido con demasiada frecuen-

cia malinterpretada en diferentes países y en diferentes momentos en los períodos que Platón llamó períodos de aridez espiritual. Nuestra época es uno de esos períodos, o quizás acaba de salir de uno; y todos recordarán, sin duda, cómo en una de las más bellas de las antiguas escrituras hindúes, el *Bhagavad-Gītā*, el Logos Kṛishṇa afirma que en tales períodos él encarna de nuevo con el fin de salvar y establecer a los justos y derrocar a los injustos y los malvados, para el restablecimiento de la justicia en la tierra.

Esta relación es sumamente sagrada, porque es un vínculo que une estrechamente corazón a corazón, mente a mente; y, de acuerdo con las maravillosas enseñanzas de la sabiduría antigua, el preceptor, el profesor, el gurú, el maestro —llámenlo a él o ella por el nombre que quieran— actúa como la partera, haciendo nacer, ayudando a traer a la vida activa del discípulo, la parte oculta del discípulo, el alma del hombre. Se acuerdan de que Sócrates siempre se negó a llamarse maestro en el sentido ordinario. Sino que dijo: “Yo soy un partero para los hombres jóvenes, porque hago que sus almas nazcan. Ayudo al ser interior, al hombre interior, a expresarse”. Y esta es exactamente la relación espiritual que tiene el maestro hacia sus discípulos, hacia los alumnos, hacia los chelas, los pupilos, los oyentes —llámenlos por el nombre que quieran.

La idea es que las potencias espirituales latentes en la mente y corazón del alumno recibirán la ayuda que el maestro le puede dar, pero eso no quiere decir que el maestro deberá hacer todo el trabajo que el propio discípulo debe hacer. Ningún niño puede aprender a caminar sólo viendo a sus padres caminar; y ningún padre puede comer, ni beber, ni aprender por su hijo. El niño tiene que hacer cosas por sí mismo. Ustedes pueden recordar que H. P. Blavatsky con frecuencia señala que, de acuerdo con las enseñanzas antiguas, la relación entre el maestro y el discípulo es infinitamente más sagrada aún que la de padres e hijos; porque, mientras que los padres dan el cuerpo al alma entrante, el maestro hace nacer esa alma y le enseña a ver, a conocer, y a ser lo que es en su ser más íntimo —una cosa divina.

Ahora bien, en nuestra última reunión señalamos que la llamada vida del chela, o el sendero del chela, era hermoso, lleno de alegría hasta su final; sin embargo, como una advertencia, por temor a que tal idea se tome de una manera ligera o frívola, de una manera no suficientemente profunda, nos hemos esforzado también en señalar que requiere y necesita todo lo noble y alto en el alumno o discípulo mismo; porque los poderes o facultades del ser superior deben ser

llevados a la actividad para alcanzar y mantener esas cumbres de grandeza intelectual y espiritual, donde los Maestros mismos viven. Para ello, la Maestría es el final del discipulado; sin embargo, no es que este ideal deba ser puesto delante de nosotros sólo con el fin de alcanzar algo que nos beneficia, porque ese mismo pensamiento es egoísta y por lo tanto un obstáculo en el camino. Es para el beneficio del individuo, por supuesto; y sin embargo, la verdadera idea es que todo y cada facultad que hay en el hombre o la mujer, en el alma de cualquiera, deberá darse al servicio de toda la humanidad; porque este es el camino real, el gran camino real de la auto-conquista. En realidad es mucho más fácil seguir este camino que el camino de uno mismo, el camino de las sombras. Y, como muchas veces hemos dicho antes, el camino de la luz, de la auto-conquista y del crecimiento, conduce al corazón mismo del ser, al corazón mismo del universo; porque, mientras las facultades internas se desarrollan, a medida que crecen y se expanden bajo los rayos inspiradores del sol espiritual interior, reciben y asimilan nuevos conocimientos, tienen una visión interna más amplia y vasta en las cámaras secretas de la Madre Naturaleza. Cada nueva visión interna, cada intuición de cosas grandes, a su vez abren, por decirlo así, nuevas puertas a cámaras aún más grandes. La mente comienza primero a comprender y, por último, conoce a través de la percepción inmediata las realidades del universo, y esto es la Maestría; ¡y más allá de estos grandes Maestros, más allá de ellos mismos, hay todavía seres más grandes que siguen un camino aún más sublime!

Pero cada paso a lo largo de ese camino es un paso —por favor, escuchen cuidadosamente y no juzguen antes de oír el final—, es un paso de auto sacrificio, sacrificio hecho con alegría del egoísmo del yo inferior, el más noble, el más alegre, la cosa más bella del mundo, porque es el abandono en cada uno de esos pasos de las cadenas de la parte baja o inferior del hombre con sus limitaciones multitudinarias, con el fin de pasar a una luz mayor. Cooperación con otros en el gran trabajo en ese sentido noble —y no queremos decir con el uso de la palabra que sea una señal política moderna—, la cooperación mental y espiritual no sólo entre el maestro y el discípulo, sino entre los mismos discípulos y toda la hueste de seres espirituales del universo, sólo puede venir cuando la parte inferior egoísta del ser es olvidada por completo; y viene en proporción exacta a cómo olvidamos esta parte inferior del ser, nuestro ego personal, y a cómo el ser superior se hace cargo de las riendas de nuestro destino.

¿Cuál es nuestra mayor limitación? ¿Qué es lo que nos impide ver no sólo la verdad misma, sino también hacia el futuro y al pasado? ¿Qué nos impide conocer los secretos del ser? Son los velos que rodean al ser personal, la concentración de nuestros pensamientos e ideas en torno a la persona, en torno a lo personal, al centro egoísta. Nos abrochamos estos velos a nuestro pecho y, por tanto tejemos a nuestro alrededor una red de māyā o ilusión, porque deseamos beneficios personales, y los queremos para el yo inferior egoísta.

El proceso real de crecimiento es exactamente el reverso de esto. Es el bajar estos ídolos de la personalidad, el tirar estos velos internos, de modo que la luz puede entrar, esa luz y esa paz, que después, en las hermosas palabras del ritual cristiano, sobrepasa todo el entendimiento de los hombres.

¿Cuáles son algunos de los requisitos del discipulado? En primer lugar, quizá, la devoción, la devoción a un ideal. Se tiene primero el ideal, y después la devoción hacia él, siguiéndolo siempre. El ejercicio requerirá su voluntad plenamente, su voluntad espiritual. Simultáneamente, tal vez, viene el deber. Pregúntenle a cualquier hombre o mujer que sinceramente haya tratado de seguir este camino, si el deber será una cosa fácil, y él les dirá verdaderamente que no hay nada como el correcto cumplimiento del deber, que lleva al alma esa paz indescriptible y descanso. Piensen en lo que significa no tener nada detrás de ustedes que reparar, ¡una personalidad sin errores que subsanar, que corregir! Y esto se puede hacer, y hacer fácilmente. Se puede lograr siguiendo ese viejo camino, como lo dicen los Upanishads, que conduce al cielo de la felicidad eterna, de la paz eterna, y a esa envolvente conciencia de presencias y procesos universales que para el lado más noble del intelecto es la felicidad suprema.

También simultáneamente con estas dos nobles virtudes está la noble virtud de la lealtad. ¿Puede un hombre tener éxito en algo a menos que sea leal? ¡Imaginémonos a un hombre llevando a cabo una noble labor, y le decimos que no confíe ni en él ni en sus compañeros! ¿Cómo es posible que tenga éxito si su propia naturaleza corre en direcciones diversas, las cuerdas de su corazón tirando por aquí y por allá, de acá para allá, por el conflicto de los deseos egoístas y por egoísmos mezquinos de su personalidad? No se puede hacer.

Estos principios del discipulado no descansan en ningún fundamento vago o incierto, sino en la amplia experiencia de la raza humana, que cualquier hombre o mujer puede comprobar mirando hacia dentro, mirando las fuentes de la vida espiritual, cristalina y

transparente como el agua translúcida de la montaña, donde se puede ver, como en el hermoso mito antiguo de Narciso, su propio reflejo, el reflejo de su ser divino. Eso nunca se puede hacer cuando y mientras la mente está cubierta con el polvo de sus envolventes velos. Es el polvo de las acciones egoístas, los deseos de estos insignificantes egoísmos, la superficie perturbada y no tranquila de la mente soplando en el viento ráfagas de pasión, que es totalmente inepta para reflejar el ser superior —el compañero de las estrellas—. Eso que reflejan las estrellas, debe de ser en un sentido como las estrellas, y sólo lo que es como las estrellas en el alma puede comprender las lecciones de las estrellas.

Todo esto, entonces, en lo que se refiere a la enseñanza. Pero ¿qué hay en cuanto al Maestro? ¿Qué hombre abordará un barco capitaneado por otro hombre en quien no confía en absoluto? ¿Qué hombre se subirá a un automóvil conducido por otro hombre que él sabe que está ebrio? Un símil muy trivial, pero muy cierto, y directamente aplicable en el caso que nos ocupa. ¿Dónde, pues, vamos a encontrar estos maestros, aquellos en los que podemos depositar tal confianza? Podemos, de hecho, aprender algo de los libros, de las grandes escrituras de las religiones de los viejos tiempos, escritas por grandes iniciados. Podemos aprender mucho incluso de su significado superficial, pero hay una llave que abre aún un significado más profundo de esas escrituras, y la clave que puede ser impartida sólo por quien sabe: un maestro.

Ahora, ¿dónde vamos a encontrar tal maestro? Una pregunta trascendental, una, quizás, que pregunta, o preguntaría, más bien, cualquiera que nos oiga hablar como lo hacemos. La *insignia majestatis*, los “signos de majestad espiritual”, no se pueden equivocar. *Ténganlos en su propio corazón, y los reconocerán cuando los vean.* Y los pueden tener en su propio corazón, ¿Cómo? Simplemente siguiendo las viejas normas de conducta noble. Vivan como deben, y conocerán la verdad, porque podrán verla; y, como nuestros Maestros agregan, vendrá a nosotros naturalmente; y ustedes conocerán al maestro cuando lo vean (a él o a ella), y sabrán hacer algo mejor que juzgar a un maestro por las apariencias superficiales, por las palabras del día, por meros ejercicios y deberes del día; teniendo esa luz en su propio corazón, al menos hasta cierto grado, percibirán los rayos afines en el corazón del maestro, y lo reconocerán.

En ello radica el significado de la hermosa expresión, atribuida a Jesús: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, y es realmente así,

porque ningún discípulo, ningún hombre (o mujer) deseosos de llevar una mejor y más noble vida, puede poner el pie en ese camino hasta que él mismo se *convierte* en él, al menos en cierto grado.

Ustedes saben que en los tiempos antiguos había siete (y diez) grados de iniciación. Vamos a hablar sólo de los siete. De estos siete grados, tres consistían solamente en enseñanzas, que forman la preparación, la disciplina, mental, espiritual, psíquica, y física, lo que los griegos llamaban la *catarsis* o “purificación”; y cuando al discípulo se le consideraba suficientemente limpio, purificado y disciplinado, callado mentalmente, y tranquilo espiritualmente, entonces se le daba el cuarto grado. Y este cuarto grado también consistía en parte en enseñanzas, sin embargo también, como lo hemos señalado antes, en parte consistía en una introducción directa personal, de los viejos procesos místicos del universo, mediante los cuales la verdad se obtenía de primera mano por la experiencia personal. En otras palabras, para hablar en términos sencillos, su espíritu-alma, su conciencia individual, era asistida para pasar a otros planos y reinos del ser, y para conocer y comprender mediante el proceso de *convertirse* en ellos. Porque un hombre, una mente, un entendimiento, puede captar y ver, y de este modo conocer únicamente esas cosas que *son él mismo*.

Piensen en esas palabras, que están llenas de significado y verdad. Ustedes no puede entender nada de lo que no está en ustedes, nada. Ningún hombre, por ejemplo, que sea privado de la facultad matemática puede entender ni siquiera los simple elementos de las matemáticas. Contando con esta facultad matemática dentro de sí mismo entiende algo del significado de las reglas matemáticas. Nadie puede entender lo que es la acción correcta, lo que la devoción y el deber y la lealtad son, salvo que haya al menos algo en su propia alma de devoción, deber y lealtad; y cuanto más se sabe de estas hermosas cualidades más las ama, más desea seguirlas; y al seguirlas, siguiéndolas siempre más adelante, las ama más y más. Estas verdades que viven en ustedes los conducirán finalmente a una completa comprensión de los corazones de sus semejantes; dándoles una capacidad de leer sus caracteres, una capacidad de comprender los males y problemas que tienen; y el poder, así como la habilidad, y el deseo, para sustituir esos dolores y egoísmos en los corazones de los hombres con alegría, paz, amor y buena voluntad.

Esa es la noble tarea que tenemos ante nosotros; y es la obra de los propios maestros. Ustedes pueden recordar que cuando el Sr.

Sinnett mantenía correspondencia, a través de H. P. Blavatsky y dos o tres chelas más, con los Maestros, se le dijo claramente que las últimas verdades, incluso la limitada esfera de conocimientos esotéricos que estaba permitido darle a él, no podían ser impartidas a él porque, como él mismo confesó, no tenía la comprensión correcta del significado de la fraternidad universal, y nada de amor para esa noble verdad. Al parecer, su más alto entendimiento de esta sublime verdad era una forma sentimental de unidad, o simplemente una cooperación política. Aparentemente, para él no tenía sentido el significado inherente de las palabras, la *hermandad espiritual de todos los seres* y, en particular, del hecho de que todos los seres humanos están unidos entre sí, y no sólo por los lazos emocionales de pensamiento o sentimiento, sino por el mismo tejido del universo, todos los hombres, así como todos los seres, brotan del sol interior y espiritual del universo, como su hueste de rayos. Todos venimos de una fuente, el sol espiritual, y todos estamos contruidos de los mismos átomos de vida en todos los diferentes planos. Es esta unidad interior del ser y la conciencia, así como la unión exterior de todos nosotros, lo que nos permite captar intelectualmente y espiritualmente los misterios del universo; porque no sólo nosotros y nuestros prójimos, sino también todas las demás cosas, son hijos de la misma madre, la gran Madre Naturaleza, en todos sus siete y diez planos o mundos del ser.

Después de la cuarta, siguieron la quinta, la sexta y la séptima iniciaciones, cada una a su tiempo, y estas consistieron en enseñanzas también; pero cada vez más y más, a medida que el discípulo progresaba, se desarrollaban en él las facultades —y se le ayudaba en este desarrollo más y más a medida que avanzaba más allá—, se le desarrollaban en él las facultades, aún más amplias y más profundas para penetrar más allá de los velos de *māyā* o ilusión; hasta que, habiendo superado la séptima o última iniciación de todas las iniciaciones “manifestadas”, si las podemos llamar así, el se convertía en uno de los verdaderos *superhombres* a los que llamamos Mahātmas, grandes almas-espíritus, cuya naturaleza es la *magnanimidad* —se usa aquí en el sentido antiguo latino de una “Alma grande”—; la palabra significa exactamente lo que mahātmaship significa en sánscrito.

La lealtad al maestro, la devoción al maestro, el cumplimiento total de todos los deberes hacia el maestro, es la otra cara de este tema. La devoción, el deber y la lealtad a la verdad y sus mandatos, por un lado, sin fallos, sin cambio, nunca variable; y las mismas virtudes viviendo en nuestras almas hacia el maestro a quien hemos

elegido, es la otra cara, ya que el maestro nos ha dado luz interna, sí, y también, nos ha dado vida interior, vida interior en un sentido muy real y práctico, y no sólo en un sentido místico; porque, por los procesos de las antiguas escuelas, se habilita a un maestro a llevar al discípulo, si no interrumpe sus estudios, incluso sobre el abismo de lo que los hombres llaman muerte física; está habilitado para despertar los poderes latentes del espíritu-alma en él que funcionan, por decirlo así, automáticamente. El dador de la luz interior y el dador de la vida interior: tal es el maestro. Esto es rara vez reconocido o conocido en el Occidente de hoy. Esto explica en parte por qué los egoístas y los llamados individualistas occidentales, auto-satisfechos en su necesidad ciega, lanzan en contra de la devoción del maestro y del alumno de la antigua escuela del Este, la devoción de los discípulos a su maestro y de estos hacia ellos, tales epítetos poco amables e insultantes, llamando a tal devoción servidumbre mental, calificándola de sumisión mental, hablando de ella en términos de burla, lo que demuestra, como hemos dicho antes, que el crítico no la entiende, porque esa noble virtud no lo es en su propia alma en el sentido que lo es para nosotros. ¡Qué grande y amplia es su pérdida espiritual!

Hay algo tan hermoso en la devoción, la lealtad y el deber, cuando se lleva a cabo fielmente, que todas las naciones de los hombres, en todos los tiempos y en todos los países, han colocado estas tres cualidades del alma a la vanguardia de las virtudes masculinas y femeninas. Me atrevo a decir que si seguimos estas tres virtudes nobles fielmente, sin desanimarnos por los muchos errores que podamos cometer, y nuestro valor nunca disminuido por las caídas que podamos tener, si no que siempre levantándonos de nuevo a la batalla, me atrevo a decir que con el paso del tiempo, más fácil y más suave será para nosotros el camino de la sabiduría y la paz, y cada vez más alegre.

La fidelidad está comprendida en estas cosas. *Semper fidelis*, dice el hermoso lema latino, “¡siempre fiel!”. ¡Qué belleza de pensamiento hay en esto! ¡Qué hombre o mujer puede dejar de despreciar la debilidad de los débiles, la infidelidad en el infiel! De hecho, tal oblicuidad moral es una característica del ser humano; aun las bestias no lo tienen. Muéstrenme una bestia infiel. Es sólo en nosotros, los hombres, en donde esta pequeña vileza tiene su existencia. ¿Y qué podemos aprender de este pequeño hecho? Simplemente esto, que tenemos, además del amor innato de la bestia por su dueño, el don divino del intelecto auto-consciente, que en muchos de nosotros se deja débilmente sin cultivar y desarrollar, de manera que sólo tenemos dos

o tres destellos débiles o rayos del sol espiritual, por así decirlo. Y estos dos o tres o más débiles destellos son lo suficiente para poner “el pecado”, usando la vieja palabra, en nuestros corazones. Son sólo lo suficiente para hacernos ver y darnos cuenta de nuestra importancia, pero no lo suficiente para hacernos ver la verdad y la inherente fraternidad espiritual, y aquí es donde el ser humano falla y cae —el llamado “secreto de Satanás”.

Entonces, ¿cuál es el remedio? Más luz. ¿Cuál es el remedio para la locura? Sabiduría. ¿Cuál es el remedio para la ignorancia? Más conocimiento. Con más luz, con la inundación de la naturaleza interna por los rayos del sol espiritual interno, estos destellos débiles y rayos crecen y se expanden, hasta que finalmente toda naturaleza interior es inundada con esta maravillosa luz interior de la que los místicos de todas las edades han hablado, y entonces la infidelidad llega a ser imposible, absolutamente imposible. Ningún hombre se sentará, como un niño, y pasará su tiempo proyectando sumas de simple adición —dos y dos son cuatro—. Él ha pasado esa etapa infantil. Él ve cosas más elevadas; y mira la infidelidad y los tropiezos de sus hermanos menos desarrollados con compasión, no con la condenación del mismo débil. Estos débiles son, precisamente, como los niños pequeños con sus pequeñas sumas de aritmética. Son precisamente como gente sin desarrollo mental. Sólo tienen algunos pobres destellos o rayos en ellos de esa gloriosa luminosidad interior.

Ahora bien, existe el hecho psicológico real. No es una figura retórica o una metáfora. Eso es lo que el criminal es en su naturaleza interior: me refiero al hombre o mujer realmente criminal que elige hacer el mal por amor a él. Eso es lo que el hombre poco desarrollado tiene en él: sólo estos pobres y débiles destellos del sol interior, que son todos los que llegan a su mente no desarrollada; lo suficiente para hacerle ver algo, y reconocer, como él piensa, su propia auto-importancia. Pero cuando la luz mayor, cuando la inundación, el diluvio, de la naturaleza interior con una iluminación más grande viene, entonces vemos que todo lo que hay de nosotros, en el sentido de este pequeño ser, no es sino un reflejo de algo más noble, y todas nuestras naturalezas, toda nuestra naturaleza entera, se abre, cuando esa comprensión viene, hacia una alianza con este más alto, más interno y más noble ser, el sol espiritual de nuestro ser interior.

CUARENTA Y OCHO

EL CORAZÓN DEL UNIVERSO. EL CAMINO HACIA LA PAZ, LA FELICIDAD, LA COMPRENSIÓN, ESTÁ DENTRO. LA GRAN BÚSQUEDA —CONÓCETE A TI MISMO—. EL SECRETO COMPLETO DE LA INICIACIÓN. NUESTRA RESPONSABILIDAD: LOS VALORES ÉTICOS Y LAS LEYES DEL UNIVERSO; ARMONÍA.

He aquí la verdad ante ti: una vida limpia, una mente abierta, un corazón puro, un intelecto ansioso, una percepción espiritual sin velo, una fraternidad con el co-discípulo, una disposición a dar y recibir consejo e instrucción, un sentido fiel del deber al Maestro, una obediencia a los mandatos de la VERDAD, una vez que hemos depositado nuestra confianza y creído que ese Maestro está en posesión de ella; una resistencia valiente a la injusticia personal, una declaración valiente de principios, una valiente defensa a esos que son injustamente atacados, y una vigilancia constante al ideal de progresión y perfección humana que representa la ciencia secreta (*Gupta Vidya*): esta es la escalera de oro que conduce hacia arriba, cuyos peldaños el alumno podrá subir hacia Templo de la Divina Sabiduría.

—Del Libro de Disciplina de las Escuelas del Dzyan,
citado por H. P. BLAVATSKY

El antiguo sendero estrecho que se extiende muy lejos
Lo he tocado, lo he encontrado.
Por él los sabios, los conocedores de Brahma, suben
De ahí al mundo celestial, liberado.

—*Brihad-Aranyaka Upanishad*, 4, 4, 8 (Hume, trad.)

El camino hacia la libertad definitiva está dentro de tu SER.
Aquel camino empieza y termina más allá del Ser.

—*La Voz del Silencio*, p. 39

El gran secreto es la compasión por las almas de los hombres, la voluntad de seguir adelante hacia eso que es verdadero.

—KATHERINE TINGLEY

LA CONVOCATORIA de esta tarde para una reanudación de nuestros estudios esotéricos fue en un sentido inesperada; y en vez de seguir el hilo de nuestros discursos en donde se quedaron, voy a pedirles que vengamos, todos juntos en pensamiento y en espíritu, a un ambiente de mágica belleza, a un ambiente donde las raíces de nuestro ser viven, y de donde se extrae el sustento, tanto

espiritual como intelectual, de donde la naturaleza intermedia del hombre, y también el hombre común y corriente, encuentra su alimento, su orientación y su dirección, y todas las cosas más finas que hacen al hombre un hombre.

En este ambiente intelectual y espiritual, primero me refiero a algunas proposiciones elementales de la antigua sabiduría, la primera de ellas es que todos los hombres en su más íntima esencia espiritual no son sólo familia, sino una unión absoluta e inseparable. Esto no quiere decir que las huestes de mónadas que son las porciones espirituales de los hombres, una mónada para cada hombre, son solo una mónada; sino, como todos ustedes deben saber, significa que las mónadas mismas también tienen un lado espiritual, y que ese lado o naturaleza espiritual de cada una tiene sus raíces, encuentra su fuente final del ser, en lo divino trascendente en el que vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser.

Por lo tanto, a través de cada mónada, si así lo vemos, corren las corrientes de omnisciencia intelectual; tales corrientes se transmiten también a nosotros aun a través de los velos oscuros de la naturaleza intermedia; porque derivamos ambos, tanto la vida espiritual como la omnisciencia intelectual —en otras palabras, la felicidad y la conciencia pura y el entendimiento puro—, de lo divino que está en el centro o núcleo de todo hombre y de cada mujer; sí, y también en el centro y en el corazón de los seres abajo de nosotros, a pesar de que ellos todavía no han evolucionado el vehículo sensible que pueda traducir esos misterios sublimes y celestiales en forma de pensamiento comprensibles por la falta del órgano necesario de pensamiento, que en ellos aún no se ha expresado como una facultad auto-consciente.

Los seres humanos por encima de nosotros, me refiero a aquellos que son los chelas de los Maestros y los propios Maestros y los Maestros de los Maestros, están cada uno respectivamente, en una etapa más cerca que la clase anterior a lo divino, un grado o un paso más alto en la jerarquía búdica, en la Jerarquía de la Compasión.

Recordemos que somos el nivel o anillo más exterior de esa Jerarquía Buddhica de Compasión, y depende de cada uno de nosotros, no sólo de la vida que vivimos, sino de las ideas que tenemos entronadas en nuestras mentes y corazones, hasta qué grado podamos llegar a ser transmisores y manifestantes fieles de las divinas corrientes de esa fuente suprema. Cuando podamos transmitir estas corrientes en su cristalina pureza originaria, cuando nuestras mentes se vuelvan transmisores tan limpios y claros, tan altos en sus aspiraciones y tan

puros en su naturaleza que conscientemente recibamos y pasemos estos vivificantes arroyos, las corrientes de entendimiento de la fuente de vida universal, entonces de verdad seremos salvadores de hombres, salvadores de nuestros semejantes, y ésta es la meta a la que los Maestros nos llaman.

Porque después de todo, ¿no es este el objetivo que los Maestros nos han dicho es el trabajo de ellos, y que debería ser el trabajo de nosotros en la actualidad? Lo es. En algunos países se habla de un Cristo; en otros países hablan de un Buddha; en otros lugares se habla de alguien que ha encontrado el Camino, el Sendero, que ha encontrado el Tao. Y en cada caso la referencia es a aquel que de tal manera ha subordinado por completo su individualidad al universo que, de este modo, él se ha convertido en el transmisor fiel de la vida espiritual.

Todos estos diversos nombres y títulos significan lo mismo. ¿Cuál es este significado? Que la mente, el corazón, la comprensión y la conciencia, y por lo tanto el ejemplo y la vida, están todos en armonía, todos en unidad de trabajo a lo largo del mismo sendero que conduce a la sublime meta de la que ya hemos hablado; y esta vida así conducida nos trae al corazón de cada uno de nosotros no sólo una paz y una alegría que sobrepasan toda comprensión humana ordinaria, sino también nos permite dar esa paz y esa alegría a los demás.

Es a través y por medio de las lecciones que aprendemos en nuestra vida cotidiana que nos llegan las oportunidades de fijar nuestros pies sobre este sendero. Como todos sabemos, el objetivo más noble que podemos tener es capacitarnos para esta obra de la vida. Ahora, ¿cómo se hace? ¿Se hace mediante la búsqueda de simples misterios, exámenes raros y pruebas previstas? ¿Qué clase de prueba o examen sería ese, en un momento en que uno es agitado hasta un grado de exaltación y de grandes expectativas para en cierto sentido ser temporalmente anormal y, por lo tanto, tener una fuerza transitoria pero, sin embargo, anormal, para cumplir con tales exámenes y pruebas? Tales no serían los exámenes y las pruebas en absoluto y, por lo tanto, serían de muy poco beneficio y muy poco valor. Los exámenes vienen en los asuntos que nos preocupan de la vida diaria, en los deberes que llevamos a cabo fielmente o, quizás, infielmente; en nunca dejar nuestra tarea por fines personales o egoístas; porque aquí somos puestos a prueba en cada parte de nuestro ser, y en cada momento, y en el más inesperado e imprevisto de los lugares, y en los más inesperados e imprevistos momentos.

Nuestro regocijo sobrepasa todo entendimiento común cuando alguno, a través de un largo y fiel servicio e inquebrantable devoción que conduce al desarrollo interior, el cual lo lleva lejos a lo largo del sendero, sigue ese todavía pequeño sendero que le conduce al corazón del universo; porque consideramos que lo que él ha alcanzado también nosotros lo podríamos y deberíamos lograr, y lo debemos alcanzar, si hacemos lo que él hizo; es una cuestión de alegría para todos cuando esto sucede.

Acabo de hablar del sendero que conduce al corazón del universo. Ahora ¿qué es ese corazón? ¿Es “Dios”? ¿Qué dios podemos concebir que no sea, después de todo, la más noble forma de nuestra propia imaginación? Este dios, a pesar de todo, no sería más que un nombre, un aliento, y nada más, porque es una concepción que se origina en nuestra mente. No queremos decir con la frase “el corazón del universo”, un ser divino que después de todo no es más que un agregado, una colección, una unidad sintética de los diversos individuos de la jerarquía del cual es la cabeza predominante. No queremos decir esto, porque ¿qué sentido podría tener, ya que estos jefes jerárquicos son más numerosos que las arenas en las orillas de un océano infinito, ya que son infinitos en número; y ¿cómo podría cualquiera de ellos ser el corazón del universo? No, ese no es nuestro significado. Queremos decir por el corazón del universo que la conciencia, esa luz, ese entendimiento, esa naturaleza cuya esencia es la dicha, que es la vida del universo, no una vida personal, sino una vida impersonal, de y a través de la cual el universo saca las fuerzas que lo llenan, tales fuerzas son los dioses, los seres espirituales, la reproducción de cuya vitalidad sentimos incluso a través de la cáscara del mundo físico, y de allí toma el término tan familiar para nosotros, las fuerzas que trabajan en la materia.

Esta conciencia, esta luz, este entendimiento, esta naturaleza cuya esencia es la dicha, son colectivamente lo que queremos decir por el término corazón del universo, un corazón que no está en ninguna parte en particular, porque está en todas partes; se le llama el “corazón” sólo porque es el centro secreto en cada uno de nosotros, el núcleo de nuestro ser, el cual no es sólo la fuente, sino también el pasaje, el canal o el conducto, a través del cual esas fuerzas de la divinidad suprema pasan a nosotros; y, reducido al último análisis, nosotros somos ellas y ellas son nosotros, porque las fuentes secretas y recónditas de nuestro ser son todas estas cosas.

Ahora bien, Ustedes conocen la enseñanza de la antigua filosofía

oriental, la Vedānta del Indostán, que en este sentido es también la enseñanza del buddhismo del Norte, y es también la nuestra, en este sentido: el universo es un vasto organismo, un organismo que está compuesto de organismos aún más pequeños, todavía más diminutos, no localizados en ningún lugar en particular sino que extendidos en todos los espacios, de manera indefinida en todas las direcciones, y asimismo interna como externamente, en los mundos internos, así como en los mundos externos. Y estos están llenos de mundos aún más pequeños, de organismos aún más diminutos, que en su forma agregada forman el vasto organismo del cosmos.

Me imagino que después de todo, es sólo una figura del lenguaje el hablar del universo como un vasto organismo, en razón de que cualquier organismo, en estricta lógica, debe ser una entidad limitada, y la idea que estamos tratando de expresar trata con *Aquello* que no tiene límites en todos los sentidos. De ahí que la expresión “vasto organismo” sea una metáfora, un tropo, una forma de expresión con el fin de expresar una idea casi demasiado alta y sutil para ponerla en el lenguaje ordinario.

Este vasto organismo del cosmos es, pues, un organismo solo por una licencia filosófica, por así decirlo. Es un organismo en el sentido en que la raza humana es un organismo, formado, como el aquél lo está, de individuos, compuesto de hombres, hombres que son organismos más pequeños del cuerpo corporal llamado humanidad, de hombres cuyos cuerpos a su vez son compuestos de las entidades aún más diminutas; y estas entidades todavía más diminutas están compuestas de entidades aún más pequeñas que ellas, y así indefinidamente.

Dejemos que nuestras mentes pasen en pensamiento en dirección contraria a las esferas macrocósmicas, y allí también podemos encontrar la misma ley de unidad en la diversidad, prevaleciendo en todas partes. Podemos llegar en nuestra imaginación a un punto final y decir que este es el universo; pero por un esfuerzo aún más fuerte y más allá de ese punto no sólo sentimos otros universos todavía más remotos, sino que nuestro instinto, nuestra intuición, igual nos dicen que a través de estos agregados más lejanos, como a través de nuestro propio universo, juegan las mismas fuerzas déficas que conocemos, las mismas energías divinas, el mismo impulso de conducir hacia el progreso, la misma llamada a llegar a lo más alto, con las mismas fuerzas jugando a través de ellos, sus universos hermanos o hermanas, si se quiere. Y hay un número indefinido de tales, una hueste incalculable de ellos, una hueste visible e invisible, una hueste por

dentro y por fuera. Así que todo lo que puede significar cuando se utiliza la frase “el universo es un vasto organismo” es llevar nuestro pensamiento siempre adelante y darse cuenta de que es el espacio sin fin, sin límites, sin fronteras, lugares sin fin.

Recuerden, además, que cualquier organismo existe solo en los períodos de su propio manvantara; porque manvantara es una palabra que podemos emplear, por analogía, tanto para lo grande como para lo pequeño. Puede haber un manvantara de un universo, así como un manvantara de un conjunto de universos; ni tampoco tal universo, ni tampoco tal agregado de universos, necesariamente tienen su período de manvantara o su período de pralaya simultáneamente con todos los otros cuerpos del agregado.

Vamos a ser cautelosos al respecto. Cuando hablamos de un “manvantara universal” nos referimos al manvantara de nuestros propios agregados cósmicos, pero otro universo puede estar en pralaya mientras nosotros estamos en manvantara; y muchos otros universos pueden estar en pralaya, o en manvantara, mientras que nosotros podemos estar a la inversa en manvantara o pralaya.

Tengamos cuidado sobre nuestros pensamientos, manteniendo estrecha vigilancia sobre nuestras mentes, para que de esta manera nunca podamos permitir que nuestras mentes se cristalicen en una mera sucesión de frases y así hacer del pensamiento un dogma. Aprendemos mucho de este modo, observándonos y estudiándonos a nosotros mismos, y siempre llegando cada vez más hacia el interior de nuestra naturaleza espiritual, guiados por la enseñanza que los Maestros nos han dado; y la esencia, o, por decirlo así, la idea fundamental de todas estas enseñanzas es que el camino a la luz, la vida, la paz, la dicha y la comprensión está dentro de nosotros mismos; y obtenemos estas cosas maravillosas llegando o esforzándonos cada vez más hacia el interior, hacia adentro, hacia el interior, de una manera interminable. Porque entre más lejos lleguemos dentro de nosotros mismos, por así decirlo, entre más lejos sigamos el camino hacia el interior, más nos hacemos conscientes de cosas aún mayores, visiones aún más amplias, y el camino, por tanto, se convierte en el espacio mismo.

¿Es esta vía una ruta diferente de la que conduce hacia afuera, hacia afuera, hacia afuera, todavía más hacia el exterior, a espacios y cosmos que intuitivamente podemos percibir que existen más allá de los límites de nuestro propio universo? No, es el mismo camino, exactamente el mismo camino; es sólo nuestra mente de materia, en la que por necesidad tenemos que trabajar en nuestro presente período de

evolución, que concibe los misterios de la conciencia como ocupando espacio, o como siguiendo líneas de expansión direccional. Todas estas cosas existen en nuestra conciencia, no siguiendo una dirección material, es la conciencia que entiende, y la conciencia no está ni hacia adelante ni hacia atrás, ni a la derecha ni a la izquierda, ni arriba ni abajo, sino que *es*. Es todas las cosas en todo momento, y porque está en todas partes, no está en ningún lugar en particular.

¿Dónde, pues, permanece esta conciencia que está en cada uno de nosotros? Está en el interior, se encuentra llegando al interior; es la gran búsqueda, la gran indagación; es la búsqueda de la luz; es también el encontrarla; es buscar la vida; es también encontrarla. Esta conciencia se debe buscar, por lo tanto, mirando hacia el interior; sin embargo, cuando decimos que el camino es hacia adentro, es, después de todo, solo una figura retórica; es una forma verbal de expresión, a fin de transmitir una idea, y nosotros no debemos permitir que nuestras mentes se cristalicen en torno a una mera figura del lenguaje.

¿Se acuerdan cuando hablamos en una reunión anterior sobre la naturaleza de las iniciaciones antiguas, cuando entonces llamamos la atención sobre una verdad muy profunda que no pueden haber iniciaciones a menos que se hubiera despertado la conciencia en el postulante o neófito? ¿Qué es la iniciación? La palabra en sí significa en realidad un principio, los primeros pasos de un principiante, y hay muchos comienzos. El comienzo del hombre en el mundo; el comienzo del verdadero chela; el comienzo para el Mahātma, el comienzo para el Maestro, y así indefinidamente. Es la apertura del curso para el desarrollo de un principiante, y el que guía sus primeros pasos lo hará con el mismo cuidado y atención que una madre utiliza para orientar viendo los primeros pasos de su pequeño.

Hay un viejo refrán oriental, muy hermoso, que dice que el iniciador es el padre y la madre de su discípulo, y más aún que eso: ya que el padre y la madre le dan la vida al cuerpo físico, y el cuerpo mismo es el objetivo del alma que llega, y también le dan amor, cuidado y la atención necesaria para salvar al niño de daños y peligros en nuestro mundo físico, el iniciador en verdad le da su alma, porque se la despierta, le hace conocedor de sí mismo, abre las puertas de su comprensión, le lleva adelante para inspeccionar y entender el universo que nos rodea y los misterios que lo integran. En resumen, el maestro, el iniciador, le guía hacia el interior para que pueda conocerse a sí mismo —en otras palabras, como ya se insinuó, cuida y atiende el crecimiento y desarrollo de la expansión de su conciencia.

Γνώθι σεαυτόν (*Gnothi seauton*), dijeron los griegos: “Conócete a ti mismo”, un mandato esculpido sobre el templo de Apolo en Delfos; este mandato incluye, en dos palabras, todo el secreto de iniciación y de las iniciaciones, porque comprende el camino que sigue la expansión de la conciencia en su crecimiento: *conócete a ti mismo*.

Tú mismo, ¿qué es? Es la conciencia; es también el corazón del universo. Tú mismo, ese ser que es el mismo en ti y en mí, y en todos los demás, que no es diferente en cada uno de nosotros, en comparación con cualquiera otro. Es el máximo ser, la súper-alma espiritual; y por lo tanto es el ser uno, el corazón del universo. Es la conciencia en ti que dice simplemente “Yo soy”, y la misma conciencia está en mí y en todos los demás: en el Maestro, en los chelas de los Maestros, en los Maestros de los Maestros, en el Observador Silencioso de nuestra esfera celestial —ese súper-ser es el mismo en todas las entidades que forman parte de una jerarquía.

Pero mientras que ese súper-ser es el mismo en ustedes y en mí, y en todo lo que es, no es diferente en cualquier lugar de lo que es en otro sitio; sin embargo, esto no incluye todo lo que hay en nosotros psicológicamente hablando. Hay algo más en nosotros, que no es diferente de la súper-alma, sino que es un rayo de la súper-alma, por así decir, y este algo más en cada uno de nosotros es el ego individual: esa parte en cada uno de nosotros que no dice simplemente “yo soy”, sino “yo soy yo”, y no tú. Piensen sobre este misterio psicológico como lo es para aquellos que no están muy familiarizados con la antigua sabiduría; porque de verdad que uno de los misterios más maravillosos de la antigua sabiduría, del esoterismo, se encuentra en una correcta comprensión de este misterio psicológico.

Para hacer más claro lo que quiero decir, por favor recuerden que si bien es una declaración absolutamente cierta que la naturaleza interna del hombre es la semilla de su conciencia individual, esa conciencia no es sino un reflejo, por así decirlo, de la conciencia universal que mora en todas las demás entidades, cualquiera que sea y dondequiera que sea. Es muy cierto que llegamos a esta conciencia universal y participamos de su universalidad, siguiendo el camino que conduce hacia el interior, pero este no es un procedimiento de la conciencia; y a la mente no se le debe permitir cristalizarse en torno a cualquier idea de una mera expansión direccional.

Un hombre, al considerar las órbitas de las estrellas que ve por encima de él en la noche, puede tan fácilmente seguir la ruta de acceso hacia el interior, como otro hombre que se sienta en un rincón con

su atención concentrada en su ombligo o en la punta de su nariz, en la forma que lo hacen los así llamados yoguis exotéricos. La verdad es que es un despertar de la conciencia al auto-entendimiento, y un desenvolvimiento de ella hacia lo universal.

Por lo tanto, una vez que comiencen dicha empresa, y una vez que empiecen a seguir ese sendero, encontrarán que la mera expansión direccional no es más que palabras. La propia conciencia les dará el significado de estas cosas, y tal significado está siempre lejos de las limitaciones direccionales o particularidades del mundo material. Se trata de un crecimiento de conciencia en realidad, en lugar de seguir tal sendero en cualquier dirección en particular. Mientras la conciencia de un hombre se expande, él se da cuenta de que está creciendo; pero él probablemente sonreirá si se entera de alguno, cuya conciencia no se ha expandido de manera equivalente, que de cualquier dirección en particular en el espacio como siendo ese el camino hacia la luz.

Este relativo yo, este ego-ser, este yo individual en cada uno de nosotros, no es el corazón del universo; sino que tiene sus raíces en el corazón del universo, por lo tanto enraizado en la vida universal, en la conciencia universal, porque es un rayo de ella misma. Es esa parte de nosotros que, por la magia de la evolución, por la magia maravillosa que los dioses trabajan en sus energías deíficas, formando y elaborando el cosmos como una red maravillosa del ser, es esa que parte de nosotros, que crece desde la inconsciencia hasta el auto-entendimiento, hasta la auto-conciencia.

En el vasto útero de las eternidades pasadas comenzó su carrera como una chispa divina inconsciente; y su destino es florecer a su debido tiempo como un dios auto-consciente, llegando a serlo tan solo a través del desenvolvimiento, despliegue o desarrollo de las potencialidades que están latentes o inherentes a su propia naturaleza, como una chispa del universo. Esta es la evolución espiritual, y puede ser considerada como creando a un dios de las fuerzas y las facultades y los atributos inherentes a su propio ser, del que brotan las energías latentes o dormidas que intrínsecamente le pertenecen; sí, como un dios auto-consciente, como finalmente llegará a ser, henchido con y por el corazón del universo, que es el ser universal. Es la edificación de un dios a través y por medio del ego-ser, su espejo o reflejo periódico.

Como Katherine Tingley lo expresa en su más bella invocación:

¡O Divinidad! tú que te mezclas con la tierra y haces para ti templos de gran poder.

¡O Divinidad! tú que vives en la corazón de la vida de todas las cosas, e irradias una luz dorada que brilla para siempre e ilumina hasta los más oscuros rincones de la tierra.

¡O Divinidad! mézclate conmigo para que de lo corruptible pueda yo llegar a lo Incorruptible; de la imperfección pueda llegar a la Perfección; de la oscuridad pueda llegar a La luz.

El ser universal es el corazón del universo, estas dos frases no son sino dos maneras de expresar la misma cosa; es la fuente de nuestro ser; es también el objetivo hacia donde todos estamos marchando, nosotros y las jerarquías que están por encima de nosotros así como las jerarquías y las entidades inferiores a nosotros. Todos provienen de la misma fuente inefable, el corazón del Ser, el ser universal, pasan en un período de su viaje evolutivo a través de la etapa de la humanidad, ganando con ello la auto-conciencia o el ego-ser, el “yo soy yo”, y lo encuentran, a medida que avanzan en este camino evolutivo, expandiéndose gradualmente en la conciencia universal —una expansión que no tiene fin, porque la conciencia universal no tiene fin, es ilimitada, sin límites.

Sí, en verdad, es todo un misterio maravilloso, usando la palabra “misterio” aquí en su sentido griego de algo secreto y maravilloso. Salimos de nuestra fuente deífica como chispas divinas inconscientes, y nuestro destino es llegar a ser dioses auto-conscientes, a partir de entonces tomando una parte directa en el inmenso trabajo cósmico.

Pero, ¿es este el límite que alcanzamos, para después no ir más adelante? ¿Llegamos entonces a las fronteras del espacio-conciencia, y a partir de entonces no encontramos ni descubrimos nada que sea grandioso o más grande de saber o de ser? No, por cierto, la verdad es exactamente lo contrario de esto. La conciencia se expande poco a poco, y cuanto más se expande más se aprende, y la expansión es ilimitada, fuera del tiempo y el espacio. Se expande por siempre.

Hemos hablado de las jerarquías que están por encima de nosotros, es decir, de las huestes de jerarquías que han pasado por la etapa humana y que están marchando en sus respectivos caminos evolutivos hacia destinos aún mayores; pero no olvidemos que debajo de nosotros hay otras huestes de las jerarquías compuestas de innumerables vidas, incontables ejércitos, siguiéndonos, consciente o inconscientemente, buscándonos así como cuando nosotros buscábamos a aquellos que nos han precedido, así como nosotros los hemos seguido, en

manvantaras anteriores, los que ahora están delante de nosotros, los que miramos como dioses o seres espirituales o, para usar el término adoptado por el buddhismo, dhyāni-chohans.

De las huestes de estas entidades pequeñas e inferiores que nos vienen siguiendo, una parte de ellas está compuesta de la multitud pequeña, incluso infinitesimal, de vidas que componen nuestro cuerpo: es decir, el cuerpo físico, el cuerpo astral, el cuerpo mental, el cuerpo intelectual, y el cuerpo espiritual, donde estas agregadas huestes componen estos respectivos cuerpos, siendo de diferentes grados o estando en diferentes estados de evolución, y cada una de éstas huestes entrelazadas entre sí y con todas las demás, y con diferentes jerarquías del mundo que nos rodea, todas las jerarquías que componen estos distintos cuerpos de la constitución septenaria del hombre forman la unidad compuesta a través de la cual el ser más íntimo del hombre trabaja, porque en ellos, en otro sentido usado por Pablo de los cristianos, vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser inferior.

¿Qué es este ser más recóndito? Ya he dicho lo que es esta noche, y en muchas otras ocasiones. Es esa parte de nosotros, por la cual nos podemos unir con el corazón del universo —en verdad, es el corazón del universo, limitado únicamente por la expresión individualizada de nuestra naturaleza espiritual—; y esta naturaleza espiritual es en sí misma la fuente de nuestro ego.

Vamos a tratar brevemente una vez más de esbozar la construcción o, mejor dicho, tal vez, la constitución de nuestra naturaleza interior, y elijo a los hombres como ejemplos, porque nos hemos desarrollado hasta el punto en que la auto-conciencia se está empezando a manifestar, y por lo tanto podemos ilustrar con más claridad y más fácilmente cómo procede la evolución.

En primer lugar esta, entonces, el ser universal, el corazón del ser, que es el mismo en todos nosotros. Este ser universal derrama sus energías a través de la más alta constitución del hombre, que en cada uno de nosotros es la mónada, nuestro dios interior espiritual. La mónada trabajando a través de las distintas esferas construye la naturaleza intermedia del hombre, que es ego-ser, y este ego-ser, cuando su conciencia se expande fuera de la personalidad y de sus limitaciones hacia la universalidad, de forma espontánea entra en esferas más grandes y cada vez mayores de la vida y actividad, hasta que este ego se convierte a su vez en una expresión plenamente auto-consciente de su mónada inspiradora, que no es sino otra manera de decir que se vuelve la mónada misma, *además* de las experiencias que ha ad-

quirido el ego absorbiendo el aroma de las varias vidas que ha tenido.

Cuando el ego se vuelve así monádico, en otras palabras se ha convertido en una mónada en sí mismo —su propia mónada inspiradora mientras tanto habiendo avanzado a esferas de la vida y actividad todavía más sublimes de lo que antes tenía— el ego-mónada entonces asume una naturaleza cósmica, y a su vez desarrolla un ser intermedio o seres intermedios, que trabajan a través de nuestras naturalezas inferiores, ayudando con ello a las vidas que están debajo de nosotros y en nosotros, en quienes vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser inferior, como ya he dicho. Es a través de estas vidas inferiores que componen nuestra naturaleza intermedia o inferior que el ego-ser encuentra su campo de auto-expresión; y cuando finalmente se convierte en una mónada egoica, se vuelve para las huestes de vidas en estas intermedias e inferiores esferas, su súper-alma divina, el jerarca de su jerarquía.

Así entonces, como un último pensamiento, comprendamos nuestra responsabilidad —espiritual, mental, psíquica, emocional, astral y física—. Y cuando digo “nuestra”, quiero decir nosotros como seres auto-conscientes, como egos. Somos responsables en gran medida por lo que estas vidas intermedias e inferiores experimentan; nos damos cuenta de que a medida que las impresionamos, así se van a auto-expresar, hasta que hayan alcanzado la auto-conciencia a su vez; nos damos cuenta de que les damos el impulso inicial hacia el desenvolvimiento evolutivo, y que, así como las pusimos en marcha, por así decirlo, así van a viajar por el sendero.

Nos damos cuenta, por último, de que los valores éticos son en la vida humana, y en las conexiones que acabo de insinuar, lo que las leyes del universo son en el cosmos. Ambos significan armonía; ambos significan coherencia en acción; ambos significan una fuente idéntica; y ambos apuntan al hecho de que tanto nosotros como ellos, estas entidades inferiores, hollaron el camino que aquellos que nos han precedido han hollado. Este hollar el camino es un crecimiento de conciencia, es una expansión de la comprensión consciente, y por lo tanto estas entidades que tenemos ante nosotros están donde están, porque, después de haber hollado ese camino, han llegado a conocer.

Los budhistas tienen una expresión hermosa para ilustrar este hecho de la naturaleza común de los que han ido antes que nosotros, y de los que vienen después de nosotros. Ellos hablan de un Buddha como alguien que es un *Tathāgata*, una expresión sánscrita compuesta de dos palabras que significan tanto “el que viene” como

“el que se fue”, pues el sánscrito es susceptible a cualquiera de estas dos traducciones; no obstante, el significado es idéntico, significando uno que ha seguido el camino interno, el sendero interno, el camino que sigue siendo pequeño que desciende, por decirlo así, desde el ser universal, pasando por la constitución humana, hacia delante, hasta que desaparece de nuevo en el corazón del ser que procedía.

Todos ustedes son el camino. Quiero decir que cada uno de ustedes, hombres y mujeres, es para ustedes mismos el camino; no hay otro para cada uno de ustedes, porque eres tú el que viaja a lo largo del camino del entendimiento consciente, y que en última instancia, llega a su objetivo evolutivo, cuando se convierte en un dios.

ÍNDICE

- Absoluto (s)**, 41, 180, 338
definido, 178-9, 414
evolucionado al estado presente, 181
nombres para, en el *Gīta*, 309
no, en el sentido europeo, 160, 224, 226, 234-5
sat, chit, ānanda estado de, 184
- Abstracción (es)**, 201
darle entidad a las, 168-9, 462-3, 466, 468
uso de los iniciados, 200
la naturaleza, una, 198
- Aceleración**, la ley de, 578
- Acuario**, y el más alto globo, 545-6
- Ādān (Ādām)**, como la humanidad, 98, 100, 104, 218
- Ādān (Ādām) Qadmōn**, 44, 86
- Adepto (s)**. *Ver también Mahātma (s)*
definido, 253
jerarquía de, 218, 226, 229
logía de, en la tercera raza, 568
- Adhibhūta**, 309
- Adhidaivata**, 309
- Adhiyajña**, 309
- Adhyātman**, 309
- Ādi-bhūta**, 339
- Ādi-Buddha**, 276
correlacionado con otros términos, 395-6
definido, 229, 268
de la cuarta ronda, 231
- Ādi-Buddhi**, 188, 297, 395-6
- Ādi-tattva**, 339, 352, 395-6
- Adonai**, y el politeísmo judío, 69
- Adwaita-Vedānta**, 300, 428
- Aeones (Aions)**, de los gnósticos, 118, 465
- Aeschylus**, y los Misterios, 249
- Aeter**. *Ver también Ākaśa, Daivīprakṛiti*
como elemento cósmico, 138, 339, 398, 411-3, 417, 440, 555-6
en la jerarquía de Siria, 320, 333-4
- Agnōstō theō**, 415
- Agrae**, Misterios en, 284-5
- Agua (s)**, 443
celestiales, 320, 333-4
elemento cósmico, 138-9, 339, 351, 398, 412-3, 440, 555-6
destrucción por, 344-5
en la jerarquía de Siria, 320-1, 333-4
significa espacio, 10, 334, 441
llamada svabhavat, por hebreos, 192
- Ahher**, 433-4
- Ahora, Eterno**, 185
- Ain Sōph**. *Ver Eyn Sōph*
- Aire**
como elemento cósmico, 138, 339, 351, 398, 412, 417, 440, 555
en la jerarquía de Siria, 320, 333-4
- Aitareya-Upanishad**, 18
- Ākāśa**, 352, 576. *Véase también Aeter, Daivīprakṛiti*
éter o, 417, 555-6
definido, 396
svabhavat como, 192, 431-2
- Ākāśa-tattva**, 395, 396
- Al Farabi**, 92
- Albertus Magnus**, 164
- Alejadría**, 73, 254-5, 268
- Alma (s)**, 261-2, 357, 516, 554, 560
átomo un, 365-6, 369, 385
cuerpos en los planos superiores, 155-6
definida, 225, 227, 237, 366
desarrollo del, 157-8
el destino después de la muerte del, 163-4
dioses, mónadas, átomos y, 374, 376, 381, 382-6, 391, 393-4, 404, 411, 413, 417, 428, 431, 458, 475, 492
espíritu ante el, 150, 153, 366, 368
humana, fueron animales, 181
leyenda Sufí de Dios y del, 260-1
tiene libre albedrío, 379
todo tiene su, 261
varias en el hombre, 235, 259, 260-1
- Almas Perdidas**, 330 *Véase también Seres sin Alma*
antípodas de Maestros, 227-8, 262-3
destino de las, 149-50, 193, 196-7, 216-17
dos clases de, 196-7, 216-17
explicado, 165-6, 193-4, 226-7
- Alquimista**, 139

América

casa de la sexta raza, 276
nuevo ciclo con el descubrimiento de,
410-11

Americanos, antiguos, 408

huevo símbolo entre, 485

Amrita-Yāna, 183, 185, 189**Analogía**

axioma en, 510 521
de pensamientos y emanación cósmica,
375-6
entre el átomo y el cosmos, 232-3
entre el hombre y la cadena planetaria,
536-7
falsa, 352, 440, 458
justificación de, 521-2
ley fundamental de la naturaleza, 510,
529

Ānanda, sat, chit, 184, 560**Andrógino, el hombre primitivo era, 104****Ángel (s). Véase también Arcángeles**

átomos de vida se convertirán en, 536,
551
de la guarda, 405
el átomo es un, 373, 381
en Dante, 172
en la jerarquía cristiana, 84, 334
en la jerarquía de Siria, 320, 333
podemos ser los caídos, 149

Ángeles caídos, nosotros podríamos ser, 149**Anglosajón, 132**

epopeyas, 4, 17
etimología de "mundo ", 465-6
nombres de días de la semana, 244

Anillo, 110, 548**Anillo no se Pasa, 24, 71, 127****Animal (es), 230. Véase también Bestia (s)**

almas humanas eran, 181
reino, primera ronda, 548-7, 564, 576
son cuerpos celestes, 79-80, 99, 203

Aniquilación

de almas perdidas, 213-4, 216-7, 226,
262
de átomos de vida, 533-4
del hombre por el sol, 357

Año

fijación del comienzo del, 238-46, 257-9
lunar, de Romanos, 241
místico vs civil, 258

Año, divino, 113, 180, 454

Ansada, cruz 457

Antarākaśa, 27

Ante-Purgatorio de Dante, 172-4

Antesterias, Festival de Flores, 284

Antiguos, los

enseñaron antropocéntricamente, 17,
424

sabían sistema heliocéntrico, 321

tenían una filosofía universal, 199

Antigua Sabiduría, 391

antigüedad de 21

asesoramiento en el estudio, 392-2

Buddhismo cercano a la, 220

fuentes de, 21-2, 567-8

la misma en otros sistemas solares, 573

por qué se mantenía en secreto, 181-2,
514, 536-7

no consulta sin respuesta en, 503

siete claves, 370-1

usaba metáforas, 17, 267-8, 426-7

Antropocentricidad, 24

explicada, 9-10, 17, 320

los antiguos enseñaron, 424

Anupapādaka-tattva, 339, 396-5

Āpas-tattva, 395, 398

Apolo, 105, 601

Apolonio de Tiana

encarnación de nirmānakāya, 272,
304-5

inspirado por el Ser Maravilloso, 277

Jesús y, 255, 272

Apostólica, sucesión de los Misterios, 280-2

Aquello, Tat, 16, 375, 598

Aquino, Tomás, 74, 472

Arado y la Cruz, El, 491

Arameo, hablado en el tiempo de Jesús, 93

Araña, teje el universo 486

Aratus, 30, 415

Árbol del mundo, imagen del, 12

Arcángeles

átomos de vida llegarán a ser, 536, 551

en la jerarquía cristiana, 74, 84, 334

en la jerarquía de Siria, 320, 333

rectores planetarios o, 515

Arco de sombras, 146, 377, 385, 397, 547.

Véase también Arco Luminoso

constructores son, 494

de la mónada, 133, 165, 376

- descrito, 110, 126, 156, 337-8, 391, 408, 418-9, 474
 elección de, 150, 373-4, 395
 elementos evolucionan en, 413-4
 ética y, 372
 ley de la aceleración en, 578
 talas son, 449, 452
- Arco Luminoso o Ascendente**, 146, 156, 166, 377, 384, 418, 531, 582
 ahora comenzado, 389, 401, 455
 arquitectos son, 493
 de la mónada, 134, 165
 descrito, 110, 127, 337-8, 394, 409, 413-4, 495
 el hombre debe elegir, 150, 373, 395, 409
 ética y, 372-3
 jerarquías más altas en, 495
 ley de retardación en, 578
 lokas son, 449, 452-3
 no todos los seres suben, 139-40, 142
 principio egóico esencial para, 436
- Arhats**, 253. *Ver también Adepto (s), Mahātma (s)*
- Aries**, y globos, planetas, 545-6
Aristóteles, 30, 132, 170, 477-8
Arnold, Sir Edwin, citado, 14-5, 162
Arquetípico Hombre, 42-4, 85-6
Arquetípico Mundo
 cuarto plano cósmico o, 441-2
 en el diagrama explicado, 235, 259-61
 de la Qabbālāh, 441-2
- Arquitectos**, 326
 del Kosmos, 360, 493-4
 planetas sagrados, 580-1
- Arūpa**, 236
 explicado, 352-3
 los seres eran, antes de la primera ronda, 109
 la parte más alta de Devachán es, 167
- Arūpa mundo (s)**
 la constitución del hombre y, 235
 parte de siete planos manifestados, 124
 rondas en, 111
 tres planos son, 147, 157, 334, 448, 558
- Asat**, definido, 24
- Ascendente Arco**. *Ver Arco Luminoso*
- Asiria**, 320
- Asteroides**, de previos manvantaras, 331
- Astral**
 almas, 194-6
 cuerpo, 426
 del plano de la tierra, a selenitas, 534
 mónada, 398
 mundo de la Qabbālāh, 441-2
 prāṇico, mundo, 417
- Astrología**, 319
 antigua y moderna, 317, 321, 543-4
 frente a la astronomía, 239, 257
- Astronomía**, 514. *Véase también Planeta (s), Sol (es)*
 cuatro planetas desconocidos, 524-5
 frente a la astrología, 239, 257
 sólo conoce el universo físico, 505
- Asuras**, 36-7
- Atala**, 448-9, 452
- Ateísmo**, 126
 definido, 303, 489-91
- Atenas**, 411, 415, 471
- Ática**, Misterios Menores en, 267
- Atlántida, Atlantes**, 337, *Véase también*
 Raza-raíz, Cuarta,
 cataclismo dividió, 274
 destruida por el agua, 344-5
 mal karma de, 387, 389
 Misterios establecidos en, 282, 509
 punto medio de, 513
 símbolos de, 456-7
- Ātman**, 14, 195, 295, 300, 309
 buddhi y, no auto-consciencia, 128
 definido, 208
 del cuarto plano cósmico, 294, 442
 en la mónada humana, 128, 311
 igual en todos, 436
 más alto ego humano, 235, 237, 259, 261
 nacimiento de principios a través de, 141, 350
 principio humano, 24, 82, 294, 584-5
 raíz de la individualidad, centro laya, 80-1, 134, 136, 307-8, 394, 442, 451
- Ātma-Vidya**, séptima joya, 190, 208
- Atomistas**, 422, 451, 479
- Átomo (s)**, 201 *Véase también Átomos de Vida*
 almas dormidas, 327-8
 un alma, 365-6, 384
 aventuras de, 546
 cada globo un, 451,
 cada uno, contiene el Ilimitado, 442
 cada uno, una jerarquía, 250, 299
 de la ciencia, 363, 373, 376, 398, 417

- diminuto universo o sistema solar, 80, 228-9, 250, 342, 363, 399, 427, 475
- dioses, mónadas, y, 326, 359-60, 374, 376, 381, 383-6, 391-2, 394-5, 403-4, 411, 413, 417, 428, 431, 458, 473-5, 486, 492, 551-2
- estructura de la física, 228, 507, 533
- habitantes de, 227, 414
- el hombre responsable de sus, 158
- mónada espiritual, 120-1, 128, 164, 384, 479
- un ser espiritual, 369, 373, 381
- un sistema solar, un kósmos, 485-7, 492
- un sol real, 318, 479
- teorías griegas de, 451, 479
- tiene libre albedrío, 379
- tiene que poseer paramātman o Parābrahman, 238, 250
- Átomos de Vida**, 516, 545, 591. *Ver también* **Átomo (s)**
- explicados, 550-1
- del hombre, su descendencia, 535-6
- en pralaya, 533-4
- śiṣṭas como en estado latente, 518, 549
- skandas de otros manvantaras, 369, 417, 563, 575
- la tierra extrae, de la luna, 512
- transmigración de, 561-2
- Atracción**
- de los átomos de vida, 535-6, 575
- a esferas apropiadas, 139-40, 175
- del excedente de la vida, 563
- Atsilōth**, 118, 441
- Aura (s)**, 367, 383
- halo o corona y, 250
- lokas y talas se entremezclan, 474
- Aureola**, 478
- Auto-consciencia**, 386. *Ver también* **Mānasaputras**, **Mente (s)**
- despertar de, 296-7, 348-9, 357-8, 408-9
- desarrollo de, 157, 212-13, 602-3
- el libre albedrío y, 313
- no, en las primeras razas, 398
- propósito o la evolución es, 500
- Auto-control**, 297
- Auto-dirigida, Evolución**, 134, 313, 373
- definida, 127, 328
- Auto-Existente**, 405. *Ver también* **Svabhavat**
- Auto-sacrificio**, 574, 587
- Avalokiteśvara**, 89
- Avatāra (s)**, 278
- Apolonio, Jesús, y, 272, 304
- encarnaciones en el Tíbet y, 273
- explicado, 212-13, 270-1, 304, 311-3
- Gautama, Jesús, y Śankarāchārya, 312
- Krishna, Lao-tse fueron, 304
- Śankarāchārya un, 300, 304, 312
- Averroes (Rohd)**, 92
- Avicena (Ibn Sina)**, 92
- Avīchi**
- definido, 169, 198, 467
- no el infierno cristiano, 139
- Avīchi-nirvana**, 140
- almas perdidas y, 149, 198, 217
- polo opuesto del nirvana, 166
- Azar**, no, 180-1, 362
- Babilonia**, 69, 85, 112, 320
- Bacon**, Roger, estudió ocultismo, 164
- Banquete (Platón)**, sobre los sexos, 105-6
- Banyan**. *Ver también* **Ser Maravilloso**
- Ser Maravilloso espiritual, 223
- siempre viviente humano, 187-8, 214, 246, 253, 265
- Becquerel**, 362
- Ben Asai**, 445-6
- Ben Zoma**, 445-6
- Berīāh**, 118, 441
- Berkeley**, obispo, de 32
- Bernard de Clairvaux**, 32, 35, 251
- Bestia (s)**, 328, 349, 448, 568, 578. *Ver también* **Animal (es)**
- animales y, 79, 231
- ātman en, 295
- se convertirá en humano, 395
- ego en el hombre, 235, 237, 259, 261
- en la evolución de la tierra, 160, 443
- el hombre puede llegar a ser como, 219
- no infiel, 592
- en la jerarquía griega, 72
- principios superiores latentes en, 261
- śiṣṭas en Marte, 203
- Bhagavad-Gītā**
- en la búsqueda de la sabiduría, 572
- sobre la inmortalidad, 15-16
- sobre Krishna encarnando, 270, 586
- nombres para el ser superior en, 309-10
- Bhaumika-pralaya**, 48
- Bhūr-loka**, 448, 451-2
- Bhūtā**, o elemento, 336

- Bhūtātman**, 237
ego humano o, 235, 259, 261-2
- Bhuvan-loka**, 448, 451
- Biblia**, 93, 304
Autorizada, una farsa literaria, 430
escrito en figuras de lenguaje, 19
- Birmania**, budhistas, 423
- Blavatsky, Helena P.**, 378. (Para citas *ver* obras específicas.)
sobre el año nuevo esotérico, 238, 242-5, 256
cambios en el pensamiento del mundo, 355-6
sobre cobrar por enseñar, 266-7
sobre los cuatro planetas secretos, 515-6, 570
sobre la encarnación del Ser Maravilloso, 272-3
enseñanzas de, mal entendidas, 204-5, 275-6, 287, 343-4
no inventó enseñanzas, 247
Mahātmas se comunicaban a través de, 503, 591
Marte-Mercurio controversia y, 204-5, 503, 505-6, 523-4
mal juzgada, 574
como mensajera, 302, 407, 484
sobre los seres sin alma, 193-4
teoría nebular y, 55, 78
términos budhistas usados, 268
tomó pansil, 220
uso del término “átomo” por, 479
- Bodha**, planeta Mercurio de, 315
- Bodhi**, 35
- Bodhisattva (s)**, 270, 277
celestial, 297, 299, 303
definido, 298-9, 311-2
dhyāni-, para cada globo, 269, 277
humano, 271-2
intermediario en avatāra, 270, 272, 300-1, 304, 311-2
súper-humano, 297, 299, 302, 312
uṣṇīṣha de, 477-9
- Boustrophedon**, 95
- Brahmā**, 36
aliento de, 385
Año de, 112, 180, 454
definido, 454, 479
Día de, 112, 135, 140-41, 231, 307, 337, 385
Huevo de, 454, 479, 485, 487, 493
Logos Solar o, 511
en la manifestación cósmica, 44, 45, 47-8, 147
Noche de, 113
-Purusha-Prakṛiti, 260
Vida de, 113, 142, 454
- Brahman**, 24, 479
definido, 309-10
exhalación e inhalación, 49, 556
Logos Inmanifestado o, 47
mónada se convierte, 179
Pradhāna y, 47, 147
- Brāhmanas**, 27
- Brahmānda**, o jerarquías, 209
- Brahmanismo**, 92, 184, 193, 212, 412, 417, 421, 521
cielos e infiernos en, 169, 175
lokas y talas de, 448-9, 451-2
períodos de tiempo de 112,
sobre māyā, 31-2
tattvas de, 395-8
- Brihad-Āranyaka Upanishad**, citado, 460, 594
- Bruno, Giordano**, y el término “mónada”, 119
- Buckle, H. T.**, citado, 469
- Buddha (s)**, 295. *Ver también Ādi-, Dhyāni-, Mānushya-, Raza-buddha*
almas perdidas son polo inferior de 226-7
avatāras y, en comparación, 270-2, 300-1, 311-3
definido, 23, 35, 219, 300
encarnaciones tibetanas de 272-3,
iniciación produce, 402, 407, 500
interior, 349
mahā-, de globo, 231, 277
poderes más allá de, 371
Pratyeka, 183
ronda, 232, 269, 277
Ser Maravilloso y, 269, 302
- Buddha Gautama**, 214, 421, 482, 492, 580
Apolonio, Jesús, y, 272
avatāra *plus*, 312
citado, 149
doctrinas psicológicas de 194-5,
enseña la doctrina del Vacío, 423
mānushya-, 274
nirmāṇakāya, 231, 270, 407
Por qué es llamado “Señor”, 220, 271

- de la sexta ronda, 580
 Śankarāchārya, Jesús, y, 300, 312
- Buddhas de contemplación.** *Ver Dhyāni-buddha (s)*
- Buddhi**, 167, 195, 294, 358
 ātma, 583-4
 las almas humanas y, 235, 237, 259, 261-2
 en avatāras, 300-1, 311-2
 definido, 23, 35
 evolución de, 141, 350
 de la mónada humana, 128, 311
 superior e inferior, 235, 237
- Buddhismo**, 92, 210, 268, 377, 521
 cielos e infiernos del, 163, 169-70, 175
 la escuela de Svābhāvika, 125
 esotérico, 112, 220
 exposiciones occidentales de 273-4,
 herejía de la separatividad del, 450
 la más pura religión exotérica, 220
 del Norte, 192-3, 221, 422, 598
 ojo y corazón doctrinas de, 424
 Ser maravilloso en, 229-30
 del Sur, 221, 423
- Buddhista (s)**, 404-9, 428
 H.P.B. se convirtió en, 220
 Motivos de arte, 456, 476-8
 teósofos no son, 220
- Budha (Mercurio)**, 244, 257-8, 358
- Budhism**, esotérico, 220
- Budismo Esotérico (Sinnott)**, 503
- Bueno.** *Ver también el Mal*
 relativo, 71-2, 139, 182-3
- Cadena (s) Planetaria (s)**, 110, 231, 299,
 337, 351, 352, 398, 438, 440, 489, 530,
 535, 537, 550. *Véase también el Día
 de Brahmā, la (s) luna (s)*
 anterior, 575
 derivada de una cadena anterior, 487,
 512
 diagramas de, 338, 439, 496, 518-9, 531,
 545
 doctrina de las esferas y, 502-3, 505,
 510, 514-5, 523-4
 duración de, 112, 289-90
 enseñanzas sobre, mal entendidas, 205,
 503-6, 523-4
 evolución de, 414, 493-4, 498-9, 556-7,
 561-5, 574-80
- globos de, y principios, 141, 458, 526,
 560
 globos de, y elementos, 339-40, 417,
 441
 globos, y los planetas sagrados, 511,
 515, 517
 el hombre sigue la evolución de, 126
 lokas y talas de, 449, 474, 485, 526
 Marciana, 203, 332
 planetas sagrados y la tierra, 316-7
 planetas, zodiaco, y, 545-7
- Cadena de Oro de Homero**, 119, 174,
 377
- Cadena de seres**, 377
- Caldeos**, o astrólogos, 544
- Calendario(s)**, 256
 reforma de nuestro, 240-44, 245, 257-9
- Calor**, tierra genera su, 114, 319, 363
- Cáncer**, y el globo G, 545, 546
- Candela**, ilumina muchas más, 146, 328-9
- Candide (Voltaire)**, sobre el optimismo,
 160
- Canto Celestial, El (Arnold)**, 15
- Caos**
 definido, 359-60
 de los antiguos griegos, 320, 441, 570
- Capella, Marciano**, 558
- Capricornio**, 545-6
- Captura**
 Neptuno una, 507-8
 Fobos una, 510
- Carácter**, hábitos hacen, 484
- Carruaje**, analogía de, 194
- Cartagineses**, crucifixión entre, 477
- Cartas Que Me Han Ayudado (Judge)**,
 572
- Casas del zodiaco**, 546
- Cataclismo (Catástrofe)**, racial, 269,
 274, 275, 344-5
- Catarsis**, 590
- Ceilán**, budhistas de, 423
- Celtas**, 69, 182
- Cerdos**, 483
 Siria jerga misterio, 267-8, 275, 536-7
- Cerebro-mente**
 limitaciones de, 287, 331
 pasiones hacen, opaco, 567
- Cero**, símbolo de, 209-10, 250-1
- Chela(s)**, 216, 377 595, 600-1. *Véase
 también Discípulo (s)*
 analogía de, y globos, 526

- Los Maestros correspondieron a través, 591
 vida de, 573-4, 585-7
- Chela condición**, requisitos de, 588-9
- Chândogya-Upanishad**, citado, 20, 25-8, 35-8
- Chispa de Dios**, inconsciente, 126, 156-7, 225, 550-1, 602
 ātman y buddhi una, 128
 evolución de, 134, 157, 395, 418
- Chit, sat, āmanda**, 184, 560
- Chohans**, 190, 377
 conscientes del mal, 216-7
- Cicerón**, sobre los Misterios, 283, 411
- Ciclo (s)**, 332-3, 351. *Ver también Manvantara (s), Ciclo de precesión, Raza (s)-raíz (es), Ronda (s), Yugas*
 avatāra y racial, 312
 de esterilidad, 73
 estrechamente velado, 275, 276-7
 el libre albedrío y, 307-8
 Mesiano, 75, 313, 407-8
 nuevo, comenzó con América, 410-11
 oscuro, se inició con Pitágoras, 471
 secreto, abre el nuevo año, 243-4
 tiempo basado en, 239
 en todas partes, 284
- Ciclo de Precesión de**, 275-6, 289
- Cielo (s)**, 166-9
 alma atraída al, 167-8, 176, 430
 basado en la incomprensión, 489
 definido, 163
 en las diferentes culturas, 169-72
 estados y localidades, 176
 lokas llamados, 449-50, 455, 467-8
 no, como comúnmente se tenía, 161, 163, 175
 svarga es, 215
 el tercero, de Pablo, 463-4
 tomar, por la violencia, 354
- Ciencia**, 461, 505
 anticipaciones de la, por la teosofía, 362-4
 átomos de la, 363, 373, 376, 398, 417, 507
 dos conceptos erróneos en, 107-9, 176-7
 Estoicos formaron la, romana, 411
 éter y, 351, 397, 423
 ética necesita estar basada en, 438
 la investigación de, y el sendero de la izquierda, 409
 leyes de la naturaleza, 198, 376
 materia, una fuerza en, 318, 353, 362-3, 534
 la prueba en, 566-9
 no juez del conocimiento espiritual, 342
 sagrada, 465
 Sinnett y, 504, 508
 teorías de, vs, 282, 361, 565
 transformismo de, 189, 327, 554-5
- Círculo con punto central**, 383, 467
- Circulaciones del Kosmos**, 461, 535, 541
 astrología fundada en, 544
 karma una función de, 516
 paso de las oleadas de vida es, 564-5
 rondas exteriores y, 517-8
- Clave de la Teosofía, La (Blavatsky)**, 214
- Cleanthes el estoico**, 30, 416, 480
- Clemente de Alejandría**, sabía de los Misterios, 255, 472
- Colores**, 84, 124, 340
- Colosenses**, la jerarquía en, 85
- Cometa (s)**, 164
 centro laya en el corazón de, 366-7
 descrito, 61, 65-6, 109, 330-1, 511
 electrones solares, 228
 en la jerarquía de Siria, 319-20, 333-4
 Neptuno como planetario, 507-8
 periódico, nombrado, 66
- Compasión**, 303, 314, 396, 529, 593. *Ver también Jerarquía de la Compasión*
 bodhisattva y, 300, 312
 Buddha y, 313
 clave para el desarrollo, 297
 en la doctrina del corazón, 221
 tamaño no índice de, 399
- Cascarón (es)**
 mundo de, 119, 137, 442
 primeras razas sin sentido, 568-9
- Conciencia**, 211, 405
 cada uno debe seguir su propia, 283, 378, 408
 los que no tienen, 193
 no depende del tamaño, 450, 475
 nuestra, en nuestro plano, 293
 raíz, de 177-8
 universal, 601-3
 voz del *daimonion* de Sócrates, 397, 405
- Confucio (ianismo)**, 92, 572

- Conservación de la Energía**, teoría defectuosa, 107-8, 176-7, 565
- Constelaciones**
cadena planetaria y, 519, 545-6
por qué los antiguos llamaron a los planetas, 424-5
- Constructores y arquitectos**, 326, 493-4
- Continente (s)**. *Ver también la Atlántida, Lemuria*
cada raza raíz tiene su propio, 388
de polvo cósmico, 331-2
sumersión de, 344-5
- Continuo**, toda manifestación un, 558-9
- Contradicciones**. *Ver Paradoja (s)*
- Contrarios**, 183, 370, 474
- Convertibilidad de las Fuerzas**. *Ver la Conservación de la Energía*
- Copa**, símbolo de los Misterios, 249
- Corazón**, doctrina del, 434, 523
buddhistas del norte conservan, 221, 423
- Corintios 2**, 463-4
- Corona**
en la jerarquía judía, 86-7
de los Misterios, 249-50, 478
- Coronación**. *Ver Corona*
- Cósmico Huevo**. *Ver huevo de Brahmā*
- Cosmogonía**. *Ver Manifestación*
- Cosmos el Grande**, y los Misterios, 471
- Creación**, definida, 101-2, 431
- Creador**, no el dios supremo, 494
- Creativo Mundo**, de la Qabbālāh, 441-2
- Criminal**, persona no desarrollada, 593
- Cristianismo**, 17, 19, 216, 219, 257, 379, 415, 522
ángel de la guarda de, 405
ateísmo y, 303, 490
cierre de los Misterios y, 284
creación de la nada de, 101, 251
Dios de, 490-1, 494
enseñanzas jerárquicas de, 74, 84-5, 334-5
epifanía de, 243
estados posteriores a la muerte de Dante, 172-3
infierno de, distorsionado, 139-40, 161, 163, 175
influencia de Dionisio en, 73-5, 335
intolerancia de, 469-71
“leyes de la naturaleza” concepto de, 199-200, 376
logos en, 429-33
los puros de corazón ven a Dios, 446
mitos de, 237-8, 254-5
monoteísmo de, 69, 70, 415-6
origen de las enseñanzas, 71-3, 254-5, 334-5, 472
origen del mal en, 182
“pecado contra el Espíritu Santo” de, 57, 450
pralaya, descrito en 113
principio permanente del hombre, 218-9
resurrección de muertos en, 219, 535
santos y, 70
secreto en, 248
sucesión apostólica de, 280-2
supresión del conocimiento por, 200-1
Trinidad de, 45, 294-5
triple hombre en, 22
verdades esotéricas, 4, 92, 221
- Cristianos Padres**, primeros 471-3
- Cristo (s), Christos**, 311, 463, 596. *Ver también Avatāra (s)*
Buddha o, 219
cada uno potencial, 158, 295, 359
crucificado en la materia, 237
definido, 220
falso, 407-8
figura de misterio, 432
hijo cósmico, 45
iniciación produce, 402, 407, 499-500
interior, 129, 158, 261, 409, 431
“nacimiento immaculado” de, 386
Resurrección y el nacimiento de, 256
viene cíclicamente, 408
- Crítico**, no el hombre sabio, 378
- Cronología**, esotérica, 238-9
- Crucifixión**, de los Misterios, 249, 255, 477
- Cruz**, simbolismo de, 457
- Cuarenta y nueve**, 123, 495
“fuegos” 575
lokas y talas, 424
subplanos, 497, 499
- Cuerpo (s)**, 218, 228, 233, 554
almas en los planos superiores, 155-6, 232
astral, 426
dioses, mónadas, átomos y, 381, 382, 404, 411, 413, 428

- evolución de, apropiado para globos, 516
 físico, el alma más baja, 225, 235, 237, 259, 262, 385, 426
 físico, no un principio, 80-1, 136
 físico, tiene consciencia, 150
 hombre excreta su propio, 562
 hombre responsable de átomos de, 158
 cósmico, en el pralaya, 179
 un kosmos, 342
 órganos de, universos, 228-9,
 polo pasivo de la naturaleza, 202
 resurrección de, 535-6
 un templo, 146, 342
 vidas infinitesimales de, 604
- Cultos**, 514, 528
- Curies**, 362
- Daimones**, 395, 397
- Daimonion (Daemon, Daimon)** de Sócrates, 397, 405
- Daivīprakṛiti**, 432. *Véase también Aeter*
 definición, 441
 nebulosa luminosa manifiesta, 57, 59, 65
 o Segundo Logos, 297
- Dalai-Lama**, y Buddha, 272-3
- Damascio**, 173
- Damodar**, enseñanzas dadas a través de, 503-4
- Dante**, *Divina Comedia* de, 172-4
- Darwin**, 189, 363
- Deber**, y el chela, 588, 590-1, 591-2
- Décimo segundo día**, 242
- Deidad (es)**, 70, 491-3, 522
- Deimos**, 510
- Delfos**, 128, 540, 601
- Demiurgo**, 310, 431
- Demócrito**, 422, 451, 479
- Desātir, El**, citado, 405, 430, 501-2, 553-4
- Descendente Arco. Ver Arco de Sombras**
- Deseo. Ver también Kāma**
 divino, y Marte, 569-70
- Deva (s)**, 215, 392
 bodhisattva superior a, 304
 en una historia del Upanishad, 36-8
 más y menos que el hombre, 127
 la séptima raza y, 400
- Devachán**, 168, 561, 584
 definido, 58, 167
 un estado, no un lugar, 467
- nirvana y, 110, 159, 443
- Devoción**, 215
 en el chela, 588, 589-92, 597
- Dhamma-Chakka-Ppavattana-Sutta**, citado, 572
- Dharmakāya**, definido, 229-30
- Dhruva**, swar-loka llega a, 452
- Dhyān (i) –chohan (s)**, 149, 216, 269, 377, 604
 átomos de vida se convertirán en, 551
 clases o reinos de, 230, 493, 576-7
 como constructores, 269, 326, 493, 576
 dan impulso a la naturaleza, 313-4, 328
 definido, 135, 429
 detrás de las leyes de la naturaleza, 169, 379
 detrás de los cuerpos celestes, 79
 guían nuestra evolución, 135, 159, 212, 377-8
 el hombre se convertirá en, 159, 179, 335, 551, 570
 logos o, 237
 māmō-chohans polo del mal de 216-7,
 Manu o, 47-8
 pitṛis y, 395-8
 planetas sagrados y, 341, 515-6
- Dhyāni-bodhisattva**, de globo, 269, 277
- Dhyāni-Buddha (s)**, 384
 arquitectos o, 326, 493
 buddhas se derivan de, 232
 de la cuarta ronda, 231-2, 269, 348, 402
 definido, 230, 268, 429
 eran hombres, 377
 en la Jerarquía de la Compasión, 297-8, 377
 preside sobre las rondas, 269, 277, 298-9
- Día de Brahmā (Día divino)**, 135, 136, 139, 141, 231, 337, 385
 duración de, 112, 142, 180, 289-90
 el libre albedrío y, 307-8
- Día de Marte**, 244
- Día Sé Con Nosotros**, el, 314
- Diablo (s)**, mal, maligno 247
 māmō-chohans y, 216-7
 origen del mal y, 182
- Diáda (Dúada)**, 195-6, 583-4
- Diágoras**, acusado de impiedad, 249
- Diagrama (s)**, 53, 121, 337
 de las almas y los egos en el hombre, 235, 259

- de la cadena planetaria, 338, 439, 496, 518-9, 531, 542, 557
- de descenso en la materia, 110-11
- de los diez principios divididos, 582-3
- de globos con el zodiaco, 545
- de globos en subplanos, 497
- de la jerarquía de Siria, 333
- de la jerarquía humana, 82-3
- de la manifestación cósmica, 43
- de las mónadas, 121-2
- del punto en el círculo, 383
- de razas raíces, 287
- de siete principios humanos, 195
- de símbolos, 456-7, 467
- de términos jerárquicos, 395
- de la Tetraktys, 87
- Días de la semana**, origen de sus nombres, 244, 321-2
- Diez**
 - hombre construido en la escala de, 147, 157
 - iniciaciones, 352
 - manera de dividir al hombre, 582-5
 - número clave, 80-1, 87, 147-8
 - número jerárquico, 72-3, 418, 448, 518, 522
 - en el pensamiento griego y latín, 174-5
 - siete y, 87-88, 124, 147-8
- Dimensiones**, el espacio de sólo tres, 464-5
- Dinastías divinas**, Misterios y, 255, 567
- Dionisio el Areopagita**
 - influencia de, 73-5, 92, 472
 - jerarquía de, 84-5, 335
- Dios**, 172, 181, 200, 219, 229, 304, 392
 - “Aquello” lo único, 375
 - corazón del universo no, 597
 - creación por, absurdo, 70-1, 101, 146
 - definido y explicado, 489-93
 - dioses mal traducidos, en la Biblia, 106, 441
 - Estoicos sobre, 25, 138
 - hecho por el hombre, 133
 - en la jerarquía cristiana, 74, 84
 - kósmico personal, no aceptado, 522
 - la ley natural será de, 200
 - una limitación, 178
 - origen del mal y, 182
 - Paramātman no el sentido Cristiano, 120
 - Pablo sobre el Incognoscible, 30, 415
 - Punto Primordial o, 84-5
 - sin intervención directa, 379
 - Spinoza lo concibe como Svabhavat, 132
 - sufí leyenda del Alma y, 260-1
 - Uno no personal, 209
- Dios (es)**, 72, 369, 375, 483
 - antigua comprensión de, 70-1, 200-1, 523
 - detrás del mecanismo del kosmos, 56-7, 169
 - devas como auto-conscientes, 127
 - doce rayos solares, 558
 - enseñaron a la humanidad temprana, 266, 540
 - en el Evangelio de Juan, 429-30
 - fuerzas son, 597
 - el hombre puede llegar a ser, 149, 158, 181, 219, 327, 377, 418, 602-3, 606
 - impotentes sin cuerpo material, 230
 - interior, 431, 435, 604
 - mónadas, átomos y, 327, 359-60, 374, 376, 381, 382-6, 391-4, 403-4, 411, 413, 417, 428, 431, 451, 458, 473-4, 486, 493, 550-1
 - nosotros mismos, pero diferentes, 327
 - se viste con aura, 383
 - tamaño de, sin importancia, 400
 - teopatía, teofanía, teopneustia, y, 277-8, 406-7, 435-6
 - en los tres planos más altos, 440
 - un verdadero sol, 368
- Disciplina**, 446-7
 - precede los Misterios, 566-7, 590
- Discípulo (s)**. *Ver también Chela (s)*
 - falsos, hacen sectas, 408
 - maestro-, relación, 586, 587, 600-1
 - virtudes marcan al, real, 529
- Discriminación**, el cerebro-mente no tiene, 331
- Divina alma**, 235, 237, 259, 260, 520
- Divina Comedia (Dante)**, 172-4
- Divino derecho de los reyes**, 255, 568
- Divino ego**, 235, 237, 259, 261
- Divino Poemandres, El**, 174
- Divino rayo**, 122
- “Doce signos del zodiaco”**, Los (Subba Row), 538
- Doctrina del ojo**
 - Budhistas del Sur conservan, 221, 423
 - filosofías públicas, 434, 523

- la teosofía, 482
- Doctrina Secreta, La (Blavatsky)**
- aparentes contradicciones, 329, 422
- conferencias sobre, para simplificar, 4, 40, 504-5, 553
- cuatro planetas secretos en, 506, 511, 515, 524-5
- diagrama de, 496
- sobre la encarnación del Ser Maravilloso, 272-3
- libro esotérico y exotérico, 234
- lista jerárquica en, 297
- Marte-Mercurio controversia en, 204-5, 503-4, 521, 523-4
- sobre nuestra cadena planetaria, 525
- sobre razas raíces, 343-4
- citada en:*
- alcance de las estancias, 20-21
- alquimia del hombre, 279
- altar de la Causa sin Causa, 3
- analogía, 527
- Aquello 12-13
- Arhats de “Niebla de Fuego”, 207, 222
- átomo, 365, 373, 479-80
- cadena planetaria, 504
- caída del hombre, 291-2
- “Coadunación y Consustancialidad”, 560-1
- creación y transformación, 173
- demurgos y los Dhyān Chohans, 310-1
- diez, 87-8
- dioses y el Ilimitado, 488-9
- dioses, mónadas, y los átomos, 39, 486
- dualidad en la manifestación, 39-40
- el sol como el corazón y el cerebro, 553
- Elohīm y el hombre, 91, 103-4
- emanación de Dhyānis, 295-6
- entendiendo las fuerzas, 246, 282
- etapa humana de la evolución, 373
- evolución de la mónada, 151
- fuegos vitales latentes, 403
- Gran Aliento, 41, 53
- hipótesis nebular, 51
- huestes creativas, 90
- idealismo objetivo, 83
- inteligencia en la naturaleza, 63, 103
- jerarquía de los sirios, 325-6
- jerarquías, 63
- Judaísmo y religiones antiguas, 90
- levantamiento del hombre a Padre-Sol, 347, 356
- guiando la vida, 527-8
- los seres fueron o serán hombres, 77
- Mahā-Guru, 208
- manifestación cósmica, 63-4, 76
- māyā, 29
- misterios de la naturaleza y de la ciencia, 336-7
- mónada, 116, 382
- “muchas humanidades”, 416-7, 420-1, 437, 447, 461
- mundos se interpenetran, 130-1
- Padre-Madre, 117
- Principio-Sustancia uno 20
- proposiciones sobre el universo, 143-4
- sacrificio de los espíritus, 162
- universo septenario, 530 541
- siempre vivo humano Banyan, 187-8
- tercera proposición fundamental, 30, 116
- tres proposiciones fundamentales, 7-8
- triángulo de Pitágoras, 76
- Una-Vida, 12
- enseñanzas sobre las cadenas incomprendida, 204-5
- estudio, cambia los corazones y las mentes, 140-41
- habla de globos más bajos, 542
- Doctrina Secreta “III”, La (Blavatsky),** citada, 264
- Dogmatismo,** 378, 462, 565, 599
- Domiciano,** y Apolonio, 255
- Dominaciones (Dominios),** 84, 320, 333
- Dramas,** de los Misterios Menores 284
- Dualidad,** 44
- de la mente, 202
- en la naturaleza, 33-4, 377, 474
- Duns Escoto,** 74
- Dzyan,** Libro y Escuelas de, 430, 585, 594
- Eclesiastés,** citado, 218-9
- Ecos del Oriente (Judge)** citado, 420
- Edad avanzada,** debe ser noble, 141-2
- Edad Media,** el ocultismo en, 164

- Edades**, relativas, de los planetas, 199-200
- Edda (s)**, 4, 12, 17, 174
después de la muerte, regiones en, 171-2
- Edén, Jardín del**, 47
- Educación**, oculta vs occidental, 170, 329, 366, 427, 462-3
- Efesios**, términos de jerarquía en, 85
- Egipto**, 17, 182, 249, 371, 521
enseñan muchas almas en el hombre, 157
enseñanzas después de la muerte en, 170-1
escritos Herméticos de 174,
“Libro de los Muertos”, 17
mitología de, mal entendida, 69
nuevo año de, en el verano, 240
pirámides, iniciaciones en 285,
símbolo del huevo en, 49, 485
trinidad cósmica de, 45
- Ego (s)**, 233, 300, 602, 604. *Véase también el ego Reencarnante*
entre el ser y el alma, 157-8, 165-6, 224-5, 294
en el hombre, 235, 237, 259, 261
el ser contra, 153, 156, 384, 436, 601, 604
- Egoidad**, tercer principio-elemento, 426
- Egoísmo (s)**, 156, 215, 436, 455, 587
- Einstein**, Albert, 316, 343, 364
- Electricidad**, 59
bipolar, 449, 526
corpuscular, 362
- Electrón (es)**, 427, 507, 533
planetas como, 228-9
seres en, 342
- Elemental (es)**
funciones del cuerpo y, 202
mundo, 395, 398
pensamientos se convierten, 354
- Elemento (s)**, 404, 432. *Véase también Lokas y Talas, Prakṛiti (s), Tattva(s)*
cada globo tiene siete, 206
correlacionado con otros sistemas, 395-8
definido, 349, 351, 425-6
evolución a través de, 417, 425
globos no corresponden a, 206, 352, 440
del hombre, 406, 412, 425-6
en la jerarquía de Siria, 320, 333-4
lokas y talas y, 450-1, 465-8, 474, 485, 493
Nacimiento de, en el estoicismo, 138-9, 339, 409, 412-3, 417, 555-6
principios y, 260, 338-40, 353, 406, 412, 417, 425-6, 438, 439-42, 447-8, 458, 465, 465-8
Sin Nombre, 334, 412, 417
Stoicheia o, 352
svabhāva de, 442, 468
tres de diez cósmico, arūpa, 147
- Eleusis, Misterios de**, 52, 244, 265
cambio, 240
Cicerón pasó a través de, 283, 411
se describen, 283
énfasis religioso de, 267, 284
hierofantes y porta-antorchas de 281,
mitos griegos explicados, 41
psychopomp en, 244
rehusaron la entrada a Nerón, 471
el secreto de, cuidadosamente guardado, 285
Zenón iniciado en, 411
- Elohim**, 10, 95-98, 105, 218, 320
definido, 97, 106
mal traducido como Dios, 106, 441
son nuestras mónadas, 99-100, 123, 134
- Emanación**, 86-7, 376, 442
definida, 100-1
idea estoica de, 145-6
- Empíreo (a)**, 115, 172
- Encarnaciones**
número de humanos, conjunto, 307-8
por qué las pasadas, no se recuerdan, 329-30
- Eneida (Virgilio)**, 175
- Energía. Véase también la Conservación de la Energía, Fuerza (s)**
potencial, un absurdo, 107-9
- Enfermedad**, la causa de, 345
- Enseñanza (s)**, 504, 529, 599
distorsionada por los seguidores, 306-7
ética esencial, 380-1, 528
expresa las operaciones de naturaleza, 567-8
sobre los globos de nuestra cadena, mal entendidas, 503, 506, 523-4
lealtad a, 406
origen de, 567-8

- por qué, se mantienen secretas, 247-8
 prueba de, 551-2, 565-8
 teosóficas, mal entendidas, 402-3
 universales, 573
- Entelequias**, o mónadas, 132-5
- Entidad a las abstracciones**, 168-9,
 462-3, 466, 468
- Epicicloide Diagrama**, 110-11
- Epicuro**, 304, 422, 451, 479
- Epifanía**, 243, 277
- Equinoccios y Solsticios**, 240-42
- Eros**, en el Caos, 570
- Escandinavia**, 174, 408
 enseñanzas después de la muerte en,
 171
- Escocés**, y su perro, 215
- Escolásticos**, medievales, 74
- Escorpión y globo F**, 545, 546
- Escuela Esotérica**, 190, 194, 253, 366,
 421
 miembros de, “científicos”, 283
 no Lamaísmo, 272
 términos no utilizados en, 268
- Esfera (s)**, 465, 547
 dormidas, 518, 534-5, 549
- Esféricas, Doctrina de las**, 502, 530, 541,
 544. *Véase también la (s) Cadena(s)*
Planetaria (s), Sistema (s) Solar
 (es)
 el aspecto de la reencarnación, 516
 cuatro aspectos de, 505-6, 508-9, 514-5
- “Esmeralda Tabla de Hermes”**, 404-5
- Esotérico**, 477-8, 552. *Véase también*
Exoterismo
- Espacio**, 359, 480
 átomos de vida que cuelgan en, 533,
 561
 definido, 374-5, 381, 391, 414, 421,
 dimensiones de 464-5
 espacios del, 383, 425
 lokas y talas son, 473
 Plenitud de, 210, 251, 391, 414, 416,
 418, 421-2, 425, 427
 los seres son, 391, 416, 418, 474
- Especies**, clave para el origen de, 131
- Espíritu**, 311-2, 357, 398, 554, 560
 alma vs, 150, 153, 366, 368
 camino de la derecha y, 183
 doctrina de vacío y, 423-4
 etimología, 441
 evolución dual y, 313-4
 evolución e involución de, 394
 la materia etérea, 361, 414, 425
 y materia, uno, 46, 108, 124, 185, 350,
 353, 425, 427, 475, 533
- Espíritu (s) Planetario (s)**, 231. *Ver*
también Dhyān (i) -chohan (s)
 constructores o, 269, 326
 definido, 135
- Espíritu Santo**, el pecado en contra del,
 57, 450
- Espíritus de las profundidades vastas**,
 446
- Estoicos**, 25, 74, 174, 218, 421
 Aratus y Cleantes eran, 415-6, 480
 Cristianismo sacó de, 71-3
Krasis di 'holou de, 67, 155
 logoi espermático, 137-8, 145
 nacimiento de elementos de, 138-9,
 145-6, 339, 409, 412-3, 417-8, 555-6
 origen del término, 411
 Plenitud del espacio de, 422
 teocracia de, 56, 155
- Estrella (s)**, 239, 320
 de los Magos, 255
- Estrellas-dobles (binarias) 510**
- Esvástica**, 457
- Éter**, 351-2, 423
 no el éter, de la ciencia, 397
- Eternidad**, 211
- Ética**, 150, 159-60
 análoga a las leyes de cosmos, 604-6
 base de, 6, 33-4, 354, 381-2, 438
 esta en la raíz de todo, 473
 necesaria, 380-1, 528-9
 la necesidad de practicar, 484-5
 ocultismo y, 372-3, 446-7, 483
 los problemas del mundo y, 148-9
 svabhāva en la raíz de, 120-21, 126
- Eumólpidas**, hierofantes, 281
- Evangelios**, 268, 306
- Evolución**, 315, 327, 370, 377, 381,
 409, 437. *Ver también Emanación,*
Svabhāva
 auto-dirigida 127, 134, 313, 328, 373
 definida, 100-1, 156, 602-3
 dhyāni-buddhas detrás de la, 298
 dos líneas de acción de la 313-4,
 elevar las almas al ser en la, 155, 158,
 225-6, 298
 Escuelas de Misterios y acelerar, 314
 del globo A en la primera ronda, 546-8

- de globos, 350
humanos, copias de los mundos, 223-4, 475
idea estoica de, 145-6
involución y, 394, 474
cósmica, 156-7, 539, 555
de las oleadas de vida, 474
plan generalizado de, 184, 403-4
punto crucial en nuestra, 307-8
quinta joya o llave de la, 185, 189
símbolos de, 456, 467
del sistema solar, 392
surge detrás, svabhāva, 516, 520-1, 531
teosófica, no transformismo, 189, 327, 363, 554-5
terrestre, descrita, 337-8
tres líneas de, humana, 147-8
- Excedente de la Vida**, 109
explicado, 443, 550, 562-3
en la primera ronda, 547-8, 576
- Éxodo**, 106
- Exoterismo** 446, 476-7
de la *Doctrina Secreta*, 234
no es falso, 41, 181-2, 274, 523
- Externas Rondas**. *Ver Rondas, internas, externas*
- Eyn (Ain) Soph**, o lo Ilimitado, 22, 86, 121
- Ezequiel “ruedas” de**, 142, 454
- Fálico condición**, una degradación, 458
- Familiar Raza**, 275-6, 287-8
- Fatalismo**, no es svabhāva, 129, 135, 137
- Fausto (Goethe)**, 438
- Fe**, 403, 503
- Felicidad**, se encuentra en la unidad, 202-3
- Fenicia**, 320
- Fenómenos**, no se basa el ocultismo en, 164
- Fijas**, Estrellas, 320, 333-4
- Filosofía**, 370, 434, 461
la moral necesita base en, 438
- Filótrato**, 255
- Fisiología**, del Universo estudiada, 554
- Flavius, M.**, y el calendario Juliano, 241
- Fobos**, no una luna, 510
- Formativo Mundo**, de la Qabbālāh, 441-2
- Foso**, la aniquilación y el, 213
- Fracasos**, almas perdidas, 262-3
- Fuego**
como elemento cósmico, 138, 339-40, 351, 398, 412-3, 440, 555-6
destrucción por, 343-4
en la jerarquía de Siria, 320, 333-4
- Fuerza (s)**, 438, 522. *Ver también la Materia, Espíritu*
divina, 597-9
emanación del centro laya, 367
espíritu y la, son uno, 108, 124, 350, 353, 427, 475, 533
fuente de svabhavat, 192
inteligencias como, 265
materia a un plano superior, 427-8
materia etérea, 61, 124, 177, 361-2
la materia y la, son una, 61, 108, 177, 317, 340, 350, 353, 361, 427, 475, 533
no convertida o transformada, 107-8
principios y, 439, 465
el sol una masa de, 319, 367
visión científica de, 177, 362-3
- Galesa Literatura**, sabiduría en, 181, 476
- Gautama Buddha**. *Ver Buddha Gautama*
- Gāyatrī**, 130
- Géminis**, y globos, 545, 546
- Génesis**, 320
los Elohim se convierten en hombres, 123, 134
tomado de los babilonios, 85
traducido y explicado, 10, 93-101, 104-6
- Geocéntrico**, punto de vista 115
justificación de, 9, 320, 424
- Germánicas**, tribus, 69, 240
Misterios de, 52-3
- Gignomai**, 132
- Ginnungagap**, 171-2
- Glaciares períodos**, causa de 363-4,
- Globo (s)**, 351, 438, 441, 453, 475, 489.
Véase también Globo ronda, Cadena (s) Planetaria (s)
bodhisattva para cada, 277, 299
cada cuerpo tiene seis compañeros, 206
cada uno, con sus propios lokas y talas, 450, 468, 485
cada uno, un átomo, mónada, o dios, 451, 551

- en “coadunación pero no en consubstancialidad”, 560-1
- construcción de, 487, 516
- correlacionado con los principios, 138-42, 206
- diagramas de, 338, 439, 496-7, 518-9, 531, 542, 545
- doce, de la cadena planetaria, 519, 545-7
- doce, del sol, 558
- elementales en el centro de, 398
- elementos y, 338-40, 352, 398-9, 417, 440
- evolución de las oleadas de vida en, 109-12, 287-8, 442, 497-9, 530-1, 550, 561-5, 575-9
- evolución de, 352, 493-4, 541-3, 556-7
- evolución de, a través de subplanos, 497-500
- frecuentemente llamados planetas sagrados, 525
- el hombre superior al, en que vive, 342
- lunar, 533-4, 541-3, 582
- mundos no son , 444, 448, 465
- nirvana entre, 443
- no principios o elementos, 206, 352, 440, 458, 526, 560
- en otros, pueden verse dos soles, lunas, 206, 509
- planetas sagrados y, 317, 511, 515, 517
- planetas, zodiaco, y, 545-7
- Sinnett mal entendió, 503, 506, 523-4
- los superiores no, puede verse, 524
- Globo ronda**, 287, 287-9, 495, 499, 530, 550
- Gnósticos**, 494-5
- aions de los, 118, 465
- Gnōthi seauton**, “conócete a ti mismo” 601
- Gobi desierto de**, Śambhala próximo, 407
- Goethe**, 438
- Gran Iniciador**, 212, 223, 232, 250, 256, 269, 273, 277, 302. *Véase también Vigilante Silencioso, Ser Maravilloso*
- Gran Sacrificio**, 211, 213. *Véase también Observador Silencioso, Ser maravilloso*
- por qué es llamado así, 214-15
- Grecia, griego (s)**, 142, 145, 243, 314, 320, 352, 356, 424, 438, 446, 510, 521, 570, 590, 601
- año de, comenzó en otoño, 240
- astrología pública prohibida en, 544
- “ateísmo” en, 303, 490
- atomistas de, 395, 422, 479
- átomo en, 373, 479
- copa de cicuta de, 249
- cristianismo sacó de, 472-3
- la escritura de, 94
- Estoicos de, 155, 174, 409, 411
- infierno, 163
- jerarquía de, 72-4, 81, 174-5, 395-8, kosmokratores de 493
- logos de 429,
- Misterios de, 16, 41, 265, 267, 281, 283-4, 603
- mitología de, 41, 69-70
- nueves y decenas en el misticismo de, 174-5
- pensamiento mecánico de, 138
- pleroma o plenitud de, 375, 414, 423
- símbolo del huevo en, 485
- teofanía, teopneustia, teopatía de, 277-8, 406-7, 435-6
- Gregorio Nacienceno**, 470-1
- Gregorio XIII**, Papa, 257
- Guarda**, Ángel de la, 405
- Gūph**, 22, 119
- Gupta-vidyā**, o el ocultismo, 482
- Guru**, y **chela**, 585-6
- Guruparamparā**, 280
- Hábitos**, 154, 168-9, 484
- Hades**, 72, 174, 253
- Haeckel**, teorías inadecuadas, 363
- Halo**, significado de, 478-9
- Hari**, 27
- Hebreo**, idioma 94-6
- Hebreos**, Evangelio de acuerdo a, 407
- Hechiceros**, almas perdidas como, 216
- Hechos**, Dios Incognoscible en, 30, 415
- Hedin**, Sven, 272
- Heliocéntrico Sistema**, antiguos sabían, 321
- Helmont**, van, uso de la “mónada”, 120
- Herejía de la separatividad**, 57, 450
- Hermandad**, 45, 91, 484, 593
- acorde perdido, 460
- base de la moral, 34-5, 354

- Grande, en Śambhala, 407
 herejía de la separatividad, 57
 idea Estoica de, 56
 Sinnett no podía comprender, 591
 universal, 6, 377, 546
- Hermano mayor**, 410. *Ver también*
 Mahatma (s)
- Hermanos de la Luz**, 183-4
- Hermanos de la Sombra**, 183-4, 371, 484-5
- Hermes**, 244-5
 Mercurio o, 258
 “Tabla Esmeralda de” 404
- Hermético Axioma**, 211, 294, 450, 453, 466, 476, 510, 522
 citado de “Tabla Esmeralda,” 404-5
- Héroes**, en la jerarquía griega, 72, 395, 397
- Herschel**, Sir William, 77-9
- Hesíodo**, 50, 174-5
- Hierofantes**, sucesión de, 85
- Hijo**
 cósmico, 45, 48, 122
 del Sol, 371
- Hijos de la Mente**. *Véase también*
 Mānasaputras
 nos convertiremos, 298
- Himalaya**, al norte de Śambhala, 407
- Hinduismo**, 49, 408. *Ver también* el brahmanismo
- Historia de la civilización en Inglaterra** (Buckle),
 citado, 469
- Hombre**, 55, 68, 134-5, 219, 228, 418-9, 434. *Véase también el Reino Humano; Principio (s) Humano (s)*
 Absoluto era un, 181
 almas y egos en, 235-7, 260-2
 analogías entre el cosmos y, 146, 211-12, 223-4, 561-2
 átomos de vida se convertirán en, 536, 551
 compuesto, 149-50, 194-5, 406
 “Conócete a ti mismo” 128, 601
 construido en una escala de diez, 147, 157
 se convierte en Bodhisattva, 299-300
 creador, 102, 135, 159
 debe salvarse a sí mismo, 129
 descenso de, en la materia, 107, 109-12
 el despertar de la mente en el, 348-9
 destino del, 294, 327, 418-9, 436-7, 536, 551
 dhyanī-chohans, Pitris, y, 398
 diez veces, 147, 157, 583-4
 dios en embrión, 135, 158, 181, 231, 377
 una divinidad, 31, 106, 385
 división Qabbalística del, 22, 119
 división triple del, 22, 80, 270
 doce veces, 569-71
 duración de vida de una persona, 288-9
 Elohim proyectado en el, 99-100, 123, 134
 es centro laya, 367
 la evolución o la construcción del, 404, 422, 421,
 fundamentalmente, es todo, 45, 128
 en la jerarquía de Siria, 333
 en la jerarquía griega, 72, 395
 jerarquía, 80-1, 134, 157-8, 299
 más alto que el planeta o el sol, 342, 357
 microcosmos, 134, 466
 muchas divisiones del 80-1,
 no principio durable en el, 194-5, 218, 261, 298
 ordinario, frente al Mahatma, 195-6, 353-4
 polos pasivos y activos en el, 202
 en las primeras rondas, 104-6
 puesto en la jerarquía de Compasión, 297, 395
 reino mineral y el, 577
 separación de sexos del, 105-6, 272-3, 389
 Ser Maravilloso, 213
 ser, mónada, y el ego en el, 604-5
 siete principios del, 22, 23-4, 45, 80-1, 136
 upādhis del, 147
- Homero**, 30, 50, 174
 Cadena de Oro de, 119, 174, 377
 Hermes guiando las almas en, 244-5
- Horus**, 45
- Huevo**
 de Brahmā, 454, 479, 485, 487, 493
 como un símbolo, 49-50, 97, 137, 485
- Huevo Áurico**
 aspecto más elevado del universo, 122, 451
 buddhi, de ātman, 141

- mónada Padre-Madre de, 520
 mónada se desarrolla en el interior del, 137
 planos del, 137-8, 141, 450-1
- Humanidades**, 416, 437, 451
- Humano Reino**, 231, 262, 448. *Véase también, Hombre*
 evolución de, 443, 578
 en la primera ronda, 548, 564, 576-7
- Hume, A. O.**, 514
 comunicación con Mahatmas, 503, 508-9
 enseñanzas mal interpretados, 523-4
- Hyparxis**. *Ver Jerarca (s)*
- Idam (Este)**, 16
- Ideal Hombre**, 44, 49, 86
- Idealismo**, objetivo frente al Absoluto, 33, 132
- Iesous (Jesús)**, 254
- Ilíada (Homero)**, 174
- Ilimitado**, El, 224, 238, 350, 351, 492
 cero símbolo para, 209-10, 250
 Eyn Sōph como, 22, 86, 121
 manifestación cósmica y, 44, 48
 no Caos, 359-60
 símbolo de Vacío, 251
 unidad con, 353
 Uno y, 209-11, 250
- Ilusión**. *Ver Māyā*
- Imperfección**, causa de, en el mundo, 438
- Impersonalidad**, 156, 406, 418
- India**, 321, 349, 521
 estudio en la antigua, 529-30
 taza de Soma en, 249
- Individualidad**, 127, 183, 396-7 426
- Indra**, de Upanishads, 36-8
- Infierno (s)**, 129, 152, 167, 182, 213
 alma atraída al, 167-8, 176, 430
 almas perdidas y, 166
 avichi o, 198
 basado en la incompreensión, 489
 Cristiano, no existe, 139-40, 161, 163, 175
 en las diferentes culturas, 169-72
 estados y localidades, 176
 Jesús descenso a, 255
 muchos grados de, 168
 naturaleza de, 163
- Talas llamados, 449-50, 455, 467-8
 la tierra un, 571, 582
- Infinitesimales**, 228, 250
- Infinito**, 42, 81, 414
- Inglés idioma**, 7, 132
- Iniciación (es)**, 265, 285, 357, 366
 Aceleración o forzando el proceso, 252, 277 297, 314, 328
 antiguas costumbres basadas en, 477
 aprender al convertirse durante, 500
 Cicerón sobre la, 411
 cómo las enseñanzas se comunicaban en, 539
 cuarta, 315, 436, 500, 590
 décima, 436
 definida, 358-9, 600
 encarnación de mānasaputras y, 296-7, 358
 grados de, y elementos cósmicos, 352
 Hermes como guía en, 244, 258
 hipócritas no aptos para, 471
 los registros de los antiguos, 476-7
 Mitraicos, siete grados de 171,
 objeto de, 402, 406, 434
 Pablo se refiere a, 415-6, 463-4
 las primeras tres, 252, 436, 590
 la quinta, 253-4, 277, 591-2
 séptima, 591-2,
 sexta 254, 591-2
 sexta y séptima joyas y, 185-6
 siete o diez joyas o estados de, 251-2
 teofanía, teopneustia, teopatía, y, 277-8, 406-7, 435-6
 tres resultados de, 286
 vivir el futuro de la raza en, 386-7
- Iniciado (s)**, 139, 371
 Pablo un, 415, 463-4
- Iniciador**
 Grande, *véase* Ser maravilloso
 padre y madre del discípulo: 600-1
- Inmortalidad**, 183, 371, 418. *Ver también Amrita-Yāna*
 condicional, 149, 226
- Inmutabilidad**, no, 210-11
- Interés Propio**, 372, 484, 596
 Ben Zoma y, 446
 calidad del arco sombras, 452
 cierra las puertas de la inspiración, 215
 raíz del mal, 183-4
- Internas Rondas**. *Ver Rondas, Internas, Externas*

“Introducción al Timeo” (Taylor),

citado, 388

Intuición (es), 587, 598

espiritual, 380-1

necesaria, 403, 530

paradojas aceleraban, 331

sabios apelan a, 539

Involución, 394, 456**Isā Upanishad,** citado, 143, 325**Isaías,** describe un pralaya en, 113**Isis,** 45, 427, 540**Isis sin Velo (Blavatsky)**

sobre la astrología, 538

sobre cristianismo de Constantino, 469

sobre éter, 410

sobre Jesús y Apolonio, 304

el hombre el espejo del universo, 347

sobre un solo Dios, 469

sobre los seres sin alma, 193

sobre Tcharaka y el mundo como un átomo, 481

Isla de Pascua, 457**Islam.** Ver **mahometanos,** musulmanes**Iśwara,** 309**Jámblico,** citado, 187, 325, 355, 380**Janar-loka,** 448**Jardín de las delicias,** cuatro rabinos en 445-7,**Jardín del Edén,** 47**Jehová,** 30, 85, 100, 304

dios creador inferior, 494

monoteísmo judío y, 69-70

Jerarca (s), 68

se conecta a uno por encima de , 106, 119

evolución y, 375-6

hyparxis o, 71, 72, 106

jerarquía unida en su, 106-7

un número infinito de 597,

raíz de todo en su jerarquía, 106-7, 177-8

Jerarquía (s), 117, 122, 145, 209, 211,

236, 332, 359, 368, 375, 475, 492, 603.

Ver también **Jerarca (s)**

el átomo tiene su propia, 250, 299

buddhico (a), 384, 595

cada una, tiene que poseer su

Svabhāva, 123-5, 132

de los cristianos, 84-5, 334-5

debajo de nosotros, 603

definida, 5, 67-8, 80-4, 299, 559

diagramas de 82-3,

dividida en siete, nueve, o diez, 82, 418, 448

entidades de, durante el Pralaya, 179

evolución de, 146-7, 155, 391, 440

de los griegos, 72-3, 174-5, 352, 395-8 humana, 157

no hay vacío entre, 474, 558-9

son el espacio mismo, 418

tercera joya, 185, 189

una unidad, 71, 560-1

Jerarquía de la compasión, 302, 348, 357, 396. Ver también **Adepto (s),****Logia, Mahatma (s), Observador Silencioso, Ser maravilloso**

arquitectos parte de, 326

avatāras y, 304

descrita, 297-8

ego necesario para, 436

Krishna como primer iniciador de, 309

lado-luz de la naturaleza o, 296, 313-4, 328, 356-7

líder de, 495

miembro, dentro de nosotros, 371, 402

obra de, 301, 370

salvadores de, 408

somos el anillo más exterior, 595-6

Jerarquía espiritual-psicológica. Ver**también Gran Iniciador, Observador Silencioso, Ser maravilloso**

arhats del séptimo peldaño de 253

buddhas en 232

Uno o líder de, 212-13, 214, 223, 226, 229, 269

Jerónimo, 470**Jesús,** 19, 84, 239, 329, 387, 429, 471, 541

advertencias sobre el secreto de, 248

avatāra, 272, 304-5

Buddha conectado con, 301, 312

citado, 156, 161, 163, 176, 279, 407, 434, 589

copa, corona de espinas, y, 249

encarnación de nirmāṇakāya, 272

epifanía de, celebrada, 243

esfuerzo teosófico de, 472

habló Arameo, 94

historia de una historia-Misterio, 254-6

inaugurado el ciclo Mesianico, 313

perteneció a nuestra Escuela, 268

- Ser maravilloso inspira, 277
 vivió, 305-7, 432
- Jīvātman**, 235, 237, 259, 261
- Job**, 279
- Johannes Escotus (Erigena)**, 74
- Joyas, siete**. Ver *Siete Joyas*
- Juan**, el evangelio según
 “Dios es un espíritu”, 492
 En la casa de mi padre... 161, 163, 176
 primeros versos de, 429-30
- Judaísmo**, 92, 240, 408, 470
 poco cristianismo del, 472
 sobre la manifestación cósmica, 10
 sobre ningún principio permanente,
 218-9
 Originalmente politeísta, 69-70, 106
- Judge, W. Q.**, 119, 287, 378
 citado, 420, 481, 572
- Julio César**, y el calendario, 241-4 257
- Júpiter**, 424, 505
 como planeta sagrado, 205, 315, 340,
 510, 515, 525
 construye globos, 532, 545-7
 dos globos de, en los planos superiores,
 206
 en la jerarquía de Siria, 320, 333,
 lunas de, 507
 nombrando los días de la semana y, 244,
 321-2
 tiene sus propios planetas sagrados,
 341-2
- Justiniano**, cerro los Misterios, 284, 471
- Kabeiroi**, o constructores, 267
- Kali Yuga**, período de, 75
- Kalpa**. Ver *Mahā-Manvantara* (s)
- Kāma**, 195, 307, 350, 426, 569, 583-4
 en las almas humanas, 235, 259, 261
 de un avatāra, 300
 definido, 23
 en la muerte, 179, 218
- Kāma-loka**, 166, 441
- Kāma-Rupa**, 217
 luna física a, 512, 532-4
- Kant, Immanuel**, 33, 154
 formuló la teoría nebular, 54, 77-9
 sentido moral instintivo y, 438
- Karma**, 22, 56, 117, 158, 252, 313, 330,
 358, 517, 521, 535
 buddha vs. avātara y, 312
- circulaciones del Kosmos y humanos,
 516
 definido, 153-4, 522
 de impulsos, después de pralaya, 404,
 419
 logoi espermático como, 145
 el mal pasado, de la humanidad, 387,
 389
 no una ley o hecho por Dios, 146, 153,
 168
 rechazar la verdad, 283
 segunda joya, 185, 189
 y las víctimas de desastres, 346
 vida del chela trae el pasado, 573-4
 voluntad de los seres espirituales, 154
- Kena-Upanishad**, citado, 18
- Khnumu**, y el huevo cósmico, 49
- Kosmokratores**, 532. Véase también el
Rector (es)
 constructores del mundo, 326, 356, 360,
 493
- Kosmos**, 485
 construcción de, 390, 409, 411, 421
 definido, 359-60
- Krasis di' holou**, de los estoicos, 67, 155
- Krishna**
 como adhiyajña, 309
 como avatāra, 305
 encarna en los períodos estériles, 270,
 586
- Krita Yuga**, duración de, 112
- Kriyāśakti**, 390, 568-9
- Kumāras**, 303
- La Belle au Bois Dormant**, 549
- Lamaísmo**, tibetano, y la teosofía, 272
- Lamarck**, enseñaba transformismo, 189
- Lao-tsé**, 20, 92, 305
- Laplace**, y la teoría nebular, 54, 55, 77-8
- Laya centro**, 374, 440
 ātman un, 81, 134, 136, 442
 definido, 366-7
 manifestación cósmica y, 58, 59, 61, 64-
 5, 108, 122, 394-5, 541-3
 muerte de la luna y, 533, 541
 todas las entidades, en el núcleo, 366-7,
 451-2
- Lealtad**, 368-9, 406, 588-93
- Leibniz**
 mónadas de, 100, 120, 132-3, 381
 optimismo de, 160-61

Lemuria. *Ver también* Raza-raíz,

Tercera

cataclismo y, 274

conocimiento se originó en, 282

fuego destruyó, 344

se levantará de nuevo, 276

mal karma de, 387, 389

Leo, y el globo A, 545, 546

Leucipo, 422, 451, 479

Ley (es), 247, 522

dhyān chohans forman, 379

hábitos kármicos o svabhāvas, 133

una universal, 81, 522-3

Ley (es) de la Naturaleza, 474

Análogas a los valores éticos, 604-5

Abstracciones, dar entidad, 168-9

explicado teosóficamente, 68-9, 198-202, 376-7, 390-1

Leyes de Manu, Las, citadas, 401

Lhamayin, como almas perdidas, 216-17

Lhas, solares o mānasaputras 296,

Libra, y el globo C, 545, 546

Libre albedrío, 313, 354, 379

ciclos y, 307-8

Liebre, cuernos de, y mājā, 32

Linaje-raza, 563-4, 577-8. *Ver también*
raza (s)-raíz

mejor término que raza-raíz, 508

punto medio de la cuarta, 513-4

tercera, 568

Liṅga-śarīra, 195, 218

las almas humanas y, 235, 237, 259, 262
definido, 23

secreta el cuerpo físico, 119

en la tríada inferior, 235, 259

Lisboa terremoto de, 346

Lobos, en la jerga de Siria, 267-8

Lockyer, Sir Norman, 78

Locura e iniciación, 286

Logia (Gran Blanca), 232. *Ver también*

Adepto (s), Mahatma (s)

el castigo de la traición por, 248-9

espíritu e intuiciones espirituales, 380-1

H.P.B., Buddha, mensajero de, 220

Jerarquía de Compasión y, 314, 348

los misterios se dijeron a los que se
comprometieron, 315

origen de, 568

Ser Maravilloso en, 277

sucesión de maestros en, 282-3

Logos, Logoi, 276, 441, 492, 515, 536

avatāra y, 270

Brahmánicos o cósmicos, 136, 511, 522
definidos, 429

doce fuerzas de energía solar, 558

encarnación de, 238, 586

espermático, de estoicos, 137-8, 145

en el Evangelio de Juan, 429-30

hombre y, 181, 238, 536

átomos de vida del hombre del, solar,
551

siete solares, 340, 511-2, 515, 517

Logos, primero

definido, 47-8

paramātmán o, 259

Logos, segundo. *Ver también* Svabhavat

Padre-Madre, 47-8

svabhvat es, 123

Logos, tercero, 147

Brahmā-Purusha-Prakṛiti o, 48, 260

demiurgo o, 431

Manu es, 47

Lokas y Talas, 339, 437, 458, 461, 482

alcance de tres inferiores, 452-3

cada globo tiene siete, 424-5, 444

cielos e infiernos, 169

explicado, 444, 448-50, 453-5, 465-8,
473-4, 485

iniciados van a diferente, 464

jerarquías o, 189, 209

lista, 448

son planos, 497, 526

son principios-elementos, 493

símbolos que muestra, 456-7, 467

Lucas, citado, 156

Lucifer, la revista

el año nuevo esotérico, 238, 243, 256

la teosofía vs ocultismo, 482

sobre los terremotos como precursores,
276

Lucrecio, 422, 451, 479

Luna (s), 49, 239, 258, 330

capturado frente a verdadero, 507-8

construye globo G, 532, 545-6

días de la semana y, 244, 321

doce veces, 581

dos, en cada plano más alto, 206

elementos humano más bajos de, 148

iniciación y, 359

en la jerarquía de Siria, 320, 333

madre de la tierra, 159, 533-4, 541,

546-7, 561, 575

- muerta, 203, 206, 418
 nueva, y año nuevo esotérico, 242-5,
 257-8
 planeta sagrado, 205, 315-8, 341-2, 510,
 515, 525, 545
 punto más bajo del mahā-manvantara,
 180, 454
 se desintegrará, 341-2, 510-1
 septenaria, 206, 512, 533
 sustituto de planeta sagrado, 206, 245,
 317-8, 341-2, 510-1, 515, 525, 532,
 545
 visible, Kāma-Rūpa, 532-4
- Luz**, 227, 405
 brilla en la sombra, 430, 431-2
 corpuscular, 59, 363
 la mayoría de la tierra, viene del sol,
 114, 319
 universal o Segundo Logos, 297
 universo es corporeizado (a), 59, 122,
 361
- Luz de Asia, La (Arnold)*, citado, 162
- Lycmidas**, porta-antorchas de Eleusis,
 281. Véase también **Misterios**
- Macrobio**, 241
- Macrocosmos**, microcosmos, 453, 466
- Madre**, 600
 cósmica, 45, 122, 356
- Maestro (s)**, 297, 529-30, 566-7, 595-6,
 601
 chela y, 585-6, 588-9
 cómo conocer, 589
 cómo, ocultar enseñanzas, 548
 culto de los, 247
 Damodar se unió, en el Tíbet, 503
 debe hacerle frente al karma, 574
 espiritual, nunca cobra honorarios,
 266-7
 lealtad a, 406, 591-2
 mundo, lo recibe pobremente, 540
 nos convertimos en nuestro propio, 539
 Observador Silencioso de, 211-13
 papel del, 408
 Śambhala casa de, 302-3
 Sinnett y, 508-9, 523-5, 591
 sucesión de, 282-4
- Magia Negra**, 266
- Magnetismo**, 59, 362, 452, 526
- Mago negro**, Ahher, 446
- Magos reyes**, en el mito de Jesús, 255
- Mahā-buddha**, del mundo, 231
- Mahā-buddhi**, o Primer Logos, 297
- Mahā-chohans**, 377
- Mahā-manvantara (s)**, 109, 127, 149,
 153, 156, 261, 385
 duración de, 112, 180
 inmortalidad hasta final de, 298
 la mitad, ha pasado, 180
 pasado, 154, 157-8, 383
 semillas kármicas de anteriores, 392
- Mahā-pralaya**, 133, 179. *Ver también*
Prakṛiti- (Prākṛitika) pralaya
- Mahābhārata**, 15, 215
- Mahar-loka**, 448, 454. *Véase también*
Lokas y Talas
- Mahāsūnya (tā)**, 431, 475
- Mahat**, 348, 395, 397
- Mahātala**, 448
- Mahātma (s) o Maestros (s)**, 216, 286,
 302, 329, 371, 374, 377, 410, 447, 482,
 514, 550, 578, 600
 alma perdida polo opuesto de, 227-8,
 262-3
 cerebro-mente no hace un, 287
 comprueba la enseñanza dada a las
 primeras razas, 540-1
 conoce por la percepción inmediata,
 587
 controversia Marte-Mercurio y, 505,
 523-4
 Hombre promedio y, 195-6, 353-4
 el hombre se convertirá en, 128, 195,
 591
 La teoría nebulosa y, 55-6
 obra de, 591
 parte de la jerarquía espiritual, 214
 por qué lo que enseñan, es secreto,
 247-8
 por qué, eligen a ciertos individuos, 349
 religiones descendientes de, 483-4
 tres más altas iniciaciones y, 436
 tres puntos, símbolo de, 467
- Mahatmas, Cartas de los, a A. P. Sinnett**
 sobre almas perdidas, 187
 sobre el amor de la humanidad y el
 chela, 433
 sobre las analogías en la naturaleza, 151
 sobre el Avīchi, 162
 sobre la comunicación de la ciencia
 oculta, 365

- sobre los elementos de la naturaleza, 347
- sobre el globo y el hombre, 527
- sobre las interconexiones de todos, 445
- sobre la recompensa para el Adepto, 433
- sobre la Torre de pensamiento infinito, 207
- Mahometanos, musulmanes** 69, 405
- inferno, una distorsión, 163
- sustrato místico de, 92-3
- Maitri-Upanishad**, citado, 355
- Mal**, 196-7
- origen del, 67, 117, 182-4
- relativo, 71-2, 139, 182
- Mama Ocello**, 49
- Mamo-chohans**, y las almas perdidas, 216-17
- Manas**, 148, 195, 307, 397
- en la constitución humana, 235, 237, 259, 261-2, 583-4
- definido, 23
- evento mānasaputrico y, 357-8
- evolución de, 141, 350
- mahat y, 348, 397
- en la muerte, 179, 218
- plenamente desarrollado en la siguiente ronda, 293
- septenario, 348
- superior, 128, 167
- taijasa, 311
- Mānasa-Dhyānis**, 148. *Véase también*
- Mānasaputras**
- Mānasaputras**, 397
- comunicaron las enseñanzas originalmente, 21, 152, 568
- definido, 328-9, 348-9
- despiertan la mente en el hombre, 296-7, 348-9, 357-8, 408
- hombres en previos kalpas, 384-5
- mānasa-dhyānis o, 148
- nos dieron nuestro ser superior, 21
- nosotros llegaremos a ser, 298, 327
- Manco Capac**, 49
- Manifestación**, 48-9, 133. *Ver también*
- Manvantara** (s)
- cósmica, en el Génesis, 93-101
- cósmica, se describe, 42-5, 47-8, 63-6, 134-5, 136, 179-80, 412-4
- emanación y evolución en, 101, 145-6
- metáforas para la, cósmica, 12-13
- en las oleadas de vida, 223-4
- planetaria, descrita, 58-9, 61, 65-6
- símbolo del huevo y, 49-50
- solar, descrita, 58-61, 330-1
- la teoría nebular y, 54-8
- Manu** (s), 47-8, 112, 536, 551
- Manu-Raíz**, definido 111
- Manú-Simiente**, 112
- Mānushya- (Mānusha-) Buddha (Buddha humano)**, 274, 297
- avatāra y, 273
- definido, 230, 232, 268, 299
- razas raíces y, 269-70, 277, 299
- Manvantara** (s), 42, 44, 61, 101-2, 104, 126, 165, 204, 233, 337, 369, 385, 404, 520, 550, 562, 581. *Ver también*
- Mahā manvantara** (s), **Planeta** (s), **Cadena** (s) **Planetaria** (s), **el (los) Sol** (es)
- almas “perdidas” para este, 149-50
- cadena-, 578
- comienzo de, 391, 452
- definido, 47-50, 112
- duración planetaria de un, 112, 289-90
- egos superiores salvados en anteriores, 166
- enseñanzas de los anteriores, 567
- entre nirvana, 168
- fenómenos al fin del, 113
- fracasos de este, 139-40
- fracasos del anterior 149, 576
- impulsos de apertura de un, 313-4
- mónadas semillas de anteriores, 224,
- pasado, 314, 327, 359, 369, 419, 487, 492, 512
- planeta tiene un velo durante, 319-20
- planetario, 109-10, 517
- solar, 289, 337-8, 496, 500, 534
- tierra-, 561
- universal 599
- Marciano Capella**, sobre el dios solar, 558
- Marco Aurelio**, citado, 372, 445
- Marcos**, citado, 156, 407
- Maremotos**, 309
- Marte**, 505
- construye globos, 532, 545-7, 569-70
- en la jerarquía de Siria, 320, 333
- lunas de, 507, 510
- más joven que la tierra, 203-4
- Mercurio, y cuatro planetas secretos,

- 506, 511, 515, 524-5, 570
 no un globo de nuestra cadena, 204-5,
 503, 523-4
 nombres de los días de la semana y,
 244, 321-2
 en oscurecimiento, 203-4, 319, 331-2
 planeta sagrado, 205, 315, 510, 515, 525
 sustituto de un planeta sagrado, 206
- Marte-Mercurio controversia**, 204-5,
 503-6, 523-5
- Māsorāh**, 95
- Mateo**, citado, 156, 248, 407
- Materia**, 183, 201, 370, 438, 505
 absoluta, 224, 236, 250, 570
 algunos seres son atraídos más en, 139,
 166
 astral superior, y las almas perdidas, 197
 bipolar en la manifestación, 444
 la ciencia no la ha explicado, 428
 descenso en la, 107, 108, 191, 224-5,
 292, 474, 498, 522, 568
 elementos y, 439
 equilibrio entre el espíritu y, 385
 espíritu y, son uno, 46, 108, 124, 192,
 350, 353, 425
 evolución e involución de, 394
 fuerza cristalizada o espíritu, 61, 124,
 177, 350, 361-2, 414, 425-6
 es fuerza para seres por debajo, 353,
 427
 la fuerza y, son una, 61, 108, 177, 317,
 340, 350, 353, 361, 425, 475, 533
 impulso dado por mónadas, 414
 es māyā, 107, 177, 318, 353
 mónada y, 134, 381
 no sin vida, 124, 362, 534
 prithivi, Prakṛiti, y, 398, 412
 del sol, 61, 65-6, 319, 367
 sólo tres dimensiones de 464-5,
 tierra representa la cósmica, 441
 toda, es radiante, 362
 la transmutación de, 363
- Materialismo**, 5, 64-5, 126, 362
 de la ciencia moderna, 108, 124, 176-7
 del cristianismo, 85, 219
 los libros de Sinnett contienen, 503-4
- Matrimonio**, 400
- Māyā, Ilusión**, 25, 45, 211, 588
 avatāra una, 312-3
 D.S. Citas sobre 29
 explicada, 31-4, 428-9
- historia de los Upanishads, 36-8
 hombre se libera de, 46-7, 591
 la materia es, 106, 177, 318, 353
- Media**, 320
- Médicos**, Atlantes, sobre la enfermedad,
 345
- Medio Ambiente**, en la evolución, 532
- Meditación**, 390, 581
- Meditaciones de Marco Aurelio**, cita-
 dos, 372, 445
- Menores**, Misterios, 41, 267, 284-5
- Mente** (s), 32, 33, 599. *Ver también*
- Manas**
 dual, 202
 las grandes, aceptan las ideas teosóficas,
 552
 de la materia, 205, 354, 600
 moldes de, 234, 276, 303-4, 354, 378,
 414, 427, 462
 purificada, 596
 se hace pedazos en la muerte, 205
- Mercurio**, 505, 507
 año nuevo esotérico y, 243-4
 comenzando en la última ronda, 204
 construye globos, 532, 545-7
 perturbaciones de, 316, 342
 en la jerarquía de Siria, 320, 333
 guardián de los misterios, 315
 Hermes o, 244, 258
 Marte, y cuatro planetas secretos, 506,
 515, 524, 570
 más viejo que la tierra, 204
 no un globo de la cadena de la tierra,
 204-5, 503, 523-4
 nombres de los días de la semana y,
 244, 321-2
 planeta sagrado, 205, 315, 340, 510-1,
 515, 525
 sизigia con, 258
 velo de polvo de, 319, 332
- Mes**, Divino, 180
- Mesiánico**, Ciclo
 finalizando ahora, 313
 H.P.B. abrió, 407
 período de, 75, 313, 408
- Messina, Sicilia**, la catástrofe de, 346
- Metales**, transmutación de, 363
- Metempsychosis**, 403
- Meteorica masa o velo**, 363-4
- Microcosmos y macrocosmos**, 134, 453,
 466

Milton, influenciado por Dionisio, 74

Mineral (Reino), 231, 448. *Véase*

también **Reinos de la Naturaleza**,

Oleada (s) de Vida

ātman en, 295

se convertirá en humano, 395

evolución de, 160, 404, 443, 578

en la jerarquía griega, 72

en la primera ronda, 547, 564, 576-7

śiṣṭas de, 204, 548-9

transmigración a través de, 561

Misterios, 300, 321, 357, 470, 503. *Ver*

también **Eleusis**, **Samotracia**

de Asia Menor, 254-5, 306

cierre de, 284, 471

definidos, 358-9

disciplina precede, 566-7

enseñanza de la muerte en, 53

enseñanzas de, 370

enseñaron la doctrina del corazón, 434

establecidos en la Atlántida, 282, 509, 568

figura como Christos, 432

Griego antiguo, 16, 41, 52, 265, 267,

281, 283-4, 603

iniciaciones de, 500

instituciones civiles tomados de, 249-50, 255-6, 477

jerga de los, 248, 267-8, 463

Mayores, 41, 267, 284-6

Menores, 41, 267, 284-5

Mercurio guardián de, 315

métodos de estudio utilizados en, 462

nacimiento virginal, 386, 400

no han muerto hoy, 286

propósito de, 314, 402, 406, 509

psychopomp de, 244

registros de, 475-6

resurrección del cuerpo y, 535-6

Sócrates traicionó, 541

sucesión de maestros en, 280-2

traición de, 248-9, 266, 544

verdades retenidas, 471

vínculo de, indisoluble, 281

Misterios Eleusinos y Bacos (Taylor),

sobre los Misterios, 279

Misterios Escuelas de. *Ver* **Misterios**

Mitologías

antiguos, mal entendidos, 69-71

tolerancia de los creyentes en, 470

Misterios Mayores. *Ver también*

Misterios

griegos, 267, 283-5

programa de, 41

Mitraístas, iniciaciones en, 171

Modos de Movimiento, 363, 534

Moksha, o Absoluto, 178-9

Moldes de la mente, 234, 276, 303-4,

374, 378, 414, 427, 462

Moléculas, 559

Mónada (s), 139, 149, 158-9, 195, 261,

451, 595

del alma perdida, 197, 227

astral, 398

átomo espiritual, 120-1, 128, 164, 384, 479

Bruno, Leibniz y, 120

centro laya vs, 367-8

en el corazón de un átomo, 369

cuatro, del hombre, 128

después de la muerte, 167

dioses, los átomos y, 327, 359-60, 374,

376, 381, 382-5 391, 393-4, 403-4,

411, 413, 417, 428, 431, 458, 473-5,

486, 493, 551

ego espiritual, 574-5

esencia monádica cósmica, 156

evolución de, 141-2, 155-6, 224-5, 499, 605

inferior, 122

de las mónadas, 133, 134, 148

no desciende, 382, 385

origen de diferentes grados de, 326-7

la parte más alta de nosotros, 123

Pitágoras, 87

radical espiritual, 164-5, 184

se convierte en una jerarquía, 133-5

semilla espiritual, 224

śiṣṭas y, 518, 520

svabhāva surge de, 560

tiene libre albedrío, 379

uno, unidad, unión, y 560

uso histórico del término, 120

vive en su propio mundo, 406

Monádicos huevos, 517

śiṣṭas como, 520-1

Monadología (Leibniz), 120

Monas monadum (Mónada de Mónadas), 133, 134, 148. *Ver también*

Jerarca (s)

Monismo, 5

Monoteísmo, 5, 69-70, 415-6

Moralidad. Ver *Ética***Morris**, Kenneth, 181, 476**Movimiento**, 210-11, 456-7**Muerte**, 142, 164, 331, 447, 592. Véase también **Circulaciones del Kosmos**, **Devachán**, **Kāma-loka**, **Transmigración**

Cicerón sobre la, 283, 411

encuentran el ser astral después, 145

esferas retributivas después de, 163

estados después de, 166-72, 584

exceso de vida provoca, 345

exterior es vida interior, 179

fracaso y la iniciación, 286

mente se hace pedazos en, 205

mística, 249, 252, 254-6

núcleo de los misterios antiguos, 53, 284

otra forma de vida, 185

principios inferiores disueltos en, 295

principios superiores después de, 195

segunda, explicada, 167, 584

semillas de la precedente, 521

por la traición de los Misterios, 249, 541, 544

Mukti, mukta o Absoluto, 178-9, 414**Mūlaprakṛiti**, 33, 350

cada átomo tiene, 238, 250

huevo áurico brota de, 123

Parabrahman y, 24, 48, 121, 147, 177, 259-60, 359

svabhavat y, 132

Mundo (s)

cuatro, de la Qabbālāh, 118-19, 137-8, 441-2

los elementos son, 465

el interno, no es pequeño, 450

lokas y talas son, 424, 468

no globos, 444

los planos son, 447, 493, 497-8, 526

Mundo Oculto, *El (Sinnett)*, 503**Muspellheim**, 171**Myalba**, la tierra, o el infierno, 571**Nacional**, Raza, 275, 287-8**Nārakas**, infiernos budhistas, 169**Narciso**, 589**Naturaleza**, 296, 354, 390, 529. Véase también **la Ley (es)**

agregado abstracto, 198, 238

bipolar, 202, 217, 356, 474

operaciones de, 376-7, 390-3, 522, 567-8

dioses informan, 200-1

elementos de, 349, 352, 406, 424

imperfecciones de, 56-7, 67, 378-9

leyes de; véase **Ley (es)** de la

Naturaleza

más que solamente física, 565

prakṛiti como, 398, 412, 432

principios de, 417

se repite, 290, 332-3

trabajar con, 135, 202, 233

videntes han puesto a prueba, 508

Navidad, y misterios, 256**Nebular**, la teoría, 54-62, 77-9, 363**Nebulosa (s)**

manifestación cósmica y, 54-5, 57, 60-2,

65, 109, 179-80, 397, 511

en la jerarquía de Siria, 320, 333-4

Neftis, 45**Neith**, 540**Neopitagorismo**

Cristianismo sacó de, 72-3, 92, 335, 429, 472-3

términos jerárquicos del, 396

Neoplatonismo, 16, 25

Cadena de Oro de, 119

Cristianismo sacó de, 71-3, 92, 335, 429, 472-3

jerarquía de, 72-4, 81-3, 396

uso del termino "mónada" en el, 120, 160

Nephesh, 22, 119, 194**Neptuno**, 54

no un planeta sagrado, 205, 505, 507-8

Nerón, fue negada la iniciación, 471**Neshāmāh**, 22, 119**Niffenheim**, 171**Niños**

en las próximas razas, 386, 399-400

prematuro, 290

Nirmānakāya, 270-1, 304

definido, 230, 231, 300-1, 312

Gautama Buddha viviendo como, 231, 271, 407

Nirukta, citado, 196**Nirvana**, 149, 217, 312, 440

buddha en, 271, 300, 467

centro laya como, 451

entre encarnaciones planetarias, 110,

159, 168, 495-6

- entre globos, 443
entre Mahā o kalpas solares, 298, 496
entre rondas, 110, 167, 443, 495, 498-9,
548, 550, 579-80
explicado, 58-60, 167-8
naturaleza superior del globo en, 535
no cielos e infernos, 166-7
para los iniciados, 584
- Nitya-pralaya**, 49
- Nivritti**, 111, 189
- Noche de Brahma**, 112, 307-8
- Núcleo**, 228, 507
- Nueve**, número jerárquico, 72-3, 172-5
- Nuevo Año**, esotérico, 238-47, 257-9
- Nuevo Testamento**, 197, 306, 415
leguaje de misterio o jerga de siria, 248,
267-8
- Numa**, 241
- Nutrición**, secretos de, 562
- Observador Silencioso**, 250, 273, 406,
601
cabeza de mānasaputras, 385-6
dhyāni-bodhisattva es, 269
hinchado con dhyān-chohan, 212-13
jerarca, 402, 407
término genérico, 495
Uno es, 211
- Octava Esfera**, almas perdidas se hun-
den en, 149, 193, 262
- Ocultas Artes**, prohibidas, 371
- Ocultismo**, 168, 465, 475, 485-6, 507, 509,
529, 555
basado en la ética, 372
definido, 163-4, 371, 434, 482-5
diferencia entre la teosofía y, 482
Jardín de las Delicias reino del, 445-6
no se puede enseñar en clases, 538-9
unidad fundamental en, 371
- Odisea (Homero)**, 244
- Ōlām**, cuatro, de la Qabbālāh, 118-19
- Oleada de Vida (s) de**, 122, 263, 269,
287, 392, 413, 424, 487
algunas, preceden a otras, 437, 444, 550
evolución de, 109-10, 111, 223-4, 337-8,
403-4, 409, 417-8, 442, 474, 495,
498-9, 546-7
humano, evoluciona en siete elementos,
398
nirvana, entre globos y rondas, 443
paso de, globo a globo, 516-7, 518-9,
530-1, 543, 550, 561-5, 574-5
en las rondas exteriores, 532-3
śiṣṭas y regresan, 204, 518, 520, 548-9,
563, 579
- Olimpo**, 50, 174-5
- Om**, 27, 581
- Optimismo**, Voltaire y Leibniz sobre,
160-61
- Orfismo**, 17
serpiente y huevo en, 49, 485
- Orientalistas**, 142
- Orígenes**, sabía de los misterios, 255, 472
- Oscurecimiento**, 206
de globo, de ronda, 562-3, 577-8
Marte en, 203-4, 319, 331-2
Mercurio emerge de, 332
- Osiris**, 45
- Osiris e Isis (Plutarco)**, citado, 540
- Pablo**, 73, 439
el Dios Incognoscible, 30, 415
“fuera de Él y por Él,” 491
un iniciado, 415-6, 439, 463-4
sobre la maldad espiritual, 183
términos jerárquicos de, 85, 334
“vimos, nos movemos” 177, 212, 415-6,
438, 491, 604
- Padmapāni**, leyenda de, 88-89
- Padre**, 600
casa de, 161, 163, 176
cósmico, 45, 47, 122
pitris o, 398
- Padre en el Cielo**, 536
dhyāni-buddha nuestro, 232
nosotros, a los habitantes atómicos, 228
Ser Maravilloso, 223-4
- Padre-Madre**. *Ver también Segundo Logos*
de los Estoicos, 138
huevo áurico o, 520
mahat, de manas, 397
nuestro sol, 114
svabhavat o, 132, 192, 430
- Paganos**, y el ateísmo, 490
- Palabra**. *Ver también Logos*, Om
sonido de, 581
- Palero**, 415
- Palingenesis**, 188, 211
- Pansil**, H.P.B. tomó, 220
- Panteísmo**, de Pablo, 491-2

- Parábolas**, enseñan la sabiduría esotérica, 329
- Parabrahman**, 33, 177, 250, 350
 Absoluto y, 179-80
 definido, 24, 121
 Mūlaprakṛiti y, 24-5, 48, 121, 147, 177, 259, 359
 svabhavat y, 132
- Paradoja (s)**
 contradicciones aparentes, 329, 422, 525, 548
 del hombre superior que el sol, 357
 de la naturaleza que se repite, 332
 Por eso se utiliza, 462-3
 del sol y los planetas, 331
 del tamaño y la espiritualidad, 450
- Paraíso**, 172, 463
- Paraíso Terrestre**, de Dante, 172
- Paramātman**, 14, 80, 184, 224, 228, 238, 309
 Absoluto o, 181
 almas y los egos humanos y, 259-60
 definido, 24, 35, 57, 120
 desarrolla almas y egos, 157-8
 jerarca, 177
 mónada divina de, 120
 Ser Maravilloso o, 191, 223
 svabhavat y, 132
 tríada arūpa o, 235-7
- Paranirvāṇa**, 520
 entre encarnaciones planetarias, 59, 110
 entre las manifestaciones cósmicas, 179
- Partenogenética reproducción**, por aparecer, 389, 400
- Partera**, como maestro, 586
- Pascal**, 424
- Pātāla**, 448, 452, 453-4. *Véase también*
Lokas y Talas
- Patañjali**, 309
- Paurusha-pralaya**, 49
- Pausanias**, 415
- Pecado**, la causa de, 593-4
- Pedro 2**, sobre pralaya, 113
- Pensamiento (s)**, 6, 539
 del pensador cósmico, 375-6, 409
- Períodos de tiempo**. *Ver también*
Ciclo (s), Día de Brahmā
 para una ronda-manvantara, 112
 de revoluciones planetarias, 321
- Perros**, 215, 267-8, 275
- Persia**, 85, 93, 240, 320, 471
 crucifixión en, 477
- Personalidad**, 128, 183, 190
 cierra las puertas, 215
 desarrollada a partir de uno mismo, 520
- Perú**, el huevo cósmico en, 49
- Pirámides**, templos de iniciación, 285
- Pireo**, 415
- Piscis**, y globos, 545, 546
- Pitágoras**, 16, 368-9, 541
 átomo lo mismo que mónada, 479
 ciclo de oscuridad y, 471
- Pitagórico (s)**
 Leibniz se basó enseñanzas en, 160
 neoplatonismo un ejemplo de, 72
 silencio y la oscuridad de, 120, 418,
 símbolo triángulo de, 440
 tetraktys de, 87-8, 113
- Pitris**, 395-400
- Planeta (s)**, 178, 308, 458. *Ver también el*
Día de Brahmā, la Tierra, la Luna (s), Cadena (s) planetaria (s)
 los antiguos llamaban constelaciones, 424-5
 centro laya en el corazón de, 366
 cuatro secretos, 506, 515, 524-5
 densidad, y la edad, 205, 315
 duración de vida, 112
 las edades relativas de 203-4,
 electrones solares, 228-9
 entrar en, en la iniciación, 359
 ganglios del sistema solar, 544
 portador de hombres- 214, 362, 525
 intra-mercurial, 316, 341, 342-3, 510, 515
 invisible, 316, 505, 514
 en la jerarquía de Siria, 320, 333
 más que físico, 515-6
 las mismas doctrinas en todos, 573
 muchos, en el sistema solar, 341
 la muerte y el renacimiento de, 59-60,
 61-2, 65-6, 79, 109, 179-80, 330-1,
 392-4, 512, 562
 muerto, o la luna, 418
 nombre de los días de la semana y, 244,
 321-2
 nubes de polvo cósmico alrededor, 319-20, 331-2
 paradoja del sol y, 330-1
 seres inteligentes en otros, 455, 525
 en el sistema universal solar, 505-6,
 509-10

- Planeta de la Muerte**, almas perdidas se hunden en, 149, 193, 262
- Planetas**, siete (Sagrados), 115, 239
 aspecto de la doctrina de las esferas, 503, 505, 510, 515, 524
 cada globo bajo un, 317, 511, 515, 517
 cada raza raíz bajo un, 317, 511, 515
 construyen la cadena planetaria, 511, 515, 517
 correspondencia con globos, zodiaco, 545-6
 discutido, 340-1
 globos de la cadena llamados, 525
 globos de la tierra llamados, 525
 lista de, 205-6, 315, 510, 515, 525, 532, 545
 luna sustituto para uno de, 206, 317-8, 510-1, 515, 525
 polvo cósmico y, 331-2
 rectores de, 512, 515-7, 532
 rondas exteriores y, 517, 530, 543
 séptimo, cerca de la luna, 316-8, 341-2, 515
 sustituto de sol, 206, 245, 317-8, 321, 510, 515, 525, 532, 545
 la tierra no es uno de, 340, 510, 525
 la tierra no tan baja como, 580
 todos, septenarios, 204-5, 503-6, 525-6
 Vulcano el más alto de, 316-7
- Planetesimal hipótesis**, 78-9
- Planos (s)**, 404, 417, 438. *Véase también*
Lokas y Talas
 cadena planetaria en cuatro, cósmicos, 493, 498, 518
 cuarto cósmicos, 547
 diez, 518
 doce, 558-7
 globos en, 417, 515
 iniciados pasan a través de, 590
 innumerables en el kosmos, 293-5
 mundos o, 447, 493, 497-8, 526
 oleadas de vida se mueven hacia arriba a través de, 404
 siete cósmicos, 466, 510-1, 539, 556-7
 son lokas y talas, 497-8, 526
 tercero inferior, y el logos, 431
- Platón**, 16, 30, 218, 325, 440, 522, 540
 esterilidad espiritual en, 73, 249, 586
 método deductivo de, 170
 mito del origen de sexos en, 105-6
 Neoplatonismo, y, 72, 81
 el ser inmanente en el kosmos, 237
 sobre destrucciones periódicas, 336
 sobre el tiempo, 501
 sobre la fabricación de universo, 388
 sobre Misterios, 279
 sobre primer Principio, 60
- Platón y la Antigua Academia (Zeller)**, citado, 325
- Plenitud**, 431, 475. *Véase también* el **Vacío, Śunyatā**
 todo es, 377, 416, 418
 el espacio como, 210, 251, 375, 390-1, 414, 416, 418, 421-3, 425, 427
- Pleroma**, 475
 definido, 375
 espacio como, 414, 421
 del lado material de la naturaleza, 427-8
- Plotino**, Dionisio tomó de, 74
- Plutarco de Queronea**, sobre Isis, 540
- Pneuma**, entre los Estoicos, 138, 145
- Pneumatología**, 147, 554
- Poderes**, 45-6, 371
 en la jerarquía cristiana, 74, 84
 en la jerarquía de Siria, 320, 333
- Point**, 383
 Primordial, 44-5, 49-50, 81-2, 86, 87
- Politeísmo**, antiguo punto de vista de, 69-71
- Pontífice Maximi**, 241-2, 257
- Poor**, C. L., 343
- Pradhāna**, 47-8, 147
- Prajapati (s)**, 36-8, 536, 551
- Prakriti (s)**, 46, 367, 425, 427, 474
 Brahmā-Purusha-, 260
 definido, 360-1
 elementos o, 349-53, 412, 432, 442
 en la manifestación, 44, 45, 48, 147
 prithivī frente a, 398
 sol sexto estado, 368
 sub, 351, 442-3
- Prakriti- (Prākritika-) pralaya**, 42, 57, 113
 definido, 48
 fenómenos antes, 53, 114
 la muerte planetaria no un, 61
- Pralaya**, 102, 225, 314, 418-9, 582
 las campanas de, 53, 113-4
 definido, 48, 211, 366
 diferentes tipos de, 48-9
 de globo, 533-5

- no en todas partes simultáneamente, 599
- planetario, 289, 487, 496, 574-5
- solar, 261, 330-1, 454, 496, 578
- universal, 428, 520
- Prāna**, 195, 384, 550, 584
- En el alma de la bestia, 235, 237, 259, 261
- del avatāra, 271, 300
- definido, 23
- de la tierra, 319
- Prānātman**, 235, 237, 259, 261
- Prānico**, mundo –astral, 417
- Pratyeka Buddhas**, definido, 183
- Pratyeka-yāna**
- definido, 183, 190
- sexta joya y, 185-6
- Pravritti**, 113
- definido, 111, 189
- Pregunta (s)**, 304-9, 345
- Sinnett, vaga, 523
- Principados**
- en la jerarquía cristiana, 84, 334
- en la jerarquía de Siria, 320, 333
- “**Príncipe azul**”, significado de, 549
- Principio**
- primero, 10-12, 22, 60
- uso de H.P.B. de, 8-10
- Principios, Humanos**, 307, 426, 442, 466
- ātman y no físico, 136
- cada uno, septenario, 348
- correlacionado con globos, etc., 141-2, 206
- cuatro inferiores, 292, 357
- cuatro Qabbalísticos, 22
- desarrollo de, 141, 350-1
- diagramas para, 82-3, 195, 235, 259
- diez, 582-4
- elementos del hombre y, 406, 412, 425
- origen del más alto, 21-2
- siete, 22, 23-4, 45, 195-6, 260, 292
- Principios, Cósmicos**, 353, 404, 417, 556
- cada globo tiene siete, 206
- cada uno trabaja en su propio plano, 539
- durante el pralaya, 179
- elementos y, 260, 339, 353, 406, 412-3, 417, 425-6, 438, 439-42, 447-8, 458, 465, 466-9
- loka-talas y, 449, 458, 474, 485, 493
- oleadas de vida o, 561-2
- sub, 351
- Prithivī**, definido, 398
- Prithivī-tattva**, 393, 395, 398
- Privaciones**, definidas, 582
- Proclus**, citado, 173, 310, 540
- Profetas**, 69-70, 408
- Proposiciones Fundamentales**, Tres discutidas, 5-6
- H.P.B. sobre las, 7-8, 30
- primera, 8-12, 13-14
- tercera, 30, 34
- Protectora**, muralla, 254
- Protones**, 228, 342, 507, 533
- Proverbios**, citado, 196, 430
- Prueba**, 503, 551-2, 565-8
- Pruebas**, ni extrañas o previstas, 596-7
- Psellus**, citado, 143
- Psicología**, 554
- antiguos métodos de enseñanza, 462, humana, 147-9
- modernamente, es la fisiología mental, 147
- Psychagog**, Mercurio como, 244
- Psychopomp**, Mercurio como, 244
- Punarjanman (Renacimiento)**, 188
- Punto primordial**. *Ver el punto*
- Purāṇas**, 556
- Purgatorio**, 167, 175-6, 182
- de Dante, 172-4
- Purusha**, 49, 427
- Brahmā, -prakṛiti, 260
- en la manifestación, 44-5, 48, 147
- Qabbālāh**, 17-19, 74
- cuatro ‘olām o mundos de, 118-19, 137-8, 441-2
- hombre cuádruple en, 22, 119
- jerarquía de, 85-7
- Punto primordial de, 44
- Qelippōth**, 441
- Quántica de la ciencia moderna**, 534
- Querubines**, 84, 320, 333
- Quiddidad**, o swabhāva, 117
- Químicos**, química, 428, 507
- Quinta Ronda**, los de la 444, 550, 580
- Rabí Aqiba**, 445-7
- Rāja-yoga**, 406
- Rasātala**, 448, 454
- Raza-buddha**, 277. *Véase también*
- Mānushya-buddha**

- rayo de mahā-buddha, 231-2, 269-70
- Raza raíz (s)**, 109, 302, 340, 550, 577
buddhas y, 231-2, 269-70, 277, 299
cada una, en virtud de un planeta
sagrado, 317, 511, 515
definida, 275
destrucción de, 344-5
diagrama epicicloide, 110
elementos y, 398-9
ocultismo dado a la primera, 481-2, 540
períodos de tiempo de 343-4,
siete, 287-90, 388
un término desafortunado, 508
- Raza raíz, primera**, 344 398, 568
- Raza raíz, segunda**, 344, 398
- Raza raíz, tercera**. *Ver también*
Lemuria
auto-conciencia entró, 212
el despertar de la mente en, 296, 357-8
destrucción de, 344
encarnación de dhyānis en, 408
en el Génesis, 105-6
logia de Adeptos en, 568-9
podía ver Vulcano, 341, 510
procreación en, 389-90
separación de sexos en, 105-6, 272-3,
389
- Raza-raíz, Cuarta**, 105. *Ver también*
Atlántida
destrucción de, 344-5
karma de, 387, 389
Misterios comenzaron en medio de,
282, 509, 568
punto crucial en la parte media de,
308-9, 402
- Raza-raíz, Quinta**, 338, 389, 454
acercándose a la mitad de, 274-6
cataclismo, 344-5
en la cuarta sub-raza de, 287
descripción de, 398-9
edad de, 343-4
más tarde, sin sexo, 399-400
quinto elemento en, 351, 353
- Raza raíz, Sexta**
América hogar de, 276
descripción de, 399
destrucción de, 344
procreación en, 389-90, 400
sin sexo, 386-7
- Raza-raíz, Séptima**
destrucción de, 344
procreación en, 390, 400
- Razas**. *Ver Raza-raíz (es)*
- Realidad**, puede conocerse, 21
- Rector (es)**
de constelaciones, 546
de los planetas sagrados, 512, 515-7,
532
- Reencarnación**, 117, 516, 521
del alma perdida, 197
del hombre como cosmos, 211-12
incomprensible, 402-3
primera joya, 184-5, 188-9, 211
reuniendo los de átomos de vida, 535-6,
561-2
- Reencarnante Ego**, 293, 584
bhūtātman o, 237, 261
- Reino Elemental (es)**, 136, 231, 398,
418, 448
evolución de, 404, 578
en la jerarquía griega, 72
en la primera ronda, 547-6, 562-4,
576-7
de śiṣṭas, 204, 548-9
- Reino Vegetal**, 231, 448, 578
ātman o ser en, 295
evolución de, 160, 404, 443
en la jerarquía Griega, 72
en la primera ronda, 547, 564, 576-7
se convertirá en humano, 395
śiṣṭas de, 204
transmigración a través de, 561
- Reinos de la Naturaleza**, 42, 448, 564.
Ver también reinos específicos
- Relatividad**
Einstein, 364
de todo, 160, 226, 236, 353, 414
- Religión (es)**, 461, 483, 514, 523
antiguos sobre esferas posteriores a la
muerte, 163
basada en la verdad, 4, 161, 274, 433-4
claves para el pasado, 421
estudio comparativo de, 91
la intolerancia sobre, 469-70
- Religión-Sabiduría**, 152-3, 381
- Renacimiento**, 74, 84
- Renunciación**, 215, 372
- Responsabilidad**, 202, 296, 395
moral, 6, 180, 484
para nuestros átomos, 158-9, 342-3,
369, 536, 605
de reinos menos evolucionadas, 159-60

- por todo lo que hacemos, 126, 145
viene con el conocimiento, 150, 158
- Resurrección**
del cuerpo, 219, 535-6
de Jesús, 255
en los Misterios, 256
- Retraso, Ley de,** 564, 578-9
- Revelación.** *Ver también* Mānasaputras
a las primeras razas, 152
- Revelaciones,** pralaya en, 114
- Reyes,** derecho divino de, 255, 568
- Rhys Davids,** T. W., 217
- Roma,** 94-5, 239, 314, 472, 480
astrología pública prohibida en, 544,
calendario de, 240-44, 257
crucifixión en, de los misterios, 249, 477
Estoicos de, 138, 145, 155, 174, 409,
411,
infierno de, 163
Misterios de, 52
mitología de, mal entendida, 69-70
nueve y diez en el pensamiento de, 175
pensamiento mecánico de, 138
Plenitud enseñada en, 423
significado de “ateo” en, 490
- Romanos,** “fuera de Él y por Él. . .” 491
- Ronda (s),** 135, 180, 275, 340, 408, 438,
442, 517, 532
cada una, bajo un planeta sagrado, 317
cada una, desarrolla un principio, 141-2
de cadena 517, 530, 543, 550, 564
definida, 495, 530-1
dhyāni-buddha para cada una, 269, 277,
298
diagrama de epicicloide, 110
evolución en, descrita, 109-11, 498
Génesis trata de, 105
de globo, definida, 495, 499
nirvana entre, 167-8, 564, 577-8
períodos de tiempo para, 112-13
planetaria, definida, 495
punto medio de, 158, 337, 351
Sinnett acuño el término, 508, 517
tres elementales, 109
- Ronda Planetaria,** 489. *Ver también*
Dhyāni-buddha(s)
definida, 289-90, 495
tiene una cabeza espiritual, 269, 298
- Ronda, primera,** 111
en el Génesis, 104-5
evolución durante, 109-10, 443, 499,
546-7, 562-4, 576-9
- Ronda, Segunda,** 495, 564
en diferentes sub-planos, 499
ejemplo para las rondas posteriores,
579-80
evolución cambia en, 443, 548, 577-8,
581
- Ronda, Tercera,** 579
en diferentes sub-planos, 499
marco esquelético humano en, 399
- Ronda, Cuarta,** 105-6, 212, 287, 353,
357, 400, 580
ahora en, 407, 581
el cuarto sub-plano, 499
dhyān chohan, 231, 269
dhyāni-buddhas de, 348, 402
loka-tala de, 453
la mayor parte material, 110, 158-9
mitad de la, 308, 394, 418
- Ronda, Quinta,** 351
- Ronda, Sexta,** 352
- Ronda, Séptima,** 159, 352
la luna se desintegrará, 341-2, 510-1
- Ronda-manvantara,** período de tiempo
de una, 112
- Rondas, Internas, Externas,** 519-20,
532, 550
definidas, 517-8, 530, 543
- Röntgen,** 362
- Row, T. Subba,** citado, 538
- Rūāhh (rūach),** 22, 119, 218
- Rūpa Mundos o Planos,** 111, 235
siete manifiestos, 124, 260, 334, 559
- Rutherford,** 362
- Sacrificio,** 214-15, 587
- Sagitario,** y el globo B, 545, 546
- Sagrados,** planetas. *Ver* Planetas, Siete
- Saïs,** inscripción en el Templo de, 540
- Sākyamuni,** 219, 271. *Ver también*
Buddha Gautama
- Salomón,** 218-9
- Salustio,** sobre los Misterios, 279
- Salvador (es),** 596
falsos profetas y, 408
Jesús como, 432
- Samādhi,** símbolo de la corona en, 249,
478
- Śambhala,** 302-3, 407
- Sambhogakāya,** definido, 230

- Samotracia**, Misterios de, 52, 265, 281, 286
 énfasis científico en, 267, 283
 explica mitos Griegos, 41
 Zenón iniciado en, 411
- Sandhi**, para una ronda-manvantara, 112
- Śankarāchārya**
 avatāra, 300-1, 304
 Gautama Buddha y, 312
 sobre lo Impronunciable, 18
- Sāṅkhya Filosofía**, 427
 prakṛitis de, 349-50
- Sánscrito**, 191, 529-30
- Santos**, Cristianos, 70, 473, 478
- Sapta-ratnāni**. *Ver siete Joyas*
- Sat**, 24, 25, 184, 560
- Saturno**, 321, 505, 507
 construye globos, 532, 545-7
 edad relativa de, 205
 en la jerarquía de Siria, 320, 333
 nombres de los días de la semana y, 244, 321
 planeta sagrado, 205-6, 315, 340, 510-1, 515, 525
- Satya-loka**, 448, 452
- Saurya-pralaya**, definido, 49
- Schelling, von**, Idealismo de, 33
- Schopenhauer**, 33
- Sección Esotérica, Instrucciones** 306
 citada, 88-9
- Secreto**
 Maestro promete, 523-5
 de los Misterios, 248, 544
 razones de, 247-8, 266, 536-7
- See T. J.**, matemático, 78
- Seeliger, H. von**, 342
- Segunda Muerte**, 166
- Selección natural**, 363
- Sello de Salomón**, símbolo, 466-7
- Semana**, nombres de los días, 244
- Semidioses en la jerarquía griega**, 72
- Semillas (s)**, 382. *Véase también Śiṣṭas*,
Skandhas
 astrales-vitales, 360
 el caos un depósito, 359
 de manvantara anterior, 392
 de vida o śiṣṭas, 133, 203
 de vidas anteriores, 521
- Sendero, el**, 596. *Véase también el Sendero de la Izquierda, el Sendero de la derecha*
 artes ocultas desaparecen en, 371
 chela, 586-606
 del deber, 386
 hacia el interior y hacia el exterior, 599-600, 601
 interno, a la casa espiritual, 296
 llegamos a ser y somos, 252
 pequeño y viejo, 409, 483, 588, 597
 por qué terrible y alegre, 573-4
 selección del, 234, 373, 395, 484
- Sendero de la Derecha**, 183
 posibilidad de elegir entre izquierda y, 150, 373, 377, 395, 408, 484
- Sendero de la Izquierda**, de la 295, 447, 498
 elección de la derecha o, 150, 373-4, 377, 395, 408, 484
 explicado, 183
- Sendero, El**, citado, 481
- Sentidos**
 limitaciones de la física, 293, 460-1
 no dicen la verdad, 318, 353, 424
 se desarrollaran más, 348, 351
 y la iniciación, 359
- Señores de la meditación**. *Ver Dhyān (i) –chohan (s)*
- Sephīrōth (Sefirōt)**, 86, 118
- Sepulcros blanqueados**, 471
- Sequías**, causa de la 363
- Ser**, 250, 426. *Véase también el Ātman Chāndogya-Upanishad* en, 25-8
 contiene todo el conocimiento, 208
 ego y, 153, 156, 157-8, 384
 espiritual, o mónada, 520
 eternamente en su propio plano, 155
 relato de los Upanishads, 36-8
 lo más íntimo, 604
 nuestro vínculo con lo Indecible, 14
 personal, la mayor limitación, 588
 rayo a través de nuestro ser, 165, 236
 se encuentra con su interior, cara a cara, 285
 sendero del, difícil, 587
 universal, 34-5, 80, 224, 603, 604
- Ser Maravilloso**, 226, 250, 256, 292, 300.
Ver también Vigilante Silencioso
 Banyan espiritual, 223, 225-6, 229-30, 232-3, 237, 269-70, 273, 277, 302, 348, 402
 dhyāni-bodhisattva, de nuestro globo, 269, 302

- dhyāni-buddna, de la cuarta ronda, 232, 302, 348
 envió a Gautama Buddha, 220
 en el noveno plano de la jerarquía, 253
 en la Logia, 277
 encarnación de, 273
 estamos arraigados en, 213, 232
 hombre en manvantaras anteriores, 233
 líder de los maestros, 212, 214, 223, 273
 mitos Cristianos de, 237-9
 nuestro ser más elevado, 225, 229
 planetario y cósmico, 226, 229
 por eso, denominado el Gran Sacrificio, 215
 raíz-base de la jerarquía, 191
 Śambhala “casa” de, 302-3
 una entidad, un hombre, 229, 270
- Seres sin alma**, 216
 almas perdidas frente a 193-4,
- Serafines**, 84, 320, 333
- Sermón de la montaña**, 248, 305-6
- Serpiente**, y māyā, 32, 47
- Servicio**, 587, 597
- Sexo (s)**
 de salvadores sin importancia, 303
 moralidad de, 566
 origen de, 105-8, 272
 pasando una fase, 386-7, 389-90, 400
- Sexta Ronda**, de la 444, 550, 580
- Shakespeare**, 74
- Shamo desierto**, cerca de Śambhala, 407
- Shechināh**, o huevo áurico, 122-3
- Siam**, la doctrina del ojo en, 423
- Siddhārtha**. *Ver Buddha Gautama*,
- Siete**
 número del universo manifestado, 87-8, 124, 147-8, 157, 235, 352, 418, 523
 por qué, a menudo se usa, 485-6, 522
- Siete Joyas o Tesoros**, 375
 cuarta, 185, 189
 diez o, y la iniciación, 251-2
 explicado, 184-5
 incluido todo el conocimiento humano, 265-6, 370-1
 lista, 185-6, 188-90
 primera, 211-12
 séptima, 208-11, 250, 292-3
- Símbolos**, explicados, 456-8, 467
- Simón Pedro**, 281
- Sin Forma**, Mundo, 333-4. *Ver también Arūpa*
- Sin Nombre**, 398, 412, 417
- Sinnett, A. P.**, 514
 cartas de los Mahatmas, 503, 591
 libros de 503,
 Marte-Mercurio controversia y, 205, 503-6, 523-4
 sobre el karma, 154
 terminología teosófica de, 508-9, 517, 548, 562
- Sirén, Oswald**, 476
- Siria**, 240
 jerarquía o, 320, 333-4
 jerga esotérica de, 267-8, 275, 306
 Jesús de, 254
 Resurrección en, 256
- Śishtas**, 203-4, 518, 520, 548-9, 563, 579
- Sistema solar (s)**, 178, 226, 315, 334, 522, 533, 573. *Ver también, Sistema Solar Universal*
 analogía entre átomo y, 228-9, 342, 427, 479, 485
 cada uno tiene su propio logos, 238
 doctrina de las esferas y, 505, 510
 evolución de, 79, 392
 Huevo de Brahmā es, 454, 479, 485, 493, 514
 más planetas en, 317, 514-5
 septenario, 526
- Sistema Solar Universal**, 516, 524, 531, 544
 definido, 505-6, 509, 514
 septenario, 511-2
- Śiva**, 36
- Sizigia**, y la iniciación, 258
- Skandhas**
 de ex manvantaras, 102, 157-8, 369, 417
 re-corporeizarse y, 57, 65, 146
- Sobre las Jerarquías Celestes (Dionisio)**, 74, 84
- Sobre la Jerarquía Eclesiástica (Dionisio)**, 84
- Sobre los Misterios (Jámblico)**, citado, 187, 355, 380
- Sócrates**
daimonion de, 397, 405
 muerte de, 249, 541
 partera de almas, 586
- Soddy, Frederick**, 362
- Sol (es)**, 49, 79, 157, 178, 315, 424, 458.
Ver también Sistema Solar
 un átomo, 318, 479

- Bhuvar-Ioka llega hasta, 451
 cálculo del tiempo y el, 5, 239
 construye globo A, 532, 545-7
 corazón del-centro-laya, 366-7
 corazón y cerebro del sistema, 113-14
 dios detrás lo físico, 368
 doce globos del, 558
 dos soles en los planos superiores, 206, 509,
 entran en, la iniciación, 359
 espiritual, interno, 45, 593
 Hijos del , 371
 hombre más alto que, 342, 357
 en la jerarquía de Siria, 320, 333
 manas humano del, 148
 materia del, 61, 65-6
 metáfora de la manifestación, 12-13
 muerte y el renacimiento de, 58-61, 179-80, 392-4, 496, 511-2
 no quema o caliente, 61, 114, 360, 363
 nombre de los días de la semana y, 244, 321
 nuestro padre-madre, 114
 paradojas con, 330-1, 358
 rayo del ser como, 155, 394
 un reflejo, 317-8, 367-8
 planeta sagrado, 205, 315, 510, 515, 525
 septenario, 206, 458, 509
 sistema solar universal y, 505-6, 509-10, 514
 sizigia con, 258
 surgimos del espiritual, 591
 sustituto de planeta sagrado, 206, 245, 317-8, 321, 510, 515, 525, 532, 545
 Tercer Logos, 45
 tiempo de vida de, 454
 triunfante 256
 vampiro cósmico, 66, 114
- Solares manchas**, 318-9
- Solsticios y equinoccios**, 240, 241-3
- Soma**, 244, 249
- Sombra**, luz que brilla en, 430-2
- Sosígenes**, 241
- Spencer, Herbert**, 363
- Spenser, Edmund**, 74
- Spermatikoi logoi**, 137-8, 145
- Spinoza**, Dios de, 132-3
- Sthūla-sārīra**, 195
 definido, 23
 en la constitución humana, 235, 259, 262
- en la tríada inferior, 584
- Stoa Pecile**, 411
- Stoicheia**, Stoicheion, o elementos, 352
- Sub-raza (s)**
 primaria, secundaria, 288-9
 sexta, 276
- Sueño**. *Ver Oscurcimiento*
- Sufí**, 92
 leyenda del alma y Dios, 260-1
- Śūnyatā**. *Ver también Vacío*
 definido, 422, 427-8
 vacío o, 210, 251
 mahā, el gran 431, 475
- Súper-alma**, máximo ser, 601
- Super-éter**, elemento cósmico, 334
- Supervivencia del más Apto**, 363
- Sūrya-Siddhānta**, 142-3
- Sutala**, 448
- Svabhāva**, 119, 141, 158, 160, 348-9, 375, 430
 cuarta joya, 185, 189
 de los elementos, 442, 468
 definido, 118, 120, 145, 154-5, 180, 383, 412
 en la evolución, 350, 391-2, 516, 520-1, 531-2, 555, 563
 explicado, 124-7 131-5, 191-2
 de huevos cósmicos, 485
 no fatalismo, 129, 135, 137
 surge de mónada, 560
- Svabhavat**, 120, 405. *Véase también Segundo Logos*
 definido, 118, 123, 131-3, 192-3, 432
- Svābhāvika Escuela**, 125
- Svar-loka**, 448, 452, 454
- Svarga (el cielo)**, 215
- Śvetaketu**, el diálogo con, 26-7
- Swedenborg**, y la teoría nebular, 78
- Taijasa-tattva**, 395, 397
- Taj Mahal**, 307
- Talas**. *Ver Lokas y Talas*
- Talātala**, 448, 454
- Talmud**, 445-6
- Tamaño y espiritualidad**, 398-9, 450, 475
- Tao**, 596
- Tapar-loka**, 448, 452
- Tártaro**, 46, 174-5
- Tashi-Lama y encarnación del Budha**, 272-3

- Tat**, Aquello, 16, 375, 598
- Tathāgata**, 605
- Tattva (s)**, 393, 412
definido, 395
principios o, 339-40, 349-50, 353
- Tau**, simbolismo de, 457
- Tauro**, 545, 546
- Taylor, Thomas**, citado, 279, 388
- Tensión**, en la construcción del mundo estoico, 138, 145-6, 413
- Teocracia**, idea estoica de, 56, 155
- Teofanía**, 277-8, 406, 435
- Teogonía (Hesíodo)**, 174-5
- Teopatía**, 278, 406-7, 435-6
- Teopneustia**, 277, 406-7, 435
- Teosofía**, 152, 514, 552
definida, 120, 128
doctrina de la esperanza, 115, 213
enemigo del materialismo, 64-5
filosofía unificadora, 521
ha cambiado el pensamiento del mundo, 361
idealismo de, 33-4
incomprensión de la, 402-3
no buddhismo, 422
ocultismo y, 482
origen de las enseñanzas, 21, 567-8
religiones surgen de, 92
- Teosofía: El Sendero del místico (Tingley)**, 307
- Teosófica Sociedad**, 380-1
- Teosófico Movimiento**, 409, 470, 482
- Terminología**, teosófica,
incomprendida 7, 119-20, 368-9
las mismas palabras utilizadas de diversas maneras, 226, 236-7, 276-7, 505-6
Sinnett acuñó bastante de, 508-9, 517, 548, 562
- Terremotos y cataclismos raciales**, 275, 309, 344-5
- Tetraktys**, 87-8, 113
- Tevijja Sutta**, sobre Buddha, 222
- Theologumensis Arithmeticeis**, 513
- Theos**, definido, 359-60
- Tíbet**, 89
Damodar fue al, 503
encarnaciones de Buddha en, 272
Śambhala en, 302
términos utilizados de, 429, 493
tres vestiduras de 229-30,
- método esotérico de ajuste de, 238-46
- Tierra**, 174-5, 299, 352. *Véase también*
Planeta(s), Cadena(s) Planetaria(s)
un átomo, 479
Capricornio, Saturno, y, 546
como un elemento cósmico, 138-9, 320, 333-4, 339, 351-2, 398, 412-3, 441, 556
la edad relativa de los planetas con relación a, 203-4
futura descendencia de, 395
hija de la luna, 159-60, 532-4
un infierno, 571, 582
interpenetrada por otros planos, 293-4
en la jerarquía de Siria, 320, 333-4
el más bajo plano cósmico, 493
no es un planeta sagrado, 340, 510, 525
otros términos para, 395, 398
parte del grupo de misterio, 524
planetas sagrados y, 580-1
principios y elementos de, 485
produce su propio calor, 114, 319, 363
reinos de la construcción de, 160, 547-8
sagrada para otros planetas, 517
en sизigia, 258
- Tierra**, montículos de, 485
- Tierra Plana**, inexistente en la naturaleza, 464
- Timeo (Platón)**, citado, 336, 388, 501
- Tingley, Katherine**, 119, 201, 213, 256, 305, 313, 371, 373, 378
pregunta, sobre cataclismos, 345
instrucciones para las reuniones, 3-4, 151-2
invocación de, 225-6, 602-3
el punto crucial ha pasado, 307-8
citada en:
obtener la verdad, 233-4
pensando hacia lo impensable, 14
simpatía y voluntad, 594
- Todo, El**
hombre vinculado con, 14, 34-5, 57
espacio, 209-10
- Torah**, 18
- Tormentas**, causas de, 319, 363
- Transformismo**, 189, 327, 363, 554-5
- Transmigración**
de humanos en animales, 59
de átomos de vida, 561-2
- Transmutación**, continua, 363
- Tri-bhuvana**, 176

- Triángulo (s)**, 45, 440, 448, 557, 583
entrelazado, 466-7
- Tribal Generación**, 288-9
- Tribal Raza**, 288-9
- Trinidad**, 45, 294-5
- Trishṇā**, 42, 59, 62
- Tronos**
en la jerarquía cristiana, 74, 84, 335
en la jerarquía de Siria, 320, 333
- Unidad**, 34, 66-7. *Véase también*
la Hermandad, Teocracia
definida, 293, 560-1
en la diversidad, 333, 598
divina, o jerarquía, 71
fundamental, sobre todo, 377, 457-8
iniciado se da cuenta, 436
de la tríada superior, 295
- Unión**
de cuatro principios inferiores, 295
definida, 560
todos los hombres, seres en, 381, 595
- Universo (s)**, 177, 209, 554
análogo al hombre, 42, 259
corazón de, explicado, 597-8
físico, irreal, 362
incontables, 125, 375
luz corporizada, 59, 122
ocultista en casa en, 371
regido por la inteligencia, 64, 68, 79
un vasto organismo, 598
visible, la corteza, 476
- Uno**, 224, 260, 395-6, 479
cumbre de la jerarquía es, 294, 405
cósmico, 226, 229, 233
la unidad, la unión, y, 293, 560
y los muchos, 191, 208-11, 233, 250,
309, 349, 406
- Upādhi (s)**, 424
Bodhisattva uno psico-espiritual, 273
materia es, 318
planetas sagrados son, 317
tres humanos, 147
una alma, 150
- Upanishad (s)**, 438, 556
araña de, teje el universo, 486
citado, 18, 20, 26-8, 35-8, 143, 325, 355,
460, 594
contiene teosofía Hindú, 16
da doce pṛaṇas, 23
definido, 35-6
pequeño, antiguo camino del, 409, 434,
483, 588
sat-chit-ānanda, 560
- Urano**
La teoría nebular de origen de, 55
no de nuestro sistema solar, 205, 505,
507-8
- Ushṇisha**, o corona, 477-9
- Vaciar la mente**, 32, 35, 251
- Vacío, Vacuidad**, 10. *Véase también la*
Plenitud, Śūnyatā
doctrina de, 422-5, 428
el espacio como, 210
grande, 431, 475
no, en cualquier lugar, 377, 381
símbolo de, 456
śūnyatā o, 210, 251
- Vāyu-tattva**, 395, 397
- Vedānta**, 16, 18, 35, 349, 432, 598
Advaita-, 300, 428
ejemplos de māyā en, 32, 428
svabhavat en, 132
- Vedas**, 24, 375
citado en el nacimiento cósmico, 11-12
- Velo (s)**, 548
H.P.B. uso de, 274, 276-7, 524
- Venus**, 505 507
construye globos, 532, 545-6
en la última ronda, 204
en la jerarquía de Siria, 320, 333
nombre de los días de la semana y, 244,
321
planeta sagrado, 205, 315, 340, 510-1,
515, 525
velo de polvo meteórico, 319, 332
- Verdad (es)**, 228, 433, 446, 482-3, 565
adquirida por la experiencia, 589
devoción a, 573
H.P.B. No podría revelarla toda la, 525
tenemos derecho a la, 386
- Vía Láctea**, 133, 178, 330, 475
en la jerarquía de Siria, 320, 333-4
hombre análogo a, 232
- Vibración**, 294, 375
- Vida**, 431
lecciones vienen todos los días, 596
una universal, 379, 391, 426
vivir la, 566

- Vida de Brahmā**, 113, 142, 454
Vida de Pitágoras (Jámblico), citado, 325
- Videntes**
 cuerpo místico de, 568
 naturaleza probada para las edades, 508
- Viernes Santo**, misterios y 256,
- Vino de la Vida**, 354
- Vigilante Inmortal**, 248-9, 254
- Virgilio**, 172, 175
- Virginal Nacimiento**, 386, 400
- Virgo**, y el globo E, 545, 546
- Virochana**, 36-7
- Virtudes**
 en la jerarquía cristiana, 84, 334
 en la jerarquía de Siria, 320, 333
- Vishṇu**, 36
- Vishṇu-Purāna**, citado, 460
- Vishṇu signo**, simbolismo de, 466
- Vitala**, 448, 452
- Volcanes**, cataclismos raciales, 344-5
- Voltaire**, sobre el optimismo, 160-61
- Voluntad**, 409, 522
 indomable, requisito, 406, 588
- Voz del Silencio, La (Blavatsky)**
 doctrinas del ojo y el corazón, 513
 herejía de la separatividad, 445
 hombres de Myalba, 571
 ideal del bodhisattva, 291
 libertad dentro de, 594
 pāramitās cita, 246
 sobre el sendero del chela, 585
- trabajar con la naturaleza, 202
 el vacío de lo aparente lleno, 420
- Vulcano**, 532
 planeta sagrado Intra-Mercurial, 315-6,
 340-1, 342-3, 510
- Yāska**, citado, 196
- Yeshua o Jesús**, 254
- Yetsirāh**, 118, 441
- Yin-Yang**, simbolismo de, 456
- Yoga Aforismos de Patañjali**, 309
- Yoga**, la procreación por, 389
- Yugas**, 75, 110, 275
- Zeller, Eduard**, citado, 325
- Zenón de Citio**, 411
- Zeus**
 Cleantes el estoico sobre, 416, 480
 Homero Cadena de Oro y, 119, 174
 en el mito de Platón sobre los sexos,
 105-6
 nacimiento de los elementos y, 555-6
- Zirtūst**, 405
- Zodiaco**
 “Doce Signos del” (Subba Row), 538
 globos, cadena, y, 519, 545-7
 Por qué, tiene doce signos, 523
- Zodiacal Luz**, 342
- Zohar**, 18-9, 85-6
- Zoroastro**, 405
- Zorros**, en la jerga de misterio, 267-8